

GUILLERMO H. PRESCOTT

HISTORIA DE LA CONQUISTA DE MÉJICO

Traducción de José María González de la Vega

Méjico: Imprenta de V. G. Torres, 1844

**Introducción de
MARÍA DEL MAR VERDEJO SEGURA**

Edita

Proyecto de investigación I+D, HUM-2004-00721
Archivo digitalizado y edición traductológica de textos literarios y ensayísticos
traducidos al español

Málaga, 2007

La historia de la conquista de México de W. H. Prescott en versión de José María González de Vega¹.

M^a del Mar Verdejo Segura

Universidad de Málaga

La historia de la conquista de México, cuyo título completo es *Historia de la conquista de México, con un bosquejo preliminar de la civilización de los antiguos mexicanos, y la vida del conquistador Hernan Cortés*, es una de las obras más conocidas y que más ha contribuido a que W. H. Prescott, su autor, sea considerado uno de los grandes historiadores hispanistas norteamericanos de todos los tiempos. Las sucesivas reediciones de la obra avalan el interés que desde su primera edición ha existido por la misma².

Datos biográficos del autor: Nacido en 1796 en el estado de Massachusetts, en el seno de una familia acomodada de Nueva Inglaterra, Prescott gozó de suficientes recursos económicos para poder vivir sin la presión de tener que ejercer una profesión remunerada. En consonancia con su estatus social y económico, el autor recibió una educación y una formación académica privilegiada. Las primeras enseñanzas vinieron de la mano del jesuita John Gardiner que le infundió una gran afición por aprender de los clásicos. Posteriormente, influido por su padre, que era un respetado abogado y magistrado, ingresó en 1811 en la Universidad de Harvard con el fin de dedicarse a la misma profesión. Durante su estancia allí, y a poco de concluir sus estudios, nuestro autor sufrió un fortuito accidente a causa del cual perdió un ojo, quedando el otro afectado. La progresiva pérdida de visión que derivó del desafortunado incidente, junto con otros achaques de salud, determinaron el viraje que experimentó su posterior dedicación profesional. Así, el ejercicio de la abogacía quedó gradualmente suplantado por el de historiador, ocupación que nuestro autor consideró podía desempeñar de forma más competente, y a la que, finalmente, se consagró³. Estaba convencido, y así lo demostró con sus obras, que sus problemas de vista eran, a pesar de su

¹ El único estudio que conocemos sobre esta edición de la obra de Prescott es el realizado por Villoria y Lanero (1992). Se incluye en un excelente trabajo monográfico en torno a las diferentes versiones españolas que de las obras del autor norteamericano se hicieron en el siglo XIX. El estudio, dada su erudición, constituye una fuente de referencia ineludible para cualquier aproximación al tema. En consecuencia, nuestras alusiones y citas del mismo son frecuentes.

² En *The New Encyclopaedia Britannica* podemos leer: "...the persistent demand for *The Conquest of Mexico* has resulted in its publication in 10 languages at least 200 times", p. 682. Aunque no poseemos datos actualizados, estas cifras, sin duda, han ido en aumento pues la obra ha seguido reeditándose. En nuestro país, que tengamos noticias, la última edición de la obra fue publicada en 2004 (y reeditada en 2006) por la editorial Antonio Machado Libros. La traducción para esta edición ha corrido a cargo de Rafael Torres Pabón.

³ Entre tanto el autor ejerce como escritor con un gran reconocimiento por parte de la crítica y el público. Sus primeros escritos, de índole literaria, se publicaron en *North American Review*.

gravedad, un obstáculo salvable. La holgada situación financiera de la que disfrutaba constituyó un elemento favorable en su decisión de convertirse en historiador ya que le propició contactos clave para el acopio del material necesario, y el posterior desarrollo de la labor investigadora. El norteamericano llegó a reunir una biblioteca personal de en torno a 5.000 volúmenes, y tuvo acceso a archivos y manuscritos que hasta ese momento habían permanecido ocultos o inaccesibles a los investigadores.

En este orden de cosas, las figuras de George Ticknor y Washington Irving fueron determinantes en la predilección del autor por el estudio de la cultura hispana. Con todo, el hecho de especializarse en la historia de nuestro país fue, según Barnes (1977), una cuestión meditada que estuvo, además, condicionada por la inexistencia de estudios rigurosos en torno al tema en lengua inglesa. Aspecto éste que el autor estimó ser un buen presagio para su triunfo. Su interés y consagración al estudio de nuestra historia y nuestra cultura perduraron hasta el final de sus días a pesar de que, como consecuencia del accidente sufrido, llegó a padecer serias limitaciones de visión, y necesitó auxiliarse de otros que ejercieron como amanuenses.

Fruto de esta dedicación y entusiasmo por nuestra cultura son: *History of the Reign of Ferdinand and Isabella, the Catholic* (1837), *History of the Conquest of Mexico* (1843), *History of the Conquest of Peru* (1847) y *History of the Reign of Philip II* (1855-58). Todas ellas gozarían, desde el momento de su publicación, de una acogida y una crítica magníficas⁴. La que aquí nos concierne, *La historia de la conquista de México*, llegó incluso a ser considerada el libro de nuestro siglo por la escritora irlandesa María Edgeworth. Alexander von Humboldt, el mayor experto europeo en la historia de México, quedó también impresionado con la obra al igual que le ocurriera, años después, al reconocido historiador D. Levin que la describió como “an impressive work of art”⁵.

Prescott murió en Bostón el 28 de enero de 1859, dejándonos el legado de un gran historiador y el ejemplo de un infatigable luchador.

Breve apunte sobre la obra: *History of the Conquest of Mexico, with a Preliminary View of the Ancient Mexican Civilization, and the Life of the Conqueror, Hernando Cortés*, que es el título original de la obra, vió la luz por primera vez en Londres en octubre de 1843. La edición corrió a cargo de R. Bentley y destacó, al igual que ocurriera con la primera versión

⁴ En lo que concierne a las publicaciones el siguiente dato es muy elocuente: “En los últimos años de la vida del historiador, y en America solamente, los documentos de las casas editoriales hablan de veintisiete mil obras vendidas cada año” (Villoria y Lanero [1992], p. 226). Por lo que respecta a la recepción crítica de sus obras, Ford, Hallam, De Tocqueville y Elphinstone le tributaron los mayores elogios (*Enciclopedia universal*, tomo XLVII p. 209). En este sentido, Villoria y Lanero aportan las referencias de numerosos testimonios.

⁵ Levin, D. (1995). *History as Romantic Art: Bancroft, Prescott, Motley, and Parkman*, p. 163.

americana⁶, por su cuidada presentación y por la buena acogida que el público le dispensó, lo cual la convirtió en un auténtico *best seller* a pesar de la gran extensión de la obra⁷.

Originalmente publicada en tres volúmenes, la obra está estructurada en siete libros (*books*) o partes, divididos en capítulos (*chapters*), a los que se adjunta un extenso apéndice. Se incluyen, además, un prólogo del autor y unas noticias preliminares, escritas también por Prescott, precediendo el apéndice. Los títulos de los libros son:

LIBRO I: Introducción. Bosquejo de la Civilización Azteca.

LIBRO II: Descubrimiento de México:

LIBRO III: Marcha a México.

LIBRO IV: Residencia en México.

LIBRO V: Expulsión de México.

LIBRO VI: Sitio y rendición de México.

LIBROVII: Conclusión. Carrera posterior de Cortés.

Desde el punto de vista del argumento, la obra es, empleando palabras de su autor, el relato de una de las proezas más sorprendentes ejecutadas por los españoles en el siglo XVI: “la destrucción de un gran imperio, consumada por un puñado de aventureros” p. ix⁸. Pero es, además, como también el autor anticipa en el título, una descripción de los dos últimos reinados de los monarcas aztecas, es decir, del origen y la naturaleza de esta civilización mexicana (libro I), amén de un relato biográfico sobre Hernán Cortés (libro VII). Y, tras todas estas historias, latente, una de sus inquietudes intelectuales: el progreso de la civilización que, a juicio de muchos, constituye el verdadero tema de este trabajo. En este sentido, el prestigioso historiador David Levin (1959) manifiesta que la obra está pensada en torno a un motivo básicamente simple, que él describe así:

the inevitable ruin of a rich but barbarous empire through its inherent moral faults; the triumph of "civilization" over "semi-civilization," of Christianity (however imperfectly represented) over cannibalism; the triumph of Cortés' "genius," "constancy," and resourceful leadership over [Montezuma's](#) "pusillanimity" and "vacillation," and then over Guatemozin's noble but savage devotion to a doomed cause p. 164.

Al margen del interés que por su temática posee, la obra sobresale por la excelencia con que está documentada, la genialidad de su composición, -debidamente justificada por el

⁶ De esta edición se responsabilizó F. Harper, que la publicó en Nueva York tan sólo unas semanas después, concretamente del 6 al 21 de diciembre.

⁷ La edición de Harper, en gran octavo, contaba con más de 1.500 páginas (Villoria y Lanero [1992], p. 88).

⁸ la cita está extraída de la edición de García Torres.

autor en el prólogo a la obra⁹-, y por la belleza de su prosa, que logra captar y mantener la atención del lector a lo largo de las más de un millar de páginas¹⁰. Es un trabajo con el que el autor persigue ofrecer una versión fiel de la historia, y para ello adopta una metodología hasta entonces desconocida u obviada por la mayoría de los historiadores, esto es, una forma de proceder en la investigación e interpretación de los hechos que necesariamente debía de ir precedida de contrastar documentos¹¹. El resultado es una historia de la conquista novedosa tanto para el lector angloparlante como, posteriormente, cuando la obra se tradujo, para el lector hispanohablante¹².

No obstante, a pesar de su empeño y dedicación por encontrar la verdad y presentar los hechos de forma imparcial, éste es un texto que, como cualquier otro, y sea de la índole que sea, no está exento de polémica ideológica ya que los prejuicios ideológicos de un autor, consciente o inconscientemente, afloran en sus obras. Y, además, no pasan desapercibidos para la crítica. Es por ello que, a pesar de los múltiples testimonios de reconocimiento, la obra también ha sido objeto de comentarios críticos menos favorables, y así se refleja en este fragmento extraído de *The New Encyclopaedia Britannica*¹³:

Perhaps the most severe unfavourable criticism of the *Conquest of Mexico* and the *Conquest of Peru* are based upon Prescott romantic version of native civilizations, which later findings in archaeology and anthropology have found to be distorted...Yet modern scholars have concluded that Prescott's historical narrative, based upon Spanish chronicles, is essentially sound p. 682.

Con todo, como queda patente en la cita, la cual estimamos resume el sentir de la crítica hacia la obra, las palabras de reconocimiento han sido y son más profusas.

Publicación y recepción de la obra en español. En lo que concierne a la publicación de la obra en español se ha de señalar la celeridad con que se vertió la obra a nuestra lengua puntualizando, pues ello es de vital importancia, que la calidad del trabajo, incluida la

⁹ Levin (1959), no duda en afirmar que "The great virtue of the *Conquest of Mexico* is its brilliant design" p. 164).

¹⁰ Cerca de 900 páginas en la versión de García Torres.

¹¹ Concepción de la historia que se hallaba muy en consonancia con las ideas de Leopold von Ranke, historiador positivista alemán que defendía que las únicas historias verídicas eran las que se basaban en documentos originales y en la investigación archivista. En Kagan p. 5.

¹² Alberto Rodríguez (1995) comenta que Prescott, en este libro, al igual que hiciera Washington Irving, expresó una visión de los españoles que no se podía encontrar en la cultura americana. A los ojos de estos autores los españoles realizaron importantes contribuciones a la civilización y crearon sociedades con nuevas formas de vida. p. 234. Los hispanoparlantes, por su parte, encontrarían una visión de los acontecimientos y de los personajes históricos, en ocasiones, algo insólita y que poco se parecía a las descripciones existentes sobre el tema. El mismo Prescott comenta que muchos de los textos que sobre este particular existían, ofrecían la información sin contrastar, se escribían y se publicaban sin previa labor de documentación alguna, algo, por otra parte, inconcebible para el historiador bostoniano. En consecuencia, muchos de ellos adolecían de una visión muy partidista y sesgada de la Conquista, que, en muchas ocasiones se encontraba, además, plagada de errores.

¹³ *The New Encyclopaedia Británica*. Micropaedia, vol. 9.

traducción, no se resintió del menoscabo que este tipo de imperativo generalmente impone. La primera versión de la obra en español vio la luz en México. Corría el año 1844 –tan sólo unos meses después de su edición en inglés¹⁴– cuando en este país centroamericano las dos imprentas más importantes del país, la de Vicente García Torres y la de Ignacio Cumplido, competían por publicar las respectivas traducciones ante la demanda existente tras el éxito de la obra alcanzado en Estados Unidos¹⁵. Finalmente, la versión preparada por García Torres se convertiría, con una diferencia exigua de tiempo, en la primera edición en lengua española y, también, en lengua no inglesa. De forma casi simultánea, el público mexicano se encontró con dos bellas y cuidadas ediciones de la obra¹⁶. Cotejándolas se puede apreciar que, además de la proximidad en la fecha de publicación –la separan tan sólo dos meses–, estas ediciones poseen otros rasgos comunes: ambas aparecieron en fascículos semanales de 32 páginas, ambas ofrecen dos traducciones buenas y respetuosas con el original¹⁷, incorporan anotaciones y hacen responsable a Isidro Rafael Gondra, director del Museo Nacional, de supervisar las ilustraciones, cuyo número se amplía con respecto a las ediciones en inglés. Las dos gozaron, asimismo, del favor del público a pesar de que se publicaron en un momento donde los escritos sobre el tema eran numerosos. Entre las diferencias, queremos subrayar aquella que concierne a la posición adoptada por los responsables de las anotaciones y comentarios de la obra, que fue de muy distinto signo. Esta particularidad fue, sin duda un factor tan, o incluso más determinante que la distancia temporal o la propia traducción, en la difusión de la obra en México¹⁸.

En España, por otro lado, hubo que esperar tres años más para poder disfrutar de la publicación de la obra. Se imprimió en Madrid en 1847 y la edición corrió a cargo de M.

¹⁴ La obra se publicó en Londres en octubre de 1843, y en Nueva York en diciembre de ese mismo año.

¹⁵ Esparza Liberal (2002), además de este contagioso entusiasmo por la obra, señala también, como posible origen, las relaciones que Prescott estableció con algunos dirigentes mexicanos.

¹⁶ Prescott estaba al tanto de esta peculiar y algo insólita coincidencia, y no puso ninguna objeción a que existieran dos versiones de su obra. A ambos editores manifestó su agradecimiento y conformidad con los resultados.

¹⁷ Y ello a pesar de que, el traductor español de la obra de Prescott, como apuntan Lanero y Villoria, “se encontraba en una más que difícil situación. Debía ser fiel al pensamiento y línea histórica del autor, y al mismo tiempo, no podía causar daño a los lectores españoles con posicionamientos históricos ajenos y distantes a los que aquí se seguían, ni transmitir un desmedido ataque a las personas e instituciones más representativas de la historia nacional” p. 112.

¹⁸ Es importante tener en consideración el momento histórico en que estas traducciones se produjeron. Esparza Liberal (2002) remitiéndose a un trabajo de Fausto Ramírez escribe “se produce en un momento en que los conservadores buscan una incorporación del pasado colonial a la historia de México, el cual era excluido por parte de los liberales, como fray Servando Teresa de Mier y Carlos María de Bustamante. Estos últimos propugnaban que las raíces de la nación mexicana se situaban en la época prehispánica y la Conquista sólo representó un lamentable paréntesis. Los conservadores por su parte, defendían que la personalidad nacional se fue conformando en la época virreinal por la adopción de la lengua, costumbres y religión del pueblo peninsular” p. 151.

Rivadeneira. La traducción la realizó J. B. de Beratarrechea. A diferencia de las dos publicadas en México, la edición publicada en nuestro país no incluye ni notas a pie de página ni de ninguna otra índole. Tampoco introducción. Desde este punto de vista es una versión muy fiel a la del autor¹⁹.

Dejando al margen las diferencias, y a modo de comentario unificador, subrayaremos que estas tres ediciones han sido determinantes para el conocimiento de la obra del historiador americano por los hispanohablantes ya que íntegra o parcialmente, se han perpetuado en posteriores reimpresiones²⁰. En este sentido, y comparativamente hablando, la influencia de voces y opiniones críticas ha sido, sin embargo, poco representativa, al menos en lo que concierne a nuestro país²¹.

En relación a la edición de García Torres. Esta edición está basada en la primera edición de la obra en lengua inglesa publicada en América, es decir, aquella publicada por Harper en diciembre de 1843. En esta versión en lengua española, a diferencia de aquella escrita en inglés que se publicó en tres volúmenes –un tomo cada semana-, la obra se reunió en dos volúmenes (inicialmente se publicó por entregas semanales en cuadernillos de treinta y dos páginas en cuarto mayo). Exponemos, a continuación, los datos más sobresalientes de esta edición en español, que destaca, además de por su cuidada presentación²², por su traducción, y por los textos de apoyo que la acompañan.

De entre estos últimos, centraremos primeramente nuestra atención en las dos páginas que, a modo de preámbulo, se incluyen al comienzo de la obra con el título “Advertencias sobre esta traducción”. En ellas el editor claramente nos informa sobre las pautas y recomendaciones a seguir por el traductor. En lo que a este asunto concierne, su deseo es que la obra se vierta con un respeto total hacia la versión original tanto en cuanto a lo que se contaba como a “el estilo y la fraseología”. Nos cuenta, asimismo, que pidió la

¹⁹ Más datos sobre estas tres ediciones en Villoria y Lanero (1992), pp. 92-130.

²⁰ Según nos informan Villoria y Lanero (1992) en el último cuarto del siglo XIX, los editores mexicanos hicieron nuevas reimpresiones de la obra tomando lo más significativo de cada una. Cotejando las distintas ediciones que existen en español de la obra se puede constatar que, desde el punto de vista de la traducción, la versión de González de Vega es la que mejor suerte ha corrido. La mayoría de las reediciones que se han realizado de la obra íntegra del historiador americano hacen uso de la traducción de González de la Vega. Sólo hemos podido encontrar documentadas dos que incorporan otras versiones. Nos referimos a la publicada en Buenos Aires en 1968 por Schapire, cop., y a aquella otra publicada en 2004 en nuestro país por la editorial Antonio Machado Libros. La traducción de la primera corre a cargo de Nemesio Fernández Cuesta; de la segunda es responsable Rafael Torres Pabón.

²¹ Villoria y Lanero (1992), señalan que existen pocos comentarios críticos en relación a *La historia de la conquista de México* durante el siglo XIX. Señalan únicamente aquel realizado por Pascual de Gayangos y Arce, que escribió una recensión en un periódico madrileño. Por lo que respecta al siglo XX, sólo hemos logrado localizar las páginas que con motivo del centenario de la publicación del libro, la revista *Revista de Indias* dedica (4 en total) a esta obra de Prescott. No descartamos, sin embargo, que una búsqueda más exhaustiva en las hemerotecas revele la existencia de otras referencias.

²² El editor veló por cada detalle, encargándose personalmente de las correcciones tipográficas.

colaboración de Lucas Alamán, reconocido historiador y destacada figura de la vida política²³ para la corrección y revisión del manuscrito, y comenta que algunas ilustraciones han sido corregidas y se han añadido otras. En este sentido la edición mexicana fue superior a la inglesa²⁴.

Dentro de los textos de apoyo, hemos de subrayar, por su erudición y por la repercusión que posteriormente tuvo en la difusión de la obra, las notas de Lucas Alamán. El historiador mexicano incorpora un total de sesenta y tres anotaciones -unas a pié de página, y otras, al final de capítulo-. Las anotaciones han sido agrupadas por Villoria y Lanero en cuatro categorías: 1. Explicaciones históricas, filológicas o geográficas, 2. Precisiones a errores históricos, 3. Cuestiones de traducción y 4. Notas de carácter ideológico. Estas últimas aunque no son las más abundantes, son muy elocuentes en lo que respecta al tipo de censura que se ejerció sobre la obra del historiador americano²⁵. A través de ellas, Alamán responde a los juicios y, en algunos casos, acusaciones vertidas por el historiador americano sobre los conquistadores, la Iglesia Católica y lo nativos.

Por lo que concierne a la traducción, la labor fue llevada a cabo a instancias del propio editor por José María González de Vega, que en aquel entonces era, según está impreso en la portada del libro, segundo fiscal del Tribunal Superior de Justicia del Departamento de Méjico²⁶. El resultado, y para ello me refiero a lo señalado al respecto por Villoria y Lanero (1992), es una traducción muy buena en la que queda patente el profundo conocimiento que de ambas lenguas poseía el traductor. Una traducción que además de fiel y correcta, es clara y atractiva. Tanto es así que, en opinión de estos autores, se puede afirmar que “su belleza y elegancia se aproximan a las cotas del original, (a esa “half poetic history” como ha sido calificada la narración de Prescott”, p. 99). A la vista de estos calificativos se puede afirmar que González de Vega, actuó en consonancia con los deseos del editor en cuanto al modo de proceder para realizar la traducción.

²³ Además de consagrado historiador y reconocido escritor, Lucas Alamán fue una destacada y controvertida figura en el ámbito político. Llegó a ocupar la Presidencia de México.

²⁴ La de Cumplido, a su vez, superó a la de García Torres.

²⁵ No hemos de olvidar que Prescott, aunque amaba España, y lo español, poseía una formación anglosajona, era un protestante activo y además practicaba un liberalismo filosófico excesivamente distante de la mentalidad española (Lanero y Villoria [1992], p. 111).

²⁶ Más allá de este dato que figura en la portada del libro, poco parece saberse todavía hoy sobre su persona. Recientemente, con fecha 23 de Septiembre, en el vínculo <http://www.stjsonora.gob.mx/biblioteca/acervo/penal.htm> que pertenece a la página web del Poder Judicial del Estado de Sonora, dentro de la sección Acervo Bibliográfico hemos hallado dos títulos en materia penal cuya autoría corresponde a González de la Vega. Aunque no tenemos certeza de que pertenezcan al traductor, pues no se encuentran registradas el nombre de pila o las iniciales del mismo, la coincidencia absoluta en los apellidos, por una parte, y los títulos de las obras, por otra, podían inducirnos a pensar en esta dirección. Son éstos: *Código Penal comentad y Derecho Penal Mexicano*.

Terminamos esta breve introducción con una valoración global de la edición de García Torres. Para ello recurrimos una vez más al juicio de Villoria y Lanero (1992), que tras cotejarla con las otras versiones de la obra, la califican de excelente. A su entender, esta edición es la más bella de las tres versiones españolas del siglo XIX: “Excelente por la traducción (que es francamente buena), las notas atinadas de Lucas Alemán, la escrupulosa corrección del texto y de las notas a pie de página, los magníficos grabados litográficos y la elegante y cuidada impresión que aportó García Torres” p. 96.

Sólo nos cabe añadir que de las dos ediciones mexicanas, ésta fue la que, según nos informan los citados autores, más agradó al autor²⁷.

Bibliografía

- Barnes, J. (1977). “Bancroft, Motley, Parkman and Prescott: A Study of Their Success as Historians” *Literature and History*, 5, pp. 55-72.
- Enciclopedia Universal Ilustrada Europeo Americana*. 1930. Madrid: Espasa Calpe. Tomo XLVII.
- Ernest, J. (1993). “Reading the Romantic Past: William H. Prescott’s “History of the Conquest of Mexico”. *American History*, 5, 2, pp. 231-250.
- Esparza Liberal, M. J. (2002). “La historia de México en el calendario de Ignacio Díaz Triujeque de 1851 y la obra de Prescott. *Anales del instituto de Investigaciones Estéticas*, n° 80. En: <http://redalya.uaemex.mx/redalyc/pdf/369/36908005.pdf>
- Ferrando Pérez, R. et al. (1960). *En torno a la obra de Guillermo H. Prescott. (En su centenario)*. Con palabras preliminares de Manuel Ballesteros Gaibrois. Madrid: Facultad de Filosofía y Letras, Seminario de Estudios Americanistas.
- Kagan, R.L. (2005). “La recuperación de un clásico”. *Revista de Libros*, n° 99.
- Lanero, JJ. y S. Villoria. (1992). “El traductor como censor en la España del siglo XIX: el caso de William H. Prescott”. *Livius*, 1, pp. 111-121.
- Levin, D. (1959). *History of the Romantic Art: Bancroft, Prescott, Motley, and Parkman*. Stanford University Press, Stanford, California.
- The New Encyclopaedia Britannica*. (1990). Micropaedia, vol. 9. Chicago: Encyclopaedia Britannica, Inc., decimoquinta edición.

²⁷ La predilección por la de García Torres se atribuye a los comentarios de Alamán.

- Rodríguez, A. (1995). "El historiador William Prescott y su visión de los españoles". *AIH Actas XII*. Disponible en: http://cvc.cervantes.es/obref/aih/pdf/12/aih_12_4_031.pdf.
- Villoria, S. y J.J.Lanero. (1992). *La Historia traducida. Versiones españolas de las obras de W.H. Prescott en el siglo XIX*. Universidad de León.
- S/A. Centenario de la Conquista de México, de Prescott. (1943). *Revista de Indias*, nº 13, vol: IV Lugar: Madrid Editorial: Ins. G. Fernández de Oviedo. CSIC, pp. 599-602. Disponible en: http://www.ateneodemadrid.net/biblioteca_digital/folletos/Folletos-0038.pdf.

Enlaces

<http://etext.virginia.edu/toc/modeng/public/PreConq.html>

HISTORIA
DE LA
CONQUISTA DE MEJICO.

TOMO PRIMERO.

HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DE MEJICO,

CON UN BOSQUEJO PRELIMINAR

DE LA CIVILIZACIÓN DE LOS ANTIGUOS MEJICANOS,
Y LA VIDA DEL CONQUISTADOR

HERNANDO CORTES,

ESCRITA EN INGLES

POR GUILLERMO H. PRESCOTT,

AUTOR DE LA „HISTORIA DE FERNANDO E ISABEL,”

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. JOSE MARIA GONZALEZ DE LA VEGA,

Segundo fiscal del Tribunal superior del Departamento de Méjico,

Y ANOTADA

POR D. LUCAS ALAMAN.

Victrices aquilas alium laturus in orbem.

LUCAN, *Pharsalia*, lib. V. v. 238.

TOMO I.

MEJICO.

IMPRENTA DE V. G. TORRES, CALLE DEL ESPIRITU SANTO NUM 2.

Esta obra es propiedad del editor VICENTE G. TORRES.

ADVERTENCIA SOBRE ESTA TRADUCCION.

LA justa celebridad que ha adquirido en los Estados-Unidos la historia de Méjico del Sr. Prescott, de la cual en poco tiempo se han hecho dos ediciones en Nueva-York, sacándose en la segunda cincuenta mil ejemplares, ha excitado generalmente el deseo de verla en nuestro idioma, el que me he propuesto satisfacer con la presente traduccion. En ella no solamente se ha cuidado por el Sr. D. José María Gonzalez de la Vega, que por mi súplica se ha encargado de hacerla, de presentar con toda fidelidad las ideas y el espíritu del autor, sino de conformarse, en cuanto lo ha permitido el diverso carácter de los dos idiomas, con su estilo y fraseología, y ademas se han revisado cuidadosamente todos los textos que el autor cita de las obras castellanas que han podido consultarse en esta capital, para salvar de esta manera los errores en que suelen incurrir los impresores extranjeros, cuando copian trozos en una lengua que no les es usual. El Sr. D. Lucas Alaman se ha servido revisar el manuscrito y agregar algunas notas sobre todos aquellos pasages del autor que han parecido requerirlo, ya por algunas equivocaciones en que incurrió, y ya por algunas opiniones que manifiesta, las que no podrian correr en nuestro pais sin las debidas restricciones.

Al mismo tiempo que va á salir á luz la presente traduccion, se están publicando en esta capital otras dos obras relativas á la historia de Méjico; la una la Historia del P. D. Francisco Javier Clavijero, y la otra las Disertaciones sobre la historia nacional del mismo Sr. Alaman. Esta coincidencia no solo no debilita, sino que por el contrario aumenta el interes de la obra que presentamos al público. El P. Clavijero se extendió mucho sobre las producciones naturales del pais, y sobre los usos y costumbres de los antiguos mejicanos, de cuyos puntos se ocupó menos el Sr. Prescott, quien por el contrario por la gran cantidad de materiales que han estado á su disposicion y de

que no tuvo conocimiento Clavijero, ha podido hablar de la conquista con mayor extension y exactitud que aquel, tratando la materia con una independencia y libertad de opinion que no pudo tener Clavijero, en el pais y en las circunstancias en que escribió, y las Disertaciones del Sr. Alaman puede decirse que comienzan donde el Sr. Prescott acaba, pues que solo se considera en ellas la conquista, principal objeto del Sr. Prescott, como el principio de la historia moderna de Méjico, que es el asunto del Sr. Alaman. La historia del P. Clavijero debe pues tenerse como un suplemento muy útil á la del Sr. Prescott, y la del Sr. Alaman como la continuacion de ésta, siendo todas tres necesarias para conocer completamente lo que Méjico fué ántes de la conquista, cómo se verificó esta, y cuáles han sido las consecuencias de ella hasta nuestros dias.

Antes de terminar debo advertir, que habiéndose conservado escrupulosamente en su totalidad el texto y notas del Sr. Prescott, las que han sido añadidas por el Sr. Alaman irán señaladas con letras al fin de las páginas, y que las estampas que han parecido necesarias para la inteligencia de la historia, han sido corregidas cuidadosamente segun se explicará en la noticia que se dará de ellas. Se han agregado muchas á las que puso el Sr. Prescott, cuyos originales me ha franqueado el Sr. D. Isidro Rafael Gondra, encargado del museo nacional, quien ha tenido la bondad de cuidar de la exactitud de los grabados litográficos que han sido hechos por D. Hipólito Salazar, artista ventajosamente conocido en este ramo. Dichas estampas se entregarán con los cuadernos del texto segun se vayan grabando, y al fin de cada tomo se dará una nota explicativa de los folios en que deban colocarse. La parte tipográfica y la correccion de las pruebas han sido atendidas por mí, habiéndome sujetado en cuanto á ortografia á la de la Academia española segun la edicion de su diccionario hecha por D. Vicente Salvá en Paris el año de 1841, y me prometo que por todos estos títulos, la obra que presento al público merezca su aprobacion.

Méjico, octubre 2 de 1844.—*Vicente García Torres.*

PROLOGO DEL AUTOR.

Como la conquista de Méjico ha ocupado las plumas de Solís y de Robertson, dos de los mas célebres historiadores de sus respectivas naciones, podria creerse que poco quedaba ya que investigar al que se dedicase al estudio de la historia de aquel pais. Pero la escrita por Robertson, formando solamente parte de una obra mas extensa, es necesariamente breve; y ni el autor ingles ni el español, estuvieron provistos de los importantes materiales relativos á este asunto, reunidos despues por la laboriosidad de los literatos españoles. El que primero abrió el camino á estas investigaciones fué el célebre historiador de las Indias D. Juan Bautista Muñoz, á quien por un real decreto se concedió libre entrada á los archivos nacionales y á todas las bibliotecas públicas, privadas y monásticas del reino y sus colonias. Sus asiduos trabajos dieron por resultado la reunion de un gran acopio de materiales, de los cuales desgraciadamente no pudo recoger él mismo el fruto por su muerte. Despues de ella, fueron depositados sus manuscritos en el archivo de la Real Academia de la Historia de Madrid, y su coleccion se aumentó posteriormente con los del Sr. Vargas Ponce, presidente de la misma Academia, sacados así como los de Muñoz de diversos lugares, pero particularmente del archivo de Indias en Sevilla.

En 1838 pedí permiso á la Academia para copiar de esa inestimable coleccion la parte relativa á Méjico y al Perú, y no solo me lo concedió generosamente, sino que comisionó á uno de sus miembros, un distinguido literato aleman, para cuidar de la revision y copia fiel de los manuscritos, cuyo favor debo advertir que se me dispensó ántes de tener derecho alguno á las consideraciones de esa respectable corporacion como uno de sus socios. Esta franca concesion manifiesta el progreso que las ideas liberales han hecho en la Península desde la época en que escribió el Dr. Robertson, quien se queja de habersele rehusado la entrada á los archivos públicos mas importantes. El favor con que fué acogida mi peticion debe atribuirse principalmente á los buenos oficios del respetable presidente de dicha asociacion, D. Martin Fernandez de Navarrete, cuyo carácter personal le ha granjeado en su pais la misma distinguida consideracion que sus obras literarias le han merecido en el exterior. Debo tambien á este distinguido literato posteriores atenciones, pues me permitió usar libremente de sus manuscritos, fruto de una vida consagrada á la reunion de documentos históricos, y base de las apreciables publicaciones con que en diversas épocas ha ilustrado la historia de las colonias españolas.

Estas tres escogidas colecciones, resultado de medio siglo de prolijos estudios, me han proporcionado un cúmulo de documentos inéditos, relativos á la conquista y establecimiento de Méjico y el Perú, que contiene cerca de ocho mil páginas en folio. Compónese de instrucciones de la corte, diarios militares y privados, correspondencia de los principales actores en aquellas escenas, instrumentos legales, crónicas contemporáneas, y otros documentos de igual clase, sacados de los puntos mas importantes de los dilatados dominios coloniales de España, y de los archivos públicos de la Península.

Posteriormente he enriquecido esta coleccion con algunos materiales que me he proporcionado en Méjico, que no tuvieron presentes los ilustres escritores que me han precedido en esta carrera. Soy deudor de ellos á la urbanidad del conde de la Cortina, y mucho mas á la de D. Lucas Alaman, ministro que fué de relaciones exteriores en Méjico, pero sobre todo á mi buen amigo el Sr. D. Angel Calderon de la Barca, ex-ministro plenipotenciario de España cerca del gobierno de aquel pais, cuyas recomendables circunstancias, mas que su elevada posicion, le ganaron la confianza pública y le facilitaron en Méjico el libre acceso á todos los lugares de mayor interes é importancia.

Estoy igualmente reconocido al conde Camaldoli por los bondadosos oficios que me prestó en Nápoles, al duque de Serradifalco, personaje cuya ilustracion da un nuevo realce á su rango, por los que me dispensó en Sicilia; y al duque de Monteleone, actual sucesor de Cortés, quien con la mayor franqueza me permitió examinar los archivos de su familia. A estos nombres debo agregar el de Sir Tomas Phillips, cuya preciosa coleccion de manuscritos es superior en número á la de cualquiera otro particular en Inglaterra, si no en Europa: el de Mr. Ternaux-Compans, poseedor de la rica coleccion literaria de D. Antonio Uguina, que comprende los papeles de Muñoz, cuyos frutos está dando al público en sus excelentes traducciones: y en fin el de mi amigo y compatriota, el Sr. Arturo Middleton, encargado de negocios que ha sido últimamente de los Estados-Unidos en Madrid, por la eficacia con que cooperó á mis investigaciones en aquella corte.

Ademas de este cúmulo de documentos originales, obtenidos por tan diversos caminos, he procurado cuidadosamente reunir las obras impresas que tienen relacion al asunto, sin exceptuar las magnificas ediciones que han salido á luz recientemente tanto en Francia como en Inglaterra sobre las antigüedades mejicanas, obras que por su costo y colosales dimensiones, podrian parecer mas á propósito para una biblioteca pública que para la de un particular.

Manifestada la clase de materiales de que me he servido y las fuentes de que han dimanado, réstame agregar algunas observaciones sobre el plan general y composicion de la obra.

Entre las heroicas proezas ejecutadas por los españoles en el siglo diez y seis, ninguna es mas sorprendente que la conquista de Méjico. La destruccion de un grande imperio, consumada por un puñado de aventureros, si se examina con todos sus extraordinarios y pintorescos incidentes, presenta mas bien el aspecto de un romance que el de una historia verdadera, y no es fácil tratar tal asunto con entera sujecion á las severas reglas de la crítica histórica.

Pero no obstante lo seductor del objeto, me he esforzado en distinguir cuidadosamente la realidad de la ficcion, apoyando mi narracion sobre una amplia base de testimonios contemporáneos, tan sólida cuanto me ha sido posible; y he corroborado el texto con extensas citas que por lo comun inserto originales, considerando que pocas de ellas puede tener á la vista el lector. He creido mas conveniente, conservar en los extractos de esas citas la ortografia antigua, aunque desusada y viciosa, que alterar en manera alguna el texto.

Aunque el objeto de la obra, propiamente hablando, es solo la conquista de Méjico, he preparado el camino principiándola con un bosquejo de la civilizacion de los antiguos mejicanos, que pueda dar á conocer al lector el carácter de esa raza extraordinaria, y hacerle comprender las dificultades que hubieron de superar los españoles para subyugarla. Esta parte preliminar, así como el ensayo que contiene el apéndice y que con mas propiedad pertenece á la introduccion, aunque solo componen medio volúmen, me han costado tanto trabajo y casi tanto tiempo como el resto de la obra. Si logro dar al lector una idea exacta de la verdadera naturaleza y grado de ilustracion á que habian llegado los mejicanos, no consideraré infructuosas mis tareas.

La historia de la conquista concluye con la toma de la capital; pero he creido oportuno extender mi narracion hasta la muerte de Cortés, confiando en el interes que habrá inspirado al lector la pintura del carácter que desplegó en su carrera militar. No se me oculta el peligro á que me expongo al adoptar este plan, pues ocupado ya el espíritu del lector con la grande idea de la toma de la capital, tal vez tendrá por fastidiosa, ó a lo menos por supérflua, la extension dada á la obra mas allá de aquel punto, y difícilmente podrá interesarse en los sucesos de un individuo particular, despues de la sensacion que debe haberle producido la lectura de una catástrofe nacional. Solis abrazó el partido mas prudente de concluir su obra con la toma de Méjico, dejando así intacta en la mente del lector la profunda impresion ocasionada por aquel memorable acontecimiento. Prolongándola se expone el historiador á incurrir en el defecto que los críticos franceses tanto censuran en algunos de sus dramas, en los que el autor disminuye el interes de la pieza por un desenlace prematuro. Este es el defecto que necesariamente y en mayor grado se advierte en la historia de Colon, en la que aventuras insignificantes, acaecidas en un grupo de islas, cierran el curso de una vida principiada con el asombroso descubrimiento de un mundo, defecto que para quedar perfectamente disimulado, necesitó todo el genio de Irving y el mágico encanto de su estilo.

A pesar de estos inconvenientes me he decidido á continuar mi historia, ya por deferencia á la opinion de varios literatos españoles, en cuyo sentir la biografia de Cortés no era aun bastante conocida, ya tambien por la circunstancia de tener á mi disposicion tan abundante acopio de documentos originales para formarla; y no puedo sentir haber seguido este camino, pues sea cual fuere el brillo que la conquista

PRÓLOGO.

XI

de Méjico, considerada como una proeza militar, refleje sobre Cortés, este solo da una idea imperfecta de su ilustrado talento, y de su genio vasto y fecundo.

A los ojos del crítico podrá aparecer algo incongruente un plan que reúne objetos tan diversos como los que abraza la presente historia, cuya introduccion, tratando de las antigüedades y origen de una nacion, tiene en cierto modo el carácter de un asunto filosófico, al mismo tiempo que la conclusion es enteramente biográfica; por lo que podria creerse que ni la una ni la otra guardan la debida analogía con la parte principal ó porcion histórica de la obra. Mas yo espero que mis lectores conocerán que tales objeciones, tienen menos peso en la práctica que en la teoría; y creo que desempeñado satisfactoriamente el bosquejo que forma la introduccion, preparará al lector para ocuparse de las particularidades de la conquista, y que los grandes acontecimientos públicos que esta refiere, abrirán sin violencia el camino al resto de la historia personal del héroe, que debe ser considerado como el alma de ella. Sea cual fuere la incongruencia que bajo otros aspectos se advierta, al menos no se hallará interrumpida la unidad de interes, única que los críticos modernos consideran de suma importancia.

El dilatado espacio de tiempo que media entre la edad presente y la época de la conquista, no permite al historiador abrigar injustas preocupaciones ó parcialidades odiosas. Con todo, el lector ingles ó americano, educados en principios morales muy diversos de los del siglo diez y seis, tal vez me calificará de demasiado indulgente con los errores de los conquistadores; al paso que el español, acostumbrado al no interrumpido panegírico de Solís creará que los he tratado con demasiada severidad. Contestaré á esto solamente, que si por una parte no he vacilado en pintar con los mas vivos colores los excesos de los conquistadores, por la otra he tratado de suavizarlos con las reflexiones que sugieren las circunstancias y época en que vivieron. No solo me he esforzado en ofrecer una pintura exacta, sino en colocarla en su propia luz, y situar al espectador en el punto de vista mas á propósito para examinarla favorablemente. He procurado á expensas de algunas repeticiones, familiarizarlo con el espíritu de aquella época; y en una palabra, hacerlo, si así puedo expresarme, contemporáneo del siglo diez y seis. Cómo y hasta qué punto haya conseguido mi objeto, al mismo lector toca calificarlo.

Por una circunstancia particular puedo antes de concluir reclamar con razon la indulgencia de mis lectores. El mal estado de mi vista me ha obligado á servirme de la máquina de escribir que usan los ciegos.

y que no permite al escritor ver sus manuscritos. No he corregido, pues, ni aun siquiera leído los míos; y como por tal motivo pueden haber salido confusos é incorrectos, necesariamente y sin embargo del sumo cuidado de mi secretario, han de haber ocurrido al copiarlos algunos errores, un poco aumentados por las bárbaras frases de los nombres mejicanos de que me he servido; sin que pueda prometerme que hayan sido siempre descubiertos por el perspicaz corrector que ha revisado las pruebas.

En el prólogo de la historia de Fernando é Isabel me lamenté de que mientras trabajaba sobre aquel asunto, los dos incidentes mas interesantes de aquel reinado habian ocupado la atencion del mas apreciado de los escritores americanos, Washington Irving. Por una singular casualidad ha sucedido casi lo contrario en la composicion de esta obra, pues sin saberlo me encontré ocupando el mismo terreno que él se preparaba á cultivar: cuando ya era yo poseedor de la rica coleccion de materiales de que he hablado, llegó á mi noticia aquella circunstancia; y si él hubiera perseverado en su designio, yo sin vacilar habria abandonado el mio, si no por atencion, por prudencia; pues aunque me hallaba cubierto con las armas de Aquiles, no podria linsonjearme de la victoria combatiendo con el propio Aquiles. Mas luego que este célebre escritor tuvo noticia de los preparativos que yo habia hecho, animado de aquel espíritu caballeresco que no sorprenderá á quien haya tenido el placer de conocerle, me anunció su intencion de dejarme la empresa. Bien conozco que al referir esta circunstancia, haciendo la debida justicia al Sr. Irving, me perjudico á mí mismo, por el sentimiento que necesariamente debo excitar en el lector.

No debo concluir este prólogo, ya demasiado difuso, sin expresar mi reconocimiento á mi amigo el Sr. Jorge Ticknor, amigo de muchos años, por el trabajo que se ha tomado de revisar mi manuscrito; trabajo puramente de afecto, que solo puede estimar en todo su valor el que tenga conocimiento de su extraordinaria erudicion y exquisito gusto literario. Si he colocado su nombre al fin de la lista de aquellos á quienes soy deudor de atentos y bondadosos oficios, no es ciertamente porque aprecie en menos los suyos.

GUILLERMO H. PRESCOTT.

Boston, octubre 1. ^o de 1843.

CONQUISTA DE MEJICO.

LIBRO I.

INTRODUCCION.

BOSQUEJO DE LA CIVILIZACION AZTECA.

CAPITULO I.

ANTIGUA MÉJICO.—SU CLIMA Y PRODUCCIONES.—RAZAS PRIMITIVAS.—IMPERIO AZTECA.

De todo el vasto imperio que en un tiempo reconoció la autoridad de España en el Nuevo Mundo, ninguna parte puede compararse en interes ó importancia con Méjico, ya se considere la variedad de su suelo y clima, las inagotables fuentes de su riqueza mineral, su paisage grande y pintoresco sin ejemplo, el carácter de sus antiguos habitantes muy superiores en inteligencia á las otras razas norte-americanas, y cuyos monumentos nos recuerdan la primitiva civilizacion de Egipto y el Indostan, ó ya se atienda á las circunstancias particulares de su conquista, tan romántica y llena de aventuras como un romance de caballería, inventado por un poeta normando ó italiano. La historia de la conquista de esa preciosa porcion del Nuevo Mundo, y la del hombre extraordinario que la consumó, son el objeto de esta obra; mas para que el lector pueda adquirir mayor conocimiento del asunto, será conveniente ántes de comenzar á tratarlo, dar una descripcion general de las instituciones políticas y sociales de las razas que ocupaban el pais en la época de su descubrimiento.

(a) El arzobispo Lorenzana habla del territorio de la Nueva-España, en el que se comprendían las provincias internas de Occidente y Occidentales y las de Oriente.

singular formacion de este pais, que aunque solo doble en extension á la nueva Inglaterra, ofrecia toda variedad de climas, y podia producir casi todos los frutos que se encuentran entre el Ecuador y el círculo Artico.

Todo el pais á lo largo del Atlántico, está terminado por una espaciosa region, llamada tierra caliente, cuya media temperatura alta es igual á la de los paises equinociales. Aridas y arenosas llanuras se hallan mezcladas con otras de extremada fertilidad, cubiertas de espesas y casi impenetrables selvas de aromáticos arbustos y flores silvestres, en cuyo centro se elevan árboles de aquella pomposa vegetacion que solo se encuentra entre los trópicos. En estos deliciosos desiertos, se levanta insidioso un viento emponzoñado (a), producido seguramente por la descomposicion que sufren las lozanas sustancias vegetales en un suelo húmedo y ardiente. La estacion del *vómito* que asola estas costas, continúa desde la primavera hasta el equinoccio del otoño, en cuyo tiempo lo hacen cesar los vientos frios que vienen de la bahía de Hudson. Estos vientos en el invierno se convierten en tempestades, y recorriendo la costa del Atlántico y el casi cerrado Golfo de Méjico, se desatan con la fuerza de un huracan en sus desabrigadas playas y en las vecinas islas occidentales. Tales son las poderosas defensas conque la naturaleza ha rodeado esta tierra de encanto, como para guardar los dorados tesoros que encierra en su seno. El genio y espíritu emprendedor del hombre han probado ser mas poderosos que ellas.

Despues de caminar unas veinte leguas á traves de esta abrasada region, se halla el viajero trasladado á una atmósfera mas pura. Sus miembros recobran su ordinaria elasticidad, y es su respiracion mas libre, pues no oprimen ya sus sentidos los sofocantes calores y embriagantes perfumes del valle. La naturaleza tambien ha cambiado de aspecto, y la vista ya no vaga entre la alegre variedad de colores conque el pais estaba adornado ántes. La vainilla, el añil y las florecientes arboledas de cacao desaparecen al paso que avanza en su marcha. Lo acompañan la caña dulce y los plátanos engalanados con sus lustrosas hojas, y cuando ha subido cerca de cuatro mil piés, la perenne verdura y rico follage del árbol que produce el liquidambar, le hacen conocer que ha llegado á la altura donde se detienen las nubes y nieblas, en su tránsito del Golfo Mejicano. Esta es la region de perpetua humedad; pero él la saluda con placer, como que le

no teniendo entónces límite señalado al Norte confinaban con las posesiones rusas, por el estrecho de Behring que es lo que el arzobispo llama *Tartaria*. Los monarcas españoles pretendian tener derecho á todo lo descubierto por los navegantes de su nacion en el continente de América dentro de los límites designados en la bula de Alejandro VI, y en esto se funda la asercion del Sr. Lorenzana, en cuyos conceptos no pueden estar de acuerdo los escritores de los Estados-Unidos, que fundan sus pretensiones á todos esos terrenos en otros diversos principios.

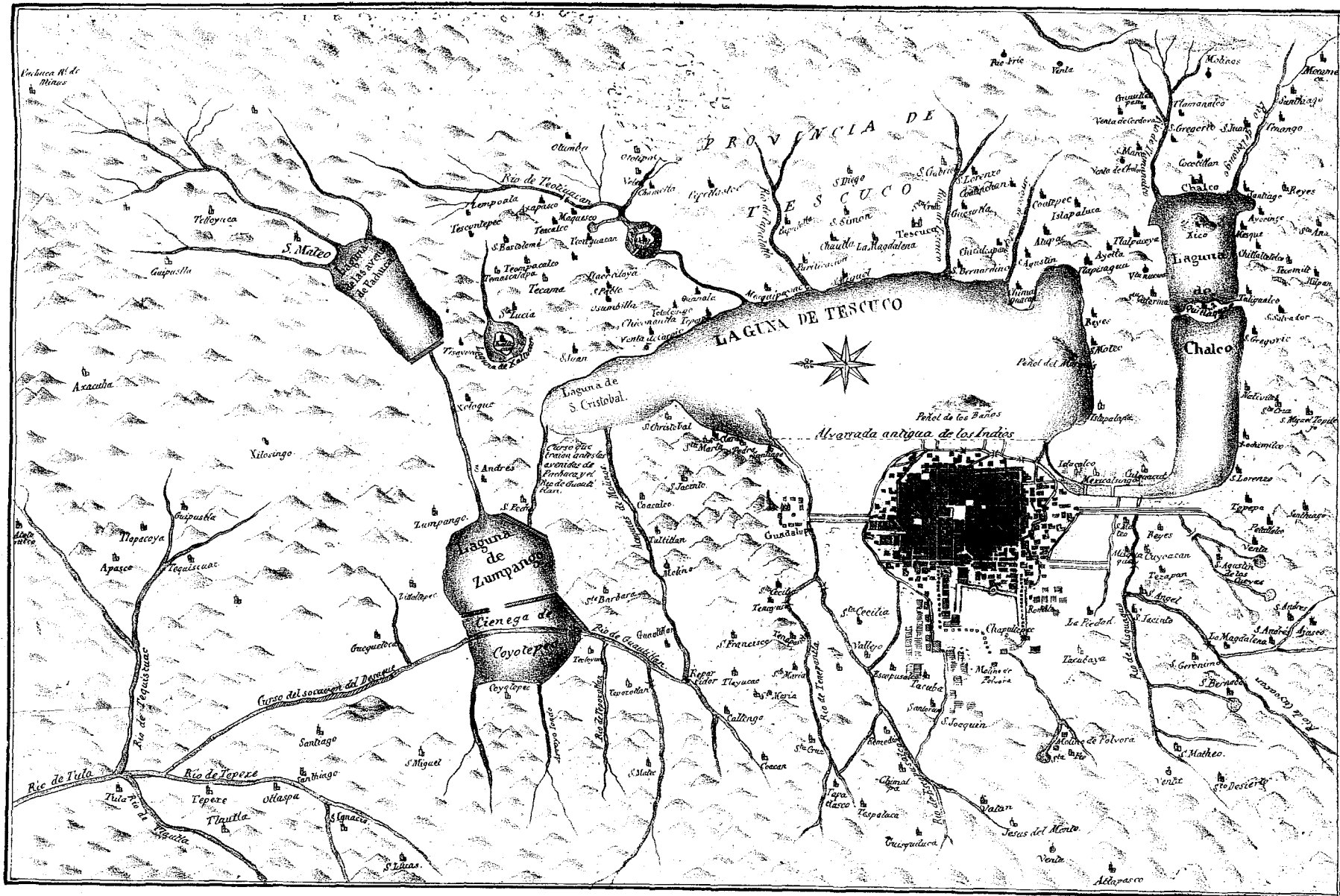
(a) El autor hace uso de la palabra *malaria*, con la que se significa en Italia el viento malsano que sopla de las lagunas pontinas en las inmediaciones de Roma, y de los terrenos anegadizos de las costas de la Toscana que causa muchas enfermedades durante el verano y el otoño, y de aquí procede su nombre.

anuncia estar ya exento de la influencia del mortal vómito (4). Ha entrado en una tierra semejante á la de la zona templada, y el aspecto del pais comienza á ser aquí grande y aun terrible. El camino corre á lo largo de la base de elevadas montañas, que brillaron en un tiempo con la luz de fuegos volcánicos, y ahora resplandecen con las capas de nieve que las cubren perpetuamente y sirven de señal al marino á muchas leguas de distancia en el mar. Por todas partes mira en torno suyo vestigios de la antigua combustion, pues el camino pasa por entre grandes corrientes de lavas, que se levantan en innumerables formas fantásticas producidas por los obstáculos que se opusieron al curso del torrente encendido. Tal vez al mismo tiempo que se ofrece á su vista un peligroso precipicio ó un abismo casi insondable abierto al lado del camino, ve su fondo adornado con las ricas flores y esmaltada vegetacion de los trópicos. Tal es el singular contraste que al mismo tiempo ofrece á los sentidos esta pintoresca region. Continuando un poco mas adelante, sube el viajero á otros climas favorables para otra clase de cultivo. Le ha seguido el maíz desde las mas bajas llanuras; pero ahora mira por la primera vez los campos sembrados de trigo y otros granos europeos traídos al pais por los conquistadores, y mezclados con ellos los plántíos de maguey, que los aztecas aplicaban á tan diversos é importantes usos. Aquí adquieren los robles una vegetacion mas vigorosa, y las espesas selvas de pinos anuncian la entrada á la tierra fria, la tercera y última plataforma de las tres en que el pais está naturalmente dividido. Cuando el fatigado viajero ha llegado á la altura de seis ú ocho mil piés, fija su planta en la cumbre de la cordillera de los Andes, de esta colosal cadena de montañas, que despues de atravesar la América del Sur y el Itsmo de Panamá, se ensancha al entrar á Méjico y forma esa extensa llanura que se conserva á la elevacion de mas de seis mil piés en una distancia de cerca de doscientas leguas, hasta que gradualmente descende en las mas altas latitudes del norte (5).

A traves de esta plataforma de montañas y en direccion occidental, se extiende una cadena de cimas volcánicas de aun mas estupendas dimensiones, que forma ciertamente uno de los puntos mas elevados del globo. Sus picos, penetrando en las regiones de perpetuas nieves, difunden una agradable frescura

(4) El viajero que entra al pais atravesando los áridos médanos de los contornos de Veracruz, difícilmente reconocerá la descripcion hecha arriba, y así debe buscarla en otras partes de la tierra caliente. Ninguno de los viajeros modernos ha hecho una pintura mas brillante de las impresiones causadas en sus sentidos por estas ardientes regiones, que Latrobe, (*Rambler in Mexico*, viajero en Méjico, (Nueva-York, 1836) cap. 1.) Este viajero desembarcó en Tampico, y sus descripciones de la naturaleza y habitantes de nuestro pais (los Estados-Unidos), sobre que podemos juzgar competentemente, se distinguen por un juicio y hermosura que le hacen acreedor á confiar en la pintura que hace de otros paises.

(5) Esta grande extension de territorio, varía en elevacion desde 5570 hasta 8856 piés, cuya altura es igual á la de los pasos del Monte Cenis, ó el gran S. Bernardo. La mesa se extiende trescientas leguas mas adelante, antes de descender á un nivel de 2624 piés. Humboldt, *Essai politique: Essai politique*, tom. I, pp. 157 y 255.



PLANO DEL VALLE DE MÉJICO SUS LAGUNAS Y RIOS.

Delineado por nuestro célebre cosmógrafo D. Carlos de Sigüenza y Góngora.

en las elevadas mesas que se hallan mas abajo, y que aunque se llaman frias, gozan de un clima cuya temperatura media no es mas baja que la de los puntos centrales de Italia (6). El aire es excesivamente seco, y el terreno aunque naturalmente fértil, se halla muy poco engalanado con la lozana vegetacion de las regiones bajas. Tiene por lo comun un aspecto árido y estéril, debido en parte á la mayor evaporacion que en estas elevadas llanuras produce la presion disminuida de la atmósfera, y en parte indudablemente á la falta de árboles que lo pongan á cubierto de la voraz influencia del sol abrasador del estío. En la época de los aztecas estaba el pais cubierto de cedros, encinas, cipreses y otros árboles silvestres, cuyas extraordinarias dimensiones, juzgando por las de algunos que se conservan todavia, manifiestan que la esterilidad de los últimos tiempos debe imputarse mas al hombre que á la naturaleza. Los primeros españoles hicieron en verdad una indiscreta guerra á los bosques lo mismo que nuestros abuelos los puritanos, aunque con mucha menos razon; pues conquistado ya el pais, no tenian que temer peligrosas emboscadas de los sumisos y semi-civilizados indios, ni estuvieron obligados como nuestros antepasados, á mantener por un siglo una constante vigilancia. Dícese sin embargo que esta destruccion de los bosques era agradable á su imaginacion, como que ella les recordaba las llanuras de su patria Castilla, la mesa de Europa (7), donde la desnudez del pais es la principal falta que lamenta todo viajero que la visita.

En el centro del continente, un poco mas cerca del océano Pacífico que del Atlántico, y á una elevacion de cerca de siete mil y quinientos piés, está el famoso valle de Méjico: es de una figura oval de cerca de sesenta y siete leguas de circunferencia (8), y está rodeado de una muralla de rocas de pórfito, que la

(6) Cerca de 62 grados del termómetro de Fahrenheit, ó 17 de Réaumur. (Humboldt, *Essai politique, Ensayo político*, tom. I, p. 273.) Las mas elevadas mesas, como la del valle de Toluca que se halla á la altura de cerca de 8500 piés sobre el nivel del mar, tienen un clima tan frio, que el termómetro de Fahrenheit, durante una gran parte del dia, raras veces sube á mas de 45 grados. El mismo (lugar citado) y Malte-Brun, (*Geografia universal*, traduc. ing. lib. 83) que en esta parte de su obra no es mas que un eco de aquel autor.

(7) La elevacion de las dos Castillas, segun la autoridad tantas veces citada, es de cerca de 350 toesas, ó 2100 piés sobre el océano. (Disert. de Humboldt sobre la obra de Laborde. *Itinéraire descriptif de l'Espagne, Itinerario descriptivo de la España* (Paris, 1827) tom. I, p. 5.) Es cosa muy rara encontrar en Europa llanuras de tan gran elevacion.

(8) El arzobispo Lorenzana calcula la circunferencia del valle en noventa leguas, corrigiendo al mismo tiempo la asercion de Cortés que le da setenta, cuyo cálculo, segun el resultado de la medida del Sr. de Humboldt, citado en el texto, se aproxima mucho á la verdad. Su longitud es de cerca de diez y ocho leguas por doce y media de ancho. (Humboldt, *Essai politique, Ensayo político*, tom. II, p. 29.—Lorenzana, *Hist. de Nueva-España*, p. 101). El mapa del valle de Méjico formado por Humboldt es el tercero de su „Atlas geográfico,” y como todos los otros de la coleccion, es de un valor inestimable para el viajero, el geólogo y el historiador.

naturaleza parece haberle concedido, aunque ineficazmente, para protegerlo de una invasion.

El terreno, alfombrado en otro tiempo de un hermoso verdor y cubierto de magestuosos árboles, está por lo comun desnudo, y en muchos lugares toma un color blanquecino por la incrustacion de las sales provenida de la evaporacion de las aguas. Cinco lagos se hallan esparcidos en el valle, ocupando la décima parte de su superficie (9). En las riberas opuestas del mayor de ellos, muy disminuido ahora en sus dimensiones (10) respecto de las que tenia en tiempo de los aztecas, se levantaban las ciudades de Méjico y Tezcucio, capitales de los estados mas poderosos y florecientes del Anáhuac, cuya historia, así como la de las misteriosas razas que les precedieron en el pais, presenta lo que se aproxima mas á la antigua civilizacion del continente septentrional de América.

La mas notable de estas razas era la de los toltecas que vinieron del Norte, aunque se ignora de qué punto, y entraron en el territorio del Anáhuac (11), proba-

(9) Humboldt, Essai politique, Ensayo político, tom. II, pp. 29, 44 y 49.—Malte-Brun, lib. 85. Este último geógrafo solo señala al nivel del valle seis mil setecientos piés, contradiciéndose (comp. lib. 83), ó mas bien á Humboldt, de cuyas páginas se sirve, *plenis manibus*, con demasiada liberalidad por cierto, pues pocas referencias pone al pié de las suyas.

(10) Torquemada supone que esta disminucion fué debida en parte, á que así como Dios permitió que las aguas que en un tiempo cubrieron toda la superficie de la tierra, se retiraran de ella despues de que la especie humana habia sido casi exterminada por sus iniquidades, así tambien permitió que las del lago mejicano se filtraran al fondo de la tierra, en señal de benevolencia y reconciliacion, despues de que los españoles exterminaron las razas idólatras del pais. (Monarquía indiana (Madrid, 1723), tom I, p. 309.) Tan probable, si no tan ortodoxa explicacion, puede hallarse en la activa evaporacion de estas regiones mas elevadas, y en el hecho de haberse construido un inmenso desagüe en tiempo del mismo padre, con el fin de disminuir las aguas del mayor de los lagos y libertar á la capital de una inundacion. (a)

(11) El territorio del Anáhuac, segun Humboldt, solo comprendia el espacio contenido entre los 14 y 21 grados de latitud norte (Essai politique, Ensayo político, tom. I, p. 197). Segun Clavijero incluia casi todo el conocido despues con el nombre de Nueva-España (Stor. del Messico, tom. I, p. 27), y Veytia lo usa como sinónimo de Nueva-España. (Historia antigua de Méjico, (Méjico, 1836) tom. I, cap. 12). El primero de estos escritores probablemente concede muy poco, y el último mucho á sus límites. Ixtlilxochitl dice que se extendia cuatro leguas al sur del pais de los otomis. (Hist. chich. MS., cap. 73). La palabra Anáhuac, significa cerca del agua. Probablemente se aplicó primero á aquella parte del pais que circundaba los lagos del valle de Méjico, y gradualmente se extendió á las regiones mas distantes ocupadas por los aztecas y por las otras razas medio civilizadas; ó tal vez pudo habersele dado este nombre como opina Veytia, (Hist. antig., lib. 1, cap. 1) para denotar el territorio comprendido entre las aguas del Atlántico y del Pacífico.

(a) No se hizo desagüe ninguno en tiempo del P. Torquemada: lo que se hizo fué reparar los diques antiguos y construir otros nuevos. La calzada de Guadalupe se hizo bajo la direccion de dicho padre.

blemente antes del fin del siglo séptimo. Por consecuencia, pocas noticias pueden tenerse con certidumbre respecto de un pueblo cuyos anales escritos perecieron, y que nos es conocido solamente por la tradicion de las naciones que le sucedieron (12). Con todo, segun la opinion general de estas, los toltecas estaban bastante instruidos en la agricultura, y en muchas de las mas útiles artes mecánicas: trabajaban con perfeccion los metales: inventaron el complicado arreglo del tiempo adoptado por los aztecas; y en una palabra, fueron las verdaderas fuentes de la civilizacion que mas tarde distinguió esta parte del continente (13). Establecieron su capital en Tula al norte del valle de Méjico, y aun en tiempo de la conquista se veian allí algunos vestigios de sus espaciosas fábricas (14). Los magníficos restos de los edificios religiosos y de otros que aun se ven en algunas partes de Nueva-España, se atribuyen á ese pueblo, cuyo nombre *tolteca* llegó á ser sinónimo de arquitecto (15). Su obscura historia recuerda la de aquellas primitivas razas, que precedieron á los antiguos egipcios en la carrera de la civilizacion, los restos de cuyos antiguos monumentos como se ven hoy dia, incorporados con los edificios de los mismos egipcios, casi dan á estos últimos la apariencia de construcciones modernas (16).

Despues de un periodo de cuatro siglos, los toltecas que habian extendido su poder hasta los mas remotos confines del Anáhuac (17), disminuidos considerablemente en número por la hambre, peste y guerras desgraciadas, desaparecieron del pais, tan silenciosa y misteriosamente, como habian entrado. Unos pocos quedaron en él, aunque reducidos á un estado de nulidad; pero la mayor parte se esparció probablemente en las regiones de la América del Centro y en

(12) Clavijero dice, que Boturini escribió descansando „en la fe de los historiadores toltecas” (Stor. del Messico, Historia de Méjico, tom. I, p. 128); pero el primero de estos escritores no pretende haber encontrado manuscrito alguno de los toltecas, y refiere haber oido hablar de uno solo que se hallaba en poder de Ixtlilxochitl. (Véase su idea de una nueva historia general de la América Septentrional, (Madrid 1746) p. 110). El último nos asegura que su relacion de las razas tolteca y chichimeca „se derivó de la interpretacion” (probablemente de las pinturas tezcucanas) „y de las tradiciones de los antiguos;” pobres autoridades para acontecimientos que habian pasado tantos siglos ántes. Él mismo confiesa que estaban sus relaciones tan plagadas de absurdos y falsedades, que se vió obligado á desechar las diez y nueve partes de ellas. (Véanse sus relaciones, MS. núm. 5.) Tal vez la causa de la verdad no habria sufrido mucho, si hubiera desechado las diez y nueve partes del resto.

(13) Ixtlilxochitl, Hist. chich. MS. cap. 2.—El mismo, Relaciones, MS. núm. 2.—Sahagun, Historia general de las cosas de Nueva-España, (Méjico, 1829.) lib. 10, cap. 29.—Veytia, Hist. antig. lib. 1, cap. 27.

(14) Sahagun, Historia de Nueva-España, lib. 10, cap. 29.

(15) El mismo, ubi supra—Torquemada, Monarq. ind. lib. 1, cap. 14.

(16) Description de l'Egippte, Description del Egipto (Paris 1809), Antiquites, Antigüedades, tom. I, cap. 1. Veytia ha tratado las emigraciones de los toltecas con un esmero poco recompensado, por el crédito dudoso que necesariamente se dió á los resultados. Hist. antig. lib. 2, cap. 21 y 23.

(17) Ixtlilxochitl, Hist. chich. MS., cap. 73.

las islas vecinas, donde el viajero sospecha ahora que las magestuosas ruinas de Mitla y el Palenque pueden haber sido obra de esta extraordinaria nacion (18).

Trascurridos otros cien años entró en el despoblado pais una tribu numerosa y salvaje llamada de los chichimecas que vino de las regiones lejanas del noroeste, y fué en breve seguida por otras mas civilizadas, acaso de la misma familia de los toltecas, cuyo idioma parece que hablaban. Las mas notables de estas tribus fueron la de los aztecas ó mejicanos, y la de los acolhuas, conocidos mas bien en los últimos tiempos con el nombre de tezcucanos, derivado del de su capital Tezcuco (19), situada en la orilla oriental del lago mejicano, los cuales tenian una particular disposicion por su religion y costumbres suaves, comparativamente hablando, para recibir la civilizacion que podian comunicarles los pocos toltecas que aun permanecian en el pais, y que á su vez transmitieron á los bárbaros chichimecas, gran parte de los cuales se incorporaron con los nuevos habitantes y formaron con ellos una sola nacion (20).

Aprovechándose los acolhuas de su poder, dimanado no solo del aumento de su número, sino tambien de su mayor ilustracion, extendieron su imperio sobre las tribus mas ignorantes del Norte, al mismo tiempo que su capital estaba llena de una numerosa poblacion, diligentemente ocupada en muchas de las mas útiles artes y aun en las de lujo de una sociedad civilizada. En tan venturoso estado, se vieron repentinamente asaltados por sus guerreros vecinos los tepanecas, del propio origen que ellos y que habitaban el mismo valle. Sus provincias fueron invadidas, sus ejércitos derrotados, su rey asesinado, y la floreciente ciudad de Tezcuco fué presa del vencedor. De tanta humillacion los libró por fin el príncipe Nezahualcoyotl, jóven de un talento extraordinario y legítimo heredero de la corona, quien con la eficaz ayuda de sus aliados los mejicanos, salvó al estado y le abrió una nueva carrera de prosperidad mas brillante todavía que la anterior (21).

Los mejicanos, cuya historia es nuestro objeto principal, vinieron tambien, como hemos visto, de las remotas regiones del Norte, de donde salieron muchas de las naciones del Nuevo-Mundo, lo mismo que del antiguo. Llegaron á los

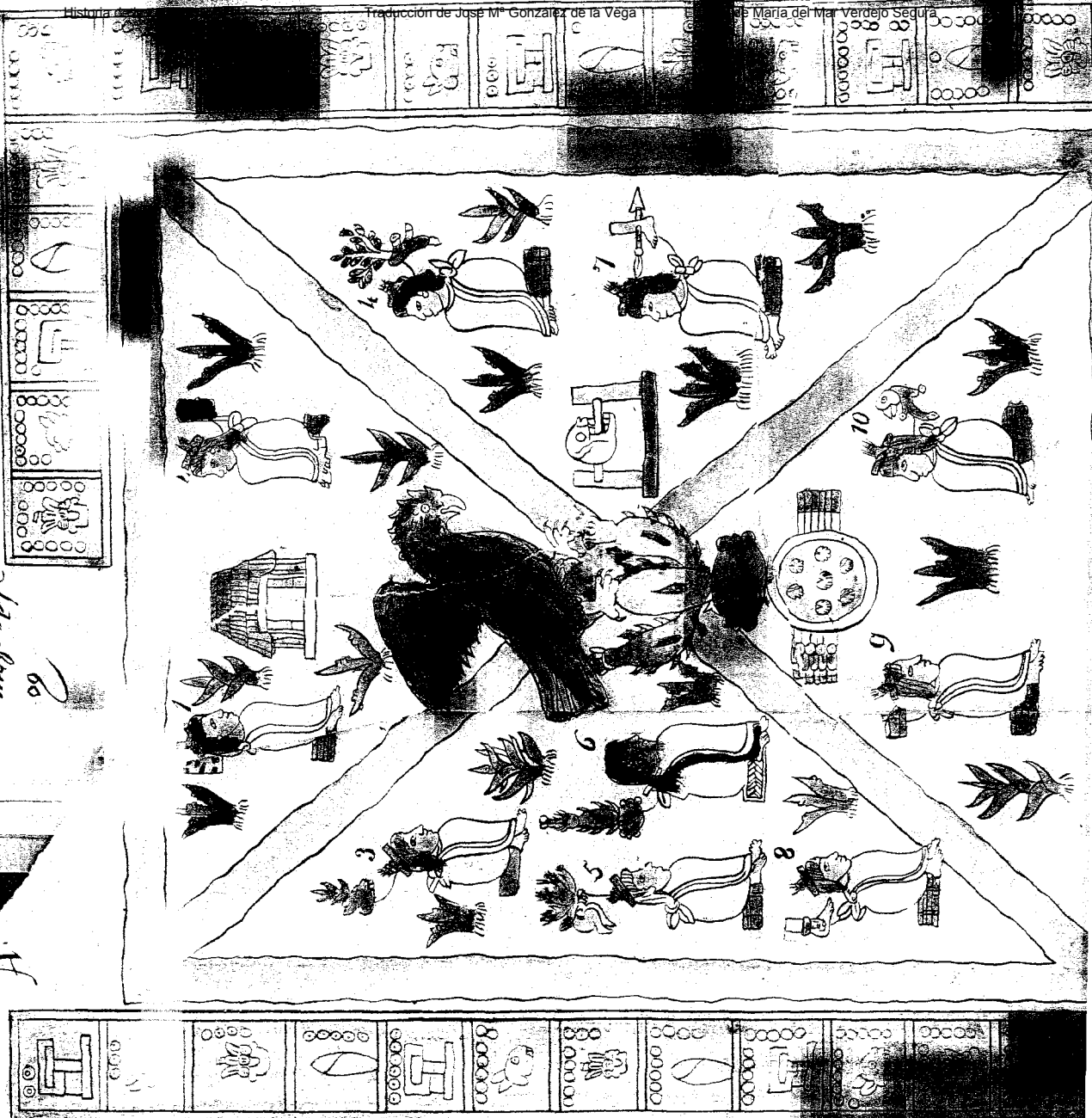
(18) Veytia, Hist. antig., lib. 1, cap. 33.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS. cap. 3.—El mismo, Relaciones, MS. números 4 y 5.—El padre Torquemada tal vez interpretando mal los geroglíficos tezcucanos, refiere la misteriosa desaparicion de los toltecas acompañada de los mas ridículos cuentos de gigantes y demonios, como para manifestar que su aficion á lo maravilloso era enteramente igual á la de otro cualquiera que como él perteneciese al estado eclesiástico. (Véase su Monarquía ind. lib. 1, cap. 14.)

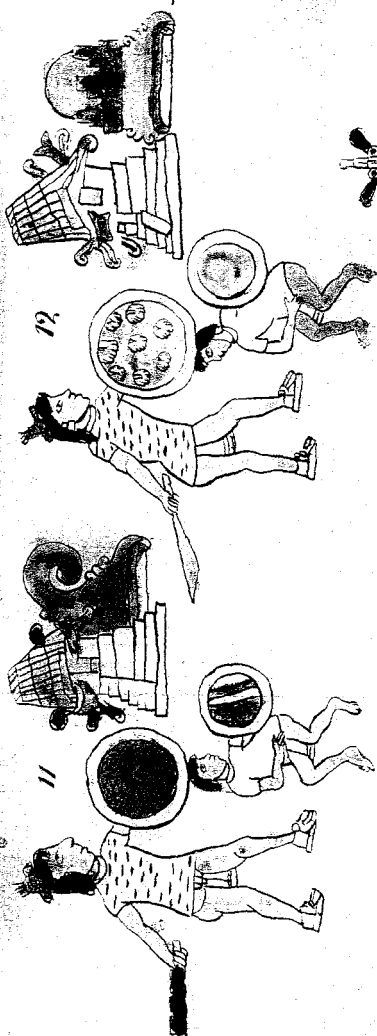
(19) Tezcuco significa „lugar de detencion,” en razon de decirse, que varias de las tribus que sucesivamente ocuparon el Anáhuac, habian descansado algun tiempo en este sitio. Ixtlilxochitl, Hist. chich. MS., cap. 10.

(20) El historiador refiere en una página, que los chichimecas habitaban en cavernas, ó á lo mas en chozas de paja, y en la siguiente habla con gravedad de sus señoras, infantas y caballeros. Ibid., cap. 9 y sig.—Veytia, Hist. antig. lib. 2, cap. 1 y 10.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

(21) Ixtlilxochitl, Hist. chich. MS., cap. 9 y 20.—Veytia, hist. antig. lib. 2, cap.

imographie.
20

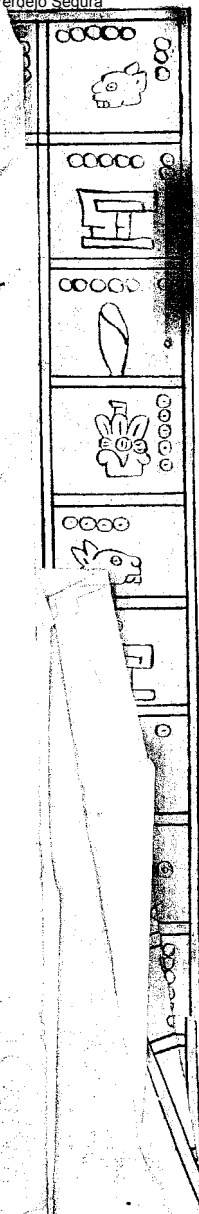




Imagraphe

09

la conquista de México traducción de José M^a González Beldarrain y María del Mar Verdejo Segura



confines del Anáhuac hácia el principio del siglo trece, algun tiempo despues de la ocupacion del pais por las razas procedentes de la misma fuente. Al principio no se establecieron en un lugar fijo, sino que mudaron su residencia á diversos puntos del valle de Méjico, sufriendo todos los accidentes y penalidades de una vida ambulante. Fueron una vez esclavizados por una tribu mas poderosa; pero bien pronto su ferocidad los hizo temibles á sus mismos señores (22). Despues de una serie de acontecimientos y aventuras que podian compararse con las historias mas fabulosas de los tiempos heróicos de la antigüedad, al fin se fijaron en la orilla sudoeste del lago principal en el año de 1325. Allí vieron parada sobre un nopal que nacia de la hendedura de una roca bañada por las olas, una águila real de extraordinaria magnitud y hermosura, con una serpiente en sus garras, y sus anchas alas abiertas al sol que nacia. Saludaron el feliz agüero anunciado por el oráculo como el que habia de indicarles el sitio de su futura ciudad, y asentaron sus cimientos clavando estacas en los lugares menos hondos, pues estos bajos pantanos estaban medio sumergidos en el agua. Sobre ellas levantaron sus ligeras fábricas de cañas y juncos, procurándose una precaria subsistencia en la pesca y en la caza de las aves silvestres que frecuentaban las lagunas, así como en el cultivo de aquellos vegetales que podian producir sus jardines flotantes. Se llamó este lugar Tenochtitlan, en memoria de su milagroso origen, aunque por los europeos solo es conocido con el otro nombre de Méjico, derivado de su dios de la guerra Mexitli (23). La historia de esta fundacion se conserva en la águila y el nopal que forma las armas de la actual república de Méjico. Tales fueron los humildes principios de la Venecia del mundo occidental (24).

(22) Estos fueron los colhuas y no acolhuas, con quienes Humboldt y los mas de los escritores que le sucedieron los han confundido. (Véase su *Essai politique, Essai politique*, tom. I, p. 414, segundo p. 37.)

(23) Clavijero, apoyado en muy buenas razones, prefiere la etimología de Méjico, mencionada arriba, á otras varias. (Véase su *Stor. del Messico, Historia de Méjico*, tom. I, p. 168, not.) El nombre Tenochtitlan significa *nopal sobre una piedra*. Esplacion de la Col. de Mendoza, apud *Antiq. of Mexico*, vol. IV.

(24) „Datur hæc venia antiquitati,” dice Livio, „ut miscendo humana divinis primordia urbium augustiora faciat.” *Hist. Præf.*—Véase la Col. de Mendoza, lam. 1, apud *Antiq. of Mexico*, vol. I.—Ixtilxochitl. *Hist. chich. MS.*, cap. 10.—Toribio, *Hist. de los indios*, MS., part. 3, cap. 8.—Veytia. *Hist. antig. lib. 2*, cap. 15.—Clavijero despues de un laborioso estudio señala las siguientes fechas á algunos de los mas notables acontecimientos referidos en el texto. No hay dos autoridades que convengan en ellas; pero no es de estrañarse considerando que aun en el mismo Clavijero, el mas estudioso de todos, no dejan de encontrarse algunas contradicciones. (Compárense sus fechas de la llegada de los acolhuas tom. I, p. 147 y tom. IV, *Disert. 2.*)—

A. D.

Los toltecas llegaron al Anáhuac en.....	648
Abandonaron el pais en.....	1051
Llegaron los chichimecas en.....	1170
Llegaron los acolhuas por el año de.....	1200

El miserable estado de los nuevos moradores se empeoró por sus disensiones domésticas. Una parte de ellos se segregó del resto: formó una nacion distinta, y se estableció en los pantanos vecinos. Divididos así, trascurrió mucho tiempo antes de que pudieran aspirar á la adquisicion de territorio en el continente. Sin embargo, gradualmente crecieron en número, y se hicieron mas poderosos por varias mejoras introducidas en su constitucion política y disciplina militar, adquiriendo al mismo tiempo una reputacion de valor y de crueldad en la guerra que hizo su nombre terrible en todo el valle. Al principio del siglo décimoquinto, cerca de cien años despues de la fundacion de la ciudad, sobrevino un acontecimiento que cambió completamente las circunstancias, y hasta cierto punto el carácter de los aztecas, la destruccion de la monarquía tezcucana por los tepanecas, de que ya se ha hablado. Cuando la conducta opresora de los conquistadores hubo al fin despertado el espíritu de resistencia, el príncipe Nezahualcoyotl consiguió despues de increíbles peligros y dificultades, reunir una fuerza tal, que con la ayuda de los mejicanos lo colocara al nivel de sus enemigos. En dos combates sucesivos fueron estos derrotados con una gran pérdida, muerto su gefe; y su territorio, por una de aquellas inesperadas vicisitudes que caracterizan las guerras de los pequeños estados, pasó á manos de los vencedores, y fué cedido á Méjico en recompensa de sus importantes servicios.

Entonces se formó aquella notable liga, que sin duda no tiene semejante en la historia, en la cual los estados de Méjico, Tezcuco y el vecino reino de Tlacopan, acordaron ayudarse mutuamente en sus guerras ofensivas y defensivas, y distribuirse los despojos, aplicando la quinta parte á Tlacopan, y dividiéndose el resto, se ignora en qué proporcion, entre las otras potencias.

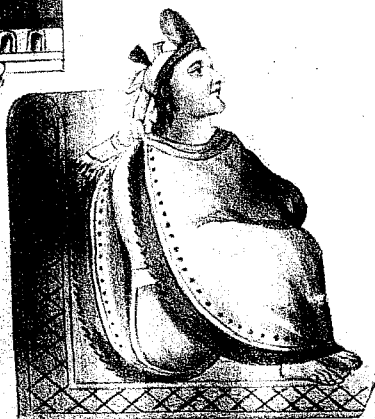
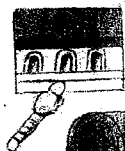
Los escritores tezcucanos pretenden que su nacion tenia una parte igual á la de los aztecas; pero no parece comprobada esta asercion con el inmenso aumento de territorio que adquirieron los últimos, y ademas debe creerse que tenian algunas ventajas concedidas en el tratado por la consideracion de que aun cuando anteriormente hubieran sido muy inferiores, al tiempo de celebrar esa alianza, se hallaban en posicion mas ventajosa que la de sus aliados abatidos y desalentados por una larga opresion. Mas extraordinario que el tratado, es la fidelidad con que lo guardaron. En un siglo de no interrumpidas guerras que se siguió, no hubo una sola ocasion en que las partes disputaran sobre la division de los despojos, siendo así que esta es tan frecuentemente la causa del rompimiento de semejantes alianzas entre las naciones civilizadas (25).

Llegaron los mejicanos á Tula en..... 1196

Fundaron á Méjico en..... 1325

Véase su disert. 2, sec. 12. La última fecha, una de las mas importantes, está comprobada con el erudito Veytia que difiere en todas las otras. Hist. antig. lib. 2, cap. 15.

(25) El patriota historiador tezcucano, pretende haberse concedido á su soberano por este pacto imperial, la suprema dignidad, si no la mayor parte de los despojos. (Hist. chich., cap. 32). Torquemada por otra parte concede á Méjico la mitad de todas las tierras conquistadas. (Monarqu. ind., lib. 2, cap. 40). Todos convienen en señalar



Ihuicamina.



Tizoc.

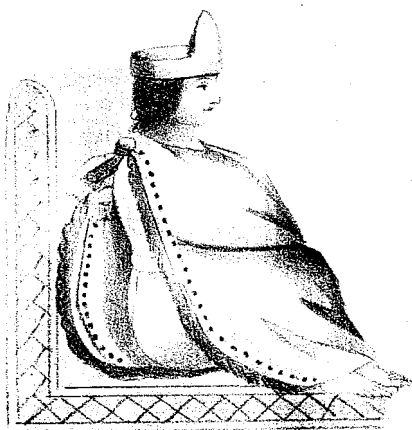


Acayacatl.

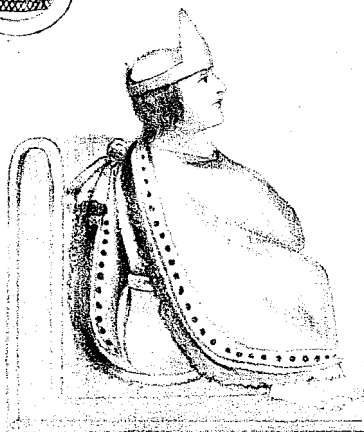


Ahuitzotl.

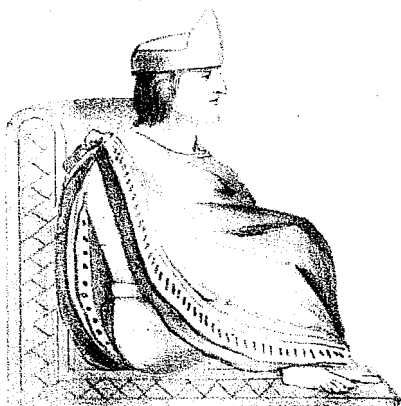
Reyes Aztecas.



Acamipictzin



Chimalpopoca.



Huitzilohuitl.



Itzcoatl.

Reyes Aztecas.

Por algun tiempo encontraron los aliados suficiente ocupacion para sus armas en su mismo valle; pero pronto pasaron sus murallas de rocas, y á mediados del siglo quince, bajo el reinado del primer Montezuma, ya se habian extendido por los declives de la mesa central hasta las orillas del Golfo de Méjico. Tenochtitlan, la capital azteca, era una prueba de la pública prosperidad. Sus frágiles edificios fueron sustituidos por sólidas fábricas de cal y piedra: su poblacion creció rápidamente: terminaron sus antiguas querellas: los ciudadanos que se habian segregado, volvieron á la union: vivieron ya bajo un mismo gobierno; y la parte que ocupaban, quedó unida de una manera permanente á la capital, cuyas dimensiones, cubriendo el mismo terreno, eran mucho mas grandes que las de la moderna ciudad de Méjico (26).

Afortunadamente ocupó el trono una serie de príncipes de capacidad, que supieron sacar provecho de sus grandes recursos y del entusiasmo marcial de la nacion. Año por año se les vió volver á su capital cargados con los despojos de las ciudades conquistadas, y con multitud de prisioneros destinados al sacrificio. Ninguna nacion pudo resistir largo tiempo á las fuerzas unidas de los aliados. Al principio del siglo diez y seis, precisamente ántes de la llegada de los españoles, se extendia el dominio azteca en el continente desde el Atlántico hasta el Pacífico; y bajo el reinado del intrépido y sanguinario Ahuitzotl, habian llegado sus armas mas allá de los límites mencionados, considerándose como su territorio permanente, hasta los mas remotos ángulos de Guatemala y Nicaragua. Esta extension del imperio, aunque corta, en comparacion de la de otras muchas naciones, es verdaderamente admirable, considerando que fué adquirida por un pueblo, cuya poblacion y recursos estaban limitados no mucho tiempo ántes á los muros de su pequeña ciudad, y atendiendo á que el territorio conquistado tenia una numerosa poblacion de varias naciones tan guerreras como la de los mejicanos, y poco inferiores á ella en su organizacion social.

á Tlacopan solo la quinta parte.—Veytia (Hist. antig., lib. 3, cap. 3), y Zurita (Rapport sur les Différentes classes de chefs de la Nouvelle Espagne), Relacion sobre las diferentes clases de gefes de la Nueva-España, trad. de Ternaux, (Paris 1840) p. 11) ambos muy competentes críticos, convienen en la igualdad de la division entre los dos principales estados de la confederacion. Una oda de Nezahualcoyotl que se conserva vertida al castellano, prueba la admirable union que conservaban las tres potencias.

„solo se acordarán en las naciones
lo bien que gobernaron
las tres cabezas que al imperio honraron.”

CANTARES DEL EMPERADOR NEZAHUALCOYOTL. MS.

(26) Véanse los planos de la antigua y moderna capital, en la obra de Bullock, “Méjico” primera edicion. El original del antiguo mapa, lo tomó este viajero de la coleccion del desgraciado Boturini; y si como parece probable, es el que indica en la página trece de su catálogo, no encuentro razon en que pueda fundarse para asegurar, fué el mismo dispuesto para Cortés de orden de Montezuma.

La historia de los aztecas ofrece algunos puntos muy notables de semejanza con la de los antiguos romanos, no solo por el triunfo de sus armas, sino tambien por la política que se los procuró (27).

(27) Clavijero, Stor. del Messico, Historia de Méjico, tom. I., lib. 2.—Torquemada, Monarq. ind., tom. I, libro 2.—Boturini, Idea, p. 146.—Col. de Mendoza, part. I y Cod. Telleriano-Remensis, apud antiq. of Mexico, vol. I y VI.—Maquiavelo considera como una de las grandes causas del buen suceso de las expediciones militares de los romanos, la de que “se asociaban en sus guerras con otros estados, siendo ellos los principales;” y se admira de que las ambiciosas repúblicas de los tiempos modernos no hubieran adoptado semejante política. (Véanse sus Discorsi sopra T. Livio, lib. 2, cap. 4, apud opere (Ginebra, 1798). Esta, como hemos visto, fué la conducta observada por los mejicanos.

La obra mas importante escrita últimamente, sobre la historia primitiva de Méjico, es la Historia antigua del Lic. D. Mariano Veytia, publicada en la ciudad de Méjico en 1836. Nació este literato en Puebla, el año de 1718, de una antigua y muy respetable familia. Concluida su educacion académica, marchó á España, y fué recibido con favor en la corte. Despues visitó otros varios paises de Europa: aprendió sus idiomas, y volvió á su pais abundantemente provisto con los frutos de una discreta observacion y un diligente estudio, consagrandó el resto de su vida á las letras, especialmente á la ilustracion de la historia nacional y de las antigüedades. Como albaacea del desgraciado Boturini, con quien contrajo una íntima amistad en Madrid, tuvo facilidad de obtener la preciosa coleccion de sus manuscritos, y con su auxilio, así como con el de todas las otras noticias que su posicion en la sociedad, y su apreciable carácter le proporcionaban, compuso varias obras, de las cuales solo la de que tratamos recibió los honores de la prensa. No fijó el editor la época de su muerte; pero probablemente no pasó del año de 1780.

La historia de Veytia comprende todo el periodo de la primera ocupacion del Anáhuac, hasta mediados del siglo quince, en cuyo punto desgraciadamente interrumpió la muerte sus trabajos. En la primera parte procuró trazar las emigraciones y los anales de las principales razas que ocuparon el pais. Cada página manifiesta la extension y exactitud de sus observaciones; y si los resultados no inspiran una entera confianza, esta falta no es tan imputable á él, cuanto á la obscura y ambigua naturaleza del asunto. Cuando llega á las últimas épocas, habla mas de los sucesos de los tezcucanos, que de los de la dinastía azteca, que han sido discutidos suficientemente por otro de sus compatriotas. El prematuro fin de sus trabajos, le impidió probablemente consagrar á las instituciones domésticas del pueblo que describía, la atencion que demandaban, como el objeto mas importante del exámen del historiador; pero su juicioso editor Ortega, suplió ese defecto, tomando de otras fuentes lo relativo á este punto. Al principio de la obra, explicó Veytia el sistema cronológico de los aztecas, pero con solo un mediano suceso, lo mismo que los otros escritores que precedieron al exacto Gama. Como crítico, debe ciertamente colocarse en un lugar mas distinguido que á los meros analistas; y cuando no toca puntos conexos con su religion, muestra un juicio discreto. Cuan-

do lo hace, descubre una gran dosis de credulidad, que todavía ejerce su influencia en muchos de los mas instruidos de sus compatriotas. Inserta el editor una interesantísima carta, escrita á Veytia por el abad Clavijero, quando era un pobre y humilde desterrado, en el tono de quien se dirige á una persona de mas elevado puesto y mayor reputacion literaria. Ambos se ocuparon del mismo asunto; pero los escritos del pobre abad, publicados muchas veces, y traducidos á diversos idiomas, han extendido su fama por Europa, mientras que el nombre de Veytia, cuyas obras no salieron de la esfera de manuscritos, son escasamente conocidas fuera de los límites de Méjico.

CAPITULO II.

SUCESION A LA CORONA.—NOBLEZA AZTECA.—SISTEMA JUDICIAL.—LEYES Y RENTAS.
—INSTITUCIONES MILITARES.

La forma de gobierno era diferente en los diversos estados del Anáhuac. Los aztecas y tezcucanos tenían un gobierno monárquico y casi absoluto, asemejándose tanto las dos naciones en sus instituciones políticas, que uno de sus historiadores ha asentado con demasiada inexactitud, que lo que se dice de una, puede entenderse siempre aplicable á la otra (1). Yo examinaré la constitucion política de los mejicanos, ocurriendo una que otra vez por via de ilustracion á la del reino rival.

Era su gobierno una monarquía electiva. Cuatro de los principales nobles que habian sido nombrados por su propio cuerpo en el reinado precedente, desempeñaban el cargo de electores, á los que se agregaban, con un rango meramente honorario, los dos reyes aliados de Tezcuco y Tlacopan. El soberano era escogido entre los hermanos del príncipe finado, y á falta de ellos, entre sus sobrinos; de manera que la eleccion siempre se restringia á la misma familia. El candidato preferido debia haberse distinguido en la guerra, aun cuando como el último Montezuma fuese un miembro del sacerdocio (2). Este singular modo de llenar el trono, tenia algunas ventajas. Los candidatos recibian la educacion necesaria para sostener la dignidad real, al paso que la edad en que eran nombrados, no solamente salvaba á la nacion de los males de la minoría, sino que proporcionaba los medios suficientes de calificar su aptitud para tan alto cargo. El resultado era en todo caso favorable, pues el trono como se ha dicho, estuvo ocupado por una série de príncipes expertos muy á propósito para gobernar un pueblo guerrero y ambicioso. Esta forma de eleccion, aunque defectuosa, prueba una política mas refinada y previsora de lo que

(1) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS. cap. 36.

(2) Esta era una excepcion. Tambien en Egipto, el rey era frecuentemente escogido entre los guerreros, aunque estaban obligados despues á instruirse en los misterios del sacerdocio: *el que era escogido de entre los guerreros se incorporaba inmediatamente en la clase de los sacerdotes* (a). Plutarch. de Isid. et Osir. sec. 9.

[a] Por falta de caracteres no se ha puesto el texto griego, y así por esto como por ser este idioma poco conocido entre nosotros, solo se pone la traduccion y lo mismo se hará en todos los casos semejantes.

podía esperarse en una nación bárbara (3) (b). El nuevo monarca era puesto en posesión de su dignidad real con una grande ostentación de ceremonias religiosas; mas no antes que por una campaña victoriosa hubiese adquirido el número suficiente de prisioneros para hacer gloriosa su entrada en la capital, y proveer de víctimas para los bárbaros y sangrientos ritos que manchaban la superstición azteca. En medio de esta pompa de sacrificios humanos, recibía la corona, que semejante á una mitra en su forma, y curiosamente adornada con oro, piedras preciosas y plumas, era colocada en su cabeza por el señor de Tezcucuo, el mas poderoso de los reyes sus aliados. El título de rey con que los escritores españoles distinguen á los primeros príncipes aztecas, se sustituyó con el de emperador en los últimos reinados, queriendo dar á entender, tal vez, su superioridad sobre las monarquías confederadas de Tlacopan y Texcucuo (4).

(3) Torquemada, Monarch. ind., lib. 2, cap. 18, y lib. 11, cap. 27.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 112.—Acosta, Hist. natural y moral del Oriente y de las Indias Occidentales, trad. ing. (Londres, 1604).

Segun Zurita, la eleccion hecha por los nobles, solo tenia lugar cuando el monarca difunto no tenia herederos. (Rapport., p. 15). Las prolifas investigaciones históricas de Clavijero, deben preponderar sobre esta asercion general.

(b) No puede aplicarse el epíteto de bárbara á una nacion que tenia un gobierno constituido bajo una forma tan complicada, como la que describe el autor, y en que la justicia se administraba por leyes establecidas y tribunales organizados conforme á éstas; que ademas ejercia, no solo las artes necesarias para la vida, sino aun tambien las de lujo: solo la religion que profesaba era lo que merecia tal nombre. Si la civilización de este pueblo no era semejante á la de las naciones europeas, con las cuales no tenia comunicacion alguna, no es esta razon suficiente para calificarlo de bárbaro. Los chinos, con quienes tenia bastante semejanza la nacion mejicana, como que el cultivo de ambas procede del Norte del Asia, no han sido nunca llamados bárbaros, y antes bien, han excitado la admiracion de las naciones cultas que han estudiado sus instituciones.

Este sistema de elecciones era el mismo que se hallaba establecido en el imperio germánico, por la constitucion llamada la *Bula de Oro*. Siete electores, el uno de ellos el rey de Bohemia, como en Méjico los reyes de Tezcucuo y Tacuba, tres eclesiásticos y tres seculares, príncipes todos del imperio, nombraban al emperador, quien recibia la corona de mano del papa, con las mas augustas ceremonias religiosas, pues éstas se consideraban como una consagracion. Cuando la autoridad de los emperadores, apoyada en sus posesiones hereditarias, fué tomando mayor consistencia, la eleccion vino á ser una mera formalidad, y el derecho de suceder se hizo hereditario, lo cual probablemente fué tambien la causa de que en Méjico la eleccion recayera siempre en los individuos de la misma familia. Montezuma II, en cuyo reinado el poder del monarca fué mayor que el de sus antecesores, respetaba muy poco la independendencia de los reyes electores, como se verá mas adelante en el hecho de la prision y despojo del rey de Tezcucuo, aunque esto fuese ya por efecto del influjo de Cortés y por la presencia de los españoles en Méjico.

(4) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 6, cap. 9, 10 y 14, y lib. 8, cap. 31 y

34.—Véase tambien á Zurita, Rapport, pp. 20 y 23.

Los príncipes aztecas, especialmente en los últimos días de la dinastía, vivían con una bárbara pompa verdaderamente oriental. Sus espaciosos palacios contenían salones para los diferentes consejos que ayudaban al monarca en el despacho de los negocios. El principal de estos era una especie de consejo privado compuesto en parte, probablemente, de los cuatro electores nombrados por los nobles después de la ascensión al trono, cuyos lugares cuando vacaban por muerte de alguno de ellos, se proveían inmediatamente en la misma forma que antes. Se ocupaba este cuerpo, hasta donde puede colegirse de las muy vagas noticias que de él se tienen, de aconsejar al rey en el gobierno de las provincias, en la administración de las rentas y en todos los grandes asuntos de público interés (5).

Los edificios reales tenían también la extensión necesaria para alojar una numerosa guardia de la persona, compuesta de la principal nobleza, cuyas diversas clases no es fácil determinar con precisión en un gobierno bárbaro como el de que tratamos.

No cabe duda en que había una clase especial de nobles con grandes posesiones de tierras que desempeñaban los más importantes empleos cerca de la persona del príncipe, y estaban encargados exclusivamente de la administración de las provincias y ciudades (6). Muchos de ellos podían derivar su descendencia de los fundadores de la monarquía azteca. Según algunos escritores de autoridad, había treinta grandes caciques que residían en la capital, á lo menos una parte del año, y que podían reunir un ejército de cien mil vasallos cada uno en sus respectivos estados (7). Sin dar á tan extravagantes aserciones más crédito que el que puedan merecer, se infiere claramente del testimonio de los conquistadores, que el país estaba ocupado por un gran número de poderosos caudillos que vivían como príncipes independientes en sus dominios. Si es cierto que los reyes estimulaban, ó en realidad exigían la residencia de sus nobles en la capital, y pedían rehenes en su ausencia, es evidente que su poder debió ser muy formidable (8).

Ixtlilxochitl reclama vigorosamente esta supremacía para su nación (Hist. chich. MS., cap. 34); pero sus aserciones están discordes con los hechos que él mismo refiere en otra parte, y no están sostenidas por ninguno de los otros escritores que he consultado.

(5) Sahagún, que coloca el poder electivo en una corporación mucho más grande, habla de cuatro senadores que formaban un consejo de estado. (Hist. de Nueva-España, lib. 8, cap. 30). Acosta, aumentó el consejo á un número mayor que el de los electores (lib. 6, cap. 26). No hay dos escritores acordes en este punto.

(6) Zurita enumera cuatro clases de gefes, que estaban exentos de los impuestos, y gozaban grandes privilegios; pero no distingue con mucha precisión los diversos rangos de nobleza. Rapport, p. 47 y sig.

(7) Véase sobre el particular á Herrera, Hist. general de los hechos de los castellanos en las Islas y Tierra firme del mar Océano, (Madrid, 1730), dec. 2, lib. 7, cap. 12.

(8) Carta de Cortés, en Lorenzana, Hist. de Nueva-España, p. 110.—Torque-

Parece que sus estados habian sido adquiridos por diversos títulos y que estaban sujetos á diferentes restricciones. Algunos de ellos ganados con su espada ó recibidos en recompensa de públicos servicios, se gozaban sin limitacion alguna, excepto la de que los poseedores no pudieran disponer de ellos á favor de un plebeyo (9). Otros estaban vinculados en el mayor de los sucesores varones, volviendo en su defecto á la corona, y los mas parece reportaban el gravámen del servicio militar. Los gefes principales de Tezcuco, segun su historiador, estaban espresamente obligados á sostener á su príncipe con sus vasallos armados, asistir á su corte y ayudarlo en el consejo. Algunos en lugar de estos servicios, habian de proveer de lo necesario para los reparos de sus edificios, y cuidar de las posesiones del monarca, dando por via de homenaje un presente anual de frutas y flores. Era comun, si hemos de creer á los historiadores, que el nuevo rey en su ascension al trono confirmase la concesion de los estados procedentes de la corona (10).

En todo esto se reconocen indudablemente varios rasgos del sistema feudal que nada perdieron de su carácter bajo la pluma de los escritores españoles, muy afectos á descubrir analogías con las instituciones europeas, lo que algunas veces conduce á muy erróneas conclusiones. La obligacion del servicio militar, por ejemplo, el principio mas esencial de un feudo, parece natural que lo exija todo gobierno de sus súbditos. Por lo que respecta á los puntos menores de semejanza, distan mucho de aquel sistema armonioso de recíproco servicio y proteccion que abraza en una justa graduacion todas las clases de una monarquía feudal. Los reinos del Anáhuac eran en su naturaleza absolutos, acompañados sí de muchas circunstancias lenitivas, desconocidas al despotismo del Oriente; pero es quimérico buscar mucha semejanza fuera de unas pocas formas accidentales y ceremonias, con aquellas instituciones aristócratas de los siglos

mada, Monarch. ind., lib. 2, cap. 89, y lib. 14, cap. 6.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 121.—Zurita, Rapport, pp. 48 y 65.

Ixtlilxochitl (Hist. chich., MS., cap. 34) habla de treinta grandes señores feudales, algunos de ellos de Tezcuco y Tlacopan, á quienes llama "grandes del imperio." Nada dice de la gran concesion de cien mil vasallos á cada uno, mencionada por Torquemada y Herrera.

(9) *Macehual*,—palabra equivalente á la francesa *roturier*, "plebeyo." En Francia antiguamente no podian poseer feudos los que pertenecian á esta clase. Véanse los siglos medios de Hallam, (Lóndres, 1819.) tom. II, p. 207.

(10) Ixtlilxochitl, Hist. chich. MS. en el lugar citado.—Zurita, Rapport. ubi supra.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, pp. 122 y 124.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 14, cap. 7.—Gomara, Crónica de Nueva-España, cap. 199, ap. Barcia, tom. II.

Boturini (Idea, p. 165) hace retroceder el origen de los feudos en el Anáhuac hasta el siglo doce.—Carli dice: „Le système politique y étoit féodal." El sistema político era allí feudal. En la página siguiente agrega: „Solo el mérito personal hacia la distincion de la nobleza" (Lettres américaines, Cartas americanas, trad. fr. (Paris, 1788), tom. I, let. 2).—Carli era un escritor de brillante imaginacion.

medios, que hacian la corte de cada pequeño baron la precisa *imágen en miniatura* de la de su soberano (a).

El poder legislativo, tanto en Méjico como en Tezcuco, residia enteramente en el monarca, pero este rasgo de despotismo, era sin embargo, en alguna manera *contrariado* por la institucion de los tribunales, mas importante todavia en un pueblo ignorante que el poder legislativo, puesto que es mas fácil dictar buenas leyes para tal asociacion, que hacerlas ejecutar; y las mejores leyes, mal administradas, no son sino una mofa. En cada una de las ciudades principales y sus territorios dependientes, habia un juez supremo nombrado por la corona, con jurisdiccion para principiari y concluir las causas civiles y criminales, de cuya sentencia no podia apelarse á tribunal alguno, ni aun al monarca mismo. Era vitalicio su empleo, y á todo el que usurpaba sus insignias, se castigaba con pena de muerte (11).

En cada provincia habia un tribunal inferior á este magistrado, compuesto de tres miembros. Tenia jurisdiccion unida con el juez supremo en las causas civiles; pero en las criminales se apelaba á éste. Ademas, habia un cuerpo de magistrados inferiores, distribuidos por todo el pais y electos por el mismo pue-

(a) No es posible que haya una completa identidad en las instituciones de naciones que vivian *sin comunicacion alguna* entre sí, pues el tenerla, y el conocimiento de lo que en cada una se hace, y que pueden imitar con ventaja las demas, es lo que ha dado á las naciones modernas instituciones muy semejantes entre sí, aunque con diversas formas en el poder ejecutivo de sus gobiernos. El feudalismo consistia esencialmente en la distribucion de un pago entre diversos individuos que ejercian en sus territorios un poder casi absoluto, aunque sometidos á un poder superior que reconocian en ciertas materias, y que estaban obligados á sostener con sus servicios personales y los de sus vasallos. Esto era conforme en este sistema, tal como existia en Europa, y como se halló establecido en el imperio mejicano. El modo de poseer los feudos, las condiciones con que se adquirian, el órden de sucesion en ellos, variaba, y tambien era diverso en distintos paises de Europa. Lo que constituia el despotismo en el Anáhuac, era que estos feudatarios no habian sabido restringir la autoridad real, formando la nobleza un cuerpo, con periodos *determinados para reunirse*, como se verificaba en las naciones de la Europa, en las cuales, estas reuniones, en las que tuvo luego parte el clero, y mas adelante el pueblo, vinieron á ser el origen de los cuerpos representativos, con dos cámaras, diversamente modificados en nuestros dias. De aqui procedió el que los nobles mejicanos no tenian mas alternativa que emplearse en el servicio del palacio, ó estar en guerra con el emperador, *pues no habia medio legal de oposicion á la voluntad arbitraria de éste*.

(11) Este magistrado, que se llamaba Cihuacoatl, era tambien el que revisaba las cuentas de los colectores de impuestos de su distrito. (Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 127.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 11, cap. 25). La Coleccion de Mendoza contiene una pintura de los tribunales de justicia, bajo el reinado de Montezuma, que introdujo en ellos grandes cambios. (Antiq. of Mexico, tom. I, lám. 70). Segun el intérprete, en ciertos casos se apelaba de estos tribunales al consejo del rey. Ibid, vol. VI, p. 79.

blo en sus diversos distritos, cuya autoridad se limitaba á las causas de poco interes, pues las de mayor importancia se ventilaban en los tribunales superiores. Había tambien otra clase de ministros inferiores de justicia, nombrados igualmente por el pueblo, cuya obligacion era la de vigilar sobre la conducta de cierto número de familias, y dar cuenta á las autoridades superiores de cualquiera desórden, ó contravencion de las leyes (12).

El sistema judicial de Tezcuco era mas perfecto (13), y la serie de sus tribunales terminaba en una asamblea general ó parlamento, compuesto de todos los jueces superiores é inferiores del reino, celebrado cada ochenta dias en la capital, y presidido por el rey en persona. Esta corporacion determinaba todas las causas que por su importancia ó dificultad habian sido reservadas á su conocimiento por los tribunales inferiores, y ademas servia como de un consejo de estado para auxiliar al monarca en la direccion de los negocios públicos (14).

Tales son las vagas é imperfectas noticias que pueden deducirse con respecto á los tribunales aztecas, de las pinturas geroglíficas que existen, y de los mas acreditados escritores españoles, que siendo por lo comun eclesiásticos, han tomado mucho menos interes en este asunto que en las materias conexas con la religion, aunque ciertamente encuentran alguna disculpa en la destruccion que muy á los principios se verificó de las mas de las pinturas de los indios que habian de haberles proporcionado una parte de sus noticias.

Sin embargo, de todo debe inferirse que los aztecas estaban suficientemente civilizados para extender su cuidado á los derechos, tanto de la propiedad como de las personas. La ley autorizando la apelacion á los tribunales superiores en solo los asuntos criminales, da á conocer la atencion que dispensaba á la

(12) Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, pp. 127 y 128.—Torquemada, Monarch. ind., ubi supra.

Este arreglo de la clase mas inferior de magistrados, nos recuerda los cientos y los dieces, de los anglo-sajones, especialmente los últimos, cuyos miembros debian vigilar sobre la conducta de las familias en sus respectivos distritos, y presentar á los delinquentes ante la justicia. La dura pena de la mútua responsabilidad era desconocida entre los mejicanos.

(13) Zurita, tan moderado comunmente en su lenguaje, observa que en la capital "había tribunales instituidos que podian compararse en su organizacion, con las reales audiencias de Castilla." (Rapport, p. 93). Sus observaciones se contraen principalmente á los tribunales tezcucanos, cuya forma de procedimientos, dice, era muy semejante á la de los aztecas. (Lugar citado).

(14) Boturini, Idea, p. 87.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 11, cap. 26.

Zurita compara este cuerpo á las córtes de Castilla. Sin embargo, segun lo que él mismo dice, parece que solo se componia de doce jueces principales, ademas del rey, y su objeto es algo dudoso. (Rapport, pp. 94, 101 y 106.) El baron de Humboldt, al describir los tribunales de los aztecas, los confunde con los de los tezcucanos. Comp. Vues des cordillères et monumens des peuples indigènes de l'Amérique, Vistas comparativas de las cordilleras y monumentos de los pueblos indígenas de la América. (Paris, 1810), p. 55, y Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, pp. 128 y 129.

seguridad personal mas obligatoria todavia por la extrema severidad de su código penal, la cual naturalmente habia de hacerlos precaverse de una decision injusta. La existencia de un número de tribunales iguales en jurisdiccion, sin un centro de autoridad suprema para dirigir el todo, debió haber dado lugar á muy diversas interpretaciones de las leyes en los diferentes distritos; pero este es un mal de que han participado tambien las mas de las naciones de Europa.

La absoluta independencia de los jueces superiores respecto de la corona, era medida digna de un pueblo ilustrado, pues ella presentaba la mas fuerte barrera que una constitucion por sí sola pudiera conceder contra la tiranía. No es de suponerse sin duda que en un gobierno tan despótico bajo otros aspectos faltaran medios para influir en los magistrados; pero era un gran paso rodear su autoridad con la sancion de la ley y ninguno de los monarcas aztecas, al menos que yo sepa, fué acusado del intento de violarla.

El recibir presentes ó cohechos, y el ser convencido de cualquiera clase de colusion con uno de los litigantes, se castigaba en un juez con la muerte; mas no se sabe quién ó qué tribunal decidia sobre estos delitos. En Tezcuco se hacia por el resto del tribunal; pero presidido por el rey. El príncipe tezcucano Nezahualpilli, que rara vez templaba la justicia con la clemencia, impuso la pena de muerte á un juez por haber recibido un cohecho, y á otro por haber determinado algunos pleitos en su propia casa, delito que la ley tambien consideraba capital (15).

Los jueces de los tribunales superiores eran sostenidos con el producto de una parte de las tierras de la corona, reservadas para este objeto, y tanto ellos como el juez supremo, servian sus empleos por vida. En el curso de los procedimientos judiciales, se advertia el orden y la decencia. Los jueces llevaban un vestido á propósito, y asistian al despacho de los negocios las dos partes del dia, comiendo siempre, en obsequio de la prontitud, en una sala del mismo edificio en que celebraban sus sesiones, método muy recomendado por los historiadores españoles, á quienes la brevedad en sus tribunales no era muy familiar. Habia ministros de justicia, destinados unos á conservar el orden, y otros á citar á las partes, y hacerlas comparecer en el tribunal. No se empleaba á los abogados: las partes referian el caso, y lo apoyaban con la declaracion de sus testigos, siendo tambien admitido como prueba, el juramento del acusado. La relacion del caso, las pruebas y los procedimientos del juicio, se asentaban en pinturas geroglíficas por un dependiente del tribunal, y se entregaban á los jueces, ejecutándose aquellas con tanta exactitud, que en todos los pleitos sobre propiedades, eran recibidas como buenas pruebas en los tribunales españoles, mucho despues de la conquista; y aun se estableció en Méjico en 1553 una cátedra para su estudio é interpretacion, que hace largo tiempo ha corrido la mis-

(15) „Ah! si esta se repitiera hoy, qué bueno seria!” exclama el editor mejicano de Sahagun. Hist. de Nueva-España, tom. II, p. 304, nota.—Zurita, Rapport, p. 102.—Torquemada, Monarch. ind., ubi supra.—Ixtilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 67.

ma suerte que otras muchas disposiciones, dadas para el fomento de la instrucción en aquel desgraciado país (16).

La sentencia de muerte se indicaba por una línea trazada con una flecha que atravesaba el retrato del acusado. En Tezcuco, donde el rey presidía el tribunal, se hacia esto con una extraordinaria ostentación, según el historiador nacional, cuya descripción bastante poética referiré con sus mismas palabras. „Tenia el palacio real de Tezcuco un grande atrio, en cuyos lados opuestos habia „dos salones de justicia. En el principal de ellos, llamado el “tribunal de Dios,” „se elevaba un trono de oro puro, con turquesas y otras piedras preciosas en „gastadas. Enfrente, sobre un banquillo sin respaldo, estaba un cráneo humano „coronado con una grande esmeralda de una forma piramidal, sobre la que on „deaba una garzota de brillantes plumas y piedras preciosas, y descansando „en un grupo de instrumentos militares, escudos, carcaces, flechas y arcos. Las „paredes estaban vestidas con tapices hechos de pieles de diferentes animales „feroces, de ricos y varios colores, suspendidos con argollas de oro, y bordadas „en ellos figuras de animales y flores. Sobre el trono habia un dosel de variado „plumage, de cuyo centro salian resplandecientes rayos de oro y pedrería. En el „otro tribunal llamado “del rey” se levantaba tambien un vistoso dosel de plu „mas, en el cual lucian bordadas las armas reales. Aquí daba el soberano au „diencia pública, y comunicaba sus resoluciones; pero cuando decidia causas im „portantes, ó confirmaba una sentencia de muerte, pasaba al tribunal de Dios, „acompañado de los catorce grandes señores del reino, ordenados según su ran „go. Entonces, poniéndose su corona en forma de mitra, incrustada con pie „dras preciosas, y teniendo en su mano izquierda una flecha de oro por cetro, „tendia la derecha sobre el cráneo y pronunciaba el fallo (17).” Todo esto pa „rece demasiado lujoso para un tribunal de justicia; pero es cierto que los tezcucanos, como veremos mas adelante, poseian tanto los materiales, como la habilidad necesaria para emplearlos de esa manera. Si hubieran estado un poco mas avanzados en cultura, podria dudarse que hubiesen tenido el mal gusto de hacerlo así.

Las leyes de los aztecas se recopilaban, y promulgaban por medio de pinturas geroglíficas, cuya mayor parte, como en toda nación imperfectamente civilizada, se contraía mas bien á la seguridad de las personas, que á la de las propiedades. Todos los grandes crímenes contra la sociedad eran capitales, y aun el asesinato de un esclavo se castigaba con pena de muerte. Los adúlteros eran

(16) Zurita, Rapport, pp. 95, 100 y 103.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lugar citado.—Humboldt, vues des cordillères, pp. 55 y 56.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 11, cap. 25.

Clavijero dice que el acusado podia libertarse con su juramento, „il reo poteva purgarsi col giuramento.” (Stor. del Messico, tom. II., p. 129). ¿Qué delincuente podria entonces ser convicto?

(17) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 36.

Estos varios objetos tenian una significacion simbólica, según Boturini, Idea, p. 84.

apedreados como entre los judíos. El robo, según las circunstancias del delito, se castigaba con la esclavitud, ó con la muerte; no obstante que los mejicanos parece no temian mucho este delito, pues las puertas de sus habitaciones no estaban aseguradas con cerrojos ú otra especie de cerradura. Era un delito capital mudar los límites de las tierras de otro, alterar las medidas establecidas, y en un tutor no poder dar buenas cuentas de la propiedad de su pupilo. Semejantes disposiciones manifiestan la equidad que se observaba en los contratos, y el miramiento que se tenia á los derechos de los particulares, lo que arguye un adelanto considerable en la civilización. Los pródigos eran castigados de la misma manera, sentencia demasiado cruel, supuesto que el crimen traia consigo mismo el condigno castigo. Contra la embriaguez, que era además el objeto principal de sus discursos religiosos, estaban decretadas las mas severas penas, como si en ella hubieran previsto el cangro que mas tarde habia de consumirlos, así como á las otras razas indias. En los jóvenes se castigaba con pena de muerte, y en las personas de edad con la pérdida de su rango y confiscación de sus bienes. Sin embargo, no se entendia prohibido el uso moderado de las bebidas, sirviéndose en sus festines un suave licor fermentado, llamado pulque, que es todavía muy comun no solo entre los indios, sino entre la población europea del país (18).

Los ritos del matrimonio se celebraban con tanta formalidad como en cualquiera país cristiano, y se miraba esta institucion con tal respeto, que habia un tribunal establecido con solo el objeto de determinar las cuestiones relativas á ella. El divorcio no podia obtenerse sino autorizado por una sentencia de este tribunal, después de oír detenidamente á los solicitantes.

Pero la parte mas notable del código azteca, era la relativa á la esclavitud. Habia varias clases de esclavos: la de los prisioneros hechos en la guerra, que los mas se reservaban con el horrible fin de sacrificarlos: la de los criminales y deudores públicos, la de las personas que por su suma pobreza renunciaban voluntariamente su libertad, y la de los hijos que eran vendidos por sus padres. En el último caso, tambien ocasionado frecuentemente por la pobreza, era comun que los padres con consentimiento de sus dueños, sustituyeran á otros de sus hijos sucesivamente conforme iban creciendo, distribuyendo así esta carga con la

(18) Pinturas de la Colección de Mendoza, lám. 72, é interpretación, ap. antiq. of Mexico, tom. VI, p. 87.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 12, cap. 7.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, pp. 130-134.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

Difícilmente podia ser vicioso este pueblo, teniendo sobre sí tan graves penas. Zurita atestigua que los españoles que creyeron lo contrario, erraron torpemente. (Rapport, p. 112). La traducción hecha por el Sr. Ternaux, del pasaje del conquistador anónimo, „aucun peuple n'est aussi sobre,” ningún pueblo es tan sobrio. (Recueil de pièces relatives à la conquête du Mexique, ap. voyages, &c. (Paris, 1838), p. 54) puede producir una impresión mas favorable que la que intenta el original, cuyas observaciones se limitan á su sobriedad en la comida. Véase la Relatione, ap. Ramusio, Racolta della navigationi et viaggi (Venetia, 1554-1565).

igualdad posible entre los diferentes miembros de la familia. La buena disposicion de los hombres libres para sujetarse á condicion tan penosa, se explica por la suave forma con que existia. Se celebraba el contrato de venta á presencia de cuatro testigos por lo menos, y se fijaban con mucha precision los servicios que habian de exigirse. Permitíaseles tener familia, propiedades y aun otros esclavos, y sus hijos eran libres. Ninguno podia nacer esclavo en Méjico (19), honrosa distincion no conocida creo en todas las demas naciones civilizadas que han admitido la servidumbre (20). No eran vendidos por sus señores, excepto cuando los obligaba á ello la pobreza. Frecuentemente los declaraban libres á su muerte, y algunas veces como que no habia una repugnancia natural por la diferencia de sangre y raza, se casaban entre sí. Con todo, un esclavo incorregible ó vicioso, podia ser conducido al mercado con un collar que indicaba su mal carácter, ser vendido allí públicamente, y en la segunda venta reservado para el sacrificio (21).

Tales son algunos de los mas sorprendentes rasgos del código azteca, al cual se asemejaba mucho el tezcucano (22). Con algunas excepciones se ve en él impresa la severidad, ó mejor dicho, la ferocidad de un pueblo cruel, endurecido por la familiaridad con escenas de sangre, y que confiaba mas en los medios físicos, que en los morales para la correccion de los delitos (23). Sin embargo, muestra un profundo respeto hácia los grandes principios de moral y un conocimiento tan claro de ellos, como pudiera encontrarse en las naciones mas civilizadas.

Las rentas reales procedian de varias fuentes, y las tierras de la corona que parece eran muy extensas, pagaban su arrendamiento en frutos. Los lugares vecinos á la capital, estaban obligados á contribuir con trabajadores y materiales

(19) En el antiguo Egipto, el hijo de una esclava nacia libre si el padre lo era. (Diodorus, Bibl. hist., lib. 1, sec. 80). Esto aunque mas liberal que el código de las mas de las naciones, era menos que el de Méjico.

(20) En Egipto se castigaba con la misma pena el asesinato de un esclavo que el de un hombre libre (Ibid., lib. 1, sec. 77). Robertson habla de una clase de esclavos tenidos en tan poco por las leyes mejicanas, que se les podia dar muerte impunemente: (Hist. of America, (edicion de Lóndres, 1776) tom. III, p. 164). Pero esto no era en Méjico sino en Nicaragua (Véase su misma autoridad, Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 4, cap. 2), nacion distante que no estaba incorporada al imperio mejicano, y cuyas leyes é instituciones eran muy diferentes de las de este.

(21) Torquemada, Monarch. ind., lib. 12, cap. 15, y lib. 14, cap. 16 y 17.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 8, cap. 14.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, pp. 134-136.

(22) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 38 y Relaciones, MS.

El código tezcucano, tal como fué ordenado bajo el reinado del gran Nezahualcoyotl, formaba la base del mejicano en la última época del imperio. Zurita, Rapport, p. 95.

(23) En esto al menos no se asemejaban á los romanos, de quienes uno de sus escritores podia decir: „Gloriari licet nulli gentium mitiores placuisse pœnas.” Livio,

Hist., lib. 1, cap. 28.

para edificar los palacios del rey, y hacer en ellos los reparos indispensables. Estaban tambien precisados á dar la leña, provisiones, y todo lo necesario para el gasto ordinario de su casa, el cual ciertamente no era muy limitado (24). Las ciudades principales que tenian muchos pueblos y grandes territorios bajo su dependencia, estaban divididos en distritos, con una porcion de tierras cada uno para su sostenimiento, de cuyos productos pagaban los habitantes á la corona la parte estipulada. Los vasallos de los principales gefes daban tambien una parte de sus aprovechamientos al tesoro público, arreglo enteramente ageno del espíritu de las instituciones feudales (25).

Ademas de este impuesto sobre todos los productos agrícolas del reino, habia otro sobre sus manufacturas. La clase y variedad de estos tributos, se conocerá mejor por la enumeracion de algunos de sus principales artículos. Consistian en vestidos de algodón y mantos de pluma esquisitamente hechos, armaduras primorosamente trabajadas, oro en polvo, vasos, vajilla, bandas y brazaletes del mismo metal, jarras y copas de cristal doradas y barnizadas, cascabeles, armas, utensilios de cobre, resmas de papel, granos, frutos, copal, ámbar, cochinilla, cacao, animales y aves silvestres, maderas, cal, esteras, &c. (26).

(24) Las rentas tezcucanas se pagaban tambien en productos del pais. Los diversos gastos del rey eran sufragados por ciertas y determinadas ciudades y distritos, y todos los reglamentos aquí y en Méjico tenian una semejanza notable con las leyes de hacienda del imperio persa, segun las refieren los escritores griegos (Véase á Herodoto, Clio., sec. 192); con la diferencia, de que las ciudades de la Persia, llamada propiamente así, no pagaban tributos como las ciudades conquistadas. El mismo, Thalia, sec. 97.

(25) Lorenzana, Hist. de Nueva-España, p. 172.—Torquemada, Monarch. ind. lib. 2, cap. 89, y lib. 14, cap. 7.—Boturini, Idea, p. 166.—Camargo, Hist. de Tlascalala, MS.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 13.

La poblacion de las provincias estaba distribuida en *calpulli* ó tribus, que poseian las tierras vecinas en comun. Ciertos empleados, nombrados por el mismo pueblo, dividian estas tierras entre las varias familias de los *calpulli*, y al extinguirse ó mudar de domicilio una familia, sus tierras volvian al fondo comun para ser distribuidas otra vez. El propietario particular no tenia facultad de enagenarlas. Las leyes que arreglaban esta materia, eran muy precisas y habian existido desde la ocupacion del pais por los aztecas. Zurita, Rapport, pp. 51-62.

(26) Los siguientes artículos del tributo pagado por varias ciudades dará una idea mas precisa de ellos. 20 cajas de chocolate molido; 40 armaduras de una invencion particular; 2400 cargas de anchas mantas de algodón; 800 cargas de mantas angostas de rica apariencia; 5 armaduras adornadas con ricas plumas; 60 armaduras con plumas corrientes; 1 caja de habas; 1 caja de chia; 1 caja de maiz; 8000 resmas de papel; 2000 pilones de sal muy blanca, purificada en moldes de barro para solo el consumo de los señores de Méjico; 8000 pedazos de copal no refinado; 400 cestillos de copal blanco refinado; 100 hachas de cobre; 80 cargas de chocolate de cacao colorado; 800 jícaras para tomar chocolate; 1 pequeña vasija de menudas piedras turque-

Es muy extraño que en esta curiosa mezcla de las comodidades mas domésticas, y de las elegantes superfluidades del lujo, no se hiciera mencion de la plata, producto principal del pais en los últimos tiempos, y cuyo uso fué ciertamente conocido por los aztecas (27).

Habia guarniciones establecidas en las ciudades principales, probablemente aquellas mas distantes, y recientemente conquistadas, para impedir una rebelion y exigir el pago de los tributos (28). Los colectores de éstos, que se conocian por los distintivos de su empleo, estaban distribuidos por todo el reino, y eran temidos por el desapiadado rigor de sus exacciones. Una severa ley permitia aprehender y poner en venta como esclavos á los defraudadores de los impuestos. En la capital habia espaciosos graneros y almacenes para guardar los tributos; y un receptor general que residia en el palacio, llevaba una cuenta exacta de las diversas contribuciones, y vigilaba la conducta de los agentes inferiores, cuya menor mala versacion se castigaba sumariamente. Este funcionario tenia en su poder un mapa de todo el imperio, con una puntual explicacion de los tributos señalados á cada una de las partes de que él se componia, los cuales, siendo moderados bajo el reinado de los primeros príncipes, se hicieron tan gravosos en los últimos tiempos de la dinastía y tan odiosos por la manera de colectarlos, que

sas; 4 arcas de madera llenas de maiz; 4000 cargas de cal; tejos de oro del tamaño de una ostra y del grueso de un dedo; 40 sacos de cochinilla; 20 sacos de oro en polvo de la mejor calidad; 1 diadema de oro de un modelo determinado; 20 pendientes para los labios, de oloroso ámbar, guarneidos de oro; 2000 cargas de chocolate; 100 ollas ó jarras de liquidambar; 8000 manojos de ricas plumas de color escarlata; 40 pieles de tigre; 1600 lios de algodón, &c., &c. Col. de Mendoza, part. 2, ap. antiq. of Mexico, toms. I y VI.

(27) Mapa de tributos en Lorenzana, Hist. de Nueva-España.—Catálogo de tributos, ap. antiq. of Mexico, tom. I, é interpretacion, tom. VI, pp. 17-44.

La coleccion de Mendoza en la librería Bodleian de Oxford, contiene un catálogo de las ciudades del imperio mejicano, con especificacion de los tributos que se les exigian. Es una copia hecha con pluma, despues de la conquista, en papel europeo. (Véase Foreign Quarterly Review, núm. 17, art. 4). Una pintura original del mismo catálogo se conserva en el museo de Boturini. Lorenzana trae un grabado en el cual los contornos de la copia de Oxford, están correctos aunque groseramente copiados. Clavijero considera muy inexactas las esplicaciones que contiene la edicion de Lorenzana, (Stor. del Messico, tom. I, p. 25,) juicio que está confirmado por Aglio, quien insertó toda la coleccion de los papeles de Mendoza en el primer tomo de la obra Antiq. of Mexico. Se habria facilitado mucho la referencia á sus láminas, si hubieran sido numeradas. El no haberlo hecho, ha sido una extraña omision.

(28) Los caciques que se sometian al ejército de los aliados, eran por lo general confirmados en su autoridad, y se permitia á los lugares conquistados conservar sus leyes y costumbres. (Zurita, Rapport, p. 67) No siempre se dividian las conquistas entre las tres potencias, y algunas veces, aunque pocas, las poseian en comun. Ibid.

crearon un desafecto general en todo el país, y prepararon á los españoles el camino para su conquista (29).

Se mantenía comunicacion con las partes mas lejanas por medio de correos, y en los principales caminos habia casas de posta que distaban una de otra cerca de dos leguas. El correo, llevando sus cartas en pinturas geroglíficas, corria con ellas hasta la primera posta, donde las tomaba otro mensajero que las conducia á la siguiente, y así sucesivamente hasta que llegaban á la capital. Estos correos adiestrados desde la infancia, viajaban con una increíble velocidad, no cuatro ó cinco leguas por hora, como un antiguo historiador quisiera hacernos creer, pero sí con tal prontitud, que caminaban las cartas ciento ó doscientas millas por día (30). Frecuentemente se servia pescado fresco en la mesa de Montezuma, veinticuatro horas despues de cogido en el Golfo de Méjico, que dista doscientas millas de la capital. De esta manera se comunicaban á la corte con mucha rapidez los movimientos de los reales ejércitos; y los vestidos del correo, denotando por su color la clase de noticias que llevaba, causaban gozo ó consternacion en las ciudades por donde pasaba (31).

Pero el gran objeto de las instituciones aztecas, y al que se dirigian tanto la educacion privada como los honores públicos, era la profesion de las armas. En

(29) Col. de Mendoza, ap. Antiq. of Mexico, tom. VI, p. 17.—Carta de Cortés en Lorenzana, Hist. de Nueva-España, p. 110.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 14, cap. 6 y 8.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 13.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 8, cap. 18 y 19.

(30) El honorable C. A. Murray, cuyo imperturbable buen humor en las verdaderas desgracias contrasta demasiado con la sensibilidad de algunos de sus predecesores en las imaginarias, nos dice entre otras cosas, que uno de los indios que le acompañaban caminó cien millas en veinticuatro horas. (Travels in N. America, (New-York, 1839), tom. I, p. 193). El griego, que segun Plutarco trajo la noticia de la victoria á Platea, haciendo ciento veinticinco millas en un día, todavía era mejor caminante. Buffon reunió algunos hechos interesantes sobre la capacidad de andar á pié que tiene el hombre en el estado salvage, y concluye diciendo, con bastante verdad: „L'homme civilisé ne connaît pas ses forces." El hombre civilizado no conoce sus fuerzas. (Histoire naturelle de la jeunesse).

(31) Torquemada, Monarch. ind., lib. 14, cap. 1.

Las mismas necesidades obligaron á adoptar el propio medio en la antigua Roma, y aun mas en la antigua Persia. „Nada en el mundo se lleva tan velozmente," dice Herodoto, „como los mensajes por los correos persas;" asercion que su comentador Valckenaer prudentemente modifica con la excepcion de los pichones que sirven de mensajeros. (Herodotus, Hist., Urania, sec. 98, nec non Adnot. ed. Schweighäuser). Marco Polo asegura, que en China habia correos en el siglo trece. Sus postas distaban solamente tres millas, y hacian el viaje de cinco dias, en uno solo. (Viaggi di Marco Polo, lib. 2, cap. 20, ap. Ramusio, tom. II.) Un arreglo semejante de postas subsiste allí hasta el día, y excita la admiracion de los viajeros modernos. (Anderson, British Embassy to China, (Lóndres, 1796,) p. 282). En todos estos casos, las postas solo eran para el uso del gobierno.

Méjico, lo mismo que en Egipto, el soldado participaba con el sacerdote de la mas alta consideracion. El rey como hemos visto, debia ser un guerrero experimentado: la deidad tutelar de los aztecas era el dios de la guerra; y el grande objeto de sus expediciones militares, el de reunir hecatombes para sus altares. Creian que el guerrero muerto en el combate, era transportado al momento á la region de la bienaventuranza, en las refulgentes mansiones del sol (32). Por esto cada guerra venia á ser una cruzada; y el soldado movido de un entusiasmo religioso, semejante al del antiguo sarraceno ó del cruzado cristiano, no solo despreciaba el peligro, sino que lo buscaba para ser recompensado con la inmarcescible corona del martirio. Así, pues, vemos el mismo impulso obrando en las mas opuestas partes del globo, y al asiático, al europeo y al americano, invocando cada uno á su vez el nombre santo de religion para hacer una carnicería en el género humano.

Las cuestiones relativas á la guerra, se discutian en un consejo compuesto del rey y sus principales nobles. Se enviaban embajadores antes de la declaracion, requiriendo á la nacion enemiga para que recibiese los dioses mejicanos y pagase el tributo acostumbrado, cuyas personas se consideraban como sagradas por todo el Anáhuac. Eran alojados y mantenidos en las grandes ciudades de cuenta de los fondos públicos, y en todas partes eran recibidos con cortesía con tal que al seguir su ruta no se desviasen de los caminos reales, pues verificándolo, perdian sus privilegios. Si la embajada resultaba infructuosa, se desafiaba al combate, ó se mandaba una abierta declaracion de guerra. Señalábanse cuotas á las provincias conquistadas, que siempre quedaban obligadas al servicio militar, lo mismo que al pago de tributos, y se ponía en marcha el ejército real, generalmente con el monarca á su cabeza (33).

Los príncipes aztecas hicieron uso de los mismos incentivos empleados por los monarcas europeos para excitar la ambicion de sus súbditos. Establecieron varias órdenes militares, concediendo á cada una sus privilegios y peculiares insignias. Parece que existió tambien una especie de orden de caballería de rango inferior, que era la menor recompensa de las proezas militares; y todo aquel que no la habia obtenido, no podia usar adornos en sus armas y persona, y estaba obligado á vestir una tosca tela de color blanco, hecha de hilos de maguey, llamada *nequen*. Aun los mismos miembros de la familia real, no estaban exentos de esta ley, que nos recuerda la costumbre de los caballeros cristianos, de llevar armaduras sencillas ó escudos sin divisa, hasta haber ejecutado algun hecho heroico de caballería. Aunque todos podian aspirar á la condecoracion de estas órdenes, es probable que estuviera principalmente conferida á personas

(32) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 3, Apénd., cap. 3.

(33) Zurita, Rapport, pp. 68 y 120.—Col. de Mendoza, ap. Antiq. of Mexico, tom. I, lám. 67, y tom. VI, p. 74.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 14, cap. 1.

El lector encontrará una notable semejanza entre estas costumbres militares y las de los antiguos romanos. Comp. Liv. Hist. lib. 1, cap. 32, lib. 4, cap. 30, y lib. 10, cap. 1.

de rango que por sus anteriores conexiones habian podido presentarse en el campo con singulares ventajas (34).

El traje de los guerreros de superior graduacion era pintoresco, y muchas veces magnífico: cubria sus cuerpos una cota de algodón acolchado, tan gruesa, que no podian penetrarla las agudas flechas de los indios, y tan ligera y útil que fué adoptada despues por los españoles. Los gefes mas ricos llevaban algunas veces en lugar de ésta cota de algodón, una coraza hecha de láminas delgadas de oro ó de plata, y encima de ella una capa de brillantes plumas, en cuya manufactura sobresalia su nacion (35). Sus yelmos eran unas veces de madera, imitando las cabezas de animales feroces, y otras de plata, en cuya cimera ondeaba un penacho de variadas plumas, sembrado de piedras preciosas y adornos de oro. Usaban tambien collares, brazaletes y zarcillos de los mismos ricos materiales (36).

Estaban divididos sus ejércitos en cuerpos de ocho mil hombres, y éstos en compañías de tres ó cuatrocientos soldados, con sus respectivos gefes cada una. El estandarte nacional que se ha comparado al de los antiguos romanos, ostentaba en sus bordados de oro y plumas, el escudo de armas de la nacion, que era alusivo á su nombre, el cual, derivándose, lo mismo que los de las personas y poblaciones, de algun objeto material, era fácilmente expresado con signos grolíficos. Tanto las compañías, como los gefes principales, tenian tambien sus pendones y divisas particulares, y los brillantes y variados colores de sus plumas, daban mucho esplendor al espectáculo.

Su táctica era la que podia tener una nacion, para la cual la guerra, aunque era un ejercicio ordinario, no habia llegado todavía al rango de ciencia. Avanzaban cantando y entonando sus gritos de guerra, ya cargando vigorosamente al enemigo, ya retirándose velozmente, ya haciendo uso de emboscadas, de repentinatas sorpresas y de las ligeras escaramuzas del servicio militar de guerrillas. Su disciplina era tal, que mereció los elogios de los conquistadores españoles. „Era un hermoso espectáculo,” dice uno de ellos, „verlos marchar al ataque

(34) Ibid, lib. 14, cap. 4 y 5.—Acosta, lib. 6, cap. 26.—Col. de Mendoza, ap. Antiq. of Mexico, tom. I. lám. 65, y tom. VI, p. 72.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

(35) Su cota de malla, si así puede llamarse, era tejida de una especie de vellón vegetal, semejante al mas hermoso lino, é igual en blancura á la nieve recién caída. Otros de mayor graduacion llevaban en el pecho unas como láminas hechas de plumas de mas vistosos colores que el alegre plumage del gallo silvestre, ó el muy lucido, que es el orgullo del faisán. ¿Pero qué eran estas, ó qué la débil cota de oro cuando se contraponian á armas como las nuestras?

MADOC, P. 1, CANT. 7.

¡Hermosa pintura! Mas sin embargo, puede dudarse de la propiedad de la jactancia de Welshman, antes del uso de las armas de fuego.

(36) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 2, cap. 27, y lib. 8, cap. 12.—Relatione d'un gentil' huomo, ap. Ramusio, tom. III, p. 305.—Torquemada, Monarch. ind., ubi supra.

moviéndose todos tan alegremente, y en tan admirable orden (37).” En el combate, no tanto procuraban herir de muerte á sus enemigos, cuanto hacerlos prisioneros, y nunca les arrancaban la cabellera como las tribus norte-americanas. El valor de un guerrero se estimaba por el número de sus prisioneros, y ningún rescate era bastante para salvar al cautivo destinado al sacrificio (38).

En su Código militar se notaban los mismos rasgos de severidad que en sus otras leyes. La desobediencia á las órdenes del superior, era castigada con pena de muerte. Lo era tambien en un soldado el abandonar sus banderas, el atacar al enemigo antes de dada la señal, ó el robar el botín ó prisioneros de otro. Uno de los últimos príncipes tezcucanos, con el espíritu de un antiguo romano, dió muerte á dos de sus hijos despues de haber curado sus heridas, porque violaron la última de las leyes mencionadas (39).

No debo omitir hacer mencion aquí de una institucion que en el Antiguo Mundo se cuenta entre los benéficos frutos producidos por el cristianismo. En las ciudades principales habia establecidos hospitales para la curacion de los soldados enfermos y refugio permanente de los inutilizados, y habia en ellos cirujanos, tanto mejores que los de Europa, dice un antiguo historiador, „quanto que no prolongaban la curacion con el objeto de aumentar la paga (40).”

Tal es el ligero bosquejo de las instituciones civiles y militares de los antiguos mejicanos, menos perfecto de lo que pudiera desearse con respecto á las primeras, por la insuficiencia de las fuentes de que se ha sacado. Cualquiera que haya tenido ocasion de examinar la historia primitiva de la moderna Europa, habrá advertido cuán vagas y poco satisfactorias son las noticias políticas que pueden proporcionar los insustanciales escritos de los monges analistas. ¡Cuanto mas se aumenta la dificultad en el caso presente, en el que estas noticias, redactadas primero en el obscuro lenguaje de los geroglíficos, fueron explicadas en otro, imperfectamente conocido por los historiadores españoles, siendo así que se referian á instituciones sobre las cuales su experiencia anterior los hacia formar un concepto no muy adecuado! Con tan inciertas luces, es en vano es-

(37) *Relatione d'un gentil'huomo*, ubi supra.

(38) Col. de Mendoza, ap. antiq. of Mexico, tom. I, láms. 65 y 66, y tom. VI, p. 73.—Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, lib. 8, cap. 12.—Toribio, *Hist. de los indios*, MS., part. 1, cap. 7.—Torquemada, *Monarch. ind.*, lib. 14, cap. 3.—*Relatione d'un gentil'huomo*, en Ramusio, lugar citado. La inhumana operacion de arrancar la cabellera puede reclamar una alta autoridad, ó á lo menos mayor antigüedad. El padre de la historia habla de ella como usada entre los scitas, demostrando que ejecutaban esta operacion, y llevaban el odioso trofeo de la misma manera que los indios norte-americanos (Herodot., *Hist.*, *Melpomene*, sec. 64). Rasgos de la misma costumbre salvage se encuentran en las leyes de los visogodos, entre los francos y aun entre los anglo-sajones. Véase á Guizot, *Cours d'Histoire moderne* (Paris, 1829), tom. I, p. 283.

(39) *Ixtlilxochitl*, *Hist. chich.* MS., cap. 67.

(40) Torquemada, *Monarch. ind.*, lib. 12, cap. 6, lib. 14, cap. 3.—*Ixtlilxochitl*,

perar mucha exactitud en los detalles. Todo lo que puede hacerse, es aventurar un bosquejo de los rasgos mas notables que pueda producir en la mente del lector una idea tan exacta cuanto sea posible.

Bastante se ha dicho, sin embargo, para conocer que las razas azteca y tezcucana, estaban mucho mas adelantadas en la carrera de la civilizacion, que las tribus errantes de la América del Norte (41). El grado de cultura á que habian llegado, si se juzga por sus instituciones políticas, puede considerarse acaso, no muy inferior al que tenían nuestros antepasados los sajones, bajo el reinado de Alfredo. Con respecto á su clase, puede compararse mas bien con la de los egipcios; y el exámen de sus relaciones y cultura social, ofrecerá todavía puntos mas notables de semejanza con aquel antiguo pueblo.

Los que conozcan familiarmente á los actuales mejicanos, no podrán concebir cómo su nacion fué alguna vez capaz de idear la ilustrada constitucion política que hemos considerado. Pero deben recordar que en los mejicanos de nuestros dias, solo ven una raza conquistada tan diferente de los que le precedieron, como lo son los modernos egipcios, de aquellos que edificaron, no diré las pesadas masas de las pirámides, sino los templos y palacios, cuyas magníficas ruinas cubren las riberas del Nilo en Luxor y Karnac. La diferencia no es tan grande como la que se nota entre el antiguo griego y su degenerado descendiente, que vaga ocioso entre las obras maestras del arte que escasamente tiene gusto para admirar, y habla el idioma de aquellos mucho mas inmortales monumentos de literatura, que apenas tiene capacidad para comprender. Y sin embargo, res-

(41) Zurita se indigna de que se dé á los aztecas el epíteto de bárbaros, „epíteto,” dice, „en que no puede convenir el que haya conocido personalmente la capacidad de la nacion ó sus instituciones, y que bajo algunos aspectos lo merecen tambien las naciones europeas.” (Rapport, p. 200 y sig.) Este es un fuerte lenguaje, y sin embargo, ninguno tenia mejores medios de conocer á los aztecas que este eminente jurista, quien por espacio de nueve años sirvió en las reales audiencias de Nueva-España. Durante su larga residencia en el pais, tuvo amplias oportunidades de conocer sus costumbres, así por medio de sus observaciones personales y trato con los nativos, como por el de los primeros misioneros que llegaron al pais despues de la conquista. Cuando volvió á España, probablemente por el año de 1560, se ocupó en contestar á las cuestiones propuestas por el gobierno, sobre el carácter de las leyes é instituciones de los aztecas, y sobre el de las modificaciones introducidas por los españoles, empleando una gran parte de su tratado en el último objeto. En lo que tiene relacion al primero, es mas breve de lo que pudiera desearse, tal vez por la dificultad de obtener completas y satisfactorias noticias sobre sus pormenores; pero hasta donde se extiende, manifiesta un sano y discreto juicio. Usa muy poco de las extravagantes expresiones tan frecuentes en los escritores de su tiempo, y esta moderacion, combinada con las no comunes fuentes de donde sacó sus noticias, da á su obra mucha autoridad, en los limitados objetos á que se contrae. Clavijero consultó el manuscrito original, y ciertamente lo han usado otros escritores. Esta obra puede ahora ser habida por todos, como que es una de las que forman la coleccion de traducciones del infatigable Ternaux.

pira la misma atmósfera, lo alumbra el mismo sol, lo nutren las mismas escenas que á los que murieron en Maraton, y á los que ganaron los trofeos de los juegos olímpicos en Pisa. Corre en sus venas la misma sangre que circulaba en la de aquellos; pero el yugo de la tiranía ha pesado sobre él siglos enteros: pertenece á una raza conquistada.

El indio americano tiene una sensibilidad peculiar en su naturaleza. Huye por instinto del duro contacto de una mano extranjera; y aun cuando la influencia de ésta viene bajo la forma de la civilizacion, parece que se abate y desfallece con su peso. Esto ha sucedido con los mejicanos. Bajo la dominacion española disminuyó su número insensiblemente. Se quebrantó su energía. No imprimen ya su huella sobre sus elevadas llanuras con la íntima conviccion de su independencia, como lo hicieron sus antepasados. En su incierto paso y en su aspecto humilde y melancólico, se ven impresos los tristes caracteres de una nacion vencida. La causa de la humanidad ha ganado ciertamente, pues hoy viven bajo un sistema mejor de legislacion: gozan de una tranquilidad mayor y tienen una fe mas pura; pero de nada de esto se aprovechan. Su civilizacion era de la dura clase que pertenece al desierto. Las feroces virtudes de los aztecas, eran peculiarmente suyas. Rehusaron someterse á la cultura europea é ingertarse sobre un árbol extranjero. Su forma exterior, su constitucion física, sus facciones, son sustancialmente las mismas; pero el carácter moral de la nacion y todo lo que los constituia como una raza particular, ha desaparecido para siempre.

Dos de las principales autoridades que he consultado para escribir este capítulo, son Torquemada y Clavijero. El primero, provincial de la Orden de San Francisco, llegó al Nuevo-Mundo á mediados del siglo diez y seis; y como entónces aun no se habia extinguído la generacion de los conquistadores, tuvo diversas oportunidades de oir de su misma boca los particulares de su empresa. Cincuenta años que permaneció en el pais, lo pusieron en posesion de las tradiciones y usos de los nativos, y le proporcionaron la ocasion de instruirse en su historia, ya por medio de los primeros misio-
neros, ya de aquellos monumentos que el fanatismo de sus compatriotas no habia destruido en aquel tiempo. De estas abundantes fuentes, sacó los materiales para sus voluminosos tomos, comenzando segun la costumbre de los antiguos historiadores castellanos, con la creacion del mundo y abrazando todo el círculo de las instituciones políticas, religiosas y sociales de los mejicanos, desde el primer periodo hasta su época. En el manejo de estos útiles temas, el digno padre mostró una gran dosis del celo indiscreto que caracterizaba á su Orden en aquella época. Cada página está llena de ilustraciones de la Sagrada Escritura ó de la Historia profana, lo que forma un singular contraste con el bárbarico objeto principal de su obra, y algunas veces incurre en graves errores por la equivocacion de sus conceptos sobre el sistema cronológico de los aztecas. Pero no obstante estos notables defectos en la composicion de la obra, advertido de ellos el lector estudioso, encontrará pocas guias mejores que Torquemada para seguir el curso de la verdad histórica hasta la fuente principal: tal es su manifiesta integridad y tan grande fué la facilidad que tuvo de adquirir noticias sobre los puntos mas curiosos de las antigüedades mejicanas. De consiguiente, ninguna obra ha sido tan frecuen-

temente consultada y copiada, aun por algunos que como Herrera, han afectado dar poco valor á las fuentes de que dimana.—Hist. general, déc. 6, lib. 6, cap. 19). La *Monarquía indiana* se publicó primero en Sevilla el año de 1615 (Nic. Antonio, *Bibliotheca nova*, (Matriti, 1783) tom II, p. 787), y despues redactada en mejor estilo, en tres tomos de á folio, en Madrid el año de 1723.

La otra autoridad citada varias veces, es la *Storia Antica del Messico*, escrita por el abad Clavijero. Se imprimió originalmente á fines del siglo pasado, en idioma italiano; y en Italia, adonde el autor, nativo de Veracruz y miembro de la compañía de Jesus, se retiró cuando ésta fué expulsada de América en 1767. En el transcurso de treinta y cinco años que residió Clavijero en su pais, se familiarizó perfectamente con sus antigüedades, por el cuidadoso exámen de las pinturas, manuscritos, y otros restos semejantes que se encontraban en sus dias. El plan de su obra comprende casi tanto, como la de su predecesor Torquemada; pero la suma destreza con que manejó su complicado objeto, da á conocer el periodo posterior y mas culto en que la escribió; y en las luminosas discusiones que contiene el tomo último, ha hecho mucho para rectificar la cronología, y las varias inexactitudes de los escritores que le precedieron. El objeto manifesto de su obra es el de vindicar á sus compatriotas de las inculpaciones de Robertson, Raynal, y De Pau, que él concebía ser falsas, y con respecto á estos últimos, lo consiguió completamente. Tan ostensible designio, podia sugerir una idea desfavorable de su imparcialidad; pero en el conjunto de la obra, parece haber conducido la discusion con buena fe; y si llevado de su celo nacional, ha recargado la pintura con brillantes colores, se le hallará mucho mas moderado en esta línea, que los que le han precedido; al paso que aplica juiciosos principios de crítica, de que aquellos eran incapaces. En una palabra, el esmero de sus investigaciones ha reunido en un solo foco, las luces esparcidas de la tradicion y de las antiguas doctrinas, purificadas en gran manera de las nieblas de la supersticion, que obscurecen las mejores obras de las épocas anteriores. Por estas razones, la suya, sin embargo de la prolijidad de que usa algunas veces, y del aspecto desagradable que le da la profusion de los desusados nombres de la ortografia mejicana que se encuentran en cada página, se ha recibido con merecido favor en el público, y ha creado un sentimiento semejante al de un interes popular por el asunto. Poco despues de su publicacion en Censena, el año de 1780, se tradujo al inglés, y mas recientemente al español y aleman.



D. Francisco Javier Clavijero.

CAPITULO III.

MITOLOGÍA MEJICANA.—ORDEN SACERDOTAL.—TEMPLOS.—SACRIFICIOS HUMANOS.

La constitucion política de los aztecas estaba tan íntimamente unida con su religion, que sin entender ésta, es imposible formar una idea exacta de su gobierno ó de sus instituciones sociales. Omitiré por ahora algunas tradiciones notables que tienen una singular semejanza con las que se encuentran en las Sagradas Escrituras, y procuraré dar una breve idea de su mitología y de las cuidadosas medidas que adoptaron para mantener un culto nacional.

La mitología puede considerarse como la poesía de la religion, ó mas bien, como el desarrollo poético de los principios religiosos en los primitivos tiempos. Es el esfuerzo del hombre rudo para explicar los misterios de la existencia y los agentes secretos que dirigen las operaciones de la naturaleza. Aunque sea el resultado de la semejanza de estados en la sociedad, su carácter debe variar con el de las tribus ignorantes de quienes toma su origen; de manera, que el feroz godo bebiendo ansioso su licor endulzado en el cráneo de sus despedazados enemigos, debe tener una mitología muy diferente de la del afeminado natural de la Española que á la sombra de los plátanos malgasta sus horas en ociosos pasatiempos.

Algunas veces, en un periodo posterior y mas culto encontramos que estas primitivas fábulas, reducidas por la mano del poeta á un sistema regular y amoldados sus groseros contornos en la forma de la belleza ideal, son objeto de adoracion para un siglo de credulidad, y de deleite para todos los que le suceden. Tales fueron las hermosas invenciones de Hesiodo y Homero, „quienes,” como dice el Padre de la historia, „crearon la teogonía de los griegos,” cuya asercion no debe entenderse literalmente, pues no es muy fácil que un hombre pueda inventar un sistema religioso para su nacion (1). Ellos solamente perfeccionaron los oscuros contornos de la tradicion con los brillantes toques de su ingenio, hasta vestirla con una belleza capaz de inflamar la imaginacion de los otros hombres. El poder del poeta tambien se experimenta en un periodo

(1) *Formaron la teogonía de los griegos.* Herodotus, Euterpe, sec. 53.—Heeren, aventura una observacion igualmente fuerte respecto de los poetas épicos de la India, „quienes” decia, „han ministrado los numerosos dioses que llenan su Panteon.” *Historical Researches*, trad. ing. (Oxford, 1833) tom. III, p. 139.

mas maduro de la sociedad. Sin hablar de la „Divina comedia,” ¿quién al concluir la lectura del „Paraiso perdido,” no encuentra vivificados sus conceptos sobre la gerarquía angelical, por los del artista inspirado, y no siente como si se hubiese dado una nueva y sensible forma á las imágenes que habian vagado ante él opacas é indefinidas?

Al periodo últimamente mencionado sucede el de la filosofía, que desechando las fábulas de la edad primitiva y las bellezas poéticas de la que le siguió, pretende ponerse á cubierto del cargo de impiedad, dando una interpretacion alegórica á la mitología popular, y procurando conciliar ésta con las deducciones propias de la ciencia.

La religion mejicana procedia del primero de los periodos á que hemos aludido; y aunque poco modificada por la influencia de la poesía, habia recibido una forma particular de los sacerdotes, quienes tambien idearon un ceremonial, tan molesto y ostentoso cual nunca habia existido en otra nacion. Ademas, habian corrido el velo de la alegoría sobre las primeras tradiciones, é investido á sus deidades con atributos mucho mas análogos á las ideas grotescas de las naciones orientales del Antiguo Mundo, que á las frívolas ficciones de la mitología griega, en la cual los rasgos de humanidad, aunque exagerados, no se habian abandonado totalmente (2).

Examinando el sistema religioso de los aztecas, sorprende su aparente incongruencia, pues una de sus partes parece emanada de un pueblo culto, comparativamente hablando, y sujeto á nobles influencias, mientras que el resto respira una indómita ferocidad; lo que naturalmente sugiere la idea de dos distintas fuentes, y autoriza la creencia de que los aztecas heredaron de sus predecesores una fe mas benígna, á la que despues asociaron su mitología. Pronto llegó ésta á dominar y dió su sombrío colorido á las creencias de las naciones conquistadas, que los mejicanos, así como los antiguos romanos, parece incorporaron en la suya gustosamente hasta que la misma funesta supersticion se extendió á los mas lejanos límites del Anáhuac.

Los aztecas reconocian la existencia de un Supremo Creador y Señor del universo. Se dirigian á él en sus plegarias „como al Dios por quien vivimos,” „que está presente á todo, que conoce todos los pensamientos y que dispensa todos los dones;” „sin el cual el hombre es como nada;” „invisible, incorpóreo, un Dios de completa perfeccion y pureza,” „bajo cuyas alas encontramos reposo y una segura defensa.” Estos sublimes atributos suponen una idea no poco adecuada del verdadero Dios; pero la de la unidad de un Ser en quien la volun-

(2) El honorable Mountstuart Elphinstone ha cometido un error semejante en la comparacion de la mitología griega y la del Indostan en su „Historia de la India,” publicada despues de haber escrito las observaciones del texto. (Véase el lib. 1, cap. 4). En el mismo capítulo de esta obra verdaderamente filosófica, presenta algunos puntos curiosos de semejanza con las instituciones religiosas de los aztecas que pueden proporcionar muchas luces á los que quieran dedicarse á descubrir la afinidad de las razas asiática y americana.

tad es accion, y que no necesita de agentes inferiores para ejecutar sus fines, era demasiado simple ó demasiado grande para sus entendimientos; y ocurrieron, como comunmente sucede, á una multitud de dioses que presidian sobre los elementos, sobre el cambio de las estaciones y sobre las diversas ocupaciones del hombre (3). Trece eran las principales deidades, y mas de doscientas las inferiores, cada una de las cuales tenia consagrado un dia determinado ó una festividad adecuada (4).

A la cabeza de todas estaba el terrible Huitzilopotchli, el Marte mejicano, aunque es injusto comparar al heroico dios de la guerra de la antigüedad con tan sanguinario monstruo. Este era la deidad tutelar de la nacion. Su fantástica imágen estaba sobrecargada de costosos adornos: sus templos eran los mas augustos y magestuosos entre los edificios públicos, y sus altares humeaban con la sangre de humanas hecatombes en todas las ciudades del imperio. Desastrosa por cierto debió haber sido la influencia de tal supersticion en el carácter del pueblo (5).

(3) Ritter ha demostrado muy bien con el ejemplo del sistema del Indostan, que la idea de la unidad sugiere por si misma la de la pluralidad. *History of Ancient Philosophy*, trad. ing. (Oxford, 1838), lib. 2, cap. 1.

(4) Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, lib. 6, passim.—Acosta, lib. 5, cap. 9.—Boturini, *Idea*, p. 8 y sig.—Ixtlilxochitl, *Hist. chich.*, MS., cap. 1.—Camargo, *Hist. de Tlascala*, MS.

Los mejicanos, segun Clavijero, creian en un espíritu maligno, enemigo de la raza humana, cuyo bárbaro nombre significaba „Buho racional.” (Stor. del Messico, tom. II, p. 2). El cura Bernaldez dice, que el demonio estaba bordado en los vestidos de los indios de Colon en la forma de un buho. (*Historia de los reyes católicos*, MS., cap. 131). Sin embargo, no debe confundirse éste con el espíritu maligno de la mitología de los indios norte-americanos, (véase la narracion de Heckewelder en *Transactions of the American Philosophical Society*, Filadelfia, tom. I, p. 205,) y mucho menos con el principio del mal de las naciones orientales del Antiguo Mundo. Era uno solo entre muchas deidades, pues el mal estaba muy liberalmente mezclado en la naturaleza de los mas de los dioses aztecas de la misma manera que entre los griegos, para que pudiera personificarse en alguno.

(5) Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, lib. 3, cap. 1 y sig.—Acosta, lib. 5, cap. 9.—Torquemada, *Monarch. ind.*, lib. 6, cap. 21.—Boturini, *Idea*, pp. 27 y 28.

Huitzilopotchli se compone de dos palabras que significan „Guainambi y siniestro,” por tener su imágen las plumas de esta ave en su pié izquierdo (Clavijero, Stor. del Messico, tom. 2, p. 17), etimología muy amable para un dios tan inhumano. Las formas caprichosas de los ídolos mejicanos, eran en sumo grado simbólicas. Véase la erudita exposicion de Gama sobre los signos misteriosos de la estatua de la diosa encontrada en la gran plaza de Méjico. (*Descripcion de las dos piedras*, (Méjico, 1832,) part. 1, pp. 34-44). Es muy curiosa la tradicion relativa al origen de este dios, ó á lo menos á su aparicion en la tierra. Nació de una muger, la cual siendo persona muy devota, y estando un dia en el templo, vió una bola de plumas de hermosos colores, que se sostenia en el aire. La tomó y depositó en su seno. Pronto se encontró pre-

Un personaje mucho mas interesante en su mitología era Quetzalcoatl, dios del aire. Decíase que esta divinidad mientras permaneció en la tierra instruyó á los nativos en el uso de los metales, en la agricultura y en el arte de gobernar. Era indudablemente uno de aquellos benefactores de su especie, á quienes la gratitud de la posteridad ha colocado en el número de los dioses. Bajo su influencia, la tierra producía frutas y flores sin el trabajo de cultivarla. Una mazorca de maiz era todo lo que un solo hombre podía cargar. El algodón al crecer tomaba por sí mismo los ricos tintes con que el arte lo engalana. El aire estaba embalsamado con embriagantes perfumes y lleno de la dulce melodía de las aves. En una palabra, eran los tiempos de ventura que nos refieren los sistemas fabulosos de tantas naciones del Antiguo Mundo: era la edad de oro del Anáhuac.

Por alguna causa ignorada incurrió Quetzalcoatl en el enojo de uno de los dioses principales, y se vió obligado á abandonar el pais. En su marcha se detuvo en la ciudad de Cholula, donde se dedicó un templo á su culto, cuyas sólidas ruinas forman todavia una de las mas interesantes reliquias de la antigüedad en Méjico. Cuando llegó á las playas del Golfo Mejicano se despidió de los que le acompañaban, prometiéndoles que él y sus descendientes volverian á visitarlos en tiempos venideros: y luego entrando en su encantado esquiife hecho de pieles de serpientes, se embarcó en el grande océano para la fabulosa tierra de Tlapallan. Se decia que era de una elevada estatura, de color blanco, largos y negros cabellos y crecida barba. Los mejicanos esperaban con confianza la vuelta de su benéfica deidad, cuya memorable tradicion profundamente impresa en sus corazones, preparó el camino, como veremos mas adelante, para el triunfo futuro de los españoles (6).

ñada, y nació la terrible deidad viniendo al mundo armada, como Minerva, con una lanza en la mano derecha, un escudo en la izquierda, y su cabeza adornada con un crestón de plumas de color verde. (Véase á Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 19 y sig.) Una noción semejante con respecto á la encarnacion de su deidad principal, existe entre los pueblos de la India que habitan mas allá del Ganges, de China y del Tibet. „Budh,” dice Milman, en su instructiva y luminosa obra sobre la historia de la cristiandad, „segun una tradicion conocida en el Occidente, nació de una vírgen. Así fueron el Fohi de la China, y el Schakaof del Thibet, uno mismo sin duda, bien sea un personaje fabuloso ó real. Los jesuitas de la China, dice Barrow, se asombraron de encontrar en la mitología de aquel pais, el duplicado de la Madre de Dios.” (Tom. I, p. 99, nota). La semejanza de ideas religiosas, existente en paises tan distantes, y habitados por razas diferentes, es un objeto interesante para el estudio, como que presenta uno de los mas importantes eslabones de la gran cadena de comunicacion que une las distantes familias de las naciones.

(6) Codex Vaticanus, lám. 15, y Codex Telleriano-Remensis, part. 2, lám. 2, ap. antiq. of Mexico, tom. I y VI.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 3, cap. 3, 4, 13 y 14.—Torquemada, Monarch. ind. lib. 6, cap. 24.—Ixtililxochitl, Hist. chich., MS., cap. 1.—Gomara, Crónica de la Nueva-España, cap. 222 en Barcia, Historiadores primitivos de las Indias occidentales, (Madrid, 1749), tom. II).

Quetzalcoatl significa „serpiente plumada.” La última sílaba significa igualmente

No tenemos lugar de extendernos en otros pormenores respecto de los dioses mejicanos. Baste decir, que los atributos de muchos de ellos estaban definidos cuidadosamente, descendiendo en una graduacion regular hasta los penates ó dioses domésticos, cuyas pequeñas imágenes se encontraban aun en las mas humildes chozas.

Los aztecas participaron de la curiosidad comun al hombre en casi todos los grados de civilizacion de descorrer el velo que cubre los misterios de lo pasado y el mas temible porvenir. Semejantes á las naciones del antiguo continente, buscaron el alivio de la opresora idea de la eternidad, en la division de ciclos ó periodos de algunos miles de años de duracion. Habia cuatro de estos ciclos, y al terminar cada uno de ellos por la influencia de uno de los elementos, era estinguido el género humano, y el sol desaparecia del cielo para volver á lucir de nuevo (7).

„mellizo;” lo que proporcionó al Dr. Sigüenza un argumento, para identificar á este dios con el apóstol Santo Tomás (Didymus significa tambien gemelo), quien supone vino á América á predicar el Evangelio. Esta conjetura, bastante violenta, está apoyada por varios de sus piadosos compatriotas, los que parece tienen tan poca duda del hecho, como de la venida del apóstol Santiago para un objeto semejante á la madre patria. Véanse las varias autoridades y argumentos asentados con mucha gravedad en la disertacion del Dr. Mier, inserta en la edicion de Sahagun hecha por Bustamante (lib. 3, suplemento), y Veytia (tom. I, pp. 160-200). Nuestro ingenioso compatriota McCulloh, da al dios azteca una antigüedad todavía mas respetable, identificándolo con el patriarca Noe. *Researches, Philosophical and Antiquarian, concerning the Aboriginal Hystory of America* (Baltimore, 1829), p. 233. (a)

(7) Cod. vat. lám. 7-10, ap. *Antiq. of Mexico*, toms. I y VI.—*Ixtlilxochitl, Hist. chich*, MS., cap. 1.

El baron de Humboldt trabajó mucho en descubrir la analogía del sistema de la creacion del mundo de los aztecas con el de la Asia oriental. Ha procurado, aunque en vano, encontrar un múltiplo que pudiera servir como de llave para los cálculos del primero. (Vues des cordillères, pp. 202-212.) En verdad, parece haber una discordancia en las relaciones mejicanas, tanto respecto del número de sus revoluciones, como de su duracion. Un manuscrito de Ixtlilxochitl que he tenido presente los reduce á tres, antes del estado actual del mundo, y solo les concede 4394 años (Sumaria relacion, MS., núm. 1). Gama, descansando en la fe de un antiguo manuscrito de los indios, que se encuentra en el catálogo de Boturini (VIII, 13), reduce su duracion á mucho menos (Descripcion de las dos piedras, part. 1, p. 49, y sig.); al mismo tiempo que los siglos de las pinturas del Vaticano lo aumentan á cerca de 18.000 años. Es muy interesante observar, cómo las extravagantes conjeturas de un siglo de ignorancia, se han confirmado por los mas recientes descubrimientos de la geología, haciendo probable que la tierra haya experimentado un número de convulsiones, tal vez de mil en mil años, que han destruido las razas existentes entonces, y dado un nuevo aspecto al globo.

(a) En los documentos que se pondrán al fin de esta obra, se hallará la disertacion del padre Mier á que el autor alude en esta nota, y se verá que no es tan desnuda de fundamento la opinion que aquel sostiene y que ciertamente se puede defender

Imaginaron tres estados diversos de existencia en la otra vida. Los malos, que siempre han formado la mayor parte del género humano, iban á expiar sus culpas á un lugar de perpetua obscuridad. Otra parte de los hombres, sin mas mérito que el de haber muerto de ciertas enfermedades caprichosamente señaladas, iban á gozar una existencia negativa de indolentes placeres. El lugar mas preferente se reservaba, como en casi todas las naciones guerreras, á los héroes que morian en el combate ó en el sacrificio. Se creia que pasaban inmediatamente á la presencia del sol, á quien acompañaban en su brillante curso por los cielos, danzando y entonando cánticos en coro, y algunos años despues iban sus espíritus á animar las nubes y canoros pájaros de hermoso plumage, y á vagar en medio de las deliciosas flores y perfumes de los jardines del Paraíso (8). Tal era el cielo de los aztecas, mas refinado en su clase que el de los mas cultos paganos, en cuyos campos éliseos solo se reflejaban los pasatiempos marciales y los sensuales placeres de esta vida (9). En el destino que señalaban á los malvados, distinguimos los mismos rasgos de refinamiento, pues la falta de los tormentos corporales, forma un singular contraste con los castigos tan ingeniosamente ideados por las naciones mas civilizadas (10). En todo esto, tan contrario á las

como una cosa probable. El lector habrá podido notar la acrimonia con que el Sr. Prescott trata á todos los misioneros que han escrito la historia americana, y aun á Veytia en todos aquellos casos en que en sus escritos toca algunas materias relacionadas con sus opiniones piadosas. Generalmente adolecen de este defecto los escritores protestantes, en especial los de los Estados-Unidos que conservan todavía el celo perseguidor que tuvieron sus abuelos, y que está ya bastante entibiada en los protestantes europeos, celo que se manifiesta con esta rechifla continua, sin citar casi nunca alguna opinion de los que siguen una creencia diversa sin aplicarles algun epíteto burlesco ú ofensivo. Las aplicaciones inoportunas de los textos de la Biblia, eran la costumbre de aquel siglo; y los escritores protestantes incurrieron en este abuso con tal exceso, que llega á ser verdaderamente ridiculo. Téngase esto presente para no tener que repetir á cada paso esta misma observacion.

(8) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 3, Apénd.—Cod. vat., ap. Antiq. of Mexico, lám. 1-5.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 13, cap. 48.

El último escritor asegura, que en cuanto á lo „que decian los aztecas sobre su ida al infierno, no iban errados, pues como morian en la ignorancia de la verdadera fe, todos, sin cuestion, debian ir á sufrir el castigo eterno.” Ubi supra.

(9) No da sino una pobre idea de estos placeres, el que la sombra de Aquiles diga: „Seria mas bien esclavo del hombre mas vil de la tierra, que soberano entre los muertos.” (Odyss. A. 488-490). Los mahometanos creen que las almas de sus mártires, pasan despues de su muerte á los cuerpos de unos pájaros que frecuentan las dulces aguas y jardines del Paraíso. (Sale's Koran, (Lóndres, 1825), tom. I, p. 106). El cielo de los mejicanos puede recordar uno de los del Dante en sus goces materiales, pues ambos los forman la luz, la música y el movimiento. Debe tambien recordarse, que entre los aztecas el sol era una idea espiritual: „Vé con otros ojos que no son los suyos: donde ellos ven un sol, él divisa una deidad.”

(10) Es muy singular que el poeta toscano, al paso que agota su invencion en



Urnas funerarias.

sugestiones naturales del feroz azteca, vemos las pruebas de una civilización mayor, heredada de las naciones que les precedieron en el país.

Los límites de nuestra obra solo permiten hacer una breve alusión á una ó dos de las mas interesantes ceremonias. Cuando moria alguna persona, se vestia con el traje peculiar de su deidad tutelar: se esparcian sobre él unos pedazos de papel que obraban como encantos contra los peligros del obscuro camino por donde tenia que viajar; y si era rico se sacrificaba en sus exequias un gran número de esclavos. Quemábase su cuerpo, y las cenizas recogidas en un vaso se depositaban en uno de los aposentos de su casa. Aquí tenemos sucesivamente los usos del católico romano, el musulman, el tártaro y el antiguo griego y romano, curiosas coincidencias que demuestran cuán cautos debemos ser en adoptar conclusiones fundadas en analogías (11).

Otra coincidencia mas extraña con los ritos cristianos puede hallarse en la ceremonia de dar nombre á los niños. Se rociaban con agua los labios y seno del infante, y „se rogaba al Señor permitiese que las gotas sagradas borrarán el pecado que le habia sido legado antes de la fundacion del mundo, para que así pudiera el niño nacer de nuevo (12).” La moral cristiana se ofrece á la memoria en mas de una de sus oraciones, en las cuales usaban fórmulas reguladas. „¿Quieres, Señor, exterminarnos para siempre?” „¿Se dirige este castigo no á nuestra enmienda sino á nuestra destruccion? Concédenos por tu gran misericordia los dones que no somos dignos de alcanzar por nuestros propios merecimientos.” „Tened paz con todos,” decia una exhortacion, „sufrid las injurias con humildad, pues Dios que lo ve todo, os vengará.” Pero la mas sorprendente semejanza con las Sagradas Escrituras consiste en esta notable declaracion: „el que mira con demasiada curiosidad á una muger, comete adulterio con sus ojos.” Estas puras y sublimes máximas están á la verdad mezcladas con otras pueriles y aun brutales que manifiestan aquella confusion de ideas morales

idear modos de tormentos corporales en su „Inferno,” se hubiera valido tan poco de los recursos morales, lo que pudiera considerarse como una fuerte prueba de la ignorancia de la época, si no encontráramos iguales ejemplos en los últimos siglos, en los cuales un grave y sublime escritor, como el Dr. Watts, no se desdén de emplear esos groseros medios para mover la conciencia del lector.

(11) Carta del Lic. Zuazo (Nov., 1521), MS.—Acosta, lib. 5, cap. 8.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 13, cap. 45.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 3, Apénd.

Algunas veces se sepultaba intacto el cadáver con valiosos tesoros, si el finado era rico. El „Conquistador anónimo,” segun se le llama, vió sacar de una de estas tumbas una cantidad de oro, del valor de 3000 castellanos. Relatione d'un gentil'huomo, ap. Ramusio, tom. III, p. 310.

(12) Este interesante rito, solemnizado por lo comun con gran formalidad á presencia de los amigos y parientes, lo detalla con minuciosidad Sahagun (Hist. de Nueva-España, lib. 6, cap. 37), y Zuazo (Carta, MS.), ambos testigos de vista. La version de una parte de la narrativa de Sahagun, puede verse en el Apéndice, part. 1,

nota 26.

que es natural en la cuna de la civilización. No debe esperarse por cierto encontrar en tal estado de sociedad doctrinas tan sublimes como algunas inculcadas por los ilustrados códigos de la antigua filosofía (13).

Pero si la mitología azteca no participaba de las hermosas invenciones del poeta, ni de los refinamientos de la filosofía, era debido en gran parte, según he dicho, á los sacerdotes que procuraban deslumbrar la imaginación del pueblo con las ceremonias mas formales y pomposas. La influencia del sacerdocio debe ser mayor en un estado imperfecto de civilización, en el que todos los conocimientos científicos se encierran en aquella corporación, y esto sucede particularmente cuando tales conocimientos son de la clase espúrea que se ocupa menos de los verdaderos fenómenos de la naturaleza, que de las fantásticas quimeras de la superstición humana. Tales son las ciencias de la astrología y adivinación, en las que los sacerdotes aztecas estaban bastante iniciados, por lo que al paso que parecía que en sus manos tenían las llaves de lo futuro, imprimían en el pueblo ignorante un temor supersticioso, probablemente mayor que el que ha existido en cualquiera otro país, sin excluir al antiguo Egipto.

El orden sacerdotal era muy numeroso, como puede inferirse de que cinco mil sacerdotes servían diversos oficios en el principal templo de la capital. Su diverso rango y sus varias funciones, se distinguían con gran exactitud. Parte de ellos arreglaba las festividades conforme á su calendario: los mas instruidos en la música se encargaban de la dirección de los coros: unos dirigían la educación de la juventud; y otros cuidaban de las pinturas geroglíficas y de las tradiciones orales, mientras que los funestos ritos del sacrificio se reservaban á los grandes dignatarios de la orden. A la cabeza de todo el establecimiento se hallaban dos sumos sacerdotes electos entre los de la orden, según parece, por el rey y los principales nobles, sin consideración á su nacimiento, sino solo á las cualidades que habia manifestado con su anterior conducta en el estado de subordinación. Eran iguales en dignidad, y solo inferiores al soberano quien pocas veces resolvía sin su consejo los negocios importantes de interés público (14).

(13) „¿Es posible que este azote y este castigo, no se nos da para nuestra corrección y enmienda sino para total destrucción y asolamiento?“ (Sahagun, Hist. de Nueva España, lib. 6, cap. 1.) „Y esto por sola vuestra liberalidad y magnificencia lo habeis de hacer, pues que ninguno es digno ni merecedor de recibir vuestras larguezas por su dignidad y merecimiento, sino por vuestra benignidad.“ (Ibid. lib. 6, cap. 2.) „Sed sufridos y reportados, que Dios bien os vé y responderá por vosotros, y él os vengará. Sed humildes con todos, y con esto os hará Dios merced y también honra.“ (Ibid. lib. 6, cap. 17.) „Tampoco mires con curiosidad el gesto y disposición de la gente principal, mayormente de las mugeres, y sobre todo de las casadas, porque dice el refrán, que el que curiosamente mira á la muger, adultera con la vista.“ (Ibid., lib. 6, cap. 22.)

(14) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 2, Apénd., lib. 3, cap. 9.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 8, cap. 20, lib. 9; cap. 3 y 56.—Gomara, Crón. cap. 215, en Barcia, tom. II.—Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 4.

Cada uno de los sacerdotes estaba consagrado al servicio de alguna deidad particular y habitaba en el espacioso recinto de su templo, al menos mientras desempeñaba las funciones de su ministerio, pues se les permitía casarse y tener familia. En esta residencia monástica, vivían con toda la austera severidad de la disciplina conventual. Tres veces en el día y una en la noche eran llamados á orar. Usaban frecuentes abluciones y vigiliass, y mortificaban la carne con el ayuno y crueles penitencias, haciendo brotar la sangre de sus cuerpos con la flagelación, ó punzándose con puas de maguey. En suma, practicaban todas aquellas austeridades á que el fanatismo, valiéndose del enérgico lenguaje del poeta, ha recurrido en todas las edades del mundo.

„Esperando merecer el cielo con hacer de la tierra un infierno” (15).

Las grandes ciudades se dividían en distritos, puestos al cuidado de una especie de clero parroquial que reglamentaba todos los actos de religion en sus límites, siendo de notar que él administraba los ritos de la confesion y absolucion. El secreto de aquella se guardaba inviolablemente, y las penitencias que se imponían casi eran de la misma clase de las que usa la Iglesia romana. Había dos circunstancias muy notables. La primera, la de que como la repetición de una falta ya expiada se juzgaba imperdonable, la confesion se hacia una sola vez en la vida, y comunmente se difería para su último periodo. Entonces el penitente descargaba su conciencia y arreglaba de una vez la larga cuenta de sus iniquidades. La otra circunstancia era, la de que la absolucion del sacerdote se recibía en lugar del castigo legal de los delitos, y autorizaba la absolucion del acusado en caso de arresto. Mucho tiempo despues de la conquista, los sencillos nativos cuando se veían amenazados por el brazo de la justicia, pensaban libertarse del castigo produciendo certificado de su confesion (16).

(Stor. del Messico, tom. 2, p. 37). No encuentro autoridad para esto, ni aun en su oráculo Torquemada, quien expresamente dice: „No hay fundamento para esta asercion por mas probable que pueda ser el hecho;” (Monarch. ind., lib. 9, cap. 5). y está contradicho por Sahagun, á quien yo he seguido como la mejor autoridad en estas materias. Clavijero no tuvo mas conocimiento de la obra de Sahagun, que el que proporcionaban los escritos de Torquemada y los autores posteriores á él.

(15) Sahagun, Hist. de Nueva-España, ubi supra.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 9, cap. 25.—Gomara, Crón. en Barcia, ubi supra.—Acosta, lib. 5, cap. 14 y 17.

(16) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 1, cap 12; lib. 6, cap. 7.

La oracion que usaba el confesor en estas ocasiones, contiene algunas cosas demasiado notables para omitirse. „Oh Señor misericordioso,” decia en su plegaria, „tú que conoces los secretos de todos los corazones, haz que descienda tu gracia y perdon como las aguas puras del cielo, á lavar las manchas del alma. Tú sabes qué este pobre hombre ha pecado, no por su libre voluntad, sino por la influencia del signo bajo de que nació.” Despues de una larga exhortacion al penitente, junta con una variedad de mortificaciones y ceremonias minuciosas por via de penitencia, y de instarle particularmente sobre la necesidad de procurarse al momento un esclavo para sacrificarlo á la deidad, concluía inculcándole la caridad para con el hombre. „Ves-

Uno de los mas importantes deberes del sacerdocio era el de la educacion, á cuyo objeto estaban destinados ciertos edificios dentro de los muros del templo principal. Allí se ponía á la juventud de ambos sexos, tanto de la clase alta como de la mediana, desde su muy tierna edad. Las niñas eran instruidas bajo el cuidado de las sacerdotisas, pues tambien se permitía á las mugeres el ejercicio de las funciones sacerdotales, excepto las del sacrificio (17); y se enseñaba á los niños la práctica de la disciplina monástica. Decoraban con flores los altares de los dioses: mantenian el fuego sagrado, y tomaban parte en los cantos y festividades religiosas. Los de la primera escuela llamada *Calmecac*, estaban iniciados en la doctrina de las tradiciones, en los misterios de los geroglíficos, en los principios de gobierno, y en todos aquellos ramos de la ciencia astronómica y de las naturales que estaban al alcance de los sacerdotes. Las niñas aprendian varias cosas propias de su sexo, especialmente á tejer y bordar ricas cubiertas para los altares de los dioses. Se prestaba una grande atencion á la disciplina moral de ambos sexos: guardábase el mayor decoro; y las faltas se castigaban con extremo rigor, en algunos casos aun con la misma muerte. El miedo y no el amor era entre los aztecas el principal resorte de la educacion (18).

Al cumplir la edad necesaria para el matrimonio, ó al entrar al mundo, se despedía á los pupilos del establecimiento con mucha ceremonia, y la recomendacion del superior abria muchas veces á los mas aptos el camino para los empleos de mas responsabilidad en la vida pública. Tal era la artificiosa política de los

os cuate, pues acordaos que su carne es igual á la vuestra, y que son hombres semejantes á vos." Tal es la extraña mezcla de la benevolencia del verdadero cristiano, y las gentilicas abominaciones del culto azteca, que anuncia fuentes sumamente diversas.

(17) Los dioses de los egipcios eran tambien servidos por sacerdotisas. (Véase Herodotus, Euterpe, sec. 54). Relaciones escandalosas, semejantes á las que circulaban entre los griegos respecto de aquellas, se refieren de las vírgenes aztecas. (Véase Le Noir's dissertation, ap. Antiquités Mexicaines (Paris, 1834), tom. II, p. 7, nota). Los primeros misioneros, bastante crédulos por cierto, no prestaron apoyo á tales aserciones, y antes al contrario, el padre Acosta exclama: „En verdad, es muy extraño ver que esta falsa opinion de religion, tuviese tanta fuerza entre los jóvenes y doncellas de Méjico, que los hiciera servir al demonio con tan grande rigor y austeridad, cual muchos de nosotros no empleamos en el servicio del altísimo Dios, lo que es una grande confusion y vergüenza." Trad. ing., lib. 5, cap. 16.

(18) Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 9.—Sahagun, Historia de Nueva-España, lib. 2, Apénd., lib. 3, cap. 4-8.—Zurita, Rapport, pp. 123-126.—Acosta, lib. 5, cap. 15 y 16.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 9, cap. 11-14, 30 y 31.

„Se les enseñaba," dice el piadoso padre citado últimamente, „á huir del vicio y á abrazar la virtud, segun las nociones que tenían de aquel y ésta; especialmente á abstenerse de la ira, de hacer violencia ó injuriar á otro hombre: en una palabra, á cumplir con los deberes sencillamente prescritos por la religion natural." (HUM2004-00721)

sacerdotes, quienes reservándose el cargo de la instruccion, podian amoldar fácilmente el entendimiento de la juventud segun sus deseos, é inspirarles desde su muy temprana edad una implícita reverencia por la religion y sus ministros, que conservaba su dominio sobre el férreo carácter del guerrero, mucho tiempo despues de que todos los otros vestigios de la educacion habian desaparecido por el duro ejercicio que habia abrazado.

Cada uno de los templos principales tenia las tierras necesarias para la manutencion de los sacerdotes, cuyas posesiones se aumentaron sucesivamente por la política ó devocion de los príncipes, en términos que, en el reinado del último Montezuma, habian llegado á tener una enorme extension, y cubrian todos los distritos del imperio. Los sacerdotes tomaban en sus manos la direccion de sus propiedades, y parece que trataban á sus arrendadores con la liberalidad é indulgencia propias de las corporaciones monásticas. Ademas de los grandes recursos que les proporcionaba esta fuente, estaban enriquecidos con la ofrenda de los primeros frutos y con otras varias donaciones dictadas por la piedad ó la supersticion. El sobrante que resultaba, despues de deducidos los gastos del culto nacional, se distribuia en limosnas entre los pobres, cuyo deber prescribia estrictamente su código moral. Así, pues, la misma religion inculcaba por una parte lecciones de la mas pura filantropía, y por otra, como veremos muy pronto, la exterminacion mas desapiadada. Esta contradiccion no parecerá increíble á aquellos que estén instruidos en la historia de la Iglesia romana en los primeros tiempos de la Inquisicion (19).

Los templos mejicanos llamados Teocallis, „casas de Dios,” eran numerosos. Habia algunos centenares en cada una de las ciudades principales, muchos de ellos tal vez muy humildes edificios. Eran unas sólidas masas de tierra cubiertas exteriormente con ladrillos ó piedra, y en su forma algo semejantes á la estructura de las pirámides del antiguo Egipto. La base de algunos de ellos, tenia mas de cien piés cuadrados, y sus torres se elevaban á una altura mucho mayor. Dividianse en cuatro ó cinco pisos, siendo las dimensiones del segundo, menores que las del primero, y así sucesivamente, y se subia por una escalera abierta en uno de los ángulos de la pirámide por la parte exterior, que conducia á una especie de terrado ó galería en la base del segundo piso, la cual rodeando completamente el edificio terminaba en otra escalera, abierta tambien en el mismo ángulo que la anterior, precisamente sobre ella y que guiaba á otro terrado igual.

(19) Torquemada, Monarch. ind., lib. 8, cap. 20 y 21.—Camargo, Hist. de Tlascal, MS.

No puede dejar de sorprender la gran semejanza que se advierte, no solo entre unas pocas é inútiles formas, sino en todo el método de vida de los sacerdotes mejicanos y egipcios. Comp. Herodotus (Euterpe, passim) y Diodorus (lib. 1, sec. 73 y 81). El lector ingles puede consultar para el mismo objeto á Heeren (Hist. Res., tom. V, cap. 2,) y á Wilkinson (Manners and Customs of the Ancient Egyptians (Londres, 1837), tom. I, pp. 257-279), especialmente á este último escritor que ha contribuido mas que todos los otros á descubrirnos el interior de la vida social de ese pueblo interesante.

Así es, que tenia que andarse todo el circuito del templo varias veces para llegar á su extremidad superior; aunque algunas ocasiones la escalera conducia directamente al centro del frente occidental del edificio. En la parte superior habia una ancha área, donde se levantaban una ó dos torres de cuarenta á cincuenta piés de altura, que eran los santuarios donde se conservaban las sagradas imágenes de los dioses que presidian estos templos. Delante de ellos estaba colocada la horrible piedra del sacrificio, y se veian dos elevados altares en los que se conservaba el fuego sagrado tan inextinguible como el del templo de Vesta. Se asegura que habia seiscientos de estos altares en edificios mas pequeños dentro de los muros del gran templo de Méjico, los cuales juntos con los que habia en los de las otras partes de la ciudad, esparcian una brillante iluminacion sobre sus calles aun en la noche mas obscura (20).

Por la misma construccion de sus templos, todos los servicios religiosos eran públicos. Las largas procesiones de sacerdotes caminando alrededor de sus macizos lados para subir á la parte superior, y los funestos ritos del sacrificio que allí se consumaba, eran visibles desde las partes mas remotas de la capital, imprimiendo en la mente del espectador una veneracion supersticiosa por los misterios de su religion, y por los terribles ministros que los interpretaban.

Esta impresion se conservaba en toda su fuerza por medio de numerosas festividades. Cada mes estaba consagrado á alguna deidad tutelar, cada semana, y puede decirse cada día, tenia señalado en el calendario alguna celebridad particular; de manera, que es difícil entender cómo podian ser compatibles las ocupaciones ordinarias de la vida, con las exigencias de la religion. Muchas de sus ceremonias tenian un aspecto lucido y agradable, como que consistian en canciones y danzas nacionales, en que tomaban parte los dos sexos. Se hacian procesiones de mugeres y niños, que iban coronados con guirnaldas, y llevaban ofrendas de frutas y maíz sazonado, de suave incienso, de copal y de otras gomas olorosas, y los altares de la deidad no estaban manchados con sangre, excepto la de los animales (21). Estos eran los pacíficos ritos heredados de

(20) Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, p. 307.—Camargo, Hist. de Tlascalala, MS.—Acosta, lib. 5, cap. 13.—Gomara, Crón., cap. 80, en Barcia, tom. II.—Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 4.—Carta del Lic. Zuazo, MS.

Este último escritor que visitó á Méjico poco despues de la conquista, en 1521, asegura que algunos de los templos mas pequeños ó pirámides estaban formados de tierra impregnada de gomas odoríferas y polvo de oro, algunas veces en tanta cantidad, que probablemente ascenderia á un millon de castellanos. (Ubi supra). Estos eran ciertamente los templos de Mammona (la riqueza)! pero no encuentro confirmados tales cuentos dorados.

(21) Cod. Tel.-Rem., lám. 1, y Cod. vat., passim, ap. Antiq. of Mexico, tom. I, y VI.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 10, cap. 10, y sig.—Sahagun, Historia de Nueva-España, lib. 2, passim.

Entre las ofrendas, merecen particular mencion las codornices, por la increíble cantidad de ellas que se sacrificaba y consumia en muchas de las festividades.

los toltecas sus predecesores, en los cuales el feroz azteca introdujo una detestable superstición demasiado odiosa para presentarla con todos sus coloridos, y sobre lo cual gustosamente correría un velo, si esto no hiciera que el lector ignorara la mas notable de sus instituciones, y la que habia tenido mas influencia en la formación del carácter nacional.

Adoptaron los aztecas los sacrificios humanos al principio del siglo diez y seis, cerca de doscientos años antes de la conquista (22). Raros al principio, se hicieron mas frecuentes al paso que se extendia su imperio, hasta que por último todas las festividades terminaban con tan cruel abominación. Estas ceremonias religiosas se arreglaban generalmente de modo que ofrecieran una representación de las circunstancias mas notables del carácter ó historia de la deidad que era su objeto. Bastará proponer un solo ejemplo.

Una de las mas importantes festividades, era la que se hacia en honor del dios Tezcatlipoca, cuyo rango solo se consideraba inferior al del Supremo Ser. Se le llamaba „el alma del mundo:” se suponía haber sido su creador; y se le pintaba como á un hombre hermoso dotado de juventud perpetua. Un año antes del proyectado sacrificio, un prisionero que se distinguía por su belleza, y sin defecto alguno en su cuerpo, era escogido para representar á esta deidad. Ciertos cuidadores se encargaban de él y lo instruían en el modo de desempeñar su nuevo oficio con atractiva gracia y dignidad. Se le adornaba con vestidos espléndidos, y se le regalaba con incienso y una profusión de flores de suave olor, á las cuales los antiguos mejicanos eran tan afectos como sus descendientes en la época presente. Cuando salía era acompañado por un séquito de pajes de palacio; y si se detenía en las calles á tañer alguna melodía favorita, se inclinaba ante él la multitud, y le rendía homenajes como representante de la deidad. De esta manera pasaba una lujosa y regalada vida hasta un mes antes del sacrificio. Cuatro hermosas doncellas que tenían los nombres de sus principales diosas, eran entónces escogidas para participar de los honores de su lecho, y continuaba viviendo con ellas en el estado conyugal, asistiendo también á los banquetes de los principales nobles que le tributaban todos los honores de la divinidad.

Al fin llegaba el fatal día del sacrificio: el término de las glorias de su corta vida. Se le despojaba de sus ricas vestiduras, y se despedía de las hermosas compañeras de sus placeres. Una de las falúas reales lo llevaba por enmedio del lago á un templo edificado en su orilla, á distancia como de una legua de la capital, y allí se reunían todos los habitantes de ésta para presenciar la consumación de la ceremonia. A tiempo que la triste procesión pasaba alrededor de la pirámide, la desventurada víctima arrojaba sus graciosas guirnaldas, y hacia pedazos los instrumentos de música con que habia endulzado las horas de su cautiverio.

(22) Las tradiciones de su origen tienen algo de fabuloso. Pero sean verdaderas ó falsas, siempre indican una ferocidad sin ejemplo en la nación que se sujetase á ellas. Clavijero, Stor. del Messico, tom. I, p. 167, y sig. También Humboldt, quien parece no duda de tales tradiciones. Vues des cordillères, p. 95.

En la parte superior del templo era recibido por seis sacerdotes, cuyos largos y dispersos cabellos caían desordenadamente sobre sus negras vestiduras cubiertas de arrolladas escrituras geroglíficas de mística importancia. Lo conducían á la piedra del sacrificio, que era de un reluciente jaspe, con la superficie superior algo convexa, y lo extendían sobre ella. Cinco sacerdotes sujetaban su cabeza, sus brazos y piernas, entre tanto que el sexto, vestido con un manto escarlata, emblema de su sanguinario oficio, abría diestramente el pecho de su víctima con un afilado cuchillo de *itzli*, sustancia volcánica tan dura como el pedernal, y metiendo su mano en la herida, estraía el corazón palpitante. En seguida este ministro de la muerte levantándolo primero hácia el sol, objeto del culto de todo el Anáhuac, lo arrojaba á los piés de la deidad á quien estaba consagrado el templo, y al mismo tiempo la multitud se postraba en humilde adoración. La trágica historia de este prisionero se interpretaba por los sacerdotes como la representación del destino del género humano, que si bien es brillante en su principio, frecuentemente concluye con el pesar y la desgracia (23).

Tal era la forma de los sacrificios humanos, comunmente practicada por los aztecas, la misma que los indignados ojos de los europeos encontraron tan á menudo al recorrer el país, y de cuyo horrible destino no estuvieron exentos ellos mismos. Había algunas ocasiones en que se usaban primero las mas terribles torturas con cuya descripción no es necesario conmover al lector, y que siempre terminaban en la cruenta ceremonia ya descrita. Es de notarse, sin embargo, que tales tormentos no eran la espontánea sugestión de la crueldad como entre los indios norte-americanos, sino el cumplimiento de lo prescrito en el ritual azteca, é indudablemente serian muchas veces aplicados con los mismos sentimientos de repugnancia que un devoto familiar del Santo oficio experimentaria acaso al ejecutar sus severos decretos (24). Las mugeres, de la misma manera que

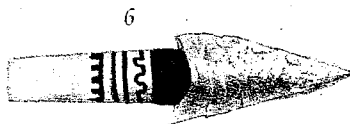
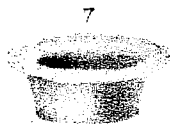
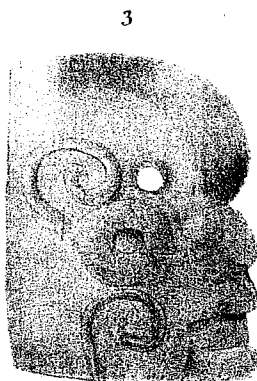
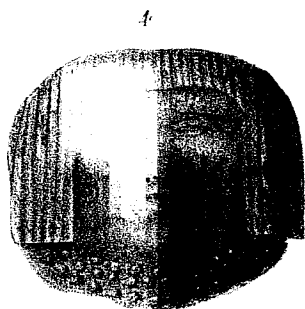
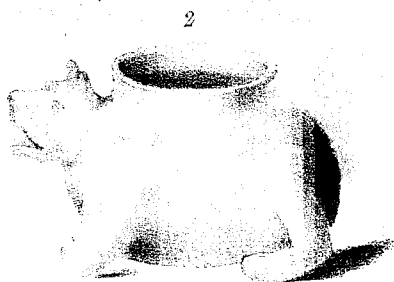
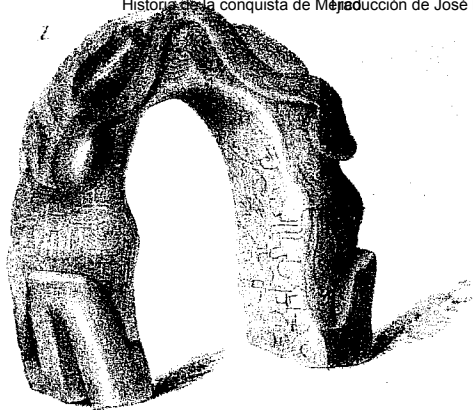
(23) Sahagún, Hist. de Nueva-España, lib. 2, cap. 2, 5, 24, et alibi.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 2, cap. 16.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 7, cap 19; y lib. 10, cap. 14.—Rel. d'un gent. ap. Ramusio, tom. III, p. 307.—Acosta, lib. 5, cap. 9-21.—Carta del Lic. Zuazo, MS.—Relacion por el regimiento de Veracruz (Julio, 1519), MS.

Pocos lectores probablemente simpatizarán con la sentencia de Torquemada, quien concluye la relacion de esta trágica ceremonia, con mandar friamente „el alma de la víctima á penar en el infierno con las de sus falsos dioses.” Lib. 10, cap. 23.

(24) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 2, cap. 10 y 29.—Gomara, Crón., cap. 219 en Barcia, tom. II.—Toribio, Hist. de los ind., MS., part. 1, cap. 6-11.

El lector hallará una pintura medianamente exacta de la clase de estas torturas en el canto primero del „Inferno.” Las fantásticas creaciones del poeta Florentino, casi se veían realizadas al mismo tiempo que las escribía por los bárbaros habitantes de un mundo desconocido. Un sacrificio de un carácter menos odioso, merece mencionarse. Los españoles lo llamaron „sacrificio gladiatorio,” y puede recordar uno de los sangrientos juegos de la antigüedad. Dábanse algunas veces armas á un prisionero de distincion, para que combatiera sucesivamente con cierto número de mejicanos.

Si los vencía á todos, como casualmente sucedia, quedaba en libertad; pero si sucumbia



las personas del otro sexo, eran algunas ocasiones destinadas al sacrificio. En ciertos casos, principalmente en la estación de la seca, y en la festividad del insaciable Tlaloc, dios de la lluvia, se le ofrecían niños, por lo común infantes. Como que se llevaban en andas descubiertas, adornados con las vestiduras propias de la solemnidad, y cubiertos con las risueñas flores de la primavera, movían á piedad al corazón mas endurecido, no obstante que sus gritos se ahogaban en el horrible canto de los sacerdotes que leían en las lágrimas de aquellos desgraciados el augurio favorable de su petición. Estas inocentes víctimas, generalmente las compraban, á padres pobres, quienes ahogaban la voz de la naturaleza probablemente menos con las sugerencias de la miseria que con las de una infame superstición (25).

Pero aun falta que referir la parte mas abominable de la historia, á saber: el destino que se daba al cuerpo del prisionero sacrificado. Se entregaba al guerrero que lo habia aprehendido en el combate, quien despues de desnudarlo, lo servía en un banquete á sus amigos. No era ésta la horrible comida del hambriento caribe, sino un banquete provisto de deliciosas bebidas y delicadas viandas, preparadas con arte, al que asistían personas de ambos sexos, que como veremos mas adelante, guardaban todo el decoro propio de una vida civilizada. Seguramente nunca la cultura y el extremo de la barbarie se pusieron en un contacto tan íntimo (26).

Muchas naciones, sin exceptuar las mas civilizadas de la antigüedad, han practicado los sacrificios humanos (27); pero ninguna de ellas en una escala comparable con los del Anáhuac. El número de las víctimas inmoladas en sus execrables altares, pudiera hacer vacilar la fe del menos escrupuloso de los lectores. Casi ningun autor pretende estimar los sacrificios anuales de todo el im-

bia, era arrastrado á la piedra del sacrificio, é inmolado en la forma acostumbrada. El combate se verificaba sobre una enorme piedra circular, y á presencia de casi todos los habitantes de la capital. Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 2, cap. 21.—Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, p. 305.

(25) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 2, cap. 1, 4, 21 et alibi.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 10, cap. 10.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 76 y 82.

(26) Carta del Lic. Zuazo, MS.—Torquemada, Monarch. ind., lib. 7, cap. 19.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 2, cap. 17.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 2, cap. 21, et alibi.—Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 2.

(27) No diré del Egipto, donde no obstante las señales que se advierten en sus monumentos, hay fuertes razones para dudarlo (Comp. Herodotus, Euterpe, sec. 45); pero ocurría frecuentemente entre los griegos como todo principiante lo sabe. En Roma eran tan comunes, que fué necesario prohibirlos por una ley expresa, menos de cien años antes de la era cristiana, cuya ley recuerda Plinio con muy merecidas alabanzas (Hist. nat., lib. 30, sec. 3 y 4). Sin embargo, pueden encontrarse algunos vestigios de esta práctica en un periodo muy posterior. Véase entre otros,

perio en menos de veinte mil, y algunos los hacen subir hasta cincuenta (28).

En las grandes solemnidades, como la coronacion de un rey, ó la consagracion de un templo, era mas espantoso el número. Al dedicarse el gran templo de Huitzilopotchli en 1486, se recogieron los prisioneros que se habian reservado por algunos años con este intento en todos los puntos de la capital, y se colocaron en filas, formando una procesion de cerca de dos millas de largo. Empleáronse varios dias en la ceremonia, y se asegura que setenta mil prisioneros perecieron en el altar de esta terrible deidad. ¿Pero quién puede creer que tantos hombres reunidos, hubieran sufrido sin resistencia ser llevados como ovejas á la muerte? ¿O cómo pudo disponerse de sus numerosos restos, excesivos sin duda, para ser consumidos de la manera ordinaria, sin producir una peste en la capital? Y sin embargo, este acontecimiento era reciente y con unanimidad lo atestiguan los historiadores mas instruidos (29). Un hecho sí puede considerarse cierto. Se acostumbraba conservar los cráneos de las víctimas en edificios destinados á este objeto, tanto que los compañeros de Cortés contaron en uno de ellos ciento treinta y seis mil (30). Sin querer inferir de

(28) Véase á Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 49.

El obispo Zumárraga, en una carta escrita pocos años despues de la conquista, asienta que veinte mil victimas se inmolaban anualmente en la capital: Torquemada las convierte en veinte mil niños, (Monarch. ind, lib. 7, cap. 21,) y Herrera, siguiendo á Acosta, dice que veinte mil víctimas se sacrificaban en todo el reino, en un dia señalado del año (Hist. general, déc. 2, lib. 2, cap. 16). Mas cauto Clavijero, infiere que este número podia sacrificarse anualmente en todo el Anáhuac (Ubi supra). Con todo, Las Casas en su respuesta á la asercion de Sepúlveda, de que ninguno de los que habian visitado el Nuevo-Mundo, daba un número menos que el de veinte mil, declara que „este es el cálculo de los malvados que desean encontrar una disculpa para sus atrocidades, y que el verdadero número no excedia de cincuenta.” (Euvres, ed. Llorente (Paris, 1822), tom. 1, pp. 365 y 386.) Probablemente la aritmética del buen obispo en este caso, así como en casi todos los otros, dimanó mas bien de su corazon que de su cabeza. Con tan vagos y contradictorios datos, es claro que cualquier número determinado, debe reputarse como una mera conjetura indigna del nombre de cálculo.

(29) No me excedo de los límites señalados por los autores que hablan de la materia. Torquemada calcula el número mas precisamente á 72.344 (Monarch. ind., lib. 2, cap. 63). Ixtlilxochitl, con igual precision á 80.400. (Hist. chich., MS.) ¿Quién sabe? Agrega el último que los prisioneros sacrificados en la capital en el transcurso de ese memorable año excedieron á 100.000 (lugar citado). Sin embargo, basta leer un poco para encontrar que la ciencia de los números, al menos cuando no habian sido testigos de vista, es todo, menos una ciencia exacta entre estos antiguos historiadores. El Codex Tel.-Remensis escrito unos cincuenta años despues de la conquista, reduce la suma á 20.000. (Antiq. of Mexico, tom. I, lám. 19, y tom. VI, p. 141, ing. not.) Aun esto con mucha dificultad lo apoya el intérprete español llamando al rey Ahuizotl „un hombre de templada y benigna condicion.” Ibid, tom. 5, p. 49.

(30) Gomara refiere el número, fundándose en la autoridad de dos soldados, cuyos nombres expresa, que se tomaron el trabajo de contar los horribles despojos en

esto un cálculo preciso, se puede asegurar sin temor de equivocarse, que anualmente se ofrecían millares de víctimas en los sanguinarios altares de las divinidades mejicanas, distribuidos en las diversas ciudades del Anáhuac (31).

El grande objeto de la guerra entre los aztecas, era el de reunir víctimas para sus sacrificios y extender su imperio. De aquí resultaba que el enemigo nunca era muerto en el campo si podía tomarse vivo, á cuya circunstancia debieron los españoles varias veces su preservacion. Preguntado Montezuma, „¿por qué habia sufrido que la república de Tlascala conservara su independenciam en los confines de su imperio?“ contestó que, „ella podia proporcionarle víctimas para sus dioses.“ Cuando aquellas comenzaban á faltar, los sacerdotes, que eran como los Dominicos del Nuevo-Mundo, las demandaban con instancia, y urgían á su supersticioso soberano con las amenazas de la ira celestial. Semejantes á los sacerdotes militantes del cristianismo en los siglos medios, se mezclaban en las filas de los guerreros, y se hacían notar en lo mas peligroso del combate por su horrible aspecto, y frenéticos gestos. Es muy singular que en todos los países se han encendido las mas innobles pasiones del corazón humano en nombre de la religion (32).

La influencia de estas costumbres sobre el carácter de los aztecas, fué tan desastrosa como debia esperarse. La familiaridad con los sangrientos ritos del sacrificio endureció su corazón, y alimentó una sed de sangre igual á la que excitaban en los romanos las representaciones del circo. La continua sucesion de ceremonias en las cuales tomaba parte el pueblo, asoció á la religion con sus ocupaciones mas domésticas, y esparció la obscuridad de la supersticion en el interior de las familias, hasta que el carácter de la nacion tomó el aspecto grave y melancólico que todavia se advierte en sus descendientes. La influencia del

uno de estos Gólgotas donde estaban colocados para producir el efecto mas espantoso. Todos los escritores de la época, atestiguan la existencia de estos conservatorios.

(31) El conquistador „anónimo“ asegura como un hecho sin disputa, que el demonio se introducía en los cuerpos de los ídolos, y persuadía á los necios sacerdotes de que solo se alimentaba con corazones humanos; lo que daba una solución satisfactoria á su mente respecto de la frecuencia de sacrificios en Méjico. Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III. p. 307.

(32) Los sacerdotes tezcucanos hubieran con mucho gusto persuadido al humano rey Nezahualcoyotl una vez que se experimentó peste, á aplacar á los dioses con el sacrificio de algunos de sus súbditos en lugar de sus enemigos, fundándose en que ellos no solo lo obtendrían mas fácilmente, sino que serían víctimas nuevas y mas agradables (Ixtililxochitl, Hist. chich., MS., cap. 41). Este escritor menciona un arreglo celebrado por los monarcas aliados con la república de Tlascala y sus confederados. Se señalaba un campo de batalla, en el cual las tropas de las naciones enemigas habían de combatir en cierto tiempo y de esta manera proveerse de víctimas para el sacrificio. La parte victoriosa no había de aprovecharse de sus ventajas para invadir el territorio de la otra, y en todo lo demás habían de continuar bajo un pie el mas amigable. (Ubi supra.) El historiador que sigue las huellas del cronista tezcucano, puede ha-

llar ocasion de escurrirse como Ariosto con

sacerdote llegó por consiguiente á no conocer límites. El mismo soberano se creía honrado con que se le permitiera tomar parte en el servicio del templo, y lejos de limitar la autoridad de los sacerdotes á los negocios espirituales, varias veces sujetaba su opinion á la de ellos, no obstante ser los menos aptos para aconsejarle. Fué su opinion la que impidió la capitulacion decisiva que habria salvado á la capital. Toda la nacion, desde el rústico campesino hasta el príncipe, doblegaba su cuello á la mas terrible especie de tiranía, la de un ciego fanatismo.

Reflexionando sobre las costumbres indicadas en las páginas precedentes, se halla dificultad en conciliar su existencia con cualquiera cosa semejante á una forma regular de gobierno, ó á un adelanto en la civilizacion; y sin embargo, los mejicanos por muchos títulos pueden considerarse como una nacion culta. Acaso podrá entenderse mejor esta anomalía, recordando la condicion de algunos de los mas ilustrados países de Europa en el siglo diez y seis, despues del establecimiento de la moderna Inquisicion, que anualmente destruía millares de hombres con una muerte mas penosa que la de los sacrificios aztecas: que armaba el brazo del hermano contra su propio hermano; y que poniendo su abrasador sello en los labios, retardaba la marcha de la civilizacion, mucho mas que otro cualquiera arbitrio inventado por la astucia del hombre.

Los sacrificios humanos, aunque crueles, nada tenían de degradantes para sus víctimas. Antes bien puede decirse que los ennoblecia consagrándolos á los dioses; y aunque tan terribles entre los aztecas, ellos mismos los abrazaban algunas veces voluntariamente como la muerte mas gloriosa, y la que abría un camino seguro para el Paraíso (33). Por otra parte, la Inquisicion cubría de infamia á sus víctimas en esta vida, y las consignaba á la eterna perdicion en la otra. Pero un detestable rasgo de la supersticion azteca, la hace mayor que la cristiana, el canibalismo, aunque realmente los mejicanos no eran caribes en toda la acepcion de la palabra, pues no comían carne humana solo por saciar su brutal apetito, sino por obedecer los preceptos de su religion. Servían en su mesa las víctimas cuya sangre habia corrido en el altar del sacrificio, distincion muy digna de notarse (34). Con todo, el canibalismo, bajo cualquiera forma, y sea cual fuere la sancion que se le dé, no puede menos de ejercer una fatal influencia en la nacion que lo permita. Él sugiere ideas tan detestables, tan degradantes al hombre y á su naturaleza espiritual é inmortal, que es impo-

(33) Rel. d'un gent. ap. Ramusio, tom. III. p. 307.

Entre otros muchos ejemplos se presenta el de Chimalpopoca, tercer rey de Méjico, que se sujetó con un número de sus nobles á esta muerte para limpiar la mancha de indignidad que le habia inferido otro monarca. (Torquemada, Monarch. ind., lib. 2, cap. 28). Esta era la ley del honor entre los aztecas.

(34) Voltaire, sin duda pretende esto, cuando dice, „Ils n'étaient point anthropophages, comme un très-petit nombre de peuplades Américaines.” No eran antropófagos como un número muy corto de los pueblos americanos (Essai sur les Mœurs,



Fray Bernardino de Sahagún

sible que el pueblo que lo practique pueda hacer grandes progresos tanto en la cultura moral como en la intelectual. Los mejicanos no ofrecen la excepcion de esta regla. Su civilizacion descendia de los toltecas, cuya raza nunca manchó sus altares, y mucho menos sus banquetes con la sangre de sus semejantes. Todo lo que merecia el nombre de ciencia en Méjico se derivaba de esta fuente; y las numerosas ruinas de edificios que se les atribuian y se encuentran todavia en algunas partes de la Nueva-España, manifiestan una decidida superioridad en su arquitectura, sobre las últimas razas del Anáhuac. Es cierto que los mejicanos hicieron grandes progresos en muchas de las artes sociales y mecánicas, en aquella cultura material, si así puedo llamarla, consecuencia natural de una opulencia creciente, que tiene relacion á los placeres de los sentidos; pero en los progresos puramente intelectuales, quedaron atrás de los tezcucanos, cuyos hábiles soberanos adoptaron con repugnancia los abominables ritos de sus vecinos, y los practicaron de una manera mucho mas moderada (35).

En este estado de cosas dispuso bondadosamente la Providencia entregar el pais á otra raza que la libertase de la brutal supersticion extendida mas y mas, al paso que se dilataba el poder del imperio (36). Las viciosas instituciones de los aztecas ofrecen la mejor apología para su conquista; y aunque es verdad que los conquistadores llevaron consigo la Inquisicion, tambien llevaron el cristianismo, cuyo benigno resplandor habia de lucir todavia, cuando las horribles llamas del fanatismo se hubiesen extinguido, disipando las negras formas de horror que habian cubierto tanto tiempo las hermosas regiones del Anáhuac.

(35) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 45, et alibi.

(36) No hay duda que la ferocidad de carácter producido por sus ritos sanguinarios facilitó mucho sus conquistas. Maquiavelo atribuye en parte, á una causa semejante, los triunfos militares de los romanos (Discorsi sopra T. Livio, lib. 2, cap. 2). El mismo capítulo contiene muchas reflexiones mucho mas ingeniosas que sin-ceras sobre las tendencias opuestas del cristianismo.

La autoridad mas importante, citada en el capítulo precedente, y siempre que se hace relacion á la religion azteca, es Bernardino de Sahagun, religioso franciscano contemporáneo de la conquista, cuya principal obra, la *Historia universal de la Nueva-España*, se ha impreso recientemente por la primera vez. Las circunstancias que concurrieron á la composicion de esta obra y el destino que le siguió, forman uno de los pasajes mas notables en la historia de la literatura. Nació Sahagun en España en un lugar de su mismo nombre. Se educó en Salamanca; y habiendo tomado el hábito de San Francisco, vino á Méjico como misionero el año de 1529, donde se distinguió por la pureza de sus costumbres, y por su celo y constantes esfuerzos para difundir las grandes verdades de la religion entre los nativos. Fué guardian de diversos conventos, hasta que dejó estos cargos para poderse dedicar exclusivamente á la predicacion, y á componer varias obras con el fin de ilustrar las antigüedades de los aztecas, para lo cual encontró mucha facilidad en el empleo que ocupaba de lector en el

colegio de Santa Cruz de la capital

Trabajó la Historia universal de una manera singular. Con el objeto de proporcionarle la mayor autoridad posible, pasó algunos años en un pueblo de Tezcucó, donde diariamente conferenciaba con algunos nativos respetables que hablaban el idioma castellano. Les proponía sus cuestiones: conferenciaban sobre ellas, y después las contestaban en su acostumbrado método de escribir por pinturas, las cuales se sometían á otros nativos que habían sido educados bajo su inspección en el mencionado colegio de Santa Cruz, quienes después de consultar entre sí, hacían por escrito una versión de los jeroglíficos al idioma mejicano. Esta misma operación la repetía en otro lugar diverso de México, y todo lo sujetaba á la revisión de una tercera reunión de nativos en otra distinta parte del país. Él después arregló todos los resultados acordados en una historia regular en la forma que ahora tiene, componiéndolo en el idioma mejicano, que podía escribir y hablar con más exactitud y elegancia que cualquier otro español de su época.

La obra presentó un acopio de noticias curiosas, y llamó mucho la atención de sus hermanos, pero temieron su influencia en conservar en los indígenas los recuerdos demasiado vivos todavía de las mismas supersticiones que era el grande objeto del clero cristiano desarraigar. Sahagún tenía miras más liberales que los de su Orden, cuyo ciego celo hubiera destruido gustosamente todos los monumentos del arte y del ingenio humano, que no hubieran sido producidos por influjo del cristianismo. Rehusaron darle la ayuda necesaria para copiar sus papeles, frutos del trabajo de tantos años, bajo el pretexto de que era un gasto exorbitante para su religión, lo cual ocasionó una dilación de muchos años. Sucedió peor todavía. Su prelado se posesionó de los manuscritos que ahora se hallan esparcidos en diferentes conventos del país.

En este estado de abandono, Sahagún hizo una breve relación de su obra: la dirigió á Madrid, y llegó á manos de D. Juan de Ovando, presidente del consejo de Indias, quien se interesó tanto en ella, que ordenó se volviese á su autor, suplicándole la tradujera inmediatamente al castellano. Así se hizo: se recobraron sus preciosos manuscritos, aunque no sin amenaza de las censuras eclesiásticas; y el octogenario autor comenzó la traducción del idioma mejicano en que los había escrito treinta años antes. Tuvo la satisfacción de completar su tarea, colocando la versión española en una columna paralela con el original, y añadiendo un vocabulario de los difíciles términos y frases aztecas, al mismo tiempo que el texto estaba corroborado con las numerosas pinturas en que se fundaba, en cuya forma, haciendo dos gruesos volúmenes en folio, fué enviada á Madrid. Parece que ya no había razón para posponer su publicación, de cuya importancia no podía dudarse; mas sin embargo, desde ese momento desapareció y nada se oyó de ella por más de dos siglos. Se hablaba solo como de una valiosa obra que había una vez existido, y que probablemente fué sepultada en alguno de los numerosos cementerios de literatura en que abunda España.

Por fin hacía la conclusión del siglo pasado, el infatigable Muñoz pudo desenterrar los manuscritos largo tiempo perdidos, del lugar que la tradición le había señalado, la librería del convento de Tolosa en Navarra, situada en la extremidad septentrional de España. Con su acostumbrado empeño, copió toda la obra con sus propias manos, y la agregó á la inestimable colección, cuyos sazonados frutos no estuvo destinado á recoger. De esta copia pudo procurarse Lord Kingsborough, la que publicó en 1830 en el sexto tomo de su magnífica compilación. En ella manifiesta una justa satisfacción por ser el primero que presentaba al mundo la obra de Sahagún, pero se equivocó en esa creencia. El año anterior apareció en México una edición de dicha obra en tres vo-

lúmenes en octavo, dispuesta por Bustamante, literato, á cuya actividad editorial está sumamente obligado su país, y tomada de una copia del manuscrito de Muñoz que habia llegado á su poder. Así pues, esta estimable obra que no habia conseguido los honores de la prensa durante la vida del autor, despues de haber estado sepultada en el olvido, apareció de nuevo y casi simultáneamente á la distancia de cerca de tres siglos, no en su país, sino en tierras extrañas, y entrambas muy remotas. El caso es extraordinario, pero desgraciadamente no tanto en España, como seria en cualquiera otra parte.

Sahagun dividió su historia en doce libros, de los cuales, once se ocupan de las instituciones sociales de Méjico, y el último de su conquista. Sobre la religion del país, es particularmente completa; pues el grande objeto fué dar una idea clara de su mitología y de su espantoso ritual. La religion se asociaba tan íntimamente con los negocios y usos mas privados de los aztecas, que la obra de Sahagun debe ser un libro textual para todo estudiante de las antigüedades de aquel país. Torquemada se aprovechó de una copia manuscrita que pudo haber á las manos antes de ser remitida á España para enriquecer sus páginas, circunstancia mas afortunada para sus lectores que para la reputacion de Sahagun, cuya obra, ahora que está publicada pierde mucho de la originalidad é interes que de otra manera habria tenido. Ella contiene una completa coleccion de las varias fórmulas de oraciones adecuadas á todas las necesidades posibles, tales como las usaban los mejicanos, y bajo este aspecto es inapreciable. Están aquellas muchas veces revestidas de un lenguaje magestuoso y bello, manifestando que los sublimes dogmas religiosos, son enteramente compatibles con las mas degradantes prácticas de la supersticion. Es muy de sentirse que no tengamos los diez y ocho himnos insertos en la obra, pues ellos ofrecerian un interes particular como la única muestra que se conserva de la poesía religiosa de los aztecas. Las pinturas geoglíficas que ilustran el texto, son tambien de extrañarse. Si hubieran escapado de las manos del fanatismo, podrian reaparecer algun dia de los venideros tiempos.

Sahagun dió á luz otras obras religiosas y filosóficas, algunas bastante voluminosas, pero no han sido impresas. Llegó á una edad muy avanzada, concluyendo su vida laboriosa y útil, en la capital de Méjico el año de 1590. Sus restos mortales fueron acompañados al sepulcro por un numeroso concurso de sus compatriotas y de los nativos que en su muerte lamentaban la pérdida del saber, de la piedad y de la benevolencia sin afectacion.

CAPITULO IV.

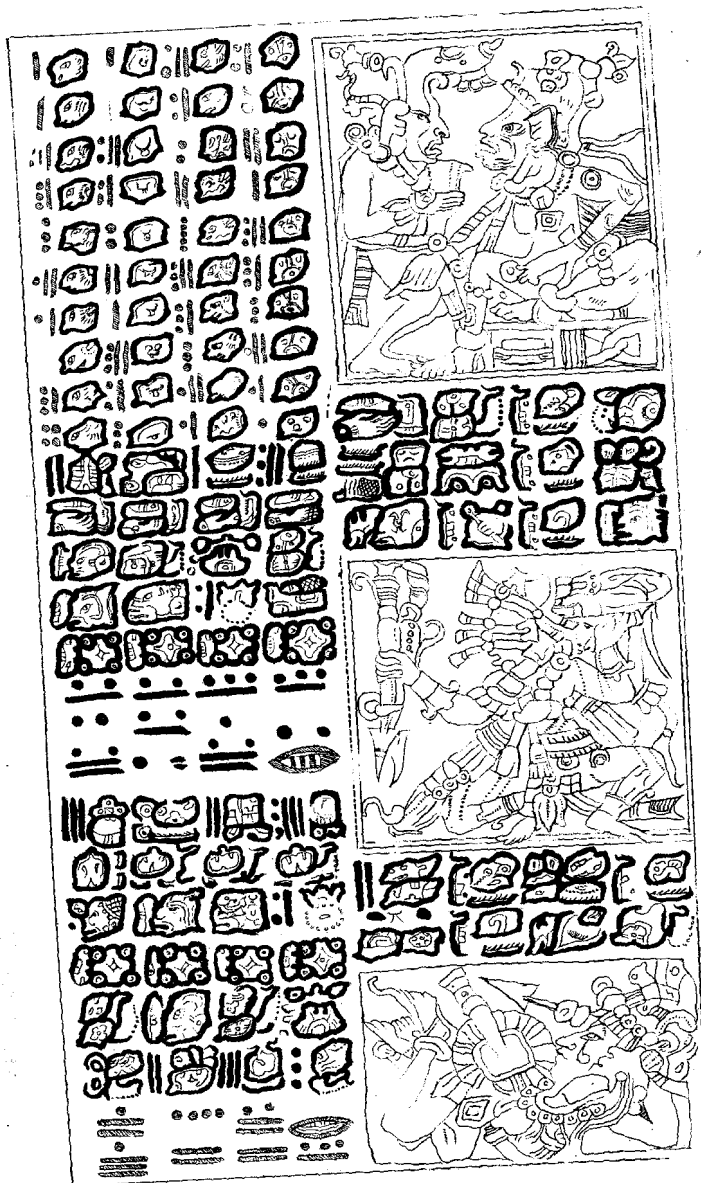
GEROGLÍFICOS MEJICANOS.—MANUSCRITOS.—ARITMETICA.—CRONOLOGÍA. —ASTRONOMÍA.

Es un consuelo pasar del melancólico cuadro trazado en las páginas del capítulo anterior, á otro extremo mas bello de la pintura, y contemplar á la misma nacion en su generoso empeño para salir del estado de barbarie, y tomar un grado positivo en la línea de la civilizacion. No es menos interesante considerar que ese esfuerzo se hacia en un teatro de accion enteramente nuevo, separado de las influencias que obran en el Antiguo Mundo, cuyos habitantes, formando una gran familia de naciones, están ligados con estrechas simpatías, lo que ocasiona que la mas ligera chispa de instruccion, encendida en una parte, se comunique gradualmente á las otras, hasta difundir una clara luz sobre las mas distantes. Es curioso observar al entendimiento humano en esta nueva posicion, conformándose á las mismas leyes que el antiguo continente, y tomando una direccion tan semejante en sus primeras investigaciones sobre la verdad, que si no autoriza la idea de la imitacion, por lo menos sugiere la de un origen comun.

En el hemisferio del oriente encontramos algunas naciones, como por ejemplo la de los griegos, tan inclinadas á lo bello, que involuntariamente lo mezclan, aun en las mas graves producciones de la ciencia, y al mismo tiempo otras, proponiéndose un objeto mas serio y exacto, al cual sacrifican la imaginacion y el arte. Las producciones de tal pueblo deben ser criticadas, no por las reglas ordinarias del gusto, sino por el modo de adaptarlas al fin peculiar que se propusieron. Tales fueron los egipcios en el Antiguo Mundo (1) y los mejicanos en el nuevo. Hemos tenido ya ocasion de notar la semejanza de ambos pueblos en su economía religiosa: mas nos sorprenderemos con la de sus conocimientos científicos, especialmente en la escritura gerooglífica y en la astronomía.

Describir acciones y acontecimientos, valiéndose de objetos visibles, parece ser una sugestion natural, y se practica bajo cierta forma por los mas rudos salvajes. El indio norte-americano esculpe una flecha en la corteza de los árboles para mostrar á sus compañeros la direccion de su marcha, y alguna otra señal

(1) „Un templo egipcio,” dice Denon, con asombro, „es un libro abierto en el cual están recopiladas las lecciones de la ciencia, de la moralidad y de las artes. Todo parece hablar el mismo idioma y respirar el mismo espíritu.” Este pasage está citado por Hearn, Hist. Res. vol. V. p. 178.



Manuscrito Azteca.

para indicar el buen suceso de sus expediciones. Pero pintar de una manera inteligible la serie consecutiva de estas acciones formando lo que Warburton llamó felizmente *escrito-pintura* (2), requiere una combinacion de ideas que equivale á un verdadero esfuerzo intelectual. Si el objeto del pintor, en lugar de limitarse á lo presente, es el de penetrar en lo pasado, y recoger de sus oscuros misterios lecciones de instruccion para las generaciones venideras, vemos entonces el origen de una cultura literaria, y hallamos pruebas de una decidida civilizacion en esa misma tentativa, sea cual fuere la imperfeccion con que se ejecute. La imitacion servil de los objetos, no corresponderia á este plan, mas complicado y extenso: ocuparia un tiempo y espacio demasiado largos. Se hace, pues, necesario acortar las pinturas, reducir el dibujo á contornos, ó á aquellas partes prominentes de los objetos delineados que puedan prontamente representar el todo. Esta es la escritura representativa ó figurada, la cual forma el ínfimo grado de la geroglífica.

Pero hay cosas que no tienen tipo en el mundo material: ideas abstractas que solo pueden representarse por objetos visibles que tengan alguna cualidad análoga á la idea que quiere expresarse. Esto constituye la escritura simbólica, la mas difícil de interpretar, puesto que, la analogía entre los objetos materiales y los que no lo son, es muchas veces puramente imaginaria ó local en su aplicacion. ¿Quién, por ejemplo, pudiera concebir la propiedad de un escarabajo para representar al universo como entre los egipcios, ó la de una serpiente para simbolizar el tiempo como entre los aztecas?

La tercera y última clase de escritura es la fonética, en la que se usa de signos para representar los sonidos y palabras enteras ó parte de ellas. Es hasta donde puede acercarse la serie geroglífica á la hermosa invencion del alfabeto, con la cual queda resuelto el idioma en sus sonidos elementales, y se adquiere el medio de expresar fácilmente y con exactitud las mas delicadas sombras del pensamiento.

Los egipcios eran muy instruidos en las tres clases de geroglíficos; pero aunque sus monumentos públicos ostentan los de la primera, es ya cierto que en su trato ordinario y en sus anales escritos, casi siempre ocurrían á los caracteres fonéticos. Es muy extraño que habiendo removido la ligera division que los separaba del alfabeto, no presenten sus últimos monumentos mas proximidad á él que los primeros (3). Los aztecas conocían tambien la gran diversidad de gero-

(2) Divine Legation, ap. Works, (Londres, 1811,) vol. IV, b. 4, sec. 4.

El obispo de Gloucester en su comparacion de los diversos sistemas geroglíficos del mundo, muestra su sagacidad y atrevimiento característico anunciando opiniones que merecian poco crédito entonces, aunque despues han sido recibidas. Afirma la existencia de un alfabeto egipcio; pero no estaba advertido del gran descubrimiento literario de nuestro siglo, la propiedad fonética de los geroglíficos.

(3) Es visto que los geroglíficos de los mas recientes monumentos de Egipto, no contienen mayor profusion de caracteres fonéticos que los que existieron diez y ocho siglos antes de Cristo, sin presentar ademas algunos otros bajo este aspecto.

glíficos; pero confiaban en los figurativos infinitamente mas que en los otros. Los egipcios tocaron el último escalon; los aztecas no pasaron del primero.

Al examinar los manuscritos mejicanos, ó mapas segun se les llama, sorprenden las groseras caricaturas que presentan de la figura humana. Monstruosas y desmesuradas cabezas sobre pequeños y deformes cuerpos, de difíciles y angulares contornos, y sin la menor habilidad en su composicion, son los objetos que ofrecen á la vista. Sin embargo, examinándolos con detencion, luego se advierte, no tanto una ruda tentativa para dibujar la naturaleza, cuanto un símbolo convencional para expresar las ideas de la manera mas clara y enérgica; del mismo modo que las piezas de igual valor de un ajedrez, al paso que corresponden las unas á las otras en su forma, tienen por lo comun poca semejanza con los objetos que representan. Las partes principales de las figuras están dibujadas mas distintamente; y el colorido en lugar de los delicados matices de la naturaleza, solo presenta aquellos ostentosos y violentos contrastes que puedan producir la mas viva impresion; „pues aun los colores,” como observa Gama, „hablan en los geroglíficos aztecas.” (4)

Pero en la ejecucion de estas obras fueron los mejicanos muy inferiores á los egipcios. Los dibujos de estos eran excesivamente defectuosos examinándolos segun las reglas del arte: estaban tan ignorantes de la perspectiva como los chinos, y solamente presentaban la cabeza en perfil y el ojo en el centro con total falta de expresion; pero manejaban el pincel con mas gracia que los aztecas, eran mas verdaderos en las formas naturales de los objetos, y sobre todo, mostraban mucha superioridad en abreviar las figuras originales dando solo el contorno ó algun rasgo característico ó esencial. Esto simplificaba el trabajo, y facilitaba la expresion del pensamiento: un texto egipcio casi tiene la apariencia de una escritura alfabética en sus líneas regulares de pequeñas figuras: el mejicano comunmente parece una coleccion de pinturas, cada una de las cuales puede ser el objeto de un estudio separado. Esto es precisamente lo que sucede con los dibujos mitológicos, en los que se refieren los pasages por medio de una aglomeracion de símbolos, que pueden mas bien recordar los misteriosos anaglifos esculpidos en los templos de los egipcios, que sus anales escritos.

Los aztecas se valian de varios emblemas para expresar aquellas cosas que por su naturaleza no podia representar el pintor; como por ejemplo, los años, meses y días, las estaciones, los elementos, los cielos y otras cosas semejantes. Una „lengua” denotaba el habla: la „huella del pié,” un viaje: un „hom-

te y dos años (Véase á Champollion, Précis du Système Hiéroglyphique des Anciens Égyptiens, (Paris, 1824,) pp. 242 y 281). Puede parecer muy extraño que el alfabeto regional mucho mas cómodo, no se hubiera sustituido; pero los egipcios se habian familiarizado desde su infancia con los geroglíficos, que ademas se acomodaban al gusto de los ignorantes, probablemente de la misma manera que el de nuestros niños se satisface, al mismo tiempo que aprenden con los alfabetos pintados en una cartilla comun.

(4) Descripcion histórica y cronológica de las dos piedras, (México, 1832,) part.

2, p. 39.

bre sentado en el suelo," un terremoto. Estos símbolos eran muchas veces arbitrarios, variando con el capricho del escritor; y se requería un buen discernimiento para interpretarlos, pues el mas ligero cambio en la forma ó posicion de la figura, importaba muy diferente significado (5). Ciertamente ingenioso escritor asienta que los sacerdotes inventaron secretos caracteres simbólicos, para los anales de sus misterios religiosos. Es muy posible que así fuera; pero de las investigaciones de Champollion, se deduce que esa opinion, tenida antiguamente respecto de los geroglíficos egipcios, carece de fundamento (6).

Ultimamente, empleaban, como se ha dicho arriba, signos fonéticos, aunque estos estaban principalmente consignados á los nombres de personas y lugares, los cuales, derivándose de alguna circunstancia característica, eran muy á propósito para el sistema geroglífico. Así, la ciudad *Cimatlan*, se componia de *ci-matl*, una raíz que crece cerca de aquel lugar; y *tlan*, que significa „cerca." *Tlaxcallan*, quiere decir „lugar de pan," á causa de sus ricos sembrados de maiz; *Hue-xotzinco*, „un lugar rodeado de sauces." Los nombres de personas eran muchas veces significativos de sus aventuras y proezas. El del gran príncipe tezcucano *Nezahualcoyotl*, significaba „zorra hambrienta," indicando su sagacidad, y las desgracias que habia experimentado en los primeros años de su vida (7). Luego que los mejicanos veían los emblemas de tales nombres, conocían la persona y lugar que querían expresar; y cuando estaban pintados en sus adargas ó bordados en sus pendones, venían á ser el escudo de armas que llevaban las ciudades y gefes para distinguirse, como se hacia en Europa en los siglos de la caballería (8).

Pero aunque los aztecas estaban instruidos en todas las diversas clases de la

(5) Ibid, pp. 32 y 44.—Acosta, lib. 6, cap. 7.

La continuacion de la obra de Gama, publicada recientemente por Bustamante, contiene entre otras cosas algunas observaciones interesantes sobre los geroglíficos aztecas. El editor ha prestado un buen servicio con esta publicacion ulterior de los escritos de aquel apreciable literato que ha trabajado mas que otro alguno de sus compatriotas en explicar los misterios de la ciencia azteca.

(6) Gama, Descripcion, part. 2, p. 32.

Warburton, con su acostumbrada penetracion desecha la idea del misterio en los geroglíficos figurados. (Divine Legation, b. 4, sec. 4). Si habia alguno reservado para los iniciados, Champollion piensa que podia haber sido el de los anaglifos. (Précis, p. 360.) ¿Por qué no puede decirse lo mismo de las monstruosas combinaciones simbólicas que representan á las deidades mejicanas?

(7) Boturini, Idea, pp. 77-83.—Gama, Descripcion, part. 2, pp. 34-43.

Heeren no sabe ó no concede que los mejicanos usaran caracteres fonéticos de ninguna clase. (Hist., Res., vol. V, p. 45.) Ellos en verdad trastornaron el órden comun de las cosas, y lejos de adaptar el geroglífico al nombre del objeto, antes por el contrario, acomodaron el nombre de este al geroglífico; lo que por supuesto no podia admitir una grande extensión. Hállanse sin embargo, caracteres fonéticos, aplicados en algunos casos, tanto á nombres comunes, como á propios.

(8) Boturini, Idea, ubi supra.

pintura geroglífica, principalmente recurrían al torpe método de la representación directa. Si su imperio hubiera subsistido algunos miles de años, como el de los egipcios, en lugar del breve espacio de doscientos, habrían adoptado como estos, el uso frecuente de la escritura fonética; pero antes de que pudieran conocer la capacidad de su sistema, la conquista española, introduciendo el alfabeto europeo, proporcionó á sus hombres de letras una invención mas perfecta para expresar sus pensamientos, que pronto sustituyó á los antiguos caracteres (9).

Sin embargo, tosca como era la *escrito-pintura* de los aztecas, parece haber sido adecuada á las exigencias de la nación en su estado imperfecto de cultura. Por su medio se recopilaban todas las leyes y aun los reglamentos sobre la economía doméstica: la usaban en sus mapas de tributos que especificaban los impuestos de las varias ciudades, en su mitología, en sus calendarios y rituales; y en sus anales políticos, retrocediendo hasta un largo periodo antes de la fundación de la ciudad. Ordenaron un sistema completo de cronología, y podían señalar con exactitud las fechas de los mas importantes acontecimientos de su historia, inscribiéndose el año en el márgen opuesto á la circunstancia particular que se refería. Es cierto que la historia escrita de esta manera, necesariamente debía ser vaga é incompleta. Muy pocos incidentes principales podían representarse; pero en esto no difería mucho de las crónicas monásticas de los oscuros siglos, que por lo comun hablan de años enteros en breves sentencias, bastante largas para los anales del hombre salvaje (10).

A fin de apreciar justamente la *escrito-pintura* de los aztecas, debe considerarse su conexión con las tradiciones orales de que era auxiliar. En los colegios de los sacerdotes aprendía la juventud la astronomía, la historia, la mitología &c.; y á los que iban á seguir la profesión de la pintura geroglífica, se les enseñaba la aplicación de los caracteres propios de cada uno de sus ramos.

Al desempeñar las obras históricas, uno se encargaba de la cronología y otro de los acontecimientos, de manera que, cada parte del trabajo estaba así distribuida mecánicamente (11). Los estudiantes instruidos en todos los descubrimientos hechos hasta entonces en sus diversos ramos, quedaban aptos para ex-

(9) Clavijero trae un catálogo de los historiadores mejicanos del siglo diez y seis, de los cuales cita algunos frecuentemente en su historia, lo que da un honroso testimonio del ardor literario é inteligencia de las razas indígenas. Stor. del Messico, tom. 1, pref.—Tambien Gama, Descripción, part. 1, passim.

(10) La observación del barón de Humboldt, de que los anales aztecas desde fines del siglo once, „presentan el mayor método y una admirable minuciosidad” (Vues des cordillères, p. 137), debe admitirse con alguna limitación. Según aquella, difícilmente podrá entender el lector, que raras veces hay mas de uno ó dos hechos anotados en cada año, y algunas ocasiones ninguno, en una docena ó mas. La necesaria irregularidad é incertidumbre de estos anales históricos, se ha hecho manifiesta por las observaciones del intérprete español del código de Mendoza, el cual dice, que los nativos á quienes fué sometido, dilataron mucho en ponerse de acuerdo sobre la significación propia de las pinturas. Antiq. of Mexico, vol. VI, p. 87.

(11) Gama, Descripción, part. 2, p. 30.—Acosta, lib. 6, cap. 7.

tender mas y mas los límites de su imperfecta ciencia. Los geroglíficos servian como de una especie de taquigrafia, proporcionando una coleccion de notas que indicaba á los iniciados mucho mas de lo que pudiera trasmitirse por la interpretacion literal. Esta combinacion de lo escrito y lo oral, comprendia lo que puede llamarse literatura de los aztecas (12).

Hacian sus manuscritos en diferentes materiales: como telas de algodón, pieles primorosamente preparadas, y una composicion de seda y goma; pero la mayor parte en una hermosa manufactura de hojas de aloe (agave americana) llamado por los nativos maguey que crece abundantemente en las mesas de las montañas de México. De él se hacia una clase de papel algo semejante al *papyrus* de los egipcios (13), el que, segun se dice, cuando estaba bien aderezado y pulimentado, era mas suave y hermoso que el pergamino. Algunas de las nuestras, existentes todavia, conservan su frescura original, y las pinturas ejecutadas en ellas retienen su brillantez de colores. Unas veces estaban estos manuscritos arrollados; pero mas frecuentemente en volúmenes de un tamaño moderado, y el papel se recogia como un biombo, teniendo una hoja ó tableta de madera en cada extremidad, de suerte, que cuando estaban cerrados tenian la apariencia de libros. El largo de las tiras se determinaba solo por la comodidad. Como podian leerse las páginas y hacerse referencia á ellas separadamente, esta forma tenia notorias ventajas sobre los rollos de los antiguos (14).

„Tenian para cada género,” dice Ixtlilxochitl, „sus escritores; unos que trataban de los anales, poniendo por su órden las cosas que acaecian en cada un año, con dia, mes y hora: otros tenian á su cargo las genealogías y descendencia de los reyes, señores y personas de linage, asentando por cuenta y razon los que nacian, y borraban los que morian con la misma cuenta. Unos tenian cuidado de las pinturas, de los términos, límites y mojoneras de las ciudades, provincias, pueblos y lugares, y de las suertes y repartimiento de las tierras, cuyas eran, y á quien pertenecian: otros, de los libros de leyes, ritos y ceremonias que usaban.” Hist. chich., MS., Prólogo.

(12) Segun Boturini, los antiguos mejicanos conocian el método peruano de notar los acontecimientos por medio del *quippus*, hilos anudados de varios colores, los cuales fueron despues sustituidos por la pintura geroglífica (Idea, p. 86). Con todo, una sola muestra pudo descubrirse, encontrada en Tlascala, que casi estaba hecha pedazos por el tiempo. McCulloh infiere que podia haber sido una correa con conchas, de las que llevaban comunmente los indios norte-americanos. (Researches, p. 201.) La conjetura es bastante probable; pues estos usaban correas de varios colores para el objeto semejante de reducir á anales sus acontecimientos. El hecho aislado que refiere Boturini, no es suficiente, ni está fundado segun sé en algun otro testimonio para establecer la existencia del *quippus* entre los aztecas que poco tenian de comun con los peruanos.

(13) Plinio, quien da una minuciosa relacion de la caña *papyrus* de Egipto, refiere las varias manufacturas que se hacian de él, como cuerdas, tejidos, papel, &c. Tambien servia de techo para las azoteas de las casas, y de alimento y bebida á los nativos. (Hist. nat., lib. 11, cap. 20-22.) Es muy singular que el *agave americana*, planta tan enteramente diversa, se hubiera aplicado tambien á todos aquellos usos.

(14) Lorenzana, Hist. de Nueva-España, p. 8.—Boturini, Idea, p. 96.—Humboldt,

Al tiempo de la llegada de los españoles, gran número de estos manuscritos se atesoró en el país. Muchas personas se empleaban en la pintura, y la destreza de sus operaciones excitaba la admiración de los conquistadores. Desgraciadamente estaba esta mezclada con otros sentimientos innobles. Los caracteres extraños y desconocidos, inscriptos en aquellos, excitaban sospecha. Eran vistos como escrituras mágicas y á la misma luz que los ídolos y templos, como los símbolos de una superstición pestilente que debía extirparse. El primer arzobispo de Méjico D. Juan de Zumárraga, cuyo nombre será tan inmortal como el de Omar, reunió las pinturas de todos los lugares, especialmente de Tezcuco, la capital mas culta del Anáhuac, y el gran depósito de los archivos nacionales; mandó apilarlas haciendo un monte, segun lo llaman los mismos escritores españoles, en la plaza del mercado de Tlatelolco y luego fueron reducidas á cenizas (15). Su mas célebre compatriota el arzobispo Jimenez habia celebrado un auto de fe semejante con los manuscritos árabes en Granada unos veinte años antes. Jamas habia conseguido el fanatismo un triunfo mas señalado que el de la destruccion de tantos documentos curiosos del ingenio é instruccion humana (16). (a)

La soldadesca ignorante no fué muy tardía en imitar el ejemplo de su prelado. Todo mapa ó volúmen que caia en sus manos era prontamente destruido. Así fué que cuando los literatos de los siglos posteriores y mas ilustrados procura-

boldt, Vues des cordillères, p. 52.—Peter Martyr de Anglerius, Orbe novo (Compluti, 1530,) déc. 3, cap. 8; déc. 5, cap. 10.

Martyr ha dado una minuciosa descripción de los mapas de los indios enviados á su país poco despues de la invasion de Nueva-España. Su investigador entendimiento se sorprendió con la prueba que ofrecian de una civilización positiva. Rivera, el amigo de Cortés, refiere que las pinturas servian de modelos á los bordadores y joyeros; pero Martyr habia estado en Egipto, y vaciló poco en colocar los dibujos indios en la misma clase que los que habia visto en los obeliscos y templos de aquel país.

(15) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., Prólogo.—Idem, Sum. relac., MS.

No están de acuerdo los escritores en si la conflagración tuvo lugar en la plaza de Tlatelolco ó Tezcuco. Comp. Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 188, y Pref. de Bustamante á Ixtlilxochitl, Cruautés des Conquérens, trad. de Ternaux, p. XVII.

(16) Me ha tocado la suerte de referir estas dos pruebas de la debilidad humana, tan humillantes al orgullo del entendimiento. Véase the History of Ferdinand and Isabella, part. 2, chap. 6.

(a) El nombre del Sr. Zumárraga, será inmortal por otros títulos bien diversos que por los que aquí le da el Sr. Prescott, pues lo harán tal, el celo ardiente con que defendió á los indios y los muchos bienes que les hizo, así como sus virtudes y trabajos apostólicos. El fanático Omar, segun se refiere, dijo al mandar quemar la biblioteca de Alejandria: „Si estos libros dicen lo mismo que el Koran, son inútiles, y si dicen lo contrario, son perjudiciales.” El Sr. Zumárraga, creyó por falta de instruccion, que todos los manuscritos geroglíficos eran relativos á la idolatría de los indios; y la pérdida que la historia sufrió por la destruccion de estos manuscritos que los misioneros hicieron, quedó en gran manera reparada con las obras de los mismos misioneros.

ron con diligencia recobrar algunos de esos recuerdos de civilizacion, casi todos habian perecido, y los pocos que existian los ocultaban con desconfianza los nativos (17). Sin embargo, merced á los infatigables trabajos de un individuo particular, logró depositarse una coleccion bastante considerable en los archivos de Méjico; pero se apreció tan poco, que unos documentos fueron robados, otros hechos pedazos por la humedad y el fuego, y no pocos usados como papel inservible (18).

Leense con indignacion las crueldades ejecutadas por los primeros conquistadores, pero este sentimiento se convierte en desprecio cuando se les ve extinguiendo bárbaramente las chispas del saber, legado comun y propiedad de todo el género humano. Bien puede dudarse si tienen títulos mas poderosos á la civilizacion, los vencedores que los vencidos.

Unos pocos manuscritos mejicanos han, de tiempo en tiempo, abiértose el camino para Europa, y se han conservado cuidadosamente en las librerías públicas de sus capitales. Todos están recopilados en la magnífica obra de Lord Kingsborough, siendo de notar que ninguno se tomase de España. Mas importante que los otros, por la luz que refleja sobre las instituciones aztecas, es el códice de Mendoza, el cual, despues de una misteriosa desaparicion de mas de un siglo, al fin ha vuelto á encontrarse en la librería Bodleyana en Oxford, y se han sacado de él varios grabados (19). El mas brillante en colorido es probablemente

(17) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 10, cap. 27.—Bustamante, Mañanas de la alameda (Méjico, 1836), tom. II, Prólogo.

(18) El ilustrado gobernador D. Lorenzo Zavala, vendió, segun Bustamante, los documentos del archivo de la audiencia de Méjico, como papel viejo á los boticarios, tenderos y coheteros. La selecta coleccion de Boturini, no tuvo mejor destino.

(19) La historia de esta famosa coleccion es conocida por los literatos. Fué enviada al emperador Carlos V, no mucho tiempo despues de la conquista por el virey Mendoza, marques de Mondejar. El buque en que iba, cayó en manos de un corsario frances y el manuscrito fué llevado á Paris. Despues lo compró el capellan de la embajada inglesa, y habiendo llegado á poder del anticuario Purchas, sacó de él un grabado *in extenso*, que acompañó al tercer tomo de su „Pilgrimage.” (Peregrinacion.) Hecha su publicacion, en 1625, el original azteca perdió su importancia y cayó en un olvido tan completo, que cuando por fin se excitó la curiosidad publica con respecto á su paradero, ninguna señal de él pudo descubrirse. Muchas fueron las conjeturas de los literatos, tanto en España como fuera de ella, y el Dr. Robertson decidió la cuestion en cuanto á su existencia en Inglaterra, declarando que no habia mas reliquia mejicana en este pais, que una copa de oro de Montezuma. (Hist. of America, (Londres, 1796) tom. III, p. 370.) Con todo, este mismo códice, y otras varias pinturas mejicanas, se han descubierto despues en la librería Bodleyana, cuya circunstancia ha atraído alguna murmuracion sobre el historiador, pues mientras examinaba las colecciones de Viena y el Escorial, fué tan ciego con las que estaban á su vista. Este yerro no parecerá tan extraordinario en un colector general de manuscritos, medallas, u otras raras antigüedades. Despues de todo, el códice de Mendoza, no

es sino una copia toscamente hecha con pluma en papel europeo. Otra de la cual, en

el de la coleccion de Borgia en Roma (20); pero el mas curioso es el código de Dresde que ha excitado menos atencion de la que merece. Aunque por lo comun se ha clasificado entre los manuscritos mejicanos, tiene poca semejanza con ellos en su ejecucion. Las figuras de los objetos están dibujadas con mayor delicadeza, y los caracteres, distintos de los mejicanos, parecen ser puramente arbitrarios, y es muy posible que sean fonéticos (21). El orden con que están arreglados es enteramente igual al de los egipcios, todo lo que arguye una civilizacion mayor que la de los aztecas, y ofrece un campo abundante para curiosas investigaciones (22).

zobispo Lorenzana sacó el grabado de sus mapas de tributos, existia en la coleccion de Boturini, y una tercera está en el Escorial, segun el marques de Spineto (*Lectures on the Elements of Hieroglyphics* (Lóndres), lec. 7), que puede ser muy bien la pintura original. Todo el código copiado de los mapas bodleyanos con sus interpretaciones españolas é inglesas, se halla incluido en la famosa compilacion de Lord Kingsborough. (Toms. I, V y VI). Está dividida en tres partes, que abrazan la historia civil de la nacion, los tributos pagados por las ciudades, y la economía y disciplina doméstica de los mejicanos. Por la plenitud de la interpretacion, es de mucha importancia con respecto á estos diversos objetos.

(20) Pertenecia antiguamente á la familia Giustiniani, pero fué tan poco cuidada, que se le dejó caer en las perjudiciales manos de los niños de la familia, que hicieron varias tentativas para quemarla. Afortunadamente estaba pintada en una piel de venado; por cuyo motivo aunque algo chamuscada, no fué del todo destruida (Humboldt, *Vues des cordillères*, p. 89 y sig.). Es imposible inclinar la vista sobre este brillante conjunto de formas y colores, sin conocer cuán inútil debe ser la tentativa de recobrar la clave de los símbolos mitológicos de los aztecas, que están ciertamente distribuidos con simetría; pero con todas las interminables combinaciones del caleidescopio. Se halla en el tercer tomo de la obra de Lord Kinsborough.

(21) Humboldt que ha copiado algunas páginas de él en su "Atlas Pittoresque," da á entender que no hay duda sobre su origen azteca (*Vues des cordillères*, pp. 266 y 267). M. Le Noir encuentra en él una exposicion de la mitología mejicana, y algunas analogías con la de Egipto y el Indostan (*Antiquités mexicaines*, tom. II, introd.). Las formas fantásticas de los símbolos geroglíficos, casi pueden ofrecer analogías para cualquiera cosa.

(22) La historia de este código grabado íntegramente en el tercer tomo de las antigüedades de Méjico, no va mas lejos que al año de 1739, en cuya época fué comprada en Viena para la librería de Dresde. Está hecho de *agave americana*, pero las figuras pintadas en él tienen poca semejanza, tanto en las facciones como en la forma, con las mejicanas. Véseles en la cabeza una clase de adorno algo parecido á una peluca moderna: en la barba de una de ellas, se nota un signo usado varias veces despues de la conquista, para expresar un europeo; y muchas de las personas están sentadas con las piernas cruzadas. El perfil de las caras y todos los contornos de los miembros, están ejecutados con una franqueza y libertad muy desemejantes á los duros y angulares delineamientos de los aztecas. Tambien los caracteres están trazados en lo general con mucha delicadeza en forma de líneas rectas, como los egipcios, horizontal y perpendicularmente, los

Algunos de estos mapas, aunque pocos, están acompañados de interpretaciones dadas por los nativos despues de la conquista (23); mas la mayor parte está sin ellas, y no pueden ahora explicarse. Si los mejicanos hubieran hecho un uso libre del alfabeto fonético, podia haber sido fácil al principio, conociendo los pocos signos, comparativamente hablando, empleados en esta clase de comunicacion, haber adquirido la clave permanente del todo (24). Una breve inscripcion ha proporcionado el hilo para seguir el vasto laberinto de los geroglíficos egipcios; pero los caracteres aztecas representando individuos, ó á lo mas especies, necesitan ser explicados con separacion: desesperada empresa para la cual escasa ayuda puede proporcionar el tenor vago y general de las pocas interpretaciones que hoy se conservan. Habia, como he dicho, en la universidad de Méjico hasta fines del siglo pasado, un profesor dedicado exclusivamente al estudio de la *escrito-pintura* nacional; mas como esta medida tenia por objeto los procedimientos legales, su ciencia probablemente se limitaba á descifrar títulos. En menos de cien años despues de la conquista, habia decaido tanto el conocimiento de los geroglíficos, que un diligente escritor tezcucano, se queja de que solo pudo encontrar en el pais dos personas, muy ancianas, bastante competentes para interpretarlos (25).

mas del primer modo, y por la direccion dominante de los perfiles, parece que se leian de derecha á izquierda. Bien sean fonéticos ó ideográficos, son de aquella clase compendiosa y puramente convencional, que pertenece á un sistema bien combinado para la comunicacion del pensamiento. No puede menos de sentirse que no haya noticia del lugar donde se obtuvo este MS.; tal vez de alguna parte de la América del centro, pais de las misteriosas razas que edificaron los monumentos de Mitla y el Palenque, aunque en verdad, apenas tienen los símbolos mayor semejanza con los bajos relieves del Palenque, que con las pinturas aztecas.

(23) Hay tres de estos. El códice de Mendoza, el Telleriano-Remensis, antiguamente propiedad del arzobispo Tellier, en la librería real de Paris, y el Vaticano MS., número 3738. La interpretacion del último tiene señales evidentes de su origen reciente, probablemente no mas remoto que la conclusion del siglo diez y seis, ó el principio del diez y siete, cuando los geroglíficos antiguos se leian con los ojos de la fe, mas bien que con los de la razon. Sea quien fuere el comentador (Comp., Vues des cordillères, pp. 203 y 204, y Antiq. of Mexico, vol. VI, pp. 155 y 222), ha dado tal explicacion, que muestra que los antiguos aztecas eran cristianos tan ortodoxos como cualquiera súbdito del papa.

(24) El número total de geroglíficos egipcios, descubiertos por Champollion, asciende á 864, y de estos solo 130 son fonéticos, sin embargo de que esta clase de caracteres, es mucho mas usada que las otras dos. Précis, p. 263:—tambien Spineto, Lectures, lec. 3.

(25) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., Dedic.

Boturini, que viajó por todo el pais, á mediados del siglo pasado, no pudo encontrar un individuo que le proporcionara la menor guia para los geroglíficos aztecas. ¡Tan completamente se habia borrado de la memoria de los nativos todo vestigio de su antiguo idioma! (Idea, p. 116). Con todo, si hemos de creer á Bustamante, hay en este momento en cierta parte de España, una completa clave para todo el sistema, (HJM2004-00721)

No es probable por lo mismo que el arte de leer estas *escrito-pinturas* se recobre alguna vez, circunstancia que ciertamente es de sentirse, no porque los anales de un pueblo medio civilizado contuvieran alguna verdad nueva ó un descubrimiento importante para la comodidad ó progreso humano, sino porque apenas podían dejar de difundir una luz adicional sobre la historia anterior de la nacion, y sobre la del pueblo mas culto que antes ocupó el país. Esto seria mucho mas probable si se conservaban algunas reliquias literarias; y si lo que se dice es cierto, habia una coleccion importante de ellas al tiempo de la invasion, que acaso contribuyó á aumentar el holocausto de Zumárraga (26). No es un gran delirio de la imaginacion suponer que esos anales podían manifestar los eslabones sucesivos de la fuerte cadena de la emigracion de las primitivas razas, y que haciéndonos retroceder al lugar que habitaron en el Antiguo Mundo, aclararan el misterio que tanto tiempo ha tenido perplejos á los literatos con respecto al establecimiento y civilizacion del Nuevo.

Ademas de los mapas geroglíficos, las tradiciones del país estaban consignadas en los cantos é himnos, que como ya se ha dicho, se enseñaban con esmero en las escuelas públicas, y eran varios, abrazando las leyendas fabulosas de los tiempos heroicos, las proezas de los guerreros de la época, y los mas tiernos romances de amor y placer (27). Muchos de ellos eran compuestos por literatos ó personas de rango, y se citan como los que proporcionan las noticias mas auténticas de los acontecimientos (28.) El dialecto mejicano era rico y espresivo, aunque inferior al tezcucano, el mas pulcro de los idiomas del Anáhuac. Ninguna composicion de los aztecas se conserva; pero puede formarse alguna idea del estado general de su cultura poética por las odas de la real casa de Tezcucó

vada en tiempo del proceso instruido contra el padre Mier, en 1795. El nombre del Champollion mejicano que lo descubrió, es Borunda. Gama, Descripcion, tom. II, p. 33, nota.

(26) *Teoamoxtli*, „el divino libro.” Segun Ixtlilxochitl fué compuesto por un doctor tezcucano, llamado Huëmatzin, hácia fines del siglo sétimo. (Relaciones, MS.) Contenia una relacion de las emigraciones de su nacion de la Asia, de sus varias detenciones en el viaje, de sus instituciones sociales y religiosas, su ciencia, artes, &c. &c., demasiado para un libro. *Ignotum pro magnifico*. Ningun europeo lo ha visto; pero se dice que una copia estaba en poder de los historiadores tezcucanos cuando la toma de su capital (Bustamante, Crónica mejicana, (Méjico, 1822), carta 3). Lord Kingsborough, que puede acertar con una raiz hebrea, por mas profundamente que esté enterrada, ha descubierto que el *Teoamoxtli* era el Pentateuco, de suerte, que *teo* significa „divino,” *amotl* „papel” ó „libro,” y *moxtli*, parece ser Moisés „libro divino de Moises.” Antiq. of Mexico, vol. VI, p. 204, nota.

(27) Boturini, Idea, pp. 90-97.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, pp. 174-178.

(28) „Los cantos con que las observaban autores muy graves en su modo de ciencia y facultad, pues fueron los mismos reyes, y de la gente mas ilustre y entendida, que siempre observaron y adquirieron la verdad, y esta con tanta razon, cuanta pudieron tener los mas graves y fidedignos autores.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS.,

que han llegado á nuestros dias (29). Sahagun ha proporcionado traducciones de la prosa mas esmerada, consistiendo en plegarias y discursos públicos que dan una idea favorable de la elocuencia que poseian, y muestran que prestaban mucha atencion al encanto de la retórica. Se dice que tambien tenian una especie de exhibiciones teatrales pantomímicas, en las cuales se cubrian el rostro los actores con una máscara, y frecuentemente representaban la figura de aves ó animales, á cuya imitacion puede haberlos conducido la familiar manifestacion de tales objetos en sus geroglíficos (30). En todo esto se reconoce el principio de una cultura literaria, sobrepujada sin embargo por su buen suceso en el camino mas difícil de la ciencia de las matemáticas.

Idearon un sistema de notas para su aritmética sumamente simple. Los primeros veinte números se expresaban con otros tantos pequeños puntos: los cinco primeros tenian nombres especiales; y los siguientes se expresaban combinando el quinto con uno de los cuatro precedentes, como cinco y uno para seis, cinco y dos para siete, y así sucesivamente. El número diez y el quince tenian cada uno nombre separado, que tambien se combinaba con los cuatro primeros para denotar una cantidad mayor. Estos cuatro eran por lo mismo los caracteres radicales de su aritmética oral, de la propia manera que lo eran de la escrita entre los antiguos romanos, arreglo probablemente mas simple que otro cualquiera de los que hay en Europa (31). El número veinte se expresaba con un geroglífico determinado, una bandera: las grandes sumas se contaban por veintenas, y en la escritura repitiendo aquella señal. El cuadrado de veinte (cuatrocientos), tenía un signo particular, el de una pluma; y lo mismo el cubo de veinte (ocho mil), que se denotaba por una bolsa ó saco. Para la mayor brevedad dibujaban una sola parte del objeto cuando querian denotar fracciones de una suma mayor; de manera, que la mitad ó las tres cuartas partes de una pluma ó de una bolsa, representaban esa misma porción de sus respectivas cantidades, y así sucesivamente (32). Como que nosotros ejecutamos nuestras operaciones aritméticas con tanta facilidad por medio de las cifras arábigas, ó mas bien indicas, podrá parecernos muy complicado aquel sistema; pero ciertamente no es mucho mas vicioso que el adoptado por los grandes profesores de la antigüedad, quienes

(29) Véase el capítulo 6 de esta introduccion.

(30) Algunas noticias sobre estas mojigangas pueden verse en Acosta (lib. 5, cap. 30), y tambien en Clavijero (Stor. del Messico, ubi supra). Modelos de máscaras de piedra se encuentran algunas veces entre las ruinas de los indios; y hay grabados de ellos, tanto en la obra de Lord Kingsborough como en las Antigüedades mejicanas.

(31) Gama, Descripcion, part. 2, Apénd. 2.

Comparando este escritor el sistema de las notas mejicanas, con el decimal de los europeos, y el ingenioso sistema binario de Leibnitz, confunde la aritmética oral con la escrita.

(32) Ibid, ubi supra.

Este ilustrado mejicano ha dado en su segunda parte, un tratado muy satisfactorio sobre la aritmética de los aztecas.

no conociendo la brillante invencion que ha dado un nuevo aspecto á la ciencia de las matemáticas, determinaban el valor de las fracciones de una cantidad grande por la posición relativa de las figuras.

En la medida del tiempo ajustaban los aztecas su año civil al solar: lo dividían en diez y ocho meses de veinte dias cada uno; y tanto estos como aquellos los expresaban por geroglíficos peculiares, indicando continuamente los de los primeros la estacion del año, lo mismo que los meses franceses en tiempo de la revolucion. Así como en Egipto (33), se agregaban cinco dias que servian de complemento al total número de trescientos sesenta y cinco. No pertenecian á ningun mes, y se reputaban como particularmente aciagos. Dividiase el mes en cuatro semanas, compuesta cada una de cinco dias, y en el último de estos se celebraban la ferias públicas ó mercados (34). Este arreglo tan diferente del de las naciones del antiguo continente así de Europa como de Asia (35), tiene la ventaja de dar á cada mes igual número de dias, y de comprender las semanas completas sin fraccion alguna en los meses y en el año (36).

Como este tiene cerca de seis horas mas de trescientos sesenta y cinco dias, resultaba todavia un exceso, y para compensarlo ocurrieron, lo mismo que otras naciones que han formado sus calendarios, á la intercalacion, no en cada cuatro años como las europeas (37), sino en intervalos mas largos, como algunas de las asiáticas (38). Esperaban el transcurso de cincuenta y dos años, y enton-

(33) Herodotus, Euterpe, sec. 4.

(34) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 4, Apénd.

Segun Clavijero, las ferias se celebraban los dias que tenian el signo del año. Stor. del Messico, tom. II, p. 62.

(35) El pueblo de Java, segun Sir Stamford Raffles, regulaba sus mercados por una semana de cinco dias, teniendo asimismo la nuestra de siete (History of Java (Lóndres, 1830) vol. I, pp. 531 y 532). La última division del tiempo usada generalmente en todo el Oriente, es el monumento mas antiguo que existe de la ciencia astronómica. Véase La Place, Exposition du Système du Monde (Paris, 1808), lib. 5, cap. 1.

(36) Veytia, Historia antigua de Méjico (Méjico, 1806), tom. I, cap. 6 y 7.—Gama, Descripcion, part. 1, pp. 33, 34 et alibi.—Boturini, Idea, pp. 4, 44 y sig.—Cod. Tel-Rem. ap. Antiq. of Mexico, vol. VI, p. 104.—Camargo, Hist. de Tlascala MS.—Toribio, Hist. de los ind. MS., part. 1, cap. 5.

(37) Sahagun insinúa alguna duda de esto. „Otra fiesta hacian de cuatro en cuatro años á honra del fuego, y en esta fiesta *es verosimil* y *hay conjeturas* que hacian su bisiesto contando seis dias de *nemontemi*:” así se llamaban los cinco dias aciagos que servian de complemento (Hist. de Nueva-España, lib. 4, Apénd.); pero este autor, aunque buena autoridad para las supersticiones, es indiferente respecto de la ciencia de los mejicanos.

(38) Los persas tenian un ciclo de ciento veinte años, de trescientos cinco dias, al fin del cual intercalaban treinta dias (Humboldt, Vues des Cordillères, p. 177). Este era el mismo que el de trece despues del ciclo de cincuenta y dos años de los mejicanos; pero menos exacto que el de la intercalacion de doce dias y medio.

ces interponían trece días ó mas bien doce y medio, que era el número que habia quedado restante. Si hubieran intercalado trece habria sido demasiado, puesto que el exceso anual sobre los trescientos sesenta y cinco es de cerca de seis horas menos once minutos. Pero como al tiempo de la conquista se encontró que su calendario correspondía al europeo (supuesta la subsiguiente reforma gregoriana), es de creerse que adoptaron el periodo mas corto de doce días y medio (39) que les daba con solo una fracción, casi despreciable, la exacta medida del año tropical, segun estaba establecida por las mas exactas observaciones (40). Ciertamente debia producir la intercalacion de veinticinco días cada ciento cuatro años, un arreglo del tiempo civil al solar mejor que el de cualquiera calendario europeo, pues mas de cinco siglos debian correr para perderse un día entero (41). Tal era la admirable precision manifestada por los aztecas, ó tal vez sus mas cultos predecesores los toltecas, en estos cálculos tan difíciles, que hasta un periodo comparativamente reciente han eludido los esfuerzos de las naciones mas ilustradas de la cristiandad (42).

Es notoriamente indiferente en cuanto concierne á la exactitud; el múltiplo de cuatro que se escoja para formar el ciclo; pero mientras mas pequeño sea el intervalo de la intercalacion, será por consiguiente menos la separacion temporal del verdadero tiempo.

(39) Esta es la conclusion que deduce Gama, despues de una investigacion prolija del asunto. Supone que los „haces” ó ciclos de cincuenta y dos años, con los cuales, como veremos adelante, computaban el tiempo los mejicanos, concluian alternativamente en la media noche y en el medio día (Descripcion, part, 1, p. 52 y sig.). Encuentra algun apoyo para esto, en la asercion de Acosta (lib. 6, cap. 2), aunque contradicha por Torquemada (Monarquía ind., lib. 5, cap. 33), y segun parece por Sahagun, cuya obra, sin embargo, nunca vió Gama (Hist. de Nueva-España, lib. 7, cap. 9), pues ambos colocan la conclusion del año en la media noche. La hipótesis del último está confirmada por una circunstancia en que nadie ha reparado. Además del „haz” de cincuenta y dos años, tenían los mejicanos un ciclo mayor de ciento cuatro años, llamado „senectud.” Como este no se usaba en sus cálculos que se hacian por „haces,” parece sumamente probable que se inventó para expresar el periodo que habia de transcurrir para que los ciclos menores comenzaran á la misma hora, y en el cual, los días intercalados que eran veinticinco, podian comprenderse sin ninguna fracción.

(40) Esta duracion de la manera que la computa Zach, en 365d. 5h. 48m. 48s., es solamente 2m. 9s. mas larga que la mejicana, la cual corresponde al célebre cálculo de los astrónomos del califa Almamon, que tenia cerca de dos minutos de diferencia con el verdadero tiempo. Véase La Place, Exposition, p. 350.

(41) „El corto exceso de 4h. 38m. 40s. que hay de mas de los veinticinco días en el periodo de 104 años, no puede componer un día entero, hasta que pasen mas de cinco de estos periodos máximos, ó 538 años.” (Gama, Descripcion, part. 1, p. 23). Gama calcula el año solar en 365d. 5h. 48m. 50s.

(42) Los antiguos etruscos arreglaban su calendario en ciclos de 110 años solares, y formaban el año de 365d. 5h. 40m. Al menos este parece probable, dice Niebuhr (History of Rome, trad. ing. (Cambridge, 1828), tom. I, pp. 113 y 238). Los

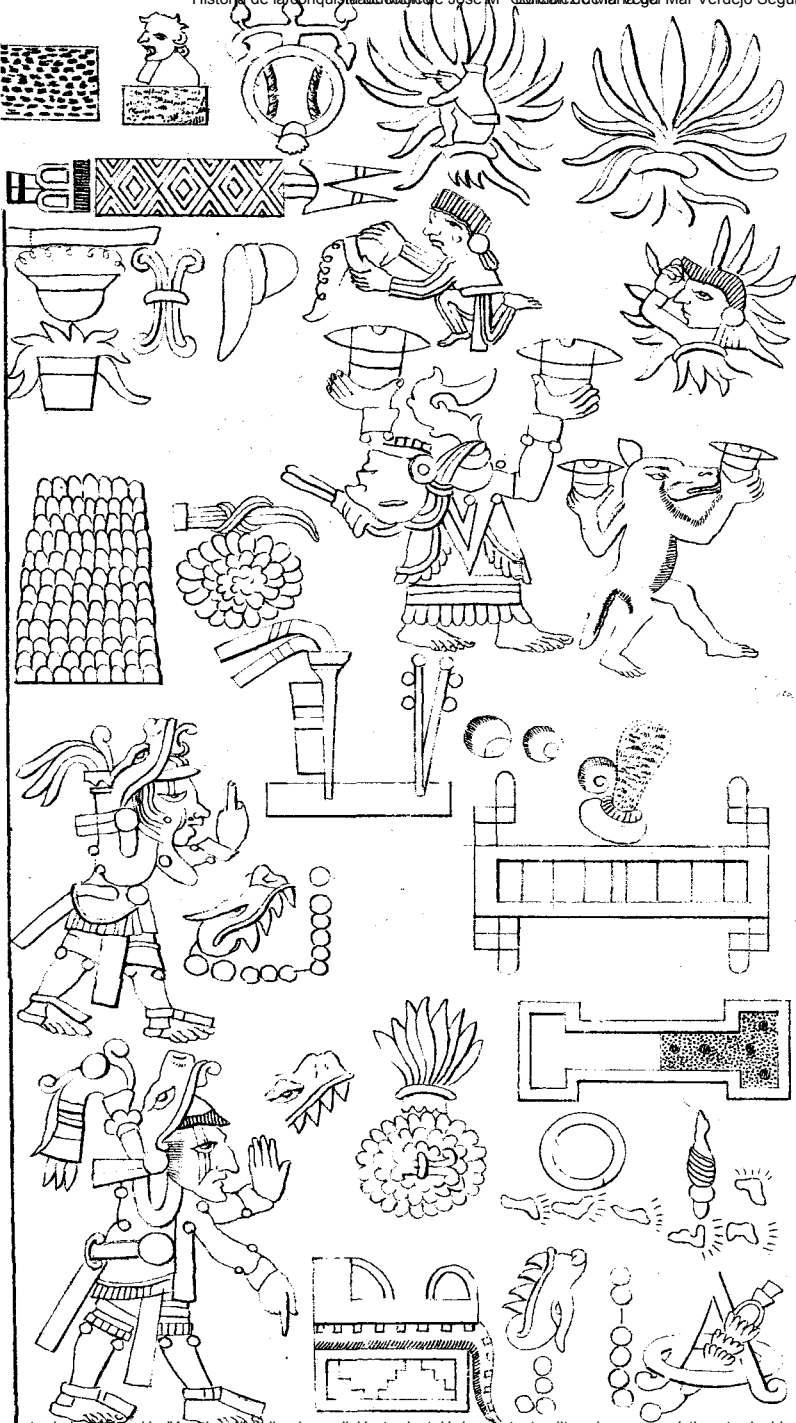
Era tambien muy digno de atencion el sistema cronológico de los mejicanos, con el cual determinaban la fecha de los acontecimientos notables. La época en que comenzaban sus cómputos, correspondia al año mil noventa y uno de la era cristiana: era el periodo de la reforma de su calendario, poco despues de su emigracion de Aztlan. Reunian los años, como ya se ha dicho, en grandes ciclos de cincuenta y dos cada uno, á los cuales llamaban „haces” ó „lios,” y representaban con cierto número de cañas atadas con un cordón. Siempre que se encuentra en sus mapas este geroglífico, denota el número de medios siglos. Para poder expresar cada año en particular, dividian el gran ciclo en otros cuatro mas pequeños ó indicciones de trece años cada una. Despues adoptaron dos series periódicas de signos, consistiendo una de notas numerales hasta trece, y la otra de cuatro geroglíficos de los años (43); repetian los últimos en una sucesion regular, colocando enfrente de cada uno un número correspondiente de notas, continuadas tambien en la misma sucesion regular hasta trece. Igual sistema se seguia en las cuatro indicciones, por cuya razon se observará que siempre comenzaban con un geroglífico del año diferente de la precedente; y de este modo cada geroglífico habia de combinarse sucesivamente con uno de los signos numéricos; pero nunca dos veces con el mismo, pues cuatro y trece, factores de cincuenta y dos, número de años del ciclo, deben admitir justamente un

antiguos romanos no tuvieron bastante viveza para aprovecharse de esta exacta medida, que solo nueve minutos se diferenciaba del tiempo verdadero. La reforma Juliana que daba al año 365d. 5½h., erró tanto, ó mucho mas, bajo otro aspecto; y cuando los europeos, que adoptaron este calendario, desembarcaron en Méjico, iban sus cómputos adelantados cerca de once minutos, respecto del tiempo exacto, ó en otras palabras, del cómputo de los bárbaros aztecas, cuyo hecho es muy remarcable.

Las investigaciones de Gama hacen concluir que el año del nuevo ciclo comenzaba entre los aztecas el 9 de enero, fecha considerablemente anterior, á la que por lo comun señalan los escritores mejicanos (Descripcion, part. 1, pp. 49-52). Posponiéndose la intercalacion hasta el fin de cincuenta y dos años, la pérdida anual de seis horas hacia que cada cuarto año comenzase un día antes; de manera que principiando el ciclo el 9 de enero, el quinto año de él comenzaba el 8, el noveno el 7, y así sucesivamente. Por consecuencia, el último día de la serie de cincuenta años, era el 26 de diciembre, en cuyo tiempo la intercalacion de trece días rectificaba la cronología, y hacia que el año comenzara otra vez el 9 de enero. Torquemada, alucinado con la irregularidad del día de año nuevo, asienta que los mejicanos desconocian el exceso anual de seis horas, y que por esto nunca intercalaban. (Monarqu. ind., lib. 10, cap. 36). El intérprete del Códice vaticano, ha incurrido en errores mucho mas ridículos, sobre el mismo asunto. (Antiq. of Mexico, tom. VI, lám. 16). ¡Tan pronto había caído en olvido la ciencia azteca despues de la conquista!

(43) Estos geroglíficos eran un „conejo,” una „caña,” un „pedernal,” una „casa.” Se tomaban, segun Veytia, como símbolos de los cuatro elementos, aire, agua, fuego y tierra (Hist. antiq., tom. I, cap. 5). No es fácil encontrar la conexión que hay entre los términos, „conejo y aire,” puestas al principio de las series respectivas.





número de combinaciones igual á su producto. Así que cada año tenía su símbolo determinado por el cual era luego reconocido; y este símbolo, precedido del número correspondiente de „haces” que indicaba los medios siglos, mostraba el tiempo preciso que habia transcurrido desde la época nacional de 1091 (44). La ingeniosa idea de una serie periódica, en lugar del embrollado sistema

(44) La tabla siguiente que contiene dos de las cuatro indicciones de trece años cada una, hará mas claro el texto. La primera columna señala el año actual del gran ciclo ó „haz: ”la segunda los puntos numéricos usados en su aritmética; y la tercera se compone de sus geroglíficos, el conejo, la caña, el pedernal, y la casa, en su orden regular.

PRIMERA INDICCIÓN.			SEGUNDA INDICCIÓN.		
Año del ciclo.			Año del ciclo.		
1.	.		14.	.	
2.	..		15.	..	
3.	...		16.	...	
4.			17.		
5.			18.		
6.	.		19.	.	
7.	..		20.	..	
8.	...		21.	...	
9.			22.		
10.			23.		
11.	.		24.	.	
12.	..		25.	..	
13.	...		26.	...	

Siguiendo las combinaciones de las dos indicciones restantes, se encontrará que nunca coincidía un número de puntos con el mismo de geroglíficos.

Estas tablas generalmente tenían una forma circular, así como tambien las de los meses y dias, y producian muy buen efecto. Varias se han publicado en diferentes tiempos, tomadas de las colecciones de Sigüenza y Boturini. La rueda del gran ciclo de cincuenta y dos años, está circuida de una serpiente, la cual, así como entre los per-

de notas geroglíficas, no es peculiar á los aztecas, pues en varios pueblos del continente asiático se encuentra el mismo en esencia, aunque diverso en el arreglo material (45). El calendario solar arriba descrito podia haber llenado todas las miras de la nacion; pero los sacerdotes quisieron formarse otro que llamaron „cómputo lunar,” aunque de ninguna manera estaba acomodado á las revoluciones de la luna (46). Se componia tambien de dos series periódicas, una de trece signos ó notas numéricas, y la otra de veinte geroglíficos de los dias; pero como el producto de estas combinaciones solo era el de doscientos sesenta, y como podia resultar confusion de la repeticion de los mismos términos en los ciento cinco dias restantes del año, inventaron una tercera serie compuesta de nueve geroglíficos adicionales, la cual alternando con las dos precedentes, hacia imposible que las tres coincidieran dos veces en el mismo año, ó ciertamente en menos de dos mil trescientos cuarenta dias, pues $20 \times 13 \times 9 = 2340$ (47). Trece era un número místico de frecuente uso en sus tablas (48);

sas y egipcios, era tambien el símbolo de una centuria. Parece que el padre Toribio entendió muy mal la significacion de estos círculos cronológicos. „Tenian rodelas y escudos, y en ellas pintadas las figuras y armas de sus demonios con su blason.” Hist. de los ind., MS., part. 1, cap. 4.

(45) Entre los chinos, japones, mongoles, mantchous, y otras familias de la raza tártara, las series se componian de los símbolos de sus cinco elementos, y de los doce signos del zodiaco, haciendo un ciclo de sesenta años de duracion. Los diversos sistemas de estos pueblos se presentan concordantes con el mejicano en las luminosas páginas de Humboldt, (Vues des cordillères, p. 149,) quien deduce consecuencias importantes de la comparacion, de que tendremos ocasion de volver á tratar mas adelante.

(46) En este calendario, los meses del año trópico estaban distribuidos en ciclos de trece dias, los que hallándose repetidos veinte veces, número de dias en un mes solar, completaban el año lunar ó astrológico de 260 dias, y entonces volvia á comenzar el cómputo. „Por la invencion de estas treceñas y el ciclo de cincuenta y dos años,” dice Gama, „formaban un periodo luni-solar muy exacto para los fines astronómicos.” (Descripcion, part. 1, p. 27.) Agrega que estas treceñas eran sugeridas por los periodos en que la luna es visible antes y despues de la conjuncion. (Lugar citado.) Apenas parece posible que un pueblo, capaz de formar un calendario arreglado con tanta exactitud, á los verdaderos principios del tiempo solar, hubiera errado hasta suponer que en este cómputo realmente „representaban las revoluciones diarias de la luna.” „Todo el mundo oriental,” dice el ilustrado Niebuhr, „ha seguido á la luna en su calendario: la franca division científica de una gran parte del tiempo es peculiar al Oeste. En conexon con este está aquel primitivo mundo extinguido, que llamamos Nuevo.” History of Rome, vol. I, p. 239.

(47) Se llamaban „compañeros” y „señores de la noche,” y se suponía que presidian sobre ella como los otros signos sobre el dia. Boturini, Idea, p. 57.

(48) De esta manera su año astrológico quedaba dividido en meses de trece dias, habiendo trece años en sus indicciones que contenian cada una trescientos sesenta y cinco periodos de trece dias, &c. Es un hecho curioso, que el número de meses lunares de trece dias, contenidos en un ciclo de cincuenta y dos años con la materia

no siendo muy claro porque ocurrieron en este caso al de nueve (49).

Este segundo calendario excitó una santa indignacion en los primeros misio-
neros españoles, y el padre Sahagun terminantemente lo condena como „el mas
profano, pues no se funda en la razon natural, en la influencia de los planetas,
ó en el verdadero curso del año, sino que es claramente la obra de la nigromancia
y el fruto del pacto con el diablo” (50). Podia dudarse si la supersticion de
los que inventaron el proyecto, era mayor que la de los que lo impugnaron. En
todo caso, sin recurrir á agencias sobrenaturales, podemos hallar en el corazon
humano una explicacion suficiente de su origen, en aquel deseo del poder que ha
obligado á los sacerdotes de muchas creencias á afectar un misterio cuya llave
estaba en sus manos.

Por medio de este calendario, los sacerdotes aztecas conservaban sus anales,
regulaban sus festividades y épocas del sacrificio, y hacian todos sus cálculos
astrológicos (51). La falsa ciencia de la astrología es natural á un estado de

cion, correspondiera precisamente al número de años del gran periodo sótico de los
egipcios, á saber: 1491, periodo en que las estaciones y festividades volvian á comen-
zar en el mismo tiempo del año. La coincidencia puede ser accidental; pero un pue-
blo que emplea series periódicas y cálculos astrológicos, tiene por lo general algun ob-
jeto en la eleccion de los números y en la combinacion que les da.

(49) Segun Gama, (Descripcion part. I, pp. 75 y 76,) porque 360 puede dividirse
por 9 sin fraccion. Los nueve „compañeros,” no podian agregarse á los cinco dias
que servian de complemento; pero cuatro, número místico, muy usado en sus combi-
naciones aritméticas, habria servido igualmente bien para el mismo objeto. Con res-
pecto á esto, McCulloh observa con mucha sutileza: „parece imposible que los me-
jicanos, tan cuidadosos en la formacion de su ciclo, lo hubieran terminado precipita-
damente con 360 revoluciones, cuyo natural periodo, es 2340;” y supone que los
nueve signos llamados „compañeros” se usaban en combinacion con los ciclos de 260
dias, á fin de incluirlos en los mayores de 2340; de los cuales ocho y el noveno, com-
puesto de 260 dias, cree que son iguales al gran periodo solar de 52 años. (Resear-
ches, pp. 207 y 208.) Esta explicacion es muy laudatoria; pero de hecho las combina-
ciones de las dos primeras series que formaban el ciclo de 260 dias, eran siempre in-
terruptas al fin del año, puesto que el nuevo comenzaba con el mismo geroglífico
de los dias. La tercera serie de los „compañeros” tambien se interrumpia, como se
ha dicho arriba, con los cinco dias aciagos que cerraban el año, de manera que, si
hemos de creer á Boturini, al primer dia del año solar podia estar unido el primero de
los nueve „compañeros” que significaba „señor del año;” (Idea, p. 57;) resultado que
podiera haberse obtenido sin intermision alguna tomando como divisor el cinco, otro
número favorito en lugar de nueve. Arreglado el ciclo de la manera que estaba, y
hasta donde se extendia la tercera serie, terminaba con 360 revoluciones. El asunto
es dudoso, y dificilmente puedo esperar haberlo presentado al lector con una perfecta
claridad.

(50) Hist. de Nueva-España, lib. 4, introd.

(51) „Dans les pays les plus différents,” dice Benjamin Constant, concluyendo
con algunas reflexiones juiciosas sobre las fuentes del poder sacerdotal, „chez les
peuples de méurs les plus opposées, le sacerdoce a vu au culte des elements et des

sociedad, incompletamente civilizado, en el cual el entendimiento, impaciente del lento y cauto exámen, único que puede conducir á la verdad, se lanza de un golpe en las regiones de la especulacion, é intenta descorrer atrevidamente el velo impenetrable que cubre los misterios de la naturaleza. Es característico á la verdadera ciencia distinguir los intransitables, pero no muy claros límites, que dividen el imperio de la razon del de la especulacion. Tal conocimiento viene lentamente. ¡Cuántos siglos han corrido, en los cuales, talentos que bien dirigidos hubieran revelado las admirables leyes de la naturaleza, se han mal empleado en los brillantes pero infructuosos delirios de la alquimia y de la astrología!

Esta última era el estudio favorito de los siglos primitivos; época en que el entendimiento, incapaz de comprender el estupendo hecho de que millares de pequeñas luces que brillan en el firmamento fueran los centros de sistemas tan grandiosos como el nuestro, era naturalmente guiado á calcular sobre sus usos probables, y á buscar conexiones de un modo ó de otro con el hombre, para cuya comodidad parece fueron creados todos los otros objetos en el universo. Cuando el hijo sencillo de la naturaleza, contempla en las largas noches la magestuosa marcha de los cuerpos celestes, y los ve levantarse en reluciente multitud, unos despues de otros, y cambiar con las diversas estaciones del año, naturalmente los asocia con estas mismas estaciones como periodos sobre los cuales ejercen una influencia misteriosa. De la misma manera, enlaza su aparicion con los acontecimientos interesantes de la época, y explora en sus caracteres de fuego el destino del niño recién nacido (52). Tal es el origen de la astrología, cuyas falsas luces desde las primeras edades han deslumbrado y descarriado al género humano, hasta que se han eclipsado con la mayor ilustracion de un periodo comparativamente reciente.

El sistema astrológico de los aztecas se fundaba, mas que en la influencia de los planetas, en la de los signos arbitrarios que habian adoptado para los meses y días. El signo capital de cada ciclo lunar de trece días, influia en todo él, aunque se modificaba de alguna manera por los de los días subsecuentes y tambien por los de las horas. Combinar estas encontradas fuerzas era el grande arte del adivinador. En ningún país, ni aun en el antiguo Egipto, se definió mas implícitamente á los ensueños del astrólogo. Al nacer un niño era aquel inmediata-

astres un pouvoir dont aujourd'hui nous concevons à peine l'idée." En los países mas diferentes, entre los pueblos de costumbres mas opuestas, el sacerdocio ha debido al culto de los elementos y de los astros un poder del que apenas tenemos hoy idea. De la religion, (Paris, 1825,) lib. 3, cap. 5.

(52) "Es dulce y grato pensar que en las inmensurables alturas que se hallan sobre nosotros, se tejió desde nuestro nacimiento la guirnalda de amor con relucientes estrellas en lugar de flores."

COLERIDGE, trad. de Wallenstein, Act. 2, sc. 4.

Schiller, realmente es mas poeta que historiador, cuando dice en el hermoso pasage de que es parte lo anterior, que el culto de las estrellas tomó el lugar de la mitología clásica. Existía mucho antes.

mente llamado: se fijaba con exactitud la fecha del acontecimiento; y la familia, agitada de un temor convulsivo, esperaba que el ministro del cielo viera el horóscopo del infante, y desarrollara el obscuro libro del destino. El mejicano experimentaba el influjo del sacerdote aun en el primer aliento que se le inspiraba (53).

Poco mas se sabe de los adelantos de los aztecas en la ciencia astronómica. Que conocian la causa de los eclipses, lo acredita la representacion en sus mapas del disco de la luna, proyectado en el del sol (54); pero es incierto si tenian un sistema arreglado de constelaciones, aunque notoriamente reconocian algunas de las mas visibles, por ejemplo, la de las Pléyades, puesto que por ellas regulaban sus festividades. De sus instrumentos astronómicos solo se conoce el reloj de sol (55). Una inmensa mole circular de piedra esculpida, desenterrada de un lugar de la gran plaza de Méjico el año de 1790, proporcionó á un exacto é instruido literato, los medios de establecer algunos hechos interesantes con respecto á la ciencia mejicana (56). Este fragmento colosal en que está grabado el calendario, muestra que poseian los medios de fijar con precision las horas del día, y el periodo de los solsticios y de los equinoccios, así como el del tránsito del sol por el zenit de Méjico (57).

(53) Gama trae un completo almanaque del año astrológico con los signos y divisiones convenientes, y demuestra la habilidad científica conque estaba adaptado á sus diversos usos. (Descripcion, parte 1, pp. 25-31, y 62-76.) Sahagun ha dedicado todo un libro á explicar la importancia mística y el valor de estos signos con una minuciosidad que pudieran hacer creer que era invencion suya. (Hist. de Nueva-España, lib. 4.) Es evidente que daba entera fe á los mágicos portentos que refiere. „Era un arte engañoso,” dice, “pernicioso é idólatra, y que nunca fué apoyado por la razon humana.” El buen padre ciertamente no era filósofo.

(54) Véase entre otros el Cod. Tel.-Rem., part. 4, lám. 22, ap. Antiq. of Mexico, vol. I.

(55) “Apenas puede dudarse,” dice Lord Kingsborough, “que los mejicanos conocian muchos instrumentos científicos de extraña invencion comparados con los nuestros. Es incierto si el telescopio era de aquel número; pero la lámina 13 de la parte 2 de los monumentos de M. Dupaix que representa un hombre llevando á su ojo una cosa semejante á tal instrumento, da motivo para suponer que sabian el modo de aumentar la potencia de la vista.” (Antiq. of Mexico, vol. VI, p. 15 nota.) El instrumento á que se alude está groseramente esculpido en una roca de figura cónica: se eleva á no mayor altura que la del cuello de la persona que lo tiene; y en mi opinion se parece tanto á un fusil como á un telescopio, aunque no por esto inferiré que los aztecas usaban armas de fuego. (Véase el tomo IV, lám. 15.) Sin embargo, el capitán Dupaix en su comentario sobre este dibujo, es de la misma opinion de Lord Kingsborough. Ibid, vol. V, p. 241.

(56) Gama, Descripcion, part. 1, sec. 4, y part. 2, Apénd.

Ademas de este fragmento colosal, Gama encontró en Chapoltepec algunos otros, destinados probablemente á usos científicos de la misma clase; pero antes de que tuviera tiempo de examinarlos, se hicieron pedazos y sirvieron de material para construir un horno; destino nó muy diverso del que han tenido muchas veces los monumentos de las artes antiguas en el viejo mundo.

(57) En un segundo tratado sobre la piedra cilíndrica, Gama se detiene por

No puede contemplarse sin sorpresa la ciencia astronómica de los mejicanos tan desproporcionada con sus progresos en los otros ramos de la civilización. El conocimiento de algunos de los principios sencillos de astronomía, está al alcance del pueblo mas ignorante. Con un poco de cuidado puede aprender á combinar la mutación regular de las estaciones con los del lugar del nacimiento y de la caída del sol: puede seguir la marcha del gran lumínar por los cielos, observando las estrellas que primero brillan al despedir aquel astro sus últimos rayos, y luego se eclipsan con el fulgor de la mañana: puede tambien medir las revoluciones de la luna, marcando sus fases, y aun formar una idea general de estas revoluciones en un año solar; pero arreglar con exactitud sus festividades por los movimientos de los cuerpos celestes, y fijar la verdadera duración del año trópico con una precisión desconocida á los grandes filósofos de la antigüedad, no es sino el resultado de una larga serie de exactas y prolongadas observaciones, que manifiestan no poco progreso en la civilización (58). ¿De dónde pudo el rudo habitante de esas regiones montañosas sacar tan curiosa erudición? No de las hordas de bárbaros que vagaban en las altas latitudes del Norte: tampoco de las razas mas cultas del continente meridional con las cuales parece no tuvieron comunicacion alguna. Si nos vemos impulsados como el grande astrónomo de nuestro siglo á buscar la solución de la dificultad entre los pueblos civilizados de la Asia, todavia quedaremos perplejos con encontrar entre la semejanza general alguna discrepancia en los detalles, suficiente para defender la originalidad de los aztecas (59).

Concluiré la relacion de la ciencia de los mejicanos, con la de una notable fes-

tensamente en demostrar que su construccion científica es la del reloj de sol vertical, con el objeto de disipar las dudas que algunos obstinados escépticos tenian sobre este punto. (Descripcion, part. 2, Apénd. 1.) El dia civil lo dividian los mejicanos en diez y seis partes, y principiaba lo mismo que el de las mas de las naciones asiáticas con la salida del sol. El baron de Humboldt, que probablemente no vió el segundo tratado de Gama, solo concede ocho intervalos. Vues des cordillères, p. 128.

(58) “Un calendrier,” exclama el entusiasta Carli, “qui est réglé sur la révolution annuelle du soleil, non seulement par l’addition de cinq jours tous les ans, mais encore par la correction du bissextile, doit sans doute être regardé comme une opération déduite d’une étude réfléchie, et d’une grande combinaison. Il faut donc supposer chez ces peuples une suite d’observations astronomiques, une idée distincte de la sphère, de la déclinaison de l’écliptique, et l’usage d’un calcul concernant les jours et les heures des apparitions solaires.” *Lettres Américaines*, tom. I, let. 23. “Un calendario que está arreglado á la revolucion anual del sol, no solo por la adición de cinco dias todos los años, sino tambien por la correccion del bisiesto, debe sin duda considerarse como una operacion deducida de un estudio reflexivo y de una grande combinacion. Es, pues, preciso suponer entre estos pueblos una serie de observaciones astronómicas, una idea distinta de la esfera, de la inclinacion de la ecliptica, y el uso de un cálculo concerniente á los dias y á las horas de las apariciones solares.

(59) La Place, que sugiere la analogía, francamente confiesa su dificultad. Sys-

tividad que celebraban al terminar el gran ciclo de cincuenta y dos años. Hânse visto en el capítulo precedente sus tradiciones sobre la destrucción del mundo en cuatro épocas sucesivas. Esperaban indudablemente sufrir otra catástrofe semejante al fin de uno de los ciclos, en cuyo tiempo el sol había de desaparecer de los cielos, la raza humana de la tierra, y la obscuridad del caos había de envolver todo el globo. El ciclo acababa en los últimos días de diciembre, y como la proximidad de la triste estación del solsticio de invierno, y la disminución de la luz del día, daban melancólicos presagios de su pronta extinción, se aumentaban sus temores, y al llegar los cinco días aciagos con que concluía el año, se abandonaban á la desesperación (60). Hacían pedazos las pequeñas imágenes de sus penates en quienes no tenían ya confianza: permitían que se extinguiera el fuego sagrado de los templos; y ninguno tenía luz en su casa. Destruían sus muebles y utensilios domésticos: desgarraban sus vestiduras; y todo era puesto en desórden para la llegada de los espíritus malignos que iban á descender sobre la tierra desolada.

En la noche del último día, una procesion de sacerdotes, tomando los vestidos y ornamentos de sus dioses, salía de la capital y se dirigía hácia una elevada montaña, distante como dos leguas. Llevaban consigo una noble víctima, la flor de sus cautivos, y un aparato para encender el nuevo fuego, lo que si conseguían era un agüero de la renovación del ciclo. Cuando llegaban á la cumbre de la montaña, se detenía la procesion hasta la media noche, y al acercarse la constelación de las Pléyadas al zenit (61), se encendía el nuevo fuego por la fricción de unos pequeños maderos colocados en el lacerado pecho de la víctima (62). Pronto se comunicaba la llama á la pira funeral en que había sido puesto el cuerpo del cautivo sacrificado, y luego que la luz se alzaba al cielo, gritos de gozo y triunfo salían de la innumerable multitud que cubría las colinas, los terrados de los templos, y las azoteas de las casas, con los ojos ansiosamente fijos sobre el monte del sacrificio. Correos con antorchas encendidas en la nueva llama, corrían rápi-

(60) M. Jomard yerra en colocar la ceremonia del *nuevo fuego* con la cual concluía propiamente el antiguo ciclo, en el solsticio del invierno; pues era hasta el 26 de diciembre, si Gama acierta. La causa del error de Jomard es que la fija antes de los días que servían de complemento. Véase su juiciosa carta sobre el calendario azteca en *Vues des cordillères*, p. 309.

(61) En el mismo momento de su culminación.—Sahagun (*Hist. de Nueva-España*, lib. 4, Apénd.) y Torquemada; (*Monarqu. ind.* lib. 10, cap. 33 y 36) pero esta no podía ser, como la que tuvo lugar á media noche el mes de noviembre, en la festividad secular celebrada al principio del reinado de Montezuma el año de 1507. (Gama, *Descripción*, part. 1, p. 50, nota.—Humboldt, *Vues des cordillères*, pp. 181 y 182.) Cuanto mas se posponga el principio del nuevo ciclo, tanta mas grande será la diferencia.

(62) "En su desnudo pecho están colocadas ramas de cedro, lirios secos y olorosas gomas prontas á recibir la sagrada chispa y á encenderse para publicar la salida del sol, sobre su altar viviente."

damente por todo el país, y el consolador elemento se veía resplandecer en el altar y en el hogar doméstico, algunas leguas en contorno, mucho antes de que el sol siguiendo su curso ordinario, diera seguridad de que un nuevo ciclo había comenzado su marcha, y de que las leyes de la naturaleza no se habían cambiado para los aztecas.

Los trece días siguientes se empleaban en la festividad. Se limpiaban y blanqueaban las casas: las vasijas rotas eran reemplazadas con otras nuevas: el pueblo vestido con sus mas ricos trajes, coronado de guirnaldas, y llevando ramilletes de flores, formaba alegres procesiones, é iba á ofrecer oblacones y accion de gracias en los templos. Habia danzas y juegos, alusivos á la regeneracion del mundo: era el carnaval de los aztecas, ó mas bien, el jubileo nacional; la gran festividad secular semejante á la de los romanos ó á la de los antiguos etruscos, y la cual pocos de los vivientes habian presenciado antes, ó podian esperar volver á ver (63).

(63) Uso las palabras de los edictos conque el pueblo era llamado á los *ludi seculares*, los juegos de la antigua Roma, "quos nec spectasset quisquam, nec spectaturus esset." (Suetonius, Vita Tib. Claudii, lib. 5.) Los antiguos historiadores mejicanos se espresan en un estilo que puede llamarse elocuente, cuando describen las festividades aztecas. (Torquemada, Monarquía ind. lib. 10, cap. 33.—Toribio, Hist. de los indios, MS. part. 1, cap. 5.—Sahagún, Hist. de Nueva-España, lib. 7, cap. 9-12. Gama, Descripción, part. 1, pp. 52-54.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, pp. 84-86). El lector inglés encontrará un colorido mas brillante de la misma escena en el canto de Madoc, citado arriba.—"En la conclusion del siglo."

El Barón de Humboldt escribió muchos años ha: "Sería de desear que algun gobierno publicara á sus expensas los restos de la antigua civilizacion americana; pues solo por la comparacion de diversos monumentos puede descubrirse la significacion de estas alegorias en parte astronómicas, y en parte místicas." Tan ilustrado deseo ha sido ahora realizado, no por gobierno alguno, sino por un individuo particular, Lord Kingsborough. La célebre obra publicada bajo sus auspicios, tantas veces citada en esta introduccion, apareció en Lóndres el año de 1830, y cuando esté completa se compondrá de nueve volúmenes, de los cuales siete están ya dados á luz. Los que no la hayan visto, podrán formar alguna idea de su magnificencia por el hecho de que los primeros ejemplares con láminas iluminadas, se vendieron en 175 libras esterlinas y sin ellas en 120, precio que despues se ha disminuido mucho. Es el objeto de la obra presentar una vista completa de los antiguos manuscritos aztecas, con las pocas interpretaciones que existen, los hermosos dibujos de Castañeda, relativos á la América Central, con los comentarios de Dupaix, la historia inédita del padre Sahagún, y últimamente lo que no es menos, las numerosas notas de Lord Kingsborough.

Nunca podrá elogiarse demasiado la ejecucion mecánica de la obra, su espléndida tipografía, la manifiesta exactitud y delicadeza de sus dibujos, y la suntuosa calidad de sus materiales. Con todo, el comprador habria ahorrado algun gasto superfluo y el lector mucha incomodidad, si la impresion se hubiera hecho en volúmenes de un



Alejandro Baron de Humboldt

tamaño ordinario; pero regularmente en obras de tan grandioso plan se encuentra hasta cierto punto, sacrificada la utilidad al lujo.

La coleccion de manuscritos aztecas, si no es completa, es muy extensa, y acredita la diligencia é investigaciones del compilador; extrañándose que ni un solo documento haya sido tomado de España. *Peter Martyr dice, que algunos se llevaron á este pais en su tiempo.* (De insulis nuper inventis, p. 368.) El marques de Spineto examinó uno en el Escorial que cree ser el mismo contenido en el código de Mendoza, y acaso el original, puesto que el de Oxford es solo una copia. (Lectures, lec. 7.) El Sr. Waddilove, capellan de la embajada inglesa en España, hizo al Sr. Robertson, relacion muy particular de uno que vió en la misma librería, y que era reputado como calendario azteca. Ciertamente, apenas es posible, que los muchos españoles que han viajado por el Nuevo Mundo, no hubieran enriquecido á la madre patria con abundantes producciones de este rasgo interesante de la civilizacion azteca. No es de temerse que el actual gobierno liberal, oculte estos tesoros á la inspeccion del literato.

Poco puede decirse en favor del arreglo de estos códices. En algunos de ellos, como por ejemplo, en el de Mendoza, las láminas no están ni aun numeradas; y el que las estudie por medio de la interpretacion correspondiente, se verá precisado con mucha frecuencia á perderse en el laberinto de los geroglíficos, sin encontrar norte que le dirija. Nada hay allí que pueda servir de ilustracion sobre el valor positivo y la autenticidad de los documentos respectivos, y ni aun su anterior historia, excepto una infructuosa referencia á la librería particular de que fueron sacados. Escasa luz, en verdad, puede esperarse sobre esta materia; pero ni aun esa poca tenemos. El defecto de la colocacion se encuentra en otras partes de la obra. Por ejemplo, el libro sexto de Sahagun, se ha pasado del cuerpo de la historia á que pertenece, á un volumen precedente, al paso que las grandes hipótesis de Lord Kingsborough, para las cuales se compuso la obra, están amontonadas en las notas, y aglomeradas sin acierto en las páginas del texto, con mucha menos conexion que los cuentos de la reina Schehezeade en las „Noches Árabes,” aunque no son tan divertidas.

El objeto principal de los trabajos del noble Lord, es probar la colonizacion de Méjico por los israelitas. A esto dirigió toda la batería de su lógica é instruccion: para esto están explicados los geroglíficos, comparados los manuscritos y delineados los monumentos. Sin embargo, sea cual fuere el mérito de su teoría, dificilmente podrá hacerse popular, pues en lugar de presentarla con una forma clara é inteligible que pudiera comprender el entendimiento, está sobrecargada de un número infinito de notas, y llena de citas de idiomas antiguos y modernos, en términos que el fatigado lector, fluctuando en un océano de fragmentos sin luz que le guie, se siente como el diablo de Milton al querer abrirse camino por el caos:

„Ni mar ni tierra próxima, do naufragar é caminar seguro.”

No obstante todo esto, seria injusto negar que el noble autor, si no siempre convence con su lógica, muestra mucha agudeza en descubrir analogías, bastante familiaridad con su asunto, y un buen fondo de erudicion, que algunas veces mal emplea. Debe confesarse, que sean cuales fueren los defectos del arreglo de la obra, ha reunido la mas rica coleccion de materiales, no publicados antes, para ilustrar las antigüedades aztecas, y en un sentido mas extenso, las americanas, por cuya grandiosa empresa, que ningun gobierno hubiera ejecutado, y pocos particulares pudieran llevar al cabo, se ha hecho acreedor á la eterna gratitud de los amantes de las ciencias.

Otro escritor, cuyas obras debe consultar cuidadosamente todo estudiante de las an-

Tom. I.

12

tigüedades mejicanas, es Antonio Gama. Su vida contiene tan pocos incidentes, como la de los mas de los literatos. Nació en Méjico en 1735, de una familia respetable, y siguió la carrera de las leyes, aunque desde el principio mostró preferencia por el estudio de las matemáticas, sabedor de que en esta ciencia estaba toda su fuerza. En 1771 comunicó sus observaciones sobre el eclipse de aquel año al astrónomo frances M. de Lalande, quien las publicó en Paris, recomendando mucho al autor. Creció la reputacion de Gama hasta llamar la atencion del gobierno, que lo empleó en varios trabajos científicos de importancia; pero su grande pasion era el estudio de las antigüedades de los indios. Se familiarizó con la historia de las razas indígenas, con sus tradiciones, con sus idiomas, y hasta donde fué posible, con sus geroglíficos, ofreciéndole oportunidad de manifestar el fruto de estos trabajos preparatorios, y su habilidad como anticuario, el descubrimiento del gran calendario de piedra hecho el año de 1790. Publicó un tratado maestro sobre este y otro monumento azteca, explicando los objetos á que estaban dedicados, y difundiendo un torrente de luz sobre la ciencia astronómica de los aborígenas, su mitología y su sistema astrológico. Despues continuó sus investigaciones en el mismo camino y escribió sobre el reloj solar, geroglíficos y aritmética de los indios; pero estos escritos no se dieron á luz hasta hace algunos años que fueron publicados en una reimpression de la primera obra hecha por el laborioso Bustamante. Gama murió en 1802, dejando una reputacion muy merecida respecto de su vida privada, en la cual el celo indiscreto que parece tener cabida con demasiada frecuencia en el carácter de los españoles mejicanos, estaba moderado por los sentimientos liberales de un hombre de saber. Como escritor tiene una grande reputacion por sus detenidas investigaciones, exactitud y sagacidad. Sus conclusiones, ni están afectadas del amor de la teoría, tan comun en el filósofo, ni de la fácil credulidad tan natural al anticuario: sigue su camino con la cautela de un matemático, cuyos pasos son demostraciones. El baron de Humboldt, se sirvió mucho de su primera obra, como enfáticamente lo confiesa; pero no obstante los elogios de este escritor popular y de su propio mérito, los tratados de Gama raramente se encuentran fuera de la Nueva-España, y apenas puede decirse que su nombre tiene una reputacion trasatlántica.

CAPITULO V.

AGRICULTURA AZTECA.—ARTES MEJICANAS.—COMERCIANTES.—COSTUMBRES DOMESTICAS.

Casi no es posible que una nacion tan adelantada como la de los aztecas en la ciencia de las matemáticas no hubiera hecho progresos considerables en las artes mecánicas que están tan inmediatamente unidas con aquella. Indudablemente cualquiera adelanto intelectual, importa un grado de refinamiento que requiere cierta especie de cultivo, así de las artes útiles como de las de lujo. El salvaje, errando en medio de dilatadas selvas, sin tener conque cubrir su cabeza, ni conque vestir su desnudez, no conoce otras necesidades que las del apetito animal, y cuando las ha satisfecho, cree haber correspondido al fin único de su existencia. Pero el hombre en sociedad siente numerosos deseos, adquiere gustos artificiales acomodados á las varias relaciones en que está colocado, y de aquí es que, perpetuamente esta empleando su ingenio en inventar nuevos modos de satisfacerlos.

Hay una gran diferencia en la habilidad mecánica de las naciones; pero mucha mayor se nota en la facultad inventiva que dirige aquella habilidad y la hace provechosa. Parece que algunos pueblos, no tienen otra potencia que la de la imitacion, ó si poseen la de la invencion, es en un grado tan pequeño, que constantemente están repitiendo la propia idea sin sombra de alteracion ó adelanto, así como el pájaro hace precisamente la misma clase de nido que fabricaban los de su especie al principio del mundo. Tales son por ejemplo los chinos, quienes probablemente han estado familiarizados por siglos enteros, con el gérmen de algunos descubrimientos de poca utilidad para ellos, pero que bajo la influencia del genio europeo, han llegado á un grado de perfeccion que ha hecho un cambio importante en la sociedad.

Lejos de mirar atrás y de ajustarse servilmente á lo pasado, es característico al genio europeo, procurar siempre adelantar. Los antiguos descubrimientos, forman la base de los nuevos: pasa rápidamente de verdad en verdad, uniendo el todo por una sucesion de eslabones, á la gran cadena de la ciencia que ha de circuir y enlazar al universo. La luz del saber se comunica á las obras del arte: ábrense nuevos caminos para la comunicacion de las personas y del pensamiento: invéntanse nuevos arbitrios para la subsistencia; y se multiplican de una manera inconcebible las comodidades personales de todo género, hasta ponerlas al alcance del mas pobre. En seguida el entendimiento se interna en una region

mas noble que la de los sentidos, y se hace que las artes satisfagan las demandas de un gusto elegante y de una mayor cultura moral.

El mismo ilustrado espíritu aplicado á la agricultura, la eleva de la clase de un trabajo meramente mecánico, ó de la estéril forma de preceptos tradicionales á la dignidad de ciencia. Analizando la composicion de la tierra, conoce el hombre la capacidad del suelo que cultiva, y al paso que su imperio se extiende gradualmente sobre los elementos de la naturaleza, adquiere el poder de estimularla á producir sus mas abundantes y variados frutos. Con satisfaccion podemos nosotros volver la vista á la tierra de nuestros padres, como aquella en que se han hecho los experimentos en la escala mas extensa, y como la que ha producido resultados que jamas habia presenciado el mundo. Con igual verdad podemos señalar á la raza anglo-sajona en ambos hemisferios como la que ha contribuido mas esencialmente con su genio emprendedor á promover los grandes intereses de la humanidad por la aplicacion de la ciencia á las artes útiles.

La labranza en una extension muy limitada, se practicaba por la mayor parte de las tribus ignorantes de la América del Norte. Donde quiera que sus ojos encontraban una claro natural en las selvas, una tierra feraz ó una verde llanura á lo largo de los rios, las sembraban de habas y maiz (1); pero descuidaban en extremo su cultivo, y así era que no podian libertarse los negligentes nativos de las frecuentes visitas de la hambre desoladora. Sin embargo, el que de alguna manera cultivaran la tierra, era una particularidad que los distinguía honrosamente de las otras tribus de cazadores, y los elevaba á un grado mayor de civilizacion.

La agricultura en Méjico estaba en el mismo estado de adelanto que las otras artes de la vida social. En pocos paises por cierto, ha sido mas respetada. Estaba íntimamente enlazada con las instituciones civiles y religiosas de la nacion: habia deidades exclusivas que la presidian: los nombres de los meses y de las festividades religiosas tenian mas ó menos referencia á ella; y aun los impuestos públicos, como hemos visto, se pagaban frecuentemente en productos agrícolas. Todos, excepto los soldados y los principales nobles, cultivaban la tierra, sin excluir á los habitantes de las ciudades. Los hombres desempeñaban las principales labores, y las mugeres derramaban la semilla, desgranaban el maiz, y tomaban parte en los otros trabajos menos pesados del campo (2). En

(1) Este último grano, segun Humboldt, fué hallado por los europeos en el nuevo mundo desde la parte meridional de Chile hasta Pennsylvania. (*Essai Politique*, tom. II, p. 408.) Podia haber añadido hasta el San Lorenzo, pues nuestros antepasados los puritanos, lo encontraron con abundancia en la costa de la nueva Inglaterra, donde quiera que desembarcaban. Véase á Morton, *New England's Memorial*, (Boston, 1826,) p. 68.—Gookin, *Massachusetts, Historical Collections*, chap. 3.

(2) Torquemada, *Monarquía indiana*, lib. 13, cap. 31. "¡Admirable ejemplo para nuestros tiempos," exclama el buen padre, "en el que las mugeres no solo son ineptas para los trabajos del campo, sino que tienen demasiada ligereza para que pudieran atender al gobierno de su casa!"

esto presentaban un honroso contraste con las otras tribus del continente que hacian gravitar el peso de la agricultura, tan grave como es en el Norte, sobre las mugeres (3). Sin duda el sexo amable era mirado por los aztecas en este punto, con tanta ternura como en las mas partes de Europa en la época presente.

No habia falta de juicio en el manejo de sus posesiones. Cuando las tierras estaban algo exhaustas, se hacian productivas dejándolas descansar. La extrema falta de humedad la suplian con canales, por cuyo medio regaban las tierras parcialmente, y el mismo fin se proponian al decretar severas penas contra la destruccion de los bosques de que el pais, como ya se ha dicho, estaba bien cubierto antes de la conquista. Finalmente edificaban espaciosos graneros para guardar sus cosechas, que los mismos conquistadores confiesan ser de una admirable construccion. En esta medida vemos la prevision del hombre civilizado (4).

Entre los mas importantes artículos agrícolas debemos notar el plátano, cuya facilidad de cultivo y abundantes productos son tan fatales á los adelantos de la industria activa y dificultosa (5). Otra célebre planta era el cacao, cuyo fruto proporcionaba el chocolate, nombre derivado del mejicano *chocolatl*, bebida tan comun ahora en toda Europa (6). La vainilla que solo se producía en un corto distrito de las costas, se usaba para el mismo objeto, ó como entre nosotros, para hacer mas gustosas las viandas y licores (7). La gran produccion del pais y del continente americano, era el maíz que crece abundantemente en los valles y en los escarpados declives de las cordilleras hasta el elevado

(3) Contraste sorprendente tambien respecto á los egipcios con quienes algunos anticuarios han querido identificar á los antiguos mejicanos. Sófocles nota el afeminamiento de los hombres de Egipto que permanecian en sus casas tejiendo mientras sus mugeres se empleaban fuera en trabajos mas duros.

“O vosotros, todos aquellos que os pareceis en cuanto la naturaleza y modo de vivir á las leyes ó costumbres de Egipto; porque allí los hombres se están sentados tejiendo en las casas, y las mugeres ejecutan siempre las cosas necesarias para la vida que hacen fuera de la casa.”

SOFOCLES, *Œdip. Col.* v. 337-341.

(4) Torquemada, *Monarqu. ind.*, lib. 13, cap. 32.—Clavijero, *Stor. del Messico*, tom. II, pp. 153-155. “Jamás padecieron hambre,” dice el último, “sino en pocas ocasiones.” Si estas hambres eran raras, fueron sí muy desastrosas y duraban mucho tiempo. Comp. *Ixtlilxochitl*, *Hist. chich.*, MS., cap. 41, 71 et alibi.

(5) Oviedo considera á la *musa* como una planta traída de otro pais, y Hernandez en su copioso catálogo, para nada la menciona; pero Humboldt que la ha visto con mas atencion, concluye, que si algunas especies de ella fueron importadas, otras eran indígenas. (*Essai Politique*, tom. II, pp. 382-388.) Si hemos de creer á Clavijero, el plátano es el fruto prohibido que tentó á nuestra madre Eva. *Stor. del Messico*, tom. I, p. 49, nota.

(6) *Rel. d'un gent. ap. Ramusio*, tom. III, fol. 306.—Hernandez De *Historiá Plantarum Novæ Hispaniæ*, (*Matriti*, 1790,) lib. 6, cap. 87.

(7) *Sahagun*, *Hist. de Nueva-España*, lib. 8, cap. 13, et alibi.

nivel de la mesa. Los aztecas eran tan curiosos en su preparacion y estaban tan bien instruidos en sus diferentes usos, como la mas experta ama de casa de la Nueva-Inglaterra. Sus gigantescos tallos ofrecen en estas regiones equinociales una materia azucarada que no se encuentra con la misma profusion en las latitudes del Norte, y proporcionaban á los nativos azúcar poco inferior á la de la misma caña, que no fué introducida entre ellos sino despues de la conquista (8). Pero el milagro de la naturaleza era el importante aloe mejicano, ó maguey, cuyas apiñadas pirámides de flores, elevándose sobre las obscuras coronas de sus hojas, se veian esparcidas sobre muchos y extensos acres de las mesas. Como hemos ya observado, estas hojas machacadas proporcionaban una pasta, de la cual se hacia papel (9), su jugo fermentado producía una bebida embriagante llamada pulque á que hasta el dia son sumamente afectos los nativos (10). Las mismas proporcionaban tambien un impenetrable techo para las mas pobres habitaciones: de sus glutinosas y trenzadas fibras se sacaba una especie de hilo con que se tejian toscas telas y fuertes cuerdas: de las puas conque terminan se hacian alfileres y agujas, y la raiz cuando se sazónaba bien, se convertía en una comida sabrosa y nutritiva. En suma, el maguey servía á los mejicanos de alimento, bebida, vestido y material en que escribir. Seguramente jamas la naturaleza reunió en tan pequeña forma tantos elementos de comodidad y civilizacion humana (11).

(8) Carta del Lic. Zuazo, MS. Compara la miel extraída del maiz á la de las abejas. (Véase Oviedo, Hist. natural de las Indias, cap. 4, ap. Barcia, tom. I.) Hernandez que celebra los diversos modos de preparar aquella planta, la deriva de la palabra *mahiz*, que pertenece al idioma de Hayti. Hist. Plantarum, lib. 6, cap. 44 y 45.

(9) Y aun se hace todavia, al menos en un lugar llamado San Angel, tres leguas de la capital. Otro molino debia haberse establecido pocos años ha en Puebla. Si actualmente se practica esto, lo ignoro. Véase el dictámen de la comision de agricultura del senado de los Estados-Unidos de 12 de marzo de 1838.

(10) Antes de la revolucion, los impuestos sobre el pulque formaban un ramo tan importante de las rentas, que solo las ciudades de Méjico, Puebla y Toluca pagaban al gobierno 817.739 ps. (Humboldt, Essai Politique, tom. II, p. 47.) Es necesario tiempo para que pueda agradar á los europeos el gusto particular de este licor, sobre cuyo mérito están por consiguiente divididos; pero entre los nativos es una sola la opinion. El lector ingles encontrará una buena noticia de su preparacion en Ward, „Méjico,” tom. II, pp. 55-60.

(11) Hernandez numera las diversas especies de maguey destinadas á estos distintos usos en su luminosa obra de Hist. Plantarum. (lib. 7, cap. 71 y sig.) El baron de Humboldt las considera á todas como especies del *agave americana*, comun en las partes meridionales de los Estados-Unidos y de Europa, (Essai Politique, tom. II, pp. 487 y sig.) cuya opinion le ha atraído una agria repension de nuestro compatriota el finado Dr. Perrine, quien las reputa como una especie distinta del *agave americana*, y mira una de sus clases, el *pita*, del cual se hace un hermoso hilo, como un género enteramente diverso. (Véase el dictámen de la comision de agricultura.) El baron puede hallar autoridad para todas las propiedades que concede al maguey en los

Ciertamente seria fuera de propósito enumerar en estas páginas la diversidad de plantas, muchas de ellas medicinales, conque Méjico ha enriquecido á Europa, y menos pudiera intentarse dar aquí un catálogo de sus flores, las cuales con sus variados y brillantes colores, forman la mayor atracción de nuestros jardines. Los opuestos climas comprendidos entre las estrechas latitudes de Nueva-España, le han dado probablemente las mas ricas y las mas variadas que pueden encontrarse en parte alguna del globo. Estas diferentes producciones estaban arregladas sistemáticamente por los aztecas, quienes conocian sus propiedades y las reunian en planteles mas extensos que cualquiera de los que existian entonces en el Antiguo Mundo. No es improbable que ellos hubieran sugerido la idea de los „jardines de plantas” introducidos en Europa, no muchos años despues de la conquista (12).

Los mejicanos tenian tanto conocimiento de los tesoros minerales, como de los vegetales de su pais. Las minas de Tasco les proporcionaban plata, plomo y estaño, y las montañas de Zacotollan cobre. Estos minerales se sacaban, no solo de las incultas masas de la superficie de la tierra, sino de las vetas trabajadas en las sólidas rocas, donde abrian extensas galerías; tanto que, los vestigios de sus obras, fueron las mejores guias de los primeros mineros españoles. El oro, encontrado en la superficie de la tierra, ó recogido en los lechos de los rios, era fundido en barras, ó conservado en polvo; hacia parte de los tributos ordinarios pagados por las provincias meridionales del imperio. El uso del hierro conque el suelo estaba impregnado, les era desconocido. Sin embargo de su abundancia, requiere tantas operaciones preparatorias para usarlo, que comunmente ha sido uno de los últimos metales acomodados al servicio del hombre: la edad del hierro realmente se ha seguido á la del bronce, como refiere la fábula (13).

Encontraron los mejicanos un sustituto en una liga de estaño y cobre; y con instrumentos hechos de este bronce podian cortar no solo los metales, sino con

escritores mas acreditados que han residido mas ó menos tiempo en Méjico. (Véase entre otros á Hernandez, ubi supra.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 9, cap. 2 y lib. 11, cap. 7.—Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 3. cap. 19.—Carta del Lic. Zuazo, MS. Hablando este último del maguey que produce el licor fermentado, dice expresamente. „De lo que queda de las dichas hojas, se aprovechan como de lino muy delgado ó de Holanda de que hacen lienzos muy finos para vestir, y bien delgados.” Sin embargo no puede negarse que el Dr. Perrine se muestra íntimamente familiarizado con la estructura y hábitos de las plantas de los trópicos, que con tan patriótico espíritu propuso introducir en la Florida.

(12) El primer establecimiento regular de esta clase, segun Carli, se hizo en Padua en 1545. Lettres Améric., tom. I, chap. 21.

(13) P. Martyr, de Orbe Novo, Decades, (Compluti, 1530,) déc. 5, p. 191.—Acosta, lib. 4, cap. 3.—Humbolt, Essai politique, tom. 3, pp. 114—125.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 13, cap 34.

„Los hombres trabajaban el bronce,” dice Hesiodo, “cuando no existia el negro hierro.”

la ayuda del polvo de un pedernal, las substancias mas duras, como el basalto, el pórfido, los ametistas y las esmeraldas (14). Estas últimas que se encontraban muy grandes las trabajaban en muchas formas curiosas y fantásticas. Fundian tambien vasijas de oro y plata, esculpiéndolas, con sus cinceles metálicos, de una manera muy delicada. Algunos de los vasos de plata eran tan grandes, que un hombre no podia ceñirlos con sus brazos. Imitaban muy bien las figuras de los animales, y lo que era mas extraordinario, sabian mezclar los metales de tal modo, que las plumas de un pájaro ó las escamas de un pescado, podian ser alternativamente de oro y plata. Los mismos orífices españoles confesaron la superioridad que tenían sobre ellos en estas obras ingeniosas (15).

Empleaban otra liga hecha de *itzli* ú obsidiana obscuro, mineral trasparente, sumamente duro y que se hallaba con abundancia en sus colinas, del cual hacian cuchillos, navajas y sierras, que tomaban un agudo filo, aunque pronto se embotaban. Con estos instrumentos trabajaban las diversas piedras y alabastros empleados en la construccion de sus obras públicas y principales edificios. Haré una relacion mas circunstanciada de estos en el cuerpo de la obra, y aquí solamente agregaré que las fachadas y ángulos de las casas, estaban pródigamente adornados con imágenes, unas veces de sus quiméricas deidades, y frecuentemente de animales (16), trabajadas estas últimas con toda propiedad. „Las primeras,” segun Torquemada, „eran la horrible reflexion de sus almas, y solo despues de haberse convertido al cristianismo, fué cuando pudieron modelar la verdadera figura del hombre” (17). Los hechos que refiere el anti-

El abate Reynal sostiene que la ignorancia del hierro debia necesariamente haber conservado á los mejicanos en un grado inferior de civilizacion, puesto que sin él „no podian hacer una obra en metal ó de albañilería, digna de verse.” (History of the Indies, Eng. trans, vol. 3, b. 6.) Sin embargo, si se conocia el hierro, fué poco usado por los antiguos egipcios, cuyos suntuosos monumentos fueron tajados con herramienta de bronce, entre tanto que sus armas y utensilios domésticos eran del mismo material, segun aparece del color verde que se les da en sus pinturas.

(14) Gama, Descrip., part. 2, pp. 25-29.—Torquemada, Monarq. ind., ubi supra.

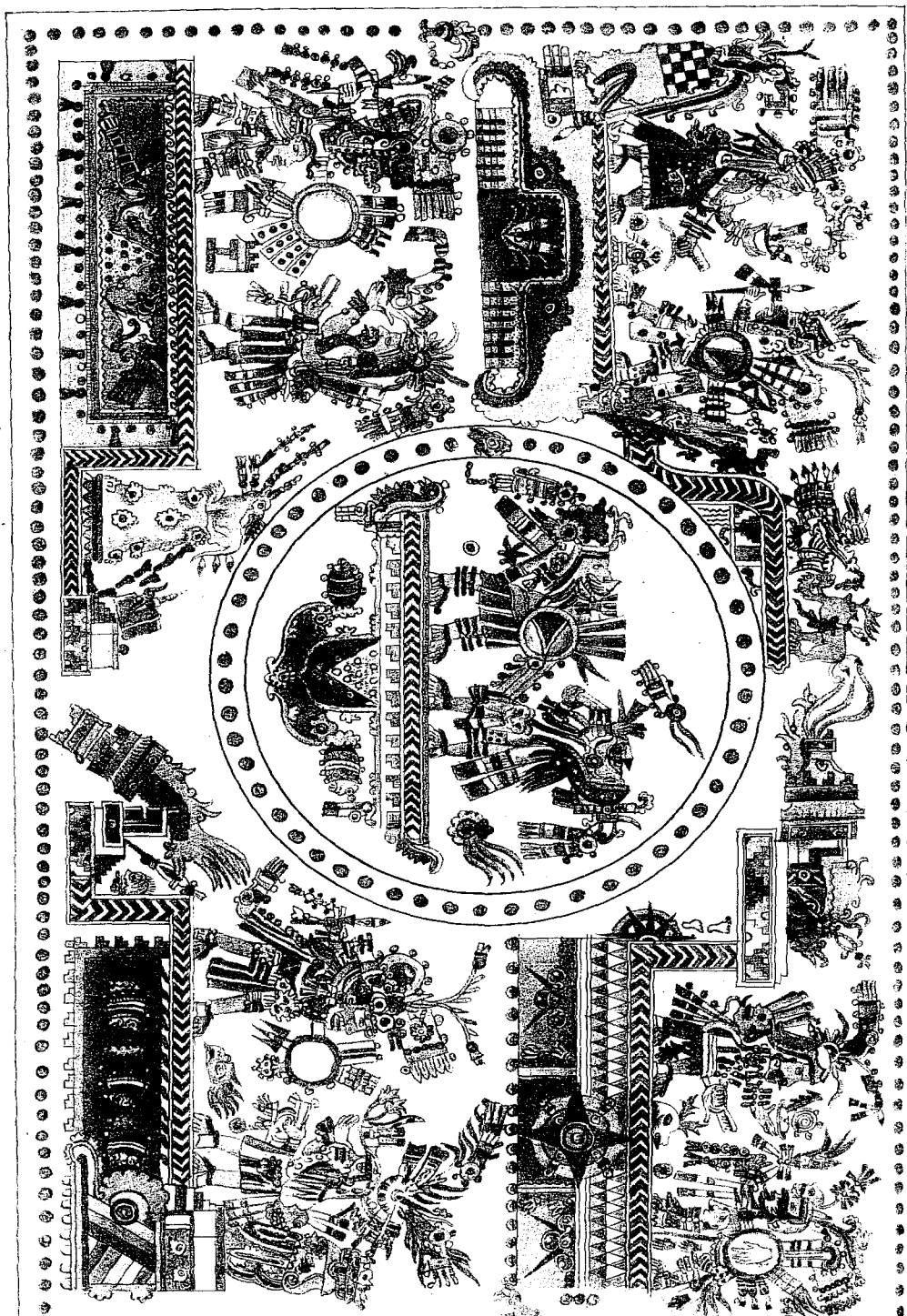
(15) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 9, cap. 15-17.—Boturini, Idea, p. 77.—Torquemada, Monarq. ind., lug. cit.

Herrera, quien dice que tambien podian esmaltar, recomienda la habilidad de los orífices mejicanos en hacer pájaros y animales con alas y miembros movibles de una manera muy curiosa. (Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 15). Sir John Maundeville, „asombrado como siempre con los portentos que él mismo inventa,” observa la „gret marvayle de encontrarse piezas semejantes de mecánica, en la corte del gran chane de Cathay. Véase su *voiage and travaile*, chap. 20.

(16) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 11.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 13, cap. 34.—Gama, Descripcion, part. 2, p. 27 y 28.

(17) „Parece que permitia Dios que la figura de sus cuerpos se asimilase á la que tenían sus almas, por el pecado en que siempre permanecian.” Monarq. ind., lib. 13, cap. 34.

Relieves en la piedra de los Gladiadores.



guo historiador están fundados, sea cual fuere lo que puede pensarse de sus razones. Las fantasmas alegóricas de la religion, dirigian indudablemente al artista azteca en la delineacion de la figura humana, ministrándole una belleza ideal para la representacion de la deidad misma. Cuando estas supersticiones perdieron su dominio sobre la mente de los mejicanos, la abrieron á la influencia de un gusto mas delicado, y despues de la conquista presentaron muchos modelos de retratos correctos y algunos de ellos hermosos.

Las imágenes esculpidas eran tan numerosas, que segun se dice, los cimientos de la catedral erigida en la plaza mayor de Méjico están formados con ellas (18). Este sitio puede sin duda considerarse como el *forum* (a) azteca, como el gran depósito de los tesoros de la escultura antigua que ahora yace oculta en su seno. Tales monumentos se hallan esparcidos por toda la capital, y apenas puede cavarse un nuevo sótano ó abrirse algun cimiento, sin remover las desmoronadas reliquias del arte bárbarico, que son poco apreciadas, y si no se hacen pedazos de un golpe, forman por lo comun parte de las paredes ó de los cimientos del nuevo edificio (19). Dos célebres bajos relieves del último Montezuma y su padre entallados en sólida roca que se hallaban en las hermosas arboledas de Chapoltepec, fueron deliberadamente destruidas el siglo pasado de orden del gobierno (20). Los monumentos del hombre bárbaro, son tan poco respetados del civilizado, como los de éste por aquel (21).

La pieza mas notable de escultura desenterrada hasta hoy, es el gran calendario de piedra de que hemos hablado en el capítulo anterior. Es de pórfido negro (b), y considerando las dimensiones que tendria al tomarla de la cantera, se calcula su peso en cerca de cincuenta toneladas. Fué trasladada de las montañas que se elevan mas allá del lago de Chalco á una distancia de muchas leguas, por un país quebrado é interceptado por arroyos y canales. Al pasar un puente

(18) Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 195.

(19) Gama, Descripcion, part. 1, p. 1.—Ademas de la plaza mayor, Gama señala la de Tlaltelolco como un gran cementerio de reliquias antiguas. Fué el lugar donde se retiraron los mejicanos cuando el sitio de la capital.

(20) Torquemada, Monarqu. ind., lib. 13, cap. 34.—Gama, Descripcion, part. 2, pp. 81-83.

Los antiguos escritores hablan con mucha frecuencia de estas estatuas. La última fué destruida en 1754, en cuya época la vió Gama, quien recomienda mucho su ejecucion. Ibid.

(21) Este furor de destruccion provoca la amarga crítica de Martyr, cuyo entendimiento ilustrado respetaba los vestigios de civilizacion donde quiera que los encontraba. „Los conquistadores,” dice, „pocas veces reparaban los edificios que destruian. Hubieran mas bien saqueado veinte grandes ciudades, que erigido un buen edificio.” De Orbe Novo, déc. 5, cap. 10.

(a) El foro romano está lleno de ruinas de la antigüedad, y á esto es á lo que hace aquí alusion el autor.

(b) Esta piedra es de lava volcánica de la clase del basalto, y de la misma son casi todos los antiguos monumentos de esta ciudad.

que atravesaba uno de estos últimos en la capital, faltaron los cimientos, y la enorme masa se precipitó en el agua, de donde con dificultad pudo sacarse. El hecho de que tan enorme fragmento de pórfido pudiera ser conducido con seguridad leguas enteras, superando tales obstáculos, y sin la ayuda de animales de carga, pues los aztecas como hemos dicho no los tenían, sugiere ideas no despreciables de su habilidad mecánica y de su maquinaria, y supone un grado de civilización poco inferior al que requieren las ciencias geométrica y astronómica desarrolladas en las inscripciones de esta misma piedra (22). (a)

Los antiguos mejicanos tenían utensilios de barro para los usos domésticos, de los cuales todavía existen numerosas muestras (23). Hacían tazas y vasos de madera barnizada ó pintada, impenetrables á la humedad, y de brillantes colores que sacaban de sustancias minerales y vegetales. Entre ellos se numeraba el rico carmesí de la cochinilla, moderno rival de la famosa púrpura de Tiro. A Europa se llevó de Méjico, donde el curioso pequeño insecto se mantenía con gran cuidado en los plantíos de nopal, pero despues se ha desatendido (24). Por lo mismo podían los nativos dar un colorido brillante á las telas que trabajaban perfectamente del algodón cosechado con abundancia en todas las regiones cálidas del país. Poseían también el arte de entretejer en ellas el delicado pelo de conejo y otros animales, formando así un tejido tan caliente como hermoso de una clase enteramente original, y en este colocaban frecuentemente ricos bordados de pájaros, flores ú otros caprichos de la imaginación (25).

(22) Gama, Descripción, part. 1, pp. 110-114.—Humboldt, Essai politique, tom. II, p. 40.

Diez mil hombres se emplearon en trasportar esta enorme masa segun Tezozomoc, cuya relación con todos los prodigios que la acompañan, ha trascrito minuciosamente el Lic. Bustamante, quien muestra tal apetito por lo maravilloso, que podía excitar la envidia de un monge de los siglos medios. (Véase la Descripción, nota, lugar citado.) El viajero inglés Latrobe combina las maravillas de la naturaleza y del arte, sugiriendo la idea de que estas grandes masas de piedras eran trasportadas por medio de mastodontes, cuyos restos se desentierran algunas veces en el valle de Méjico. Rambler, in Mexico, p. 145.

(23) Los Sres. Poinsett y Keating donaron una gran colección de piezas antiguas de barro con otras varias producciones del arte azteca, al gabinete de la sociedad filológica americana de Filadelfia, donde se conservan. Véase the Catalogue, ap. transactions, vol. III, p. 510.

(24) Hernandez, Hist. Plantarum, lib. 6, cap. 116.

(25) Carta del Lic. Zuazo, MS.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 15, —Boturini, Idea, p. 77.

Es dudoso hasta donde se extendía su conocimiento en la manufactura de la seda. Carli supone que lo que Cortés llama con este nombre, era solo el fino tejido de pelo ó plumion mencionado en el texto. (Lettres Améric. tom. I, let. 21.) Pero es cierto que tenían una especie de oruga diferente de nuestro gusano de seda, la cual

(a) La falta de máquinas puede suplirse con un gran número de brazos, y así era como conducían estas enormes masas.

Pero el arte en que mas se aventajaban, era en el de trabajar la pluma, con el cual podian producir todo el efecto de un hermoso mosaico. El vistoso plumage de los pájaros de los trópicos, especialmente de la familia de los papagayos, ministraba toda variedad de colores, y el del fino plumon guainambi, que vagaba en enjambres por las enramadas de madre-selva tan abundantes en Méjico, les proporcionaba los suaves y aereos tintes que daban á sus obras la última mano. Las plumas pegadas á una hermosa tela de algodón se convertian en vestidos para los ricos, en tapices para los salones, y en ornamentos para los templos. Ninguna de las manufacturas americanas excitó tal admiracion en Europa adonde los conquistadores enviaron numerosas muestras. Es de sentirse se hubiera dejado decaer un arte tan primoroso (26).

No habia tiendas en Méjico, sino que todas las diversas manufacturas y productos agricolas, se llevaban á vender á las grandes plazas de mercado de las principales ciudades. Cada cinco dias se celebraban ferias, á las que concurría una multitud de personas de las cercanías que iban á comprar ó á vender, señalándose á cada efecto un lugar determinado en la plaza. Los numerosos ajustes se hacian sin confusion, y con total arreglo á la justicia, bajo la inspeccion de magistrados que exclusivamente se dedicaban á este objeto. Haciae el comercio unas veces por permuta, y otras por medio de una especie de moneda corriente de diferente valor, que consistia en cañones de pluma llenos de polvo de oro, en pedazos de estaño cortado en la forma de una **T**; y en saquillos de cacao con un número determinado de granos. „Moneda bendita,” exclama Pedro Martyr, „que libertaba á sus poseedores de la avaricia, puesto que ni podia atesorarse por mucho tiempo, ni ocultarse en la tierra!” (27).

trabajaba un hilo que se vendia en los mercados de la antigua Méjico. Véase Essai politique, tom. III, pp. 66-69, donde el baron de Humboldt ha reunido algunos hechos interesantes con respecto á la cultura de la seda por los aztecas. Con todo, el que su fabricacion pudiera ser un punto incierto, de ninguna manera puede probar que no hubiera llegado á cierto grado de perfeccion y de generalidad.

(26) Carta del Lic. Zuazo, MS.—Acosta, lib. 4, cap. 37.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 9, cap. 18-21.—Toribio, Hist. de los ind., MS., part. 1, cap. 15, —Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 306.

El conde Carli se sintió arrebatado de entusiasmo cuando vió en Estrasburgo una muestra de pinturas de pluma. „Nunca,” dice, “he visto una cosa tan exquisita por la brillantez y hermosa graduacion del colorido y por la belleza del dibujo. Ningun artista europeo podia haber hecho una obra semejante.” Lettres Améric., let. 21, nota.) Hay todavia un lugar llamado Pátzcuaro, donde, segun Bustamante, se conserva algun conocimiento de este arte interesante, aunque se practica muy en pequeño y á grande costo. Sahagun, ubi supra, nota.

(27) „O felicem monetam, quæ suavem utilemque præbet humano generi potum, et a tartarea peste avaritiæ suos immunes servat possessores, quod suffodi aut diu servari nequeat.” De Orbe Novo, déc. 5, cap. 4.—(Véase tambien la carta de Cortés en Lorenzana, p. 100 y sig.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 8, cap. 36.—Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 3, cap. 8.—Carta del Lic. Zuazo, MS.) Lo que

No existia en Méjico la distincion de castas que se encuentra entre las naciones egipcia y asiática; pero sí era comun que el hijo siguiera la ocupacion del padre. Las diversas clases de artesanos estaban ordenadas en una especie de gremios, teniendo señalado cada una un barrio particular de la ciudad, con su superior, su deidad tutelar, sus festividades peculiares, &c. El ejercer algun oficio se tenia en gran estimacion entre los aztecas. „Aplicate, hijo mio,” era el consejo de un anciano maestro, „á la agricultura, al arte de trabajar la pluma, ó á otra profesion honesta, pues así lo hicieron tus mayores. De otra suerte, ¿cómo hubieran podido subsistir ellos y sus familias? Nunca se ha oido decir que la nobleza sola sea capaz de mantener al que la posee” (28). Sábias máximas que debieron haber sonado algo mal en el oido de un *hidalgo* español (29).

Pero la ocupacion especialmente respetada era la del comercio. Formaba un rasgo tan singular é importante de su economía social, que merece mencionarse con mas particularidad de la que han usado los historiadores. El comerciante azteca era una especie de mercader ambulante que hacia viajes á los puntos mas distantes del Anáhuac, y á los paises situados mas allá de sus confines, llevando consigo mercancías de ricas telas, joyas, esclavos, y otros valiosos efectos. Aquellos se compraban en el gran mercado de Azcapozalco, no muchas leguas distante de la capital, donde periódicamente se celebraban ferias para la venta de estos desgraciados seres. Eran llevados allí por sus dueños, vestidos con sus mas lucidos trajes, y enseñados á cantar, á bailar y á ostentar el pequeño acopio de sus adornos personales, á fin de llamar la atencion del comprador. El tráfico de esclavos era una honrosa profesion entre los aztecas (30).

Con este rico cargamento visitaba el comerciante las diversas provincias, llevando siempre algun valioso presente de su soberano para los gefes de aquellas, y recibiendo comunmente otros en remuneracion con el permiso de comerciar. Si este se le hubiera denegado ó se le hubiera tratado indignamente ó con violencia, tenia en su poder los medios de resistir. Hacia el viaje con cierto número de compañeros de su rango, y un gran séquito de sirvientes que se empleaba en trasportar los efectos; siendo la carga comun de un hombre, cincuenta ó sesenta libras. Toda la caravana iba armada y tan bien preparada contra las

substituia la moneda en el imperio Chino era igualmente simple en tiempo de Marco Polo, pues consistia en pedazos de papel estampado hecho de la corteza interior de la morera. Véase la obra, *Viaggi di Messer Marco Polo*, gentil'huomo venetiano, lib. 2, cap. 18, ap. Ramusio, tom. II.

(28) „Procurad de saber algun oficio honroso, como es el hacer obras de pluma y otros oficios mecánicos.... Mirad que tengais cuidado de lo tocante á la agricultura.... En ninguna parte he visto que alguno se mantenga por su nobleza.” Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, lib. 6, cap. 17.

(29) Col. de Mendoza, ap. *Antiq. of Mexico*, tom. I, lám. 71, y tom. VI, p. 86 —Torquemada, *Monarqu. ind.*, lib. 2, cap. 41.

(30) Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, lib. 9, cap. 4, 10-14.

hostilidades repentinas, que en caso necesario podia defenderse hasta recibir refuerzos de su pais. Un cuerpo de estos mercaderes militantes sitió una vez la ciudad de Ayotlan por cuatro años y al fin la tomó al enemigo (31). Su gobierno por otra parte estaba siempre pronto á emprender la guerra, aprovechándose de este pretexto que le proporcionaba el medio de extender el imperio mejicano. No era muy desusado permitir á los comerciantes levantar gente, la cual se ponía bajo su mando; y era por esto muy comun que el príncipe los empleara como espías para proporcionarse noticias del estado en que se hallaban los paises por donde transitaban, y la buena ó mala disposicion de sus habitantes hácia él (32).

De esta manera, la esfera de su accion se extendia mucho mas allá de la de un humilde negociante, y adquirian gran consideracion en el cuerpo político. Se les permitia usar insignias y divisas particulares; y al menos, en Tezcucó, componian algunos de ellos lo que los escritores españoles llamaron consejo de hacienda (33). Eran consultados con frecuencia por el monarca: constantemente tenia á varios de ellos cerca de su persona; y cuando les hablaba, dábales el título de „tio,” que puede recordar el de „primo,” con el que un grande de España es saludado por su soberano. Se les permitia tener sus tribunales privativos, que determinaban todos los negocios civiles y criminales, sin exceptuar las causas de delitos capitales. Así es que, formaban una comunión independiente, compuesta al parecer de solo ellos; y como que sus diferentes comercios les proporcionaban abundantes fuentes de riqueza, gozaban muchas de las ventajas mas esenciales de una aristocracia hereditaria (34).

Es ciertamente una anomalía en la historia que el comercio abriera el camino para una posicion social preeminente, en una nacion no del todo civilizada, donde los nombres de soldado y sacerdote eran por lo comun los únicos títulos para hacerse respetable. Ella forma algun contraste con la regla fija de las mo-

(31) Ibid, lib. 9, cap. 2.

(32) Ibid, lib. 9, cap. 2 y 4.

En el códice de Mendoza hay una pintura que representa la ejecucion de un cacique y su familia, con la destruccion de su ciudad, por haber maltratado á unos mercaderes aztecas. *Antiq. of Mexico*, vol. I, lám. 67.

(33) Torquemada, *Monarqu.*, ind. lib. 2, cap. 41.

Itxlilxochitl refiere la curiosa historia de uno de los de la familia real de Tezcucó que ofreció visitar en union de otros dos mercaderes la corte de un cacique enemigo, y traerlo vivo ó muerto á la capital. Se aprovecharon de una orgia en la cual debieron haber sido sacrificados, para efectuar su intento. *Hist. chich.*, MS., cap. 62.

(34) Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, lib. 9, cap. 2 y 5.

El libro noveno se ocupa con la relacion de los comerciantes, sus viajes, los ritos religiosos celebrados al tiempo de su partida, y el suntuoso modo con que vivian á su regreso. El conjunto presenta una pintura muy notable, mostrando que gozaban mucha consideracion entre las naciones medio civilizadas del Anáhuac, con la cual no hay paralelo sino en la que se presta á los príncipes mercaderes de una república italiana ó á los opulentos negociantes de la nuestra.

narquías mas cultas del Antiguo Mundo, en las cuales se supone ser menos deshonrada la nobleza de una persona con una vida de ocioso abandono ó de frívolos placeres, que con aquellos activos ejercicios que promueven al mismo tiempo la prosperidad del estado y la individual. Es necesario confesar, que si la civilizacion corrige muchas preocupaciones, tambien cria otras muchas.

Podráse formar una idea mas exacta del refinamiento que tenían los nativos, penetrando en su vida doméstica y observando el trato de ambos sexos: afortunadamente sobran los medios de hacer este exámen. Allí se encontrará al feroz azteca desplegando toda la sensibilidad de una naturaleza cultivada, consolando á sus amigos en la afliccion, ó congratulándose con ellos por su buena fortuna, como en el caso de un matrimonio, ó en el del nacimiento ó bautismo de un niño. Entonces era puntual en sus visitas, llevando presentes de vestidos y adornos costosos, ó simples ofrendas de flores, no menos significativas de su afecto. Estas visitas, aunque reguladas con toda la precision de la cortesía oriental, eran acompañadas de expresiones de la mas cordial y sincera amistad (35).

La disciplina de los niños, especialmente en las escuelas públicas, como se ha visto en el capítulo anterior, era excesivamente rígida (36); pero luego que la doncella azteca habia llegado á la edad de la discrecion, era tratada por sus padres con una ternura sin reserva. En los consejos que daban á una hija cuando estaba próxima á ser introducida en la sociedad, la conjuraban á conservar sencillez en sus maneras y conversacion, uniforme limpieza en sus atavíos y estricta atencion á su aseo personal. Le inculcaban la modestia, como el principal ornamento de una muger, y una implícita reverencia hácia su marido; suavizando sus amonestaciones con palabras bastante amorosas, para mostrar la intensidad del amor paternal (37).

(35) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 6, cap. 23-37.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

Estas cortesés atenciones se pagaban en épocas fijas y aun durante el embarazo. Sahagun refiere los pormenores, prolijamente y con mucha gravedad, descendiendo á circunstancias que su editor mejicano Bustamante ha excluido como demasiado libres para el público. Si lo son mas que algunas de las notas del editor, ciertamente debian ser muy poco honestas.

(36) Zurita, Rapport, pp. 112-134.

La tercera parte de la Col. de Mendoza, (Antiq. of Mexico, vol. I,) contiene los varios é ingeniosos castigos inventados para la correccion de los niños obstinados. El florido camino del saber estaba muy sembrado de espinas para el jóven mejicano.

(37) Zurita, Rapport, pp. 151-160.

Sahagun trae las amonestaciones que tanto el padre como la madre dirigian á la doncella azteca cuando llegaba á la edad madura. ¿Qué lenguaje puede haber mas tierno que aquel con que principia la exhortacion de la madre? „Hija mia muy amada, muy querida palomita: ya has oido y notado las palabras que tu señor padre te ha dicho; ellas son palabras preciosas, y que rara vez se dicen ni se oyen, las cuales han procedido de las entrañas y corazon en que estaban atesoradas; y tu muy amado

Era permitida entre los mejicanos la poligamia, aunque es probable que se limitara á las clases mas ricas (38); y las obligaciones del voto conyugal, que se hacia con toda la formalidad de una ceremonia religiosa, eran muy bien sabidas y quedaban profundamente impresas en los corazones de ambas partes. Los españoles pintan á las mugeres, hermosas, no muy parecidas á sus desgraciadas descendientes de la época presente, aunque con la misma gravedad, ó mas bien, melancólica expresion de semblante. Sus largos y negros cabellos, que en algunas partes del pais cubrian con un velo tejido del finisimo hilo de la *pi-ta*, veíanse generalmente enlazados con flores, ó entre la gente rica, con hilos de piedras preciosas y perlas, tomadas en el Golfo de California. Parece que eran tratadas con mucha consideracion por sus maridos, y pasaban su tiempo en indolente tranquilidad ó en las ocupaciones propias de su sexo, como las de hilar, bordar y otras semejantes, entre tanto que las doncellas se ocupaban en estudiar los romances y cantos tradicionales (39).

Las mugeres participaban igualmente que los hombres de las diversiones y convites familiares, que muchas veces se daban con lujo, tanto por el número de asistentes, como por la suntuosidad de los preparativos. Multitud de criados de ambos sexos servian el banquete: los salones eran impregnados con perfumes, y los patios sembrados de yerbas y flores olorosas, que tambien se distribuian con profusion entre los convidados, conforme iban llegando. Luego que tomaban sus asientos en la mesa, se colocaban delante de ellos toallas de algodón y bandejas con agua para la venerable ceremonia de la ablucion (40), ob-

padre, bien sabe que eres su hija, engendrada de él, eres su sangre y su carne, y sabe Dios nuestro Señor que es así; aunque eres muger é imágen de tu padre. ¿Qué mas te puedo decir, hija mia, de lo que ya está dicho?" (Hist. de Nueva España, lib. 6, cap. 19.) Este interesante documento que reúne gran parte de lo que se juzga mas esencial entre las naciones civilizadas, lo encontrará el lector en el Apéndice, parte 2, número 1.

(38) Tambien advertimos entre los consejos de un padre á su hijo, la notable declaracion de que para la multiplicacion de la especie, Dios habia ordenado que el hombre tuviera una sola muger. „Nota, hijo mio, lo que te digo, mira que el mundo ya tiene este estilo de engendrar y multiplicar, y para esta generacion y multiplicacion, ordenó Dios que una muger usase de un varón, y un varón de una muger." Ibid., lib. 6, cap. 21.

(39) Ibid., lib. 6, cap. 21-23, y lib. 8, cap. 23.—Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 305.—Carta del Lic. Zuazo, MS.

(40) Tan antigua por lo menos como los siglos heroicos de la Grecia. Podemos figurarnos en la mesa de Penélope, donde antes de comenzar la comida se llevaba la agua en jarras de oro y se vaciaba en bandejas de plata para el servicio de los huéspedes.

„La criada trayendo una jarra hermosa de oro echaba el agua en el lebrillo de plata para lavarse, y junto á él ponía una mesa pulida."

Hom. Od.

Estas fiestas presentan otros muchos puntos de analogía con las de los aztecas, infiriéndose de aquí un estado igual de civilizacion en las dos naciones. Con todo, aca-

servada escrupulosamente por los aztecas antes y despues de la comida (41). Entonces se ofrecia á la concurrencia tabaco en pipas, mezclado con sustancias aromáticas, ó en forma de cigarros, puestos en tubos de plata ó de concha de tortuga. Comprimian la nariz con los dedos mientras atraian el humo, que comunmente tragaban; mas no sabemos si á las mugeres que se sentaban en la mesa con separacion de los hombres se les permitia el uso de la fragante yerba, como en las reuniones mas escogidas de la moderna Méjico. Es muy curioso el hecho de que los aztecas tomaban la hoja seca en la forma del rapé (42).

La mesa estaba bien provista de carnes sustanciosas, especialmente de aves y animales de caza, siendo el mas delicado el pavo, que en razon de su nombre, equivocadamente se supone ser originario del Oriente (43). Al lado de los platos

so sorprenderá encontrar mayor profusion de metales preciosos en la estéril isla de Itaca que en Méjico, pero la fantasia del poeta era mas rica que aquellas dos.

(41) Sahagún, Hist. de Nueva-España, lib. 6, cap. 22.

Entre algunos excelentes consejos de un padre á su hijo sobre su comportamiento, en general encontramos que le amonestaba escrupulosamente á no tomar asiento en la mesa sin haber lavado su cara y manos, y á no dejarla sin haber repetido la misma ablucion y limpiándose los dientes. Estas instrucciones estaban dadas con la precision digna de un asiático. „Al principio de la comida lavarte has las manos y la boca, y donde te juntares con otros á comer, no te sientes luego; mas antes tomarás el agua y la jícara para que se laven los otros, y echarles has agua á las manos, y despues de esto, cogerás lo que se ha caido por el suelo y barrerás el lugar de la comida, y tambien despues de comer lavarás las manos y la boca, y limpiarás los dientes.” Ibid., loc. cit.

(42) Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 306.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 4, cap. 37.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 13, cap. 23.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 227.

Los aztecas acostumbraban fumar despues de la comida, para preparar la siesta, que dormian tan regularmente como un antiguo castellano. La palabra tabaco, en mejicano *yettl*, se deriva del nombre que en Hayti se da á la planta. Los nativos de la Española, siendo los primeros con quienes los españoles tuvieron frecuente trato, han proporcionado á Europa los nombres de muchas plantas importantes. El tabaco, en una ú otra forma, era usado por casi todas las tribus del continente americano, desde la costa Noroeste hasta la Patagonia. (Véase á McCulloh, Researches, pp. 91-94.) Sus muchas virtudes, tanto medicinales como para el uso familiar, son extensamente alabadas por Hernandez en su Hist. Plantarum, lib. 2, cap. 109.

(43) Este útil animal fué llevado á Europa de Méjico. Los españoles lo llamaron *gallo-pavo*, en razon de su semejanza con el pavo real. Véase Rel. d'un gent., ap. Ramusio: (tom. III, fol. 306:) tambien á Oviedo, (Rel. sumaria, cap. 38,) primer naturalista, que da una relacion de este pájaro, al cual vió poco despues de la conquista en las Indias occidentales, adonde fué llevado, como él mismo dice, de Nueva-España. Los europeos pronto olvidaron su origen; y el nombre „pavo” dió ocasion á la creencia comun de su origen oriental. Varios célebres escritores han sostenido que vino de la Asia ó de la África; pero no pudieron convencer al sagaz y mas instruido Buffon. (Véase su Histoire Naturelle, art. *Dindon*.) Los españoles vieron inmenso número

mas sólidos se colocaban otros de vegetales y frutas de todas las deliciosas clases que se encuentran en el continente norte-americano. Preparaban las viandas de diversas maneras, con salsas y sazones delicados de que gustaban mucho los mejicanos; pero eran mas gratas á su paladar las confituras y masas para las cuales la harina de maíz y la azúcar les ministraban amplios materiales. Otro plato demasiado repugnante se agregaba algunas veces al festin, especialmente cuando la celebridad participaba del carácter religioso. En tales ocasiones se sacrificaba un esclavo, y su carne diestramente preparada, formaba uno de los principales adornos del banquete. El canibalismo, con el aspecto de la ciencia epicúrea, viene á ser mas aborrecible (44).

Se conservaban calientes las viandas por medio de escalfadores, y la mesa estaba adornada con grandes vasos de plata y algunas veces de oro de un trabajo exquisito. Las copas para beber y las cucharas, eran de los mismos ricos materiales, ó de concha de tortuga. La bebida favorita, era el chocolate mezclado con vainilla y diferentes especias para darle mejor sabor. Tenian un modo de preparar su espuma hasta hacerla bastante sólida para comerla y tomarla fria (45). El jugo fermentado del maguey con una mezcla de dulces y ácidos, proporcionaba tambien varios licores agradables de mas ó menos fuerza, y formaban la principal bebida de los concurrentes de mayor edad (46).

de pavos domesticados cuando llegaron á Méjico, donde eran mas comunes que otra cualquiera volatería. Se encontraban silvestres no solo en Nueva-España, sino por todo el continente en los lugares menos frecuentados, desde la parte Noroeste de los Estados-Unidos hasta Panamá. El pavo silvestre es mas grande, mas hermoso, y bajo todos aspectos mas bello que el doméstico. Franklin de una manera picante, aunque aguda, insiste en darle preferencia sobre el águila, para emblema nacional. (Véanse sus obras, tom X, p. 63, en la excelente edicion de Sparks.) Noticias interesantes de la historia y propiedades del pavo silvestre, pueden encontrarse en la ornitología de Buonaparte y la del entusiasta admirador de la naturaleza, Audubon, *vox Meleagris, Gallopavo*.

(44) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 4, cap. 37; lib. 8, cap. 13, y lib. 9, cap. 10-14.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 13, cap. 23.—Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 306.

El padre Sahagun se ha extendido sobre muchos pormenores acerca de la *cocina* de los aztecas, y el modo de preparar varios platos sabrosos, formando un conjunto de noticias no despreciable para la noble ciencia de la gastronomía.

(45) La espuma, delicadamente sazonada con especias y otros ingredientes, se tomaba fria: tenia una consistencia casi sólida; y el „conquistador anónimo” advierte con el mayor cuidado la importancia de „abrir mucho la boca, á fin de facilitar la deglucion, y que la espuma pueda disolverse gradualmente y descender poco á poco al estómago.” Era tan nutritiva, que una sola taza era bastante para sustentar á un hombre en la marcha mas larga de un dia. (fol. 306.) El antiguo veterano habla de la bebida *con amore*.

(46) Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 4, cap. 37, y lib. 8, cap. 13.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 13, cap. 23.—Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 306.

Tan pronto como habian concluido la comida, los jóvenes se levantaban de la mesa para terminar la funcion con baile. Danzaban graciosamente al compas de varios instrumentos, acompañando sus movimientos con cantos, que aunque agradables, eran algo melancólicos (47). Los convidados de mayor edad permanecian en la mesa tomando pulque y hablando sobre los tiempos pasados, hasta que la virtud de la alegre bebida los reconciliaba con la época en que vivian.

No era rara la embriaguez en esta parte de la concurrencia, siendo muy singular que se excusaba en las personas de edad y se castigaba severamente en los jóvenes. Terminaba el convite con una liberal distribucion de ricos vestidos y adornos que se hacia entre los convidados, cuando se retiraban hácia la media noche, „algunos elogiando la fiesta, y otros condenando el mal gusto ó extravagancia de su huésped, de la misma manera,” dice un antiguo escritor español, „que entre nosotros” (48). La naturaleza humana indudablemente es casi la misma en todo el mundo.

En esta notable pintura de costumbres que fielmente he copiado, de los anales de fecha mas inmediata á la conquista, no se encuentra semejanza con las de las otras razas de los indios de Norte-América. Alguna puede trazarse con el estilo general de la pompa y lujo de Asia; pero en esta parte del mundo la muger, lejos de ser admitida á una comunicacion sin reserva con el otro sexo, es con demasiada frecuencia celosamente confinada á los muros del Harem. La cultura europea que concede á la obra mas perfecta y amable de la creacion, su propio rango en la escala social, dista mucho de algunos de los usos brutales de los aztecas, siendo inconcebible cómo podian combinarse tales costumbres con el grado de refinamiento que mostraban en otras cosas. Puede solo considerarse como el resultado de la supersticion religiosa que anubla las percepciones mo-

(47) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 8.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 14, cap. 11.

Los nobles mejicanos hospedaban en sus casas trovadores que componían canciones, acomodadas á la época ó á las proezas de su señor, y las cantaban en las festividades y bailes, acompañados de algun instrumento músico. Regularmente en casi todas las diversiones se danzaba mas ó menos, y esto se hacia en los patios de las casas, ó en las plazas de la ciudad. (Ibid. ubi supra.) Los señores principales tenian tambien á su servicio bufones y juglares que los divertian, y admiraron á los españoles con sus juegos de destreza y fuerza. (Acosta, lib. 6, cap. 28.) Tambien Clavijero, (Stor. del Messico, tom. II, p. 179-186,) quien ha diseñado varias representaciones de sus prodigios verdaderamente sorprendentes. Es muy natural que un pueblo de limitado refinamiento fundara sus goces en los placeres materiales, mas bien que en los intelectuales, y consiguientemente que sobresaliera en ellos. Las naciones asiáticas, como las del Indostan y la China, por ejemplo, exceden á las mas cultas de Europa en los juegos de agilidad y de manos.

(48) „Y de esta manera pasaban gran rato de la noche, y se despedian, é iban á sus casas, unos alabando la fiesta, y otros murmurando de las demasías y excesos, cosa muy ordinaria en los que á semejantes actos se juntan.” Torquemada, Monarq. ind., lib. 13, cap. 23.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 9, cap. 10-14.

rales y pervierte los sentidos hasta tal punto, que el mismo hombre civilizado los concilia con las cosas mas contrarias á la humanidad. Por tanto, los hábitos y opiniones fundadas en la religion, no deben reputarse como prueba concluyente del refinamiento de un pueblo.

El carácter azteca era enteramente original y único en su clase: se formaba de incongruencias al parecer incompatibles: mezclaba en uno los rasgos notables de naciones diferentes, no solo del mismo grado de civilizacion, sino tan distante una de la otra como los extremos de la barbarie y de una refinada cultura. Igual observacion extraordinaria puede hacerse respecto de su admirable clima, capaz de producir en una superficie de pocas leguas cuadradas, la interminable variedad de producciones vegetales propias de las heladas regiones del Norte, de la zona templada de Europa, y del cielo abrasador de la Arabia y el Indostan.

Una de las obras que he consultado frecuentemente y á que me he referido en esta introduccion, es la de Boturini, *Idea de una nueva Historia general de la América Septentrional*. Las singulares persecuciones que sufrió este escritor mas que el mérito de la obra, ha asociado inseparablemente su nombre á la historia literaria de Méjico. El caballero Lorenzo Boturini Benaduci, era milanés de nacimiento, descendia de una familia antigua, y poseía mucha instruccion. De Madrid, donde residia, pasó á Nueva-España el año de 1735, encargado de algunos negocios de la condesa de Santibañez, descendiente por línea recta de Montezuma. Entre tanto que se empleaba en estos asuntos, visitó el célebre santuario de nuestra señora de Guadalupe, y como era naturalmente devoto y entusiasta, tuvo el deseo de recoger pruebas con que atestiguar el maravilloso hecho de su aparicion. En el curso de los viajes que hizo con este objeto, encontró muchas reliquias de antigüedades aztecas, y concibió (lo que para un protestante por lo menos pareceria mucho mas racional) la idea de reunir todos los monumentos que pudiera encontrar de la primitiva civilizacion del pais.

En prosecucion de este doble objeto, penetró hasta los lugares mas remotos del pais, viviendo mucho tiempo con los nativos, pasando las noches algunas veces en sus chozas, y otras en profundas cavernas, ó en la obscuridad de las solitarias selvas. Frecuentemente transcurrían meses sin que pudiera agregar cosa alguna á su coleccion, pues los indios habian sufrido demasiado para no ser cautos con los europeos. Sin embargo, su largo trato con aquellos, le ofreció amplias oportunidades de aprender su idioma y sus tradiciones populares, y al fin de proporcionarse un gran acopio de materiales formado de mapas, de geroglíficos hechos en algodón, pieles y telas de hilo de maguey, además de una reunion considerable de manuscritos de los indios, escritos despues de la conquista, á los que deben agregarse los preciosos documentos que ponian fuera de disputa la aparicion milagrosa de la Virgen. Con este tesoro volvió á la capital despues de un viaje de ocho años.

Al mismo tiempo su celo lo habia inducido á solicitar de Roma una bula que autorizase la coronacion de la sagrada imagen de Guadalupe; cuya bula, aunque fué sancionada por la audiencia de Nueva-España, nunca se aprobó por el consejo de Indias; y á consecuencia de esta falta de solemnidad, fué arrestado Boturini en la mitad de sus trabajos, se recogieron sus papeles, y como rehusó dar un inventario de ellos, fué

conducido á una prision y encerrado en el mismo cuarto en que estaban dos criminales. No mucho despues fué enviado á España. Allí presentó un memorial al consejo de Indias, manifestando los muchos agravios que habia sufrido, y solicitando su reparacion. Entonces compuso su „Idea,” de que ya se ha hecho mencion, en la cual presentó un catálogo del museo que habia adquirido en Nueva-España, declarando con una vehemencia afectada, que „no cambiaria estos tesoros por todo el oro y plata, diamantes y perlas del Nuevo-Mundo.

Despues de alguna demora dió el consejo una decision favorable á Boturini, absolviéndolo de toda violacion premeditada de ley, y haciendo un grande elogio de sus méritos. Con todo, no se le devolvieron sus papéles, y solo se sirvió S. M. graciosamente nombrarle historiador general de las Indias con el sueldo de mil pesos anuales, suma demasiado corta para poder regresar á Méjico. Permaneció en Madrid, y allí completó el año de 1749, el primer volumen de una „Historia general de la América Septentrional.” No mucho despues de este acontecimiento, y antes de la publicacion de la obra falleció. Con la misma injusticia se trató á sus herederos; y no obstante las repetidas solicitudes hechas en su favor, ni se les entregó la coleccion de su infortunado pariente, ni recibieron por ella remuneracion alguna; y lo que fué peor, por lo que respecta al público, la misma coleccion se guardó en cuartos del palacio vireinal de Méjico, tan húmedos, que gradualmente se redujeron á pedazos, y los pocos restos fueron mas adelante disminuidos por el pillaje de los curiosos. Cuando el baron Humboldt visitó á Méjico, ni aun la octava parte de este inestimable tesoro existia.

He sido tan minucioso al hablar sobre el infortunado Boturini, porque su historia ofrece el ejemplo mas notable de los graves obstáculos y persecuciones que las empresas literarias, cuyo objeto sea el estudio de las antigüedades nacionales, han tenido por una ó por otra causa que vencer y sufrir en Nueva-España. No llegó á imprimirse el volumen manuscrito de Boturini, y probablemente tampoco lo será aun cuando exista; pero de ello apenas resultará detrimento á la ciencia y á la reputacion del autor. Él era un hombre de un carácter activo, sumamente inclinado á lo maravilloso, con poca de la agudeza necesaria para penetrar en los intrincados laberintos de las antigüedades, ó del espíritu filosófico indispensable para pesar con calma sus dudas y dificultades. Su obra ofrece una muestra de su entendimiento singular. Con abundante erudicion mal escogida y mal ordenada, es una mezcla de ficciones pueriles, detalles interesantes, falsas ilusiones y quiméricas teorías; pero casi no es justo juzgar por las estrictas reglas de la critica, una obra que, formada apresuradamente como un catálogo de tesoros literarios, fué destinada por el autor á enseñar lo que podia hacerse, mas bien que lo que él mismo habia hecho. Es muy raro que el talento de accion y el contemplativo, se reunan en una misma persona. Boturini por su entusiasmo y perseverancia era demasiado á propósito para recoger los materiales que pudieran ilustrar las antigüedades del pais: se requiere un entendimiento superior para aprovecharse de ellos.

CAPITULO VI.

TEZCUCANOS.—SU EDAD DE ORO.—PRÍNCIPES ILUSTRES.—DECADENCIA DE SU MONARQUÍA.

Solo podria formar el lector una idea imperfecta de la civilizacion del Anáhuac, si no se dieran algunas noticias sobre los acolhuas ó tezcucaños, segun se llaman comunmente, nacion de la misma gran familia de los aztecas, con quienes rivalizaban en poder y á quienes excedian en cultura intelectual y en las artes del refinamiento social. Afortunadamente encontramos copiosos materiales para ello en los escritos de Ixtlilxochitl, descendiente por línea recta de la familia real de Tezcuco, quien floreció en el siglo de la conquista. A todos los medios de adquirir noticias, reunia mucha industria y laboriosidad; y si en su narracion se nota el orgulloso esfuerzo de uno que quisiera revivir las marchitas glorias de su antigua pero arruinada casa, ha sido uniformemente encomiada por la belleza de su estilo é integridad, y tambien ha sido seguida sin recelo por los escritores españoles que pudieron tener presente el manuscrito (1). Yo me limitaré á solo aquellos rasgos prominentes de los dos reinos, que puede decirse abrazaban la edad de oro de Tezcuco, sin adelantarme á pesar la probabilidad de los detalles, cuyo cálculo dejo hacer al lector segun la medida de su fe histórica.

Los acolhuas llegaron al valle como hemos visto, casi á fines del siglo XII, y erigieron su capital Tezcuco sobre la márgen oriental del lago frente á frente de Méjico. Desde este punto se fueron extendiendo gradualmente hácia la parte septentrional del Anáhuac, hasta que fué suspendida su carrera por la invasion de una raza de su mismo origen, la de los tepanecas, los que despues de un desesperado encuentro tomaron la ciudad, dieron muerte á su soberano, y subyugaron todo el reino (2). Este acontecimiento tuvo lugar por el año de 1418, y el jóven príncipe Nezahualcoyotl, heredero de la corona, entonces de quince años de edad, vió dar muerte á su padre ante sus propios ojos, entre tanto que él mismo estaba oculto bajo las protectoras ramas de un árbol que sombreaba el sitio (3).

(1) El juicio crítico sobre este escritor puede verse en el post scriptum del capítulo presente.

(2) Véase el cap. 1 de esta introduccion, p. 8.

(3) Ixtlilxochitl, Relaciones, MS. núm. 9.—El mismo, Hist. chich., MS., cap. 19.

Su historia posterior está llena de un valor romántico y de tan peligrosas aventuras como la del famoso Scanderbeg, ó del "jóven Caballero (4)."

No mucho despues de haber huido del campo donde vió derramar la sangre de su padre, cayó el príncipe tezcucano en manos de su enemigo: fué llevado en triunfo á la ciudad, y sepultado en un calabozo, de donde se escapó auxiliado del gobernador de la fortaleza, antiguo servidor de su familia, que tomó el lugar del real prófugo y pagó su lealtad con la vida. Al fin se le permitió por intercesion de la familia reinante de Méjico, de la cual era aliado, retirarse á esta capital y subsiguientemente á la suya, donde encontró asilo en el palacio de sus abuelos. Aquí permaneció sin ser molestado ocho años, continuando sus estudios bajo la direccion de un anciano preceptor que habia cuidado de sus primeros años, quien lo instruyó en los varios deberes correspondientes á su dignidad de príncipe (5).

Al fin de este periodo murió el usurpador tepaneca, legando el imperio á su hijo Maxtla, hombre de genio cruel y suspicaz. En su ascension al trono, Nezahualcoyotl se apresuró á tributarle obediencia; pero el tirano rehusó recibir el pequeño presente de flores que tendió á sus piés, y le volvió la espalda á presencia de sus principales caudillos. Uno de los que le acompañaban, afecto al jóven príncipe, le amonestó á consultar su propia seguridad, retirándose con la brevedad posible del palacio donde su vida estaba expuesta. Consiguientemente no perdió tiempo en alejarse de la inhospitalaria corte y regresó á Tezcucoc. Maxtla, sin embargo, habia determinado su destruccion: veía con envidiosos ojos el desarrollo de los talentos de su rival, sus maneras populares, y el afecto que de día en día iba ganando entre sus antiguos súbditos (6).

Formó, pues, el plan de deshacerse de él en un convite nocturno, proyecto que frustró la vigilancia del tutor del príncipe, seduciendo á los asesinos y substituyendo otra víctima en lugar de su pupilo (7). El burlado tirano arrojó entonces la máscara, y envió una numerosa partida de soldados á Tezcucoc con órden de entrar al palacio, apoderarse de la persona de Nezahualcoyotl é inmolarlo en el mismo acto. El príncipe que tuvo conocimiento de esta trama por el constante cuidado de su preceptor, lejos de huir como se le aconsejaba, resolvió esperar á sus enemigos. Cuando llegaron estos, lo encontraron jugan-

(4) Sismondi, con su acostumbrado ingenio relata las aventuras del primero de los dos héroes. (Républiques italiennes, chap. 79.) Casi no es necesario para las del último referir al lector ingles á Chambers, „History of the Rebellion of 1745," obra que prueba cuán débil es la division que en la vida humana separa el romance de la realidad.

(5) Ixtlilxochitl, Relaciones, MS. núm. 10.

(6) El mismo, Relaciones, MS. núm. 10.—Hist. chich., MS., cap. 20-24.

(7) El mismo, Hist. chich., MS., cap. 25. Pudo conseguir su intento, por la extraordinaria semejanza que habia entre el príncipe y la persona que le substituyó; fuente fructífera de interes cómico; pero raramente de trágico como todo elector de dramas sabe.

do á la pelota en el atrio del palacio: los recibió cortesmente, y los invitó á pasar adentro á tomar algun refresco y á descansar de su viaje. Mientras se ocupaban en esto, se dirigió á un salon inmediato, lo que no excitó sospecha, porque aun podian verle en razon de estar abiertas las puertas que comunicaban un aposento con otro. Un incensario estaba colocado en el paso, cuyo fuego, soplado por los sirvientes, levantó densas nubes de incienso que impidieron á los soldados ver los movimientos del príncipe. Al favor de este amistoso velo pudo verificar su fuga por un pasadizo secreto que se comunicaba con un gran tubo de barro destinado antiguamente á conducir agua al palacio (8). Aquí permaneció hasta la caída de la noche, y entonces aprovechándose de la obscuridad, se encaminó á los suburbios, y buscó asilo en la choza de uno de los vasallos de su padre.

Enfurecido el monarca tepaneca con este segundo escape, ordenó su inmediata persecucion. Ofreció precio por la cabeza del real fugitivo, prometiendo que cualquiera que le aprehendiese vivo ó muerto, por humilde que fuera su clase, obtendria la mano de una noble señora, y con ella un extenso dominio. Tropas de hombres armados recibieron órden de recorrer el pais en todas direcciones, y en el curso de las pesquisas, la choza en que se habia refugiado el príncipe, fué registrada. Afortunadamente se libró de ser descubierto, ocultándose en un monton de hilos de maguey de los que usaban para hacer telas; mas como este no era ya lugar propio para ocultarse, buscó un abrigo en el montañoso y selvático distrito situado entre los confines de su estado y de Tlascalala (9).

Aquí pasó una miserable y errante vida, expuesto á todas las inclemencias del tiempo, ocultándose en espesos montes y antros profundos, y saliendo por las noches para no ser visto, á satisfacer las exigencias de su apetito, al mismo tiempo que lo tenia en constante alarma la actividad de sus perseguidores que andaban siempre siguiendo sus pasos. Huyendo de ellos, se refugió una vez entre una pequeña partida de soldados que acreditaron ser sus amigos, cubriéndole con un gran tambor á cuyo rededor bailaban. Otra vez estaba cerca de doblar la cumbre de un collado á tiempo que sus enemigos iban subiendo por el otro lado, cuando encontró una jóven que estaba segando chíá, planta mejicana, cuya semilla se usaba mucho en las bebidas del pais. La persuadió á cubrirlé con los tallos que habia cortado, y cuando sus perseguidores llegaron preguntándole si habia visto al fugitivo, la aldeana respondió tranquilamente que sí, y señaló un camino como si realmente fuera el que habia tomado. No obstante las cuantiosas recompensas ofrecidas por Maxtla, parece

(8) Era costumbre al entrar á la presencia de un gran señor, poner aromas en el incensario. „Hecho en el brasero incienso y copal, que era uso y costumbre donde estaban los reyes y señores, cada vez que los criados entraban con mucha reverencia y acatamiento, echaban sahumerio en el brasero; y así con este perfume se obscurecia algo la sala.” Ixtlilxochitl, Relaciones, MS. núm. 11.

(9) El mismo, Hist. chich., MS., cap. 26.—Relaciones, MS. núm. 11.—Veytia, Hist. antig., lib. 2, cap. 47.

que Nezahualcoyotl no corrió el peligro de ser traicionado. Tal era el afecto general que se conservaba hácia él y su familia. “¿No entregarías al príncipe si estuviera en vuestro poder?” le preguntó él mismo á un jóven campesino que no le conocía. “No,” contestó este. “¿Qué, no por la mano de una hermosa señora y ademas una rica dote?” repuso el príncipe; á lo cual el mozo solo sacudió la cabeza y rió (10). Más de una vez su leal pueblo se sometió á la tortura y aun á perder la vida, por no descubrir el lugar de su retiro (11).

Sin embargo de lo satisfactorias que debieron serle tantas pruebas de lealtad, la situación del príncipe en estas montuosas soledades, llegó á ser cada dia mas angustiada. Aumentaba la fuerza de sus sufrimientos el presenciar los de los fieles servidores que querían acompañarle en su vida errante. “Abandonadme,” dijérase una vez, “á mi suerte. ¿Por qué sacrificáis vuestras vidas por un hombre á quien la fortuna no se cansa de perseguir?” El mayor número de los principales gefes tezcucanos, habia consultado sus propios intereses, adhiriéndose oportunamente al usurpador; pero algunos mas afectos á su príncipe, quisieron arrostrar los peligros de la proscripción, y aun la misma muerte mas bien que abandonarle en la adversidad (12).

Al mismo tiempo los amigos que tenía en otras partes, tomaban activas medidas para aliviar sus desgracias. Las opresiones de Maxtla, y el acrecentamiento de su imperio, habian excitado una alarma general en los estados vecinos que traían á la memoria el benigno gobierno de los príncipes tezcucanos. Se formó una coalición: concertóse un plan de operaciones; y en el dia señalado para el levantamiento general, Nezahualcoyotl se encontró á la cabeza de fuerzas bastantes para hacer frente á sus adversarios los tepanecas. Tuvo lugar un encuentro, en el cual fueron los últimos completamente derrotados; y el príncipe victorioso, recibiendo en todos los lugares por donde transitaba el homenaje de sus alegres súbditos, entró á la capital, no como un proscripto abandonado, sino como el heredero legítimo de la corona, y volvió á ocupar los salones donde se elevaba el trono de sus padres.

Poco despues unió sus fuerzas con las de los mejicanos, mucho tiempo antes disgustados con la conducta arbitraria de Maxtla. Estas dos potencias aliadas, despues de una serie de sangrientos combates con el usurpador, lo derrotaron bajo de los muros de su propia capital: huyó á los baños, de donde fué arrastrado al sacrificio, é inmolado con las crueles ceremonias que usaban los aztecas. La ciudad real de Azcapotzalco se arrasó hasta los cimientos, y el desolado

(10) „Nezahualcoyotl le dijo: ¿que si viese á quien buscaban si lo iria á denunciar?” Respondió que no: tornándole á replicar diciéndole, que „haria muy mal en perder una muger hermosa y lo demas que el rey Maxtla prometia, el mancebo se rió de todo, no haciendo caso ni de lo uno ni de lo otro.” Ixtlilxochitl, Hist. chich. MS. cap. 27.

(11) Ibid., MS., cap. 26 y 27.—Relaciones, MS. núm. 11.—Veytia, Hist. antig., lib. 2, cap. 47 y 48.

(12) Ixtlilxochitl, MSS., ubi supra —Veytia, ubi supra.

territorio se reservó en lo de adelante para el gran mercado de esclavos de las naciones del Anáhuac (13).

Estos acontecimientos fueron seguidos por la famosa liga de las tres potencias de Tezcuco, Méjico y Tlacopan, de la cual hemos dado algunas noticias en uno de los capítulos precedentes (14). No están de acuerdo los historiadores en los términos precisos de esta alianza, insistiendo cada uno de los escritores de las dos primeras naciones, en que á la suya se concedía la suprema autoridad. Todos convienen en la posición subordinada de Tlacopan, estado que como los otros se hallaba situado á la orilla del lago, y es cierto que en sus operaciones ulteriores, así de paz como de guerra, los tres estados recíprocamente tenían parte en sus consejos, abrazaban las empresas de cada uno de los tres, y obraban juntos con una perfecta armonía, precisamente hasta antes de la llegada de los españoles.

La primera medida de Nezahualcoyotl al volver á sus dominios fué proclamar una amnistía general. Era su máxima, „que el monarca podía castigar; pero que la venganza era indigna de él” (15). En el caso de que se trata aun rehusó el castigo; y no solo perdonó bondadosamente á sus rebeldes nobles, sino que á varios de los que mas le habian ofendido, les confirió puestos de honor y confianza. Tal conducta era indudablemente acertada, tanto mas, cuanto que debía creerse que su defección probablemente fué mas bien por temor al usurpador que por desafecto á su persona; pero hay algunos actos de política que solo un espíritu magnánimo puede ejecutar.

En seguida, el restaurado monarca se dedicó á reparar los daños sufridos á consecuencia del desarreglo anterior, reviviendo, ó mejor dicho, dando nueva forma á los varios departamentos del gobierno. Formó un código conciso pero comprensivo, y las leyes que lo formaban, se creyeron tan á propósito para las exigencias de la época, que fué adoptado por los otros dos miembros de la triple alianza. Estaba escrito con sangre, de manera que á su autor podía llamársele el „Dracon” mas bien que el „Solon del Anáhuac,” como apasionadamente le titulan sus admiradores (16). La humanidad es uno de los mas opimos frutos de la civilización. Es solo con el aumento de cultura que el legislador procura economizar los sufrimientos humanos aun á los mismos reos, é inventar penas, no tanto para el castigo de lo pasado, cuanto para la mejoría de lo futuro (17).

(13) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 28-31.—Relaciones, MS. núm. 11.—Veytia, Hist. antig., lib. 2, cap. 51-54.

(14) Véase la p. 10 de este tomo.

(15) „Que venganza no es justo la procuren los reyes, sino castigar al que lo mereciere.” MS. de Ixtlilxochitl.

(16) Véase á Clavijero, Stor. del Messico, tom. I, p. 247.

El código de Nezahualcoyotl contenía ochenta leyes, de las cuales solo treinta y cuatro se nos han transmitido, segun Veytia. (Hist. antig., tom. III, p. 224, nota.) Ixtlilxochitl enumera varias de ellas. Hist. chich., MS.; cap. 38, y Relaciones MS., Ordenanzas.

(17) En ninguna parte están observados estos principios mas invariablemente que

Dividió el peso del gobierno en departamentos llamados consejo de la guerra, consejo de hacienda, y consejo de justicia. Este último era un tribunal supremo con jurisdicción para conocer tanto de las causas civiles como de las criminales, á quien se apelaba de las córtés inferiores de las provincias que estaban obligadas á darle una relacion completa cada cuatro meses ó cada ochenta dias, de sus procedimientos. En todas estas corporaciones se permitia á un cierto número de ciudadanos tomar asiento entre los nobles y los dignatarios propietarios; pero otra corporacion, un consejo de estado, para ayudar al rey en el despacho de los negocios y aconsejarle en los asuntos de importancia, se formaba en su totalidad de la clase mas elevada: componíase de catorce miembros, y tenían asientos señalados en la mesa del soberano (18).

Finalmente, habia un tribunal extraordinario, llamado consejo de música; pero que difiriendo de lo que expresaba su nombre, estaba consagrado al fomento de las ciencias y de las artes, siendo preciso someter á su juicio las obras de astronomía, cronología, historia ú otra cualquiera ciencia antes de publicarse. Tal poder censorial era de alguna importancia, al menos con respecto al ramo de la historia, en el cual la espontánea mutacion de la verdad era un crimen capital, segun el sanguinario código de Nezahualcoyotl. Y sin embargo, debia ser muy torpe el autor tezcucano que no pudiera eludir la conviccion bajo el umbroso velo de los geroglíficos. Este cuerpo, que se formaba de las personas mas instruidas del reino, teniéndose al nombrarlas poca consideracion á su rango, sobrevigilaba todas las producciones del arte y las mas hermosas manufacturas: decidia sobre la aptitud de los profesores en los varios ramos de las ciencias, sobre la fidelidad de la enseñanza que recibian los discípulos, cuya falta era castigada severamente, y estableció los exámenes de estos últimos: en una palabra, era un consejo general para dirigir la educacion del pais. Ciertos y determinados dias recitaban los autores delante de esta corporacion sus composiciones históricas y los poemas que trataban de la moral, ó de asuntos tradicionales. Habia asientos destinados para las tres testas coronadas del imperio, quienes deliberaban con los otros miembros sobre el mérito de las piezas, y distribuian valiosos premios á los competidores que los habian merecido (19).

en los diversos escritos de nuestro compatriota adoptivo, el Dr. Lieber, quien se ocupa mas ó menos de la teoria de la legislacion. Tales obras no podian haber salido á luz antes del siglo XIX.

(18) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 36.—Veytia, Hist. antig., lib. 3, cap. 7.

Segun Zurita, los jueces superiores, reunidos cada cuatro meses en asambleas generales, constituian tambien una especie de parlamento ó córtés para aconsejar al rey en los negocios de estado. Véase su Rapport, p. 106, y tambien la pag. 13 de este tomo.

(19) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 36.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 137.—Veytia, Hist. antig., lib. 3, cap. 7.

„Concurrían á este consejo las tres cabezas del imperio, en ciertos dias, á oír cantar las poesías históricas, antiguas y modernas, para instruirse de toda su historia, y tambien cuando habia algun nuevo invento en cualquiera facultad, para examinarlo,

Tales son las maravillosas descripciones que se nos han transmitido de esta institucion, que ciertamente no era de esperarse entre los primeros habitantes de América. Parece que fué calculada para dar una idea mas alta del refinamiento de aquellos pueblos, que la que proporcionan los nobles restos arquitectónicos que cubren todavía algunas partes del continente. La arquitectura es hasta cierto punto un deleite de los sentidos. Atrae la vista y ofrece el mejor objeto para la ostentacion del esplendor y pompa barbárica; es la forma en que las rentas de un pueblo medio civilizado pueden prodigarse mejor. Los monumentos mas suntuosos y de mejor apariencia, y algunas veces las obras mas estupendas, han sido levantados por tales manos: es uno de los primeros pasos en la gran marcha de la cultura social. Empero la institucion de que se trata, era prueba de un refinamiento todavía mayor: era un lujo literario; y argüía la existencia de un buen gusto en la nacion que buscaba los placeres puramente intelectuales.

La influencia de esta academia debió haber sido mas provechosa para la capital, que se convirtió en cuna, no solo de aquellas ciencias que podia alcanzar la literatura de la época, sino tambien de varias artes útiles y de lujo. Sus historiadores, poetas y oradores, eran célebres por todo el pais (20). Sus archivos, para los cuales habia comodidad bastante en el palacio real, estaban provistos con los anales de las edades primitivas (21). Su idioma, mas culto que el mejicano, era indudablemente el mas puro de todos los dialectos *nahuatlacos*; y continuó mucho tiempo despues de la conquista, siendo aquel en que se componian las mejores producciones de las razas nativas. Tezcuco podia gloriarse de ser la Atenas del mundo occidental (22).

aprobarlo ó reprobalo. Delante de las sillas de los reyes habia una gran mesa, cargada de joyas de oro y plata, pedrería, plumas y otras cosas estimables, y en los rincones de la sala muchas de mantas de todas calidades, para premios de las habilidades y estímulo de los profesores, las cuales alhajas repartian los reyes en los dias que concurrían, á los que se aventajaban en el ejercicio de sus facultades." Ibid.

(20) Veytia, Hist. antig., lib. 3, cap. 7.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. I, p. 247. Este último escritor enumera cuatro historiadores, algunos de mucha reputacion, de la casa real de Tezcuco, descendientes del gran Nezahualcoyotl. Véase su Relacion de escritores, tom. I, pp. 6—21.

(21) „En la ciudad de Tezcuco estaban los archivos reales de todas las cosas referidas, por haber sido la metrópoli de todas las ciencias, usos y buenas costumbres, porque los reyes que fueron de ella se preciaron de esto." (Ixtililxochitl, Hist. chich., MS. Prólogo.) De los miserables restos, conservados en un tiempo tan cuidadosamente por sus antecesores, fué de donde el historiador, segun él mismo asegura, recogió los materiales de sus obras.

(22) „Aunque es tenida la lengua mejicana por materna, y la tezcucana por mas cortesana y pulida." (Camargo, Hist. de Tlascala, MS.) "Tezcuco," dice Boturini, "donde los señores de la tierra enviaban á sus hijos para aprender *lo mas pulido de la lengua nahuatl*, la poesía, filosofia moral, la teología gentilica, la astronomía, medicina, y la historia." Idea, p. 142.

Entre los mas ilustres de sus bardos se contaba al mismo emperador, pues los escritores tezcucanos reclamaban este título para su soberano, por ser cabeza de la alianza imperial. Algunas veces apareció como competidor ante aquella misma academia, donde tan á menudo tomaba asiento como censor. Muchas de sus odas se transmitieron á las generaciones posteriores, y aun acaso se conservan en algunos de los empolvados archivos de Méjico ó España (23). El historiador Ixtlilxochitl ha dejado una traduccion en castellano de uno de los poemas de su real progenitor; mas no es fácil vertirla en la rima inglesa correspondiente, sin que el perfume del original se disipe con esta doble filtracion (24). Estas obras recuerdan las brillantes inspiraciones de la poesía española-árabe, en la cual el fuego de la imaginacion está templado con una moral melancolía nada desagradable (25), y aunque suficientemente floridas en su estilo, carecen en lo general de los falsos adornos é hipérboles con que la poesía oriental está revestida: tratan de las vanidades é inestabilidad de la vida humana, asunto muy natural para un monarca que habia experimentado las mas extrañas mutaciones de la fortuna. En el lamento del bardo tezcucano hállase sin embargo mezclada una filosofía epicúrea, que pretende aliviar el temor de lo futuro con los goces de lo presente. „Aleja toda inquietud,” decia; „si hay límites para el placer, la vida mas triste debe tambien tener fin. Teje, pues, la guirnalda de flores, y entona tus cantos de alabanza al Dios Todopoderoso, porque la gloria de este mundo pronto desaparece. Regocíjate en la agradable frescura de la primavera, pues dia vendrá en que en vano suspires por estos placeres. Cuando el cetro haya pasado de tus manos, tus servidores vagarán desolados en tus patios: tus hijos y los de tus nobles apurarán las heces de la amargura; y toda la pompa de tus victorias y triunfos vivirá únicamente en su memoria. Solo el recuerdo del justo no se borrará de las naciones; y el bien que hayas hecho, siempre resultará en tu honor. Los goces de esta vida, sus glorias y sus riquezas, no son sino prestadas: no son sino una sombra ilusoria; y las cosas de hoy cambiarán á la llegada del dia de mañana. Así pues, coge las flores mas hermosas

(23) “Compuso LX cantares,” dice el autor últimamente citado, “que quizás tambien habrán perecido en las manos incendiarias de los ignorantes.” (Idea, p. 79.) Boturini tenia traducciones de dos de estos en su museo, (Catálogo, p. 8,) y otro se ha dado despues á luz.

(24) Dificultosa como debia ser esta empresa, fué ejecutada por la mano de un buen amigo, quien en la traduccion, al paso que se sujetó fielmente al castellano, ha mostrado una gracia y flexibilidad en sus movimientos poéticos, de que ni la version española, ni probablemente el original mejicano, pueden vanagloriarse. Véanse ambas traducciones en el Apéndice, part. 2, núm. 2.

(25) Numerosas muestras de ésta pueden encontrarse en Condé: „Dominacion de los árabes en España.” Ninguna de ellas es superior á los sonidos lastimeros de Abderahman sobre la solitaria palma que le recordaba la deliciosa tierra de su nacimiento. Véase la part. 2, cap. 9.

de tus jardines para ceñir tu frente, y disfruta los placeres de lo presente antes de que perezcan (26).”

Pero el monarca tezcucano no pasaba todas las horas de su vida en blandos coloquios con las musas; no tampoco en las graves contemplaciones de la filosofía como en los últimos periodos de sus días. En la primavera de la juventud y en la fuerza de la virilidad acaudilló los ejércitos aliados en sus expediciones anuales, cuyo resultado indefectible era la mayor extensión del imperio (27). En

(26)

„Yo tocaré cantando
El músico instrumento sonoro,
Tú de flores gozando
Danza, y festeja á Dios que es poderoso;
O gocemos de esta gloria
Porque la humana vida es transitoria.”

MS. de IXTLILXOCHITL.

Estos sentimientos bastante comunes están expresados con una belleza singular por el poeta inglés Herrick: „Coged la temprana rosa mientras podais. El tiempo vuela: la flor mas bella que crece hoy, podrá tal vez mañana marchitarse.”

Y acaso con mayor hermosura por Racine.

„Rions, chantons, dit cette troupe impie;
De fleurs en fleurs, de plaisirs en plaisirs,
Promenons nos désirs.
Sur l'avenir insensé qui se fie.
De nos ans passagers le nombre est incertain.
Hâtons-nous aujourd'hui de jouir de la vie;
Qui sait si nous serons demain?"

ATHALIE, ACT. 2.

„Riamos y cantemos,
Dicen, y nuestra dicha
Divierta sus deseos
De delicia en delicia.

¡Qué insensato es el hombre
Que en lo futuro fia!
Los pasajeros años
No tienen cuenta fija.

Démonos prisa ahora
A gozar de la vida.
¿Quién sabe si mañana
Seremos ya ceniza?

Traducción de D. EUGENIO DE LLAGUNO Y AMIROLA.—(Madrid 1754).

Es interesante ver bajo qué diferentes formas está desenvuelto el mismo concepto por diversas razas y en distintos idiomas. Es ciertamente un sentimiento epicúreo; pero su generalidad prueba que es conforme á la naturaleza.

(27) Algunas de las provincias y lugares así conquistados eran poseidos en común por las tres potencias aliadas; aunque Tlacopan solo recibía la quinta parte del tributo que pagaban. Era mas frecuente unir el territorio vencido á uno de los dos

los intervalos de paz protegió aquellas artes productivas que son las fuentes mas seguras de la prosperidad pública. Fomentó sobre todo la agricultura, y apenas habia un sitio estéril ó un paso inaccesible donde no se ostentara el poder del cultivo. El país estaba habitado por una poblacion industriosa, y se levantaban pueblos y ciudades en lugares, despues desiertos, ó convertidos en miserables aldeas (28).

Con estos recursos tan aumentados por la conquista é industria doméstica, se proporcionaba el monarca los medios de subvenir á los cuantiosos gastos de su numerosa familia (29), y á las costosas obras que ejecutó para la comodidad y embellecimiento de la capital. La llenó de soberbios palacios para sus nobles, cuya constante morada en la corte deseaba asegurar (30). Erigió un magnífico conjunto de edificios que servian para la residencia real y para las oficinas públicas. Se extendia de Oriente á Occidente 1234 varas, y de Norte á Sur 978, estando rodeada por un muro formado de ladrillos crudos y mezcla, de seis piés de ancho y nueve de alto en la mitad de la circunferencia, y quince piés de altura en la otra mitad. Dentro de este recinto habia dos patios. El exterior era la gran plaza del mercado de la ciudad, y si no es todavia, siguió siéndolo mucho tiempo despues de la conquista. En los lados del interior estaban las cámaras del consejo y los salones de justicia. Habia tambien alojamientos para los embajadores extrangeros y un espacioso salon que se comunicaba con varios aposentos destinados á los hombres de letras y á los poetas, quienes ó seguian sus estudios en este retiro, ó se reunian á conversar bajo sus pórticos de mármol. En esta parte del edificio se conservaban los archivos públi-

grandes estados, aquel que estaba mas cercano. Véase á Ixtlilxochitl, Hist. chich. MS., cap. 38.—Zurita, Rapport, p. 11.

(28) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 41. El mismo escritor en otra obra asegura que la poblacion de Tezcuco en esta época era doble á la que tenia en el tiempo de la conquista; cuyo cálculo habia encontrado en los registros reales y en los numerosos restos de edificios visibles todavia en lugares ahora des poblados. „Parece en las historias que en este tiempo antes que se destruyesen, habia doblado mas gente de la que halló al tiempo que vino Cortés y los demas españoles; porque yo hallo en los padrones reales, que el menor pueblo tenia 1100 vecinos, y de allí para arriba, y ahora no tienen 200 vecinos, y aun en algunas partes, de todo punto se han acabado.... Como se echa de ver en las ruinas, hasta los mas altos montes y sierras tenían sus sementeras y casas principales para vivir y morar.” Relaciones, MS. núm. 9.

(29) Torquemada extraxó los pormenores del gasto anual del palacio del libro real de cuentas que llegó á sus manos. Las siguientes son algunas de sus partidas: 4.900.300 fanegas de maiz: 2.744.000 de cacao: 8.000 pavos: 1.300 cestas de sal, y ademas una cantidad increible de animales de caza de todo género, vegetales, condimentos, &c. (Monarqu. ind., lib. 2, cap. 53.) Véase tambien á Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 35.

(30) Habia mas de 400 de estas residencias para los grandes señores. „Asimismo hizo edificar muchas casas y palacios para los señores y caballeros, que asistian en su corte, cada uno conforme á la calidad y méritos de su persona, las cuales llegaron á ser mas de 400 casas de señores y caballeros de solar conocido.” Ibid., cap. 38.

cos, los cuales tuvieron mejor suerte durante la dinastía india que despues bajo de su sucesora la española (31).

Anexos á este mismo atrio estaban las habitaciones del rey, y las de su serallo, tan provisto de hermosuras como el de un sultan de Oriente. Sus paredes estaban incrustadas con alabastro y estuco de ricos colores, ó adornadas con vistosos tapices de variadas obras de pluma, é íbase por debajo de espaciosos pórticos y por medio de intrincados laberintos de arbustos á los jardines, donde los baños y las cristalinas fuentes eran sombreadas por espesas arboledas de gigantescos cedros y cipreses. Los estanques estaban bien surtidos de peces de varias clases, y las pajareras, de aves que ostentaban el plumaje brillante de los trópicos. Muchos pájaros y animales que no podian conseguirse vivos estaban imitados en oro y plata, tan hábilmente, que sirvieron de modelos al célebre naturalista Hernandez para su obra (32).

Habitaciones de una magnificencia verdaderamente régia estaban destinadas para los soberanos de Méjico y Tlacopan cuando visitaban la corte. El todo de este soberbio conjunto de edificios, contenia trescientos aposentos, algunos de ellos de cincuenta varas cuadradas (33). No se menciona su altura; pero probablemente no era muy grande, aunque sí proporcionada al extenso terreno que cubria. El interior estaba construido seguramente de materiales ligeros, en particular de ricas maderas, que en aquel país son muy notables cuando están pulimentadas, por la brillantez y variedad de sus colores. Que emplea-

(31) Ibid., cap. 36. „Esta plaza cercada de portales, y tenia asimismo por la parte del poniente otra sala grande, y muchos cuartos á la redonda, que era la universidad, en donde asistian todos los poetas históricos y filósofos del reino, divididos en sus clases y academias, conforme era la facultad de cada uno, y asimismo estaban aquí los archivos reales.”

(32) Este célebre naturalista fué enviado por Felipe II á Nueva-España, y empleó varios años en trabajar una voluminosa obra sobre sus varias producciones naturales acompañándola de dibujos que la ilustraban. Aunque se dice que el gobierno gastó sesenta mil ducados en efectuar este grande objeto, la obra no se publicó sino hasta mucho tiempo despues de la muerte del autor. En 1651 apareció en Roma una edicion mutilada de la parte relativa á la botánica medicinal, y los manuscritos originales se supone fueron consumidos en el grande incendio del Escorial no muchos años despues. Afortunadamente el infatigable Muñoz descubrió otra copia de puño y letra del autor en la librería del colegio de jesuitas de Madrid á fines del siglo pasado; y una hermosa edicion hecha en la famosa imprenta de Ibarra se publicó en aquella capital, bajo la proteccion del gobierno el año de 1790. (Hist. Plantarum, Præfatio.—Nic. Antonio, Bibliotheca, Hispana Nova, (Matriti, 1790,) tom. II, p. 432.)

La obra de Hernandez es un monumento de industria y erudicion, tanto mas apreciable cuanto que es la primera que se escribió sobre este dificultoso asunto; y no obstante toda la luz adicional que han proporcionado los trabajos de los naturalistas posteriores, ella conserva su lugar como un libro de la mayor autoridad por el modo claro, fiel y perfecto con que discute sus diversos asuntos.

(33) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS. cap. 36.

ban los mas sólidos materiales de piedra y estuco, está tambien suficientemente probado con los restos que se conservan hasta hoy; los cuales han proporcionado una inagotable cantera para las iglesias y otros edificios erigidos despues por los españoles en el mismo lugar que ocupaba la antigua ciudad (34).

No tenemos noticia del tiempo empleado en edificar este palacio; pero se dice que trabajaron en su construccion doscientos mil operarios (35). Sea cual fuere el número de estos, es cierto que los monarcas tezcucanos, así como los de Asia y el Egipto, ejercian su autoridad sobre masas inmensas de hombres, y podian destinar á las obras públicas toda la poblacion de una ciudad conquistada, sin excluir á las mugeres (36). Los monumentos mas gigantescos que ha presenciado el mundo, nunca hubieran sido levantados por las manos de hombres libres.

Contiguos al palacio estaban los edificios destinados á los hijos del rey, los que á causa de sus varias mugeres eran no menos que sesenta varones y cincuenta hembras (37). Allí eran instruidos en todos los ejercicios y ramos de educacion correspondientes á su nacimiento, y lo que dificilmente tendria lugar en la educacion de los príncipes al otro lado del Atlántico, se les enseñaba el arte de trabajar los metales, las joyas y los mosaicos de pluma. Una vez cada cuatro meses, toda la familia real, sin exceptuar á los mas jóvenes, incluyendo todos los empleados y sirvientes de la persona del rey, se reunian en un espacioso salon del palacio, á escuchar el discurso pronunciado por un orador, probablemente miembro del sacerdocio. Los príncipes en estas ocasiones iban vestidos con el *nequen*, la manufactura mas burda del pais; y el predicador comenzaba extendiéndose sobre los preceptos de la moral y el respeto hácia los dioses, mucho mas necesario en personas cuyo ejemplo era tan importante por el rango que ocupaban. Algunas ocasiones adornaba su homilía con una aplicacion acomodada al

(34) „Algunos de los terrados en que se levantaba,” dice el señor Bullock hablando de este palacio, „están todavía enteros y cubiertos con mezcla muy dura é igual en hermosura á la que se encontró en los edificios de la antigua Roma.... La espaciosa iglesia erigida á muy poca distancia, está casi enteramente edificada con materiales tomados del palacio, muchos de ellos de piedras esculpidas que pueden verse en los muros, aunque los mas de los adornos están vueltos para la parte interior. Nuestro guia nos informó que cualquiera que edificaba una casa en Tezcuco, convertia las ruinas del palacio en cantera propia.” (Six months in Mexico, chap. 26.) Torquemada menciona que el mismo destino se daba á los materiales. Monarqu. ind., lib. 2, cap. 45.

(35) Ixtlilxochitl, MS., ubi supra.

(36) Así por ejemplo para castigar á los chalcas por su rebelion, tanto los hombres como las mugeres, fueron compelidos, dice el historiador tantas veces citado, á trabajar en los edificios reales cuatro años consecutivos, abasteciéndose grandes graneros de provisiones para su manutencion. Idem, Hist. chich., MS., cap. 46.

(37) Si el pueblo en general no era adicto á la poligamia, debe confesarse que el soberano lo mismo que en Méjico recompensaba liberalmente en los súbditos las abnegaciones de sí mismos.

auditorio, si alguno de los que lo componían había cometido una falta notoria, de cuya saludable amonestación el monarca mismo no estaba exento, y el orador tranquilamente le recordaba su supremo deber de mostrar respeto á las leyes. El soberano, lejos de ofenderse, recibía la lección con humildad, y se nos asegura que los que concurrían frecuentemente se deshacían en lágrimas por la elocuencia del predicador (38). Esta curiosa escena puede recordar una costumbre semejante de los gobiernos despóticos de la Asia y del Egipto, donde el príncipe condescendía en prescindir del orgullo propio de su posición, y permitía se hiciera revivir en su memoria la convicción de su mortalidad (39). Aquella práctica lisonjaba los sentimientos de los súbditos, porque de esta manera se colocaban, aunque por un momento, al nivel de su rey, al mismo tiempo que á éste costaba poco, pues se hallaba demasiado elevado sobre su pueblo, para sufrir cosa alguna de esta familiaridad de tan corta duración. Es probable que tal acto de humillación no hubiera encontrado favor entre príncipes no tan absolutos como los tezcucanos.

La inclinación de Nezahualcoyotl á la magnificencia se palpa en sus numerosas quintas, las cuales estaban embellecidas con todo aquello que podía hacer delicioso un retiro campestre. Su residencia favorita era en Tezcatzinco, una colina de figura cónica, cerca de dos leguas de la capital (40). El palacio allí fabricado se extendía sobre terrados ó jardines suspendidos, y se subía á él por una serie de 520 escalones, muchos de ellos tajados en el pórfido natural (41). En el jardín de la cumbre había un receptáculo para la agua ministrada por un acueducto que atravesaba collados y valles por varias millas sobre enormes estribos de sillería. Una grande roca se levantaba en medio de este estanque, esculpida con geroglíficos que representaban los años del reinado de Nezahualcoyotl y las principales proezas que había ejecutado en cada uno de ellos (42).

(38) Ixtlilxochilt, Hist. chich., MS., cap. 37.

(39) Los sacerdotes egipcios manejaban este asunto con un estilo mas cortes; y al mismo tiempo que oraban porque todas las virtudes propias de un rey, descendieran sobre el príncipe, la censura de sus faltas la hacían recaer sobre sus ministros; de manera que „no por la amargura de la reprensión,” dice Diodoro, „sino por los halagos de la súplica, le inducían á un modo honesto de vivir.” Lib. 1, cap. 70.

(40) Ixtlilxochilt, Hist. chich., MS., cap. 42.—Véase en el Apéndice, part. 2, núm. 3, la descripción general de esta residencia régia.

(41) „Quinientos y veinte escalones.” Dávila Padilla, Hist. de la provincia de Santiago, (Madrid, 1596,) lib. 2, cap. 81.

Este escritor que vivió en el siglo XVI, contó él mismo los escalones. Los que no estaban cortados en la roca, se iban convirtiendo en ruinas, pues en aquel tiempo, aun no se había dejado destruir todo el edificio.

(42) En la cumbre de la montaña, segun Padilla, se veía la imagen de un coyote, animal que se asemeja á la zorra, el cual, segun la tradición, representaba á un indio famoso por sus ayunos. Fué destruido por el severo iconoclasta, el obispo Zumárraga, como reliquia de idolatría. (Hist. de Santiago, lib. 2, cap. 81.) Esta figu-

Poco mas abajo habia tres estanques, en los cuales se levantaban otras tantas estatuas de mármol, que representaban una muger, y eran alusivas á los tres estados del imperio. En otro se veia un leon alado, esculpido en la sólida peña, de cuya boca estaba suspendido el retrato del emperador (43). Varios habianse sacado en oro, madera, obras de pluma y piedra; pero este era el único que le agradaba.

De estos abundantes estanques se distribuia la agua á numerosos canales que cruzaban los jardines, ó se hacia que cayera en cascadas sobre las rocas, esparciendo un fresco rocío sobre los arbustos y olorosas flores que estaban á sus piés. En el fondo de esta selvática soledad se habian erigido pórticos y pabellones de mármol, y baños excavados en el macizo pórfido, que todavia muestran los ignorantes nativos como los „baños de Montezuma (44).” El que los visita baja por escalones cortados en la viva roca, y pulimentados con tanta perfeccion y con tanto lustre que podian servir de espejos (45). Hacia la base de la colina, en medio de gigantescos cedros cuyas umbrosas y robustas ramas esparcian un fresco agradable sobre el verde césped en la estacion mas calurosa del año (46), se levantaba la régia quinta con sus ligeras bóvedas y ventilados salones, absorbiendo el suave perfume de los jardines. Aquí se retiraba frecuentemente el monarca á descansar del peso del gobierno, y á entretener su fatigado espíritu con la sociedad de sus mugeres favoritas, reposando durante los calores del medio dia bajo las agradables sombras de su paraíso, ó recreándose con el fresco de la tarde

ra era indudablemente el emblema del mismo Nezahualcoyotl, pues su nombre como se ha dicho en otra parte, significaba „zorra hambrienta.”

(43) „Hecho de una peña un leon de mas de dos brazas de largo con sus alas, y plumas: estaba echado y mirando á la parte del Oriente, en cuya boca asomaba un rostro que era el mismo retrato del rey.” *Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 42.*

(44) „Bullock habla de un hermoso estanque de doce piés de largo y ocho de ancho, que tenia en el centro una cavidad de cinco piés de ancho y cuatro de profundidad.” &c. &c. Qué cosa estaba en el fondo de este pozo, no es muy claro. Latrobe describe los baños, diciendo, que eran „dos singulares estanques de dos piés y medio de diámetro, no bastante grandes para que un monarca mas grueso que Oberon pudiera volverse de un lado á otro.” (*Comp. Six months in Mexico, chap. 26, y Rambler in Mexico, let. 7.*) Ward habla mucho sobre el mismo objeto, (*Méjico en 1827, (Londres, 1828) tom. II, p. 296,*) y conviene con las noticias verbales que he recibido del mismo lugar.

(45) „Gradas hechas de la misma peña tan bien grabadas y lisas, que parecian espejos.” (*Ixtlilxochitl, MS., ubi supra.*) Los viajeros últimamente citados refieren que este hermoso pulimento es todavia visible en el pórfido.

(46) Padilla vió entre las ruinas, piezas enteras de cedro de noventa piés de largo y cuatro de diámetro. Algunos de los macizos portales que observó estaban hechos de una sola piedra. (*Hist. de Santiago, lib. 11, cap. 81.*) P. Martyr habla de una enorme viga usada en la construccion de los palacios de Tezcuco que tenia ciento veinte piés de largo y ocho de diámetro. Las relaciones de este y otras semejantes piezas inmensas de madera eran tan admirables, añade, que no puedo darles crédito sino cuando se apoyan en los testimonios mas irrefragables. De Orbe Novo, déc. 5, cap. 10.

en sus festivos juegos y danzas. Aquí convidaba á sus imperiales hermanos los soberanos de Méjico y Tlacopan, y ejercitaba los activos placeres de la caza en las grandes selvas, que se extendian por millas enteras alrededor de la quinta, floreciendo con toda su magestad primitiva. Aquí tambien se retiraba frecuentemente en los últimos dias de su vida, cuando la edad habia moderado la ambicion y templado el ardor de su sangre, á cultivar en la soledad el estudio de la filosofía y adquirir la sabiduría por medio de la meditacion.

Las extraordinarias descripciones de la arquitectura tezcucana están confirmadas en lo principal por las ruinas que aun cubren la colina de Tezcoztzinco ó que están medio sepultadas bajo de su superficie. Poca atencion excitaban en el pais donde su verdadera historia ha mucho tiempo que descansa en el olvido (47); mientras que el viajero, cuya curiosidad lo conduce á este sitio, calcula sobre la probabilidad de su origen, y cuando tropieza con los enormes fragmentos de pórfido y granito esculpidos, los atribuye á las razas primitivas que llenaron todo el pais con monumentos de su arquitectura colosal, mucho tiempo antes de la venida de los acolhuas y de los aztecas (48).

Acostumbraban los príncipes tezcucanos mantener un gran número de concubinas; pero solo tenian una muger legítima, á cuya descendencia se transmitia la corona (49). Nezahualcoyotl, permaneció sin casarse hasta un periodo avanzado de su vida. Habia sido burlado en su primer amor, pues la princesa que fué educada en secreto para ser la compañera de su trono, dió su mano á otro. El ofendido monarca sometió el asunto al tribunal correspondiente; pero los cónyuges probaron estar ignorantes del destino de la dama; y el tribunal con una independendencia que hace tanto honor á los jueces que tuvieron valor de dar la sentencia, como al monarca que supo respetarla, absolviéron á los jóvenes esposos. Esta historia es tristemente contrastada por la siguiente (50).

(47) Es muy de sentirse que el gobierno mexicano no tome un interes mas vivo en las antigüedades de los indios. ¡Qué no pudieron haber hecho unas pocas manos sacadas de las ociosas guarniciones de algunas de las ciudades vecinas y empleadas en excavar este sitio que puede llamarse „el Monte Palatino” de Méjico! Pero desgraciadamente el siglo de la violencia ha sido sucedido por el de la apatía.

(48) „Ellas son sin duda,” dice el Sr. Latrobe, hablando de lo que él llama „estas inexplicables ruinas,” „mas bien de origen tolteca que azteca, y acaso con mas probabilidad deben atribuirse á un pueblo de un siglo todavia mas remoto. (Rambler in Mexico, let. 7.) „Yo soy de opinion,” dice el Sr. Bullock, „que estas antigüedades son anteriores al descubrimiento de América, y erigidas por un pueblo cuya historia se perdió antes de la fundacion de la ciudad de Méjico. ¿Quién puede resolver esta dificultad?” (Six months in Mexico, ubi supra.) El lector que tome á Ixtlilxochitl por guia, no tendrá mucho trabajo en desatarla. Aquí encontrará, como probablemente en otros muchos casos, que no es necesario ir mas adelante de la conquista para hallar el origen de antigüedades que pueden considerarse contemporáneas con la Fenicia y el Antiguo Egipto.

(49) Zurita, Rapport, p. 12.

(50) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 43.

El rey devoraba su pesar en la soledad de su hermosa quinta de Tezcotzincó ó procuraba distraerlo viajando. En una de sus jornadas fué recibido hospitalariamente por un potentado vasallo, el anciano señor de Tepechpan, quien para hacer mas honor á su soberano, dispuso le sirviera en el banquete una noble doncella que le estaba á él prometida por esposa, y que contra la costumbre del pais había sido educada bajo del mismo techo. Era de la sangre real de Méjico, y por lo mismo parienta cercana del monarca tezcucano. Este que tenia toda la alma apasionada de los habitantes del Sur, se prendó de la gracia y encantos personales de la jóven Hebé, y concibió por ella una violenta pasion. A ninguno la manifestó, pero de vuelta á su casa, resolvió satisfacerla aun á expensas de su honor, haciendo desaparecer el único obstáculo que pudiera oponerse á su intento.

Consiguientemente ordenó al Señor de Tepechpan tomara el mando de una expedicion enviada contra los tlascaltecas, y al mismo tiempo previno á dos gefes tezcucanos estuvieran cerca de la persona del anciano cacique y lo condujeran á lo mas peligroso del combate á fin de que perdiera la vida. Les aseguró que se habia hecho acreedor á un ejemplar castigo, pero que en consideracion á sus servicios pasados, estaba benignamente dispuesto á cubrir su desgracia con una honrosa muerte.

El veterano que por mucho tiempo habia vivido retirado en sus estados, vió con asombro se le llamase repentina é innecesariamente á un servicio que tantos jóvenes guerreros podian desempeñar mejor. Sospechó la causa; y en el convite de despedida que dió á sus amigos, reveló el presentimiento de su triste destino. Bien pronto se verificaron sus predicciones, y pocas semanas despues la mano de su vírgen esposa estaba libre.

Nezahualcoyotl no creyó prudente manifestar en público su pasion á la princesa, habiendo transcurrido tan poco tiempo desde la muerte de su víctima. Entabló con ella correspondencia por medio de una parienta, y le expresó su profundo sentimiento por la pérdida que habia sufrido. Al mismo tiempo le dispensó el mejor consuelo que estaba en su arbitrio con la oferta de su corazon y su mano. Cuando murió el primer amante estaba ya muy agobiado por los años para que la jóven permaneciera largo tiempo inconsolable. Ignoraba la pérvida trama que cortó la vida de aquel, y despues del tiempo prescrito por el decoro y la decencia, estuvo en disposicion de cumplir su deber, y corresponder al amor de su real pariente.

Estaba determinado por este, á fin de dar un aspecto mas natural al asunto y evitar toda sospecha de la indigna parte que en él habia tenido, que la princesa se presentara en sus posesiones de Tezcotzincó á concurrir á una ceremonia pública. Nezahualcoyotl estaba en pié en uno de los balcones de su quinta cuando ella apareció y preguntó como sorprendido por la primera vez con su hermosura, „quién era la amable jóven que estaba en sus jardines.” Cuando sus cortesanos le instruyeron de su nombre y rango, mandó que la condujeran al palacio para que pudiera recibir las atenciones debidas á su clase. La entrevista fué pronto seguida de una declaracion pública de amor, y no mucho des-

pues se celebró el matrimonio con gran pompa en presencia de la corte y de los monarcas aliados de Méjico y Tlacopan (51).

Esta historia, que ofrece una semejanza tan manifiesta con la de David y Urías, es referida muy circunstanciadamente por el hijo y nieto del rey, de cuyas narraciones sacó la suya Ixtlilxochitl (52). Señalaban aquellos esta accion como la mas degradante de la vida de su antecesor, y ciertamente es demasiado baja para no imprimir una mancha indeleble en cualquiera persona por pura y digna de alabanza que sea bajo otros aspectos.

El rey era muy estricto en la ejecucion de las leyes, aunque su disposicion natural lo inducia á templar la justicia con la misericordia. Muchas anécdotas se refieren del benévolo interes que tomaba en los negocios de sus súbditos, y de su constante anhelo por distinguir y recompensar el mérito aun en las personas mas humildes. Era muy comun verlo en medio de ellas disfrazado como el célebre califa de las „Noches Arábicas,” mezclándose familiarmente en sus conversaciones y cerciorándose de su situacion con sus propios ojos (53).

Una ocasion que únicamente iba acompañado por uno de sus nobles, encontró á un muchacho que estaba recogiendo leña en el campo para hacer fuego. Le preguntó, „¿por qué no iba al monte inmediato donde podria cortar multitud de ella?” á lo cual contestó el mozo: „que era el bosque del rey, y que lo castigaria con la muerte si lo traspasaba.” (Los bosques reales eran muy extensos en Tezcucuo y estaban guardados por leyes tan severas como las de los tiranos normandos en Inglaterra.) „¿Qué clase de hombre es vuestro rey?” repuso el monarca deseando conocer el efecto de estas prohibiciones respecto de su popularidad. —„Un hombre muy cruel que niega á su pueblo lo que Dios le ha dado” (54). Nezahualcoyotl le instó á no hacer caso de tan arbitrarias leyes y á tomar leña del bosque, puesto que no estaba presente ninguno que pudiera descubrirle; pero él lo rehusó resueltamente acusando al disfrazado rey, de traidor y al mismo tiempo de querer perjudicarlo. Nezahualcoyotl de vuelta á su palacio, mandó traer á su presencia al muchacho y á sus padres. Recibieron la órden con asombro, y al entrar á la presencia del soberano, luego reconoció el jóven á la persona con quien habia estado conversando tan sin ceremonia y se llenó de consternacion. El bondadoso monarca disipó sus temores dándole las gracias por la leccion que de él habia recibido, elogiando al mismo tiempo su respeto por las leyes, y á los padres por el modo con que habian educado á su hijo. Despues los despidió con un liberal presente, y desde entonces mitigó la severidad de las leyes relativas á los bosques, permitiendo recoger la madera que se encon-

(51) Idem, Hist. chich., MS., cap. 43.

(52) Idem, ubi supra.

(53) „En traje de cazador, (que lo acostumbraba á hacer muy de ordinario,) saliendo á solas, y disfrazado para que no fuese conocido, á reconocer las faltas y necesidad que habia en la república para remediarlas.” Idem, Hist. chich., MS., cap. 46.

(54) „Un hombrecillo miserable, pues quita á los hombres lo que Dios á manos llenas les da.” Ibid., lugar citado.

trara en el suelo, con tal de no tocar los árboles que estuvieran en pié (55).

Otra aventura se refiere con un pobre leñador y su muger que habian traído á vender su pequeña carga de astillas á la plaza del mercado de Tezcuco. Estaba el primero lamentándose amargamente de su desgraciada suerte y de la dificultad con que ganaba una miserable subsistencia, entre tanto que el dueño del palacio que tenia á su vista, pasaba una regalada vida, libre de trabajos, y con todos los placeres de este mundo á su disposicion.

Iba á proseguir en sus quejas, cuando la buena muger lo contuvo, recordándole que podia ser oido. Así fué, pues el mismo Nezahualcoyotl, oculto tras de las celosías de una ventana que daba al mercado, se estaba divirtiéndose como de costumbre en observar lo que el pueblo barateaba en la plaza. Inmediatamente hizo venir á su presencia á la pareja quejosa, que se presentó temblando por que le acusaba su conciencia. El rey preguntó gravemente lo que habian dicho, y como le contestaron la verdad, repuso reflexionaron que si tenia grandes tesoros á su disposicion, habia aun mas grandes destinos para ellos: que lejos de tener una vida desahogada, estaba oprimido con todo el peso del gobierno; y concluyó amonestándoles á „ser mas cautos en lo futuro, pues las paredes tenian oidos” (56). Entonces ordenó á sus oficiales trajeran una cantidad de mantas y abundante provision de cacao, (moneda corriente del pais) y los despidió. „Id,” les dijo: „con lo poco que ahora teneis, sereis ricos; entre tanto que yo con todos mis tesoros seré todavia pobre (57).”

No era su pasion la de atesorar. Gastaba sus rentas con munificencia, buscando pobres, pero meritorios sugetos en que emplearlas. Cuidaba especialmente de los guerreros inutilizados, y de aquellos que de alguna manera habian sufrido quebrantos por el servicio público, extendiendo sus socorros á sus familias en el caso de haber muerto. La mendicidad descubierta fué cosa que nunca pudo tolerar, y la castigó con ejemplar rigor (58).

Pareceria increíble que un hombre del vasto entendimiento y dotes de Nezahualcoyotl pudiera acomodarse á la sórdida supersticion de sus compatriotas, y mucho mas á los sanguinarios ritos que habian adoptado de los aztecas. Su humano carácter huia de estas crueles ceremonias, y diligentemente procuró volver á su pueblo al mas puro y simple culto de los antiguos toltecas; pero una circunstancia produjo un cambio temporal en su conducta.

Habia sido algunos años casado con la muger que tan injustamente habia obtenido; pero no fué bendecido con el bien de la posteridad. Los sacerdotes manifestaron que era debido á su desprecio de los dioses del pais, y que el único

(55) Ibid., cap. 46.

(56) „Porque las paredes oian.” (Ibid.) Un proverbio europeo entre los primeros habitantes de América parece demasiado extraño para no sospechar la mano del cronista.

(57) „Le dijo que con aquello poco le bastaba, y viviria bienaventurado, y él con toda la máquina que le parecia que tenia harto, no tenia nada; y así lo despidió.” Ibid.

(58) Ibid.

remedio era ablandar su ira con sacrificios humanos. El rey accedió con repugnancia, y los altares humearon otra vez con la sangre de los cautivos inmolados; pero todo fué en vano, y él exclamó con indignación: „Estos ídolos de madera y piedra no pueden oír ni sentir; mucho menos pudieron hacer los cielos, la tierra y al hombre, que es señor de ella. Todo esto debió ser la obra de un Todopoderoso, Dios desconocido, Creador del universo, en quien solamente debo buscar consuelo y apoyo (59).”

En seguida se retiró á su palacio de campo de Tezcutzinco, donde permaneció cuarenta dias ayunando, haciendo oracion á determinadas horas, y ofreciendo no otro sacrificio que el suave incienso de copal de yerbas y gomas aromáticas. Al concluir este tiempo se dice fué consolado por una vision celestial que le aseguró el buen suceso de su peticion. Así fué en efecto; y este acontecimiento fué seguido de la agradable noticia del triunfo de sus armas en un lugar donde últimamente habian experimentado humillantes reveses (60).

Fuertemente robustecidas sus antiguas convicciones religiosas, profesó entonces mas abiertamente su fe, y fué mas cuidadoso en apartar á sus súbditos de sus degradantes supersticiones y sustituir ideas mas nobles y mas espirituales de la divinidad. Edificó un templo de la forma piramidal acostumbrada, y en la cumbre colocó una alta torre de nueve cuerpos que representaban los nueve cielos. El décimo estaba cubierto con un techo de bóveda pintada de negro y profusamente dorada con estrellas por la parte exterior, é incrustada con metales y piedras preciosas por la interior, cuyo santuario dedicó al „Dios no conocido, causa de las causas (61).” Parece probable, tanto por el emblema de la torre como por el sentido de sus versos, segun veremos despues, que mezcló en la creencia del Ser supremo el culto de los astros que existia entre los toltecas (62). Varios instrumentos músicos se colocaron en la cumbre de la torre,

(59) „Verdaderamente los dioses que yo adoro, que son ídolos de piedra que no hablan, ni sienten, no pudieron hacer ni formar la hermosura del cielo, el sol, luna y estrellas que lo hermosean, y dan luz á la tierra, rios, aguas y fuentes, árboles y plantas que la hermosean, las gentes que la poseen, y todo lo criado; algun Dios muy poderoso, oculto y no conocido, es el Criador de todo el Universo. Él solo es el que puede consolarme en mi afliccion, y socorrerme en tan grande angustia, como mi corazón siente.” MS. de Ixtlilxochitl.

(60) MS. del mismo.

El manuscrito aquí citado es uno de los muchos que dejó el autor sobre las antigüedades de su país, y forma parte de una voluminosa coleccion hecha en Méjico por el padre Vega, en 1792, de orden del gobierno español. Véase el Apénd., part. 2, núm. 2.

(61) „Al Dios no conocido, causa de las causas.” MS. de Ixtlilxochitl.

(62) Sus primeros templos fueron dedicados al sol. Adoraban á la luna como á su muger y á las estrellas como á sus hermanas. (Veytia, Hist. antig., tom. I, cap. 25.) Las ruinas que aun existen en Teotihuacan, pueblo situado cerca de siete leguas de la capital, se suponen haber sido levantadas por este antiguo pueblo, en honor de las dos grandes deidades. Boturini, Idea, p. 42.

y el sonido de ellos, acompañado del toque de un sonoro metal golpeado con un mazo, llamaba al pueblo á orar en determinados periodos (63). No habia imágenes en el edificio, como que ninguna podia representar al „Dios invisible,” y expresamente se prohibió al pueblo profanar los altares con sangre ú otro cualquiera sacrificio que no fuera el perfume de las flores y el de suaves y olorosas gomas.

El resto de sus dias lo pasó principalmente en sus deliciosas soledades de Tezcotzincó donde se dedicó á los estudios astronómicos, probablemente á los astrológicos, y á la meditacion sobre su destino inmortal, expresando sus sentimientos en cantos, ó mas bien himnos sublimes y enérgicos. El extracto de uno de estos dará alguna idea de su creencia religiosa. La melancólica ternura de los versos citados en la página precedente está aquí espresada con un colorido lúgubre y tétrico, entre tanto que el lacerado espíritu, en lugar de buscar alivio en los extravagantes placeres de un temperamento jónen y ardiente, vuelve para su consuelo al mundo que se oculta tras de la tumba.

„Todas las cosas tienen su término en la vida, y en la mas alegre carrera de vanidad y esplendor falta su fuerza, y se hunden en el polvo. Todo el mundo no es sino un sepulcro, y nada hay que viva sobre la superficie de la tierra que no haya de ser encubierto y sepultado en ella. Los rios, los torrentes y arroyos, corren á su destino. Ninguno vuelve atrás á su agradable manantial: siguen adelante; y van precipitadamente á sepultarse en el profundo seno del océano. Las cosas de ayer ya no son hoy, y las de hoy acaso dejarán de existir mañana (64). Los cementerios están llenos del pesado polvo de cuerpos vivificados un tiempo por almas racionales que ocuparon tronos, presidieron consejos, acaudillaron ejércitos, se abrogaron culto, se ensoberbecieron con la vanagloria, con la pompa, con el poder y el imperio. Pero todas estas cosas han desaparecido como el humo terrible que sale de la garganta del Popocatepetl, sin mas recuerdos de su existencia que el de estar inscrita en las páginas del historiador.

„El grande, el sabio, el valiente, el hermoso, ¡ah! ¿dónde están ahora? Todos mezclados bajo el césped; y lo que les sucedió á ellos, ha de acontcernos á nosotros y á aquellos que nos sucedan. Alentémonos pues, nobles é ilustres caudillos, amigos verdaderos y leales súbditos, *aspiremos á obtener aquel cielo don-*

(63) MS. de Ixtlilxochitl.

„Este evidentemente era un *gong*,” (instrumento redondo de música con que los asiáticos hacen mucho ruido) dice el Sr. Ranking, quien huella con confianza los *supositos cineres*,” del camino de la ciencia anticuaria. Véase su *Historical Researches on the conquest of Peru, Mexico, &c., by the Mongols*, (Londres, 1827,) p. 310.

(64) „Toda la redondez de la tierra es un sepulcro: no hay cosa que sustente que con título de piedad no la esconda y entierre. Corren los rios, los arroyos, las fuentes, y las aguas, y ningunas retroceden para sus alegres nacimientos: aceleránse con ansia para los vastos dominios de Tlaloc (Neptuno), y cuanto mas se arriman á sus dilatadas márgenes, tanto mas van labrando las melancólicas urnas para sepultarse. Lo que fué ayer no es hoy, ni lo de hoy se afianza que será mañana.

de todo es eterno y adonde no puede llegar la corrupcion (65). Los horrores de la tumba no son sino la cuna del sol, y las negras sombras de la muerte, brillantes luces para las estrellas (66).” El sentido místico de la última sentencia parece aludir á la supersticion en que vivian acerca de las mansiones del sol, creencia que forma un bello contraste con los negros rasgos de la mitología azteca.

Al fin por el año de 1470, Nezahualcoyotl, (67) cargado de años y de honores se sintió cercano á su fin, habiendo transcurrido casi medio siglo desde que subió al trono de Tezcuco. Habia encontrado su reino desmembrado por las facciones, y abatido hasta el polvo bajo el yugo de un tirano extranjero. El habia roto esta esclavitud; habia inspirado nueva vida á la nacion; habia revivido las antiguas instituciones y extendido sus dominios; la habia visto florecer con toda la actividad del comercio y de la agricultura, aumentándose su fuerza por la extension de sus recursos, y avanzando cada dia mas y mas en la gran marcha de la civilizacion. Todo esto habia presenciado, y podia con justicia atribuir la mayor parte de tantos bienes á su sabio y benéfico gobierno. Sus prolongados y gloriosos dias iban llegando ahora á su término; pero él contemplaba este acontecimiento con la misma serenidad que habia mostrado en su tempestuosa mañana y en su esplendor meridiano.

Poco tiempo antes de morir llamó alrededor de sí á aquellos de sus hijos en quienes mas confiaba, á sus principales consejeros, á los embajadores de Méjico y Tlacopan, y al pequeño príncipe heredero de la corona y único vástago tenido en la reina. No contaba entonces todavia ocho años de edad, pero ya ha-

(65) „Aspiremos al cielo, que allí todo es eterno y nada se corrompe.”

(66) „El horror del sepulcro es lisonjera cuna para él, y las funestas sombras, brillantes luces para los astros.”

El texto original y una traduccion española de este poema, creo que apareció primero, en una obra de Granados y Galvez. (Tardes americanas, (Méjico, 1778,) p. 90 y sig.) El original está escrito en idioma otomí, y ambos, así como tambien una version francesa, han sido insertadas por M. Ternaux-Compans, en el Apéndice de su traduccion de la Historia de los chichimecas escrita por Ixtlilxochil, (tom. I, pp. 359-367). Bustamante, que tambien ha publicado la version española en su Galeria de antiguos príncipes mexicanos (Puebla, 1821, (pp. 16 y 17),) la llama „Oda de la flor,” que fué recitada en un gran banquete á que asistieron los principales nobles tezcucanos. Si esta última es la misma que menciona Torquemada, (Monarq. ind., lib. 2, cap. 45,) debe haber sido escrita en lengua tezcucana, y ciertamente no es probable que el otomí, dialecto indio, tan distinto de los idiomas del Anáhuac, aunque bien sabido por el poeta real, pudiera ser comprendido por el auditorio heterogéneo de sus compatriotas.

(67) Un cálculo aproximativo á la fecha, es lo mas que puede esperarse de los manuscritos de Ixtlilxochitl, quien ha intrincado su cronología de una manera que mi habilidad no alcanza á desenvolver. Así, por ejemplo, despues de decir que Nezahualcoyotl tenia 15 años cuando fué muerto su padre en 1418, asegura que falleció á la edad de 71, en 1462. *Instar omnium.* Comp., Hist. chich., MS., cap. 18, 19, y 49.

bia dado, hasta donde podia esperarse de tan tierna flor, ricas promesas de una futura bondad (68).

Despues de abrazar tiernamente al niño el moribundo monarca colocó sobre él las vestiduras reales. Luego dió audiencia á los embajadores; y cuando se hubieron retirado, hizo que aquel repitiera la sustancia de la conversacion. Siguieron á esto los consejos que eran acomodados á su comprension, y de tal naturaleza, que cuando los recordara en sus maduros años, pudieran servirle de luz para guiarlo en el gobierno de su reino. Le suplicó no fuera negligente en el culto „del Dios no conocido,” mostrando sentimiento de que él mismo hubiera sido indigno de conocerle, é indicando su conviccion de que tiempo vendria en que seria conocido y adorado por todo el pais (69). En seguida se dirigió á uno de sus hijos que le merecia la mayor confianza y á quien eligió por regente. „Desde ahora,” le dijo, „vos llenareis el cargo que yo he tenido de padre de este niño: vos le enseñareis á vivir como debe; y por vuestros consejos gobernará el reino. Ocupad su lugar, y sed su guia hasta que tenga la edad suficiente para gobernar él mismo.” Entonces volviéndose á sus otros hijos, les amonestó á vivir en perfecta union y á mostrar toda lealtad á su príncipe, quien aunque niño, habia ya manifestado una discrecion superior á sus años. „Sedle fieles,” añadió, „y él os mantendrá en vuestros derechos y dignidades.” (70)

Sintiendo que su fin se aproximaba, exclamó: „no me lloréis con inútiles lamentaciones: entonad himnos de alegría; y mostrad un espíritu valeroso para que las naciones que he subyugado no os crean desalentados, sino que puedan conocer que cada uno de vosotros es capaz de conservarlas en obediencia.” El indomable espíritu del monarca se mostró todavia en las agonías de la muerte; pero su intrépido corazon se enterneció al despedirse de sus hijos y amigos, llorando amargamente sobre ellos al darles el último adios. Cuando se retiraron previno á los oficiales del palacio no permitieran á ninguno volver á entrar, y poco despues espiró á los setenta y dos años de su edad, y cuarenta y cuatro de su reinado (71).

Así murió el monarca mas grande; y si una mancha asquerosa pudiera borrarse de su vida, acaso el mejor que jamas ocupó un trono indio. Su carácter está delineado con mediana imparcialidad por su consanguíneo el historiador tezcucano. „Era sabio, valiente, liberal; y cuando consideramos la magnanimidad de su alma, la grandeza y buen suceso de sus empresas, su profunda y

(68) MS. de Ixtlilxochitl; tambien Hist. chich., MS., cap. 49.

(69) „No consintiendo que haya sacrificios de gente humana, que Dios se enoja de ello, castigando con rigor á los que lo hicieren; que el dolor que llevo es no tener luz, ni conocimiento, ni ser merecedor de conocer tan gran Dios, el cual tengo por cierto, que ya que los presentes no lo conozcan, *ha de venir tiempo en que sea conocido y adorado en esta tierra.*” MS. de Ixtlilxochitl.

(70) Idem, ubi supra; tambien Hist. chich., cap. 49.

(71) Hist. chich., cap. 49.

sábía política, debemos confesar que fué superior á todos los demas príncipes y caudillos de este Nuevo Mundo. Tenia pocas faltas y castigaba severamente las de los otros: preferia el interes público al suyo propio: era muy caritativo por naturaleza, tanto, que á las personas pobres y honestas les compraba efectos en el duplo de su valor, para repartirlos despues entre los enfermos é impedidos. En tiempos de escasez fué particularmente generoso, eximiendo á sus vasallos de los impuestos, y proveyendo á sus urgencias con los graneros reales. No colocó su fe en el culto idólatra del pais: estaba bastante instruido en los principios de la moral; y procuró sobre todo adquirir luces para conocer á la verdadera Divinidad. Confesaba la existencia de un solo Dios, criador del cielo y de la tierra, á quien debemos nuestro ser, que nunca se ha dejado ver en forma humana, ni en ninguna otra, y con quien las almas de los virtuosos iban á vivir despues de la muerte, mientras que el malo habia de sufrir penas indecibles. Invocaba al Dios Todopoderoso, como „aquel por quien vivimos, y que tiene todas las cosas en sí mismo.” Reconocia al sol por su padre y á la tierra por su madre. Enseñó á sus hijos á no confiar en los ídolos, y á conformarse al culto exterior de ellos solo por deferencia á la opinion pública (72). Si no pudo abolir enteramente los sacrificios humanos transmitidos por los aztecas, al menos los restringió á los esclavos y prisioneros (73).”

He ocupado tanto espacio con este ilustre príncipe, que poco queda para su hijo y sucesor Nezahualpilli. Me ha parecido mas conveniente á los estrechos límites de esta obra presentar una idea completa de esta sola época, la mas interesante en los anales tezcucanos, que extender las investigaciones sobre un campo mas extenso, pero comparativamente estéril. Nezahualpilli, el heredero de la corona, fué un príncipe notable, y su reinado contiene muchos incidentes que siento estar obligado á pasar en silencio (74).

Tenia bajo muchos aspectos un gusto semejante al de su padre, y como él desplegó una pródiga magnificencia en su modo de vivir y en los edificios públicos. Fué mas severo en su moral, y rígido en la ejecucion de la justicia, hasta sacrificar á ella los afectos naturales. Algunos pasages notables se refieren sobre este punto; uno entre otros, con relacion al mayor de sus hijos, he-

(72) „Solia amonestar á sus hijos en secreto que no adorasen á aquellas figuras de ídolos, y que aquello que hiciesen en público fuese *solo por cumplimiento*.” Ibid.

(73) Idem, ubi supra.

(74) El nombre de Nezahualpilli significa „el príncipe por quien se ha ayunado,” aludiendo sin duda á la larga abstinencia de Nezahualcoyotl antes de su nacimiento. (Véase á Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 45.) Ya he explicado lo que queria decir el nombre igualmente eufónico del segundo. (Véase el cap. 4. de esta obra). Si es cierto que,

„Cæsar ó Epaminondas nunca hubieran llegado á nuestra noticia si no hubieran tenido nombres,”

no lo es menos que los de los dos príncipes tezcucanos, tan difíciles de pronunciar y de ser traídos á la memoria por un europeo, son mas desfavorables para la inmortalidad.

redero de la corona y príncipe de grandes esperanzas. Entabló el jóven una correspondencia poética con una de las concubinas de su padre, conocida con el nombre de la señora de Tula, muger de humilde origen, pero dotada por la naturaleza de prendas no comunes. Tenia un palacio separado, donde vivia con grandeza, y adquirió por su hermosura y recomendables cualidades mucho ascendiente sobre su real amante (75). Ignórase si la correspondencia del príncipe con esta favorita fué amorosa, pero de todas maneras la falta era capital. Se le sujetó al tribunal correspondiente, que pronunció sentencia de muerte contra el infortunado jóven, y el rey, cerrando su corazon á las súplicas y á la voz de la naturaleza, permitió que se ejecutara el cruel fallo. Tal vez podria sospecharse en este caso la influencia de la pasion mas baja; pero no es uno solo el ejemplo que se presenta de su inexorable justicia respecto de los que le eran mas allegados. Tenia la austera virtud de un antiguo romano, destituida de las amables gracias que la hacen atractiva. Luego que se llevó á efecto la sentencia, se encerró en su palacio por muchas semanas, y mandó tapiar las puertas y ventanas de la habitacion de su hijo para que no volvieran á ocuparse (76).

Nezahualpilli tenia la misma pasion que su padre por los estudios astronómicos, y se dice que en uno de sus palacios habia un observatorio (77). Se consagró á la guerra en su juventud; pero luego que avanzó en años, abrazó un modo de vivir mas tranquilo, y buscó su principal diversion en el cultivo de su ciencia favorita y en los suaves placeres de los retirados jardines de Tezcotzinco. Esta vida pacífica no era muy conveniente para el carácter turbulento de la época y de su rival mejicano Montezuma. Las provincias distantes se separaron de su alianza; el ejército relajó la disciplina; el desafecto creció en sus filas, y el astuto Montezuma, ya por la violencia, ya por estratagemas indignas

(75) „De las concubinas la que mas privó con el rey, fué la que llamaban la señora de Tula, no por linaje, sino porque era hija de un mercader, y era tan sábia que competia con el rey y con los mas sabios de su reino, y era en la poesia muy aventajada, que con estas gracias y dones naturales tenia al rey muy sujeto á su voluntad de tal manera, que lo que queria alcanzaba de él, y así vivia sola por sí con grande aparato y magestad en unos palacios que el rey le mandó edificar.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 57.

(76) Ibid., cap. 67.

El historiador tezcucano refiere varios espantosos ejemplos de esta severidad, particularmente la que usó con su muger delincuente. Esta anécdota que recuerda las consejas de un Harem Oriental, está traducida en el *apéndice, part. 2, núm. 4*. Véase á Torquemada, (Monarqu. ind., lib. 2, cap. 66, y Zurita, Rapport, pp. 108 y 109.) Era el terror de todos los magistrados injustos, pues poco favor debían esperar de un hombre que pudo ahogar en su seno la voz de la naturaleza por obedecer á las leyes. Como Suetonio dice de un príncipe que no tenia su virtud: „Vehemens et in coercendis quidem delictis immodicus.” Vita Galbæ, sec. 9.

(77) Torquemada vió los restos de éste ó lo que *pasaba por tal* en su tiempo. Monarqu. ind., lib. 2, cap. 64.

de un rey, logró despojar á su aliado monarca de algunos de sus mejores dominios. Entonces fué cuando se abrogó el título y preeminencias de emperador, que hasta entonces habian llevado los príncipes tezcucanos, como cabezas de la alianza. Tales son las noticias que dan los historiadores sobre aquella nacion, de cuya manera explican la superioridad reconocida del soberano azteca, tanto en territorio como en distincion, cuando desembarcaron los españoles (78).

Estas desgracias pesaron fuertemente en el espíritu de Nezahualpilli, aumentando su afliccion con ciertos lúgubres pronósticos de una próxima calamidad, que debia oprimir al pais (79). Se encerró en su retiro á ocultar tantos pesares: decayó rápidamente su salud; y el año de 1515, á la edad de cincuenta y dos años, se hundió en la tumba (80). ¡Feliz al menos, pues que con su oportuna muerte se libertó de presenciar el cumplimiento de sus predicciones sobre la ruina de su pais y la extincion de las dinastías indias para siempre! (81).

Al examinar de nuevo el breve bosquejo presentado aquí de la monarquía tezcucana, no puede menos de sentirse profundamente impresa la conviccion de su superioridad en todos los grandes rasgos de civilizacion sobre el resto del Anáhuac. Los mejicanos mostraron, no hay duda, igual adelanto en las artes mecánicas y aun en la ciencia de las matemáticas; pero en la de gobierno, en la de la legislacion, en las doctrinas contemplativas de la religion, en las elegantes producciones de la poesia y elocuencia, y en todo aquello que dependia de un gusto refinado y de un idioma pulcro, se confesaban inferiores, con el hecho de recurrir á sus rivales como á la fuente del saber, y de citar sus obras como las piezas maestras del idioma. Las mejores historias, los mejores poemas, el mejor código, el dialecto mas puro, todo se concedia á los tezcucanos. Los aztecas rivalizaban con sus vecinos en el esplendor con que vivian, y aun en la

(78) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 73 y 74.

Esta pérdida repentina de la supremacía del imperio por los tezcucanos, al fin de los reinados de dos de sus mas hábiles monarcas, es tan improbable, que puede dudarse si la poseyeron alguna vez, por lo menos con la extension que pretende el patriota historiador. Véase la nota 25 del cap. 1 de esta obra y el texto correspondiente.

(79) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 72.

El lector encontrará una relacion muy particular de estos prodigios, probados con testimonios mas auténticos que muchos milagros, en una página posterior de esta historia.

(80) Ibid., cap. 75.—Ó mas bien, á la edad de 50, si el historiador no va errado en colocar su nacimiento, como lo hace en uno de los capítulos precedentes, en 1465. (Véase el cap. 46.) No es fácil decidir lo que es cierto cuando el escritor no se toma el trabajo de ser en todo verídico.

(81) Sus exequias se celebraron con sanguinaria pompa. Doscientos esclavos y doscientas esclavas se sacrificaron en la tumba. Su cuerpo fué consumido en una pira funeral entre un grupo de piedras preciosas, ricas estofas é incienso, y las cenizas depositadas en una urna de oro, fueron colocadas en el gran templo de Huitzilopotchli, por cuyo culto, no obstante las lecciones de su padre, tenia el rey alguna parcialidad.

magnificencia de sus edificios. Desplegaban una pompa y fausto verdaderamente asiático; pero esto era el desarrollo de elementos materiales, mas bien que intelectuales. Necesitaban el refinamiento de costumbres esencial á un continuo progreso en la civilizacion; y un insuperable límite estaba puesto á las suyas, con aquella sangrienta mitología que comunicaba su horrible y asquerosa infeccion al mismo aire que respiraban.

La superioridad de los tezcucanos era ciertamente debida en gran parte á la de los dos soberanos cuyos reinados hemos descrito. No hay posicion en la vida que proporcione mas campo para mejorar la condicion del hombre, que la de un príncipe absoluto en una nacion imperfectamente civilizada. Desde su elevado puesto, disponiendo de todos los recursos de la época, tiene el poder de difundirlos mas y mas entre su pueblo. Puede compararse al copioso manantial nacido en la cumbre de la montaña, que se alimenta con las lluvias del cielo para enviarlas despues en arroyos, que corren por colinas y valles, fertilizándolos y revistiendo de hermosura aun á los mismos desiertos. Tales fueron Nezahualcoyotl y su digno sucesor, cuya ilustrada política continuándose por casi un siglo, obró la mas saludable revolucion en el estado del pais. Es muy extraño que nosotros, habitantes del mismo continente, estemos mas familiarizados con la historia de muchos caudillos bárbaros, tanto del Antiguo como del Nuevo Mundo, que con la de estos monarcas verdaderamente grandes, cuyos nombres están identificados con las páginas mas gloriosas de los anales de las razas indias.

No es fácil determinar cuál era el grado de la civilizacion tezcucana con la imperfecta luz que se nos ha transmitido, aunque ciertamente era muy inferior á lo que por esa palabra quiere darse á entender en Europa. En algunas de las artes y en todas las carreras de las ciencias solo habian dado los primeros pasos; pero habian principiado la verdadera senda, y mostrado ya un refinamiento en sentimientos y costumbres, una capacidad para recibir lecciones, que bajo buenos auspicios podia haberlos conducido á un adelanto indefinido. Por desgracia iban apresuradamente doblegándose bajo el dominio de los guerreros aztecas, cuyo pueblo pagó los beneficios recibidos de sus mas cultos vecinos contaminándolos con su feroz supersticion, la cual descendiendo como un tizon encendido sobre el pais, hubiera pronto abrasado las ricas flores que prometia y aun reducido sus frutos á polvo y cenizas.

Fernando de Alva Ixtlilxochitl, que floreció al principio del siglo diez y seis, era nativo de Tezcuco y descendiente por línea recta de los soberanos de este reino. La real posteridad llegaba á ser tan numerosa en pocas generaciones, que era común verla reducida á la mayor pobreza y proporcionarse una mezquina subsistencia con las ocupaciones mas humildes. Ixtlilxochitl que descendia de la reina ó muger principal de Nezahualpilli, guardaba una posicion respetable. Desempeñó el oficio de intérprete del virey, á quien fué recomendado por su instruccion en los geroglíficos antiguos y versacion en los idiomas mejicano y español. Su nacimiento le daba acceso á las

personas de mas alto rango de su nacion, algunas de las cuales ocupaban importantes empleos civiles en el nuevo gobierno, por cuyo motivo tenian facilidad de hacer grandes colecciones de manuscritos indios que liberalmente franquearon al escritor. Tambien tenia una extensa librería; y con estos medios se aplicó diligentemente al estudio de las antigüedades tezcucanas. Él descifró los geroglíficos, se hizo maestro de los cantos y de las tradiciones, y corroboró sus escritos con el testimonio oral de algunas personas muy ancianas que habian conocido á los conquistadores. Tomando sus materiales de fuentes tan auténticas, compuso varias obras en castellano sobre la historia primitiva de las razas tolteca y tezcucana, continuándola hasta la subversion del imperio por Cortés. Estos varios escritos, recopilados bajo el título de *relaciones*, son mas ó menos mútuas repeticiones y compendios, no siendo fácil entender por qué las compuso de esta manera. *La Historia chichimeca*, es la mas bien ordenada y la mas completa de toda la serie, y como tal, ha sido mas frecuentemente consultada al escribir las páginas precedentes.

Las composiciones de Ixtlilxochitl tienen muchos de los defectos comunes en su época. Generalmente llena sus páginas de incidentes triviales é inverosímiles, cuya falta de probabilidad crece con el transcurso del tiempo, pues la distancia que disminuye los objetos para la vista natural, los aumenta para la mental. Su cronología, como mas de una vez he manifestado, es excesivamente intrincada. Con mucha frecuencia ha dado un oido demasiado favorable á tradiciones y escritos que hubieran sobresaltado la crítica escéptica de la edad presente. Sin embargo, hay una apariencia de buena fe é ingenuidad en sus obras, que pueden convencer al lector de que cuando yerra, no es por otra causa que por la de parcialidad nacional, y esta seguramente es excusable en el descendiente de un orgulloso linaje privado de su antiguo esplendor que le era lisonjero revivir. Debe tambien considerarse que si su narracion es alguna vez violenta, sus investigaciones penetran en los profundos misterios de la antigüedad, donde se encuentran la luz y la obscuridad, mezcladas una con la otra, y donde todo está mas sujeto á trastornarse como que se vé por el nebuloso medio de los geroglíficos. Con estas excepciones, se encontrará que el historiador tezcucano ha llamado justamente nuestra admiracion por el extenso campo de sus investigaciones, y por la sagacidad con que las conduce. Él nos ha introducido al conocimiento del pueblo mas culto del Anáhuac, cuyos anales, aun cuando se hubieran conservado, no habrian podido comprenderse en un periodo de tiempo posterior, y de esta manera presentó una regla de comparacion que eleva mucho nuestras ideas sobre la civilizacion americana. Su lenguaje es sencillo: algunas veces elocuente y patético. Sus descripciones son demasiado pintorescas. Abunda en anécdotas familiares; y la gracia natural con que detalla los mas notables acontecimientos de la historia y las aventuras personales de sus héroes, le hacen acreedor al nombre del Livio del Anáhuac.

Tendré necesidad mas adelante de hablar de sus mérito literario con respecto á la historia de la conquista, para la cual es una autoridad respetable. Sus primeros anales, sin embargo de que ninguno de sus manuscritos se ha impreso, han sido diligentemente estudiados en Méjico por los escritores españoles, y libremente trasladados á sus páginas, de lo que sin duda ha resultado que su reputacion, así como la de Sahagun, haya sufrido no poco. Su *Historia chichimeca* está vertida al frances por M. Ternaux-Compans, y forma parte de la inestimable serie de traducciones y documentos inéditos que han servido tanto para familiarizarlos con la historia primitiva de América. Yo he tenido mucha oportunidad de conocer el mérito de la version

que ha hecho de Ixtlilxochitl, y tengo mucho gusto en atestiguar la fidelidad y elegancia con que está ejecutada.

NOTA.—Era mi intencion concluir esta parte introductoria de la obra con algunas noticias sobre el *origen de la civilizacion mejicana*; pero „la cuestion general del origen de los habitantes de un continente,” Humboldt ha escrito, „excede á los límites prescritos á la historia; acaso no es ni aun una cuestion filosófica.” „Para la mayoría de los lectores,” dice Livio, „el origen, las remotas antigüedades de una nacion, pueden tener, comparativamente hablando, poco interes.” El juicio crítico de estos dos grandes escritores, es justo y oportuno; por lo que despues de una consideracion mas detenida, he reservado las observaciones sobre este punto, preparadas con algun cuidado, para la parte primera del *Apéndice*, al cual, los que se sientan muy interesados en la discusion, pueden ocurrir antes de entrar á la historia de la conquista.

LIBRO SEGUNDO.

DESCUBRIMIENTO DE MÉJICO.

TOM. I.

18

LIBRO II.

DESCUBRIMIENTO DE MÉJICO.

CAPITULO I.

ESPAÑA BAJO EL REINADO DE CARLOS V.—PROGRESOS DEL DESCUBRIMIENTO.—POLÍTICA COLONIAL.—CONQUISTA DE CUBA.—EXPEDICIONES A YUCATAN.

1516—1518.

Al principio del siglo décimosesto, la España ocupaba tal vez la posicion mas prominente en el teatro de la Europa. Los numerosos estados en que por dilatado tiempo habia estado dividida, se consolidaron en una monarquía. La media luna musulmana, despues de haber reinado allí durante ocho siglos, dejó de verse dentro de sus límites. La autoridad de la corona no hacia, como en otras épocas, sombra á las órdenes inferiores del estado. El pueblo disfrutaba el inestimable privilegio de la representacion política, y la ejercia con mucha independencia. La nacion, por último, se vanagloriaba de gozar un grado tan alto de libertad constitucional como cualquiera otra, por aquel tiempo, en la cristianidad. Bajo un sistema de leyes benéfico, y de una administracion equitativa, aseguróse la tranquilidad interior, establecióse el crédito público, y comenzaron á florecer el comercio, las manufacturas y aun las artes mas elegantes, al paso que una esmerada educacion hizo brotar las primeras flores de aquella literatura que vino á madurar y producir una abundante cosecha antes de que acabara el siglo. Las armas en el exterior hacian los mismos progresos que las artes en el interior. La España halló su imperio aumentado de improviso por importantes adquisiciones, así en Europa como en África, á la vez que un Nuevo Mundo, allende de los mares, le ofrecia en su seno innumerables tesoros, y abria un ilimitado campo para toda clase de empresas.

Tal era la condicion del pais á fines del largo y glorioso reinado de Fernando é Isabel, cuando, el 23 de enero de 1516, pasó el cetro á manos de su hija Juana, ó mas bien, á las de su nieto Cárlos V, quien rigió solo la monarquía durante la dilatada é imbécil existencia de su desgraciada madre. Los dos años siguientes á la muerte de Fernando, gobernó como regente en ausencia

de Cárlos, el cardenal Jimenez, hombre cuya intrepidez, extraordinarias disposiciones y capacidad para grandes empresas, estaban acompañadas de un carácter altivo que le hacia ser bastante indiferente con respecto á los medios de su ejecucion. Su administracion por lo mismo, no obstante la pureza de sus intenciones, fué desfavorable á la libertad constitucional, por el desprecio total de las fórmulas, pues el respeto á estas, es un elemento esencial de la libertad. Pero Jimenez con todas sus faltas, era un español, y el objeto predilecto de su corazon, el bien de su pais.

Aconteció de otro modo á la llegada de Cárlos, quien despues de una larga ausencia, vino como un extraño á la tierra de sus padres. (Noviembre de 1517.) Sus maneras, sus simpatías y aun su idioma eran extranjeros, pues hablaba con dificultad el castellano. Poco ó nada conocia de su pais natal, del carácter del pueblo ó de sus instituciones. Parecia cuidarse poco de estos objetos, y su natural reserva impedia aquella libertad de comunicacion, que podia al fin haber frustrado hasta cierto punto los errores de educacion. En una palabra, era extranjero en todo, y se resignó á la direccion de sus consejeros flamencos con una docilidad que daba pocas esperanzas de su futura grandeza.

En su entrada á Castilla, el jóven monarca iba acompañado de una multitud de sicofantas cortesanos que se apoderaron, como langostas, de todos los puestos de provecho y honor en el reino. Un flamenco se hizo gran canciller de Castilla, y otro ocupó la silla arzobispal de Toledo. Se atrevieron tambien á profanar el santuario de las córtes, introduciéndose en sus deliberaciones; pero este cuerpo no solo no se sometió humildemente á tales usurpaciones, sino que dió desahogo á su indignacion en expresiones dignas de los representantes de un pueblo libre (1).

La conducta de Cárlos, tan diferente de aquella á que estaban acostumbrados los españoles bajo el reinado de Fernando é Isabel, dispuso todos los ánimos en su contra; y luego que se comprendió su carácter, en vez de pruebas espontáneas de lealtad, muy frecuentes al acceso de un nuevo y jóven soberano, en todas partes encontraba oposicion y disgusto. En Castilla, y despues en Aragon, Cataluña y Valencia, los diputados dudaron conferirle el título de *rey* durante la vida de su madre; y aunque al fin cedieron en este punto, y asociaron su

(1) El siguiente pasaje, entre otros muchos, sacado de la correspondencia de P. Martir de Angleria, fiel historiador de aquellos tiempos, da una idea completa de la intemperancia, avaricia é intolerable arrogancia de los flamencos. Este testimonio es tanto mas digno de fe, cuanto que es de uno que aunque residia en la Península no era español. „Crumenas auro fulcire inbiant; huic uni studio invigilant. Nec detrectat juvenis Rex. Farcit quacunq[ue] posse datur; non satiat tamen. Quæ qualisve sit gens hæc, depingere adhuc nescio. Insufflat vulgus hic in omne genus hominum non arctoum. Minores faciunt Hispanos, quam si nati essent inter eorum cloacas. Rugiunt jam Hispani, labra mordent, submurmurant facili, fatorum vices tales esse conqueruntur, quod ipsi domitores regnorum ita floccifiant ab his, quorum Deus unicus (sub rege temperato) Bacchus est cum Cithærea.” Opus Epistolarum, (Amstelodami, 1610,) ep. 608.

nombre con el de ella en la soberanía, constantemente resistieron decretarle los subsidios que pedia, y cuando lo hicieron, cuidaban de su aplicacion con una vigilancia que dejaba muy pocas esperanzas á la codicia de los flamencos. El lenguaje de la legislatura en estas ocasiones, aunque moderado y respetuoso, respiraba un espíritu de resoluta independencia que no se halla, probablemente, en las actas parlamentarias de alguna otra nacion en aquella época. No es de admirar que Carlos hubiera tan pronto concebido disgusto por estas asambleas populares, únicos cuerpos que podian hacer llegar á los oídos del soberano verdades muy amargas (2). Ellas, por desgracia, no ejercian ninguna influencia sobre él, y el descontento alimentado en secreto, rompió en aquella funesta guerra de comunidades, que conmovió al estado hasta sus cimientos, y acabó con la destruccion de las libertades públicas.

La misma pestilente influencia extrangera se advirtió, aunque menos sensible, en la administracion colonial, la cual se habia puesto en el reinado anterior, bajo la inspeccion inmediata de dos importantes tribunales, el consejo de Indias, y la casa de contratacion en Sevilla. El objeto de estos era promover los adelantos del descubrimiento, velar sobre los nuevos establecimientos, y dirimir las disputas que en ellos se suscitasen. Pero las licencias concedidas á los aventureros particulares hicieron mas en favor de los descubrimientos, que la proteccion de la corona ó de sus oficiales. La dilatada paz que, con pequeñas interrupciones, disfrutó la España al principio del siglo XVI, fué muy propicia para esto; y el inquieto caballero, que ya no podia ganar laureles en los campos de Africa ó de Europa, volvió la vista con presteza á la brillante carrera que se le ofrecia al otro lado del océano.

Es difícil que nuestros contemporáneos, tan familiarizados desde su niñez así con los lugares mas remotos del globo, como con los inmediatos á sus respectivos paises, puedan pintarse á sí mismos los sentimientos de los hombres que vivieron en el siglo décimosesto. El terrible misterio que por tanto tiempo habia cubierto este piélago profundo, por fin se habia disipado. Ya no estaba rodeado de los mismos horrores indefinidos que cuando Colon lanzó su atrevida barca sobre aquellas turbulentas y desconocidas aguas. Se habia descubierto un nuevo y magestuoso mundo; aunque en cuanto al lugar en que precisamente estaba situado, á su extension, historia, y si era isla ó continente, solo habia conceptos vagos y confusos. Muchos en su ignorancia adoptaron ciegamente las mismas ideas erróneas en que cayó el gran almirante no obstante su elevada ciencia, á saber: que los nuevos paises eran una parte del Asia; y luego que el marinero vagaba entre las islas de Bahama, ó dirigia su carabela al traves del mar de las An-

(2) Sin embargo de este disgusto, los nobles no dejaban de manifestar su descontento. Cuando Carlos confirió la famosa órden de Borgoña del Toison de oro al conde de Benavente, este señor la rehusó diciéndole claramente, „soy castellano. No apetezco otros honorés que los de mi propio pais, que en mi opinion, son tan buenos y mejores que los de cualquier otro.” Sandoval, *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V.* (Ámbres, 1681,) tom. I, p. 103.

tilas, imaginaba respirar los embriagantes perfumes de las ricas y florecientes islas del océano indico. Así, pues, cada nuevo descubrimiento, interpretado bajo este engaño, servía para confirmarle en su error, ó al menos, para llenar su espíritu de dudas.

Abierta de este modo la carrera, tenía el mágico atractivo de una desesperada empresa, en la cual el aventurero arriesgaba todas sus esperanzas de fortuna, fama, y aun de la misma vida. No era comun, á la verdad, que ganase el rico gallardon que mas codiciaba; pero sí estaba seguro de alcanzar el premio de la gloria, poco menos caro á su espíritu caballeresco; y si sobrevivía el tiempo necesario para volver á su patria, tenía que contar portentosas historias de los peligros arrostrados en la tierra extranjera que habia visitado, y del ardiente clima, cuya exuberante fertilidad y lozana vegetacion excedian á todo lo que habia visto en su propio pais. Estas relaciones daban un nuevo pábulo á la imaginacion ya acalorada con las aventuras referidas en las novelas de caballería que formaban la lectura favorita de los españoles en aquella época. Así, el romance y la realidad obraba el uno sobre el otro; y el espíritu del español se exaltaba hasta un grado de entusiasmo, que le hacia capaz de acometer las terribles pruebas á que se sujetaba el explorador. En efecto, la vida del caballero de aquellos dias, era un romance puesto en accion; y la historia de sus aventuras en el Nuevo Mundo, forma una de las mas notables páginas en la historia del hombre.

Bajo este espíritu caballeresco de empresa se habian extendido los progresos del descubrimiento, al principio del reinado de Cárlos V, desde la bahía de Honduras, siguiendo las tortuosas costas de Darien, y el continente Sur Americano, hasta el rio de la Plata. Habíase ascendido la importante barrera del istmo, y habíase avistado el Pacifico por Nuñez de Balboa, inferior solo á Colon en esta valiente cuadrilla de „caballería oceánica.” Las islas de Bahama y las Caribes habian sido exploradas, así como la Península de la Florida en el continente septentrional. Sebastian Cabot habia llegado á este último punto en su descenso á lo largo de la costa del Labrador en 1497. Así, es que, antes de 1518, periodo en que comienza nuestra narracion, se habian reconocido en casi toda su extension las extremidades orientales de ambos grandes continentes. Las costas del gran Golfo Mejicano, prolongándose en un ancho circuito hácia el interior permanecian ocultas todavía, con los opulentos reinos que estaban fuera de la vista del navegante: habia llegado ya el tiempo de revelarse estos secretos.

Las empresas de colonizacion guardaban armonía con las de descubrimiento. En varias islas, en diversas partes de tierra firme, y en Darien, se habian erigido establecimientos, bajo la direccion de gobernadores que afectaban la grandeza y autoridad de vireyes. Habíanse hecho donaciones de tierra á los colonos, en las cuales levantaban los productos naturales del terreno, dando siempre mas atencion á la caña dulce importada de las Canarias. En efecto, el azúcar con las hermosas maderas de tinte del pais y los preciosos metales formaban casi los únicos artículos de exportacion en la infancia de las colonias, las cuales no habian introducido todavía los otros géneros del comercio de las Indias Occidentales,

que constituyen en nuestros días su principal riqueza. Aun de los metales preciosos, recogidos con trabajo en pocos y escasos veneros, se habrían hecho pobres remesas, si no hubiera sido por las gratuitas fatigas de los nativos.

La reina Isabel había suprimido el cruel sistema de repartimientos ó distribución de los indios como esclavos entre los conquistadores; y aunque después se patrocinó por el gobierno, fué bajo muy precisas limitaciones. Pero es imposible dar rienda al crimen á medias; autorizar la injusticia en todo, y esperar regularizarla. Las elocuentes representaciones de los dominicos, quienes se consagraron á la buena obra de la conversion en el Nuevo Mundo, con el mismo celo que mostraron por la persecucion en el Viejo, y sobre todo, las de Las Casas, indujeron al regente Jimenez, á mandar una comision investida de plenos poderes para averiguar las quejas alegadas, y enmendar los yerros cometidos: tenia ademas autoridad para investigar la conducta de los oficiales civiles, y reformar los abusos que notase en su administracion. Componíase este cuerpo extraordinario de tres religiosos gerónimos y de un eminente jurista, todos hombres de saber y de una piedad inmaculada.

Condujéronse estos en sus averiguaciones de una manera imparcial; pero después de una larga deliberacion, acordaron una providencia demasiado desfavorable á las solicitudes de Las Casas, quien insistia en la entera libertad de los naturales. Fundaron su determinacion en que los indios no trabajarian sin ser compelidos, y en que, si no lo hacian, no podrian comunicarse con los blancos y convertirse á la cristiandad. Sea cual fuere nuestra opinion respecto de este argumento, no cabe duda en que sus autores lo urgian con sinceridad, y en que la conducta de estos en toda su administracion les pone á cubierto de toda sospecha. Acompañáronla con muchas diligentes medidas de precaucion en beneficio de los naturales; pero en vano. El pueblo sencillo, acostumbrado á una vida indolente y tranquila, sucumbió bajo la opresion de sus dueños, y desaparecia la poblacion con mas espantosa rapidez que la de los aborígenes en nuestro país, por la influencia de otras causas. No es necesario llevar mas adelante estos pormenores, de que me he ocupado por el deseo de poner al lector al alcance de la política general y del estado de los negocios en el Nuevo Mundo, en la época en que comienza la presente narracion (3).

Cuba fué la segunda de las islas que se descubrió; pero no se hizo ninguna tentativa para plantar allí una colonia durante la vida del almirante, quien después de haber recorrido toda la extension de su costa meridional, murió en la conviccion de que ella era una parte del continente (4). Al fin, en 1511, Diego Colon, hijo y sucesor de aquel, quien todavia conservaba la capital en la Espa-

(3) Me tomaré la libertad de referir al lector que desee tener un conocimiento mas profundo de la administracion colonial y del estado de los descubrimientos anteriores de Carlos V, á la obra „History of the Reign of Ferdinand and Isabella,” (Part. 2, ch. 9, 26,) donde se trata la materia por extenso.

(4) Véase el curioso documento que acredita esto, extendido por orden de Colon, en Navarrete, Coleccion de los viajes y de descubrimientos, (Madrid, 1825,) tom. II, Col. dip., núm. 76.

fiola, observando que las minas se habian allí agotado, propuso ocupar la isla contigua de Cuba, ó Fernandina, segun se le llamó en obsequio del monarca español (5). Preparó para la conquista una corta fuerza, que puso bajo las órdenes de D. Diego Velazquez, hombre pintado por uno de los contemporáneos „como de mucha experiencia en la guerra, pues habia servido diez y siete años en las de Europa, honrado, ilustre por su linage y reputacion, ambicioso de gloria, y mas codicioso aún de riquezas (6).” Este retrato no fué dibujado por una mano enemiga.

Velazquez, ó mas bien, su teniente Narvaez, que tomó sobre sí el cargo de recorrer de uno á otro lado el país, no encontró una séria oposicion por parte de los habitantes, que eran de la misma familia que los afeminados naturales de la Española. La conquista, merced á la piadosa interposicion de Las Casas, „el protector de los indios,” que acompañó al ejército en su expedicion, se verificó sin mucho derramamiento de sangre. Un gefe llamado Hatuey, que se habia fugado de Santo Domingo para escapar de la opresion de los invasores, hizo una desesperada resistencia, por la cual Velazquez le condenó á ser quemado vivo. El fué quien pronunció aquella memorable réplica, mas elocuente que un volúmen de invectivas. Atado ya al fatal poste, é instado á abrazar el cristianismo para que su alma fuese admitida en el cielo, preguntó si los blancos irian allí; y habiéndosele contestado afirmativamente, exclamó: „¡Entonces, no quiero ser cristiano, por no ir otra vez á un lugar donde encuentre hombres tan crueles!” (7).

Nombrado Velazquez gobernador despues de la conquista, se ocupó diligentemente en promover la prosperidad de la isla. Formó un número de establecimientos, dándoles los mismos nombres de los pueblos modernos, é hizo capital á Santiago, situada hácia el Sudeste (8). Invitó á colonizar, haciendo concesiones liberales de tierra y esclavos, y alentó á cultivar el suelo, dando una particular atencion á la caña de azúcar, artículo de comercio muy lucrativo en aquel tiempo. Inventó, sobre todo, trabajar las minas de oro, que prome-

(5) La isla se llamó primeramente por Colon, Juana, en honor del príncipe Juan, heredero de la corona de Castilla. Despues de la muerte de éste, recibió el nombre de Fernandina por deseos del rey. El nombre indio se ha sobrepuesto á ambos. Herrera, Hist. general, Descripcion, cap. 6.

(6) „*Erat Didacus ut hoc in loco de eo semel tantum dicamus, veteranus miles, rei militaris gnarus, quippe qui septem et decem annos in Hispania militiam exercitus fuerat, homo probus, opibus, genere et fama clarus, honoris cupidus, pecuniæ aliquanto cupidior.*” De Rebus Gestis Ferdinandi Cortesii, MS.

(7) Refiérese esta historia por Las Casas en su espantosa relacion de las crueldades ejercidas por sus compatriotas en el Nuevo-Mundo; pero su caridad y el buen sentido nos servirá de excusa para creer que el bondadoso padre la haya exagerado demasiado. Brevisima relacion de la destruccion de las Indias. (Venetia, 1643,) p. 28.

(8) Entre los mas antiguos de estos establecimientos se hallan la Habana, Puerto Príncipe, Trinidad, San Salvador, y Matanzas, llamado así por una carnicería que los indios hicieron allí de los españoles. Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 8.



D. Diego Velasquez de Cuellar

tian mayores esperanzas que las de la Española. Los negocios del gobierno no le impidieron, entre tanto, dirigir una atenta mirada á los descubrimientos que se hacian en el continente, y deseaba con ansia una oportunidad para emprender esas aventuras de riqueza: la fortuna le proporcionó la ocasion que apetecía.

Un hidalgo de Cuba, llamado Hernandez de Córdoba, zarpó con tres buques á una expedicion por las islas vecinas de Bahama, en busca de indios esclavos. (Febrero 8 de 1517.) Encontró una sucesion de fuertes y contrarios vientos que le hizo variar su curso, y al cabo de tres semanas se halló en una costa extranjerá y desconocida. Desembarcando preguntó por el nombre del pais, y se le contestó por los nativos „*Tectetan*,” que quiere decir „no os entiendo,” lo cual interpretaron erróneamente los españoles por el nombre del lugar, y lo corrompieron fácilmente en el de Yucatan. Algunos escritores dan á esta palabra una etimología diferente (9). Sin embargo, tales equívocos eran muy frecuentes en los primeros descubridores, y han sido el origen de muchos nombres en el continente americano (10).

Córdoba habia desembarcado hácia el Nordeste de la península, en el cabo Catoche. Quedó admirado del tamaño y de los sólidos materiales de las casas construidas de cal y piedra, muy diferentes de las frágiles chozas de cañas y juncos que formaban las habitaciones de los isleños. Asombróse tambien del excelente cultivo de la tierra, de los adornos de oro, y del delicado tejido de los vestidos de algodón que llevaban los naturales. Todo indicaba una civilizacion muy superior á cualquiera otra de las que habia encontrado antes en el Nuevo Mundo. Observó, ademas, la evidencia de una raza diferente, en el espíritu guerrero del pueblo. Tal vez rumores acerca de los españoles, les habian precedido á ellos mismos, pues continuamente eran preguntados si venian del Oriente. Donde quiera que saltaban á tierra encontraban la mas implacable hostilidad: Córdoba mismo, en una de sus escaramuzas con los indios, recibió mas de una docena de heridas; y uno solamente de toda su comitiva salió ileso. Al fin, habiendo costado la península hasta Campeche, regresó á Cuba, donde llegó despues de algunos meses de ausencia y de haber sufrido todos los rigores de la enfermedad, á que algunas veces se sujetaban aquellos exploradores del océano, y á los que solo un espíritu fuerte podia sobreponerse. Así fué que pereció la mitad de los que componian la expedicion, compuesta de ciento diez hombres, in-

(9) Gomara, Hist. de las Indias, cap. 52, en Barcia, tom. 2.

Bernal Diaz dice que la palabra viene del vegetal *yuca* y *tale*, nombre de una pequeña colina en la cual se plantaba. (Hist. de la conquista, cap. 6.) M. Waldeck encuentra un derivado mas probable en la palabra india *Ouyouckatan*, „escuchad lo que dicen.” Viaje pintoresco, p. 25.

(10) Dos navegantes, Solis y Pinzon, habian avistado la costa desde el año de 1506, segun Herrera, aunque no tomaron posesion de ella. (Hist. general, déc. 1, lib. 6, cap. 17.) Es notable, en verdad, que se hubiese dilatado tanto el descubrimiento, considerando que dista dos grados de Cuba.

cluso su bravo comandante, que murió poco despues de su regreso. Las noticias que se trajeron del pais, y las piezas de oro curiosamente trabajadas, convencieron á Velazquez de la importancia de este descubrimiento, y preparó una expedicion para aprovecharse él mismo de ella (11).

Equipó en consecuencia una pequeña escuadra, compuesta de cuatro buques, para las tierras nuevamente descubiertas, y la puso bajo las órdenes de su sobrino Juan de Grijalva, hombre en cuya probidad, prudencia y adhesion á su persona conoció que podia confiar. La escuadrilla zarpó de Santiago de Cuba el 1.^o de Mayo de 1518 (12). Tomó el camino seguido por Córdoba, pero se inclinó un poco al Sur, y la isla de Cozumel fué la primera tierra que divisó. De aquí pronto pasó Grijalva el continente y costeó la península, tocando en los mismos puntos que su antecesor. En todas partes se sorprendió como este de encontrar pruebas de una superior civilizacion y adelantos, especialmente en la arquitectura; y así debió suceder, pues esta era la region cuyos extraordinarios restos han venido á ser recientemente objeto de tantas especulaciones. Asombróse tambien á la vista de grandes cruces de piedra, que estaban colocadas en varios lugares, y que eran evidentemente objetos de adoracion. Recordando por este motivo su pais, dió á la península el nombre de „Nueva España,” el cual se apropió despues á una mayor extension de territorio (13).

En cualquier lugar en que desembarcaba Grijalva, experimentaba el mismo recibimiento nada amistoso que tuvo Córdoba, aunque sufrió menos que éste por hallarse preparado para él. En el rio de Tabasco, ó Grijalva, como se llamó comunmente despues de que éste lo navegó, tuvo una amigable conferencia con un gefe, quien le regaló un número de planchas de oro en forma de una especie de armadura. Al dar la vuelta á la costa de Méjico, uno de sus capitanes, Pedro de Alvarado, que se hizo famoso en la conquista, entró en un rio al cual dejó su propio nombre. En un arroyo contiguo, llamado el rio de Banderas por las insignias que sobre sus bordes desplegaron los naturales, tuvo Grijalva la primera entrevista con los mejicanos mismos.

El cacique que gobernaba esta provincia habia recibido noticias de la llegada de los españoles, y de su exterior extraordinario. Estaba ansioso de recoger todos los informes que pudiera respecto de ellos y de las causas de su visita, para

(11) Oviedo, Hist. general y natural de las Indias, MS., lib. 33, cap. 1.—De Rebus gestis, MS.—Carta del cabildo de Veracruz, (July 10, 1519,) MS.

Bernal Diaz niega que el principal objeto de la expedicion en que tomó parte, fuera procurarse esclavos, aunque Velazquez lo propuso. (Hist. de la conquista, cap. 2.) Pero está contradicho en esto por las relaciones del otro contemporáneo arriba citado.

(12) Itinerario de la isola de Yucatan, novamente ritrovata per il signor Joan de Grijalva, per il suo Capellano, MS.

Puede tenerse por seguro lo que dice el Capellan en cuanto á la fecha, que comunmente se coloca en 8 de Abril.

(13) De Rebus gestis, MS.—Itinerario del Capellano, MS.

transmitirlos á su amo el emperador azteca (14). Verificóse sobre la costa una conferencia amistosa entre ambas partes, y Grijalva desembarcó allí con toda su fuerza, á fin de causar en el gefe bárbaro una impresion de superioridad. La entrevista duró algunas horas; aunque como no habia uno que les sirviera de intérprete, sólo pudieron entenderse por señas. Cambiáronse, sin embargo, algunos presentes, y los españoles tuvieron la satisfaccion de recibir por despreciables baratijas, un rico tesoro de joyas, adornos de oro y vasijas de las mas caprichosas formas y artificio (15). Creyó entonces Grijalva que con este tráfico feliz mucho mas allá de sus vehementes esperanzas, habia cumplido el objeto principal de la mision. Rehusó firmemente las solicitudes de sus compañeros para plantear una colonia en aquel sitio, obra difícil á la verdad, en un pais tan poderoso y poblado como parecia ser este. El se inclinaba á colonizar, pero juzgó esto contrario á sus instrucciones, que se limitaban á traficar con los naturales. Despachó por lo mismo á Alvarado para Cuba, con el tesoro y las noticias que habia recogido del grande imperio que existia en el interior, y siguió despues su viaje á lo largo de la costa.

Tocó en San Juan de Ulúa y en la isla de Sacrificios, que llamó así por los sangrientos restos de víctimas humanas que encontró en uno de los templos. Continuó su viaje hasta la provincia de Pánuco, donde hallando algo difícil doblar un cabo muy borrascoso, volvió sobre sus aguas, y despues de una ausencia de cerca de seis meses, regresó sin novedad á Cuba. Grijalva tuvo la gloria de ser el primer navegante que puso los piés en el suelo mejicano y que abrió comercio con los aztecas (16).

Llegando á la isla se sorprendió al saber que se habia equipado otra escuadra mas formidable para continuar sus propios descubrimientos, y al encontrar al mismo tiempo órdenes del gobernador, redactadas en un lenguaje nada cortes, para que se dirigiera á Santiago. Fué recibido por aquel personage, no solo con frialdad, sino tambien con reproches por haber despreciado tan bella oportunidad de establecer una colonia en el pais que habia visitado. Era Velazquez uno de aquellos espíritus capciosos, que, cuando las cosas no van en armonía con sus ideas, es seguro que hacen recaer sobre los otros la responsabilidad que pudiera pesar sobre ellos. Era de un carácter innoble, dice un antiguo escritor, crédulo y susceptible de sospechas (17). En el caso presente fueron demasia-

(14) Segun los autores españoles, el monarca mejicano mandó al cacique con esos presentes, porque ya tenia noticia de la llegada de los españoles. En esto he seguido á Sahagun, quien obtuvo sus informes directamente de los naturales. Hist. de la conquista, MS., cap. 2.

(15) Gomara ha dado el *pro* y *contra* de esta negociacion, en la cual se cambiaron joyas en valor de quince ó veinte mil pesos de oro, y este mismo metal por cuentas de vidrio, alfileres, tijeras, y otras bagatelas comunes en un cargamento preparado para los salvages. Crónica, cap. 6.

(16) Itinerario del Capellano, MS.—Carta de Veracruz, MS.

(17) „Hombre de terrible condicion,” dice Herrera, citando al buen obispo de
Proyecto de investigación "Archivo digitalizado y edición traductológica de textos literarios y ensayísticos traducidos al español" (HUM2004-00721)

do injustas. Grijalva, naturalmente modesto y nada presuntuoso, habia obrado conforme á las instrucciones que recibió de su gefe antes de partir; y lo hizo así contrariando su propio juicio y la importunidad de sus compañeros. Su conducta no merecia la censura del que le ocupó (18).

Cuando Alvarado regresó á Cuba con su cargamento de oro y las noticias que habia adquirido de los naturales sobre el opulento imperio de Méjico, el corazon del gobernador latió con violencia, como que vió realizados sus ensueños de avaricia y ambicion. Impaciente por la larga ausencia de Grijalva, envió una nave en busca de él, bajo las órdenes de Olid, caballero que despues tuvo parte muy importante en la conquista. Finalmente, resolvió equipar otra escuadrilla, bajo un buen pié, para asegurar la sujecion del pais.

Préviamente solicitó autoridad para esto de los monjes gerónimos que gobernaban en Santo Domingo. Despachó despues á su capellan á España, con el quinto real del oro traído de Méjico, y una completa relacion de todas las noticias recogidas allí. Alegó sus diferentes servicios, y solicitó de la corte plenos poderes para proseguir en la conquista y colonizacion de las regiones nuevamente descubiertas (19). Antes de recibir respuesta, comenzó los preparativos de la armada, y sobre todo, se ocupó de buscar una persona á propósito para contribuir á los costos de ella, y para tomar el mando. La halló, despues de algunas dificultades y demoras, en Hernando Cortés; hombre sobre todos los otros el mas adecuado para llevar al cabo esta grande empresa, y el último á quien Velazquez, si hubiera podido prever los resultados, debiera habérsela confiado.

las Chiapas, „para los que le servian, y ayudaban, y que fácilmente se indignaba contra aquellos.” Hist. general, déc. 2, lib. 3, cap. 10.

(18) Tal es al menos el testimonio de Las Casas, quien conoció bien á ambas partes, y conversó con bastante frecuencia con Grijalva sobre este viaje. Hist. general de las Indias, MS., lib. 3, cap. 113.

(19) Itinerario del Capellano, MS.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 113.

Se hallará una relacion mas circunstanciada de la expedicion de Grijalva en el Itinerario del capellan arriba citado. El original se perdió, pero se publicó una traduccion italiana en Venecia, el año de 1522. Una copia que pertenecia á Don Fernando Colon, permanece aun en la librería de la catedral de Sevilla. Se ha hecho este libro tan raro, que el cronista Muñoz lo copió de su propio puño, y de este manuscrito está sacado el que existe en mi poder.

CAPITULO II.

HERNANDO CORTES.—PRIMEROS AÑOS DE SU VIDA.—VISITA EL NUEVO MUNDO.—SU RESIDENCIA EN CUBA.—DIFICULTADES CON VELAZQUEZ.—ARMADA QUE SE CONFIA A CORTES.

1518.

Hernando Cortés nació en la ciudad de Medellin, situada hácia el sudeste de Estremadura, el año de 1485 (1). Provenia de una antigua y respetable familia; y los historiadores han lisonjeado la vanidad nacional, entroncándole con los reyes Lombardos, cuyos descendientes atravesaron los Pirineos y se establecieron en Aragon bajo la monarquía goda (2). Esta real genealogía no se encontró hasta que Cortés habia adquirido un nombre capaz de conferir distincion á cualquiera descendencia por noble que fuese. Su padre Martin Cortés de Monroy, capitan de infantería, era de la clase media, pero de un honor sin mancha; y tanto él como su muger Doña Catalina Pizarro Altamirano, fueron muy apreciados por sus excelentes cualidades (3).

Dícese que Cortés tuvo en su infancia una constitucion débil, la cual se robusteció con la edad. A los catorce años fué enviado á Salamanca, pues su padre que concibió grandes esperanzas por sus vivas y brillantes disposiciones, se pro-

(1) Gomara, Crónica, cap. 1.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 203. No he encontrado noticia mas precisa de la fecha de su nacimiento, que la que dá Pizarro y Orellana, quien dice „que Cortés vino al mundo el mismo dia que *aquella infernal bestia, el falso herege Lutero* salió de él, sin duda en compensacion, puesto que los trabajos de uno para echar por tierra la verdadera fe fueron contrapesados por los del otro para mantenerla viva y extenderla.” (Varones ilustres del Nuevo-Mundo, (Madrid, 1639,) p. 66.) Pero la asercion del buen caballero que coloca el nacimiento de nuestro héroe en 1483, manifiesta mas bien su celo por „la fe verdadera,” que por la histórica.

(2) Argensola en particular ha emprendido grande trabajo en descubrir la prosapia de la casa de Cortés, que la hace remontar sin la menor dificultad hasta Narnes Cortés, rey de Lombardía y de la Toscana. Anales de Aragon, (Zaragoza, 1630,) pp. 621-625.—Tambien Caro de Torres, Hist. de las órdenes militares, (Madrid, 1629,) fol. 103.

(3) De Rebus gestis, MS.

Las Casas que conoció al padre, atestigua mas su pobreza que su noble nacimiento. „Un escudero,” dice, hablando de él, „que yo conocí harto pobre y humilde, aunque cristiano, viejo y dicen que *hidalgo*.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3,

cap. 27.

puso educarle para la carrera de las leyes, profesion que tenia mas incentivos para un jóven aspirante, que otra cualquiera; pero el hijo no se conformó con estas miras. Mostraba poca aficion á los libros, y despues de mal emplear dos años en el colegio, volvió á la casa de sus padres con mucho disgusto de estos. Sin embargo, no habia perdido todo su tiempo, pues aprendió un poco el latin, á escribir buena prosa, y aun versos „de alguna estimacion, considerando,” como un antiguo escritor nimiamente confiesa, „que Cortés era el autor (4).” Despues de esto pasaba sus dias en la ociosidad, indolente manera de vivir de aquellos que demasiado orgullosos para dejarse guiar por otros no se proponen objeto alguno. Su inquieto espíritu estaba continuamente manifestándose en impertinencias extravagantes y caprichosos deseos, enteramente opuestos á las arregladas costumbres de su familia. Mostraba una inclinacion decidida á la profesion militar, ó mas bien á la vida de aventurero que en aquellos dias era seguro abrazar; y cuando á la edad de diez y seis años se propuso alistarse bajo las banderas del gran capitán, sus padres, creyendo probablemente que era preferible una vida de trabajos y aventuras en paises extrangeros á la de ociosidad en su patria, no opusieron objecion.

El jóven caballero vaciló en resolver si buscaba su fortuna bajo aquel victorioso gefe ó en el Nuevo Mundo donde habia de ganar oro y gloria, y donde los mismos peligros tenian un misterio y un romance inexpresablemente fascinadores para una fantasía jóven. En esta seccion del Globo fué en la que los espíritus ardientes de aquellos tiempos encontraron un desahogo, especialmente de aquella parte del pais donde Cortés vivia, las cercanías de Sevilla y Cádiz, foco de las empresas marítimas. Decidióse por este último extremo, y tuvo la oportunidad de efectuar su designio en el espléndido armamento de navíos puesto al mando de Nicolas de Ovando, sucesor de Colon; pero un accidente desgraciado desconcertó su plan (5).

Al escalar una pared que le proporcionaba acceso á la habitacion de cierta señora con quien estaba comprometido en una intriga amorosa, faltaron las piedras y cayó con violencia sepultándose en las ruinas. Una dolorosa contusion, aunque no acompañada de otras consecuencias graves, le tuvo en cama hasta despues de la partida de la flota (6).

Dos años mas permaneció en su patria corrigiéndose poco, como despues se verá, con la leccion que habia recibido. Al fin aprovechó otra oportunidad que

(4) Argensola, Anales, p. 220.

Las Casas y Bernal Diaz aseguran que era bachiller en leyes en la Universidad de Salamanca. (Hist. de las Indias, MS., ubi supra.—Hist. de la conquista, cap. 203.) Este grado seguramente se le dió con posterioridad á la conquista, cuando la Universidad podia tener orgullo de contarle entre sus hijos.

(5) De Rebus gestis, MS.—Gomara, Crónica, cap. 1.

(6) De Rebus gestis, MS.—Gomara, Ibid.

Argensola refiere la causa de su detencion muy concisamente: „Suspendió el viaje, por enamorado y por cuartanario.” Anales, p. 621.

le proporcionó la partida de una pequeña escuadra destinada á las islas de las Indias. Tenia diez y nueve años de edad, cuando dijo á Dios á su pais natal en 1504, el mismo año en que España perdió á la mejor y mas grande de la línea de sus príncipes, Isabel la Católica.

El buque en que Cortés se hizo á la vela, era mandado por un tal Alonso Quintero, y la flota tocó en Canarias como era comun en todos los viajes que se hacian para fuera del pais. Entre tanto que los otros buques se detuvieron aquí tomando provisiones, Quintero secretamente se escapó en la noche de la isla con el designio de llegar á la Española y asegurar la venta de su cargamento antes de que llegara el resto de la flota; pero una furiosa tempestad que sobrevino, desmanteló su buque y le obligó á volver al puerto para repararlo. El convoy consintió en esperar á su indigno compañero, y despues de una corta detencion se hicieron todos á la vela; pero el desleal Quintero luego que se vió cerca de las islas, se volvió á aprovechar de la obscuridad de la noche para dejar la escuadra con el mismo objeto de antes. Desgraciadamente tuvo una sucesion de fuertes temporales y vientos contrarios que lo alejaron de su camino y le hicieron perder completamente el rumbo. Por muchos dias fluctuó el buque á merced de las olas, y todos los que estaban á bordo se hallaban llenos de temor y no poca indignacion contra el autor de sus calamidades. Al fin fueron consolados una mañana con la vista de una paloma blanca, que fatigada de su vuelo descansó en uno de los masteleros. El biógrafo de Cortés habla de este accidente como de un milagro (7); mas por fortuna no fué sino una ocurrencia muy natural que manifestaba de una manera incontestable se encontraban cerca de tierra. En poco tiempo, siguiendo la direccion que habia traido la paloma en su vuelo, llegaron á la Española, y entrando al puerto, el digno capitán tuvo la satisfaccion de ver que sus compañeros habian arribado antes que él y vendido ya sus cargamentos (8).

Luego que desembarcó Cortés, se dirigió á la casa del gobernador, á quien habia conocido personalmente en España. Ovando estaba ausente en una expedicion por el interior; pero el jóven fué atentamente recibido por su secretario, quien le aseguró no habia duda en que recibiria una liberal concesion de tierras para establecerse. „Pero yo he venido á ganar oro,” replicó Cortés, „no á cultivar el suelo como un campesino.”

Al regreso del gobernador, consintió aquel en abandonar sus instables pensamientos, al menos por algun tiempo, pues se procuró convencerle de que mas fácilmente podria realizar sus deseos por medio de las tardías pero seguras ganancias de la agricultura, en un pais donde las tierras y los trabajadores se do-

(7) Algunos pensaron que era el Espíritu Santo en la forma de paloma, con que se representa; „Sanctum esse Spiritum, qui, in illius alitis specie, ut mæstos et afflictos solaretur, venire erat dignatus.” (De Rebus gestis, MS.) Esta conjetura parece muy razonable á Pizarro y Orellana, puesto que la expedicion iba á „redundar en tan grande extension de la fe y de la monarquía castellana.” Varones ilustres, p. 70.

(8) Gomara, Crónica, cap. 2.

naban francamente al labrador, que tomando una suerte en la lotería de las aventuras, en la cual para un solo premio habia muchas cédulas blancas. Consiguientemente se le concedieron tierras con un repartimiento de indios, y fué nombrado notario de la ciudad ó colonia de Azua. Sus graves atenciones no le impidieron satisfacer la propension amorosa propia del clima ardiente en que habia nacido, y esto frecuentemente le comprometió en lances de honor, de los cuales aunque experto en el manejo de la espada, sacó algunas cicatrices que le acompañaron hasta el sepulcro (9). Ademas, encontró algunas veces los medios de interrumpir la monotonía de su vida, tomando parte en las expediciones militares que bajo las órdenes del lugarteniente de Ovando, Diego Velazquez, se empleaban en contener las insurrecciones de los nativos. En esta primera escuela estudió el jóven aventurero la táctica salvaje de los indios: se familiarizó con los trabajos y peligros, y con aquellos hechos de crueldad que mancharon con demasiada frecuencia los relucientes escudos de la caballería española en el Nuevo Mundo. Solo la enfermedad pudo impedirle afortunadamente por entonces embarcarse en la expedicion de Nicuesa, la cual dió ocasion á una desastrosa historia que no muchas veces tendrá igual en los anales de los descubrimientos hechos por los españoles. La Providencia le reservaba para mas altos fines.

Al fin, en 1511, cuando Velazquez emprendió la conquista de Cuba, Cortés abandonó con gusto su pacífica vida por las turbulentas escenas que se representaban allí, y tomó parte en la expedicion. Desplegó en toda ella una actividad y valor, que le granjearon la aprobacion del comandante, mientras que sus francas y cordiales maneras, su buen humor y sus agradables agudezas, le hicieron el favorito de los soldados. „Daba pocas muestras,” dice un contemporáneo, „de las grandes cualidades que despues mostró.” Es probable que él mismo no las conociera, entre tanto que á un comun observador, sus modales descuidados y alegres chistes podian parecer incompatibles con una empresa seria ó importante; como la verdadera profundidad de una corriente no se conoce por el ligero movimiento y plateadas olas de su superficie (10).

Despues de la reduccion de la isla, parece que Cortés tuvo gran favor con Velazquez, creado entonces gobernador, y segun Las Casas, fué aquel nombrado uno de sus secretarios (11). Conservó todavia su inclinacion á la galantería, para la cual su bello personal le proporcionaba notorias ventajas, pero que tambien mas de una vez le habia ocasionado disgustos en sus primeros años. Entre las familias que habian fijado su residencia en Cuba, habia una del ape-

(9) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 203.

(10) De Rebus gestis, MS.—Gomara, Crónica, cap. 3 y 4.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 27.

(11) Hist. de las Indias, MS., lugar citado.

„Res omnes arduas difficiles que per Cortesium, quem in dies magis magisque amplectebatur, Velasquius agit. Ex eo ducis favore et gratiâ magnâ Cortesio invidia est orta.” De Rebus gestis, MS.

lido de Xuarez, nativa de Granada, en la antigua España, que se componia de un hermano y cuatro hermanas, celebradas por su hermosura. De una de ellas, llamada Catalina, quedó cautivado el susceptible corazon del jóven guerrero (12). Hasta qué punto llegaron sus relaciones, no es enteramente cierto; pero sí parece que le ofreció enlazarse con ella, cuya promesa, cuando el tiempo y la razon habian extinguido las primeras ilusiones del amor, no mostró mucho gusto en cumplir. Antes por el contrario, resistió á todas las exigencias de la familia, apoyadas por el gobernador, y algunas veces excitadas en este sin duda, por el interes particular que tomaba en una de sus bellas hermanas, quien se dice no le recompensó con ingratitud.

Bien por la reprension de Velazquez ó por alguna otra causa de disgusto que volvió á desarrollarse en el pecho de Cortés, comenzó á mostrar frialdad hácia su protector, y se asoció á un partido de desafectos medianamente numeroso en la isla. Tenian la costumbre de reunirse en la casa de aquel y discurrir sobre los motivos del descontento, fundado principalmente segun parece, en que concibieron injusta recompensa de sus servicios la distribucion que se les hizo de tierras y oficios. Puede muy bien imaginarse que no habria sido empresa tan fácil para el gobernador de una de estas colonias, por discreto y bien intencionado que fuese, satisfacer el insaciable y desordenado deseo de los especuladores y aventureros que se reunian en enjambres como otras tantas hambrientas harpías sobre el fruto de los descubrimientos en el Nuevo Mundo (13).

Determinaron los malcontentos exponer sus quejas á las autoridades superiores de la Española, de quienes Velazquez habia recibido su comision. El viaje era uno de los mas peligrosos, pues habia de hacerse en un bote abierto atravesando un brazo de mar de 18 leguas de ancho, y se fijaron en Cortés, cuyo valeroso espiritu conocian bastante, como el hombre mas á propósito para emprenderlo. La conspiracion se descubrió, y llegó á oidos del gobernador antes de la partida del enviado á quien inmediatamente mandó aprehender, cargar de grillos, y reducir á una estrecha prision. Se dice tambien que lo habria ahorcado si no hubiera sido por la interposicion de sus amigos (14). El hecho no es increible, pues los gobernadores de estos pequeños territorios tenian entero dominio sobre las fortunas de sus súbditos, y estaban investidos de una autoridad mucho mas despótica que la del mismo soberano. Eran por lo general hombres de rango y consideracion: la distancia á que se encontraban de

(12) Solis tambien encontró un diploma de nobleza para su señora, „doncella noble y recatada.” (Hist. de la conquista de Méjico, (Paris, 1838,) lib. 1, cap. 9.) Las Casas la trata con menos ceremonia. „Una hermana de un Juan Xuarez, gente pobre.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 17.

(13) Gomara, Crónica, cap. 4.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., ubi supra. —De Rebus gestis, MS.—Memorial de Benito Martinez, capellan de D. Velazquez, contra H. Cortés, MS.

(14) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., ubi supra.

la madre patria, hacia que no pudiera examinarse su conducta, y aun cuando lo fuera, tenían por lo comun á su disposicion arbitrios y medios de corrupcion bastantes para escudarles del castigo. La historia colonial española en sus primeros pasos, ofrece sorprendentes ejemplos de la extraordinaria usurpacion y abuso del poder de aquellos pequeños potentados; y el triste destino de Vazquez Nuñez de Balboa, descubridor del Pacífico, aunque el mas señalado, no es ciertamente el solo ejemplo de que los mayores servicios podian ser recompensados con la persecucion y con una ignominiosa muerte.

El gobernador de Cuba, aunque irascible y suspicaz por naturaleza, no parece que era muy vengativo, ni particularmente cruel, y en el caso presente, tambien pudiera dudarse si la censura debia con mas razon recaer sobre las infundadas esperanzas de los que le acompañaron á la conquista, que sobre su conducta.

No permaneció mucho tiempo Cortés en la prision. Quebrantó una de las cerraduras de sus grillos, y despues de deshacerse de ellos, logró forzar una ventana rasgada por la cual le era fácil efectuar su fuga. Estaba la prision en el segundo piso del edificio, por lo que pudo dejarse caer al suelo sin hacerse mal y sin que le observaran. Despues tomó el acertado camino de dirigirse á una iglesia inmediata donde reclamó el privilegio del asilo. Velazquez, aunque irritado por la fuga, temió violar la santidad del lugar empleando la fuerza; pero apostó una guardia en las cercanías con órdenes de apresar al fugitivo si se atrevia á dejar el santuario. A muy pocos dias sucedió esto, y estando Cortés muy descuidado fuera de los muros, frente á frente del edificio, repentinamente se echó sobre él un alguacil por la espalda y le asió de los brazos, entre tanto que llegaron otros y le aseguraron. Este hombre llamado Juan Escudero fué despues ahorcado en Nueva España de orden de Cortés por cierto delito que cometió (15).

El desgraciado preso fué otra vez cargado de grillos, y conducido á bordo de un buque que iba hacerse á la vela la mañana siguiente para la Española, donde debia instruírsele el proceso correspondiente; pero la fortuna le fué todavia favorable. Consiguió despues de mucha dificultad y no pocos dolores, sacar sus piés de las argollas que los sujetaban. Luego subió con precaucion y silencio á la cubierta. De allí, favorecido por la obscuridad de la noche, se bajó por uno de los costados del buque á un bote que flotaba abajo de él, y ya que estaba dentro, lo separó de aquel con el menor ruido posible. Al estar cerca de la playa, la corriente era rápida y agitada. Vaciló en confiar á ella su bote, y como era un excelente nadador, se resolvió á desafiarla, y atrevidamente se arrojó á la agua. El curso de esta era fuerte; pero se le sobrepuso el esfuerzo de un hombre que luchaba por salvar su vida. Así fué que despues de combatirla con sus brazos hasta casi agotar sus fuerzas, consiguió ganar la tierra, y entonces buscó asilo en el mismo Santuario que antes se lo habia proporcionado. La facilidad con que Cortés efectuó esta segunda fuga, puede hacer dudosa la fide-

(15) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lug. cit.—Memorial de Martinez, MS.

dad de sus guardas, quienes tal vez le verian como una víctima de la persecucion, y sentirian el influjo de aquellas maneras populares que le ganaban amigos en todas las sociedades donde era introducido (16).

Por alguna razon ignorada, acaso de política, no puso ya mas objeciones al matrimonio con Catalina Xuarez, y de esta manera aseguró los buenos oficios de su familia. Poco despues el mismo gobernador se ablandó y se reconcilió con su infortunado enemigo. Una extraña anécdota se refiere con relacion á este acontecimiento. Dícese que su orgulloso espíritu rehusó aceptar las ofertas de reconciliacion que le hizo Velazquez, y que una noche dejando el santuario se presentó inesperadamente en la misma habitacion de aquel á tiempo que hacia una excursion militar á alguna distancia de la capital. El gobernador sobresaltado por la repentina aparicion de su enemigo armado completamente, le preguntó con algun temor la significacion de esta visita. Cortés contestó insistiendo en que le diera una completa explicacion de su conducta anterior; y despues de una acalorada discusion, terminó amigablemente la entrevista, se abrazaron ambos, y cuando un mensajero llegó á anunciar la fuga de Cortés, le encontró en los cuartos del gobernador, donde habiéndose retirado á descansar, estaban en aquel acto durmiendo sobre un mismo lecho. Esta anécdota se refiere sin la menor desconfianza por mas de uno de los cronistas de Cortés (17). No es muy probable, sin embargo, que un hombre orgulloso é irascible como Velazquez, hubiera dado pruebas tan particulares de condescendencia y familiaridad á un inferior suyo en graduacion, con quien habia tenido recientemente tan terrible desavenencia; ni por otra parte era creible que Cortés hubiera concebido la necia temeridad de provocar al leon en su propia guarida donde una simple inclinacion de cabeza le habria llevado á la horca y esto con tan poca consideracion ó temor de las consecuencias, como si hubiera ordenado la ejecucion de un indio esclavo (18).

La reconciliacion con el gobernador, sea cual fuere la manera con que se hizo, fué permanente. Cortés aunque no restablecido en el empleo de secretario,

(16) Gomara, Crónica, cap. 4.

Herrera refiere la necia historia de que no sabiendo nadar, se arrojó sobre un tablon, el cual despues de haber sido llevado mar afuera, luego fué conducido á la playa por la marea. Hist. general, déc. 1, lib. 9, cap. 8.

(17) Gomara, Crónica, cap. 4.

„Cœnat cubatque Cortesius cum Velasquio eodem in lecto. Qui postero die fugæ Cortesii nuntius venerat, Velasquium et Cortesium juxta accubantes intuitus, miratur.” De Rebus gestis, MS.

(18) Las Casas, quien recuerda que Cortés á este tiempo era „tan pobre y de tan humilde clase, que hubiera recibido gustosamente cualquiera favor de los dependientes de Velazquez,” trata con desprecio esta enécdota de baladronada. „Por lo cual si él (Velazquez) sintiera de Cortés una punta de alfiler de cerviguillo ó presuncion, ó lo ahorcara, ó á lo menos lo echara de la tierra y lo sumiera en ella sin que alzara cabeza en su vida.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 27.

recibió un liberal repartimiento de indios, y un extenso territorio en las inmediaciones de Santiago de Cuba, del cual fué poco despues hecho alcalde. Vivió desde entonces casi enteramente en sus posesiones consagrándose á la agricultura con mas empeño que antes. Introdujo en su establecimiento diferentes clases de ganado, algunas de las cuales fué el primero que las llevó á Cuba (19). Trabajó tambien las minas de oro que le tocaron en sus terrenos, y que en esta isla prometian mayores ganancias que las de la Española. Por esta constante industria se halló dentro de pocos años dueño de unos dos ó tres mil castellanos, suma bastante considerable para su situacion. „Dios que solo sabe cuantas vidas de indios costó el obtenerlos,” exclama Las Casas, „le tomará cuenta de ello.” (20) Sus días se deslizaron blandamente en estos pacíficos trabajos y en la sociedad de su hermosa consorte, quien sin embargo de no ser digna de elegirse para esposa por la inferioridad de su clase, parece que cumplió con todos los deberes de una fiel y apasionada compañera. Frecuentemente se oyó decir á Cortés en este tiempo, segun el obispo arriba citado, asegura „que vivia tan feliz con ella como si hubiera sido la hija de una duquesa.” La fortuna le proporcionó los medios de probar mas adelante la verdad de su asercion (21).

Tal era el estado de las cosas, cuando Alvarado regresó con la noticia de los descubrimientos de Grijalva, y los ricos frutos del comercio con los nativos. Las nuevas se exparcieron con la velocidad del fuego griego por la isla, y todos vieron en ellas las promesas de resultados mas importantes que los obtenidos hasta entonces. El gobernador, como ya se ha dicho, resolvió proseguir el camino de los descubrimientos con una flota mas considerable, y buscó una persona á propósito con quien dividir las expensas y á quien confiar el mando.

Varios hidalgos se presentaron, pero por falta de las cualidades necesarias ó por desconfianza de que se hicieran independientes del que los empleaba, fueron desechados uno despues de otro. Habia dos personas en Santiago que le merecian gran confianza, Andrés Duero su secretario, y Amador de Lares, con tador ó tesorero real (22). Cortés tenia íntima amistad con estos dos, y se aprovechó de ella para convencerles de que le recomendasen como la persona

(19) „Pecuariam primus quoque habuit, in insulamque induxit, omni pecorum genere ex Hispania petito.” De Rebus gestis, MS.

(20) „Los que por sacarle el oro murieron, Dios habrá tenido mejor cuenta que yo.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 27. El texto es una traduccion libre.

(21) „Estando conmigo, me lo dijo que estaba tan contento con ella como si fuera hija de una Duquessa.” Hist. de las Indias, MS., ubi supra.—Gomara, Crónica, cap. 4.

(22) El tesorero acostumbraba vanagloriarse de que habia pasado cerca de 22 años en las guerras de Italia. Era un astuto personaje, y Las Casas, considerando aquel pais una escuela muy peligrosa para la moral, aconsejó al gobernador, dice el mismo, mas de una vez „se precaviere de los 22 años en Italia.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 113.

mas á propósito para confiarle la expedicion. Se dice que apoyó su oferta prometiéndole una liberal reparticion de los productos. Sea lo que fuere de esto, aquellos instaron al gobernador sobre su eleccion con toda la elocuencia de que eran capaces. Este oficial tenia sobrada experiencia de la aptitud y valor del candidato: conocia tambien que habia adquirido una fortuna que lo ponía en disposicion de cooperar realmente á equipar la armada, y que su popularidad en la isla rápidamente atraeria partidarios á su estandarte (23). Todas las animosidades pasadas, estaban mucho tiempo antes sepultadas en el olvido, y la confianza que iba ahora á depositar en él, le aseguraba su fidelidad y gratitud. Por todo esto se prestó gustoso á la recomendacion de sus consejeros, y enviando por Cortés le anunció su intento de hacerle capitán general de la armada (24).

Cortés habia por fin conseguido el objeto de sus deseos, objeto por el cual habia suspirado su alma desde que pisó el Nuevo Mundo. No estaria ya mas tiempo condenado á una vida de trabajo mercenario, ni á ser encarcelado dentro del recinto de una pequeña isla, sino que iba á ser colocado en un teatro nuevo é independiente de acción, y una perspectiva sin límites se abría á su vista, que podia satisfacer no ya los desenfrenados deseos de la avaricia, sino los de la ambicion, mas vehementes todavía para un espíritu emprendedor y aspirante como el suyo. El apreciaba en todo su valor la importancia de los últimos descubrimientos, y leía en ellos la existencia de un grande imperio mas al Oeste; obscuras señales del cual habian llegado de tiempo en tiempo á las islas, y habian recogido vislumbres mas ciertos aquellos que habian tocado en el continente. Este era el país indicado al „gran almirante” cuando visitó á Honduras el año de 1502, y al cual habia podido llegar si hubiera tomado una direccion septentrional en lugar de dirigirse al Sur, en busca de un estrecho imaginario. Pero „él no habia hecho otra cosa sino abrir la puerta,” usando de su amarga expresion, „para que entraran otros.” Por fin era llegado el tiempo en que se habia de pasar por ella, y el joven aventurero, cuya mágica lanza estaba destinada á disipar el encanto que tanto tiempo habia rodeado estas misteriosas regiones, se hallaba ya pronta á principiar la empresa.

Desde este momento parecia que la conducta de Cortés habia sufrido un cambio completo. Sus pensamientos en lugar de divagarse en vacias ligerezas ó inútiles apariencias de alegría y júbilo, estaban todos concentrados en el grande objeto á que se habia consagrado. Su intrépido espíritu se mostraba animado, estimulando á los compañeros de sus penosos deberes, y se hallaba poseído de un generoso entusiasmo, del cual aun aquellos mismos que le conocian mejor no le habian creído capaz. Invirtió de un golpe todo el caudal que poseía en equipar la armada. Reunió mas, hipotecando sus posesiones y otorgando obligaciones á

(23) „Si él no fuera por capitán, que no fuera la tercera parte de la gente que con él fué.” Declaracion de Puertocarrero, MS. (Coruña, 30 de Abril, 1520).

(24) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 19.—De Rebus gestis, MS.—Gomara, Crónica, cap. 7.—Las Casas, Hist. general de la Indias, MS., lib. 3, cap. 113.

favor de algunos ricos comerciantes del lugar, que confiaban para reembolsarse en el buen éxito de la expedicion; y cuando su propio crédito estaba extinguido, se valió del de sus amigos.

Consumió los fondos así adquiridos en la compra de buques, provisiones y aprestos militares, al mismo tiempo que invitaba reclutas, prestando auxilios á los que eran demasiado pobres para proporcionárselos, y prometiéndoles ademas una reparticion liberal de los productos que ya se anticipaba á recoger (25).

Todo era vida y movimiento en la pequeña ciudad de Santiago. Unos estaban ocupados en reparar las naves y ponerlas listas para el viaje; otros, en proveerlas de bastimentos, y no pocos en realizar sus propiedades, á fin de tener con qué equiparse: todos parecian ansiosos de contribuir de una manera ó la otra al buen suceso de la expedicion. Seis buques, algunos de ellos de gran tamaño, estaban ya conseguidos, y trescientos reclutas se habian alistado en el curso de pocos dias, deseosos de buscar fortuna bajo la bandera de tan intrépido y popular gefe.

Con cuánto contribuyó el gobernador para las expensas del equipo, no es muy claro. Si ha de creerse á los amigos de Cortés, casi todo el gravámen de ellas recayó sobre éste; pues al paso que él proveyó á la escuadra sin remuneracion alguna, el gobernador vendió muchos de sus abastos á un precio exorbitante (26). Con todo, no parece probable que Velazquez, teniendo tan amplios recursos á su disposicion, hubiera hecho recaer en su comisario el peso de la expedicion, ni es tampoco creible que aun cuando así lo hubiera verificado, pudiese este último haber sufragado gastos que, segun se asegura, ascendieron á mas de dos mil ducados de oro. Ademas, no puede negarse que un hombre ambicioso como Cortés, que iba á recoger toda la gloria de la empresa, naturalmente debia ser menos solícito en calcular las ganancias, que el que lo empleaba, quien quedando inactivo en su pais y no teniendo laureles que recoger, debia considerar las utilidades pecuniarias como su única recompensa. Tal cuestion dió origen algunos años despues á un ruidoso litigio entre am-

(25) Declaracion de Puertocarrero, MS.—Carta de Veracruz, MS.—Probanza en la Villa Segura, MS. (4 de Octubre de 1520).

(26) La carta de la municipalidad de Veracruz, despues de expresar que Velazquez solo costeó la tercera parte de las primeras expensas, añade: „Y sepan vuestras Magestades que la mayor parte de la dicha tertia parte que el dicho Diego Velazquez gastó en hacer la dicha armada fué, emplear sus dineros en vinos y en ropas, y en otras cosas de poco valor para nos lo vender acá en mucha mas cantidad de lo que á él le costo, por manera que podemos decir que entre nosotros los españoles vasallos de vuestras Reales altezas ha hecho Diego Velazquez su rescate y granosea de sus dineros cobrándolos muy bien.” (Carta de Veracruz, MS.) Puertocarrero y Montejo en las declaraciones que se les tomó en España, aseguran tambien que Cortés proporcionó dos tercios del costo de la flotilla. (Declaracion de Puertocarrero, MS.—Declaracion de Montejo, MS, (29 de Abril de 1520).) Sin embargo, la carta de Veracruz se dictó á vista de Cortés, y los dos últimos eran sus oficiales confidentes.



Diego Velázquez se da al Cortés General de la Armada y se la entrega.

bas partes, con el cual no es necesario molestar por ahora la atención del lector.

Es debido á Velazquez asentar que las instrucciones sobre el manejo de la expedicion no pueden acusarse de un espíritu ruin y mercenario. El primer objeto del viaje era encontrar á Grijalva, y conseguido esto, los dos comandantes habian de continuar acompañados. Habia traído noticia Córdoba, cuando regresó de su primera visita á Yucatan, de que seis cristianos gemian en cautiverio por el interior del pais. Suponíase que podian pertenecer á los compañeros del infortunado Nicuesa, y se dieron órdenes para descubrirlos si era posible y conseguir su libertad; pero el grande objeto de la expedicion era trocar efectos con los nativos. Con este fin se previno tener gran cuidado en que no recibieran ofensa, y antes por el contrario, procurar fueran tratados con humanidad y benevolencia. Cortés debia tener presente sobre todo, el deseo que el monarca español abrigaba mas en su corazon; la conversion de los indios. Debia imprimir en ellos la idea de la grandeza y bondad de su augusto amo, é invitarles „á celebrar alianza con él, manifestándosela por medio de tales presentes de oro, perlas y piedras preciosas, que al mismo tiempo que le mostrara la buena voluntad de ellos, les asegurara su favor y protección.” Debia de hacer un exacto reconocimiento de la costa, sondeando sus bahías y entradas, para beneficio de los futuros navegantes. Debia imponerse de los productos del pais, del carácter de sus diversas razas, sus instituciones y progresos en la civilizacion, y se le ordenó mandara minuciosas noticias sobre todo esto, juntas con todos los efectos que pudiera adquirir en su comercio con los nativos. Finalmente, debia tener el mayor cuidado en no omitir nada de lo que pudiera redundar en el servicio de Dios y en el de su soberano (27).

Tal era el tenor general de las instrucciones dadas á Cortés, y debe confesarse que tenian por objeto los intereses de las ciencias y de la humanidad, así como tambien los que solo se refieren á una especulacion comercial. Puede parecer extraño que habiéndose mostrado Velazquez descontento respecto de su primer capitán Grijalva, por no haber colonizado, no hubiera dado instrucciones á Cortés relativas á este punto; pero no habia recibido todavia de España la real cédula que le autorizó para invertir á sus agentes con tal poder; y el que habia obtenido de los padres gerónimos en la Española, solo le concedia el derecho de traficar con los nativos. La comision reconoció al mismo tiempo la autoridad de Cortés, como capitán general de la expedicion (28).

(27) El instrumento original en castellano se encontrará en el *Apénd.*, parte 2, Núm. 5. Lo citan con frecuencia, escritores que nunca lo vieron, como el convenio celebrado entre Velazquez y Cortés. Realmente no es mas que las instrucciones dadas por este último á su subalterno, quien no era compañero á propósito para aquel.

(28) Declaracion de Puertocarrero, MS.—Gomara, Crónica, cap. 7.

Poco despues Velazquez obtuvo de la corona autoridad para colonizar los nuevos paises con el título de *adelantado*, y la autorizacion se dató en Barcelona, á 13 de

Noviembre de 1518. (Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 3, cap. 8). ¡Vanos privilegios! Las Casas trae una cáustica etimología del título de *adelantado*, tantas veces conferido á los descubridores españoles. „Adelantados porque se adelantaran en hacer males y daños tan gravísimos á gentes pacíficas.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 117.

CAPITULO III.

SOSPECHAS DE VELAZQUEZ.—EMBARCO DE CORTES.—EQUIPO DE LA FLOTA.—SU PERSONA Y CARACTER.—CITA PARA LA HABANA.—FUERZA DE SU ARMADA.

1519.

La importancia que daba á Cortés su nueva posicion y acaso su conducta un poco orgullosa, gradualmente disgustaron á Velazquez, quien suspicaz por naturaleza llegó á temer que luego que hubiera partido y pudiese constituirse independiente de él, tomaria la resolucion de hacerlo así. Una circunstancia ocurrida accidentalmente en ese tiempo, corroboró sus sospechas. Un bufon de aquellos truhanes ingeniosos, medio cuerdos, medio locos, que eran en aquella época tan indispensables en la casa de un gran señor, se dirigió una mañana al gobernador cuando iba á tomar su paseo ordinario en compañía de Cortés por el puerto, diciéndole: Tened cuidado, señor mio, ó tendremos que salir un día ú otro en busca de nuestro capitan.”—„¿Oís lo que este villano dice?” preguntó el gobernador á su compañero.—„No hagais caso,” respondió Cortés, „es un insolente que merece muy buenos azotes.” Sin embargo, sus palabras hicieron grande impresion en la mente de Velazquez, como que las chanzas verdaderas son muy á propósito para herir la sensibilidad de aquel á quien se dirigen.

No faltaron personas cerca de S. E. que soplaran las apagadas cenizas de la desconfianza hasta convertirlas en llamas. Estos dignos caballeros, algunos de ellos parientes de Velazquez, que probablemente juzgaron despreciados sus méritos por la fortuna naciente de Cortés, hicieron recordar al gobernador la poca probabilidad de que afrontas tan profundamente sentidas estuvieran ya olvidadas para siempre. Con estas y otras sugerencias semejantes, é interpretando siniestramente la conducta de Cortés, excitaron á tal grado las pasiones de Velazquez, que resolvió confiar la expedicion á otras manos (1).

Comunicó este designio á sus consejeros, Lares y Duero, cuyos fieles confidentes lo refirieron sin dilacion á Cortés, no obstante que „un hombre de la mitad de su penetracion,” dice Las Casas, „hubiera adivinado el proyecto por

(1) „Deterrebat,” dice el biógrafo anónimo, „eum Cortesii natura imperii avida, fiducia sui ingens, et nimius sumptus in classe parandâ. Timere itaque Velasquius cepit, si Cortesius cum eâ classe iret, nihil ad se vel honoris vel lucri rediturum.” De Rebus gestis, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 19.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., cap. 114.

el alterado aspecto del gobernador" (2). Los dos funcionarios aconsejaron á su amigo expeditara la marcha cuanto le fuera posible, y no perdiera tiempo en tener la flota pronta para hacerse al mar si queria conservar el mando. Cortés mostró en esta vez la misma pronta decision que en lo sucesivo mas de una ocasion en crisis semejantes dicidió de su fortuna.

No tenia todavia el número completo de hombres y de buques, y estaba muy mal abastecido de provisiones; pero resolvió levar el ancla esa misma noche. Visitó á sus oficiales, manifestándoles su plan y probablemente la causa de él; y á la media noche, cuando la ciudad estaba sumergida en el sueño, todos fueron á bordo silenciosamente, y la pequeña escuadra dejó la bahía. Cortés habia dirigiéndose primero á la persona que abastecia de carne la ciudad, y se apoderó de todo el acopio que tenia, sin embargo de sus reclamos sobre lo que el público debia sufrir la mañana siguiente por la falta de aquella, dejándole en pago una maciza cadena de oro de mucho valor que llevaba al cuello (3).

Grande fué la sorpresa de los buenos ciudadanos de Santiago, cuando al asomar la aurora vieron que la flota, que sabian estaba tan mal preparada para un viaje, habia dejado sus amarras y estaba afanosamente emprendiendo su ruta. Pronto llegaron las nuevas á oídos del gobernador, quien saltando del lecho se vistió apresuradamente, montó á caballo, y seguido de su escolta, se dirigió á galope hácia el muelle. Tan pronto como le distinguió Cortés, entró en un bote armado, y vino en él, manteniéndose á alguna distancia de la playa. „¿Es así como os separais de mí?" exclamó Velazquez; „¡atento modo por cierto de despedirse!"—„Perdonadme," contestó Cortés. „El tiempo urge, y hay algunas cosas que se debieran hacer antes de pensarse. ¿Tiene V. E. algunas órdenes que darme?" Pero el mortificado gobernador nada tuvo que responder, y el general, saludándole cortesmente con la mano, volvió á su buque, y la pequeña flota inmediatamente se hizo á la vela para el puerto de Macaca, que distaba cerca de quince leguas. (Era el 18 de noviembre de 1518.) Velazquez volvió á su casa á disimular su enojo como mejor pudo, satisfecho de que, por lo menos, habia cometido dos errores; uno en nombrar comandante á Cortés; el otro en querer privarle del mando; pues si es cierto que dando nuestra confianza á medias, apenas podemos esperar hacer un amigo, lo es igualmente que quitándole la que en él hemos depositado, nos creamos un enemigo (4).

(2) „Cortés no habia menester mas para entendello de mirar el gesto á Diego Velazquez segun su astuta viveza y mundana sabiduría." Hist. de las Indias, MS., cap. 114.

(3) Las Casas supo esta anécdota de la misma boca de Cortés. Hist. de las Indias, MS., cap., 114.—Gomara, Crónica, cap. 7.—De Rebus gestis, MS.

(4) Las Casas, Hist. de las Indias, MS. cap. 114.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 3, cap. 12.

Solis, quien sigue á Bernal Diaz en decir que Cortés se separó pública y amigablemente de Velazquez, considera como una grande calumnia contra el carácter del primero, suponer que hubiera necesitado romper tan pronto con el gobernador, cuando

Esta partida clandestina de Cortés ha sido censurada amargamente por algunos escritores, especialmente por Las Casas (5); pero no obstante, mucho puede decirse para vindicar su conducta. Habíasele confiado el mando por un acto voluntario del gobernador, plenamente ratificado por las autoridades de la Española: habia consumido en la empresa de un golpe todos sus recursos: habia contraído ademas una deuda considerable, é iba á ser relevado de la comision, sin que se hubiera justificado ó por lo menos alegado su mala conducta. Tal acontecimiento debia haberle envuelto en una ruina inevitable, lo mismo que á los amigos de quienes habia conseguido préstamos cuantiosos, y á sus compañeros que habian aventurado sus caudales en la expedicion bajo la seguridad de que él habia de mandarla. Probablemente habrá pocas personas que en iguales circunstancias hubieran tenido la calma necesaria para condescender en sacrificar todas sus esperanzas á un capricho infundado y arbitrario. Lo mas que debia exigirse de Cortés, era que en el curso de la empresa se creyese obligado á cuidar fielmente los intereses del que le habia empleado. Hasta dónde llenó este deber, se verá en la secuela de la historia.

De Macaca, donde Cortés tomó todas las provisiones que pudo obtener en las heredades reales, lo que decia él consideraba como un préstamo, se dirigió á Trinidad, ciudad mas considerable en la costa meridional de Cuba. Aquí desembarcó, y desplegando su estandarte al frente de los cuarteles, reclutó gente, haciendo ofertas generosas á los que quisieran unirse á la expedicion. Diariamente ocurrían voluntarios, y entre ellos mas de cien hombres de los que acompañaron á Grijalva, que recientemente habian regresado de su primer viaje, y deseaban continuar sus descubrimientos bajo las órdenes de un gefe emprendedor. La fama de Cortés atrajo tambien á varios caballeros distinguidos y de buenas familias, de los cuales algunos, como que habian acompañado á Grijalva, poseían noticias muy interesantes para la expedicion. Entre estos hidalgos pueden mencionarse Pedro de Alvarado y sus hermanos, Cristobal de Olid, Alonso de Avila, Juan Velazquez de Leon, pariente cercano del gobernador, Alonso Hernandez de Puertocarrero y Gonzalo de Sandoval, todos caballeros que tomaron una parte muy activa en la conquista. Su presencia era de grande importancia, como que daba consideracion á la empresa; y cuando entraron en el pequeño campamento de los aventureros, fueron saludados por el ejército, en medio de alegres sonidos de la música y estrepitosas salvas de artillería.

Al mismo tiempo Cortés se ocupaba en comprar abastos y provisiones militares. Sabiendo que un buque mercante cargado de granos y otros efectos para las minas, estaba cerca de la costa, mandó que una de sus carabelas salie-

habia recibido muy poca provocacion. (Conquista, lib. 1, cap. 10.) Pero no es necesario creer que Cortés intentó un rompimiento con Velazquez por esta partida clandestina, sino solo asegurar el mando. En todo caso, el texto se conforma exactamente á la aserción de Las Casas, quien como que conoció bien á los dos, y residia en aquel tiempo en la isla, tuvo muchos medios de instruirse bien del caso.

(5) Hist. de las Indias, MS., cap. 114.

ra á apresarlos y conducirlos al puerto. Pagó al capitán con libranzas, tanto el cargamento como el buque, y aun persuadió á este hombre llamado Sedeño, que era rico, á unir su fortuna á la expedición. También despachó á uno de sus oficiales, Diego de Ordaz en busca de otra embarcación de que había tenido noticia, con orden de apoderarse de ella de la misma manera é ir á encontrarle en el cabo de San Antonio, punto más al poniente de la isla (6). En esto se proponía otro objeto, deshacerse de Ordaz que pertenecía á la familia del gobernador y era un espía importuno de sus acciones.

Mientras se ocupaba de estas medidas, el comandante de Trinidad recibió órdenes de Velazquez para apoderarse de la persona de Cortés y detenerle, en virtud de haber sido depuesto del mando de la flota que había conferido á otro. Este jefe comunicó sus instrucciones á los principales oficiales de la expedición, los que le aconsejaron no hiciera ninguna tentativa para ponerlas en ejecución, porque indudablemente excitarían una conmoción entre los soldados, que podía concluir en reducir á cenizas la ciudad. Verdugo creyó prudente seguir este consejo (7).

Como Cortés deseaba aumentar sus fuerzas, previno á Alvarado que con una pequeña partida marchara por en medio del país á la Habana adonde él mismo se dirigiría por mar dando vuelta al punto occidental de la isla, y le encontraría allí con la escuadra. En este puerto volvió á desplegar su estandarte haciendo las acostumbradas promulgaciones; y ordenó que todos los cañones de grueso calibre se trajeran á tierra para componerse, lo mismo que las armas cortas y las ballestas. Como se había cosechado mucho algodón en los alrededores, hizo que los soldados acolcharan perfectamente sus jaquetas para que pudieran servirles de defensa contra las flechas de los indios, de las cuales habían sufrido tanto las tropas que compusieron las anteriores expediciones. Distribuyó las suyas en once compañías, dando el mando de cada una á oficiales experimentados, y se notó que aunque varios de los caballeros que estaban en el servicio eran amigos personales y aun algunos parientes de Velazquez, les trataba con entera confianza.

Su principal estandarte era de terciopelo verde bordado de oro, teniendo por blason una cruz encarnada entre llamas azules y blancas, con el siguiente mote: „Amigos, sigamos la cruz; y bajo este signo, si tenemos fe, conquistaremos.” Desde entonces dió un aire de superioridad á su persona y de grandeza á su porte, sirviéndose de un gran número de dependientes y criados, y colocándose en el pie correspondiente á un hombre de elevada posición social, cuyo modo de vivir mantuvo todo el resto de su vida (8).

(6) Las Casas oyó también esto mismo de los labios de Cortés con posterioridad á la conquista. „Todo esto me dixo el mismo Cortés, con otras cosas cerca dello despues de Marques;... reindo y mofando é con estas formales palabras: *A la mi fée andube por allí como un gentil cosario.*” Hist. de las Indias, MS., cap. 115.

(7) De Rebus gestis, MS.—Gomara, Crónica, cap. 8.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., cap. 114 y 115.

(8) Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 24.—De Rebus gestis, MS.—Gomara, Crónica, cap. 8.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., cap. 115.



Hernando Cortés.

Cortés tenía entonces treinta y tres ó treinta y cuatro años de edad. Su estatura era mas que mediana, su color pálido, y sus ojos negros y rasgados, daban á su semblante una expresion de gravedad, que no era de esperarse en una persona de genio tan alegre como el suyo. Su cuerpo era delgado, al menos en sus últimos años; pero su pecho hundido, anchas sus espaldas, su construccion muscular y bien proporcionada. Presentaba la union de la agilidad y el vigor, que le hacia muy á propósito para sobresalir en la esgrima, en la equitacion y en los otros ejercicios de caballería. Era parco en la comida, sin cuidarse de la clase de alimentos, y bebia poco, al mismo tiempo que se mostraba perfectamente indiferente á los trabajos y privaciones. Su vestido, pues, no descuidaba la impresion que produce tal exterioridad, era el suficiente para hacer aparecer con ventaja su bien formada persona: no lujoso; no esmerado, pero rico. Usaba pocos adornos, por lo comun los mismos, aunque de mucho valor. Sus maneras francas y marciales ocultaban un espíritu frio y especulador. En su mas festivo humor habia mezclado un aire tranquilo de resolucion, que hacia sentir á los que se le acercaban debian obedecerle, y que infundia una especie de temor reverencial aun en sus mas afectos y mas devotos partidarios. Tal combinacion, en la cual estaba reunido el cariño con la autoridad, era notoriamente la mas á propósito para inspirar una fuerte adhesion en los turbulentos y altivos espíritus con quienes iba á asociar su fortuna.

El carácter de Cortés parece que sufrió algun cambio con la variacion de circunstancias, ó para hablar con mas propiedad, las nuevas escenas en que se hallaba colocado, hicieron descubrir en él cualidades que antes estaban ocultas en su pecho. Hay algunos caracteres duros que necesitan ser puestos en accion para desplegar su energía, como las plantas que muertas á la benigna influencia de una latitud templada, llegan á todo su desarrollo y producen sus frutos en la atmósfera abrasadora de los trópicos. Tal es el retrato que nos han dejado los contemporáneos de este grande hombre, instrumento escogido por la Providencia para esparcir el terror entre los bárbaros monarcas del mundo occidental, y abatir sus imperios hasta el polvo (9).

Antes de que se concluyeran los preparativos en la Habana, el comandante de la plaza, D. Pedro Barba, tuvo orden de Velazquez para prender á Cortés é impedir la partida de sus buques, al mismo tiempo que otra carta del mismo gobernador se entregó á Cortés, proponiéndole dilatar su viaje hasta que hablara con él personalmente. „Nunca,” exclama Las Casas, „he visto mostrar tan pequeño conocimiento de los negocios como en esta carta de Diego Velazquez. ¿Cómo pudo imaginar que un hombre á quien habia causado una

La inscripcion puesta en la bandera, fué sin duda sugerida por la que se veia en el *Labarum*, estandarte sagrado de Constantino.

(9) Las noticias mas minuciosas de la persona y costumbres de Cortés, se encuentran en los escritos del anciano caballero Bernal Diaz, que sirvió tanto tiempo á sus órdenes, y en los de Gomara capellan del general. Véase en particular el capítulo último de la Crónica de Gomara, y el cap. 203 de la Hist. de la conquista.

afrenta tan reciente, defiriera la partida á su mandato?" (10) Ciertamente era lo mismo que esperar suspender con una palabra el vuelo de la flecha despues de haber salido del arco.

El capitán general, durante su corta residencia allí, se habia conciliado la buena voluntad de Barba; y si este oficial estaba dispuesto á ejecutar las órdenes de su gefe, conoció que no tenia poder bastante para hacerlo en medio de una soldadesca resuelta, exasperada con la injusta persecucion de su comandante, y compuesta de hombres que segun la expresion del honrado cronista que tambien tomó parte en la expedicion, „oficiales y particulares hubieran gustosamente sacrificado por él sus vidas" (11). Se contentó por esto con explicar á Velazquez lo impracticable de la tentativa, y al mismo tiempo procuró aquietar sus temores, asegurándole tenia mucha confianza en la fidelidad de Cortés. A esto agregó el último una comunicacion dictada „en los términos insinuantes de que sabia usar tambien," (12) conjurándole á fiar en el interés que tomaba por sus intereses, y concluia con la *agradable* seguridad de que él y toda la flota, siendo Dios servido, se harian á la vela la mañana siguiente.

En efecto, el 10 de febrero de 1519 la pequeña escuadra emprendió su camino, dirigiéndose al cabo San Antonio, lugar señalado para la reunion. Cuando todos estuvieron juntos, se encontró que eran once los buques, uno de ellos, en el que iba Cortés, de cien toneladas, otros tres de setenta á ochenta, y el resto carabelas y bergantines descubiertos. Todos se pusieron bajo la direccion de Antonio Alaminos, nombrado primer piloto, antiguo navegante que habia servido de tal á Colon en su viaje, y á Córdoba y á Grijalva en sus anteriores expediciones á Yucatan.

Desembarcando en el cabo y pasando revista á sus fuerzas, halló Cortés que montaban á ciento diez marineros, quinientos cincuenta y tres soldados, incluso treinta y dos ballesteros y trece arcabuceros, ademas de doscientos indios de la isla y un corto número de indias que se ocupaban en los trabajos serviles. Contaba con diez gruesos cañones, cuatro piezas ligeras llamadas falconetes, y con un buen acopio de municiones (13).

Tenia ademas diez y seis caballos, que no fácilmente pudo proporcionarse, pues la dificultad de transportarlos por el océano en las débiles embarcacio-

(10) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., cap. 115.

(11) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 24.

(12) Ibid., luc. cit.

(13) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 26.

Hay alguna discordancia entre los escritores con respecto al número del ejército. La carta de Veracruz que debió haber sido exacta, habla en términos claros de solo 400 soldados. (Carta de Veracruz, MS.) El mismo Velazquez, en una comunicacion dirigida al magistrado superior de la Española, fija el número de 600. (Carta de Diego Velazquez al Lic. Figueroa, MS.) Yo hé adoptado el cálculo de Bernal Diaz, quien en el largo tiempo que sirvió, parece que conoció íntimamente á cada uno de sus camaradas, sus personas y su historia privada.

nes de aquellos tiempos, los hacia muy escasos y sumamente caros en las islas (14). Pero Cortés estimó justamente la importancia de la caballería aun cuando fuese en corto número, para el servicio del campo y por el terror que debía producir entre los salvages. Con tan insignificante fuerza emprendió una conquista, que su mismo intrépido corazon habria temido intentar con tales medios si hubiera podido prever la mitad de sus verdaderas dificultades.

Antes de embarcarse dirigió Cortés á sus soldados una breve pero animada alocucion. Díjoles que iban á acometer una noble empresa que haria famoso su nombre en las edades venideras: que iba á conducirlos á paises mas vastos y opulentos que todos los que habian sido visitados hasta entonces por los europeos. „Yo os presento un glorioso premio,” continuó el caudillo, „pero es preciso ganarlo con incesante trabajo. Las grandes cosas solo se consiguen con grandes esfuerzos; la gloria nunca fué la recompensa del perezoso (15). Si he trabajado con empeño y arriesgado toda mi fortuna en esta empresa, es por lograr aquel renombre que es la mas noble recompensa del guerrero; pero si alguno de vosotros ambiciona mas las riquezas, sed francos conmigo como yo lo soy con vosotros, y al momento os haré dueños de tantas cuantas nuestros compatriotas jamas han podido soñar. Vos sois pocos en número, pero fuertes en resolucion; y si esta no falta, no dudeis que el Todopoderoso que nunca ha desamparado á los españoles en sus contiendas con los infieles, os defenderá aunque seais envueltos en una nube de enemigos, pues vuestra causa es justa, y vais á pelear bajo la bandera de la cruz. Proseguid, pues,” concluyó, „con valor y confianza, y conducid á un glorioso fin la obra comenzada con tan buenos auspicios.” (16)

La elocuencia del general, tocando los diversos resortes de la ambicion, avaricia y celo religioso, penetró hasta el corazon de su marcial auditorio, y reci-

(14) Increiblemente caros por cierto, pues segun las declaraciones dadas en Villa Segura, el costo de cada caballo para la expedicion, fué de 400 á 500 pesos de oro. „Si saben que de caballos que el dicho Sr. Capitan General Hernando Cortés, ha comprado para servir en la dicha conquista, que son diez é ocho, que le han costado á cuatrocientos cincuenta é á quinientos pesos ha pagado, é que deve mas de ocho mil pesos de oro dellos.” (Probanza en Villa Segura, MS.) El precio de estos caballos se manifiesta suficientemente por la mencion especial que ha creído conveniente hacer Bernal Diaz de cada uno de ellos, noticia bastante minuciosa para las páginas de un divertido calendario. Véase la Hist. de la conquista, cap. 23.

(15) „Yo vos propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos; pero la virtud no quiere ociosidad.” (Gomara, Crónica, cap. 9.) Es el pensamiento tan brillantemente expresado por Thomson.

„For sluggar's brow the laurel never grows;
Renown is not the child of indolent repose.”

„Para las frentes ociosas nunca crece el laurel: ni es hija la fama del indolente descansoso.”

(16) El texto es un compendio muy diminuto del discurso original de Cortés, ó tal vez de su capellan. Puede verse en Gomara, Crónica, cap. 9.

biéndole con aclamaciones, parecia estaban ansiosos de marchar adelante, bajo un gefe que iba á conducirlos no al combate sino al triunfo.

Cortés quedó bastante satisfecho de ver que sus soldados participaban del mismo entusiasmo que él. Se celebró entonces el incruento sacrificio de la misa, con las solemnidades que acostumbraban los navegantes españoles al comenzar sus viajes de descubrimientos. Púsose la flota bajo el inmediato patrocinio de San Pedro, patrono de Cortés, y levando el ancla emprendió su camino para la costa de Yucatan el dia 18 de febrero de 1519 (17).

(17) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., cap. 115.—Gomara, Crónica, cap. 10. —De Rebus gestis, MS.

„Tantus fuit armorum apparatus,” exclama el autor de la última obra, „quo alterum terrarum orbem bellis Cortesius concutit; ex tam parvis opibus tantum imperium Carolo facit; aperitque omnium primus Hispanæ genti Hispaniam novam!” El autor de esta obra es desconocido; parece haber sido ella parte de una gran compilacion. „De Orbe Novo,” dispuesta probablemente bajo el plan de una serie de apuntamientos geográficos, pues la introduccion habla de una vida de Colon, que precede á la de Cortés. Se dice que fué escrita cuando muchos de los ancianos conquistadores aun sobrevivian, y se dedicó al hijo de Cortés. Por esto el historiador tuvo muchos medios de atestiguar la verdad de sus asertos, aunque con demasiada frecuencia la parcialidad por su héroe, revela la influencia de la proteccion bajo de que se publicó la obra. Se extiende en detalles muy prolijos, que aunque enfadosos, tienen alguna utilidad como documentos contemporáneos. Desgraciadamente solo el primer libro se concluyó, ó por lo menos se ha conservado, y termina con los acontecimientos que se refieren en este capítulo. Está escrita en latin, en un estilo claro y puro, y se cree con alguna probabilidad ser obra de Calvet de Estrella, cronista de las Indias. El original existe en los archivos de Simancas, donde lo descubrió y sacó una copia Muñoz, de la cual está tomada la que hay en mi librería.

CAPITULO IV.

VIAJE A LA ISLA DE COZUMEL.—CONVERSION DE LOS NATIVOS.—GERÓNIMO DE AGUILAR.—LLEGA EL EJERCITO A TABASCO.—TERRIBLE COMBATE CON LOS INDIOS.—ES INTRODUCIDA LA CRISTIANDAD.

1519.

Dióse orden de que los buques caminaran tan unidos cuanto fuera posible, y siguieran la direccion de la capitana, que durante la noche llevaba á popa una luz por señal; pero el tiempo, que habia sido favorable, cambió poco despues de la partida, y se desató una tempestad de aquellas que en la estacion del año en que se hallaban, soplan con tanta frecuencia en las latitudes de las Indias occidentales. Cayó con terrible fuerza sobre la pequeña marina, separando los buques unos de otros un gran trecho, desmantelando algunos de ellos y llevándolos á todos hácia el Sur, á una distancia considerable del punto de su destino.

Cortés, que se habia quedado atrás para escoltar una nave inutilizada, llegó el último á la isla de Cozumel. Al desembarcar supo que uno de sus capitanes, Pedro de Alvarado, se habia aprovechado del corto tiempo que habia estado allí para entrar á los templos y robar sus pocos adornos, con cuya violenta conducta aterrizó tanto á los sencillos nativos que habian ido á refugiarse á lo interior de la isla. Sumamente irritado por estos procedimientos audaces, tan contrarios á la política que se habia propuesto seguir, no pudo contenerse, y reprendió severamente á su subalterno delante de todo el ejército. Ordenó que se trajeran á su presencia dos indios hechos prisioneros por Alvarado, y les explicó el objeto pacífico de su visita, valiéndose del intérprete Melcho-rejo, natural de Yucatan, que llevó consigo Grijalva, y que durante su residencia en Cuba, habia podido adquirir algun conocimiento del idioma castellano. Los despidió despues, cargados de presentes, enviando con ellos una invitacion á sus compatriotas para que volviesen á sus hogares sin temor de ser molestados. Esta humana política produjo muy buen efecto. Con aquellas seguridades no tardaron en volver los fugitivos, y se estableció un tráfico amistoso, en el cual la quinquillería y baratijas españolas se cambiaban por los adornos de oro de los nativos, comercio en que ambas partes quedaban satisfechas, y como un filósofo pudiera pensar con igual razon, ganaban mutuamente. El primer objeto de Cortés fué adquirir noticias sobre los dos desgraciados cristianos que se decia arrastraban las cadenas del cautiverio en el continente

vecino. Algunos comerciantes de la isla confirmaron estas nuevas; por lo que mandó á Diego de Ordaz con dos bergantines á la costa opuesta de Yucatan, y con instrucciones de permanecer allí ocho dias. Fueron en los buques algunos indios, en clase de mensajeros, llevando una carta á los cautivos, en la que se les comunicaba la llegada de sus compatriotas á Cozumel, con un liberal rescate para obtener su libertad. Al mismo tiempo propuso el general hacer una excursion á diversos puntos de la isla, para poder así distraer el espíritu inquieto de los soldados y conocer los recursos del pais.

Era pobre y poco poblado; pero en todas partes reconocia los vestigios de una civilizacion superior á la que antes habia encontrado en las islas Indias. Algunos de sus edificios eran espaciosos, y no pocos construidos de cal y piedra. Particularmente quedó sorprendido con los templos, que tenian torres fabricadas de los mismos sólidos materiales y varios pisos de altura. En el atrio de uno de ellos, vió con asombro una cruz de cal y piedra de cerca de diez palmos. Era el emblema del Dios de la lluvia. Su aparicion sugirió extravagantes conjeturas, no solo á los ignorantes soldados, sino tambien á los literatos europeos que calculaban sobre el carácter de las razas nativas, que habian introducido allí el símbolo sagrado del cristianismo. Pero sus inferencias, como veremos despues, no pudieron sostenerse (1). Con todo, es un hecho curioso el que la cruz hubiese sido venerada como objeto de un culto religioso en el Nuevo Mundo y en las regiones del Antiguo, donde no habia alumbrado la luz del cristianismo (2).

El primer empeño de Cortés fué separar á los nativos de su grosera idolatría y substituir una forma mas pura de culto. Para conseguirlo, estaba dispuesto á usar de la fuerza si las medidas suaves eran ineficaces. Sabia que nada deseaban los soberanos españoles mas ardientemente que la conversion de los indios. Ella formaba por lo comun el punto principal de sus instrucciones, y

(1) Véase el Apéndice, part. 1, nota 27.

(2) Carta de Veracruz, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 25 y sig.—Gomara, Crónica, cap. 10 y 15.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 115.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 4, cap. 6.—P. Martir de Anglería, de Insulibus nuper inventis, (Coloniæ, 1574,) p. 344.

Mientras estas páginas estaban en la prensa, pero no hasta despues de dos años de que fueron escritas, aparecieron los interesantes volúmenes del Sr. Stephens, que contienen la relacion de su segunda expedicion á Yucatan. En la última parte de la obra describe su visita á Cozumel, ahora una isla deshabitada, cubierta de impenetrables selvas. Cerca de la playa vió restos de antiguos edificios de los indios, los cuales creyó muy posible fueran los mismos que encontraron Grijalva y Cortés, y que les sugirieron algunas inferencias importantes. Se extiende en otras reflexiones sobre la existencia de la cruz como un objeto de adoracion entre los isleños. (Incidents of Travel in Yucatan. (New-York, 1843,) vol. II, chap. 20.) Como el discutir estas materias me separaria demasiado del hilo de mi narracion, me ocuparé de ellas mas adelante cuando trate de los restos arquitectónicos del pais.

daba á las expediciones militares en este hemisferio occidental, cierto aire de cruzadas. El guerrero que tomaba parte en ellas, participaba de estos caballerescos y devotos sentimientos. Ninguna duda se abrigaba sobre la eficacia de la conversion, por repentino que pudiera ser el cambio ó violentos los medios de verificarlo. La espada era un buen argumento cuando la conviccion no era bastante; y la extension del mahometismo habia demostrado que la semilla vertida por la mano de la violencia, lejos de perecer, brotaba de la tierra y producía frutos hasta en tiempos muy posteriores. Y si esto sucedía con una mala causa, cuánto mas debía esperarse de una buena. El caballero español sentía tener una mision que cumplir como soldado de la cruz. Por desautorizada é injusta que pudiera parecer la lucha que iba á emprender, para él era una guerra santa. Tomaba las armas contra los infieles. No cuidándose de la alma de su enemigo, envuelta en las tinieblas de la idolatría, iba á poner en peligro la suya. La conversion de un solo indio, podia cubrir multitud de pecados. No se trataba de los principios de la moral, sino de los de la fe; y ésta, aunque entendida en su mas literal y limitado sentido, comprendia toda la moral cristiana: cualquiera que moria en la fe, por inmoral que hubiese sido su vida, podia decirse que moria en el Señor. Tal era el credo del caballero cristiano de aquellos tiempos, segun le estaba imbuido por la predicacion, por las lecciones de los claustros y colegios en su patria, y de los monjes y misioneros en los paises extrangeros, de todos menos uno, cuya devocion tomada de una fuente mas pura, no se le permitió esparcir sus brillantes rayos por la espesa obscuridad que la rodeaba (3).

Ninguno participó mas de los sentimientos arriba descritos, que Hernan Cortés. Era en verdad el mismo espejo de la época en que vivia; aquel en que se reflectaban sus diversos caracteres, su devocion especuladora y su licencia práctica; pero en un grado que le era peculiar. Mucho se escandalizó con las prácticas idólatras del pueblo de Cozumel, aunque segun parece, no estaban manchadas con sacrificios humanos. Procuró persuadirlo á abrazar la verdadera fe por medio de los esfuerzos de dos sacerdotes que acompañaban á la expedicion, el Lic. Juan Diaz y el padre Bartolomé de Olmedo. El último de estos piadosos eclesiásticos, ofrecia el ejemplo muy raro en su tiempo de unir un celo ardiente á la caridad mas intensa, al paso que confirmaba con su conducta los preceptos que enseñaba. Acompañó al ejército todo el tiempo de la expedicion, y con sus sabios y benévolos consejos, pudo muchas veces mitigar las crueldades de los conquistadores, y apartar el filo de la espada del cuello de los infortunados nativos.

Inútilmente trabajaron estos dos misioneros en persuadir á los habitantes de Cozumel á que renunciaran sus abominaciones, y permitieran arrojar por tierra y demoler los ídolos, en los que reconocian los cristianos la verdadera representacion de Satán (4). Los sencillos nativos, llenos de horror con la profanacion que

(3) Véase el bosquejo biográfico del buen obispo Las Casas, el „protector de los indios,” en el post scriptum de este libro.

(4) „Fuese que el demonio se les aparecía como es, y dejaba en su imaginacion

se les proponía, exclamaban que estos eran los dioses que les enviaban la luz del sol y las tempestades, y que si cometieran contra ellos alguna violencia, estaban seguros de que la vengarian, enviando sus rayos sobre la cabezas de los perpetradores.

Cortés probablemente no estaba dispuesto á entablar una polémica; prefirió sobre todo la acción á los argumentos, y creyó que el mejor medio de convencer á los indios de su error era probar la falsedad de la predicción. Consiguientemente, sin otra ceremonia, mandó que las venerandas imágenes fueran arrojadas por las escaleras del gran templo, lo que se verificó en medio de los gemidos y lamentaciones de los naturales. Un altar se construyó á toda prisa: la imagen de la virgen y el niño se colocó en él, y celebraron misa el padre Olmedo y su reverendo compañero por la primera vez dentro de los muros de un templo en Nueva-España. Estos ministros de paz, procuraron de nuevo esparcir la luz del evangelio en los entendimientos de los ignorantes isleños, y explicarles los misterios de la fe católica. El intérprete indio, debió ser un canal bastante dificultoso para la transmisión de doctrinas tan oscuras; pero al fin encontraron favor entre sus oyentes, quienes, ó atemorizados por la audaz conducta de los invasores, ó convencidos de la impotencia de sus dioses que no pudieron impedir la violación de sus santuarios, consintieron en abrazar el cristianismo (5).

Mientras Cortés se ocupaba con los triunfos de la fe, recibió aviso de que Ordaz había regresado de Yucatan sin adquirir noticias de los españoles cautivos. La flota había sido abastecida de provisiones por los habitantes, y embarcando sus tropas al principio de marzo, se despidió Cortés de sus hospitalarias playas; pero no se había alejado mucho la escuadra, cuando una abertura que se hizo en uno de los buques, la obligó á volver al mismo puerto. La detención fué acompañada de importantes consecuencias, tanto que un escritor de la época encontró en ella „un gran misterio y milagro” (6).

aquellas especies, con que sería primorosa imitación del artífice la fealdad del simulacro.” Solís, Conquista, p. 39.

(5) Carta de Veracruz, MS.—Gomara, Crónica, cap. 13.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 4, cap. 7.—Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 78.

Las Casas, cuyas ilustradas miras religiosas hubieran hecho honor al siglo presente, insiste en la futilidad de estas forzadas conversiones, con las cuales se quería apartar á los hombres en pocos días de la idolatría que estaban enseñados á reverenciar desde la cuna. „El único modo de hacer esto,” dice, „es por larga, asidua y fiel predicación, hasta que el gentil haya concebido algunas ideas de la naturaleza verdadera de la deidad y de las doctrinas que va á abrazar. Sobre todo, las vidas de los cristianos deben ser tales, que ejemplifiquen la verdad de estas doctrinas, para que viendo esto el pobre indio, pueda alabar al Padre y reconocer á aquel que tiene tales adoradores por el verdadero y único Dios.” Véanse en el Apéndice, part. 2, núm. 6, las observaciones originales que cito *in extenso*, como una buena muestra del estilo del obispo, cuando inflamado por la naturaleza del asunto, habla con elocuencia.

(6) „Muy gran misterio y milagro de Dios.” Carta de Veracruz, MS.

Poco despues de haber desembarcado, se avistó una canoa con varios indios que venian en direccion de las vecinas costas de Yucatan. Al llegar á la isla, uno de los hombres preguntó en mal castellano, „si se hallaba entre cristianos,” y habiéndosele respuesto afirmativamente, se arrodilló y dió gracias al cielo por haber logrado su libertad. Era uno de los infortunados cautivos, cuya suerte habia excitado tanto interes. Llamábase Gerónimo de Aguilar, natural de Ecija en la Antigua España, donde habia sido educado para la carrera eclesiástica. Se habia establecido con la colonia en Darien, y en un viaje que hizo de aquel lugar á la Española ocho años antes, naufragó cerca de la costa de Yucatan. Escapó con varios de sus compañeros en un bote, donde algunos perecieron oprimidos del hambre y sufrimientos, y los otros fueron sacrificados cuando llegaron á tierra por los caribes nativos de la península. Aguilar se libertó de este horrible destino, huyendo al interior, donde cayó en manos de un poderoso cacique, que aunque no atentó contra su vida, le trató al principio con sumo rigor. Sin embargo, la paciencia del prisionero y su singular humildad, conmovieron al caudillo indio, y quiso persuadir á Aguilar á que tomara muger entre las de su pueblo; pero el eclesiástico lo rehusó decididamente en cumplimiento de sus votos. Esta admirable firmeza excitó la desconfianza del cacique, quien puso su virtud á muy difíciles pruebas con varias tentaciones, muchas de la misma clase de aquellas con las que se dice que el diablo asaltó á San Antonio (7). De todos estos terribles escollos, semejante á su predecesor espiritual, salió libre. La continencia es una virtud demasiado rara y difícil entre los salvages para no excitar su veneracion, tanto que la práctica de ella ha hecho la reputacion de mas de un santo, así en el Antiguo como en el Nuevo Mundo. Aguilar fué entonces honrado con el cuidado de la familia de su amo y de sus numerosas mugeres. Era virtuoso y discreto: sus consejos se encontraron tan saludables, que era consultado en todos los negocios importantes; en una palabra, llegó á ser un grande hombre entre los indios.

Fué por esto que con mucho sentimiento recibió su señor la propuesta de volverse con sus paisanos, á la cual ninguna otra cosa, sino el rico tesoro de cuentas de vidrio, de campanillas y otras baratijas de igual valor, enviadas por su rescate, le hubieran inducido á consentir. Cuando Aguilar llegó á la costa, se habia dilatado tanto, que los bergantines estaban ya caminando, y fué debido á la afortunada vuelta de la escuadra á Cozumel el que pudiera unirsele.

Cuando se presentó delante de Cortés, el pobre hombre le saludó con las cortesías indias, tocando la tierra con la mano y llevándola á la cabeza. El comandante, levantándole, le abrazó afectuosamente, y al mismo tiempo le cubrió con su propia capa, pues Aguilar estaba vestido con el traje del pais, dema-

(7) Están enumeradas por Herrera con una minuciosidad que á lo menos pueda reclamar el mérito de dar una idea mas alta de la virtud de Aguilar que las estériles generalidades del texto: (Hist. general, déc. 2, lib. 4. cap. 6-8.)

Esta anécdota está bellamente referida por Washington Irving. Voyages and Discoveries of the Companions of Columbus. (Lóndres, 1833,) p. 263 y sig.

siado escaso á los ojos europeos. Fué necesario que transcurriera largo tiempo para que los gustos que habia adquirido en la libertad de las selvas pudieran reconciliarse con los mas forzados, así en vestido como en maneras que imponen las formas artificiales de la civilizacion. La larga residencia de Aguilar en el pais le habia familiarizado con el dialecto maya que se hablaba en Yucatan; y como que gradualmente fué recordando el castellano, llegó á ser de suma importancia sirviendo de intérprete. Cortés conoció desde el principio la ventaja de tal adquisicion; pero no pudo estimar completamente todas las consecuencias que habian de dimanar de ella (8).

Habiéndose concluido por fin el reparo de los navíos, el comandante español se despidió segunda vez de los hospitalarios nativos de Cozumel, y se hizo á la vela el 4 de marzo, manteniéndose tan cerca como era posible de la costa de Yucatan. Dobló el cabo Catoche, y navegando á toda vela, pasó con rapidez la ancha bahía de Campeche, cubierta con las ricas maderas de tinte que han proporcionado un artículo tan importante de comercio á la Europa. Pasó tambien el Potonchan, donde Córdoba habia experimentado una recepcion hostil de los nativos, y poco despues llegó á la boca del rio de Tabasco ó de Grijalva, en el cual habia hecho este navegante un comercio tan lucrativo. Aunque no perdía de vista el grande objeto de su viaje, la visita del territorio azteca, deseaba conocer los recursos de aquel pais, y determinó subir el rio y visitar la gran ciudad edificada en sus márgenes. La agua tenia tan poco fondo por la acumulacion de la arena á la boca del mismo rio, que el general se vió obligado á anclar sus buques y embarcarse en los botes con solo una parte de sus fuerzas. Las orillas estaban espesamente plantadas de árboles mangles, cuyas salientes raices entrelazándose unas con otras, formaban una especie de criba impenetrable ó red, detras de la cual se divisaban las obscuras formas de los nativos aquí y allá, arrojando las miradas y gestos mas amenazadores. Cortés, no poco sorprendido con estas demostraciones hostiles tan diversas de las que habia tenido razon de esperar, continuó subiendo la corriente cautelosamente. Cuando habia llegado á un lugar abierto, donde estaba reunido un gran número de indios, les pidió por medio de su intérprete le permitieran desembarcar, explicándoles sus amistosas intenciones; pero ellos, blandiendo sus armas, solo respondieron con ademanes de desafio. Cortés, aunque muy disgustado, creyó prudente no urgir mas sobre este asunto en aquella tarde, sino que se retiró con sus tropas á una isla vecina, y resolvió efectuar un desembarco la mañana siguiente.

Cuando rompió el día, vieron los españoles las riberas opuestas cubiertas de filas ordenadas de enemigos, en mucho mayor número que la tarde anterior, y al mismo tiempo las canoas que se hallaban á lo largo de la costa estaban ocupadas por bandas de guerreros armados. Cortés arregló entonces sus

(8) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.—P. Martir de Anglería, de Insulis, p. 347.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 29.—Carta de Veracruz, MS.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 115 y 116.

preparativos para el ataque. Primero hizo saltar á tierra un destacamento de cien hombres, al mando de Alonso de Avila, en un punto rio abajo, cubierto por una espesa alameda de palmas, de la cual, segun supo, conducia un camino á la ciudad de Tabasco, previniendo á este oficial marchara directamente á la plaza, al mismo tiempo que él avanzaba á asaltarla de frente (9).

Luego, embarcando el resto de sus tropas, atravesó el rio á presencia de los enemigos; pero antes de comenzar las hostilidades, á fin de poder „obrar con total arreglo á la justicia y en obediencia de las instrucciones del consejo real,” (10) ordenó se les hiciese saber por medio del intérprete, que solo deseaba dejaran pasar libremente á sus tropas, y que proponia revivir las relaciones amistosas que anteriormente habian subsistido entre los nativos y sus compatriotas. Les aseguró que si se derramaba alguna sangre, recaeria sobre sus cabezas, y que la resistencia seria inútil, pues habia resuelto acuartelarse á todo trance aquella noche en la ciudad de Tabasco. A esta intimacion, hecha en tono orgulloso y autorizada legalmente por el notario, contestaron los indios, que probablemente comprendieron una palabra entre diez, con amenazadores gritos y una lluvia de flechas (11).

Habiendo ya Cortés cumplido con todos los deberes de un leal caballero y trasladado la responsabilidad que pudiera pesar sobre él al consejo real, acercó sus botes á los costados de las canoas indias. Lucharon terriblemente, y los combatientes pronto estuvieron dentro del agua, que les llegaba hasta cerca de la cintura. El encuentro no fué largo, aunque desesperado. Prevaleció la táctica superior de los europeos, y obligaron á los enemigos á tomar la tierra. Aquí fueron sostenidos por sus compatriotas, que arrojaban multitud de dardos, flechas y pedazos de madera encendidos sobre las cabezas de los invasores. Las

(9) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 31.—Carta de Veracruz, MS.—Gomara, Crónica, cap. 18.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 118.—P. Martir de Angleria, de Insulis, p. 348.

Hay alguna diferencia entre las aserciones de Bernal Diaz y la carta de Veracruz, sin embargo de que, tanto aquel como los autores de esta, estuvieron presentes.

(10) Carta de Veracruz, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 31.

(11) „Véase,” exclama el obispo de Chiapas, con su estilo cáustico, „la racionalidad de esta requisicion, ó para hablar mas correctamente, la locura é imbecilidad del real consejo que pudo encontrar en la repulsa de los indios un buen pretexto para la guerra.” (Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 118.) En otro lugar pronuncia una invectiva animada contra la iniquidad de los que cubrieron las hostilidades bajo esta fórmula vacia de palabras, cuya importancia era enteramente incomprendible para los bárbaros. (Ibid., lib. 3 cap. 57.) La famosa fórmula usada por los conquistadores españoles en esta ocasion, fué redactada por el Dr. Palacios Rubios, hombre de letras y uno de los miembros del consejo del rey. „Pero yo me rio de él y sus letras,” exclama Oviedo, „si pensó que una palabra de ella podia ser comprendida por los ignórrantes indios.” (Hist. de las Ind., MS., lib. 29, cap. 7.) El manifiesto acostumbrado, *requirimiento*, puede encontrarse traducido en las últimas páginas de la obra de Irving. „Voyages of the Companions of Columbus.”

márgenes del río eran barrosas y resbaladizas, de manera que con dificultad podían los soldados tenerse en pié. Cortés perdió una sandalia en el fango; pero continuó peleando con el pié desnudo, corriendo gran peligro, porque los indios, que pronto conocieron al caudillo, se decían unos á otros: „herid al gefe.”

Al fin ganando los españoles las orillas, pudieron ponerse en algun órden, y entonces rompieron un vivo fuego de arcabuces y ballestas. El enemigo aterrorizado con el estruendo y la luz de las armas de fuego, de las cuales no habia tenido todavia experiencia, se retiró á un parapeto formado de troncos de árboles puestos al través del camino. Los españoles, empeñados en la persecucion, pronto llegaron á estas rudas fortificaciones, é hicieron retroceder á los tabasqueños hasta la ciudad, donde volvieron á ocultarse tras de sus palizadas.

Al mismo tiempo habia llegado Avila por el lado opuesto; y los nativos, atacados improvisamente, no hicieron ya mas tentativas de resistencia, sino que abandonaron el campo á los cristianos. Habian previamente removido sus familias y efectos. Algunas provisiones cayeron en manos de los vencedores, pero poco oro, „circunstancia,” dice Las Casas, „que no les fué muy satisfactoria.” (12) Era un lugar muy poblado, y los edificios en lo general estaban contruidos de la mejor clase de cal y piedra, manifestando que los habitantes tenían un refinamiento superior á los de las otras islas, así como su intrépida defensa habia dado pruebas de su mayor valor (13).

Dueño Cortés de la ciudad, tomó formal posesion de ella para la corona de Castilla. Dió tres golpes con su espada en un grande árbol de ceiba que crecia en el lugar, y proclamó en voz alta que entraba en posesion de la ciudad á nombre y para los soberanos católicos, la cual sostendria y defenderia con espada y escudo contra aquel que la contradijese. La misma pomposa protesta se hizo por los soldados, y todo fué debidamente escrito y autorizado por el notario. Esta era la sencilla pero caballeresca y comun fórmula con que los caballeros españoles aseguraban los derechos de la corona á los territorios conquistados en el Nuevo Mundo. Era sin duda, un buen título contra las pretensiones de otro cualquiera potentado europeo. El general estableció sus cuarteles aquella noche en el atrio del templo principal. Colocó centinelas en diver-

(12) „Halláronlas llenas de maiz é gallinas y otros bastimentos, oro ninguno, de lo que ellos no recibieron mucho placer.” Hist. de las Ind., MS., ubi supra.

(13) P. Martir de Angleria trae una brillante pintura de esta capital India. „Ad fluminis ripam protentum dicunt esse oppidum, quantum non ausim dicere: mille quintingentorum passuum, ait Alaminus nauclerus, et domorum quinque ac viginti millium: strintgunt alij, ingens tamen fatentur et celebre Hortis intersecantur domus, quæ sun, egregiè lapidibus et calce fabrefactæ, maximè industriæ et architectorum arte.” (De Insulis, p. 349.) Con su acostumbrado talento inquisitivo, reunió todos los particulares del anciano piloto Alaminos y de dos de los oficiales de Cortés que volvieron á España en el curso de aquel año. Tabasco estaba en las cercanías de aquellas arruinadas ciudades de Yucatan, que han sido últimamente el tema de tantas especulaciones. Los encomios de este escritor no son tan notables como la apatía de otros historiadores contemporáneos.

esos puntos, y tomó todas las precauciones acostumbradas en la guerra con enemigos civilizados; pero ciertamente había razon para ello. Un silencio sospechoso reinaba en toda la ciudad y sus inmediaciones, y se tuvo noticia de que el intérprete Melchorejo había huido, dejando sus vestidos europeos colgados en un árbol. Cortés se inquietó mucho por la desercion de este hombre, que no solo informaria á sus compatriotas del pequeño número de los españoles, sino que disiparia las ilusiones que pudieran haber concebido acerca de su distinta naturaleza.

La mañana siguiente, como que no eran visibles las huellas de los enemigos, mandó Cortés salir dos destacamentos, uno á las órdenes de Alvarado, y otro bajo las de Francisco de Lugo, con el objeto de hacer un reconocimiento. No habia caminado este último oficial una legua, cuando descubrió la posicion de los indios por haberle atacado con tal ímpetu, que se vió obligado á refugiarse en un grande edificio de piedra, donde fué estrechamente sitiado. Por fortuna los horribles aullidos de los asaltantes, que como las mas de las naciones bárbaras, procuraban infundir terror con sus feroces gritos, llegaron á los oidos de Alvarado y sus soldados, y avanzando rápidamente al auxilio de sus camaradas, los pusieron en disposicion de abrirse paso por en medio del enemigo. Ambas partidas se retiraron perseguidas muy de cerca á la ciudad, donde Cortés saliendo á su socorro, obligó á los tabasqueños á volver atrás.

Unos cuantos prisioneros fueron hechos en esta escaramuza, y por ellos supo el conquistador que se habian realizado sus temores. Todo el pais estaba sobre las armas. Una fuerza compuesta de muchos miles de hombres venidos de las provincias vecinas, se habia organizado, y estaba convenido un asalto general para el dia siguiente. Preguntando Cortés por qué se le habia hecho un recibimiento tan diverso del que tuvo su predecesor Grijalva, le contestaron que, „la conducta de los tabasqueños habia entonces ofendido mucho á las otras tribus, tanto que los acusaron de traicion y cobardía, por lo que habian prometido que al regreso de los hombres blancos les resistirian de la misma manera que lo habian hecho sus vecinos” (14).

Cortés debió entonces sentir haberse desviado del objeto directo de su empresa, y verse comprometido en una guerra dudosa que podia conducirle á un resultado no muy favorable; pero era ya demasiado tarde para arrepentirse: habia dado el primer paso; y no quedaba otra alternativa que la de seguir adelante. La retirada habria desanimado á sus soldados en el principio mismo de la empresa, extinguido la confianza que tenian en él, y alentado la arrogancia de los enemigos, al paso que las noticias de estos sucesos podian precederle en su viaje y prepararle el camino para mayores mortificaciones y reveses. No vaciló, pues, en la conducta que debia observar, sino que reuniendo á sus oficiales les anunció la resolucion de dar el combate la mañana siguiente (15).

(14) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 31 y 32.—Gomara, Crónica, cap. 18.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 118 y 119.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 78 y 79.

(15) Segun Solís, que trae el discurso de Cortés en esta ocasion, reunió un con-

Mandó á las naves á los que estaban inhabilitados por sus heridas, y ordenó que el resto de las fuerzas se uniera al campo. Se desembarcaron tambien seis cañones de grueso calibre, y toda la caballería. Los animales se hallaban entumecidos y torpes por el largo encierro que habian sufrido á bordo; pero unas pocas horas de ejercicio les volvieron su fuerza y acostumbrado brio. Dió el mando de la artillería, si puede ser honrada con este nombre, á un soldado llamado Mesa, que habia adquirido alguna experiencia como ingeniero, en las guerras de Italia. Puso la infantería bajo las órdenes de Diego de Ordaz, y se encargó él mismo de la caballería. Componíase esta de algunos de los caballeros mas valientes de su pequeña compañía, entre quienes pueden mencionarse Alvarado, Velazquez de Leon, Avila, Puertocarrero, Olid, y Montejo. Hechos así todos los preparativos necesarios y convenido el plan de ataque, se retiró á descansar, pero no á dormir. Su febricitante imaginacion, como puede suponerse, estaba llena de ansiedad por los acontecimientos que debian tener lugar la mañana siguiente, y que acaso podian decidir del éxito de su expedicion. Como acostumbraba en tales ocasiones, se le vió en el transcurso de la noche ir con frecuencia á rondar el campo, á visitar los centinelas y á cuidar de que ninguno se durmiera en su puesto.

Con el primer destello de la mañana pasó revista á las tropas, y declaró su intento de no esperar el asalto del enemigo encerrado en la ciudad, sino marchar de una vez contra él, pues bien conocía que el valor se excita con la accion, y que la parte que ataca, confia en el mismo momento del combate, lo cual no sucede á la que está pasivamente y acaso con temor, esperando el ataque. Se sabia que los indios estaban acampados en una llanura, pocas millas distante de la ciudad, nombrada el llano de Ceutla. El general ordenó que Ordaz marchase directamente con la infantería y artillería atravesando el pais, y que los atacase de frente, entre tanto que él mismo dando una vuelta con la caballería, ó los flanqueaba cuando estuvieran comprometidos en la accion, ó caia sobre ellos por la retaguardia.

Habiéndose completado estas disposiciones, el pequeño ejército asistió á la misa y despues salió de los muros de Tabasco. Era el día de nuestra Señora, 25 de marzo, memorable por mucho tiempo en los anales de Nueva-España. El distrito cercano á la ciudad estaba lleno de sementeras, y las partes bajas sembradas de cacao que ministraba la bebida, y acaso la moneda del pais como en Méjico. Necesitando estos plantíos constante riego, se les proporcionaba por medio de numerosos canales y depósitos de agua, de manera que el pais no podia atravesarse sin mucho trabajo y dificultad. Estaba sin embargo, cortado por un estrecho camino ó calzada, por la cual podian conducirse los cañones.

Avanzaron las tropas mas de una legua en su penosa marcha sin descubrir al enemigo. Era el tiempo caluroso; pero pocos de los soldados iban embara-

sejo de sus capitanes para que le indicaran el camino que debia seguir. (Conquista, cap. 19.) Es posible que así fuera, pero no lo encuentro apoyado en ninguna autoridad.

zados con la pesada armadura usada en aquel tiempo por los caballeros españoles. Sus gruesas cotas de algodón, proporcionaban una mediana defensa contra las flechas de los indios, y dejaban lugar á la libertad y ligereza de movimientos esencialmente necesarias á una vida de errantes aventuras en el desierto.

Al fin avistaron los extensos llanos de Ceutla, y vieron las obscuras filas del enemigo, extendiéndose hasta donde podia alcanzar la vista á lo largo del horizonte. Los indios habian mostrado alguna sagacidad en elegir aquella posicion; y luego que vieron caminar con paso tardío á los fatigados españoles por en medio de las ciénagas, prurupieron en horribles gritos de guerra y despidieron nubes de flechas, piedras y otras armas arrojadizas, que sonaban como granizo en los escudos y yelmos de los asaltantes. Muchos fueron heridos gravemente antes de que pudieran ganar la tierra firme, mas luego que lo consiguieron, pronto tuvieron espacio en que desplegar sus movimientos, y rompieron un vivo fuego de cañon y fusilería sobre las apiñadas columnas del enemigo que presentaba un blanco seguro á sus balas. Considerable número caía en cada descarga, pero los intrépidos bárbaros, lejos de desmayar, arrojaban arena y hojas de árboles sobre los cadáveres para ocultar sus pérdidas, y tañendo sus instrumentos de guerra, despedían en recompensa nuevas flechas de sus arcos.

Atacaban mas de cerca á los españoles: cuando eran rechazados por una vigorosa resistencia, volvian otra vez á la carga; y agitándose como las olas del océano, parecían prontos á agobiar al pequeño ejército con el peso de su número. Oprimidos de esta manera los españoles, casi no tenían terreno para ejecutar las evoluciones necesarias ó para hacer jugar su artillería con efecto (16).

Habia ya durado el combate mas de una hora, y los españoles valerosamente acometidos, esperaban con ansiedad la llegada de la caballería, que por algun obstáculo insuperable, se habia detenido para que los libertara de aquella peligrosa posicion. Hallándose en esta terrible crisis, vieron que las últimas columnas del ejército enemigo se agitaban y se ponian en un desórden que rápidamente se comunicó á todas las masas. Poco despues, los oídos de los cristianos fueron saludados con el grito consolador de guerra, „Santiago y San Pedro,” y vieron las brillantes celadas y relucientes espadas de la caballería castellana que relampagueaban con los rayos del sol de la mañana mezclándose en las filas de los enemigos, hiriendo á derecha é izquierda, y esparciendo en torno suyo el terror y la muerte. Los ojos de la fe pudieron tambien distinguir al mismo santo patron de España cabalgando en su corcel blanco de guerra, dirigiendo el combate, y hollando los cuerpos de los moribundos infieles (17).

(16) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 119.—Gomara, Crónica, cap. 19 y 20.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 4, cap. 11.—P. Martir de Angleria, de Insulis, p. 350.—Ixtlilxochitl, Hist. Chich., MS., cap. 79.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 33 y 36.—Carta de Veracruz, MS.

(17) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 79.

„Cortés supuso que San Pedro era su santo tutelar,” dicen Pizarro y Orellana; „pero la comun é indudable opinion, es que lo fué nuestro glorioso apóstol Señor

Habíase demorado Cortés por lo quebrado del terreno. Cuando llegó estaban los indios tan vivamente empeñados en la acción, que cayó sobre ellos antes de que pudieran observar que se aproximaba. Mandó á los soldados dirigiesen sus lanzas al rostro de los enemigos (18), los que asombrados con su monstruosa aparición, pues suponían que el caballero y el brioso animal que montaba, que jamás habían visto, eran una misma cosa (19), fueron sobrecogidos de un terror pánico. Ordaz se aprovechó de esta circunstancia para mandar una carga general sobre toda la línea, y los indios arrojando muchos de ellos las armas, huyeron sin intentar mas resistencia. Cortés estaba demasiado satisfecho con la victoria para que quisiera continuarla empapando su espada en la sangre de los fugitivos. Llevó á sus soldados á un bosquecillo de palmas que había á orillas del lugar, y debajo de los anchos doseles que formaban sus hojas, ofrecieron acciones de gracias al Todopoderoso por la victoria que les había concedido. El campo de batalla se convirtió en el sitio de una ciudad llamada, en honor del día en que tuvo lugar el encuentro, „Santa María de la Victoria,” mucho tiempo despues capital de la provincia (20). El número de los que pelearon, así como el de los que sucumbieron en esta jornada, es enteramente dudoso. Nada es mas incierto que los cálculos numéricos de los bárbaros, y nada ganan tampoco en probabilidad cuando provienen como en el caso presente de sus enemigos. Sin embargo, los mas convienen en que las fuerzas de los indios consistían en cinco escuadrones de ocho mil hombres cada uno. Hay mayor duda en cuanto al número, variando desde mil hasta treinta mil. En esta monstruosa discordancia, la propensión comun de los escritores á exagerar, debe hacernos buscar la verdad en el número mas pequeño. La pérdida de los cristianos no fué considerable, no excediendo, si damos crédito á sus partes que probablemente disminuyen mucho la verdad por las mismas causas, de dos muertos y menos de cien heridos. Fácilmente comprenderemos los sentimientos de los conquistadores cuando declararon: „el cielo debe haber peleado por nuestra parte, puesto que nuestra fuerza nunca podía haber prevalecido contra tal multitud de enemigos” (21).

Santiago, baluarte y salvaguardia de la nacion.” (Varones Ilustres, p. 73.) „Pecador de mí,” exclama el honrado Bernal Díaz con la expresion mas escéptica, „que no se me permitió ver en esta ocasion á ninguno de los dos apóstoles.” Hist. de la conquista, cap. 34.

(18) Era la órden, como recordará el lector, dada por César á sus tropas en la batalla con Pompeyo:

„Adversosque jube ferro confundere vultus.”

LUCAN, *Pharsalia*, lib. 7, v. 575.

(19) „Equites,” dice Pablo Giovi, „unum integrum Centaurum specie animal esse existimarent.” *Elogia Virorum Illustrum*, (Basil., 1696,) lib. 6, p. 229.

(20) Clavijero, *Stor. del Messico*, tom. III. p. 11.

(21) „Crean vuestras Reales Altezas por cierto, que esta batalla fué vencida mas por voluntad de Dios que por nuestras fuerzas, porque para con cuarenta mil hombres

Varios prisioneros fueron hechos en la batalla, y entre ellos dos gefes. Cortés les concedió su libertad, y envió con ellos á sus compatriotas un mensaje, diciéndoles, „que olvidaria lo pasado si venian inmediatamente á mostrar su sumision. Que de otra manera arrasaria el pais, y pasaria á todos los habitantes, hombres, mugeres y niños, al filo de la espada.” Partieron los enviados sonando todavia en sus oidos esta formidable amenaza.

Pero los tabasqueños no estaban dispuestos á ulteriores hostilidades. Un cuerpo de gefes de segundo órden apareció el día siguiente, vestidos con trajes negros de algodón, que indicaban su pesar y amargura, pidiendo permiso para sepultar los cadáveres de sus guerreros. Fuéles concedido por el general con muchas protestas de su amigable disposicion; pero al mismo tiempo les anunció que esperaba á los principales caciques, pues estaba resuelto á no tratar con otros. Pronto se presentaron aquellos, acompañados de una numerosa comitiva de vasallos, que atravesaban con tímida curiosidad el campo cristiano. Entre los presentes propiciatorios, se contaban veinte esclavas, quienes por el carácter de una de ellas, resultaron ser mucho mas importantes de lo que pudieron esperar tanto los españoles como los tabasqueños. Pronto se restableció la confianza, siendo sucedida de una comunicacion amistosa, y del cambio de baratijas españolas por las toscas producciones del pais, alimentos, telas de algodón y unos pocos adornos de oro de poco valor. Cuando se les preguntó de dónde se proporcionaban el precioso metal, señalaron al Oeste diciendo: „Culhua,” „Méjico.” Los españoles vieron que este no era lugar propio para detenerse; y sin embargo, aquí se hallaban no muchas leguas distantes de una poderosa y opulenta capital, ó de la que en un tiempo lo habia sido, la antigua ciudad del Palenque. Pero su gloria podia haber entonces extingüidose y su nombre haber sido olvidado por las naciones vecinas.

Antes de su partida, no olvidó el comandante español atender al grande objeto de su expedicion, la conversion de los indios. Manifestó primero á los caciques, que habia sido enviado allí por un poderoso monarca del otro lado de los mares, cuya alianza tenia ya derecho de reclamar. Luego previno á los RR. PP. Olmedo y Diaz ilustraran sus entendimientos hasta donde fuera posible con respecto á las grandes verdades de la revelacion, instándoles á trocarlas por sus heréticas abominaciones. Los tabasqueños, cuyas percepciones no estaban sin duda poco vivificadas con la leccion que habian recibido, hicieron poca resistencia á una y otra propuesta. El día siguiente era domingo de Ramos, y el general determinó celebrar su conversion con una de aquellas pomposas ceremonias de la Iglesia, que debian producir una impresion perdurable en sus mentes.

de guerra, poca defensa fuera cuatrocientos que nosotros éramos.” (Carta de Veracruz, MS.—Gomara, Crónica, cap. 20.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 35.) —Las Casas regulando, como acostumbra sus matemáticas por sus sentimientos, es quien estima la pérdida de los indios en el exorbitante número citado en el texto. „Esta,” concluye amargamente, „fué la primera predicacion del evangelio por Cortés en Nueva España.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 119.

Se formó una solemne procesion de todo el ejército con los eclesiásticos á la cabeza, llevando cada soldado un ramo de palma en las manos, y el concurso se aumentó progresivamente con millares de indios de ambos sexos que seguian llenos de curiosa admiracion el espectáculo. Las largas filas se dirigieron por entre las florecientes praderas que circundaban la ciudad al templo principal, donde se erigió un altar, y la imágen de la deidad que presidia, fué depuesta para hacer lugar á la de la vírgen con el niño salvador en sus brazos. Celebró misa el padre Olmedo, y los soldados que eran capaces le acompañaron en los solemnes cantos. Escuchaban los nativos con profundo silencio; y si hemos de creer al cronista que presenció este acontecimiento, se deshacian en lágrimas, al mismo tiempo que se infundia en sus corazones un temor reverencial hácia el Dios de estos terribles guerreros, que parecia gobernaban con sus manos los truenos y los rayos (22).

La religion católica romana, debe confesarse, tiene algunas ventajas decididas sobre la protestante para el fin de hacer prosélitos. La deslumbrante pompa de sus ceremonias, y su patética interpelacion á la sensibilidad, afectan la imaginacion del rudo hijo de la naturaleza mas intensamente que las frias abstracciones del protestantismo, que dirigiéndose solo á la razon, exigen un grado de refinamiento y cultura mental en el auditorio para comprenderlas. Además, el respeto mostrado por los católicos á la representacion material de la divinidad, facilita en gran manera el mismo objeto. Es cierto que tales representaciones se usan como incentivos mas bien que como objetos de culto; pero esta distincion no era perceptible al salvaje que encontraba tales formas de adoracion demasiado análogas á las suyas, y que por lo mismo no se hacia gran violencia á sus sentimientos, como que se le exigia únicamente trasladar su homenaje del simulacro de Quetzalcoatl, la benéfica deidad que habia habitado entre los hombres, al de la Vírgen ó del Redentor. De la cruz que habia venerado, como emblema del Dios de la lluvia, al mismo signo como símbolo de salvacion.

Concluida la solemnidad, se preparó Cortés á volver á sus embarcaciones, bastante satisfecho de la impresion hecha en los recién convertidos, y con las conquistas que habia adquirido para Castilla y para la cristiandad. Los soldados, despidiéndose de sus amigos indios, entraron en los botes con palmas en las manos, y bajando el rio volvieron á bordo de sus buques que estaban anclados á la entrada de él. Soplabá una brisa favorable, y la pequeña armada, desplegando sus velas para recibirla, pronto se vió otra vez caminando para las doradas playas del imperio mejicano.

(22) Gomara, Crónica, cap. 21 y 22.—Carta de Veracruz, MS.—P. Martir de Anglería, de Insulis, p. 351.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., ubi supra.

CAPITULO V.

VIAJE A LO LARGO DE LA COSTA.—DOÑA MARINA.—DESEMBARCAN LOS ESPAÑOLES EN MEJICO.—ENTREVISTA CON LOS AZTECAS.

1519.

Caminaba la flota tan cerca de la playa, que podia distinguirse á los que la habitaban; de manera que al pasar por las tortuosas orillas del golfo, los soldados que habian acompañado á Grijalva, señalaban á sus camaradas los lugares memorables de la costa. Aquí estaba el *rio de Alvarado*, llamado así posteriormente en honor del valiente aventurero, que iba entonces en esta expedicion: allí el *rio de Banderas*, en el cual habia entablado Grijalva un comercio tan lucrativo con los mejicanos; y mas adelante la *isla de los Sacrificios*, donde los españoles encontraron por la primera vez vestigios de sacrificios humanos en la costa. Al escuchar Puertocarrero estos recuerdos de los marineros, repetia las palabras del antiguo romance de Montesinos: „aquí está Francia; allí Paris, y allá las aguas del Duero &c.” (1). „Pero yo os aconsejo,” añadió volviéndose á Cortés, „cuidaros solo de las ricas tierras y del mejor medio de gobernarlas.”— „No temais,” replicó el comandante; „si la fortuna me favorece como á Orlando, y tengo caballeros tan valientes como vos por compañeros, yo me entenderé muy bien con lo demas” (2).

La armada habia arribado entonces á San Juan de Ulúa, isla nombrada así por Grijalva. El tiempo era templado y sereno, y multitud de nativos se veian reunidos en la playa del continente, contemplando el extraño fenómeno para ellos de los buques, que caminaban con poca vela sobre el manso seno de las aguas. Era la tarde del juéves de la semana santa: una brisa suave venteaba en la proximidad de la costa, y Cortés, agradándole el paraje, creyó que podria anclar con seguridad á sotavento de la isla, la cual le defenderia de los nortes que soplan en estos

- (1) „Cata Francia, Montesinos,
Cata Paris la ciudad,
Cata las aguas de Duero
Do van á dar en la mar.”

Son las palabras de un antiguo romance popular, que segun me parece, se publicó primero, en el romancero de Ambéres, y últimamente por Durán, romances caballeros é históricos, parte 1, p. 82.

- (2) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 37.

mares con gran violencia en el invierno, y algunas veces tambien hasta muy entrada la primavera.

No habian permanecido ancladas largo tiempo las naves, cuando una ligera piragua, llena de nativos, se vió desprenderse del continente y dirigirse al vecino buque que montaba el general, el cual se distinguia por estar flotando en uno de sus mástiles la insignia real de Castilla. Los indios vinieron á bordo con una franca confianza, inspirada por las noticias que habian esparcido acerca de los españoles los primeros que habian comerciado con Grijalva. Trajeron presentes de frutas, flores y pocos adornos de oro, que alegremente cambiaron por los dijes acostumbrados. Cortés se vió burlado en sus tentativas de entablar con ellos una conversacion por medio del intérprete Aguilar, pues ignoraba el idioma, en razon de que el dialecto maya en que estaba versado tenia poca semejanza con el azteca. Los nativos suplieron esta falta hasta donde fué posible con la extraordinaria vivacidad y expresion de sus gestos, que pueden considerarse como los geroglíficos de la habla; pero el comandante español vió con pesar los embrazos que debia encontrar en lo futuro, por falta de un medio mas perfecto de comunicacion (3). En este momento se le instruyó de que una de las esclavas que le habian donado los gefes tabasqueños, era mejicana de nacimiento y entendia el idioma. Su nombre, esto es, el que le dieron los españoles, era Marina; y como que ejerció la influencia mas importante en la fortuna de aquellos, es necesario instruir algo al lector sobre su historia y carácter.

Era nativa de Painalla, en la provincia de Coatzacoalco, situada en los confines del imperio mejicano hácia el sudeste. Su padre, rico y poderoso cacique, murió cuando ella era muy niña: su madre contrajo segundas nupcias, y teniendo un hijo, concibió la idea de asegurar á este fruto de su segunda union la herencia legítima de Marina. Consiguientemente fingió que ésta habia fallecido, y la entregó á unos mercaderes ambulantes de Jicalanco: al mismo tiempo se aprovechó de la muerte de la hija de una de sus esclavas para substituir su cadáver al de la suya, y se celebraron las exequias con falsa solemnidad. Estos pormenores están relatados por el honrado y anciano soldado Bernal Diaz, que conoció á la madre, y presenció el generoso trato que recibió despues de Marina. Los negociantes vendieron la doncella india al cacique de Tabasco, quien la donó, como hemos visto, á los españoles. A causa del lugar de su nacimiento sabia bien la lengua mejicana, que se dice hablaba con mucha elegancia. Su residencia en Tabasco la familiarizó con los dialectos del pais, y de esta manera podia sostener una conversacion con Aguilar, que él á su vez vertia al castellano. Así se abrió á Cortés un canal cierto, aunque algo tortuoso, de comunicacion con los aztecas, circunstancia muy importante para el buen suceso de su

(3) Las Casas juzga que el significado de los gestos indios, indicaba una imaginacion muy viva. „Señas é meneos con que los indios mucho mas que otras generaciones entienden y se dan á entender, por tener muy vivos los sentidos exteriores y tambien los interiores, mayormente que es admirable su imaginacion.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 120.

empresa. No transcurrió mucho tiempo sin que Marina, que tenia un ingenio vivo, aprendiera el castellano lo suficiente para hacer inútil la intervencion de otro intérprete. Lo aprendió muy pronto, como que era para ella el idioma del amor.

Cortés, que desde el principio apreció el valor de sus servicios, la hizo su intérprete, luego su secretaria, y despues, cautivado por sus encantos, su querida. Tuvo en ella un hijo, D. Martin Cortés, comendador de la órden militar de Santiago, menos distinguido por su nacimiento que por sus no merecidas persecuciones.

Marina estaba entonces en la primavera de su vida: se dice que poseia extraordinarios atractivos personales (4); y sus regulares y expresivas facciones indicaban la generosidad de su alma. Siempre permaneció fiel á sus compatriotas por adopcion; y su conocimiento del idioma, de las costumbres de los mejicanos y muchas ocasiones de sus planes, le proporcionaron oportunidad de sacar á los españoles varias veces de las situaciones mas embarazosas y arriesgadas. Tuvo errores como hemos visto; pero deben imputarse mas bien á los defectos de su primera educacion y á la maligna influencia de aquel á quien por la obscuridad en que estaba envuelto su entendimiento, vió con sencilla confianza como la luz que habia de guiarla. Todos convienen en que estaba adornada de excelentes cualidades; y los importantes servicios que prestó á los españoles, hicieron que su memoria les fuera tiernamente cara, al mismo tiempo que el nombre de Malinche, con el cual es conocida todavia en Méjico, era pronunciado con afecto por las razas conquistadas, por cuyos infortunios mostró una invariable simpatía (5).

(4) „Hermosa como Diosa,” dice Camargo hablando de ella. (Hist. de Tlascala, MS.) Un poeta moderno paga á sus encantos el siguiente tributo, no poco elegante:

„Admira tan lúcida cabalgada
Y espectáculo tal Doña Marina,
India noble al caudillo presentada,
De fortuna y belleza peregrina.

* * * * *

Con despejado espíritu y viveza
Gira la vista en el concurso mudo;
Rico manto de extrema sutileza
Con chapas de oro autorizarla pudo.
Prendido con bizarra gentileza
Sobre los pechos en airoso nudo;
Reina parece de la Indiana Zona,
Varonil y hermosísima Amazona.”

MORATIN, Las Naves de Cortés Destruídas.

(5) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 120.—Gomara, Crónica, cap. 25 y 26.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, pp. 12-14.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.—Ixtililxochitl, Hist. chich. MS., cap. 79.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 37 y 38.

Hay alguna discordancia entre las noticias sobre la primera vida de Marina. Yo

Con la ayuda de sus dos inteligentes intérpretes entabló Cortés conversacion con los indios. Supo que eran mejicanos, ó mas bien, súbditos del grande imperio azteca, del cual era su provincia una de las mas recientemente conquistadas, comparativamente hablando. Estaba gobernado el pais por un poderoso monarca, llamado Montezuma (6), que habitaba en las mesas de las montañas del interior, cerca de setenta leguas de la costa, y su provincia era regida por uno de sus nobles, llamado Teuhtlile, cuya residencia estaba situada á ocho leguas de distancia. Cortés los instruyó á su vez de las miras pacíficas que traía al visitar el pais, y del deseo que alimentaba de tener una entrevista con el gobernador azteca. Despues los despidió cargados de presentes, habiéndose cerciorado primero de que en el interior habia abundancia de oro, igual á las muestras que habian traído consigo.

Satisfecho Cortés de las maneras de los habitantes y de las buenas noticias que habia tenido del pais, resolvió fijar allí por entonces sus cuarteles. La mañana siguiente, 21 de abril, que era viernes santo, desembarcó con toda su fuerza en el mismo sitio donde ahora está erigida la moderna ciudad de Veracruz. Tal vez no imaginaria el conquistador que la desolada playa donde fijó primero su planta, fuera un dia cubierta por una poblacion floreciente, el grande emporio del tráfico europeo y oriental, la ciudad comercial de Nueva-España (7).

Era un ancho y bien nivelado plano, excepto donde la arena habia sido amon-

he seguido á Bernal Diaz, quien por los muchos medios que tuvo de hacer sus observaciones, debe considerarse como la mejor autoridad. Felizmente no hay diferencia en la estimacion de sus méritos y servicios singulares.

(6) El nombre del monarca azteca, así como los de las mas personas y lugares de Nueva-España, han sido convertidos en todos los modos posibles de la ortografía. Los historiadores españoles modernos comunmente le llaman Motezuma; pero como no hay razon para suponer que esto sea correcto, he preferido arreglarme al nombre con que por lo comun le conocen los lectores ingleses. Es el adoptado por Bernal Diaz; mas no por algun otro de los contemporáneos, al menos que yo sepa (*).

(7) Ixtlilxochitl, Hist. chich. MS., cap. 79.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, p. 16.

Nueva Veracruz, con cuyo nombre se conoce, lo es distinta, segun veremos mas adelante, de la erigida por Cortés, y no se fundó hasta fines del siglo diez y seis por el conde de Monterey, virey de Méjico. Le concedió los privilegios de ciudad Felipe III en 1615. Ibid., tom. III, p. 30, nota.

(*) El traductor ha preferido el nombre de Montezuma, fundándose en la respetable autoridad de Berni, cuyas páginas relativas á los descendientes del emperador azteca, transcribirá literalmente.

Títulos creados en el reinado de Felipe II.—Año de 1556.

§ 2.º —Conde de Montezuma.—Esta ilustrísima familia de los condes de Montezuma, viene de los emperadores de Méjico, y goza de la pension de 40.000 pesos. Está enlazada con los excelentísimos señores duques de Sessa y Atrisco. Su actual poseedor es el Exmo. Sr. D. Gerónimo de Oca, conde de Montezuma.—(Creacion, antigüedad y privilegios de los títulos de Castilla. Valencia, 1769, p. 227.)

tonada en pequeños collados por el soplo constante de los nortes. En estas colinas de arena montó su pequeña batería, á fin de que dominara el país. Después ocupó á las tropas en cortar troncos de árboles y arbustos de los que crecían en las inmediaciones, con el objeto de proporcionarse un abrigo provisional. En esto le ayudaron los habitantes del país, enviados segun parecia, por el gobernador del distrito á favorecer á los españoles. Con su auxilio fijaron en la tierra firmemente unas estacas y las cubrieron con ramas de árbol, esteras y mantas de algodón que los hospitalarios nativos les trajeron. De esta manera se procuraron en dos días una buena defensa contra los abrasadores rayos del sol, que hieren con una intolerable fuerza en aquellas arenosas playas. El sitio estaba rodeado de pantanos y ciénagas, cuyas exhalaciones, convertidas por el calor en la pestilente malaria, han ocasionado mayor mortandad en los europeos que los huracanes de la costa. Las enfermedades biliosas, ahora terrible azote de la tierra caliente, eran poco conocidas antes de la conquista. La semilla del veneno parece fué esparcida por la mano de la civilización, pues basta fundar una ciudad y trasladar á ella una industriosa población europea, para hacer aparecer la malignidad del veneno que antes se mantenía oculto é inofensivo en la atmósfera (8).

Mientras se hacían aquellos preparativos, venían en gran número los indios que habitaban el distrito contiguo, el cual era medianamente populoso, inducidos por la curiosidad natural de ver á los extraordinarios forasteros. Trajeron consigo frutas, vegetales, flores en abundancia, caza y muchos manjares sazonados al uso del país, con un poco de oro y otras producciones de la tierra. Donaron algunas y cambiaron otras por los efectos españoles. Así que, el campo lleno de una multitud de gente de todas edades y sexos, tenía la apariencia de una feria. Cortés supo por algunos de los comerciantes que el gobernador tenía dispuesto visitarle el día siguiente.

Era la pascua de Resurrección, y Teuhtlile llegó, como se había anunciado, antes del medio día. Iba seguido de un numeroso acompañamiento, y saliendo

(8) El Barón de Humboldt, ha demostrado que la epidemia del *matlazahuatl*, tan fatal á los aztecas, es esencialmente diferente de la fiebre bilisiosa de nuestros días. Ciertamente los primeros conquistadores y colonos no mencionan esta enfermedad, y Clavijero asegura que no se conoció en Méjico hasta el año de 1725. (Stor. del Messico, tom. 1, p. 117, nota.) Humboldt, sin embargo, arguyendo que las mismas causas físicas deben haber producido iguales resultados, da mayor antigüedad al mal, del cual encuentra algunos vestigios tradicionales é históricos. „Il ne faut pas confondre l'époque," observa con su acostumbrada penetración, „à laquelle une maladie a été décrite pour la première fois, parce qu'elle a fait de grands ravages dans un court espace de temps, avec l'époque de sa première apparition." Essai Politique, tom. IV, p. 161, et seq., y 179. „Es necesario no confundir la época en que una enfermedad ha sido descrita por la primera vez, porque ha hecho grandes estragos en un corto espacio de tiempo, con la época de su primera aparición."

á encontrarle Cortés, le condujo con mucha ceremonia á su tienda, donde estaban reunidos los principales oficiales. El gefe azteca correspondió á sus saluciones con atenta pero formal cortesía. Celebró misa el padre Olmedo, y Teuhtlile y los que le acompañaban asistieron con reverencia y compostura. Se sirvió despues una ligera colacion, en la cual el general obsequió á su huésped con vinos y confituras españolas. Concluida, fueron introducidos los intérpretes, y principió una conversacion entre los dos caudillos.

Las primeras preguntas de Teuhtlile se refirieron al país de los extrangeros, y al objeto de su visita. Cortés le dijo „era súbdito de un poderoso monarca, de mas allá de los mares, que gobernaba un extenso imperio y tenia reyes y príncipes por vasallos. Que sabedor de la grandeza del emperador mejicano, habia deseado entablar comunicacion con él, y le habia mandado como su embajador á visitar á Montezuma, trayéndole un presente en señal de amistad, y un mensaje que debia entregar personalmente.” Concluyó preguntando á Teuhtlile, cuándo podria ser admitido á la presencia de su soberano.

A esto el noble azteca contestó con algun orgullo: „cómo es que habiendo estado aquí solo dos dias, ya pretendeis ver al emperador?” Luego añadió con mas cortesía: que „estaba sorprendido de saber que habia otro monarca tan poderoso como Montezuma; pero que si era así, no le cabia duda en que su amo tendria mucho gusto de entablar con él comunicacion: que enviaria expresos con el real presente traido por el comandante español, y tan pronto como supiese la voluntad de Montezuma, se la participaria.”

Mandó entonces Teuhtlile á los esclavos sacaran los presentes dedicados al general español, que consistian en diez cargas de fino algodón, varias mantas de aquellas curiosas obras de pluma, cuyos ricos y delicados tintes podian rivalizar con la pintura mas hermosa, y una gran cesta llena de adornos de oro labrado, cuyos regalos habian sido dispuestos con el fin de inspirar á los españoles una elevada idea de la riqueza é ingenio mecánico de los aztecas.

Cortés recibió estos presentes con la debida atencion, y previno á sus sirvientes extendieran ante el gefe los efectos destinados á Montezuma. Eran estos una silla de brazos ricamente esculpida y pintada, un gorro de paño carmesí que tenia una medalla de oro, en la que estaba grabada San Jorge y el dragon, y una cantidad de collares, brazaletes y otros adornos de cuentas de vidrio, que en un país donde no se conocian, podian considerarse de tanto valor como las piedras preciosas, y sin duda pasaron por tales entre los inexpertos mejicanos. Teuhtlile reparó en un soldado que llevaba un reluciente yelmo dorado, el cual dijo le recordaba uno que usaba en Méjico el dios Quetzalcoatl, y mostró deseo de que Montezuma lo viese. La venida de los españoles, como pronto verá el lector, estaba asociada de algunas tradiciones sobre esta misma divinidad. Cortés manifestó su buena disposicion para que se enviara el casco al emperador, indicando la esperanza de que se le volviese lleno del polvo de oro que producía el país, á fin de que pudiera comparar su calidad con la del suyo. Dijo ademas al noble indio, segun asegura su capellan, „que los españoles adolecian de una enfermedad de corazón, para la cual el oro era un remedio especí-



Entienden los indios el ejército de Cortés: hacele este poner en movimiento y quedan asombrados

fico" (9). „En suma," dice Las Casas, „trató de manifestar muy claramente al gobernador su necesidad de oro" (10).

Mientras esto pasaba, observó Cortés que uno de los que acompañaba á Teuhtlile, se ocupaba, al parecer, en delinear algun objeto con un pincel. Examinando su obra, vió que era un bosquejo sobre un lienzo de los españoles, sus trajes, armas, y en una palabra, de varios objetos interesantes, cada uno con su propia forma y color. Esta era la célebre escrito-pintura de los aztecas, y segun Teuhtlile le informó, este hombre se empleaba en dibujar aquellos diversos objetos para que los viese Montezuma, y de esta manera tuviese una noción mas clara de su forma, que la que pudiera formar por cualquiera descripcion de palabra. Cortés se manifestó complacido de la idea; y como conoció cuánto se aumentaría el efecto convirtiendo la inmovilidad en accion, mandó que la caballería saliera á la playa, cuyas húmedas arenas proporcionaban piso seguro para los caballos. El impetuoso y rápido movimiento de las tropas al hacer sus evoluciones; la aparente facilidad con que dirigian los fogosos corceles que montaban; el brillo de sus armas, y el penetrante sonido de la trompeta, todo llenó de asombro á los espectadores; pero cuando oyeron el trueno del cañon que Cortés mandó descargar al mismo tiempo, y presenciaron la llama y nubes de humo que salian de esta terrible máquina, y el horrísono choque de las balas contra los árboles de la cercana selva, cuyas ramas arrojaban en pedazos, se llenaron de consternacion, de la cual el mismo gefe azteca no estuvo del todo exento.

Nada de esto fué perdido para los pintores, quienes fielmente copiaron cada una de estas circunstancias, no omitiendo los buques, que llamaban „casas en el agua de los extrangeros," los cuales con sus oscuros cascos y velas tan blancas como la nieve, reflectadas en el agua, se balanceaban sobre la serena superficie de la bahía donde estaban anclados. Todo estaba pintado con una fidelidad, que á su vez excitó la admiracion de los españoles, que no muy preparados sin duda á encontrar esta habilidad, estimaron con demasiado exceso el mérito de la ejecucion.

Concluido todo esto, salió Teuhtlile del campo español con las mismas ceremonias con que habia entrado, dando orden á los habitantes de que proporcionaran á las tropas las provisiones y demas efectos que necesitaran para su comodidad, hasta recibir otras instrucciones de la capital (11).

(9) Gomara, Crónica, cap. 26.

(10) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 119.

(11) Ixtlilxochitl, Relaciones, MS., No. 13.—Idem, Hist. chich., MS., cap. 79.—Gomara, Crónica, cap. 25 y 26.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 38.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 4.—Carta de Veracruz, MS.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 13-15.—Tezozomoc, Crónica mexicana, MS., cap. 107.

CAPITULO VI.

NOTICIAS SOBRE MONTEZUMA.—ESTADO DE SU IMPERIO.—EXTRAORDINARIOS PRONÓSTICOS.—EMBAJADA Y PRESENTES.—CAMPAMENTO ESPAÑOL.

1519.

Dejaré por ahora el campo español en la tierra caliente, y transportaré al lector á la distante capital de Méjico, donde causó no poca sensacion la llegada de los prodigiosos extrangeros. El trono azteca estaba ocupado entonces por Montezuma II, sobrino del último monarca, y nieto de uno de los que le precedieron. Habia sido electo para la dignidad real, en 1502, con preferencia á sus hermanos, por las relevantes cualidades que le adornaban como soldado y como sacerdote; combinacion de carreras que algunas veces se encontraba en los candidatos mejicanos, y era tan frecuente entre los egipcios. En la primavera de su juventud, habia tomado una parte activa en las guerras del imperio, pero á lo último se habia consagrado exclusivamente á los servicios del templo; y era escrupuloso en asistir á todo el molesto ceremonial del culto azteca. Observaba una conducta grave y reservada, hablando poco y con prudente deliberacion. Su porte era bien calculado para inspirar ideas de una elevada santidad (1).

Cuando se le comunicó su eleccion, se le encontró barriendo las escaleras del gran templo del dios de la guerra, protector de la nacion. Recibió á los mensajeros con la mas profunda humildad, confesando su incapacidad para desempeñar un puesto de tanta rêsponsabilidad. El discurso que en tales casos se acostumbraba dirigir al nuevo monarca, fué entonces pronunciado por su pariente Nezahualpilli, el sabio rey de Tezcuco (2). Afortunadamente se ha conservado, y presenta una muestra notable de la elocuencia india. Hácia la conclusion exclama el orador, „¿Quién puede dudar de que el imperio azteca ha llegado al zenit de su grandeza, cuando el Todopoderoso ha colocado sobre su trono un rey cuya sola presencia llena de respeto á todo el que le mira? Regocijaos, pueblo venturoso, pues teneis ahora un soberano que será para vos una firme co-

(1) Su nombre convenia con su carácter, pues Montezuma, segun Las Casas, significa en mejicano, „hombre triste ó severo.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 120.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 70.—Acosta, lib. 7, cap. 20.—Col. de Mendoza, pp. 13—16; Codex Tel.—Rem., p. 143, ap. Antiq. of Mexico, vol. VI.

(2) Una completa descripcion sobre este príncipe puede verse en el libro I, capítulo 6 de esta obra.

lumna de apoyo, un padre en la desgracia, más que un hermano en su ternura y afección; un rey cuya alma grande desdeñará todos los fugaces placeres de los sentidos y los vanos goces de la pereza. Y tú, jóven ilustre, no dudeis que el Criador, que ha puesto sobre tus hombros tan pesada carga, te dará también fuerzas para sostenerla: que el que ha sido tan liberal en tiempos pasados, hará llover sobre tu cabeza aun mas abundantes bienes, y te conservará en tu regio asientop por muchos y gloriosos años." ¡Ah! estos pronósticos dorados que hicieron deshacer en lágrimas al real oyente, no estaban destinados á realizarse (3).

Desplegó Montezuma al principio de su reinado toda la energia y espíritu de empresa que se habia esperado de él. Su primera expedicion contra una provincia inmediata y rebelde, fué coronada de la victoria, y volvió en triunfo con un gran número de prisioneros para los sangrientos sacrificios que habian de preceder á su coronacion. Fué ésta solemnizada con una pompa no comun; celebráronse juegos y ceremonias religiosas por varios dias, y entre los espectadores que vinieron en tropel de lugares distantes, se contaban algunos nobles tlascaltecas, enemigos hereditarios de Méjico. Venian disfrazados, esperando así no ser descubiertos; pero fueron reconocidos y delatados al monarca. Este solo se aprovechó de la noticia para honrarlos con un espléndido convite y un buen lugar donde presenciaran los juegos, acto magnánimo, considerando la hostilidad largo tiempo alimentada por las dos naciones.

En sus primeros años estuvo Montezuma constantemente ocupado en la guerra, y muchas veces mandó en persona sus ejércitos. La bandera azteca se vió ondear en las provincias mas distantes de las costas del Golfo de Méjico, y en las remotas regiones de Nicaragua y Honduras. Sus expediciones fueron por lo general venturosas, y los límites del imperio se extendieron mucho mas que en cualquiera otro de los reinados anteriores.

Al mismo tiempo no desatendia el monarca las necesidades interiores del reino. Hizo algunos importantes cambios en los tribunales de justicia, y sobrevigiló la ejecucion de las leyes, que hacia cumplir con austera severidad. Tenia la costumbre de recorrer disfrazado las calles de su capital para conocer por sí mismo los abusos que se cometian, y con una política mas cuestionable, se dice que algunas veces ponía á prueba la integridad de los jueces, ofreciéndoles grandes cohechos para hacerlos desviar de su deber, y si lo verificaban, llamaba al delincuente á una estrecha cuenta por no haber resistido la tentacion.

Recompensaba liberalmente á todos los que le servían; y manifestó una munificencia semejante en sus obras públicas, construyendo templos y embelleciendo los ya edificadas, conduciendo la agua á la capital por un nuevo canal, y estableciendo un hospital ó asilo para los soldados inválidos en la ciudad de Colhuacan (4).

(3) El discurso fué íntegramente transcrito por Torquemada, (*Monarqu. ind.*, lib. 3, cap. 68.) quien vino al país poco mas de medio siglo despues de su rendicion, y ha sido vuelto á publicar últimamente por Bustamante. Tezcuco en los últimos tiempos, (*Méjico*, 1826,) pp. 256-258.

(4) Acosta, lib. 7, cap. 22.—Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, lib. 8, Prólogo,

Estos actos tan dignos de un gran príncipe, fueron desvirtuados por otros de un carácter opuesto. La humildad manifestada tan visiblemente antes de su elevacion, cedió el paso á una arrogancia intolerable. En sus palacios de recreo, en su servidumbre doméstica y en su modo de vivir, ostentaba una pompa desconocida á sus predecesores. Se alejó de la observacion pública, y cuando se presentaba al pueblo, exigía el homenaje mas humillante, á la vez que en su palacio habia de ser servido solamente, aun en los oficios mas serviles, por personas de rango. Despidió á varios plebeyos, principalmente soldados pobres de mérito, de los puestos que habian ocupado cerca de la persona de su antecesor, considerando su servicio como deshonoroso á la dignidad real. En vano sus ancianos y sabios consejeros le representaban vivamente contra una conducta tan impolítica.

Al mismo tiempo que disgustaba á sus súbditos con este porte altanero, enagenaba su afecto por la imposicion de gravosos impuestos. Eran demandados para el pródigo gasto de su corte, y recaian especialmente sobre las ciudades conquistadas. Esta opresion ocasionaba frecuentes resistencias é insurrecciones; tanto que los últimos años de su reinado presentan un cuadro de no interrumpidas hostilidades, en las cuales, una mitad del imperio se ocupaba en contener las conmociones de la otra. Desgraciadamente no habia aquel principio de amalgamacion, por cuyo medio las nuevas adquisiciones podian incorporarse á la monarquía como partes de un todo. Sus intereses y simpatías eran diversas; y así cuanto mas se extendia el imperio azteca, mas se debilitaba, asemejándose á un vasto y mal proporcionado edificio, cuyos dislocados materiales, no teniendo principio de coherencia y vacilando bajo su propio peso, parecen prontos á caer al primer soplo de la tempestad.

En 1516 murió el monarca tezcucano Nezahualpilli, en quien Montezuma perdió su mas sabio consejero, y la sucesion á la corona fué disputada por sus dos hijos Cacama é Ixtlilxochitl. El primero fué sostenido por Montezuma: el segundo, el mas jóven de los príncipes, intrépido y aspirante, apelando á los sentimientos patrióticos de la nacion, pudo persuadirla de que su hermano estaba muy decidido en favor de los mejicanos para poder ser fiel á su pais. Se encendió la guerra civil, que terminó con un compromiso, segun el cual, Cacama habia de quedar con la mitad del reino, inclusa la capital, y la parte septentrional se dejaba á su ambicioso rival. Desde ese tiempo Ixtlilxochitl se convirtió en enemigo mortal de Montezuma (5).

Mas formidable todavia lo era la pequeña república de Tlascala situada entre el valle de Méjico y la costa. Habia mantenido su independencian por mas de dos siglos contra las fuerzas aliadas del imperio. Sus recursos no estaban disminuidos. Su civilizacion era poco inferior á la de los grandes estados

y cap. I.—Torquemada, Monarquía ind., lib. 3, cap. 73, 74 y 81.—Col. de Mendoza, pp. 14 y 85, ap. Antig. of Mexico, vol VI.

(5) Clavijero, Stor. del Messico, tom. I, pp. 267, 274 y 275.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 70-76.—Acosta, lib. 7, cap. 21.

sus rivales, y por su valor y proezas militares se habian ganado un nombre, no inferior al de las otras naciones del Anáhuac.

Tal era la condicion de la monarquía azteca á la llegada de Cortés. El pueblo disgustado por la arrogancia del soberano: las provincias y ciudades distantes oprimidas con las exacciones del fisco; mientras poderosos enemigos vecinos acechaban la hora en que podian asaltar con ventaja á su rival formidable. Con todo, el reino era todavia fuerte en sus recursos interiores, en la voluntad absoluta del monarca, en el inveterado hábito de deferir á su autoridad, en el terror de su nombre, en el valor de sus ejércitos encanecidos en el servicio activo y bien adiestrados en todos los sistemas militares de los indios. Habia llegado ya el tiempo en que la táctica imperfecta y las rudas armas de los bárbaros, habian de ser puestas en choque con la pericia y máquinas de guerra de las naciones mas civilizadas del globo.

Montezuma, durante los últimos años de su reinado, pocas veces habia tomado parte en las expediciones militares, que dejó á sus capitanes, ocupándose principalmente de las funciones sacerdotales. Bajo ningun otro príncipe habia disfrutado el sacerdocio mayores inmunidades y privilegios. Las festividades religiosas y los ritos se celebraban con una pompa que hasta entonces no habia tenido ejemplo. Eran consultados los oráculos aun para los asuntos mas triviales, y aplacábase á las sanguinarias deidades con hecatombes de víctimas humanas traídas en triunfo á la capital, de las provincias rebeldes ó de los países conquistados. La religion, ó para decir mejor, la supersticion de Montezuma, fué la causa principal de sus desgracias.

En uno de los capítulos anteriores he referido las tradiciones populares respecto de Quetzalcoatl, aquella deidad de tez blanca y barba crecida, de fisonomía tan diversa de la india, que despues de cumplir su benévola mision entre los aztecas, se embarcó en el Atlántico para las misteriosas playas de Tlapallan (6). Prometió al partir que algun dia volveria con su posteridad y reasumiria la posesion de su imperio. Ese dia habia sido desde entonces esperado con ansia ó con temor segun los intereses del creyente; pero con general confianza por todos los extensos límites del Anáhuac. Aun despues de la conquista se conservó esta entre las razas indias, por quienes era aquel ansiosamente deseado, como la venida del rey Sebastian lo es todavia por el portugues, ó la del Mesías por los judíos (7).

Una opinion general parece haber prevalecido en tiempo de Montezuma, á saber: que el periodo señalado para la vuelta de la divinidad y el entero cumplimiento de su promesa, estaba muy próximo. Dícese que esta conviccion se corroboró con varias circunstancias sobrenaturales, referidas mas ó menos cir-

(6) Lib. 1 de esta obra, cap. 3, p. 36, nota 6.

(7) Tezozomoc, Crón. mejicana, MS., cap. 107.—Ixtililxochitl, Hist. chich., MS., cap. 1.—Torquemada, Monarquía ind., lib. 4, cap. 14, y lib. 6, cap. 24.—Codex Vaticanus, ap. Antiq. of Mexico, vol. VI.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 8, cap. 7.—Ibid., MS., lib. 12, cap. 3 y 4.

cunstanciadamente por todos los antiguos historiadores (8). En 1510 el gran lago de Tezcucó, sin haber sobrevenido tempestad, terremoto ú otra causa palpable, vióse agitar repentinamente, rebosar sus orillas é inundar las calles de Méjico, derribando muchos edificios la furia de las aguas. En 1511 se incendió una de las torres del gran templo, tambien sin causa alguna manifiesta, y se abrasó completamente, sin embargo de las tentativas que se hicieron para extinguir el fuego. En los años siguientes aparecieron tres cometas; y no mucho antes de la llegada de los españoles, una extraña luz se mostró en el Oriente. Su ancha base descansaba en el horizonte, y elevándose en forma piramidal, remataba en punta al acercarse al zenit. Era como una vasta sabana ó ráfaga de fuego que emitia chispas, ó en expresion de un antiguo escritor, „parecia profusamente sembrada de estrellas” (9). Al mismo tiempo se oyeron en el aire voces misteriosas y dolientes lamentos, como si anunciaran alguna extraña y terrible calamidad. El monarca azteca, aterrorizado con las apariciones celestes, tomó consejo de Nezahualpilli, que era muy consumado en la artificiosa ciencia de la astrologia; y el sabio rey extendió una obscura nube sobre el espíritu de aquel, leyendo en estos prodigios la próxima caída del imperio (10).

Tales son las extraordinarias relaciones transmitidas por los historiadores, en las cuales no es imposible distinguir algunos vislumbres de verdad (11). Cerca de treinta años habian transcurrido desde el descubrimiento de las islas por Colon, y mas de veinte desde su visita al continente americano. Rumores mas ó menos distintos de esta asombrosa aparicion de los hombres blancos que llevaban en sus manos el trueno y los relámpagos, tan semejantes bajo muchos aspectos al dios Quetzalcoatl, segun las tradiciones que de él se conservaban, debieron naturalmente esparcirse con rapidez por todas las naciones indias. Y sin

(8) „Tenia por cierto,” dice Las Casas refiriéndose á Montezuma, „segun sus profetas ó agoreros le habian certificado, que su estado é riquezas y prosperidad habia de perecer dentro de pocos años por ciertas gentes que habian de venir en sus dias, que de su felicidad lo derrocasse, y por esto vivia siempre con temor y en tristeza y sobresaltado.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 120.

(9) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—El intérprete del Cod. Tel.—Rem. indica que este centellante fenómeno probablemente no era mas que la erupcion de uno de los grandes volcanes de Méjico. Antiq. of Mexico. vol. VI, p. 144.

(10) Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 1.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS., Acosta, lib. 7, cap. 23.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 5.—Ixtililxochitl, Hist. chich., MS., cap. 74.

(11) Omíto el mas extraordinario de todos los milagros, aunque algunas pruebas legales de su verdad se enviaron á la corte de Roma, (Véase á Clavijero, Stor. del Messico, tom. I, p. 289,) á saber: la resurreccion de la hermana de Montezuma, Papanzin, verificada cuatro dias despues de haber sido sepultada, que vino á anunciar al monarca la próxima ruina de su imperio. Por lo menos da crédito á este milagro un escritor del siglo diez y nueve. Véase la nota del editor mejicano de Sahagun, Bustamante, Historia de Nueva-España, tom. 2, p. 270.

duda estos rumores, mucho tiempo antes del desembarco de los españoles en Méjico, llegaron hasta la gran mesa de las montañas, anticipando en la mente de sus habitantes la idea de la aproximacion del periodo en que la benéfica deidad habia de volver á recobrar su imperio.

En su imaginacion exaltada, los prodigios llegaron á ser sucesos familiares, ó mas bien acontecimientos no muy extraños en sí mismos, vistos por el opaco medio del temor, eran fácilmente convertidos en prodigios; y la casual extension del lago, la aparicion de un cometa, y la conflagracion de un edificio, fueron interpretados, como anuncios especiales del cielo (12). Así sucede siempre con aquellas grandes convulsiones políticas que conmueven los fundamentos de la sociedad, con aquellos acontecimientos extraordinarios que extienden sus sombras antes de llegar. Entonces es cuando la atmósfera está poblada de misteriosos y proféticos murmullos, con los cuales la naturaleza, así en el mundo moral como en el físico, anuncia la marcha del huracan.

Cuando se llevó á la capital la noticia del desembarco de Grijalva, verificado el año anterior, el corazon de Montezuma se oprimió de desmayo. Sintió como si el destino que habia estado suspenso tanto tiempo sobre la descendencia real de Méjico, fuera á cumplirse, y el cetro hubiera de salir de su casa para siempre. Aunque algo consolado con la partida de los españoles, ordenó se pusiesen centinelas en las alturas; y cuando volvieron bajo el mando de Cortés, indudablemente recibió oportunas noticias de este desagradable suceso. Sin embargo, por sus órdenes les preparó el gobernador tan hospitalario recibimiento. La escritura geroglífica que representaba á estos huéspedes extraordinarios, llegando entonces á la capital, revivió todos sus temores. Convocó sin demora una junta de sus principales consejeros, incluso los reyes de Tezcucó y Tlacopan, y les expuso el objeto de su reunion (13).

Parece que hubo mucha division de opiniones en esta asamblea. Unos estaban por resistir desde luego á los extrangeros, con el engaño ó la fuerza: otros sostenian que si eran séres sobrenaturales, el fraude y la violencia serian igualmente en vano; y si como pretendian eran embajadores de un príncipe extrangero, tal política seria cobarde é injusta. Que no pertenecian á la familia de Quetzalcoatl, estaba probado con el hecho de que se habian mostrado hostiles á su religion, pues noticias de la conducta que habian observado los españoles

(12) Lucano da una bella enumeracion de tales prodigios, presenciados en la capital de Roma en una ocasion semejante. (*Pharsalia*, lib. 1, v. 523, et seq.) La pobre naturaleza humana es casi la misma en todas partes. Maquiavelo juzgó digno este objeto de un capítulo separado en sus discursos. Parece que el filósofo cree tambien la existencia de benéficas inteligencias que envian estos portentos como una suerte de preventivos, *premonitories*, para advertir á la especie humana de la tempestad que amenaza. Discorsi sopra Tito Livio, lib. 1, cap. 56.

(13) Las Casas, *Hist. de las Indias*, MS., lib. 3, cap. 120.—Ixtilxochitl, *Hist. chich.*, MS., cap. 80.—Idem, *Relaciones*, MS.—Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, MS., lib. 12, cap. 3 y 4.—Tezozomoc, *Crónica mejicana*, MS., cap. 108.

en Tabasco, parece habian llegado ya á la capital. Entre los que opinaban por hacerles una recepcion amigable y honrosa, estaba el rey tezcucano Cacama.

Pero Montezuma aconsejándose de sus mal fundados temores, prefirió seguir una conducta á medias, que por lo comun, es la mas impolítica. Resolvió mandar á los extrangeros una embajada, con presentes tan magníficos que pudieran infundirles una alta idea de su grandeza y recursos, y al mismo tiempo prohibirles se acercasen á la capital. Esto era revelar de un golpe sus riquezas y su debilidad (14).

Mientras que la corte azteca se hallaba así agitada por la llegada de los españoles, éstos se encontraban en la tierra caliente, no poco mortificados con el excesivo calor y sofocante atmósfera del arenoso desierto en que estaban acampados. Experimentaban todo el alivio que podian proporcionarles las atenciones de los hospitalarios nativos, „quienes por mandato del gobernador habian construido mas de mil chozas ó barracas hechas de ramas de árbol y esteras, que ocupaban ellos en las cercanías del campo. Allí preparaban varios platos para la mesa de Cortés y de sus oficiales, sin ninguna recompensa, mientras que los soldados rasos fácilmente obtenian provisiones en cambio de las bagatelas que trajeron consigo para negociar. De esta manera el campo estaba abundantemente provisto de carne y pescado sazonado de diversas maneras, de tortillas de maiz, plátanos, piñas y varias deliciosas frutas de los trópicos, desconocidas hasta entonces para los españoles. Los soldados procuraron ademas obtener de los nativos algunas pequeñas piezas de oro de poco valor, tráfico muy desagradable á los partidarios de Velazquez que lo consideraban como una usurpacion de los derechos de éste. Cortés, sin embargo, no creyó prudente contrariar las inclinaciones de sus soldados (15).

Transcurridos siete ú ocho dias á lo mas, se presentó en el campo la embajada mejicana. Puede parecer increible que verificaran su viaje en tan corto tiempo, considerando que la capital distaba cerca de sesenta leguas; pero debe recordarse que las noticias, segun hemos dicho, se comunicaban por medio de expresos, en el breve espacio de veinticuatro horas (16), por lo que cuatro ó cinco dias serian suficientes para que bajaran los enviados á la costa, acostumbrados como estaban los mejicanos á viajes tan largos y tan rápidos. Lo cierto es que, ningun escritor asegura que el tiempo empleado por los emisarios indios en esta ocasion, fuese mas del referido.

La embajada compuesta de dos nobles aztecas, iba acompañada del gobernador Teuhtlile y de cien esclavos que llevaban los regios presentes de Montezuma. Uno de los enviados habia sido electo por lo muy parecido que era, segun

(14) Tezozomoc, Crónica mejicana, MS., lug. cit.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Ixtililxochitl, Hist. chich., MS., cap. 80.

(15) Bernal Diaz, Hist. de la conquista. cap. 39.—Gomara, Crónica, cap. 27, en Barcia, tom. II.

(16) Libro 1 de esta obra, cap. 2, p. 26.

la pintura que representaba el campo, al comandante español; y es una prueba de la fidelidad del dibujo, el que los soldados reconocieron esta semejanza, y siempre distinguieron al gefe indio con el nombre de „Cortés mejicano.”

Al entrar al pabellon del general, los embajadores le saludaron, así como á sus oficiales, con las señales de respeto acostumbradas con personas de gran consideracion, tocando la tierra con las manos y llevándolas á la cabeza, al mismo tiempo que el aire estaba obscurecido con nubes de incienso desprendidas de los pequeños sahumadores que llevaban los sirvientes. Algunas esteras del país, delicadamente trabajadas, fueron despues desenrolladas, y sobre ellas extendieron los esclavos los varios presentes que habian traído. Eran de la clase mas heterogénea: escudos, yelmos, corazas con planchas y adornos de oro puro embutidos, collares y brazaletes del mismo metal, sandalias, abanicos, penachos y cimeras de variadas plumas, enlazadas con hilo de oro y plata, y sembradas de perlas y piedras preciosas, figuras de pájaros y animales, labradas ó fundidas en oro y plata de exquisito trabajo, cortinajes, colchas y mantas de algodón tan fino como la seda, de ricos y variados colores, entretejidas de plumas que rivalizaban con la delicadeza de la pintura (17). Traian tambien mas de treinta cargas de telas de algodón. Entre estos presentes estaba el casco español enviado á la capital y vuelto lleno hasta la boca de granos de oro; pero mas admiracion causaron dos planchas circulares de oro y plata, „tan grandes como la rueda de un coche.” En la una que representaba al sol, se veian ricamente esculpidas plantas y figuras de animales, denotando sin duda el siglo azteca. Tenia treinta palmos de circunferencia, y fué avaluada en 20.000 pesos de oro. La rueda de plata del mismo tamaño, pesaba cincuenta marcos (18).

(17) De los cuadrados de varios colores que tenian estas mantas de algodón, infiere P. Martir de Anglería que los indios conocian el juego del ajedrez. Da noticia de una manufactura hecha de pelo de animales, hilo de algodón y plumas entretejidas. „Plumas illas et concinnant inter cuniculorum villos interque gosampij stamina ordiuntur, et intexunt operose adeo, ut quo pacto id faciant non bene intellexerimus.” De Orbe Novo, (Parisiis, 1587,) déc. 5, cap. 10.

(18) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 39.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., lib. 33, cap. 1.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 120.—Gomara, Crónica, cap. 27, en Barcia, tom. II.—Carta de Veracruz, MS.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 5.

Robertson cita á Bernal Diaz como computando el valor de la lámina de plata en 20.000 pesos de oro, ó cerca de 5.000 libras esterlinas. (History of America, vol. II, note 75.) Pero este escritor habla solamente del valor de la lámina de oro, la cual estima en 20.000 pesos de oro, muy diferente de los pesos ú onzas de plata, con los que los confunde el historiador. Como con mucha frecuencia ha de hacerse mencion en estas páginas del peso de oro, será oportuno instruir al lector sobre su valor probable.

Nada es mas difícil que señalar con fijeza el precio de las monedas de una época remota por tantas circunstancias como ocurren para embarazar los cálculos, ademas de

No pudieron ocultar los españoles su indecible gozo á la vista de tesoros que tanto excedían á todas las ilusiones con que se habían lisonjeado, pues ricos como eran los materiales, eran sobrepujados segun el testimonio de los que despues vieron estos presentes en Sevilla, donde pudieron examinarse con calma, por la belleza y primor de su trabajo (19).

Cuando Cortés y sus oficiales hubieron concluido de ver los presentes, los embajadores comedidamente espusieron el mensaje de Montezuma. „Daba mucho placer á su amo,” dijeron, „entablar comunicacion con tan poderoso monarca, á quien profesaba el mas profundo respeto. Sentia mucho no poder tener una entrevista personal con los españoles, pues la distancia de su capital era demasiado grande, y ademas el viaje estaba rodeado de dificultades y tenian muchos peligros que temer de formidables enemigos, para que aquella fuera posible. Lo

la general disminucion de precio que han tenido los metales preciosos, tales como la adulteracion específica de las monedas y otras semejantes.

El señor Clemencin, secretario de la real academia de la historia, en el tomo VI de sus Memorias, ha computado con mucha exactitud la estimacion de las diversas monedas españolas á fines del siglo quince, periodo justamente anterior al de la conquista de Méjico. No hace mencion en sus tablas del peso de oro; pero señala el valor preciso del ducado del mismo metal que corresponderá tan bien como aquel á nuestro intento. (Memorias de la Real Academia de la Historia, (Madrid, 1821,) tomo VI. Ilust. 20.) Oviedo que fué contemporáneo de los conquistadores, nos informa que el peso de oro y el castellano tenían el mismo precio, y era una tercera parte mayor que el del ducado. (Hist. de las Ind., lib. 6, cap. 8, en Ramusio, Navigationi et Viaggi, (Venecia, 1565,) tom. III). Pues bien, el ducado, segun Clemencin, reducido á nuestra moneda corriente, seria igual á ocho pesos setenta y cinco centavos; y el peso de oro por lo mismo valdria once pesos sesenta y siete centavos, ó dos libras esterlinas, doce chelines y seis centavos (*). Reteniendo esto en la memoria, podrá fácilmente el lector determinar el valor actual de los pesos de oro en cualquiera suma que en lo de adelante se mencione.

(19) „¡Cierta cosas de ver!” exclama Las Casas, quien las examinó con el emperador Carlos V en Sevilla, el año 1520. „Quedaron todos los que vieron aquestas cosas tan ricas y tan bien artificiasdas y hermosísimas como de cosas nunca vistas.” &c. (Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 120). „Muy hermosas,” dice Oviedo, quien las vió en Valladolid, y describe muy minuciosamente las grandes ruedas; „todo era mucho de ver.” (Hist. de las Indias, MS., lug. cit.) El laborioso P. Martir de Anglería, que los examinó cuidadosamente, observa con mas énfasis, „Si quid unquam honoris humana ingenia in huiuscemodi artibus sunt adepta, principatum iure merito ista consequentur. Aurum, gemmasque non admiror quidem, quâ industriâ, quôve studio superet opus materiam, stupeo. Mille figuras et facies mille prospexi quæ scribere nequeo. Quid oculos hominum suâ pulchritudine æque possit allicere meo iudicio vidi nunquam.” De Orbe Novo, déc. 4, cap. 9.

(*) En los Estados-Unidos del Norte, el peso está dividido en centavos, de manera que un ducado equivaldria á ocho pesos seis reales mejicanos, y el peso de oro á once pesos, cinco y medio reales, con diferencia de centavo y medio.

mejor que podian hacer por lo mismo los extranjeros, era regresar á su pais con las pruebas recibidas de amistad."

Cortés, aunque muy disgustado con esta decidida repulsa de Montezuma, ocultó su mortificacion como mejor pudo, y urbanamente expresó su agradecimiento por la munificencia del emperador. „Ella," dijo, „le hacia estar mas deseoso de tener una entrevista personal con él. Le seria imposible ciertamente volverse á presentar á su soberano sin haber cumplido este grande objeto de su viaje; y quien habia navegado dos mil leguas en el océano, hallaria muy ligeros los peligros y fatigas de una jornada tan corta por tierra." Les volvió á requerir fuesen los portadores de este mensaje á su amo, llevándole tambien un corto presente en señal de su respeto.

Consistia en unas cuantas camisas de fina holanda, una copa florentina curiosamente dorada y esmaltada, y algunas baratijas de poco valor; mezquina recompensa para la verdadera magnificencia del regio presente. Los embajadores debieron haber pensado esto mismo. Al menos, no mostraron mucho gusto en encargarse así del presente, como del mensaje; y al dejar el campo castellano, repitieron estaban seguros de que la peticion del general seria desatendida (20).

El espléndido tesoro que aun se hallaba tendido deslumbrando los ojos de los españoles, excitó en sus pechos diferentes emociones segun su diverso carácter. Estimulaba á unos con el ardiente deseo de dirigirse inmediatamente al interior y aposeionarse de un pais que contenia tan inagotables acopios de riqueza. Otros lo miraban como la mejor prueba de un poder demasiado formidable para ser contrastado con su insignificante fuerza. Por esto pensaban seria prudente regresar y comunicar sus descubrimientos al gobernador de Cuba, donde podian hacerse los preparativos correspondientes á tan vasto plan. Poca duda puede caber sobre la impresion hecha en el audaz espíritu de Cortés, en quien las dificultades obraban como incentivos, mas bien que como obstáculos para la empresa; pero prudentemente nada dijo, al menos en público, queriendo que tan importante movimiento procediera de la determinacion de todo el ejército, y no de su impulso individual.

Al mismo tiempo los soldados sufrían excesivamente por su incómoda posicion entre ardientes arenas y pestilentes efluvios de los pantanos vecinos, al paso que los venenosos insectos de esta abrasadora region no les dejaban reposo ni en el dia ni en la noche. Treinta habian ya enfermándose y fallecido, pérdida que muy mal podia sufrir el pequeño ejército. Ademas de estos trabajos, la frialdad de los caudillos mejicanos se habia extendido á sus subordinados; y las provisiones, no solo habian disminuido mucho, sino que los precios que les señalaban eran exorbitantes. La posicion de los bajeles era igualmente desfavorable, pues se hallaban anclados en un lugar abierto, expuestos á la furia del primer norte que soprase en el Golfo Mejicano.

(20) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 121.—Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 39.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 80.—Gomara, Crónica, cap. 27, en Barcia, tom. II.

Cortés se vió obligado por estas circunstancias á despachar dos buques al mando de Francisco de Montejo, con el experimentado Alaminos, de piloto, á explorar la costa en direccion septentrional, y ver si encontraban allí un puerto mas seguro y cuarteles mas cómodos para el ejército.

Pasados diez dias, volvieron los enviados mejicanos y atravesaron el campo español con la misma formalidad que en la primera vez, trayendo consigo un presente de ricas telas y adornos metálicos, que aunque inferiores en valor á los ofrecidos antes, se estimaron en tres mil onzas de oro. Ademas de esto trajeron cuatro piedras preciosas de un tamaño considerable, parecidas á las esmeraldas, y llamadas por los nativos chalchuites: cada una de ellas, segun el dicho de los españoles, valia mas que una carga de oro, y eran enviadas como una prueba de particular respeto por el monarca español (21). Desgraciadamente no valian tanto como otras tantas cargas de tierra en Europa.

La respuesta de Montezuma era en sustancia la misma que antes. Contenia una prohibicion positiva de que los extrangeros avanzaran hácia la capital, y esperaba con confianza que habiendo ya obtenido lo que mas deseaban, regresarian á su pais sin innecesarias dilaciones. El general recibió esta desagradable respuesta cortesmente, aunque con alguna frialdad; y volviéndose á sus oficiales exclamó: „este es en verdad un rico y poderoso príncipe, y aun cuando sea difícil, algun dia le pagaremos una visita en su capital.”

Mientras estaban conversando, dió la campana el toque de vísperas, y al sonido se arrodillaron los soldados y recitaron sus oraciones ante la cruz de madera plantada en la arena. Como que los gefes aztecas miraban esta ceremonia con curiosa sorpresa, Cortés creyó ser una ocasion favorable para imprimir en ellos lo que concebía como principal objeto de su visita al pais. En consecuencia, el padre Olmedo les explicó con la concision y claridad posibles las grandes doctrinas del cristianismo, hablando sobre la redencion, la pasion, la resurreccion, y concluyendo con asegurar á su atento auditorio, que intentaban extirpar las prácticas idólatras del pais y sustituir el culto puro del verdadero Dios. Despues puso en sus manos una pequeña imágen de la Virgen con el niño Salvador, rogándoles la colocasen en sus templos, substituyéndola á sus sanguinarias deidades. Hasta dónde comprendieron los nobles aztecas los misterios de la fe explicados por la doble interpretacion de Aguilar y Marina, ó cuán bien percibieron la sutil distincion entre sus imágenes y las de la Iglesia romana, no se nos ha instruido; pero hay razon para temer que fué vertida la semilla en un terreno estéril, pues cuando concluyó la homilia del piadoso padre, salieron con una reserva desconfiada, muy diferente de las maneras amistosas de su primera entrevista.

(21) Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 40.

El padre Sahagun describe estas piedras, como tan preciosas en Méjico, que su uso solo se permitia á los nobles. „Las *chalchuites* son verdes y no transparentes mezcladas de blanco; úsanlas mucho los principales, trayéndolas á las muñecas atadas en hilo, y aquello es señal de que es persona noble el que las trae.” Hist. de Nueva-España, lib. 11, cap. 8.

La misma noche abandonaron los nativos las chozas, y los españoles se vieron repentinamente privados de recursos en medio de un árido desierto. Esta conducta tenia una apariencia tan sospechosa, que temió Cortés se intentase atacar el campo, y tomó las precauciones conducentes; pero nada de esto se meditaba.

Por fin se animó el ejército con la vuelta de Montejo de su expedicion exploradora, despues de estar ausente doce dias. Habia recorrido el golfo hasta el Pánuco, donde al querer doblar el cabo, experimentó vientos tan fuertes, que le hicieron volver atrás y estuvo cerca de naufragar. En todo el curso de su viaje habia encontrado un solo sitio medianamente protegido de los vientos nortes. Afortunadamente el pais contiguo, regado por puros y cristalinos arroyos, ofrecia una posicion favorable para el campamento, y á este lugar, despues de alguna deliberacion, se determinó trasladarlo (22).

(22) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS. lib. 3, cap. 121.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 40 y 41.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 6.—Gomara, Crónica, cap. 29, en Barcia, tom. II.

CAPÍTULO VII.

DISTURBIOS EN EL CAMPO.—PLAN DE UNA COLONIA.—MANEJO DE CORTES.—MARCHA A CEMPOALA.—PROCEDIMIENTOS CON LOS NATURALES.—FUNDACION DE VERACRUZ.

1519.

No hay situacion que ponga á mas severas pruebas la paciencia y disciplina del soldado, que una vida de ociosidad en el campo, donde sus pensamientos, en vez de dirigirse á una empresa ó accion determinada, se fijan en ellos mismos y en las inevitables privaciones y peligros de su posicion. Este era pues el caso en que se encontraban los españoles que, sobre los males de una subsistencia escasa, sufrían penosamente por el calor excesivo, por la multitud de insectos venenosos, y por otras molestias propias de un clima sufocante. Hallábanse tambien muy lejos de tener el carácter de tropas regulares, acostumbradas á subordinarse á un gefe á quien hubiesen aprendido á reverenciar y obedecer. Eran soldados de fortuna, empeñados en una aventura en que todos creían tener igual riesgo, y veían á su caudillo, capitan de un día, poco mas que á un igual.

Aumentábase el descontento entre ellos á proporcion que residían mas tiempo en este suelo extrangero, y quedaron mas disgustados cuando supieron la intencion del general de pasar á las inmediaciones del puerto descubierto por Montejo. „Era tiempo de volver,” decían, „á referir lo que se habia hecho al gobernador de Cuba, y no detenerse en aquellas estériles costas, dando lugar á que se les viniese encima todo el imperio.” Cortés evadió como pudo sus importunas instancias, asegurándoles que no habia motivo para desesperar. „Todo iba muy bien, y cuando tomaran una posicion mas favorable, no habia razon para dudar de que continuarían el mismo lucrativo comercio con los naturales.”

Mientras esto pasaba, se presentaron una mañana cinco indios en el campamento, que fueron luego conducidos á la tienda del general. En sus vestidos y en toda su apariencia exterior, eran diferentes de los mejicanos. Gastaban anillos de oro, joyas de una hermosa piedra azul en sus orejas y nariz, y llevaban una plancha de oro, trabajada con delicadeza, adherida al labio inferior. Marina no podia comprender su idioma; pero habiéndose dirigido á ellos en azteca, halló que dos podían hablar esta lengua. Dijeron que eran nativos de Cempoala, capital de los totonecas, una poderosa nacion que hacia muchos siglos habia venido á la gran mesa, y que descendiendo por el declive del Oriente, se habia fijado entre las sierras que forman la orilla del Golfo Mejicano hácia el

norte. Era su país una de las recientes conquistas de los aztecas, y sufrían tal opresión de los vencedores, que ya se les había hecho insostenible su yugo. Informaron á Cortés de estas y otras particularidades, y de que habiendo llegado la fama de los españoles á los oídos de su señor, mandaba estos mensajeros para suplicar á extranjeros tan admirables se presentasen en su capital.

Estas noticias fueron escuchadas con ansia por el general, quien, según se recordará, ignoraba todos los hechos de que está instruido el lector, respecto á la condición interior del reino, que él no tenía razón para suponer sino fuerte y unido. Una importante verdad vagó por su imaginación, luego que su penetrativo ingenio descubrió en ese espíritu de descontento, la poderosa palanca, con cuya ayuda esperaba trastornar al imperio bárbaro. Recibió la misión de los totonecas benigneamente; y después de haberse informado cuanto fué posible, de sus disposiciones y recursos, los despidió con presentes, prometiéndoles ir muy pronto á visitar á su señor (1).

Al mismo tiempo sus amigos, entre los que deben mencionarse particularmente Alonso Hernández Puertocarrero, Cristóbal de Olid, Alonso de Avila, Pedro Alvarado y sus hermanos, se ocupaban en persuadir á las tropas tomar tales medidas que pusiesen á Cortés en aptitud de llevar adelante los planes ambiciosos, para los que no estaba autorizado por los poderes de Velázquez. „Regresar ahora,” decían, „sería abandonar en su principio, una empresa que, bajo tal director, debe conducir á la gloria y á incalculables riquezas. Volver á Cuba sería entregar al insaciable gobernador las pocas ganancias que habían hecho. El único camino que quedaba era, persuadir al general á establecer una colonia permanente en el país, cuyo gobierno dirigiera por sí mismo todos los negocios, y proveyesen á los intereses de sus miembros. Era cierto que Cortés no tenía semejante autorización de Velázquez; pero los intereses de los soberanos, superiores á cualesquiera otros, la exigían imperiosamente.”

No obstante que estas conferencias se tenían por la noche, no pudieron conservarse tan en secreto, que no llegasen á los oídos de los amigos de Velázquez (2), quienes representaron contra tal conducta como insidiosa y desleal. Acusaban al general de protegerla; é instándole á que tomase medidas sin demora para la vuelta de las tropas á Cuba, le anunciaban su intención de partir con todos los amigos sinceros del gobernador.

Cortés, lejos de ofenderse de este atrevido procedimiento, y aun de responderles en el mismo tono altanero, les contestó con templanza, „que de ningún modo quería traspasar sus instrucciones. Que prefería, en verdad, permanecer

(1) Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 41.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 121.—Gomara, Crónica, cap. 28.

(2) La carta del cabildo de Veracruz nada dice de estas conferencias celebradas á la media noche; pero Bernal Díaz que concurría á ellas, es autoridad suficiente. Véase la Hist. de la conquista, cap. 42.

en el país, y continuar el comercio lucrativo con los naturales; pero que pues el ejército pensaba de otra manera, deferiría á su opinion, y daría las órdenes para regresar, como lo deseaban." La mañana siguiente se dirigieron proclamas á las tropas con el objeto de que estuviesen listas para embarcarse en la escuadrilla que iba á salir con direccion á Cuba (3).

Grande fué la sensacion que causó la orden del general. Varios de los que antes la habian solicitado, la sentian ya, por aquel capricho comun de los hombres, cuyos deseos son satisfechos con facilidad. Los partidarios de Cortés hicieron manifestaciones turbulentas. Decian á voz en cuello que habian sido traicionados por el general, y yendo de tropel á su tienda le pidieron que diese contraórden. „Venimos aquí," le dijeron, „esperando formar una colonia, si el estado del país lo permitia. Ahora resulta que no estais autorizado por el gobernador para formarla; pero hay intereses superiores á los de Velazquez que exigen esa providencia. Estos territorios no son propiedad suya, sino que fueron descubiertos para los soberanos (4); y es necesario establecer una colonia que vele por sus intereses, en vez de gastar el tiempo en un lento tráfico, ó lo que es peor, en volver á Cuba en el presente estado de cosas. „Si rehusais," concluyeron, „protestaremos contra vuestra conducta como desleal á sus altezas."

Cortés recibió esta manifestacion con el aire embarazado de un hombre que de ningun modo la esperaba. Pidió modestamente algun tiempo para deliberar, y prometió responder el dia siguiente. Al plazo señalado, reunió las tropas, y les dirigió una corta alocucion. „No habia uno," dijo, „si conocia su corazon, mas profundamente adicto que él mismo á los intereses de sus soberanos y á la gloria del nombre español. No solo habia gastado todo lo suyo, sino que habia contraido crecidas deudas, para cubrir los costos de esta expedicion, y habia esperado reembolsarse continuando su tráfico con los mejicanos; pero que si los soldados creian mas conveniente otra cosa, estaba pronto á posponer sus propios adelantos al bien del estado" (5). Concluyó declarando su buena disposicion

(3) Gomara, Crónica, cap. 30.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 121.—Ixtililxochitl, Hist. chich., MS., cap. 80.—Bernal Diaz, Ibid, lug. cit.—Declaracion de Puertocarrero, MS.

La deposicion de una persona tan respetable como Puertocarrero, hecha en el año siguiente al de su vuelta á España, es un documento de tal autoridad, que insertó el original íntegro, en el Apéndice, part. 2, núm. 7.

(4) Vemos que los escritores españoles se refieren unas veces á „los soberanos," y otras al „emperador;" en el primer caso hablan de la reina Juana, la loca, madre de Carlos V, y de este mismo. En efecto, todas las disposiciones reales se daban en nombre de ambos. El título de „altezas," que fué muy comun hasta el reinado de Carlos V, aunque no tan uniformemente como cree Robertson, (Hist. de Carlos V, vol. II, p. 59,) cedió poco á poco al de „magestad," que adoptó Carlos despues de su elevacion al trono imperial. El mismo título se halla algunas veces en la correspondencia del Gran Capitan y otros cortesanos del reinado de Fernando é Isabel.

(5) Cortés, segun Robertson, dijo á los soldados, que habia propuesto establecer

para tomar medidas á fin de establecer una colonia en nombre de los soberanos de España, y designar un magistrado que la gobernase (6).

Eligió para alcaldes á Puertocarrero y á Montejo, aquel uno de sus mejores amigos, y éste íntimo de Velazquez, por cuya razon fué nombrado; golpe de política que tuvo muy buen suceso. Los regidores, alguacil, tesorero, y otros funcionarios, fueron tambien escogidos entre sus amigos y adictos. Prestaron el juramento correspondiente al comenzar á ejercer su oficio, y la nueva ciudad recibió el título de Villa Rica de Veracruz, nombre que se creyó espresaba felizmente la union de intereses espirituales y temporales, á que debia consagrarse el ejército de aventureros españoles en el Nuevo-Mundo (7). Así pues, por una sola plumada, se transformó el campamento en una comunidad civil, y la extension y aun el título de la ciudad, se arreglaron antes de que se hubiese señalado el sitio de ella.

No tardó en reunirse la nueva municipalidad. Cortés compareció ante esta augusta corporacion con el sombrero en la mano, y poniendo los poderes de Velazquez sobre la mesa, presentó respetuosamente la dimision de su empleo de capitán general, „el cual,” dijo, „habia necesariamente acabado, puesto que la autoridad del gobernador estaba ya invalidada por la del magistrado de Villa Rica de Veracruz.” Luego, haciendo una profunda cortesía, se retiró (8).

El consejo, despues de deliberar el tiempo conveniente, le hizo llamar.” „No habia uno,” dijo, „que, despues de una madura reflexion, le pareciera tan propio como él para tomar á su cargo los intereses de la comunidad, así en la paz como en la guerra; y que por lo mismo, en nombre de sus altezas católicas, le habia nombrado unánimemente capitán general y justicia mayor de

una colonia sobre la costa, antes de marchar para lo interior del pais; pero que habia abandonado este proyecto á sus ruegos sobre ponerse en camino para la expedicion; y en la página siguiente le vemos organizando esta misma colonia. (History of America, vol. II, pp. 241 y 242). El historiador habria salvado esta contradiccion, si hubiera seguido á una de las dos autoridades que cita, Bernal Diaz, y Herrera, ó á la carta de Veracruz, de la cual tenia una copia. Todos convienen en lo dicho en el texto.

(6) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 122.—Carta de Veracruz, MS.—Declaracion de Montejo, MS.—Declaracion de Puertocarrero, MS.

„Nuestro general,” dice Bernal Diaz, „despues de instado, convino, pues, como dice el proverbio; tú me lo ruegas, é yo me lo quiero.” Hist. de la conquista, cap. 42.

(7) Segun Bernal Diaz, el título de „Veracruz” se dió para conmemorar su desembarco en Viérnes Santo. Hist. de la conquista, cap. 42.

(8) Solis, cuyo gusto por hacer discursos podia haber satisfecho aun al Abate Mably, (Véase su tratado „De la Manière d'écrire l'Histoire,) ha puesto esta vez una brillante arenga en boca de su héroe, de la cual no se conserva vestigio alguno en las relaciones de los contemporáneos. (Conquista, lib. 2, cap. 7.) El Dr. Robertson la ha insertado en sus elocuentes páginas sin citar á su autor, considerando sin duda, que vino al mundo cerca de siglo y medio despues de la conquista, y que por lo mismo no era permitido citarlo, principalmente, cuando era el único que referia ese hecho.

la colonia." Fué ademas autorizado para aplicarse un quinto del oro y plata que pudiera adquirirse en lo de adelante por el comercio ó por la conquista de los naturales (9). Así, pues, revestido de la suprema jurisdiccion civil y militar, no anduvo lento en ejercer su autoridad, para lo cual halló ocasion inmediatamente.

Los acontecimientos arriba mencionados se habian sucedido con tanta rapidez, que el partido del gobernador parecia haber sido tomado por sorpresa, y no habia plan combinado de oposicion. Sin embargo, cuando se tomó la última medida, prorumpió en las invectivas mas oprobiosas y llenas de indignacion, denunciando todo como una conspiracion sistemada contra Velazquez. Estas acusaciones degeneraron en inculpaciones á los soldados del otro partido, hasta que de las palabras estuvieron cerca de pasar á los hechos. Algunos de los caballeros principales, entre ellos Velazquez de Leon, pariente del gobernador, Escobar su page, y Diego de Ordaz, fueron tan activos en promover estos movimientos turbulentos, que Cortés dictó la arrojada providencia de ponerles grillos y mandarlos á bordo de los buques. Dispersó despues á los otros soldados destacando á muchos de ellos con una fuerte partida á forrajear en las cercanías, y traer provisiones para el campo donde faltaban.

Durante su ausencia, se pusieron en accion todos los resortes que podia sugerir la codicia ó la ambicion para ganar á los adversarios del plan. Dícese que se prodigaron promesas y aun oro, hasta que, por grados, se fueron acostumbrando á conocer mejor las ventajas del proyecto; y cuando la partida forrajeadora volvió trayendo consigo porcion de aves y vegetales, y quedaron satisfechas las necesidades del estómago, esa gran oficina de descontento, así en el campamento como en la capital, volvió el buen humor con los festines, y los hombres de los partidos rivales, se abrazaron mutuamente como compañeros de armas comprometidos en una causa comun. Aun los atrevidos hidalgos que se hallaban á bordo de los buques, no resistieron por mas tiempo al curso general de reconciliacion, y uno despues de otro se adhirieron al nuevo gobierno. Pero lo mas notable es, que esta forzada conversion no fué jamas traicionada, antes bien, de allí á adelante algunos de aquellos caballeros vinieron á ser los mas decididos partidarios de Cortés (10).

(9) „Lo peor de todo que le otorgamos," dice Bernal Diaz con alguna impertinencia, fué, „que le dariamos el quinto del oro de lo que se hubiese despues de sacado el real quinto." (Hist. de la conquista, cap. 42.) La carta de Veracruz, nada dice de tal dividendo. El lector que quiera ver original la relacion completa de esta notable transacion, la hallará en el Apénd., part. 2, núm. 8.

(10) Carta de Veracruz, MS.—Gomara, Crónica, cap. 30 y 31.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3. cap. 122.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 80.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 42.—Declaraciones de Montejo y Puertocarrero, MSS.

En el proceso de Narvaez contra Cortés, es acusado éste de hallarse poseido del demonio, pues solo Lucifer podia haberle ganado de tal modo el afecto de la sol-

Tal era la destreza de este hombre extraordinario, y tal el ascendiente que en pocos meses adquirió sobre todos aquellos espíritus turbulentos y feroces. Con esta ingeniosa transformación de una comunidad militar en civil, había asegurado una nueva y efectiva base para futuras operaciones. Podía ya ir adelante sin temor de ser contenido ó censurado por un superior distinto de la corona, única de quien hizo depender su comision. Verificando esto, lejos de incurrir en el cargo de usurpacion, ó de excederse de sus poderes legítimos, había trasferido evidentemente la responsabilidad á aquellos que le habían impuesto la necesidad de obrar así. Sobre todo, con este paso, había ligado de un modo indisoluble, las fortunas de los que le seguian á la suya, pues habiendo unido con él su suerte, de grado ó por fuerza, tenían que sostener las consecuencias. Ya no se limitó al estrecho círculo de un tráfico sórdido, sino que seguro de su cooperacion, pudo meditar con detenimiento, y desarrollar gradualmente los grandes proyectos que había formado para la conquista del imperio (11).

Restablecida así la armonía, mandó Cortés su artillería pesada á bordo de la escuadrilla, y ordenó á esta que costeara por el norte hasta Chiahuitla, poblacion en cuyas cercanías estaba situado el puerto proyectado de la nueva ciudad; proponiéndose asimismo ir á la cabeza de sus tropas á visitar, sobre la marcha, á Cempoala. El camino por algunas millas, estaba abierto entre las estériles llanuras inmediatas á la moderna Veracruz; y aunque en esta vasta extension de arena no descubrian ningunas señales de vegetacion, de cuando en cuando recibian algun consuelo con la vista del azulado Atlántico y la lejana del magnífico Orizava, que se elevaba adornado con su limpia diadema de nieve, sobre sus colosales hermanos de los Andes (12). A proporcion que avanzaban, iba tomando

dadesca. (Demanda de Narvaez, MS.) Solis, por otra parte, no ve sino buena fe y lealtad en la conducta del general, que obraba por un sentimiento de su deber, (Conquista, lib. 2, cap. 6 y 7.) siendo mas decidido apologista de su héroe, que el antiguo capellan de este, Gomara, y los dos dignos magistrados de Veracruz. Un testimonio mas imparcial que estos, podia tomarse del honrado Bernal Diaz, tan frecuentemente citado. A este esforzado campeon de la causa, no le cegaban ni los defectos, ni el mérito de su gefe.

(11) Parecerá esto bastante extraño á los que consideren que Cortés nombró él mismo la corporacion, que á su vez, le eligió comandante. Pero la afectacion de las formas legales, dió un excelente barniz á sus procedimientos, lo cual sirvió á sus fines, al menos para con sus tropas. Respecto de lo futuro confió en su buena estrella, ó en otras palabras, en el éxito de su empresa, para vindicar su conducta ante el emperador, y no erró en sus cálculos.

(12) No se pone el nombre de esta montaña, que probablemente no era conocido; pero la minuciosa descripcion que se halla en el MS. de Veracruz, no deja duda, de que era la que se ha mencionado en el texto. „Entre las cuales así una que excede en mucha altura á todas las otras y de ella se ve y descubre gran parte de la mar y de la tierra, y es tan alta, que si el dia no es bien claro, no se puede divisar ni ver lo alto de ella, porque de la mitad arriba está toda cubierta de nubes; y algunas veces, cuando hace muy claro dia, se ve por cima de las dichas nubes lo alto

el pais un aspecto mas fértil y risueño. Pasaron con dificultad un rio, probablemente tributario del de la antigua, en balsas y en algunas canoas rotas que estaban en la ribera. Tuvieron despues á la vista una escena muy diferente: vastos llanos que se extendian cubiertos con una rica alfombra de césped, y sembrados de bosques de cocos y hermosas palmas en figura de abanico, entre cuyos tallos altos y delgados, viéranse venados y otros animales selváticos que no eran conocidos de los españoles. Algunos de los soldados de caballeria, dieron caza á los primeros y aun los hirieron, pero no lograron matarlos. Vieron tambien faisanes y otros pájaros, entre ellos el pavo silvestre, orgullo de las praderas americanas, y al que describen los españoles como una especie de pavo real (13).

En su marcha atravesaron algunos pueblos abandonados, donde habia templos indios, en los cuales encontraron incensarios y otros utensilios sagrados, y manuscritos de papel de maguey que contenian escrito-pinturas, en los cuales probablemente estaban anotadas sus ceremonias religiosas. Presenciaron igualmente, el horrible espectáculo, con que se familiarizaron despues, de los cadáveres mutilados de las víctimas sacrificadas á las detestables deidades del pais. Los españoles apartaron la vista con disgusto é indignacion de semejante carnicería, que formaba un triste contraste con las bellas escenas de la naturaleza que por todas partes les rodeaban.

Seguian su marcha á lo largo de las márgenes del rio, hácia su origen, cuando fueron encontrados por doce indios, que mandó el cacique de Cempoala para enseñarles el camino del lugar de su residencia. Vivaquearon en la noche á campo raso, y los nuevos amigos les suministraron provisiones. Apartáronse al dia siguiente del rio, y atravesando el pais hácia el norte, llegaron á una inmensa extension de praderas fértiles, pobladas de frondosos bosques que resplandecian con todo el esplendor de la vegetacion de los trópicos. De las ramas de los magestuosos árboles, estaban pendientes apiñados racimos de purpúreas uvas, enlazados con yedras de diversos colores y con otras flores de los mas brillantes tintes. El chaparro y espinoso aloe, mezclado con la rosa silvestre y la madre selva, formaban bosques casi impenetrables. Entre los vástagos y flores olorosas del campo volaban innumerables pájaros de la familia de los papagayos; y multitud de mariposas, cuyos vistosos colores, que en ninguna parte son tan primorosos como en la tierra caliente, rivalizaban con los de las producciones vegetales, al mismo tiempo que pájaros canoros, el cardenal color de escarlata y el maravilloso ruiseñor que recorre todas las notas musicales de la selva, llenaban el aire de una deliciosa me-

de ella, y está tan blanco, que lo juzgamos por nieve." (Carta de Veracruz, MS.) Este elevado volcan se llamaba por los mejicanos, *Citlaltepeltl*, ó montaña-estrella, quizá por el fuego que salió una vez por su cónica cima allá sobre las nubes. Hállase en la intendencia de Veracruz, y se eleva segun la medida de Humbolt, á la inmensa altura de 17.368 piés sobre el nivel del mar. (Essai polit., tom. I, p. 265.) Es el pico mas alto, excepto uno, de toda la línea de las cordilleras mejicanas.

(13) Carta de Veracruz, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 44.

lodia. Los corazones de los duros conquistadores no eran muy sensibles á las bellezas de la naturaleza; pero los mágicos encantos del paisaje les arrancaban expresiones ilimitadas de alegría, y segun avanzaban por en medio de este que llamaban paraíso terrenal, lo comparaban tiernamente con las mas hermosas regiones de su cálido país (14).

Acercándose á la ciudad india, vieron muchas señales de cultivo en los adornados jardines y huertas que estaban á los lados del camino, y encontraron varias partidas de naturales de ambos sexos, que se aumentaban á proporcion que adelantaban su marcha. Las mugeres, así como los hombres, se mezclaron sin temor entre los soldados, llevando ramilletes y guirnaldas de flores, con las cuales adornaron el cuello del noble corcel del general, y suspendieron una corona de rosas de su yelmo: las flores eran las delicias de este pueblo. Cuidaban mucho de su cultivo, que era favorecido por el clima, alternado de calor y humedad, lo cual estimulaba á la tierra á producir espontáneamente toda clase de vegetales. Este mismo refinado gusto, como veremos, prevalecía entre los belicosos aztecas, y ha trasmitídose á sus degradados descendientes en la época actual (15).

Muchas de las mugeres, por sus ricos trajes y numerosa servidumbre que las acompañaba, parecían ser personas de rango. Iban con sus vestidos de gala hechos de algodón muy fino y curiosamente teñido, que se extendían desde el cuello, y en las clases inferiores desde la cintura, hasta el tobillo. Los hombres llevaban una especie de manto á la morisca de la misma tela sobre los hombros, y un cinturón ó ceñidor en la medianía del cuerpo. Ambos sexos usaban joyas y adornos de oro alrededor del cuello, y anillos del mismo metal en las orejas y nariz, que tenían horadadas. Poco antes de llegar á la poblacion, algunos de los soldados de caballería que se habian adelantado, volvieron con la deslumbrante idea de „que habian estado muy cerca de las puertas de la ciudad, y visto las casas cubiertas con planchas de plata bruñida.” Al entrar en la plaza observaron que lo que les pareció aquel metal, no era sino una cubierta de brillante estuco que adornaba las casas principales; circunstancia que hizo reír á los soldados á expensas de sus camaradas. Tal credulidad es una prueba del estado de su imaginacion, el cual les preparaba á ver oro y plata en todos los objetos que les rodeaban (16). Los

(14) Gomara, Crónica, cap. 32, en Barcia, tom. II.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 8.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.

„Muy hermosas vegas y riberas tales y tan hermosas, que en toda España no pueden ser mejores así de apacibles á la vista como de fructíferas.” (Carta de Veracruz, MS.)

(15) „El mismo gusto por las flores,” observa una amable viajera „caracteriza á los naturales de hoy como en el tiempo de Cortés; y presenta una extraña anomalía,” añade, con su acostumbrada agudeza, „que este amor á las flores hubiese existido co su sanguinario culto y bárbaros sacrificios.” Madame Calderón de la Barca, Life in Mexico, vol. I, let. 12.

(16) „Con la imaginacion que llevaban, y buenos deseos, todo se les antojaba plata y oro lo que relucía.” Gomara, Crónica, cap. 32, en Barcia, tom. II.

principales edificios eran de cal y piedra ó de ladrillos secados al sol, y los inferiores de barro y tierra. Estaban todos cubiertos con hojas de palma, cuyo techo, aunque aparentemente débil para tales fábricas, proporcionaba una efectiva proteccion contra la intemperie, pues aquellas estaban primorosamente entrelazadas.

Contenia la ciudad cerca de veinte á treinta mil habitantes; este es el cómputo mas moderado, y á la verdad nada improbable (17). El pequeño ejército penetró poco á poco y en silencio por las calles estrechas y concurridas de Cempoala, inspirando á los naturales una admiracion que en nada excedia á la que los mismos españoles experimentaban al ver el desarrollo de una civilizacion y elegancia tan superior á todo lo que habian observado en el Nuevo Mundo (18). El cacique les salió á recibir al frente de su casa. Era un hombre alto y obeso, que avanzó apoyándose en dos de los de su comitiva. Recibió al comandante y á los que le acompañaban con mucha cortesía; y despues de algunos cumplimientos, señaló al ejército sus cuarteles en un templo cercano, cuyo espacioso patio con las habitaciones que en él habia, proporcionaron excelentes alojamientos á la tropa.

Suministráronse abundantes provisiones á los españoles, carne preparada al estilo del país y pan de maiz, ó tortillas. El general recibió tambien del cacique un presente de considerable valor, que consistia en adornos de oro y algodón finísimo. Cortés, sin embargo de estas demostraciones de amistad, no relajó su vigilancia acostumbrada, ni descuidó ninguna de las precauciones de un buen militar: en el camino siempre marchó en órden de batalla, bien preparado contra cualquiera sorpresa. En sus cuarteles colocó los centinelas con igual cuidado: apostó su pequeña artillería defendiendo la entrada, y prohibió, bajo pena de muerte (19), que se separasen los españoles del campamento sin órden suya.

A la mañana siguiente, acompañado de cincuenta de sus soldados, pagó la visita al señor de Cempoala en su propia casa. Era esta un edificio de cal y canto, situado sobre un escabroso terrado, y al cual se subia por una escalera de piedra: parecíase en su estructura á algunas de las antiguas casas que se en-

(17) Este es el cómputo de Las Casas. (Hist. de las Ind., MS., lib. 3, cap. 121). Torquemada vacila entre veinte, cincuenta, y ciento cincuenta mil, bien que refiere cada una de estas cantidades á diferentes tiempos. (Clavijero, Stor. del Mexico, tom. III, p. 26, nota). Este lugar fué gradualmente abandonado despues de la conquista, por otros sin duda mas á propósito para el comercio. Sus ruinas se veian todavía á fines del siglo último. Véase á Lorenzana, Hist. de Nueva-España, p. 39, nota.

(18) „Porque viven mas política y razonablemente que ninguna de las gentes que hasta hoy en estas partes se ha visto.” Carta de Veracruz, MS.

(19) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 121.—Carta de Veracruz, MS.—Gomara, Crónica, cap. 33, en Barcia, tom. II.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.

contraron en Centro-América. Dejó Cortés á su comitiva en el patio, y entró á la habitacion acompañado de uno de sus oficiales y de su hermosa intérprete Doña Marina (20). Siguióse una larga conferencia, en la cual el general español adquirió muchas noticias sobre el estado del país. Anunció primeramente al cacique, que él era vasallo de un gran monarca que residía allende del mar; que habia venido á aquellas costas aztecas á abolir el culto inhumano que allí prevalecía, y á introducir el conocimiento del verdadero Dios. Respondióle el gefe indio, que los suyos, que les mandaban la luz del sol y las lluvias, eran bastante buenos para ellos; que era tambien tributario de un poderoso monarca, cuya capital estaba sobre un lago distante en medio de las montañas; príncipe inflexible, cruel en sus exacciones, y en caso de resistencia ó de alguna ofensa, terrible en tomar satisfaccion del agravio, conduciendo á las doncellas y jóvenes á ser sacrificados á sus deidades. Aseguróle Cortés que nunca permitiría semejantes atrocidades; que habia sido mandado por su soberano á corregir abusos y á castigar al opresor (21); y que si los totonecas le eran leales, los pondría en aptitud de sacudir el detestado yugo de los aztecas.

Añadió el cacique, que el territorio totoneca contenía cerca de treinta ciudades y pueblos, que podían reunir cien mil guerreros, número á la verdad muy exagerado (22). Dijo que habia otras provincias del imperio donde el yugo azteca era igualmente odioso, y que entre la suya y la capital estaba la belicosa república de Tlascala, que siempre se habia conservado independiente de Méjico. La fama de los españoles les habia precedido, y el cacique sabia bien la terrible victoria que obtuvieron en Tabasco; pero todavía dudaba romper con „el gran Montezuma,” como él le llamaba, cuyos ejércitos, á la menor provocacion, podían descender de las regiones montañosas del poniente, y viniendo sobre el país con la furia de un torbellino, arrebatar con violencia al pueblo infeliz y conducirlo á la esclavitud y al sacrificio.

Cortés procuró calmarle, asegurándole que cada español era mas fuerte que un ejército de aztecas; y manifestóse al mismo tiempo deseoso de saber qué naciones cooperarían con él á su empresa, no tanto por bien suyo como de ellos mismos, para poder distinguir al amigo del contrario, y saber á quién habia de dejar libre en esta guerra de exterminio. Habiendo fortalecido la confianza del admirado gefe con esta política jactancia, despidióse afectuosamente, asegurando que pronto volvería y concertarían medidas para sus futuras operaciones, esto es,

(20) Los cronistas españoles dan comunmente á esta hermosa india el atento título de Doña.

(21) „No venia, sino á deshacer agravios, y favorecer los presos, ayudar á los mezquinos, y quitar tiranías.” (Gomara, Crónica, cap. 33, en Barcia, tom. II). „¿Estamos acaso leyendo aventuras de caballería? porque este es el lenguaje de Don Quijote, ó Amadis de Gaula.

(22) Ibid., cap. 36.

Cortés en su segunda carta al emperador Carlos V, fija el número de 50.000 guerreros. Relacion segunda, en Lorenzana, p. 40.

cuando hubiese visitado sus buques en el puerto inmediato, y afianzado allí un establecimiento permanente (23).

Causáronle á Cortés mucha satisfaccion las noticias que acababa de adquirir. Ellas confirmaban sus primeras ideas, y le manifestaban que el interior de la monarquía se hallaba mas perturbado de lo que suponía. Si antes, poseído de un espíritu caballeresco, apenas abandonaba la idea de atacar el imperio azteca con solo su ejército, ¿qué tenía ahora que temer, cuando podía levantar la mitad de la nacion en contra de la otra? En la exaltacion del momento, su espíritu fogoso se llenó de un entusiasmo que vencía todo obstáculo. Comunicó sus sentimientos á los oficiales que le rodeaban; y antes de haberse hallado en ningun encuentro, ya se regocijaban como si las banderas españolas estuviesen flameando en las fortalezas de Montezuma. Pero antes de lograr esto, muchos campos teñidos de sangre tenían que ganar, eran muchos los peligros que habían de correr, y muchas las privaciones que habían de sufrir.

Despidiéndose los españoles el día siguiente del hospitalario indio, tomaron el camino de Chiahuitztla (24), distante cuatro leguas, y cerca de la cual estaba el puerto descubierto por Montejo, donde se hallaban anclados los buques. Fueron provistos por el cacique con cuatrocientos mozos de cordel, llamados *tamanes*, para transportar el bagaje, que cargaban cincuenta libras de peso, en cinco ó seis leguas por día. Se hacia uso de ellos en todo el imperio mejicano, y á los españoles sirvieron mucho entonces, para relevar á la tropa de esta parte de su deber. Pasaron por un pais tan rico y de un aspecto tan fértil como el que acababan de atravesar; y temprano en la mañana siguiente llegaron á la ciudad india, situada como fortaleza sobre una elevada y peñascosa eminencia que dominaba el golfo. Habían huido casi todos los habitantes; pero permanecieron allí quince de los principales, que los recibieron de una manera amistosa, ofreciéndoles, como era de costumbre, flores é incienso; y los fugitivos, habiendo depuesto sus temores, gradualmente volvieron al pueblo. Mientras conversaban con los gefes, se unió á ellos el digno cacique de Cempoala, conducido por sus vasallos en una litera; y con mucho interes tomó parte en sus deliberaciones. Las noticias adquiridas aquí por Cortés le confirmaron las relaciones que ya tenía acerca de los sentimientos y de los recursos de la nacion totoneca.

En medio de su conferencia, fueron interrumpidos por un movimiento del pueblo, y poco despues entraron cinco hombres en la plaza mayor ó mercado, donde se hallaban. Inferiase de su altivo porte y de sus ricos y particulares vestidos, que no eran de la misma raza que los otros indios. Su negro y lus-

(23) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 121.—Ixtilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 81.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.

(24) El historiador, con el auxilio de Clavijero, que es mejicano, puede rectificar los frecuentes errores de los primeros escritores en la ortografía de los nombres aztecas. Robertson y Solís escriben el de esta ciudad del modo siguiente: *Quiabislan*. Debe confesarse que son escusables los errores cometidos en tan bárbara nomenclatura.

troso cabello estaba atado con una cinta sobre la coronilla de la cabeza. Tenían ramos de flores en las manos, é iban seguidos de varias personas de su comitiva, que llevaban, unos, varas con cordeles, y otros, abanicos, con los cuales ahuyentaban las moscas y otros insectos, para que no molestasen á sus orgullosos señores. Al pasar estos por la plaza, echaron una mirada altiva sobre los españoles, dignándose apenas contestar sus saludos. Inmediatamente y en gran confusion se les reunieron los gefes totonecas, que parecían ansiosos de captarse su benevolencia con toda clase de atenciones.

Muy admirado el general inquirió de Marina qué significaba esto. Informóle que aquellos eran nobles aztecas, autorizados por Montezuma para recibir el tributo. Poco despues volvieron los gefes con el disgusto pintado en su semblante. Confirmaron lo dicho por Marina, añadiendo que los aztecas se habian ofendido mucho por la plática familiar tenida con los españoles sin permiso del emperador; y que por via de expiacion pedian veinte jóvenes, de ambos sexos para sacrificarlos á sus dioses. Cortés manifestó la mayor indignacion por esta insolencia, y exigió de los totonecas, no solo que se negasen á la demanda, sino que se apoderasen de los colectores, y los redujesen á prision. Dudaron los gefes; pero él insistió tanto en que se hiciese prontamente, que al fin consintieron, y los mejicanos fueron aprehendidos, atados de piés y manos, y entregados á una guardia.

Por la noche, el general español procuró el escape de dos de ellos, y los hizo llevar á su presencia. Expresóles su sentimiento por lo que habian sufrido de los totonecas: díjoles que tomara providencias para proporcionarles la fuga, y que al dia siguiente se empeñaria en conseguir la libertad de sus compañeros: manifestó tambien el deseo de que refriesen esto á su señor, con las seguridades de la gran consideracion que le tenian los españoles, sin embargo de su innoble conducta en dejarlos perecer, faltos de todo recurso en sus estériles costas. Mandó entonces á los nobles mejicanos al puerto, de donde fueron conducidos por agua á otro punto de la costa, temiendo alguna violencia de los totonecas. Estos se irritaron mucho por la fuga de los prisioneros, y habrian sacrificado á los otros, si no hubiera sido por el comandante español que les convenció de lo horroroso de su proyecto, y les ordenó los mandasen bien custodiados á bordo de su escuadrilla: poco despues se les permitió reunirse con sus compañeros. Este proceder astuto, tan característico de la política de Cortés, produjo como se verá despues, el efecto que deseaba en Montezuma. No puede, en verdad, recomendarse como muy conforme al espíritu de caballería; y sin embargo no le faltan panegiristas entre los historiadores nacionales (25).

Despacharon mensajeros por órden de Cortés, á los pueblos totonecas, con el fin de hacerles saber lo que habia acontecido, solicitando que rehusasen el pago de todo tributo á Montezuma; pero no habia necesidad de los enviados. Ate-

(25) „Grande artífice,” exclama Solís, „de medir lo que disponia con lo que re- celaba; y prudente capitan et que sabe caminar en alcance de las contingencias!” Conquista, lib. 2, cap 9.

morizados los sirvientes de los señores aztecas, habían huido en todas direcciones, llevando las nuevas, que se difundieron por el país con la velocidad del fuego, de los atrevidos insultos hechos á la magestad de Méjico. Los indios, asombrados, y lisonjeándose con la dulce esperanza de reconquistar su antigua libertad, fueron en gran número á Chiahuitztla, á ver y á conferenciar con los formidables extrangeros. Los mas tímidos, espantados con el pensamiento de combatir el poder de Montezuma, recomendaban se enviase una embajada para calmar su disgusto con oportunas concesiones; pero el diestro manejo de Cortés los habia comprometido demasiado para tener fundadas esperanzas de indulgencia de parte del emperador. Por lo mismo, despues de alguna indecision, resolvieron aceptar la proteccion de los españoles, y hacer un enérgico esfuerzo para recobrar su libertad. Juraron obediencia los gefes á los soberanos españoles, cuya ceremonia fué debidamente autorizada por Godoy, notario real. Satisfecho Cortés con la importante adquisicion de tantos vasallos para la corona; salió luego para el punto de su destino, habiendo primeramente prometido volver á Cempoala, donde sus negocios solo se habian arreglado en parte (26).

El sitio elegido para la nueva ciudad, distaba media legua, y estaba en un ancho y fértil llano que proporcionaba un regular abrigo á los buques. No dilató Cortés en determinar el circuito de las murallas, el lugar de las fortalezas, del granero, de las casas consistoriales, templo y otros edificios públicos. Los indios amigos le ayudaron empeñosamente trayendo, piedra, cal, madera, ladrillos secados al sol y otros materiales: todos pusieron mano á la obra. El general trabajaba como el último soldado, estimulando sus esfuerzos con su ejemplo y con su voz. Acabóse la obra en pocas semanas, y se levantó una ciudad que, si no completamente digna del pretendido nombre que llevaba, correspondia bien á los objetos á que estaba destinada. Servia de un buen punto de apoyo para las futuras operaciones: era plaza de retiro para los inútiles, así como para el ejército en caso de alguna desgracia: almacen para las provisiones y para otros artículos que se pudieran recibir ó enviar á la madre patria; puerto para los buques, y una posicion bastante fuerte para imponer respeto al país adyacente (27).

(26) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 81.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 40.—Gomara, Crónica, cap. 34-36, en Barcia, tom. II.—Bernal Diaz, Conquista, cap. 46 y 47.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 10 y 11.

(27) Carta de Veracruz, MS.—Bernal Diaz, Conquista, cap. 48.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.—Declaracion de Montejo, MS.

Sin embargo de las ventajas de su situacion, la Villa Rica fué abandonada á pocos años por otra posicion inmediata hácia el sur, no muy distante de la boca de la antigua. Este segundo establecimiento fué conocido con el nombre de *Veracruz Vieja*; y en el siglo diez y siete, fué tambien abandonada por la presente ciudad de *Nueva Veracruz*. (Véase la nota 7 del capítulo 5 de esta obra). Ignoro la verdadera causa de estas sucesivas emigraciones. Si como se pretende, fué el vómito, apenas ganaron los habitantes en el cambio. (Véase á Humboldt, Essai Politique, tom.

Esta fue la primera colonia, la fecunda madre de tantas otras en Nueva-España. Saludáronla con satisfaccion los sencillos naturales, que esperaban reposar seguros bajo su sombra protectora. ¡Ah! Si hubiesen podido leer lo futuro, no habrian hallado motivo para regocijarse con este precursor de una revolucion mas tremenda que cualquiera otra de las predichas por sus bardos y profetas. No era el benéfico Quetzalcoalt que habia vuelto á reclamar su imperio trayendo consigo la paz, la libertad y la cultura. Sus grillos, ciertamente, habrian sido entonces rotos, y sus agravios ampliamente vengados en la cabeza orgullosa del azteca; pero esto debia hacerse por aquel poderoso ejército que igualmente habia de agobiar al opresor y al oprimido. La luz de la civilizacion brillaria en el pais; pero seria la de un fuego consumidor, que habia de extinguir su gloria barbárica, sus instituciones, su misma existencia y su nombre como nacion. Se fijó su destino, cuando el hombre blanco puso los piés en su suelo.

II, p. 210.) La falta de atencion á estas mutaciones ha producido mucha confusion é inexactitud en los antiguos mapas; y aun Lorenzana no se ha librado de estos inconvenientes en su carta y relacion topográfica del camino de Cortés.

CAPITULO VIII.

OTRA EMBAJADA AZTECA.—DESTRUCCION DE LOS IDOLOS.—DESPACHOS ENVIADOS A ESPAÑA.—CONSPIRACION EN EL CAMPO.—SE ECHA A PIQUE LA FLOTA.

1519.

Mientras los españoles se ocupaban del nuevo establecimiento, quedaron no poco sorprendidos con la presencia de una embajada de Méjico. La noticia de la prision de los colectores reales, se habia divulgado rápidamente por todo el pais. Cuando llegó á la capital, sus habitantes se llenaron de admiracion por la inaudita osadía de los extrangeros. En Montezuma todo otro sentimiento, aun el del temor, se amortiguó con el de la indignacion, y mostró su sólita energía en los preparativos vigorosos que instantáneamente hizo para castigar en sus vasallos rebeldes el insulto inferido á la magestad del imperio. Mas cuando los oficiales aztecas libertados por Cortés, llegaron á la corte y refirieron el trato bondadoso que habian recibido del comandante español, se mitigó el enojo del monarca, y sus temores supersticiosos, reasumiendo su influencia, le indujeron á volver á abrazar su tímida y conciliadora política. Delegó una embajada al campo español, compuesta de dos jóvenes sobrinos suyos y de cuatro ancianos nobles. Los proveyó con su acostumbrada munificencia de un liberal presente, de oro, ricas telas de algodón, y hermosas mantas de plumaje. Llegando los enviados á la presencia del general, le entregaron los regalos, manifestándole al mismo tiempo el reconocimiento de su amo por la cortesía que habia mostrado en libertar á sus nobles prisioneros; pero que habia visto con admiracion y sentimiento, que los españoles hubieran patrocinado á sus desleales vasallos en su rebelion. No tenia duda de que ellos eran los extrangeros, cuya venida habia sido mucho tiempo antes anunciada por los oráculos y del mismo linaje que él (1). Por deferencia á ellos, perdonaria á los totonecas mientras estuvieran presentes; pero el tiempo de la venganza llegaria.

Cortés recibió á los gefes indios con franca hospitalidad. Tuvo cuidado de desplegar los recursos que estaban á su arbitrio, con el objeto de que al mismo

(1) „Teniendo respeto á que tiene por cierto, que somos los que sus antepasados les habian dicho, que habian de venir á sus tierras, é que debemos de ser de sus linajes.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 48.

tiempo que divirtieran su imaginacion, dejaran en ella una profunda impresion de su poder. Entonces, despues de haberles hecho pocos y miserables presentes, los despidió con un mensaje conciliatorio para su amo, y la seguridad de que pronto le ofreceria sus respetos en la capital, donde cualquiera mala inteligencia que hubiera entre ellos podia prontamente arreglarse.

Los aliados totonecas apenas podian dar crédito á sus sentidos, cuando entendieron el objeto de esta entrevista. Sin embargo de la presencia de los españoles, habian esperado con temor las consecuencias de su temerario procedimiento, y su admiracion se exaltó hasta concebir un temor reverencial por unos extrangeros que á esta distancia podian ejercer tan misteriosa influencia sobre el terrible Montezuma (2).

No mucho despues recibieron los españoles una invitacion del cacique de Cempoala para que le ayudaran en una disputa en que estaba comprometido con una ciudad vecina. Cortés marchó á su socorro con parte de sus fuerzas. En el camino, un soldado raso llamado Morla, robó á un nativo un par de gallinas, é indignado Cortés con esta violacion de sus órdenes á su misma presencia, y conociendo de la importancia de mantener la reputacion de que observaba buena fe con sus aliados, mandó que fuese ahorcado el ladron, á un lado del camino, delante de todo el ejército. El miserable delincuente tuvo la fortuna de que Pedro de Alvarado, el futuro conquistador de Quiché, estuviese presente; y se aventurase á cortar la sogá que sostenia el cuerpo, cuando aun habia en él vida. Probablemente pensó que se habia hecho lo bastante para ejemplo, y que la pérdida innecesaria de un solo hombre era mas de lo que podia sufrir el pequeño ejército. La anécdota es interesante, pues muestra la disciplina observada por Cortés y las libertades que se tomaban sus capitanes, que lo miraban casi como á un compañero de aventuras. Este sentimiento de igualdad, creó entre ellos un espíritu de insubordinacion que hizo su puesto de comandante el mas delicado y dificultoso.

Al llegar á la ciudad hostil, pocas leguas distante de la costa fueron recibidos de una manera amigable; y Cortés que iba acompañado de los aliados, tuvo la satisfaccion de reconciliar estas diferentes ramas de la familia totoneca sin derramamiento de sangre. Entonces regresó á Cempoala, donde fué saludado con muestras de júbilo por el pueblo, que habia ya formado una opinion favorable de su moderacion y justicia, así como antes la habia tenido de su valor. En señal de gratitud, el cacique indio presentó al general ocho doncellas indias, ricamente vestidas, adornadas de collares y joyas de oro, y acompañadas de varias esclavas que las servian. Eran hijas de los principales gefes, y el cacique pidió que los capitanes españoles las tomasen por mugeres. Cortés recibió á las damas con las atenciones correspondientes; pero dijo al cacique que primero debian ser bautizadas, pues los hijos de la Iglesia no podian tener comercio con las idólatras (3). Entonces declaró que el grande objeto de su mision, era libertar á

(2) Gomara, Crónica, cap. 37.—Ixtlilxochitl, His. chich., MS., cap. 82.

(3) „De buena gana recibirian las doncellas como fuesen cristianas; porque de

los nativos de sus heréticas abominaciones, y pidió al señor totoneca le permitiera derribar los ídolos y colocar en su lugar los símbolos de la verdadera fe.

A esto contestó el cacique lo mismo que antes: que sus dioses eran bastante buenos para él; y ni las persuasiones del general, ni la predicacion del padre Olmedo, pudieron inducirle á consentir. Mezcladas con su politeísmo, tenía ideas de un Ser Supremo é infinito, criador del universo; y su entendimiento envuelto en las tinieblas, no podia concebir cómo este Ser incomprendible, hubiera de condescender en tomar la forma humana, participando de sus enfermedades y miserias, y bajar á la tierra á ser víctima voluntaria de la persecucion de aquellos mismos á quienes su aliento habia comunicado la existencia (4). Dijo ingenuamente á los españoles, que resistiria cualquiera violencia que se cometiera con sus dioses, quienes vengarian por sí mismos la profanacion, destruyendo instantáneamente á sus enemigos.

Empero, el celo de los cristianos habia excitádose demasiado para que pudiera entibiarse con súplicas ó amenazas. En el tiempo que habian residido en el pais, habian presenciado mas de una vez, los bárbaros ritos de los nativos, sus crueles sacrificios de víctimas humanas, y sus repugnantes banquetes caníbales (5). Su alma se horrorizaba con la vista de estas abominaciones, y á una voz convinieron en sostener á su general cuando les dijo, „que el cielo no sonreiria á su empresa si permitian tales atrocidades, y que por su parte estaba resuelto á demoler los ídolos en aquella misma hora, aun cuando sacrificara su vida.” Posponer la obra de la conversion era un pecado. En el entusiasmo del momento los consejos de la política y de la prudencia fueron desatendidos: casi sin esperar sus órdenes, se dirigieron los españoles á uno de los principales teocallis ó templos que se elevaban á bastante altura, sobre una base piramidal con una escalera de piedra muy pendiente en el centro. El cacique, adivinando su intento, inmediatamente llamó á sus súbditos á las armas; y estos ocurrieron de todas partes con horribles gritos y sonidos de armas, entre tanto que los sacerdotes con sus negras vestiduras de algodón y desordenadas trenzas manchadas

otra manera no era permitido á hombres, hijos de la Iglesia de Dios, tener comercio con idólatras.” Herrera, *Hist. general*, déc. 2, lib. 5, cap. 13.

(4) *Ibid.*, déc. 2, lib. 5, cap. 13.—Las Casas, *Hist. de las Indias*, MS., lib. 3, cap. 122.

Herrera pone en boca de Cortés, en esta ocasion, una arenga muy edificante, mas propia de un sacerdote que de un soldado. ¿No le confundirá tal vez con el padre Olmedo?

(5) „Esto habemos visto,” dice la Carta de Veracruz, „algunos de nosotros, y los que lo han visto dicen que es la mas terrible y la mas espantosa cosa de ver que jamas han visto.” Mas enérgicamente se expresa Bernal Diaz. (*Hist. de la conquista*, cap. 51.) La Carta calcula que eran 50 ó 60 las personas sacrificadas anualmente en cada uno de los teocallis, de manera que hacian la suma en los paises que hasta entonces habian visitado los españoles, de 3 ó 4 mil víctimas. (Carta de Veracruz, MS.) Por errada que pueda ser esta asercion, el hecho en general es espantoso.

de sangre, flotando sobre sus espaldas, corrían frenéticos por entre la multitud, conjurando á los nativos á impedir la violacion de sus dioses. Todo era entonces confusion, tumulto, y amenazas de guerra, donde antes no habia sino paz y la grata fraternidad de las naciones.

Cortés tomó, como de costumbre, prontas y decisivas medidas. Ordenó á los soldados arrestasen al cacique, y á varios de los principales habitantes y sacerdotes. Luego previno á estos que aquietaran al pueblo, pues si se disparaba una flecha contra algun español y era herido, costaria á cada uno de ellos la vida. Al mismo tiempo Marina manifestó la temeridad de la resistencia, é hizo presente al cacique que si perdía las afecciones de los españoles, quedaria sin protector contra la terrible venganza de Montezuma. Estas consideraciones temporales parece tuvieron mas peso en el gefe totoneca que las de la religion. Cubrió su cabeza con las manos, exclamando que los dioses vengarian los insultos que se les hicieran.

No tardaron los cristianos en aprovecharse de su tácita aquiescencia. Cincuenta soldados, á una señal del general, subieron por la gran escalera del templo, entraron al santuario edificado en la cumbre, cuyos muros estaban ennegrecidos con la sangre humana, arrancaron de sus pedestales los enormes ídolos de madera, y los arrastraron con violencia hasta la orilla del terrado. Sus formas y facciones fantásticas, teniendo un significado simbólico, no podian ser comprendidas por los españoles, que solo veían en ellos los horribles lineamientos de Satanás. Con suma alegría hicieron rodar aquellos colosales monstruos las escaleras de la pirámide, entre los aplausos de sus compañeros y los gemidos y lamentaciones de los nativos. Consumaron la obra reduciéndolos á cenizas á presencia de la multitud que estaba allí reunida.

Este hecho produjo el mismo efecto que en Cozumel. Los totonecas, viendo que los dioses eran incapaces de impedir ó castigar esta profanacion de sus santuarios y simulacros, formaron una baja opinion de su poder, comparado con el de los misteriosos y formidables extrangeros. Laváronse los muros y pavimentos del teocalli, de orden de Cortés, para borrar sus asquerosas manchas. Pusiéronle los albañiles indios una nueva cubierta de estuco, y se elevó un altar donde se colocó una grande cruz, y se adornó con guirnaldas de rosas. En seguida se dispuso una procesion, en la cual algunos de los principales sacerdotes totonecas, cambiando sus negros mantos por vestiduras blancas, llevaban en sus manos hachas encendidas, entre tanto que una imágen de la Virgen, casi oprimida con el peso de las flores, era conducida en alto, y luego que el concurso ascendió las escaleras del templo, fué depositada en el altar. Celebró misa el padre Olmedo; y el carácter impotente de sus ceremonias, así como la patética elocuencia del buen sacerdote, afectó los sentimientos del auditorio, de manera que tanto los indios como los españoles, si hemos de creer al historiador, se deshicieron en lágrimas y prorumpieron en fuertes sollozos. El misionero protestante procura alumbrar el entendimiento del convertido con la pálida luz de la razon; pero el católico mas osado deslumbra el espíritu con el esplendor del espectáculo y con la patética efigie del Redentor agonizando: excita en sus oyentes

una tempestad de sentimientos que ahoga cualquiera otro que pudiera llamarse reflexion. Sin embargo, ha asegurado á su convertido, apoderándose de sus afecciones, vínculo mas fuerte y mas poderoso para el ignorante salvaje que el de la razon.

Un anciano soldado, llamado Juan de Torres, que se hallaba imposibilitado por sus enfermedades, se encargó de quedar cuidando el santuario é instruir á los nativos en su servicio. Despues abrazando Cortés á los aliados totonecas, hermanos ya de armas y religion, marchó otra vez para la Villa Rica, donde tenia algunas cosas que arreglar antes de partir para la capital (6).

Sorprendióse de encontrar allí un buque español que habia arribado en su ausencia con doce soldados y dos caballos á bordo. Mandábalo un capitan llamado Saucedo, caballero del Océano, que habia seguido las huellas de Cortés en busca de aventuras. Aunque corto, proporcionaba un cuerpo de robustos soldados para el pequeño ejército. Estos hombres informaron á los españoles de que el gobernador de Cuba habia recibido autorizacion del gobierno español para establecer una colonia en los paises nuevamente descubiertos.

Cortés determinó entonces poner en ejecucion un plan que habia estado meditando largo tiempo. Conocía que todos los últimos procedimientos de la colonia, así como su autoridad, vendrian por tierra sin la autorizacion régia. Conocía tambien que el favor de Velazquez, que era grande en la corte, tan pronto como supiera su separacion, todo se emplearía en calumniarle hasta conseguir su ruina. Resolvió prevenir sus movimientos, y enviar un buque á España, con despachos dirigidos al mismo emperador, anunciándole la clase y extension de sus descubrimientos, para obtener, si era posible, la confirmacion de sus actos. A fin de conciliarse la buena voluntad de su amo, se propuso tambien enviarle algunos presentes que le pudieran sugerir una alta idea de la importancia de sus servicios á la corona. Para conseguir esto no creyó bastante el real quinto. Conferenció con sus oficiales, y les persuadió á ceder la parte que les tocaba del tesoro. A instancias suyas hicieron la misma peticion á los soldados, manifestándoles que era el deseo mas vehemente del general, quien daba el ejemplo donando el quinto que le pertenecia, igual al de la corona. Poco era lo que se pedia á cada hombre que entregara; pero el todo haria un presente digno del monarca á quien se destinaba. Con este sacrificio podian asegurar su indulgencia por lo pasado, y su favor para lo futuro: era bastante corto y quedaba bien recompensado con la certeza de las ricas posesiones que les esperaban en Méjico. Se circuló, pues, un papel entre los soldados, que se exigía firmase todo el que estuviera dispuesto á ceder su porcion. Aquellos que lo rehusaran tendrian derecho á su parte y recibirian la que les pertenecia. Ninguno se negó á firmar, dando así otro ejemplo del influjo extraordinario de Cor-

(6) Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 122.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 51 y 52.—Gomara, Crónica, cap. 43.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 13 y 14.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.

tés sobre estos espíritus rapaces, que á su voz se desprendieron de los mismos tesoros que habian sido el grande objeto de su arriesgada empresa (7).

Acompañó á este presente una carta para el emperador en que le hacia una completa relacion de todo lo que habia ejecutado desde su partida de Cuba, de sus varios descubrimientos, combates y tráfico con los nativos, su conversion al cristianismo, sus extraordinarios peligros y sufrimientos, varios detalles respecto de las tierras que habia visitado, y los que pudo recoger sobre la célebre monarquía mejicana y su soberano. Referia sus dificultades con el gobernador de Cuba, los procedimientos del ejército con referencia á la colonizacion, y suplicaba al emperador se dignase confirmar sus actos, manifestando una entera confianza de que con la ayuda de sus bravos compañeros podría poner á la corona de Castilla en posesion del extenso imperio mejicano (8).

(7) Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 53.—Ixtlilxochitl, Hist. chich, MS., cap. 82.—Carta de Veracruz, MS.

La Carta de Veracruz contiene un completo inventario de los presentes enviados por Montezuma, de los cuales son unos pocos los siguientes:

Dos collares de oro y piedras preciosas.

Cien onzas de oro no beneficiado, para que sus altezas pudieran ver el estado en que salia de las minas.

Dos pájaros hechos de plumas verdes, con piés, picos y ojos de oro, y animales de este mismo metal, semejantes á los caracoles.

Una gran cabeza de caiman de oro.

Un pájaro de plumas verdes, con piés, pico y ojos de oro.

Dos pájaros hechos de hilo y plumaje, con las alas y cola, piés, ojos y extreñidad de los picos de oro, parados en dos cañas cubiertas del mismo metal, puestos sobre globos de plumaje y bordados tambien de oro, uno blanco y otro amarillo, con siete borlas de plumaje colgando de cada uno de ellos.

Una grande rueda de plata, con peso de cuarenta marcos, y otras mas pequeñas del mismo metal.

Una caja de plumaje, bordada sobre cuero, con una gran lámina de oro en el medio, que pesaba setenta onzas.

Dos piezas de algodón entretejidas de plumas: otra de variados colores, y la cuarta con figuras blancas y negras.

Una gran rueda de oro con figuras de animales extraños, esculpidas, y adornada con orlas y follajes, que pesaba tres mil ochocientas onzas.

Un abanico de variado plumaje con varillas cubiertas de láminas de oro.

Cinco abanicos de diversas plumas, cuatro de ellos con diez, y el otro con trece varillas de oro y relieves del propio metal.

Diez y seis escudos de piedras preciosas, con plumas de varios colores colgando de sus orillas.

Dos piezas de algodón ricamente trabajadas, bordadas de negro y blanco.

Seis escudos, cubierto cada uno de ellos de una lámina de oro, con una cosa parecida á una mitra de oro en el centro.

(8) „Una muy larga carta,” dice Gomara en su vago análisis de ella. Crónica, cap. 40.

Esta fué la célebre Carta primera, segun se la llama, de Cortés, que hasta ahora ha eludido todas las pesquisas hechas para encontrarla en las librerías de Europa (9). Su existencia está comprobada con las referencias que se hacen á ella, tanto en las cartas posteriores del mismo Cortés, como en los escritos de sus contemporáneos (10); y su temor general está referido por su capellan Gomara; pero su importancia ha sido indudablemente encarecida con demasía; y si se hubiera dado á luz, tal vez se habria encontrado que poco interes añadía á los puntos comprendidos en la Carta de Veracruz, que ha formado la base de la parte precedente de mi narracion. No tenia su autor mayores fuentes donde adquirir noticias que las que estaban abiertas para los del último documento. Fué aun menos completo y franco, si es cierto que suprimió toda noticia sobre los descubrimientos hechos por sus dos inmediatos predecesores (11).

Los magistrados de la Villa Rica en su epístola descansaban en los mismos fundamentos que Cortés, concluyendo con una representacion enérgica contra la mala conducta de Velazquez, cuya venalidad, extorsiones y singular dedicacion á sus intereses personales, con abandono tanto de los de su soberano, como de los de sus compañeros, colocaban en el punto de vista mas claro y manifiesto (12). Imploraban del gobierno no sancionase la intervencion de aquel en la nueva colonia, lo que seria fatal á su prosperidad, sino que cometiera la empre-

(9) El doctor Robertson refiere que la librería imperial de Viena fué examinada por instancias suyas, con el fin de encontrar este documento, pero infructuosamente. (History of America, vol. II, note 70.) No he sido mas afortunado en las investigaciones que he hecho en el museo británico, en la librería real de Paris y en la de la academia de la historia de Madrid. Esta última es un gran depósito de documentos sobre la historia colonial; pero la detenida inspeccion de sus papeles da á conocer que falta aquella coleccion. Como el emperador la recibió la misma tarde que se embarcó para Alemania, y la Carta de Veracruz dirigida al propio tiempo existe en la librería de Viena, podria creerse que éste era el lugar mas probable para encontrarla.

(10) „En una nao,” dice Cortés en el primer párrafo de su segunda Carta al emperador, „que de esta Nueva-España, de vuestra sacra Magestad, despaché á 16 de julio del año de 1519, envié á vuestra alteza muy larga y particular relacion de las cosas hasta aquella sazon, despues que yo á ella vine, en ella sucedidas.” (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, cap. 38.) „Cortés escribió,” dice Bernal Diaz, „segun él nos dijo, con recta relacion; mas no vimos su carta.” (Hist. de la conquista, cap. 53.) (Tambien Oviedo, Hist. de las Indias, MS., lib. 33, cap. 1; y Gomara, ubi supra.) Si no fuera por estos testimonios positivos, pudiera suponerse que la Carta de Veracruz habia sugerido otra imaginaria de Cortés. Ciertamente la copia del primer documento, que pertenece á la academia española de la historia, y acaso el original que se halla en Viena, lleva el título erróneo de „Primera relacion de Cortés.”

(11) Esta imputacion la hace Bernal Diaz, y la refiere solo de oídas, puesto que él mismo confiesa que nunca vió la misma Carta. Ibid., cap. 54.

(12) „Fingiendo mil cautelas,” dice Las Casas con mucha política, refiriéndose á esta parte de la carta, „y afirmando otras muchas falsedades é mentiras.” Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 122.

sa á Hernando Cortés como el hombre mas capaz por su experiencia y conducta, de conducirla á una gloriosa terminacion (13).

Con esta carta fué tambien otra escrita en nombre de los soldados ciudadanos de Villa Rica, ofreciendo su debida sumision á los soberanos, y suplicándoles confirmasen sus procedimientos, sobre todo los de Cortés como general.

La eleccion de agentes para esta mision era asunto muy delicado, como que de su resultado tal vez dependia la suerte futura de la colonia y la de su gefe. Confióla Cortés á dos caballeros, en quienes con toda seguridad podia descansar, Francisco de Montejo, antiguo partidario de Velazquez, y Alonso Hernandez de Puertocarrero. Este último oficial era pariente cercano del conde de Medellin, y se esperaba que sus altas conexiones le proporcionaran un influjo favorable en la corte.

Juntamente con el tesoro que parecia comprobar la asercion de que „el pais estaba tan abundantemente provisto de oro, como aquel de donde Salomon sacó el mismo precioso metal para su templo” (14), se remitieron varios manuscritos indios. Algunos eran sobre algodón: otros sobre agave americana; y sus caracteres ininteligibles, dice un historiador, excitaban poco interes en los conquistadores. Con todo, como pruebas de su cultura intelectual, eran para el filósofo objetos de mayor interes que aquellas costosas manufacturas que solo atestiguaban el ingenio mecánico de la nacion (15). Cuatro indios esclavos, rescatados de las mazmorras en que estaban encerrados para el sacrificio, se agregaron como muestra de los nativos. Se eligió uno de los mejo-

(13) Este documento es de mucho valor é interes, como que dimana de las personas mejor instruidas en el campo. Contiene una minuciosa narracion de lo que hasta entonces se conocia de los paises que habian visitado y de los movimientos principales del ejército hasta el tiempo de la fundacion de la Villa Rica. Sus autores merecen nuestra confianza por el tono circunspecto de su narracion. „Querer dar,” dicen, „á vuestra Magestad todas las particularidades de esta tierra y gente de ella, podria ser que en algo se errase la relacion, porque muchas de ellas no se han visto mas de por informaciones de los naturales de ella, y por esto no nos entremetemos á dar mas de aquello que por muy cierto y verdadero vuestras reales altezas podrán mandar tener.” Sin embargo, la relacion que daban de Velazquez debe considerarse como testimonio *de parte*, y como tal admitirse con muchas excepciones. Era necesario para vindicarse ellos mismos que disculparan á Cortés. La Carta no ha sido impresa, y el original existe como se ha dicho arriba en la librería imperial de Viena. La copia que tengo en mi poder, compuesta de mas de sesenta páginas en folio, está tomada de la que se conserva en la academia de la historia de Madrid.

(14) „A nuestro parecer se debe creer, que hay en esta tierra tanto cuanto en aquella de donde se dice haber llevado Salomon el oro para el templo.” Carta de Veracruz, MS.

(15) P. Martyr de Anglería, superior á sus contemporáneos por las eruditas investigaciones que hizo sobre los nuevos descubrimientos, dedica medio capítulo á los manuscritos indios, en los cuales reconoció las pruebas de una civilizacion análoga á la de los egipcios. De Orbe Novo, déc. 4, cap. 8.

res buques para hacer el viaje, tripulado con quince hombres, y se puso bajo la direccion del piloto Alaminos, á quien se previno siguiera su ruta por el canal de Bahama, al norte de Cuba ó Fernandina, como entonces se le llamaba, y que por ningún motivo tocase en esta isla ó en otra cualquiera del océano índico. Con estas instrucciones zarpó el velero buque el 26 de julio, cargado con los tesoros y con los buenos deseos de la poblacion y municipalidad de la Villa Rica de Veracruz.

Despues de un breve viaje llegaron los emisarios á Cuba, y con entera desobediencia de las órdenes que llevaban, anclaron delante de Madien, en el costado septentrional de la isla. Se hizo esto por complacer á Montejo, que deseaba visitar un establecimiento que tenia en aquellas inmediaciones. Mientras que estaban en el puerto, uno de los marineros saltó á tierra, y atravesando la isla, llegó á la capital de Santiago, divulgando por todas partes las noticias relativas á la expedicion, hasta que llegaron á oídos de Velazquez. Era la primera vez que se habia hablado de la armada desde su partida; y cuando el gobernador escuchó la relacion de lo acontecido, no es fácil pintar las diversas emociones de curiosidad, admiracion y rabia que agitaron su pecho. En el primer ímpetu de su pasion prorumpió en una tormenta de invectivas contra su secretario y tesorero, los amigos de Cortés que le habian recomendado para gefe de la expedicion. Despues de desahogarse un poco de esta manera, despachó dos buques muy veleros, con órden de apresar el navío rebelde, y en caso de que hubiese partido, seguirlo y alcanzarlo.

Pero antes de que aquellos pudieran llegar al puerto, habia volado el pájaro y habia avanzado mucho en su ruta por el ancho océano. Lleno de mortificacion por este nuevo contratiempo, escribió Velazquez al gobierno de la madre patria y á los monges de San Gerónimo que residian en la Española, exponiendo sus quejas y demandando se atendiera á ellas. Poca satisfaccion obtuvo de estos últimos; pero resolvió tomarla con sus propias manos, y se dedicó á hacer preparativos formidables para una escuadra que habia de ser mas que una mecha encendida para la que mandaba su rebelde oficial. Era infatigable en sus esfuerzos; visitaba todos los puntos de la isla, y extraia todos sus recursos para efectuar su intento. Los aprestos eran de tal naturaleza, que necesariamente consumieron muchos meses.

Entre tanto el pequeño navío hacia rápidamente su próspero viaje por en medio del Atlántico, y despues de tocar en una de las islas Azores, arribó felizmente al puerto de San Lúcar, en el mes de octubre. Por largo que pueda parecer este tiempo, atendiendo á la mayor perfeccion que en nuestros dias tiene la ciencia náutica, en aquellos era reputado como un feliz viaje. Qué sucedió con los comisionados á su llegada, su recepcion en la corte, y la sensacion producida por las noticias que llevaron, son asuntos que reservo para otro capítulo (16).

(16) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 54-57.—Gomara, Crónica, cap. 40.

—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 14.—Carta de Veracruz, MS.

P. Martyr de Anglería derivó principalmente sus copiosas noticias de sus conver-

Poco despues de la partida de los comisionados sobrevino un acontecimiento muy desagradable. Cierta número de personas con el presbítero Juan Díaz á la cabeza, mal dispuestas por una causa ú otra hácia la administracion de Cortés, y no confiando en la peligrosa expedicion que habian emprendido, combinaron el plan de apoderarse de uno de los buques y dirigirse á Cuba lo mas pronto que pudieran, á referir al gobernador el destino de la armada. Se condujeron con tanto secreto, que habian puesto ya á bordo las provisiones, agua y todo lo necesario para el viaje, sin que hubieran sido descubiertas. Pero delató el proyecto la misma noche en que se debian haber hecho á la vela, uno de los conspiradores, que se arrepintió de la parte que habia tomado en él. Cortés dispuso que las personas implicadas fueran aprehendidas inmediatamente. Se abrió un proceso, y la criminalidad de los conjurados se puso fuera de duda. Fueron sentenciados á muerte dos de los cabecillas: se condenó al piloto á perder los piés, y á otros varios á ser azotados. El padre Diaz, probablemente el mas delincuente de todos, acogíendose á los privilegios del sacerdocio, quedó impune. Uno de los condenados á la horca fué Escudero, el mismo alguacil que recordará el lector aprehendió al conquistador en Cuba tan traidoramente frente del santuario (17).

Al firmar el general las sentencias de muerte, se le oyó decir: „quisiera no haber jamas aprendido á escribir.” No era la primera ocasion que se habia proferido esta exclamacion en circunstancias semejantes (18).

Habiéndose concluido por fin los preparativos en la Villa Rica, Cortés mandó á Alvarado se adelantara con una gran parte del ejército á Cempoala, en donde pronto se le reuniria con el resto. La última conspiracion parece que habia hecho una profunda impresion en su espíritu. Ella le mostraba que habia en el campo soldados tímidos, en quienes no podia confiar, y temia sembrar entre sus compañeros la semilla del desafecto. Aun los mas resueltos, en cualquiera ocasion de disgusto ó reves, podian en lo sucesivo faltar á su propósito, y apoderándose de los buques abandonar la empresa. Esta era ya demasiado vasta, y los enemigos eran muy formidables para poder esperar un buen suceso, disminuyéndose el número de los españoles. La experiencia le habia mostrado que debia temer esto siempre que hubiera medios de que se escaparan (19).

saciones con Alaminos y los dos enviados, cuando llegaron á la corte. De Orbe Novo, déc. 4, cap. 6, et alibi. El mismo, opus Epistolarum (Amstelodami, 1670,) ep. 650.

(17) Véase la pág. 142 de este tomo.

(18) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 57.—Oviedo, Hist. de las Indias, MS., lib. 33, cap. 2.—Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 122.—Demanda de Narvaez, MS.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 41.

Era la exclamacion de Neron, segun refiere Suetonio. „Et cum de supplicio cujusdam capite damnati ut ex more subscriberet, admoneretur, „Quan vellem,” inquit, „nescire literas!” ” Lib. 6, cap. 10.

(19) „Y porque,” dice Cortés, „demas de los que por ser criados y amigos de Diego Velazquez tenian voluntad de salir de la tierra, habia otros, que por verla tan grande y de tanta gente, y tal, y ver los pocos españoles que éramos, estaban del mis-

El mejor modo de asegurar un éxito favorable era cortar tales arbitrios. Tomó, pues, la atrevida resolución de destruir la flota sin conocimiento del ejército.

Cuando llegó á Cempoala comunicó el proyecto á unos pocos de sus celosos partidarios, que secundaron con calor sus miras. Por medio de ellos persuadió fácilmente á los pilotos, valiéndose del argumento del oro, que pesa mas que ningun otro en las almas comunes, á que hicieran una relacion del estado en que se hallaba la flota, conveniente á su intento. Dijeron que los buques habian sufrido mucho de los vientos contrarios que habian tenido en el viaje, y lo que era peor, que los gusanos habian carcomido sus costados y fondo, de manera que los mas de ellos no podian volver al mar, y algunos apenas podian conservarse flotando.

Cortés recibió la noticia con sorpresa; „pues podia disimular muy bien,” dice Las Casas con sus acostumbrados comentarios en favor del conquistador, „cuando convenia á sus intereses.” „Si es así,” exclamó este, „debemos de sacar de ello el mejor partido. ¡Hágase la voluntad del cielo!” (20) Mandó que se desmantelaran cinco de los que estuvieran peor acondicionados: que su cordaje, velas, hierro y todo lo que fuera movable se trajera á tierra y se echaran á pique. Se reconocieron los otros; y á virtud de un informe semejante fueron condenados otros cuatro al mismo destino. Solo uno pequeño quedó.

Cuando llegó la noticia á las tropas que se hallaban en Cempoala, les causó la mayor consternacion. Se vieron de un solo golpe separados completamente de sus amigos, familia y patria. Los mas valientes y resueltos desfallecieron al contemplar que quedaba así abandonado en una playa enemiga un puñado de hombres armados contra un formidable imperio. Cuando llegaron las nuevas de la destruccion de los cinco primeros buques, habianla considerado como una medida necesaria, conociendo la perjudicial actividad de los insectos en estos mares de los trópicos; pero cuando su destruccion fué seguida de la de los cuatro restantes, concibieron sospechas de la verdad: conocieron que habian sido traicionados. Las murmuraciones, que al principio no pasaban de sospechas, se hicieron escuchar mas y mas amenazando un motin. „Su general,” decian, „les habia conducido como ovejas á ser sacrificados en el matadero” (21). Tenian estas quejas el aspecto mas alarmante. En ninguna ocasion estuvo expuesto Cortés á mayores peligros por parte de sus mismos soldados (22).

mo propósito; creyendo, que si allí los navíos dejase, se me alzarían con ellos, y yéndose todos los que de esta voluntad estaban, yo quedaria casi solo.”

(20) „Mostró cuando se lo dijeron mucho sentimiento Cortés, porque sabia bien hacer fingimientos, cuando le era provechoso, y respondiéndoles que mirasen bien en ello, é que si no estaban para navegar, que diesen gracias á Dios por ello, pues no se podia hacer mas.” Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 122.

(21) „Decian, que los queria meter en el matadero.” Gomara, Crónica, cap. 42.

(22) „Al cabo lo ovieron de sentir la gente y ayna se le amotinaron muchos, y este fué uno de los peligros que pasaron por Cortés de muchos que para matallo de los mismos españoles estuvo.” Las Casas, Hist. de las Indias, MS., lib. 3, cap. 122.

Su presencia de ánimo no le desamparó en esta crisis. Reunió á sus soldados; y empleando el tono de la persuasión mas bien que el de la autoridad, les aseguró que el reconocimiento de los buques, habia hecho conocer no estaban aptos para el servicio. Debían considerar que al mandarlos destruir, habia hecho el mayor sacrificio, pues eran propiedad suya, todo lo que poseia en este mundo. Por otra parte resultaba de ello una grande ventaja á las tropas; el aumento de cien robustos reclutas que antes se requerian para tripular las naves. Pero aun cuando se hubieran salvado estas, habrían sido de poca utilidad para la expedicion, puesto que no habian de necesitarlas si tenían buen suceso, y cuando estuvieran en el interior se hallarian demasiado lejos para aprovecharse de ellas si eran vencidos. Les rogó diesen á sus pensamientos otra direccion, pues estar calculando los medios y oportunidades de salvarse, era indigno de almas fuertes. Habian ya puesto mano á la obra; ver hácia atrás al avanzar, seria su ruina. No tenían mas que revivir la antigua confianza en sí mismos y en su general, y el triunfo era cierto. „En cuanto á mí,” concluyó, „he tomado mi partido. Permaneceré aquí mientras haya uno solo que me acompañe. Si hubiere algunos tan cobardes que teman participar de los peligros que han de acompañar á nuestra gloriosa empresa, vuelvan en buena hora á nuestra patria. Aun queda un buque para regresar á Cuba. Allí pueden decir cómo han desamparado á su comandante y á sus camaradas, y esperar pacíficamente á que volvamos cargados con los despojos de los aztecas” (23).

El político orador habia tocado los resortes mas poderosos del corazon de los soldados. Al paso que hablaba se extinguia su resentimiento. Las marchitas ilusiones de gloria y de riquezas futuras renacidas por su elocuencia, volvieron á fluctuar en sus mentes. Pasada la primera impresion se avergonzaron de su momentánea desconfianza. Revivió el entusiasmo por su gefe, pues conocian que solo bajo su estandarte podian esperar la victoria; y luego que concluyó, atestiguaron su cambio de sentimientos, haciendo resonar el aire con el grito de „á Méjico, á Méjico.”

La destruccion de la flota por Cortés es acaso el pasaje mas notable en la vida de este hombre extraordinario. La historia ofrece ejemplos de iguales medios adoptados en crisis algo semejantes; pero ninguno en que la esperanza del buen suceso fuera tan remota, y la pérdida pudiera ser tan desastrosa (24). Si

(23) „Que ninguno seria tan cobarde y tan pusilánime que quería estimar su vida mas que la suya, ni de tan débil corazon, que dudase de ir con él á Méjico donde tanto bien le estaba aparejado, y que si acaso se determinaba alguno de dejar de hacer este, se podia ir bendito de Dios á Cuba en el navío que habia dejado, de que antes de mucho se arrepentiria, y pelaria las barbas, viendo la buena ventura que esperaba le sucederia.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 82.

(24) Tal vez el mas notable de estos ejemplos es el de Julian, quien en su desgraciada invasion á Siria, incendió las naves que le habian llevado allí subiendo el Tígris. Este hecho está referido por Gibbon, y muestra muy satisfactoriamente que la

hubiese sido vencido, habria tal vez considerádose como un acto de locura, aunque era el fruto de un cálculo deliberado. No habia para él otra alternativa que la de morir ó vencer. La medida que habia adoptado, contribuia mucho á aumentar la esperanza del triunfo; pero llevarla al cabo en medio de una soldadesca enfurecida y desesperada, fué un acto de resolucion que tiene pocos ejemplos en la historia (25).

escuadra hubiera servido mas bien de obstáculo que de auxilio al emperador en sus operaciones ulteriores. Véase la excelente edicion de Atilman de la obra *History of the Decline and Fall*. (Vol. IX, p. 177.)

(25) La relacion dada en el texto de la destruccion de la flota no es la de Bernal Diaz, quien asegura haberse ejecutado no solo con conocimiento sino con entera aprobacion del ejército, aunque por sugeriones de Cortés. (*Hist. de la conquista*, cap. 58.) Esta asercion está confirmada por el Dr. Robertson (*History of America*, vol. II, pp. 253 y 254).

No deberia dudarse de la asercion del antiguo veterano, especialmente cuando está apoyada por el discreto juicio del historiador de América; pero Cortés en su carta al emperador, expresamente declara que mandó echar á pique la escuadra sin conocimiento de los soldados, por temor de que si tenian á su disposicion los medios de escaparse, los tímidos y desafectos podian algun dia aprovecharse de ellos. (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 41.) Los caballeros Montejo y Puertocarrero, cuando visitaron á España, asentaron en sus deposiciones, que el general destruyó las naves por informes que recibió de los pilotos. (Declaraciones, MSS.) Las Casas y Narvaez, en su acusacion de Cortés, hablan del acto en términos de una injusta reprobacion, inculpándole ademas con haber ganado á los pilotos para que agujeraran el fondo de los buques á fin de inutilizarlos. (*Hist. de las Indias*, MS., lib. 3, cap. 122.) (Demanda de Narvaez, MS.—La misma relacion de este suceso, aunque con muy diferentes comentarios sobre su mérito, trae Oviedo, (*Hist. de las Indias*, MS., lib. 33, cap. 2.—Gomara, *Crónica*, cap. 42,) y P. Martir de Anglería, (*De Orbe Novo*, déc. 5, cap. 1,) todos los que tuvieron acceso á las mejores fuentes donde adquirir noticias.

Este suceso tan notable, reputándolo como hecho de un solo individuo, se hace absolutamente increíble, cuando se considera como resultado de muchas voluntades independientes. No es improbable que Bernal Diaz por su notoria afecion á la causa, hubiera sido uno de los pocos á quienes Cortés comunicó el proyecto. El veterano, al escribir la historia muchos años despues, puede haber padecido alguna equivocacion; y á causa de su celo en atribuir al ejército parte de la gloria de la expedicion, que exclusivamente se habia apropiado el general, (uno de los grandes objetos como él mismo dice de su historia,) tal vez distribuyó entre sus camaradas el crédito de una proeza que al menos esta ocasion realmente perteneció á su comandante. Sea cual fuere el motivo de la discordancia, su testimonio singular dificilmente puede sostenerse contra el peso de pruebas contemporáneas, tomadas de fuentes tan competentes.

Fray Bartolomé de las Casas, obispo de Chiapas, cuya „*Historia de las Indias*, es una autoridad importante sobre el contenido de las páginas precedentes, fué uno d



Fray Bartolomé de las Casas.

los hombres mas célebres del siglo diez y seis. Nació en Sevilla el año de 1474. Su padre acompañó á Colon como soldado raso en el primer viaje al Nuevo-Mundo, donde adquirió riquezas bastantes para colocar á su hijo en la universidad de Salamanca. El tiempo que residió allí, fué servido por un paje indio que el padre habia traído consigo de la Española. Así es que el constante y desinteresado defensor de la libertad, comenzó su carrera, siendo poseedor de un esclavo; pero este no permaneció mucho tiempo en tan abyecta condicion, pues fué uno de aquellos á quienes subsiguientemente libertaron los generosos mandatos de Isabel.

En 1498 que completó sus estudios de derecho y teología, recibió el grado de licenciado, y el año de 1502, acompañó á Oviedo en la armada mas brillante que habia sido equipada para el mundo occidental. Ocho años despues fué admitido á las órdenes sacerdotales en Santo Domingo, acontecimiento algo memorable, pues fué la primera persona consagrada para este santo ministerio en las colonias. Cuando los españoles ocuparon á Cuba, pasó Las Casas á esta isla, donde obtuvo el curato de un pequeño establecimiento. Pronto se hizo conocido del gobernador Velazquez, por la fidelidad con que desempeñaba sus deberes, y especialmente por el influjo que su suave y benévola doctrina ejercia sobre los indios. A consecuencia de esta intimidad con el gobernador, tuvo Las Casas los medios de mejorar la condicion de la raza conquistada, y desde entonces puede decirse consagró todos sus esfuerzos á tan grande objeto. Por ese tiempo el sistema de repartimientos, introducido poco despues del descubrimiento de Colon, estaba en toda su fuerza, y la poblacion indígena iba desapareciendo rápidamente bajo un sistema de opresion que pocos ejemplos habia tenido en la historia del género humano. Las Casas, conmovido con la diaria representacion del crimen y de la miseria, volvió á España á obtener del gobierno algun alivio para los desgraciados indios. Fernando murió poco despues de su llegada. Carlos se hallaba ausente; pero las riendas del gobierno estaban en manos del cardenal Ximenez, quien dió oído á las quejas del benéfico misionero, y con la entereza que le era característica, nombró una comision compuesta de tres monges gerónimos, confiriéndoles plena autoridad, segun se ha dicho en el texto, para corregir los abusos. Las Casas, en recompensa de su esfuerzos, fué honrado con el título de „protector general de los indios.”

Los nuevos comisionados se manejaron con mucha discrecion; pero su encargo era sumamente delicado, y se necesitaba algun tiempo para introducir cambios importantes en instituciones ya establecidas. El carácter ardiente é impetuoso de las Casas, haciendo á un lado las consideraciones de la prudencia, queria salvar de un golpe todos los obstáculos, y se ofendió, con la que él consideraba, tibia y contempORIZADORA política de los comisionados. Como no procuraba ocultar su disgusto, pronto hubo entre estos y el misionero muy mala inteligencia, y Las Casas regresó á la madre patria á estimular, si era posible, al gobierno á que tomara medidas mas eficaces para la proteccion de los nativos.

Encontró el pais bajo la administracion de los flamencos, que manifestaron desde el principio, un justo aborrecimiento á los abusos cometidos en las colonias, y que en suma, parecian inclinados á no tolerar el peculado y extorsiones, sino entre ellos mismos. Convinieron sin mucha dificultad en las instancias de Las Casas, quien propuso aliviar á los nativos enviando á las islas trabajadores castellanos é importando esclavos negros. Esta última proposicion originó amargas detracciones á su autor, que ha sido generalmente acusado de haber así introducido la esclavitud de los ne-

gros en el Nuevo Mundo. Otros con igual falta de fundamentos han procurado vindicar su memoria del reproche de haber recomendado la medida. Afortunadamente, por lo que respecta á esta última asercion, Las Casas en su historia de las Indias, confiesa con profundo sentimiento y humildad, el consejo que dió aquella vez, fundado, como francamente expone, en las miras mas erróneas, puesto que, para usar de sus propias palabras, la misma ley debe aplicarse al africano que al indio; pero tan lejos de haberse introducido con esta medida la esclavitud en las islas, la importacion de los negros allí dató desde el principio del siglo. Fué recomendada por algunas de las mas instruidas y benéficas personas de la colonia como el medio de disminuir el exceso de los padecimientos humanos, pues el africano era mas á propósito que el débil y afeminado isleño para sufrir el clima é ímprobo trabajo impuesto al esclavo. Fué una humana sugestion, aunque equívoca; y considerando las circunstancias y época en que ocurrió, puede perdonarse á Las Casas, especialmente si se tiene presente que luego que conoció el error, estuvo pronto á manifestar su arrepentimiento por haber apoyado indiscretamente tal medida.

Hízose el experimento que recomendó Las Casas, no con empeño, debido á la apatía de Fonseca presidente del consejo de Indias, y por lo mismo no tuvo buen resultado. El piadoso misionero concibió entonces otro proyecto mucho mas grandioso. Propuso se le concediera un extenso territorio en las inmediaciones de los famosos lugares donde se hacia la pesca de perlas, con el objeto de plantar allí una colonia, y convertir á los nativos á la cristiandad. Exigió que á ninguna de las autoridades de la isla, y especialmente á la fuerza militar, se le permitiera intervenir en sus operaciones: empeñóse en llevar al cabo por medios pacíficos lo que en otras partes se habia hecho por la violencia. Pidió únicamente que cierto número de trabajadores le acompañaran, estimulados con un premio del gobierno, y ademas cincuenta religiosos dominicos, que habian de distinguirse por un traje particular, para que los nativos creyeran que era una raza de hombres diversa de la de los españoles. Esta proposicion fué considerada como quimérica por algunos, cuyos conocimientos los hacian acreedores á que se respetase su opinion, los cuales declararon que el indio era por naturaleza incapaz de civilizacion. Fué de tal importancia esta cuestion, que Carlos V ordenó se discutiera ante él. El antagonista de Las Casas habló primero; y cuando el buen religioso contestó entusiasmado por la noble causa que iba á sostener, sin desanimarle la augusta presencia del soberano, se explicó con una elocuencia tan sublime, que afectó en sumo grado el corazon de los oyentes. „La religion cristiana,” concluyó, „es igual en sus efectos; es acomodada á todas las naciones del globo. A ninguno priva de su libertad: no conculca los derechos inherentes de nadie, bajo el pretexto de que, es esclavo por naturaleza; y será digno de V. M. desterrar una opresion tan monstruosa de sus dominios al principio de su reinado, para que así el Todopoderoso pueda hacerlo largo y glorioso.”

Al fin triunfó Las Casas. Le proporcionaron hombres y recursos para establecer su colonia, y en 1520 se embarcó para América; pero por desgracia el éxito no fué feliz. El país que se le señaló, estaba situado en las inmediaciones de un establecimiento español, que habia cometido ya algunos actos de violencia con los nativos, pues para aquietar una conmocion promovida por estos, habia enviado el jóven „almirante” una fuerza armada de la Española. El mismo pueblo ante quien Las Casas iba á aparecer como mensajero de paz, estaba ya envuelto en una mortal contienda con sus compatriotas. El enemigo se le habia adelantado á recoger sus frutos. Mientras espe-

Un importante cambio habia tenido lugar en el consejo que presidia entonces el departamento colonial. El apático é inepto Fonseca, que durante su larga administracion, se mostró, puede decirse con verdad, enemigo de todo nombre célebre y de toda buena medida relativa á los indios, habia fallecido. Su empleo de presidente del consejo de Indias, estaba desempeñado por Loaiza, confesor de Carlos. Este funcionario, que era tambien general de los dominicos, pronto dió audiencia á Las Casas, y manifestó muy buena disposicion por los planes de reforma que proponia. Carlos tambien, entrado ya en edad, parecia sentir mas profundamente la responsabilidad anexa á su elevada posicion, y la necesidad de remediar los males tanto tiempo tolerados de sus súbditos americanos. El estado de las colonias llegó á ser un punto comun de discusion, no solo en el campo, sino en la corte; y las representaciones de Las Casas causaron una impresion que se manifestaba cada dia mas claramente en el cambio de sentimientos. Promovió este, publicando en esa época algunos de sus escritos, especialmente su „Brevisima relacion de la destruccion de las Indias,” en la cual manifestó las muchas atrocidades que habian cometido sus compatriotas en diferentes partes del Nuevo Mundo, al continuar sus conquistas. Es una historia espantosa. Cada línea de la obra puede decirse está escrita con sangre. Por buenas que fueran las intenciones del autor, debe sentirse hubiera publicado este libro. Ciertamente tendria justicia en no disculpar á sus compatriotas, en pintar sus atroci-

dades con su verdadero colorido y por medio de este horrible cuadro, pues tal debía haber sido instruir á la nacion y á los que la gobernaban de la carrera de iniquidad que se seguia al otro lado de los mares; pero á fin de producir una sensacion mas profunda, prestó oídos á todas las anécdotas de violencia y rapiña, y las exageró hasta un grado que tocaba en el ridículo. La errada extravagancia de sus cálculos numéricos es por sí misma suficiente para desconfiar de la exactitud de sus aserciones en general. La verdad desnuda era demasiado terrible para necesitar la ayuda de la exageracion. Esta obra encontró gran favor entre los extranjeros: en poco tiempo fué traducida á varios idiomas, y adornada con láminas que parecia ponian en accion todas las atrocidades referidas en el texto. Diversos sentimientos excitó en sus compatriotas, particularmente entre los habitantes de las colonias, que se consideraron objetos de groseras, aunque no intentadas imputaciones; y en el trato posterior que tuvo con ellos el autor, contribuyó sin duda á disminuir su influjo y utilidad consiguiente, por el desafecto y aun resentimiento que aquellas habian engendrado.

Las buenas intenciones de Las Casas, sus miras ilustradas y su prolongada experiencia, le habian ganado en su patria un merecido favor. Era este visible en los reglamentos importantes que se hicieron en su tiempo para el mejor gobierno de las colonias, y particularmente con respecto á sus primeros habitantes. Se sancionó un código, titulado, *Las nuevas leyes*, que tenia por objeto principal las franquicias de esta desgraciada raza; y en la sabiduría y humanidad de sus disposiciones, era fácil reconocer la mano del protector de los indios. La historia de la legislacion española de las colonias es la relacion de luchas impotentes del gobierno en favor de los nativos, con la avaricia y crueldad de sus súbditos. Ella prueba que un imperio poderoso, como entonces era España, puede extenderse tanto, que teniendo mucha autoridad en el centro, apenas pueda ejercerla en sus confines.

El gobierno manifestó el aprecio que hacia de los señalados servicios de Las Casas, promoviéndole al obispado de Cuzco, una de las mas ricas diócesis de las colonias; pero la alma desinteresada del misionero no ambicionaba honores ni riquezas: renunció sin vacilar la dignidad que se le ofrecia; mas no la silla episcopal de Chiapas, pais que por la pobreza é ignorancia de sus habitantes, ofrecia un extenso campo á su celo apostólico. En 1544, sin embargo de contar la avanzada edad de setenta años, tomó sobre sí el desempeño de estos nuevos deberes, y se embarcó por la quinta y última vez para las playas de América. Su fama le habia precedido. Los colonos vieron su vuelta con temor, considerándole como el verdadero autor del nuevo código que atacaba sus antiguas inmunidades, y que indudablemente haria cumplir á la letra. En todas partes fué recibido con frialdad, y en algunas su misma persona se vió amenazada de ser tratada con violencia; pero el aspecto venerable del prelado, sus ardientes sacrificios que dimanaban tan notoriamente de sus convicciones, su generosa consagracion al bien de la humanidad, y su ninguna pretension de consideraciones personales, le preservaron de aquel ultraje. Con todo, no se manifestó dispuesto á reconciliarse con sus enemigos por medios que pudieran aparecer como una indigna concesion, y extendió el brazo de su autoridad hasta rehusar los sacramentos á todo aquel que conservase algun indio en esclavitud. Esta medida resuelta, no solo ofendió á los colonos, sino que mereció la desaprobacion de sus mismos hermanos de la Iglesia. Tres años se emplearon en desagradables disputas, sin venir á decision alguna. Los españoles, valiéndome de la fraseología que usaban en estos casos, „obedeciendo la ley, pero no cumpliéndola,“ ocurrieron á la corte por nuevas instrucciones;

y el obispo, no sostenido ya por sus hermanos, contradicho por los magistrados coloniales y ultrajado por el pueblo, abandonó un puesto en que su presencia no podía ser ya útil, y volvió á su patria á pasar el resto de sus dias con tranquilidad.

Pero aunque retirado al convento de los dominicos, no pasó las horas de su vida en indolente reclusion. De nuevo apareció como el campeón de la libertad de los indios, en la famosa controversia con Sepúlveda, uno de los mas distinguidos literatos de aquella época, y muy superior á Las Casas en la elegancia y esmero de sus composiciones. Mas el obispo de Chiapas le excedia en argumentos, al menos en una materia donde tenia de su parte la razon y la justicia. En sus „Treinta proposiciones,” en las cuales reasume los principales puntos de la cuestion, sostiene que la circunstancia de infiel no puede privar á una nacion de sus derechos políticos: que la Santa Sede, al conceder el Nuevo Mundo á los soberanos católicos, solo quiso conferirles el derecho de convertir á sus habitantes á la cristiandad, y de esta manera ejercer sobre ellos una autoridad pacífica; en fin, que no podia ser válida la supremacía que se apoyara en otros fundamentos. Esto era atacar los cimientos del imperio colonial tal como se lo habia abrogado Castilla; pero las miras filantrópicas de Las Casas, el respeto conservado á sus principios, y tal vez la conviccion general de la fuerza de sus argumentos, hicieron que la corte no se ofendiera de que los hubiese propuesto, y estimulado á que se obrara con arreglo á ellas. Cuando no se permitió publicar los escritos de su adversario, tuvo la satisfaccion de ver los suyos impresos, circulando por todas partes.

Desde esta época distribuyó el tiempo en sus deberes religiosos, sus estudios y la composicion de sus obras, especialmente de la Historia de las Indias. Su constitucion naturalmente buena, se habia robustecido con una vida de temperancia y trabajo, y conservó despejadas sus facultades hasta lo último. Murió despues de una breve enfermedad, en julio de 1566, á la avanzada edad de noventa y dos años, en su monasterio de Atocha en Madrid.

El carácter de Las Casas puede inferirse de su carrera. Fué uno de aquellos á cuyo entendimiento particularmente dotado, se revelaron las verdades sublimes de la moral, que como astros brillantes están fijas y son siempre las mismas; pero que, aunque ahora bastante sabidas, estaban entonces ocultas á todos, por la obscuridad general de la época en que vivian. Fué un reformador, y tuvo las virtudes y errores de tal. Estuvo inspirado de una grande y gloriosa idea, que fué la clave de todos sus pensamientos, de todo lo que dijo y escribió, de todos los actos de su dilatada vida. Fué esta la que le obligó á levantar la voz de la censura en presencia de los principes; á desafiar las amenazas de una poblacion enfurecida, á surcar los mares, á atravesar montañas y desiertos, á incurrir en el desafecto de sus amigos y en la hostilidad de sus adversarios, á sufrir detracciones, insultos y persecucion. Fué tambien la que le hizo despreciar los obstáculos y descansar con demasiada confianza en la cooperacion de los otros; la que animó sus controversias; la que aguzó su invectiva; la que empapó tantas veces su pluma en la hiel de la censura personal; la que le condujo á plagar sus escritos de groseras exageraciones y á recargar sus coloridos; la que le llevó á una ciega credulidad del mal, que le volvió no muy seguro consejero, y desgraciado en las ocupaciones prácticas de la vida. Sus motivos eran puros y elevados; pero la manera con que los puso en ejecucion no fué siempre digna de alabanza. Esto puede colegirse no sola del testimonio general de los colonos, que como parte interesada, pueden suponerse preocupados en su contra, sino del de los individuos de su misma profesion, personas de elevados puestos y de integridad conocida, sin añadir

el de los misioneros, que se ocuparon como él de la misma buena obra. Estos en las cartas y conversaciones, que existen escritas, acusan al obispo de Chiapas de un genio arrogante y falto de caridad, que ofuscaba su juicio y le hacia desahogarse en infundadas acriminaciones contra los que resistian sus proyectos ó diferian de su opinion. En una palabra, Las Casas era hombre; pero si tuvo los errores propios de la humanidad, le adornaron virtudes que pocas veces pertenecen á ella. El mejor comentario sobre su carácter es la estimacion que obtuvo en la corte de su soberano. Despues de su última vuelta de América se le señaló una liberal pension, que casi toda consumia en objetos de caridad. Ninguna medida de importancia con relacion á los indios se tomó sin su consejo. Vivió para ver los frutos de sus esfuerzos en la mejora positiva de la condicion de aquellos, y en la admision popular de las grandes verdades que habia sido el grande objeto de su vida revelar. ¿Y quién podrá decir cuántos de los felices esfuerzos y argumentos hechos despues en favor de la humanidad perseguida, pueden atribuirse al ejemplo y doctrinas de este ilustre filántropo?

Sus escritos fueron numerosos, los mas de ellos no de mucha estension. Algunos fueron impresos en su tiempo; y otros han aparecido despues, especialmente en la traduccion francesa de Llorente. Su grande obra que le ocupó en intervalos mas de treinta años, la *Historia general de las Indias*, aun permanece manuscrita. Se compone de tres volúmenes divididos en otras tantas partes, y comprende la historia colonial desde el descubrimiento del pais por Colon, hasta el año de 1520. El estilo de la obra, así como el de todos sus escritos es comun, inconexo, y excesivamente difuso; abunda en repeticiones, digresiones fuera de propósito y citas pedantes; pero está sembrada de páginas de una clase diferente; y cuando el autor se halla poseido del deseo de manifestar alguna grave injuria hecha á los nativos, su lenguaje sencillo se convierte en el de la elocuencia, y explica aquellos grandes é inmutables principios de justicia natural que en sus dias eran tampoco entendidos. Su defecto como historiador, es que escribió los acontecimientos históricos como todo lo demas de su obra, bajo la influencia de una idea dominante. Siempre está abogando por la causa de los perseguidos indios. Esto comunica el mismo colorido á sucesos que pasaron en su época, y le hace creer ciegamente los que habian referido otros. Gran parte de lo escrito antes con relacion á los acontecimientos de Cuba, debe haber dimanado de sus propias observaciones; pero casi le era imposible prescindir de su primera deferencia á Velazquez, quien como hemos expresado le trató, cuando era un pobre cura de la isla, con señalada confianza, y por otra parte parece haber tenido un profundo desprecio por Cortés. Vió el principio de su carrera, cuando probablemente estaria, con el sombrero en la mano á la puerta del orgulloso gobernador, manifestándole su gratitud aun por una sonrisa de aprobacion. Las Casas recordaba todo esto; y cuando vió al conquistador de Méjico adquirir una gloria y renombre que ofuscó el de su antiguo favorecedor, muy de mala fé, y á sus expensas como él juzgaba, el buen obispo no podia contener su indignacion. No estaba en su arbitrio hablar de aquel sin la espresion del desprecio; como de un simple aventurero con fortuna.

La existencia de defectos semejantes á este y el temor de las falsas ideas que seguramente habian de producir, fué lo que impidió tanto tiempo la publicacion de la *Historia*. A su muerte la legó al convento de San Gregorio de Valladolid, previniendo no se imprimiese en cuarenta años, y que durante este tiempo, no la viese ningun

secular ó miembro de la religion. Con todo, se permitió á Herrera consultarla, y trasladó libremente su contenido á los volúmenes que publicó en 1601. La Real Academia de la historia revisó el primer tomo de Las Casas algunos años despues con la mira de publicar toda la obra; pero el indiscreto y quimérico estilo de la composicion, segun Navarrete, y la consideracion de que los hechos mas importantes que contenia, eran ya conocidos por otros conductos, indujeron á aquella corporacion á abandonar el proyecto. Respetando su opinion, me parece que padeció un equívoco. Las Casas con todos sus defectos, es uno de los grandes escritores de la nacion; grande por las importantes verdades que descubrió cuando ningun otro pudo verlas, y grande por el valor con que las proclamó por todo el mundo. Están esparcidas en su historia, así como en sus otros escritos; pero no son estos los pasajes transcritos por Herrera. En la relacion de los sucesos, aunque parcial y preocupado, ninguno le acusará de falta de integridad; y como un ilustrado contemporáneo, su testimonio es de un valor innegable. Es debido á la memoria de Las Casas manifestar, que si su obra hubiera de darse al público íntegra, no deberia ser por medio de los mutilados extractos de un escritor que no fué buen intérprete de sus opiniones. Las Casas no habla por sí mismo en las cortesanas páginas de Herrera. Sin embargo, la Historia de las Indias no se deberia publicar sin los comentarios correspondientes para ilustrar al lector y precaverle contra las preocupaciones injustas del obispo. Tal vez el manuscrito íntegro se dará á luz algun dia bajo los auspicios de aquella distinguida corporacion, que ha hecho tanto en esta línea para la ilustracion de la historia nacional.

La vida de Las Casas se ha escrito varias veces. Las dos memorias mas dignas de mencionarse son la de Llorente, último secretario de la inquisicion, inserta en la traduccion francesa de los escritos de controversia del obispo, y la de Quintana en el tercer tomo de su obra titulada: „Españoles célebres,” donde presenta un trozo verdaderamente bello de composicion biográfica, enriquecido con un juicio crítico literario tan agudo como exacto. Me he extendido tanto en esta noticia, por el carácter interesante del personaje á quien se refiere y lo poco que de él sabe el lector ingles. Tambien he trasladado un pasaje original de su obra en el apéndice, para que el literato español pueda formar idea del estilo con que está escrita. Deja de ser autoridad para esta obra en lo de adelante, porque sus relaciones sobre la expedicion de Cortés terminan con la destruccion de la escuadra.

NOTA DEL EDITOR MEJICANO.

Habiendo tratado largamente el Sr. Prescott en los libros precedentes del culto de los mejicanos, y de algunas semejanzas que tenia con el cristiano, ha parecido conveniente publicar aquí como lo ofrecimos, lo que nuestro célebre literato el P. D. Servando Mier, ha escrito sobre esto en el Apéndice á su tomo II de su Historia de la Revolucion de Nueva-España, publicada en Lóndres bajo el nombre del Dr. D. José Guerra, suprimiendo el principio que solo es relativo á su negocio personal sobre su célebre sermon de Guadalupe. Dice, pues, así:

„Apenas los españoles se acercaron al continente de América en 1518, desembarcando en Cozumel junto á Yucatan, hallaron muchas cruces dentro y fuera de los templos, y en su patio almenado puesta una cruz grande, en cuyo contorno hacian procesion pidiendo á Dios lluvias, y á todas las veneraban con grande devocion. De ellas se hallaron en todo Yucatan, aun sobre el pecho de los muertos de antiguo se-

pultados. De aquí vino que los españoles le comenzaron á llamar Nueva-España. En tal relacion convienen todos unánimes.

Herrera dice: (décad. 2, lib. 3, cap. 1). „Que Gomara cuenta que algunos españoles pensaron, que quizá huyendo de los moros, algunos de sus antepasados irían por allí, pero que él no lo cree; y aunque en otra parte dice que no se pudo saber de dónde les habían venido á los indios las cruces y tanta devocion con ellas, bien pudo salir de esta duda, porque imprimió su historia en 1553; y desde 1527, el adelantado Francisco de Montejo comenzó la conquista de Yucatan, y en algunas provincias que le recibieron pacíficamente, especialmente en Tutulxiú, cuyo cabeza es Mini, (14 leguas de donde ahora es Mérida,) se entendió que pocos años antes que llegasen los castellanos, un indio principal, sacerdote, llamado Chilam-Cámbal, tenido entre ellos por gran profeta, dijo que dentro de breve tiempo iría de hácia donde nace el sol gente barbada y blanca, que llevaría levantada la señal de la cruz que les mostró, á la cual no podrían llegar sus dioses y huirían de ellos, y que esta gente había de señorear la tierra: y que dejarían sus ídolos y adorarían un solo Dios, á quien aquellos hombres adoraban. Hizo tejer una manta de algodón, y dijo que de aquella manera había de ser el tributo que se había de pagar á aquellas gentes, y mandó al señor de Mini, que se llamaba Mochanxiu, que ofreciese aquella manta á los ídolos para que estuviese guardada, y la señal de la cruz hizo hacer de piedra, y la puso en los patios de los templos adonde fuese vista, diciendo que aquel era el árbol verdadero del mundo, y por cosa muy nueva la iban á ver muchas gentes, y la veneraban desde entonces. Y esta fué la causa que preguntaron á Francisco Hernandez de Córdoba si iban de donde nacía el sol; y cuando fué el Adelantado Montejo, y los indios echaron de ver que se hacía tanta reverencia á la cruz, tuvieron por cierto lo que les había dicho su profeta Chilam-Cámbal.”

Herrera queda muy satisfecho con esta relacion, como si no fuera tan disparate haber ido allá los españoles en tiempo de los moros, como poner un profeta que mande ofrecer dones á los ídolos. Profetas verdaderos entre idólatras solo pudieron ocurrir á los españoles, que á cada paso los encontraban en Indias, por el cuento de las sibilas, y la historia de Balán. Pero está demostrado que las profecías de las sibilas, fueron una ficcion piadosa de los primitivos cristianos: y así donde el misal romano lee en la secuencia de difuntos: *teste David cum sibilla*, substituyó el parisiense: *crucis expandens vexilla*. Balán, así como Job, aunque no eran israelitas, eran siervos del verdadero Dios que adoraban, aunque el primero prevaricase para dar un mal consejo.

Aun dado el caso de un mal profeta en un caso de extraordinaria providencia, no era para el caso de Yucatan, porque tendríamos que admitir muchos, cuyas profecías á estilo oriental produjo Montemayor en su historia de Yucatan, con sus nombres y los tiempos en que existieron. Pero esos serían sacerdotes ó sabios, que en diferentes tiempos recordaron la primitiva de Chilam-Cámbal, la cual es la mas larga, célebre y conocida; y se engaña mucho Herrera, ó los que se lo contaron, en decir que existiera pocos años antes de la conquista, porque los indios, segun dicho Montemayor, le daban cuatro edades de antigüedad, y ajustada la cuenta, viene á ser en los primeros siglos de la Iglesia. Es verdad que Montemayor insiste en que no era su nombre Chilam-Cámbal, porque él vió escrito Chilam Balan, y no advierte, que esta novedad contra el testimonio de todos los autores españoles, es una corrupcion manifiesta por la semejanza de letras para aludir al profeta Balán; y acabaría de conven-

cerse, si supiera que Chilam—Cámbal en lengua china significa Santo Tomás. Y no hay que admirarse de que venga á traer de China la interpretacion, porque haré ver que de allá vino la voz del evangelio á las Américas; así como el calendario mejicano, que dicen les trajo el predicador, es casi idéntico al de los tártaros chinos, y la lengua mejicana está llena de palabras chinas. Desde luego, con solo leer en el viaje de lord Macartnei las terminaciones de los nombres de los magnates de aquel imperio, se verá que son las mismas de los mejicanos, con la partícula reverencial *tzin* &c. &c.

Tenemos mejores testimonios en Remesal, *Histor. de Chiapa, lib. 5, cap. 7*, cuando el santo obispo de Chiapa llegó á Campeche el año de 1544, de paso para su obispado con religiosos dominicos. „No solo averiguaron ellos lo mismo que Montejo, sino que los indios se bautizaban todos sin falta, dando al bautismo el nombre de renascencia, como Jesucristo le llama en el evangelio: *nisi quis renatus fuerit ex aqua, &c.*; y que lo recibían con las mismas ceremonias de los cristianos, hasta imponiendo el lienzo blanco y con exorcismos, ayunando antes tres dias los padres, y guardando continencia ocho dias despues, y confesándose los que eran grandecillos, como en la primitiva Iglesia los catecúmenos. Y todos usaban la confesion y otras muchas ceremonias de la Iglesia.”

El santo obispo envió á visitar en su nombre el interior un clérigo, Francisco Hernandez, perito en la lengua, y este le escribió: „que habiéndoles preguntado por su creencia antigua, respondieron, que creían en la Trinidad, á cuyas personas daban los verdaderos nombres en su lengua, con perfecto conocimiento del resto de la religion de Jesucristo, en cuya memoria ayunaban el viernes dia de su muerte, y veneraban á su Madre vírgen: que aquella doctrina venia de padres á hijos de tiempos antiguos, en que vinieron veinte hombres, y el principal de ellos se llamaba Cozas, los cuales mandaban que se confesasen las gentes y ayunasen.” El santo obispo refiere todo esto y mas en su Historia apologética de las Indias, como puede leerse en Remesal, *ubi supra*, y en Torquemada, tom. III, lib. 15, cap. 49, y concluye el obispo. „En la tierra del Brasil que poseen los portugueses, se imagina hallarse rastro de Santo Tomás apóstol, y parece haber sido en Yucatan nuestra santa fe sabida. Ciertamente esta tierra y reino da entender cosas mas especiales y de mayor antigüedad que en otras partes de las Indias, por las grandes, admirables y excesivas maneras de edificios y letreros de ciertos caracteres, que en ninguna otra parte se hallan. Finalmente, secretos son estos que solo Dios los sabe.”

Hanse averiguado muchos de estos despues del tiempo del santo obispo; pues quien leyere las crónicas del Brasil, especialmente del padre Manuel de Nóbrega, verá que allí conservaron hasta el nombre de Jesus y María, y el de Santo Tomé que les habia predicado. Apenas los españoles pusieron el pié en las riberas del Río de la Plata, que el comisario de San Francisco, que fué destinado con otros cuatro religiosos para allá, no pudiendo entrar en el rio, fué al puerto de Don Rodrigo, que hoy llaman, dice él, de San Francisco, y escribe á un consejero de Indias desde allí, en 1.º de mayo, año 1538:” que los cristianos fueron recibidos como ángeles de los indios, de quienes averiguó que cuatro años antes habia habido allí un profeta, llamado Eguira, que les anunció, que presto llegarían cristianos hermanos de Santo Tomé á bautizarlos, y no les hiciesen mal, y así les hacían infinito bien: y dice, que halló que en los cantares que les enseñó á los indios, mandaba, que se guardasen los mandamientos y otras muchas cosas de los cristianos. Ved la Carta en Torquemada, tom. III, lib. 5, cap.

48. Ellos, pues, referían su cristianismo á Santo Tomé, y el mismo sería el Eguia-ra que dice haber precedido cuatro años, y serían cuatro edades como en Yucatan, si no fué algun sacerdote que recordase la profecía.

En una palabra, que un hombre venerable, barbado, blanco, pelo y barba larga, con un báculo, predicó en toda América una ley santa, y el ayuno de cuarenta días, y levantó cruces que los indios adoraban, y les anunció que vendrían del Oriente hombres de su misma religion á enseñarlos y dominarlos, es un hecho tan constante en todas las historias que han escrito los españoles, no menos que en los geroglíficos mejicanos y quipos peruanos, que es necesario creerlo, ó abandonarse á un ciego pirronismo. El *Viracocha* barbado del Perú no era otra cosa, y de él tuvieron los incas la cruz que guardaban con veneracion en su palacio, y la prediccion de que irían gentes barbadas y blancas: y por eso llamaron á los españoles *viracochas*: y aun conservaron el nombre de Santo Tomé, pues por eso á nuestros sacerdotes llamaron Paytumes, ó padres tomés, aunque á los suyos llamaban moanes. Santa Cruz de la Sierra llamóse así, porque los indios les presentaron una que conservaban con veneracion grabada en una piedra. No necesito decir mas, porque hasta de Garcilazo consta que por semejantes tradiciones se sujetaron los peruanos sin efusion de sangre á los españoles, segun les estaba mandado de antiguo por sus incas.

En Méjico la turbacion de Montezuma, sus consultas con el rey de Tezcuco luego que Juan de Grijalva arribó por la primera vez á la costa de Nueva-España, los regalos que envió á Cortés &c., no provinieron sino de la misma profecía ó tradicion, con que esperaban á su antiguo predicador *Quetzalcóhuatl*, ó gentes de su religion. Es necesario leer sobre esto á Torquemada, Monarqu. ind., tom. I, lib. 4, cap. 14. Y dice Boturini que vió en los geroglíficos de los mejicanos, que puntualmente llegó Cortés en el mismo año y carácter *ce acatl* en que ellos aguardaban á *Quetzalcóhuatl*; de suerte que cuando Cortés llegó, no era la dificultad de reconocerle como señor, sino de saber si era el mismo ó venían de su parte, pues en muchas señales convenían, aunque la crueldad y rapacidad de los españoles, agena de *Quetzalcóhuatl* los detenía. A probar que Cortés lo era para someterse á él, se dirigieron todos los discursos de Maxiscáztin en el senado de Tlascala. Sobre explorar esto, rodaron todas las conferencias de Montezuma con Cortés, como consta de todos los historiadores, pues Montezuma no se intitulaba sino teniente de *Quetzalcóhuatl*, y todo el arte de Cortés estaba en persuadirle que el rey de España era este. Así le escribe en su primera carta á Carlos V: *yo le respondí á todo lo que me dijo, satisfaciendo aquello que me pareció que convenia, especialmente en hacelle creer que V. M. era á quien ellos esperaban*. Engañado así Montezuma, juntó los reyes y señores de su imperio, y arengándoles con la misma tradicion que sabían y estaba escrita en sus monumentos, se reconoció por feudatario del supuesto *Quetzalcóhuatl*. Y no solo en cada reino del interior se halló la misma tradicion de gentes del Oriente que debían venir, aun en las Antillas se encontró la misma, y por eso en todas partes se les recibió como una raza santa, sino que contradiciéndolo despues con sus costumbres, los indios se recelaban de haber sido engañados, y testificaban los misioneros que no cesaban de explorar si sabían sus antiguallas, y de preguntarles en Méjico, ¿dónde era *Huehuetlapallan*, adonde se habia ido *Quetzalcóhuatl*?

Ningun misionero de los que han escrito hasta hoy ha dejado de apuntar los vestigios claros del cristianismo que encontraban hasta entre las tribus salvajes, de cuyos testimonios pudiera formar un grueso volumen. Ya que no es este lugar, indicaré

siquiera algunos de los principales que han tratado la materia, para que otros puedan instruirse, si Dios no me diere vida para demostrar todo esto de propósito. Desde el siglo diez y seis escribió el dominicano Fr. Diego Durán en Méjico para probar esto, exhibiendo las pruebas que hallara en los escritos y prácticas de los indios. Su historia que no pudo imprimir, se vendió al padre Tovar, jesuita, (véase la *historia de Santo Domingo de Méjico* por Dávila Padilla, última hoja,) quien la dió al padre Acosta: y este la imprimió en su historia de Indias, sin mentar al autor que no hizo sino copiar, como le echa en cara Torquemada, ni podía hacer otra cosa, pues no estuvo sino de paso en Nueva-España, ni entendía una palabra de lengua mejicana. Si la entendiese, ¿hubiera asentado el desatino de que los mejicanos no tenían palabra con que significar á Dios como los griegos, cuando es tan semejante el *teotl* de aquellos al *theos* de estos? No ha habido nacion que tuviese ideas mas claras de Dios y de todos sus atributos, como adelante diré (§). En dicha historia de Acosta se leen á cada paso vestigios claros del cristianismo en las ceremonias religiosas de los indios, y en su creencia así sobre la Trinidad, como sobre la eucaristía, la penitencia &c, sino que el padre Acosta lo atribuye todo á enseñanza del diablo, que dice quiso hacer la mona de Dios. ¡Al diablo verdaderamente se le ofrece meterse á fabricante de cruces y maestro de doctrina cristiana! Muy tonto lo quiere hacer, cuando siendo enemigo del evangelio, lo suponen preparando los ánimos para recibirlo, con hacerles antes creer sus mas elevados misterios. El diablo y los profetas idólatras son sin embargo el recurso continuo de todos los escritores españoles para eludir los testimonios, que á cada paso han encontrado de la predicacion evangélica, y ya sabe que efugios tan ridículos y desesperados en hombres tan hábiles como Acosta, solo sirven para acabar de demostrar que los hechos son innegables. Tal vez Acosta, dedicando su historia á los reyes, no se atrevió á declarar lo que sentía, porque por lo que dice sobre esto en su obra de *Procuranda Indorum salute*, se conoce que él creía sobre eso otra cosa mas que el diablo.

En el mismo siglo, el arzobispo de Santo Domingo, Dávila Padilla, cronista real, escribió un libro para probar la predicacion apostólica en las Indias; y aunque no se imprimió, él mismo la cita en su *historia de Santo Domingo de Méjico*, y otros autores, como Maluenda de *Anti-Cristo*, el cual, sin embargo de no haberle leído ni á Durán, trae bastante y dice, que si alguno porfía en sostener la dicha predicacion, él cederá sin mucha dificultad.

Siguióse el célebre padre Torquemada, y siguiendo á los primeros misioneros, trae bastante y bueno para probar la predicacion apostólica en las Indias, en su *Monarqu. Ind.*, tom. III, lib. 19, cap. 48 y 49; sino que temeroso del gobierno, despues de haberlo contado todo como verdadero, citando misioneros respetables, concluye como

[§] *El error de Acosta, provino de haber oído á los mejicanos usar siempre de la palabra Dios, aun hablando en su lengua; y no sabia que esto vino del empeño que tomaron los misioneros franciscanos de que no llamasen á Dios con los mismos términos de su lengua propia, para que no formasen, decían, igual idea del verdadero, que la que tenían de los dioses falsos. Los dominicanos replicaban, que no lo habían sido menos los de los griegos y latinos, y los apóstoles no les mudaron el nombre de Dios por el hebreo, y que los indios se desatinaban no pudiendo fijar idea alguna con la palabra Dios. Al cabo uniéndose algunos dominicanos á la multitud franciscana, prevaleció la opinion de estos, que por cierto era desatinada.*

dudando que no debió de tenerse por cierto, pues no se hizo caso de cosa que tanto lo merecia, y que puede ser lo enseñase todo el diablo como mona de Dios.

Luego en principios del siglo diez y siete escribió otro religioso no menos instruido y caracterizado que él, el padre Betancurt, y prueba largamente que los indios creían y usaban los siete sacramentos, como en él puede verse. De ahí el padre Remesal, hombre muy verídico, trae todo lo que de él citamos antes y mas, aunque él también se parapeta un poco con el diablo. ¡Pobres indios! ya que no se puede negar que tuvieron noticia del evangelio, su apóstol habia de ser el mismo diablo! Pero *el diablo está en Cantillana*, decia asustado el alcalde de esta villa, por no atreverse á revelar que allí estaba Don Pedro el Cruel, y el temor del gobierno ha impedido explicarse á los autores, especialmente á Remesal, cuya obra en América y España sufrió para su impresion una oposicion terrible.

Ha habido otros que la han hecho de propósito á la dicha predicacion para adular al gobierno. Tal es el célebre Solórzano, que trabajando *de jure Indiarum* para establecer los títulos del dominio de los reyes de España sobre ellas, y habiendo fijado por principal la bula de Alejandro VI y la predicacion del evangelio, arremete contra las pruebas de estar hecha por Santo Tomás. Pero habiendo salido luego á la luz y en favor de ella las obras de Fr. Gregorio García, dominicano, y de Fr. Antonio Calancha, agustiniano, se retracta en su *Política indiana*, lib. 1, cap. 7, diciendo: „que no se opone á la tal predicacion apostólica, respecto de la mucha diligencia que en averiguarla testifican haber puesto estos autores;” bien que todavia no se despidе enteramente de sus favoritas monerías del diablo, y advierte que estando ya olvidada la fe, eso nada perjudica á los derechos de S. M. Acabara de reventar, y dijera claro cuál era el móvil de su oposicion.

Dichos dos autores que citó, y á los cuales dice se debe leer precisamente, arrojaron de una vez la máscara sin precaucion ninguna. El primero era europeo, autor de la *Historia de los incas*, de la *Eclesiástica de Indias*, del *Origen de los indios*, reimpresso en Madrid, aunque la menos valuable de sus obras; y en esta apuntó algo de lo que escribió despues en su *Predicacion del evangelio en el Nuevo Mundo, viviendo los apóstoles*. Es un tomito en octavo, impreso en Baeza. Trae muchas y muy buenas pruebas, como por ejemplo: haberse encontrado entre los indios toda la Biblia en figuras, lo que pareciéndole no se le habia de creer en España, pidió á los misioneros en Veracruz le diesen su testimonio por escrito, como lo ejecutaron. Ya Torquemada contaba, *ubi supra*, que los misioneros habian encontrado en poder de los indios, figurados varios articulos de la fe, como la resurreccion y la crucifixion de Jesucristo, aunque no lo tenían pintado en la cruz con clavos sino atado; y la imágen de la Virgen con otras dos santas, sino que aquella tenia una cruz en el pelo, y eso decian significar que era mas santa. No se fija García en apóstol, aunque cuenta, que unos creían hubiese sido San Bartolomé, que predicó en la India citerior, y que creyendo suya, por la semejanza, una imágen que tenían los indios, le hacían gran fiesta los mestizos del Cusco; y otros, que el apóstol Santo Tomás que predicó en la India ulterior; y de haber predicado en la China trae la relacion que sobre eso dieron sus sabios, habiendo registrado sus archivos de órden de una emperatriz.

El padre Calancha, criollo de la ciudad de la Plata ó Chuquisaca, prometiendo todavia mas en otros tomos de su *Crónica de San Agustín del Perú*, ocupa todo su libro 2 del único tomo que yo he visto, en probar la predicacion evangélica en todas las Indias por el apóstol Santo Tomás, único de quien los Padres digan se remontó á

naciones bárbaras y desconocidas. En efecto, todos lo hacen apóstol de los partos, y en esta palabra los antiguos entendían hasta los chinos y los verdaderos indios, así llamados del río Indo, ó sea de su rey Indo.

En dicho libro verá el lector la multitud de autores españoles y extranjeros que han sostenido la dicha predicación, como Fr. Alonso Ramos en su *Historia de Copacavana*, Rivadeneira en su *Flos Sanctorum*, vida de Santo Tomás, y otros muchos. Allí verá que los misioneros, así como en Méjico, se empeñaron en quemar como figuras mágicas los escritos de los indios: en el Perú hacían picar los letreros grabados en piedras, que los indios veneraban como reliquias ó memorias del varón venerable que les predicó una ley santa; lo que sabido por Santo Toribio, arzobispo de Lima, mandó cubrir los lugares donde estaban con capillas, juzgando digna de respeto tal tradición. Allí se verá cómo por los cantares de los peruanos y sus quipos (de quienes da mejor idea que cuantos autores he visto, excepto un italiano, que ha puesto este género de escritura en tal claridad, que ha escrito en hilos hasta canciones quichuas), constaba, que un varón santo, blanco, barbado, ojos azules, pelo largo, vestido de blanco, capa judía de varios lienzos ó piernas, con sandalias, un libro bajo el brazo, y dos discípulos, les predicó el evangelio, dió las cruces, derribó los ídolos é hizo muchos prodigios: relación y señales que cuadran admirablemente con el *Quetzalcóhuatl* de Méjico, llamado en Yucatan, Campeche &c. (país que los mejicanos llaman Onohualco), Cozas, Cocolcan, y Chiluncámbal.

Que *Quetzalcóhuatl* fuese Santo Tomás, lo sostuvo el célebre matemático é historiador, cosmógrafo mayor de las Indias, Don Carlos de Sigüenza y Góngora, en su obra intitulada, *Fénix del Occidente el apóstol Santo Tomás*, que citan Don Nicolás Antonio, Pinelo, la *Biblioteca mejicana* de Eguiara &c. El canónigo Uribe, en su dicamen sobre el sermón del Dr. Mier, dice, que creía se quedó esta obra solo intentada; y yo creo que necesitaba estudiar mas, y hubiera leído en la *Libra astronómica* de dicho autor, que le imprimió en Méjico el Factor del rey: que este, enumerando en el prólogo las obras de Sigüenza, con distinción de las completas y comenzadas, pone entre aquellas la del *Fénix*, y da un análisis de ella, por el cual sabemos que *Quetzalcóhuatl* era su Santo Tomás. El mismo Sigüenza, en el prólogo de su *Paraíso Occidental* la cita como acabada, sino que no salía á luz por falta de medios. Al mismo tiempo, esto es, mediado el siglo pasado, un jesuita mejicano escribió en Manila la *Historia del verdadero Quetzalcóhuatl, el apóstol Santo Tomé*.

Del mismo parecer fué el famoso Becerra Tanco en su *historia de Guadalupe*, cuyo voto por ser de un tan gran maestro de lengua mejicana es de un gran peso. Boturini en su *Idea de una nueva historia general de las Indias*, prometió probar lo mismo con los muchos documentos que sobre esto había recogido en su museo. Por su muerte y encargo trató de escribir la nueva historia el caballero Veytia, natural de la Puebla de los Angeles, y lo desempeñó bastante bien en esta parte. Sus varias obras corren MSS., y he visto una colección de ellas en la secretaría de gracia y justicia de Indias. Es verdad que Clavijero en su *Storia antica d'il Messico*, aunque no se atreve á negarlo por saber que lo sostuvo Sigüenza, en cuyas obras siempre se admira la solidez y la erudición, bien que él nunca vió la obra de que se trata, no le sigue en esta opinión. Pero no se debe hacer caso de lo que dice en italiano, porque habiendo el jesuita español Diosdado, á quien comunicaba con su mesa su obra, delatádola al consejo de Indias, este no quiso conceder su impresión en castellano, á pesar de las instancias del cronista Muñoz; y para hacerla pasar en italiano dedicada á la Uni-

versidad de Méjico, Clavijero recortó y añadió notas contra su texto y contra Casas: flaqueza que Dios le castigó, me decían en Roma los exjesuitas americanos, y no llegó á recibir el grado de doctor, ni el regalo que le envió la Universidad. No obstante, el referirse á la *Crónica de Tehuantepec* por el dominicano Burgoa, en que apoya la predicacion de Santo Tomás, indica lo que él no se atrevía á decir. Finalmente ha sostenido el mismo dictámen el célebre anticuario y gran lengua mejicana, Licenciado Borunda, abogado respetable cargado de familia, á quien el mal arzobispo Haro despojó de su obra MS. y arruinó, incluyéndole en su escandaloso edicto contra el doctor Mier.

Entre las maniobras inicuas con que se trató de perder á este, habiendo pedido el fiscal del consejo pasase su sermon á censura de la Academia de la historia, el venal secretario del consejo Cerdá le pasó todo lo que era contra el doctor Mier, para obligarla á condenarle, suprimiendo la defensa que este habia presentado. Y á fin que de palabra no pudiese instruir los académicos, se le suscitó una intriga frailesca para que estuviese arrestado. Entonces el predicador escribió una disertacion, en que probaba la predicacion del evangelio por Santo Tomás ó *Quetzalcóhuatl*, y reducía toda la mitología mejicana, especialmente la del tiempo de los toltecas, ó de los dioses llamados *Tlaloques* (esto es, el paraíso), á Dios, Jesucristo, su Madre, Santo Tomás, y sus discípulos ó mártires, que murieron en la persecucion de *Huémac*. Esta disertacion la envió con algunos libros al célebre doctor Traggia, cronista real de Aragon, conocidísimo por sus obras en la república literaria, que era el anticuario y bibliotecario de la academia y uno de los censores; el cual habló así resueltamente en plena academia; „confesemos de buena fe que no sabemos una palabra de antigüedades americanas: el doctor Mier me ha enviado algunos libros con una disertacion digna de ser presentada aquí y de darle lugar á su autor: y aseguro á ustedes que si para sostener la predicacion de Santiago en España, tuviésemos la décima parte de las pruebas que tienen los americanos para defender la de Santo Tomás en América, cantaríamos el triunfo (†). Este sabio académico defendió no solo todo el sermon del doctor Mier, sino la obra de Borunda, y su dictámen fué el que aprobó la academia, que en cuerpo examinó en mas de siete meses el asunto, casi sin ocuparse de otra cosa en cada sesion. En fin, habiendo dicho en Paris al doctor Mier que el autor de las notas á Carli era Langles, bibliotecario nacional; como este, aunque deista segun las notas, decidía en ellas, que era indisputable absolutamente la predicacion del evangelio antigua-

[†] *El que obtuvieron los españoles en Roma contra el cardenal Baronio para restituir la leccion de haber predicado Santiago en España, se debió á los falsos cronicones de Luitprando &c., que entonces pasaban por verdaderos, y hoy se sabe que fueron fingidos por el P. Roman. La autoridad que se alegaba de San Isidro en las Vidas de los Patriarcas, tampoco vale, despues que el obispo de Guadix de Critices arte probó que no era tal obra del santo. El argumento terrible de Natal Alejandro: que si hubiera habido tal tradicion, la hubiera alegado el obispo de Santiago disputando la primacia al de Toledo en un concilio romano; argumento á que los españoles respondian que no habia ido tal obispo de Toledo, resucitó con mas fuerza, desde que á fines del siglo pasado la Academia de la Historia extrajo documentos del archivo de Toledo, de que su obispo en aquel año se disponia á pasar á Roma. Ningun sabio en España cree tal predicacion de Santiago. La de San Pablo si que tiene gravisimos fundamentos hasta en el mismo cum in Hispaniam proficisci caepero: escribe á los romanos.*

mente en América, le escribió una larga carta latina, en que lo apoyaba, probando haber sido Santo Tomás ó *Quetzalcóhuatl*, la cual leyó con gusto el célebre obispo de Blois Gregoire, y le confesó ser probabilísima la predicacion allí de aquel apóstol: los jesuitas americanos en Roma copiaron ávidamente tambien la misma carta.

¡Qué lástima que el miedo haya impedido en Méjico dar sobre este punto las instrucciones competentes al sabio baron de Humbolt, y que éste dando á luz en una edicion tan magnífica las antigüedades mejicanas, y la historia de *Quetzalcóhuatl*, la copie literalmente con las equivocaciones de los antiguos misioneros, y gaste su exquisita erudicion en buscar un pueblo adorador de culebras para comparar el mejicano! Ya se habia intentado confundir á los indios con los judíos, porque teniendo aquellos la historia de estos en sus escritos simbólicos, con la antigüedad se confundió la de los unos con la de los otros, como se nota á cada paso en Torquemada, y que sacaron muchas leyes y prácticas de ella, ó quizá del cristianismo. Ahora se querrá volver á la cantilena, porque los judíos llegaron á adorar la serpiente de metal que Moises levantó en el desierto: y si la cosa llega á manos de Dupuy, qué sé yo dónde iremos á parar. Conque es menester decir algo sobre esta culebrería.

¿De dónde consta que los méjicanos adoraban las culebras? Es claro, me responderán: porque *Quetzalcóhuatl*, dios general del Anáhuac, quiere decir: culebra emplumada; la entrada de su templo figuraba una boca de culebra; las habia grabadas en el muro que rodeaba el gran templo de Méjico; otra habia alrededor del calendario, que dicen haberles traído aquel dios; los lugares donde él estuvo y levantó santuarios, se llamaron *Cohuatépec* ó *Coatépec*, esto es, en el monte de la Culebra. Adoraban á la *Cihuacohuall* ó muger culebra, llamada tambien *Coatlantona*, esto es, nuestra madre es la madre de las culebras, la cual veneraban como madre de todas las gentes del Anáhuac y de su dios *Huitzlopóchtli*. Se adoraban tambien *Chicomécóhuatl* ó siete culebras. Los sacerdotes de la diosa *tzenteutl* se llamaban *coatlan*, *cocomes* ó *cocóhua*, esto es, culebras; y á solos ellos era permitido lavarse en la fuente *Coapan* ó agua de las culebras. Y si el baron de Humbolt en lugar de escribir Huasacualco ó Guatzacualco, hubiese sabido que el nombre verdadero era *Coatzacoalco*, hubiera dicho que significa donde se esconde la culebra, porque allí se embarcó y desapareció *Quetzalcóhuatl*, segun Torq. lib. 8. cap. 24. Si hubiese sabido que no Guatzuzco ni Huatzuzco sino *Huatulco* se llama el otro puerto donde estuvo aquel, hubiera podido traducir: donde es adorada la culebra. En una palabra: así como *Montezuma* se intitulaba teniente de *Quetzalcóhuatl*, así su virey ó primer magistrado de Méjico sin apelacion se llamaba *Cohuacihuatl*, y todo el imperio se llamaba *Colhuacan*, que Boturini traduce: pais de las Culebras. Con lo que en efecto parece Méjico el pais mas culebrero y enculebrinado del mundo.

Pero yo, que he estudiado bien la mitología mejicana, tomo á Torquemada, que, aunque disparatadamente como todos los autores españoles, trae la mas completa que se haya dado á luz, y me entro desde luego, sin el miedo que tuvieron los soldados de Cortés, por la boca de serpiente que figuraba la boca del templo de *Quetzalcóhuatl*, y que era en Cholula [*Cholollan*] el mayor templo de todo el Anáhuac, ó por mejor decir, una soberbia pirámide que hasta hoy existe como una montaña, de un cuarto de legua de base. ¿Y qué encuentro? un anciano, blanco, rubio, con pelo y barba largos, su túnica blanca larga hasta los piés y ceñida, su capa blanca sembrada de cruces coloradas, todo precioso, calzado de sandalias, corona abierta en la cabeza, y encima de ella una especie de mitra ó tiara, que Torquemada llama almete ó bonete al-

to y redondo, mas ancho de arriba que de abajo, al cual anciano tenian recostado, en señal de que lo estaban aguardando.

El que haya visto como yo los obispos griegos, ó sepa cuáles son las vestiduras é insignias de los obispos orientales, conocerá al momento que este es un obispo del Oriente. De allá vino, segun su historia, compareciendo por la California (aunque Torquemada dice que llegó á Tula [*Tollan*], habiendo desembarcado en Pánuco), unos dicen con catorce y otros con siete discípulos, vestidos hasta los piés con túnicas y capas judías, modelo de las de los indios, que en sus fiestas solian arremedar todo aquel ropaje. No trajeron mugeres, ni jamas tuvo ninguna *Quetzalcóhuatl*, que fué continentísimo. Este fué gran sacerdote en Tula, y desde allí envió sus discípulos á predicar en Huaxyacac y otras provincias una nueva y santa ley. Él derribaba los ídolos, prohibia los sacrificios que no fuesen de pan, flores é inciensos, aborrecia las guerras, enseñaba la penitencia, el ayuno de cuarenta ó setenta dias, y les dió noticia de *Tzentéotl*, *Huitzlopóchtli*, y *Tonacayóhua*, que despues diré quiénes fueron. Él trajo las cruces como las que en Cuatulco, en Tlascala, en Tehuantepec y otras muchas partes hallaron los españoles, y pueden verse en sus autores, como en *Lipsio de Cruce*, en otro libro español *Excelencias de la Cruz*, en el *Pharus Scriptura* del padre Abrahan &c. &c. Se cree de su tiempo la formada de yerbas siempre verde en Tepique, que han cantado tanto los poetas americanos, en latin y castellano.

Perseguido por el rey de Tula que habia apostatado de su religion, y muerto en la persecucion siete de sus discípulos, y no estando aún fundado Méjico, pasó á la orilla de su lago hasta Cholula ó grande Tula, donde estuvo algunos años. Pero no cesando la persecucion del rey Huémac, que vino con un ejército sobre Cholula, se fué á *Coatzacoalco*, donde se embarcó para Onohualco (esto es, Yucatan), enviando para aquella cuatro discípulos, que se la dividieron para gobernarla. Despues volvió á visitar sus discípulos, que no queriendo ya volver con él al Oriente por hallarse bien y casados en el pais, se volvió solo á *Huehuettlapallan*, dejándoles dicho en todas partes, que otros hermanos suyos ó de su religion vendrian á enseñarlos, y al cabo los dominarian: sobre cuyo suceso les dió muchas señales, que todas se cumplieron con la llegada de los españoles. Tal es en compendio la historia del célebre *Quetzalcóhuatl* que trae Torquemada en muchas partes de su *Monarquía Ind.*, como puede verse por los índices, y especialmente tom. I, lib. 3, cap. 7, y lib. 4, cap. 14, y en el tom. II, lib. 6, cap. 24, así como tambien Gomara, Acosta y otros.

Si de su templo voy al de la *Cikua-cóhuatl*, ó muger culebra, me encuentro con una virgen blanca y rubia, que sin lesion de su virginidad parió por obra del cielo al Señor de la corona de espinas *Teohuitznahuac*, la cual estaba vestida á la manera de *Quetzalcóhuatl*, y por eso la llamaban tambien *Cohuatlicue*; sino que la túnica *cueitl* estaba esmaltada de piedras preciosas, simbolo de su virginidad, y por eso le decian *Chalchihuitlicue*, y el manto era azul *Matlalcueye*, y sembrado de estrellas *Citlacue* (advíertase que *citlalín*, *estrella*, es palabra china), y por otro nombre se llamaba *Tanacayóhua*, esto es, madre ó señora del que ha encarnado entre nosotros, así como llamaban á las cruces *tonacayuitl*, árbol del que encarnó entre nosotros, pues *nacayo* significa encarnar. Esta diosa, dice Torquemada, prohibia y detestaba los sacrificios humanos.

Es inútil cansarnos en andar buscando culebras por los templos adoradas como dioses. No encontraremos otra que una de palo, la cual llevaban por delante como pendón ó bandera, que por eso llamaban *Ezpaniztli*, en ciertas procesiones presididas por

el sacerdote que representaba á *Quetzalcóhuatl*, así como nosotros llevamos la cruz. Y como esta no va en nuestras procesiones, sino para indicar que aquella ceremonia pertenece á la religion de Jesucristo, la culebra no era sino geroglífico indicativo de que la que hacian pertenecia á la religion de *Quetzalcóhuatl*, y por lo mismo grababan culebras alrededor de los templos; pero aquella culebra no era adorada en ningun altar ni capilla, aunque habia, dice Torquemada, un lugar donde se guardaba.

Todo el error proviene del raro empeño de traducir *cóhuatl* ó *coatl* por culebra, significado igual y mas usadamente mellizo. Esta última palabra no la oiria el baron de Humbolt en Nueva-España, sino á algun europeo ó americano muy instruido, porque todos los demas no usan sino la palabra *coate* para significar gemelo; y ya yo estudiaba teología, cuando supe que lo mismo significaba mellizo. Pero nunca damos el nombre de *coates* á las culebras: y aunque es cierto, que en la lengua mejicana tambien se llaman estas así, no se sabe, si de los mellizos humanos, que son bastante comunes en Nueva-España, y debieron nombrar primero, se hizo tal nombre sinónimo de las culebras, porque precisamente paren mellizos, ó al reves. Lo cierto es, que en la lengua mejicana no hay otra palabra para significar mellizos sino *coatl*. Así lo vierte tambien el diccionario de Molina que es el usual y común, y el mismo Torquemada que vierte *cihua-cóhuatl*, muger culebra, dice, cap. 31, del libro 6^o: *una de las diosas de que estos naturales de Nueva-España hacian mucho caudal era Cihuacóhuatl, que quiere decir, muger célebre; y decian que paria siempre gemelos ó crias de dos en dos. Esta muger ó diosa segun la etimologia de este nombre, dice el padre Sahagun, que fué Eva, la cual parió gemelos siempre: porque Cihuacóhuatl quiere decir la muger que parió dos criaturas juntamente, pues á los gemelos, ó que son de un parto, los llaman cocóhua, como si dijesen: culebras de la muger culebra, y la daban por madre de todas estas gentes, habiendo parido sin acceso de varon, dejando de hacer relacion del primer padre del mundo.* A vuelta de mil dislates, Torquemada apunta siempre la verdad, y es que la llamaban virgen melliza, *Coatlantóña*, madre de los mellizos, y *Mircóhuatl*, pare mellizos: por otro nombre segun el mismo en otra parte, *Omecihuatl*, que él traduce dos mugeres, así como á *Quetzalcóhuatl* llamaban *Ometóchtli* que él traduce dos hombres. Es decir que sus nombres en la inteligencia de los indios, eran de mellizo y melliza (†).

Ahora bien, ¿qué significa *Tomás*? Puede significar *abismo de profundisimas aguas*; pero su significado propio y comun por la raiz tam es el de mellizo, en griego *Dydimus*; y este nombre griego era el que se daba con mas frecuencia á Santo Tomás entre los cristianos, segun el evangelio: *Thomas qui dicitur Dydimus*. Conque si el nombre de Tomás se conservó en el Brasil y en otras partes de América, y las señas que de él conservaron y de sus operaciones convienen exactamente con las que cuentan los mejicanos de su *Quetzalcóhuatl*, *Cocolcan* ó *Cozas*, &c., que significa lo mis-

[†] Aun pienso que por las desgracias que le sucedieron por la persecucion de los mellizos ó Tomases de Tula, les quedó la supersticion que cuenta Torq. lib. 6, cap. 48. „*Temian que cuando la muger pare dos criaturas de un vientre [lo cual en esta tierra acontece muchas veces] habia de morir el padre ó la madre. Y el remedio que el demonio les daba era que matasen al uno de los mellizos; á los cuales en su lengua llaman cocóhua, que quiere decir, culebras, porque dicen, que la primera muger que parió dos, llamaban cóhuatl, que significa culebra; y de aquí es que nombraban culebras á los mellizos, y decian habian de comer á su padre ó madre, si no matasen al uno de los dos.*

mo que Tomás, esto es, mellizo, ¿por qué no hemos de traducirlo por esta palabra, y nos hemos de ir á enculebrinar contra el tenor de la historia y del sentido comun? Más diré: no se puede traducir *Quetzalcóhuatl* culebra emplumajada como practica Torquemada, porque entonces no diría *Quetzalcóhuatl*, sino *Cohoquéztal*. Los mejicanos, á manera que todas las naciones del Oriente, traducían los nombres siendo significativos en su lengua, y aun necesitaban hacerlo así, porque el significado les daba el carácter geroglífico con que lo escribían, ó por sí ó por su sinónimo y correlativo, ó por el significado de las partes, que mediante una elision entraban á componer el vocablo. Así, significando *Xolotl*, ojo, con pintar este al lado de un hombre, se lee que es el emperador de los teochichimecas *Xolotl*, y significando *Coyotl*, coyote, ó adive, en pintando la cabeza de este con la boca abierta al lado de otra figura humana, se lee que este es el emperador de los acólhuas, *Nezahualcoyotl*, que significa coyote hambriento, porque anduvo así y en los montes cuando los tepanecas tiranizaron su reino. Si el nombre no es significativo, buscan entonces palabras que le sean mas asonantes. Así para escribir Cortés, ó como ellos pronunciaban Cultez (por no tener su lengua r), pintaban á su lado una jicarita de palo, que en su idioma es *Cuatli*, y dentro unos pececillos que llaman *ahuatlí*; con lo que se leería *Cuhuatlí*; y este es el nombre que con el transcurso del tiempo hubiera quedado á Cortés. Torquemada dice, que como los misioneros les enseñaban en latin el *Pater noster*, los indios para retenerlo en la memoria lo escribían á su modo, y ponían una banderita que es *Pantli*, y un higo de tuna que es *Nochtli* &c.

Lo primero, pues, que harían á la llegada de Santo Tomás, seria indagar el significado de su nombre, y sabiendo que era el de mellizo, pintarian al lado de su figura una culebra que es el sinónimo: y como *quetzal* es un plumero precioso (como despues explicaré), poniéndolo sobre ella se leería *Quetzalcóhuatl*. Aun pienso que retuvieron en Cholula, donde moró mas tiempo, el otro significado mas remoto de Tomás, esto es, abismo de profundísimas aguas: y de aquí no solo el venerarle como dador de las lluvias, sino la tradicion, que descascarando su templo en Cholula, manarían raudales de agua que inundarian todo: amenaza que hicieron los cholultecas cuando fué Cortés, y de que intimidados los tlascaltecas, no quisieron entrar con este en aquella ciudad, que era la Roma de los *Nahuatlacas*, y tenia tantos templos como días el año. Pero el significado que todos retuvieron comunmente, fué el de mellizo ó *coatl*, y á él hacían alusion en toda su mitología, religion y gobierno, que por referirse á *Quetzalcóhuatl* era teocrático: ni mas ni menos que los cristianos de Santo Tomé descubiertos en el Asia, no solo se glorían de tener este nombre, sino de aludir á él en todo. ¿Cuánto mas los mejicanos que lo reverenciaban por su padre comun, señor, fundador y maestro, y en Cholula le llamaban por antonomasia nuestro Señor, *teteotl*?

Todo en efecto aludia en el Anáhuac á este varon célebre. Luego que perseguida su religion por *Huémac* (mano grande), que quiso, dice Torquemada, hacerse adorar por Dios, se fué á un monte, que de su nombre se llamó *Cohuatépec*, montaña de Tomás. A *Huehuetoca*, donde hoy es el desagüe de Méjico, se le dió este nombre, porque allí les dijo: *llámenme viejo*, esto es, presbítero, nombre que usaban los antiguos obispos, y con que se firmaban los apóstoles: *Joannes senior*, firma San Juan. En otro lugar tiró unas piedras á un árbol en que se clavaron, y de ahí se llamó *Cuautitlan*. Luego grabó su mano en una piedra, que Torquemada dice vió todavia, y hasta hoy se llama el lugar *Temacpalco*, palma de la mano en la piedra. Luego llegó á

Cholollan, adonde por fin persiguiéndole entró Huémac con un ejército, y él se embarcó para Campeche y las islas en *Coatzacoalco*, que desde entonces se llamó *donde se esconde el melizo*. En otro puerto donde estuvo allí cerca, puso una cruz grande, de cuya madera, dicen los escritores, no hallarse árbol treinta leguas en contorno, la cual, habiendo intentado quemarla el inglés Drac, fué llevada á la catedral de Oajaca donde se venera. De tal cruz vino el nombre al lugar de *Cuatulco*, ó donde es adorado el palo: allí cerca, segun Calancha, se veia grabado en una peña el retrato de Santo Tomás, con su nombre escrito en letras.

En la persecucion del cristianismo fueron martirizados siete discípulos de *Quetzalcóhuatl*, y esos son los que Torquemada llama *Chicomecóhuatl* ó siete mellizos, que luego llama diosa, todo sin piés ni cabeza. La cabeza de uno de ellos, que debia de ser el principal, mandó echar Huémac en la laguna de Méjico: y en una ilseta de ella se salvaron los cristianos que del nombre de Cristo ó *Mecsi*, esto es, ungido, llamaron *México* á su ciudad, y el que la gobernaba era á nombre de *Quetzalcóhuatl* como su teniente. El templo que luego levantaron, fué alrededor de la cabeza del mártir, á quien llaman los escritores *Cópil*, que Veytia traduce hijo del mellizo, y puede traducirse mellizo principal. El lugar de su sepulcro, dice Torquemada y Acosta, que se conservó hasta la conquista con grande veneracion. Ya probé en una nota, que el nombre de *México* significa donde es adorado Cristo, porque *Mecsi* lo significa, y dije tambien que este por otro nombre se llamaba *teohuitznahuac*, Señor de la corona de espinas. Ahora añadido, que el obispo de Méjico, ó gran sacerdote (*Hueiteopixquin*) se le llamaba *Huitznahuatēhuatzin* el venerable ministro del Señor de la corona de espinas, y su coadjutor ó vicario general *Mexica-teohuatzin*, venerable ministro del señor Cristo: así como el templo se llamaba *Huitznahua-teo-calli*, casa de Dios ó del señor (*teo-calli* es vocablo enteramente griego) de la corona de espinas, y á eso eludia tambien, segun ellos, la corona que llevaban en la cabeza á ejemplo de *Quetzalcóhuatl*, porque á los sacerdotes se les decian *tzentzont-huitznahuac* los que tienen la corona de espinas formada con el pelo de cada uno: así como los cristianos de Santo Tomé en el Oriente llevan el pelo cortado en forma de cruz.

Es cosa admirable como toda la mitología mejicana se explica á consecuencia del cristianismo, en traduciendo á *Quetzalcóhuatl* por Santo Tomás, y mucho mejor la historia de este, que Torquemada ya confunde con la de los toltecas (lib. 1, cap. 14), ya la separa, (lib. 3, cap. 7,) ya la da por verdadera y legítima en su primer tomo: ya despues le parece en el segundo llena de fábulas, inverosimilitudes y absurdos, porque ya se ve, en errando el objeto de una pintura historiada, se cuentan mil despropósitos. Pero como él conserva los nombres que no se pueden errar, porque los dan los geroglíficos, y Gomara, Acosta y otros muchos, que lograron mejores intérpretes, escriben tambien la historia de *Quetzalcóhuatl*, yo me atreveria á dar su historia seguida en que nada se encuentre que no sea digno de un apóstol: y me serviria de comprobante el mismo Torquemada en su mala traduccion, porque por ella se conoce el geroglífico que preexistia, y que se explicaria fácilmente, en suponiendo que se hablaba de un predicador del evangelio en los primeros siglos.

Así como Torquemada queria, que la *Cihuacóhuatl*, ó virgen (á quien llamaron *melliza* por haberla dado á conocer Santo Tomás, y cuyo nombre llevaba el virey de Méjico por dignidad), queria que fuese Eva, mi sabio amigo Herbas Panduro dió en que *Quetzalcóhuatl* era Adán. Preguntándole yo en Roma la causa de tan extraña opinion: „usted ha visto, me respondió, el MS. simbólico de los mejicanos que hay en

el Vaticano, y que es antiquísimo, pues que está adjunta la explicación de un dominicano á mediados del siglo diez y seis. Boturini debía de tener copia, pues dice que los mejicanos ponian la época del diluvio conforme al cómputo de los Setenta, y este del Vaticano lo pone así. Yo ví en la cabeza de *Quetzalcóhuatl* el mismo adorno que ponen en la de Adán, y como le atribuyen las ciencias y artes, y el calendario, que como todos los demas calendarios, opino yo se hizo en las primeras edades del mundo, colegí que podría ser Adán; pero todo eso lo escribí sin libros sobre mis apuntes en mi triste patria Horcajo, y así no definiendo nada, ni sé mejicano: levanté solo la cabeza para que ustedes la sigan como mejor instruidos." Lo cual cuento, porque algunos me han objetado la autoridad de aquel sabio.

Solo me resta explicar: qué significa el *quetzal*, puesto que *cohuatl* signifique mellizo ó Tomás; cómo del cristianismo pasaron los mejicanos á una idolatría tan absurda, y por dónde vino á América su apóstol ó predicador. Comienzo por lo último y digo: que si fué el apóstol Santo Tomás, no puedo menos que maravillarme de que cristianos me hagan con sobrecejo esta pregunta. Si Jesucristo dió á los apóstoles el don de milagros y de lenguas para extender el evangelio, ¿les negaría los conocimientos geográficos indispensables, y mas, cuando segun la tradicion eclesiástica, lo primero que hicieron fué dividirse el mundo por suertes, para partirse cada uno á cumplir con el precepto de su maestro, de anunciar el evangelio en todo el universo? ¿De dónde sacaría San Clemente, sucesor de San Pedro, el conocimiento del otro mundo, de que habla en su epístola á los corintios? Si segun las Actas de los apóstoles, á cada paso que daban, el espíritu del Señor les decia por dónde y adónde habian de ir dentro de la Judea que conocia: si dice á San Felipe (cap. 8) que fuese por el camino de Gaza, y luego que se junte al carro del eunuco de la reina de Candace para catequizarle, y desde Gaza es arrebatado por los aires hasta Azoto, 270 estadios, para evangelizar á los filisteos, ¿habría mayor dificultad para enviar un apóstol á la mayor parte del mundo? *Habiéndose partido*, concluye su evangelio San Marcos, *predicaron en todas partes, cooperando el Señor y confirmando su predicación con milagros.*

Pero conozco el siglo en que estoy, y no los necesitamos. Se sabe que entre América y Asia solo media un corto estrecho, helado la mayor parte del año, y que era muy fácil pasar en barcas, como lo han pasado los rusos para establecer su América Rusa. Los discípulos, que trajo *Quetzalcóhuatl*, segun los mejicanos, eran hombres habilísimos que les enseñaron las artes, y sin duda eran peritos en la náutica, pues *Quetzalcóhuatl* se embarcó á un lado de Veracruz para Campeche y las islas, y en *Tehuantepec* para el Sur. En mi juventud leí un libro escrito en Canton de China, donde un inglés, cuyo nombre no puedo acordarme, demostraba que en los seis primeros siglos de la Iglesia hubo un comercio corriente entre la América y China. El anotador de Carli trae tambien pruebas de que en el siglo quinto habia comercio entre Méjico y la China, y puntualmente en ese siglo pone Torquemada la venida de *Quetzalcóhuatl* á Nueva-España.

Entonces no seria el apóstol Santo Tomás se me dirá.—Que el apóstol de las Américas se llamaba Tomás, para mí es absolutamente fuera de duda. Que fuese el apóstol Santo Tomás depende de averiguar la época en que vino *Quetzalcóhuatl*, averiguación que no puedo hacer ahora por falta de libros, pues no tengo á la mano sobre Indias sino á Torquemada y Remesal, y todo lo demas va á cuenta de mi memoria: pero pues un hombre tan profundamente sabio en antigüedades mejicanas como Sigüen-

za, lo confundió con Santo Tomás, no debió de hallar dificultad en la época. El sabio astrónomo Gama, que tenía un discernimiento tan fino, y ha dejado MS. la anti-gua historia de los mejicanos, habrá zanjado este punto. De Torquemada, para épocas antiguas, no puede uno fiarse, porque confunde el calendario astronómico con el divinatorio, prueba de que no entendía aquel, y á veces trae épocas contradictorias. En esta misma época de *Quetzalcóhuatl*, dice que vino poco despues de la llegada de los *tultecas*, y antes habia confundido á estos con los discípulos de aquel, porque *tultecas* quiere decir artífices sabios: y diciendo de estos que traian túnicas blancas, de los otros dice que las traian negras. Veytia dice que hubo dos predicadores, uno en el quinto ó sexto siglo y otro anterior, que fué doce años despues de la muerte de Cristo, segun un eclipse que él calcula ser el mismo que aconteció en su muerte; eclipse que en esa muerte, dice Benedicto XIV, ponen tambien los chinos. Yo no me fio de tales cálculos.

La verdad es, que yo encuentro gravísimas dificultades en que fuese el apóstol, salvo que se confundiesen las cosas del primero con las del segundo predicador, si lo hubo. Lo primero, porque no está del todo demostrado que Santo Tomás predicase en China: Las pruebas que da Fr. Gregorio García, y es la relacion que sacada de los archivos del imperio dieron los chinos á su emperatriz, y ya citamos, no puede convenir al apóstol, pues el Tomás de que hablan, dió imágenes de la Trinidad de Cristo, de la Virgen, &c., y los apóstoles no daban imágenes: porque eso de las imágenes de la Virgen pintadas por San Lúcas, médico que han convertido como en pintor de familia, está muy en cuestion, y parecen ser del siglo once ó doce del pintor Lúcas de Florencia, llamado el santo, que por devocion se destinó á pintarlas, y las daba de valde. Las Historias del Pilar y de Loreto están desacreditadas entre los mejores criticos. Tambien *Quetzalcóhuatl* dió imágenes en América, y de él decian los de Campeche tener una piedra triangular por donde explicaban la Trinidad, que conocian muy bien, y en cuyo nombre se bautizaban todos, y nadie se podia casar sin estar bautizado.

Más, *Quetzalcóhuatl* instituyó monges en Nueva-España, que segun Acosta, hacian los tres votos de pobreza, obediencia y castidad, ocupándose dia y noche en la salmodia, y salian á pedir limosna, de que vivian, con sus túnicas blancas, brazos cruzados, y cabeza inclinada con mucha humildad. Y los monges no comenzaron hasta el siglo IV, á lo menos con esas formalidades. Coronas en la cabeza tampoco comenzaron en tiempo de los apóstoles, y aun despues no las hubo en los primeros siglos, sino las que llamaron de San Pablo, y era el pelo cortado en derredor sobre la frente y orejas, en memoria de la corona de espinas &c. Las vestiduras de *Quetzalcóhuatl* eran de un obispo oriental, y no las usaban los apóstoles. Las vestiduras de los obispos de Nueva-España, expecialmente de los del reino de Oajaca y provincias mixtecas, eran idénticos á los de nuestros obispos con todos sus pontificales, hasta mitra formada con plumas verdes de Quetzalli exquisitamente labradas, y los sacerdotes usaban todos en las funciones de iglesia, roquetes ó sobrepellices. (Torq., tom. II, lib. 9, cap. 28.) Las cruces no comenzaron á ser objeto público de veneracion, sino despues que en tiempo de Constantino dejaron de ser un instrumento de suplicio. Los obispos del Anáhuac, aunque elegidos en Oajaca por eleccion popular, como á los principios de la Iglesia, eran consagrados con óleo como lo era tambien el emperador de Méjico, y en tiempo de los apóstoles solo se usó la imposicion de las manos. En fin, la continua salmodia por las diversas horas del dia y de la noche que resonaba en los templos de Méjico, y el aparato de arcedianos, chantres, tesoreros, maestrescuelas, que todo habia en sus

catedrales (Torq. tom. II, lib. 9, cap. 6), no son cosa del tiempo de los apóstoles. Los obispos de Nueva-España en Mechoacán, Méjico y la Mixteca, á pesar de usarse de tres lenguas esencialmente diferentes, se llamaban papas como todos los obispos del mundo antiguamente, hasta que, creo Inocencio III, mandó dársele á solo el de Roma, y hoy lo usan los obispos del Oriente; pero no lo usaban los apóstoles. Y cierto no sé de dónde pudo venir tal nombre á los obispos mejicanos sino de *Quetzalcóhuatl*, pues aunque esa palabra griega se halla en las lenguas del Perú para decir padre, en la lengua mejicana á éste se le dice *tata*, y á la madre *nana*, y papa no significa nada.

El rito de la Pascua en Méjico, ó de la santa cena y misa (no hay que escandalizarse, porque la habia), era enteramente oriental. Al mismo tiempo puntualmente, dice el P. Sahagun, que nosotros celebramos la Pascua, celebraban los mejicanos la suya despues de un ayuno de 40 dias, en que ayunaban absteniéndose de carne, vino, especias y uso del matrimonio. Precedia á la celebracion de la Pascua una penitencia pública. El lector recuerde, que entonces se reconciliaban antiguamente en la Iglesia los penitentes públicos. Luego se bendecia solemnemente agua que se guardaba, como todavia practicamos hoy los católicos el Sábado santo, en que antiguamente se daba el bautismo solemne. De ahí hacian de sus semillas la estatua de su dios *Huitzlopóchtli* (no de otro), la cual precisamente habia de ser, dice Torquemada, amasada en la capilla del Señor de la corona de espinas, y de allí la llevaban con grande música al altar principal, velando toda la noche como los cristianos antiguos. Entonces llegaba todo el pueblo á hacer su ofrenda, y luego venian los sacerdotes y consagraban la estatua: y advierte Torquemada usaban de esta palabra consagracion (Torq., lib. 6, cap. 38), y que desde aquel momento ya la miraban como la misma carne y huesos de su dios *Huitzlopóchtli*. Sacábanle por el dia en una solemnisima procesion, y á la tarde el sacerdote que presidia la procesion, y era necesariamente el que representaba á *Quetzacóhuatl*, tiraba un dardo con punta de lanza al corazon de la estatua, lo que decian era matar á su dios para comerlo: y esta era la señal de repartirlo, llevando de ella cuatro diáconos, con roquetes, á las parroquias de los cuatro barrios de la ciudad para dar la comunión al pueblo, la cual llamaban *teocualo*, dios es comido: y los totonacas *Toyoliayatlacúatl*, manjar de nuestra vida; y lo recibian con mucha devocion, compuncion y lágrimas, teniendo cuidado no cayese en tierra la menor migaja; y habia de ser en ayuno natural, para lo que aquel dia se escondia en todo el país la agua de los niños, que tambien comulgaban. En fin, el obispo hacia un sermón, con que terminaba la funcion, dice Acosta, en quien está aun mejor contada toda esta ceremonia que en Torquemada. Para no dejarnos dudar á qué se aludia en esto, en una de estas funciones ponian á un hombre en una cruz, y á otro puesto sobre una cruz pequeña daban con una caña en la cabeza.

Quien sabe los ritos litúrgicos del Oriente, y sabe que el pan, de mil figuras simbólicas, se amasa en el Oriente en una capilla, se le lleva en procesion para el altar mayor, con tal aparato y devocion, que escandaliza á los latinos; que hasta para repartir la comunión, la señal es clavar con un dardo en figura de lanza el pan, como que esto significa la lanzada que dió á Cristo el centurion; que antiguamente comulgaban los niños, &c., &c., conoce al momento que esta era una misa oriental. Y si nuestros misioneros no dieron en ello, fué por su ignorancia de aquellos ritos. Tampoco, sin estar advertido un latino, creeria que era misa la que celebran los griegos, y mucho menos los coptos y etiopes. En una palabra: el ayunar en Méjico y Chololan, la septuagésima, punto de que han hecho uno capital de su cisma los griegos, porque los la-

tinios solo ayunan 40 dias; el seguir en los cómputos del diluvio, no la Vulgata, sino los 70 de que usa la Iglesia griega, acaba de confirmar que su predicador era oriental.

Haciéndome todas estas dificultades sospechar que nuestro Tomás no era el apóstol, me dediqué á estudiar los autores portugueses, como Barros y otros que cita García, sobre las cosas de la India pertenecientes á Santo Tomás, de que han escrito largamente por su cuerpo, cruz y memorias halladas en Meliapor, ciudad de Coromandel. Y en sus historias hallé, en el quinto ó sexto siglo, otro Santo Tomás, obispo, sucesor suyo, judío helenista tambien como el apóstol (esto es, hebreos que hablaban griego con idiotismos hebreos), tan célebre como él por su predicacion y milagros; del cual el Breviario ó Santoral de la Iglesia Siriaca tiene largas lecciones, en que se refiere cómo pasó á predicar á la China, y á otras regiones bárbaras y remotas, haciendo muchos prodigios. Este, sin duda, debe ser nuestro *Quetzalcóhuatl*, Chilamcambal en lengua china, que trajo sin duda discípulos chinos. Los grandes edificios de Micltlan, Campeche, &c., que se atribuyen á los discípulos de *Quetzalcóhuatl*, son muy parecidos á los de los chinoses (§).

Ahora entra la explicacion de la palabra *Quétzal*, que compone el nombre de *Quetzalcóhuatl*, es palabra sincopada ó elidida de *Quetzal-li*, especie nueva del género *Psittacus*, descrita por el naturalista Lallave, y dedicada con el nombre de *Psittacus Mo-siño* á este otro naturalista mejicano, su compañero en la composicion de la Flora Mejicana, el cual trajo aquel pájaro de las selvas de Goatemala, donde se cria. Su color es verde tornasolado preciosísimo, y sus plumas, de que tiene tres muy grandes por cola, eran tan apreciadas, que tenia pena de muerte quien los mataba. Las damas hoy las estiman muchísimo. Cuando se le coje pierde las plumas de la cola con la pesadumbre. Su nombre era un distintivo de aprecio, lo daban á un pajarito de dulce canto, que llaman *quetzaltótotl*, y para alabar una doncella honesta y hermosa, la solian llamar pluma de *Quetzalli*.

Por eso Boturini traduce á *Quétzal*, en el predicador, pájaro de pluma rica, y en ge-

[§] Poco ha se descubrieron cerca del pueblo de Palenque, en la provincia de Ciudad Real de Chiapa, las ruínas de una antigua ciudad, que ocupaba ocho leguas de extension. Dentro de poco recibiré, para comunicar á los sabios de Inglaterra, las estampas que se han sacado de las figuras de bajos y medios relieves conservadas en los estucos, &c. de aquellas ruínas, y rodeados de geroglíficos, que muchos parecen ser idénticos á los egipcios, y confirmar la opinion de Sigüenza y Carli de haber estos sido los pobladores de la América del Norte. Cerca de Veracruz se encuentran tambien sepultadas en la arena grandes columnatas de mármol, que prueban haber existido por allí naciones muy civilizadas. Yo he visto, que de los monumentos mejicanos, resulta casi lo mismo que Herbas ha deducido por las lenguas, esto es, que la América del Norte se pobló por dos partes, á saber: de parte del Asia, por pueblos que vinieron por la Tartaria Chinesa, y se encuentran en sus MSS. simbólicos, descritos los rios, montañas, &c. por donde pasaron; y de hácia las Antillas, por gentes que parece subieron de la Atlántida, cuya sumersion no es un pasaje obscuro en las historias mejicanas; ella parece ser una de sus cuatro grandes épocas; hasta señalan el número de los que se salvaron, y los montes en donde: todavia llaman al agua atl, y al mar atlahuei. Volviendo á las ruínas de Palenque, en Goatemala se escribió una obra muy erudita, diciendo el nombre de la nacion de quien era aquella gran ciudad, y se pretende por los fragmentos, que era poblacion de cartagineses. En 1803 estaba en Madrid esta obra, para su impresion, en poder del Sr. Gil Lemos.

neral traducen los autores á *Quetzalcóhuatl*, precioso mellizo. Bastaba para darle el nombre de *Quétzal*, que simboliza la virginidad, su continencia tan celebrada, que los sacerdotes de Cholula, en su septuagésima, se exhortaban á ella, diciendo: que era vergüenza no poderse abstener de sus mugeres en tan poco tiempo, cuando su señor *Quetzalcóhuatl* nunca tuvo ninguna. La virginidad era tan preciada de los mejicanos, que moría sin falta por haber violado la suya alguna de sus innumerables monjas, y el encontrar sin ella á la desposada, disolvía el matrimonio.

El autor de la *historia del verdadero Quetzalcóhuatl* dice: que como entre los católicos la aureola que se pinta á los santos es la señal de serlo, el *Quétzal* ó plumero era indicio ó geroglífico de lo mismo entre los mejicanos: y que por eso *Huitzlopóchtli* tenía en la mano derecha una cruz formada con cinco globos de pluma: así como el pintar rayos alrededor de la cara y zarcillos en las orejas, era geroglífico de divinidad, que solo ponían á la imagen de Dios, y que si el sumo sacerdote llevaba zarcillos, era por ser ministro suyo. La explicacion es ingeniosa; y aunque me acuerdo que cuando la leí deseaba mayores comprobantes que los que apuntaba el autor, pudo tomarse este símbolo de que la mitra de los obispos era formada de plumas de *quetzalli*. Dice Torquemada que conservaban en Cholula ciertas esmeraldas como reliquias de *Quetzalcóhuatl*, y una de ellas tenía primorosamente entallada una cabeza de mano. Esta es geroglífico de que debía volver de paises extraños.

Veytia no vió á dicho autor, y dando la traduccion de *Quetzalcóhuatl*, por precioso mellizo, añade que el haberle apropiado el sobrenombre de *Quétzal*, alude á alguna cosa especial, y que algo significa estar colgada del pico de una ave la célebre cruz de Santo Tomás, hallada en Meliapor.

Acerca de esta ave, varios autores portugueses escriben que es una paloma; pero los demas, que es un pavo. Este, segun ellos, es el geroglífico de *Meliapor*, que eso significa, y dicen que tenía su obispo guardadas con gran veneracion y aprecio, unas láminas de metal, en que estaba escrita la donacion que hizo el rey Singamo á Santo Tomás de unas tierras para iglesia; y por el reverso, en señal de aceptacion por parte del santo, figurado un pavo, por ser el geroglífico de Meliapor. Esto apuntó tambien Fr. Gregorio García. Ahora digo yo, que nuestro Santo Tomás se titularia de Meliapor, como todos los obispos del Oriente, del lugar de sus sillas, y así firmaban en los concilios, Cirilo de Alejandría, Juan de Constantinopla, &c., y los indios traducirian Meliapor por su significado de pavo, escribiendo y sustituyendo, no el comun, sino su precioso *quetzalli*, de cuyas plumas usaria la mitra, como en efecto se la pintaban tambien á su imagen, y el cual pájaro, aunque los naturalistas lo pongan ahora en el género *Psittacus* ó de papagallo, allá no pasa sino por ser el pavo real de la América del Norte.

El lector escoja de estas interpretaciones, mientras que yo paso por fin á responder cómo pudieron pasar los mejicanos del cristianismo á los sacrificios y una idolatría tan absurda. Y respondo, lo primero, que todo está ponderado en extremo. Lo segundo, que así como la grosera idolatría de los egipcios, y de allí de los griegos y los romanos, provino de la ruda ó equivocada interpretacion de su antigua escritura geroglífica, así pudo provenir en los indios de la mala interpretacion de la suya, en la cual tenían escritas las divinas Escrituras, y de la siniestra interpretacion de la doctrina evangélica. ¡Qué absurdos y fábulas increíbles no han deducido los judíos de las Escrituras y tradiciones! ¡Qué despropósitos, errores y excesos no derivaron de ellas y de la doctrina apostólica los Gnósticos, Nicolaitas, Cerintianos, Ebionistas, Maniqueos, y otros herejes antiguos! ¡De dónde, sino de la mala interpretacion del Antiguo Tes-

tamento, ó mala aplicacion de sus máximas al Nuevo, han venido con los diezmos y primicias, las guerras de religion, las matanzas hechas en América, y los quemaderos de la inquisicion? ¡Qué cuadro de abusos no se podria presentar tan horroroso como el de los mejicanos! ¿El mahometismo no es una rama extraviada del cristianismo? ¿Y el pueblo menudo católico no es un idólatra material generalmente por su ignorancia, pues lo es tener mas devocion con unas imágenes que con otras, poniendo en aquellas su confianza, como si residiese en alguna de ellas virtud alguna, ó Dios pudiese preñarse mas de las oraciones que se le dirigen ante una pintura que ante otra?

¿Cuánto mas debia de suceder entre los indios, que carecian de letras alfabéticas, que desde el nacimiento de la religion sufrieron una persecucion tan cruel para exterminarla, que gimieron muchos años fugitivos y encerrados entre las juncias y espadañas de la laguna de Méjico, ya tributarios de los tepanecas de Atzcatpotzalco, ya de los teochichimecas de Tezcucó, que por fin los dominaron, y habian de introducir su religion dominante? ¿No vimos en la Francia, católica diez y ocho siglos, hacerse con la revolucion un tránsito á la idolatría y hasta el ateismo? Me era muy fácil hacer ver cómo por todos aquellos medios fué alterándose la religion entre los mejicanos: algo dije ya del origen de los sacrificios humanos de una mala interpretacion de la máxima cristiana, de que Dios no queria sino corazones ardientes. Acaso se agregó (cuando por la persecucion del cristianismo creyeron haberlos castigado Dios con peste y sequedad) el empeño de aplacarle, imitando á los mártires, que se ofrecian gustosos á la muerte, como aceptísima á los ojos de Dios; pues procuraban que las víctimas fuesen voluntarias, alzando los ojos al cielo, y otras alusiones semejantes á martirio, y martirio de mellizos. Tal vez mucho de ello nació de la opinion de que *Quetzalcóhuatl* bebía sangre y se comía un niño; opinion que nació de la creencia de los católicos sobre la Eucaristía; imputacion contra los cristianos primitivos tan creida en el antiguo mundo, que por ella resonó mil veces el anfiteatro romano con el grito: *Cristiani ad bestias*; y que quedó tan esparcida entre los gentiles del Nuevo Mundo, que una de las razones que mas hacian valer muchos cuando la llegada de los *españoles*, para dudar que fuesen *Quetzalcóhuatl* ó sus discípulos, era que no bebían sangre, ni comían niños.

Todos los ritos é historia de los mejicanos están aludiendo tan claramente á ritos y pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento, que los autores españoles lo han notado á cada paso: y el viaje de los mejicanos al Anáhuac, es tan idéntico al de Israel por el Desierto, que en la primera edicion de Torquemada se suprimió, y para restituirlo en la segunda, véanse las salvas que tuvo que hacer el editor en su Prólogo. Por eso Montezuma habiendo oido toda la doctrina que produjo Cortés sobre la creacion del mundo y religion cristiana, le respondió, que estaban acordes en todo con la doctrina de sus mayores: y el mismo Cortés escribe en su primera carta al emperador Carlos V, que cuando emprendió derribar los ídolos, le dijo el de México: *Nosotros con el transcurso del tiempo hemos olvidado ó trastornado la doctrina de nuestro señor Quetzalcóhuatl, tú que vienes ahora de su corte y la tendrás mas presente, ve diciendo lo que debemos tener y creer, y nosotros lo haremos todo.* Por lo cual y otras muchas cosas, no cesa Acosta de decir, que estaba abierta la puerta para haber introducido el evangelio en América sin ninguna efusion de sangre.

Pero vuelvo á decir, que los españoles y misioneros empeñados en no ver sino al diablo aun en las cruces, todo lo endiablaron sin escrúpulo; y recogiendo los ritos y creencias de las diferentes provincias, y por haber quemado las bibliotecas, informán-

dose del vulgo necio, que entre los católicos daria tambien de nuestra creencia una relacion endiablada, hicieron una pepitoria insoportable. Desde que los españoles llegaron á Nueva-España, y se vieron incensar, y llamar *teotli* ó *teutli*, dieron en que los tenian por dioses, y oyendo esta palabra los misioneros, aplicada hasta á los montes, todo se les volvió dioses y diosas. Podian reflexionar que ellos incensaban la imagen de su rey, á sus sacerdotes, y á todos los que asisten á sus misas y oficios solemnes. Entre los mejicanos se incensaba á los embajadores como personas sagradas é inviolables, y por tales se dieron ellos. Llamáronles *teotli*, porque así llamaban á sus magistrados y á los caballeros de sus cuatro órdenes militares, como puede verse en Torquemada, aunque este escribe *tecuchtlí*, como *Moteczutsuma*, á causa que la *u* es letra de saltillo, como se explican los filólogos mejicanos, esto es, aspirada de tal suerte, que parece sonar *cu*, y por eso para levantarla añaden una *h*: *teuhtli*: *Moteuh-soma* (†). Pero *teotl* ó *teutl* no significa Dios sino por antonomasia, como señor entre nosotros, y su significado es el de *señor*. Aun es frasismo suyo para expresar lo excelente en cada género: así al pimiento, que ellos llaman *chili*, si es muy rico llaman *teo-chili*; y los mestizos, fraseando á su ejemplo en castellano, para expresar, por ejemplo, un mulato que se levanta sobre su esfera, dicen, que es un *señor* mulato; un aguardiente muy fuerte, *señor* aguardiente &c., como en la Europa *noble* y *gentil*. Los indios siempre que mentaban á Dios, era añadiendo al *teotl*—*ipalnemohuani*, el que da vida, *Ipalnemohualóni*, esto es, *el Señor por quien vivimos*; que es la frase de San Pablo: *in quo vivimus, movemur, et sumus*.

El que entrase en las iglesias católicas sin entender su religion y lengua, pensaria que teniamos tantos dioses como imágenes; y segun las diferencias de nombres, figuras y advocaciones que damos á Cristo y su Madre, los multiplicaria á millares: y no dudaria atribuir divinidad á los santos, viéndolos sobre los altares, dedicados templos á su nombre, dados á ellos patronazgos de ciudades y villas, proteccion á cada uno contra ciertas enfermedades, para ciertas cosas, y á favor de ciertos gremios; con la circunstancia de que en tal parte su imagen es mas milagrosa que en otra. Con todo lo cual nos daria por idolatras extravagantes y desatinados, y así lo hacen los protestantes. Pues ni mas ni menos hicieron los españoles con los indios; aunque al fin los misioneros se fueron apercibiendo del error, y ya convenian, segun Torquemada, en que, á lo menos las diosas que ellos llaman de las aguas, no eran sino una, que es la misma *virgen melliza* de que hemos hablado.

Pero no la adoraban por diosa, ni hubo tales diosas entre ellos; y así Torquemada á la misma, ya llama Dios, ya diosa, sin saber lo que se decia: pues los indios distinguian muy bien á Dios de los santos en los nombres, en las oraciones y en el culto. El mismo dice, que solo se arrodillaban y postraban ante la representacion de Tezcatlipuca, que era su mayor dios, puro espíritu; y que á solo este, y á ningun otro, ni á Huitzopóchtli, le llamaban *Titlacáhua*; y que le dirigian esta oracion: *O dios todopoderoso, que daís vida á los hombres, que os llamaís Titlacáhua* (esto es, cuyos esclavos

[†] Los misioneros escribian con *z* este nombre y todas las palabras mejicanas, excluyendo la *s* de su alfabeto. Pase el *tz* por ser á veces la pronunciaci6n del *tzade* hebreo, pero es injusta, dice Borunda, la exclusion de la *s*. No es la *z* española la que pronuncian los indios, sino una *s* silbada, que heredada de ellos es la que pronuncian los criollos mejicanos; á los cuales por eso en Castilla juzgan andaluces, y en Andalucia castellanos ó portugueses.

somos), *hacedme esta tan señalada merced de darme todo lo necesario, y gozar de vuestra clemencia, suavidad y delectacion: habed misericordia de mí, abrid las manos de vuestra piedad, y usadla conmigo.* Y dice en otra parte, que todas sus oraciones terminaban con *mayih*, hágase así, como nosotros con amén. „Dicen de él, prosigue, que lo sabe y ve todo, y que da las enfermedades contagiosas en castigo de los pecados. Llamábanle *Moyocayáztin*, el que hace cuanto quiere, porque á su voluntad no podia resistirse, y decian ser poderoso para destruir cielo y tierra. Llamábanle *Telpúchtli*, que quiere decir jóven, porque es eterno. Otros nombres tenia este *Tetzcatlipuca*:” y se ve que todos significaban diversos atributos de la divinidad: este mismo nombre significa *espejo resplandeciente*, ó donde todo se ve, *speculum sine macula*, como llama á Dios la Escritura.

Teo-Huitz-lopochtli, y no Huitzilopóchtli, segun interpreta Borunda, es decir: el señor de la espina ó herida en el costado izquierdo de quien le mira: y este, dice Torquemada (tom. II, lib. 6, cap. 21), es el mismo *Mecsi* que trajo á los aztecas, dándoles el nombre de meccicanos, cuando les mandó ungirse las caras con cierto ungüento; y así celebraban su fiesta todos embijados y ungidos: prueba todo de que *Mecsi* significa ungido ó Cristo: por otro nombre *Teo-tláloc*, ó Señor del paraíso, y por otro, *Señor de la corona de espinas*, como está dicho. Los tlascaltecas le llamaban *Calmaxtli*, ó Señor desnudo, como está en la cruz. Tenia una en la mano, formada con cinco globos de pluma: así como se encuentra otra cruz, pintada de finísimo azul con los cinco globos blancos, en la sierra casi inaccesible de *Meztitlan*, desde tiempo tan inmemorial, que por tener al lado pintada la luna, en mejicano *meztli*, dió nombre al lugar de *Meztitlan*, esto es, junto á la luna. Ya está dicho cómo aseguraban que tenia naturaleza humana y divina, y habia nacido de una vírgen santa y devota, sin lesion de su virginidad, llamada *Coatlícue*, que lo parió en el monte *Coatépéc* de Tula: alusion todo á que fué dado á conocer en el tiempo de los tultecas por *Quetzalcóhuatl*. Torquemada dice: “Tuvieron noticia de la Encarnacion, y lo explicaban por una metáfora, diciendo, que unó como ovillo de plumas bajó del cielo, y poniéndolo ella bajo su cintura parió á *Huitzlopóchtli* ya hecho varon perfecto &c.” Su imagen indicaba los mismos atributos que nosotros damos á Jesucristo, y aun explicada segun Torquemada (tom. II, lib. 6, cap. 21), nada presenta que no sea digno de un Dios.

Dios, puro espíritu y omnipotente, Dios hombre, y su Madre vírgen, son los *Tlaloes* ó dioses del tiempo de los tultecas, dados á conocer por *Quetzalcóhuatl*, y añadiendo á este como santo y sus discípulos mártires, á esto viene á reducirse, si bien se explica todo, toda la mitología mejicana, segun hizo ver el Dr. Mier en su disertacion para la Academia de la historia: aunque los españoles se han empeñado en hacer diablos, y aun en hallar los dioses de los romanos. Esta comparacion no me parece razonable: porque por ejemplo dice Torquemada: „que la diosa *Tlazoltéotl* corresponde á Vénus, porque quiere decir diosa de la basura, y que de ella eran muy devotas las personas deshonestas; pero no era, dice (lib. 6, cap. 23), porque patrocinase como la Vénus antigua sus impurezas, sino para tenerla propicia á fin de obtener perdón de este pecado.” ¿Y qué tiene que ver esto con Vénus? La idolatría de los mejicanos era mas limpia: jamas adoraron los vicios ni á ninguno que los hubiese tenido, dice Dávila Padilla, y dice bien.

En fin, ¿por qué hemos de llamar idolátras, y no cristianos, á los indios de Yucatan que todos estaban bautizados en nombre de la Trinidad, y veneraban las cruces? ¿Por

qué hemos de llamar idólatra al emperador *Netzahualcóyotl*, que prohibió los sacrificios humanos, y levantó templos al Dios Creador? ¿Por qué hemos de llamar idólatras á los totonacas y mixtecas, que sobre estar bautizados (como todos los nahuatlacas y mejicanos, ofrecidos por eso á *Quetzalcóhuatl* desde esta ceremonia á los ocho dias de nacidos) no ofrecian sacrificio ninguno humano, y adoraban á *Tzentéotl*, que Torquemada ya llama Dios, ya diosa, ya dioses, y no quiere decir, sino el verdadero Dios.

El mismo dice, que este dios, que confunde con la *Tonacayohua*, prohibia y detestaba los sacrificios; y sus monges eran, segun él, los mas ejemplares, castos y penitentes, ocupados en escribir la historia (tom. II, lib. 9, cap. 8.). „*A esta diosa miraban con suma reverencia, y sus respuestas tenian por oráculo divino, y mas que otros eran señalados los sacerdotes de su culto y servicio; y que esta diosa no quisiese sacrificios de hombres no sé qué sea, ni tampoco lo entiendo, porque esto de querer unos uno, y otros otro, son para mí adivinanzas.*”

¿Qué ha de ser, sino que habia diferentes cultos y religiones, así como él mismo pone los religiosos observantes del orden de *Quetzalcóhuatl*, y estos monjes del verdadero Dios, que llama en otra parte *Coatlan* ó mellizos, los cuales no se juntaban con los demas ni para lavarse? Habia tambien fuera de los monges congregaciones seculares de *Tetzcatlipuca*, Dios Omnipotente, puro espíritu, todo ejemplar y virtuoso; y cierto no se exhortaria mejor en nuestro cristianismo á las vírgenes destinadas á los monasterios, que se exhortaba á las suyas en su ingreso al orden de *Quetzalcóhuatl*. (Ved á Torq., tom. II, lib. 9, cap. 32). (†)

En Méjico, el verdadero Dios tenia templo aparte, y adonde ahora está Nuestra Señora de Guadalupe, que es en *Tepeyúcac* (esto es, lugar junto al cerro, el cual se llamaba *Tónan*, ó de nuestra madre), habia templo sobre el cerrillo, dedicado á la *tzentéotenántzin*, que se traduce así: la apreciable madre *Nantzin* que está en el cerro *Tepeitl*, es la madre del verdadero dios *Tzentéotl*. Su fiesta principal se celebra en el solsticio hiberno, día de Santo Tomás, y era tal la devocion con ella, que nadie pasaba junto al cerrillo, segun Torquemada, sin subir á ofrecer en su ara las flores que por allí podia hallar.

Otro templo tenia la misma como patrona de las aguas (pues lo eran todos los Tlalques venerados en los montes), en Otancapulco; y habiéndose en aquel templo salvado los españoles de Cortés en la triste noche que salieron huyendo de Méjico, atribuyéndolo á milagro de la Virgen, pusieron allí despues (segun Torq., tom. I, lib. 4, cap. 72) una imágen que llamaron Nuestra Señora de las Victorias (Acosta dice, que del Socorro, por el que recibieron), y despues llamaron de los Remedios. Como el ayuntamiento de Méjico fué el que edificó la capilla, puso allí despues capellan, á pesar de los franciscanos que antes la custodiaban.”

[†] *Habiéndose pasado en la edicion inglesa tres pequeñas notas en sus lugares respectivos, las reunió aquí el autor, diciendo: que Quetzalcóhuatl estuvo en América 20 años cumplidos: que Huehuetlapallan adonde se fué, quiere decir, muy grande tierra de color; y que el P. Calancha copió en su lib. 2 uno de los letreros grabados en piedras que habia antes de la conquista en el Perú, y yo presentaré á la Sociedad Real de Lóndres por si lo puede interpretar.*

En los nombres mejicanos se ha seguido en este Apéndice la ortografía que usa el P. Mier, excepto en el de Montezuma, en que se ha conservado el modo de escribirlo, adoptado en el texto de la obra.—E.

LIBRO TERCERO.

MARCHA Á MÉJICO.



Gonzalo de Sandoval.

LIBRO III.

MARCHA Á MÉJICO.

CAPITULO I.

ACONTECIMIENTOS DE CEMPOALA.—SUBEN LOS ESPAÑOLES A LA MESA DE LAS MONTAÑAS.—VISTA PINTORESCA.—CONDUCTA OBSERVADA CON LOS NATIVOS.—EMBAJADA A TLASCALA.

1519.

Mientras Cortés permanecía en Cempoala, recibió un mensaje de Escalante, á quien habia nombrado comandante de la Villa Rica, informándole de que cuatro buques se habian avistado en la costa, y no hacian aprecio de sus repetidas señales. Mucho alarmó al general esta noticia, pues temió que fuera una escuadra enviada por el gobernador de Cuba para intervenir en sus operaciones. Con la mayor violencia marchó á la cabeza de unos cuantos caballos, mandando les acompañase una partida de infantería ligera, montada en ancas. Dejó el resto del ejército al mando de Alvarado y de Gonzalo de Sandoval, jóven oficial que habia comenzado á dar pruebas de las extraordinarias disposiciones que despues le granjearon un lugar tan distinguido entre los conquistadores de Méjico.

Cuando llegó el general á la ciudad, quiso Escalante persuadirle á que tomara algun descanso y le permitiera ir en busca de los extranjeros; pero él le contestó con el proverbio familiar, „liebre herida no toma siesta” (1), y sin pararse á descansar ni él ni sus tropas, caminó tres ó cuatro leguas hácia el norte con direccion al punto donde supo estaban anclados los buques. En el camino encontró tres españoles que habian desembarcado á ese mismo tiempo, los cuales á las preguntas impacientes de dónde venian, contestaron que pertenecian á una escuadra equipada por Francisco Garay, gobernador de Jamaica. Este personaje habia visitado el año anterior la costa de la Florida, y obtenido de España, en cuya corte gozaba algun favor, autorizacion para gobernar los países que pudiera descubrir en aquellas inmediaciones. Esos tres hombres, que eran un notario y dos testigos, habian sido enviados á tierra para amonestar á los españoles que estaban á las órdenes de Cortés, desistiesen de lo que Garay conside-

(1) „Cabra coja no tenga siesta.”

raba como una usurpacion de sus territorios. Probablemente ni el gobernador de Jamaica, ni sus oficiales tenian nociones muy precisas de la geografia y límites de estos paises.

Luego conoció Cortés que nada debia temer por esta parte. Hubiera deseado sin embargo, tener algun arbitrio de inducir á las tripulaciones de los buques á unirse á la expedicion. No encontró dificultad en persuadir al notario y á sus compañeros; pero cuando se puso á la vista de las naves, la gente que estaba á bordo, desconfiando de la buena armonía que parecia guardaban sus camaradas con los españoles, rehusaron enviar el bote á la playa. Tuvo, pues, Cortés que recurrir á una estratagema.

Mandó que tres de sus soldados cambiaran vestidos con los recién llegados. Despues ocultó su pequeña partida de modo que no pudiese ser vista por los de los buques, fingiendo regresar á la ciudad; pero en la noche volvió al mismo lugar y se puso en emboscada, previniendo á los españoles disfrazados, que cuando despuntase la mañana y pudieran ser distinguidos, hiciesen señá á los demas que estaban á bordo. Este ardid produjo buen efecto. Mandaron un bote lleno de hombres armados y tres ó cuatro saltaron á tierra. Pronto descubrieron el engaño; pero Cortés, saliendo de su emboscada, los hizo prisioneros. Los que habian quedado en el bote se retiraron precipitadamente á las embarcaciones, que pronto se hicieron á la vela, dejando á los que estaban en tierra abandonados á su suerte. Así terminó este suceso. Cortés regresó á Cempoala con el aumento de media docena de esforzados reclutas, y lo que era de mas importancia, aliviado su espíritu del temor de que se interviniera en sus operaciones (2).

Hizo entonces los preparativos para su pronta salida de la capital totonaca. Las fuerzas destinadas á la expedicion, ascendian á cerca de cuatrocientos infantes, y quince caballos, con siete piezas de artillería. Obtuvo tambien del cacique de Cempoala mil trescientos guerreros indios, y mil tamanes ó mozos ~~de~~ cordel para que tirasen los cañones y transportasen los bagajes. Tomó cuarenta de los principales habitantes; tanto en rehenes, como para que le guiasen en el camino, y le ayudasen con sus consejos entre las tribus extrañas que iba á visitar: de hecho le prestaron servicios esenciales en toda la marcha (3).

Dejó el resto de las tropas españolas de guarnicion en la Villa Rica de Veracruz, cuyo mando habia confiado al alguacil Juan de Escalante, oficial que le era muy adicto. Su eleccion fué acertada: era importante colocar allí un hom-

(2) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 42-45.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 59 y 60.

(3) Gomara, Crónica, cap. 44.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 61.

El número de indios auxiliares referido en el texto, es mucho mayor que el que conceden tanto Cortés como Bernal Diaz; pero estos dos actores del drama manifiestan un deseo sumo de engrandecer sus proezas, exagerando el número de los enemigos y disminuyendo el suyo, por cuyo motivo no puede confiarse mucho en sus aserciones.

bre que por una parte pudiera resistir cualquiera intervencion hostil de sus rivales europeos, y por la otra mantener las relaciones amistosas que ya entonces se tenían con los nativos. Cortés recomendó á los gefes totonacas ocurriesen á él en caso de sobrevenir alguna dificultad, asegurándoles que mientras permaneciesen fieles á su nuevo soberano y religion, encontrarian seguro apoyo en los españoles. Antes de marchar y con objeto de animar á sus soldados, les dirigió una corta alocucion. Díjoles que iban por fin á dar principio á una empresa que habia sido el grande objeto de sus deseos; que el sagrado Redentor los sacaria victoriosos de todos los combates con sus enemigos. „Ciertamente,” añadió, „esta seguridad debe ser nuestra única esperanza, pues no tenemos mas auxilio que el que nos proporcione la Providencia divina y nuestro valor” (4). Concluyó comparando sus proezas á las de los antiguos romanos, „con frases de una irresistible elocuencia, mas allá de lo que yo pueda repetir,” dice el valiente y sencillo cronista que las oyó. Ciertamente Cortés poseia aquel lenguaje que domina el corazon de los soldados. Tenia las simpatías de estos y participaba de su espíritu romanesco. „Estamos prontos á obedeceros,” exclamaron á una voz. „Nuestra suerte, buena ó mala, está identificada con la vuestra” (5). Despidiéndose despues el pequeño ejército de sus hospitalarios amigos los indios, y concibiendo elevadas esperanzas y grandiosos planes de conquista, emprendió su marcha para Méjico.

Era el 16 de agosto de 1519. El primer dia caminaron por la tierra caliente: la hermosa region en que se habian detenido tanto tiempo; el pais de la vainilla, cochinilla, cacao, (y hasta los últimos tiempos de la naranja y de la caña de azúcar,) productos que, indígenas de Méjico, han llegado á ser el lujo de Europa. La tierra donde las frutas y flores se suceden unas á las otras en un círculo no interrumpido por todo el año: donde la brisa está impregnada de exquisitos perfumes hasta oprimir á los sentidos con su suavidad y fragancia; y donde los bosques se hallan habitados por pájaros de innumerables colores, é insectos cuyas esmaltadas alas brillan como diamantes con el resplandor del sol de los trópicos.

Tales son los mágicos encantos de este paraíso de los sentidos. La naturaleza, cuyas obras generalmente están compensadas, ha hecho aquí lo mismo, pues el propio sol abrasador que da vida á estas bellas producciones de los reinos vegetal y animal, ocasiona la fatal *malaria* y las enfermedades biliosas desconocidas en la helada temperatura del Norte. La estacion en que los españoles estuvieron allí, los lluviosos meses del verano, era precisamente en la que el vómito hace sus estragos con mayor furia; aquella en que el extranjero europeo dificilmente se aventura á pisar la playa, y menos á permanecer en ella un dia. No se hacemencion de este mal en los anales de los conquistadores; ni una sola noticia se con-

(4) „No teníamos otro socorro, ni ayuda sino el de Dios; porque ya no teníamos navíos para ir á Cuba, salvo nuestro buen pelear y corazones fuertes.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 59.

(5) „Y todos á una le respondimos, que haríamos lo que ordenase, que echada estaba la suerte de la buena ó mala ventura.” Lug. cit.

serva de alguna mortandad extraordinaria, cuyo hecho corrobora indudablemente la teoría de los que sostienen que la fiebre amarilla apareció despues de la ocupacion del pais por los blancos. El prueba á lo menos que si existia antes, debió haber sido con mucha menos fuerza.

Despues de haber viajado algunas leguas por caminos casi intransitables á consecuencia de las lluvias del verano, comenzaron las tropas la subida gradual, mucho mas progresiva en el costado oriental que en el occidental de las cordilleras, que conduce á la mesa de Méjico. Al concluir el segundo dia llegaron á Jalapa, ciudad que aun conserva el mismo nombre azteca, y que lo ha comunicado á una planta que se produce en sus alrededores, cuyas virtudes medicinales son ahora conocidas por todo el mundo (6). Este lugar está situado en la mitad de la subida á una elevacion donde tocando los vapores del océano al seguir su direccion occidental, mantienen un esmaltado verdor todo el año; y el aire, aunque algo inficionado con aquellas nieblas marinas, es por lo comun blando y saludable. El rico habitante de las regiones bajas se retira allí por seguridad durante los calores del estío, y el viajero saluda con enagenamiento sus nobles encinas, como que le anuncian que se halla fuera de la mortal influencia del vómito (7). Desde este delicioso sitio disfrutaron los españoles de la vista de uno de los grandes cuadros de la naturaleza. Al frente tenían la escabrosa senda que iban á emprender, mucho mas escarpada desde este punto. A la derecha se levantaba la Sierra Madre cercada de un negro cinturón de pinos, y cuyas largas filas de umbrosos collados se extendian por alguna distancia. Al sur, y en bello contraste, mirábase el elevado Orizava con su blanca vestidura de nieve desarrollada por sus lados, descollando en solitaria grandeza como el espectro gigantesco de los Andes. A su espalda veian extenderse la magnífica tierra caliente con su risueña mezcla de praderas, arroyos y umbrosas selvas sembradas de florecientes poblaciones indias, al mismo tiempo que una lánguida línea de luz en la extremidad del horizonte les decia que allí estaba el océano á cuyo lado opuesto habitaban sus familias, y se encontraba su patria: allí estaban muchos de aquellos á quienes jamas habian de volver á ver.

Continuando su tortuoso camino en medio de un paisaje tan diferente del de las regiones bajas como lo es su temperatura, pasó el ejército por poblaciones que contenian cada una algunos centenares de habitantes, y el cuarto dia llegó á una „ciudad fuerte,” como Cortés la llamó, erigida en una eminencia de rocas que se supone es ahora conocida con el nombre mejicano de Naulinco. Aquí fué recibido hospitalariamente por los habitantes que eran amigos de los totonacas. Cortés procuró, por medio del padre Olmedo, inspirarles algun

(6) *Convolvulus jalapæ*. La *x* y la *j* son consonantes convertibles en el castellano.

(7) Las alturas de Jalapa están coronadas de un convento dedicado á San Francisco, que se erigió en los últimos dias de Cortés, mostrando en su solidez, así como otros edificios contruidos en ese tiempo bajo los mismos auspicios, dice un agradable viajero, un objeto militar al mismo tiempo que religioso. Tudor's Travels in North America, (London, 1834,) vol. II, p. 186.

conocimiento de las verdades cristianas, que escucharon atentamente, y se permitió á los españoles erigir allí una cruz para la adoracion futura de los nativos. Ciertamente el camino del ejército podia haberse descubierto por estos emblemas de la salvacion del hombre, levantados donde quiera que una poblacion dócil de indios se prestaba á ello, y que sugerian una idea muy diferente de la que las mismas señales anuncian al viajero de nuestros dias en estas montuosas soledades (8).

A este tiempo entraron las tropas en un áspero desfiladero llamado Paso del Obispo (9), capaz de ser defendido fácilmente contra un ejército. Muy pronto experimentaron un desagradable cambio de clima. Vientos frios soplaban de las montañas, mezclados de lluvias, y mientras mas ascendian, de nieve y granizo, que empapaban sus vestidos y parecian penetrar hasta sus huesos. Los españoles, cubiertos con sus armaduras y con las gruesas cotas de algodón, podian resistir bastante, aunque su larga residencia en las regiones cálidas del valle, los hacia mas agudamente sensibles á la molestia del frio; pero los pobres indios, nativos de la tierra caliente, con vestidos que les proporcionaban poca proteccion contra las inclemencias del tiempo, sucumbian bajo el rudo asalto de los elementos, y muchos de ellos perecieron en el camino.

El aspecto del pais era tan agreste y tan triste como el clima. El camino estaba cortado á lo largo de la base del enorme Cofre de Perote, que deriva su

(8) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 40.—Gomara, Crónica, cap. 44.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.

„Cada cien varas de nuestra ruta,” dice el viajero últimamente citado, hablando de esta misma region, „estaba marcada con la melancólica ereccion de una cruz de madera, denotando, segun la costumbre del pais, la perpetracion de algun homicidio en el sitio donde estaba plantada.” Travels in North America, vol. II, p. 188 (a).

(9) *El Paso del Obispo*. Cortés lo llamó *Puerto del Nombre de Dios*. Viaje en Lorenzana, p. ii.

(a) Es muy exagerado lo que dice el Señor Tudor, pues aunque por desgracia sea cierto que los caminantes de esta ciudad á Veracruz, han sido mucho tiempo hace atacados, y actualmente lo es con frecuencia la diligencia que corre ese camino, es raro que sean ofendidas las personas. Los viajeros extranjeros propenden mucho á creer todas las relaciones de hechos atroces que se les refieren, y aquellos con quienes suelen hablar en las posadas, gustan de abultar en estas materias. Las cruces que se ven en los campos, ni son en tanto número, como se quiere ponderar, ni son todas recuerdos de asesinatos cometidos en los parajes en que se han erigido: muchas se han levantado como objeto de devocion, ó para expresar dónde se dividen dos caminos, como sucede en el de Veracruz, en el punto en que se separa el que saliendo de Amozoc, conduce á aquel puerto y el que va á Orizava, á poca distancia del mismo pueblo de Amozoc. Debemos, sin embargo, confesar que este es asunto que demanda toda la atencion del gobierno, aunque el extranjero imparcial reconocerá sin duda, que no es fácil ejercer la policia de los caminos en paises como el nuestro, en que las poblaciones se hallan muy distantes unas de otras, cuando casi en toda Europa y en gran parte de los Estados-Unidos, están tan cercanas, que desde ellas pueden ser vigilados los espacios de camino que las separan.

nombre, así en el idioma mejicano como en el castellano, de la roca semejante á una arca que tiene en su cumbre (10).

Es uno de los grandes volcanes de Nueva-España, y aunque ahora no se encuentran en su cima vestigios del cráter, muchas huellas de la accion volcánica se notan en su base, donde acres de lava, ennegrecidas escorias y cenizas, publican las convulsiones de la naturaleza, al mismo tiempo que numerosos arbustos y troncos de enormes árboles abrasados, atestiguan la antigüedad de estos acontecimientos. Continuando los españoles su penosa marcha por esta escena de desolacion, frecuentemente se encontraban en la orilla de precipicios, en cuyas inmensas profundidades de dos ó tres mil piés, podian ver un clima diverso y la lozana vegetacion de los trópicos cubriendo el fondo de los abismos.

Despues de tres dias de este cansado viaje tomó el ejército otro desfiladero; la Sierra del Agua (11). Pronto se encontraron en un pais abierto, con un hermoso clima, igual al de las latitudes templadas del mediodía de la Europa.

Habian llegado á un nivel de mas de siete mil piés sobre el océano, donde la dilatada plataforma de las montañas se extendia por centenares de millas á lo largo de las cumbres de las cordilleras. El pais ostentaba señales de un esmerado cultivo; pero la mayor parte de sus productos eran desconocidos á los españoles. Veíanse por todas partes campos y vallados de varias clases de nopal, el esbelto órgano y el productivo maguey, cuyos hermosos y amarillos racimos de flores, se levantaban sobre sus elevados tallos, y cuya planta proporcionaba bebida y vestido á los aztecas. Las producciones de las zonas tórrida y templada habian desaparecido una despues de otra con la subida á estas elevadas regiones. El plátano, con sus hojas lustrosas y oscuras, principal y mas barato alimento de los paises bajos, habia desaparecido desde mucho antes. Sin embargo, se veia el maiz con sus dorados frutos en todo el orgullo del cultivo, siendo la elevacion del mas grande igual al de las tierras mas bajas que la mesa.

Repentinamente llegaron las tropas á los suburbios de una populosa ciudad, que cuando entraron en ella les pareció excedia á la de Cempoala en el tamaño y solidez de sus edificios (12). Eran estos de cal y piedra; muchos de ellos es-

(10) El nombre azteca es *Nauhcampatepetl*, derivado de *nauhcampa*, „una cosa cuadrada,” y *tepetl*, „una montaña.”—Humboldt, que con dificultad subió por entre bosques y nieves hasta la cumbre, le dá de altura cuatro mil ochenta y nueve metros, esto es, trece mil cuatrocientos catorce piés sobre el nivel del mar. *Vues des cordillères*, p. 234, y *Essai politique*, vol. I, p. 266.

(11) Este es el mismo que menciona Cortés en su carta, con el nombre de *Puerto de la Leña*. *Viaje*, en Lorenzana, p. iii.

(12) Conocido ahora con el nombre indio de *Tlatlauquitepec*. (*Viaje*, en Lorenzana, p. iv.) Es el *Cocotlan* de Bernal Diaz. (*Hist. de la conquista*, cap. 61.) Los antiguos conquistadores hicieron un uso miserable de los nombres aztecas, tanto de lugares como de personas, para lo cual debe sin embargo confesarse, tienen bastante excusa.

paciosos, y de una altura regular. Contenia trece *teocallis*; y en la entrada habian visto un osario, en el cual, segun Bernal Diaz, que asegura haberlos contado él mismo, estaban depositados cien mil cráneos de víctimas humanas, colocados en orden (13). Sea cual fuere la fe que deba darse á la precisa exactitud de sus figuras retóricas, el resultado es casi igualmente horroroso. Los españoles estaban destinados á familiarizarse con este horrible espectáculo, al paso que se aproximaban á la capital azteca.

El señor de la ciudad gobernaba veinte mil vasallos. Era tributario de Montezuma, y una fuerte guarnicion mejicana estaba acuartelada en el lugar. Probablemente habia tenido aviso de la aproximacion de los españoles, y dudado si seria ó no grata á su soberano. Manifestóles una fria recepcion, mucho mas desagradable para ellos despues de los extraordinarios sufrimientos de los últimos días. A la pregunta de Cortés, de si era súbdito de Montezuma, contestó con verdadera ó afectada sorpresa, „¿quién hay que no sea vasallo de Montezuma?” (14). El general repuso con algun énfasis, que él no lo era, y despues le explicó de dónde y con qué objeto venia, asegurándole que servia á un monarca que tenia por vasallos príncipes tan poderosos como el mismo soberano azteca.

El cacique no fué menos corto que el español en ponderar la grandeza y recursos del emperador indio. Dijo á su huésped que Montezuma podia reunir treinta vasallos principales, señor cada uno de ellos de cien mil hombres (15). Que sus rentas eran inmensas, pues cada súbdito, por pobre que fuese, le pagaba algo, y todas se consumian en el lujo con que vivia y en la manutencion de sus ejércitos. Estos estaban continuamente en el campo, al mismo tiempo que habia guarniciones en casi todas las principales ciudades del imperio. Más de veinte mil víctimas, fruto de sus campañas, eran sacrificadas anualmente en los altares de la divinidad. Su capital se levantaba sobre un lago en el centro de un espacioso valle. Aquel estaba surcado por las embarcaciones del emperador, y la aproximacion á la ciudad se hacia por medio de calzadas de algunas millas de extension, unidas en diversas partes por puentes, de manera que cuando se levantaban, quedaba cortada toda comunicacion. Agregó otras noticias, contestando á las preguntas de su huésped, en las cuales, como el lector puede imaginar-

(13) „Puestos tantos rimeros de calaveras de muertos, que se podian bien contar, segun el concierto con que estaban puestas, que me parece que eran mas de cien mil, y digo otra vez sobre cien mil.” Ibid., ubi supra.

(14) „El cual, casi admirado de lo que le preguntaba, me respondió, diciendo; ¿que quién no era vasallo de Muctezuma? queriendo decir, que allí era Señor del Mundo.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 47.

(15) „Tiene mas de treinta príncipes á sí sujetos, que cada uno de ellos tiene cien mil hombres é mas de pelea.” (Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 1.) Esta historia maravillosa se encuentra repetida con mucha gravedad por varios escritores españoles al hablar de la monarquía azteca, no como asercion del gefe indio, sino como una pieza verdadera de estadística. Véase, entre otros, á Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 12.—Solís, Conquista, lib. 3, cap. 16.

se, el artificioso ó crédulo cacique barnizó la verdad con el brillante colorido del romance. Los españoles no podían acertar si todo esto era ficción ó realidad. Los pormenores que habían sabido, no eran á propósito para tranquilizar su espíritu, y podían haber hecho á hombres mas resueltos que ellos detenerse en vez de avanzar; pero lejos de esto, „las palabras que habíamos oído,” dice el valiente caballero tantas veces citado, „aunque podían habernos llenado de temor, solo nos hicieron desear con mas ansia probar una aventura que parecia desesperada; tal es el carácter español” (16).

En otra conversacion, preguntó Cortés al gefe indio si su pais abundaba en oro, y manifestó deseos de llevar á su patria algunas muestras de él para su soberano; pero el cacique rehusó dárselas, diciendo que podia desagradar á Montezuma. „Si él me lo manda,” añadió, „mi oro, mi persona y todo cuanto poseo, estará á vuestra disposicion.” No insistió el general mas sobre este punto.

La curiosidad de los nativos naturalmente se excitó con los extraños vestidos, armas, caballos y máquinas de guerra de los españoles. Marina aprovechó la ocasion de satisfacer sus preguntas, para ponderar el valor de sus compatriotas adoptivos, extendiéndose en describir sus proezas y victorias, y refiriendo las extraordinarias muestras de respeto que habían recibido de Montezuma. Parece que esta noticia produjo el efecto deseado, pues poco despues dió el cacique al general algunas curiosas piezas de oro no de gran valor, pero que eran un pequeño testimonio de su buena voluntad. Le envió tambien algunas esclavas, que preparasen pan para la tropa, y le proporcionó medios de tomar algun alimento y reposo, más importante para ellos en aquella ocasion, que todo el oro de Méjico (17).

El general español, como tenia de costumbre, no despreció la oportunidad de inculcar á su huésped las grandes verdades de la revelacion, y manifestarle la atrocidad de las supersticiones indias. Escuchóle con atenta pero fria indiferencia; y Cortés viendo que no podia conmoverle, se volvió á sus soldados diciéndoles, que aquel era el tiempo de plantar la cruz. Ellos gustosamente secundaron su piadoso intento, y se hubieran seguido las mismas escenas que en Cempoala, pero acaso con muy diversos resultados, si el padre Olmedo con mas juicio y discrecion no se hubiera interpuesto. Les manifestó que el introducir la cruz entre los nativos en el estado de ignorancia é incredulidad en que se hallaban, seria exponer el símbolo sagrado á la profanacion, tan pronto como los españoles hubieran vuelto la espalda: que el mejor medio era esperar con pa-

(16) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 61.

Hay una buena dosis de jactancia en la narracion del capitán, que puede provocar á risa, pero no á desprecio, pues está mezclada con mucho valor verdadero y sencillez de carácter.

(17) Para las páginas precedentes, ademas de los autores citados en ellas, véase á P. Mártir de Angleria, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 1.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.—Gomara, Crónica, cap. 44.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 26.

ciencia la ocasion de que con mas descanso pudiera infundirse en sus mentes el conocimiento de la verdad. El sabio racionio de este piadoso eclesiástico prevaleció sobre las pasiones de los soldados entusiastas.

Afortunadamente para Cortés, no era Olmedo uno de aquellos frenéticos monjes que hubiera en tales ocasiones dado pábulo á su carácter impetuoso. Habría ejercido esto una influencia desastrosa en su suerte, pues Cortés veía todas las consecuencias temporales, como ligeras, comparadas con la grande obra de la conversion, y para efectuarla, la conciencia poco escrupulosa del soldado, acostumbrada á la severa disciplina del campo, hubiera empleado la fuerza si los medios suaves resultaban ineficaces (18). Pero Olmedo era de aquellos benéficos misioneros, de quienes la Iglesia romana, para crédito suyo, ha proporcionado muchos ejemplos, que confiaban en las armas espirituales para llevar al cabo su grande obra, inculcando aquellas doctrinas de amor y caridad, que pueden conmover á un rudo auditorio y ganar sus afecciones. Estas son ciertamente las verdaderas armas de la religion; las armas empleadas en los primitivos siglos de la Iglesia, con las cuales hizo ondear su estandarte de paz sobre las regiones mas remotas del globo. Otros fueron, sin embargo, los medios de que se valieron los conquistadores de América, quienes siguiendo mas bien la política adoptada por los victoriosos musulmanes al principio de su carrera, llevaban en una mano la espada y en la otra la Biblia. Impusieron obediencia á los vencidos en materias de fe, no menos que en las de gobierno, cuidándose poco de que la conversion fuera verdadera con tal de que se conformasen á las observancias exteriores del culto. La semilla vertida de este modo hubiera perecido sin duda, á no ser por los misioneros de la misma nacion que en tiempos posteriores cultivaron el propio terreno, viviendo entre los indios como hermanos, y haciendo con largo y pacífico trabajo que el gérmen de la verdad echara raices y fructificara en sus corazones.

Permaneció Cortés en la ciudad cuatro ó cinco dias, con el fin de recobrar sus debilitadas fuerzas; y los indios modernos aun señalan, ó á lo menos así lo hacian á fines del siglo pasado, un venerable ciprés, bajo cuyas ramas estuvo atado el caballo *de el conquistador*, nombre que se le daba como título de honor (19). El camino que debia seguir, estaba abierto en un extenso y fértil valle, regado por un arroyo de claras y cristalinas aguas, circunstancia no muy comun en las abrasadas mesas de Nueva-España. El suelo estaba protegido por la sombra de los bosques, tan escasos en la época presente; pues los invasores despues de la conquista destruyeron las magníficas maderas que rivalizaban con las que producen nuestros estados meridionales y del oeste en

(18) El general, notoriamente pertenecía á la Iglesia militante, mencionada por Butler:

„que fundaba su fe en el sagrado texto de la pica y el cañon; y probaba sus doctrinas ortodoxas con apostólicos truenos y desastres.”

(19) „Árbol grande, dicho *ahuehuete*.” (Viaje, en Lorenzana, p. iii.) Es la *cupressus disticha* de Lineo. Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, p. 54, nota.

variedad y hermosura, y crecían sobre la plataforma de las montañas en tiempo de los aztecas (20).

A lo largo del río, y en ambas orillas, se extendía por tres ó cuatro leguas una línea no interrumpida de habitaciones indias, „tan inmediatas, que casi podían tocarse una con la otra,” lo que anunciaba una población mucho mayor que la que hoy existe (21). En un áspero y prominente terreno estaba edificada una ciudad, la cual podía contener cinco ó seis mil habitantes, dominada por una fortaleza, que por sus murallas y fosos pareció á los españoles casi „igual á las mismas obras de Europa.” Aquí volvieron á hacer alto las tropas, y encontraron un recibimiento amistoso (22).

Cortés determinó entonces la senda que había de seguir. Habíanle dicho los nativos de aquel lugar que tomara la ruta de la antigua ciudad de Cholula, cuyos habitantes, súbditos de Montezuma, pertenecían á una raza de costumbres suaves, dedicada á las artes mecánicas y á otras ocupaciones pacíficas, y que probablemente los recibirían bondadosamente. Pero los aliados cempoaltecas aconsejaron á los españoles no confiaran en los choluleses, „pueblo falso y pérfido,” sino que siguieran el camino de Tlascala, pequeña república valerosa, que había mantenido por tanto tiempo su independencia contra todo el poder de Méjico. El pueblo era tan franco como guerrero, é irrepreensible y recto en su conducta. Siempre había estado en relaciones amistosas con los totonacas, lo que proporcionaba una buena garantía para su amistosa disposición en el caso presente.

(20) Es el mismo gusto que ha hecho á las Castillas, la mesa de la península, tan desnudas de bosques. Razones también de prudencia obraron en el Nuevo Mundo. Un amigo mío al visitar una célebre hacienda, pero extraordinariamente alta de árboles, fué informado por el propietario, de que habían sido cortados para impedir que los perezosos indios que vivían en la finca fueran á perder el tiempo á su sombra.

(21) Esto confirma las observaciones del barón de Humbolt. „Sans doute lors de la première arrivée des Espagnols, toute cette côte, depuis la rivière de Papaloapan (Alvarado) jusq'á Huastecapan, était plus habitée et mieux cultivée qu'elle ne l'est aujourd'hui. Cependant, à mesure que les conquérants montèrent au plateau, ils trouvèrent les villages plus rapprochés les uns des autres, les champs divisés en portions plus petites, le peuple plus policé.” Humbolt, *Essai Politique*, tom. II, p. 202.

„Sin duda, cuando la primera llegada de los españoles, todo este lado, desde el río Papaloapan (Alvarado) hasta Huastacapan, estaba mas poblado y mejor cultivado que hoy. No obstante, á medida que los conquistadores subían á la mesa, encontraban las poblaciones mas cerca unas de otras, los campos divididos en porciones mas pequeñas, el pueblo mas culto.”

(22) El verdadero nombre indio de la ciudad, *Iztacamaxitlán*, *Iztacmastitan* de Cortés, difícilmente puede reconocerse en el *Xalacingo* de Bernal Díaz. Fué removida en 1601 de la cumbre de la colina á la llanura. En el sitio primitivo todavía se ven restos de piedras esculpidas de grandes dimensiones que atestiguan la elegancia de la antigua fortaleza ó palacio del cacique. *Viaje*, en Lorenzana, p. v.

Estos argumentos de los indios aliados prevalecieron en el ánimo del comandante español, quien resolvió captarse la benevolencia de los tlascaltecas, por medio de una embajada. Elijó para desempeñarla cuatro de los principales cempoaltecas, y envió con ellos un presente marcial, compuesto de un gorro de paño carmesí, una espada y una ballesta, armas que observó habían llamado la atención de los nativos. Agregó una carta, en la cual pedia permiso para atravesar el país, expresando su admiración por el valor de los tlascaltecas y por su larga resistencia á los mejicanos, cuyo orgulloso imperio intentaba abatir (23). No era de esperar que aquellos entendieran este documento, redactado en buen castellano, pero Cortés comunicó su contenido á los embajadores. El suplía los escritos geroglíficos que formaban las credenciales de un embajador indio, y sus caracteres misteriosos podían imprimir en los nativos la idea de una inteligencia superior en los españoles (24).

Tres días permanecieron estos en la hospitalaria ciudad, después de haber partido los enviados, y al fin de ellos volvieron á emprender su marcha. Aunque se hallaban en un país amigo, siempre avanzaban como si estuvieran en una tierra de enemigos; la caballería y tropa ligera á la vanguardia, y la parte mas pesada del ejército con los bagajes á la retaguardia, todos en orden de batalla. Durmiendo ó despiertos, nunca dejaban su armadura, acostándose con las armas al lado. Esta continua vigilancia era tal vez mas opresiva á su espíritu que las fatigas corporales; pero confiaban en su superioridad cuando tenían que operar en un campo abierto; y conocían que el peligro mas grave que debían temer de la táctica india, era una sorpresa. „Somos pocos contra muchos, valientes compañeros,” dijéales Cortés; „estad pues preparados, como si actualmente estuviérais en el combate; no como si fuérais á él” (25).

El camino tomado por los españoles fué el mismo que ahora conduce á Tlascala; pero no el que se sigue comunmente yendo de Veracruz á la capital, que da una vuelta considerable al Sur, hácia á Puebla, en las cercanías de la antigua Cholula. Más de una vez vadearon el río que corre por esta hermosa llanura, dilatando varios días en el camino, con la esperanza de recibir contestación de la república india. No podía explicarse la inesperada tardanza de los mensajeros, tanto que ocasionaba ya algun desasosiego.

Al avanzar por un país mas inculto y agreste, se halló repentinamente obstruido el camino por una fortificación digna de mencionarse. Era una muralla de piedra de nueve piés de altura y veinte de espesor, en cuya parte superior estaba

(23) „Estas cosas y otras de gran persuasión contenía la carta, pero como no sabían leer no pudieron entender lo que contenía.” Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

(24) Una completa noticia de los usos diplomáticos de los pueblos del Anáhuac puede verse en la página 27 de este tomo.

(25) „Mirad, señores compañeros, ya veis que somos pocos, hemos de estar siempre tan apercebidos y aparejados, como si ahora viésemos venir los contrarios á pelear, y no solamente vellos venir, sino hacer cuenta que estamos ya en la batalla con ellos.” Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 62.

Historia de la conquista de Méjico. Traducción de José M^o González Edición de María del Mar Verdejo Segura
 levantado un parapeto de pié y medio de ancho, con el objeto de cubrir á los que la defendian. Una sola entrada tenia en el centro, hecha por dos líneas circulares de la misma muralla, separada una de la otra el espacio de cuarenta pasos, y proporcionando un camino del ancho de diez piés, hecho de esta manera para que estuviera dominado por el parapeto interior. Esta fortificacion, se extendia por mas de dos leguas, descansando sus extremidades en dos altos estribos naturales, formados por la sierra. Estaba construida de enormes piedras cuadradas, perfectamente unidas con mezcla (26), y los restos que aun existen, entre los cuales hay rocas que tienen todo el ancho de la plataforma, atestiguan su solidez y tamaño (27).

Esta singular fábrica marcaba los límites de Tlascala, y se edificó, segun dijeron á los españoles los mismos nativos, para que sirviera de barrera contra las invasiones mejicanas. Se detuvo el ejército lleno de admiracion al contemplar este gigantesco monumento, digno de los cíclopes, que naturalmente sugeria varias reflexiones sobre el poder y recursos del pueblo que lo habia levantado. Tambien ocasionó algunos penosos cuidados, en cuanto al resultado probable de su embajada á Tlascala y su consiguiente recepcion allí; pero eran demasiado fuertes para permitir que tan desagradables temores permanecieran mucho tiempo en su imaginacion. Púsose Cortés á la cabeza de la caballería, diciendo en alta voz: „Avanzad, soldados, la sagrada cruz es nuestro estandarte, y bajo de él conquistaremos.” Guió su pequeño ejército por el indefenso paso, y en pocos momentos pisaron el suelo de la república libre de Tlascala (28).

(26) Segun el escritor últimamente citado, las piedras estaban unidas con una cal tan dura, que dificilmente podian romperla los soldados con sus picas. (Hist. de la conquista, cap. 62.) Pero la asercion contraria que contiene la carta del general, es confirmada con la actual apariencia de la muralla. Viaje, en Lorenzana, p. vii.

(27) Viaje, en Lorenzana, p. vii.

Los esfuerzos del arzobispo para identificar la ruta de Cortés fueron muy felices. Es de sentirse que el mapa que sirve de ilustracion al itinerario sea tan falto de mérito.

(28) Camargo, Historia de Tlascala, MS.—Gomara, Crónica, cap. 44 y 45.—Ix-tlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 3.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 2.—P. Mártir de Anglería, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 1.

CAPITULO II.

REPUBLICA DE TLASCALA.—SUS INSTITUCIONES.—SU HISTORIA PRIMITIVA. —DISCUSIONES EN EL SENADO.—COMBATES DESESPERADOS.

1519.

Antes de seguir adelante con los españoles en el territorio de Tlascala, será conveniente dar algunas noticias sobre el carácter é instituciones de la nacion mas notable del Anáhuac bajo todos aspectos. Los tlascaltecas pertenecian á la misma gran familia de los aztecas (1). Vinieron á la extensa mesa con las otras razas de su origen, á fines del siglo doce, y se establecieron en la orilla occidental del lago de Tezcucó. Aquí permanecieron muchos años, empleados en las ocupaciones ordinarias de un valeroso y en parte civilizado pueblo. Por alguna causa, tal vez por un espíritu turbulento, incurrieron en la enemistad de las tribus vecinas. Formóse una coalicion en su contra, y se dió una sangrienta batalla en las llanuras de Poyauhtlan, en la cual los tlascaltecas quedaron completamente victoriosos. Sin embargo, no contentos de residir entre naciones con quienes tenian tan poco favor, el pueblo vencedor resolvió emigrar. Se separaron en tres divisiones, y la mayor de ellas, dirigiéndose hácia el Sur por el gran volcan de Méjico, dió vuelta á la antigua ciudad de Cholula, y al fin se estableció en aquella parte del pais que sombreaba la sierra de Tlascala. Los cálidos y fructíferos valles, comprendidos en esta áspera sucesion de montañas, proporcionaban medios de subsistencia á un pueblo agricultor, al mismo tiempo que las elevadas eminencias de la sierra presentaban posiciones seguras para sus ciudades.

En el transcurso de algunos años, las instituciones de la nacion sufrieron cambios importantes. Primero fué dividida la monarquía en dos, y despues en cuatro estados diversos, ligados mútuamente con una especie de pacto federal, probablemente no muy bien definido. Cada estado tenia su señor ó supremo gefe,

(1) El historiador indio, Camargo, considera á su nacion como una rama de los chichimecas. (Hist. de Tlascala, MS.) Véase á Torquemada, (Monarquía ind., lib. 3, cap. 9.) Clavijero, que investigó cuidadosamente las antigüedades del Anáhuac, la llama una de las siete tribus nahuatlacas; (Stor. del Messico, tom. I, p. 153, nota), pero este hecho no es de mucha importancia, puesto que todas eran razas de un mismo origen, hablaban un propio idioma, y seguramente emigraron del interior del Noroeste en igual fecha.

que era independiente en su territorio, y poseía una autoridad unida con los otros en los negocios concernientes á toda la república. Los de gobierno, especialmente los que tenían relacion á la paz ó á la guerra, se discutían en un senado ó consejo compuesto de los cuatro grandes señores y de sus nobles subalternos.

Los dignatarios inferiores reconocían al superior de sus respectivos distritos como una especie de señor feudal, estando obligados á proveer su mesa, y ayudarle á mantener la paz en sus dominios, así como á servirle en la guerra (2). En recompensa recibían de él auxilio y protección. Las mismas mútuas obligaciones existían entre él y los vasallos, á quienes tenía distribuidos los territorios que se había reservado para sí (3). De esta manera estaba establecida una cadena de dependencias feudales, que si no era construida con todo el arte y refinamientos legales de las instituciones análogas del Antiguo Mundo, contenía los rasgos mas notables de ellas en sus relaciones personales, la obligación del servicio militar por una parte, y la protección por la otra. Esta forma de gobierno, tan diversa de las observadas por las naciones vecinas, subsistió hasta la llegada de los españoles; y ciertamente prueba una civilización bastante adelantada el hecho de que una constitución política, tan complicada, hubiera durado tanto tiempo sin ser perturbada por la violencia ó facciones en los estados confederados, y hubiera sido bastante para asegurar los derechos del pueblo y proteger al país contra las invasiones extranjeras.

Sin embargo, la clase inferior parece no gozaba mayores privilegios que en los gobiernos monárquicos; y se distinguía por un vestido peculiar, y por no poder usar las insignias de las clases aristócratas (4).

La nación, agricultora en sus costumbres, reservó sus mayores honores, lo mismo que las más de las bárbaras, y desgraciadamente también las civilizadas, para las proezas militares. Había instituidos juegos públicos y decre

(2) Los descendientes de estos pequeños nobles daban tanta importancia á sus genealogías, como los vizcainos y asturianos en la Antigua España. Mucho tiempo después de la conquista rehusaron, sin embargo de su pobreza, deshonrar su nacimiento, recurriendo á ocupaciones mecánicas ó plebeyas. „Los descendientes de estos son estimados por hombres calificados, que aunque sean pobrísimos no usan oficios mecánicos ni tratos bajos ni viles, ni jamás se permiten cargar ni cavar con coas y azadones, diciendo que son hijos hidalgos en que no han de aplicarse á estas cosas soeces y bajas, sino servir en guerras y fronteras, como hidalgos, y morir como hombres peleando.” Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

(3) „Cualquier *Tecuhli* que formaba un *Tecalli*, que es casa de mayorazgo, todas aquellas tierras que le caían en suerte de repartimiento, con montes, fuentes, ríos, ó lagunas, tomase para la casa principal la mayor y mejor suerte ó pagos de tierra, y luego las demas que quedaban se partían por sus soldados amigos y parientes, igualmente, y todos estos están obligados á reconocer la casa mayor y acudir á ella, á alzarla y repararla, y á ser continuos en reconocer á ella de aves, caza, flores y ramos para el sustento de la casa del mayorazgo, y el que lo es está obligado á sustentarlos y á regalarlos como amigos de aquella casa y parientes de ella.” Ibid., MS.

(4) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

dos premios para los que sobresalían en aquellos ejercicios varoniles y atléticos que podían adiestrarlos en el arte de la guerra. Concedíanse los honores del triunfo al general victorioso que entraba á la ciudad llevando los despojos y prolongadas filas de prisioneros que habia tomado, al mismo tiempo que sus heroicos hechos se recordaban en cantos nacionales, y su efigie, ya de madera, ya de piedra, se colocaba en los templos. Habia verdaderamente el espíritu marcial de la república de Roma (5).

Introdujose una institucion parecida á las órdenes de caballería y muy semejante á otra que existia entre los aztecas. El que aspiraba á los honores de ella, velaba sus armas y ayunaba cincuenta ó sesenta dias en el templo, donde escuchaba un grave discurso sobre los deberes de su nueva profesion. Cuando se le volvían sus armas, hacíanse varias ceremonias caprichosas: era conducido en solemne procesion por las calles públicas, y concluía la solemnidad con banquetes y regocijos públicos. El nuevo caballero se distinguía desde entonces por ciertos privilegios peculiares, y por una divisa que indicaba su rango. Es digno de notarse que este honor no estaba reservado exclusivamente al valor militar, sino que era tambien la recompensa de otra clase de servicios públicos, como la sabiduría en el consejo, la sagacidad y buen suceso en el comercio, pues este era tenido por los aztecas en tanta estimacion como entre los demás pueblos del Anáhuac (6).

El clima templado de la mesa proporcionaba medios de comerciar á largas distancias. La feracidad del suelo estaba indicada con el nombre del país, pues Tlascala significa „tierra de pan.” Sus extensas llanuras y hasta las laderas de sus peñascosas colinas ostentaban ricos sembrados de maiz, y plantíos de maguey, el cual, como hemos visto, proporcionaba materiales para algunas manufacturas importantes. Con estas, así como con los productos de la industria agrícola, descendía el mercader las cordilleras: viajaba por las ardientes regiones situadas en su base; y volvía con las producciones de lujo que la naturaleza habia negado á su país (7).

Las diversas artes de una sociedad ilustrada guardaban proporcion con la

(5) „Los grandes recibimientos que hacían á los capitanes que venían y alcanzaban victoria en las guerras, las fiestas y solenidades con que se solenizaban á manera de triunfo, que los metían en andas en su pueblo, trayendo consigo á los vencidos; y por eternizar sus hazañas se las cantaban públicamente, y así quedaban memoradas y con estatuas que les ponían en los templos.” Ibid., MS.

(6) Toda la ceremonia de la inauguracion, aunque parece que con especial referencia á los caballeros comerciantes, está transcrita originalmente de Camargo en el Apéndice, parte 2, núm. 9.

(7) „Ha bel paese,” dice el conquistador anónimo, hablando de Tlascala, en el tiempo de la invasion, „di pianuri e montagne, et è provincia popolosa e vi si raccoglie molto pane.” Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, p. 308.

Es un bello país de llanuras y montañas, y una provincia populosa, donde se recoge mucho pan.

riqueza y prosperidad pública; al menos eran cultivadas con la misma limitada extension que entre los otros pueblos del Anáhuac. El idioma tlascalteca, dice el historiador nacional, simple, como debia ser el de una region montañosa, era áspero, comparado con el pulcro tezcucano ó el dialecto popular azteca, y por lo mismo no tan á propósito para la composicion; pero los tlascaltecas hicieron adelantos comparables á los de las naciones de su propio origen, en los rudimentos de las ciencias. Su calendario estaba formado sobre el mismo plan. Su religion, su arquitectura, muchas de sus leyes y usos sociales, eran idénticos, arguyendo una fuente comun para todos. Su deidad tutelar era el sanguinario dios de la guerra que entre los aztecas, aunque con diverso nombre: sus templos estaban igualmente salpicados con la sangre de víctimas humanas; y sus mesas ofrecian tambien los propios banquetes caníbales (8).

Aunque no ambicionaban conquistas extranjeras, la prosperidad de los tlascaltecas excitó algunas veces los celos de sus vecinos, especialmente del opulento estado de Cholula. Frecuentes guerras se suscitaron entre los habitantes de éste y aquellos, en las que la victoria estuvo casi siempre por parte de los republicanos. Un enemigo mas formidable todavia apareció en los últimos tiempos en los aztecas, quienes, cuando las naciones vecinas hubieron reconocido, una despues de otra, su imperio ó influjo, quisieron arrebatar á Tlascala su independencia. Bajo el reinado del ambicioso Axayacatl demandaron á los tlascaltecas el mismo tributo y obediencia prestada por otros pueblos del Anáhuac, amenazándoles con que si lo rehusaban, arrasarian las ciudades hasta sus cimientos y entregarían el país á sus enemigos.

A estas imperiosas intimaciones, contestó orgullosamente la pequeña república, „que ni los que entonces la formaban, ni sus antepasados, habian pagado tributo ú homenaje á potencia alguna extranjera, y que jamas lo harian: si era invadido el país, sabrian defenderlo, y derramarían su sangre en defensa de la libertad, como lo hicieron sus padres en tiempos pasados, cuando derrotaron á los aztecas en los llanos de Poyauhtlan” (9).

Esta respuesta decisiva trajo sobre ellos las fuerzas de la monarquía. Dióse una sangrienta batalla, y los valientes republicanos quedaron victoriosos. Desde esta época continuaron las hostilidades entre ambas naciones con mas ó menos actividad; pero con grande encarnizamiento. Todo prisionero era desapiadadamente sacrificado: desde la cuna eran enseñados los niños á odiar á los mejicanos; y aun en los breves intervalos de paz, no tuvieron lugar entre el pueblo de los respectivos países aquellos matrimonios que unian con vínculos sociales á las mas de las otras razas de un mismo origen que habitaban el Anáhuac.

Para esta lucha encontraron los tlascaltecas un auxilio considerable en la union

(8) El historiador nacional trae una completa relacion de las maneras, costumbres é instituciones domésticas de Tlascala, dando mucha luz sobre los otros estados del Anáhuac, cuya constitucion social parece fué fundida en el mismo molde.

(9) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Torquemada, Monarqu. Ind., lib. 2, cap. 70.

de los otomís ú otomíes, como les llaman comunmente los escritores castellanos, raza salvaje y guerrera, establecida primitivamente sobre la mesa, al norte del valle de Méjico. Permitióse á algunos de ellos fijar su residencia en la república, y pronto fueron incorporados en sus ejércitos. Su valor y fidelidad á la nación que habian adoptado, les hacian dignos de confianza, y fueron encargados de cuidar los lugares de la frontera. Las montañosas barreras de que estaba rodeada Tlascala proporcionaban fuertes posiciones naturales para defenderse contra toda invasion. El pais estaba indefenso hácia el oriente, pues un valle de cerca de seis millas de largo invitaba al enemigo á aproximarse; pero fué aquí donde los precavidos tlascaltecas erigieron la formidable muralla que excitó la admiracion de los españoles, y que cubrieron con una guarnicion de otomís.

Mayores esfuerzos para sujetarlos se hicieron despues de que Montezuma ocupó el trono. Sus armas victoriosas se habian extendido por los costados de los Andes, hasta las distantes provincias de Verapaz y Nicaragua (10); y su orgulloso espíritu se habia excitado por la oposicion de un pequeño estado, cuya extension territorial no excedia de diez leguas de ancho y quince de largo (11). Envió en su contra un ejército, mandado por su hijo favorito, que fué muerto y batidas sus tropas. Entonces el enfurecido y mortificado monarca hizo mayores preparativos. Alistó las fuerzas de las ciudades limítrofes á su enemigo y las del imperio, con cuyo formidable ejército marchó sobre la odiada república; pero los bravos montañeses se ocultaron en las cavernas, y esperaron tranquilamente la oportunidad de caer como un torrente sobre los invasores, á quienes arrojaron de su territorio con una horrible carnicería.

Sin embargo de las ventajas adquiridas en el campo, los tlascaltecas se vieron penosamente oprimidos por sus dilatadas guerras con un enemigo tan superior á ellos en número y en arbitrios. Los ejércitos aztecas estaban situados entre su territorio y la costa, cortando toda comunicacion con aquella fértil comarca, y limitando por lo mismo sus recursos á los productos de su suelo y á sus propias manufacturas. Por mas de medio siglo habian carecido de algodón, de cacao y sal. Su paladar estaba ya tan acostumbrado á la abstinencia de estos comestibles, que despues de la conquista fué necesario el transcurso de varias generaciones para reconciliarlos con el uso de la sal en sus comidas (12). Se dice que en las pequeñas interrupciones de la guerra, los nobles mejicanos, con un magnánimo espíritu de caballería, enviaban á los gefes tlascaltecas presentes de aquellos efectos, con muchas y expresivas manifestaciones de respeto. El historiador indio asegura, que el pueblo no sospechaba esta correspondencia; ni

(10) Camargo, (Hist. de Tlascala, MS.) refiere la extension de las conquistas de Montezuma, campo muy disputable para el historiador.

(11) Torquemada, Monarqu. Ind., lib. 3, cap. 16.—Solís dice: „El territorio tlascalteca tenia cincuenta leguas de circunferencia, diez de largo, de oriente á occidente, y cuatro de ancho de norte á sur.” (Conquista de Méjico, lib. 3, cap. 3.) Debía haber hecho una figura muy curiosa en geometría.

(12) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

ella conducía á otra clase de relacion entre ambas naciones perjudicial á la libertad de la república, „la cual conservó inviolables sus costumbres, su buen gobierno y el culto de sus dioses” (13).

Tal era la condicion de Tlascala cuando llegaron los españoles: sostenia una precaria existencia bajo la sombra del poder colosal que parecia estar suspenso sobre su cabeza como un témpano de nieve próximo á desprenderse de la montaña; pero fuerte todavia en sus recursos, y aun mas en el carácter indómito de su pueblo; con una reputacion establecida por todo el pais de buena fe y moderacion en la paz, y de valor en la guerra, al mismo tiempo que su espíritu libre de independencia, le aseguraba el respeto aun de sus propios enemigos. Con estas cualidades y con una animosidad contra Méjico, alimentada por prolongadas y terribles guerras, su alianza era notoriamente de la mayor importancia para la empresa de los españoles; mas no muy fácil asegurarla (14).

Los tlascaltecas sabian las ventajas obtenidas por los cristianos y su victoriosa carrera, pues la noticia de ellas se habia extendido rápidamente por los paises situados en la mesa de las montañas. Pero parece que no esperaban tan pronto la aproximacion de los extranjeros. Estaban, pues, muy embarazados con la embajada, que les pedía permiso para pasar por su territorio. Convocóse el gran consejo, y una diferencia notable de opiniones prevaleció entre sus miembros. Algunos, adoptando la supersticion popular, suponian que los españoles podian ser los hombres blancos y barbados anunciados por los oráculos (15). En todo caso eran enemigos de Méjico, y como tales, podian cooperar á la lucha con el imperio. Otros pensaban, que los extranjeros tal vez nada tenian de comun con ellos. Su marcha en el pais podia seguirse por las despedazadas imágenes de los dioses indios y por los templos profanados. ¿Cómo sabian, pues, los tlascaltecas que fuesen enemigos de Montezuma? Habian recibido las embajadas de éste, aceptado sus presentes, y caminaban en union de sus vasallos para la capital.

Estas últimas reflexiones fueron hechas por un anciano gefe, uno de los cuatro que gobernaban la república. Su nombre era Xicotencatl. Casi estaba ciego, pues se dice que habia vivido mas de un siglo (16). Su hijo, jónen impetuoso

(13) „Los señores mejicanos y tezcucanos en tiempo que ponian treguas por algunas temporadas, enviaban á los señores de Tlascalla grandes presentes y dádivas de oro, ropa, y cacao, y sal, y de todas las cosas de que carecian, sin que la gente plebeya lo entendiese, y se saludaban secretamente, guardándose el decoro que se debian: mas con todos estos trabajos la órden de su república jamas se dejaba de gobernar con la rectitud de sus costumbres, guardando inviolablemente el culto de sus dioses.” Ibid., MS.

(14) El cronista tlascalteca, encuentra en este odio tan arraigado de Méjico la mano de la Providencia, que se valió de él como el medio mas eficaz para destruir el imperio Azteca. Hist. de Tlascala, MS.

(15) „Si bien os acordais, como tenemos de nuestra antigüedad como han de venir gentes á la parte donde sale el sol, y que han de emparentar con nosotros, y que hemos de ser todos unos; y que han de ser blancos y barbudos.” Ibid., MS.

(16) A la madura edad de 140 años, si ha de darse crédito á Camargo. Solís, con-

so, del mismo nombre que él, mandaba un poderoso ejército de guerreros tlascaltecas y otomís, cerca de la frontera oriental. Seria mejor, dijo el anciano, atacar de una vez con esta fuerza á los españoles. Si quedaban victoriosos, caian estos en su poder; si eran derrotados, podia declarar el senado que de aquel acto era responsable el general, y no la república (17). El sagaz consejo del gefe encontró favor entre su auditorio, aunque seguramente no era conforme al espíritu de caballería, ni á la buena fe de que eran celebrados sus compatriotas. Pero para un indio, la fuerza y la estratagema, el valor y el engaño eran igualmente admisibles en la guerra, como lo eran tambien entre los bárbaros de la antigua Roma (18). Los enviados cempoaltecas debian ser detenidos bajo el pretexto de que asistieran á un sacrificio religioso.

Entre tanto, Cortés y su valiente ejército, segun se ha dicho en el capítulo anterior, habian llegado á la muralla de rocas erigida en los confines orientales de Tlascala. Por alguna causa, que se ignora, no la defendia su guarnicion otomí, y los españoles la pasaron, como hemos visto, sin que se les hiciera resistencia. Cortés á la cabeza de su pequeño escuadron de caballería, y previniendo á la infantería marchara á paso redoblado, se adelantó con el fin de hacer un reconocimiento. Despues de caminar tres ó cuatro leguas, encontró una partida de indios poco numerosa, armados de espada y escudo, al estilo del pais, que huyeron luego que se aproximó. Hízoles señas; pero viendo que se alejaban con mas precipitacion, picaron los españoles sus caballos y pronto los alcanzaron. Los indios, conociendo que era imposible escapar les hicieron frente, y lejos de mostrar el terror que acostumbraban los nativos, por el extraño y terrible aspecto de una cabalgada, emprendieron un furioso asalto contra los caballeros. Pero estos eran demasiado fuertes para los primeros, y hubieran hecho pedazos á sus enemigos sin mucha dificultad, si no hubieran visto aparecer un cuerpo de algunos miles de indios que venian aceleradamente al auxilio de sus compatriotas.

Luego que Cortés los descubrió, despachó con toda prisa á uno de los soldados á fin de que la infantería acelerase su marcha. Los indios, despues de descargar sus armas arrojadizas, cayeron furiosamente sobre el pequeño escuadron de españoles, esforzándose en arrancar las lanzas de las manos de estos y desmontar los ginetes. Arrojaron á uno por tierra, que despues murió de las heridas, y mataron dos caballos, dividiéndoles el cuello, si hemos de creer al historiador, con un solo golpe de sus fuertes y anchas espadas (19). En la descripcion de es-

fundiendo á este anciano con su hijo, pone en boca del último una bellissima arenga, que seria una rara joya de elocuencia india y aun de la castellana. Conquista, lib. 2, cap. 16.

(17) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 3.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 27.

Hay una contradiccion y obscuridad en la relacion de los procedimientos del consejo, que no es fácil reconciliar con los sucesos posteriores.

(18) „——Dolus an virtus, quis in hoste requirat?”

(19) „Y les mataron dos caballos de dos cuchilladas, y segun algunos, que lo vieron, cortaron á cercen de un golpe cada pescuezo con riendas, y todas.” Gomara, Crónica, cap. 45.

tas campañas no hay algunas veces mas que un paso muy corto, de la historia al romance. Cortés sintió mucho la pérdida de los caballos, tan importantes y tan pocos en número, en términos, que mas bien hubiera dado la vida del mejor cabalgador de la tropa.

La lucha fué muy empeñada, y sus pormenores tan extraños como ningunos de los que refieren los romances españoles, en los cuales un puñado de caballos hace frente á legiones de enemigos. Las picas de los cristianos hicieron aquí tambien terrible estrago; pero habrian necesitado de la mágica lanza de Adolfo, que arrojaba por tierra á millares de adversarios de un solo golpe, para quedar salvos en tan desigual contienda. Por lo mismo no vieron con poca satisfaccion á sus camaradas que avanzaban á protegerlos.

No bien habia llegado el cuerpo principal al campo de batalla, cuando formándose apresuradamente arrojaron una lluvia de balas de sus fusiles y ballestas que hizo vacilar al enemigo. Asombrados mas bien que intimidados con la horrible detonacion de las armas de fuego, escuchada entonces por la primera vez en estas regiones, no hicieron los indios mayores esfuerzos para continuar el combate, sino que se retiraron en buen orden dejando el campo libre á los españoles, y estos, bastante satisfechos de haberse libertado de aquel peligro para querer perseguirlos, volvieron á continuar su marcha.

Pasaron entonces por un pais poblado de cabañas indias, situadas entre florecientes campos sembrados de maiz y magueyes, que indicaban una industriosa poblacion. Fueron aquí encontrados por dos enviados tlascaltecas, acompañados de dos de los cempoaltecas. Presentáronse los primeros al general, disculpándose del ataque dado á sus tropas, calificándolo de un acto no autorizado, y asegurándole seria recibido amigablemente en la capital. Cortés recibió esta manifestacion de una manera muy atenta, afectando tener en su buena fama mas confianza de la que probablemente sentia.

Estaba cerca de concluir la tarde, y los españoles violentaron su marcha, deseosos de llegar á un lugar á propósito para acampar antes de que anoheciera. Encontráronlo en las márgenes de un arroyo que tårdamente serpenteaba por la llanura. Unas cuantas chozas abandonadas se veian en la ribera, y los fatigados y hambrientos soldados las recorrieron una á una en busca de alimentos. Todo lo que pudieron encontrar fué algunos animales domésticos semejantes á los perros. Los mataron y prepararon sin ceremonia, sazonzando su desabrida comida con el fruto de la tuna ó higo indio, que crece silvestre en las inmediaciones; así satisficieron la necesidad del apetito. Desplegó Cortés una vigilancia escrupulosa: compañías de cien hombres cada una se relevaron á montar la guardia toda la noche; pero ningun ataque sufrieron, pues las hostilidades nocturnas eran contrarias al sistema de la táctica india (20).

(20) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 50.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 62.—Gomara, Crónica, cap. 45.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3 y 41.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 10.

Al romper la mañana del día siguiente, que era el 2 de septiembre, se pusieron las tropas sobre las armas. Además de los españoles, el total número de indios auxiliares podía entonces ascender á tres mil, pues Cortés habia sacado reclutas de los lugares que en su tránsito le habian recibido amistosamente; habiendo tomado trescientos en el último. Después de asistir á misa volvieron á emprender la marcha. Caminaban en orden de batalla, amonestados previamente los soldados por el general de que no se quedaran atrás, ó separasen de sus filas un momento, pues estaba seguro de que aquellos que lo hicieran serian envueltos por sus ocultos y vigilantes enemigos. La caballería marchaba de tres en tres, que era el mejor modo de auxiliarse unos á los otros, instruidos de que en el ardor de la pelea se conservasen unidos y nunca cargaran separadamente. Enseñóles el modo de llevar las lanzas, para que los indios no se las pudieran quitar de las manos, como constantemente intentaban. Por la misma razon debian evitar el dar estocadas y procurar asestar sus armas directamente al rostro de los enemigos (21).

No habian alejádose mucho, cuando fueron encontrados por los otros dos enviados cempoaltecas, quienes con señales de terror informaron á Cortés de que pérfidamente habian sido aprisionados y encarcelados, con el objeto de sacrificarlos en una próxima festividad de los tlascaltecas; pero que en la noche habian conseguido fugarse. Dieron tambien la desagradable noticia de que una gran fuerza de los nativos estaba ya reunida para oponerse á la marcha de los españoles.

Poco después avistaron un cuerpo de indios compuesto, al parecer, de cerca de mil hombres, que en señal de desafío blandian sus armas, al paso que los cristianos se acercaban. Cuando estuvo Cortés á una distancia en que pudiera ser oído, mandó al intérprete proclamara que no tenia intenciones hostiles, sino que solo deseaba se le permitiera pasar por el pais al cual habia entrado como amigo; y mandó al escribano real Godoy, anotara esta declaracion allí mismo, á fin de que la sangre que se derramase no se imputara á los españoles. Esta manifestacion pacífica, fué contestada, como sucedia comunmente en tales ocasiones, con una multitud de dardos, piedras y flechas, que caian como lluvia sobre los españoles, sonando en sus fuertes armaduras y algunas veces penetrando sus cuerpos. Instigados por el dolor de las heridas, pedian al general los condujera al combate, hasta que sonó en sus oídos el bien conocido grito de guerra, „Santiago y á ellos” (22).

Los indios sostuvieron el campo por un rato con valor, y luego se retiraron precipitadamente, pero no en desorden (23). Los españoles, cuya sangre estaba enardecida por el encuentro, continuaron su victoria con mas celo que pru-

(21) „Que cuando rompiésemos por los escuadrones, que llevasen las lanzas por las caras, y no parassen á dar lanzadas, porque no les echassen mano dellas.” Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 62.

(22) „Entonces dijo Cortés, „Santiago, y á ellos.” ” Ibid., cap. 63.

(23) „Una gentil contienda,” dice Gomara, hablando de esta accion. Crónica,

cap. 46.

dencia, permitiendo que el astuto enemigo los condujese á una estrecha cañada ó desfiladero, interceptado por un pequeño arroyo, cuyo quebrado terreno era muy desfavorable para la artillería y para los movimientos de la caballería. Avanzando con el fin de salir de esta peligrosa posición, y al voltear un ángulo del camino, vieron un numeroso ejército cerrando la garganta del valle, y extendiéndose sobre las llanuras que le seguían. A los asombrados ojos de Cortés parecieron cien mil hombres, siendo así que ningún cálculo los estima en mas de treinta mil (24).

Presentaban un confuso conjunto de yelmos, armas y plumas de muchos colores que brillaban con el sol de la mañana, mezclados de estandartes, entre los cuales flameaba orgullosamente uno que tenía por divisa una garza sobre una roca. Era la insignia bien conocida de la casa de Titcala; que así como las líneas blancas y amarillas que tenían pintadas los indios en sus cuerpos, y los mismos colores en sus cotas de pluma, manifestaban que eran los guerreros de Xicotencatl (25).

Luego que divisaron á los españoles, prorumpieron en un horrible grito de guerra, ó mas bien, tocaron un instrumento que hería el oído con su aspereza, y cuyo sonido con el toque de sus melancólicos tambores, que podía ser escuchado por mas de legua y media (26), era capaz de llenar de terror al corazón mas resuelto. Dirigióse esta formidable hueste sobre los cristianos, como si fuera á oprimirlos con su número; pero el valeroso puñado de guerreros castellanos, cerrados estrechamente unos con otros, y cubiertos con sus fuertes armaduras, recibían firmes el choque, al mismo tiempo que las masas desordenadas de los indios,

(24) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 51. Según Gomara, (Crónica 46,) el enemigo contaba ochenta mil hombres, y lo mismo dice Ixtlilxochitl. (Historia chich., MS., cap. 83.) Bernal Díaz asegura, que eran mas de cuarenta mil; (Hist. de la conquista, cap. 63;) pero Herrera, (Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 5,) y Torquemada (Monarquía ind., lib. 4, cap. 20) reducen el número á treinta mil. Sería tan fácil contar las hojas de un bosque como las confusas filas de los bárbaros. Como este solo era uno de los varios ejércitos mantenidos por los Tlascaltecas, la suma menor de las sobredichas es probablemente excesiva, pues toda la población del Estado, según Clavijero, quien probablemente no había de reducirla á menos de la que realmente era, no excedía de medio millon. Stor. del Messico, tom. I, p. 156.

(25) „La divisa y armas de la casa y cabecera de Titcala, es una garza blanca sobre un peñasco.” (Camargo, Hist. de Tlascala, MS.) „El capitán general,” expresa Bernal Díaz, „que se decía Xicotenga, y con sus divisas de blanco y colorado, porque aquella divisa y librea era de aquel Xicotenga.” Hist. de la conquista, cap. 63.

(26) „Llaman Teponaztle ques de un trozo de madero concavado y de una pieza, rollizo y como decimos, hueco por de dentro, que suena algunas veces mas de media legua, y con el atambor hace extraña y suave consonancia.” (Camargo, Hist. de Tlascala, MS.) Clavijero que trae un dibujo de este mismo tambor, dice que todavía es usado por los indios, y que puede oírse á dos ó tres millas. Stor. del Messico, tom. II, p. 179.

cargando y acometiendo á los cristianos por todas partes, parecia que solo retrocedian para volver con nueva y acumulada fuerza.

Cortés siempre el primero en los peligros, en vano procuraba á la cabeza de la caballería abrir paso al resto del ejército. Todavía sus soldados, así los infantes como los de á caballo, conservaban su formacion en órden de batalla, no ofreciendo al enemigo punto alguno vulnerable. Sin embargo, un cuerpo de tlascaltecas, obrando de concierto, asaltaron á un soldado llamado Moran, uno de los mejores ginetes de la tropa. Lograron arrojarle del caballo, al que dieron muerte con mil heridas. La infantería española hizo un desesperado esfuerzo para rescatar á su camarada de las manos del enemigo y del horrible destino de los prisioneros, comenzando entonces una sangrienta lucha sobre el cuerpo del derribado animal. Diez españoles fueron heridos al libertar de sus asaltantes al desgraciado caballero, quien quedó en un estado tan desastroso, que al dia siguiente murió. El caballo fué llevado en triunfo por los indios, y sus mutilados restos fueron enviados como extraño trofeo á las diferentes ciudades tlascaltecas, circunstancia que disgustó mucho al comandante español, como que privaba al animal del terror sobrenatural con que la supersticion de los nativos lo habia rodeado. Para impedir esto, habia prevenido que los dos caballos muertos el dia anterior, fueran enterrados secretamente en el mismo lugar.

Arrollado el enemigo por la caballería, y despedazado por las herraduras de sus fogosos corceles, gradualmente comenzó á ceder el campo. En todo este terrible encuentro, los indios aliados fueron de gran servicio á los españoles. Se arrojaban al agua, acometiendo á sus adversarios con la desesperacion de hombres que conocian „que su única seguridad estaba en la poca esperanza que alimentaban de salvarse” (27). „No veo sino la muerte para nosotros,” dijo un jefe tempoalteca á Marina; „nunca conseguiremos pasar vivos.” „El Dios de los cristianos está con nosotros,” contestó la intrépida muger, „y él nos conducirá salvos y seguros” (28).

En el estruendo del combate se escuchaba la voz de Cortés alentando á sus soldados. „Si sucumbimos ahora,” exclamaba, „la cruz de Cristo nunca podrá plantarse en el pais. Adelante, camaradas. ¿Cuándo se ha oido que un castellano vuelva la espalda al enemigo?” (29). Animados los españoles con las palabras y heroica conducta de su general, despues de desesperados esfuerzos lograron al fin forzar un paso por entre las espesas columnas del enemigo y salir del desfiladero á un extenso llano.

Aquí recobraron luego su acostumbrada confianza, conociendo la superioridad

(27) „Una illis fuit spes salutis, desperâsse de salute.” (P. Mártir de Angleria, de Orbe Novo, déc. 1, cap. 1.) Está dicho esto con la energia clásica de Tácito.

(28) „Respondiòle Marina, que no tuviese miedo, porque el Dios de los cristianos, que es muy poderoso, y los queria mucho, los sacaria de peligro.” Herrera, Hist. general, déc, 2, lib. 6, cap. 5.

(29) Ibid, ubi supra.

que tenían sobre sus contrarios. Pronto despejó la caballería un espacio para las maniobras de la artillería. Las apiñadas filas de sus antagonistas presentaban un blanco seguro, y el trueno de los cañones que vomitaban torrentes de fuego y humo, causaba la mayor desolacion entre los bárbaros, así como los miembros horrorosamente mutilados de los muertos, los llenaban de consternacion y espanto. No tenían armas que oponer á estas terribles máquinas, y aun sus toscas flechas descargadas con incierta mano, parecia que caian ineficaces sobre las encantadas cabezas de los cristianos. Lo que aumentaba su embarazo, era el deseo de sacar del campo á los muertos y heridos, costumbre general entre los pueblos del Anáhuac, que necesariamente los exponia á mayores pérdidas.

Ocho de los principales gefes yacian tendidos en el polvo, y Xicotencatl, conociendo que no podia hacer frente á los españoles en un campo abierto, ordenó la retirada. Lejos de la confusion que acompaña al pánico terror que por lo comun se apodera de las masas entre los bárbaros, los tlascaltecas se alejaron del campo con todo el orden de un ejército bien disciplinado. Cortés, lo mismo que el dia anterior, estaba demasiado satisfecho de las ventajas conseguidas para que intentara llevarlas adelante. No faltaba mas que una hora para que el sol llegase á su ocaso, y deseaba antes de que obscureciese, tomar una buena posicion donde pudiera refrescar sus fatigadas tropas y vivaquear aquella noche (30).

Recogiendo los heridos, emprendió su marcha sin pérdida de tiempo, y antes de que faltara la luz llegó á una eminencia peñascosa, llamada *Tzompachtepetl*, ó „el cerro de Tzompach.” En su cumbre se elevaba una especie de torre ó templo, cuyos restos son todavia visibles (31). Cuidó primero tanto de los hombres como de los caballos heridos. Afortunadamente encontraron abundancia de provisiones en algunas chozas vecinas; y al fin todos los soldados que no estaban imposibilitados por sus heridas, celebraron la victoria del dia con fiestas y regocijos.

El número de muertos y heridos por ambas partes, es objeto de muy vagas conjeturas. Los indios debieron sufrir mucha pérdida; pero la práctica de recoger los cadáveres, hizo imposible saber cuál fué. La experimentada por los españoles parece haber consistido principalmente en el número de heridos, pues el grande objeto de los indios en las batallas, era hacer prisioneros que pudieran proclamar sus triunfos y servir de víctimas para el sacrificio; á esta brutal supersticion debieron no poco los cristianos su conservacion personal. Si diéramos crédito al dicho de los conquistadores, sus pérdidas eran siempre inconsiderables; pero todo el que ha tenido ocasion de consultar los antiguos historiadores, sobre sus guerras con los infieles, así árabes como americanos, confiará poco en la enumeracion que hacen de sus muertos y heridos (32).

(30) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3 y 45.—Ixtililxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 51.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 63.—Gomara, Crónica, cap. 40.

(31) Viaje de Cortés, en Lorenzana, p. ix.

(32) Segun Cortés, ningun español murió, aunque muchos fueron heridos en esta

Los acontecimientos del día habian sugerido á Cortés varias reflexiones penosas. Habia encontrado aquí una resistencia tan determinada dentro de los límites del Anáhuac; aquí habia hallado tropas formidables por sus armas. Lejos de manifestar los terrores supersticiosos que concibieron los otros indios por las extrañas armas y aspecto de los españoles, los tlascaltecas habian luchado bizarramente, y solo sucumbido por la inevitable superioridad de la ciencia militar de sus contrarios. ¡Cuán importante podria ser la alianza de tal nacion en la guerra con los de su propia raza, por ejemplo, con los aztecas! ¿Pero cómo asegurar su amistad? Hasta entonces todas sus ofertas habian sido rehusadas con desden; y parecia probable que cada paso de su marcha en este populoso pais seria disputado con valor. Su ejército, especialmente el de los indios aliados, celebró los acontecimientos del día con fiestas y danzas, con cantos de alegría y gritos de triunfo. Cortés los alentaba, pues conocia cuán importante era conservar vivo el ardor de sus soldados; pero al fin los sonidos de la fiesta se extinguieron, y en las vigiliass de la noche, muchos dudosos pensamientos debieron haberse acumulado en la mente del general, mientras el pequeño ejército se hallaba sumergido en el sueño, en su campamento, alrededor de la colina.

accion tan fatal á los infieles. Diaz concede que murió uno. En la famosa batalla de Navas de Tolosa, el año de 1212, entre los españoles y los árabes, igualmente expertos en la ciencia militar de aquel tiempo, quedaron en el campo doscientos mil de los últimos; y para compensar este sangriento catálogo solo murieron veinticinco cristianos. Véase este cómputo en la verídica carta de Alfonso IX, en Mariana (Hist. de España, lib. 2, cap. 24). Las aserciones de los antiguos cruzados castellanos, así en el año como en el Nuevo Mundo, casi son tan poco dignas de crédito, como las que contiene un Boletín imperial francés de nuestros días.

CAPITULO III.

VICTORIA DECISIVA.—CONSEJO INDIO.—ATAQUE NOCTURNO.—NEGOCIACIONES CON EL ENEMIGO.—HEROE TLASCALTECA.

1519.

Pudieron los españoles descansar, sin ser perturbados, el dia siguiente, y recobrar sus fuerzas despues de la fatiga y del terrible combate del anterior. Pero encontraron suficiente ocupacion en reparar y limpiar sus armas, volviendo á reunir su disminuido acopio de flechas, y poniendo todo en órden, por si la severa leccion que habian dado á los indios no era bastante para escarmenarlos. Al segundo dia, como no hubiese recibido Cortés propuesta ninguna de los tlascaltecas, determinó enviar una embajada á su campo, proponiendo una suspension de hostilidades, y expresando la intencion que tenia de visitar la capital como amigo. Eligió para portadores del mensaje á dos de los principales gefes hechos prisioneros en el último encuentro.

Al mismo tiempo, no queriendo dejar á sus soldados en el peligroso estado de inaccion, que el enemigo podia interpretar como resultado de timidez ó falta de fuerza, se puso á la cabeza de la caballería y de aquellas tropas ligeras que eran mas á propósito para el servicio, é hizo una excursion en el pais inmediato. Era una region montañosa, formada por una ramificacion de la gran sierra de Tlascala, con florecientes laderas y valles, que ostentaban sembrados de maíz y plantíos de maguey, entre tanto que las eminencias estaban ocupadas por populosas ciudades y aldeas, en una de las cuales, dice el mismo Cortés, que halló tres mil habitaciones (1). Algunos lugares opusieronle una poderosa resistencia, pero él tomó completa venganza devastándolos y asolándolos con el fuego y la espada. Despues de una correría venturosa, volvió cargado de forrajes y provisiones, conduciendo por delante algunos centenares de indios prisioneros. Los trató bondadosamente cuando llegaron al campo, procurando hacerles entender que estos actos de violencia no habian sido dictados

(1) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 52.

Oviedo, que se sirvió mucho de los MSS. de Cortés, señala el número de 39 casas. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3.) Tal vez puede explicarse esta diferencia, conque el signo de mil en la aritmética española tiene gran semejanza con el número 9. Anglería que los tuvo tambien presentes, confirma el mayor, y *a priori*, el mas probable.

por sus propios deseos, sino por la política hostil de sus compatriotas. De esta manera esperaba imprimir en los pueblos, por una parte la convicción de su poder, y por la otra sus amigables intenciones, si encontraba en ellos el mismo espíritu.

Cuando llegó á sus cuarteles ya habian regresado de Tlascala los dos enviados. Habian encontrado á Xicotencatl á distancia de cerca de dos leguas, donde estaba acampado, y dádoles audiencia á la cabeza de sus tropas, diciéndoles volvieran con la contestacion de „que los españoles podian pasar á Tlascala cuando quisiesen; y luego que hubieran llegado allí, se arrancaria la carne de sus cuerpos para sacrificio de los dioses; ó si preferian permanecer en sus cuarteles, les pagaria una visita el día siguiente” (2). Añadieron los embajadores que el gefe indio tenia á su mando un formidable ejército, compuesto de cinco batallones de diez mil hombres cada uno. Eran la flor de los guerreros tlascaltecas, y otomíes reunidos bajo las banderas de sus respectivos gefes, por mandato del senado, que habia resuelto aventurar la suerte de la nacion en una batalla campal, y descargar un golpe decisivo para la exterminacion de los invasores (3).

Este audaz desafio sonó muy desagradablemente en los oidos de los españoles, no preparados á encontrar en sus enemigos un carácter tan pertinaz. Habian tenido bastantes pruebas de su valor y admirables proezas, é iban ahora, en la triste situacion en que se encontraban, á hacer frente á un número mas terrible de combatientes. La guerra, á causa del horrible destino que amenazaba al vencido, presentaba un aspecto espantoso, que oprimia penosamente su espíritu. „Temiamos la muerte,” dice el bravo Bernal Diaz, „porque éramos hombres.” Casi no hubo uno solo en el ejército que no confesara aquella noche sus culpas al reverendo padre Olmedo, que ocupó casi toda ella en administrar absolucion, y en los otros oficios solemnes de la Iglesia. Armado con los santos sacramentos, se retiró el soldado católico á descansar tranquilamente, preparado para la suerte que pudiera tocarle bajo el estandarte de la cruz (4).

Como el combate era inevitable, resolvió Cortés salir al encuentro del enemigo. Esto tenia un aspecto de confianza, que podia producir el doble objeto de intimidar á los tlascaltecas y alentar á sus soldados, cuyo entusiasmo tal vez

(2) „Que fuésemos á su pueblo adonde está su padre, que allá harian las paces con hartarse de nuestras carnes, y honrar sus dioses con nuestros corazones, y sangre, é que para otro dia de mañana veriamos su respuesta.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 64.

(3) Más de un escritor repite la anécdota, de que el general tlascalteca envió al hambriento ejército de los españoles una buena provision de alimentos, tal vez con el fin de que tuvieran fuerzas para el combate. (Gomara, Crónica, cap. 46.—Ixtilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.) No es muy probable este acto de excesiva caballería, y la relacion de Cortés sobre su afortunada excursion, puede explicar mejor la abundancia que reinaba en el campo.

(4) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 52.—Ixtilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.—Gomara, Crónica, cap. 46 y 47.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 64.

perdería algo de su ardor si se les obligaba á esperar el asalto en sus atrincheramientos. Apareció el sol muy brillante la mañana siguiente, 5 de septiembre de 1519, día memorable en la historia de la conquista española. Revistó el general su ejército, y antes de marchar les dirigió algunas palabras con el fin de estimularlos é instruirlos. Aconsejó á la infantería confiara mas bien en la punta que en el filo de sus espadas, y procurara herir al enemigo por la mitad del cuerpo. La caballería debía cargar á medio escape, dirigiendo sus lanzas á los ojos de los indios. La artillería, los arcabuceros y los ballesteros habian de auxiliarse mutuamente, cargando unos mientras otros disparaban sus piezas, para que de esta manera se sostuviera un fuego no interrumpido durante la acción. Sobre todo, debian cuidar de no romper las filas y mantenerlas muy estrechas, pues de esto dependia su conservacion.

No habrian avanzado un cuarto de legua, cuando avistaron el ejército tlascalteca. Sus demas columnas se extendian á lo lejos y á lo ancho sobre un extenso llano ó pradera como de seis millas cuadradas. Su apariencia justificaba la relacion que se les habia hecho acerca de su número (5). Nada podia ser mas pintoresco que el espectáculo de estos batallones indios, con los desnudos cuerpos de los soldados rasos pintados de alegres y vivos colores, los caprichosos yelmos de los gefes, resplandeciendo con el oro y piedras preciosas y las lucientes armaduras de plumaje que adornaban sus personas. Innumerables lanzas y dardos con puntas de transparente *itztli* ó bronce encendido, brillaban con el sol de la mañana, como los resplandores fosfóricos que juguetean sobre la superficie de un mar agitado; al mismo tiempo que la retaguardia de las poderosas huestes estaba ennegrecida con la sombra de los estandartes, donde se veian bordados los escudos de armas de los principales gefes tlascaltecas y otomíes (6). Era notable entre estos la garza blanca sobre una roca, insignia de la casa de Xicotencatl, y mucho mas la águila de oro con las alas extendidas, á manera de un *signo* romano, embellecida con lucientes esmeraldas y otros ricos adornos de plata, gran estandarte de la república de Tlascala (7).

(5) A Cortés que los veia con lentes de aumento, parecieron ser ciento cincuenta mil hombres; (Rel. seg., en Lorenzana, p. 52;) número que adoptan los escritores posteriores.

(6) Los mejicanos llevaban sus estandartes en el centro del ejército, y los tlascaltecas en la retaguardia. (Clavijero, Stor. del Messico, vol. II, p. 145.) Según el conquistador anónimo, la tela del estandarte estaba unida al reverso de la insignia, por lo que no era fácil quitarla. „Ha ogni compagnia il suo Alfiere con la sua insegna inhastata, et in tal modo ligata sopra le spalle, che non gli da alcun disturbo di poter combattere ne far ciò che vuole, e la porta così ligata bene al corpo, che se non fanno del suo corpo pezzi, non se gli puo sligare, ne togliela mai.” Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 305.

(7) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 6.—Gomara, Crónica, cap. 46.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 64.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 45.

Los dos últimos autores hablan de la divisa de „un ave de color blanco, parecida á
Proyecto de investigación "Archivo digitalizado y edición traductológica de textos literarios y ensayísticos traducidos al español" (HUM2004-00721)

Las clases comunes no llevaban vestido, excepto un cinturón, y sus cuerpos estaban pintados de colores iguales á los del estandarte de sus respectivos jefes. La cota de plumas de los guerreros de mas elevada gerarquía presentaba tambien una distincion semejante de colores para el propio objeto, de la misma manera que los de la tela de lana que viste el montañés, indican la familia particular á que pertenece (8). Los caciques y guerreros principales llevaban una túnica de algodón acolchado de dos pulgadas de grueso, la cual, estando ajustada al cuerpo, protegía tambien los muslos y la espalda. Sobre ella ponían los indios ricos corazas de láminas delgadas de oro ó plata, y sus piernas estaban defendidas con botas de cuero ó sandalias ataviadas de oro. Pero la parte mas brillante de su arreo militar era un rico manto de plumaje, curiosamente bordado, y algo semejante á la lujosa capa que el caballero europeo usaba sobre su armadura en los siglos medios. Este gracioso y pintoresco traje terminaba con un caprichoso casco, hecho de madera ó de cuero, que representaba la cabeza de algun animal feroz, y frecuentemente ostentaba una formidable hilera de dientes. Esta celada cubría la cabeza del guerrero, produciendo el efecto mas grotesco y espantoso (9). En el remate ondeaba un espléndido penacho del rico y variado plumaje de los trópicos, que designaba segun su forma y color el rango y familia del que lo llevaba. Para completar su armadura defensiva gastaban escudos ó adargas, hechas algunas veces de madera con una cubierta de cuero; pero por lo comun de un ligero cerco de cañas vestido de grueso algodón, que eran preferidas, como mas fuertes y menos fáciles de romperse que las primeras. Tenían otra clase de escudos, en los cuales el algodón estaba cubierto de una sustancia elástica, que se prestaba á que los cerrasen como un abanico ó paraguas. Estos escudos estaban enriquecidos con brillantes adornos, segun el gus-

un avestruz," como si fuera la de la república; pero evidentemente la han confundido con la del general indio. Camargo, que trae los emblemas heráldicos de las cuatro familias de Tlascala, habla de la garza blanca como de la de Xicotencatl.

(8) Las aserciones del historiador tlascalteca están confirmadas con el dicho del conquistador anónimo y de Bernal Díaz, ambos testigos presenciales, aunque el último francamente declara que si no lo hubiera visto con sus propios ojos, nunca habria creído la existencia de clases y distintivos entre los bárbaros, semejantes á los que se usan entre las naciones civilizadas de Europa. Hist. de la conquista, cap. 64, et alibi. —Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 305.

(9) „Portano intesta," dice el conquistador anónimo, „per difesa una cosa come teste di serpenti, ó di tigrí, ó di leoni, ó di lupi, che ha le mascelle, et è la testa dell' huomo messa nella testa di questo animali come se lo volesse diuorare: sono di legno, et sopra vi è la penna, et di piastra d'oro et di pietre preciose copte, che è cosa marauigliosa da vedere." Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 305.

Llevan en la cabeza, por defensa, una cosa como cabezas de serpientes, ó de tigres, ó de leones, ó de lobos, que conservan las quijadas, y está la cabeza del hombre metida en la cabeza de este animal, como si lo quisiese devorar: son de madera, y sobre ellas una pluma, y cubiertas de planchas de oro, y adornadas de piedras preciosas que es cosa de ver.

to ó proporciones del guerrero, y guarnecidos de una hermosa pendiente de plumaje.

Sus armas se reducian á hondas, arcos, flechas, jabalinas y dardos. Eran excelentes archeros, y podian disparar dos ó tres flechas á un mismo tiempo; pero mas sobresalian en tirar la jabalina. Una especie de esta arma, con una correa atada á ella, que permanecia en la mano del hondero, á fin de que pudiera reco-brarla, era especialmente temida por los españoles. La punta de estas varias armas era de hueso, ó de *itztli* (obsidiana), la dura sustancia vitrea ya mencionada, capaz de tomar el filo de una navaja de barba, aunque fácil de embotarse. Sus lanzas y zaetas tambien terminaban frecuentemente en puntas de cobre. En lugar de espada llevaban un grueso y fuerte baston, de cerca de tres piés y medio de largo, en el cual, á distancias regulares, estaban colocadas transversalmente afiladas puntas de *itztli*, arma formidable, y que segun un testigo presencial asegura, de un solo golpe de ella habia visto caer un caballo (10).

Tal era el traje del guerrero azteca, y generalmente del de la gran familia de las naciones que habitaban la mesa del Anáhuac. Algunas partes de su armadura, como las adargas y la cota de algodón ó escaupil, eran tan excelentes, que despues las adoptaron los españoles, juzgándolas iguales á las suyas para proteger al soldado, y superiores en lijereza y comodidad. Eran suficientes para resistir á una flecha ó al golpe de una jabalina, aunque impotentes para las armas de fuego; ¿pero qué armadura no lo es? Probablemente no es exageracion decir que en comodidad, elegancia y fuerza, las armas de los guerreros indios no eran inferiores á las de las naciones mas cultas de la antigüedad (11).

Tan pronto como se avistaron los castellanos, prorumpieron aquellos en al-lidos de desafio, que se hacian escuchar á pesar de su desagradable y barbárica música, compuesta de atabales y trompetas, con cuyos instrumentos proclamaban sus anticipados triunfos y victorias sobre las despreciables fuerzas de los invasores. Cuando estos hubieron llegado á tiro de flecha, dispararon los indios una multitud de estas, que como una nube pasajera obscureció el sol por un momento cubriendo la tierra á su rededor con montones de piedras y zaetas (12). Pau-

(10) Io viddi che combattendosi un di, diede un Indiano una cortellata a un cau-allo sopra il qual era un caualiero con chi combateua, nel petto, che glielo aperce fin alle interiora, et cadde incontanente morto, et il medesimo giorno viddi che un altro Indiano diede un altra cortellata á un altro cauallo su il collo, che se lo gettó morto á i piedi." Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 305.

Yo ví que combatiendo un dia, dió un indio una cuchillada en el pecho á un cabal-lo, sobre el cual estaba un caballero con quien combatia, que lo abrió hasta lo inte-rior, y cayó inmediatamente muerto: y el mismo dia ví otro indio dar una cuchillada á otro caballo en el cuello, que lo dejó tendido á sus piés.

(11) Noticias particulares sobre los vestidos militares y equipos de las tribus ameri-canas que residian en la mesa, pueden encontrarse en Camargo, Hist. de Tlascala, MS. —Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 101, y sig.—Acosta, lib. 6, cap. 26.—Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 305, et auct. al.

(12) „¿Qué granizo de los honderos! Pues flechas todo el suelo hecho de parva



Lito. calle de la Palma n.º 6.

SOLDADO AZTECA.

sada, pero intrépidamente la pequeña banda de españoles, continuó su marcha en medio de esta lluvia de flechas, hasta que llegó á la distancia necesaria para disparar con fruto sus armas. Entonces hizo alto, y formándose tan pronto como pudo, rompió un fuego bien dirigido por toda la línea. Cada tiro era un mensajero de la muerte, y las filas de los indios eran arrolladas antes que los de la retaguardia pudieran, segun su costumbre, retirar á los heridos del campo. Mezcladas las balas con pedazos de las rotas armaduras y con los miembros mutilados de los guerreros, atravesaban las columnas, esparciendo estrago y desolacion. Quedaron los bárbaros suspensos y aterrorizados, hasta que movidos de sus intolerables sufrimientos, prorumpieron simultáneamente en espantosos gritos de guerra, y cargaron sobre los cristianos.

Cayeron como la nieve que descende de las montañas, ó como un torrente impetuoso, que conmueve la sólida tierra y destruye todos los obstáculos que encuentra á su paso. El pequeño ejército de españoles opuso un atrevido dique á las masas numerosas; pero ninguna fuerza podia resistirlas. Vacilaron aquellos, cedieron, fueron rechazados y puestos en desórden. En vano el general los excitaba á volverse á unir y estrechar las filas. Ahogábase su voz en el ruido del combate y en los feroces gritos de los enemigos. Por un momento se creyó que todo estaba perdido: la fortuna se habia mostrado adversa, y estaba sellado el destino de los cristianos.

Cada soldado sentia esto en su pecho, y le hablaba mas alto que la voz del gefe. Con todo, la desesperacion dió una fuerza sobrenatural á su brazo. El desnudo cuerpo del indio no oponia resistencia al afilado acero de Toledo, y merced á sus buenas espadas, la infantería española logró al fin detener el torrente devastador. Los cañones de grueso calibre desde alguna distancia destrozaban elanco del enemigo, que vacilando con la tempestad de balas fué puesto en desórden. Su mismo número aumentaba la confusion, pues todos se agolpaban al frente. En este momento, cargando valerosamente la caballería, al mando de Cortés, dobló las ventajas, y al fin obligó á la indisciplinada multitud á retroceder con mayor precipitacion y desórden del que habian traído.

Más de una vez, en el curso de la accion, intentaron los tlascaltecas otro ataque semejante; pero siempre con menos ánimo y mayor pérdida. Eran demasiado inexpertos en la ciencia militar para sacar provecho de su superioridad en número. Estaban distribuidos, es verdad, en compañías, sirviendo cada una bajo su gefe y estandarte particular; pero no iban ordenados en filas é hileras, y se movian en confusas masas indistintamente aglomeradas. No conocian cómo concentrar cierto número en un punto dado, ni cómo sostener un asalto, empleando sucesivos destacamentos para sostenerse y aliviarse unos á los otros. Solo una parte muy pequeña del ejército podia ponerse en contacto con un enemigo inferior á él en fuerzas. El resto, permaneciendo inactivo, y mas que in-

varas todas de á dos gajos, que pasan cualquiera arma, y las entrañas adonde no hay defensa." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 65.

útil, á la espalda, servia únicamente para abrumar á la vanguardia, y embarazar sus movimientos con el mismo peso de su número, mientras que á la menor alarma eran sobrecogidos de un pánico terror, y se introducía en todo el ejército una confusion de que no era fácil salir. Era en suma el combate de los griegos y persas renovado.

Sin embargo, la gran superioridad numérica de los indios pudiera, supuesta una excesiva pérdida, haberlos hecho triunfar de la constancia de los españoles, debilitados por sus heridas é incesantes fatigas; pero afortunadamente para estos se originaron algunas disensiones entre sus enemigos. Un gefe tlascalteca que mandaba una de las grandes divisiones, estaba ofendido del altivo porte de Xicotencatl, quien le habia acusado de haberse conducido mal y cobardemente en la última accion. El injuriado cacique desafió á su ofensor á un singular combate, que no se verificó; pero ardiendo en su alma el deseo de vengarse, eligió la ocasion presente para saciarlo, retirando sus tropas del campo, que ascendian á diez mil hombres, y persuadiendo tambien á otro comandante á seguir su ejemplo.

Reducido así Xicotencatl á la mitad de su primera fuerza, y ésta sumamente quebrantada con las pérdidas del dia, no pudo mantener el terreno contra los cristianos. Despues de disputar el campo con admirable valor por cuatro horas, se retiró y lo abandonó al enemigo. Los españoles estaban muy fatigados, y muchos imposibilitados por sus heridas. Así fué que, satisfecho Cortés con la decisiva victoria que habia obtenido, volvió triunfante á su posicion sobre el cerro de Tzompach.

El número de muertos en sus filas fué muy corto, no obstante la gran pérdida que sufrió el enemigo. Esos pocos cuidó mucho de que se sepultasen donde no pudieran ser descubiertos, deseando ocultar no solo el número de cadáveres, sino el hecho de que los hombres blancos eran mortales (13). Pero muchos de los soldados y todos los caballos estaban heridos. Los sufrimientos de los españoles se aumentaban por la falta de varias cosas importantes para ellos en tan angustiadas circunstancias. Carecian de aceite y sal, que como antes se ha dicho, no podia obtenerse en Tlascala. Su vestido, dispuesto para un clima templado, no era á propósito para el aire penetrante de las montañas; y los arcos y flechas, como observa Bernal Diaz, con ironía, ofrecian no muy buena proteccion contra las inclemencias del tiempo (14).

(13) Así lo dice Bernal Diaz, que al mismo tiempo con las palabras, *los muertos, los cuerpos*, claramente contradice su anterior asercion de que solo un cristiano murió en el combate. (Hist. de la conquista, cap. 65.) Ni aun eso se digna confesar Cortés.

(14) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 52.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 6.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.—Gomara, Crónica, cap. 46.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 32.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 65 y 66.

El animado y caballeresco sentimiento que aparece en la ruda composicion del último, le hace mejor pintor que sus mas correctos y clásicos rivales; y si en sus es-

No obstante, habia en los acontecimientos de aquella jornada mucho que debiera alentarlos, y en ellos podian encontrar fundamento suficiente para confiar en sus propios recursos, aunque ese resultado no autorizaba el desprecio hácia su adversario indio. Solo y con las mismas armas podia haberse sostenido contra el español (15); pero los sucesos del dia habian manifestado la superioridad de la ciencia y disciplina sobre el número y el simple valor físico. Se renovaba, como se ha dicho, la antigua batalla del europeo y el asiático, con la diferencia de que el puñado de griegos que derrotó las huestes de Xerges y Darío, no tenia ventajas tan notorias en cuanto á sus armas, como los españoles en esta guerra. El uso de las de fuego dáales una superioridad que no puede estimarse fácilmente; tan grande, que un combate entre naciones igualmente civilizadas, que fuese comparable en todo lo demas al que tuvo lugar entre los españoles y tlascaltecas, seria probablemente acompañado del mismo desenlace. A esto debe agregarse el efecto producido por la caballería. Las naciones del Anáhuac no tenian animales domésticos corpulentos, ni conocian las bestias de carga. Su imaginacion se alucinó cuando vieron la extraña aparicion del caballo y el ginete, moviéndose unísonos y obedientes á un solo impulso, cual si estuvieran poseidos de una naturaleza comun; y como vieron al terrible animal con su „cuello acompañado del trueno,” trastornando los escuadrones y envolviéndolos en el polvo, no es de admirar que le rodeasen del misterioso terror que se siente por un ser sobrenatural. Una reflexion muy ligera sobre los muchos grados de superioridad, tanto física como moral, poseida por los españoles en esta lucha, explicará seguramente su resultado sin ninguna comparacion injuriosa al valor ó capacidad de sus contrarios (16).

Cortés, creyendo que era la ocasion favorable, mandó una nueva mision á la capital, encargada del mismo mensaje que la que habia enviado recientemente al campo; pero el senado no estaba todavia suficientemente humillado. La última derrota causó, en verdad, una consternacion general: Maxixcatzin, uno de los cuatro grandes señores que gobernaban la república, reiteró con gran fuerza

critos se advierte el tono de uno que se complace con el *quorum pars magna fui*, puede perdonarse al héroe de mas de cien batallas, y casi otras tantas heridas.

(15) El conquistador anónimo, da un testimonio enfático del valor de los indios, expresando casos en que vió á un solo guerrero defenderse por largo tiempo de dos, tres y aun cuatro españoles. „Sono fra loro di valentissimi huomini et che ossano morir ostinatissimamente. Et io ho veduto un d'essi difendersi valentemente da duoi cavalli leggieri, et un altro da tre, et quattro.” Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 305.

Hay entre ellos hombres valentísimos, que osan morir obstinadamente, y yo he visto á uno de estos defenderse valientemente de dos ligeros caballos, y á otro de tres y cuatro.

(16) El espantoso efecto, producido en los nativos por la caballería, trae á la memoria la confusion que introdujo en las legiones romanas la extraña apariencia de los elefantes, en sus primeros encuentros con Pirro, segun refiere Plutarco en la vida de este príncipe.

los argumentos que antes expuso para abrazar la ofrecida alianza de los extranjeros. Los ejércitos del estado, dijo, habían sido frecuentemente derrotados, para poder lisonjearse con esperanzas fundadas de una venturosa resistencia, y se extendió hablando sobre la generosidad mostrada por el político conquistador hacia sus prisioneros, tan desusada en el Anáhuac, como una razon adicional para admitir la alianza de hombres que tan bien conocian el modo de ser amigos como enemigos.

Pero fué contrariada su opinion por el partido belicoso, cuya animosidad mas bien se habia exaltado que abatido con la última derrota, y cuyos sentimientos hostiles eran alimentados por el jóven Xicotencatl, que deseaba una ocasion en que reparar su desgracia y lavar la mancha que por la primera vez habia caido sobre las armas de la república.

En este estado de indecision ocurrieron al auxilio de los sacerdotes, cuya autoridad era frecuentemente invocada en las deliberaciones de los gefes americanos. Preguntaron con alguna sencillez á estos intérpretes del destino, ¿si los extranjeros eran seres sobrenaturales, ó hombres de carne y hueso como ellos mismos? Dícese que los sacerdotes, despues de consultar algun tiempo, dieron la respuesta mas extraña: que los españoles, aunque no dioses, eran hijos del sol: que derivaban su fuerza de este refulgente luminar; y que cuando se opacaran sus rayos faltaria el poder de aquellos. Recomendaron, por lo mismo, un ataque nocturno como el que les ofrecia la mejor esperanza de buen suceso. Esta contestacion aparentemente pueril, puede haber envuelto mas astucia que credulidad. No es improbable hubiese sido sugerida por el mismo Xicotencatl, ó por los caciques partidarios suyos, para inducir al pueblo á tomar una medida contraria á los usos militares, y aun puede decirse al derecho público del Anáhuac. Ora fuese el fruto del artificio, ora el de la supersticion, prevaleció tal consejo; y se autorizó al general tlascalteca para que á la cabeza de diez mil guerreros aventurase un asalto por la noche en el campo cristiano.

Fué este plan conducido con tanto secreto, que no llegó á oídos de los españoles; pero su caudillo no era de aquellos que por entregarse al sueño ó al descanso pueden ser sorprendidos. Afortunadamente la noche que se señaló para el ataque estaba alurabrada por la plateada luz de una luna de otoño, y uno de los vigilantes percibió con la claridad de aquella á distancia considerable, el numeroso ejército de indios que se dirigia al campamento cristiano. Inmediatamente puso en alarma á la guarnicion.

Los españoles dormian, como se ha dicho, con sus armas al lado, mientras que los caballos estaban atados cerca de ellos, siempre ensillados y con la brida pendiente del arzon. En cinco minutos todo el campo se hallaba sobre las armas, y pronto vieron las densas columnas enemigas que avanzaban cautelosamente por la pradera, sobresaliendo sus cabezas por el crecido maiz con que en parte estaba cubierta la tierra. Cortés determinó no esperar el asalto en sus atrincheramientos, sino salir y atacar al enemigo cuando hubiera llegado á la falda de la colina.

Poco á poco y ocultamente avanzaban los tlascaltecas, mientras que el campo

cristiano, guardando un profundo silencio, parecia sepultado en el sueño; pero no bien habian llegado aquellos al pié del cerro, cuando fueron sorprendidos por el terrible grito de guerra de los españoles, seguido de la instantánea aparicion de todo el ejército, que salió de sus fortificaciones y descendió por las laderas. Blandiendo en alto sus armas parecieron á la turbada fantasía de los tlascaltecas otros tantos espectros ó demonios que se precipitaban en el aire aquí y allá, al pasó que la pálida luz de la luna engrandecía su número y daba al caballo y al cabalgador dimensiones gigantescas y sobrenaturales.

Poseidos los indios de un terror pánico, casi sin esperar el choque de sus adversarios, arrojaron una débil descarga de flechas, y sin oponer mas resistencia huyeron rápida y desordenadamente por la llanura. Pronto la caballería alcanzó á los fugitivos atropellándolos y haciéndolos pedazos sin piedad, hasta que cansado Cortés de la carnicería, retiró á sus soldados, dejando el campo sembrado de sangrientos trofeos de victoria (17).

Al día siguiente, con la política que acostumbraba usar despues de haber dado un golpe decisivo, mandó una nueva embajada á la capital de Tlascala, comunicando á los mensajeros sus instrucciones por medio de la intérprete Marina. Esta extraordinaria muger era objeto de la admiracion general por la constancia y heroicidad con que sufría todas las privaciones del campo. Lejos de manifestar la natural debilidad y timidez de su sexo, no excusaba ningun trabajo, y se esforzaba en alentar el desfallecido espíritu de los soldados, al mismo tiempo que siempre que se le ofrecia ocasion, se ocupaba en mitigar las calamidades de sus compatriotas indios (18).

Por medio de esta fiel intérprete transmitió Cortés los términos de su mensaje á los enviados á Tlascala. Hizo las mismas protestas de amistad que antes, prometiendo olvidar todas las injurias pasadas; pero que si esa oferta era rechazada, visitaria la capital como conquistador, arrasando los edificios hasta sus cimientos, y poniendo al filo de la espada á todos los habitantes. Despachó entonces á los embajadores con los simbólicos presentes de una carta en una mano y una zaeta en la otra.

Obtuvieron audiencia respetuosa del consejo, al que encontraron en el mayor abatimiento por sus últimos reveses. El mal suceso del ataque nocturno habia extinguido en los tlascaltecas todo vislumbre de esperanza. Sus ejércitos habian sido derrotados una y mas veces en el campo y en secretas em-

(17) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 53 y 54.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 3.—P. Mártir de Angleria, de Orbe Novo, déc. 2, cap. 2.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 32.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 8.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 66.

(18) „Digamos como Doña Marina, con ser muger de la tierra, que esfuerzo tan varonil tenia, que con oír cada día que nos habian de matar, y comer nuestras carnes, y habernos visto cercados en las batallas pasadas, y que ahora todos estábamos heridos, y dolientes, jamas vimos flaqueza en ella, sino muy mayor esfuerzo que de muger.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 66.

boscadas. La estratagema y el valor, todos sus recursos habian resultado ineficaces, contra un enemigo cuyo brazo nunca se cansaba, cuyos ojos jamas se cerraban. No quedaba mas arbitrio que el de someterse. Eligieron cuatro caciques principales, á quienes confiaron la mision para el campo cristiano. Iban encargados de asegurar á los extranjeros que se les permitiria atravesar libremente el pais, y que serian recibidos amistosamente en la capital. Aceptábase cordialmente la ofrecida amistad de los españoles, con muchas torpes escusas por lo pasado. Los enviados debian á su tránsito tocar en el campo republicano, é informar á Xicotencatl del objeto de su mision; debian prevenirle al mismo tiempo se abstuviese de ulteriores hostilidades, y proporcionase á los hombres blancos amplio abasto de provisiones.

Pero los diputados tlascaltecas, cuando llegaron á los cuarteles de aquel gefe, no le encontraron dispuesto á cumplir con estas instrucciones. Los repetidos encuentros que habia tenido con los españoles, ó puede ser muy bien, su valor natural, le hacian sobreponerse al error comun de sus compatriotas. Miraba á los extranjeros no como á seres sobrenaturales, sino como á hombres iguales á él. La animosidad del guerrero habia degenerado en un odio mortal á los españoles, por los abatimientos que habia sufrido de ellos; y su imaginacion estaba ideando continuamente planes para recobrar su honor mancillado, y tomar venganza de los invasores de su pais. Rehusó disolver parte alguna de la fuerza todavia formidable que estaba á sus órdenes, y enviar socorros al campo enemigo. Persuadió ademas á los embajadores á permanecer en sus cuarteles, y retardar la visita á los cristianos, quienes por consecuencia quedaron ignorantes de los movimientos que en su favor habian tenido lugar en la capital de Tlascala (19).

La conducta de Xicotencatl es condenada por los escritores castellanos como la de un bárbaro, feroz y sanguinario. Es natural que así la considerasen; pero aquellos que estén libres de las preocupaciones nacionales que ofuscan la razon, tal vez la interpretarán de otra manera. Acaso encontrarán mucho que admirar en ese elevado é indómito espíritu, semejante á una orgullosa columna que sola se levanta magestuosamente entre los fragmentos y ruinas que la rodean. Verán quizá pruebas de un claro y previsor entendimiento, que penetrando por el ligero velo de la insidiosa amistad ofrecida por los españoles, é internándose en lo futuro, distinguia los males que habian de sobrevenir á su pais; el noble patriotismo de un héroe que queria á toda costa salvar á su patria, y que en medio de la ignorancia en que estaba sumergida la nacion, queria infundirle su intrépido espíritu, para animarla á aventurar la última lucha por su independencia.

(19) Ibid., cap. 67.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Ixtililxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.

CAPITULO IV.

DESCONTENTOS EN EL EJERCITO.—ESPIAS TLASCALTECAS.—PAZ CON LA REPUBLICA.—EMBAJADA DE MONTEZUMA.

1519.

Deseoso Cortés de aumentar el terror del nombre castellano con no dejar respirar al enemigo, el mismo día que despachó la embajada á Tlascala se puso á la cabeza de un pequeño cuerpo de caballería y tropas ligeras, para hacer una incursión en el país inmediato. Estaba entonces tan malo de calenturas y tan debilitado por las medicinas (1), que apenas podía tenerse en la silla. Era un país quebrado; y los fuertes vientos que venían de las heladas cimas de las montañas, penetraban los ligeros vestidos de la tropa, y traspasaban de frío á los hombres y á los caballos. Cuatro de estos se enfermaron, y el general, temeroso de perderlos, los volvió al campo. Los soldados, desalentados por tan mal augurio, quisieron persuadirle á volverse, pero él contestó: „Peleamos bajo el estandarte de la cruz; Dios es mas fuerte que la naturaleza,” (2) y continuó su marcha.

Caminó por la misma clase de paisaje, alternado de áridas colinas y praderías cultivadas como las ya descritas, pobladas de ciudades y aldeas, algunas de ellas puestos fronterizos ocupados por los otomíes. Poniendo en práctica la máxima romana de usar de lenidad con el enemigo sumiso, tomó entera venganza de los que le resistían, y como esto ocurrió con demasiada frecuencia, marcó su camino con el fuego y la desolación. Después de una corta ausencia volvió salvo, y cargado con el botín de una excursión venturosa. Hubiérale sido mas honroso haberse conducido con menos rigor. Bernal Díaz imputa los excesos á los indios aliados, á quienes en el calor de la victoria era imposible contener (3); pero parece que el general poco se desasosegaba, fuera quien fue-

(1) El efecto de la medicina, aunque aplicada en gran dosis, según Díaz, se suspendió durante los activos esfuerzos del general. Sin embargo, Gomara no considera esto como un milagro. (Crónica, cap. 49.) El padre Sandoval lo considera como tal. (Hist. de Carlos V, tom. I, p. 127.) Solís, después de un escrupuloso examen de este dudoso asunto, lo decide, no obstante lo extraño que pueda parecer contra aquel. Conquista, lib. 2, cap. 20.

(2) „Dios es sobre natura.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 54.

(3) Hist. de la conquista, cap. 64.

No así Cortés, quien claramente dice: „Quemé mas de diez pueblos.” (Ibid.,

se aquel sobre quien recayeran, pues declara en su carta al emperador Carlos V, „como que peleábamos bajo el estandarte de la cruz (4), por la verdadera fe y servicio de Vuestra Alteza, el cielo coronó nuestras armas con tal victoria, que mientras multitud de infieles fueron muertos, poca pérdida sufrimos los castellanos” (5). Los conquistadores españoles, á juzgar por sus escritos, ignorando que en su pecho se abrigara objeto alguno mundano, se consideraban como soldados de la cruz, que peleaban por la gran causa de la cristiandad; y en la misma edificante y ventajosa luz son mirados por los mas de los historiadores nacionales de épocas posteriores (6).

Cuando Cortés volvió al campo, encontró un nuevo motivo de inquietud en el descontento que se habia manifestado entre la soldadesca. Su paciencia estaba ya agotada por una vida de fatigas y peligros que parecian interminables. Los combates que habian ganado á sus formidables enemigos, no les habian proporcionado grandes ventajas. La idea de la llegada á Méjico, dice el antiguo veterano tantas veces citado, „era considerada por todo el ejército como una burla” (7); y el indefinido prospecto de guerra con el pueblo feroz entre quien estaba habitando, llenó su alma de una profunda tristeza.

Entre los malcontentos habia un número de aquellos vanos y turbulentos genios muy comunes en todo campo, que como vacías burbujas es seguro se mantienen en la superficie, y se hacen visibles en los momentos de agitacion. Pertenecian en su mayor parte á la antigua faccion de Velazquez, y tenian posesiones en Cuba, á las cuales volvian una y mil veces sus pensamientos, al paso que se alejaban mas y mas de la costa. Se dirigieron, pues, al general, no con el carácter tumultuoso de resistencia, pues recordaban la leccion dada en la Villa Rica, sino con el designio de hacerle una franca declaracion como á un compañero de aventuras, empeñado en la misma causa (8). El tono familiar

p. 52.) Su ilustrísimo comentador, especifica las localidades de los pueblos indios que destruyó en sus excursiones. Viaje, en Lorenzana, pp. ix-xi.

(4) El famoso estandarte del conquistador, en el que se veia bordada una cruz, se ha conservado en Méjico hasta nuestros dias.

(5) „É como trayamos la bandera de la Cruz, y puñábamos por nuestra fe, y por servicio de Vuestra Sacra Magestad, en su muy Real ventura nos dió Dios tanta victoria, que les matamos mucha gente, sin que los nuestros recibiesen daño.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 52.

(6) „Y fué cosa notable,” exclama Herrera, „con cuanta humildad y devocion volvian todos alabando á Dios, que tan milagrosas victorias les daba; de donde se conocia claro, que los favorecia con su divina asistencia.”

(7) „Porque entrar en Méjico, teníamoslo por cosa de risa, á causa de sus grandes fuerzas.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 66.

(8) Diaz, con indignacion niega el carácter de motin que Gomara imputa á este procedimiento. „Las palabras que le decian era por vía de aconsejarle, y porque les parecia que eran bien dichas, y no por otra vía, porque siempre le siguieron muy bien, y lealmente; y no es mucho que en los ejércitos algunos buenos soldados aconsejen á su capitán, y mas si se ven tan trabajados como nosotros andábamos.” Ibid., cap. 71.

usaban en estas ocasiones era particularmente característico de la línea de igualdad en que se hallaban los que componían la expedición.

Sus sufrimientos, le dijeron, eran ya demasiado grandes para poderse sufrir. Todos los soldados habían recibido una herida, y los mas de ellos dos ó tres. Más de cincuenta habían perecido por diversas causas desde que dejaron á Veracruz. No había animales de carga; pero aun la vida de estos era preferible á la suya, pues en la noche descansaban de sus trabajos, cuando ellos, peleando siempre ó en guardia, no podían hacerlo ni en el día ni en aquella. En cuanto á conquistar á Méjico, solo el pensamiento era una locura. Si habían encontrado tal oposicion en la pequeña república de Tlascala, ¿cuál debían esperar del poderoso imperio de Méjico? Había entonces una suspension temporal de hostilidades, que podían aprovechar para regresar á Veracruz. Era cierto que la escuadra había sido destruida, por cuyo acto temerario, que no tenía ejemplo ni aun en los anales de la antigua Roma, se había hecho responsable el general de la suerte de todo el ejército; pero aun quedaba un solo buque. Podía despacharse éste á Cuba por refuerzos y provisiones; y cuando hubieran llegado, abrirse las operaciones militares con alguna esperanza de buen suceso.

Cortés escuchó este singular discurso con perfecta compostura. Conocía á sus soldados; y lejos de reprenderlos ó de tomar medidas severas, les contestó en el mismo tono franco y marcial que ellos habían afectado.

Concediéndoles que había mucha verdad en lo que decían. Los sufrimientos de los españoles habían sido grandes; mayores que los que refiere la historia de los héroes griegos ó romanos. Tanto mayor, pues, debía ser la gloria. El mismo había llenándose de admiracion al ver á su pequeña hueste rodeada por millares de bárbaros, y había conocido que ningun otro pueblo sino el español podía haber triunfado de tales enemigos. Ni aun ellos mismos lo hubieran conseguido, si no hubiesen estado ayudados por el Todopoderoso. Y podían con razon esperar su proteccion en lo de adelante, pues era su causa por la que estaban peleando. Era cierto que habían encontrado peligros y dificultades; pero no habían venido allí con la esperanza de tener una vida de muelle ociosidad y placer. La gloria, como les había dicho otra vez, había de ganarse solo con el trabajo y los peligros. Debían hacerle la justicia de confesar que nunca había evitado el participar de su misma suerte. Esto era una verdad, agrega el honrado historiador, que oyó y refiere este diálogo, que ninguno podía negar; pero si habían encontrado penalidades, continuó, habían salido victoriosos en todas partes. Aun entonces estaban gozando el fruto de aquellos triunfos, en la abundancia que reinaba en el campo; y pronto verían á los tlascaltecas, humillados por los últimos reveses, pedir la paz bajo cualesquiera condiciones. Volver atrás era ya imposible. Las mismas piedras se levantarían contra ellos. Los tlascaltecas los perseguirían en triunfo hasta la orilla del golfo. ¡Cuánto se regocijarían los mejicanos con el miserable resultado de sus vanas amenazas! Sus antiguos amigos se convertirían en enemigos; y los totonacas, para evitar la venganza de los aztecas, de la cual ya no podían escudarlos, se unirían al clamor general. Así pues, no había mas alternativa

que la de seguir adelante; y les suplicó acallasen sus pusilánimes escrúpulos, y en lugar de volver la vista á Cuba, la fijasen en Méjico, que era el grande objeto de su empresa.

Mientras duraba esta importante conferencia, otros muchos soldados se habían reunido en el mismo sitio; y el partido descontento, alentado con la presencia de sus camaradas y con la dulzura del general, replicó que estaba muy lejos de haberse convencido; que otra victoria como la última sería su ruina. Iban á ir á Méjico solo para morir. Al fin, agotada la paciencia del gefe, cortó brevemente la discusion recitando los versos de un antiguo canto que envolvía el sentido de que era mejor morir con honor que vivir con afrenta; sentimiento que fué secundado con aplauso por la mayor parte de su auditorio, que no obstante uno que otro murmullo, no tenía designio de abandonar la expedicion, y mucho menos al comandante á quien era sinceramente adicto. Desconcertados los malcontentos con esta reprension, volvieron á sus cuarteles, pronunciando medio sufocadas execraciones contra el caudillo que habia proyectado la empresa: contra los indios que le habian guiado; y contra aquellos de sus compatriotas que le habian sostenido en ella (9).

Tales fueron las dificultades que obstruían el camino de Cortés: un astuto y feroz enemigo: un clima variable y muchas veces insalubre: enfermedades en su propia persona, muy agravadas por la incertidumbre y ansiedad en cuanto al modo con que sería considerada su conducta por el soberano; y por fin, lo que no era menos, el desafecto entre sus soldados, en cuya constancia y union había descansado como base de sus operaciones; la gran palanca con que iba á derribar el imperio de Montezuma.

En la mañana que siguió al día de este acontecimiento, sorprendióse el ejército con la aparición de un pequeño cuerpo de tlascaltecas, adornados de sas cuyo color blanco anunciaba la paz. Traían algunas provisiones y efectos de poco valor, que dijeron eran enviados por el general tlascalteca, quien cansado ya de la guerra, deseaba un acomodamiento; tanto que él mismo se presentaría pronto á arreglarlo en persona. Esta noticia difundió un júbilo general en el campamento, y los emisarios recibieron una amistosa bienvenida.

Transcurridos uno ó dos días, algunos de los mensajeros dejaron los cuarteles españoles, y los que permanecieron, cerca de cincuenta en número, excitaron la desconfianza de Marina, quien comunicó sus sospechas á Cortés de que fuesen espías. En consecuencia mandó arrestar á varios de ellos, y examinándolos separadamente se cercioró de que eran empleados por Xicotencatl para informarle del estado del campo cristiano; medidas preparatorias de un asal-

(9) Casi todos los historiadores refieren, con alguna variedad, esta conferencia. (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 55.—Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 3.—Gomara, *Crónica*, cap. 51 y 52.—Ixtlilxochitl, *Hist. chich.*, MS., cap. 80.—Herrera, *Hist. general*, déc. 2, lib. 6, cap. 9.—P. Mártir de Anglería, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 2.) Yo he preferido la relación dada por Bernal Díaz, uno del auditorio, aunque no de los que sostuvieron el diálogo, y por aquella razón la mejor auto-

to, para el cual estaba reuniendo sus fuerzas. Satisfecho Cortés de la verdad de estas declaraciones, determinó hacer en los delinquentes un ejemplar escarmiento, para que intimidado el enemigo no quisiera repetir la tentativa. Mandó amputarles las manos, y en este estado los envió á sus compatriotas, con el mensaje de que „los tlascaltecas podian venir de día ó de noche, pues siempre encontrarían á los españoles prontos para resistirles” (10).

El doloroso espectáculo de los mutilados mensajeros llenó á los indios de horror y consternacion. El antiguo orgullo de su gefe estaba ya humillado. Desde este momento perdió su acostumbrada confianza. Sus soldados, llenos de un temor supersticioso, rehusaron servir contra un enemigo que podia leer sus mismos pensamientos, y adivinar sus planes antes de ponerlos en ejecucion (11).

La pena infligida por Cortés, puede herir la sensibilidad del lector por su brutal severidad; pero para mitigarla, debe considerarse que las víctimas de ella eran espías, y que estos, segun las leyes de la guerra, tanto de las naciones civilizadas, como de las salvajes, habian incurrido en pena de muerte. La amputacion de miembros era un suave castigo, reservado para delitos no muy graves. Si reprobamos esta bárbara sentencia, debemos reflejar que no dejaba de ser comun en aquel tiempo, no menos que los azotes y el marcar con un hierro ardiendo, lo era en nuestro pais (*), á principios del siglo presente, ó amputar las orejas en el anterior. Una refinada civilizacion es cierto que reprueba tales castigos como perniciosos en sí mismos y degradantes á la humanidad; pero en el siglo décimosexto eran completamente reconocidos por las leyes de las naciones mas cultas de Europa; y es demasiado exigir de cualquiera hombre, y mucho mas de uno educado en la férrea profesion de las armas, que se adelantara á la ilustracion de su siglo. Debemos contentarnos con que en circunstancias tan desfavorables á la humanidad, no hiciese cosas que aun aquella repugnase.

Abandonada ya toda idea de resistencia, se permitió á los cuatro delegados de la república tlascalteca continuar su mision. Pronto llegó el mismo Xicotencatl con un numeroso séquito militar. Luego que se acercó á las filas españolas fué fácilmente reconocido por los colores blanco y amarillo de los uniformes de sus servidores, que era la librea de la casa de Titcala. Grande fué la alegría del ejército por la segura manifestacion del fin de las hostilidades, tanto, que Cortés pudo con dificultad conservar el orden entre sus soldados y hacerles afectar la indiferencia que debian mostrar en presencia del enemigo.

Los españoles miraban con curiosidad al valiente gefe que habia contenido

(10) Diaz dice, que solo diez y siete perdieron la manos, y el resto los dedos pulgares. (Hist. de la conquista, cap. 70.) Cortés no se avergüenza de confesar que mandó cortar las manos á todos los cincuenta. „Los mandé tomar á todos cincuenta, y cortarles las manos, y los envié, que dijessen á su Señor, que de noche, y de día, y cada y cuando él viniese, verian quien éramos.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 53.

(11) „De que los tlascaltecas se admiraron, entendiendo que Cortés les entendia sus pensamientos.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS. cap. 83.

(*) Los Estados-Unidos del Norte.

tanto tiempo á los invasores de su país, y que avanzaba entonces con el firme y atrevido paso de uno que va mas bien á desafiar al combate, que á solicitar la paz. Era de una estatura mas que mediana, de ancha espalda, y una constitucion muscular que anunciaba grande actividad y fuerza. Su cabeza abultada y su frente surcada de arrugas, mas bien provenientes del duro servicio, que de la edad, pues no tenia sino treinta y cinco años. Cuando entró á la presencia de Cortés le saludó de la manera acostumbrada, tocando la tierra con la mano y llevando despues esta á la cabeza, al mismo tiempo que el oloroso humo de diversas gomas aromáticas se levantaba en espesas nubes de los incensarios que llevaban los esclavos.

Lejos de la pusilánime conducta de hacer recaer sobre el senado la responsabilidad de la guerra, la tomó sobre sí. Dijo que habia considerado á los hombres blancos como enemigos, pues venian con los aliados y vasallos de Montezuma. El amaba á su patria, y deseaba conservase la independenciam que habia sostenido en dilatadas guerras con los aztecas. Habia sido derrotado, y los españoles podian ser los extranjeros que tanto tiempo antes estaba predicho vendrian del Oriente á tomar posesion del país. Esperaba que usarian de la victoria con moderacion, y no atacarian la libertad de la república. Presentábase ahora á nombre de esta á ofrecer obediencia á los españoles, asegurándoles encontrarian á sus compatriotas tan fieles en la paz, como firmes habian sido en la guerra.

Cortés, lejos de ofenderse, se llenó de admiracion por el elevado espíritu que así desdeñaba abatirse con los infortunios. El hombre valiente sabe respetar la bravura en otros. Tomó, sin embargo, un aspecto severo al reconvenir al gefe por haber persistido tanto tiempo en continuar la guerra. Si hubiera dado fe á las palabras de los españoles, y aceptado antes la amistad que ofrecieron, habria ahorrado á sus compatriotas terribles sufrimientos, bien merecidos por su obstinada resistencia; pero era imposible, continuó el general, evitar lo pasado. Deseaba echarlo en olvido, y recibir á los tlascaltecas como vasallos del emperador su amo. Si eran fieles, encontrarian en él una firme columna de apoyo; si falsos, se vengaria de ellos de la manera que habia resuelto hacerlo con su capital si no se hubieran sometido prontamente. Era esto una amenaza para el gefe á quien se dirigia.

Entonces ordenó el cacique á sus esclavos sacasen algunos adornos de oro y plumajes bordados. Eran de poco valor, dijo con una ligera sonrisa, pues los tlascaltecas eran pobres, tenian poco oro, y carecian de algodón y sal. El emperador azteca no les habia dejado sino su libertad y sus armas. Ofrecia este presente solo como muestra de su buena voluntad. „Como tal lo recibo,” contestó Cortés. „Y viniendo de los tlascaltecas encuentro en él mas valor, que si viniera de otra cualquiera parte, aun cuando fuese una casa llena de oro;” contestacion tan magnánima como política, pues con la ayuda de los tlascaltecas iba á ganar los tesoros de Méjico (12).

Así terminó la sangrienta guerra con la valerosa república de Tlascala, en cu-

(12) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 56 y 57.—Oviedo, Hist. de las Ind.,

yo curso la fortuna de los españoles más de una vez titubeó en la balanza. Si hubieran esperado aquellos un poco mas, habria terminado con la confusion y ruina de los cristianos, exhaustos como estaban, por las heridas, vigiliass y fatigas, y por la semilla del desafecto que fructificaba entre ellos. De esta manera habian salido de la fatal contienda, con una gloria sin mancha. Al enemigo parecian invulnerables: que sus vidas eran encantadas; que se sobreponian á los accidentes de la fortuna y á los ataques del hombre. No habia, pues, que admirar de que sintieran satisfaccion en su interior por un concepto tan elevado, y que el mas humilde español se hubiese juzgado objeto de una interposicion especial de la Providencia que le escudaba en la hora del combate y le reservaba para un alto destino.

Cuando aun estaban los tlascaltecas en el campo, se anunció una embajada de Montezuma. La noticia de las hazañas de los españoles se habia divulgado por toda la extension de la mesa. El emperador, en particular, habia vigilado cada paso de su marcha al subir los costados de las cordilleras, y avanzar por la ancha plataforma que se extendia en su cumbre. Habíalos visto con gran satisfaccion tomar el camino de Tlascala, confiando en que si eran mortales allí, encontrarían su tumba. Grande fué su pesar cuando correo tras de correo le traia noticia de sus triunfos, y de que los terribles guerreros republicanos habian sido segados como mieses por la espada de este puñado de extranjeros.

Volvieron sus temores supersticiosos con toda su fuerza. Vió en los españoles „los hombres destinados” á tomar posesion de su cetro, y en su alarma é incertidumbre delegó una nueva embajada al campo cristiano. Componíase de cinco principales nobles de su corte, acompañados de un séquito de doscientos esclavos. Trajeron consigo, como de costumbre, un liberal presente, dictado en parte por temor, y en parte por la natural munificencia del monarca, que consistia en tres mil onzas de oro en granos, ó en varias manufacturas, con algunos centenares de mantas, vestidos de algodón bordados, y pintorescos plumajes. Al tender estos presentes á los piés de Cortés, dijéronle, venian en nombre de su amo á congratularse con los hombres blancos por sus últimas victorias. Solo sentia no poderlos recibir en la capital, cuya numerosa poblacion era tan desenfrenada, que podia correr peligro su seguridad. La sola intimacion de los deseos del emperador azteca, manifestada de la manera mas indiferente, hubiera sido suficiente entre las naciones indias; pero tenia poco peso sobre los españoles, y los enviados, encontrando ineficaz esta pueril expresion de aquellos, ocurrieron á otro argumento, ofreciendo en nombre de su señor pagar un tributo al soberano de Castilla, con tal que los españoles omitieran su visita á la capital. Este era el mayor error: era ostentar con una mano las ricas joyas que no podian defender con la otra; y sin embargo, el autor de esta pusilánime política, la infortunada víctima de la supersticion considerábase como un príncipe famoso entre las naciones indias, por su intrepidez y espíritu de empresa; era el terror del Anáhuac!

Cortés, al mismo tiempo que hacia mérito de las órdenes de su soberano para no

poder obsequiar los deseos de Montezuma, pronunciaba expresiones del mas profundo respeto hácia el príncipe azteca, y declaró que si por entonces no tenia medios de recompensar su munificencia, confiaba en pagársela algun día con buenas obras (13).

Los embajadores mejicanos no quedaron muy satisfechos de ver terminada la guerra, y establecida una perfecta armonía entre sus mortales enemigos y los españoles. El odio de las dos naciones era demasiado fuerte para que pudiera reprimirse aun en presencia del general, quien veia con satisfaccion las pruebas de una enemistad, que minando el poder del emperador indio, habia de ser el medio mas seguro de conseguir el triunfo (14).

Dos de los que componian la mision azteca, regresaron á Méjico á instruir á su soberano del estado que guardaban los negocios en el campo español. Los otros permanecieron con el ejército, deseando Cortés fueran testigos presenciales de la deferencia que le mostraban los tlascaltecas. Con todo, dilató su partida á la capital de estos, no porque diera crédito á las injustas insinuaciones de los mejicanos, respecto á su buena fe, sino porque deseaba ponerla á una larga prueba, y al mismo tiempo restablecer su salud antes de verificar la visita. Entre tanto, diariamente llegaban mensajeros instándole á que apresurara el viaje, y fueron al fin seguidos de algunos ancianos gefes de la república, acompañados de una numerosa comitiva que estaban impacientes por su larga demora. Trajeron consigo quinientos tamanes ó mozos de cordel para conducir los cañones y relevar á los españoles de esta penosa parte del servicio. Era imposible diferir mas la marcha; y despues de celebrarse la misa y de ofrecer una solemne accion de gracias al Dios de los ejércitos que habia coronado sus armas de triunfo, dejaron los españoles los cuarteles que habian ocupado por casi tres semanas en el cerro de Tzompach.

La fuerte torre ó teocalli, que lo dominaba, se llamó, en conmemoracion de su residencia, „la torre de la victoria;” y las pocas piedras que aun se conservan de sus ruinas, indican al viajero un sitio siempre memorable en la historia, por el valor y constancia de los primeros conquistadores (15).

(13) „Cortés recibió con alegría aquel presente, y dijo que se lo tenia en merced, y que él lo pagaria al Señor Montezuma en buenas obras.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 73.

(14) Se extendió sobre esto en su carta al emperador. „Vista la discordia y desconformidad de los unos y de los otros, no hube poco placer, porque me pareció hacer mucho á mi propósito, y que podria tener manera de mas ayna sojuzgarlos, é aun acordéme de una autoridad evangélica, que dice: *Omne regnum in seipsum divisum desolabitur*: y con los unos y con los otros maneaba, y á cada uno en secreto le agradecia el aviso que me daba, y le daba crédito de mas amistad que al otro.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 61.

(15) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 10.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4.—Gomara, Crónica, cap. 54.—P. Mártir de Anglería, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 2.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 72-74.—Ixtililxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.

CAPITULO V.

**ENTRAN LOS ESPAÑOLES A TLASCALA.—DESCRIPCION DE LA CAPITAL.—
TENTATIVAS DE CONVERSION.—EMBAJADA AZTECA.—SON INVITADOS
A PASAR A CHOLULA.**

1519.

La ciudad de Tlascala, capital de la república del mismo nombre, distaba del campo español cerca de seis leguas. El camino conducía á una region montañosa, que presentaba en cada pedazo de tierra, propio para sembrar, pruebas de un esmerado cultivo. Pasaron una profunda barranca por un puente de piedra, que segun la tradicion, autoridad bastante falible, es el mismo que aun existe, y se construyó expresamente para el tránsito del ejército (1). Atravesaron en su ruta algunas poblaciones considerables, donde experimentaron por parte de los indios la mas generosa hospitalidad. La aproximacion á una ciudad populosa era anunciada por la multitud que salía á ver y á dar la bienvenida á los extranjeros: hombres y mugeres, con sus pintorescos trajes, llevando ramilletes y guirnalda de flores que daban á los españoles ó suspendian del cuello y arneses de sus caballos, de la misma manera que en Cempoala. Los sacerdotes, con sus vestiduras blancas, y largas trenzas flotando sobre los hombros, se mezclaban en la multitud, arrojando nubes de humo de sus ricos incensarios. De esta manera la concurrida y mezclada procesion desfiló por las puertas de la antigua capital de Tlascala. Era el 23 de septiembre de 1519, cuyo aniversario aun se celebra por los habitantes como un dia de júbilo (2).

(1) „Á distancia de un cuarto de legua, caminando á esta dicha ciudad, se encuentra una barranca honda, que tiene para pasar *un puente de cal y canto de bóveda*, y es tradicion en el pueblo de San Salvador, que se hizo en aquellos dias, que estuvo allí Cortés para que pasase.” (Viaje, en Lorenzana, p. xi.) Si pudiera fijarse la antigüedad de este puente de piedra, y bóveda, estableceria un punto muy cuestionable respecto á la arquitectura india; pero la construccion de una obra tan sólida en tan corto tiempo, es hecho que requiere mejores testigos que los aldeanos de San Salvador.

(2) Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, p. 53.

„Recibimiento el mas solemne y famoso que en el mundo se ha visto,” exclama el entusiasta historiador de la república, y añade, „que mas de cien mil hombres salieron á recibir á los españoles, cosa que parece imposible.” En efecto, es increíble. Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

Reunióse una multitud tan grande, que con dificultad pudo la policía de la ciudad abrir paso al ejército, mientras que las azoteas de los edificios se hallaban cubiertas de espectadores ansiosos de ver á los temibles extranjeros. Las casas estaban colgadas con festones de flores, y las calles adornadas con arcos de verdes ramos, mezclados de rosas y madreselvas. Toda la poblacion se abandonó al regocijo, y resonaba el aire con cantos de alegría, unidos á la desconcertada música de los instrumentos nacionales, que podian haber excitado temor en los soldados, si no hubieran comprendido su carácter pacífico por las seguridades de Marina y el semblante halagüeño de los nativos.

Con este acompañamiento se dirigió la procesion por las calles principales á la mansion de Xicotencatl, el anciano padre del general tlascalteca, y uno de los cuatro gefes de la república. Cortés bajó de su caballo para recibir el abrazo del anciano caudillo. Estaba casi ciego, y satisfizo hasta donde pudo su natural curiosidad respecto de la persona del general español, pasando la mano por sus facciones. Despues le condujo á un espacioso salon del palacio, donde se sirvió un banquete al ejército. En la tarde se le señalaron sus cuarteles en los edificios y terrenos inmediatos á uno de los principales teocallis, y los embajadores mejicanos, obsequiando los deseos del conquistador, tuvieron habitaciones contiguas á las suyas, para que así pudiese velar mejor por su seguridad en este lugar de enemigos (3).

Tlascala era una de las mas importantes y populosas ciudades de la mesa, tanto que Cortés, en su carta al emperador, la compara á Granada, afirmando que era mas grande, mas fuerte y mas populosa que la capital árabe, y tambien construida como aquella (4). Pero sin embargo de que un escritor muy respetable, á fines del siglo pasado aseguró que las ruinas que se conservan justifican tal asercion (5), dificilmente puede creerse que sus edificios pudieran rivalizar con aquellos monumentos de la magnificencia oriental, cuyas ligeras, aéreas y elegantes formas aun sobreviven despues del transcurso de siglos, y son la admiracion de todo viajero de sensibilidad y gusto. La verdad es que Cortés, lo mismo que Colon, veia los objetos por el vistoso prisma de su exaltada imaginacion, dándoles un colorido mas vivo y mayores dimensiones de las que verdaderamente tenian. Era natural que el hombre que habia hecho tan raros descubrimientos hubiera exagerado sin querer el mérito de ellos á sus propios ojos y á los de los otros.

(3) Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 59.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Gomara, Crónica, cap. 54.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 11.

(4) „La cual ciudad es tan grande, y de tanta admiracion, que aunque mucho de lo que de ella podria decir, deje, lo poco que diré creo es casi increible, porque es muy mayor que Granada, y muy mas fuerte, y de tan buenos edificios, y de muy mucha mas gente, que Granada tenia al tiempo que se ganó.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 58.

(5) „En las ruinas, que aun hoy se ven en Tlascala, se conoce, que no es ponderacion.” Ibid., p. 58. Nota del editor, en Lorenzana.

Las casas estaban construidas en su mayor parte de lodo y tierra, de la mejor clase de piedra y cal y ladrillos secados al sol. No tenían puertas ni ventanas; pero en las aberturas de las primeras tenían colgadas esteras con piezas de cobre ú otra cosa que con su sonido avisara la llegada de alguno. Las calles eran estrechas y oscuras. La población debía ser considerable, si como asegura Cortés treinta mil almas se reunían frecuentemente en la plaza del mercado los días designados para éste. Tales reuniones eran una especie de ferias, celebradas en todas las grandes ciudades cada cinco días, y á las que asistían los habitantes de los lugares inmediatos, que iban á vender toda clase de manufacturas y producciones domésticas entonces conocidas, sobresaliendo particularmente en la alfarería, cuyas obras se consideraban iguales á las mejores de Europa (6). Mayor prueba de civilización es que los españoles encontraron barberías y baños, tanto de vapor como de agua caliente, que usaban con frecuencia los habitantes. Todavía se distingue un rasgo mas notable de refinamiento en una policía vigilante que reprimía los desórdenes del pueblo (7).

La ciudad estaba dividida en cuatro cuarteles, que mas bien podían llamarse otras tantas diversas ciudades, pues habían sido edificados en diversas épocas, hallándose separados por altas murallas de piedra que señalaban sus respectivos límites. Cada uno de estos distritos estaba gobernado por uno de los cuatro principales gefes de la república, que ocupaba una espaciosa mansión, y se hallaba rodeado de sus vasallos inmediatos. Extraño arreglo, y mucho mas extraño es que pudiera ser compatible con la tranquilidad y el orden social. Por uno de los ángulos de la antigua capital pasaba la rápida corriente del Zahuatl, y ella se extendía á lo largo de las cimas y declives de los cerros, en cuya base se hallan hoy esparcidos los restos de su población, un tiempo floreciente (8). Más adelante, al sudeste, se extendía la escarpada sierra de Tlascalá y el elevado Malinche, coronado con la diadema de plata que reluce en el mas alto de los Andes, y pobladas sus laderas de bosques de abetos de un verde obscuro, de gigantescos sicómoros y encinas, cuyos tallos se alzaban á la altura de cuarenta ó cincuenta piés, sin hallarse embarazados por una sola rama. Las nubes que atravesaban del distante Atlántico se reunían alrededor de los

(6) „Nullum est fictile vas apud nos, quod arte superet ab illis vassa formata.” P. Mártir de Anglería, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 2.

(7) Camargo, Hist. de Tlascalá, MS.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 59. —Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 83.

El último historiador, cita tal número de autoridades indias contemporáneas para comprobar sus asertos, que él mismo arguye un grado no poco considerable de cultura en la nación.

(8) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 12.

La población de un lugar, que Cortés pudo comparar con la de Granada, se había disminuido á principios del siglo presente á tres mil cuatrocientos habitantes, de los cuales menos de mil eran indios. Humbolt, Essai Politique, tom. II, p. 158.

encumbrados picos de la sierra, y desatándose en torrentes, atravesaban con rapidez las llanuras inmediatas á la ciudad, convirtiéndolas en pantanos en la estación de las aguas. Las tempestades y truenos, mas frecuentes y terribles aquí que en otras partes de la mesa, recorrían los costados de las montañas y sacudían las frágiles fábricas de la capital hasta sus cimientos; pero aunque los frios vientos de la sierra daban alguna austeridad al clima, muy diverso del ardiente cielo y comun temperatura de las regiones bajas, era muy á propósito y mucho mas favorable al desarrollo, tanto de la energia física como de la moral. Una difícil pero exquisita labranza se desarrollaba entre los lugares apartados de los cerros, tan adecuada para cultivar el terreno en tiempo de paz, como para defenderlo en el de guerra.

No semejante al hijo favorito de la naturaleza á quien proporciona los medios de subsistir, con mano tan pródiga, que excluye por su parte la necesidad de un gran trabajo, el tlascalteca recogía el pan, aunque es cierto que no de un terreno ingrato, sí con el sudor de su rostro. Tenía una vida de templanza y trabajo. Obstruido su comercio por las dilatadas guerras con los aztecas, se dedicaba principalmente á la agricultura, ocupacion la mas á propósito para conservar la pureza de la moral, y la robustez de constitucion. Ardía en su pecho el fuego del patriotismo ó de la afección al suelo que es el fruto de su diligente cultivo, al mismo tiempo que estaba ennoblecido con la orgullosa certidumbre de su independencia, derecho natural contraído desde la cuna por el hijo de las montañas. Tal era la raza con la cual estaba ya asociado Cortés para la conclusion de su grande obra.

Algunos dias dedicaron los españoles á fiestas y diversiones, en las cuales fueron sucesivamente convidados á la hospitalaria mesa de los cuatro principales nobles en sus respectivos cuarteles. Sin embargo de estas demostraciones amistosas, nunca relajó el general su acostumbrada vigilancia ó la estricta disciplina del campo, y cuidó mucho de atender á la seguridad de los ciudadanos, prohibiendo bajo severas penas, que dejaran los soldados sus cuarteles sin expreso permiso. La severidad de esta disciplina provocó las quejas de alguno de sus oficiales, que la juzgaban como una supérflua precaucion, y los gefes tlascaltecas no dejaron de disgustarse, considerándola como una desconfianza injusta que hacia de ellos; pero cuando Cortés les explicó que la observaba en cumplimiento de un sistema militar establecido, manifestaron su admiracion, y el jóven y ambicioso general de la república propuso introducirla en sus filas si era posible (9).

Habiéndose asegurado el comandante español de la lealtad de los nuevos aliados, se propuso en seguida llenar uno de los grandes objetos de su empresa; la conversion de estos últimos á la cristiandad. Por consejo del padre Olmedo, siempre opuesto á medidas precipitadas, habia diferido poner en planta este

(9) Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Gomara, Crónica, cap. 54, y 55.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 13.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 75.

proyecto hasta que se presentara la oportunidad de hacerlo, la cual ocurrió cuando los gefes del senado propusieron estrechar mas la alianza de los españoles enlazando á sus hijas con Cortés y sus oficiales. Díjoles que esto no podía ser mientras continuaran en las tinieblas de la infidelidad. Luego con la ayuda del buen religioso explicó, tan bien como pudo, las doctrinas de la fe; y presentando la imágen de la Virgen con el niño Redentor, díjoles que aquel era el Dios en cuyo solo culto encontrarían salvacion, cuando el de sus ídolos los conduciría á la eterna perdicion.

Es innecesario molestar al lector con la recapitulacion de su homilía, que probablemente contenia dogmas tan incomprensibles para el ignorante salvaje como los de su ruda mitología. Pero aunque no pudo convencer á los oyentes, le escuchaban con respetuosa deferencia. Cuando concluyó, replicaron que no tenían duda de que el Dios de los cristianos debía de ser grande y bondadoso, y como tal lo colocarian con mucho gusto entre las divinidades de Tlascala. El sistema politeista de los indios, lo mismo que el de los antiguos griegos, era de aquella clase que podia sin ninguna violencia admitir en sus elásticos límites las deidades de otra religion (10); pero cada nacion, continuaron aquellos, debe tener sus dioses propios y tutelares. No podian en su vejez abjurar el culto de los que habian velado sobre ellos desde su infancia. Seria atraer sobre si la venganza de los dioses y de la nacion que era tan ardientemente afecta á su religion como á su libertad, y que defenderia esta y aquella hasta derramar la última gota de sangre.

Bien clara era la inutilidad de insistir por entonces sobre este punto; pero el celo religioso de Cortés, habia excitádose mucho por la oposicion, para que se detuviera en calcular los obstáculos. Probablemente no habria rehusado la corona del martirio por tan buena causa. Por fortuna, al menos para el suceso de su causa temporal, no le estaba reservada la palma de los mártires.

El buen monge, su consejero apostólico, viendo el curso que seguramente deberian tomar las cosas, y procediendo con mas juicio, se interpuso para impedirlo. No queria ver, dijo, repetidas las mismas escenas que en Cempoala; ni tenia confianza en las conversiones forzadas, pues difícilmente podrian ser duraderas. La ventaja de una hora podia desaparecer con la misma hora. ¿De qué serviria destruir el altar de los ídolos, si estos permanecían entronizados en el corazon, ó destruir los propios ídolos, si solo habian de hacer lugar para otros? Era mejor esperar con paciencia que la mano del tiempo y el influjo de la doctrina santa, ablandaran el corazon é ilustraran el entendimiento, sin lo cual no podia haber seguridad de una conviccion verdadera y permanente. Estas mi-

(10) Camargo nota esta elástica propiedad de las religiones del Anáhuac. „Este modo de hablar y decir que les querrá dar otro Dios, es saber que cuando estas gentes tenían noticia de algun Dios de buenas propiedades y costumbres, que le recibiesen admitiéndole por tal, porque otras gentes advenedizas trujeron muchos ídolos que tuvieron por dioses, y á este fin y propósito decían, que Cortés les traía otro Dios.” Hist. de Tlascala, MS.

ras racionales fueron apoyadas por Alvarado, Velazquez de Leon, y aquellos en quienes Cortés tenia mas confianza, hasta que desviado de su propósito el controvertista militar, consintió en prescindir por entonces de su intento, y evitar la repetición de escenas, que considerando el acreditado valor de los tlascaltecas, podian haber sido acompañadas de muy diverso resultado del que tuvieron en Cozumel y Cempoala (11).

En la serie de esta historia hase tenido ocasion de notar mas de una vez los buenos efectos de la mediacion del padre Olmedo. Ciertamente no es mucho decir que su discrecion en materias espirituales contribuyó al feliz suceso de la expedicion tan esencialmente, como la sagacidad y valor de Cortés en lo temporal. Era un verdadero discípulo de Las Casas. Su corazon no estaba afectado de aquel feroz fanatismo que cauteriza y endurece todo lo que toca. Consumiase con el vivo fuego de la caridad cristiana. Habia venido al Nuevo Mundo como misionero entre los gentiles, y no economizaba sacrificio, con tal de conseguir el bien del pobre rebaño infiel, á quien habia consagrado sus dias. Habia seguido las banderas del guerrero, para mitigar la crueldad de los combates, y convertir los triunfos de la cruz en provecho de los mismos indios, con el fruto espiritual de la religion. Presentaba un ejemplo no comun, que ciertamente no se encontraria en ningun otro monge del siglo décimosexto, del entusiasmo modificado por la razon, y de un celo ardiente templado por el benigno espíritu del tolerantismo.

Pero aunque abandonó Cortés, por entonces, el empeño de la conversion, obligó á los tlascaltecas á quebrantar los hierros de las infortunadas víctimas reservadas para el sacrificio; acto de humanidad, que por desgracia solo fué transitorio en sus efectos, pues luego que partieron los españoles volvieron á llenarse las prisiones de nuevas víctimas.

Obtuvo tambien permiso para que los cristianos ejercieran el culto de su religion sin ser molestados. Una enorme cruz se erigió en uno de los grandes atrios ó plazas. Diariamente se celebraba misa en presencia del ejército y de una multitud de nativos, que si no comprendian sus ceremonias, quedaban tan edificadas, que aprendieron desde entonces á reverenciar la religion de sus conquistadores. Sin embargo, la directa interposicion del cielo, influyó mas en su conversion que las mejores homilias del sacerdote ó el soldado. Apenas habian dejado los españoles la ciudad, cuando descendiendo una ligera y trasparente nube, se fijó como una columna sobre la cruz, y rodeándola con su luminoso cerco,

(11) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 84.—Gomara, Crónica, cap. 56.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 76 y 77.

No es esto conforme á lo que dice Camargo, pues segun él, Cortés obtuvo lo que deseaba: los nobles dieron el ejemplo de abrazar la cristiandad; y los ídolos fueron destruidos. (Hist. de Tlascala, MS.) Pero Camargo era un indio bautizado, que perteneció á la generacion siguiente á la conquista, y puede muy bien haber tenido deseo de libertar á su nacion del reproche de infidelidad, como un moderno español desearia quitar de su escudo de armas la mala raza y mancha del linaje judío ó morisco.

emitia por las noches plateados y celestiales rayos que proclamaban la calidad del sagrado símbolo, sobre el cual se extendia el meteoro de la divinidad (12).

Establecido el principio del tolerantismo en materias religiosas, consintió el general en recibir á las hijas de los caciques. Cinco ó seis de las mas hermosas doncellas, fueron dadas á otros tantos de sus principales oficiales, despues de haber lavado sus manchas de infidelidad con las aguas del bautismo. Cambiaron, como era costumbre, nombres catellanos, por la bárbara nomenclatura de los suyos (13). Entre ellas la hija de Xicotencatl, despues llamada Doña Luisa, era una princesa muy querida y respetada en Tlascal. Dióla su padre á Alvarado, y su posteridad se enlazó con las familias mas nobles de Castilla. Las marciales y festivas maneras de este caballero, le hicieron gran favorito entre los tlascaltecas, y su semblante franco y expresivo, su color blanco y sus cabellos de color de oro, le dieron el nombre de Tonatiuh, „el sol.” Los indios muchas veces divertian su imaginacion dando á los españoles un sobrenombre característico. Como cuando Cortés se presentaba en público iba siempre acompañado de Doña Marina, ó Malinche, nombre con que la conocian los nativos, por el mismo distinguian á aquel (14). Con estos epítetos que por primera vez se les dieron en Tlascal, eran comunmente designados los dos capitanes españoles entre las naciones indias.

Mientras se sucedian estos acontecimientos, llegó otra embajada de la corte de Méjico. Traia, como siempre, un costoso presente de piezas de oro, en las cuales habia algunas obras de relieve, y estofas de algodón y pluma ricamente bordadas. Los términos del mensaje daban á conocer el carácter tímido é indeciso del monarca, si no encubrian una política astuta. Invitaba á los españoles á que pasaran á su capital, asegurándoles un cordial recibimiento. Suplicábales no entraran en alianza con los bárbaros y bajos tlascaltecas, y los convidaba á tomar el camino de la hospitalaria ciudad de Cholula, donde por órden suya se habian hecho los preparativos necesarios para recibirlos (15).

(12) Este milagro es referido por Herrera, (Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 15,) y creido por Solís. Conquista de Méjico, lib. 3, cap. 5.

(13) Para evitar la dificultad de la eleccion, era comun que los misioneros dieran el mismo nombre á todos los indios bautizados en el propio dia. Por ejemplo, uno era destinado para los Juanes, otro para los Pedros, y así para los demas; ingenioso arreglo, más cómodo para el clero español que para los convertidos. Camargo, Hist. de Tlascal, MS.

(14) Ibid., MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 74 y 77.

Segun Camargo, dieron los tlascaltecas al comandante español trescientas doncellas para que sirviesen á Marina; y el benigno trato é instruccion que recibieron, indujo á los gefes indios á dar á sus mismas hijas, „con propósito de que si acaso algunas se empareñasen, quedase entre ellos generacion de hombres tan valientes y temidos.”

(15) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 80.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 60.—P. Mártir de Anglería, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 2.

Cortés menciona una sola mision azteca, mientras que Solís habla de tres. El primero por la brevedad, disminuye mucho la verdad, y el último acaso por olvido, la pon-

Con profundo sentimiento vieron los tlascaltecas la resolucion del general de visitar á Méjico. Las noticias de aquellos confirmaban las que él habia oido antes sobre el poder y ambicion del monarca. Sus ejércitos, dijeron, estaban diseminados por todo el continente. Su capital era un lugar muy fuerte, y en razon de su posicion insular, podia fácilmente cortarse toda comunicacion con el pais contiguo, y una vez encerrados allí los españoles, quedarian á su arbitrio. Le manifestaron que su política era tan falaz, como ilimitada su ambicion. „No confieis en sus lisonjeras promesas, en su cortesía y en sus presentes. Sus protestas son vanas, y su amistad falsa.” Cuando Cortés manifestó que esperaba establecer mejor inteligencia entre el emperador y ellos, replicaron que era imposible; por dulces que fueran sus palabras, los odiaria en el fondo de su corazon.

Tambien protestaron con vehemencia contra que el general tomara el camino de Cholula. Sus habitantes, sin ser bravos en el campo de batalla, eran mas peligrosos por su perfidia y engaños. Eran instrumentos de Montezuma y ejecutarian sus mandatos. Parecia que los tlascaltecas combinaban esta desconfianza con un temor supersticioso por la antigua ciudad, cuartel general de la religion del Anáhuac. Fué aquí donde el dios Quetzalcoatl estableció primitivamente su imperio. Su templo era célebre en todo el pais, y se creia confiadamente que los sacerdotes, como ellos mismos se lisonjeaban, abriendo los cimientos del santuario tenian el poder de ocasionar tal inundacion, que sepultaria á sus enemigos en un diluvio. Recordaron tambien á Cortés que mientras otros muchos y distintos lugares le habian mandado embajadores á Tlascala para atestiguarle su amistad y ofrecer su alianza á los soberanos de Castilla, Cholula, distante solo seis leguas, no habia hecho ni lo uno, ni lo otro. Esta última reflexion tuvo mas fuerza en la mente del general que cualquiera de las otras. Inmediatamente despachó una intimacion á la ciudad, exigiendo la formal oferta de sumision.

Entre las diferentes embajadas que habia recibido el comandante español en Tlascala, era una de Ixtlixochitl, hijo del gran Nezahualpilli y desgraciado competidor de su hermano mayor á la corona de Tezcucó, segun se ha dicho en uno de los capítulos anteriores (16). Aunque burlado en sus pretensiones, habia obtenido una parte del reino, la cual gobernaba, conservando una terrible animosidad hácia su rival y á Montezuma que le habia sostenido. Ofreció sus servicios á Cortés, pidiéndole en recompensa le ayudara á recobrar el trono de sus abuelos. El político general dió al jóven y aspirante príncipe una respuesta que pudiera alentar sus esperanzas y hacerle adicto á sus intereses. Deseaba forta-

dera demasiado, de modo que no siempre es fácil decidir entre ellos. Diaz compuso su obra unos cincuenta años despues de la conquista, lapso de tiempo que puede excusar muchos errores; pero que debe disminuir nuestra confianza en la minuciosa exactitud de sus detalles. Un conocimiento íntimo de su historia no robustece tal confianza.

(16) Pág. 180 de este tomo.

lecer su causa reuniendo todos los elementos de desafecto que estaban esparcidos en el país.

No transcurrió mucho tiempo sin que llegaron los diputados de Cholula prodiendo expresiones amistosas, é invitando á los españoles á que pasaran á su capital. Eran aquellos de un rango muy inferior al que por lo comun pertenecian los embajadores. Notáronlo los tlascaltecas, y Cortés lo consideró como un nuevo insulto. Mandó en consecuencia segunda intimacion, declarando que si no enviaban inmediatamente otra diputacion compuesta de sus principales nobles, los trataria como rebeldes á su soberano, legítimo Señor de estos reinos (17); amenaza que surtió todo el efecto deseado. Los choluleses no estaban inclinados á disputar, al menos por entonces, sus avanzadas pretensiones. Presentóse en el campo otra embajada, compuesta de algunos de los primeros caciques, quienes repitieron á los españoles la invitacion de visitar la ciudad, y excusaron su tardanza con el temor de su seguridad personal en la capital de Tlascala. La explicacion era satisfactoria, y fué admitida por Cortés.

Los tlascaltecas se opusieron entonces, mas que nunca, á la proyectada visita. Supieron que un numeroso ejército azteca estaba acampado en las cercanías de Cholula, y que los habitantes de ésta se hallaban activamente ocupados en poner la ciudad en estado de defensa. Sospecharon que Montezuma habia concertado algun insidioso plan para destruir á los españoles.

Estos avisos inquietaron á Cortés; pero no le hicieron variar de propósito. Sentia una curiosidad natural por ver la venerable ciudad, tan célebre en la historia de las naciones indias. Además, habia avanzado mucho para retroceder; demasiado al menos para hacerlo, sin dar muestras de temor y de que desconfiaba de sus recursos, lo que no podia dejar de producir un efecto perjudicial á sus intereses, en los aliados, en el enemigo, y aun en sus mismos soldados. Después de una breve consulta con sus oficiales, decidió continuar su marcha á Cholula (18).

Habian transcurrido tres semanas desde que los españoles fijaron su residencia en los hospitalarios muros de Tlascala, y cerca de seis desde que entraron en su territorio. Habian sido recibidos en los umbrales como enemigos,

(17) „Si no viniessen, iria por ellos, y los destruiria, y procederia contra ellos como contra personas rebeldes; diciéndoles, cómo todas estas Partes, y otras muy mayores tierras y señoríos eran de Vuestra Alteza.” (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 63.) La palabra rebellion era un término muy cómodo, acomodado tambien á los moros por los paisanos de Cortés, porque defendian las posesiones que habian tenido ocho siglos en la península. Ella justificó muy severas represalias.—(Véase the History of Ferdinand and Isabella, part. I, chap. 13, et alibi.)

(18) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 62 y 63.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4.—Ixtililxochitl, Hist. chich., MS., cap. 84.—Gomara, Crónica, cap. 58.—P. Mártir de Anglería, de Orbo Novo, déc. 5, cap. 2.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 18.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.

con la mas determinada resistencia. Debian ahora partir con el mismo pueblo, como aliados, como amigos constantes con quienes iban á estar lado á lado el tiempo que durara esta comprometida lucha. Por lo mismo, el resultado de su visita fué de la mayor importancia, puesto que de la cooperacion de estos bravos y guerreros republicanos dependió en gran parte el feliz suceso de su expedicion.

Pyramide de Cholula.



CAPITULO VI.

CIUDAD DE CHOLULA.—GRAN TEMPLO.—MARCHA A AQUELLA CAPITAL.— RECIBIMIENTO DE LOS ESPAÑOLES.—CONSPIRACION DESCUBIERTA.

1519.

La antigua ciudad de Cholula, capital de la república de este nombre, estaba situada á seis leguas de Tlascala, en dirección al sur, y cerca de veinte al oriente ó mas bien al sudeste de Méjico. Segun Cortés, contenia veinte mil casas dentro de sus murallas, y otras tantas en los alrededores (1); aunque ahora está reducida su poblacion á menos de diez y seis mil almas (2). Sea cual fuere el verdadero número de sus habitantes, era incuestionablemente en el tiempo de la conquista una de las mas populosas y florecientes ciudades del Nuevo Mundo.

Era tambien muy antigua, y fué fundada por las razas primitivas que ocuparon la mesa, antes que los aztecas (3). Pocas noticias se conservan sobre su forma de gobierno, la cual parece haber sido fundada en un modelo republicano semejante al de Tlascala. Probó tan bien, que mantuvo el estado su independencia por mucho tiempo, hasta que, si no quedó reducido al vasallaje de los aztecas, estaba tan sujeto á su influjo, que gozaba pocos de los beneficios de una existencia política separada. Sus relaciones con Méjico comprometieron á los choluleses en frecuentes contiendas con sus vecinos los tlascaltecas; pero aunque mucho mas superiores á estos en refinamiento y en las diversas artes del lujo, no eran comparables en la guerra con los bravos montañeses, los suizos del Aná-

(1) Rel. seg., en Lorenzana, p. 67.

Segun Las Casas, contenia esta ciudad treinta mil vecinos, ó cerca de ciento cincuenta mil habitantes. (Brevissima Relatione della distruttione dell'Indie Occidentale (Venetia, 1643.) Siendo este último el menor cómputo, es *a priori* el mas creible, especialmente por la rara ocurrencia de encontrarse en las páginas del buen obispo de las Chiapas.

(2) Humbolt, Essai politique, tom. III, p. 159.

(3) Veitia, retrotrae la fundacion de la ciudad á los ulmecas, pueblo que precedió á los toltecas. (Hist. antig., tom. I, cap. 13 y 20.) Como los últimos, despues de ocupar el pais por varios siglos, no habian dejado probablemente ningunos anales de su existencia, seria muy fuerte desaprobar la asercion del licenciado; pero mucho mas admitirla.

huac. La capital de Cholula era el grande emporio comercial de la mesa, sus habitantes sobresalian en varias artes mecánicas, especialmente en trabajar los metales, en la manufactura de telas de algodón y maguey, y en una exquisita clase de alfarería, que se dice rivalizaba en hermosura con la de Florencia (4); pero esta dedicacion á las artes de una sociedad política, culta y pacífica, naturalmente no los hacia muy á propósito para la guerra, ni aptos para rivalizar con los que consideraban este ejercicio como la principal ocupacion de la vida. Acusábase á los choluleses de afeminados; y segun sus rivales, distinguíanse menos por su valor, que por su perfidia (5).

Pero la capital, tan célebre por su civilizacion y antigüedad, era aun mas venerable por las tradiciones religiosas que la rodeaban. Fué aquí donde el dios Quetzalcoatl se detuvo en su tránsito á la costa, y empleó veinte años en enseñar á los toltecas las artes propias de una sociedad ilustrada. Los instruyó en las mejores formas de gobierno y en una religion mas espiritualizada, en la cual los únicos sacrificios eran frutos y flores de la estacion (6). No es fácil determinar la doctrina que predicó, pues sus lecciones fueron primero mezcladas con los dogmas licenciosos de los sacerdotes indios, y despues con los místicos comentarios del misionero cristiano (7). Es probable que fuera uno de aquellos raros y privilegiados seres, que disipando la obscuridad del siglo en que viven con la ilustracion de su genio, son divinizados por la posteridad agradecida, y colocados entre los luminares del cielo.

En honor de esta benéfica deidad se erigió aquella obra estupenda, que aun todavia contempla el viajero con admiracion como la fábrica mas colosal de Nueva-España; que rivaliza en dimensiones, y es algo semejante en su forma á las pirámides del antiguo Egipto. Ignórase la fecha de su ereccion; pues ya se encontraba allí cuando llegaron los aztecas á la mesa. Tenia la figura comun de los teocallis mejicanos, esto es, la de una pirámide trunca, mirando sus cuatro lados á los puntos cardinales, y dividido en el mismo número de terrados. Sus contornos originales, han sido borrados por la mano del tiempo y de los elementos, al mismo tiempo que la abundante vegetacion de árboles y flores silvestres que han crecido en su superficie, le dan la apariencia de una de aquellas cimbétricas ele-

(4) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 2.

(5) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Gomara, Crónica, cap. 58.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 3 cap. 19.

(6) Veitia, Hist. antig., tom. I, cap. 15 y sig.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 1, cap. 5 y lib. 3.

(7) Los teólogos modernos han encontrado en esta predicacion del dios Tolteca, ó sumo sacerdote, el gérmen de algunos de los grandes misterios de la fe cristiana, como por ejemplo el de la Encarnacion y el de la Trinidad. En el maestro, reconocen no menos que á la persona del apóstol santo Tomás. Véase la Disertacion del irrefragable Dr. Mier, con el edificante Comentario del Sr. Bustamante, en Sahagun, Hist. de Nueva-España, tom. I, suplemento. Mayores pormenores sobre este asunto encontrará el lector en la parte primera del apéndice á esta historia.

vaciones, producidas por el capricho de la naturaleza mas bien que por la industria del hombre. Dúdase si el interior es una colina natural, aunque no parece improbable sea una composicion artificial de tierra y piedras, con capas alternadas de ladrillo y barro (8).

Su altura perpendicular es la de ciento setenta y siete piés; y su base tiene de largo mil cuatrocientos veintitres; dos veces mayor que la de la gran pirámide de Cheops. Dará alguna idea de sus dimensiones el referir que su base, que es de figura cuadrada, cubre cerca de cuarenta y cuatro acres, y la plataforma de su cima, abraza mas de uno. Ella nos recuerda aquellos monumentos colosales de ladrillo que aun se ven en ruinas sobre las riberas del Eufrates, mucho mas bien conservados que los que se encuentran en las del Nilo (9).

Levantábase en la parte superior un suntuoso templo, en el cual estaba colocada una imágen de la misteriosa divinidad, „dios del aire,” con el rostro de ébano, no muy semejante, por lo mismo, al color blanco que tuvo en la tierra; adornada su cabeza de una mitra, en la cual ondeaban vistosas plumas, y su cuello con un refulgente collar de oro: pendientes de mosaicos hechos de turquesas en sus orejas, un cetro adornado de joyas en una mano, y un escudo, curiosamente pintado, emblema de su dominio sobre los vientos, en la otra (10). La santidad del lugar, respetado por la antigua tradicion, por la magnificencia del templo y su servicio, le hacian un objeto de veneracion en todo el pais, y peregrinos de los confines mas remotos del Anáhuac venian á ofrecer sus plegarias en el santuario de Quetzalcoatl (11). El número de ellos era tan excesivo, que daba un aire de mendicidad á la poblacion; y Cortés, asombrado con la novedad, dice, que vió la misma multitud de mendigos que se encuentra en las ilustradas

(8) Tal parece ser el juicio siempre respetable del baron de Humbolt, que examinó este interesante monumento con su acostumbrado cuidado. (Vues des cordillères, p. 27, et seq., Essai Politique, tom. II, p. 150 et seq.) Esta opinion se confirma mas con el hecho de que un camino cortado algunos años despues al traves del collado descubrió un gran pedazo de él, en el cual las capas alternadas de ladrillo y barro son claramente visibles. (Ibid, lug. cit.) La actual apariencia de este monumento cubierto de verdura y del moho de algunos siglos, excusa el escepticismo del viajero mas imparcial.

(9) Algunas de las pirámides de Egipto y de las ruinas de Babilonia, son, como es bien sabido, de ladrillo. Una inscripcion puesta en una de las primeras, celebra este material como superior á la piedra. (Herodotus, Euterpe, sec. 136.) Humboldt da una buena idea del tamaño del Teocalli mejicano, comparándolo á una maza de ladrillos que cubria un espacio cuadrado, cuatro veces mayor que la plaza *Vendôme*, y dos veces mas alta que el palacio de Louvre. Essai Politique, tom. II, p. 152.

(10) Una minuciosa descripcion del traje é insignias de Quetzalcoatl trae el P. Sahagun, que vió á los dioses aztecas antes de que el brazo del cristiano convertido los hubiera derribado, de „su elevado lugar.” Hist. de Nueva-España, lib. I, cap. 3.

(11) Vinieron de una distancia de doscientas leguas, dice Torquemada. Monarqu. ind., lib. 3, cap. 19.

capitales de Europa (12). Dura crítica de la civilización, que debería colocar á nuestro venturoso pais (*) en un grado muy inferior de cultura.

No solo concurría á Cholula el devoto indigente. Muchas de las otras razas indias tenían templos fabricados por ellos en la ciudad, de la misma manera que algunas naciones cristianas los tienen en Roma, y cada uno de esos santuarios estaba asistido por los ministros consagrados al servicio de la deidad á quien estaba dedicado. En ninguna otra capital se veía el mismo concurso de sacerdotes, tantas procesiones, tan augusta pompa de ceremonias, sacrificios y festividades religiosas. En suma, era Cholula lo que Meca entre los mahometanos, ó Jerusalem entre los cristianos; era la ciudad santa del Anáhuac (13).

Los ritos religiosos no se cumplían con la pureza prescrita primitivamente por la divinidad tutelar. Sus altares, así como los de los numerosos dioses aztecas, humeaban con sangre humana, y dicese que seis mil víctimas se ofrecían anualmente en sanguinario holocausto (14). El gran número de santuarios puede estimarse, por la asercion de Cortés, quien contó en la ciudad, cuatrocientas torres (15), no obstante que ningun templo tenía mas de dos, y muchos una sola. Descollaba sobre los demas la gran „pirámide de Cholula,” cuyo nunca extinguido fuego esparcía rayos de luz sobre toda la ciudad, y anunciaba al pueblo que allí se tributaba el misterioso culto, de la benéfica deidad que había de volver á imperar sobre el pais; pero ¡ah! cuán corrompido por la crueldad y supersticion.

Nada podía ser mas grande que la vista que se disfrutaba desde la área de la cima trunca de la pirámide. Al oeste se extendía aquella robusta barrera de rocas de pórvido que la naturaleza había levantado alrededor del valle de Méjico, y los elevados Popocatepetl é Iztaccihuatl, apostados como dos centinelas colosales para guardar la entrada de la encantada region. Más lejos, y al oriente, se veía el Pico cónico de Orizava internándose en las nubes, y mas cerca, la estéril, pero hermosa Sierra de la Malinche, extendiendo su ancha sombra sobre las llanuras de Tlascala. Divisábanse los tres volcanes, mas elevados que el montañoso pico mas alto de Europa, y vestidos de nieves que nunca se derrieten con el sol abrasador de los trópicos. Al pié del espectador extendíase la sagrada ciudad de Cholula con sus pináculos y blancas torres, deslumbrando con la re-

(12) „Hay mucha gente pobre, y que piden entre los ricos por las calles, y por las casas, y mercados, como hacen los pobres en España, y en otras partes que hay *gente de razon*.” Rel. seg., en Lorenzana, pp. 67 y 68.

(*) Los Estados-Unidos de América.

(13) Torquemada, Monarq. ind., lib. 3, cap. 19.—Gomara, Crónica, cap. 61.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

(14) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 2.—Torquemada, Monarq. ind., ubi supra.

(15) „E certifico á Vuestra Alteza, que yo conté desde una mezquita cuatrocientas y tantas torres en la dicha ciudad, y todas son de mezquitas.” Rel. seg., en Lorenzana, p. 67.

flexion del sol, reposando entre los jardines y frondosas alamedas que entonces crecian con tanta profusion en los suburbios de la capital. Tal fué el magnífico cuadro que se presentó á las miradas de los conquistadores, y que tal vez se ofrece, con un ligero cambio, á las del viajero moderno, como que desde la plataforma de la gran pirámide gira su vista por la porcion mas bella de la hermosa mesa de Puebla (16).

Pero es ya tiempo de volver á Tlascala. La mañana prefijada, emprendió el ejército español su marcha á Méjico por Cholula. Era seguido de multitud de indios llenos de admiracion, por la intrepidez de hombres, que tan pocos en número, se aventuraban á retar á Montezuma en su misma capital. Un considerable cuerpo de guerreros se ofreció á participar de los peligros de la expedicion; pero Cortés, manifestándose agradecido por su buena disposicion, eligió para que le acompañaran solo seis mil voluntarios (17). No queria embarazarse con una fuerza indisciplinada que impidiese sus movimientos; y probablemente no quiso tampoco ponerse tanto en poder de los aliados, cuya amistad era demasiado reciente para que ofreciera garantías bastantes respecto á su fidelidad.

Despues de pasar un terreno quebrado y montañoso entró el ejército en las extensas llanuras, que por millas se prolongan alrededor de Cholula. A una elevacion de mas de seis mil piés sobre el nivel del mar, veian crecer lado á lado los ricos productos de varios climas. Campos de dorado maíz, plantíos del jugoso maguey, de chile ó pimienta azteca, y del nopal en que se cria la brillante cochi-

(16) La ciudad de Puebla de los Ángeles fué fundada por los españoles, poco despues de la conquista, en el sitio de una aldea insignificante del territorio de Cholula, unas cuantas millas al oriente de esta capital. Es acaso la ciudad mas considerable de Nueva-España, despues de la de Méjico, con la cual rivaliza en hermosura. Parece que ha heredado la preeminencia religiosa de la antigua Cholula, distinguiéndose lo mismo que ésta por el número y esplendor de sus iglesias, por la multitud de su clero y la magnificencia de sus ceremonias y festividades, las cuales están difusamente referidas en las páginas de los viajeros que han pasado por el lugar al seguir su camino de Veracruz para la capital. Véase en particular la obra de Bullock, titulada, Méjico, tom. I, cap. 6.—Los alrededores de Cholula regados por arroyos, como en los días de los aztecas, son igualmente remarcables por la fertilidad del suelo; las mejores tierras de sembradura producen trigo en proporcion de ochenta por uno. Ward, Méjico, tom. II, p. 270. Humboldt, Essai Politique, tom. II, p. 158, y tom. IV, p. 330.

(17) Segun Cortés, cien mil hombres le ofrecieron esta vez sus servicios. „E puesto que yo ge lo defendiese y rogué que no fuesen, porque no habia necesidad, todavia me siguieron hasta cien mil hombres muy bien aderezados de guerra, y llegaron conmigo hasta dos leguas de la ciudad: y desde allí, por mucha importunidad mia, se volvieron, aunque todavia quedaron en mi compañía hasta cinco ó seis mil de ellos.” —(Rel. seg., en Lórenzana, p. 64.) Esa debió ser toda la fuerza armada de la república, y sin embargo, tal circunstancia no llamó la atencion de Oviedo, (Hist. de las Ind., MS., cap. 4), ni de Gomara, Crónica, cap. 58.

nilla. Ni la cuarta parte de un acre de tierra estaba sin cultivo (18); y el suelo, cosa no comun en la mesa, estaba regado por numerosos riachuelos y canales, y sombreado por bosques que desaparecieron bajo la ruda hacha de los conquistadores. En la tarde llegaron á un pequeño arroyo, en cuyas márgenes de terminó Cortés acuartelarse aquella noche, no queriendo turbar el descanso de la ciudad, introduciendo una fuerza numerosa á una hora tan intempestiva.

Aquí pronto se le reunieron algunos caciques choluleses con sus respectivos acompañamientos, que vinieron á ver y cumplimentar á los extranjeros. Cuando encontraron en el campo á sus enemigos los tlascaltecas, manifestaron señales de desagrado, é indicaron temores de que su presencia en la ciudad ocasionara algun desórden. Esta reflexion pareció justa á Cortés, y consiguientemente mandó que los aliados permanecieran en los cuarteles que entonces ocupaban, y se le unieran cuando hubiese dejado la capital y continuase su marcha á Méjico.

La mañana siguiente hizo su entrada en Cholula á la cabeza del ejército, acompañado solo de los indios de Cempoala y de un puñado de tlascaltecas, para que cuidasen del bagaje. Al partir le aconsejaron los aliados tomase muchas precauciones respecto del pueblo que iba á visitar, quien al paso que afectaba despreciar á los españoles, como á una nacion de traficantes, empleaban las peligrosas armas de la perfidia y de la cabala. Luego que las tropas llegaron cerca de la ciudad, se vió poblado el camino de gente de ambos sexos y edades; ancianos agobiados por la enfermedad, mugeres con niños en los brazos, todos ansiosos de ver á los extranjeros, cuyas personas, armas y caballos eran objetos de una intensa curiosidad, á ojos que aun todavia no los habian observado en campaña. También los españoles se llenaron de admiracion con el aspecto de los choluleses, muy superiores en vestidos y en toda su apariencia á las naciones que habian visto hasta entonces. Se asombraron particularmente del traje de las clases elevadas, que llevaban mantas hermosamente bordadas, semejantes en su tejido y forma al gracioso albornoz ó capa morisca (19). Mostraban el mismo delicado gusto por las flores que las otras tribus que habitaban la mesa, adornando sus personas con ellas, y distribuyendo entre los soldados guirnaldas y ramilletes. Inmenso número de sacerdotes se mezclaba en la multitud, balanceando sus perfumados incensarios, al mismo tiempo que la música de varias clases de instrumentos daban la agradable bienvenida á los extranjeros, y comunicaban á la escena un alegre y halagüeño encanto. Si no tenia el aspecto de una procesion triunfal como en Tlascala, donde la melodía de los instrumentos se confundia con los aplausos de la multitud, ofrecia pacíficas seguridades de hospitalidad, y sentimientos amistosos no menos gratos.

(18) Las palabras del conquistador son mas terminantes, „ni un palmo de tierra hay que no esté labrada.” Rel. seg., en Lorenzana, p. 67.

(19) „Los honrados ciudadanos de ella todos traen *albornoces* encima de la otra ropa, aunque son diferenciados de los de África, porque tienen maneras; pero en la hechura y tela, y los rapacejos, son muy semejables.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 67.

También se sorprendieron los españoles con la limpieza de la ciudad, con la extensión y regularidad de sus calles, que parecían haber sido cortadas sobre un plan fijo, con la solidez de los edificios, y con el número y tamaño de los templos piramidales. En el atrio de uno de estos y sus edificios adyacentes se acuartelaron (20).

Pronto fueron visitados por los principales señores del lugar, que se mostraron muy solícitos en proporcionarles las mayores comodidades. Su mesa fué abundantemente provista; y en una palabra, recibieron todas las atenciones que pudieran disipar sus sospechas, y obligarlos á imputar las de los tlascaltecas á su inveterado odio y enemistad nacional.

En pocos días cambió la escena. Llegaron otros mensajeros enviados por Montezuma, quienes despues de una breve y desagradable intimación á Cortés de que su proximidad ocasionaba mucha inquietud á su amo, conferenciaron privadamente con los embajadores aztecas, que aun permanecían en el campo castellano, y luego partieron, llevándose á uno de ellos. Desde este momento el manejo de los choluleses mudó visiblemente. No visitaban ya los cuarteles como antes, y cuando eran invitados á hacerlo, se excusaban con motivos de enfermedad. Dejaron de acudir con provisiones, bajo el pretexto de que estaban escasos de maíz. Estos síntomas de desafecto, además del embarazo temporal, causaban á Cortés serios temores para lo futuro. Más se aumentaron con las noticias que recibió de los cempoaltecas. Dijéronle, que recorriendo la ciudad habían visto varias calles parapetadas, las azoteas de las casas llenas de enormes piedras y otras armas arrojadizas, como si se estuvieran preparando para un asalto; y en algunos lugares habían encontrado hoyos cubiertos con ramas de árboles, y dentro colocadas perpendicularmente agudas estacas, como para impedir los movimientos de la caballería (21). Algunos tlascaltecas que también vinie-

(20) Ibid., p. 67.—Ixtililxochitl, Hist. chich., MS., cap. 84.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 82.

Los españoles comparaban á Cholula con la hermosa Valladolid, segun lo refiere Herrera, cuya descripción de la entrada del conquistador es muy animada. „Saliéronle otro día á recibir mas de diez mil ciudadanos en diversas tropas, con rosas, flores, pan, aves y frutas, y mucha música. Llegaba un escuadron á dar la bien llegada á Hernando Cortés, y con buena orden se iba apartando, dando lugar á que otro llegase.... En llegando á la ciudad, que pareció mucho á los castellanos, en el asiento y perspectiva á Valladolid, salió la demás gente, quedando muy espantada de ver las figuras, tales y armas de los castellanos. Salieron los sacerdotes con vestiduras blancas, como sobrepellices, y algunas cerradas por delante, los brazos defuera, con fleucos de algodón en las orillas. Unos llevaban figuras de ídolos en las manos, otros zahumerios, otros tocaban cornetas, atabales y diversas músicas, y todos iban cantando, y llegaban á incensar á los castellanos. Con esta pompa entraron en Chulula.” Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 1.

(21) Cortés advirtió estas mismas apariencias alarmantes al entrar á la ciudad, sugiriéndole la idea de una traición premeditada. „Y en el camino topamos muchas señales de las que los naturales de esta provincia nos habían dicho: porque hallamos el

ron del campo, informaron al general de que un gran sacrificio, en su mayor parte de niños, se habia ofrecido en un lugar remoto de la ciudad, con objeto de conseguir el favor de los dioses, segun parecia, para alguna empresa que intentaban. Agregaron que habian visto á un gran número de habitantes dejar la ciudad con sus mugeres é hijos, como si las fueran á llevar á un paraje seguro. Estas noticias confirmaron las sospechas de Cortés, quien no tenia duda de que se tramaba algun proyecto hostil. Si la hubiera tenido, un descubrimiento hecho por Marina, ángel de guarda de la expedicion, la habria convertido en certidumbre.

Las amables maneras de la jóven india la habian granjeado el afecto de la esposa de uno de los caciques, quien repetidamente la instaba para que visitase su casa, anunciándola secretamente que este era el modo de que escapase del destino que esperaba á los españoles. La intérprete, conociendo cuán importante era obtener mayores noticias, afectó quedar complacida de la propuesta, y al mismo tiempo mostró estar muy descontenta con los hombres blancos que la habian mantenido en cautiverio. De esta manera, haciendo que la crédula cholulense no se guardara de ella, gradualmente fué ganando su confianza hasta lograr le hiciese una denuncia completa de la conspiracion.

Traia su origen, dijo, del emperador, que habia enviado ricos presentes á los grandes caciques y entre otros á su marido, para estimularlos á secundar sus miras. Los españoles debian ser atacados al dejar la ciudad, cuando estuvieran perdidos en las calles, en las cuales se habian colocado diversos impedimentos para poner en desórden á la caballería. Una fuerza de veinte mil mejicanos estaba acampada á no mucha distancia de la poblacion, para ayudar á los cholulenses en el asalto, y esperábase con confianza que los españoles embarazados así en sus movimientos, fácilmente cederian á la fuerza superior del enemigo. Un número suficiente de prisioneros habia de reservarse para solemnizar los sacrificios de Cholula, y el resto habia de llevarse encadenado á la capital de Montezuma.

Mientras duraba esta conversacion, se ocupaba Marina en disponer los efectos de valor y los vestidos que decia iba á llevar consigo esa noche, luego que ocultamente pudiera escaparse de los cuarteles españoles para la casa de su amiga la cholulense, quien la ayudaba en tal operacion. Dejándola ocupada en ella, encontró Marina oportunidad de ausentarse sin ser vista por algunos momentos; y dirigiéndose á la habitacion del general le reveló sus descubrimientos. Este mandó arrestar al momento á la muger del cacique, y examinándola, confirmó la relacion de su manceba india.

Cerciorado Cortés de la noticia, se llenó de una grande alarma. Estaba cogido en la trampa. Huir ó pelear, era igualmente difícil. Hallábase en una ciudad de enemigos, donde cada casa podia convertirse en una fortaleza, y donde se habian esparcido en el camino tales embarazos, que podian hacer casi

camino real cerrado, y hecho otro, y algunos hoyos, aunque no muchos, y algunas calles de la ciudad tapiadas, y muchas piedras en todas las azoteas. Y con esto nos hicieron estar mas sobre aviso y á mayor recaudo." Rel. seg., en Lorenzana, p. 64.

impracticables las maniobras de la artillería y de la caballería. Con tales desventajas debia combatir no solo con los astutos choluleses sino con los temibles guerreros de Méjico. Podia compararse á un viajero que en la obscuridad de la noche ha perdido el camino y se halla entre precipicios, donde cualquiera paso puede conducirle á la muerte, y donde avanzar ó retirarse le es igualmente peligroso.

Deseaba obtener todavia mayores pruebas é imponerse de todos los pormenores de la conspiracion. Invitó, pues, á dos sacerdotes, uno de ellos persona de mucha influencia en el lugar, á que visitaran sus cuarteles. Con un trato afable, y con liberales obsequios de los mismos ricos presentes que habia recibido de Montezuma, convirtiendo así los dones contra el mismo que los prodigaba, obtuvo de ellos una entera confirmacion de las noticias ya adquiridas. El emperador habia permanecido en un estado de indecision, digno de lástima, desde la llegada de los españoles. Sus primeras órdenes á los choluleses se contrajeron á que recibieran bondadosamente á los extranjeros. Habia consultado despues á los oráculos, y obtenido por respuesta que Cholula seria el sepulcro de sus enemigos, pues los dioses ciertamente le ayudarian á vengar el sacrilegio cometido con la ciudad santa. Tan confiados estaban los aztecas en esta prediccion, que un gran número de esposas, ó varas con correas que servian de tales, habia dispuesto en la ciudad para asegurar á los prisioneros.

Cortés, hallándose ya bien instruido de los hechos, despidió á los sacerdotes encargándoles el secreto, lo que casi no era necesario. Díjoles era su intento dejar la ciudad la mañana siguiente, y les pidió indujeran á los principales caciques á tener con él una entrevista en sus cuarteles. Despues reunió un consejo de oficiales, aunque parece que ya habia resuelto la conducta que debia observar.

Diversa fué la impresion que causó en los miembros de la asamblea tan alarmante noticia, segun su diverso carácter. Los mas tímidos, arredrados con la sucesion de obstáculos que parecia se multiplicaban cuanto mas se acercaban á la capital mejicana, opinaban por volver sobre sus pasos y refugiarse en la hospitalaria ciudad de Tlascala. Otros, mas constantes pero prudentes, estaban por tomar el camino más al norte, recomendado desde el principio por los aliados. La mayor parte sostuvo al general, quien siempre era de opinion que no habia mas alternativa que la de avanzar, pues la retirada seria su ruina. Las resoluciones á medias casi no podian ser mejores, y darian una prueba de temor que los desacreditaria con sus amigos y con sus contrarios. Su verdadera política debia ser la de confiar en sí mismos; aventurar un golpe que pudiera intimidar al enemigo, y mostrarle que los españoles no eran capaces de ser engañados con artificios, así como tampoco podian ser vencidos en el campo por la superioridad del número ó del valor.

Cuando los caciques, persuadidos por los sacerdotes, comparecieron ante Cortés, se contentó con reprocharles su falta de hospitalidad, y asegurarles que los españoles no serian por mas tiempo una pesada carga para la ciudad, pues se proponia dejarla la mañana siguiente temprano; pidiéndoles ademas que le pro-

porcionaran dos mil hombres para transportar su artillería y bagajes. Los g^oses, despues de alguna deliberacion, convinieron en una demanda que en cierto modo favorecia sus designios.

Luego que partieron, llamó el general á los diputados aztecas. Les refirió sucintamente el pérfido proyecto que habia descubierto para destruir al ejército, el cual se imputaba á su señor Montezuma. Sentia mucho, agregó, saber que el emperador estuviese implicado en tan inícuca trama, y que los españoles tuvieran que marchar como enemigos contra el príncipe á quien habian esperado visitar como amigos.

Los embajadores con las mas solemnes protestas aseguraron se hallaban ignorantes de la conspiracion; y creian que Montezuma estaba asimismo inocente respecto de un crimen que hicieron recaer todo sobre los choluleses. Notoriamente era la política de Cortés guardar armonía con el monarca indio; aprovecharse hasta donde pudiera de sus buenos oficios, y de la imaginaria seguridad que pudiera inspirarle para cubrir sus futuras operaciones. Afectó, pues, dar crédito á la asercion de los enviados, y declaró su repugnancia en creer que un monarca que habia prestado á los españoles tantos oficios amistosos, hubiera intentado consumir la obra con un hecho de incomparable bajeza. El descubrimiento de la falsedad de los choluleses, agregó, habia excitado su resentimiento contra estos, de quienes tomaria tal venganza, que satisfaria así las injurias hechas á Montezuma como á los españoles. Despues despidió á los embajadores, cuidando, no obstante las pruebas de confianza que les habia mostrado, de ponerlos bajo la vigilancia de una competente guardia, para impedirles la comunicacion con los choluleses (22).

Esa noche fué de la mayor ansiedad para el ejército. Les parecia que el terreno que pisaban se hundia bajo sus piés, y que cada momento podia ser el señalado para su destruccion. El activo general tomó las precauciones necesarias para su seguridad, aumentando el número de los centinelas y colocando los cañones de manera que pudieran defender las avenidas del campo. Ya debe suponerse que no cerró los ojos en toda la noche. Cada español se tendió sobre sus armas, y todos los caballos estuvieron ensillados y enfrenados, prontos para el servicio luego que se necesitasen. Pero ningún ataque se meditaba por parte de los indios, y el silencio de la noche era solo turbado por el sordo ruido que de cuando en cuando se oye en una ciudad populosa aun cuando está sepultada en el sueño, y por el ronco grito de los sacerdotes, que desde las torres de los teocallis, anunciaban las horas por medio de sus bocinas (23).

(22) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 83.—Gomara, Crónica, cap. 59.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 65.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 39.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 83, cap. 4.—P. Mártir de Angleria, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 2.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 1.—Argensola, Anales, lib. 1, cap. 85.

(23) „Las horas de la noche las regulaban por las estrellas, y tocaban los ministros del templo que estaban destinados para este fin, ciertos instrumentos como bocinas, con que hacian conocer al pueblo el tiempo.” Gama, Descripcion, parte 1, p. 14.

CAPITULO VII.

HORRIBLE CARNICERIA.—RESTABLECESE LA TRANQUILIDAD.—REFLEXIONES SOBRE LA MATANZA.—PROCEDIMIENTOS ULTERIORES.—ENVIADOS DE MONTEZUMA.

1519.

Los primeros rayos de luz de la mañana vieron á Cortés á caballo dirigiendo los movimientos de su pequeño ejército. Reunió sus fuerzas en la gran plaza ó atrio, rodeado como hemos dicho, en parte por edificios, y en parte por una alta muralla. Habia tres puertas de entrada, y en cada una de ellas colocó una numerosa guardia, apostando el resto de sus tropas y su artillería gruesa en el recinto, de manera que pudieran dominar las avenidas y asegurar á los que estaban adentro de no interrumpir su sangrienta ocupacion. Habiase mandado orden la noche anterior á los gefes tlascaltecas de que estuviesen prontos para marchar á la ciudad á una señal concertada y unirse á los españoles. Apenas se completaron estos preparativos, cuando aparecieron los caciques choluleses con un número de tamanes ó mozos de cordel mayor del que se les pidió. Se dirigieron al interior del atrio, que como hemos visto estaba dominado por la infantería española colocada en batalla bajo de los muros. Entonces tomó Cortés aparte á algunos de los caciques, y con aspecto severo les hizo cargo de la conspiracion, manifestándoles sabia bien todos sus pormenores. Habia visitado la ciudad, dijo, por invitacion del emperador: habia venido como amigo: habia respetado á los habitantes y sus propiedades; y para evitar toda causa de ofensa, habia dejado una gran parte de sus tropas fuera de los muros de la ciudad. Ellos lo recibieron con muestras de hospitalidad y benevolencia; confiando en esta, habia sido atraído á la trampa, y encontrado que su bondad era solo una máscara que cubria la mas negra perfidia.

Causó este discurso en los choluleses la misma confusion que el estallido del rayo. Un indefinido terror se apoderó de ellos al ver á los misteriosos extranjeros, y sentian hallarse en presencia de seres que parecia podian leer sus pensamientos cuando apenas los habian concebido. Era inútil recurrir al engaño y negar ante tales jueces. Confesaron todo y procuraron excusarse culpando á Montezuma; pero Cortés, tomando por esto un aire de la mayor indignacion, aseguróles que de nada les serviria su excusa, pues aun cuando fuera cierta, no los justificaria, y estaba resuelto á hacer en ellos un ejemplar escarmiento, que sonaria por todos los extensos límites del Anáhuac.

Dióse entonces la fatal señal, el tiro de un arcabuz. En un instante asestá-

ronse todos los fusiles y armas de fuego á los infortunados choluleses que se hallaban en el atrio, y se les dirigió una horrible descarga estando reunidos en el centro como una manada de ciervos. Fueron tomados por sorpresa, pues no habian oido el diálogo que precedió con los gefes. Casi no hacian resistencia á los españoles, que siguieron la descarga de sus piezas usando de las espadas; y como los cuerpos medio desnudos de los indios no ofrecian proteccion, los herian con tanta facilidad como el labrador siega sus mieses en tiempo de cosecha. Algunos procuraban escalar los muros, pero solo ofrecian así un blanco mas seguro á los arcabuceros y archeros. Otros se precipitaban á las puertas, y allí eran recibidos con las largas picas de los soldados que las guardaban. Unos pocos tuvieron mejor suerte ocultándose en los montones de cadáveres de que estaba regado el suelo.

Mientras se verificaba esta horrible carnicería, los compañeros de los asesina-dos indios, atraídos por el ruido de la matanza, emprendieron desde afuera un furioso ataque sobre los españoles; pero Cortés habia colocado su gruesa batería en una posicion que dominaba las avenidas y arrasaba las filas de los asaltantes tan pronto como se acercaban. En el intervalo de una descarga á la otra, que en el estado de imperfeccion que en aquella época tenia la ciencia de la guerra era mucho mas largo que en la nuestra, los hacia retroceder cargando con la caballería. Los fogosos corceles, los cañones, las armas de los españoles, todo era desconocido para los choluleses; quienes no obstante la novedad de aquel horrible espectáculo, de la luz de las armas de fuego mezclada con el sordo estruendo de la artillería, que retumbaba entre los edificios, se apresuraban á ocupar el puesto de los que habian perecido.

Mientras se verificaba esta terrible lucha, los tlascaltecas, oyendo la señal concertada, habian avanzado apresuradamente hácia la ciudad. Traian por órden de Cortés atadas alrededor de sus frentes, hojas de esparto para poder así distinguirse de los choluleses (1); y llegando en el ardor del combate, cayeron sobre la indefensa retaguardia de éstos, que pisoteados, heridos por las herraduras de la caballería castellana y atacados por sus vengativos enemigos, no pudieron mantener el terreno por mas tiempo. Cedieron, refugiándose á los edificios inmediatos, los cuales siendo en parte de madera, fueron prontamente incendiados. Otros huyeron á los templos; y un fuerte destacamento con algunos sacerdotes á su cabeza, se apoderó del gran teocalli. Habia una tradicion vulgar, que ya se ha referido, de que removiéndose parte de las murallas, la deidad tutelar enviaria una inundacion que envolveria á sus enemigos. Los supersticiosos choluleses lograron arrancar algunas de las piedras de los muros del edificio; pero polvo y no agua produjeron. Su falsa divinidad los

(1) „Usáron los de Tlaxcalla de un aviso muy bueno, y les dió Hernando Cortés porque fueran conocidos y no morir entre los enemigos por yerro, porque sus armas y divisas eran casi de una manera;y así se pusieron en las cabezas unas guirnal-das de esparto á manera de torzales, y con esto eran conocidos los de nuestra parciali-dad, que no fué pequeño aviso.” Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

abandonó en la hora del peligro. Poseídos de desesperacion se refugiaron á las torres de madera que coronaban el templo, y arrojaban piedras, jabalinas y flechas encendidas sobre los españoles, que subian la escalera principal de ciento veinte escalones, abierta en el frente de la pirámide. Pero aquella terrible lluvia caía sin hacer daño en los acerados cascos de los cristianos, y antes bien se aprovecharon de los dardos incendiados para poner fuego á la ciudadela, que pronto se convirtió en cenizas. Todavía la guarnicion se sostuvo, y se dice, que aunque se les ofreció cuartel, un solo cholulese lo admitió. El resto se precipitó de los parapetos, ó pereció miserablemente entre las llamas (2).

Todo era desolacion y desórden en la hermosa ciudad que poco antes reposaba segura y en paz. Los gemidos de los moribundos, las súplicas del vencido implorando piedad, se mezclaban con el grito de guerra de los españoles, y con el penetrante aullido de los tlascaltecas, que desahogaban su rencor y rivalidad tanto tiempo alimentados. Crecia mas la confusion con el incesante trueno del fusil y el crujido de la madera, la cual al caer esparcía una flama que aumentaba la nacarada luz de la mañana, haciendo todo una horrible mezcla de llantos y gemidos que convirtieron á la ciudad santa en un *pandemonium*. Luego que la resistencia cesó, los vencedores se arrojaron á las casas y lugares sagrados, saqueando cuanto contenian de valor, plata y joyas que encontraron en bastante cantidad, trajes y provisiones, codiciadas mas que las primeras por los sencillos tlascaltecas, lo que facilitó la division de los despojos á satisfaccion de sus confederados los cristianos. Es digno de notar que en medio de esta universal licencia se respetaron las órdenes del general sobre que ninguna violencia se cometiera con las mugeres y niños, aunque los tlascaltecas habian hecho prisioneros á muchos de estos y de aquellas, así como á los hombres con el fin de reducirlos á esclavitud (3). Estas escenas de horror duraron algunas horas; hasta que Cortés, movido de las súplicas de los gefes choluleses que se habian escapado de la matanza y de los enviados mejicanos, consintió, por consideracion, segun dijo, á los representantes de Montezuma, en llamar á sus soldados é impedir en cuanto pudo que continuaran los ultrajes. Se permitió tambien á dos de los caciques fueran á prometer perdon y proteccion á todos aquellos de sus camaradas que volvieran á la obediencia, cuyas medidas produjeron su efecto. Por los concertados esfuerzos de Cortés y de los caciques se apagó el desórden, aunque con mucha dificultad. Los combatientes, tanto españoles como indios, se reunieron bajo sus banderas respectivas, y los choluleses, descansando en las seguridades de sus gefes, volvieron unos despues de otros á sus hogares.

El primer acto de Cortés fué influir en los guerreros tlascaltecas para que li-

(2) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4 y 45.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 40.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 84.—Gómara, Crónica, cap. 60.

(3) „Matáron casi seis mil personas sin tocar á niños ni mugeres, porque así se les ordenó.” Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 2.

bertaran á sus prisioneros (4). Era tal su deferencia al comandante español, que convinieron aunque no sin alguna murmuracion, contentándose con los ricos despojos de los choluleses, que consistian en varios efectos de lujo desconocidos hacia mucho tiempo en Tlascala. El segundo objeto de su cuidado fué limpiar la ciudad, particularmente de los cuerpos muertos, que amontonados en las calles y plaza principal, comenzaban á corromperse. El general en su carta á Carlos V, expresa que murieron tres mil: los mas de los escritores dicen que seis; y algunos otros hacen subir este número. Como que una de las víctimas fué el mas anciano y principal de los caciques, Cortés ayudó á los choluleses á elegir su sucesor (5). Con estas pacíficas medidas se restableció gradualmente la confianza. Los habitantes de las inmediaciones, alentados con las seguridades que recibieron, se trasladaron á la capital á cubrir el lugar de su poblacion disminuida. Abriéronse otra vez los mercados, y continuáronse las ocupaciones de una comunidad ordenada é industriosa. Todavía los grandes montones de negras y menudas ruinas atestiguaban el huracan que habia recientemente soplado sobre la ciudad, y los muros que presenciaron la escena de la carniceria en el grande atrio y que permanecieron mas de cincuenta años despues del acontecimiento, recordaban la triste historia de la matanza de Cholula (6).

(4) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 83.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., ubi supra.

(5) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 83.

Los descendientes del cacique principal de Cholula, viven hoy en Puebla, segun Bustamante. Gomara, Crónica, trad. de Chimalpain, (Méjico, 1826,) tom. 1, p. 98, nota.

(6) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 66.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 84.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 4 y 45.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 83.—Gomara, Crónica, cap. 60.—Sahagun Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.

Las Casas, en su Tratado impreso sobre la destruccion de las Indias, trae una descripcion de estos hechos con otras circunstancias bastante extraordinarias. Segun él, ordenó Cortés que cien ó mas de los caciques fueran empalados ó quemados, atados á un poste. Agrega, que mientras en el atrio se verificaba la matanza, el general español repetia el trozo de un antiguo romance que describe á Neron, regocijándose en ver las incendiadas ruinas de Roma:

„Mira Nero de Tarpeya,
Á Roma como se ardía.
Gritos dan niños y viejos,
Y él de nada se dolía.”

(Brevisima relacion, p. 46.)

Creo que este es el primer ejemplo en la historia, de que persona alguna deseara igualarse á aquel emperador. Bernal Diaz, que habia leído „la interminable narracion,” como él la llama, de Las Casas, la trata con mucho desprecio. La relacion que él hace de este hecho, una de las seguidas principalmente en el texto, está corroborada con el dicho de los misioneros que despues de la conquista visitaron á Cholula é investigaron este

Este pasaje es uno de los que han impreso una negra mancha sobre la memoria de los conquistadores. No puede considerarse en nuestros dias, sin horror, el estado de esa hermosa y floreciente capital, invadida en el silencio y entregada á los excesos de una ruda y cruel soldadesca; pero para juzgar exactamente del hecho, debemos transportarnos al tiempo en que aconteció. La dificultad primera que ha de encontrarse, es la de justificar el derecho de conquista; mas debe tenerse presente, que la infidelidad, sin atender á si provenia de ignorancia ó educacion, si era herética ó pagana, en aquel siglo y aun en épocas posteriores, era considerada como un pecado que debia castigarse con el fuego y el hierro en este mundo, y con eternos sufrimientos en el otro. Esta doctrina, monstruosa como es, era el credo de la Iglesia romana, ú en otras palabras, de la cristiana; la base de la inquisicion, y de otras muchas persecuciones religiosas, que en diversos tiempos han manchado la historia de casi todas las naciones de la cristiandad (7). Con arreglo á este código, el territorio de los gentiles, donde quiera que se hallase, era considerado como una especie de bienes

punto con la ayuda de los sacerdotes y varios ancianos, que aun vivian y habian presenciado aquellos acontecimientos. Está confirmado en lo sustancial, con la asercion de los otros contemporáneos. El excelente obispo de Chiapas, escribió con el objeto manifesto de excitar la simpatía de sus paisanos en favor de los oprimidos nativos; objeto ciertamente generoso, pero que lo hizo separar con mucha frecuencia de la estricta linea de la imparcialidad histórica. No fué él testigo ocular de los sucesos de Nueva-España, y estaba muy dispuesto á creer todo lo que pudiera contribuir á su fin y á recargar con exceso, si así puede decirse, su argumento, con relaciones de sangre y carnicería, que por su extravagancia llevaban en sí mismas la refutacion.

(7) Puede encontrar el lector una aclaracion sobre lo observado en el texto, en las últimas páginas del cap. 7, parte 2 de la obra, „History of Ferdinand and Isabella,” donde me he empeñado en demostrar cuán profundamente impresas estaban estas convicciones en España en la época de que tratamos. Poco habia ganado el mundo en ideas de liberalismo en los tiempos del Dante, quien friamente pudo disponer de los grandes y de los buenos de la antigüedad en uno de los círculos del Infierno, porque ciertamente no por falta suya, habian venido demasiado pronto al mundo. Estos memorables versos, así como otros muchos del inmortal bardo, atestiguan al mismo tiempo la fuerza y la debilidad del entendimiento humano. Pueden citarse como una buena prueba de los sentimientos populares á principio del siglo diez y seis.

„Ch'ei non peccaro, é, s'egli hanno mercedi,
Non basta, *perch'e non ebber battesimo*,
Ch'è porta della fede che tu credi.
E, se furon dinanzi al cristianesimo,
Non adorar debitamente Dio;
E di questi cotai son io medesimo.
Per tai difetti, e non per altro rio,
Semo perduti, e sol di tanto offesi
Che sanza speme vivemo in disio.”

INFERNO, canto 4.

religiosos mostrencos, los cuales en defecto de propietario legal eran reclamados y tomaba posesion de ellos la Santa sede; como tales eran cedidos por la cabeza de la Iglesia al príncipe temporal que le agradaba con tal que estuviese dispuesto á emprender la conquista (8). Así Alejandro VI donó generosamente una extensa porcion del hemisferio occidental á los españoles, y del oriental á los portugueses. Estas avanzadas pretensiones de los sucesores del humilde pescador de Galilea, lejos de ser nominales, fueron reconocidas, y se apeló á ellas como decisivas en las controversias de las naciones (9).

Con el derecho de conquista así conferido, vino tambien la obligacion en que puede decirse se fundaba, de convertir á las naciones que se hallaban envueltas en las tinieblas de la eterna perdicion. Este deber fué reconocido por todos, por el misionero, por el teólogo en su gabinete, y por el guerrero en la cruzada. Desvirtuado como debia estar con motivos temporales, y mezclado con las consideraciones mundanas de la ambicion y la avaricia, aun conservaba su fuerza en la mente del conquistador cristiano. Hemos visto cuán superior era á todos los cálculos de interes personal en el ánimo de Cortés. La concesion del Papa, fundada en el imperioso deber de la conversion, é imponiéndolo como una obligacion sagrada (10), era la base, y en las preocupaciones de aquel tiempo un fundamento justo del derecho de conquista (11).

(8) Es el mismo espíritu con que las leyes de Oleron, código marítimo de tan alta autoridad en los siglos medios, concede la propiedad del infiel, igualándola con la de los piratas, como legítimos despojos, al verdadero creyente! „S'ilz sont pyrates, pilleurs, ou escumeurs de mer, ou Tures, et autres contraires et ennemis de nostredicte foy catholique, chascun peut prendre sur telles manieres de gens, comme sur chiens, et peut l'on les desrobber et spolier de leurs biens sans pugnition. C'est le jugement." Jugemens d'Oleron, art. 45, ap. Collection de Lois Maritimes, par J. M. Pardessus, (ed. Paris, 1828,) tom. I, p. 351.

Si son piratas, ladrones, corsarios ó turcos, y otros contrarios y enemigos de nuestra dicha fe católica, cualquiera puede tomar á tales gentes como á perros, y puede quitarles y despojarlos de sus bienes impunemente.

(9) La famosa bula de particion llegó á ser la base del tratado de Tordesillas, por el cual los gobiernos castellano y portugués determinaron la línea divisoria de sus respectivos descubrimientos; línea que aseguró al último el imperio del Brasil, el cual por la anterioridad de ocupacion, debió pertenecer á su rival. Véanse las últimas páginas de la parte primera, cap. 18, y parte segunda, cap. 9 de la obra History of Ferdinand.

(10) Esta es la condicion inequívocamente expresada y reiterada con que Alejandro VI en sus famosas bulas de 3 y 4 de mayo de 1493, concedió á Fernando é Isabel pleno y absoluto dominio sobre todos los puntos del mundo occidental, que no hubiesen sido ocupados anteriormente por otros príncipes cristianos. Véanse estos preciosos documentos *in extenso* en Navarrete, Coleccion de los viajes y descubrimientos, (Madrid, 1825,) tom. II, núms. 17 y 18.

(11) La razon en que las naciones protestantes fundan el derecho natural al fruto de sus descubrimientos en el Nuevo Mundo, es muy diferente. Consideran que la tierra fué destinada para ser cultivada, y que la Providencia nunca quiso que

Pero este derecho no podia ciertamente autorizar ningun ultraje para con los nativos. La expedicion de que se trata, considerado el periodo de su historia á que hemos llegado, probablemente habia sido manchado con mucho menor número de aquellos actos, que casi ninguna otra empresa semejante de los descubrimientos españoles en el Nuevo Mundo. En toda la campaña habia prohibido Cortés ejercer violencias inútiles en las personas ó propiedades de los nativos, y habia castigado á los perpetradores de ellas con ejemplar severidad. Habia sido fiel á sus aliados, y acaso con una sola excepcion, no desapiadado con sus enemigos. Fuera esto por política, ó por principios, debe referirse para elogio suyo, aunque como todo entendimiento avisado puede comprender aquellos principios y la política van siempre juntos.

Habia entrado á Cholula como amigo por invitacion del emperador, que ejercia una verdadera si no declarada autoridad sobre el estado. Habia sido recibido con las mayores demostraciones de benevolencia; y luego sin ofensa suya ó de sus soldados, halló que estaban destinados á ser víctimas de un proyecto insidioso, de manera que estaban colocados sobre una mina que á cada momento podia hacer explosion y sepultarlos en sus ruinas. Su seguridad, como él consideró con justicia, no le dejaba mas alternativa que la de prevenir el mal.

hordas de errantes salvajes hubieran poseido un territorio mucho mayor del necesario para mantenerse con exclusion del pueblo civilizado. Pudiera pensarse por lo que respecta al cultivo de la tierra, que este argumento proporcionaba una posesion poco justa de nuestro territorio no poblado é inculto, que excede con demasia al que necesitamos para nuestra subsistencia presente y futura. En cuanto al derecho fundado en la diferencia de civilizacion, notoriamente es aun mas incierto criterio. Honra mucho á nuestros progenitores los puritanos, que no se valieron de interpretacion alguna de la ley natural, y mucho menos se apoyaron en los poderes dados por la patente del rey Guillermo, que concedia derechos casi tan absolutos como los conferidos por la silla romana. Por el contrario, fundaron sus titulos en una justa compra hecha á los aborígenes, lo que forma un honroso contraste con la política adoptada por muchos de los colonos del continente de América. Debe notarse, que sea cual fuere la diferencia de opinion que pueda haber subsistido entre las naciones católicas romanas, ó mas bien, entre la española y portuguesa y el resto de Europa, con respecto al verdadero fundamento de sus titulos, considerándolos moralmente, siempre se han contentado en sus controversias con descansar exclusivamente en la anterioridad del descubrimiento. Un breve exámen de esta cuestion puede verse en Vattel, (*Droit des Gens*, sec. 209,) y especialmente en Kent, (*Commentaries on American Law*, vol. III, lec. 51,) donde se tocan estos puntos con mucha claridad y elocuencia. Aquel fundamento, como apoyado en el derecho de gentes, puede encontrarse en el célebre caso de *Jonhson v. McIntosh*. (*Wheaton, Reports of Cases in the Supreme Court of the United States*, vol. VIII, p. 543, et seq.) Si no fuera tratar con demasiada ligereza una grave materia, me tomaria la licencia de referir al lector á *Diedrich Knickerbocker*, (*History of New York*, book 1, chap. 5;) donde se encuentra un luminoso tratado sobre esta intrincada cuestion. En todo caso encontrará allí los argumentos populares, sujetos á la prueba del ridículo, prueba que muestra más de lo que cualquiera razon pudiera hacerlo, cuánto, ó mas bien, cuán poco valen.

Con todo, ¿quién puede dudar que el castigo que impuso á sus enemigos fué excesivo? ¿quién negará que pudo haber logrado el mismo objeto dirigiendo el golpe contra los gefes criminales, en lugar de descargarlo sobre el ignorante pueblo, que solo obedecía los mandatos de sus señores? Pero, por otra parte, ¿cuándo se ha visto que el miedo, armado del poder, sea escrupuloso en el ejercicio de éste? ¿cuándo que las pasiones de una feroz soldadesca inflamada por descubiertas injurias, pudieran regularse en un momento de exaltacion?

Acaso se pronunciará un fallo mas imparcial sobre la conducta de los conquistadores, si se compara con la que han observado nuestros contemporáneos en iguales circunstancias. Las atrocidades ejercidas en Cholula no son tan terribles como las que ejecutaron con los descendientes de esos mismos españoles, en la última guerra de la península, las naciones mas civilizadas de nuestra época; los ingleses en Badajox; en Tarragona y en otros cien lugares los franceses. La inútil carnicería, la ruina de las propiedades, y sobre todo, aquellos ultrajes, peores que la misma muerte, de que la parte femenil de la poblacion estuvo exenta en Cholula, ofrecen un catálogo de enormes crueldades, tan negras como las que se imputan á los españoles, y sin el mismo motivo de resentimiento; sin mas excusa que la que ofrecia una valerosa y patriótica resistencia. La reflexion sobre estos acontecimientos, que por su familiaridad hacen poca impresion en nuestros sentidos, nos hará juzgar mas benignamente de lo pasado, demostrando que el hombre en estado de exaltacion, salvaje ó civilizado, es casi el mismo en todas las épocas. Nos presentará una de las mejores lecciones de la historia, á saber que, pues tales son los males inevitables de la guerra, los que tienen los destinos de las naciones en sus manos, ya sean simples gobernantes, ya legisladores, deben hacer todo sacrificio, excepto el del honor, antes de apelar á las armas. La extrema solicitud en evitar estas calamidades con la ayuda é imparcial mediacion de pacíficos congresos, es despues de todo la mejor prueba, mayor que la que ofrecen los progresos de las ciencias y las artes, de nuestros adelantos en la civilizacion (*).

Muy lejos estoy de disculpar los sanguinarios hechos de los conquistadores Pesen en buena hora sobre sus cabezas. Ellos pertenecian á una raza de hierro que aventuró vida y fortuna en la causa, y como se cuidaban tan poco de los peligros y sufrimientos, ninguna simpatía abrigaban por sus desgraciados enemigos. Mas para juzgarlos imparcialmente, no debemos considerarlos segun las luces de nuestro siglo. Hemos de transportarnos al suyo, y tomar el punto de vista ofrecido por la civilizacion de su tiempo. Solo de este modo podremos ejercer una crítica imparcial al revisar las generaciones pasadas. Debemos impartir á ellas la misma justicia que nosotros tendríamos ocasion de pedir á la posteridad, cuando la luz de una civilizacion mayor le descubra los pasajes oscuros ó dudosos de nuestra historia, que apenas puede percibir el mas perspicaz de los contemporáneos.

Sea cual fuere la opinion que deba formarse sobre la conducta de los españo-

(*) Los de los Estados-Unidos de América.

les considerada moralmente, fué sin cuestion un golpe de política. Las naciones del Anáhuac habian visto con una admiracion mezclada de temor al pequeño número de guerreros cristianos avanzar con paso firme por la mesa, despreciando los obstáculos, derrotando ejército tras de ejército, con tanta facilidad como un buque velero abre y separa las enfurecidas olas, ó mas bien, como la lava que descendiendo de los volcanes, lleva en su curso impedido por los obstáculos, rocas, árboles y edificios, conduciéndolos á alguna distancia, despedazándolos y consumiéndolos en su terrible tránsito. Las proezas de los españoles, „los dioses blancos,” como eran muchas veces llamados por los nativos (12), hicieron que se les creyese invencibles; pero hasta su llegada á Cholula conocieron aquellos cuán terribles eran en su venganza, y temblaron al considerarlo.

Ninguno temió mas que el emperador azteca en su mismo trono, no obstante que su capital estaba situada entre las montañas. Leyó en estos acontecimientos los negros caracteres trazados por la mano del destino (13). Sintió que su imperio se desvanecía como la niebla de la mañana, y ciertamente así debió esperar. Algunas de las ciudades mas importantes inmediatas á Cholula, intimidadas con la suerte de aquella capital, delegaron embajadores al campo castellano, ofreciendo su alianza, y solicitando el favor de los extranjeros con ricos presentes de oro y esclavos (14). Alarmado Montezuma con estas muestras de defeccion, volvió á consultar á sus impotentes deidades; mas aunque los altares humearon con nuevas hecatombes de víctimas humanas, no obtuvo respuestas consolatorias. Determinó, pues, mandar otra embajada á los españoles, negando su participio en la conspiracion de Cholula.

Entre tanto, Cortés permanecía en esta ciudad creyendo que la impresion producida por las últimas escenas y el restablecimiento de la paz, ofrecian una buena oportunidad para la piadosa obra de la conversion, instó á los choluleses á que abrazaran la cruz y abandonaran los falsos guardianes que los habian desamparado en la afliccion; pero las tradiciones de siglos enteros conservábanse en la santa ciudad, esparciendo en torno suyo un meteoro de gloria, como que se consideraba „el santuario de los dioses;” la capital religiosa del Anáhuac. Era mucho pretender que voluntariamente renunciara esta preeminencia

(12) *Los Dioses blancos*. Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 40.

(13) Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 11.

En una antigua arenga de los aztecas, pronunciada como una formalidad precisa en la inauguracion de un príncipe, encontramos la notable prediccion siguiente. „Acaso estamos desanimados con la perspectiva de las terribles calamidades que algun dia han de oprimirnos, desastres previstos y anunciados, aunque no sentidos por nuestros padres... cuando se verifique la destruccion y desolacion del imperio, cuando todo sea envuelto en tinieblas, cuando llegue la hora en que seamos hechos esclavos en todo el pais, y condenados á ejercer los mas bajos y mas degradantes oficios!” (Ibid., lib. 6, cap. 16.) Esta profecía, que hé copiado literalmente, muestra cuán fuerte era y cuán arraigado estaba el temor de una próxima revolucion.

(14) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 3.

y descendiera al nivel de una comunidad ordinaria. Cortés, sin embargo, hubiera insistido mas sobre este punto, por desagradable que fuese, á no ser por la nueva interposicion del sabio padre Olmedo, que le persuadió á esperar hasta la completa reduccion del pais (15).

No obstante, el general español tuvo la satisfaccion de abrir las mazmorras donde estaban confinadas las victimas destinadas al sacrificio, y restituir á los desgraciados prisioneros su libertad y la vida. Apoderóse del gran teocalli, y dedicó aquella parte del edificio, que siendo de piedra, habia escapado del furor de las llamas, á una iglesia cristiana, al mismo tiempo que un crucifijo de piedra de dimensiones gigantescas, extendiendo los brazos sobre la ciudad, proclamaba que aquella poblacion estaba bajo la proteccion de la cruz. En el propio sitio se eleva ahora un templo sombreado por melancólicos cipreses de una antigüedad desconocida, y dedicado á nuestra señora de los Remedios. Una imagen de la sagrada Virgen, que se dice fué dejada por el mismo conquistador (16) preside el templo; y un eclesiástico indio, descendiente de los antiguos choluleses, desempeña las pacíficas ceremonias de la iglesia romana, en el lugar donde sus antecesores celebraban los sanguinarios ritos del misterioso Quetzalcoatl (17).

Mientras tenian lugar estos acontecimientos, llegaron los enviados de México. Traían, como de costumbre, un rico presente de plata, y adornos de oro, entre otros, pájaros artificiales imitando á los pavos, con plumas del mismo precioso metal; y ademas mil y quinientos vestidos de algodón, delicadamente tejidos. Expresaba el emperador su sentimiento, por la catástrofe de Cholula: negaba haber tenido parte alguna en la conspiracion, la cual decia, habia atraído el merecido castigo sobre las cabezas de sus autores, y explicaba la existencia de un ejército azteca, en las inmediaciones, con la necesidad de contener allí algunos desórdenes (18).

No puede contemplarse esta conducta pusilánime de Montezuma, sin un sentimiento mezclado de lástima y desprecio; ni es fácil reconciliar su pretendida inocencia en la conjuracion, con muchas de las circunstancias que lo acompañaron; pero debe recordarse aquí y siempre, que su historia ha de colejirse solamente de los escritores españoles y de aquellos de los nativos que florecieron despues de la conquista, cuando el pais era ya una colonia de España. Ninguna historia azteca de la edad primitiva, sobrevive en una forma capaz de interpretacion (19). Es, pues, el terrible destino de este infortunado monarca, verse retratado por el pincel de sus enemigos.

(15) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 83.

(16) Veitia, Hist. antig., tom. I, cap. 13.

(17) Humboldt, Vues des Cordillères, p. 32.

(18) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 69.—Gomara, Crónica, cap. 63.—Oviedo, Hist. de las Ind, MS., lib. 33, cap. 5.—Ixtililxochitl, Hist. chich., MS., cap. 84.

(19) El lenguaje del texto puede parecer algo inexacto, considerando que existen tres códices aztecas, con sus correspondientes interpretaciones. (Véanse las páginas 61 y 62 de este tomo.) Pero ellos contienen pocas y generales alusiones á Montezuma,

Mas de quince días habian transcurrido desde la entrada de los españoles en Cholula, y Cortés resolvió entonces, sin pérdida de tiempo, volver á emprender su marcha hácia la capital. Sus severas represalias habian intimidado tanto á los choluleses, que conoció con toda certeza no dejaba á la espalda un activo enemigo que pudiera molestarle en su retirada. Tuvo la satisfaccion de haber reconciliado antes de partir, al menos en la apariencia, la enemistad que tanto tiempo habia existido entre la ciudad Santa y Tlascala, y que, bajo la revolucion que tan pronto habia cambiado los destinos del pais, nunca revivió.

Mucho le inquietó la peticion de sus aliados los cempoaltecas, sobre que se les permitiera separarse de la expedicion y volver á sus hogares. Habian incurrido en el mas profundo resentimiento del emperador azteca, por los insultos que hicieron á los colectores, y por su cooperacion á la empresa de los españoles, para que pudieran confiadamente entrar en la capital. En vano Cortés procuró animarlos, prometiéndoles su proteccion. No era fácil vencer la habitual desconfianza y temor que infundia „el gran Montezuma.” Escuchó el general con sentimiento su determinacion, pues le habian sido de mucha utilidad por su constante fidelidad y valor; pero por lo mismo le fué mas dificultoso resistir á su razonable demanda. Así que, recompensando liberalmente sus servicios con los ricos trajes y tesoros del emperador, se despidió de sus fieles aliados, antes de dejar á Cholula. Aprovechóse de su vuelta para comunicar á Juan de Escalante, su lugarteniente en Veracruz, los progresos de la expedicion. Previno de nuevo á este oficial, reforzara las fortificaciones para poder resistir mejor cualquiera tentativa de Cuba, acontecimiento que tenia á Cortés siempre en vela, y para contener cualquiera sublevacion de los nativos. Recomendó especialmente á su proteccion á los totonacas, como aliados cuya fidelidad á los españoles, los exponia en sumo grado á la venganza de los aztecas (20).

las que ademas se han comunicado por medio de los comentarios de los monges españoles, muchas veces manifestamente irreconciliables con las genuinas nociones aztecas. Aun aquellos escritores como Ixtlilxochitl y Camargo, de quienes considerando su origen indio pudiera esperarse alguna independencia, parecen mas solícitos en demostrar su lealtad á su nueva fe y pais adoptivos que aquella. Acaso los mejores documentos históricos de la época de los aztecas se encuentran en la obra del padre Sahagun, particularmente en el libro 12, donde recopiló las tradiciones de los nativos poco despues de la conquista. Esta parte de la obra fué revisada por su au^{or}, y aun le hizo considerables variaciones en un periodo posterior de su vida. Con todo, puede dudarse si la version reformada representa las tradiciones del pais tan fielmente como el original, que aun se conserva manuscrito y que principalmente he seguido.

(20) Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 84 y 85.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 67.—Gomara, Crónica, cap. 60.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.

NOTA Á ESTA EDICION.

Los principios en que el autor establece los derechos de conquista en este capítulo, requieren alguna explicacion. La opinion general en aquel siglo, nacida en la época de las cruzadas y que era una consecuencia y ampliacion de estas, era que los príncipes cristianos tenian no solo el derecho, sino la obligacion, de invadir á los pueblos que no lo eran, para propagar la religion, y de aquí vinieron las concesiones hechas por la silla apostólica á Portugal y á España, á las cuales se dió en su aplicacion un sentido tan extenso, que fué menester que la misma silla apostólica explicase en su bula de Paulo III, que no se entendia por ellas la facultad de despojar de sus estados á los príncipes establecidos en el pais nuevamente descubierto, ni de forzar por las armas á la conversion. La condicion impuesta en dichas concesiones de la propagacion de la religion, fué muy benéfica para los pueblos conquistados, pues determinando este punto como objeto de la conquista, hizo que los reyes de España lo considerasen como su primera obligacion, y para cumplirla extendieron con la religion todos los principios de la civilizacion, mediante el celo apostólico de los misioneros que vinieron á ser los protectores y el amparo de los pueblos conquistados. Sin necesidad de bula de la silla apostólica, todas las naciones en aquella época eran conquistadoras, y los fundamentos en que establecen sus derechos las naciones protestantes, eximiéndolas de la obligacion que impuso á los reyes de Castilla la silla apostólica, deja á los pueblos conquistados sin ninguna proteccion. Así vemos que en todos los paises ocupados por esas naciones, la poblacion indígena ó desaparece del todo, como ha sucedido en los Estados-Unidos, ó permanece estacionaria sin que se haga esfuerzo alguno para hacerle variar de religion y adelantar en la civilizacion, sino antes bien fomentando sus supersticiones, pues no se trata mas que de sacar aprovechamiento de ella, como sucede en los paises del Indostan sometidos á la Inglaterra. El derecho que aquellas naciones fundan en la despoblacion y falta de civilizacion del pais, se transforma en breve en derecho de conquista, porque formados los primeros establecimientos, sea sin indemnizacion, ó comprando las tierras en cambio de aguar-diente y fusiles como se hace en los Estados-Unidos, á título de defender estas mismas tierras de las incursiones de los bárbaros, se les hace á estos una guerra de exterminio hasta acabar enteramente con aquellas naciones, y obligar á los restos de ellas á pasar al territorio mejicano y causar en él todos los males que actualmente sufren nuestros departamentos del Norte.

CAPITULO VIII.

**VUELVE A EMPRENDERSE LA MARCHA.—SUBIDA AL GRAN VOLCAN.—
VALLE DE MEJICO.—IMPRESION QUE PRODUCE EN LOS ESPAÑOLES.—
CONDUCTA DE MONTEZUMA.—DESCIENDEN AQUELLOS AL VALLE.**

1519.

Restablecida completamente la tranquilidad en Cholula, volvió el ejército aliado de españoles y tlascaltecas, á emprender su marcha para Méjico con mas ánimo. Extendíase el camino por hermosas praderas y ricos sembrados que se prolongaban por algunas millas en todas direcciones. De cuando en cuando, encontrábanlos en el camino, algunas embajadas de los lugares inmediatos que deseaban acogerse á la proteccion de los hombres blancos, y captarse su voluntad por medio de presentes, expecialmente de oro, pues era sabido ya en todo el pais el apetito que tenian de él.

Algunos de estos lugares eran aliados de los tlascaltecas, y todos mostraban mucho descontento con el gobierno opresor de Montezuma. Aconsejaban los nativos á los españoles, no se pusieran en sus manos entrando en la capital, y referian como una prueba evidente de su disposicion hostil, el haber ordenado que el camino recto se llenara de embarazos, con el fin de que los extranjeros se vieran obligados á tomar otro, en el cual por sus estrechos pasos y fuertes posiciones pudieran atacarlos con ventaja.

Estos avisos no fueron perdidos para Cortés, que veló cuidadosamente los movimientos de los enviados mejicanos, y redobló sus precauciones para evitar cualquiera sorpesa (1). Risueño y activo se le veia siempre donde quiera que se necesitaba su presencia. Unas veces en la vanguardia y otras en la retaguardia, alentando á los débiles, estimulando á los perezosos y procurando encender en los pechos de los demas, el mismo espíritu valeroso que germinaba en el suyo. Durante la noche, nunca dejó de rondar para ver si cada soldado estaba en su puesto. Una vez su misma vigilancia pudo haberle sido muy fatal. Se acercó tanto á un centinela, que no pudiendo distinguirle por la obscuridad, le tendió su arcabuz, cuando afortunadamente una exclamacion del general, que dió la señal de alerta, detuvo el movimiento que pudo haber concluido la campaña y dado una duracion de algun tiempo, al imperio de Montezuma.

Por fin, llegó el ejército al lugar mencionado, por sus amigos indios, donde el camino estaba sembrado de estacas, y una parte de él obstruido, como se le

(1) „Andábamos,” dice Diaz usando del proverbio español, comun pero expresivo, „la barba sobre el hombro.” Hist. de la conquista, cap. 86.

habia dicho, con grandes troncos de árboles y grandes piedras puestas en medio de él. Preguntó á los embajadores mejicanos, qué significaba todo esto. Dijéronle que se habia hecho de orden del emperador, para impedir que tomaran un camino que despues de alguna distancia seria impracticable para la caballería. Confesaron, sin embargo, que era el mas recto; y Cortés, declarando que esto era bastante para que se decidiese á tomarlo, pues los españoles no hacian cuenta de los obstáculos, mandó que se removieran. Algunos maderos, segun dice Bernal Diaz, se veian al lado del camino muchos años despues. Este acontecimiento dejó poca duda en la mente del general, sobre la traicion meditada de los mejicanos; pero era demasiado político para descubrir sus sospechas (2).

Iban alejándose ya de las risueñas campiñas, pues el camino estaba abierto en la áspera sierra que separa las grandes mesas de Méjico y Puebla. El aire á proporcion que ascendian, era frio y penetrante, y el mismo viento, bajando de la nevada montaña, hacia que los soldados temblaran de frio, sin embargo de sus gruesos vestidos de algodón, y helaba los miembros de los hombres y de los caballos.

Iban pasando por entre dos de las mas altas montañas del continente Norte-Americano; el Popocatepetl, „la montaña que humea” é Iztaccihuatl „la muger blanca” (3), nombre indudablemente sugerido por la brillante vestidura de nieve que se estiende sobre su ancha y desigual superficie. La pueril supersticion de los indios, miraba á estas célebres montañas como dioses, y á Iztaccihuatl como la muger de su mas formidable vecino (4). Una tradicion de carácter mas elevado describia al volcan septentrional, como la mansion de las almas de los malos gobernantes, cuyas terribles agonías, en el lugar de su prision, ocasionaban los espantosos bramidos y convulsiones que se experimentaron en tiempo de erupcion; era la clásica fábula de la antigüedad (5). Estas leyendas supersticiosas habian investido á la montaña de un horror misterioso que hacia que los nativos huyeran de toda tentativa de ascender, lo cual por causas naturales, era una empresa de gran dificultad.

El gran volcan (6) como era llamado el Popocatepetl, se eleva á la enorme al-

(2) Ibid., ubi supra.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 70.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 41.

(3) „Llamaban al volcan Popocatepetl, y á la sierra nevada Iztaccihuatl, que quiere decir la sierra que humea, y la blanca muger.” Camargo, Hist. de Tlascala, MS..

(4) „La sierra nevada y el volcan los tenian por Dioses; y que el volcan y la sierra nevada eran marido y muger.” Ibid., MS.

(5) Gomara, Crónica, cap. 62.

„Ætna Giganteos nunquam tacitura triumphos,
Enceladi bustum, qui saucia terga revinctus
Spirat inexhaustum flagranti pectore sulphur.”

CLAUDIAN, *de Rapt. Pros.*, lib. 1, v. 125.

(6) Los antiguos españoles daban este nombre á toda montaña elevada, aunque nunca hubiera tenido señales de combustion. Así el Chimborazo llamábase *volcan de*



El Volcán de

La Cruz de la Palmar

El Volcán de la Cruz

LOS VOLCANES DE MÉJICO.

tomada desde la hacienda de los Morales.

tura de 17.852 piés sobre el nivel del mar; mas de 2.000 sobre el „monarca de las montañas,” la mayor elevacion de Europa (7). En el presente siglo, muy pocas veces ha dado pruebas de su origen volcánico, y „la montaña que humea” casi ha perdido el derecho que tenia á este nombre; pero en la época de la conquista estaba frecuentemente en actividad: bramaba con una fuerza no comun, cuando los españoles se hallaban en Tlascala, lo que calificaron de mal agüero los nativos del Anáhuac. Su cumbre, terminando en un cono regular por el depósito de erupciones sucesivas tenia la comun forma de las montañas volcánicas cuando no ha sido alterada por la cavidad del cráter. Remontándose hácia las estrellas con su plateada vestidura de perpétua nieve, veíase á mucha distancia sobre las extensas llanuras, siendo el primer objeto que el sol de la mañana saludaba al levantarse, y el último en que débilmente se reflejaban sus postreros rayos, arrojando un glorioso esplendor sobre la cima, que contrastaba de una manera sorprendente con los vastos desiertos de arena y lava no muy distantes, y con la espesa franja de fúnebres pinos que sombreaban su base.

El terror misterioso que estaba asociado á este lugar y el amor de aventuras, hizo que algunos de los caballeros españoles desearan subir á él, lo cual declararon los nativos, que nadie podria conseguir y quedar vivo. Alentólos Cortés, queriendo mostrar á los indios, que ninguna empresa, por atrevida que fuese, era superior al intrépido valor de sus soldados. Diego de Ordaz, uno de sus capitanes, con nueve españoles y varios tlascaltecas estimulados con el ejemplo de aquellos emprendieron la subida, que fué mas dificultosa de lo que habian creído.

La region mas baja estaba cubierta de bosques tan espesos, que en algunos lugares apenas podian penetrarlos. Lo eran menos al paso que avanzaban degenerando por grados en una escasa y lánguida vegetacion, hasta que á la altura de mas de trece mil piés, desapareció completamente. Los indios que los habian acompañado hasta allí, intimidados con los extraños ruidos subterráneos del volcan, todavia en estado de combustion, los abandonaron. El paso abierto en una negra superficie de arena volcánica y lava vidriada, cuyos fragmentos contenidos en su curso encendido habian tomado mil formas fantásticas, oponia repetidos impedimentos á la marcha. En medio de estos, una inmensa roca llamada *Pico del fraile*, que era visible desde abajo y se levantaba á la altura perpendicular de ciento cincuenta piés, los obligó á dar una gran vuelta. Pronto llegaron á los límites de las nieves perpétuas, donde nuevas dificultades se les

nieve; (Humboldt, Essai politique, tom. I, p. 162;) y el viajero emprendedor Stephens menciona el *volcan de agua*, en las cercanías de la antigua Guatemala. Incidents of Travel in Chiapas, Central America, and Yucatan, (New York, 1841,) vol. I, chap. 13.

(7) El Monte Blanco, segun M. de Saussure, tiene 15.670 piés de altura. Para estimar la del Popocatepetl, véase la laboriosa descripcion que de él se hace en la Revista mejicana, tom. II, núm. 4.

presentaron; pues el traicionero hielo no proporcionaba piso muy seguro, y un paso en falso podia precipitarlos á las heladas hendeduras que naturalmente estaban abiertas alrededor. Para aumentar sus males, era tan dificultosa la respiracion en estas aéreas regiones, que cada esfuerzo era acompañado de agudos dolores en la cabeza y demas miembros del cuerpo. Continuaron todavia adelante, hasta que al llegar cerca del cráter salia de sus entrañas inflamadas tal cantidad de humo, chispas y cenizas, descendiendo por los lados de la montaña, que casi los cegaba y sufocaba. Era demasiado sufrir aun para sus fuertes constituciones, por lo que á pesar suyo se vieron obligados á abandonar la empresa casi al tocar á su término. Trajeron consigo algunos grandes canelones de hielo, objeto curioso en estas regiones tropicales, como un trofeo de su hazaña, la cual, aunque imperfecta, bastó á llenar á los nativos de admiracion, haciéndoles conocer que los españoles miraban los mas terribles y misteriosos peligros, como meros pasatiempos. Esta empresa era eminentemente característica del arrojado espíritu del caballero de aquellos siglos, que no contento con los peligros que hallaba en su carrera, parecia solicitarlos por solo un amor quijotesco de aventuras. Una relacion de este hecho fué transmitida al emperador Cárlos V, y se permitió á la familia de Ordaz, que conservase la memoria de él, llevando en su escudo de armas una montaña ardiendo (8).

No quedó el general satisfecho del resultado: dos años despues mandó subir otra partida bajo el mando de Francisco Montaña, caballero de una resolucion determinada, que tuvo por objeto procurarse azufre para elaborar pólvora. En este tiempo estaba tranquila la montaña, y fué coronada la expedicion de mejor suceso. Los españoles, cinco en número, llegaron hasta la orilla del cráter, cuya boca presentaba una elipsis irregular de mas de una legua de circunferencia. Su profundidad podia ser de ochocientos á mil piés. Una lánguida flama brillaba débilmente en el fondo, enviando un vapor azufroso, que enfriándose á proporcion que subia, revestia los lados de la cavidad. Echaron suertes, y tocó al mismo Montaña bajar en un cesto á este horrible abismo, al cual descendió sostenido por sus compañeros hasta la profundidad de cuatrocientos piés. Repitióse esto varias veces, hasta que el aventurero soldado hubo reunido la cantidad de azufre que necesitaba el ejército (a). Tan atrevida empresa excitó entónces una admiracion general, y Cortés concluye la relacion que

(8) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 70.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 78.

Este último escritor dice que la subida se verificó cuando el ejército estaba en Tlascalala, y fué coronada de un feliz suceso. La carta del general, escrita poco despues del acontecimiento, y sin ningun motivo para incurrir en equívocos, es mejor autoridad. Véase tambien á Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 6, cap. 18.—Rel. d'un gent., en Ramusio, tom. III, p. 308.—Gomara, Crónica, cap. 62.

(a) La familia de Montaña quedó establecida en Méjico, y su hija Doña Leonor Doncel obtuvo una corta pension del gobierno. Véase Alaman, Disertaciones, tom. I, apéndice 2. °

de ella hizo al emperador con la juiciosa reflexion de que despues de todo traeria menos inconvenientes el importar la pólvora de España (9).

Pero es tiempo de volver de nuestra digresion, que acaso puede excusarse, porque manifesta de una manera muy notable el espíritu quimérico de empresa, no inferior al que se nota en los romances de caballeria, que alimentaba el pecho del caballero español en el siglo XVI.

Continuaba el ejército su marcha por las intrincadas gargantas de la sierra. Ha casi la misma ruta que hoy sigue el correo de la capital á Puebla, por la raya de Amecamecan (10). No fué la que comunmente toma el viajero de Veracruz, que sigue el camino mas tortuoso alrededor de la base del Iztaccihuatl, como menos cansado, aunque inferior en paisaje pintoresco y en sorprendentes puntos de vista. Los vientos helados que soplan en las laderas de las montañas traian consigo penetrantes aguas nieves y hielo que hacian sufrir mas á los cristianos que á los tlascaltecas, criados desde la infancia entre las selváticas soledades de sus montañas nativas. Al llegar la noche sus padecimientos habrian sido intolerables; pero afortunadamente encontraban abrigo en los edificios de piedra que habia colocado el gobierno mejicano en ciertos intervalos por todo el camino para comodidad del viajero y de sus correos. Podria sospechar que con ellos proporcionaba proteccion á sus enemigos.

Repuestas las tropas con el descanso de la noche, lograron la mañana siguiente temprano ganar la cumbre de la sierra de Ahualco que se extiende como una cortina entre las dos grandes montañas de Norte á Sur. Su marcha era ya facil, comparativamente hablando, y avanzaron con paso firme luego que pisaron el suelo de Montezuma.

No habian caminado mucho, cuando al voltear un ángulo de la sierra improvissamente disfrutaron de una vista que con exceso compensaba las fatigas della anterior. Era la del valle de Méjico ó Tenochtitlan, como era mas comunmente llamado por los nativos, que con su mezcla pintoresca de lagos, bosques y praderas, florecientes ciudades y umbrosos collados, se desarrollaba ante ellos como un alegre y vistoso panorama. En la atmósfera sumamente rarefacta de

(9) Relacion tercera y cuarta de Cortés, en Lorenzana, pp. 318 y 380.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 3, cap. 1.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33., cap. 41.

El baron de Humboldt duda que Montaña descendiera al cráter, y cree mas probable que tomara el azufre en alguna hendedura lateral de la montaña. (Essai politique, tom. I, p. 164.) Ninguna tentativa, al menos con buen suceso, se habia hecho para subir á la cumbre del Popocatepetl despues de Montaña, hasta el presente siglo. En 1827 lo verificaron dos expediciones, y despues en 1833 y 1834. Una completa descripcion de la última, con muchos pormenores interesantes y observaciones científicas, fué escrita por el Sr. Federico de Gerolt, uno de los que compusieron la partida, y se publico en el periódico mencionado. (Revista mejicana, tom. I, pp. 461 y 482.) Los que ascendieron, desde el pico mas alto que domina al menos elevado Iztaccihuatl, no vieron en esta montaña vestigios de algun cráter, contra la opinion comunmente recibida.

(10) Humboldt, Essai politique, tom. IV, p. 17.

estas elevadas regiones, aun los objetos distantes tienen una brillantez de colorido y una claridad de contornos, que parece no separarlos la distancia (11). A sus piés veían extenderse magestuosas selvas de encinas, sicómoros y cedros, y mas adelante dorados campos de maiz y plantíos del esbelto maguey, mezclados con huertos y risueños jardines, pues las flores que tanto se necesitaban para las festividades religiosas, eran mas abundantes en este populoso valle, que en otras partes del Anáhuac. En medio mirábanse los lagos, cuya superficie tenia entonces una extension mucho mayor que á la presente: sus márgenes sembradas de ciudades y aldeas; y en el centro, semejante á una emperatriz india con una diadema de perlas, la hermosa ciudad de Méjico, con sus blancas torres y templos piramidales, como si estuviera reposando en el fondo de las aguas; la renombrada „Venecia de los aztecas.” Descollaba sobre todo el paisaje la colina de Chapultepec, una de las residencias de los monarcas mejicanos, coronado del mismo bosque de gigantescos cipreses que hoy extienden su ancha sombra sobre el césped. A alguna distancia, mas allá de las azuladas aguas del lago y casi oculta por el interpuesto follaje, veíase la ciudad rival de Tezcucó; y mas adelante un obscuro cinturón de pórfido, ciñendo el valle, como un rico aderezo que la naturaleza habia destinado para la mas brillante de sus joyas.

Tal fué la hermosa perspectiva que se presentó á los ojos de los conquistadores; y aun ahora, cuando ha sobrevenido un cambio tan triste en la escena: cuando las espesas y elevadas selvas han sido destruidas, y el suelo, expuesto á los ardientes rayos de un sol de los trópicos, está en muchos lugares abandonado á la esterilidad: cuando se han retirado las aguas dejando una ancha y pálida orilla emblanquecida con la incrustacion de sales, en tanto que las ciudades y aldeas situadas en sus márgenes han decaído en ruinas; aun ahora que esa desolacion se comunica á todo el paisaje, son tan indestructibles los rasgos de hermosura trazados en él por la mano de la naturaleza, que ningun viajero, por poco entusiasmado que sea, puede verlos sin sentirse lleno de admiracion y arrobamiento (12).

¿Cuáles serian las emociones de los españoles, cuando despues de un penoso camino por regiones encumbradas, se abrió ante sus ojos el nebuloso tabernáculo, y vieron estas hermosas escenas en toda su magnificencia y hermosura primitivas? Era semejante al espectáculo que se ofreció á la vista de Moises, desde la cima del Pisgah, y en el entusiasmo del momento exclamaron: „es la tierra prometida (13).”

(11) El lago de Tezcucó, en el cual se levantaba la capital de Méjico, se halla á 2.277 metros, ó lo que es lo mismo, cerca de 7.500 piés sobre el nivel del mar. Humboldt, *Essai politique*, tom. II, p. 45.

(12) Es innecesario referir al lector á las páginas de los viajeros modernos, los que por mas que difieran en gusto, talento ó sensibilidad, todos convienen en la impresion que ha producido en ellos la vista de este hermoso valle.

(13) Torquemada, *Monarqu. ind.*, lib. 4, cap. 41.

Puede esto recordar al lector le memorable vista de las bellas llanuras de Italia, que Annibal mostró á sus hambrientos bárbaros, despues de una marcha semejante por los

Pero estos sentimientos de admiracion, fueron succedidos por otros muy diversos, pues todo lo que veian daba pruebas de una civilizacion y poder muy superior al que hasta entonces habian encontrado. Los mas tímidos, arredrados con los peligros que tenian á la vista, deseaban evitar una contienda tan desigual; y pidieron, como lo habian hecho otras ocasiones, regresar á Veracruz. No fué este el efecto producido en el resuelto espíritu del general. Su avaricia se aguzó con el espectáculo de tan brillantes despojos á sus piés; y si bien sintió una ansiedad natural por la terrible desigualdad de recursos, renació su confianza cuando vió las filas de sus veteranos, cuyos marciales semblantes y rotas armaduras atestiguaban las batallas que habian ganado y las dificultades que habian vencido, á la vez que sus intrépidos aliados ardiendo en deseos de venganza excitados por la vista del pais de sus enemigos, parecian al águila de las montañas pronta á arrojarle sobre su presa. Con argumentos, ruegos y amenazas procuró reanimar el valor de sus soldados, instándoles á que no pensaran en retirarse cuando habian llegado al objeto que tanto deseaban, y cuando estaban abiertas las puertas doradas para recibirlos. En estos esfuerzos fué secundado por sus bravos oficiales, para quienes era tan caro el honor como la fortuna, hasta que los espíritus mas pusilánimes participaron del entusiasmo de sus gefes, y el general tuvo la satisfaccion de ver que sus columnas volvieron á tomar el ordinario y firme paso de su marcha descendiendo por los costados de la sierra (14).

Cada momento eran las selvas menos espesas: los terrenos cultivados mas frecuentes; y veian aldeas en los fértiles y guarecidos ángulos, cuyos habitantes saliendo á encontrar á las tropas les hacian un recibimiento bondadoso. En todas partes oian quejas de Montezuma, expecialmente por la manera cruel con que arrebatava á los jóvenes para engrosar sus ejércitos y á las doncellas para adornar su harem. Estos síntomas de descontento, eran notados con satisfaccion por Cortés, quien veia que el „trono montaña” de Montezuma, segun era llamado, descansaba en un volcan con elementos tan activos de combustion en su seno, que á cada hora podia producir una explosion. Alentó á los desafectos nativos á confiar en su proteccion, pues habia venido á reparar sus agravios. Aprovechóse ademas de su disposicion favorable, para esparcir entre ellos aquellos rayos de luz espiritual, que el tiempo y la predicacion del padre Olmedo podian proporcionar.

Avanzó descansando en cómodos lugares destinados al efecto, algo retardada su marcha por la multitud de curiosos habitantes que salian á las calzadas á ver á los extranjeros, y deteniéndose en cada sitio de interes ó importancia. En el camino le encontró otra embajada de la capital. Componíase de varios señores aztecas, cargados como de costumbre, con un rico presente de oro y vestidos de delicadas pieles y plumas. El mensaje del emperador, estaba con-

peligrosos pasos de los Alpes, como lo refiere el príncipe de los pintores históricos. Liv., Hist., lib. 21, cap. 35.

(14) Torquemada, Monarqu. ind., ubi supra.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 3.—Gómara, Crónica, cap. 64.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.

cebido en los mismos términos deprecatorios, y aun se extendió á solicitar el regreso de los españoles, prometiendo en este caso, cuatro cargas de oro para el general, y una para cada capitan (15), con cierto tributo anual para su soberano. Tan eficazmente habia sido subyugado el altivo y valeroso espíritu del bárbaro monarca, por la influencia de la supersticion.

Pero el hombre á quien el hostil aparato de los ejércitos no pudo acobardar, no habia de prescindir de su intento por ruegos propios de una muger. Recibió la embajada con su acostumbrada cortesía, declarando como antes, que no tendria que responder á su soberano si regresaba sin visitar al emperador en su capital. Por otra parte, seria mas fácil arreglar todos sus negocios en una entrevista personal, que por una negociacion entablada á larga distancia. Los españoles venian de paz: el mismo Montezuma así lo conoceria; y si su presencia le era gravosa, seria fácil para ellos libertarle de tal molestia (16).

Entre tanto el monarca azteca era presa de los mas funestos temores. Fué su objeto que la embajada de que arriba se ha hablado, hubiera presentádose á los españoles, antes de que hubiesen atravesado las montañas. Cuando supo que ya lo habian hecho, y que los terribles extranjeros continuaban su marcha por en medio del valle, esto es, por los umbrales mismos de la capital, se extinguió en su corazon hasta el último vislumbre de esperanza. Semejante á aquel que repentinamente se encuentra en la orilla de un oscuro y agitado golfo, estaba demasiado oprimido su espíritu para poder ordenar sus pensamientos y aun comprender su situacion. Era la víctima de un destino fijo, contra el cual, ninguna prevision ni diligencia podian ser eficaces. Parecia que los hombres extraordinarios que habian invadido sus playas, habian descendido de algun planeta distante: tan diferentes eran de sus vasallos en apariencia y maneras; tan superiores, aunque un puñado en número, á las naciones confederadas del Anáhuac en fuerza y ciencia, y en todas las terribles máquinas de la guerra. Estaban ya en el valle. La elevada barrera de montañas, de que tan benignamente le habia rodeado la naturaleza, habia sido salvada. Los dorados ensueños de seguridad y reposo con que se habia lisonjeado tanto tiempo; el mando que habia heredado de sus antepasados; su extenso dominio imperial, todo iba á extinguirse. Considerábalo como un funesto sueño del que iba á despertar á una mas terrible realidad.

En un exceso de desesperacion se encerró en su palacio, rehusó tomar alimento y buscó algun consuelo en las plegarias y en los sacrificios; pero los oráculos enmudecieron. Adoptó entonces el medio mas temporal de convocar un consejo de sus principales y mas antiguos nobles. Hubo en él la misma division

(15) La carga de un tamane mejicano era de cerca de cincuenta libras ú ochocientas onzas. Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, p. 69, nota.

(16) Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 12.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 73.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 3.—Gomara, Crónica, cap. 64.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 87.

de opiniones que antes habia prevalecido. Su sobrino el joven rey de Tezcucacacama, le aconsejó recibir á los españoles cortesmente, como embajadores, segun se titulaban ellos mismos, de un príncipe extranjero. Cuitlahua, hermano de Montezuma, mas guerrero que el anterior, le instaba á reunir sus fuerzas al instante y arrojar á los invasores de la capital, ó morir en la defensa; pero el monarca encontró mucha dificultad en recobrar su valor para esta final contienda. Con semblante abatido y la vista clavada en el suelo exclamó: „De qué servirá la resistencia cuando los dioses se han declarado en contra (17). Temo por los ancianos y enfermos; por las mugeres y niños demasiado débiles para huir ó pelear. En cuanto á mí y los bravos que me rodean, podemos exponer nuestros pechos á la tempestad, y arrostrarla del mejor modo posible.” Tal es el sentido y patético tono en que se dice que el emperador azteca manifestó su amargura y afliccion. Habria ocupado un lugar mas distinguido en la historia, si hubiera puesto la capital en estado de defensa, y preparádose como el último de los Paleólogos á sepultarse en sus ruinas (18).

Determinó mandar inmediatamente una última embajada á los españoles, con su sobrino el señor de Tezcucó á la cabeza, para conducirlos á Méjico.

Entre tanto el ejército cristiano habia avanzado hasta Amecamecan, ciudad bien edificada que contenia algunos miles de habitantes. Fueron amistosamente recibidos por el cacique, alojados en espaciosos y cómodos edificios de piedra, y á su partida hízoles presentes, entre otras cosas, de oro que ascendia á la suma de tres mil castellanos (19). Habiéndose detenido aquí tres dias, descendieron por ricas sementeras y florecientes plantíos de maguey, que pueden llamarse las viñas aztecas, hácia el lago de Chalco. El primer lugar en que descansaron fué Ajotzinco, ciudad de considerable extension, y una gran parte de la cual estaba fundada sobre estacas introducidas en el agua. Fué la primera muestra que vieron los españoles de esta arquitectura marítima. Los canales que cortaban la ciudad en lugar de calles, presentaban una escena muy animada por el número de barcas que suavemente los subian y bajaban cargadas con provisiones y otros efectos para los habitantes. Quedaron muy admirados los españoles del estilo y cómoda construccion de las casas, edificadas principalmente de piedra, y del aspecto general de riqueza y aun de elegancia ostentada allí.

Aunque recibidos con grandes muestras de hospitalidad, halló Cortés algun motivo de desconfianza, en el interes que manifestaba el pueblo por conocer

(17) No era este el sentimiento del héroe romano.

„Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni!”

LUCAN, lib. 1, v. 128.

Agradó á los dioses la causa vencedora; mas la vencida á Caton.

(18) Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 13.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 44.—Gomara, Crónica, cap. 63.

(19) „El señor de esta provincia y pueblo me dió hasta cuarenta esclavas y tres mil castellanos; y dos dias que allí estuve nos proveyó muy cumplidamente de todo lo necesario para nuestra comida.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 74.

y aproximarse á los españoles (20). No contentos con verlos en los caminos, algunos se dirigieron ocultamente á los cuarteles, y á quince ó veinte desgraciados indios dieron muerte los centinelas teniéndolos por espías; y sin embargo, por lo que ahora puede juzgarse atendido el transcurso del tiempo, no hubo verdadero motivo para tal sospecha. La desconfianza poco encubierta de la corte y los consejos que habia recibido el general de los aliados, al mismo tiempo que le hicieron estar en guardia, parece que produjeron en él una crecida propension, al menos en el caso presente, á dar crédito al peligro (21).

La mañana siguiente temprano, cuando se preparaba el ejército á dejar el lugar, llegó un correo suplicando al general difiriese su partida hasta despues de la llegada del rey de Tezcuco que avanzaba á encontrarle. No tardó este en presentarse, conducido en un palanquin ó litera ricamente encrustada con láminas de oro y piedras preciosas, y adornada de pilares curiosamente trabajados que sostenian un dosel de plumas verdes, color favorito de los príncipes aztecas. Iba acompañado de una numerosa comitiva de nobles y oficiales inferiores. Cuando el señor de Tezcuco llegó á presencia de Cortés, descendió de su palanquin, y los obsequiosos oficiales barrian el lugar por donde debia pasar. Era un jóven como de veinticinco años de edad, de gallarda presencia, erguido y magestuoso porte. Hizo la salutacion acostumbrada con personas de alto rango, de tocar la tierra con la mano derecha y levantarla despues á la cabeza. Luego que se levantó, abrazóle Cortés, y el jóven príncipe le informó que venia como representante de Montezuma á conducir á los españoles á la capital. Entonces presentó al general tres perlas de un tamaño y lustre extraordinario, quien en recompensa colocó en el cuello de Cacama una cadena de cuentas de vidrio, la cual donde este era tan raro como los diamantes, debe confesarse tenia un valor tan efectivo como los últimos. Despues de este cambio de cortesías y de las seguridades mas respetuosas y amigables por parte de Cortés, el príncipe indio se retiró dejando en los españoles una profunda impresion de su pompa y ostentacion, superior á todo lo que hasta entonces habian visto en el pais (22).

(20) „De todas partes era infinita la gente que de un cabo é de otro concurrían á mirar á los españoles, é maravillábanse mucho de los ver. Tenían grande espacio é atencion en mirar los caballos; decían, „Estos son Teules,” que quiere decir demonios.” Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib 33, cap. 45.

(21) Cortés refiere este hecho al emperador con bastante frialdad. „E aquella noche tuve tal guarda, que así de espías, que venían por el agua en canoas, como de otras, que por la sierra abajaban, á ver si habia aparejo para ejecutar su voluntad, amaneciéron casi quince, ó veinte, que las nuestras las habian tomado, y muerto. Por manera que pocas volvieron á dar su respuesta de el aviso que venían á tomar.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 74.

(22) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 75.—Gomara, Crónica, cap. 64.—Ixtilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib, 33, cap 5.

„Llegó con el mayor fausto y grandeza que ningun señor de los mejicanos auíamos visto traer.... y lo tuvimos por muy gran cosa: y platicámos entre nosotros, que cuando aquel cacique traía tanto triunfo, qué haría el gran Montezuma?” Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 87.

Volviendo á emprender la marcha el ejército, siguió la orilla meridional del lago de Chalco, cubierta entonces de nobles selvas y poblada de huertos abundantes en frutas propias del otoño, de nombres desconocidos, pero de ricos é incitadores colores (a). Frecuentemente pasaban por campos cargados de doradas cosechas, y regados por canales que se alimentaban con las aguas del lago vecino. Todo manifestaba una cuidadosa y bien dirigida labranza, esencial al mantenimiento de una crecida poblacion.

Dejando la ribera, llegaron los españoles al gran dique ó calzada que se prolongaba por unas cuatro ó cinco millas y dividia al lago de Chalco del de Xochimilco hácia el poniente. En la parte mas estrecha tenia la extension de una lanza, y en algunas la suficiente para que pudieran caminar ocho ginetes de frente. Era una fábrica sólida de cal y piedra que atravesaba en línea recta el lago, y que llamó la atencion de los españoles como una de las obras mas notables que habian observado en el pais. Al pasarla, veian el alegre espectáculo de multitud de indios que en sus pequeñas canoas cruzaban el lago por todas direcciones, deseos de ver á los extranjeros, ó que llevaban los productos del pais á las ciudades vecinas. Quedaron tambien asombrados con la vista de las chinampas ó jardines flotantes, las islas errantes de verdura de que hablaremos adelante, llenas de flores y legumbres, y que se movian como balsas sobre las aguas. Alrededor de sus márgenes y una que otra vez mas hácia el lago, divisaban pequeñas ciudades y aldeas, que medio ocultas por el follaje y esparcidas en blancos grupos sobre la playa, parecian desde lejos manadas de cisnes silvestres que descansaban tranquilamente sobre las olas. Una escena tan nueva y sorprendente llenó de admiracion á los rudos conquistadores. Parecíales un encanto, y no encontraron otra cosa con que compararla, sino á las mágicas pinturas de „Amadis de Gaula” (23). Pocas descripciones por cierto de esta ú otra leyenda de caballería, podian competir con la realidad de lo que tenian á su vista. La vida del aventurero en el Nuevo Mundo, era un romance puesto en accion. No es pues de admirar que el español de aquellos tiempos, llena la imaginacion en su patria con sueños de encanto y con realidades en el Nuevo Mundo, hubiera desplegado un entusiasmo quijotesco, una exaltacion romanesca incapaz de comprenderse por el frio carácter de los hombres de otros paises.

A la mitad del camino que atravesaba el lago, hizo alto el ejército en la ciu-

(a) En esto hay mucho de romántico: no habiendo en el pais ántes de la conquista mas frutas que algunas de las de tierra caliente, en el Valle de Méjico las únicas que se producian eran los tejocotes y los capulines; los españoles llamaban á estos últimos *cerezas de la tierra*, que es lo que comian durante el sitio de la capital y dos años despues como se verá en su lugar, lo que les causó una epidemia de disenterias.

(23) „Nos quedamos admirados,” exclama Diaz con sencilla admiracion, „y deciamos que parecia á las casas de encantamento, que cuentan en el libro de Amadis!” (Ibid., lug. cit.) Una edicion de este célebre romance con todos los adornos del idioma castellano habia aparecido antes de esta época, pues el prólogo de la segunda edicion hecha en 1521, habla de una anterior publicada en tiempo de los reyes católicos. Véase á Cervantes, D. Quijote, ed. de Pellicer, (Madrid, 1797,) tom. I, Discurso prelim.

dad de Cuiclahuac, lugar de mediana extension, pero célebre por la hermosura de sus edificios, los mas bellos dice Cortés, que hasta entonces habia visto en el pais (24). Despues de tomar algun descanso en este lugar, continuó su marcha á lo largo del dique. Aunque mas ancho en la parte septentrional, encontráronse las tropas muy embarazadas por la multitud de indios que no contentos con ver á los españoles desde las canoas, subieron á la calzada y se colocaron en filas por ambos lados del camino. Temiendo el general que sus columnas se desordenasen, y que la demasiada familiaridad disminuyera el saludable respeto que les tenian los nativos, se vió obligado no solo á mandar que se le abriese camino, sino á amenazar para conseguirlo. Al paso que se acercaba á la capital advertia un cambio considerable en los sentimientos mostrados hácia el gobierno. Oía solo hablar de la pompa y magnificencia de Montezuma; nada de sus opresiones. Muy al contrario de lo que sucede comunmente, parecia que el respeto á la corte era mayor en los lugares mas inmediatos á ella.

De la calzada pasó el ejército á la estrecha punta de tierra que divide las aguas del lago de Chalco de las del de Tezcucó; que si en aquellos dias ocupaban muchas millas, ahora están muy disminuidas (25). Atravesando esta península, entraron á la residencia real de Iztapalapan, ciudad que segun Cortés, contenia doce ó quince mil casas (26). Estaba gobernada por Cuiclahua, hermano del emperador, quien para hacer mas honor al general, habia invitado á los señores de algunas ciudades vecinas que como él mismo pertenecian á la casa real de Méjico para que estuvieran presentes á la entrevista. Verificóse esta con mucha ceremonia, y despues del acostumbrado presente de oro y delicadas telas de algodón (27), se sirvió un banquete á los españoles en uno de los grandes

(24) „Una ciudad, la mas hermosa, aunque pequeña, que hasta entonces habiamos visto, así de muy bien obradas casas, y torres, como de la buena órden que en el fundamento de ella habia, por ser armada toda sobre agua.” (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 76.) Los españoles dieron á esta ciudad acuática el nombre de Venecuela, ó pequeña Venecia. Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 2, cap. 4.

(25) El Barón de Humboldt, en su admirable carta del Valle de Méjico, ha marcado con puntos los límites conjeturales del antiguo lago. (Atlas géographique et physique de la Nouvelle Espagne, (Paris, 1811,) carte 3.) No obstante el gran cuidado con que lo trabajó, no es siempre fácil reconciliar su topografía con los itinerarios de los conquistadores, tanto mas, cuanto que el aspecto del país ha cambiado por causas naturales y artificiales. Es menos posible combinar sus aserciones con los mapas de Clavijero, Lopez, Robertson y otros, que difieren igualmente en la topografía é historia.

(26) Varios escritores aseguran que los españoles visitaron á Tezcucó en su tránsito á la capital. (Torquemada, Monarquía ind., lib. 4, cap. 42.—Solís, Conquista, lib. 3, cap. 9.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 4.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, p. 74.) Este episodio improbable que debe advertirse ha conducido á aquellos autores á algunas confusiones geográficas, por no decir errores, es demasiado notable para que se hubiera pasado en silencio en la minuciosa relacion de Bernal Díaz, y en la de Cortés; y sin embargo ninguno de los dos alude á él.

(27) „E me dieron,” dice Cortés, „hasta tres ó cuatro mil castellanos, y algunas

salones del palacio. Aquí tambien la perfeccion de la arquitectura, excitó la admiracion del general, tanto que en el ardor de su entusiasmo no vaciló en asegurar que algunos de estos edificios eran iguales á los mejores de España (28). Eran de piedra, y sus espaciosas habitaciones tenían techos de olorosos cedros, al mismo tiempo que los muros estaban adornados con cortinajes de algodón muy fino de brillantes colores.

Pero la gloria de Iztapalapan consistia en los celebrados jardines, en los que el señor del lugar habia empleado todo su cuidado y prodigado sus rentas. Cubrian una inmensa extension de terreno: estaban divididos en cuadrados regulares, y las sendas que los interceptaban, tenían por ambos lados enrejados cubiertos de flores y aromáticos arbustos que impregnaban el aire con sus perfumes. Estos jardines estaban adornados de árboles frutales, traídos de lugares distantes, y de las vistosas flores que pertenecen á la Flora mejicana, científicamente ordenadas, y creciendo brillantes en la temperatura uniforme de la mesa central. La sequedad natural de la atmósfera habia sido superada por medio de acueductos y canales, que conducian la agua en todas direcciones.

En un lugar á propósito, habia una pajarera que contenia numerosas especies de aves notables en esta region, así por la brillantez de su plumaje, como por su canto. Los jardines estaban cortados por un canal que se comunicaba con el lago de Tezcucó, y de un ancho suficiente para que pudieran entrar las canoas que venian de este último. Pero la fábrica mas bien trabajada, era un inmenso estanque de piedra lleno de agua hasta una considerable altura y bien provisto de diversas clases de peces. Este estanque tenia mil y seiscientos pasos de circunferencia, y estaba rodeado de una banqueta tambien de piedra bastante ancha para que pudieran ir de frente cuatro personas. Las paredes estaban curiosamente insculpidas, y una hilera de escalones conducia hasta el fondo de la agua, la cual surtia los acueductos arriba mencionados, ó recogida en las fuentes, difundia una perpetua y agradable frescura.

Tal es la descripcion que se nos ha trasmitido de estos célebres jardines, en una época, en que semejantes establecimientos de horticultura, eran desconocidos en Europa (29); y aun pudiera dudarse la existencia de ellos en este pais medio civilizado, si no hubiera sido un hecho tan notorio en aquel tiempo, y no estuviera atestiguado tan explícitamente por los invasores. Apenas habia pasado una generacion despues de la conquista, cuando estas escenas encantadoras sufrieron un triste cambio. La ciudad misma fué abandonada, y las márgenes del lago viéronse sembradas con las ruinas de edificios que en un tiempo fueron su orna-

esclavas, y ropa, é me hicieron muy buen acogimiento." Rel. seg., en Lorenzana, p. 76.

(28) „Tiene el señor de ella unas casas nuevas, que aun no están acabadas, que son tan buenas como las mejores de España, digo de grandes y bien labradas." Ibid., p. 77.

(29) Dícese que los primeros jardines de plantas en Europa, se formaron en Padua el año de 1545. Carli, *Lettres américaines*, tom. I, let. 21.

mento y su gloria. Los jardines participaron del destino de la ciudad. Retirándose las aguas se extinguieron los medios de conservarlos; las florecientes praderas se convirtieron en inmundas ciénegas, guarida de despreciables reptiles, y el pato silvestre fabrica su nido en el lugar donde ántes se levantaron palacios de príncipes (30).

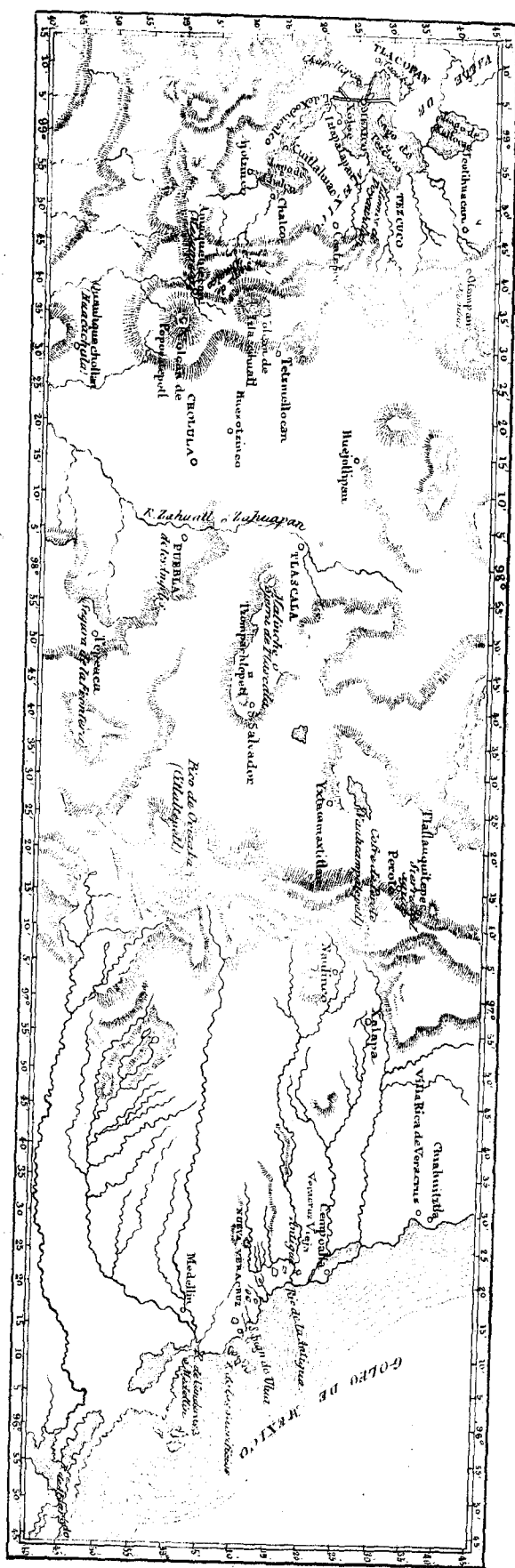
En la ciudad de Iztapalapan se acuarteló Cortés aquella noche. Puede imaginarse la multitud de ideas que se agolparian á la mente del conquistador, pues rodeado de estas pruebas de civilizacion, se preparaba con un puñado de soldados á entrar en la capital de un monarca, que como tenia bastante razon para conocer, le miraba con desconfianza y aversion. Esta capital solo distaba ya unas pocas millas, y se veía clara y distintamente desde Iztapalapan. Sus soberbios edificios, heridos por los rayos del sol de la tarde, y moviéndose su sombra en las azuladas aguas del lago, la hacian parecer como una bella creacion, mas bien que como una obra de la mano del hombre. A esta ciudad de encanto se preparaba Cortés á entrar la mañana siguiente.

(30) Rel. seg. de Cortés, ubi supra.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 44.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 13.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 87.

tados—Unidos.

(b) Era otro género de disciplina, pero no se podían llamar indisciplinadas las tropas de la nación más aguerrida del Anáhuac.

(1) Tomó cerca de seis mil guerreros de Tlascala; y algunos pocos de los cempoaltecas y otros aliados indios le acompañaron. El ejército español cuando llegó á Veracruz se componía de 400 infantes y quince caballos. Los soldados desahogados en las reconquias que hicieron al general después de los sangrientos combates con los tlascaltecas, hablaban de haber perdido cincuenta compañeros desde el principio de la campaña. Página 285 de este tomo.



Mapa del país por donde pasaron los españoles en su marcha a México

CAPITU

ALREDEDORES DE MEJICO.—ENTREVISTA
LA CAPITAL.—RECIBIMIENTO AMIGABLE

151

Luego que asomó la aurora reunió el
locábanse con corazón palpitante bajo
del clarín, cuyo sonido se repetía por
perdía en distantes ecos entre las mont
vaba en los altares de los innumerables
ves de la espesa niebla de la mañana (a), i
hasta que los templos, las torres y los pa
dor con la brillante luz que al levantarse
al hermoso valle. Era el 8 de Noviem
toria, pues en él fijaron los españoles su
del mundo occidental. Cortés con su f
ba una especie de guardia avanzada. S
una campaña sostenida todo el verano
pecto marcial de antiguos veteranos.
ban la retaguardia las indisciplinadas fila
do el ejército podía componerse de cerca
nos de cuatrocientos eran españoles (1).

Por una pequeña distancia, caminaron que divide las aguas del lago de Tezaron al gran dique, que con excepcion

(a) En principios de Noviembre no ha
ñana ni á ninguna hora, pues son los días mu-
cotti ha confundido en este punto el clima de
tados-Unidos.

(b) Era otro género de disciplina, pero pas de la nacion mas aguerrida del Anáhuac

(1) Tomó cerca de seis mil guerreros de tecas y otros aliados indios le acompañaron cruz se componia de 400 infantes y quince reconvenciones que hicieron al general des tlascaltecas, hablaban de haber perdido cinco campaña. Página 285 de este tomo.

CAPITULO IX.

ALREDEDORES DE MEJICO.—ENTREVISTA CON MONTEZUMA.—ENTRADA A LA CAPITAL.—RECIBIMIENTO AMISTOSO.—VISITA AL EMPERADOR.

1519.

Luego que asomó la aurora reunió el general español á sus soldados. Colocabáanse con corazon palpitante bajo sus respectivos estandartes al toque del clarin, cuyo sonido se repetia por el lago y los bosques hasta que se perdía en distantes ecos entre las montañas. El fuego sagrado que se conservaba en los altares de los innumerables teocallis, veíase confusamente al través de la espesa niebla de la mañana (a), indicando el sitio que ocupaba la capital, hasta que los templos, las torres y los palacios, se dejaron ver en todo su esplendor con la brillante luz que al levantarse el sol por el extremo oriental comunicó al hermoso valle. Era el 8 de Noviembre de 1519, día memorable en la historia, pues en él fijaron los españoles su planta por la primera vez en la capital del mundo occidental. Cortés con su pequeño escuadron de caballería formaba una especie de guardia avanzada. Seguía la infantería española, la cual, en una campaña sostenida todo el verano, habia adquirido la disciplina y el aspecto marcial de antiguos veteranos. El bagaje ocupaba el centro, y cerraban la retaguardia las indisciplinadas filas de los guerreros tlascaltecas (b). Todo el ejército podia componerse de cerca de siete mil hombres, de los cuales menos de cuatrocientos eran españoles (1).

Por una pequeña distancia, caminaron siguiendo la estrecha lengua de tierra que divide las aguas del lago de Tezcuco de las del de Chalco, y luego entraron al gran dique, que con excepción de un ángulo cerca del principio, se ex-

(a) En principios de Noviembre no hay niebla en el Valle de Méjico por la mañana ni á ninguna hora, pues son los dias mas claros y hermosos del año. El Sr. Prescott ha confundido en este punto el clima de Méjico con el de Inglaterra ó de los Estados-Únidos.

(b) Era otro género de disciplina, pero no se podian llamar indisciplinadas las tropas de la nacion mas aguerrida del Anáhuac.

(1) Tomó cerca de seis mil guerreros de Tlascala; y algunos pocos de los cempoaltecas y otros aliados indios le acompañaron. El ejército español cuando llegó á Veracruz se componia de 400 infantes y quince caballos. Los soldados desahogados en las reconvenções que hicieron al general despues de los sangrientos combates con los tlascaltecas, hablabán de haber perdido cincuenta compañeros desde el principio de la campaña. Página 285 de este tomo.

tiende en línea perfectamente recta, atravesando las saladas aguas de Tezcuco hasta las puertas de la capital. Era la misma calzada, ó mas bien, los cimientos que hoy forman la grande avenida de Méjico hácia el Sur (2). Los españoles tuvieron ocasion más que nunca, de admirar la ciencia mecánica de los aztecas, en la precision geométrica con que estaba ejecutada la obra, así como en la solidez de su construccion. Componíase de enormes piedras bien colocadas y unidas con mezcla, y bastante ancha en toda su extension para que pudieran caminar de frente diez hombres á caballo.

Al pasar vieron algunas grandes ciudades descansando sobre estacas é internándose en el lago, género de construccion que tenia gran favor entre los aztecas como que era una imitacion de la de su metrópoli (3). Su industriosa poblacion se proporcionaba abundante subsistencia en la manufactura de la sal que extraian de las aguas del gran lago; y los impuestos sobre el comercio de este efecto eran una fuente considerable de rentas para la corona.

En todas partes encontraban los conquistadores pruebas de una numerosa poblacion, superior á todo lo que habian visto. Los templos y edificios principales de las ciudades, estaban cubiertos de un duro estuco de color blanco, que brillaba como esmalte con los rayos horizontales de la mañana. Las márgenes del gran lago estaban mas sembradas de ciudades y aldeas, que las del de Chalco (4); y las aguas se miraban cubiertas de multitud de canoas llenas de indios (5) que subian con dificultad á la orilla de la calzada y contemplaban con

(2) „La calzada d'Iztapalapan est fondée sur cette même digue ancienne, sur laquelle Cortéz fit des prodiges de valeur dans ses rencontres avec les assiégés.”

La calzada de Ixtapalapan está fabricada sobre este mismo antiguo dique donde Cortés hizo prodigios de valor en sus encuentros con los sitiados. Humboldt, Essai politique, tom. II, p. 57 (a).

(3) Entre estas ciudades habia varias que contenian desde tres hasta cinco ó seis mil edificios, segun Cortés, cuya bárbara ortografia en los nombres propios no fácilmente será reconocida ni aun por un mejicano ó español. Rel. seg., en Lorenzana, p. 78.

(4) El padre Toribio de Benavente no es muy corto en su panegirico al hablar de los suburbios de la capital que vió en todo su esplendor. „Creo que en toda nuestra Europa hay pocas ciudades que tengan tal asiento y tal comarca, con tantos pueblos á la redonda de sí y tan bien asentados.” Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.

(5) No es necesario sin embargo adoptar la asercion de Herrera, quien asegura que cincuenta mil canoas se empleaban constantemente en abastecer á la capital de provisiones. (Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 14.) El poeta historiador Saavedra es mas modesto en sus cómputos.

„Dos mil y más canoas cada dia
Bastecen el gran pueblo mejicano
De la mas y la menos niñería
Que es necesaria al alimento humano” (b).

EL PEREGRINO INDIANO, canto 11.

(a) Es ahora el camino de Tlalpan ó San Agustín de las Cuevas.

(b) Debe advertirse que Saavedra se refiere á una época posterior.

curiosa admiracion á los extranjeros. Aquí vieron tambien aquellas encantadas islas de flores sombreadas algunas de ellas por árboles de una altura considerable, que caian y levantaban con la blanda ondulacion de las olas. A distancia de media legua de la capital, hallaron una maciza cortina de piedra, que atravesaba el dique. Tenia doce piés de alto: estaba defendida por torres en sus extremidades; y en el centro, tenia una entrada amurallada que abria paso á las tropas. Llamábase el fuerte de Xoloc, y se hizo memorable despues, por ser la posicion que ocupó Cortés en el famoso sitio de Méjico.

En este lugar fueron encontrados por algunos centenares de gefes aztecas que salieron á anunciar la venida de Montezuma, y á acompañar á los españoles á la capital. Iban vestidos con los caprichosos trajes de gala acostumbrados en el pais; con el *maxtlatl* ó banda de algodon alrededor de la cintura, y un ancho manto de la misma materia ó de brillante plumaje que caia graciosamente sobre la espalda. Rodeaban su cuello y brazos collares y brazaletes de mosaicos hechos de turquesas, en los cuales estaban curiosamente mezcladas delicadas plumas (6); y llevaban adornadas las orejas, labios inferiores y algunas veces la nariz, con pendientes de piedras preciosas ó medias lunas de reluciente oro. Como cada cacique hizo al general la acostumbrada salutacion del pais, esta fastidiosa ceremonia retardó la marcha mas de una hora. Concluida, no experimentó el ejército otra interrupcion, hasta que llegó á un puente cerca de las puertas de la ciudad. Siendo de madera despues se substituyó con otro de piedra, y atravesaba una abertura del dique que proporcionaba salida á las aguas, cuando estaban agitadas por los vientos ó aumentadas por una repentina crecida en la estacion de las lluvias. Era un puente levadizo; y los españoles al pasarlo conocieron la certeza de que se estaban entregando á la voluntad de Montezuma, quien cortándoles la comunicacion con el pais, podia tenerlos prisioneros en su capital (7).

En medio de estas desagradables reflexiones, vieron salir la brillante comitiva del emperador por la calle principal, que entonces lo mismo que ahora, conducia al centro de la ciudad (8) (a). Entre una multitud de magnates pre-

(6) „Usaban unos brazaletes de mosaico, hechos de turquesas con unas plumas ricas que salian de ellos, que eran mas altas que la cabeza, y bordadas con plumas ricas y con oro, y unas bandas de oro, que subian con las plumas.” Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 8, cap. 9.

(7) Gonzalo de las Casas, Defensa, MS., parte 1, cap. 24.—Gomara, Crónica, cap. 65.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 88.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 78 y 79.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.

(8) El cardenal Lorenzana dice, que probablemente la calle á que se alude es la que atraviesa la ciudad desde el Hospital de San Antonio. (Rel. seg. de Cortés, p. 79, nota.) Esto está confirmado por Sahagun. „Y así en aquel trecho que está desde la iglesia de San Antonio (que ellos llaman Xuluco) que va por cave las casas de Alvarado, hácia el Hospital de la Concepcion, salió Moctezuma á recibir de paz á Don Hernando Cortés.” Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 16.

(a) Es la calle del Rastro, que continúa con diversos nombres desde la garita de

cedidos por tres oficiales del estado que llevaban varas doradas (9), venia el real palanquin deslumbrando con el bruñido. Era conducido en hombros de los nobles, y sobre él estaba colocado un dosel de vistoso plumaje sembrado de joyas y guarnecido de plata, el cual era sostenido por cuatro caciques del mismo rango. Iban todos descalzos; caminaban con tardo y mesurado paso, y con los ojos inclinados á la tierra. Cuando hubo llegado la comitiva á una distancia correspondiente hizo alto, y descendiendo Montezuma de sus andas se adelantó apoyándose en los brazos de los señores de Tezcuco é Iztapalapan, el primero sobrino suyo, y el segundo su hermano, y ambos como hemos visto, conocidos ya por los españoles. Al paso que se adelantaba el monarca bajo del dosel, los reverentes nobles que formaban su comitiva extendian alfombras de algodón para que los imperiales piés no se contaminaran con el áspero suelo. Los concurrentes, tanto de alto rango como de humilde clase, que estaban colocados en filas á los lados de la calzada, se inclinaban con los ojos fijos en el suelo cuando pasaba, y algunos de la clase mas baja, se postraban (10). Tal era el homenaje tributado al déspota indio, el cual mostraba que las serviles formas de la adulacion oriental se encontraban entre los rudos habitantes del mundo occidental.

Llevaba Montezuma el cingulo y ancha capa cuadrada, *tilmatli* de su nacion. Era tejida del mas fino algodón, con los extremos bordados y atada con un nudo alrededor de su cuello. Cubrian sus piés ricas sandalias, cuyas suelas eran de oro y las correas con que las ataba al tobillo, estaban adornadas del mismo metal. Tanto en la capa como en las sandalias, se miraban esparcidas perlas y piedras preciosas, entre las cuales sobresalian la esmeralda (a) y el chalchivitl, piedra verde mas estimada que otra cualquiera entre los aztecas. No llevaba en su cabeza mas adorno que un penacho de plumas de aquel mismo color que caian sobre su espalda, distintivo del rango militar, mas bien que de la dignidad real.

Tenia entonces cerca de cuarenta años. Era alto y delgado; pero no mal formado. Su cabello negro y lacio no era muy largo; llevarlo corto era considerado como impropio de personas de rango. Su barba era poca y su color algo mas pálido del que se encuentra en su raza morena, ó mas bien de color cobrizo. Sus facciones, aunque de un aire serio, no mostraban la mirada melancólica, ó por

San Antonio Abad hasta la plaza, y continuada por la del Reloj, sale al otro extremo de la ciudad. Por una tradicion antigua se cree que Montezuma encontró á Cortés frente al Hospital de Jesus, y que este fué el motivo de que hiciese su fundacion en aquel sitio.

(9) Carta del Lic. Zuazo, MS.

(10) „Toda la gente que estaba en las calles se le humiliaban y hacian profunda reverencia y grande acatamiento sin levantar los ojos á le mirar, sino que todos estaban hasta que él era pasado, *tan inclinados como frailes en Gloria Patri.*” Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.

(a) Ya se ha dicho en otro lugar, que no habia esmeraldas y que era otra piedra verde á la que se daba este nombre.



MOCTEZUMA

mejor decir, de abatimiento que se nota en su retrato, y que puede haberse fijado en ellas despues de sus desgracias. Sus movimientos estaban llenos de dignidad, y todo su porte moderado por una expresion de benevolencia, digna de un príncipe y que no era de esperar en él segun las noticias que circulaban sobre su carácter. Esta es la pintura que se nos ha transmitido del emperador indio, tal como se presentó en su primera entrevista con los hombres blancos (11).

Cuando se acercó, hizo alto el ejército: Cortés bajó de su caballo, y dando las riendas á un paje, se adelantó á encontrarle acompañado de algunos de los principales caballeros. Esta entrevista, debió ser de sumo interes para ambos. En Montezuma consideraba Cortés al señor de los dilatados reinos que habia atravesado, cuya magnificencia y poder habia sido el asunto de todas las conversaciones y se habia repetido de boca en boca. El príncipe azteca veía en el español el extraordinario ser, cuya historia parecia estar tan misteriosamente unida á la suya; el anunciado por los oráculos, y cuyos famosos hechos le habian proclamado mas que humano. Pero cualesquiera que fuesen los sentimientos del monarca, los ocultó hasta el extremo de recibir á su huésped con régia cortesía y protestarle su satisfaccion por verle en la capital (12). Respondió Cortés con expresiones del mas profundo respeto, al mismo tiempo que manifestó su reconocimiento por las verdaderas pruebas de munificencia que habia dado el emperador á los españoles. Luego colocó en el cuello de Montezuma una brillante cadena de cristal de colores, y haciendo ade-

(11) Sobre el acompañamiento y pompa de Montezuma en la ocasion que refiere el texto, puede verse á Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 88.—Carta de Zuazo, MS.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.—Gomara, Crónica, cap. 65.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., ubi supra y cap. 45.—Acosta, lib. 7, cap. 22.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 16.—Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.

El noble castellano, ó mas bien, el bardo mejicano Saavedra, que perteneció á la generacion siguiente á la de la conquista, refiere las mas de las particularidades de esta entrevista en su poética historia. El siguiente trozo probablemente será bastante para dar alguna idea al lector.

„Iba el gran Motezuma ataviado
De manta azul y blanca con gran falda,
De algodón muy sutil y delicado,
Y al remate una concha de esmeralda
En la parte que el nudo tiene dado;
Y una tiara á modo de guirnalda,
Zapatos que de oro son las suelas
Asidos con muy ricas correhuelas.”

EL PEREGRINO INDIANO, canto 11.

(12) „Satis vultu læto,” dice P. Martir de Anglería, „an stomacho sedatus, et an hospites per vim quis unquam libens suscepit, experti loquantur.” De Orbe Novo, déc. 5, cap. 3.

Tom. I.

45

man de abrazarle, fué contenido por dos señores aztecas, asombrados de la pretendida profanacion de la sagrada persona de su amo (13). Despues del cambio de estas atenciones, mandó el emperador á su hermano condujera á los españoles al lugar donde debian residir en la capital, y volviendo á subir en su palanquin se alejó en medio de la multitud postrada, con el mismo fausto con que habia venido. Pronto le siguieron los españoles, y con bandera desplegada y tambor batiente hicieron su entrada por la parte meridional de Tenochtitlan (14).

Aquí volvieron á encontrar nuevos motivos de admiracion en la extension de la ciudad y admirable estilo de su arquitectura. Las habitaciones de la clase infima eran en verdad en su mayor parte de cañas y barro; pero los costados de la dilatada calle por donde iban marchando, estaban ocupados por las casas de los nobles á quienes habia estimulado el emperador á fijar su residencia en la capital. Eran edificadas de una piedra encarnada y porosa sacada de las canteras inmediatas á la ciudad (a), y aunque pocas veces tenian mas de un piso, frecuentemente llenaban una gran porcion de terreno. Las azoteas estaban resguardadas por parapetos de piedra, de manera que cada casa era una fortaleza. Algunas veces estas azoteas estaban tan profusamente cubiertas de flores que parecian jardines (b); pero mas frecuentemente se cultivaban en sitios extensos y elevados, colocados entre los edificios (15). De cuando en cuando veíase una gran plaza ó mercado rodeado de pórticos de piedra y estuco, ó un templo piramidal cuyo colosal remate se miraba coronado de cónicos santuarios y lucientes altares, en los que ardía un fuego inextinguible. La gran calle á que conducía la calzada meridional, á diferencia de otras muchas, era ancha y se prolongaba como se ha dicho antes, algunas millas en línea casi recta por el centro de la ciudad. El espectador, situado en uno de los extremos de ella, como que quedaba en fila con la larga serie de templos, terrados y jardines, podia distinguir claramente el opuesto y á alguna distancia, las azuladas montañas que en la atmósfera transparente de la mesa central, parece están casi en contacto con los edificios.

Però lo que mas sorprendió á los españoles, fué la inmensa multitud que poblaban las calles y canales llenando todas las entradas de las casas y ventanas, y agolpándose en las azoteas de los edificios. „Recuerdo bien este espectáculo,” dice Bernal Diaz, „ahora despues de tantos años parece estar tan presente á mi ima-

(13) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 79.

(14) „Entraron en la ciudad de Méjico á punto de guerra, tocando los atambores, y con banderas desplegadas,” &c. Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 15.

(a) Es el tezontle, que se emplea en casi todos los edificios de Méjico.

(b) Esta aficion á las flores se ha transmitido á los actuales mejicanos.

(15) „E giardini alti et bassi, che era cosa maravigliosa da vedere.” Y jardines altos y bajos que era cosa maravillosa ver. Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

ginación como si hubiera sido ayer" (16). Pero ¿cuáles serían las impresiones de los aztecas, al ver el portentoso espectáculo que se ofrecía á su vista: al oír por la primera vez retumbar el sólido pavimento bajo la herradura de los caballos, extraños animales para ellos, y cuyo temor los había investido de un terror sobrenatural: al ver á los hijos del Oriente revelando en su blanca tez su origen celestial: al mirar sus brillantes cimitarras y cascos de acero, metal que les era desconocido, relampagueando como meteoros con los rayos del sol, al mismo tiempo que se escuchaban en el aire armoniosos sonidos de una música no terrena, al menos tal cual sus rudos instrumentos jamás habían producido? Mas toda otra emoción se acalló con la de un odio mortal cuando vieron á sus implacables enemigos los tlascaltecas, paseándose orgullosamente por sus calles con aire insultante y arrojando por todas partes miradas atroces como un animal feroz de la selva, que por accidente ha errado el camino de la guarida donde nació por el asilo de la civilización (17).

Al recorrer la espaciosa calle, varias veces atravesaron las tropas puentes suspendidos sobre canales, en los cuales veían mecerse suavemente las barcas de los indios, conduciendo pequeñas cargas de frutas y legumbres para los mercados de Tenochtitlan (18). Al fin hicieron alto, frente á una gran plaza, cerca del centro de la ciudad, donde se levantaba un enorme edificio de figura piramidal dedicado al dios de la guerra, patron de los aztecas, segundo en tamaño y en santidad respecto del templo de Cholula, y que cubría el mismo terreno ocupado ahora en parte por la gran catedral de Méjico.

Frente á la puerta occidental del recinto, se elevaba una serie de edificios de piedra de un solo piso, que contenía sobre un grande terreno el palacio de Axayacatl, padre de Montezuma, edificado por aquel monarca cerca de cincuenta años antes (19). Este sitio fué destinado para los cuarteles de los espa-

(16) „Quién podrá," exclama el antiguo veterano, „decir la multitud de hombres, y mugeres, y muchachos, que estaban en las calles é azoteas, y en canoas en aquellas acequias, que nos salían á mirar? Era cosa de notar, que agora que lo estoy escribiendo, se me representa todo delante de mis ojos, como si ayer fuera cuando esto pasó." Hist. de la conquista, cap. 88.

(17) „Ad spectaculum," dice P. Mártir de Anglería, „tandem Hispanis placidum, quia diu optatum, Tenustiatanis prudentibus forte aliter, quia verentur fore, vt hi hospites quietem suam Elysiam veniant perturbaturi; de populo secus, qui nil sentit æque delectabile, quàm res novas ante oculos in presentiarum habere, de futuro nihil anxius." De Orbe Novo, déc. 5, cap. 3.

(18) El nombre eufónico de Tenochtitlan, se deriva, segun la opinion comun, de palabras aztecas que significan „tuna ó nopal sobre una roca," cuya vista habia de fijar el sitio de la futura capital. (Toribio, Hist. de los indios, part. 3, cap. 7.—Explic. de la Colec. de Mendoza, en la obra Antiq. of Mexico, vol. IV.) Otra etimología lo deriva de Tenoc, nombre de uno de los fundadores de la monarquía.

(19) Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, p. 78.

Ocupaba lo que es ahora la esquina del Indio Triste y Tacuba. Humboldt, Vues des cordillères, p. 7 y sig. (a)

(a) Por lo mismo no podia estar frente á la puerta occidental, sino frente á la

ñoles. El mismo emperador se hallaba en el patio para recibirlos, y al acercarse Cortés, tomó un vaso de flores que llevaba uno de sus esclavos y un macizo collar en el cual estaba imitada en oro la concha de una especie de langosta muy apreciada por los indios, unido con pesados eslabones del mismo metal. De esta cadena dependían ocho adornos también de oro, hechos á semejanza de la misma concha, de un palmo de largo, y de un delicado trabajo (20); pues se sabe que los plateros aztecas mostraban en su arte una habilidad no inferior á los de Europa (21). Al colocar Montezuma el vistoso collar en el cuello de Cortés, díjole: „Este palacio, Malinche,” (22) por cuyo nombre la hablaba siempre, „pertenece á vos y á vuestros compañeros. Descansad de vuestras fatigas, pues mucha necesidad teneis de ello, y dentro de poco volveré á visitaros.” Luego se retiró con su comitiva, manifestando con esto, una delicada consideración que no era de esperarse en un bárbaro.

Fué el primer cuidado de Cortés examinar sus nuevos cuarteles. El edificio aunque espacioso era bajo, y componíase, como se ha dicho, de un solo piso, excepto en el centro donde se levantaba otro segundo. Las habitaciones eran muy amplias, y prestaban comodidad, segun el testimonio de los mismos conquistadores, para alojar á todo el ejército (23). Los robustos montañeses de Tlascalala no estaban probablemente muy disgustados con su nueva residencia, y fácilmente encontraron abrigo en la parte exterior de los edificios ó bajo cubiertas provisionales en los espaciosos patios. Los mejores salones estaban adornados de alegres tapices de algodón, y el pavimento cubierto con esteras ó juncos. Había también banquillos de madera no muy altos, hechos de una sola pieza, preciosamente esculpidos, y en las mas de las habitaciones camas formadas de esteras muy bien tejidas, con colchas, y algunas veces cielos de algodón. Estas esteras eran los únicos lechos que usaban los nativos, tanto los de elevada clase como los de inferior rango (24).

oriental del templo, corrigiendo en vez de la calle de Tacuba la de Santa Teresa.

(20) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 88.—Gonzalo de las Casas, Defensa, MS., parte I, cap. 24.

(21) Boturini dice, que mayor segun la confesion de los peritos. „Los plateros de Madrid, viendo algunas piezas y brazaletes de oro, con que se armaban en guerra los reyes, y capitanes indianos, confessaron, que eran inimitables en Europa.” (Idea p. 78.) Y Oviedo, hablando del modo de engastar las joyas, expresa, „Yo ví algunas piedras jaspes, calcedonias, jacintos, corniolas, é plasmas de esmeraldas é otras de otras especies labradas é fechas, cabezas de aves, é otras hechas animales é otras figuras, que dudo haber en España ni en Italia quien las supiera hacer con tanta perfeccion.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 11.

(22) Página 297 de este tomo.

(23) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 88.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 80.

(24) Bernal Diaz, Ibid., lug. cit.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.—Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 16.

Despues de recorrer rápidamente esta gigantesca fábrica señaló el general á las tropas sus respectivos cuarteles, y tomó tan vigilantes precauciones para su seguridad como si hubiera de esperar un sitio, mas bien que un recibimiento amistoso. Estaba rodeado el edificio de un muro de piedra de considerable espesor, con torres ó fuertes pilares en ciertos intervalos que proporcionaban buenos medios de defensa. Colocó su artillería de modo que dominara las avenidas: distribuyó sus centinelas por todo el recinto; y en una palabra, lo reforzó del mejor modo posible, con la misma estricta disciplina militar que habia observado en toda su marcha. Conocia cuán importante era á su pequeño ejército, al menos por entonces, ganarse el afecto de los habitantes; y para evitar toda posibilidad de un choque, prohibió á los soldados bajo pena de muerte el dejar los cuarteles sin órden suya. Despues de haber tomado estas precauciones, permitióles entregarse al abundante refresco que se les habia preparado.

Habian estado bastante tiempo en el pais, si no para tener aficion, al menos para acostumbrarse al sazon particular de los aztecas. El apetito del soldado no es por lo comun muy delicado; y en la ocasion presente no puede dudarse que los españoles hicieron completa justicia á las sabrosas producciones de la real cocina. En la mesa fueron servidos por un gran número de esclavos mejicanos, que distribuidos alrededor de ella se manifestaban ansiosos de obsequiar los mandatos de los extranjeros; y finalizada la comida, despues de haber dormido la siesta, no menos importante para un español que el mismo alimento, se volvió á anunciar la presencia del emperador.

Iba acompañado de algunos de sus principales nobles: recibióle Cortés con mucha consideracion; y despues de que ambos hubieron tomado asiento, principiaron un diálogo por medio de la intérprete Doña Marina, entre tanto que los caballeros castellanos y los magnates aztecas estaban en pié guardando un respetuoso silencio.

Hizo muchas preguntas Montezuma con relacion al pais de los españoles, su soberano, su forma de gobierno, y expecialmente los motivos de su visita al Anáhuac. Cortés explicó estos últimos, con el deseo de ver á tan distinguido monarca y de hacerle conocer la verdadera fe profesada por los cristianos. Con rara discrecion, se contentó con soltar por entonces esta insinuacion, dejando que germinara en la mente del emperador hasta otra conferencia. Preguntó tambien si los hombres blancos que el año anterior habian desembarcado en la costa oriental de su imperio eran paisanos suyos: mostróse bien informado de la conducta observada por los españoles desde su llegada á Tabasco hasta aquella época, de la cual se le habian transmitido regularmente noticias por medio de pinturas geroglíficas. Deseaba tambien saber el rango que los extranjeros ocupaban en su pais, preguntando si eran parientes del soberano. Cortés contestó que lo eran unos de otros, y súbditos de un gran monarca que les tenia particular estimacion. Antes de partir se impuso Montezuma de los nombres de los principales caballeros y de la graduacion que ocupaban en el ejército.

Al fin de la entrevista mandó el príncipe azteca á sus servidores distribuyeran los presentes preparados para sus huéspedes, los cuales consistian en vestidos de algodón, tantos en número, que segun se dice, fueron bastantes para dar á cada soldado, incluso los aliados, un traje completo (25). No dejó de añadir el obsequio acostumbrado de cadenas de oro y otros adornos de este metal que igualmente distribuyó con profusion entre los españoles. Entonces se retiró con la misma ceremonia con que habia entrado, dejando una profunda impresion en todos los que habian concurrido á la visita, de su munificencia y afeblidad, muy diversa de lo que se les habia hecho esperar, por lo que ya consideraban tales informes como una invencion de sus enemigos (26). Aquella tarde celebraron los españoles su llegada á la capital de Méjico con una descarga general de artillería. El estruendo del cañon que se repetia entre los edificios y los sacudia hasta sus cimientos: el olor de la pólvora cuyo humo se levantaba en nubes sobre los muros del campamento, y recordaba á los habitantes las explosiones del gran volcan; todo llenó de espanto á los supersticiosos aztecas. Esto les anunciaba que la ciudad abrigaba en su seno á aquellos terribles guerreros cuyo camino se habia señalado con la desolacion, y que podian hacer descender los rayos para consumir á sus enemigos. Era indudablemente la política de Cortés fomentar este sentimiento supersticioso hasta donde fuera posible, y desde el principio imprimir en los nativos un respetuoso temor por el poder sobrenatural de los españoles (27).

La mañana siguiente pidió el general permiso para pagar al emperador la visita en su palacio. Fuéle concedido sin dilacion, y Montezuma mandó á sus oficiales que condujesen á los españoles á su presencia. Atavióse Cortés con su mas rico traje, y salió de sus cuarteles acompañado de Alvarado, Sandoval, Velazquez, Ordaz y cinco ó seis soldados.

No distaba mucho la real habitacion. Levantábase al sudoeste de la catedral, en el mismo sitio ocupado despues en parte por la casa del Estado, palacio

(25) „Muchas y diversas joyas de oro, y plata, y plumajes, y con fasta cinco ó seis mil piezas de ropa de algodón muy ricas, y de diversas maneras tejida, y labrada.” (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 80.)—Aun esto es menos de lo cierto, segun Diaz. „Tenia apercebido el gran Montezuma muy ricas joyas de oro, y de muchas hechuras, que dió á nuestro capitan, é así mismo á cada uno de nuestros capitanes dió cositas de oro, y tres cargas de mantas de labores ricas de pluma, y entre todos los soldados tambien nos dió á cada uno á dos cargas de mantas, con alegría, y en todo parecia gran señor.” (Hist. de la conquista, cap. 89.) „Sex millia vestium, aiunt qui eas vidére.” P. Mártir de Anglería, De Orbe Novo, déc, 5, cap. 3.

(26) Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.—Gomara, Crónica, cap. 66.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 6.—Bernal Diaz, Ibid, ubi supra.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.

(27) „La noche siguiente jugaron la artillería por la solemnidad de haber llegado sin daño adonde deseaban; pero los indios como no usados á los truenos de la artillería, mal hedor de la pólvora, recibieron grande alteracion y miedo toda aquella noche.” Sahagun, Hist. de Nueva-España, MS., lib. 12, cap. 17.

de los duques de Monteleone, descendientes de Cortés (28) (a). Era un espacio-
 so é irregular conjunto de edificios de piedra, semejantes al que ocupaban los es-
 pañoles; y tan extenso, que segun uno de los conquistadores asegura, aunque lo
 visitó mas de una vez con el determinado objeto de verlo todo, se fatigó tanto en
 cada una de ellas vagando por las habitaciones, que no pudo conseguir su in-
 tento (29). Estaba construido de una piedra porosa y encarnada que se produ-
 ce en el país, llamada tetzontli: veíase adornado de mármol; y en la fachada de la
 entrada principal estaban esculpidas las armas ó divisa de Montezuma; una águi-
 la con una pantera en sus garras (30).

En los patios por donde pasaron los españoles jugaban fuentes de cristalinas
 aguas, alimentadas por el abundante receptáculo situado en el distante cerro de
 Chapultepec; y á su vez abastecían mas de cien baños en el interior del pa-
 lacio. Multitud de nobles aztecas paseábanse en estos patios y en los salones ex-
 teriores, alternando las horas de servicio en la corte. Las habitaciones eran de
 una inmensa extension, aunque no muy elevadas. Los techos componíanse de va-
 rias clases de olorosas maderas ingeniosamente esculpidas, y el pavimento esta-
 ba cubierto con esteras de palma: de los muros pendían colgaduras de algodón
 ricamente teñido, pieles de animales feroces ó vistosas cortinas de plumaje,
 imitando animales, insectos y flores, con tanta perfeccion y brillantez de colores,
 que podían compararse á los tapices de Flandes. Nubes de aromático humo
 se levantaban de los incensarios y esparcían en las habitaciones un olor embria-
 gante. Pudieron muy bien los españoles imaginarse en el voluptuoso recinto

(28) „C'est là que la famille construisit le bel édifice dans lequel se trouvent les
 archives del Estado, et qui est passé avec tout l'héritage au duc Napolitain de Mon-
 teleone.” „Aquí construyó la familia el bello edificio en que se encuentra el archivo
 del Estado, y que pasó con toda la herencia al duque Napolitano de Monteleone.”
 (Humbolt, Essai politique, tom. II, p. 72.) Los habitantes de la moderna Méjico
 deben estar muy reconocidos á este estudioso viajero, por el cuidado que tuvo en
 identificar los lugares memorables de su capital. No es muy frecuente que un trata-
 do filosófico sea tambien un buen *manual du voyageur*, manual del viajero.

(a) El baron de Humboldt incurrió en esta equivocacion por no haber sabido que
 el palacio actual del gobierno fué propiedad de Cortés en los primeros cincuenta años
 inmediatos á la conquista, y ese era el que habitaba Montezuma y no su casa del es-
 tado, ahora del Montepio.

(29) „Et io entrai più di quattro volte in una casa del gran Signor non per altro
 effetto che per vederla, et ogni volta vi camminauo tanto che mi stancauo, et mai la fini
 di vedere tutta.” „Yo entré mas de cuatro veces á una casa del gran señor sin mas
 objeto que verla, y siempre andaba tanto que me cansaba y nunca la acabé de ver to-
 da.” Rel. d'un gent., en Ramusio, tom. III, fol. 309.

(30) Gomara, Crónica, cap. 71.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 9.

Los escritores le llaman „tigre,” animal no conocido en América. Yo me he
 aventurado á substituir el pantera, *tlalocelotl* de Méjico, animal indígena, que sien-
 do de la misma familia pudieron muy bien confundirlo con el tigre del antiguo con-
 tinente.

de un harem oriental, en vez de ocupar los salones de un salvaje y bárbaro jefe del mundo occidental (31).

Al llegar al salon de audiencia, dejaron los oficiales mejicanos sus sandalias, y cubrieron su vistoso traje con un manto de *nequen*, tosca tela hecha de hilos de maguey y solo usada por las clases mas pobres. Este acto de humillacion imponiase á todos los que se acercaban al soberano, excepto á los miembros de su familia (32). Descalzos, con los ojos bajos y con una formal ceremonia, introdujeron á los españoles á la real presencia.

Encontraron á Montezuma sentado al extremo de un espacioso salon, y rodeado de algunos de sus gefes favoritos. Recibiólos bondadosamente, y muy pronto comenzó Cortés sin muchos preámbulos á tratar del objeto que ocupaba sus pensamientos. Conocia muy bien la importancia de convertir al monarca, cuyo ejemplo tendria tanta influencia en el pueblo. Por esto se preparó á desplegar todos sus conocimientos teológicos con los atractivos encantos de la retórica, que mas estuvieron á su alcance, cuya interpretacion era transmitida por el modulado y suave acento de Marina, tan inseparable de él en tales ocasiones como su sombra.

Explicó con toda la claridad que le fué posible, las doctrinas de la Iglesia, con respecto á los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion, y el perdon de las culpas. De aquí se remontó al origen de las cosas; á la creacion del mundo, á la de Adan y Eva, al paraíso y á la caída del hombre. Aseguró á Montezuma que los ídolos á quienes tributaban culto, eran el mismo Satan bajo diferentes formas. Prueba suficiente de ello daban los sangrientos sacrificios que imponian, los cuales contrastaban con los ritos puros y sencillos de la misa. Su culto lo conduciría á la perdicion. A rescatar su alma y las de su pueblo del fuego eterno, enseñándoles una fe mas pura era á lo que los cristianos habian venido á su país. Encarecidamente le suplicó no despreciara la oportunidad de asegurar su salvacion abrazando la cruz, sublime signo de la redencion del género humano.

La elocuencia del predicador no pudo ganar el insensible corazon del real oyente. Sin duda perdió algo de su eficacia siendo comunicada por la imperfecta interpretacion de neófito tan reciente como la jóven india; pero las

(31) Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 9.—Gomara, Crónica, cap. 71.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 91.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5 y 46.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 111-114.

(32) „Para entrar en su palacio, á que ellos llaman Tecpa, todos se descalzaban, y los que entraban á negociar con él habian de llevar mantas groseras encima de sí; y si eran grandes señores ó en tiempo de frio, sobre las mantas buenas que llevaban vestidas, ponian una manta grosera y pobre; y para hablarle, estaban muy humillados y sin levantar los ojos.” (Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.) No hay mejor autoridad que este digno misionero, sobre las costumbres de los antiguos aztecas, que conoció personalmente tanto tiempo.

doctrinas eran demasiado abstractas en sí mismas para poder ser comprendidas de un golpe por el rudo entendimiento de un bárbaro. Y acaso Montezuma pudo pensar que no era mas monstruoso alimentarse con la sangre de un semejante que con la del mismo Criador (33) (a). Además estaba imbuido desde la cuna, en las supersticiones de su país. Habíasele educado en la mas rígida secta de su religion: habia sido sacerdote antes de subir al trono; y era entonces el gefe de la religion y del estado. No debia, pues, esperarse que se prestara á los argumentos ó á la persuasion, aun de los labios de un controversista mas práctico que el comandante español. ¿Cómo podia abjurar la fe que estaba asociada á las mas caras afecciones de su corazon y á los mismos elementos de su existencia? ¿Cómo podia ser ingrato y perjuro á los dioses que le habian elevado á tanta prosperidad, y cuyos santuarios estaban confiados á su especial cuidado?

Sin embargo, escuchó con silenciosa atencion, hasta que hubo concluido el general su homilía. Entonces contestó, sabia que los españoles habian hecho los mismos discursos donde quiera que habian estado. No dudaba que su Dios fuera como ellos aseguraban, un Ser benéfico; mas sus divinidades lo eran tambien para ellos; y aun lo que el gefe español decia respecto de la creacion del mundo, era semejante á lo que se les habia enseñado á creer (34). No era, pues, conveniente discurrir mas sobre el asunto. Sus antepasados, agregó, no eran los primeros poseedores del país. Lo habian ocupado pocos siglos antes, y habian sido conducidos á él, por un bondadoso Ser, que despues de haberles dado leyes y regido la nacion por algun tiempo, se retiró á las regiones donde se levanta el sol. Habia predicho al partir, que él ó sus descendientes volverian á visitarlos y á recobrar su imperio (35). Las admirables proezas de los españoles, su color blanco, y el lugar de donde venian, todo mostraba que eran descendientes de aquel Ser extraordinario. Habíase resistido á que visitaran su capital, porque tuvo horribles noticias de sus crueldades; porque habia sabido que arrojaban rayos para consumir á su pueblo, ó lo hacian pedazos bajo la acerada planta de los feroces

(33) El burlesco efecto, si el asunto no fuera demasiado grave para justificar la expresion, de una creencia literal en la doctrina recibida en la madre patria aun hasta la presente sobre la trasustanciacion, está bien pintado por Blanco White, *Letters from Spain*, (Lóndres, 1822,) let. 1.

(a) El Señor Prescott profesa la religion protestante, que no reconoce la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; y de aquí procede la rechifla que hace en este párrafo sobre este augusto sacramento.

(34) „Y en eso de la creacion del mundo así lo tenemos nosotros creído, muchos tiempos pasados.” (Bernal Diaz, *Hist. de la conquista*, cap. 90.) Sobre algunos puntos de semejanza entre las tradiciones aztecas y las de los hebreos, puede verse el lib. 1, cap. 3, y el Apéndice, parte 1 de esta Historia.

(35) „E siempre hemos tenido, que de los que de él descendiesen habian de venir á sojuzgar esta tierra, y á nosotros como á sus vasallos.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 81.

animales en que cabalgaban. Estaba ya convencido de que todas fueron columnias: que los españoles eran por su naturaleza buenos y generosos; mortales de una raza diferente de los aztecas, mas sabios y mas valientes, y que por esto los respetaba.

„Se os ha dicho tal vez,” añadió con sonrisa, „que yo soy como Dios, y que habito alcázares de oro y plata (36); pero ya veis que es falso. Mis palacios aunque espaciosos, son de piedra y madera como las habitaciones de los demas; y en cuanto á mi cuerpo,” desnudando su moreno brazo, „ya veis que es de carne y hueso como los vuestros. Es cierto que he heredado de mis abuelos un grande imperio, y tierras, y oro, y plata; pero sé que vuestro soberano que habita allende de los mares, es el legítimo dueño de todo. Yo gobierno en su nombre. Vos, Malinche, sois su embajador. Vos y vuestros compañeros participaréis conmigo de estos bienes. Descansad ahora de vuestras fatigas. Estais en vuestra casa, y se os dará todo lo necesario para vuestra subsistencia. Yo cuidaré de que vuestros deseos sean cumplidos con la misma puntualidad que los míos” (37). Al concluir el monarca estas palabras, se desprendieron de sus ojos algunas lágrimas; tal vez porque la imágen de su antigua independencia se presentó á su imaginacion (38).

Cortés, al mismo tiempo que apoyaba la idea de que su soberano era el poderoso Ser indicado por Montezuma, procuraba consolarle con la protesta de que su amo no deseaba intervenir en su autoridad, sino en cuanto fuera necesario á su bienestar y para conseguir su conversion, así como la de su pueblo á la cristianidad. Antes de despedir el emperador á los españoles, consultando su acostumbrada munificencia, distribuyó entre ellos ricas telas y piezas de oro, de manera, dice Bernal Diaz, que el mas pobre soldado de los que acompañaron á Cortés recibió por lo menos dos pesados collares de aquel precioso metal. Conmovióse el duro corazon de los españoles con la emocion manifestada por Montezuma, así como con su régia liberalidad. Al pasar delante de él, los caballeros con la

(36) „Y luego el Montezuma dijo riendo, porque en todo era muy regocijado en su hablar de gran señor: Malinche, bien sé que te han dicho esos de Tlascala, con quien tanta amistad aveis tomado, que yo que soy como Dios, ó Teule, que cuanto hay en mis casas es todo oro, é plata, y piedras ricas.” Bernal Diaz, *Ibid.*, ubi supra.

(37) „E por tanto vos sed cierto, que os obedecerémos, y ternémos por señor en lugar de ese gran señor, que decis, y que en ello no habia falta, ni engaño alguno; é bien podeis en toda la tierra, digo, que en la que yo en mi señorío poseo, mandar á vuestra voluntad, porque será obedecido y fecho, y todo lo que nosotros tenemos es para lo que vos de ello quisiéredes disponer.” Rel. seg. de Cortés, ubi supra.

(38) P. Mártir de Anglería, *De Orbe Novo*, déc. 5, cap. 3.—Gomara, *Crónica*, cap. 66.—Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 5.—Gonzalo de las Casas, MS., parte 1, cap. 24.

Cortés, en sus breves notas sobre este suceso, habla solo de la entrevista con Montezuma en los cuarteles españoles, donde supone tuvo lugar el diálogo anterior.—Bernal Diaz lo transfiere á la siguiente visita en el palacio; pero en el diálogo mismo que es el único punto de importancia, ambos convienen sustancialmente.

gorra en la mano, hiciéronle una profunda cortesía; y „al volver á los cuarteles,” continúa el mismo historiador, „no podíamos hablar de otra cosa, sino de la gentil urbanidad y cortesía del monarca indio y del respeto que le teníamos” (39).

Reflexiones de un carácter mas grave debieron haber ocupado la mente del general, al ver por todas partes pruebas evidentes de una civilizacion, y por consiguiente de un poder, para el cual aun las encarecidas descripciones de los nativos, indignas de crédito por su manifiesta exageracion, no le habian preparado. En la pompa y ostentoso ceremonial de la corte, veía aquel bello sistema de subordinacion y profundo respeto hácia la persona del monarca, que caracteriza los imperios medio civilizados del Asia. En la apariencia de la capital: en su sólida y aun elegante arquitectura: en su lujo y comodidades sociales; en su actividad en el comercio, reconocia pruebas de los progresos intelectuales, habilidad mecánica, y abundantes recursos de una antigua y opulenta sociedad; al mismo tiempo que la multitud que recorria las calles atestiguaba la existencia de una poblacion capaz de convertir estos recursos en su mejor provecho.

En el azteca veía á un hombre, no semejante al rudo republicano tlascalteca: no tampoco al afeminado cholulese; sino á uno que combinaba el valor del primero con la civilizacion del segundo. Hallábase en el centro de una gran capital que con sus diques y puentes levadizos, parecia una extensa fortificacion donde cada casa podia convertirse en un castillo. Su posicion insular la separaba del continente, con el cual á una simple señal del soberano, podia cortarse toda comunicacion y toda la guerrera poblacion precipitarse de un golpe sobre él y el pequeño número de sus compañeros. ¿Qué ciencia por superior que fuese podria servir contra un número tan indefinido de enemigos? (40)

En cuanto á la suversion del imperio de Montezuma, entonces que le habian visto ya en su capital podia parecer empresa mas dudosa que nunca. El reconocimiento que el príncipe azteca habia hecho de la supremacía feudal, si así puede decirse, del soberano español, no debia entenderse muy literalmente. Cualesquiera que fuesen las pruebas de deferencia que el primero estuviera dispuesto á dar bajo la influencia del engaño tal vez temporal en que entonces se encontraba, no debia suponerse que quisiera abandonar tan fácilmente su poder y posesiones, ó que el pueblo lo consintiese. Aun el temor pueril que con respecto al mismo objeto habia mostrado á la llegada de los españoles, era prueba

(39) „Así nos despedimos con grandes cortesías dél, y nos fuymos á nuestros aposentos, é íbamos platicando de la buena manera é crianza que en todo tenia, é que nosotros en todo le tuviésemos mucho acato, é con las gorras de armas colchadas quitadas, cuando delante dél pasásemos.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 90.

(40) „Y así,” dice Toribio de Benavente, „estaba tan fuerte esta ciudad, que parecia no bastar poder humano para ganarla; porque ademas de su fuerza y municion que tenia, era cabeza y señorío de toda la tierra, y el señor de ella (Moteczuma) gloriábase en su silla y en la fortaleza de su ciudad, y en la muchedumbre de sus vasallos.” Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 8.

suficiente de la constancia con que defendería su autoridad. Es verdad que Cortés encontraba una poderosa palanca para sus futuras operaciones en la reverente superstición que habían concebido hacia él, tanto el príncipe como el pueblo; y sin duda se proponía mantener vivo en ellos este sentimiento hasta donde pudiera (41); pero antes de adoptar un plan de operaciones, era necesario que conociese personalmente la topografía y ventajas locales de la capital, el carácter de su población, la verdadera naturaleza y extensión de sus recursos. Con este objeto pidió permiso al emperador para visitar los principales edificios públicos.

(41) „Muchos son de opinion,” dice el padre Acosta, „que si los españoles hubieran continuado observando la conducta que al principio, fácilmente habrían dispuesto de Montezuma y su reino, é introducido la ley de Cristo, sin mucho derramamiento de sangre.” Lib. 7 cap. 25.

Antonio de Herrera, célebre historiador de las Indias, nació de una familia respetable, en Cuellar ciudad de la antigua España, el año de 1549. Después de concluir en su patria los estudios académicos de costumbre pasó á Italia, á cuyo país de las artes y las letras iba á completar su educación la juventud española de aquel tiempo.

Allí contrajo conocimiento con Vespasiano Gonzaga, hermano del duque de Mantua, y entró á su servicio. Continuó acompañando á este príncipe después que fué nombrado virrey de Navarra, quien le miró con tanto aprecio, que en su lecho de muerte le recomendó encarecidamente á la protección de Felipe II. Este discreto monarca pronto descubrió las excelentes cualidades de Herrera, y le elevó al puesto de historiógrafo de las Indias, destino del cual es deudora España á Felipe. Auxiliado, pues, con un liberal sueldo y con todos los medios para proseguir los estudios históricos á que le conducía su inclinación, los días de Herrera se deslizaron tranquilamente en las constantes pero pacíficas ocupaciones de un hombre de letras. Desempeñó el cargo de historiador de las colonias en los reinados de Felipe II y sus sucesores Felipe III y Felipe IV, hasta que en 1625 murió á la avanzada edad de setenta y seis años, dejando una gran fama de sus virtudes morales y de su mérito intelectual.

Escribió Herrera varias obras, principalmente históricas. La mas importante y la que fijó su reputación es su *Historia general de las Indias occidentales*. Comprende desde el año de 1492, época del descubrimiento de América, hasta 1554, y está dividida en ocho décadas. Cuatro de ellas se publicaron en 1601, y las cuatro restantes en 1615, haciendo todas cinco volúmenes en folio. Volvióse á publicar esta obra el año de 1730, y ha sido traducida á los mas de los idiomas de Europa. El traductor inglés Stevens se ha tomado muchas libertades con el original en cuanto á compendiar y omitir algunas cosas; pero su versión en lo general es superior á las mas de las que en aquel idioma se hicieron anteriormente de los cronistas castellanos. El vasto objeto de Herrera abraza todo el imperio colonial de España en el Nuevo-Mundo. La obra está compuesta en forma de anales, y los diversos sucesos de que trata, acaecidos en distintas regiones, están todos ordenados con exclusiva referencia á su cronología y se les hace marchar juntamente, *pari passu*. Por medio de este arreglo

sin gusto está constantemente interrumpido el hilo del interes, y el lector es conducido violentamente de una escena á otra, sin oportunidad de concluir el exámen de alguna. Su paciencia se agota y su entendimiento queda indeciso con parciales y rápidas ojeadas en lugar de adquirir nueva luz al paso que avanza en la lectura, como sucede en una continua y bien ordenada narracion. Este es el gran defecto de un plan fundado sobre una servil sujecion á la cronología, falta que es mas grave cuando la obra, como en el caso presente, es de una vasta extension y abraza una gran variedad de pormenores que tienen poca relacion los unos con los otros. En esta clase de escritos se reconoce la superioridad del plan que se propuso Robertson en su „Historia de América,” donde cada asunto ocupa un lugar independiente, proporcionado á su importancia, de cuya manera hace una impresion distinta y particular en la mente del lector.

La posicion de Herrera le ofreció la oportunidad de imponerse de las comunicaciones oficiales de las colonias, de los papeles de estado y de los demas documentos que existian en las oficinas públicas, conducentes á la ilustracion de la historia colonial. Entre estas fuentes de noticias se contaban algunos manuscritos que ahora no es fácil encontrar, por ejemplo, el memorial de Alonso de Ojeda, uno de los que siguieron á Cortés, documento que ha eludido mis pesquisas tanto en España como en Méjico. Otros escritos de mucha importancia sobre la historia de la civilizacion india, como los del padre Sahagun, fueron desconocidos al historiador. De los manuscritos que cayeron en poder de Herrera hizo un uso muy libre; en particular se valió sin ceremonia de los escritos de Las Casas. El obispo dejó ordenado que su „Historia de las Indias” no se publicase sino cuarenta años lo menos despues de su muerte. Antes de que hubiera transcurrido este periodo Herrera habia emprendido su obra, y como que tuvo en sus manos los papeles de Las Casas, se aprovechó de esta circunstancia para copiar en su obra páginas y aun capítulos enteros de la manera menos escrupulosa. Hizo un notorio aumento al original, reduciendo sus confusas é intrincadas sentencias á un castellano puro, y omitiendo sus hinchadas declamaciones é irracionales invectivas; pero al mismo tiempo excluyó los pasajes que criticaban más severamente la conducta de sus compatriotas, y aquellos rasgos de sublime elocuencia que muestran una sensibilidad moral en el obispo de Chiapas, que lo hacia tan superior á su época. Esta especie de metempsicosis, si así puede decirse, por la cual se trasladó á las páginas de Herrera el texto literal, pero no el espíritu del piadoso misionero, volvió la publicacion de la historia de Las Casas en cierto modo superflua; y esta circunstancia, no hay duda, ha sido una de las razones por las que permaneció tanto tiempo manuscrita.

Con todo, supuestos los errores consiguientes á una rápida composicion y el pedante sistema cronológico seguido por Herrera, debe confesarse que su obra tiene un mérito extraordinario. Manifiesta al lector todos los progresos de la conquista y colonizacion española en el Nuevo Mundo en los primeros sesenta años despues de su descubrimiento. Las acciones individuales de su complicada Historia, aunque aglomeradas sin habilidad, están referidas en un estilo puro y sencillo, muy acomodado á la gravedad del asunto. Si á primera vista parece demasiado empeñoso en exagerar el mérito de los primeros descubrimientos, y correr un velo sobre los excesos que los acompañaron, puede perdonársele, como que esto dimanó no de una insensibilidad moral, sino del patriótico sentimiento que le hizo querer borrar hasta donde le fuera posible toda mancha de la gloria castellana en el orgulloso periodo de su esplendor. Es natural que el español de aquella época estuviera demasiado deslumbrado con el

desarrollo de sus gigantescos esfuerzos, para poder pesar con escrupulosidad el carácter moral de ellos ó el mérito de la causa en que eran ejecutados. No obstante la parcialidad nacional de Herrera, nunca se constituye apologista del crimen, y con las excepciones expresadas puede considerarse acreedor á la cualidad que con tanta frecuencia se le atribuye de sinceridad y buen juicio.

No debe olvidarse que ademas de la historia de los primeros descubrimientos de los españoles, Herrera trae tambien muchas noticias con respecto á las instituciones y costumbres de las naciones indias, tomadas de las fuentes mas auténticas. Esto hace á su obra tan completa como ninguna otra de las que se han escrito sobre el mismo asunto. Es en verdad un noble monumento de saber y erudicion; y el aficionado á la historia y aun más el compilador histórico, no podrá avanzar un solo paso en los primeros establecimientos coloniales del Nuevo-Mundo, sin referirse á las páginas de Herrera.

Otro escritor sobre Méjico, consultado frecuentemente en el discurso de esta obra es Fr. Toribio de Benavente, ó *Motolinia*, sobrenombre indio con que es mas frecuentemente conocido. Fué uno de los doce misioneros franciscanos que á peticion de Cortés se enviaron á Nueva-España poco despues de la conquista, en 1523. El humilde atavío de Fr. Toribio, sus desnudos piés, y en una palabra, el sorprendente aspecto de pobreza que manifiestan los religiosos de su órden, hizo frecuentemente prorumpir á los nativos en la exclamacion de *Motolinia*, ó „pobre hombre.” Fué la primera palabra azteca cuya significacion aprendió el misionero, y quedó tan complacido de ella porque manifestaba su condicion, que desde entonces la tomó por nombre. Fr. Toribio y sus compañeros se dedicaron con mucho celo al objeto de su mision. Viajó á pié por varias partes de Méjico, Guatemala y Nicaragua. Donde quiera que estuvo, no excusó trabajos para sacar á los nativos de su abominable idolatría y alumbrar su entendimiento con la luz de la revelacion. Mostraba un tierno cuidado no solo por sus necesidades espirituales, sino tambien por las temporales, tanto que Bernal Diaz asegura haber sabido que dió sus propios vestidos para cubrir á un indio necesitado. Con todo, este caritativo religioso, tan humano y tan escrupuloso en el desempeño de sus deberes cristianos, fué uno de los mas terribles adversarios de Las Casas, y dirigió á España una representacion contra el obispo de Chiapas, concebida en los términos mas injuriosos y ofensivos. Esto sugirió á Quintana, biógrafo del obispo, la idea de que tal vez el grosero sayal del religioso cubria una envidia y orgullo indigno de su estado. Tal vez será así, pero tambien puede hacernos desconfiar de la discrecion de Las Casas, el haber querido tomar medidas con mano tan ruda que provocó enemistades gratuitas de sus coolaboradores en la viña.

Fr. Toribio fué nombrado guardian del convento de San Francisco de Tezcucó. En esta prelación continuó ejecutando con actividad sus buenas obras, y en aquel lugar y en sus diferentes viajes dícese que bautizó mas de cuatrocientos mil indios. Su eficaz piedad está atestiguada con varios milagros. Uno de los mas notables fué cuando sufrían los indios una gran seca, que amenazaba destruir la próxima cosecha. El buen padre recomendó una solemne procesion de los nativos á la iglesia de Santa Cruz, acompañada de plegarias y una fuerte flajelacion. Pronto fué visible el efecto en muy copiosas lluvias, que disiparon los temores del pueblo, y al fin hicieron que la estacion fuera extraordinariamente abundante. El reverso de este prodigio aconteció pocos años despues que sufría el pais por excesivas lluvias. Entonces por un remedio semejante fué precavido el mal, é igual y propicia influencia prevaleció en el tiempo. La realiza-

cion de tales milagros edificaba mucho al pueblo, dice su biógrafo, y le afirmaba en la fe. Probablemente la ejemplar vida y conversacion de Fr. Toribio, que con tanta caridad ponía en práctica los principios que predicaba, hizo por su buena causa tanto como los milagros.

Pasando así sus dias el digno eclesiástico en las pacíficas y piadosas ocupaciones del misionero cristiano, fué por fin llamado de su terrestre peregrinacion, ignórase en qué año, pero á una avanzada edad, pues sobrevivió á todo el pequeño número de misioneros que le acompañaron á Nueva-España. Murió en el convento de San Francisco de Méjico, y su panegírico fué pronunciado por Torquemada, religioso de su orden, con estas enfáticas palabras. „Fué un hombre verdaderamente apostólico: un gran maestro de la cristiandad: consumado en todas las virtudes: celoso de la gloria de Dios: amigo de la pobreza evangélica: muy observante de su regla monástica; y solícito en la conversion del infiel.”

El dilatado trato personal que tuvo el padre Fr. Toribio con los mejicanos, y el conocimiento de su idioma que adquirió con mucho trabajo, le proporcionaron todos los medios de adquirir respecto de ellos y de sus instituciones las noticias que existían en la época de la conquista. El resultado de ellas lo ordenó cuidadosamente en la obra tan frecuentemente citada en estas páginas, la *Historia de los indios de Nueva-España*, formando un volúmen manuscrito en folio. Está dividida en tres partes. Primera: la religion, ritos y sacrificios de los aztecas. Segunda: su conversion á la cristiandad, y su modo de celebrar las festividades religiosas. Tercera: el gusto y carácter de la nacion, su cronología y astrología, juntamente con algunas noticias sobre las ciudades mas importantes y principales producciones del pais. No obstante el metódico arreglo de la obra, está escrita en el vago é inconexo estilo de un libro comun, en el cual el autor ha esparcido á la ventura noticias sobre aquellos asuntos que mas le han interesado al examinar un pais. La mision de que estaba encargado estaba siempre á su vista, y el asunto que debiera seguir tratando, cualquiera que fuese su naturaleza, es abandonado completamente por referir un acontecimiento ó una anécdota que tiene alusion á sus trabajos eclesiásticos. Las mas extravagantes ocurrencias están referidas con aquella crédula gravedad que es tan á propósito para ganar crédito entre el vulgo; y es exactamente referida una multitud de milagros, más de los necesarios para ocurrir á las necesidades de las nacientes asociaciones religiosas de Nueva-España.

Sin embargo, en medio de esta multitud de piadosas *incredibilias*, el investigador de las antigüedades aztecas encontrará muchas noticias curiosas é importantes. Las íntimas y frecuentes relaciones de Fr. Toribio con los nativos le pusieron en posesion de toda su teología y ciencia; y como su estilo, aunque algo argumentador, es sencillo y sin afectacion, no hay obscuridad en la manifestacion de sus ideas. Sus conclusiones revestidas de la supersticion del siglo y naturaleza peculiar de su profesion, pueden muchas veces mirarse con desconfianza; pero como su ingenuidad y los medios que tuvo para adquirir noticias son incuestionables, su obra es de la primera autoridad con relacion á las antigüedades del pais, y á la condicion que guardaba en la época de la conquista. Siendo un hombre ilustrado, pudo instruirse mejor que los iliteratos soldados de Cortés, dados mas bien á la accion que á la especulacion. Pero el manuscrito de Fr. Toribio, valioso como es para el historiador, nunca ha sido impreso, y probablemente hay en él poco interes popular para que alguna vez lo sea. Mucho de lo que contiene se halla con diversas formas en las posteriores compilaciones. La obra misma raramente se encuentra. El Dr. Robertson tuvo una copia, se-

gun parece del catálogo de los manuscritos publicados con su „Historia de América,” aunque no tiene puesto el nombre del autor. Creo que no hay ninguna en la librería de la historia de Madrid, y de la que poseo soy deudor á la bondad del curioso bibliógrafo Mr. O. Rich, actualmente cónsul de los Estados-Unidos en Minorca.

Piètro Martire de Angleria ó Peter Martyr, segun es conocido por los escritores ingleses, perteneció á una antigua y muy respetable familia de Arona, en el norte de Italia. En 1487 le indujo el conde de Tendilla, embajador de España en Roma, á que marchara con él á Castilla, donde fué benignamente acogido por la reina Isabel, quien siempre deseaba rodearse de aquellos ilustrados extranjeros, que pudieran ejercer una influencia saludable sobre la ruda y belicosa nobleza de Castilla. Martyr que habia sido educado para la Iglesia, fué persuadido por la reina á que emprendiese la educacion de los jóvenes nobles en la corte; por cuyo medio contrajo intimidad con algunos de los hombres mas ilustres de la nacion que parece le tuvieron un gran miramiento personal todo el resto de su vida. Empleáronle los soberanos católicos en varios asuntos de público interes: enviósele con una mision á Egipto; y posteriormente fué elevado á un puesto distinguido en la catedral de Granada; pero continuó residiendo mucho tiempo en la corte, donde gozó la confianza de Fernando é Isabel, y la de su sucesor Carlos V, hasta que murió en 1525 á la edad de setenta años.

Él combinó cualidades que no muchas veces se encuentran en una misma persona; un amor decidido á las letras, con una sagacidad práctica que solo puede ser el resultado de la familiaridad con los hombres y con los negocios. Aunque pasaba sus dias en la alegre y brillante sociedad de la capital, conservó el gusto simple y el elevado carácter de un filósofo. Su correspondencia, así como sus esmerados escritos, si este nombre puede aplicarse á algunos de ellos, manifiestan un espíritu ilustrado y muchas veces independiente. Sin embargo, el lector quedaria mas complacido si hubiera sido bastante imparcial para condenar la intolerancia religiosa del gobierno; pero Martyr, si bien un filósofo, era bastante cortesano para mirar con lente diminutivo los errores de los príncipes. Aunque muy empapado en la literatura antigua, y literato por inclinacion, no tenia los sentimientos de un recluso, sino que tomaba el mas vivo interes en los acontecimientos que pasaban á su vista. Sus varios escritos, inclusa su correspondencia, son por esta razon el verdadero espejo de la época en que vivió.

Su ilustrado entendimiento se interesó particularmente en los descubrimientos que se hacian en el Nuevo Mundo. Permitiósele estar presente á las sesiones del consejo de Indias, cuando se le hacia alguna comunicacion importante, y posteriormente fué nombrado miembro de esta corporacion. Todo lo que tenia relacion á las colonias pasaba por sus manos: leyó la correspondencia de Colon, Cortés, y otros descubridores con la corte de Castilla: conoció personalmente á estos ilustres personajes cuando volvieron á su patria; y varias veces, segun dice en sus cartas, les convidó á su mesa. Con estas ventajas, su testimonio solo dista un grado del de los mismos actores del gran drama. Bajo un aspecto es mas respetable; porque se halla libre de la preocupacion y pasiones que naturalmente engendra el interes personal en los acontecimientos. El testimonio de Martyr, es el de un filósofo que da una clara y comprensiva ojeada del objeto de su obra con la luz de los conocimientos anteriores que ningunos de los descubridores y conquistadores podian pretender. Es verdad que esto no le liberta de caer en algunos errores de credulidad, no de aquella fundada en la supersticion, sino de la que dimana de la incierta naturaleza del asunto, en el que, con la revelacion de

un mundo desconocido, se descubrian por primera vez fenómenos tan diversos de todo aquello con que estaba familiarizado.

Pueden imputársele inexactitudes de otro género, provenientes de precipitacion é inadvertencia en la composicion; pero aun estas deben disculpársele, pues confiesa sus faltas con una ingenuidad que desarma á la critica. Ciertamente escribió con violencia y con el aguijon del momento, segun se presentaba la ocasion. Negábase á la publicacion de sus escritos, cuando se le urgia sobre ellos, y sus décadas de Orbe Novo, en las cuales recopiló el fruto de sus investigaciones con respecto á los descubrimientos americanos, se dieron á luz hasta despues de su muerte. La mas valiosa y completa edicion de esa obra, y á la que se hace alusion en esta, es la de Hakluyt, publicada en Paris el año de 1587.

Todas las de Martyr están escritas en latin, y no muy puro; circunstancia bastante singular porque estaba familiarizado con los modelos clásicos de la antigüedad, é indudablemente conocia los idiomas muertos tan bien como los vivos. Sean pues, cuales fueren los defectos que puedan imputársele, mostró mucha superioridad de ingenio en la eleccion de su asunto. Omite los triviales pormenores de que por lo comun están llenas las narraciones literales de los viajeros españoles, y fija su atencion en los grandes resultados de sus descubrimientos, en los productos del pais, en la historia é instituciones de las razas, su carácter y progresos en la civilizacion. Son sus escritos de un valor particular considerando que muestran los sentimientos de la corte castellana, durante los progresos del descubrimiento. En una palabra, proporciona el reverso de la pintura; y cuando hemos seguido á los conquistadores españoles en su admirable carrera de aventuras en el Nuevo Mundo, no tenemos mas que volver á las páginas de Martyr, para saber la impresion que ellos produjeron en los hombres ilustrados del antiguo. Tal exámen es necesario para el complemento de la pintura histórica.

Si el lector desea saber mas sobre este apreciable literato, encontrará otros pormenores en la obra „The History of Ferdinand and Isabella,” (Part. 1, chap. 14, Postscript, chap. 19,) pues su voluminosa correspondencia proporciona los materiales mas auténticos, para la historia del reinado de estos soberanos.



LIBRO CUARTO.

RESIDENCIA EN MEJICO.

LIBRO IV

RESIDENCIA EN MEJICO.

CAPITULO I.

LAGO DE TEZCUCO.—DESCRIPCION DE LA CAPITAL.—PALACIOS Y MUSEOS.—FAMILIA Y SERVIDUMBRE REAL.—MODO DE VIVIR DE MONTEZUMA.

1519.

La antigua ciudad de Méjico cubria el mismo sitio que hoy ocupa la moderna capital. Las grandes calzadas la tocaban en los mismos puntos: las calles corrian poco mas ó menos en la propia direccion, casi de norte á sur y de oriente á poniente: la catedral de la plaza mayor está edificada en el mismo terreno donde descansaba el templo del dios de la guerra de los aztecas; y las cuatro principales divisiones de la ciudad son aun conocidas entre los indios por sus nombres antiguos. Con todo, si un azteca de los dias de Montezuma, pudiera ver la moderna metrópoli, que semejante al ave fénix se ha levantado con tanto esplendor de las cenizas de la antigua, no reconoceria en su situacion la de su Tenochtitlan, pues esta estaba rodeada de las saladas aguas del lago de Tezcucó, que atravesaban por anchos canales toda la ciudad, cuando la Méjico de nuestros dias está construida en la tierra firme y dista su centro de la agua cerca de una legua. La causa de este aparente cambio en su posicion, es la disminucion del lago, que por la rapidez de la evaporacion en estas elevadas regiones, se habia hecho perceptible antes de la conquista; y que despues se ha acrecentado mucho, por causas artificiales (1).

El nivel comun del lago de Tezcucó en la época presente es cuatro piés mas bajo que la gran plaza de Méjico (2). Lo es considerablemente mas que las

(1) El lago parece que se habia disminuido perceptiblemente antes de la conquista, segun el testimonio de Motilinia, que llegó al pais poco despues de ella. Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 6.

(2) Humboldt, Essai politique, tom. II, p. 95.

Cortés suponía que en este lago habia marea. (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 181.) Esto confundió mucho al instruido P. Mártir de Anglería; (De Orbe

otras reuniones de agua que se encuentran en el valle. En las grandes crecientes, causadas algunas veces por prolongadas y excesivas lluvias, estos últimos receptáculos eran tributarios del lago, cuyas aguas aumentadas con el volúmen de aquellos, rebosaban los diques, y anegando las calles de la capital sepultaban la parte baja de los edificios en un diluvio. Este era, comparativamente hablando, un ligero mal, pues las casas descansaban sobre estacas tan altas que podían pasar los botes por debajo: las calles eran canales; y el modo ordinario de comunicacion por agua; pero este azote se hizo mas desastroso cuando cegados los canales con los escombros de la ciudad india arruinada, fueron sustituidos por calles de tierra sólida y los cimientos de la capital fueron gradualmente reclamados del líquido elemento. Para evitar aquel mal se abrió el famoso desagüe de Huehuetoca á un enorme costo á principios del siglo XVII, y Méjico despues de repetidas inundaciones ha sido por fin puesto fuera del alcance de las aguas (3). Pero lo que se ha ganado en cuanto á lo útil, en este caso así como en otros varios, se ha comprado á expensas de lo hermoso. Por esta contraccion de las aguas, las florecientes ciudades y aldeas que ellas regaban han sido removidas algunas millas al interior, al mismo tiempo que una estéril extension de tierra pálida por la incrustacion de las sales, ha substituido á la voluptuosa vegetacion que un tiempo esmaltaba las orillas del lago, y á los umbrosos bosques de robles, cedros y sicómoros que dibujaban su ancha sombra en el seno de las aguas.

Las chinampas, ese archipiélago de islas flotantes, á que se hizo alusion en el último capítulo, han tambien casi desaparecido. Tuvieron su origen en las masas de tierra que desprendidas de las riberas, aun permanecian unidas por las fibrosas raices que las habian penetrado. Los primeros aztecas, pudiendo disponer de muy poca extension de terreno, se aprovecharon del presente que les ofrecia la naturaleza. Construyeron balsas de cañas, juncos y otros fuertes materiales, que unidos formaban una suficiente base para el sedimento que sacaban del fondo del lago. Gradualmente se formaron islas de tres ó cuatro piés de profundidad, con un rico y productivo suelo, en el cual el económico indio cultivaba sus legumbres y flores para abastecer los mercados de Tenochtitlan. Algunas de estas chinampas tenían tambien firmeza suficiente para que pudieran crecer en ellas pequeños árboles y sostener una choza que sirviese de habitacion á su dueño, quien con un largo remo que descansaba en los lados ó en el fondo del somero lago, podia cambiar á su gusto la posesion de su pequeño territorio, el

Novo, déc. 5, cap. 3;) así como despues ha habido mas de un filósofo á quien ha obligado á creer que existia una comunicacion subterránea con el océano. Lo que el general llama marea, era probablemente la creciente periódica causada por el predominio de ciertos vientos regulares.

(3) Humboldt trae una minuciosa descripcion de este desagüe, que declara ser una de las mas estupendas obras hidráulicas que existen, y cuyo complemento en el estado que hoy presenta no data mas allá que á fines del siglo pasado. *Essai politique*, tom. II, p. 105 y sig.

cual con un rico cargamento de frutas, se veía mover sobre las aguas como una isla encantada (4).

Tres eran las antiguas calzadas. La de Iztapalapan, por la cual entraron los españoles, que conducía á la ciudad por la parte del sur. La de Tepeyacac al norte, que atravesando la calle principal podía considerarse como una continuacion de la primera. Ultimamente, la de Tlacopan, que unía al oeste la isla ciudad con el continente. Esta última, memorable por la desastrosa retirada de los españoles, tenía como dos millas de largo. Las tres estaban construidas de piedra y mezcla, de la misma sólida manera, defendidas por puentes levadizos, y eran bastante anchas para que diez ó doce hombres pudieran cabalgar de frente (5).

Los rudos fundadores de Tenochtitlan construyeron sus frágiles habitaciones de cañas y juncos en el grupo de pequeñas islas situado en la parte occidental del lago; fábricas que con el transcurso del tiempo fueron substituidas por otros edificios mas sólidos. Abrióse en las inmediaciones una cantera de *almendrilla* encarnada y porosa, tetzontli, de la que se sacaba una ligera y quebradiza piedra que se trabajaba con poca dificultad. De esta construyeron sus edificios con alguna solidez, si no con elegancia arquitectónica. Méjico, como ya se ha dicho, era la residencia de los primeros nobles á quienes el soberano estimulaba ó mas bien compelia por obvias razones de política á pasar parte del año en la capital. Era tambien la permanencia temporal de los nobles señores de Tezcucó y Tlacopan que al menos nominalmente dividían la soberanía del imperio (6). En las mansiones de estos dignatarios y de los principales gefes, ostentábase una ruda magnificencia correspondiente á su rango. Eran por lo general bajas: pocas veces contaban mas de un piso, y nunca excedían de dos; pero ocupaban una gran porcion de terreno. Tenían una forma cuadrangular con un patio en el centro, y estaban rodeados de pórticos embellecidos con pórfidos y jaspes, que fácilmente se encontraban en las inmediaciones, al paso que no pocas veces una fuente de puras y cristalinas aguas, colocada en medio comunicaba á la atmósfera una agradable frescura. Las habitaciones del pueblo bajo, descansaban tambien sobre cimientos de piedra que se levantaban á la altura de algunos piés y que eran despues seguidos por capas de ladrillo crudos, atravesados de cuando en cuando por macizas vigas (7). Las mas de las calles eran obscuras y es-

(4) Ibid., tom. II, p. 87 y sig.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 153.

(5) Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 8.

Cortés habla de cuatro calzadas. (Rel. seg., en Lorenzana, p. 102.) Puede ser muy bien que contara entre ellas un brazo de la de la parte del sur, que conducía á Cuyoacan, ó tal vez al grande acueducto de Chapultepec.

(6) Página 10 de este tomo.

(7) P. Mártir de Anglería trae una particular descripcion de estos edificios, la cual muestra que aun las clases mas pobres se alojaban cómodamente. „Populares vero domus cingulo virili tenus lapidæ sunt et ipsæ, ob lacunæ incrementum per fluxum aut fluviorum in ea labentium alluvies. Super fundamentis illis magnis, lateribus tum

trechas; sin embargo de que algunas eran anchas y de mucha extension. La principal que seguía de la gran calzada del sur atravesaba en línea recta toda la ciudad, y presentaba una noble vista, en la cual las largas filas de bajos edificios de piedra, eran interrumpidas por hermosos jardines que se levantaban en los terrados, y ostentaban toda la pompa de la horticultura azteca.

El piso de las calles principales estaba cubierto con mezcla muy dura y cortado por numerosos canales. Algunos de estos tenían en la orilla una sólida calzada que servía de camino á los pasajeros de á pié y de lugar de desembarque donde podían las canoas colocar sus cargas. Algunos pequeños edificios estaban erigidos de trecho en trecho para servir de oficinas á los empleados en rentas que colectaban los impuestos sobre las diferentes mercancías. Los canales estaban atravesados por numerosos puentes, muchos de ellos levadizos, proporcionando así facilidad de cortar toda comunicacion entre las diferentes partes de la ciudad (8).

La descripcion de la antigua capital, trae á la memoria aquellas acuáticas ciudades del antiguo mundo, cuya posicion se habia elegido por iguales motivos de economía y defensa; sobre todo, recuerda á Venecia (9), si no es un arrojo comparar la ruda arquitectura del indio americano con los templos y palacios de mármol, ¡ah! cuán decaídos de su esplendor, que coronaban un tiempo á la orgullosa señora del adriático (10).

coctis, tum æstivo sole siccatis, immixtis trabibus reliquam molem construunt; uno sunt communes domus contentæ tabulato. In solo parum hospitantur propter humiditatem, tecta non tegulis sed bitumine quodam terreo vestiunt; ad solem captandum commodior est ille modus, brevior tempore consumi debere credendum est." De Orbe Novo, déc. 5, cap. 10.

(8) Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 8.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 108.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 10 y 11.—Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

(9) P. Mártir de Anglería se sorprendió con la semejanza. „Uti de illustrissima civitate Venetiarum legitur, ad tumulum in ea sinus Adriatici parte visum, fuisse constructam." De Orbe Novo, déc. 5, cap. 10.

(10) „¿No podremos aplicar sin mucha violencia á la capital azteca el ingenioso soneto de Giovanni della Casa, contrastando el origen de Venecia con su gloria posterior?

„Questi Palazzi e queste logge or colte
D'ostro, di marmo e di figure elette,
Fur poche e basse case insieme accolte,
Deserti lidi e proverè Isolette.
Ma genti ardite d'ogni vizio sciolte
Premeano il mar con picciole barchette,
Che qui non per domar provincie molte,
Ma fuggir servitù's eran ristrette.

El ejemplo de la metrópoli fué pronto seguido por otras ciudades inmediatas. Lejos de descansar sus cimientos sobre *tierra firme*, se les veia internarse en el lago cuyas someras aguas no tenian de profundidad en algunos lugares mas de cuatro piés (11). Así se abrió un fácil conducto de comunicacion, y la superficie de este „mar interior,” como lo llama Cortés, estaba cubierta de millares de canoas (12) constantemente ocupadas en el tráfico establecido entre estas pequeñas poblaciones. ¡Cuán alegre y pintoresca debió ser la vista del lago con sus soberbias ciudades y florecientes isletas, meciéndose como si estuvieran ancladas en el fondo de las aguas!

Diversas opiniones hay sobre la poblacion de Tenochtitlan en el tiempo de la conquista. Ningun escritor contemporáneo le concede menos de sesenta mil casas, las cuales, por las reglas ordinarias de contar, darian trescientas mil almas (13). Si muchas veces cada habitacion contenia, segun se dice, varias familias, la suma seria mayor (14). Nada es mas incierto que calcular el número

Non era ambizion ne' petti loro;
Ma'l mentire abborrian più che la morte,
Nè vi regnava ingorda fame d'oro.
Se'l Ciel v'ha dato più beata sorte,
Non sien quelle virtù che tanto onoro,
Dalle nuove ricchezze oprese emorte.”

(11) „Le lac de Tezcucó n'a généralement que trois à cinq mètres de profondeur. Dans quelques endroits le fond se trouve même déjà à moins d'un mètre.”

„El lago de Tezcucó tiene por lo comun de tres á cinco metros de profundidad. En algunas partes el fondo se encuentra á menos de un metro. Humboldt, Essai politique, tom. II, p. 49.”

(12) „Y cada dia entran gran multitud de indios cargados de bastimentos y tributos, así por tierra como por agua, en acales ó barcas, que en lengua de las islas llaman canoas.” Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 6.

(13) „Esta la cibdad de Méjico ó *Teneztutan*, que será de sesenta mil vecinos.” (Carta del Lic. Zuazo, MS.) „Tenustitanam ipsam inquit sexaginta circiter esse millium domorum.” (P. Mártir de Anglería, De Orbe Novo, déc. 5, cap. 3.) „Era Méjico, cuando Cortés entró, pueblo de sesenta mil casas.” (Gomara, Crónica, cap. 78.) Toribio dice vagamente: „los moradores y gente era innumerable.” (Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 8.) La traduccion italiana del „Conquistador anónimo,” quien solo sobrevive en la version, dice, „meglio di sessanta mila *habitori*,” (Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309;) debiéndose probablemente á un equivoco provenido de usar de la palabra vecinos, término ordinario en las estadísticas españolas, que significando, los que tienen residencia, equivale á los *fuochi* italianos. (Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, p. 86, nota.) Robertson apoya exclusivamente sus cálculos en esta traduccion italiana, (History of America, vol. II, p. 281,) y cita tambien dos autoridades con el mismo objeto; á Cortés que nada dice sobre la poblacion, y á Herrera que confirma la asercion comun de „sesenta mil casas.” (Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 13.) Este hecho es de alguna importancia.

(14) „En las casas por pequeñas que eran, pocas veces dejaban de morar dos, cuatro, y seis vecinos.” Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 7, cap. 13.

Tom.

48

de habitantes en las naciones bárbaras, que necesariamente viven de una manera mas confusa y mezclada que el hombre civilizado, y entre quienes no hay adoptado un sistema regular para saber la poblacion. El acorde testimonio de los conquistadores: la extension de la ciudad que se asegura tenia cerca de tres leguas de circunferencia (15): el inmenso tamaño de su gran plaza de mercado: las largas filas de edificios de cuyas ruinas se encuentran vestigios por algunas millas de distancia en los alrededores de la moderna ciudad (16): la fama de la metrópoli por todo el Anáhuac, que podia envanecerse de tener muchos lugares grandes y populosos; en fin, la bien dirigida labranza y los ingeniosos medios de sacar alimento de cosas que no parecian prometerlo (17), todo supone una poblacion numerosa, mucho mayor que la de la actual ciudad (18).

Una vigilante policía cuidaba de la salubridad y limpieza de la capital. Dícese que mil personas se empleaban diariamente en regar y barrer las calles (19), de manera, que usando del lenguaje de un antiguo español, „podíase pasear por

(15) Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

(16) „C'est sur le chemin qui mène à Tanepantla et aux Ahuehuetes que l'on peut marcher plus d'une heure entre les ruines de l'ancienne ville. On y reconnaît, ainsi que sur la route de Tacuba et d'Iztapalapan, combien Mexico, rebâti par Cortéz, est plus petit que l'était Tenochtitlan sous le dernier des Montezuma. L'énorme grandeur du marché de Tlaltelolco, dont on reconnaît encore les limites, prouve combien la population de l'ancienne ville doit avoir été considérable.”

„En el camino que conduce á Tlalnepantla y á los Ahuehuetes se puede andar mas de una hora por entre las ruinas de la antigua ciudad. Allí se reconoce lo mismo que en el camino de Tacuba y de Iztapalapan, cuánto mas pequeña es la ciudad de Méjico vuelta á edificar por Cortés de lo que era Tenochtitlan en el reinado del último Montezuma. La enorme extension del mercado de Tlaltelolco, cuyos limites se distinguen todavia, prueba cuán considerable debia ser la poblacion de la antigua ciudad. Humboldt, Essai politique, tom. II, p. 43.” (a)

(17) La clase baja acostumbraba alimentarse con una espuma glutinosa que recogia en los lagos, de la cual hacia una especie de tortas, cuyo sabor no era muy semejante al del queso. (Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 92.) (b)

(18) Esta inferencia se confirma comparando los dos mapas que se encuentran al fin de la primera edicion de la obra de Bullock, titulada „Mexico;” uno de la ciudad moderna, y otro de la antigua, tomada del museo de Boturini, y que demuestra su regulada distribucion de canales y calles tan ordenadas como los cuadros de un tablero.

(19) Clavijero, Stor. del Messico, tom. I, p. 274.

(a) Esta despoblacion de los barrios, expecialmente del de Santiago, es muy posterior al tiempo de Cortés y casi de nuestros días. Torquemada dice, que él vió en la procesion que iba de Santa María á Catedral el domingo de Pascua de Resurreccion al amanecer, veintidos mil indios con vela en mano.

(b) No es tal espuma, sino el ahuate ó huevos de insectos acuátiles de que se hacen tortas, como de la hueva de pescado.

Chapultepec



ellas con tan poco peligro de ensuciarse los piés como las manos" (20). La agua en una ciudad bañada en todos lados por lagunas saladas era excesivamente salobre; pero una abundante cantidad de este puro elemento, era traída de Chalpoltepec „el cerro de la cigarra" distante menos de una legua. Era conducida por caños de barro colocados en un acueducto construido al efecto, y á fin de que no faltara tan esencial elemento cuando se estuviera reparando, se fabricaron dobles filas de tubos. De esta manera se llevaba hasta el centro de la capital una columna de agua del grueso de un hombre, que abastecía las fuentes y surtidores de las casas principales. Hiciéronse aberturas al acueducto en los lugares que era cruzado por los puentes, y de esta manera se repartía á las canoas, por cuyo medio era transportada á todos los puntos de la ciudad (21).

Al mismo tiempo que Montezuma estimulaba en sus nobles el gusto por la magnificencia en la arquitectura, contribuía por su parte al embellecimiento de la capital. En su reinado el famoso calendario de piedra, que probablemente pesaba en su primitivo estado cerca de cincuenta toneladas, fué trasladado de la cantera de que se sacó muchas leguas distante de la capital, donde todavia forma uno de los monumentos mas curiosos de la ciencia azteca. Ciertamente cuando se reflexiona sobre la dificultad de tajar tan estupenda masa en un duro lecho de basalto sin la ayuda de instrumentos de hierro, y la de transportarla á tal distancia por tierra y agua sin el auxilio de animales de carga, se experimenta un sentimiento de admiracion por el talento mecánico y emprendedor del pueblo que lo verificó (22).

No contento Montezuma con el espacioso palacio de su padre, edificó otro bajo un plan mas magnífico. Ocupaba, segun se ha dicho, el terreno cubierto por habitaciones privadas en un lado de la plaza mayor de la moderna ciudad. Esta mansion, que mas correctamente podia llamarse un conjunto de edificios, se extendia sobre una porcion de terreno tan dilatada, que como asegura uno de los conquistadores, sus azoteas proporcionaban amplio lugar para que treinta caballeros ejecutaran las evoluciones de un torneo (23). Ya he descrito sus adornos interiores, sus caprichosos cortinajes, sus techos encrustados de cedro y otras maderas olorosas, unidos sin clavos y probablemente formados sin cono-

(20) „Era tan barrido y el suelo tan asentado y liso, que aunque la planta del pié fuera tan delicada como la de la mano no recibiera el pié detrimento ninguno en andar descalzo." Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.

(21) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 108.—Carta del Lic. Zuazo, MS.—Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

(22) Estas inmensas masas, segun P. Mártir de Anglería quien se informó de testigos presenciales, eran transportadas por medio de largas filas de hombres que las arrastraban con sogas sobre rodillos de madera. (De Orbe Novo, déc. 5, cap. 10.) De esta misma manera movian los egipcios sus enormes piedras de granito, segun aparece de numerosos relieves esculpidos en sus edificios.

(23) Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

cimiento del modo de construir las bóvedas (24), sus numerosas y espaciosas habitaciones, que Cortés con su entusiasta hipérbole, no vacila en asegurar era superior á todo lo que de su clase habia visto en España (25).

Anexos al edificio principal, estaban otros destinados á varios usos. Uno era la sala de armas que contenia estas, y los vestidos militares usados por los aztecas, colocado todo en el mayor orden y en disposicion de usarse al momento que se necesitase. El mismo emperador era muy diestro en el manejo del *Maquahuítl* ó espada india, y tenia gran placer en presenciar los ejercicios atléticos y las mímicas representaciones de la guerra, ejecutadas por la noble juventud. Otro servia de granero, y algunos de almacenes para los diversos efectos con que habian contribuido los distritos que estaban obligados al sostenimiento de la casa real.

Habia tambien edificios dedicados á objetos enteramente diversos. Uno de ellos era una inmensa pajarera, en que estaban reunidas aves del mas hermoso plumaje traídas de todas las partes del imperio. Aquí se hallaba el cardenal de color de escarlata, el dorado faisán, la interminable familia de los papagayos con sus diversos colores predominando el verde, color regio entre los aztecas, y aquel milagro en miniatura de la naturaleza, el colibri que se recrea en vagar y extraer la miel del cáliz de las rosas, en los jardines de Méjico (26). Trescientos sirvientes atendian esta pajarera, y sabian la comida proporcionada á cada una de las aves que la habitaban, procurada muchas veces á gran costo; y en la estacion de muda, cuidaban de recoger el hermoso plumaje que con sus muchos y diversos colores ofrecia materiales al pintor azteca.

Un edificio separado estaba reservado para las aves de presa; las voraces tri-

(24) „Ricos edificios,” dice el Lic. Zuazo hablando de los que en lo general se veian en el Anáhuac, „excepto que no se halla alguno con bóveda.” (Carta, MS.) Este escritor hizo una cuidadosa y detenida observacion el año siguiente al de la conquista; y si se admite su aserto, se zanjará una cuestion muy agitada entre los anticuarios.

(25) „Tenia dentro de la ciudad sus casas de aposentamiento, tales y tan maravillosas, que me parecia casi imposible poder decir la bondad y grandeza de ellas. E por tanto, no me porné en expresar cosa de ellas, mas de que en España no hay su semejable.” Rel. seg., en Lorenzana, p. 111 (a).

(26) La descripción que hace Herrera de estos insectos plumados, si así pueden llamarse, muestra los caprichosos errores en que aun hombres de saber han incurrido con respecto á las nuevas especies de animales descubiertas en América. „Hay en el país algunos pájaros del tamaño de las mariposas, con largos picos y brillante plumaje, muy estimados por las curiosas obras que se hacen de ellos. Viven lo mismo que las abejas, de las flores y del rocío que en ellas se conserva, y cuando cesa la estacion de las aguas y comienza el tiempo de secas se pegan á los árboles por el pico y pronto mueren; pero el año siguiente cuando vuelven las aguas vienen otra vez á la vida.” Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 21.

(a) Cortés no habia visto la Alhambra de Granada, pero sin embargo bastaba haber visto el Alcázar de Sevilla, para no incurrir en esta exageracion.

bus de buitres y águilas de enorme tamaño, que se procreaban en las nevadas soledades de los Andes. No menos de quinientos pavos, la comida mas barata en Méjico, se consumian diariamente en la manutencion de estos tiranos de la raza plumada.

Contigua á esta pajarera estaba una casa para los animales feroces, tomados en las montañas, y aun en las remotas regiones de la tierra caliente. La ninguna semejanza de sus diversas clases, con las del Antiguo Mundo á las cuales ninguna de ellas era idéntica, confundió enteramente á los españoles en su nomenclatura, lo que ha sucedido tambien despues á los mas instruidos naturalistas. Aumentábase ademas esta coleccion con un gran número de reptiles, y serpientes, notables por su tamaño y venenosas cualidades, entre las que vieron los españoles la terrible „víbora de cascabel,” terror de los desiertos americanos (27). Las serpientes estaban encerradas en grandes cajas llenas de plumion ó plumas, ó en artesas llenas de lodo y agua; y los animales y aves de caza en jaulas bastante grandes para que pudieran moverse de un lado á otro, aseguradas con fuertes enrejados que daban libre paso al aire y á la luz. Todo estaba encargado á numerosos cuidadores que conocian el gusto de sus prisioneros y procuraban su comodidad y limpieza. ¡Con qué profundo interes el ilustrado naturalista de aquellos dias, por ejemplo, un Anglería ó un Oviedo examinaría esta magnífica coleccion, en que las varias tribus que vagan por los desiertos occidentales, las razas desconocidas de un mundo ignorado, eran todas presentadas á su vista! ¡Cuánto placer encontraría en estudiar las propiedades de estas nuevas especies, comparadas con las que producía su hemisferio, adquiriendo así alguna idea de las leyes generales que observa la naturaleza en todas sus obras! Los ignorantes soldados de Cortés, no se molestaron con especulaciones tan refinadas (a). Miraban el espectáculo que se les ofrecía con una vaga curiosidad no sin mezcla de horror; y cuando oían los terribles rugidos de los animales feroces y el silbido de las serpientes, casi se figuraban en las regiones del infierno (28).

No debo dejar de mencionar una extraña coleccion de monstruos humanos, pigmeos y otros entes desgraciados, en cuya organizacion se habia desviado caprichosamente la naturaleza de sus leyes ordinarias. Tan odiosas anomalías

(27) „Pues mas tenian,” dice el honrado Bernal Diaz, „en aquella maldita casa muchas víboras, y culebras emponzoñadas, que traen en las colas unos que sueñan como cascabeles; estas son las peores víboras de todas.” Hist. de la conquista, cap. 91.

(a) Tampoco los soldados de ningun ejército moderno son naturalistas. Los de los ejércitos aliados cuando entraron en Paris, vieron las colecciones de animales del *jardin de plantas*, con los mismos ojos vulgares que los soldados de Cortés las de la casa de fieras de Montezuma.

(28) „Digamos ahora,” exclama el mismo capitan Diaz, „las cosas infernales que hacian, cuando bramaban los tigres y leones, y aullaban los adives y zorros y silbaban las sierpes, era grima oírlo, y parecia infierno.” Ibid., lug. cit.

eran miradas por los aztecas como una cosa necesaria para el boato de un gran señor; y aun algunas ocasiones, era segun se dice, el resultado de medios artificiales empleados por padres desnaturalizados, que deseaban proporcionar á su prole una colocacion segura en el real museo (29).

Alrededor de estos edificios estaban distribuidos extensos jardines llenos de fragantes arbustos y flores, y expecialmente de plantas medicinales (30). Ningun pais ha producido tantas especies de estas últimas como Nueva-España; y sus virtudes eran perfectamente sabidas por los aztecas, entre quienes puede decirse que la botánica medicinal se habia estudiado como una ciencia. En medio de este laberinto de perfumadas arboledas y plantíos de arbustos veíanse fuentes de agua pura, cuyos centellantes surtidores esparcian un fresco rocío sobre las flores. Diez grandes estanques bien provistos de peces ofrecian un retiro en sus márgenes á diversas tribus de ánsares, cuyos hábitos estaban tan cuidadosamente consultados, que algunos de esos receptáculos eran de agua salada, por ser la que mas les agradaba. Un pavimento de mosaico de mármoles, rodeaba los grandes estanques sobre los que estaban levantados ligeros y caprichosos pabellones que daban paso á la perfumada brisa de los jardines, y convidaban con una agradable sombra al monarca y á sus damas favoritas en el sofocante calor del verano (31).

Pero la residencia mas lujosa del emperador azteca en aquella estacion era el cerro de Chapoltepec, sitio que ademas estaba consagrado con el depósito de las cenizas de sus antepasados. Levantábase á la parte occidental de la capital, y su base en aquel tiempo, estaba regada por las aguas de Tezcuco. En su elevada cumbre de rocas de pórfido, subsiste todavia el magnífico aunque desierto palacio construido por el jóven virey Galvez á fines del siglo XVII (a). La vista que se disfruta desde sus ventanas es una de las mas hermosas en las cercanías de Méjico. El paisaje no está aquí desfigurado como en otras muchas partes, con blancos y estériles terrenos tan desagradables á la vista; sino que esta vaga por una extension no interrumpida de praderas y campos cultivados que ostentan ricas cosechas de granos europeos. Los jardinas de Montezuma se prolongaban por millas alrededor del cerro. Una estatua de aquel monarca y otra de su padre, he-

(29) Ibid., ubi supra.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 111—113.—Carta del Lic. Zuazo, MS.—Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 3, cap. 7.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 11 y 46.

(30) Montezuma, segun Gomara, no permitia que se plantaran árboles frutales no considerándolos á propósito para jardines de placer. (Crónica, cap. 75.) Toribio dice con relacion á este punto. „Los indios señores no procuran árboles de fruta, porque se la traen sus vasallos, sino árboles de floresta, de donde cojan rosas, y adonde se crían aves, así para gozar del canto, como para las tirar con cerbatana, de la cual son grandes tiradores.” Hist. de los indios, MS., part. 3, cap. 6.

(31) Ibid., lug. cit.—Rel. seg. de Cortés, ubi supra.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 11.

(a) Hoy está destinado á escuela militar.

chas en bajo relieve sobre pórfido, conservábanse allí hasta fines del siglo pasado (32); y el suelo es todavia sombreado por gigantescos cipreses de mas de cincuenta piés de circunferencia que habian vivido ya algunos siglos cuando se verificó la conquista. Este lugar es ahora un confuso desierto de arbustos silvestres, donde el mirto mezcla sus oscuras y lustrosas hojas con las encarnadas bayas y delicado follaje del pimiento. Seguramente no hay sitio mas á propósito que este para meditar sobre lo pasado; ninguno donde el viajero bajo de estos elevados cipreses cubiertos con el musgo de los años, pueda tan justamente reflexionar sobre el triste destino de las razas indias y del monarca que un tiempo disfrutó de banquetes cortesanos á la sombra de sus ramas.

El establecimiento doméstico de Montezuma participaba del barbárico esplendor de todo lo que le rodeaba. Podia lisonjearse de tener las mismas mugeres que se encuentran en el harem de un sultan oriental (33). Ocupaban habitaciones separadas y tenian cuanto apetecian segun sus ideas sobre comodidad personal y limpieza. Pasaban el tiempo en las ordinarias ocupaciones de su sexo de tejer y bordar, expecialmente graciosos plumajes, para los cuales les proporcionaban ricos materiales las pajareras del rey. Se manejaban con el mas rígido decoro, bajo la vigilancia de ciertas mugeres de edad que desempeñaban el cargo de dueñas, de la misma manera que en las casas religiosas anexas á los teocallis. Habia en el palacio multitud de baños, y Montezuma mismo daba el ejemplo de frecuentes abluciones. Dícese que todos los dias se bañaba á lo menos una vez y cambiaba vestidos cuatro (34), no poniéndose nunca uno mismo dos veces, sino que los daba á los que le servian. La reina Isabel, con igual gusto por los trajes, mostraba un espíritu menos regio conservando los usados. Su guardaropa era probablemente algo mas costoso que el del emperador indio.

Ademas de esta numerosa comitiva femenil, los salones y antecámaras se hallaban llenos de nobles que acompañaban constantemente al monarca, sirviendo como de una especie de guardia de corps. Habia sido costumbre que los plebeyos de Méjico desempeñaran ciertos empleos del palacio; pero el altivo Montezuma rehusó ser servido por hombres que no fueran de noble nacimiento. Eran no pocas ocasiones los hijos de los principales gefes, y permanecian como en rehenes durante la ausencia de sus padres, contribuyendo así al doble objeto de seguridad y de aumentar la pompa con que vivia el emperador (35).

(32) Gama, crítico competente y que las vió antes de que se destruyeran, elogia su ejecucion. Descripción, part. 2, pp. 81-83.—Página 85 de este tomo.

(33) No ménos que mil si ha de creerse á Gomara; quien agrega la edificante noticia, „que hubo vez, que tuvo ciento y cincuenta preñadas á un tiempo.”

(34) „Vestíase todos los dias cuatro maneras de vestiduras todas nuevas, y nunca mas se las vestia otra vez.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 114.

(35) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 91.—Gomara, Crónica, cap. 67, 71 y 76.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 113 y 114.—Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 3, cap. 7.

„A la puerta de la sala estaba un patio muy grande en que habia cien aposentos de

Este comia solo, y el bien esterado pavimento de un gran salon se cubria con centenares de platos (36) que se conservaban calientes por medio de escalfadores. Algunas veces el mismo Montezuma, pero mas frecuentemente su mayordomo, indicaba los que él preferia (37). La lista de las viandas que componian la mesa real, comprendia ademas de los animales domésticos, los de caza de distantes selvas, y el pescado, que el dia anterior jugueteaba en el golfo de Méjico. Eran preparados de muy diversas maneras, pues los aztecas como se ha dicho otra vez, habíanse iniciado bastante en los misterios de la ciencia gastronómica (38).

El primer servicio era desempeñado por los nobles que despues cedian el honor de servir al monarca á doncellas escogidas por su belleza y gracias personales. Un biombo de madera ricamente dorado y esculpido se colocaba en torno suyo para ocultarle de la vista del vulgo durante la comida. Sentábase en un almohadon y servíase el banquete en una mesa baja cubierta con un mantel de finísimo algodón. Los platos eran del mas hermoso barro de Cholula. Tenia una vajilla de oro que se reservaba para las celebridades religiosas, pues ciertamente apenas habrian podido soportar sus cuantiosas rentas el uso ordinario de ella, cuando el servicio de su mesa no se le presentaba segunda vez, sino que se daba á los empleados del palacio. El salon estaba alumbrado por antorchas de una madera resinosa, que al arder exhalaba un suave olor y probablemente no poco humo. En la comida era acompañado por cinco ó seis de sus antiguos consejeros, que se mantenian en pié á una respetuosa distancia, contestando á sus preguntas y gustando una que otra vez algunas de las viandas de la mesa con que él los regalaba.

Este servicio de sustanciosos platos, era seguido por otro de postres y masas, para las cuales los cocineros aztecas, provistos de los importantes requisitos de

25 ó 30 piés de largo cada uno sobre sí en torno de dicho patio, é allí estaban los señores principales aposentados como guardas del palacio ordinarias, y estos tales aposentos se llaman galpones, los cuales á la continua ocupan mas de seiscientos hombres, que jamas se quitaban de allí, é cada uno de aquellos tenian mas de treinta servidores, de manera que á lo menos nunca faltaban tres mil hombres de guerra en esta guarda cotediana del palacio." (Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 46.) Este autor hace una relacion muy curiosa y completa de la servidumbre de Montezuma, tal como la supo de los españoles que la vieron en todo su esplendor. Como que la historia de Oviedo aun permanece manuscrita, he copiado el capítulo original castellano en el apéndice, part. 2, núm. 10.

(36) Bernal Diaz, Ibid., lug. cit.—Rel. seg. de Cortés, ubi supra.

(37) „Y porque la tierra es fria, traian debajo de cada plato y escudilla de manjar un braserico con brasa, porque no se enfriase." Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 113.

(38) Bernal Diaz trae una descripcion de algunos de los artículos de la real lista. El primer servicio es bastante horroroso, nada menos que un guisado ó estofado de pequeños niños, „carnes de muchachos de poca edad." Sin embargo, confiesa que esto es algo apócrifo. Ibid, ubi supra.

la harina de maiz, huevos y la rica azúcar del aloe eran famosos. Dos muchachas colocadas en un ángulo distante de la sala hacian delicadas tortillas, con las cuales de tiempo en tiempo abastecian la mesa. El emperador no tomaba mas bebida que el chocolate compuesto con vainilla y otras especias, y preparado de tal manera que quedaba reducido á una espuma de la consistencia de la miel que gradualmente se disolvia en la boca. Esta bebida, si así puede llamarse, se servia en copas doradas con cucharas del mismo metal, ó de conchas de tortuga primorosamente trabajadas. El emperador gustaba mucho de ella, si ha de juzgarse por la cantidad de jarras ó picheles que diariamente se preparaban para él, nada menos que cincuenta (39). Dos mil mas distribuíanse entre las personas de su familia y servidumbre (40).

El método general de la comida, no parece muy desemejante al de Europa; pero ningun príncipe de esta parte del mundo podia lisonjearse de que se sirviesen á su mesa frutas comparables á las que se presentaban en la del emperador azteca. Cortábanse en sazón de los mas opuestos climas; y su mesa ostentaba los productos de las regiones templadas y las deliciosas frutas de los trópicos tomadas el dia anterior en las amenas florestas de la tierra caliente, y conducidas á la capital por medio de correos con la velocidad del vapor. Era como si alguna bondadosa encantadora coronara nuestros banquetes con las fragantes producciones que el dia de ayer crecian en una ardiente isla del mas remoto de los mares índicos (a).

Despues de que quedaba satisfecho el real apetito, servíanle agua las doncellas en bandejas de plata, de la misma manera que lo habian hecho al comenzar la comida, pues en aquel tiempo eran los aztecas tan constantes en sus abluciones, como cualquiera nacion del Oriente. En seguida traíanse las pipas hechas de una madera barnizada y ricamente dorada, de las cuales absorbía unas veces por la nariz y otras por la boca el humo de la embriagante yerba llamada tabaco (41), mezclada con liquidámbar. Mientras que tenia lugar esta agradable fumigacion, disfrutaba el emperador las representaciones de los saltim-

(39) „*Lo que yo vi*,” dice Diaz refiriéndose á sus propias observaciones, „que traian sobre cincuenta jarros grandes hechos de buen cacao con su espuma, y de lo que bebia.” Ibid., cap. 91.

(40) Ibid., ubi supra.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 113 y 114.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 11 y 46.—Gomara, Crónica, cap. 67.

(a) El Sr. Prescott se deja arrastrar frecuentemente al romanticismo en sus descripciones, como sucede en la que hace de las frutas que se servian en la mesa de Montezuma, pues debe tenerse presente que antes de la conquista no habia ninguna de las frutas de Europa y Asia que se producen ahora con tanta abundancia en los climas templados, y aun de las de tierra caliente se carecia de varias, como las naranjas y los plátanos.

(41) „Tambien le ponian en la mesa tres cañutos muy pintados, y dorados, y dentro traian liquidámbar, revuelto con unas yerbas que se dice tabaco.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 91.

bancos y juglares, que en número considerable servían en el palacio. Ningun pueblo ni aun el de la China ó el Indostan, excedía á los aztecas en los juegos de agilidad y destreza (42).

Algunas veces se divertía con sus bufones, que el monarca indio tenía lo mismo que el mas refinado soberano de Europa de aquellos tiempos. Acostumbraba decir, que mas instruccion adquiriase de ellos que de los hombres sabios, porque estos temían decir la verdad. Otras ocasiones presenciaba las graciosas danzas de sus mugeres ó se recreaba en escuchar la música, si los rudos instrumentos de los mejicanos merecen tal nombre, acompañada de cantos, de una pausada y solemne cadencia, que celebraba los heroicos hechos de los principales guerreros aztecas, ó los de la ascendencia real.

Luego que había solazado bastante su espíritu se disponía á dormir, pues la siesta le era tan necesaria como á un español. Cuando se levantaba, daba audiencia á los embajadores extranjeros, á los de sus ciudades tributarias, ó á aquellos caciques que tenían que exponerle alguna súplica. Eran introducidos por los jóvenes nobles que estaban de servicio, y cualquiera que fuese su rango, á menos que no fueran de sangre real, estaban obligados á sufrir la humillacion de cubrir sus ricos trajes bajo la manta burda de *nequem* y entrar descalzos y con los ojos inclinados al suelo á la presencia del soberano. El emperador dirigía pocas y breves palabras á los suplicantes, dignándose responder por medio de sus ministros; y aquellos se retiraban con el mismo respeto con que habían entrado, cuidando de llevar el rostro vuelto hácia el monarca. Con razon pues, exclama Cortés, que ninguna corte, tanto la del gran señor como la de cualquiera otro príncipe infiel, desplegó nunca tan pomposo y esmerado ceremonial (43).

Ademas de la multitud de empleados ya referidos, componíase la servidumbre real de una multitud de operarios, ocupados constantemente en la construccion ó reedificacion de los edificios, fuera de un gran número de joyeros y personas hábiles en trabajar los metales, que encontraban bastante quehacer en los adornos de las bellezas del harem. Los pantomimos y juglares imperiales, eran tambien muy numerosos, y los bailarines que pertenecían al palacio ocupaban cierto distrito de la ciudad destinado exclusivamente á ellos. La manutencion de este pequeño ejército que se componía de algunos miles de personas demandaba un gasto considerable, y exigía cuentas que para un pueblo sencillo debieron ser complicadas y difíciles. Sin embargo, todo estaba arreglado con el

(42) Los ejercicios de los juglares y volatines era una diversion favorita del gran Khan de China, como refiere Sir. John Maundeville. (Voiage and Travaille, chap. 22. —Los saltimbancos aztecas tenían tal reputacion, que Cortés envió dos de ellos á Roma para que divirtieran á su santidad el Sr. Clemente VII.—Clavijero, Stor. del Mexico, tom. II, p. 186.

(43) „Ninguno de los soldanes ni otro ningun señor infiel, de los que hasta agora se tiene noticia, no creo, que tantas, ni tales ceremonias en servicio tengan.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 115.

mejor orden, y las partidas de cargo y data se anotaban en la escrito-pintura del país. Los caracteres aritméticos eran de una clase mas convencional, y mas escogida que la de los destinados á objetos de narracion. Un departamento separado estaba lleno de pinturas geroglíficas, que presentaban un cuadro completo del sistema económico del palacio. El cuidado de todo estaba confiado á un tesorero que era una especie de mayordomo de la casa real, y que ejercia una clase de superintendencia sobre todo lo concerniente á él, cuyo importante empleo cuando llegaron los españoles, era desempeñado por un fiel cacique llamado Tápia (44). (a)

Esta es la pintura del interior del palacio de Montezuma, y su modo de vivir, tal como fué delineada por los conquistadores y sus inmediatos sucesores, quienes tuvieron los mejores medios para adquirir noticias sobre este punto (45); acaso muy exagerada por la inclinacion á ponderar que era natural en aquellos que presenciaban un espectáculo tan sorprendente á la imaginacion, tan nuevo é inesperado. He creido mejor presentar todos los pormenores por triviales que puedan parecer al lector, porque proporcionan una pintura curiosa de costumbres tan superiores en civilizacion á las de las otras tribus aborígenes del continente norte americano. No son ciertamente tan triviales si se reflexiona que en estos pormenores hallamos una medida mas cierta de su cultura, que en los de un carácter público.

Al examinarlos se recuerda la civilizacion del Oriente, no aquella refinada é intelectual que pertenece á los mas cultos árabes y persas, sino la que distingue, por ejemplo, á las razas tártaras, entre las cuales las artes y aun las ciencias han hecho algunos progresos adaptándolas á sus necesidades materiales y placeres sensuales, pero con poca referencia á los mas elevados y nobles intereses de la humanidad. Es característico de tal pueblo encontrar un placer pueril en un fausto brillante y ostentoso: equivocar el aparato con lo sustancial: la vana pompa con el poder: rodear el trono de un estéril y molesto ceremonial; la falsificacion de la magestad real.

Aun esto sin embargo era un progreso en la civilizacion, comparándolo con las rudas maneras de los primeros aztecas, cuyo cambio puede sin duda atribuirse á la influencia personal de Montezuma. En su juventud habia templado las feroces costumbres del guerrero con la profesion benigna de la religion. En su edad madura se habia retirado todavia mas de las brutales ocupaciones de la

(44) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 91.—Carta del Lic. Zuazo, MS., Oviedo, Hist. de las Ind., MS., ubi supra.—Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 110—115.—Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, p. 306.

(a) Este es el nombre que le dieron los conquistadores, que siempre ponian nombres españoles á los nativos con quien estaban en mas próximo contacto.

(45) Si el historiador hubiera descendido una sola generacion con el fin de buscar autoridades, hubiera encontrado material para un capítulo tan bueno como cualquiera de los de Sir John Maundeville ó de las Noches árabes.

guerra, y sus modales habian adquirido un refinamiento mezclado tal vez de una afeminacion que no conocieron sus marciales antecesores.

Tambien el estado del imperio bajo su reinado fué favorable á este cambio. La desmembracion del reino de Tezcuco en la muerte del gran Nezahualpilli, habia dejado á la monarquía azteca sin rival, y pronto extendió sus colosales brazos hasta los mas remotos límites del Anáhuac. El espíritu aspirante de Montezuma se excitó con la adquisicion de riquezas y poder, y manifestó el convencimiento de su nueva importancia tomando un aparato y ostentacion real no usada ántes. Afectaba una reserva desconocida á sus predecesores; ocultó su persona de las miradas vulgares, y extendió en torno suyo una esmerada y cortesana etiqueta. Cuando se presentaba en público que por lo regular era cuando iba al templo á tomar parte en el servicio religioso, lo hacia con todo el aparato regio y como hemos visto, exigia de su pueblo, el homenaje de adulation digno de un déspota oriental (46). Su altivo porte ofendia el orgullo de sus mas poderosos vasallos, particularmente de aquellos que residiendo á alguna distancia se consideraban casi independientes de su autoridad. Sus exacciones para cubrir el pródigo gasto del palacio, esparcian la semilla del descontento; y al paso que parecia hallarse elevado el imperio al estado mas próspero y venturoso, habia consumido el cáncer la parte mas profunda de su corazon.

(46) „Referre in tanto rege piget superbam mutationem vestis, et desideratas humi jacentium adulationis.” (Liv., Hist., libro 9, cap. 18.) Las observaciones del historiador romano con referencia á Alejandro despues que quedó inficionado de las constumbres persas, convienen igualmente al emperador azteca.



CABALLERO AZTECA CON TODAS SUS INSIGNIAS.

CAPITULO II.

MERCADO DE MEJICO.—GRAN TEMPLO.—SANTUARIOS INTERIORES.— CUARTELES ESPAÑOLES.

1519.

Cuatro días habian transcurrido desde que los españoles hicieron su entrada en Méjico. Cualesquiera que hubieran sido los proyectos que el general revolvía en su mente, conocia que no podia fijar un plan de operaciones hasta no haber visto más de la capital y cerciorándose por sí mismo de la naturaleza de sus recursos. Con este intento, segun se dijo en la conclusion del libro anterior, mandó pedir permiso á Montezuma para visitar el gran *teocalli* y otros lugares de la ciudad.

El bondadoso monarca consintió sin dificultad, y aun se preparó á ir en persona al gran templo á recibir á su huésped, tal vez para libertar al santuario de su deidad tutelar de alguna profanacion, pues sabia, como se ha dicho ya, el manejo que en tales ocasiones habian observado los españoles en el curso de su marcha. Púsose Cortés á la cabeza de su pequeño cuerpo de caballería y casi toda la infantería española, y siguió á los caciques enviados por Montezuma para guiarle, quienes se propusieron ir primero al gran mercado de Tlaltelolco, situado en la parte occidental de la ciudad.

En el camino sorprendiéronse los españoles, del mismo modo que lo habian sido al entrar en la capital, con la apariencia de sus habitantes, y la gran superioridad en el estilo y calidad de sus vestidos sobre el pueblo de las otras provincias (1). El *tilmatli* ó capa de algodón mas ó menos fino segun la clase del que lo llevaba, que caía sobre las espaldas y estaba atada al cuello, y la banda que ceñía su cintura, tenían por lo comun bordadas ricas y elegantes figuras y estaban guarnecidas de borlas ó de una ancha franja. Como que el tiempo iba ya estando frio, eran aquellas sustituidas algunas veces con mantas de pieles ó de vistosos plumajes, que combinaban el calor con la hermosura (2). Poseian tambien los

(1) „La gente de esta ciudad es de mas manera y primor en su vestido y servicio, que no la otra de estas otras provincias, y ciudades: porque como allí estaba siempre este señor Montezuma, y todos los señores sus vasallos, ocurrían siempre á la ciudad, habia en ella mas manera y policía en todas las cosas.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 109.

(2) Hablando Zuazo de la belleza y calor de esta manufactura nacional, dice: „ví muchas mantas de á dos haces labradas de plumas de pavos de aves tan suaves, que

mejicanos el arte de fabricar un hilo muy fino del pelo de conejo y otros animales, con el cual trabajaban una delicada tela, que tomaba un color permanente. Parece que las mugeres, como en otras partes del país, andaban con tanta libertad como los hombres. Usaban varias especies de basquiñas de diferentes tamaños, con ricos bordados, y algunas veces sobre ellas anchas mantas flotantes que llegaban hasta el tobillo (a). Eran hechas también de algodón, y para las clases mas ricas de una tela muy fina, hermosamente bordadas (3). En este lugar no se usaban velos como en algunas otras partes del Anáhuac, donde eran hechos de hilo de maguey ó del ligero tejido de pelo arriba mencionado. Las mugeres aztecas llevaban descubierta la cara; y sus negras y largas trenzas flotaban voluptuosamente sobre sus espaldas, dejando ver facciones, que aunque de un color oscuro, ó mas bien bronceado, eran no pocas veces agradables, al mismo tiempo que se notaba en ellas la seria y aun melancólica expresion característica de la fisonomía nacional (4).

Al llegar cerca del *tianguetz* ó gran mercado, admiráronse los españoles con la mucha gente que se dirigía á él, y al entrar á la plaza fué mayor su sorpresa con la vista de la multitud allí reunida y las dimensiones del recinto, tres veces mayor que la célebre plaza de Salamanca (5). Aquí se encontraban traficantes de todas partes con los productos y manufacturas peculiares á sus respectivas provincias; los plateros de Azcapozalco; los alfareros y joyeros de Cholula; los pintores de Tezcuco; los canteros de Tenayocan; los monteros de Xilotepec; los pescadores de Cuitlahuac; los fruteros de la tierra caliente; los fabricantes de sillas y esteras de Cuautitlan, y los floristas de Xochimilco, todos empeñosamente ocupados en recomendar sus efectos y en ajustarse con los compradores (6).

trayendo la mano por encima á pelo y á pospelo, no era mas que una manta zebellina muy bien adovada: hice pesar una de ellas no pesó mas de seis onzas. Dicen que en el tiempo del invierno una basta para encima de la camisa sin otro cobertor ni mas ropa encima de la cama." Carta, MS.

(a) Este traje se llama *hucpili*.

(3) „Sono lunghe & large, lavorate di bellissimi, & molto gentili lavori sparsi per esse, cón le loro frangie, ò orletti ben lavorati che compariscono benissimo." Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 305. „Son largas y anchas, bellisimamente trabajadas, esparcidas en ellas muchas hermosas labores con sus franjas y orlas perfectamente hechas y parecen muy bien. Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, p. 105.

(4) Ibid, fol. 305.

(5) Ibid., fol. 309.

(6) „Quivi concorrevano i Pentolai, ed i Giojellieri di Cholulla, gli Orefici d' Azcapozalco, i Pittori di Tezcuco, gli Scarpellini di Tenajocan, i Cacciatori di Xilotepec, i Pescatori di Cuitlahuac, i fruttajuoli de' paesi caldi, gli artefici di stuoje, e di scranne di Quauhtitlan ed i coltivatori de' fiori di Xochimilco." „Aquí concurrían los alfareros y lapidarios de Cholula, los plateros de Azcapozalco, los pintores de Tezcuco, los canteros de Tenayocan, los cazadores de Xilotepec, los pescadores de Cuitlahuac, los fruteros de los Países cálidos, los fabricantes de esteras y trastes de

La plaza del mercado estaba rodeada de espaciosos pórticos, y cada artículo tenía su lugar determinado. Allí veíase el algodón amontonado en fardos ó convertido en vestidos y efectos de uso doméstico, como tapices, cortinas, colchas y otras cosas semejantes, cuyos ricos colores y hermosas manufacturas recordaban á Cortés la Alcaicería ó mercado de sedas de Granada. Había un sitio señalado para los plateros, donde el comprador podía encontrar varios adornos de preciosos metales, ó curiosos dijes, tales como los que ya hemos tenido ocasion de mencionar, hechos á imitacion de pájaros y peces, con alternadas escamas y plumas de oro y plata, y con cabezas y cuerpos movibles. Estos caprichosos dijes estaban frecuentemente adornados de piedras preciosas, y en su manufactura manifestaban una ingeniosidad pacífica y pueril, semejante á la de los chinos (7).

En un departamento inmediato estaban reunidas piezas de alfarería ordinaria y fina, vasijas de madera curiosamente esculpidas, barnizadas ó doradas, de diversas y algunas veces graciosas formas. Había tambien hachas de cobre ligado con estaño, sustituto, y segun habia acreditado la experiencia, no muy malo del hierro. Allí encontraba el soldado todos los utensilios de su profesion. El casco que figuraba la cabeza de algun animal feroz, mostrando sus hileras de dientes, y su erizada cresta teñida con el rico colorido de la cochinilla (8); el *escaupil* ó justillo de algodón, la rica cota de plumas y armas de toda especie, lanzas y saetas con puntas de cobre, y el ancho *maguahuitl*, la espada mejicana, con sus afiladas hojas de *itztli* (a). Aquí habia navajas de barba y espejos de este mis-

Cuautitlan y los cultivadores de flores de Xochimilco." Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 165."

(7) „Oro y plata, piedras de valor, con otros plumajes é argenterías maravillosas, y con tanto primor fabricadas que excede todo ingenio humano para comprenderlas y alcanzarlas." (Carta del Lic. Zuazo, MS.) En seguida enumera el licenciado algunas de estas elegantes piezas de mecánica. No es menos enfático Cortés en su admiracion: „Contrahechas de oro, y plata, y piedras y plumas, tan al natural lo de oro, y plata, que no hay platero en el mundo que mejor lo hiciese, y lo de las piedras que no baste juicio á comprender con qué instrumentos se hiciese tan perfecto, y lo de pluma, que ni de cera, ni en ningun broslado se podría hacer tan maravillosamente." (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 110.) P. Mártir de Anglería, crítico menos preocupado que Cortés, y que vió y examinó despues muchas de estas piezas de oro en Castilla, asegura lo mismo con respecto á su esquisito trabajo, el cual dice, excedia demasiado al valor del material. De Orbe novo, déc. 5, cap. 10.

(8) Herrera trae la no autorizada asercion, repetida por Solís, de que los mejicanos ignoraban el valor de la cochinilla, hasta que se les enseñó por los españoles. (Herrera, Hist. general, déc. 4, lib. 8, cap. 11.) Por el contrario, impendian los nativos mucho trabajo en crear este insecto en los plantíos de nopal, y él formaba uno de los principales tributos pagados por ciertos distritos á la corona. Véanse los mapas de tributos, en Lorenzana, números 23 y 24.—Hernandez, Hist. Plantarum, lib. 6, cap. 116.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. I, p. 114.

(a) Es la obsidiana que se trabajaba en diversas partes, y que por la abundancia

mo duro y pulido mineral, que entre los aztecas servía para muchos de los usos á que está destinado el acero (9). En la plaza encontrábanse tambien tiendas ocupadas por barberos que usaban la misma clase de navajas, pues los mejicanos, contra la opinion popular y errónea respecto de los aborígenes del Nuevo-Mundo, tenían barba aunque poca. Otras tiendas ó barracas, estaban ocupadas por los boticarios, y bien provistas de drogas, raices y diferentes preparaciones médicas. En otros lugares vendíanse libros en blanco ó mapas para la escritura-pintura geroglífica, recogidos como abanicos, y hechos de algodón, pieles, y mas comunmente de hilo de maguey (a), el papyrus azteca.

Bajo algunos de los pórticos veíanse cueros al pelo y curtidos; así como tambien varios efectos de pieles destinados al uso doméstico ó personal. Ofrecíanse en venta animales así selváticos como domesticados, y cerca de ellos tal vez algunos esclavos, con collares que indicaban estaban tambien de venta; espectáculo no limitado por desgracia á los mercados de la bárbara Méjico, aunque los males de su condicion se aumentaban aquí por la certidumbre de que una vida de degradacion podia de un momento á otro terminar con el terrible destino del sacrificio.

Los materiales comunes de construir edificios, como piedra, cal y madera, eran considerados demasiado voluminosos para darles lugar en la plaza, y se depositaban en las calles contiguas á las orillas de los canales. Seria largo enumerar todos los diversos efectos, ya de lujo ya de uso diario que de todas partes estaban reunidos en este extenso bazaar. Pero no debo omitir hablar de la abundancia de provisiones, uno de los rasgos mas atractivos del *tianguetz*: carnes de todas especies, aves domésticas, animales de caza de las montañas inmediatas, peces de los lagos y rios, frutas en toda la deliciosa variedad de estas regiones templadas, sabrosas legumbres, y el nutritivo maiz. Habia tambien muchas viandas, ya preparadas, que exhalando un agradable olor excitaban el apetito del ocioso pasajero; pastelería, pan de maiz, bollos y confituras (10). Juntamente con esto veíanse bebidas frescas, ó estimulantes, el espumoso chocolate con su delicado aroma de vainilla, y el embriagante pulque, el jugo fermentado del aloe. Todos estos efectos y cada puesto y pórtico, estaban adornados, ó mas bien cargados de flores, mostrando aunque en mayor escala un gusto semejante al que hoy se manifiesta en los mercados de la moderna Méjico.

de fragmentos labrados que en ella quedan, ha hecho dar el nombre de *cerro de las navajas* á uno de los grandes talleres de armas que habia cerca de Zinapécuaro, en el departamento de Michoacan.

(9) Véase la página 84 de este tomo.

(a) De este mismo material se hace ahora papel comun en las fábricas nacionales.

(10) Zuazo que parece bien instruido en estas materias, concluye un párrafo con el siguiente tributo á la cocina azteca. „Véndense huevos asados, crudos, en tortilla, é diversidad de guisados que se suelen guisar, con otras cazuelas y pasteles, que en el mal cocinado de Medina, ni en otros lugares de Flamencos dicen que hay, ni se pueden hallar tales trujananes.” Carta MS.

Parece que las flores eran la espontánea producción de este fértil suelo, que en vez de crear como en otras regiones yerbas venenosas, está siempre pronto sin ayuda del hombre, á cubrir su desnudez con la rica y variada librea de la naturaleza (11).

Excusaré al lector todos los particulares referidos por los admirados españoles los cuales son de algun interes, porque manifiestan diversas habilidades mecánicas y necesidades cultas semejantes á las de una sociedad refinada, mas bien que á las de una nacion de salvajes. Era la civilizacion *material* que no pertenece ni á la una ni á la otra. El azteca habia llegado á un término medio; de manera que era tan superior á las rudas razas del Nuevo Mundo, como inferior á las naciones cultas del antiguo.

En cuanto al número de personas reunidas en el mercado, hay diversos cálculos. Los españoles visitaron este lugar varias veces, y ninguno señala una suma menor de cuarenta mil. Algunos la hacen subir á mas (12). Sin confiar demasiado en la aritmética de los conquistadores, es cierto que en estos mercados que tenían lugar cada cinco dias, la ciudad se llenaba de una inmensa multitud de gente de fuera, no solo de las inmediaciones, sino de muchas leguas en contorno, las calzadas estaban cubiertas de gentío, y el lago cruzado por canoas con traficantes que iban al gran *tianquez*. Ciertamente eran semejantes á las ferias periódicas de Europa, no á las que ahora se celebran, sino á las que existian en los siglos medios, cuando por la dificultad de la comunicacion, servian de grandes y centrales emporios de relaciones comerciales, y ejercian la influencia mas importante y benéfica en la sociedad.

Los contratos se hacian algunas veces por cambios, pero mas comunmente con la moneda del pais, que consistia en pedazos de estaño con una cifra estampada, semejante á la T; en saquillos de cacao, cuyo valor se regulaba por su tamaño; y finalmente en cañones de pluma llenos de polvo de oro. Este metal parece que era parte de la moneda corriente en ambos hemisferios. Es singu-

(11) Extensas noticias mas de las que creo necesario dar sobre el mercado azteca de Tlalotelco pueden encontrarse en los escritos de todos los antiguos españoles, que visitaron la capital. Entre otros, véase á Cortés, Rel. seg., en Lorenzana, pp. 103-105.—Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.—Carta del Lic. Zuazo, MS.—Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 92.

(12) Zuazo la hace subir á ochenta mil. (Carta, MS.) Y Cortés á sesenta mil. (Rel. seg., ubi supra.) El cómputo mas moderado es el del „conquistador anónimo,” quien dice que de cuarenta á cincuenta mil. „E il giorno del mercato, che si fa di cinque in cinque giorni, vi sono da quaranta ó cinquanta milla persone;,” „y el dia del mercado que se hace de cinco en cinco dias, se reunen de cuarenta á cincuenta mil personas.” (Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.) Esto confirma la suposicion de que el cálculo de la poblacion de la capital que se encuentra en la version italiana de este autor, es error de imprenta. (Véase la nota 13 del capítulo anterior.) No es creíble que hubiera intentado reunir toda la poblacion en el mercado.

lar que los aztecas no hubieran tenido conocimiento de los pesos y balanzas. La cantidad se determinaba por número y medida (13).

El órden mas perfecto reinaba en esta inmensa reunion. Patrullaban la plaza oficiales, cuya obligacion era conservar la paz, coleccionar los impuestos de las diferentes mercancías, ver que no se usara de falsas medidas ó fraudes de cualquiera clase, y presentar tambien á los culpables ante la justicia. Un tribunal de doce jueces estaba situado en un ángulo del mercado, investido con aquellas amplias y sumarias facultades que en los países despóticos se delegan frecuentemente aun á tribunales inferiores. La extrema severidad con que mas de una vez usaron de ellas, prueba que su autoridad no era nominal (14).

El tianguex de Méjico fué naturalmente un objeto de grande interes y admiracion para los españoles, pues en él veían como reunidos en un solo foco todos los rasgos de civilizacion que estaban esparcidos por el país. Aquí encontraban varias pruebas de habilidad mecánica y de industria doméstica; los multiplicados recursos de todas clases que estaban al alcance de los nativos. No pudieron menos de concebir una alta idea de la magnitud de estos recursos, así como de la actividad comercial y subordinacion social con que toda la poblacion estaba unida, y su admiracion se comprueba suficientemente con la minuciosidad y energía de sus descripciones (15).

De esta bulliciosa escena, se dirigieron los españoles al gran *teocalli*, situado no muy lejos de sus cuarteles. Cubria, con sus edificios adyacentes segun ha visto ya el lector, el extenso terreno ocupado ahora por la catedral, parte de la plaza del mercado y algunas de las calles contiguas (16). Llenaba el sitio que habia sido consagrado al mismo objeto probablemente desde la fundacion de la ciudad; y sin embargo el templo de que se habla, no era de mucha antigüedad, pues habia sido construido por Ahuítzotl, quien celebró su dedicacion en 1486, con aquella hecatombe de víctimas humanas, de que los historiadores dan tan increíbles noticias (17).

Levantábase en medio de una vasta area rodeada de un muro de cal y piedra de cerca de ocho piés de altura, adornado en su parte exterior con figuras de serpientes trabajadas en relieve, las cuales le dieron el nombre de *coatepanthli*, ó „pared de serpientes.” Este emblema era muy comun en la escultura sagrada del Anáhuac, así como en la del Egipto. El muro era cuadrangular y entraba-

(13) Véase la página 87 de este tomo.

(14) Toribio, Hist. de los indios, MS., parte 3, cap. 7.—Rel. seg., en Lorenzana, p. 104.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 10.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, lug. cit.

(15) „Entre nosotros,” dice Diaz, „hubo soldados que habian estado en muchas partes del mundo, y en Constantinopla, y en toda Italia, y Roma, y dijeron, que plaza tambien compasada, y con tanto concierto y tamaña, y llena de tanta gente, no la habian visto.” Ibid., ubi supra.

(16) Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 27.

(17) Véase la página 48 de este tomo.

se á él por grandes puertas almenadas, que comunicaban á las cuatro calles principales. Sobre cada una de estas puertas habia una especie de arsenal provisto de armas y utensilios de guerra; y si hemos de dar crédito á los conquistadores, habia allí cuarteles ocupados por diez mil soldados, que servian como de una especie de policía militar para la capital, y proporcionaban al emperador un fuerte ejército, en caso de tumulto ó sedicion (18).

El *teocalli* mismo era una sólida fábrica piramidal de tierra y piedra suelta, cubierta exteriormente con piedra labrada probablemente de la ligera y porosa especie empleada en los edificios de la ciudad (19). Era sin duda cuadrado, mirando sus lados á los puntos cardinales (20). Estaba dividido en cinco cuerpos ó pisos, siendo cada uno de ellos de menores dimensiones que el inmediato; forma ordinaria de los *teocallis* aztecas, como ya se ha visto, y que tenia cierta semejanza con algunas de las primitivas estructuras piramidales del Antiguo Mundo (21). La subida se verificaba por una escalera abierta en la parte exterior, que llegaba á un estrecho terrado ó plataforma en la base del segundo piso, la cual pasaba alrededor del edificio, y de allí una segunda escalera conducia á otro terrado semejante en la base del tercero. El ancho de estos terrados era todo el espacio que un piso distaba de la orilla del otro. A consecuencia de esta construccion, era forzoso dar vuelta á todo el edificio cuatro ocasiones para llegar á la parte superior de él, lo cual daba un efecto imponente al ceremonial religioso, cuando la solemne procesion de sacerdotes, con su música salvaje, daba vuelta á los altos lados de la pirámide, y subia gradualmente á la cumbre en presencia de la atenta multitud.

No pueden decirse con certeza sus dimensiones. Los conquistadores juzgaban

(18) „E di più v'havea vna guarnigione di dieci milla uomini di guerra, tutti eletti per uomini valenti, & questi accompagnavano & guardavano la sua persona, & quando si faceva qualche rumore ò ribellione nella città ò nel paese circumvicino, andavano questi, ò parte d'essi per capitani.” „Y ademas tenia una guarnicion de diez mil hombres de guerra, todos escogidos por hombres valientes, que acompañaban y guardaban su persona, y cuando habia algun rumor ó rebelion en la ciudad ó pais circunvecino, iban estos ó parte de ellos por capitanes.” Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

(19) Humboldt, *Essai politique*, tom. II, p. 40.

Al empedrar la plaza, no mucho tiempo ha, se encontraron alrededor de la moderna catedral grandes trozos de piedras esculpidas, á treinta ó cuarenta piés de profundidad. Ibid., lug. cit.

(20) Clavijero dice, que tenia la figura de un paralelógramo, fundado en la autoridad „del conquistador anónimo;” (Stor. del Messico, tom. II, p. 27, nota;) pero este último no dice una palabra sobre la forma, y la obra de madera de que habla, está manifestamente destituida de toda proporcion para que pueda proporcionar inferencia alguna. (Comp. Rel. d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 307.) Torquemada y Gomara dicen que era cuadrado; (Monarq. indiana, lib. 8, cap. 11.—Crónica, cap. 80;) y Toribio de Benavente, hablando en general de los templos mejicanos, dice que tenian esta forma. Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 12.

(21) Véase el Apéndice, part. 1.

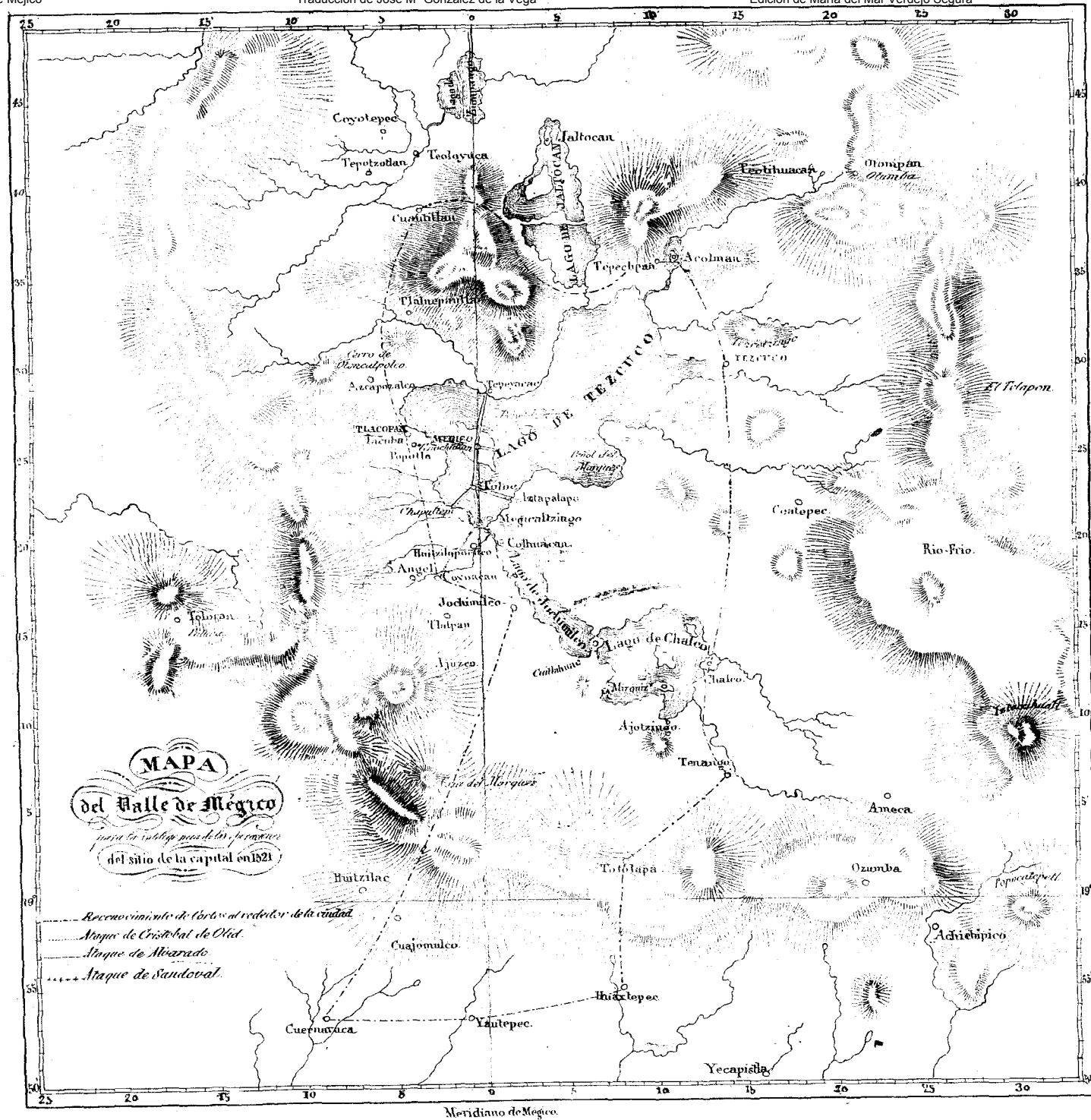
por la vista, molestándose pocas veces en cosa que pareciese una medida exacta. Tenia probablemente no menos que trescientos piés cuadrados en su base (22), y como que los españoles contaron ciento catorce escalones, seguramente su altura era menos de cien piés (23).

Cuando llegó Cortés al *teocalli*, encontró dos sacerdotes y varios caciques comisionados por Montezuma para que le evitaran la molestia de la subida, conduciéndole en sus espaldas como lo habian hecho con el emperador; pero el general rehusó este cumplimiento y prefirió marchar á la cabeza de sus soldados. Al llegar á la cumbre vieron una vasta area perfectamente enlosada. El primer objeto que encontró su vista, fué una gran piedra de jaspe (*a*), cuya peculiar forma manifestaba que era en la que se extendia á los desgraciados prisioneros destinados al sacrificio. Su convexa superficie levantando el pecho de la víctima, proporcionaba los medios de practicar mas fácilmente la diabólica operacion de arrancarle el corazon. En el otro extremo de la area, habia dos torres ó santuarios compuestos de tres pisos, el primero de madera y estuco, y los dos mas altos de madera esmeradamente esculpida. En el de abajo hallábanse las imágenes de sus dioses; y los de arriba estaban ocupados con utensilios para sus servicios religiosos, y con las cenizas de algunos de los príncipes aztecas que habian elegido este aéreo sepulcro. Delante de cada santuario, se levantaba un altar donde ardia el fuego sagrado, cuya extincion presagiaba el mal del imperio, así como lo hubiera hecho la de la llama vestal de la antigua Roma.

(22) Al decir Clavijero que era de figura oblongo, adopta la asercion de Torquemada en cuanto á lo largo, y no la de Sahagun como pretende, quien nunca vió ni trae la medida del edificio y el cálculo de Gomara que es un poco menor en cuanto al ancho. (Stor. del Messico, tom. II, p. 28, nota.) Como que sus dos autoridades consideran al edificio cuadrado, la idea de combinar el uno con el otro es bastante caprichosa. Fray Toribio que midió un teocalli de construccion ordinaria en la ciudad de Tenayuca, encontró que tenia cuarenta brazas, ó doscientos cuarenta piés cuadrados. (Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 12.) El gran templo de Méjico era indudablemente mayor, y á falta de mejores autoridades debemos conformarnos con la de Torquemada que le da mas de trescientos setenta piés cuadrados toledanos, ó lo que es lo mismo, trescientos ochenta franceses. (Monarq. indiana, lib. 8, cap. 11). ¿Cómo puede hablar el Baron de Humboldt del gran número de testimonios con respecto á las dimensiones del templo, cuando no hay dos autoridades acordes? (Essai politique, tom. II, p. 41.)

(23) Bernal Diaz dice que contó ciento catorce escalones. (Hist. de la conquista, cap. 92.) Toribio asegura que algunas personas que los contaron, le habian dicho eran mas de ciento. (Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 12.) Ciertamente los escalones no podian tener menos de ocho ó diez pulgadas cada uno; Clavijero asegura que tenian un pié, y que por lo mismo el edificio tenia ciento catorce piés de altura. (Stor. del Messico, tom. II, pp. 28 y 29.) Es muchas veces mas seguro en la historia, no usar otra palabra mas precisa que la de probablemente.

(*a*) Seria sin duda de la misma piedra negra ó basalto compacto de que son casi todos los monumentos de aquel tiempo.



Aquí también estaba el enorme tambor cilíndrico hecho de pieles de serpientes, y solo tañido en casos extraordinarios, en los cuales difundía un sonido melancólico que podía oírse por muchas millas; sonido funesto en época posterior para los españoles.

Acompañado Montezuma del sumo sacerdote, se adelantó á recibir á Cortés luego que llegó á la cumbre. „Estais fatigado, Malinche,” díjole, „de subir á nuestro gran templo;” pero Cortés con una estudiada política, le aseguró, „que los españoles nunca se cansaban.” Despues, tomándole el emperador por la mano, le señaló los lugares vecinos. El templo en que se hallaban, descollaba sobre los demas edificios de la capital, y proporcionaba el mas elevado, así como el mas central punto de vista. A sus piés se extendía la ciudad como un mapa, con sus calles y canales, cortándose unos á los otros en ángulos rectos, y sus azoteas floreciendo cual otros tantos jardines. Cada lugar daba muestras de vida con los negocios y el bullicio. Veíase á las canoas subir y bajar los canales, las calles estaban llenas de gente, vestidas con su traje alegre y pintoresco, al paso que de la plaza del mercado que tan recientemente habian dejado, se levantaba por el aire un confuso murmullo de muchos sonidos y voces (24). Podian distinguir claramente el simétrico plan de la ciudad, con sus principales calles que salian de las cuatro puertas del *coatepantli* y se unian con las calzadas que formaban las grandes entradas á la capital. Este hermoso y ordenado arreglo estaba imitado en muchas de las ciudades inferiores, donde los grandes caminos se dirigian directamente al *teocalli* principal, ó catedral como un foco comun (25). Podian ver la posicion insular de la metrópoli, bañada en todos lados por la salada laguna de Tezcucó; y á alguna distancia las claras é insalobres aguas de Chalco. Mas adelante se extendía una ancha línea de campos y ondulantes selvas con los pulidos muros de muchos elevados templos que se levantaban sobre los árboles y coronaban las cumbres de los lejanos collados (26). Llegaba la vista por una línea no interrumpida, hasta la misma base

(24) „Tornamos á ver la gran plaza, y la multitud de gente que en ella habia, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor, y zumbido de las voces y palabras que allí habia, sonaba mas que de una legua.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 92.

(25) „Y por honrar mas sus templos sacaban los caminos muy derechos por cordel de una y de dos leguas que era cosa harto de ver, desde lo alto del principal templo, como venian de todos los pueblos menores y barrios; salian los caminos muy derechos y iban á dar al patio de los teocallis.” Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 12.

(26) „No se contentaba el demonio con los (teucates) ya dichos, sino que en cada pueblo, en cada barrio y á cuarto de legua, tenian otros patios pequeños adonde habia tres ó cuatro teocallis, y en algunos mas, en otras partes solo uno y en cada mogote ó cerrejon uno ó dos, y por los caminos y entre los maizales habia otros muchos pequeños y todos estaban blancos y encalados, que parecian y abultaban mucho, que en la tierra bien poblada parecia que todo estaba lleno de casas, en especial de los patios del demonio que eran muy de ver.” Toribio, Hist. de los indios, MS., ubi supra.

de las montañas, cuyos nevados picos brillaban con los rayos de la mañana como si fueran tocados por el fuego, al mismo tiempo que largas y oscuras nubes de vapor, salían de la blanca cima del Popocatepetl, como diciendo que el destructor elemento germinaba en el seno del hermoso valle.

Llenóse Cortés de admiracion con la vista de este grande y hermoso espectáculo, y manifestó sus sentimientos en un lenguaje animado al emperador, señor de estos florecientes dominios. Bien pronto tomaron sus pensamientos otra direccion, y volviéndose al Padre Olmedo que estaba á su lado, le indicó la idea de que la cumbre del templo proporcionaria la posicion mas visible para la cruz de Cristo, si Montezuma permitia que se plantara allí; pero el discreto eclesiástico, con el buen sentido que en estos casos parece haber faltado tan lamentablemente al general, le recordó, que tal peticion podia ser entonces muy fuera de tiempo, pues el monarca indio no habia mostrado aun disposicion favorable para convertirse al cristianismo (27).

Luego pidió Cortés á Montezuma le permitiera entrar á los santuarios y ver los relicarios de sus dioses. Consintió en ello despues de una breve conferencia con los sacerdotes y condujo á los españoles al interior del edificio. Encontráronse en un espacioso lugar, cuyas paredes de estuco tenian esculpidas varias figuras que representaban, tal vez, el calendario mejicano ó el ritual sacerdotal. En un extremo del salon habia un retrete cuyo techo de madera estaba ricamente esculpido y dorado. Delante del altar de este santuario, se hallaba la imagen colosal de Huitziloputzli, deidad tutelar, y dios de la guerra de los aztecas. Su semblante estaba desfigurado con los horribles lineamientos de una misteriosa significacion. En su mano derecha empuñaba un arco, y en la izquierda un manojo de saetas de oro, que una tradicion religiosa habia unido á las victorias de su pueblo. Una hermosa serpiente de perlas y piedras preciosas ceñia su cintura, y los mismos ricos materiales estaban pródigamente esparcidos sobre su persona. En su pié derecho veíanse las delicadas plumas del colibrí que, cosa singular, daban su nombre á la terrible divinidad (28). Su adorno mas notable era una cadena de corazones de oro y plata alternados, que pendia de su cuello; emblema del sacrificio en que mas se deleitaba. Otra prueba mas inequívoca de esto se mostraba en tres corazones que estaban entonces delante del altar humeando y casi palpitando, como si se hubieran arrancado recientemente á las víctimas.

El inmediato santuario estaba dedicado á una deidad mas benigna; Tezcatlipoca, segunda en honor respecto de aquel invisible Ser, el supremo Dios que no era representado por imagen alguna, y que no estaba limitado á ningun templo. Era Tezcatlipoca quien habia criado al mundo y velaba sobre él con un cuidado paternal. Representábanle como á un jóven, y su imagen de piedra negra pulimentada, estaba ricamente ataviada de piezas y adornos de oro; en-

(27) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, ubi supra.

(28) Véase la página 35 de este tomo.

tre los cuales, un escudo tan reluciente como un espejo, era su emblema mas característico, pues en él veía reflectados todos los sucesos del mundo; pero el homenaje ofrecido á este Dios, no era siempre mas humano ó mas benigno que el tributado á su carnívoro hermano, pues veíanse sobre su altar, cinco corazones ensangrentados, puestos en un plato de oro.

Los muros de estas dos capillas estaban salpicados de sangre humana. „Era mas intolerable el hedor,” exclama Diaz, „que el de las casas de matanza en Castilla.” Y las caprichosas formas de los sacerdotes con sus vestiduras negras, manchadas de sangre, moviéndose de un lugar á otro, parecieron á los españoles ser las de los mismos ministros de Satán (29).

De este inmundo lugar salieron con el mayor gusto al aire libre, y entonces volviéndose Cortés á Montezuma, díjole con una sonrisa: „No comprendo cómo un poderoso y sabio príncipe cual vos, puede poner su fe en tan malignos espíritus como son estos ídolos representantes del demonio. Si nos permitiérais erigir aquí la verdadera cruz, y colocar en vuestros santuarios las imágenes de la inmaculada Virgen y su sagrado Hijo, pronto veríais que vuestros falsos dioses sucumbían ante ellas.”

Mucho disgustó á Montezuma tan sacrílego discurso. „Estos son los dioses,” contestó, „que han conducido á los aztecas á la victoria desde que forman nacion, y que envían las sementeras y las cosechas en sus respectivas estaciones. Si yo hubiera creído que habíais de hacerles este ultraje, no os hubiera introducido á su presencia.”

Después de algunas excusas por haber herido los sentimientos del emperador, se despidió Cortés, y Montezuma permaneció en el templo diciendo, que debía expiar, si era posible, el crimen de haber expuesto los santuarios de sus di-
vinidades á tal profanacion por parte de los extranjeros (30).

Bajando al patio hicieron los españoles una detenida inspeccion de los otros edificios comprendidos en el recinto. La area estaba cubierta por un pavimento de piedra lisa, tan pulimentada, que con dificultad podían tenerse en pié

(29) „Y tenia en las paredes tantas costras de sangre, y el suelo todo bañado de ella, que en los mataderos de Castilla no habia tanto hedor.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, ubi supra.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 105 y 106.—Carta del Lic. Zuazo, MS.—Véase tambien sobre las noticias de estas deidades á Sahagun, lib. 3, cap. 1, y sig.—Torquemada, Monarq. indiana, lib. 6, cap. 20 y 21.—Acosta, lib. 5, cap. 9.

(30) Bernal Diaz, Ibid., ubi supra.

Cualquiera que examine la gran carta de Cortés á Carlos V, se sorprenderá de hallar referido que en lugar de excusarse con Montezuma, arrojó por tierra los ídolos, y erigió en su lugar los emblemas cristianos. (Rel. seg., en Lorenzana, p. 106.) Pero este acontecimiento fué muy posterior. El conquistador escribió sus comunicaciones con demasiada rapidez y concision, para que pueda señalar siempre con exactitud el tiempo y circunstancias. Probablemente se encontrará esta misma falta en la prolija é inestimable Crónica de Diaz.

los caballos. Habia otros varios *teocallis*, dedicados á las diferentes deidades aztecas, edificados en lo general bajo el modelo del principal, aunque de muy inferiores dimensiones (31). En sus cumbres lucian los altares coronados de perpétuas llamas, las cuales con las de los numerosos templos que habia en otros puntos de la capital, comunicaban una brillante iluminacion á las calles durante las largas noches (32).

Entre los *teocallis* erigidos en el recinto, habia uno consagrado á Quetzalcoatl, de forma circular, y cuya entrada imitaba la boca de un dragon, con erizados y afilados colmillos, chorreando sangre. Al dirigir los españoles una mirada furtiva por la garganta de este horrible monstruo, vieron reunidos allí los instrumentos del sacrificio y otras horribles abominaciones. Sus duros corazones se estremecieron con el espectáculo que tenian á la vista, y designaron este lugar no muy inmerecidamente, con el nombre de „Infierno” (33).

Otra fábrica debe notarse como característica de la brutal naturaleza de su religion; un baluarte ó montecillo piramidal que tenia en su ancha cumbre un complicado cerco de madera, en el cual estaba colocado inmenso número de cráneos humanos pertenecientes á las víctimas, en su mayor parte prisioneros que habian perecido en la detestable piedra del sacrificio. Uno de los soldados tuvo la paciencia de contar estos horribles trofeos, y asegura eran ciento treinta y seis mil (34). Pudiera dudarse de tal asercion, si el Antiguo Mundo no presentara un ejemplo semejante en los Gólgotas piramidales que conmemoraban los triunfos de Tamerlan (35).

Habia muchos edificios en este mismo recinto destinados á la habitacion de los sacerdotes y otras personas empleadas en los oficios de la religion. Dícese que

(31) „Cuarenta torres muy altas y bien obradas.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 105.

(32) „Delante de todos estos altares habia braseros que toda la noche ardian, y en las salas tambien tenian sus fuegos.” Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 12.

(33) Bernal Diaz, *Ibid.*, ubi supra.

Toribio hace mencion tambien de este templo con el mismo halagüeño epíteto.

„La boca hecha como de infierno y en ella pintada la boca de una temerosa sierpe con terribles colmillos y dientes, y en algunas de estas los colmillos eran de bulto, que verlo y entrar dentro ponia gran temor y grima, en especial el infierno que estaba en México, que parecia traslado del verdadero infierno.” Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 4.

(34) Bernal Diaz, ubi supra.

„Andres de Tapia, *que me lo dijo*, y Gonzalo de Umbria, las contaron un dia, y hallaron ciento y treinta y seis mil calaveras, en las vigas y gradas.” Gomara, *Crónica*, cap. 82.

(35) Gibbon hace mencion de tres colecciones de estos execrables horrores caprichosamente dispuestos, por todos doscientos treinta mil. (*Decline and Fall*, ed Milman, tom. I, p. 52, vol. XII, p. 45.) Un literato europeo elogia, „la piedad de este conquistador, su moderacion y su justicia.” Row’s *Dedication of „Tamerlane.”*

todo su número ascendía á varios miles. Allí estaban tambien los seminarios principales para la instruccion de la juventud de ambos sexos, pertenecientes en lo general á la clase mas rica y elevada. Las jóvenes eran enseñadas por las mugeres de edad que oficiaban como sacerdotisas, costumbre recibida tambien en Egipto. Confiesan los españoles que en estas instituciones, se tenia el mayor cuidado por la moral, y se observaba el mas honesto comportamiento. Ocupaban principalmente su tiempo las pupilas, como en la mayor parte de los establecimientos monásticos, en el minucioso y molesto ceremonial de su religion. A los niños se les enseñaba aquellos elementos de las ciencias que estaban al alcance de sus maestros, y las niñas aprendian á tejer y bordar, cuya habilidad empleaban en decorar los templos. A una edad proporcionada salian generalmente al mundo á desempeñar las ocupaciones correspondientes á su clase, aunque algunas permanecian constantemente consagradas á los servicios de la religion (36).

Veianse edificios de un carácter todavia mas diferente. Graneros donde se almacenaban los ricos productos de las posesiones de la iglesia, y los primeros frutos y demas ofrendas de los fieles. Otra espaciosa mansion estaba reservada para los extranjeros de alto rango que venian en peregrinacion al gran *teocalli*. Todo el recinto estaba adornado de jardines sombreados por envejecidos árboles y regados por fuentes y receptáculos que alimentaban los abundantes arroyos de Chapoltepec. Esta pequeña sociedad estaba, pues, provista de casi todo lo necesario, para su propia manutencion y para el servicio del templo (37).

Era una miniatura de ella misma; una ciudad dentro de otra ciudad, y segun la asercion de Cortés, ocupaba un terreno bastante para edificar quinientas casas (38). Ella presentaba en este breve ámbito el extremo de la barbarie, mezclado con una cierta civilizacion enteramente característica á los aztecas. Los rudos conquistadores solo hallaron pruebas de lo primero. En las fantásticas y simbólicas facciones de las divinidades, miraban los verdaderos lineamientos de Satán: en los ritos y frívolos ceremoniales, su código especial de condenacion; y en el modesto porte y esmerada educacion de los alumnos de los seminarios, los engaños con que seducian á sus ilusas víctimas (39). Antes de que transcur-

(36) Véase la página 42 de este tomo.

El deseo de dar al lector una idea completa del estado que guardaba la capital en el tiempo que la ocuparon los españoles, me ha obligado á repetir en este capítulo y en el anterior algunas de las observaciones hechas en el libro de introduccion de esta historia sobre las instituciones aztecas.

(37) Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 12.—Gomara, Crónica, cap. 80.—Rel d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

(38) „Es tan grande que dentro del circuito de ella, que es todo cercado de muro muy alto, se podia muy bien facer una villa de quinientos vecinos.” Rel. seg., en Lorénzana, p. 105.

(39) „Todas estas mugeres,” dice el Padre Toribio, „estaban aquí sirviendo al demonio por sus propios intereses; las unas porque el demonio las hiciese modestas,” &c. Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 9.

riera un siglo, los descendientes de estos mismos españoles ditinguieron en los misterios de la religion azteca, rasgos oscuros y desfigurados de la revelacion cristiana y de la de los judíos (40). Tales fueron las opuestas conclusiones del ignorante soldado y del literato. Un filósofo libre de la supersticion, podria dudar cuál de las dos es mas extraordinaria.

La vista de las abominaciones indias, parece infundió en los españoles un sentimiento mas vivo por su propia religion; pues el dia siguiente pidieron permiso á Montezuma para convertir en capilla uno de los salones de su residencia, con el objeto de celebrar allí las ceremonias de su iglesia. El monarca, en cuyo pecho pronto se habia extinguido todo resentimiento, fácilmente accedió á la demanda, y envió á algunos aztecas para que les ayudaran en sus trabajos.

Mientras esto se hacia, algunos de los españoles observaron una cosa que parecia puerta recientemente tapiada. Decian comunmente que Montezuma aun conservaba los tesoros de su padre el rey Axayacatl en este antiguo palacio, y los españoles sabiendo ese hecho, no escrupulizaron satisfacer su curiosidad removiendo el yeso que formaba la pared. Como se habia creido, ocultaba una puerta, y forzándola encontraron que aquel rumor no era exagerado. Vieron un espacioso salon lleno de ricas y hermosas telas, curiosas manufacturas de varias clases, oro y plata en barras y en pasta, y muchas joyas de valor. Formaba todo esto el tesoro privado de Montezuma; tal vez las contribuciones de las ciudades tributarias, y en un tiempo la propiedad de su padre. „Era yo joven,” dice Diaz, que fué uno de los que vieron este tesoro, „y me pareció que todas la riquezas del mundo estaban en aquel sitio” (41). Los españoles, sin embargo de su alegría por el descubrimiento de este precioso depósito, parece que sintieron al menos por entonces, un loable escrúpulo de apropiárselo; y Cortés despues de hacer que se cubriese la puerta como antes estaba, dió estrictas órdenes sobre que nada se dijera del asunto, no queriendo que llegase á oídos de Montezuma que sus huéspedes sabian la existencia del tesoro.

Tres dias fueron bastantes para concluir la capilla; y los cristianos tuvieron la satisfaccion de verse en posesion de un templo, donde pudieran tributar á Dios el culto de sus mayores bajo la proteccion de la Cruz y de la sagrada Virgen. Diariamente celebraban misa los padres Olmedo y Diaz en presencia de todo el ejército, que era muy solícito y ejemplar en su devocion; parte, dice el historiador arriba citado, por la naturaleza del acto, y parte por la influencia edificante que debia ejercer en el iluso infiel (42.)

(40) Véase el Apéndice, part. 1.

(41) „Y luego lo supimos entre todos los demas capitanes, y soldados, y lo entramos á ver muy secretamente, y como yo lo vi, digo que me admiré, é como en aquel tiempo era mancebo, y no habia visto en mi vida riquezas como aquellas, ... re por cierto, que en el mundo no debiera haber otras tantas.” Hist. de la conquista, cap. 93.

(42) Ibid., lug. cit.

CAPITULO III.

**ANSIEDAD DE CORTES.—PRISION DE MONTEZUMA.—TRATO QUE RECIBIÓ
DE LOS ESPAÑOLES.—EJECUCION DE SUS OFICIALES.—PONENSELE
GRILLOS.—REFLEXIONES.**

1519.

Habian estado ya los españoles en Méjico una semana, en cuyo tiempo habian recibido del emperador el trato mas amistoso; pero el ánimo de Cortés se hallaba muy lejos de estar tranquilo. Conocia que era incierto cuánto tiempo duraria esta benévola disposicion. Mil circunstancias podrian ocurrir que la cambiaran. Debia naturalmente hallar demasiado gravoso para su erario el sostenimiento de tan crecido número de hombres. Los habitantes de la capital podian al fin disgustarse con la presencia de una fuerza armada tan numerosa dentro de sus murallas; muchas causas de disgustos podian suscitarse entre los soldados y los ciudadanos. Ciertamente apenas era posible que una soldadesca ruda y licenciosa cual la de los españoles pudiera conservarse sujeta sin distraerla con alguna ocupacion activa (1). Era mayor el peligro con los tlascaltecas, raza feroz puesta diariamente en contacto con una nacion á quien aborrecia y detestaba. Corrian ya rumores entre los aliados, fuesen fundados ó no, de murmuraciones de los mejicanos, acompañadas de amenazas de levantar los puentes (2). Aun cuando por entónces se hubiera permitido á los españoles ocupar

(1) „Los españoles,” dice Cortés francamente de sus compatriotas, „somos algo incomfortables, é importunos.” Rel. seg., en Lorenzana, p. 84.

(2) Gomara, Crónica, cap. 84.

Hay razon para dudar de la verdad de estos cuentos. „Segun una carta original que tengo en mi poder firmada de las tres cabezas de la Nueva-España en donde escriben á la Magestad del Emperador Nuestro Señor (que Dios tenga en su santo reino), disculpan en ella á Motecuhzoma y á los mejicanos de esto, y de lo demas que se les arguyó, que lo cierto era que fué invencion de los tlascaltecas, y de algunos de los españoles que veian la hora de salirse de miedo de la ciudad, y poner en cobro innumerables riquezas que habian venido á sus manos.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.

sus cuarteles sin molestarlos, nada se avanzaba con esto en el grande objeto de la expedicion. Cortés nada habia adelantado acerca de ganar la capital, paso tan esencial para la meditada subyugacion del pais, y algun dia podia recibir noticias de que la corona, ó lo que él mas temia, el gobernador de Cuba, habia enviado una fuerza superior para arrancarle una conquista solo medio concluida. Turbado con tales reflexiones, resolvió salir de este embarazo con un golpe atrevido; pero primero sujetó su proyecto á la resolucion de un consejo, compuesto de los oficiales en quienes mas confiaba, deseando dividir con ellos la responsabilidad del acto, é indudablemente interesarlos mas vivamente en su ejecucion, haciéndolo hasta cierto punto el resultado de su opinion combinada.

Cuando el general refirió brevemente las dificultades de su posicion, dividióse el parecer del consejo. Todos convinieron en la necesidad de tomar una medida pronta. Unos estaban por retirarse secretamente de la ciudad, y acabar de pasar las calzadas antes de que pudiera estorbarse su marcha. Otros aconsejaban se hiciese públicamente con conocimiento del emperador, de cuya benevolencia, habian tenido tantas pruebas; pero estas dos medidas, parecieron igualmente impolíticas. Una retirada en tales circunstancias, y hecha tan intempestivamente, podia parecer fuga. Tal vez se atribuiria á desconfianza de sí mismos, y cualquiera cosa que pudiera parecer temor por su parte, no solamente atraeria sobre ellos todas las fuerzas de los mejicanos, sino el desprecio de los aliados que indudablemente se unirian á sus enemigos. En cuanto á Montezuma, ¿qué confianza podian tener en la proteccion de un príncipe poco tiempo antes su enemigo, y que podia haber cambiado de porte por temor mas bien que por inclinacion?

Ademas, aun cuando logran llegar á la costa, no por eso se mejoraria su situacion. Con esto manifestarian al mundo que despues de su orgullosa vanagloria, la empresa era superior á sus fuerzas. La única esperanza de obtener el favor de su soberano y el perdon de su conducta irregular, se fundaba en el buen suceso de la expedicion. Hasta entonces solo habian conseguido el descubrimiento de Méjico; retirarse era dejar para otro la conquista y sus frutos. En una palabra, permanecer en la ciudad ó retirarse parecia igualmente peligroso.

En esta incertidumbre, propuso Cortés un arbitrio, que solo el mas resuelto espíritu en el extremo mas desesperado pudiera concebir. Fué este el marchar al palacio real y trasladar á Montezuma á los cuarteles españoles por medios suaves si podian persuadirlo á ello, ó por fuerza si era necesario; pero en todo caso apoderarse de su persona. Con esta prenda estarian libres los españoles de todo ataque por parte de los mejicanos, quienes temerian ejercer actos de violencia que comprometieran la seguridad de su príncipe. Si venia por su propio consentimiento, no tenian que excusarse de su conducta; y mientras que el emperador permaneciese entre los españoles, sería fácil, dejándole un simulacro de soberanía, gobernar en su nombre hasta que hubieran tomado las medidas necesarias para su seguridad y el buen suceso de la expedicion. La idea de emplear como un instrumento á un soberano para el gobierno de su propio rei-

no, si era nuevo en el siglo en que existió Cortés, no es ciertamente en el nuestro (3).

Una circunstancia de que Cortés habia recibido noticia en Cholula, proporcionó un pretexto plausible para la prision del hospitalario monarca, pues las acciones mas desvergonzadas procuran siempre cubrirse con un velo de decencia (4). Al partir para la capital habia dejado en Veracruz, como hemos visto, á un valiente oficial, Juan de Escalante, con ciento y cincuenta hombres de guarnicion. No habia estado mucho tiempo ausente, cuando su lugarteniente recibió un mensaje de un gefe azteca llamado Quauhpopoca y gobernador de un distrito situado al norte del establecimiento español, en que declaraba su deseo de venir en persona á celebrar alianza con las autoridades españolas de Veracruz. Pidió se le enviaran cuatro hombres blancos que pudieran protegerle contra ciertas tribus enemigas, por cuyo territorio tenia que pasar. No era esta una peticion poco comun para que excitara sospecha alguna en Escalante. Enviáronse los cuatro soldados, y cuando llegaron, dos de ellos fueron asesinados por el falso azteca, y los otros lograron escaparse y regresar á la guarnicion (5).

(3) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 84.—Ixtililxochilt, Hist. chich., MS., cap. 85.—P. Mártir de Anglería, de Orbe novo, déc. 5, cap. 3.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 6.

Bernal Diaz, refiere este hecho de diversa manera. Segun él, varios oficiales y soldados en cuyo número se contaba él mismo, sugirieron á Cortés la prision de Montezuma, quien sin vacilar adoptó el plan. (Hist. de la conquista, cap. 93.) Esto era contrario al carácter de Cortés que en tales ocasiones dirigia las cosas y nunca se dejaba gobernar. Es tambien contrario á la opinion general de los historiadores, aunque estos, debe confesarse, casi siempre descansan en las aserciones del general. Lo es á toda probabilidad; pues si la idea parece demasiado desesperada para haberse concebido seriamente por un hombre, cuánto mas improbable es que lo hubiera sido por muchos. Finalmente, es contrario á la positiva asercion escrita por Cortés al emperador, públicamente sabida y circulada, confirmada por la imprenta por su capellan Gomara; y todo esto cuando los acontecimientos aun eran recientes, cuando las partes interesadas aun vivian para poderlos contradecir. No podemos menos de pensar que Bernal Diaz aquí, como en el caso del incendio de las naves, se da á sí mismo y á sus compañeros mas gloria de la que les pertenecia; equivocacion por la cual el transcurso de medio siglo, sin decir nada de su manifiesta ansiedad por acallar los clamores de aquellos, puede ofrecer alguna disculpa.

(4) Aun Gomara tiene la sinceridad de llamarlo „un pretexto;”—achaque. Crónica, cap. 83.

(5) Bernal Diaz refiere tambien este suceso de diverso modo. Segun él, el gobernador azteca iba facultado para obligar á los totonacas al pago de los tributos ordinarios, y Escalante tomando parte en esto con el objeto de proteger á sus aliados, súbditos ya de España, fué muerto en la accion que dieron al enemigo. (Hist. de la Conquista, cap. 93.) Cortés tuvo mejores medios de conocer los hechos, y escribió al mismo tiempo que ellos ocurrían. Comunmente confiesa su política, por se-

Entonces marchó el comandante á la cabeza de cincuenta de sus soldados, y algunos miles de los indios aliados á tomar venganza del cacique. Siguióse una batalla campal, en la que los segundos huyeron de los formidables mejicanos; pero los pocos españoles se mantuvieron firmes, y con la ayuda de sus armas de fuego y de la sagrada Virgen, á quien distintamente se vió volar sobre las filas de la vanguardia, ganaron el campo al enemigo. Costóles sin embargo caro, pues fueron muertos siete ú ocho cristianos, y entre ellos el valiente Escalante, que sucumbió á sus heridas poco despues de haber regresado al fuerte. Los indios que se hicieron prisioneros en la batalla, declararon que todo se habia hecho por instigacion de Montezuma (6). Uno de los españoles cayó en manos de los nativos, pero poco despues murió de sus heridas. Cortósele la cabeza, y fué enviada al emperador azteca. Era extraordinariamente grande y cubierta de cabello. Cuando Montezuma dirigió la vista sobre sus feroces facciones que la muerte habia vuelto mas horribles, le pareció leer en ellos los oscuros rasgos de los hombres destinados á destruir su casa. Apartó su vista con horror, y mandó que le sacaran de la ciudad, y no se ofreciera en ninguno de los santuarios de sus dioses.

Aunque Cortés recibió en Cholula la noticia de este desastre, la habia ocultado en su pecho, ó comunicado solamente á muy pocos de sus mas leales caballeros, por temor del mal efecto que podria producir en el resto de los soldados.

Los oficiales á quienes habia convocado para el consejo, eran hombres de la misma bizzarria que su gefe; su denodado y caballeresco espíritu, parece que solicitaba el peligro para acometerlo. Si uno ó dos menos amigos de las aventuras se sobresaltaron con la propuesta del general, pronto fueron predominados por los otros, quienes sin duda consideraron que una enfermedad desesperada, necesita tambien desesperados remedios.

Oyóse aquella noche á Cortés pasearse de un extremo á otro de su habitacion, como un hombre oprimido de un pensamiento penoso, ó agitado de una emocion violenta. Tal vez estaria madurando en su mente la empresa del dia venidero (7). En la mañana de este, asistieron los soldados á misa como de

vera que sea respecto de los nativos, y yo he creido mejor concederle la ventaja de traducir la relacion que él hace de este hecho.

(6) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 5.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 83 y 84.

La aparicion de la Virgen, fué solo vista por los aztecas, quienes ciertamente debian disculparse del mejor modo posible con Montezuma; circunstancia sospechosa que no hizo dudar á las españoles. „Y ciertamente, todos los soldados que pasamos con Cortés tenemos muy creido, y así es verdad, que la misericordia divina y Nuestra Señora la Virgen María siempre era con nosotros.” Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 94.

(7) „Paseóse un gran rato solo, y cuidadoso de aquel gran hecho que emprendia, y que aun á él mismo le parecia temerario, pero necesario para su intento, andando.” Gomara, Crónica, cap. 83.

ordinario, y el padre Olmedo, invocó la bendición del cielo sobre su arriesgada empresa. Fuera cual fuese la causa en que iban á comprometerse los españoles, alentábanse con el convencimiento de que tenían la proteccion de los santos (8).

Habiendo solicitado una audiencia de Montezuma que fué prontamente concedida, hizo el general los preparativos necesarios para poner en planta su proyecto. Colocó la parte principal de sus fuerzas en el gran patio; y puso un considerable destacamento en las calles que conducian al palacio á fin de contener cualquiera tentativa que hiciera el pueblo para rescatar á su soberano. Dispuso que veinticinco ó treinta de los soldados se dirigieran al palacio, y mientras se celebraba la conferencia con Montezuma, entraran como por accidente en grupos de tres ó cuatro. Eligió para acompañarle cinco caballeros en cuyo valor y serenidad tenia mas confianza, á saber: Pedro de Alvarado, Gonzalo de Sandoval, Francisco de Lujo, Velazquez de Leon, y Alonso de Avila; brillantes nombres en los anales de la conquista. Todos, así como los soldados, estaban completamente armados, circunstancia demasiado comun para excitar sospechas.

La pequeña partida fué recibida benigneamente por el emperador, quien pronto con la ayuda de los intérpretes, entabló con los españoles una festiva conversacion, al mismo tiempo que desplegó su natural munificencia distribuyéndoles presentes de oro y joyas. Pagó al general el singular cumplimiento de ofrecerle por muger á una de sus hijas, cuyo honor rehusó disculpándose con que estaba ya enlazado en Cuba, y su religion prohibia la poligamia.

Cuando vió Cortés que se hallaba reunido un número suficiente de sus soldados, cambió sus festivos modales y refirió brevemente á Montezuma, la desleal conducta observada en la tierra caliente, de la cual se le daba por autor. Escuchó el emperador esta acusacion con sorpresa, y negó haber tenido parte en el hecho, que dijo solo podia habersele imputado por sus enemigos. Cortés expresó que daba crédito á su asercion; pero agregó que para probar ser cierta, era necesario enviar por Quauhpopoca y sus cómplices para examinarlos é imponerles el merecido castigo, á lo cual no puso objecion Montezuma; y tomando de su pulsera á la cual estaba unido el gran sello, que era una piedra preciosa en que estaba grabada la imágen del dios de la guerra (9), lo dió á uno de sus nobles con órden de mostrarlo al gobernador azteca, y prevenirle se presentara inmediatamente en la capital, con todos los que habian tenido intervencion en el asesinato de los españoles. Si se resistia, iba facultado el comisionado para llamar en su auxilio á las ciudades vecinas con el objeto de hacer cumplir el mandato.

(8) Diaz dice que estuvieron orando toda la noche. „Toda la noche estuvimos en oracion con el padre de la Merced, rogando á Dios que fuese de tal modo, que redundase para su santo servicio.” Hist. de la Conquista, cap. 95.

(9) Segun Ixtlilxochitl, era su retrato. „Se quitó del brazo una rica piedra, donde está esculpido su rostro (que era lo mismo que un sello real.)” Hist. Chich., MS., cap. 85.

Cuando hubo partido el mensajero, aseguró Cortés al monarca que esta pronta deferencia á su demanda le convencia de su inocencia; pero era necesario que su soberano quedara igualmente convencido de ella, y nada seria mas á propósito para esto, como el que Montezuma trasladase su residencia al palacio ocupado por los españoles, hasta que á la llegada de Quauhpopoca se acabara de investigar completamente el asesinato. Tal acto de condescendencia mostraria por sí mismo un miramiento personal hácia los españoles, incompatible con la baja conducta de que se le acusaba, y le libraria completamente de toda sospecha (10).

Escuchó Montezuma esta proposicion y el débil raciocinio en que se apoyaba, con una profunda admiracion. Púsose pálido como la muerte; pero en un momento se pintó en su rostro el resentimiento, y con el orgullo de la dignidad ofendida, exclamó: „¿Cuándo se ha visto que un gran príncipe como yo voluntariamente deje su palacio, y se entregue prisionero en manos de extranjeros....?“

Cortés le aseguró que no iria como prisionero: que experimentaria un trato respetuoso de parte de los españoles: que estaria rodeado de su familia y servidumbre, y trataria con su pueblo como de ordinario; en una palabra, no haria mas que cambiar su habitacion de uno de sus palacios á otro, circunstancia muy comun en él. Todo fué en vano. „Si yo consintiese en tal degradacion,“ contestó, „mis súbditos nunca lo permitirian.“ (11). Cuando se le instó mas sobre esto, ofreció dar uno de sus hijos y una hija para que permanecieran en rehenes con los españoles, y poder evitar así esta desgracia.

Dos horas pasaron en esta inútil discusion, hasta que un valeroso caballero, Velazquez de Leon, impaciente de tan larga demora, y viendo que su tentativa podia arruinarlos, exclamó: „¿por qué gastamos tantas palabras con este bárbaro? Hemos avanzado mucho para retroceder ahora. Aprisionémosle, y si se resiste, envainemos nuestras espadas en su cuerpo.“ (12). El fiero tono y amenazadores gestos con que pronunció estas palabras, alarmaron al monarca, quien preguntó lo que el colérico español decia. La interprete se lo explicó del modo mas suave que pudo, y le suplicó „acompañara á los hombres blancos á sus cuarteles, donde seria tratado con todo respeto y consideracion, al paso que si lo rehusaba se expondria á una violencia, y acaso á la muerte.“ Indudablemente manifestó Marina á su soberano lo que sentia, y nadie mejor que ella tenia mas oportunidad de saber la verdad.

Esta última circunstancia amortiguó la resolucion de Montezuma. En vano este desgraciado príncipe buscaba en torno suyo simpatía ó proteccion. Girando

(10) Rel. seg. de Cortes, en Lorenzana, p. 86.

(11) „Cuando yo lo consintiera, los míos no pasarían por ello.“ Ixtlixochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.

(12) „¿Qué hace v. m. ya con tantas palabras? O le llevemos preso, ó le daremos de estocadas, por eso tornadle á decir, que si da voces ó hace alboroto, que le mataréis, porque mas vale que de esta vez asegurémos nuestras vidas, ó las perdamos.“ Bernal Diaz, Hist. de la Conquista. cap. 95.

su vista por el semblante severo y armaduras de los españoles, creyó que habia llegado su última hora; y con voz apenas perceptible por la emocion, consintió en acompañar á los extranjeros; en dejar el palacio que nunca habia de volver á habitar. Si hubiera poseido el valor del primer Montezuma, habria llamado á sus guardias, y habria derramado su sangre en el pavimento antes que ser arrastrado por él como un miserable cautivo; pero su valor se abatió por las circunstancias: conoció que era el instrumento de un destino irresistible (13).

No bien lograron los españoles su consentimiento, cuando se mandó venir la real litera. Los nobles que la llevaron y la servian, apenas podian dar crédito á sus sentidos cuando supieron la resolucion de su señor; mas el orgullo vino en auxilio de Montezuma, y puesto que debia ir, le pareció mejor se creyera que lo hacia por su voluntad. Al atravesar las calles la real comitiva escoltada por los españoles, se reunió multitud del pueblo con la vista inclinada y semblante abatido, y corrió entre él un rumor de que el emperador era conducido por fuerza á los cuarteles de los hombres blancos. Hubiérase seguido un tumulto á no ser por la intervencion del mismo Montezuma que mandó al pueblo se dispersase, pues iba voluntariamente á visitar á sus amigos; sellando así su ignominia con una declaracion que privaba á sus súbditos de la única excusa para resistir. Cuando llegó á los cuarteles, mandó á los nobles que aseguraran esto mismo al populacho y renovaran sus órdenes para que volvieran á sus hogares (14).

Fué recibido por los españoles con ceremonioso respeto, y eligió los aposentos que mas le agradaron. Pronto fueron adornados con hermosas cortinas de algodón, plumajes y toda la elegancia de la tapicería india. Acompañábanle las personas de su servidumbre que eligió: sus mugeres y pajes; y era servido en la mesa con el lujo y pompa ordinaria. Daba audiencia á sus súbditos lo mismo que en su palacio, aunque eran admitidos á su presencia pocos á la vez, bajo el pretexto del mayor orden y decoro. De los mismos españoles recibia

(13) Oviedo duda si la conducta de Montezuma debe considerarse pusilánime, ó prudente. „Al cronista le parece, segun lo que se puede colegir de esta materia, que Montezuma era, ó muy falto de ánimo, ó pusilánimo, ó muy prudente, aunque en muchas cosas, los que le vieron lo loan de muy señor y muy liberal; y en sus razonamientos mostraba ser de buen juicio; sin embargo inclina la balanza en favor de la pusilanimidad.”

„Un príncipe tan grande como Montezuma no se habia de dejar incurrir en tales términos, ni consentir ser detenido de tan poco número de españoles, ni de otra generacion alguna; mas como Dios tiene ordenado lo que ha de ser, ninguno puede huir de su juicio.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 6.

(14) La historia de la prision de Montezuma con las discordancias acostumbradas sobre los pormenores, puede verse en la Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 84-86.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 95.—Ixtilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.—Oviedo. Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 6.—Gomara, Crónica, cap. 83.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 8, cap. 2 y 3.—P. Martir de Anglería, De Orbe Novo, déc. 5, cap. 3.

una formal deferencia. Ninguno, ni aun el general se acercaba á él sin descubrirse la cabeza, y tratarle con la cortesía debida á su rango. No tomaban asiento en su presencia antes que él los invitara á hacerlo (15).

Con toda esta estudiada ceremonia y apariencia de respeto, habia una circunstancia que con bastante claridad manifestaba al pueblo que su soberano era prisionero. En el frente del palacio estaba situada una partida de sesenta hombres, é igual número en la espalda. Veinte de cada destacamento montaba a la vez la guardia teniendo una cuidadosa vigilancia dia y noche (16). Otra partida bajo las órdenes de Velazquez de Leon, estaba colocada en la real antecámara, y castigaba Cortés en los centinelas cualquiera omision en su deber ó falta de vigilancia con la mayor severidad (17). Conocia que cada español debia saber que la fuga del emperador seria su ruina. Esta interminable vigilancia agravó fuertemente sus fatigas. „Seria mejor que este perro rey muriera,” exclamó un dia un soldado, „y no que nosotros consumamos nuestra vida de este modo.” Estas palabras llegaron á oídos de Montezuma, quien entendió algo de su significacion, y de órden del general fué castigado severamente el ofensor (18). Tales muestras de irrespetuosidad eran muy raras. Ciertamente el amable trato del monarca que parecia complacerse en la compañía de sus carceleros, y que nunca dejó sin recompensa un favor ó atencion aun del mas ínfimo de los soldados, inspiraron á los españoles toda la afeccion que eran capaces de sentir por un bárbaro.

Este era el estado de las cosas cuando se anunció la llegada de Quauhpopoca. Venia acompañado de su hijo y quince gefes aztecas. Habia viajado todo el camino conduciéndole en litera como correspondia á su rango. Para entrar á la presencia de Montezuma, cubrió su rico traje con la tosca capa de *nequen*, y ejecutó los acostumbrados y humillantes actos de respeto. Esta miserable ostentacion de ceremonias cortesanias, eran mas chocantes puestas en contraste con la condicion que entonces guardaba la persona á quien se dirigian.

El gobernador azteca fué recibido con frialdad por su señor, quien sujetó el negocio, pues no tenia arbitrio de hacer otra cosa, al exámen de Cortés; lo que indudablemente se hizo muy sumariamente. A la pregunta del general de si el cacique era súbdito de Montezuma, contestó: „¿A qué otro soberano podia yo

(15) „Siempre que ante él pasábamos, y aunque fuese Cortés, le quitábamos los bonetes de armas ó cascos, que siempre estábamos arnadados, y él nos hacia gran mesura, y honra á todos.... Digo que no se sentaban Cortés, ni ningun capitan, hasta que el Montezuma les mandaba dar sus asentaderos ricos, y les mandaba asentar.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 95, y 100.

(16) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 8, cap. 3.

(17) Una vez tres soldados que dejaron su puesto sin haber recibido órden de hacerlo, fueron sentenciados á carrera de baquetas; pena poco menor que la de muerte. Ibid., ubi supra.

(18) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 97.

servir?" dando á entender con esto que el dominio de aquel era universal (19). No negó la parte que tuvo en el asesinato, ni procuró escudarse con la autoridad real; y hasta que él y sus compañeros fueron sentenciados á muerte, no hicieron recaer en Montezuma la culpa de sus procedimientos (20). Fueron condenados á ser quemados vivos frente al palacio, y las piras funerales se formaron con saetas, jabalinas y otras armas tomadas con permiso del emperador, de los arsenales que habia en el gran *teocalli*, donde habian sido almacenadas para servir en caso de algun tumulto ó insurreccion.

Para coronar esta conducta extraordinaria, mientas se hacian los preparativos de la ejecucion entró Cortés á la habitacion del monarca seguido de un soldado que llevaba unos grillos. Con aspecto severo acusó al emperador de ser el principal autor de la violencia ejecutada con los españoles, como lo acreditaba la declaracion de los que le habian servido de instrumento. Tal crimen que en un súbdito merecia la muerte, no podia quedar aun en un soberano sin algun castigo. Diciendo esto mandó al soldado sujetase con los grillos los piés de Montezuma. Esperó con serenidad que se ejecutara esta operacion, y concluida, volviendo la espalda al monarca, dejó el aposento.

Este último insulto, anudó la lengua de Montezuma. Hallábase como aquel á quien un fuerte golpe priva de todas sus facultades intelectuales. No opuso resistencia; pero aunque no habló palabra, los profundos suspiros y mal suprimidos sollozos en que de cuando en cuando prorumpia, manifestaban las angustias de su espíritu. Los que le acompañaban, bañados en lágrimas, le ofrecian sus consuelos, sostenian en sus brazos con ternura los piés del monarca, y procuraban impedir la presion del hierro introduciendo sus chales y mantas; pero no podian arrancar el puñal que habia atravesado su alma. Conocia que no era ya rey.

Entre tanto verificábase la ejecucion en el patio del palacio. Todo el ejército español estaba sobre las armas para evitar que los mejicanos quisieran interrumpirla; mas ninguna tentativa se hizo con este objeto. El pueblo la miraba con silenciosa admiracion considerándola como sentencia del emperador. El modo de ejecutarla tampoco excitó sorpresa por lo familiarizados que estaban con semejantes espectáculos, agravados sin duda con los horrores adicionales de sus diabólicos sacrificios. El noble azteca y sus compañeros atados de piés y ma-

(19) „Y despues que confesaron haber muerto los españoles, les hice interrogar si ellos eran vasallos de Montezuma. Y el dicho Qualpopoca respondió, ¿que si habia otro señor de quien pudiese serlo? casi diciendo, que no habia otro, y que sí eran.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 87.

(20) „E asimismo les pregunté, ¿si lo que allí se habia hecho habia sido por su mandado? y dijeron que no, aunque despues, al tiempo que en ellos se ejecutó la sentencia, que fuesen quemados, todos á una voz dijeron, que era verdad que el dicho Muteczuma se lo habia enviado á mandar, y que por su mandado lo habian hecho.” Ibid., lug. cit.

nos á las inflamadas piras, se sujetaron á su terrible destino sin exhalar un gemido, sin proferir una queja. La fortaleza pasiva es la virtud del guerrero indio; y el azteca así como las otras rasas de la América del Norte, fundaba su gloria, en mostrar que el espíritu de un hombre de valor puede triunfar de la tortura y sobreponerse á las agonías de la muerte.

Cuando concluyó la horrible tragedia, volvió á entrar Cortés á la habitacion de Montezuma. Doblando la rodilla le quitó los grillos con sus propias manos, expresando al mismo tiempo cuánto sentia haberse visto obligado á imponerle tal castigo. Este último ultraje, acabó de abatir el espíritu de Montezuma; y el monarca, cuya voluntad una sola semana antes hubiera hecho temblar las napiónes del Anáhuac aun en sus mas remotos confines, estaba ahora bastante acobardado para solo pensar en manifestarse agradecido al que le volvía su libertad, como si le dispensara un grande é inmerecido favor (21).

No mucho despues, conociendo el general español que su real prisionero estaba suficientemente humillado, le aseguró podía si lo deseaba volver á su palacio. Rehusólo Montezuma, dando por razon, segun se dice, que sus nobles mas de una vez le habian estimulado á vengar sus injurias tomando las armas contra los españoles, y que si se ponía en medio de ellos sería difícil evitarlo, y salvar á la capital del derramamiento de sangre y de la anarquía (22).

Esta razon le hacia honor si ella fué la que influyó en su determinacion; pero es probable que no quisiera confiar su seguridad á los altivos y orgullosos nobles que habian presenciado la degradacion de su señor, y debian despreciar su pusilanimidad no advertida en alguno otro de los monarcas aztecas. Dicese tambien que cuando Marina fué á comunicarle el permiso de Cortés, el otro intérprete Aguilar, le dió á entender que los oficiales españoles nunca consentirian en que hiciera uso de él (23).

Sean cuales fueren las razones que hubiera tenido, lo cierto es, que rehusó la oferta; y el general con un entusiasmo efectivo ó muy bien fingido le abrazó, declarando „que le amaba como á un hermano, y que todos los españoles defenderian su causa con el mayor celo.” „Palabras de miel que Montezuma,” dice el astuto anciano historiador que estuvo presente, „sabía lo que valian.”

(21) Gomara, Crónica, cap. 89.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 6. —Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 95.

Es dudoso si la compasion ó el desprecio predomina en la relacion que hace de este acontecimiento, P. Martir de Anglería. „Infelix tunc Mutezuma re adeo nova percussus, formidine repletur, decedit animo, neque iam erigere caput audet, aut suorum auxilia implorare. Ille vero pœnam se meruisse fassus est, vti agnus mitis. Æquo animo pati videtur has regulas grammaticalibus duriores, imberbibus pueris dictatas, omnia placide fert, ne seditio civium et procerum oriatur.” De Orbe Novo, déc. 5, cap. 3.

(22) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 88.

(23) Bernal Diaz, Ibid., ubi supra.

Los acontecimientos referidos en este capítulo, son ciertamente los mas extraordinarios. Que un pequeño número de hombres, cual era el de los españoles, hubiera entrado al palacio de un poderoso príncipe, aprisionándole en medio de sus vasallos, y conduciéndole prisionero á sus cuarteles: que hubiera hecho sufrir una muerte ignominiosa á sus altos funcionarios por ejecutar probablemente sus mandatos, y concluido el funesto drama con cargar de grillos al emperador, como á un vil malhechor: que esto se hubiera hecho no con un débil anciano en la decadencia de su gloria, sino con un orgulloso monarca, en la plenitud de su poder, en el centro de su misma capital, rodeado de mil y mil que temblaban á una sola inclinacion de su cabeza, y que hubieran derramado su sangre gustosamente en su defensa: que todo esto se hubiera ejecutado por un puñado de aventureros, es demasiado extraordinario, enteramente improbable para las páginas de un romance; y sin embargo es exactamente la verdad. Con todo, no debemos descansar en el juicio de los contemporáneos, que admiraron estos actos. Bien podemos desconfiar de los fundamentos con que procuran justificar el ultraje de un soberano que se habia mostrado amigo, por aquellos mismos que estaban recogiendo el fruto de sus favores.

Para ver esta materia de diversa manera, debemos contemplar la posicion de los conquistadores, y considerar en ellos el derecho antiguo de conquista. Mirándola desde este punto de vista, muchas dificultades se desvanecen. Si la conquista era un deber, todo lo que era necesario para ejecutarla, era justo tambien. Justo y conveniente habian llegado á ser términos convertibles; y difícilmente puede negarse que la prision del monarca era conveniente, si querian los españoles mantener la posesion del imperio (24).

La ejecucion del gobernador azteca sugiere otras reflexiones. Si realmente era reo del pérfido acto que le imputaba Cortés, y si Montezuma negó tener parte en él, mereció el gobernador la muerte, y el derecho de gentes justifica al general de habérsela impuesto (25). Pero no puede explicarse muy bien por qué envolvió á tantos en esta sentencia, cuando los mas ó tal vez todos, obrarian por obedecer la autoridad del soberano. El cruel género de muerte que sufrieron, sorprenderá menos á los que estén familiarizados con los códigos penales que regian el siglo décimosexto en las naciones mas civilizadas.

¿Empero si merecia el gobernador la muerte, qué razon habia para el ultraje

(24) El arzobispo Lorenzana á fines del siglo pasado, encuentra en las Sagradas Escrituras una buena disculpa de la conducta de los españoles. „Fué grande prudencia y arte militar haber asegurado á el emperador, porque si no quedaban expuestos Hernan Cortés y sus soldados á perecer á traicion, y teniendo seguro á el emperador se aseguraba á sí mismo, pues los españoles no se confian ligeramente: Jonatas fué muerto y sorprendido por haberse confiado de Triphon.” Rel. seg. de Cortés, p. 84, nota.

(25) Véase á Puffendorf, De Jure Naturae et Gentium, lib. 8, cap. 6, sec. 10.—Vattel, derecho de gentes lib. 3, cap 8, sec. 141.

cometido en la persona de Montezuma? Si aquel era reo, el segundo estaba inocente; y si el cacique habia obrado en cumplimiento de las órdenes de su señor, la responsabilidad era solo de éste. No podian ambos ser á un mismo tiempo culpables.

Mas es en vano raciocinar sobre esta materia con arreglo á los principios abstractos de la justicia, ó suponer que los conquistadores se molestaran con los refinamientos de la teología moral. Su estandarte de lo justo ó injusto con referencia á los nativos, era demasiado simple; despreciándolos como pertenecientes á una raza proscripta, sin Dios en el mundo, creian como era comun en su época, ser su „mision,” usando la afectada frase de nuestros dias, conquistar y convertir. Las medidas que habian adoptado, ciertamente facilitaban lo primero. La ejecucion de los caciques difundia el terror, no solo en la capital, sino por todo el pais. Ella manifestaba que no habia de tocarse un pelo de un español con impunidad. Volviendo á Montezuma despreciable á sus mismos ojos y á los de sus súbditos, le privaba Cortés del apoyo de su pueblo, y le obligaba á arrojarle en los brazos del extranjero. Era una conducta política que pocos hombres que tuvieran un rasgo de humanidad, habrian podido adoptar.

Un buen criterio sobre la moral de los actores en estos acontecimientos, proporcionan las reflexiones de Bernal Díaz, hechas unos cincuenta años despues de que aquellos tuvieron lugar, cuando el fuego de la juventud se habia extinguido, y cuando volviendo su vista medio siglo atrás, debia suponérsele desprendido de la parcialidad y preocupaciones que ofuscan lo presente. „Ahora que soy anciano,” dice el veterano, „me entretengo con traer á la memoria los heroicos hechos de aquellos dias, que tengo tan presentes, como si hubieran acontecido ayer. Recuerdo la prision del monarca indio, el haberle puesto grillos, y la ejecucion de sus funcionarios, pues todas estas cosas me parece que están pasando actualmente; y cuando considero nuestras hazañas me convenzo de que no fueron ejecutadas por nosotros, sino que la providencia de Dios nos guiaba. Mucha materia hay aquí para meditar” (26). Ciertamente la hay, y no para una meditacion desagradable, si se reflexiona en el progreso que al menos en la moral especulativa ha hecho el siglo diez y nueve sobre el décimosexto. Pero ¿la certeza de esto no nos enseñará á ser considerados? ¿no nos hará muy desconfiados en aplicar los principios de lo presente, para medir las acciones de lo pasado?

(26) „Osar quemar sus capitanes delante de sus palacios, y echalle grillos entre tanto que se hacia la justicia, que muchas veces ahora que soy viejo me paro á considerar las cosas heroicas que en aquel tiempo pasamos, que me parece las veo presentes: y digo que nuestros hechos, que no los haciamos nosotros, sino que venian todos encaminados por Dios..... Porque hay mucho que ponderar en ello.” Hist. de la conquista, cap. 95.

CAPITULO IV.

MANEJO DE MONTEZUMA.—SU VIDA EN LOS CUARTELES ESPAÑOLES.—

INSURRECCION MEDITADA.—PRISION DEL SEÑOR DE TEZCUCO.—

MEDIDAS ULTERIORES DE CORTES.

1520.

La fundacion de la villa rica de Veracruz, fué de la mayor importancia para los españoles. Era el puerto por donde habian de comunicarse con España: la fuerte posicion á que habian de retirarse en caso de algun contratiempo: la que habia de confundir á sus enemigos, y dar seguridad á los aliados; el *point d'appui*, punto de apoyo para todas sus operaciones en el pais. Mucho pues interesaba que su cuidado se confiase á manos leales.

Un caballero llamado Alonso de Grado habia sido enviado por Cortés á ocupar el lugar vacante por la muerte de Escalante. Tenia una gran reputacion, tanto civil como militar, y creyóse que estaria mas dispuesto á mantener las relaciones pacíficas con los nativos, que otra persona de un espíritu mas guerrero. Pero en esta vez hizo Cortés lo que era muy raro en él; una mala eleccion. Pronto recibió tales noticias de las conmociones de la colonia, ocasionadas por las exacciones y negligencias del nuevo gobernador, que resolvió exonerarle.

Dió pues el mando á Gonzalo de Sandoval, jóven caballero que habia mostrado en toda la campaña una singular intrepidez, unida á la mayor sagacidad y discrecion, al mismo tiempo que el buen humor con que sufría toda clase de privaciones, y sus modales afables, le hacian el favorito de todos, soldados y oficiales. Consiguientemente dejó Sandoval el campo, dirigiéndose á la costa; y esta vez no erró Cortés la eleccion.

Sin embargo del influjo que ya entonces ejercian los españoles en su real prisionero, sentia el general alguna inquietud cuando reflexionaba que en cualquier tiempo podian cortar los indios toda comunicacion con el pais inmediato y tenerle prisionero en la capital. Propuso por lo mismo construir dos buques de tamaño suficiente para transportar sus fuerzas por medio del lago y estar así independiente de las calzadas. Quedó complacido Montezuma con la idea de ver estas admirables casas en el agua de que habia oido hablar tanto, é inmediatamente dió permiso para cortar la madera necesaria en los reales bosques. Púsose la obra bajo la direccion de Martin de Lopez, experimentado constructor

de navíos; y diéronse órdenes á Sandoval para que mandara de la costa cordaje, velámen, fierro y otros materiales necesarios que prudentemente se habian salvado cuando la destruccion de la escuadra (1).

Entre tanto el emperador azteca pasaba sus dias en los cuarteles españoles de una manera no muy diferente de la que acostumbraba en su palacio. Los guardadores conocian bien el valor de su presa para que no hicieran todo lo que estaba en su arbitrio, á fin de endulzar su cautiverio, y ocultarlo aun á él mismo; pero la cadena aunque sembrada de rosas, debia agobiarle.

Despues del almuerzo de Montezuma, que era una ligera colacion de frutas ó legumbres, iba á visitarle Cortés ó uno de sus oficiales para informarse si tenia algunas órdenes que darles; y despues consagraba algun tiempo á los negocios. Daba audiencia á aquellos de sus súbditos que tenian peticiones que presentar, ó cuestiones que terminar. Los alegatos de las partes eran asentados en escrituras geroglíficas, las cuales se sometian á cierto número de consejeros ó jueces, que en estas ocasiones servian de consultores. Admitianse tambien á los enviados de los estados extranjeros y de sus provincias y ciudades remotas, cuidando diligentemente los españoles, de que se observara con el regio prisionero la misma ceremoniosa etiqueta que cuando se hallaba en la plenitud de su poder.

Despues de haber despachado los negocios, se divertia Montezuma con ver á las tropas castellanas ejercitarse en sus evoluciones. El tambien habia sido soldado, y en sus mas gloriosos dias habia mandado ejércitos en el campo; era pues muy natural tomase interes en el nuevo espectáculo de la táctica y disciplina europea. Otras veces invitaba á Cortés ó á sus oficiales á alguno de los juegos nacionales. El favorito era llamado *totolouque*, y se jugaba con bolas de oro, dirigidas á una rodela ó blanco del mismo metal. Ordinariamente apostaba Montezuma algo de valor como piedras preciosas ó piezas de oro que perdía con buen humor, aunque nada importaba que perdiera ó ganara, pues generalmente daba sus ganancias á los que le acompañaban (2). Ciertamente tenia el espíritu mas liberal. Sus enemigos, le acusan de avaricia; pero si acaso la abrigaba, podia ser solamente para tener mas de que disponer.

Cada uno de los españoles tenia varios mejicanos, hombres y mugeres que atendian á su cocina y á otros varios servicios personales. Considerando Cortés que la manutencion de este ejército de criados, era una carga gravosa para el real erario, mandó que se disminuyera, y que cada soldado solo retuviera uno. Cuando lo supo Montezuma, reconvino bondadosamente al general por su cuidadosa economía no conveniente á la magnificencia real, y revocando la orden, previno que se proporcionaran mayores comodidades á los sirvientes y se les doblara la paga. Otra ocasion un soldado robó algunas piezas de oro del tesoro guardado en el aposento, que despues de la llegada de Montezuma á los cuarteles españoles se habia vuelto á abrir. Cortés lo hubiera castigado severamente,

(1) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 96.

(2) Ibid., cap. 97.

pero interponiéndose el emperador, le dijo: „Pueden vuestros compatriotas tomar el oro y demas cosas que gusten, respetando solamente lo perteneciente á los dioses.” Algunos de los soldados aprovechándose de este permiso, llevaron á sus cuarteles centenares de cargas de fino algodón; y cuando se le manifestó á Montezuma, solo contestó, „lo que una vez doy, jamás vuelvo á tomarlo (3).”

Pero cuanto era indiferente á sus tesoros, tanto mas sensible se mostraba á un menosprecio ó insulto personal. Cierta vez que un soldado raso le habló agriamente, se asomaron las lágrimas á sus ojos, pues entonces conoció el verdadero carácter de su impotente condicion. Cuando Cortés lo supo, se irritó tanto que mandó ahorcar al soldado; mas por intercesion de Montezuma se le conmutó en azotes esta severa pena. El general no queria que otro que no fuese él mismo, tratara indignamente á su real prisionero. Suplicóse á Montezuma que procurara mitigar mas el castigo; pero lo rehusó diciendo, „que si cualquiera de sus súbditos hubiera hecho á Malinche un insulto semejante, lo habria sentido de la misma manera (4).”

Tales faltas de respeto eran muy raras. Los modales afables y complacientes de Montezuma, así como su liberalidad, virtud mas apreciada por el vulgo que todas las demas, le hacia amado generalmente de los españoles (5). La arrogancia que tanto le habia distinguido en sus dias de ventura, le desamparó en la desgracia. Su carácter parece que sufrió en el cautiverio, un cambio semejante al que se verifica en los animales feroces de la selva, cuando se les encierra en los muros de una casa de fieras.

Sabia el monarca indio el nombre de cada soldado, y era muy cuidadoso en distinguir el rango de cada uno (6). Por algunos mostró una inclinacion particular; y obtuvo del general un paje favorito llamado Orteguilla, quien estando constantemente en su servicio, pronto aprendió el idioma mejicano lo bastante para ser útil á sus compatriotas. Tambien gustaba mucho de la compañía de Velazquez de Leon, capitán de su guardia, y de Pedro de Alvarado, *Tonatiuh*, „ó el Sol,” como era llamado por los aztecas, en razon del color rubio de su pelo, y blancura de su tez. El brillo del sol, segun los acontecimientos lo demostraron despues, puede ser alguna vez precursor de una terrible tempestad.

No obstante el cuidado que se tomaba en minorar al real prisionero el tedio del cautiverio, dirigia de cuando en cuando una mirada triste desde los muros

(3) Gomara, Crónica, cap. 84.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 8, cap. 4.

(4) Ibid., déc. 2, lib. 8, cap. 5.

(5) „En esto era tan bien mirado, que todos le queriamos con gran amor, porque verdaderamente era gran señor en todas las cosas que le viamos hacer.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 100.

(6) „Y él bien conocia á todos y sabia nuestros nombres y aun calidades, y era tan bueno, que á todos nos daba joyas, á otros mantas á indias hermosas.” Ibid., cap. 97.

de su residencia á los antiguos lugares donde llenaba sus ocupaciones ó disfrutaba sus placeres. Manifestó deseo de ofrecer sus votos en el templo mayor, donde en otro tiempo asistía tan constantemente al culto de sus mayores. Esta pretension alarmó á Cortés; pero era demasiado razonable para rehusarla, sin quitarse del todo las apariencias que queria mantener. Accedió pues á ella, y aseguró la vuelta de Montezuma, enviando con él una escolta de ciento cincuenta soldados, mandada por los mismos decididos oficiales que le habian acompañado á la prision. Díjole tambien que en caso de que intentara escaparse pagaria con la vida. Así custodiado visitó el príncipe indio el *teocalli*, donde fué recibido con la pompa acostumbrada, y despues de satisfacer su devocion volvió á los cuarteles de los cristianos (7).

Ya se conocerá que los españoles no despreciaron la oportunidad de residir con ellos para darle algunas nociones de la doctrina cristiana. Los padres Diaz y Olmedo agotaron toda su lógica y persuasion con el objeto de arrancar la fe que tenia colocada en sus ídolos; pero todo fué en vano. Prestaba en verdad la atencion mas edificante, lo cual prometia buenas esperanzas; mas siempre terminaba las conferencias contestando que, „el Dios de los cristianos era bueno; pero los de su país eran para él los verdaderos (8).” Dícese que consiguieron de él la promesa de que ya no tómaria parte en los sacrificios humanos. Con todo, celebrábanse diariamente en la capital, y el pueblo estaba demasiado ciegamente adicto á sus cruentas abominaciones, para que se atrevieran los españoles, al menos por entonces, á oponerse á ellos manifestamente.

Mostró tambien Montezuma inclinacion á disfrutar de los placeres de la caza, á que en un tiempo habia sido tan aficionado. Tenia á la otra orilla del lago, extensas selvas destinadas á este objeto. Como los bergantines españoles estaban ya concluidos, propuso Cortés transportarle con su comitiva por agua. Eran de un tamaño regular y su construccion muy fuerte. El mayor montaba cuatro falconetes ó pequeños cañones. Llevaba un toldo de alegres colores extendido sobre la cubierta, y la insignia real de Castilla flotaba orgullosamente en uno de los mástiles. A bordo de este buque se divirtió Montezuma con presenciar la ciencia náutica de los hombres blancos, y se embarcó con un acompañamiento de nobles aztecas y una numerosa guardia de españoles. Una suave brisa jugaba en las aguas, y el buque pronto dejó atrás á la multitud de ligeras piraguas que cubrian el lago. A los ojos de los sorprendidos nativos parecia una cosa viviente que desdefiando el impulso del hombre, bogaba con alas de nieve como si fueran las del viento, al paso que los rayos que salian de uno y otro de sus costados, que entonces por la primera vez interrump-

(7) Ibid., cap. 98.

(8) Segun Solis, el Diablo endureció su corazon á las exhortaciones de estos pios sacerdotes; aunque en opinion del historiador no hay una prueba de que aquel mal consejero se apareciera á Montezuma, y conversara con él despues que los españoles levantaron la cruz en Méjico. Conquista, lib. 3, cap. 20.

pian el silencio de este „mar interior,” mostraban que el hermoso fantasma estaba rodeado de terror (9).

Los reales bosques se hallaban bien provistos de animales de caza, á algunos de los cuales tiraba el emperador con flechas, y otros traian sus numerosos sirvientes á las redes (10). Mientras Montezuma vagaba por este silvestre dominio ocupado en tales ejercicios, parecia que volvía á gozar las delicias de la libertad; mas solo era la sombra de ella, así como en su residencia solo disfrutaba un simulacro de soberanía. En su mansion ó fuera de ella, siempre le vigilaba el ojo perspicaz del español.

Pero mientras que él se resignaba sin oposicion á su fatal destino, habia otros en quienes producía diversos efectos. Entre ellos contábase su sobrino Cacama, señor de Tezcuco, jóven de veinticinco años, que gozaba de mucha consideracion por sus cualidades personales, y especialmente por la intrepidez de su carácter. Era el mismo príncipe que fué enviado por Montezuma á acompañar á los españoles en su entrada al valle, y el que cuando se discutió primero en el consejo la cuestion de su recibimiento, opinó por admitirlos honrosamente como embajadores de un príncipe extranjero, y si resultaba que no era lo que ellos pretendian, habria tiempo bastante para tomar las armas en su contra. Ese tiempo creía que habia llegado.

En otra parte de esta obra se ha impuesto el lector, de la historia antigua de la monarquía acolhua, en un tiempo la orgullosa rival del poder azteca, y muy superior en civilizacion (11). Dícese que en el reinado de su último soberano Nezahualpilli, se disminuyó considerablemente su territorio por la insidiosa política de Montezuma, que fomentaba las disensiones é insubordinacion entre los súbditos de aquel. Cuando murió el príncipe tezcucano, disputóse la sucesion y rompió una guerra sangrienta entre el hijo mayor Cacama, y su ambicioso hermano menor Ixtlilxochitl. Terminó esta lucha con una division del reino, en la que el último obtuvo los distritos montuosos al norte de la capital, dejando el resto á Cacama. Aunque despojado éste de una gran parte de sus dominios hereditarios, la ciudad sola era tan importante, que el señor de Tezcuco ocupaba todavía un alto rango entre los pequeños príncipes del valle. Su capital en tiempo de la conquista contenia segun Cortés ciento cincuenta mil habitantes (12); estaba

(9) Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 99.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 88.

(10) Algunas veces cazaba con cerbatana, especie de cañon de viento, con el cual tiraba pequeñas bolas á los pájaros y á conejos. „La caza á que Montezuma iba por la laguna, era á tirar á pájaros y á conejos, con cebratana, de la cual era diestro.” Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 8, cap. 4.

(11) Cap. 6 lib. 1^o de esta obra.

(12) „E llámase esta ciudad Tezcuco, y será de hasta treinta mil vecinos.” (Rel. seg. en Lorenzana, p. 94.) Segun el licenciado Zuazo era doble el número, sesenta mil vecinos. (Carta MS). Apenas es esto probable, pues Méjico no tenia mas.

embellecida con suntuosos edificios que rivalizaban con los de la misma Méjico, y cuyas ruinas atestiguan que fué un tiempo la morada de príncipes poderosos (13).

El jóven gefe tezcucano, veía con indignacion y no poco desprecio, la abyecta condicion de su tio. Procuró revivir su valor pero en vano, y entonces se resolvió á formar una liga con varios de los caciques vecinos, para libertar á su real pariente, y sacudir el detestable yugo de los extranjerios. Invitó al señor de Iztapalapan, hermano de Montezuma; al de Tlacopan, y á otros de los de mayor autoridad, todos los que entraron cordialmente en sus miras. Instó despues á los nobles aztecas para que se le unieran, mas ellos manifestaron poca disposicion á dar paso alguno que no fuera primero aprobado por el emperador (14). Conservaban indudablemente un profundo respeto hácia su soberano, y parece mas probable que la desconfianza de las miras personales de Cacama, influyó en su determinacion. Sean cuales fueren los motivos, lo cierto es que con esta negativa perdieron la mejor oportunidad de recobrar la independencian del soberano y la suya.

Toribio dice que cubria una legua en una direccion y seis en la otra. (Hist. de los indios, MS. part. 3, cap. 7.) Esto debía incluir los alrededores, hasta una extension considerable. El idioma de los antiguos historiadores no es siempre el mas preciso.

(13) Un testigo presencial hace la descripcion de la capital en todo su esplendor. „Esta ciudad era la segunda cosa principal de la tierra, y así habia en Tezcuco muy grandes edificios de templos del Demonio, y muy gentiles casas y aposentos de señores, entre los cuales, fué muy cosa de ver la casa del señor principal, así la vieja con su huerta cercada de mas de mil cedros muy grandes y muy hermosos, de los cuales hoy dia están los mas en pié, aunque la casa está asolada: otra casa tenia que se podía aposentar en ella un ejército, con muchos jardines, y un muy grande estanque, que por debajo de tierra solian entrar á él con barcas.” (Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 3, cap. 7.) Los últimos restos de este palacio, se emplearon en fortificar la ciudad en la guerra de independencian del año de 1810. (Ixtilixochitl, venida de los españoles, p. 78, nota.) Tezcuco es ahora un pequeño é insignificante lugar, cuya poblacion es de unos cuantos miles de almas. Los restos de su noble arquitectura en el estado que ahora se encuentran, parece que hicieron en el señor Bullock mayor impresion que en los mas de los otros viajeros. (Six months in Mexico, chap. 27.)

(14) „Cacama reprendió ásperamente á la nobleza mejicana, porque consentia hacer semejantes desacatos á cuatro extranjerios y que no les mataban; se excusaban con decir les iban á la mano y no les consentian tomar las armas para libertarlo, y tomar sobre sí una tan gran deshonra como era la que los extranjerios les habian hecho en prender á su señor, y quemar á Quauhpopocatzin, los demas sus hijos y deudos sin culpa, con las armas y municion que tenian para la defensa y guarda de la ciudad, y de su autoridad tomar para sí los tesoros del rey, y de los dioses, y otras libertades y desvergüenzas que cada dia pasaban, y aunque todo esto veian lo disimulaban por no enojar á Motecuhzoma que tan amigo y casado estaba con ellos.” Ixtilixochitl, Hist. chich., MS., cap. 36.

Estas intrigas no pudieron dirigirse con tanto secreto que no llegaron á oídos de Cortés, quien con su genial actividad hubiera marchado inmediatamente á Tezcuco y apagado la chispa de „rebelion,” (15) antes de que se convirtiera en llama; pero disuadióle Montezuma manifestándole que Cacama era hombre de resolucion, estaba sostenido por un poderoso ejército, y no seria vencido sino despues de una lucha desesperada. Consintió pues en abrir con el cacique una negociacion, y le envió un mensaje de paz. Recibió en contestacion una altiva respuesta, á que Cortés replicó en tono mas amenazador, sosteniendo la supremacia de su soberano el emperador de Castilla. Volvió á contestar Cacama „que no reconocia tal autoridad, y que nada sabia del soberano español ó su pueblo, ni tampoco queria saber cosa alguna (16).” No fué mas feliz Montezuma en su invitacion á Cacama para que viniese á Méjico, á fin de que mediara en sus diferencias con los españoles, entre quienes aseguraba el príncipe residia como amigo; pero no era fácil engañar al jóven señor de Tezcuco. Conocia la posicion de su tio y respondió: que cuando visitara la capital seria para libertarla del cautiverio, así como al emperador y á sus dioses: que vendria no con la mano en el pecho, sino sobre la espada para arrojar á los odiosos extranjeros que habian traído tal deshonor sobre su país (17).”

Irritado Cortés con este tono insultante, quiso otra vez ponerse en marcha para castigarle; pero se interpuso Montezuma con su mas astuta política. Díjole que tenia á su servicio muchos nobles tezcucanos (18), y que por su medio seria fácil asegurar la persona de Cacama, y destruir así la conjuracion sin derramamiento de sangre. El sostenimiento de un cuerpo de mercenarios en la corte de los príncipes vecinos, muestra que los bárbaros del occidente, entendian la ciencia de las intrigas políticas, tan bien como algunos de sus reales hermanos del otro lado de los mares.

(15) Es el lenguaje de Cortés. „Y esta señor *se rebeló*, así contra el servicio de vuestra alteza, á quien se habia ofrecido, como contra el dicho Mutezuma.” Rel. seg. en Lorenzana, p. 95.—Voltaire con su facilidad para el ridículo, hace mencion de esta arrogancia en su tragedia de Alzira.

„Tu vois de ces tyrans la fureur despotique;
Ils pensent que pour eux le Ciel fit l'Amérique,
Qu'ils en sont nés les Rois; et Zamore à leurs yeux.
Tout souverain qu'il fut, n'est qu'un séditioneux.”

ALZIRE, Act. 4, sc. 3.

(16) Gomara, Crónica, cap. 91.

(17) „Y que para reparar la religion, y restituir los dioses, guardar el reino, cobrar la fama y libertad á él y á Méjico, iria de muy buena gana, mas no las manos en el seno, sino en la espada, para matar los españoles, que tanta mengua y afrenta habian hecho á la nacion de Culhúa.” Ibid., cap. 91.

(18) „Pero que él tenia en su tierra del dicho Cacamazin muchas personas principales, que vivian con él, y les daba su salario.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 95.

Por influjo de estos desleales nobles, fué inducido Cacama á tener una conferencia relativa á la invasion meditada, en una quinta situada en el lago de Tezcucuo, no lejos de la capital, que así como la mayor parte de los edificios principales, se elevaba lo bastante para que los botes pudieran entrar por debajo. En medio de la conferencia, fué preso Cacama por los conspiradores, llevado á bordo de una barca dispuesta al efecto, y conducido á Méjico. Cuando le fué presentado á Montezuma, no se abatió el porte orgulloso y altivo del valeroso gefe. Echó en cara á su tío su perfidia y pusilanimidad, tan indigna de su antiguo carácter y de la real casa de que descendía. Envióle el emperador á Cortés, quien respetando poco la soberanía de un príncipe indio, le cargó de grillos (19).

Residia entónces en Méjico un hermano de Cacama mucho mas jóven que él. Por instigacion de Cortés, pretendiendo Montezuma que su sobrino habia perdido la soberanía por su última *rebellion*, le declaró depuesto y nombró en su lugar á Cuicuitzca. Los soberanos aztecas habian siempre ejercido una autoridad suprema en las cuestiones relativas á la sucesion de la corona, pero en el caso presente era demasiado injusto usar de ella. Sin embargo, convinieron los tezcucanos con mucha docilidad, y el nuevo príncipe fué conducido con aclamaciones á la capital, lo que prueba que su fidelidad á sus soberanos no era muy firme, ó lo que es mas probable, que temian mucho á los españoles (20).

Todavía necesitaba Cortés apoderarse de los otros gefes que habian abrazado el plan de Cacama, lo que no era asunto muy difícil, pues la autoridad de Montezuma era absoluta en todas partes, ménos en su palacio. Por órden suya fué preso cada cacique en su ciudad, y traídos todos encadenados á Méjico, donde con su gefe los redujo Cortés á una estrecha prision (21).

Habia por fin triunfado sobre todos sus enemigos. Habia asentado su planta sobre el cuello de los príncipes; y el poderoso gefe del imperio azteca, no era si-

(19) Ibid., pp. 95 y 96.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 8.—Ixtilil-xochitl, Hist. chich., MS., cap. 86.

Este último autor, disminuye la odiosidad de la prision de Cacama, con la reflexion de que sacó á los españoles de un grande embarazo, y facilitó mucho la introduccion de la fe católica.

(20) Cortés da á este príncipe el nombre de Cucuzca. (Rel. seg. en Lorenzana, p. 96.) En la ortografía de las palabras aztecas, se gobernaba el general por el oido; y erró de diez veces nueve. Bustamante lo omite en su catálogo de los monarcas tezcucanos, acaso porque lo considera como un intruso que no tenia derecho á ser colocado entre los legítimos soberanos del pais. (Galería de antiguos príncipes, (Puebla 1821,) p. 21.) Sahagun tambien ha suprimido su nombre en la lista de los reyes de Tezcucuo. Hist. de Nueva España, lib. 8, cap. 3.

(21) La excesiva bondad que usó el comandante español en esta ocasion, excitó si hemos de creer á Solís, una admiracion general en todo el imperio azteca. „Tuvo notable aplauso en todo el imperio este género de castigo sin sangre, que se atribuyó al superior juicio de los españoles, porque no esperaban de Montezuma semejante moderacion.” Conquista, lib. 4, cap. 2.

no un cómodo instrumento en sus manos para cumplir sus deseos. El primer uso que hizo de este poder fué dirigido á cerciorarse de los recursos de la monarquía. Mandó varias partidas de españoles guiados por los indios, á explorar las regiones de donde se obtenia el oro. Era en su mayor parte recogido en los cauces de los rios, á algunos centenares de millas de la capital.

Su otro objeto fué saber si existia algun buen puerto natural para los buques, pues la bahía de Veracruz no ofrecia proteccion contra los vientos que en ciertas estaciones del año reinan en aquellos mares. Mostróle Montezuma una carta geográfica en la que estaban marcadas con una mediana exactitud las costas del golfo Mejicano (22); y Cortés despues de haberla examinado cuidadosamente, envió una comision compuesta de diez españoles, varios de ellos pilotos, y algunos aztecas que bajaron á Veracruz é hicieron un prolijo reconocimiento de la playa, por cerca de sesenta leguas al sur de aquella plaza, hasta el gran rio de Coatzacoalco, que parecia ofrecer las mejores, ó mas bien dicho, las únicas comodidades para un puerto seguro. Eligióse un lugar para erigir en él una fortificación; y envió el general un destacamento de ciento cincuenta hombres á las órdenes de Velazquez de Leon, á fundar allí una colonia.

Obtuvo tambien una gran porcion de terreno en la fértil provincia de Oajaca, donde se propuso hacer un plantío para la corona. Proveyólo de las diferentes especies de animales domésticos peculiares al pais, y de todos aquellos granos y plantas indígenas que pudieran producir efectos á propósito para exportar. Pronto lo tuvo bajo tal pié de cultivo, que aseguró á su amo el emperador Cárlos V, valia veinte mil onzas de oro (23).

(22) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 91.

(23) „Damus quæ dant,” dice sucintamente P. Mártir de Anglería, hablando de este avalúo. (De Orbe novo, déc. 5, cap. 3.) Cortés hace mencion de las noticias que le dió su gente de haber encontrado en las provincias de Oajaca, grandes y hermosos edificios. (Rel. seg. en Lorenzana, p. 89.) Allí tambien es donde se ven todavia algunas curiosas muestras de la arquitectura india en las ruinas de Mitla.

CAPITULO V.

JURA MONTEZUMA OBEDIENCIA A ESPAÑA.—TESOROS REALES.—SU DISTRIBUCION.—CULTO CRISTIANO EN EL TEOCALLI.—DESCONTENTO DE LOS AZTECAS.

1520.

Cortés conocia ya que su autoridad estaba suficientemente asegurada para pedir á Montezuma un reconocimiento formal de la supremacía del emperador español, tanto mas cuanto que el monarca indio habia manifestado su buena disposicion para hacerlo desde la primera entrevista. Por lo mismo no puso ninguna objecion en convocar á sus nobles al efecto. Cuando estuvieron juntos, les dirigió un discurso refiriéndoles brevemente el objeto de la reunion. Todos sabian, díjoles, la antigua tradicion de que el gran ser que habia un tiempo gobernado el pais, habia declarado al partir que algun dia volveria á recobrar su imperio. Era ya llegado ese tiempo. Los hombres blancos habian venido del lugar mas allá de los mares por donde se levanta el sol, al cual se habia dirigido la benéfica deidad. Venian enviados por su señor á reclamar la obediencia de sus antiguos súbditos. En cuanto á él, estaba pronto á reconocer su autoridad. „Vos habeis sido fieles vasallos mios,” continuó Montezuma, „los muchos años que he ocupado el trono de mis padres. Espero que me mostraréis ahora el último acto de obediencia, reconociendo por señor vuestro al gran rey que habita allende los mares, y que le pagaréis tributo de la misma manera que hasta aquí lo habeis hecho conmigo (1).” Al concluir, casi le faltó la voz; y abundantes lágrimas rodaron por sus mejillas.

Los nobles, muchos de los cuales viniendo de largas distancias no estaban instruidos de los sucesos que se habian verificado en la capital, se llenaron de asombro al escuchar las palabras de su soberano y la voluntaria humilla-

(1) „Y mucho os ruego, pues á todos os es notorio todo esto, que así como hasta aquí á mí me habeis tenido y obedecido por señor vuestro, de aquí adelante tengais y obedezcais á este gran rey, pues él es vuestro natural señor, y en su lugar tengais á este su capitan: y todos los tributos y servicios que hasta aquí á mí me haciades, los haced y dad á él, porque yo asimismo tengo de contribuir y servir con todo lo que me mandare.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 97.

cion de aquel á quien hasta entonces habian reverenciado como señor omnipotente del Anáhuac. Eran por lo mismo los que se mostraban mas afligidos por sus infortunios (2). Su voluntad, dijéronle, habia sido siempre para ellos una ley, y lo seria tambien ahora si él creia que el soberano de los extranjeros era el antiguo señor del país, estaban dispuestos á reconocerle como tal. Prestóse pues el juramento de obediencia, siendo testigos los españoles que se hallaban presentes; y todo fué anotado por el escribano real, para enviarse á España (3). Habia mucho de patético en la ceremonia, por la cual un monarca absoluto é independiente, obedeciendo mas bien los impulsos del temor que los de su conciencia, renunciaba sus derechos hereditarios en favor de un poder desconocido y misterioso. Este espectáculo conmovió aun á aquellos mismos hombres que sin escrúpulo alguno se habian aprovechado de la confiada ignorancia de los nativos; y aunque „estaba en sus intereses,” dice un antiguo historiador, „no hubo un solo español que pudiera presenciar el acto con ojos serenos (4).”

El rumor de estos extraños acontecimientos, circuló por la capital y por todo el país. Leian en ellos la mano de la Providencia. La antigua tradicion de Quetzalcoatl era sabida de todos, y aun cuando apenas se hubiera conserva-

(2) „Lo cual todo les dijo llorando, con las mayores lágrimas y suspiros, que un hombre podia manifestar; é asimismo todos aquellos señores que le estaban oiendo, lloraban tanto, que en gran rato no le pudieron responder.” Ibid., lug. cit.

(3) Solís considera esta ceremonia como la que suplía lo que antes faltaba al título de los españoles al país. Sus observaciones serian curiosas aun en boca de un declarado casuista. „Y siendo una como insinuacion misteriosa del título que se debió después al derecho de las armas, sobre justa provocacion, como lo veremos en su lugar: circunstancia particular, que concurrió en la conquista de Méjico para mayor justificacion de aquel dominio, sobre las demas consideraciones generales que no solo hicieron lícita la guerra en otras partes, sino legítima y razonable siempre que se puso en términos de medio necesario para la introduccion del Evangelio.” Conquista, lib. 4, cap. 3.

(4) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 101.—Solís, conquista, lug. cit.—Herrera, Hist. general, déc. 2. lib. 9, cap. 4.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 87.

Oviedo considera el pesar que mostró Montezuma como una prueba suficiente, de que su homenaje, lejos de ser voluntario, fué tributado por necesidad. Parece que éste historiador vió todos los acontecimientos con mas claridad que algunos de sus actores. „Y en la verdad si como Cortés lo dice, ó escribió, pasó en efecto, muy gran cosa me parece la conciencia y liberalidad de Montezuma en esta su restitution é obediencia al rey de Castilla, por la simple ó cautelosa informacion de Cortés, que le podia hacer para ello; mas aquellas lágrimas con que dice que Montezuma hizo su oracion é amonestamiento, despojándose de su señorio, é las de aquellos con que les respondieron aceptando lo que les mandaba y exhortaba, y á mi parecer su llanto queria decir ó enseñar otra cosa de lo que él y ellos dijeron; porque las obediencias que se suelen dar á los príncipes, con risa é con cámaras, é diversidad de música é leticia en señales de placer, se suele hacer; é no con lucto ni lágrimas é sollozos, ni estando preso quien obedece; porque como dice Marco Varron: lo que por fuerza se da no es servicio sino robo.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 9.

do en su memoria, se recordaba entonces con muchas circunstancias exageradas. Decíase ser uno de los puntos de la tradicion, que la línea de los reyes aztecas terminaria en Montezuma; y su nombre, cuya significacion literal es, „señor triste ó adolorido,” se interpretaba como un agüero de su fatal destino (5).

Habiendo ya asegurado Cortés este gran feudatario á la corona de Castilla, sugirióle la idea, de ser muy oportuno que los gefes aztecas enviaran á su soberano un presente, que ganando su voluntad le convenciera de la lealtad de sus nuevos vasallos (6). Consintió Montezuma en que sus colectores, acompañados de algunos españoles, visitaran las principales provincias y ciudades para recibir el tributo ordinario en nombre del soberano de Castilla. En pocas semanas volvieron los mas de ellos, trayendo consigo gran cantidad de oro y plata, ricas telas y otros varios efectos en que ordinariamente se pagaban los impuestos.

A esto agregó Montezuma por su parte el tesoro de Axayacatl, del cual habia ya dado una parte á los españoles. Era el fruto de un largo y empeñoso atesorar; tal vez de extorsiones ejercidas por un príncipe que ciertamente no presumiria cuál habia de ser su final destino. Cuando se llevó á los cuarteles, solo el oro fué suficiente para formar tres grandes montones. Era parte en grano y parte en barras, pero lo mas consistia en utensilios, y varias clases de adornos y curiosos dijes, imitaciones de pájaros, insectos ó flores, ejecutadas con una perfeccion y delicadeza extraordinaria. Habia tambien un gran número de collares, brazaletes, varas, abanicos y otras cosas, en que el oro y plumajes estaban prodigados con profusion, así como las perlas y piedras preciosas: muchas de estas obras, eran mas admiradas por su trabajo mecánico que por el valor de los materiales (7); y tal es, que si hemos de creer la descripcion que hace Cortés á quien si queria podía tener muy pronto la oportunidad de juzgar de su veracidad y al que no seria muy seguro engañar, ningun monarca de Europa podia vanagloriarse de tenerlas en sus dominios (8). Magnífico como era este tesoro manifestó Montezuma su pesar de que no fuera mayor; pero lo habia disminuido, dijo, con sus anteriores regalos á los hombres blancos. „Tomadlo,”

(5) Gomara, Crónica, cap. 92.—Clavijero, Stor. del Messico, tom. II, p. 256.

(6) „Pareceria que ellos comenzaban á servir, y Vuestra Alteza tendria mas concepto de las voluntades, que á su servicio mostraban.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 98.

(7) Suponiendo P. Mártir de Anglería, que en esta relacion de Cortés habia alguna exageracion, la encontró completamente confirmada con el testimonio de otros. „Referunt non credenda. Credenda tamen, quando vir talis ad Cæsarem et nostri collegii Indici senatores audeat exscribere. Addet insuper se multa prætermittere, ne tanta recensendo sit molestus. *Idem affirmant qui ad nos inde regrediuntur.*” De Orbe Novo, déc. 5. cap. 3.

(8) „Las cuales, demas de su valor, eran tales, y tan maravillosas, que consideradas por su novedad, y extrañeza, no tenian precio, ni es de creer, que alguno de todos los príncipes del mundo de quien se tiene noticia, las pudiese tener tales, y de tal calidad.” Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, p. 99.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 9.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 104.

añadió, „Malinche, y recuérdese en vuestros anales, que Montezuma envió este presente á vuestro soberano (9).”

Miraron los españoles con ávidos ojos este acopio de riquezas (10) ya suyas, que tanto excedían á todo lo que habian visto hasta entonces en el Nuevo Mundo, y no lo creían inferior á El Dorado que su ardiente imaginacion les habia pintado. Puede ser que se sintieran algo abochornados por el contraste que presentaba su avaricia, con la régia munificencia del gefe bárbaro. Al menos, parecia que reconocían su superioridad, por el respetuoso homenaje que le rindieron al manifestarle toda la extension de su gratitud (11). Sin embargo, no fueron tan escrupulosos que mostraran delicadeza alguna en apropiarse el donativo, del cual una pequeña parte tuvo entrada en las cajas reales. Pidieron una division inmediata, que el general hubiera querido retardar hasta que se hubiesen recogido los tributos de las provincias mas remotas. Llamóse á los plateros de Azcapozalco, para que redujeran á pedazos las piezas grandes y ordinarias, dejando intactas las de mas delicada ejecucion. Tres dias invirtiéronse en ese trabajo, y al fin de ellos los montones de oro fueron fundidos en barras y sellados con las armas reales.

Algunas dificultades se presentaron al distribuir el tesoro por falta de pesos, los cuales, sin embargo de parecer muy extraño, considerando los progresos que habian hecho en las artes los aztecas, les eran como ya hemos observado desconocidos. Su falta fué pronto suplida por los españoles, con balanzas y pesos hechos por ellos mismos, probablemente no muy exactos. Con ayuda de estos, supieron que el valor del real quinto, era el de treinta y dos mil cuatrocientos pesos de oro (12). Diaz casi cuadriplica esta suma (13); pero el deseo que tenían los

(9) „Decidle en vuestros anales y cartas: Esto os envia vuestro buen vasallo Montezuma.” Bernal Diaz, ubi supra.

(10) „Fluctibus auri
Expleri calor ille nequit.”

CLAUDIAN, In Ruf., lib. 1.

(11) „Y cuando aquello le oyó Cortés y todos nosotros, estuvimos espantados de la gran bondad, y liberalidad del gran Montezuma, y con mucho acato le quitamos todos las gorras de armas, y le dijimos que se lo teníamos en merced, y con palabras de mucho amor,” &c. Bernal Diaz, ubi supra.

(12) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 99.

Este cálculo del real quinto está confirmado, con excepción de cuatrocientas onzas, por la declaracion jurada de numerosos testigos citados en favor de Cortés, para acreditar la suma á que ascendía el tesoro. Entre estos testigos encontramos algunos de los nombres mas respetables en el ejército, como Olid, Ordaz, Avila, el padre Olmedo, y Diaz; este último debe agregarse que no era muy partidario del general. El instrumento, que no tiene fecha, se encuentra en la coleccion del señor Vargas Ponce. Probanza fecha á pedimento de Juan de Lexalde, MS.

(13) „Eran tres montones de oro, y pesado hubo en ellos sobre seiscientos mil pesos, como adelante diré, sin la plata, é otras muchas riquezas.” Hist. de la conquista, cap. 104.

españoles de asegurarse el favor del emperador, hace improbable que hubieran defraudado al erario cantidad alguna; y por otra parte, como Cortés era responsable de la suma que confesaba en su carta, seguramente estaria menos dispuesto á permitirlo. Por lo mismo su asercion debe reputarse como verdadera.

Todo ascendia pues á ciento sesenta y dos mil pesos de oro, sin incluir las hermosas piezas de oro y las joyas cuyo valor lo computa Cortés en quinientos mil ducados. Ademas habia quinientos marcos de plata principalmente en vajilla, copas, y otros artículos de lujo. La corta cantidad de plata comparada á la del oro, forma un contraste singular con la proporcion relativa de los dos metales despues de la ocupacion del pais por los europeos (14). Toda la suma del tesoro reducida á nuestra moneda corriente, y considerando el cambio que ha sufrido el valor del oro desde el principio del siglo décimosexto, era de seis millones, trescientos mil pesos, ó un millon, cuatrocientas diez y siete mil libras esterlinas; suma bastante grande para demostrar lo inexacto de la opinion general de que poca ó ninguna riqueza se encontró en Méjico (15). Era ciertamente corta, comparada con la que obtuvieron los conquistadores del Perú; pero pocos monarcas europeos de aquel tiempo, podian vanagloriarse de tener en sus arcaş mayores riquezas (16).

(14) La cantidad de plata explotada de las minas americanas, ha excedido á la de oro, en razon de cuarenta y seis á uno. (Humboldt, Essai Politique, tomo III, p. 401.) El valor del último metal, dice Clemencin, que cuando el descubrimiento del Nuevo mundo era solo once veces mayor que el de la plata, lo es ahora diez y seis. (Memorias de la Real Acad. de la hist., tom. VI, Ilust. 20.) Esto no varia esencialmente del cálculo de Smith hecho despues de mediados del siglo pasado. (Wealth of Nations, book 1, chap. 11.) La diferencia seria mucho mas considerable, si no fuera por el gran consumo que se hace de plata para objetos de adorno y de uso ordinario.

(15) El doctor Robertson prefiriendo segun parece la autoridad de Diaz, dice, que el valor del tesoro, era el de 600,000 pesos. (History of America vol. II, pp. 296, 298.) El del peso es una onza de plata, la cual atendiendo á la baja del precio de la plata, representaba en tiempo de Cortés casi cuatro veces el valor que hoy tiene. El del peso de oro, era cerca de tres veces aquella suma, ú once pesos seis reales. (Véase el libro segundo de esta obra cap. 6 nota 18.) Robertson forma de su cálculo, mucho menor que el de su original, un argumento para dudar de la existencia de una gran cantidad de oro ó plata en el pais. Al manifestar la escasez del último metal, incurre en el error de decir que el oro no era en Méjico uno de los medios de estimar el valor de los otros efectos. Comp. pág. 87 de este tomo.

(16) Muchos de ellos ciertamente podian vanagloriarse de tener poco ó nada en sus cofres. Maximiliano de Alemania, y el mas prudente Fernando de España, apenas dejaron lo bastante para pagar los gastos de sus funerales. Todavía á principios del siglo pasado vemos á Enrique IV de Francia abrazando con entusiasmo á su ministro Sully cuando le informó, que en virtud de una grande economia, tenia en el tesoro treinta y seis millones de libras; cerca de un millon quinientas mil libras esterlinas. *Mémoires du Duc de Sully*, tom. III, liv. 27.

Fué la distribucion obra de no poca dificultad. Si se hubiera hecho con perfecta igualdad habria dado á cada conquistador tres mil libras esterlinas, lo que era un magnífico botín; pero dedújose el quinto para la corona é igual parte se reservó para el general con arreglo al tenor de su nombramiento. Despues se consignó una grande suma á indemnizarle, así como al gobernador de Cuba, de los gastos de la expedicion y pérdida de la flota. La guarnicion de Veracruz entró tambien en el reparto, y compensóse liberalmente á los principales oficiales, recibiendo doble paga la caballería, los arcabuceros y ballesteros. Así que, cuando llegó su vez á los soldados rasos, solo tocaron á cada uno cien pesos de oro; cantidad tan insignificante respecto de la que esperaban, que varios rehusaron aceptarla (17).

Agrias murmuraciones levantáronse entonces entre ellos. „¿Para esto,” dijeron, „hemos abandonado nuestras familias y hogares, aventurado nuestras vidas, sujetádonos á fatigas y hambres, y todo por tan despreciable recompensa? Mejor nos hubiera estado permanecer en Cuba, y contentarnos con las ganancias de un comercio fácil y sin peligros. Cuando en Veracruz cedimos la parte que nos tocaba del oro, fué bajo la seguridad de que se nos retribuiria liberalmente en Méjico. Hemos encontrado ciertamente las riquezas que esperábamos; pero no bien las hemos visto, cuando se nos han arrebatado por aquellos mismos que nos empeñaron su fe.” Avanzaron los malcontentos hasta acusar á sus gefes de haberse apropiado las piezas mas ricas, antes de haberse hecho la particion; acusacion que recibe algun apoyo de una disputa suscitada entre Mejía, tesoroero de la corona, y Velazquez de Leon, pariente del gobernador y favorito de Cortés. El tesoroero acusó á este caballero de haber substraído algunas piezas de vajilla antes de haberles puesto el sello real: de las palabras pasaron á los hechos: ambos eran buenas espadas: diéronse el uno al otro varias heridas; y esta contienda pudo haber terminado de un modo fatal, si no hubiera sido por la interposicion de Cortés que arrestó á ambos.

Usó entonces de toda su autoridad é insinuante elocuencia para calmar las pasiones de sus soldados. Sentia, dijo, verlos tan olvidados de los deberes de leales y celosos defensores de la cruz, en términos de trabar contienda por el botín, como despreciables bandidos. Aseguróles que la division estaba hecha sobre principios enteramente justos y equitativos. En cuanto á la parte que le habia tocado, no excedia á la que se le habia asignado por su comision; pero con todo si les parecia mucho, estaba pronto á ceder sus justos derechos y dividirla con el mas pobre soldado; el oro aunque apetecible, no era el objeto principal de su ambicion. Si lo era de la de ellos, debian reflexionar que aquel tesoro era nada en comparacion del que obtendrian mas adelante; pues ¿no estaba á su disposicion todo el país y sus minas? Solo era necesario que no dieran á sus enemigos ocasion con sus discordias de que los sorprendieran y destruyesen. Con estas melosas palabras, de que sabia usar muy bien en todos los

(17) „Por ser tan poco, muchos soldados hubo que no lo quisieron recibir.” **Bernal Diaz**, Hist. de la conquista, cap. 105.

casos necesarios, dice un soldado viejo (18), consiguió calmar por entonces la tormenta; al mismo tiempo que en lo privado, tomó el medio mas eficaz de distribuir con prudencia algunos presentes, para mitigar el descontento de los mas importunos y contumaces; y aunque habia algunos de genio tenaz, que con servaron esto en su memoria para un tiempo futuro, pronto volvieron las tropas á su acostumbrada subordinacion. Esta fué una de las críticas circunstancias en que brilló la elocuencia y autoridad personal de Cortés. Nunca dejó de usar de ellos con ventaja, pero en tales ocasiones, manifestó mas que en otras toda la superioridad de su carácter. En Veracruz habia persuadido á sus soldados á ceder las primicias de sus futuras ganancias; aquí á abandonar estas mismas ganancias. Era esto arrancar la presa de las garras del leon. ¿Cómo éste no se echó sobre él y lo despedazó?

Es verdad que para muchos de los soldados, era de poco interes que su parte fuera poca ó mucha. El juego es una pasion profundamente arraigada en el español, y la pronta adquisicion de riquezas proporcionaba los medios y el motivo de entregarse á él. Fácilmente hicieron naipes de los parches inutilizados de los tambores, y en pocos dias la mayor parte del dinero del botin, ganado con tantos trabajos y sufrimientos, habia cambiado de manos, y muchos de los imprudentes soldados concluyeron la campaña tan pobres como la habian comenzado. Otros es verdad mas precavidos, siguieron el ejemplo de sus oficiales que valiéndose de los joyeros del emperador, convirtieron su oro en cadenas, vajilla y otras piezas manuales de adorno ó de uso ordinario (19).

Parecia que habia conseguido ya Cortés los grandes objetos de la expedicion. El monarca indio se habia declarado feudatario del español; su autoridad y sus rentas estaban á disposicion del general. La conquista de Méjico parecia terminada sin un tiro; pero estaba lejos todavía de hallarse concluida del todo. Falta que dar un paso muy importante, respecto del cual poco progreso habian hecho hasta entonces los españoles; la conversion de los nativos. No obstante los esfuerzos del padre Olmedo, ayudados del talento político del general (20), ni Montezuma ni sus súbditos se mostraban muy dispuestos á abjurar la fe de sus mayores (21). Al contrario, las sangrientas prácticas de su religion se cele-

(18) „Palabras muy melifluas; razones muy bien dichas, que las sabia bien proponer.” Ibid., ubi supra.

(19) Ibid., cap. 105 y 106.—Gomara, Crónica, cap. 93.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 8, cap. 5.

(20) P. Martir de Anglería con su estilo enérgico dice: „Ex jure consulto Cortesius theologus effectus.” De Orbe Novo, déc. 5, cap. 4.

(21) Segun Ixtlilxochitl, llegó á aprender Montezuma el Credo y el Ave María, cuyas dos oraciones podia repetir; pero su bautismo se difirió y murió antes de recibirlo. Es muy improbable que hubiera consentido en ello. Copio las palabras del historiador, que ademas menciona los infructuosos trabajos del general con los indios. „Cortés comenzó á dar orden en la conversion de los naturales, diciéndoles, que pues eran vasallos del rey de España que se tornasen cristianos como él lo era, y así se co-

braban á la vista de los españoles con toda la pompa acostumbrada de sacrificios.

No pudiendo Cortés sufrir por mas tiempo estas crueldades, se dirigió á ver á Montezuma acompañado de varios de sus oficiales. Dijo que los cristianos no consentirian por mas tiempo, que el servicio de su religion estuviera limitado á los estrechos muros de sus cuarteles. Deseaban difundir su luz por todas partes, y hacer participante al pueblo azteca de los bienes del cristianismo. Con este objeto pedian se les diera el gran *teocalli*, por ser lugar donde podian tributar su culto á presencia de toda la ciudad.

Escuchó Montezuma este discurso con visible consternacion. En medio de sus cuitas habia encontrado alivio en su religion, y aun en obediencia de ella habia mostrado tanta deferencia á los españoles, teniéndolos por los misteriosos mensajeros anunciados por los oráculos. „¿Por qué,” dijo, „Malinche, por qué quereis llevar las cosas á un extremo que ciertamente debe excitar la venganza de nuestros dioses y producir una insurreccion de mi pueblo, quien jamas sufrirá la profanacion de sus templos (22)?”

Viendo Cortés cuán conmovido estaba Montezuma, hizo señas á sus oficiales de que se retirasen. Cuando quedaron solos con los intérpretes, dijo al emperador que usaria de todo su influjo para moderar el celo de sus soldados, y persuadirlos á contentarse con uno de los santuarios del *teocalli*. Si este no se les concedia, se verian precisados á hacer rodar las imágenes de las falsas divinidades, á presencia de toda la poblacion. „Nosotros no tememos por nuestras vidas,” agregó, „pues aunque pocos en número, el brazo del verdadero Dios nos defiende.” Muy agitado Montezuma, respondióle que consultaria con los sacerdotes.

El resultado de la conferencia fué favorable á los españoles, á quienes se cedió uno de los santuarios, cuya noticia difundió gran júbilo en el campo. Ya pues podian tributar su culto manifestamente y publicar su religion á toda la capital reunida. No perdieron tiempo en aprovecharse del permiso. Limpióse el santuario de sus asquerosas manchas: levantóse un altar donde se colocó un Crucifijo y la imagen de la Virgen: en lugar del oro y piedras preciosas con que deslumbraba el tabernáculo pagano, estaban decorados sus muros con frescas guirnalda de flores, y un soldado anciano se encargó de cuidar la capilla é impedir que se introdujeran á ella los que no debian.

menzaron á bautizar algunos aunque fueron muy pocos, y Motecuhzoma aunque pidió el bautismo, y sabia algunas de las oraciones, como eran el Ave Maria, y el Credo, se dilató por la Pascua siguiente, que era la de Resurreccion, y fué tan desdichado que nunca alcanzó tanto bien, y los nuestros con la dilacion y aprieto en que se vieron, se descuidaron, de que pesó á todos mucho muriese sin bautismo.” Hist. chich., MS., cap. 87.

(22) „O Malinche, y cómo nos quereis echar á perder á toda esta ciudad, porque estarán muy enojados nuestros dioses contra nosotros, y aun vuestras vidas no sé en qué pararán.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 107.

Luego que se completaron estos preparativos, emprendió el ejército en solemne procesion la tortuosa subida de la Pirámide. Entrando al santuario y formándose alrededor de sus pórticos, asistieron con reverencia al sacrificio de la misa que celebraron los padres Olmedo y Diaz. Cuando se entonó el magestuoso *Te Deum* elevándose las voces hácia los cielos, Cortés y sus soldados arrodillados y vertiendo abundantes lágrimas, manifestaron su gratitud al Todopoderoso por este glorioso triunfo de la cruz (23).

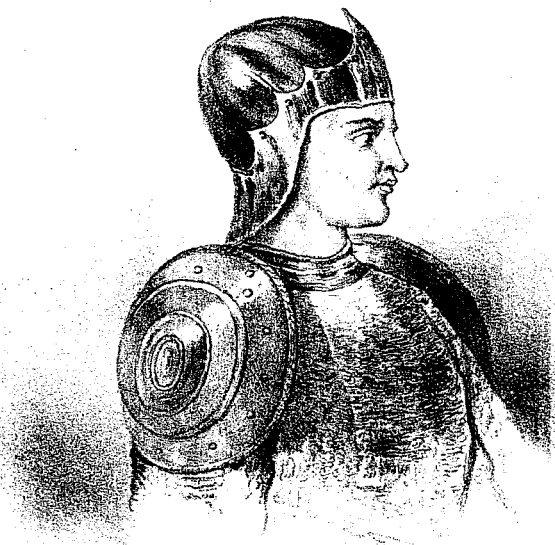
Era un espectáculo sorprendente ver á estos rudos guerreros, dirigiendo al Criador sus oraciones en la cumbre de este gigantesco templo, en la misma capital del gentilismo, en el sitio dedicado especialmente á sus profanos misterios. Lado á lado se inclinaban el español y el azteca á entonar sus plegarias; y el himno cristiano mezclaba sus modulados tonos de dulzura y misericordia, con el hórrido canto del sacerdote indio en honor del Dios de la guerra del Anáhuac. Era una union contranatural que no podia subsistir mucho tiempo.

Una nacion sufrirá cualquiera otro ultraje que no ataque su religion. Este se hace á sus principios y á sus preocupaciones; á las ideas que ha tenido impresas desde su juventud, que se han robustecido con la edad hasta que han llegado á formar una parte de su naturaleza, que tienen relacion con sus mas caros intereses de esta vida, y con los mas temibles de la otra. Cualquiera violencia hecha á los sentimientos religiosos hiere á todo viviente; al anciano y al jóven, al rico y al pobre, al noble y al plebeyo. Sobre todo, afecta á los sacerdotes, cuya consideracion personal descansa en la de la religion, y quienes en una sociedad medio civilizada, generalmente ejercen una autoridad ilimitada. Así sucedia con los bracmanes de la India, con los magos de Persia, con el clero romano en los siglos de ignorancia, y con los sacerdotes del antiguo Egipto y de Méjico.

Habia sufrido el pueblo con paciencia todas las injurias y afrentas á que hasta entonces lo habian sujetado los españoles. Habia visto al soberano sacado de su palacio como un cautivo, asesinados á su vista sus ministros, tomados y repartidos sus tesoros; á él mismo depuesto en cierta manera de su autoridad real. Habia visto todo esto, sin hacer un solo esfuerzo para impedirlo; pero la profanacion de sus templos hirió sus mas sensibles afecciones, de lo cual no dejaron de aprovecharse los sacerdotes (24).

(23) Este suceso está referido por varios escritores con mas diversidad de la acostumbrada. Cortés asegura que sin embargo de las amenazas de los mejicanos, ocupó el templo y derribó los ídolos por fuerza. (Rel. seg. en Lorenzana, p. 106.) Lo improbable de este hecho quijotesco, chocó á Oviedo; pero sin embargo lo refiere. (Hist. de las Indias, MS., lib. 33, cap. 10.) Parece muy verosímil que deseaba ponderar su celo militante al emperador. Las aserciones de Diaz y de otros historiadores, conformes á lo que se dice en el texto, parecen las mas probables. Diaz, Hist. de la conquista, ubi supra.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 8, cap. 6.—Argensola, Anales, lib. 1, cap. 88.

(24) „Para mí yo tengo por maravilla, é grande, la mucha paciencia de Montezuma, y de los indios principales, que así vieron tratar sus templos, é ídolos: mas su



Cristobal de Olid

La primera demostracion de este cambio vino del mismo Montezuma. En lugar de su acostumbrada amabilidad, se mostraba grave y distraido; y en vez de buscar como antes la compañía de los españoles, mas bien parecia que la evitaba. Advirtiéndose tambien que las conferencias entre él y sus nobles, y en particular con los sacerdotes, eran mas frecuentes. Contra lo que habia hecho siempre, no se permitia al paje Orteguilla que le acompañara á tales reuniones. Estas circunstancias no pudieron menos de suscitar en los españoles fundados temores.

No habian transcurrido muchos dias, cuando recibió Cortés una invitacion ó mas bien un llamamiento de Montezuma para que fuera á su habitacion. Dirigióse á ella no sin alguna ansiedad y desconfianza, llevando en su compañía á Olid, capitán de la guardia, y á dos ó tres de sus mas adictos oficiales. Recibiólos Montezuma con una fria atencion, y volviéndose al general díjole, que todas sus predicciones iban ya á verificarse. Los dioses de su pais se habian ofendido de la violacion de sus templos. Habian amenazado á los sacerdotes con abandonar la ciudad, si los sacrílegos extranjeros no eran arrojados de ella, ó mas bien sacrificados en los altares para expiar sus crímenes (25). Aseguró el monarca á los cristianos que por su propia seguridad les comunicaba esto; y „si vos cuidais de ella,” concluyó, „debeis dejar el pais sin dilacion.” No tengo mas que levantar mi mano, y todos los aztecas que habitan el imperio se armarán contra vosotros.” No habia razon para dudar de su sinceridad, pues Montezuma, cualesquiera que hubieran sido los males que le habian sobrevenido por los hombres blancos, respetábalos como una raza mas privilegiada que la suya, al mismo tiempo que segun hemos visto, habia concebido por algunos de ellos un cariño, dimanado sin duda de las atenciones personales y deferencia que le habian mostrado.

disimulacion adelante se mostró ser otra cosa, viendo que una gente extranjera, é de tan poco número, les prendió su señor é porque formas los hacia tributarios, é se castigaban é quemaban los principales, é se aniquilaban y disipaban sus templos, é hasta en aquellos y sus antecesores estaban. Recia cosa me parece soportarla con tanta quietud; pero adelante, como lo dirá la historia, mostró el tiempo lo que en el pecho estaba oculto en todos los indios generalmente.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 10.

(25) Segun Herrera, fué el mismo Diablo quien comunicó esto á Montezuma, y aun refiere la substancia del diálogo entre ambos. (Hist. general, déc. 2 lib. 9, cap. 6.) La aparicion de Satanas en esta vez en figura corporal, es sostenida por los mas de los historiadores de la época. Oviedo, hombre de ilustradas ideas sobre muchos asuntos habla de esto con poca diferencia. „Porque la misa y evangelio que predicaban y decian los cristianos, le (al Diablo) daban gran tormento; y débese pensar, si verdad es, que esas gentes tienen tanta conversacion y comunicacion con nuestro adversario, como se tiene por cierto en estas Indias, que no le podia á nuestro enemigo placer con los misterios y sacramentos de la sagrada religion cristiana.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

Sabia dominar Cortés muy bien sus afectos para que hubiera mostrado cuánto le alarmó esta noticia. Contestó con admirable indiferencia, que sentiría mucho dejar la capital tan precipitadamente, cuando no tenía buques en que alejarse del país. Si no fuera por esto, no tendría obstáculo en abandonarlo inmediatamente. Sentiría también otro paso que esta circunstancia le obligaría a dar; el de llevarse consigo al emperador.

Mucho turbó á Montezuma esta última indicacion. Preguntó cuánto tiempo sería necesario para construir los buques; y finalmente consintió en mandar á la costa un número suficiente de operarios para que trabajaran á las órdenes de los españoles, ofreciendo al mismo tiempo usar de su autoridad para contener la impaciencia del pueblo, con la promesa de que los hombres blancos dejarían el país cuando tuvieran los medios de hacerlo. Cumplió su palabra: un gran número de artesanos aztecas salió de la capital con los españoles fabricantes de buques mas experimentados, y bajando á Veracruz, inmediatamente comenzaron á cortar madera y construir un número suficiente de embarcaciones para que regresaran los castellanos á su país. La obra se prosiguió con aparente actividad; pero dícese, que el general dió á los que la dirigian instrucciones privadas para dilatarla cuanto fuera posible, con la esperanza de recibir entre tanto de Europa, refuerzos que le pusieran en disposicion de mantenerse en el Anáhuac (26).

Todo el aspecto de las cosas habia completamente cambiado en los cuarteles españoles. En lugar de la seguridad y reposo que anteriormente habian disfrutado las tropas, sentian un vago temor de peligros, tanto mas opresivo al espíritu cuanto era menos visible; semejante á la débil mancha vista por el viajero sobre el horizonte en los trópicos, que el experimentado marino considera como la precursora del huracan. Todas las precauciones que podia aconsejar la prudencia, se tomaron para resistirlo. El soldado, al buscar en su lecho el reposo conservaba su armadura. Comia, bebia, dormia con sus armas al lado. Su caballo estaba siempre pronto, ensillado dia y noche, y con la brida colgando del pomo de la silla. Colocóse la artillería de manera que dominara las principales calles; dobláronse las centinelas, y todos, fuera cual fuese su rango, se alternaban en montar la guardia. Estaba la guarnicion en estado de

(26) „E Cortés proveyó de maestros é personas que entendiesen en la labor de los navios, é dijo despues á los españoles desta manera: Señores y hermanos, este señor Montezuma quiere que nos vamos de la tierra, y conviene que se hagan navíos. Id con estos indios é córtese la madera; é entre tanto Dios nos proveerá de gente é socorro; por tanto, poned tal dilacion que parezca que haceis algo y se haga con ella lo que nos conviene; é siempre me escribid é avisad que tales estais en la montaña, é que no sientan los indios nuestra disimulacion. E así se puso por obra.” (Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.) Lo mismo dice Gomara. (Crónica, cap. 95.) Diaz niega tales órdenes secretas, agregando que Martin Lopez, principal constructor, le aseguró que habia dádose la mayor prisa posible para poner tres buques en el astillero. Hist. de la conquista, cap. 108.

sitio (27). Tal era la comprometida posicion del ejército, cuando á principios de Mayo de mil quinientos veinte, seis meses despues de su entrada á la capital, vinieron de la costa noticias que alarmaron á Cortés mas que la amenazada insurreccion de los aztecas.

(27) „Puedo asegurar sin vanidad,” dice nuestro valeroso historiador Bernal Diaz, „que estaba tan acostumbrado á esta manera de vida, que desde la conquista del pais, no he podido acostarme desnudo ó en lecho; y sin embargo duermo tan profundamente como si estuviera acostado en la pluma mas blanda. Aun cuando visito mi encomienda, nunca llevo conmigo cama, excepto cuando voy con otros caballeros que pudieran atribuirlo á mezquindad; pero aun entonces, me acuesto vestido. Otra cosa debo agregar; que no puedo dormir largo tiempo en la noche, sin levantarme á ver el cielo y las estrellas, y salir á respirar el aire libre, sin gorro ú otra cosa alguna en mi cabeza, y gracias á Dios ningun mal me resulta de ello. Refiero estas cosas, para que el mundo pueda entender de qué naturaleza éramos nosotros los conquistadores, y cuán acostumbrados estábamos á las armas y á las vigiliass.” Hist. de la conquista, cap. 108.

CAPITULO VI.

SUERTE DE LOS ENVIADOS DE CORTES.—ACONTECIMIENTOS EN LA CORTE DE CASTILLA.—PREPARATIVOS DE VELAZQUEZ.—DESEMBARCA NARVAEZ EN MEJICO.—CONDUCTA POLITICA DE CORTES.—SALE DE LA CAPITAL.

1520.

Antes de explicar la clase de noticias indicadas en el capítulo anterior, será necesario referir, aunque brevemente, algunos sucesos que las precedieron. El buque que, como recordará el lector, llevó á los enviados Puertocarrero y Montejo con los despachos de Veracruz, despues de tocar contra las órdenes que se le habian dado, en la costa septentrional de Cuba y esparcir las nuevas de los últimos descubrimientos, siguió sin interrupcion su camino para España, y á principios de Octubre de 1519 llegó al pequeño puerto de S. Lucar. Grande fué la sensacion que produjo su llegada y las noticias que traia; poco menor á la que excitó el primer descubrimiento de Colon, pues entonces por la vez primera parecia que todas las brillantes esperanzas concebidas respecto del Nuevo Mundo iban á realizarse.

Desgraciadamente estaba por aquel tiempo en Sevilla una persona llamada Benito Martin, capellan del gobernador de Cuba. No bien supo este hombre la llegada de los enviados y los pormenores de su historia, cuando dirigió una queja á la casa de contratacion, acusando á los recién llegados de motin y rebelion contra las autoridades de Cuba, así como de traicion á la corona (1). A consecuencia de sus representaciones fué secuestrado el buque, y á los que estaban á su bordo se les prohibió desembarcar sus efectos ú otra cosa alguna. No se permitió á los comisionados sacar los fondos necesarios para las expensas del viaje, ni una suma considerable remitida por Cortés á su padre. En este embarazo, no tuvieron mas alternativa que la de presentar-

(1) En la coleccion de manuscritos hecha por el Señor Vargas Ponce, antiguo presidente de la Academia de la historia, se encuentra un memorial de este mismo Benito Martin al emperador, en que hace presente los servicios de Velazquez, y la ingratitud y rebelion de Cortés y sus secuaces. No tiene fecha este documento, y está escrito despues de la llegada de los enviados, probablemente á fines del año siguiente.

se tan pronto como pudieron al emperador, entregarle los despachos que les habia encargado la colonia, y pedir la reparacion de los agravios que se les habian hecho. Buscaron primero á Martin Cortés que residia en Medellín, y con él se dirigieron á la corte.

Cárlos V hacia entonces su primer visita á España despues de su ascension al trono. No fué muy larga, pero bastante para disgustar á sus vasallos, y enagerrar en sumo grado su afecto. Habia recibido últimamente noticia de su eleccion para la corona imperial de Alemania, y desde ese momento, habian dirigiéndose sus ojos á aquel objeto. Su permanencia en la Península se habia prolongado, solamente con el fin de reunir los recursos necesarios para parecer con esplendor en el gran teatro de Europa. Cada una de sus acciones mostraba bien claramente, que la diadema de sus mayores le parecia muy despreciable comparada con la corona imperial, en la cual, ni sus súbditos naturales ni su posteridad podian tener el mas pequeño interes. Este era enteramente personal.

Contra la costumbre establecida, habia convocado las córtes castellanas en Compostela, ciudad apartada hácia el norte, que no presentaba mas ventaja que la de estar cerca del sitio de su embarque (2). En el tránsito para aquel lugar, se detuvo en Tordesillas, residencia de su desgraciada Madre Juana la loca. Aquí fué donde se le presentaron los enviados de Veracruz, en marzo de mil quinientos veinte. Casi al mismo tiempo llegaron las riquezas que trajeron á la corte, donde produjeron una sensacion extraordinaria (3). Hasta entonces las remisiones del Nuevo Mundo habian consistido principalmente en productos agrícolas, que aunque mas seguras, son tambien las mas tardías fuentes de riqueza. Muy poco oro se habia visto todavía, y eso en su estado natural, ó trabajado en las piezas mas toscas. Miraban pues los cortesanos con admiracion las grandes masas del precioso metal, y la delicada manufactura de los varios efectos, especialmente de las obras de plumaje, cuyos colores eran tan ricos y brillantes; y cuando escuchaban las noticias, así escritas como verbales del grande imperio azteca, creian ciertamente que los buques castellanos habian por fin llegado á las doradas Indias, que hasta entonces parecia se habian alejado de ellos.

Con tan favorables auspicios, poca duda puede haber de que el monarca hubiera accedido á la peticion de los enviados, y confirmado la irregular conducta de los conquistadores, á no haber sido por la oposicion de una persona que ocupaba un elevado puesto en el ministerio de Indias. Este era D. Juan Rodríguez de Fonseca, antes dean de Sevilla y entonces obispo de Burgos. Pertenecía á una

(2) Sandoval da una razon muy singular; la de estar cerca de la costa para proporcionar á Chièvres y á los otros sanguijuelas flamencos los medios de escaparse prontamente del país si era necesario, con sus mal adquiridas riquezas. Hist. de Cárlos V, tom. I, p. 203, ed de Pamplona, año de 1634.

(3) Véase la carta de P. Mártir de Anglería á su noble amigo y discípulo, el marqués de Mondejar, escrita dos meses despues de la llegada del buque que venia de Veracruz. Opus. Epist., ep. 650.

noble familia, y se le había confiado la dirección de los asuntos de las colonias, cuando se descubrió el Nuevo Mundo. Al crear Fernando el Católico el real consejo de Indias, le nombró su presidente y desde entonces había ocupado este puesto. Su larga permanencia en ese empleo de tan grande importancia y dificultad, es una prueba de su capacidad para los negocios. No era poco común en aquella época ver á los eclesiásticos ocupando altos puestos civiles y aun militares. Parece que Fonseca era activo y eficaz, más á propósito para el estado secular que para el eclesiástico. Ciertamente poco tenía de religioso su carácter, pues era pronto en ofenderse y tardo en perdonar. Sus resentimientos parece haberse nutrido y perpetuándose formando como una parte de su naturaleza. Desgraciadamente su posición social le facilitó los medios de desplegarlos contra algunos de los hombres mas ilustres de su tiempo. Ofendido por algun descuido verdadero ó fingido de Colon, había constantemente contrariado los planes del gran marino. Había mostrado los mismos sentimientos hostiles hacia D. Diego, hijo del almirante y heredero de sus honores; y desde la época de que se trata y en lo sucesivo, mostró el mismo espíritu respecto del conquistador de Méjico. La causa inmediata de esto, eran las relaciones personales de Velazquez, con quien una parienta suya mercana estaba enlazada (4).

A virtud de las representaciones de este prelado, Carlos, en lugar de dar á los mensajeros una respuesta favorable, reservó su decision hasta llegar á la Coruña, lugar donde debía embarcarse (5); pero aquí se vió muy oprimido con los disturbios que suscitó su impolítica conducta, así como con los preparativos del viaje. La decision de los negocios de las colonias, que por mucho tiempo pospuestos se habían acumulado en sus manos, se reservó para la última semana de su permanencia en España; pero los asuntos del „joven almirante” consumieron tan gran parte de ella, que no tuvo tiempo que dedicar á los de Cortés; de manera, que solo previno á la junta de Sevilla diera de sus fondos á los enviados todo lo necesario para satisfacer los gastos del viaje. El diez y seis de mayo de mil quinientos veinte dijo adios el impaciente monarca á su perturbado reino, sin una sola tentativa para cortar la disputa originada entre sus vasallos beligerantes del Nuevo Mundo; sin un solo esfuerzo para promover la magnífica empresa que había de asegurarle la posesion de un imperio. ¡Qué contraste con la política de sus predecesores Fernando é Isabel (6)!

(4) „Zúñiga, anales eclesiásticos y seculares de Sevilla, (Madrid, 1677,) fol. 414. —Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 5, cap. 14; lib. 9, cap. 17, et alibi.”

(5) Parece que Velazquez había enviado á España noticia de los hechos de Cortés y del buque que tocó en Cuba con los tesoros desde octubre de 1519. Carta de Velazquez al Lic. Figueroa, MS., Nov. 17, 1519.

(6) „Con gran música,” dice Sandoval amargamente, „de todos los ministriles y clarines, recogiendo las áncoras, dieron vela al viento con gran regocijo, dejando á la triste España cargada de duelos, y desventuras.” Hist. de Carlos V, tom. I, p. 219.

Entre tanto el gobernador de Cuba sin esperar la decision de la corte, tomó por sí mismo sus medidas. Hemos visto en uno de los capítulos anteriores, la impresion profunda que le causó la noticia de los procedimientos de Cortés, y de los tesoros que su buque conducia á España. La rabia, la mortificacion y la avaricia burlada turbaban su mente. No podia perdonarse el haber confiado la empresa á tales manos. La misma semana en que Cortés se habia separado de él para encargarse de la flota, habia firmado Carlos V un despacho confiando á Velazquez el título de *adelantado*, y ensanchando sus facultades (7). Sin pérdida de tiempo, resolvió el gobernador enviar á la costa de Méjico una fuerza bastante para asegurar su nueva autoridad en toda su extension, y tomar venganza de su rebelde subalterno. Comenzó los preparativos á principios de octubre (8). Primero se propuso tomar el mando de ella en persona, pero su enorme obesidad que lo imposibilitaba para las fatigas consiguientes á tal expedicion, ó segun él dice, su ternura por sus súbditos indios, asolados entonces por una epidemia, le indujo á conferir el mando á otro (9).

La persona que eligió, fué un hidalgo castellano llamado Pánfilo de Narvaez que habia acompañado á Velazquez en la conquista de Cuba, y cuya conducta no está exenta enteramente de la inhumanidad que con frecuencia ejercieron los primeros aventureros españoles. Desde aquel tiempo ocupó puestos importantes en el gobierno y fué un favorito decidido de Velazquez. Era hombre de algun talento militar aunque negligente y laxo en su disciplina: poseía indudablemente valor; pero estaba mezclado con una arrogancia, ó mas bien, presumida confianza de sí mismo, que le hacia sordo á los consejos de otros mas advertidos que él. Faltábale aquella prudencia y prevision calculadora, tan necesaria en un gefe que iba á lidiar con un antagonista como Cortés (10).

El gobernador y su teniente fueron infatigables en sus esfuerzos para reunir el ejército. Visitaron todas las ciudades considerables de la isla, equipando buques, proveyéndolos de municiones de boca y de guerra, y alentando con liberales promesas á los voluntarios á que se alistaran; pero la oferta mas eficaz fué la seguridad de los ricos tesoros que les esperaban en las doradas regio-

(7) El instrumento estaba datado en Barcelona, á 13 de noviembre de 1518. Cortés salió de Santiago el 18 del mismo mes. Herrera, *Hist. general*, déc. 2, lib. 3, cap. 11.

(8) Gomara (*Crónica*, cap. 96) y Robertson (*History of America* vol. II, pp. 304, 466) juzgan que la nueva dignidad de adelantado estimuló al gobernador á esta empresa. Por una carta de su mismo puño, que se encuentra en la coleccion de Muñoz, aparece que habia comenzado sus preparativos algunos meses antes de su nombramiento. Carta de Velazquez al señor de Xévres, Isla Fernandina, MS., octubre 12, de 1519.

(9) „Carta de Velazquez al Lic. Figueroa, MS., Nov. 17, de 1519.

(10) Diaz burlescamente describe la persona de Narvaez, de la manera siguiente. „Era alto, de fornidos miembros, cabeza grande y barba rubia, agradable presencia, voz gruesa y sonora como si saliera de una caverna. Era buen ginete y valiente. *Hist. de la conquista*, cap. 205.

nes de Méjico. Tan confiados estaban en esta esperanza, que los hombres de todas clases y edades se disputaban la preferencia de embarcarse en la expedición; en términos de parecer que toda la poblacion blanca queria dejar la isla, y abandonarla á sus primitivos habitantes (11).

Pronto se divulgó por las islas la noticia de estos acontecimientos y llamó la atencion de la real audiencia de Santo Domingo. Esta corporacion estaba entonces revestida no solo con la suprema autoridad judicial en las colonias, sino con una jurisdiccion civil, que como se queja el „almirante,” usurpaba sus derechos. Vió el tribunal con inquietud la proyectada expedicion de Velazquez, cuyo resultado fuera cual fuese con respecto á él y á Cortés, no podia dejar de comprometer los intereses de la corona. Consiguientemente eligieron á uno de sus miembros, el licenciado Ayllon, hombre de prudencia y resolucion, y lo despacharon á Cuba con instrucciones para interponer su autoridad y contener si era posible, los procedimientos de Velazquez (12).

A su llegada, encontró al gobernador en la parte occidental de la isla, empeñosamente ocupado en alistar la flota para hacerse á la mar. Explicóle el licenciado el objeto de su mision y las miras de la real audiencia respecto de la proyectada empresa. La conquista de un poderoso pais como Méjico requeria toda la fuerza de los españoles, y si una mitad se empleaba contra la otra, nada podia resultar de esto sino su ruina. Era pues obligacion del gobernador como súbdito leal, dejar á un lado su animosidad privada, y sostener á los que entonces se ocupaban en tan grande obra, enviándoles los recursos necesarios. Podia manifestar sus poderes y exigir de ellos obediencia; pero si lo rehusaban, debia dejar la determinacion de su disputa á los tribunales competentes, y emplear sus fuerzas en proseguir los descubrimientos en otra direccion, lejos de aventurar los ya hechos por hostilizar á su rival.

Esta amonestacion aunque convincente y juiciosa, no era de ningun modo agradable al gobernador. El en verdad no tenia intenciones de llegar al extremo de entrar en hostilidades con Cortés. Deseaba solamente afirmar su legítima jurisdiccion sobre los territorios descubiertos bajo sus auspicios, negando al mismo tiempo el derecho de Ayllon ó de la real audiencia para intervenir en el asunto. Narvaez era aun mas obstinado, y como la flota estaba ya lista, manifestó su intencion de darse á la vela en pocas horas. En este estado de cosas, viendo el licenciado que no podia conseguir su primer objeto de impedir la expedicion, determinó acompañarla en persona para impedir con su presencia si era posible, un declarado rompimiento con Cortés (13).

Componiase la escuadra de diez y ocho buques grandes y pequeños, y condu-

(11) En un memorandum del Lic. Ayllon, se habla particularmente del peligro de tal resultado. Carta al emperador. Guaniguanico, marzo 4, de 1520, MS.

(12) Proceso y pesquisa hecha por la real audiencia de la Española, Santo Domingo, diciembre 24, de 1519, MS.

(13) Parecer del Lic. Ayllon al adelantado Diego Velazquez, Isla Fernandina, 1520, MS.

cia á bordo novecientos hombres, ochenta de los cuales eran de caballería, otros ochenta arcabuceros, y ciento cincuenta ballesteros, con varios cañones de calibre, y un grande acopio de municiones y pertrechos de guerra. Además iban mil indios nativos de la isla, probablemente en clase de sirvientes (14). Tan brillante armada, con una sola excepcion (15), nunca habia surcado antes los mares indios: ninguna de las que habian sido equipadas hasta entonces para el Nuevo Mundo, podia compararse con ella.

Dejando á Cuba en principios de marzo de mil y quinientos veinte, siguió Narvaez casi la misma ruta que Cortés; y costeano lo que entonces se llamaba „Isla de Yucatán (16),” despues de una fuerte tempestad en la cual se fueron á pique algunos de los buques pequeños, ancló en San Juan de Ulúa, el veintitres de abril. Era este el lugar donde Cortés habia tambien desembarcado; el arenoso desierto ocupado hoy por la ciudad de Veracruz.

Aquí encontró el comandante á uno de los españoles mandados de Méjico por el general, para imponerse de los recursos del pais, especialmente de sus productos minerales. Este hombre vino á bordo de la flota, y por él supieron los españoles, todo lo que habia ocurrido despues de la partida de los enviados de Veracruz, la marcha al interior, las batallas sangrientas con los tlascaltecas, la ocupacion de Méjico, los ricos tesoros encontrados allí, y la prision del monarca, por cuyo medio concluyó el soldado, „gobierna Cortés todo el pais como soberano, de manera que un español puede viajar sin armas de un extremo á otro del imperio, sin sufrir insulto ó injuria (17).” Escuchó su auditorio estas maravillosas noticias con atenta admiracion; y la leal indignacion de Narvaez, se aumentó mas y mas al saber el valor de la presa que se habia arrancado á Velazquez.

Anunció su intencion de marchar contra Cortés y castigarle por su rebelion. Hizo esta amenaza de una manera tan pública, que los nativos que en gran nú-

(14) Relacion del Lic. Ayllon, Santo Domingo, 30 de agosto, 1520, MS.—Proceso y pesquisa por la real audiencia, MS.

Segun Diaz, la artillería se componia de veinte cañones. Hist. de la conquista, cap. 109.

(15) La gran escuadra puesta al mando de Ovando el año de 1501, en que Cortés quiso embarcarse para el Nuevo Mundo. Herrera, Hist. general, déc. 1, lib. 4, cap. 11.

(16) „De allí seguimos el viaje por toda la costa de la isla de Yucatán.” Relacion del Lic. Ayllon, MS.

(17) „La cual tierra sabe é ha visto este testigo, que el dicho Hernando Cortés tiene pacífica, é le sirven é obedecen todos los indios; é que cree este testigo que lo hacen por cabsa que el dicho Hernando Cortés tiene preso á un cacique que dicen Montezuma, que es señor de lo mas de la tierra, á lo que este testigo alcanza, al cual los indios obedecen, é hacen lo que les manda, é los cristianos andan por toda esta tierra seguros, é un solo cristiano la ha atravesado toda sin temor.” Proceso y pesquisa por la real audiencia, MS.

mero habian ocurrido al campamento formado prontamente en la playa, comprendieron bien que los recién llegados eran enemigos de los que antes habian venido. También determinó Narvaez, aunque contra los consejos del español que citaba el ejemplo de Cortés, establecer una colonia en este estéril sitio, é hizo los preparativos necesarios para organizar la municipalidad. Informóse por el soldado de la existencia de la inmediata colonia en la Villa Rica, mandada por Sandoval, y compuesta de unos pocos inválidos, quienes le aseguró se rendirian á la primera intimacion. Sin embargo, en lugar de marchar contra esta colonia, envió una embajada pacífica, para manifestar sus poderes y exigir obediencia de la guarnicion (18).

Estos pasos desagradaron mucho á Ayllon, quien veía que ellos debian conducir á un choque inevitable con Cortés; pero en vano lo manifestó á Narvaez, y aun le amenazó con comunicar sus procedimientos al gobierno. Enfadado aquel gefe de su continua oposicion y ásperas reconvenciones, determinó deshacerse de un compañero que obraba como un espía de todos sus movimientos. Mandó apresarle y le envió á Cuba. El licenciado tuvo la habilidad de persuadir al capitán del buque á que cambiara destino, y se dirigiera á Santo Domingo. Cuando llegó allí formó la real audiencia una relacion exacta de los manejos de Narvaez, pintando con los mas vivos colores la desleal conducta del gobernador y su teniente, y fué enviada á España (19).

Entre tanto no habia dejado Sandoval de observar los movimientos de Narvaez. Desde su primera aparicion en la costa, aquel astuto oficial, desconfiando del objeto de la armada, lo habia vigilado constantemente. Tan pronto como el comandante de Villa Rica supo el desembarco de los españoles, mandó á sus soldados inválidos á un lugar seguro de las inmediaciones. Despues puso la plaza en el mejor estado de defensa, y se preparó á sostenerla hasta el último trance. Sus soldados prometieron no abandonarle y con el objeto de fortalecer la resolucion de cualquiera que pudiera faltarle, mandó levantar una horca en un lugar visible de la ciudad; pero no se puso á prueba la constancia de sus súbditos.

Los únicos invasores de la Villa fueron un eclesiástico, un notario, y otros cuatro españoles escogidos por Narvaez para la mision de que ya se ha hablado. El nombre del primero era Guevara. Al llegar á la presencia de Sandoval le dirigió un estudiado discurso, en el que pomposamente enumeró los servicios y derechos de Velazquez, acusó á Cortés y á sus adictos de rebelion, y exigió de Sandoval prestase sumision como súbdito leal á la autoridad nuevamente es-

(18) „Relacion del Lic. Ayllon, MS.—Demanda de Zavallas en nombre de Narvaez, MS.

(19) Esta representacion se halla entre los MSS. del señor Vargas Ponce que se conservan en el archivo de la real academia de la historia. Contiene ciento diez páginas y se titula: „El proceso y pesquisa hecha por la real audiencia de la Española é tierra nuevamente descubierta. Para el consejo de su majestad.”

tablecida de Narvaez. Irritóse tanto el comandante de la Villa Rica, con este modo de hablar tan ofensivo á sus compañeros de armas, que aseguró al reverendo enviado, que solo el respeto á sus hábitos podían libertarle del castigo que merecía. Guevara entonces se manifestó incómodo á su vez, y llamó al notario para que leyera la intimación; pero se interpuso Sandoval prometiendo á aquel funcionario que si intentaba hacerlo, sin manifestar primero el título que tenía de la corona, sería fuertemente azotado. Con esto perdió Guevara todo dominio de sí mismo, y pateando repitió sus órdenes en un tono mas preciso que antes. Sandoval no era hombre de muchas palabras. Solamente contestó que el instrumento seria leído al mismo general en Méjico, y al propio tiempo previno á sus soldados procuraran algunos fuertes *tamanes* ó cargadores indios, en cuyas espaldas fueron colocados el desgraciado sacerdote y sus compañeros, como otros tantos fardos de mercancías. Púsoseles bajo la custodia de veinte españoles, y toda la caravana emprendió su marcha para la capital. Caminaron día y noche, deteniéndose únicamente para proporcionarse nuevos cargadores; y al pasar por ciudades populosas, selvas, y campos cultivados, que desaparecían tan pronto como se presentaban á su vista, quedaron admirados los españoles de lo extraordinario de la escena, así como del nuevo modo de viajar, pudiendo apenas distinguir si se hallaban despiertos ó soñando. De esta manera al fin del cuarto día llegaron al lago de Tezcucó, y avistaron la capital azteca (20).

Sus habitantes sabían ya la llegada á la costa de los nuevos hombres blancos. Luego que desembarcaron se comunicó á Montezuma, quien se dice, aunque parece improbable, que lo había ocultado algunos días á Cortés (21). Al fin invitándole á una entrevista, díjole, que ya no se le presentaba ningún obstáculo para dejar el país, pues una flota estaba pronta para recibirle. A las preguntas del admirado general, contestó Montezuma enseñándole un mapa geroglífico que se le había enviado de la costa, en el cual los buques, los españoles y todo su equipo, estaban escrupulosamente descifrados. Conteniendo Cortés toda otra emoción que no fuera la del placer, exclamó: „bendito sea el Redentor por sus bondades.” Cuando volvió á sus cuarteles recibieron las tropas la noticia con vivas, salva de artillería y otras demostraciones de júbilo. Consideraban á los recién venidos como un refuerzo mandado de España. No así su comandante. Desde el principio creyó que venían enviados por su enemigo el gobernador de Cuba. Comunicó sus sospechas á sus oficiales, y de estos pasaron á los soldados. Pronto se extinguió el exceso del gozo, y temores alarmantes se sucedieron cuando consideraron la probabilidad de sus sospechas, y

(20) „E iban espantados de que veían tantas ciudades y pueblos grandes, que les traían de comer, y unos los dejaban y otros los tomaban, y andar por su camino. Dice que iban pensando si era encantamiento, ó sueño.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 111.—Demanda de Zavillos, MS.

(21) „Ya habia tres días que lo sabia el Montezuma, y Cortés no sabia cosa ninguna.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 110.

la fuerza de los invasores. Sin embargo no los abandonó su constancia, y se comprometieron á permanecer fieles á su causa, y á no abandonar á su jefe viniera lo que viniese. Esta fué una de las ocasiones en que se probó la grande influencia que ejercia Cortés en estos rudos aventureros. Todas las dudas se disiparon con la llegada de los prisioneros de Villa Rica.

Uno de los del convoy, dejando á este en los suburbios, entró en la ciudad, y puso en manos del general una carta en que le daba cuenta Sandoval de todo lo ocurrido. Inmediatamente mandó Cortés que se pusieran libres á los prisioneros, y se les proporcionaran caballos para hacer su entrada en la capital; modo mas honroso de viajar que las espaldas de los *tamanes*. Cuando llegaron recibiólos con una señalada cortesía: excusóse por la dura conducta de sus oficiales, y parecia que con las mas esmeradas atenciones deseaba borrar de su mente todo lo pasado. Mostró todavia mas su benevolencia prodigando presentes á Guevara y á sus compañeros, hasta que gradualmente consiguió hacer en ellos tal cambio, que de enemigos los convirtió en amigos, y supo muchos pormenores importantes, no solo con respecto á los designios de su jefe, sino á las disposiciones en que estaba el ejército. Los soldados en general, dijeron, que lejos de desear un rompimiento con los de Cortés, gustosamente se unirían á ellos si no fuera por su comandante. Ellos no tenían resentimientos que satisfacer; su objeto era el oro; la influencia personal de Narvaez no era grande, y su arrogancia y carácter ruin le habia ya enagenado las voluntades de sus súbditos. No dejó de aprovecharse el general de estas noticias.

Dirigió una carta á su rival en los términos mas conciliatorios. Suplicábale no hiciese pública su animosidad, y encendiendo el espíritu de insubordinacion en los nativos, desbaratase lo que estaba ya tan adelantado. Un choque violento debia ser perjudicial aun para el mismo vencedor, y podia ser fatal á ambos. Solo unidos podian esperar buen resultado. Estaba pronto á asociarse con Narvaez, como con un compañero de armas, á dividir con él los frutos de la conquista, y si acreditaba que su comision dimanaba de la corona, á someterse á su autoridad. Bien sabia Cortés que no podia probar tal cosa (22).

Poco despues de la partida de Guevara y sus camaradas (23), determinó Cortés mandar un enviado especial de su parte, siendo la persona elegida para este delicado encargo el padre Olmedo, que en toda la campaña habia mostrado un juicio y talento para los negocios, no fácil de encontrar siempre en las personas de su estado. Llevó otra carta para Narvaez, concebida en los mismos términos que la anterior. Tambien escribió Cortés al licenciado Ayllon, cuya partida ignoraba, y á Andres de Duero, antiguo secretario de Velazquez y amigo de Cortés, que habia venido en la flota: encargó á Olmedo conversara privadamente con

(22) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, pp. 117 y 120.

(23) „Nuestro comandante les dijo tantas palabras bondadosas,” dice Diaz, “y les ungió las manos tan abundantemente con oro, que aunque vinieron como leones rugientes, volvieron completamente mansos.” Hist. de la conquista, cap. 111.

estas dos personas, así como con los principales oficiales y soldados, é infundiera en ellos hasta donde fuera posible un espíritu de avenimiento. Para dar mas fuerza á sus argumentos, iba provisto de una buena cantidad de oro.

Entré tanto habia abandonado Narvaez su primer designio de plantar una colonia en la playa del mar, y habia atravesado el pais hasta Cempoala, donde estableció sus cuarteles. Allí se hallaba cuando volvió Guevara y le entregó la carta de Cortés.

Leyóla Narvaez con desprecio, el cual se cambió en un amargo disgusto, cuando el enviado le manifestó los recursos y formidable carácter de su rival, aconsejándole aceptara sus ofertas de amistad. Efecto diferente produjo esto en las tropas, que escuchaban con admiracion las noticias que daban de Cortés; de sus francas y liberales maneras, las cuales involuntariamente comparaban con las de su comandante: de la riqueza de su campo donde el mas humilde soldado podia aventurar en el juego una barra ó cadena de oro, donde todo manifestaba la abundancia, y donde la vida del soldado parecia ser la de un continuado placer. Guevara solo habia visto el lado brillante de la pintura.

La impresion que hicieron estas noticias fué confirmada con la presencia del padre Olmedo. Este eclesiástico entregó sus cartas á Narvaez, quien rápidamente leyó su contenido con una ira, que se desató en las invectivas mas oprobiosas contra su rival, á la vez que uno de sus capitanes llamado Salvatierra, públicamente manifestó su intencion de cortar las orejas del rebelde, y sazonarlas para su almuerzo (24). Tan terribles amenazas no acobardaron al valiente religioso, que pronto entabló comunicacion con muchos de los oficiales y soldados, á quienes encontró mas inclinados á un acomodamiento. Su elocuencia insinuante acompañada de liberales presentes, se hizo gradualmente lugar en el corazon de aquellos, y se formó un partido á presencia misma del gefe, mas afecto á los intereses de su rival que á los suyos.

No pudo dirigirse la intriga tan secretamente, que eludiera las sospechas de Narvaez, quien hubiera arrestado al padre Olmedo y reducidole á prision, si no hubiera sido por la interposicion de Duero. Puso término á sus maquinaciones haciéndole regresar á Méjico; pero ya habia dejado sembrado el veneno para que produjera sus efectos.

Narvaez manifestó el mismo designio que cuando desembarcó, de marchar contra Cortés y aprehenderle como traidor. Con admiracion supieron los Cempoaltecas que sus nuevos huéspedes, aunque compatriotas de los primeros eran enemigos suyos. Tambien hizo publicar Narvaez su intencion de librar á Montezuma del cautiverio, y reinstalarle en el trono de sus mayores. Dícese que recibió un rico presente del emperador azteca, y que ademas entabló con él correspondencia (25). Que le hubiera tratado Montezuma con su acostumbrada

(24) Ibid., cap. 112.

(25) Ibid., cap. 111.

Oviedo dice que Montezuma convocó un consejo de sus nobles, en el cual se deci-

munificencia suponiendo ser amigo de Cortés, es muy probable; pero que hubiera entablado con él una comunicacion secreta, hostil á los intereses del general, es demasiado repugnante al resto de su conducta para que pueda creerse.

Estos hechos no se escaparon á la perspicaz vigilancia de Sandoval. Súpolos, unos por los desertores que se refugiaban en la Villa Rica, y otros por sus agentes, que disfrazados de nativos se mezclaban en el campo enemigo. Envió una noticia completa de ellos á Cortés: instruyóle del progreso de la defeccion de los indios; y le instó á tomar medidas activas para la defensa de Villa Rica, si no queria verla caer en manos del enemigo. Conoció el general que era ya tiempo de obrar.

Pero la eleccion del partido que debia seguir era en extremo embarazosa. Si permanecia en Méjico y esperaba allí el ataque de su rival, era darle tiempo para reunir todas las fuerzas del imperio, incluyendo las de la misma capital, que sin duda gustosamente servirian bajo las banderas de un gefe que ofrecia libertar á su señor. La desigualdad era demasiado grande para aventurarse.

Si marchaba contra Narvaez, ó tenia que abandonar la ciudad y el imperio, fruto de todos sus trabajos y triunfos, ó dejando una guarnicion que la conservase sujeta, tenia que disminuir sus fuerzas ya demasiado débiles para contrarrestar á las de su adversario. Decidióse por este último extremo, confiando tal vez menos en un encuentro de armas que en su influencia personal y prévias intrigas para conseguir un arreglo amistoso; para uno y otro resultadó se preparó.

Hase dicho en el capítulo anterior, que fué enviado Velazquez de Leon con ciento cincuenta hombres á establecer una colonia en uno de los grandes rios que desembocan en el golfo de Méjico. Luego que supo Cortés la llegada de Narvaez, despachó á este oficial un mensajero para que le instruyese de lo acontecido, y le previniera suspendiese sus trabajos; pero Velazquez ya habia recibido noticia de ello por el mismo Narvaez, quien en una carta que le escribió poco despues de su desembarco, lo conjuraba en nombre de su pariente el gobernador de Cuba, á abandonar las banderas de Cortés y unirse á las suyas. Sin embargo, aquel oficial hacia mucho tiempo que habia olvidado el resentimiento que una vez abrigó contra su general, á quien era ya sinceramente adicto, y quien le habia honrado en toda la campaña con singulares pruebas de consideracion. Cortés habia conocido oportunamente la importancia de asegurarse de este gefe. Sin esperar órdenes abandonó Velazquez su expedicion, y comenzaba á contramarchar á la capital, cuando recibió la prevencion del general de esperarle en Cholula.

dió, dejar entrar las tropas de Narvaez á la capital, y destruirlas de un golpe, lo mismo que las de Cortés. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.) Considerando el respeto con que solo las últimas eran miradas por los mejicanos, se viene en conocimiento de que no podia idearse una anécdota mas improbable; pero nada lo es para la historia, aunque segun la máxima de Boileau, pudiera decirse para la ficcion.

Habia tambien enviado Cortés á la distante provincia de Chinantla, situada al sudeste de Cholula, por un refuerzo de dos mil nativos. Pertenecian á una valerosa nacion enemiga de los mejicanos, y que le habia ofrecido sus servicios despues de que residia en la metrópoli. Usaban en campaña una gran lanza, ciertamente mayor que la que gastaban los españoles ó la infantería alemana. Mandó Cortés que le hicieran trescientas de dos puntas, y que estas no fueran de itztli, (a) sino de cobre. Con tan formidable arma se proponia vencer la caballería enemiga.

En su ausencia, confió el mando de la guarnicion á Pedro de Alvarado, el *Tonatiuh* de los mejicanos, oficial que poseía cualidades muy brillantes, un intrépido aunque algo arrogante espíritu, y que era su muy fiel amigo. Encargóle la prudencia y dulzura. Debia vigilar mucho á Montezuma, pues en la posesion de su persona, descansaba toda la autoridad que ejercian en el pais. Debia mostrarle la deferencia debida á su alto rango, y que demandaba la política. Habia de tributar constante respeto á los usos y preocupaciones del pueblo, recordando que aunque su pequeña fuerza sería bastante para vencerlos en tiempo de paz, una vez sublevados, sería aquella dispersada como la paja por el torbellino.

Exigió tambien de Montezuma la promesa de mantener con su teniente las mismas relaciones amistosas que habia conservado con él. Esto, dijo Cortés, sería muy grato á su amo el soberano español. Si el príncipe Azteca obraba de otra manera y se comprometia en algun movimiento hostil, debia convencerse de que él sería la primera víctima que habia de inmolearse.

Aseguró Montezuma al general que continuaria su buena amistad; y sin embargo estaba lleno de dudas con los recientes acontecimientos. ¿Eran los españoles que estaban en su corte, ó los que últimamente habian desembarcado, los verdaderos representantes de su soberano? Cortés habia guardado reserva sobre este punto. Díjole entonces que los últimos eran sus compatriotas, pero traidores á su rey. Como tales, era su penoso deber marchar contra ellos, y cuando hubiera castigado su rebelion, antes de dejar el pais volveria en triunfo á la capital. Ofreció Montezuma ayudarle con cinco mil guerreros aztecas; mas lo rehusó el general, no queriendo embarazarse con auxiliares en quienes no tenia mucha confianza, y que acaso le eran desafectos.

Dejó en la guarnicion puesta al mando de Alvarado ciento cincuenta hombres, dos tercios de toda su fuerza (26). Con estos quedó toda la artillería, la mayor

(a) Obsidiana ó vidrio volcánico de que hacian sus armas los indios, y de que hay tantos en el museo.

(26) En la edicion mejicana de las cartas de Cortés, dícese, que se componia de quinientos hombres; (Rel. seg., en Lorenzana, p. 122;) pero este número era mayor que el de toda su fuerza española. En la version de Ramusio de esta carta impresa el año de 1565, se refiere el mismo número que en el texto. (Navigationi et Viaggi, fol. 244.) En el instrumento sin fecha que se halla en mi poder, el cual contiene las

parte del pequeño escuadron de caballería, y los mas de los arcabuceros. Solo llevó con él setenta soldados; pero eran de los mas bizarros del ejército, y sus mas firmes adictos. Iban ligeramente armados, y embarazados con el menos bagaje posible. Todo dependia de la celeridad de los movimientos.

Montezuma en su real litera llevada por los nobles, y escoltado por toda la infantería española, acompañó al general hasta la calzada. Allí abrazándose de la manera mas cordial, se separaron con muestras exteriores de mútuo sentimiento. Era cerca de mediados de mayo de mil quinientos veinte, mas de seis meses despues de la entrada de los españoles en Méjico. En este tiempo habian dominado el pais con absoluto imperio, é iban entonces á dejar la ciudad con aparato hostil no contra enemigos indios, sino contra sus compatriotas. Era el principio de una larga carrera de calamidad, alternada con parciales triunfos que debian recorrer antes de que pudiera completarse la conquista (27).

relaciones juradas de ciertos testigos en cuanto al manejo del real quinto por Cortés, se dice que se dejaron en la capital al mando de Alvarado, ciento cincuenta soldados. (Probanza fecha en la nueva España del mar océano á pedimento de Juan Ochoa de Lexalde, en nombre de Hernando Cortés, MS.) El cálculo de la edicion mejicana, es incuestionablemente errado.

(27) Carta de la Villa de Veracruz al emperador, MS. Esta carta sin data, se escribió probablemente en 1520.—Véase tambien para el contenido de las páginas anteriores, la probanza fecha á pedimento de Juan Ochoa, MS.,—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 9, cap. 1, y 21; lib. 10, cap. 1,—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 119 y 120,—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 112-115,—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

CAPITULO VII.

BAJA CORTES A LA COSTA.—NEGOCIA CON NARVAEZ.—SE PREPARA A ATACARLO.—CUARTELES DE NARVAEZ.—ES ASALTADO POR LA NOCHE.—NARVAEZ DERROTADO.

1520.

Caminando la pequeña division por la calzada del sur por la cual habia entrado á la capital, continuó luego su marcha por el hermoso valle. Atravesó la cadena de montañas que la naturaleza habia tan ineficazmente extendido alrededor de él: pasó por entre los elevados volcanes, semejantes á dos desleales guardias que han dormidose en su puesto: atravesó los intrincados desfiladeros donde antes habia experimentado tan frio y tempestuoso tiempo; y saliendo al otro lado, bajó por la falda occidental donde comienza á extenderse la fértil llanura de Cholula. Poco caso hacian los soldados de lo que veian en su rápida marcha, y de si el tiempo era caluroso ó frio. La ansiedad de su espíritu los hacia indiferentes á los males exteriores; y afortunadamente no tenian que temer ningunos por parte de los nativos, pues el nombre de español tenia un efecto mágico; era mejor defensa para el que lo llevaba que la celada ó el escudo.

En Cholula tuvo Cortés la inexplicable satisfaccion de encontrar á Velazquez de Leon, con los ciento veinte soldados confiados á su mando para la formacion de la colonia. Este valiente oficial habia estado algun tiempo en aquella ciudad esperando la llegada del general. Si no hubiera venido se habria desgraciado la empresa de Cortés (1). La idea de resistir con solo un puñado de hombres, hubiera sido quimérica. Con la fuerza de Velazquez se habia triplicado su tropa, y adquirió una confianza proporcionada al aumento.

Abrazando cordialmente á sus compañeros de armas, ligados entonces mas estrechamente que nunca por la proximidad de un peligro comun, las tropas unidas atravesaron con paso apresurado las calles de la sagrada ciudad, donde multitud de ruinas y escombros anunciaban todavia la desastrosa visita que le habian hecho el verano anterior. Siguieron el camino real de Tlascala, y no muchas leguas distante de esta capital, encontraron al padre Olmedo y á sus compa-

(1) Así lo dice Oviedo y con verdad: „Si aquel capitan Juan Velazquez de Leon no estuviera mal con su pariente Diego Velazquez, é se pasara con los 150 hombres, que habia llevado á Guazacalco, á la parte de Pánfilo Narvaez su cuñado, acabado hubiera Cortés su oficio.” Hist. de las Ind., M^s., lib. 33, cap. 12

ñeros que volvian del campo de Narvaez, al que, segun se dijo, marcharon como enviados. Traia el eclesiástico una carta de aquel comandante, en la que intimaba á Cortés y á su ejército se sometieran á su autoridad como capitán general del pais, amenazándolos con el condigno castigo, en caso de que rehusaran hacerlo, ú opusiesen algun obstáculo. Refirió Olmedo muchos pormenores curiosos en cuanto al estado del campo enemigo. A Narvaez le describia como ensoberbecido con su autoridad, y negligente en tomar precauciones contra un enemigo que despreciaba. Rodeábanle varios y presuntuosos oficiales que adulaban su orgullo, y cuyo altivo lenguaje, el buen eclesiástico que tenia talento para el ridículo, imitó con no poca diversion de Cortés y de sus tropas. Muchos de los soldados, dijo, no mostraban adhesion hácia su gefe, y se oponian fuertemente á un rompimiento con sus compatriotas; sentimiento promovido en gran parte por las noticias que habian recibido del general, por los argumentos y promesas de su enviado, y por la liberal distribucion del oro con que se le habia provisto. Ademas de esto adquirió Cortés muy importantes noticias respecto de la posicion del enemigo y su plan de operaciones.

En Tlascala fueron recibidos los españoles con una franca y generosa hospitalidad. No se dice si algunos de los aliados tlascaltecas vinieron acompañándoles desde Méjico; mas si lo hicieron, no pasaron de su ciudad nativa. Pidió Cortés un refuerzo de seiscientos hombres para auxiliarle en la expedicion que iba á emprender; y si bien se le concedió inmediatamente, antes de que se hubiera alejado el ejército muchas millas, desertaron los indios auxiliares, uno despues de otro, y volvieron á su capital. No tenian animosidad personal que satisfacer en esta ocasion como en la guerra con Méjico; y puede ser tambien, que aunque intrépidos en la campaña con las razas indias mas valientes, tenian una experiencia demasiado fatal del valor de los hombres blancos para intentar volver á medir con ellos sus armas. Á la mayor brevedad desertaron en tal número, que despidió Cortés el resto, diciéndoles con el mejor buen humor, „que mas bien queria separarse de ellos entonces, que en la hora del peligro.”

Pronto entraron las tropas en aquel árido terreno de las cercanías de Perote, donde se nota el efecto de las materias volcánicas, formando un singular contraste con el aspecto general de belleza de que está revestido el pais. No pasó mucho tiempo sin que tuvieran el gusto de ver llegar á Sandoval con cerca de sesenta soldados de la guarnicion de Veracruz, incluso varios desertores del enemigo. Era un importante refuerzo, así por el número de hombres, como por el carácter del comandante, uno de los mas hábiles capitanes del ejército bajo todos aspectos. Habia tenido precision de dar una gran vuelta, y se habia abierto paso por espesos bosques y escarpadas montañas, hasta que afortunadamente llegó al lugar señalado para la reunion, y volvió á colocarse bajo las banderas de su gefe (2).

(2) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 123 y 124.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 115-117.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib., 33. cap. 12.

En este mismo lugar encontró á Cortés el español Tovillos, á quien habia enviado á Chinantla con el fin de procurarse las lanzas de que se ha hablado. Estaban perfectamente hechas, con arreglo al modelo que se le dió; lanzas de dos puntas de cobre y de gran tamaño. Tovillos enseñó á los soldados el ejercicio de esta arma, cuyo formidable uso, en particular contra la caballería, se habia demostrado satisfactoriamente á fines del siglo pasado, por los batallones suizos en sus encuentros con la caballería borgoñona, la mejor de Europa (3).

Pasó entonces Cortés revista á su ejército, si tan pequeña fuerza puede llamarse así; y encontró que se componia de doscientos sesenta y seis hombres, de los cuales solo cinco iban montados. Distribuyéronse entre ellos unos cuantos fusiles y ballestas; en cuanto á armadura defensiva estaban sumamente escasos. La mayor parte llevaba la gruesa cota de algodón del pais, llamada *escapul* y recomendada por su mucha ligereza, la cual aunque suficiente para resistir á la flecha del indio, era ineficaz contra la bala de fusil. Muchas de estas cotas estaban en estado de no poder repararse, probando con sus enormes aberturas, el duro servicio que habian hecho, y fuertes golpes que habian resistido. En este extremo, varios soldados hubieran dado cualquier precio, la mejor de las cadenas de oro que llevaban haciendo contraste con sus pobres vestidos, por un morrion ó coraza de acero con que substituir su rota y maltratada armadura (4).

Debajo de este tocos exterior, palpitaban corazones intrépidos y valientes cual nunca habian latido en pechos humanos; eran estos los héroes invencibles de muchas terribles batallas, en las cuales habia sido incalculable el número de sus enemigos. Tenian una larga experiencia del pais y de sus habitantes, y conocian bien el carácter de su comandante, á cuya vista habian sido disciplinados y acostumbrados á ser siempre obedientes. Todo el ejército parecia constituir un solo individuo respecto de la unidad de designio y de accion. De esta manera se aumentó increiblemente su fuerza, y lo que no era menos importante, el mas humilde soldado lo creyó así.

Volvieron á emprender su marcha las tropas atravesando la cordillera, hasta que llegando al costado occidental, se disminuyeron sus trabajos al paso que descendian á los dilatados llanos de la tierra caliente que se extendia á sus piés como un océano sin límites de verdura. A unas quince leguas de Cempoala, donde como se ha dicho, tenia Narvaez sus cuarteles, los encontró otra embajada de este gefe. Componiase del eclesiástico Guevara, Andres de Duero, y otros dos ó tres

(3) Aunque las largas picas de los alemanes eran irresistibles contra la caballería, no fueron armas que pudieron medirse con la espada y escudo del español, en la gran batalla de Rabena dada en 1512. Maquiavelo hace algunas excelentes reflexiones sobre el mérito comparativo de estas armas. Arte della guerra, lib. 2, ap. Opere, tom. IV. p. 67.

(4) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 118.

„Tambien quiero decir la gran necesidad que teniamos de armas, que por un peto, ó capacete, ó casco, ó babera de hierro, diéramos aquella noche cuanto nos pidieran por ello, y todo cuanto habiamos ganado.” Cap. 122.

españoles. Duero, el amigo constante de Cortés, había sido la persona que mayor parte tuvo en obtener de Velazquez que le confiriera el mando de la expedición. Saludáronse con un estrecho abrazo, y no fué sino hasta despues de una larga conversacion sobre asuntos privados, cuando el secretario manifestó el objeto de su visita.

Traía una carta de Narvaez concebida en términos algo diferentes de los de la anterior. Exigia, es verdad, el reconocimiento de su suprema autoridad en el pais, pero ofrecia sus buques para transportar á todos los que quisieran salir de él con sus tesoros y efectos, sin ninguna molestia ó exámen. La liberalidad de estas ofertas, debe sin duda atribuirse á la discrecion de Duero. El secretario instó vivamente á Cortés para que las aceptara, como las mas favorables que podia obtener, y como la única alternativa que podia proporcionarle seguridad en su desesperada situacion; „pues por valientes que sean vuestros soldados,” díjole, „¿cómo pueden esperar hacer frente á un ejército tan superior en número y equipo como el de sus antagonistas?” Pero Cortés tenia echada ya la suerte, y no era hombre que habia de retroceder. „Si Narvaez trae alguna provision real,” contestó, „me someteré á él sin réplica; pero no ha presentado ninguna, es un enviado de mi rival Velazquez. En cuanto á mí, soy servidor del rey: para él he conquistado el pais; y para él, yo y mis bravos soldados lo defenderemos hasta derramar la última gota de sangre. Si sucumbimos, bastante gloria nos resultará de haber perecido en el cumplimiento de nuestros deberes” (5).

Su amigo debió verse embarazado para comprender cómo se apoyaba la autoridad de Cortés en un fundamento diverso del de Narvaez; y si ambos la habian obtenido del mismo superior, esto es, del gobernador de Cuba, ¿por qué este dignatario no habia de tener facultad de remover á un oficial suyo por algun motivo de disgusto, y nombrar un substituto (6)? Pero Cortés se valió

(5) „Yo les respondí, que no via provision de vuestra alteza, por donde le debiese entregar la tierra; é que si alguna traia, que la presentase ante mí, y ante el cabildo de la Veracruz, segun órden, y costumbre de España, y que yo estaba presto de la obedecer, y cumplir; y que hasta tanto, por ningun interese, ni partido haria lo que él decia; antes yo, y los que conmigo estaban, moriríamos en defensa de la tierra, pues la habiamos ganado, y tenido por vuestra magestad pacífica, y segura, y por no ser traidores y desleales á nuestro rey.... Considerando, que morir en servicio de mi rey, y por defender, y amparar sus tierras, y no las dejar usurpar, á mí, y á los de mi compañía se nos seguia farta gloria.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 125-127.

(6) Tales son las reflexiones naturales que hizo Oviedo algunos años despues, discuriendo sobre este asunto. „E tambien que me parece donaire, ó no bastante la excusa que Cortés da para fundar é justificar su negocio, que es decir, que el Narvaez presentase las provisiones que llevaba de S. M. Como si el dicho Cortés hobiera ido á aquella tierra por mandado de S. M. ó con mas, ni tanta autoridad como llevaba Narvaez; pues que es claro é notorio, que el adelantado Diego Velazquez, que envió á Cortés, era parte, segun derecho, para le enviar á remover, y el Cortés obligado á

entonces de la ficción legal, si así puede llamarse, de que la comisión que renunció ante la municipalidad de Veracruz, nombrada por sí misma, había vuelto á recibirla de la corona por medio de este cuerpo. El ardid era demasiado claro para que pudiera engañar á otros que no fueran aquellos que quisieran estar ciegos. Los mas del ejército, eran de este número. Parecía que á ellos les infundía mucha confianza, de la misma manera que una tira de lona pintada, substituida como lo ha sido algunas veces, á un verdadero parapeto de piedra, se ha visto que no solamente ha engañado al enemigo, sino dado á los defensores ocultos detras de ella, una especie de valor artificial (7).

Cuando en Cuba tomó Cortés el mando de la expedición, convino con su amigo Duero, en que tendría una parte considerable de las ganancias. Dicese que en la ocasión de que se trata, confirmó Cortés este arreglo, de cuya manera convirtió en interes del otro el que triunfara en la lucha con Narvaez. Era este un punto importante considerando la posición del secretario (8). De tan auténtica fuente obtuvo el general, respecto de los designios de Narvaez, muchas noticias que se habían escapado á Olmedo. Al partir los enviados entrególes Cortés una carta para su rival, concebida en los mismos términos que la que de él recibió. Esta especie de negociación manifestaba el deseo de dilatar, si no de cortar las hostilidades, lo cual podía adormecer la vigilancia de Narvaez.

En la carta intimaba á éste y á los que le seguían, se presentaran ante él sin dilación, y reconocieran su autoridad como representante del soberano. De lo contrario se vería precisado á proceder contra ellos como rebeldes á la corona (9). Con esta carta cuyo tenor orgulloso le convenia usar tanto por sus tropas como por las del enemigo, despidió Cortés á los comisionados que volvieron á participar á sus camaradas su admiración por el general, y la ilimitada liberalidad de éste, de la cual tuvo él buen cuidado de que recibieran amplias pruebas, extendiéndose en hablar sobre la riqueza de sus soldados, quienes sobre su miserable traje, ostentaban una profusión de joyas, adornos de oro, collares y marizos cadenas, que daban vuelta varias veces á sus cuellos y cuerpos; el rico despojo del tesoro de Montezuma.

le obedecer. No quiero decir mas en esto por no ser odioso á ninguna de las partes." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 12.

(7) Mariana en la Historia de España, refiere mas de un ejemplo de este ardid, aunque se han borrado de mi memoria los pasajes donde habla de él.

(8) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 119.

(9) „E asimismo mandaba, y mandé por el dicho mandamiento á todas las personas, que con el dicho Narvaez estaban, que no tuviesen, ni obedeciesen al dicho Narvaez por tal capitán, ni justicia; antes, dentro de cierto término, que en el dicho mandamiento señalé, pareciesen ante mí, para que yo les dijese, lo que debían hacer en servicio de vuestra alteza: con protestación, que lo contrario haciendo, procedería contra ellos, como contra traidores, y alevos, y malos vasallos, que se rebelaban contra su rey, y quieren usurpar sus tierras, y señoríos." Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, p. 127.

Siguió el ejército su camino por los dilatados llanos de la tierra caliente, en la cual había agotado la naturaleza todos los primores de la creación. Estaba entonces mucho mas cubierta que ahora de nobles selvas, donde el elevado árbol del algodón silvestre, producto de algunos siglos, estaba lado á lado con la ligera caña ó el platanar, fruto de una estación, que cada una en su clase atestiguaba la maravillosa fertilidad del suelo, mientras que innumerables florecillas enlazándose en las gigantescas ramas, colgaban ondeando sobre sus cabezas en hermosos festones, y perfumando el aire con su olor esquisito. Pero no eran sensibles los españoles á los deliciosos encantos de la naturaleza; su imaginación estaba ocupada de una sola idea.

Atravesando una extensa pradera, fué al fin detenida su marcha por un río, ó mas bien arroyo, llamado „Río de Canoas,” que por lo comun no tenía un gran caudal de aguas, pero que en aquella vez estaba aumentado por excesivas lluvias. Había llovido mucho aquel día, aunque en intervalos se había mostrado el sol con intolerable ardor, ofreciendo una buena prueba de las alternativas de calor y humedad que dan tanta fuerza á la vegetación en los trópicos, donde la operación metódica de madurar temprano parece que va siempre en aumento.

Cerca de una legua distaba el río del campo de Narvaez; y antes de buscar un lugar á propósito para vadearlo, permitió Cortés á los soldados recuperasen sus agotadas fuerzas reclinándose sobre la tierra. Había extendido la noche su umbroso velo, y la naciente luna, esparciendo por entre las obscuras nubes su plateada luz, brillaba con una dudosa é interrumpida claridad. No había aun desatado su furia la tempestad (10), lo que no pesó á Cortés. Resolvióse á dar el asalto aquella misma noche, pues la obscuridad y confusión de la tormenta contribuirían eficazmente á ocultar sus movimientos.

Antes de manifestar su plan, dirigió á los soldados uno de aquellos elocuentes y marciales discursos á que sabía recurrir en urgencias de gran momento, para tocar las fibras mas delicadas de su corazón, y reanimar con su heroico valor á los que vacilaran. Recapituló brevemente los grandes acontecimientos de la campaña, los peligros que habían arrojado, las victorias que habían obtenido sobre enemigos tan superiores en número, el glorioso despojo que habían ganado. De todo iban á ser privados, no por hombres que tuvieran autorización legal de la corona, sino por unos aventureros, sin otro título que la superioridad de sus fuerzas. Tenían ellos derecho á reclamar la gratitud de su país y de su soberano, y lejos de esto iban á ser deshonrados; sus mismos servicios iban á ser convertidos en crímenes, y sus nombres cubiertos de infamia como el de unos traidores. Pero había llegado ya el tiempo de la venganza. Dios no desampararía al soldado de la cruz: no dejaría sucumbir á los que la habían conducido victoriosa despreciando grandes peligros; y si salían vencidos, era mucho mejor morir como valientes en el campo de batalla, que perecer ig-

(10) „Y aun llovía de rato en rato, y entonces salía la luna, que cuando allí llegamos hacia muy oscuro y llovía, y también la escuridad ayudó.” Hist. de la conquista, cap. 122.

nominiolosamente en el patíbulo, como esclavos, perdiendo su fama y fortuna. Insistió mucho sobre este punto, conociendo muy bien que no había uno entre ellos tan estúpido, que no se entusiasmara al hablarle de él.

Respondieron los soldados con estrepitosas aclamaciones, y Velazquez de Leon y Lugo á nombre de los demas, aseguraron á Cortés, que si sucumbia, seria culpa de él y no suya, pues estaban dispuestos á seguirle adonde quiera que los condujese. Quedó el general plenamente satisfecho del ánimo resuelto de sus soldados, y conoció que la dificultad que se le presentaba, no consistia en avivar su entusiasmo, sino en saberlo dirigir bien. Es muy notable que no aludiera á la defeccion que existia en el campo enemigo; reservaba esto como el último recurso, queriendo que sus soldados confiaran en sí mismos.

Manifestó su intento de atacar al enemigo aquella misma noche, cuando estuviera sumergido en el sueño, y la favorable obscuridad de la noche extendiera un velo sobre sus movimientos, y ocultara la cortedad de su número, á lo que accedieron gustosamente las tropas, no obstante lo fatigadas que estaban por la no interrumpida marcha y lo oprimidas que se hallaban del hambre; en su situacion, la demora seria el mayor de los males. Distribuyó en seguida el mando entre sus capitanes. A Gonzalo de Sandoval le encomendó la importante empresa de apoderarse de Narvaez. Como alguacil mayor ordenóle que aprehendiera á este oficial por rebelde á su soberano, y que si hacia resistencia le diera muerte en el acto (11). Puso á sus órdenes sesenta hombres escogidos para esta dificultosa empresa, sostenidos por varios de los mas hábiles capitanes, entre quienes se contaba á dos de los Alvarados, á Avila y á Ordaz. Dió el mando de la mayor parte de la fuerza á Cristóbal de Olid, ó segun algunos escritores, á Pizarro, uno de la familia tan célebre en la subsiguiente conquista del Perú. Debía procurar apoderarse de la artillería, y cubrir el asalto de Sandoval, distrayendo á aquellos de sus enemigos que pudieran impedirlo. Solo reservó Cortés veinte hombres para acudir al punto que fuera necesario. La señal era la palabra „Espíritu Santo,” por ser la noche del dia de Pentecostés. Habiendo tomado estas determinaciones, se preparó á vadear el rio (12).

Durante el tiempo ocupado por Cortés de la manera que se ha visto, habia Narvaez permanecido en Cempoala, pasando sus dias en frívolos y ociosos pa-

(11) El procurador de Narvaez en la queja que presentó á la corona, se extiende en hablar sobre la diabólica enormidad de estas instrucciones. „El dicho Fernando Cortés como traidor alevoso, sin apercibir al dicho mi parte, con un diabólico pensamiento é infernal osadía, en contemto é menosprecio de V. M. ó de sus provisiones reales, no mirando ni asattando la lealtad que debia á V. M., el dicho Cortés dió un mandamiento al dicho Gonzalo de Sandoval para que prendiese al dicho Pánfilo de Narvaez, é si se defendiese que lo matase.” Demanda de Zavalllos en nombre de Narvaez, MS.

(12) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 12 y 47.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 122.—Herrera, Hist. general, déc. 2. lib. 10, cap. 1.

satiempos, en los cuales fué al fin interrumpido despues del regreso de Duero, por las manifestaciones del anciano cacique de la ciudad. „¿Por qué sois tan descuidado?” exclamó el último, „¿pensais que Malinche es así? Estad seguro de que conoce vuestra posicion exactamente, y cuando menos penseis estará sobre vos” (13).

Alarmado Narvaez con estas indicaciones y las de sus amigos, púsose al fin á la cabeza de sus tropas, y el mismo dia en que Cortés llegó al Río de Canoas, marchó á encontrarle; pero cuando llegó Narvaez á este lugar, no vió ninguna señal del enemigo. La lluvia que caía en torrentes, pronto empapó á los soldados hasta la piel. Algunos, afeminados con la larga y muelle residencia en Cempoala, murmuraban de su incómoda situacion. „¿De qué servirá,” decian, „permanecer aquí luchando con los elementos? No hay señal alguna del enemigo, y poco fundamento para temer que se acerque en tan tempestuoso tiempo. Seria mas prudente regresar á Cempoala; y en la mañana todos estaremos descansados para entrar en accion si se presenta Cortés.”

Siguió Narvaez estos consejos, ó mas bien sus propias inclinaciones. Antes de contramarchar se previno contra una sorpresa, colocando dos centinelas á no mucha distancia del rio, para que dieran noticia de la llegada de Cortés. Destacó tambien una partida de cuarenta caballos en otra direccion, por donde pensó no era improbable que avanzara el enemigo. Tomadas estas precauciones, regresó á sus cuarteles antes de que anocheciera.

Ocupaba en Cempoala el principal *teocalli*, que era un edificio de piedra de la forma ordinaria, y al que se subia por una escalera abierta en uno de los lados de la pirámide. En el edificio ó santuario de la parte superior se colocó él mismo con un gran número de arcabuceros y ballesteros. Otros dos *teocallis* levantados en el mismo atrio, fueron cubiertos por grandes destacamentos de infantería. Puso su artillería compuesta de diez y siete ó diez y ocho cañones de corto calibre, en la parte de abajo, y la protegió con el resto de su caballería. Cuando hubo distribuido así sus fuerzas, volvió á su posicion, y se entregó al descanso con tanta confianza, como si su rival estuviera al otro lado del Atlántico, y no en la orilla de un arroyo inmediato.

Este riachuelo habiase convertido por el diluvio de aguas, en un furioso torrente, tanto que con dificultad pudo encontrársele vado. Las resbaladizas piedras rodando bajo los piés, desaparecian á cada paso, y la dificultad del camino se aumentaba mas y mas por la obscuridad y terrible tempestad. Al fin lograron los soldados de Cortés afirmar sus pasos valiéndose de sus largas picas, menos dos que fueron arrebatados por la violencia de la corriente. Cuando hubieron llegado á la orilla opuesta, hallaron nuevos impedimentos para

(13) „¿Qué haceis, que estais muy descuidado? ¿Pensais que Malinche y los Teules que trae consigo, que son así como vosotros? Pues yo os digo, que cuando no os catáredes, será aquí, y os matará.” Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 121.

atravesar un camino siempre malo, y entonces doblemente dificultoso por el mucho lodo y los espesos matorrales que lo cubrían.

Aquí encontraron una cruz levantada por ellos cuando emprendieron su primera marcha hácia al interior. Saludáronla como un buen agüero, y arrodillándose Cortés ante el sagrado signo, confesó sus pecados, y declaró ser su principal objeto, el triunfo de la fe católica. Siguió el ejército su ejemplo, y habiendo recibido todos la absolucion del padre Olmedo, invocó éste la bendicion del cielo sobre los guerreros que habian consagrado sus espadas á las glorias de la cruz. Luego levantándose y abrazándose unos á los otros, como compañeros en la buena causa, se encontraron admirablemente fortificados. Es curioso este incidente, y manifiesta bien el carácter de la época, en la que, la guerra, la religion y la rapiña, se hallaban tan íntimamente unidas.

Contiguo al camino estaba un pequeño bosque, y desmontando Cortés con los pocos que tenian caballos, ataron estos á los árboles donde encontraron algun abrigo contra la tempestad. Allí depositaron tambien sus equipajes, y aquellos efectos supérfluos que podian embarazar sus movimientos. Luego les dió el general algunos consejos. „Todo,” díjoles, „depende de la obediencia. Ninguno se separe de sus filas por el deseo de distinguirse. En el silencio, actividad, prontitud, y sobre todo, en la obediencia á los gefes, consiste el buen éxito de nuestra empresa.”

Silenciosa y ocultamente continuaban su camino, sin el toque del tambor ó sonido de la trompeta, cuando repentinamente se encontraron con los dos centinelas que habia colocado Narvaez para que le dieran noticia de su llegada. Habiase verificado esta tan sin ruido, que ambos fueron sorprendidos en su puesto, y uno solo pudo escaparse con dificultad. El otro fué conducido á la presencia de Cortés. Hiciéronse todos los esfuerzos posibles para conseguir de él algunas noticias sobre la posicion que guardaba Narvaez; pero el hombre se mantuvo obstinadamente silencioso, y aunque se le amenazó con la horca, y aun se le puso el dogal al cuello, no se logró vencer su heroismo espartano. Afortunadamente ningun cambio habia habido en las disposiciones de Narvaez despues de las noticias obtenidas de Duero.

El otro centinela que se habia escapado, llevó al campo aviso de la venida del enemigo; pero no le dieron crédito los perezosos soldados cuyo sueño habia turbado. „Le habia engañado el miedo,” dijeron, „y equivocaba el ruido de la tempestad y movimiento de las ramas, con el enemigo. Cortés y sus soldados estaban bastante lejos, hácia el otro lado del rio, que tardarian mucho en pasar en tan mala noche.” Narvaez mismo participó de esta ciega fatuidad, y el no creido centinela se retiró avergonzado á su respectivo cuartel, amenazándolos en vano con las consecuencias de su incredulidad (14).

No dudando Cortés que el aviso del centinela debia alarmar al campo ene-

(14) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 128.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 2 y 3.

migo, apresuró el paso. Al estar cerca descubrió luz en una de las elevadas torres de la ciudad. „Es el cuartel de Narvaez,” dijo á Sandoval, „y esa luz debe ser nuestra guia.” Al entrar á los suburbios se sorprendieron de no encontrar á nadie en movimiento, ni síntomas de alarma. Ningun sonido se oía excepto el de su mesurado paso, medio ahogado en el ruido de la tempestad. Sin embargo, no podían marchar tan en silencio que evitaran del todo ser sentidos al desfilar por las calles de la populosa ciudad. Pronto llegó la noticia á los cuarteles del enemigo, donde en un instante todo era bullicio y confusion. Llamaron las trompetas á las armas. Los dragones subieron á caballo, y los artilleros acudieron á sus cañones. Púsose Narvaez apresuradamente su armadura: convocó á sus soldados á su rededor, y previno á los que estaban en los *teocallis* inmediatos, se le reunieran en el atrio. Dió sus órdenes con serenidad, pues aunque falto de prudencia, no carecía de presencia de ánimo ó valor.

Todo esto fué obra de unos pocos minutos; pero en ellos habían llegado los asaltantes á la avenida que conducía al teocalli. Ordenó Cortés á sus soldados marchasen muy pegados á los muros de los edificios, para que de esta manera no pudiera perjudicarlos la artillería (15). No bien se hubieron presentado delante del templo, cuando la artillería de Narvaez rompió un fuego general. Afortunadamente se tomó la puntería tan alta, que las mas de las balas pasaban sobre las cabezas de los soldados, y sólo tres fueron heridos. No dieron tiempo al enemigo de volver á cargar, sino que pronunciando Cortés la señal que había dado aquella noche de „Espíritu Santo, Espíritu Santo sobre ellos;” en un momento Olid y su division cayó sobre los artilleros, á quienes acibillaron de heridas ó echaron por tierra con sus picas y se apoderaron de los cañones. Otra seccion se ocupó de la caballería y distrajo su atencion, mientras Sandoval con su valiente partida subía la gran escalera del templo. Fueron recibidos con una lluvia de flechas y balas de fusil, las cuales á causa de la precipitada puntería y obscuridad de la noche, hicieron poco daño. Al minuto siguiente estaban los asaltantes en la plataforma luchando mano á mano con el enemigo. Peleó Narvaez valerosamente alentando á sus soldados: su portaestandarte cayó á su lado traspasado de parte á parte; él mismo recibió varias heridas, pues su espada no era bastante para contener las largas picas. Al fin una lanzada le hizo saltar el ojo izquierdo. „Santa María,” exclamó el desgraciado gefe, „estoy muerto.” Luego se aprovecharon de esta voz los soldados de Cortés, gritando „victoria.”

Inutilizado y furioso por los dolores de la herida, fué Narvaez conducido por sus soldados al santuario. Procuraron los asaltantes forzar la entrada, pero fué

(15) „Ya que se acercaban al aposento de Narvaez, Cortés, que andaba reconociendo, y ordenando á todas partes, dijo á la tropa de Sandoval: señores, arrimaos á las dos aceras de la calle, para que las balas del artillería pasen por medio, sin hacer daño.” Ibid., déc. 2, lib. 10, cap. 3.

valerosamente defendida. Por fin, tomando un soldado una antorcha ó tea, la arrojó sobre el techo de paja, y en pocos momentos estaban ardiendo los materiales combustibles de que estaba compuesto, viéndose obligados los que se hallaban adentro, á salir por el calor y humo sofocante. Un soldado, llamado Farfan, se apoderó del herido comandante, fácilmente le sacó afuera, y pronto se le hizo bajar al atrio donde fué asegurado con grillos. Los soldados, viendo la suerte de su gefe, no hicieron mas resistencia (16).

Entre tanto, Cortés y las tropas de Olid luchaban con la caballería, y la habian puesto en desórden despues de algunos ineficaces esfuerzos de la última para abrirse paso por entre la espesa línea de picas, que habia desmontado á algunos y muerto á otros. Entonces se preparó el general á atacar los otros *teocallis*, intimando primero á sus guarniciones que se rindiesen; y como lo rehusaron, hizo jugar sobre ellos los cañones de calibre, convirtiendo así la artillería contra sus mismos dueños. Acompañó este movimiento amenazante de las mas generosas ofertas; un completo olvido de lo pasado, y entero participio en todas las utilidades de la conquista. Una de las guarniciones era mandada por Salvatierra, el mismo oficial que habia ofrecido cortar á Cortés las orejas. Luego que supo la suerte de su general, se apoderó del héroe una violenta enfermedad que le impidió continuar en la accion. Solo esperó la guarnicion la primera descarga de la artillería, para aceptar los términos de la capitulacion. Dícese que en esta vez fue socorrido Cortés por unos auxiliares inesperados. Estaba lleno el aire de cocuyos, especie de insectos alados que emiten de su cuerpo una luz fosfórica bastante para leer con ella. Estos fuegos errantes vistos en la obscuridad de la noche, fueron convertidos por la exaltada imaginacion de los sitiados en un ejército con mechas encendidas. Así lo asegura un testigo ocular (17); pero la facilidad con que se rindió el enemigo, debe atribuirse á la cobardía del comandante y al desafecto de los soldados no poco inclinados á seguir las banderas de Cortés.

El cuerpo de caballería apostado como se ha dicho por Narvaez en uno de los caminos de Cempoala para interceptar á su rival, sabiendo lo que habia pasado, no tardó mucho en manifestarse sumiso. A cada uno de los soldados del ejército vencido se le exigió como señal de obediencia, que depositara sus armas en manos de los alguaciles, y prestara juramento de reconocer á Cortés por justicia principal y capitán general de la colonia.

Se habla con diversidad respecto al número de muertos. Parece probable que no excedieron de doce por parte de los vencidos, y la mitad por la de los vencedores, lo que puede explicarse con la corta duracion del combate, y la ma-

(16) Demanda de Zavallos en nombre de Narvaez, MS.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

(17) „Como hacia tan oscuro habia muchos cocayos (ansí los llaman en Cuba) que relumbraban de noche, é los de Narvaez creyeron que eran muchas de las escopetas.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 122.

la direccion de los proyectiles á causa de la obscuridad. Mucho mas considerable fué el número de heridos (18).

La victoria fué completa. Pocas horas fueron bastantes para cambiar la condicion de Cortés. De un errante proscrito á la cabeza de un puñado de indigentes aventureros, de un rebelde á cuya cabeza se habia puesto precio, vióse convertido en un gefe independiente, con una fuerza á su disposicion, bastante no solo para asegurar las conquistas ya hechas, sino para emprender una carrera mas ambiciosa. Mientras poblaban el aire las aclamaciones de los soldados, tomando el victorioso general, el porte correspondiente á su cambio de fortuna, sentóse en un sillón de autoridad, y con un rico manto bordado, sobre sus espaldas, recibió una por una las felicitaciones de los oficiales y soldados. A estos les concedió la gracia de besarle la mano, y á aquellos contestaba con cortesía y atencion. Cuando se presentaron Duero, el tesorero Bermudez y algunos otros del partido vencido, que habian sido sus antiguos amigos, los abrazó cordialmente (19).

Lleváronse á su presencia encadenados, á Narvaez, Salvatierra y á dos ó tres de los gefes enemigos. Fué este un momento de la mayor humillacion para aquel gefe; momento en que los padecimientos físicos, aunque excesivos, no podian compararse con los de su espíritu. „Teneis mucha razon, señor Cortés,” dijo el vencido guerrero, „para dar gracias á la fortuna, por haberos concedido la victoria tan fácilmente, y ponerme en vuestro poder.” „Débole estar muy agradecido,” replicó el general; „pero reputo la victoria conseguida sobre vos, como la menor de mis hazañas desde que vine al pais” (20). Despues previno se

(18) Narvaez, ó mas bien su procurador, aumenta el número de muertos por su parte; pero estaba en su interes exagerar las pérdidas que sufrió su representado. La comparacion de este aserto con el de Cortés, proporciona los mejores medios de aproximarse á la verdad. „E allí le mataron quince hombres que murieron de las heridas que les dieron é les quemaron seis hombres del dicho incendio, que despues parecieron las cabezas de ellos quemadas, é pusieron á sacomano todo cuanto tenian los que venian con el dicho mi parte como si fueran moros, y al dicho mi parte robaron é saquearon todos sus bienes, oro, é plata é joyas.” Demanda de Zavallas en nombre de Narvaez, MS.

(19) „Entre ellos venia Andres de Duero, y Agustin Bermudez, y muchos amigos de nuestro capitan, y así como venian, iban á besar las manos á Cortés, que estaba sentado en una silla de caderas, con una ropa larga de color como naranjada, con sus armas debajo, acompañado de nosotros. Pues ver la gracia con que les hablaba, y abrazaba, y las palabras de tantos cumplimientos que les decia, era cosa de ver que alegre estaba: y tenia mucha razon de verse en aquel punto tan señor, y pujante: y así como le besaban la mano, se fueron cada uno á su posada.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 122.

(20) Ibid., lug. cit.

„Dijose que como Narvaez vido á Cortés estando así preso, le dijo: Señor Cortés, **tened en mucho la ventura que habeis tenido, é lo mucho, que habeis hecho en tener**

asistiese cuidadosamente á los prisioneros heridos, y los envió á Veracruz custodiados por una fuerte escolta.

No obstante la afectada humildad de su respuesta, apenas podia Cortés dejar de mirar la victoria conseguida sobre Narvaez, como una de las mas brillantes proezas de su carrera. Con unas pocas veintenas de soldados malamente vestidos y peor alimentados, fatigados con marchas forzadas y toda clase de desventajas personales, faltos de armas y pertrechos militares, habia atacado en sus propios cuarteles, derrotado y hecho prisionera á toda la fuerza enemiga, triple de la suya, bien provista de caballería y artillería, admirablemente equipada y completa en todas las municiones de guerra. El número de tropas de una y otra parte, era en verdad corto; pero la proporcion no por esto dejaba de ser desigual, y la fuerza relativa de los combatientes hizo de este resultado decisivo uno de los acontecimientos mas notables en los anales de la guerra.

Es verdad que hubo algunas contingencias de que dependió la fortuna del dia, que no puede decirse estuvieron enteramente al arbitrio de Cortés. Algo fué obra de la casualidad. Si Velazquez de Leon, por ejemplo, hubiera faltado, se habria desgraciado la expedicion (21). Si la noche del ataque hubiera habido buen tiempo, habria tenido el enemigo noticia de su llegada y se habria preparado para ella; pero estos son accidentes que mas ó menos tienen lugar en toda empresa. Un hábil general sabe convertirlos en su provecho, hace sonreír á la fortuna, y pelear en su favor aun á los mismos elementos.

Si Velazquez de Leon dió pruebas de ser el oficial á quien el general debió haber confiado el mando, su sagacidad descubrió esto desde el principio, y le confirió aquel encargo. Su destreza fué la que convirtió á este peligroso adversario en un amigo tan fiel, que en la hora del peligro quiso mas bien unirse á su desesperada fortuna, que á la de los partidarios del gobernador de Cuba, po-

mi persona, ó en tomar mi persona. E que Cortés le respondió é dijo: Lo menos que yo he hecho en esta tierra donde estais, es haberos prendido; é luego le hizo poner á buen recaudo é le tuvo mucho tiempo preso." Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

(21) Oviedo dice, que los militares discutieron sobre si Velazquez de Leon debió obedecer los mandatos de Cortés, con preferencia á los de su pariente el gobernador de Cuba. Decidieron en favor del primero, fundándose en que de él habia recibido inmediatamente la comision. „Visto he platicar sobre esto á caballeros é personas militares sobre si este Juan Velazquez de Leon hizo lo que debia, en acudir ó no á Diego Velazquez, ó al Pánfilo en su nombre; é convienen los veteranos milites, é á mi parecer determinan bien la cuestion, en que si Juan Velazquez tuvo conducta de capitan, para que con aquella gente que él le dió ó tovese en aquella tierra como capitan particular le acudiese á él ó á quien le mandase, Juan Velazquez faltó á lo que era obligado en no pasar á Pánfilo de Narvaez siendo requerido de Diego Velazquez: mas si le hizo capitan Hernando Cortés, é le dió él la gente, á él habia de acudir, como acudió, excepto si viera carta, ó mandamiento expreso del rey en contrario."

Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 12.

deroso como era, y no obstante ser su pariente. La misma habilidad fué la que ganó á Cortés tanto ascendiente sobre sus soldados, y los ligó á él tan estrechamente, que en los momentos mas desesperados ni un solo hombre le abandonó (22). Si el buen éxito del ataque debe atribuirse principalmente al obscuro y tempestuoso tiempo que le ocultó á la vista del enemigo, debióse á él estar en disposicion de aprovecharse de aquel. El mas corto tiempo posible medió entre el plan y su ejecucion. En pocos dias bajó con marchas extraordinarias desde la capital á la costa. Bajó las montañas como un torrente, envolviendo con furia y arrostrando en su impetuosa carrera todo lo que se oponia á su paso, antes de que pudiera levantarse un dique para contenerlo. Esta prontitud de movimientos, resultado de un entendimiento claro y de una voluntad firme, ha entrado en la estrategia de los mas grandes capitanes, y forma un rasgo prominente en sus hechos militares mas brillantes. En el caso presente, fué sin duda la principal causa del buen éxito.

Seria ver de una manera muy limitada el asunto, considerar la batalla que decidió del destino de Narvaez, como principiada y concluida en Cempoala. Habia comenzado en Méjico con aquella influencia singular que ejercia Cortés en todos los que se le acercaban; convirtió á los mismos emisarios de Narvaez en sus agentes y amigos. Las noticias de Guevara y sus compañeros, las intrigas del padre Olmedo, y el oro del general, todo se empleó eficazmente en hacer vacilar la lealtad de los soldados, de manera que la batalla se habia ganado antes de disparar un tiro. Peleóse con el oro tanto como con el acero. Cortés comprendió esto tan bien, que su principal objeto fué apoderarse de la persona de Narvaez. Consiguiéndolo, tenia entera confianza en que la indiferencia de los soldados por su causa, y la parcialidad por él pondrian prontamente á todo el ejército bajo sus banderas, y no se engañó. Con mucha verdad, por lo mismo, dijo Narvaez algunos años despues, „que le habian batido sus mismas tropas y no las de su rival; que habian sido comprados sus soldados para traicionarle” (23). Esto ofrece la mejor explicacion de la corta é ineficaz resistencia que opuso.

(22) Oviedo atribuye este ascendiente, á sus maneras deslumbrantes y liberales que tan fuerte contraste hacian con las del gobernador de Cuba. „En lo demas valerosa persona ha seido, é para mucho; y este deseo de mandar juntamente con que fué muy bien partido é gratificador de los que le vinieron, fué mucha causa juntamente con ser mal quisto Diego Velazquez, para que Cortés se saliese con lo que emprendió, é se quedase en el oficio, é gobernacion.” Ibid., MS., lib. 33, cap. 12.

(23) En una conversacion que tuvo Narvaez con el mismo Oviedo el año de 1525, se quejó amargamente, como era natural de la conducta de su rival. Esta plática que nunca se ha impreso, puede ser de algun interes para el lector español. „Que el año de 1525, estando César en la cibdad de Toledo, ví allí al dicho Narvaez, é públicamente decia, que Cortés era un traidor: é que dándole S. M. licencia se lo haria conocer de su persona á la suya, é que era hombre sin verdad, é otras muchas feas palabras llamándole alevoso é tirano, é ingrato á su señor, é á quien le habia enviado á

la Nueva España, que era el adelantado Diego Velazquez á su propia costa, é se le habia alzado con la tierra, é con la gente é hacienda, é otras muchas cosas que mal sonaban. Y en la manera de su prision la contaba muy al reves de lo que está dicho. Lo que yo noto de esto es, que con todo lo que oí á Narvaez, (como yo se lo dije) no puedo hallarle desculpa para su descuido, porque ninguna necesidad tenia de andar con Cortés en pláticas, sino estar en vela mejor que la que hizo. E á esto decia él que le habian vendido aquellos de quien se fiaba, que Cortés le habia sobornado.”
Ibid., lib. 33, cap. 12.

CAPITULO VIII.

DESCONTENTO DE LAS TROPAS.—INSURRECCION EN LA CAPITAL.—VUELTA DE CORTES.—SEÑALES GENERALES DE HOSTILIDAD.—MATANZA HECHA POR ALVARADO.—LEVANTAMIENTO DE LOS AZTECAS.

1520.

La tempestad que habia soplado con tanta furia por la noche, se desvaneció en la mañana, que apareció clara y brillante sobre el campo de batalla. Al paso que avanzaba la luz, daba á conocer con mayor sorpresa la desigualdad de las dos fuerzas que tan recientemente habian combatido. Los soldados de Narvaez no podian ocultar su disgusto; y se escucharon murmuraciones de desagrado al contrastar su número superior y su mejor equipo, con el semblante ajado por los trabajos y el pobre atavío del puñado de sus enemigos. Por esto el general vió con mucha satisfaccion llegar al campo á sus aliados de Chinantla, dos mil en número. Pertenecian á una robusta y atlética raza; y avanzando, por decirlo así, en una especie de órden confuso, con sus vistosos estandartes de plumajes, y sus largas lanzas con puntas de iztli ó cobre, que relucian con el sol de la mañana, tenian cierto aire de disciplina militar. Llegaron demasiado tarde para la accion; pero no pesó á Cortés poder dar á sus nuevos soldados una prueba de la extension de sus recursos en el pais. Como no necesitaba ya de los indios aliados, los despidió despues de un atento recibimiento, y una liberal recompensa (1).

En seguida hizo los mayores esfuerzos para apaciguar el descontento de las tropas. Hablóles en los términos mas expresivos é insinuantes, y no fué corto en sus promesas (2), siguiendo las acciones á las palabras. Algunos de ellos habian perdido sus bagajes, ó los vencedores se habian apropiado sus caballos: Mucho necesitaban de estos los veteranos de Cortés; y varios soldados fatigados con las largas marchas hechas hasta entonces á pié, se habian provisto de

(1) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10. cap. 6.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 123.

(2) Diaz que le escuchó varias veces, habla de su elocuencia en estos términos: „Comenzó un parlamento por tan buen estilo, y plática, tan bien dichas cierto otras palabras mas sabrosas, y llenas de ofertas, que yo aquí no sabré escribir. Ibid., cap. 122.

lo que ellos imaginaban un modo de caminar mas cómodo y honroso para el resto de la campaña. Mandó el general que se restituyese todo á los vencidos (3). „Habian ya abrazado la misma causa,” dijo, „y dividirian con ellos sus trabajos.” Hizo mas todavía; distribuyó entre los soldados de Narvaez alguna cantidad de oro y piedras preciosas, colectadas entre las tribus vecinas, ó halladas en los cuarteles de su rival (4).

Esta conducta, aunque política respecto de sus nuevos soldados, excitó gran disgusto entre los antiguos. „Nuestro general,” decian, „ha abandonado á sus amigos por sus contrarios. Nosotros hemos seguido sus banderas en la hora del peligro, y se nos ha recompensado con heridas mortales, mientras que el botin se da á nuestros enemigos.” La ofendida soldadesca, comisionó al padre Olmedo y á Alonso de Avila para que expusieran á Cortés sus quejas, quienes se las refirieron sin reserva, comparando su manejo con la desagradecida conducta de Alejandro, que despues de ganar una victoria, daba por lo comun mas á los enemigos que á los soldados que le habian ayudado á obtenerla. Grande fué la perplejidad de Cortés; victorioso ó vencido, parecia obstruida su carrera con iguales dificultades.

Procuró calmar la exaltacion de sus soldados, manifestándoles la necesidad que habia de obrar así. „Nuestros nuevos camaradas,” díjoles, „son formidables por su número, tanto que mas bien estamos nosotros en su poder, que ellos en el nuestro. La seguridad del ejército consiste en hacerlos, no solo compañeros, sino amigos. Por la menor desavenencia tendremos que pelear como antes, y con mucha mayor desventaja si están unidos. Yo he calculado vuestros intereses,” añadió, „tanto como los mios. Todo lo que tengo es vuestro; mas ¿por qué ha de haber motivo de disgusto, cuando todo el pais con sus riquezas está á vuestra disposicion, y vuestra fuerza aumentada, debe asegurar en lo de adelante el pacífico dominio de él?”

Pero no confió Cortés solo en sus argumentos para restablecer la tranquilidad. Conocia que esta era incompatible con la inaccion, y de consiguiente resolvió dividir sus fuerzas y ocuparlas en servicios distantes. Puso un destacamento de doscientos hombres á las órdenes de Diego de Ordaz, á quien mandó establecer la colonia que antes se habia proyectado fundar en Coatzacoalco. Igual número fué enviado con Velazquez de Leon á asegurar la provincia de Pánuco, situada unos tres grados al norte del golfo de Méjico; y en cada uno de estos destacamentos, fueron interpolados veinte de los antiguos veteranos.

(3) El capitán Diaz, habia tomado del despojo de los filisteos, segun él mismo dice, un caballo muy bueno con todos sus arneses, unos tirantes de espada, tres dagas y un escudo, todo lo que era un hermoso equipo para la campaña. Con mucha razon pues, no fueron de su gusto las órdenes del general. Ibid., cap. 124.

(4) Narvaez alega, que Cortés le despojó de efectos valiosos en 100.000 castellanos de oro. (Demanda de Zavallas en nombre de Narvaez, MS.) Si así fué, el botin

de los filisteos proporcionó á los soldados de Narvaez la libertad, y á los soldados de Cortés el botin. (HUM2004-00721)

Despachó doscientos hombres á Veracruz, con órden de traer á tierra el coraje, hierro y todo lo que hubiera manuable á bordo de la escuadra de Narvaez, y desarbolar completamente los buques. Nombró superintendente de la marina, á un oficial llamado Caballero, previniéndole, que si en lo de adelante entraban en el puerto algunas embarcaciones, las inutilizara de la misma manera, y llevara á sus oficiales presos á tierra (5).

Entre tanto que así se ocupaba con nuevos proyectos de descubrimiento y conquista, recibió de Méjico tan alarmantes noticias, que le obligaron á concentrar todos sus recursos y fuerzas en aquel punto. La ciudad se habia insurreccionado. No bien se hubo decidido la lucha con su rival, cuando mandó Cortés un correo con noticia de ello á la capital; pero en menos de quince dias regresó el mismo mensajero con cartas de Alvarado, trayendo el desagradable aviso, de que los mejicanos estaban sobre las armas, y que habian atacado denodadamente á los españoles en sus mismos cuarteles. El enemigo, agregaba, habia puesto fuego á los bergantines construidos por Cortés, para asegurar la retirada en caso que destruyeran los puentes: habia intentado forzar las murallas: habia conseguido minarlas en parte, y abrumado á la guarnicion con una tempestad de flechas que habian dado muerte á varios, y herido á muchos. Concluia la carta, suplicando al comandante se apresurara á socorrerlos, si queria salvarlos y conservar la capital.

Fueron estas noticias un fuerte golpe para el general; tanto mayor, cuanto que llegaron en la hora del triunfo, cuando habia creido tener ya á sus piés á todos sus enemigos. No hubo tiempo para vacilar. Perder la posesion de la capital, la mas hermosa ciudad del mundo occidental, seria perder todo el pais que la miraba como su cabeza (6). Así lo manifestó á sus soldados invitándolos para que le siguieran á salvar á sus compatriotas. Todos se manifestaron prontos á ir, con una alegría, dice Diaz, que no hubieran mostrado si hubieran podido prever lo futuro.

Hizo, pues, Cortés los preparativos para marchar inmediatamente. Revocó las órdenes dadas á Velazquez y Ordaz, y les previno se le uniesen con sus fuerzas en Tlascala. Mandó venir las tropas de Veracruz, quedando allí de guarnicion solo cien hombres á las órdenes de un tal Rodrigo Rangle, pues no quiso caer en esta crisis de los servicios de Sandoval. Dejó á los enfermos y heri-

(5) Demanda de Zavallos en nombre de Narvaez, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 124.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 130.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

La visita de Narvaez, dejó entre los nativos melancólicas señales, que hicieron recordarla por mucho tiempo. Un negro de su servidumbre trajo las viruelas, cuya enfermedad se difundió rápidamente en aquella parte del pais, y un gran número de indios fué víctima de este mal asolador. Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 6.

(6) „Se perdía la mejor, y mas noble ciudad de todo lo nuevamente descubierto del mundo; y ella perdida, se perdía todo lo que estaba ganado, por ser la cabeza de todo, y á quien todos obedecian.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 131

dos en Cempoala al cuidado de un pequeño destacamento, previniéndole le siguiese tan pronto como aquellos estuviesen en disposición de hacerlo. Habiendo concluido sus disposiciones, salió de Cempoala con un buen acopio de provisiones, proporcionado por su hospitalario cacique, quien le acompañó algunas leguas en el camino. Parece que el jefe Totonaca tenía la amable disposición de mostrarse amigo de aquellos á quienes favorecía la fortuna.

Nada digno de mencionarse ocurrió al principio de la marcha. En todas partes recibían las tropas un trato amistoso de los campesinos, que inmediatamente socorrian sus necesidades. Poco antes de llegar á Tlascala, atraviesa el camino un país poco poblado, de manera que sufrió considerablemente el ejército, por falta de comestibles, y aun mas por la de agua, aumentándose sus padecimientos á un grado alarmante, porque en la precipitación de su forzada marcha, caminaban hiriéndoles con toda su fuerza el sol meridiano. Varios se cansaron en el camino, y tendiéndose á las orillas de él, parecían incapaces de hacer esfuerzo alguno, y casi indiferentes á la vida.

En este extremo, hizo adelantar Cortés un pequeño destacamento de caballería, con el fin de que se procurase provisiones en Tlascala, y prontamente le siguió él mismo. Cuando llegó allá, encontró abundantes auxilios preparados por los hospitalarios nativos. Mandáronse á las tropas: recogieron los dispersos uno por uno: ministráronseles auxilios; y restablecido el ejército en sus fuerzas y espíritu, entró en la capital republicana.

Aquí recibió algunas nuevas noticias respecto de los acontecimientos de Méjico, que un rumor popular atribuía á secretos estímulos y maquinaciones de Montezuma. Fué alojado Cortés cómodamente en el palacio de Maxixcazin, uno de los cuatro gefes de la república, y proporcionáronle dos mil soldados, pues no había falta de actividad, cuando se trataba de hostilizar á sus antiguos enemigos los aztecas (7).

Al revistar el comandante español sus tropas, despues de habérsele unido los dos capitanes mencionados, halló que ascendían á cerca de mil infantes y cien caballos, sin incluir á los aliados tlascaltecas (8). En la infantería contábanse cerca de cien arcabuceros, con otros tantos ballesteros; y la parte del ejército traída por Narvaez, estaba admirablemente equipada, aunque era inferior á los veteranos de Cortés en lo que es mejor que cualquiera exterioridad, á saber,

(7) Ibid., ubi supra.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13 y 14.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 124 y 125.—P. Mártir de Angleria, De Orbe Novo, dec. 5, cap. 5.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

(8) Gomara, Crónica, cap. 103.—Herrera, Hist. general, dec. 2, lib. 10, cap. 7. Bernal Diaz, aumenta el número á 1300 infantes y 96 caballos, (Ibid., cap. 125,) y Cortés lo disminuye á menos de la mitad. (Rel. seg., ubi supra.) El cálculo de las dos autoridades anteriores citado en el texto, corresponde bastante bien con lo que expresan los documentos oficiales de que se ha hablado, sobre las fuerzas de Cortés y de Narvaez, antes de que se reunieran.

en disciplina militar, y en familiaridad con el servicio particular que debían hacer.

Dejando aquella ciudad amiga, tomaron los españoles un camino mas al norte, por ser mas directo que el que habian seguido al entrar ántes al valle. Era el que conducia á Tezcucó, y los obligaba tambien á subir la misma áspera sucesion de cordilleras que tiene su mayor altura en los dos elevados volcanes, por cuya base caminaban. Los costados de la sierra estaban cubiertos de umbrosas selvas de pinos, cipreses y cedros (9), por entre los cuales se divisaban aquí y allá, profundas barrancas y valles, en cuyo fondo se veia la rica vegetacion silvestre, propia del ardoroso clima de los trópicos. Desde la cumbre de las montañas, giraba la vista sobre la extensa porcion del pais que habian atravesado últimamente mas allá de las verdes llanuras de Cholula. Al oeste, descubrian el valle de Méjico desde un punto enteramente diverso del que antes habian ocupado, pero siempre ofreciendo el mismo hermoso espectáculo con sus ondulantes lagos, en cuyo seno flotaban florecientes ciudades y quintas, sus bruñidos *teocallis* en los cuales ardia un fuego inextinguible, sus cultivadas laderas y oscuros collados de pórvido, que se extendian en opaca perspectiva hasta la orilla del horizonte. A sus piés hallábase la ciudad de Tezcucó, que ocultándose modestamente tras de sus espesos bosques de cipreses, formaba un contraste con su mas ambiciosa rival situada en el otro lado del lago, y que parecia gloriarse en el pomposo esplendor de sus encantos, como Señora del valle. Cuando bajaron á las populosas llanuras, fué muy diferente el recibimiento que les hicieron los nativos, del que habian experimentado anteriormente. No se veian grupos de curiosos aldeanos, que salian á recibirlos y á ofrecerles su sencilla hospitalidad. No les rehusaban los auxilios que pedian, pero se los proporcionaban con un aire desagradable, que manifestaba no les acompañaba la buena voluntad del que los daba. Se hizo mas notable este aire de reserva, luego que el ejército entró en los suburbios de la antigua capital de los acolhuas. Ninguno salió á encontrarlos, y parecia que la poblacion se habia disminuido; tan gran parte de ella se habia trasladado á los lugares inmediatos á Méjico (10). Su frio recibimiento era una sensible mortificacion para los veteranos de Cortés, quienes juzgando por lo pasado, habian lisonjeado á sus nuevos camaradas, con la sensacion que su presencia produciria en los nativos. El señor del lugar, que como se recordará fué electo por influjo de Cortés, se hallaba

(9) „Las sierras altas de Tetzucó á que le mostrasen desde la mas alta cumbre de aquellas montañas y sierras de Tetzucó, que son las sierras de Tlallocan altísimas y umbrosas, en las cuales he estado y visto, y puedo decir que son bastante para descubrir el un hemisferio y otro, porque son los mayores puertos y mas altos de esta Nueva España, de árboles y montes de grandísima altura, de cedras, cipreses y pinares.” Camargo, Hist. de Tlascalá, MS.

(10) El historiador explica en parte la razon. „En la misma ciudad de Tetzucó habia algunos apasionados de los deudos y amigos de los que mataron Pedro de Alvarado y sus compañeros en Méjico.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 88.

ausente. De todas estas circunstancias, dedujo el general funestos presagios, y aun concibió grande inquietud respecto á la suerte de la guarnicion de Méjico (11).

Pero pronto se disiparon sus dudas con la llegada de un mensajero que en una canoa vino de la ciudad, de donde se habia escapado por negligencia, ó acaso disimulo del enemigo. Traia comunicaciones de Alvarado, noticiando á su comandante, que los mejicanos en los últimos quince dias, habian desistido de toda hostilidad activa y convertido sus operaciones en un bloqueo. Habian sufrido mucho los españoles; pero expresaba su conviccion de que luego que llegaran sus compatriotas, se levantaria el sitio y se restableceria la tranquilidad. Envió tambien Montezuma un mensajero para el mismo efecto, disculpándose de no tener parte alguna en las últimas hostilidades; las cuales, decia, no solo se habian puesto en práctica sin su conocimiento, sino contra sus deseos y esfuerzos.

Habiéndose detenido el general español el tiempo bastante para que descansaran las fatigadas tropas, siguió su marcha por la orilla meridional del lago que le condujo á la misma calzada por la cual habia entrado á la capital. Era el 24 de junio de 1520, dia consagrado á San Juan Bautista. Pero ¡cuán diferente era la escena que entonces se presentaba, de la que tuvo lugar en su primera entrada! (12). No llenaba entonces la multitud los caminos, ni bogaban en el lago botes llenos de admirados espectadores. Una sola piragua veíase de cuando en cuando á alguna distancia, como una escondida espía que vigilaba sus movimientos, y que desaparecia en el momento que habia sido notada. Un silencio sepulcral acompañaba á esta escena; silencio que hablaba á su corazon, con mas fuerza que las aclamaciones de la multitud.

Marchaba Cortés pausadamente á la cabeza de sus batallones, hallando sin duda en este cambio de circunstancias, mucho campo para meditar. Como para desechar estas tristes reflexiones, mandó tocar las trompetas, cuyo penetrante sonido anunció á los habitantes de la fortaleza sitiada, que sus amigos estaban cerca. Contestaron con una descarga de artillería, que pareció dar á las tropas una alegría momentánea, pues violentaron el paso, atravesaron los grandes puentes levadizos, y otra vez se encontraron dentro de los muros de la ciudad imperial.

La apariencia de las cosas no era en ella tal, que pudiera aquietar sus temores.

(11) „En todo el camino nunca me salió á recibir ninguna persona de el dicho Muteczuma, como antes lo solian facer; y toda la tierra estaba alborotada, y casi des poblada: de que concebí mala sospecha, creyendo que los españoles que en la ciudad habian quedado, eran muertos.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 132.

(12) „Y como asomó á la vista de la ciudad de México, parecióle que estaba toda yerma, y que no parecia persona por todos los caminos, ni casas, ni plazas, ni nadie le salió á recibir, ni de los suyos, ni de los enemigos; y fué esto señal de indignacion y enemistad por lo que habia pasado.” Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 19.

En algunos lugares vieron levantados los puentes, lo que manifestaba bien claramente, que habiéndose destruido los bergantines, seria muy fácil cortarles la retirada (13). La ciudad parecia mas desierta que la de Tezcuco. Su poblacion industriosa y crecida en un tiempo, habia desaparecido misteriosamente, y al desfilar los españoles por las calles, eran contestadas las pisadas de los caballos con tristes y melancólicos ecos, que oprimian penosamente su corazon. Llenos de funestos presentimientos llegaron á las grandes puertas del palacio de Axayacatl. Abriéronse, y entrando Cortés con sus veteranos, fueron abrazados por sus compañeros de armas, olvidando lo presente con la interesante recapitulacion de lo pasado (14).

Las primeras preguntas del general, tuvieron por objeto saber el origen de la rebelion, sobre lo que se le informó de diversas maneras. Algunos la imputaban al deseo que tenian los mejicanos de librar de la prision á su soberano, y otros al designio de destruir la guarnicion debilitada por la ausencia de Cortes y los que le acompañaron. Todos convinieron sin embargo, en que la causa inmediata habia sido la violencia de Alvarado. Acostumbraban los aztecas celebrar una festividad anual el mes de mayo, en honor de su patron el Dios de la guerra. Llamábanla „la ofrenda de Huitzilopotchli,” y se solemnizaba con sacrificios, cantos religiosos y danzas en que tomaban parte los mas de los nobles, pues era una de las grandes festividades, en que se desplegaba toda la pompa del ritual azteca. Como que tenia lugar en el atrio del *teocalli*, muy inmediato á los cuarteles españoles, y como que una parte del templo estaba convertida en capilla cristiana, pidieron permiso los caciques á Alvarado para celebrar allí sus ritos. Dícese tambien que solicitaron asistiera Montezuma, lo que aquel rehusó, cumpliendo con las instrucciones de Cortés; pero convino en lo primero, con la condicion de que no ofrecerian sacrificios humanos, y que vendrian sin armas.

Reuniéronse pues el dia señalado, en número de seiscientos por lo menos (15).

(13) „Pontes ligneos qui tractim lapideos intersecant, sublatos, ac vias aggeribus munitas reperit.” P. Martyr, De Orbe Novo, déc. 5. cap. 5.

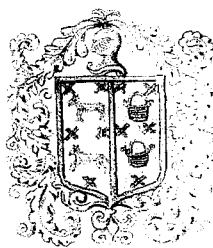
(14) Probanza á pedimento de Juan de Lexalde, MS.,—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 133.

„Esto causó gran admiracion en todos los que venian, pero no dejaron de marchar hasta entrar donde estaban los españoles acorralados. Venian todos muy cansados y muy fatigados y con mucho deseo de llegar adonde estaban sus hermanos; los de dentro quando los vieron, recibieron singular consolacion y esfuerzo y recibiéronlos con la artillería que tenian, saludándolos, y dándolos el parabien de su venida.” Saha-gun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 22.

(15) „E así los indios, todos señores, mas de 600 desnudos é con muchas joyas de oro é hermosos penachos, é muchas piedras preciosas, é como mas aderezados é gentiles hombres se pudieron é supieron aderezar, é sin arma alguna defensiva ni ofensiva bailaban é cantaban é hacian su areito é fiesta segun su costumbre.” (Oviedo.

Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 54.) Algunos escritores hacen subir el número á





Pedro de Alvarado.

Copia del que paree al V. P. J. G. de la Cortina

Iban vestidos con sus mas magníficos trajes, con sus graciosos mantos de plumaje, sembrados de piedras preciosas, y adornados sus cuellos, brazos y piernas, con collares y brazaletes de oro. Tenian los aztecas aquella propension al esplendor deslumbrante que distingue á las naciones medio civilizadas, las que en tales ocasiones, hacen gala de la pompa y profusion de sus bárbaricas galas.

Alvarado y sus soldados concurren como espectadores, colocándose algunos de ellos en las puertas como por casualidad, y mezclándose otros entre la multitud. Todos estaban armados, cuya circunstancia era tan comun, que no llamó la atencion. Pronto se entregaron los aztecas al bullicioso placer del baile, acompañado de sus cantos religiosos y su salvaje y discordante instrumental. Mientras se ocupaban en esto, Alvarado y sus soldados á una señal concertada, se arrojaron con la espada desnuda sobre sus víctimas. No defendidas estas con armaduras ó armas de ninguna clase, fueron sacrificadas sin resistencia por sus agresores, que no mostraron, dice un contemporáneo, sentimientos de piedad ó conmiseracion (16). Algunos huían á las puertas, pero eran traspasados con las largas picas de los soldados. Otros, que intentaban escalar el *cua-tepanlli* ó muro de serpientes que rodeaba el atrio, tenian el mismo destino, ó eran heridos por la cruel soldadesca. Por el pavimento, dice un escritor de la época, corrian arroyos de sangre en tanta abundancia, como el agua en un fuerte aguacero (17). Ni un solo azteca de toda aquella alegre reunion quedó vivo. Se estaba repitiendo la terrible escena de Cholula, con el vergonzoso agregado, de que los españoles no contentos con asesinar á sus víctimas, las despojaron de sus adornos preciosos. En este funesto dia, pereció la flor de la nobleza azteca. Ni una sola familia notable dejó de tener en el interior de su casa el luto y la desolacion; y muchos y muy sentidos romances, refiriendo los trágicos incidentes de este hecho, y adaptados al melancólico canto nacional, se recitaban por los nativos mucho tiempo despues de la conquista del pais (18).

Varias explicaciones se han dado de este hecho atroz; pero pocos historiadores se han conformado con la que da el mismo Alvarado. Segun éste, supo por medio de sus espías, algunos de ellos mejicanos, que intentaban los indios un levantamiento. Habíase señalado para ejecutarlo la celebracion de esta festi-

ochocientos y aun á mil. Las Casas, con menos exageracion de la que acostumbra, lo aumenta á dos mil. Brevísima Relacion, p. 48.

(16) „Sin duelo ni piedad Christiana los acuchilló, y mató.” Gomara, Crónica, cap. 104.

(17) „Fué tan grande el derramamiento de sangre, que corrian arroyos de ella por el patio, como agua cuando mucho llueve.” Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 20.

(18) „Y de aquí á que se acabe el mundo, ó ellos del todo se acaben, no dejarán de lamentar, y cantar en sus areytos, y bailes, como en romances, que acá decimos, aquella calamidad, y perdida de la sucession de toda su nobleza, de que se precian de tantos años atrás.” Las Casas, Brevissima Relazione, p. 49.

vidad, en la que habian de reunirse los caciques, y fácilmente podrian excitar al pueblo á que los sostuviese. Instruido Alvarado del proyecto habiales prohibido llevar armas; y ellos afectando cumplir esta órden las habian ocultado en los arsenales inmediatos, de donde podian sacarlas prontamente; pero anticipando aquel el golpe, desconcertaba su designio, y esperaba confiadamente en que haria desistir á los aztecas de una tentativa semejante para lo futuro (19).

Tal es la relacion que hace Alvarado; pero si era cierta, ¿por qué no justificó su asercion, haciendo sacar las armas que estaban ocultas? ¿por qué no vindicó su conducta á los ojos del pueblo mejicano, reveiando públicamente la traicion de los nobles, como lo hizo Cortés en Cholula? Mas bien parece esto una disculpa ideada despues de cometido el hecho, para cubrir su atrocidad.

Algunos contemporáneos, atribuyen muy diferente motivo á esta horrible matanza, que segun ellos, tuvo su origen en la avaricia de los conquistadores, como lo demuestra el haber despojado á sus víctimas de las riquezas que llevaban (20). Bernal Diaz, que aunque no estuvo presente conversó familiarmente con los que lo estuvieron, los defiende del cargo de este indigno intento. Segun él, se manejó así Alvarado para intimidar á los aztecas, é impedir cualquiera movimiento insurreccional (21); pero el antiguo historiador, no nos dice si tuvo razon para temer ese movimiento, ó por lo menos afectó tenerlo antes de la matanza.

Reflexionando un poco, apenas parece posible que tan detestable hecho, y que podia haber tenido tan malos resultados para los españoles, se hubiera perpetrado por el solo deseo de aposeionarse de las galas de los nativos. Parece mas probable, que fué un medio intempestivo sugerido á la rapaz soldadesca por la vista del despojo que se les ofrecia. No es improbable que Alvarado hubiera teni-

(19) Véase la contestacion de Alvarado á las preguntas de Cortés, segun las refiere Diaz, (Hist. de la conquista, cap. 125,) con algunas adiciones en Torquemada, (Monarqu. Ind., lib. 4, cap. 66,) Solís, (Conquista, lib. 4, cap. 12,) y Herrera, (Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 8,) todos los que parece que ratifican la asercion de Alvarado. No encuentro otra autoridad de algun peso que se exprese en iguales términos.

(20) Oviedo refiere una conversacion que tuvo algunos años despues de esta tragedia, con un noble español, D. Juan Cano, que acompañó á Narvaez y estuvo presente á todas las subsiguientes operaciones del ejército. Casó con una hija de Montezuma, y se estableció en Méjico despues de la conquista. Descríbele Oviedo como un hombre de juicio y honradez. Contestando á las preguntas del historiador, respecto á la causa del levantamiento, dijo, que Alvarado sin motivo alguno habia perpetrado esta matanza por pura avaricia, y que los aztecas enfurecidos con una crueldad tan infundada é innecesaria, se sublevaron para vengarla. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 54.) Véase el diálogo original en el Apéndice parte 2.^a núm. 11.

(21) „Verdaderamente dió en ellos por metelles temor.” Hist. de la conquista, cap. 125.

do vagas noticias de una conspiracion entre los nobles; rumores provenientes acaso de los tlascaltecas sus inveterados enemigos, y por esta razon, poco dignos de crédito (22). Propúsose desconcertarla siguiendo el ejemplo de su comandante en Cholula; pero no le imitó en tomar precauciones contra el levantamiento del pueblo, y se equivocó miserablemente en confundir al intrépido y guerrero azteca, con el afeminado cholulés.

No bien hubo concluido la matanza, cuando con la velocidad del rayo se esparció la noticia por la capital, y apenas podian los nativos dar crédito á sus sentidos. Todo lo que habian sufrido hasta entonces, la profanacion de sus templos, la prision de su soberano, los insultos amontonados en su persona, todo se trajo á la memoria en esta vez (23). Los sentimientos de hostilidad y rencor acallados por tanto tiempo, convirtiéronse en un grito de venganza; olvidáronse las antiguas y terribles supersticiones. No fué necesario, aunque no faltó, el esfuerzo de los sacerdotes, para inflamar aquellas pasiones. Todos los habitantes de la ciudad empuñaron las armas, y la aurora siguiente, casi antes de que los españoles pudieran prepararse para la defensa, fueron atacados con desesperada furia. Algunos de los asaltantes intentaron escalar las murallas; otros consiguieron minarlas en algunas partes y ponerles fuego. Es dudoso si hubieran conseguido tomar el edificio por asalto; pero á súplicas de la guarnicion medió el mismo Montezuma, y subiendo á las murallas se dirigió al populacho cuya fu-

(22) Así lo dice Ixtlilxochitl, fundándose en los historiadores tezcucanos. Segun estos, los tlascaltecas movidos de su odio á los aztecas y su sed del pillaje, hicieron creer á Alvarado que los nobles con motivo de esta festividad, meditaban un levantamiento. Tal testimonio es importante, y lo refiero con las mismas palabras del autor. „Fué que ciertos tlascaltecas (segun las historias de Tezucó que son las que yo sigo y la carta que otras veces he referido) por envidia lo uno acordándose que en semejante fiesta los mexicanos solian sacrificar gran suma de cautivos de los de la nacion tlascalteca, y lo otro que era la mejor ocasion que ellos podian tener para poder hinchir las manos de despojos y hartar su codicia, y vengarse de sus enemigos (porque hasta entonces no habian tenido lugar, ni Cortés se les diera, ni admitiera sus dichos, porque siempre hacia las cosas con mucho acuerdo), fueron con esta invencion al capitán Pedro de Alvarado, que estaba en lugar de Cortés, el cual no fué menester mucho para darles crédito porque tan buenos filos, y pensamientos tenia como ellos, y mas viendo que allí en aquella fiesta habian acudido todos los señores y cabezas del imperio y que muertos no tenian mucho trabajo en sojuzgarles.” Hist. chich., MS., cap. 88.

(23) P. Mártir de Anglería recapitula bien estos agravios, mostrando que tales parecieron á los ojos de los mismos españoles, al menos de aquellos cuyo juicio no estaba ofuscado por haber tenido parte en ellos. „Emori statuerunt malle, quam diutius ferre tales hospites qui regem suum sub tutoris vitæ specie detineant, civitatem occupent, antiquos hostes Tascaltecanos et alios prætereá in contumeliam ante illorum oculum ipsorum impensa conseruent;..... qui demum simulachra deorum confregerint, et ritus veteres ac ceremonias antiquas illis abstulerint.” De Orbe Novo, dec.

5, cap. 5.

ria procuró mitigar, haciéndoles ver que en ello se interesaba su propia seguridad. Respetaron al monarca hasta desistir de toda tentativa de asaltar la fortaleza; pero cambiaron sus operaciones en un regular bloqueo. Colocaron algunas máquinas de guerra alrededor del palacio para impedir la salida de los españoles: suspendieron el tianguis ó mercado con el fin de que no pudiera el enemigo proporcionarse comestibles, y hecho todo esto, esperaron con malévolas desesperacion la hora en que la hambre obligaría á sus víctimas á entregarse.

La posicion de los sitiados era demasiado triste. Aunque sus provisiones no se habian agotado, sufrían mucho por la falta de agua que dentro del recinto del palacio era excesivamente salobre, pues estaba saturado el suelo con la sal del elemento que lo rodeaba. En este extremo, dícese, que descubrieron en el atrio una fuente de agua dulce. Tales manantiales encontrábanse en otras partes de la ciudad; pero descubiertos por la primera vez en estas circunstancias, consideróse como un milagro. Con todo, sufrían bastante de sus pasados encuentros. Siete españoles y muchos tlascaltecas habian perecido, y apenas habia uno solo de las dos naciones, que no hubiera recibido varias heridas. En esta situacion, lejos de sus compatriotas, y sin esperanza de socorros exteriores, parecia no presentarse á su vista otra alternativa, que la de morir lentamente de hambre, ó de una manera mas terrible, en el altar del sacrificio. De este triste estado los sacó la llegada de sus camaradas (24).

Con mucha calma escuchó Cortés la explicacion que le hizo Alvarado, aunque antes de que la concluyera, debió convencerse de que habia hecho una mala eleccion para tan importante puesto. Y sin embargo, el engaño fué natural. Alvarado era un oficial de familia distinguida, valiente, caballeroso y su amigo personal muy adicto: tenia talento para obrar, firmeza é intrepidez, al paso que sus maneras francas y deslumbradoras, hacian al *tonatiuh* un especial favorito de los mejicanos; pero bajo este brillante exterior, ocultaba el futuro conquistador de Guatemala, un corazon temerario, rapaz y cruel: faltábale aquella moderacion, que en el delicado puesto que ocupaba, era cualidad mas apreciable, que todas las demas.

Cuando acabó de contestar Alvarado á las preguntas de Cortés, se obscureció la frente de éste al decir á su lugarteniente: „habeis hecho mal: no habeis correspondido á la confianza que deposité en vos; vuestra conducta ha sido la de un hombre sin juicio.” Y dando la vuelta bruscamente, le dejó con manifiesto disgusto.

No era aquel sin embargo, el tiempo de romper con un gefe tan popular y tan importante para él; y mucho menos el de imponerle el castigo merecido. Eran los españoles, como unos marinos que maniobran en una fuerte tempestad, y cuya nave solo puede libertarse del naufragio por la destreza del piloto, y la eficaz ayuda de la tripulacion. Cualquiera disension en tal momento seria fatal. Es verdad que Cortés se conocia mas fuerte en sus recursos, pues se encon-

(24) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33,

traba entonces á la cabeza de una fuerza que no bajaba de mil doscientos cincuenta españoles, y ocho mil guerreros nativos, principalmente tlascaltecas (25); mas si confiaba en esto para triunfar, el mismo número aumentaba la dificultad de subsistir. Descontento de sí mismo, disgustado con su subalterno, y embarazado por las consecuencias desastrosas en que la imprudencia de éste le habia envuelto, se volvió irascible, y adquirió una petulancia no comun en él, pues aunque hombre de pasiones vivas por naturaleza, sabia por hábito gobernarlas (26).

El día que llegó Cortés, habia salido á recibirle Montezuma; pero el comandante español, desconfiando segun parece, aunque sin motivo, de la buena fe del monarca indio, le recibió con tanta frialdad, que disgustado y abatido se retiró á su habitacion. Como que el pueblo mejicano no daba muestras de sumision, ni traia provisiones para el ejército, continuó el mal humor del general con el emperador. Por esto, cuando envió Montezuma algunos de los nobles á pedirle una entrevista, dirigiéndose á sus oficiales exclamó orgullosamente: „¿Qué tengo que hacer con este perro rey que permite que nos maten de hambre á su vista?“

Sus capitanes, entre quienes estaban Olid de Avila y Velazquez de Leon, procuraron mitigar su cólera, recordándole respetuosamente, que si no hubiera sido por el emperador, habria destruido el enemigo á los españoles. Esta manifestacion solo sirvió para enfurecerle mas. „¿No nos traicionó el perro,“ preguntó, repitiendo este oprobioso epíteto, „en sus comunicaciones con Narvaez? ¿Y no sufre ahora que sus mercados estén encerrados dejándonos así morir de hambre?“ Luego, volviéndose á los mejicanos, díjoles: „id á decir á vuestro amo y á su pueblo, que abran los mercados, ó que lo harémos nosotros á su costa.“ Los gefes aztecas, que habian comprendido el insulto hecho á su soberano por el tono y gesto del general, ó acaso porque entendian algo el idioma, salieron de su presencia llenos de resentimiento, y al comunicar su mensaje tuvieron buen cuidado de que nada perdiera de su fuerza (27).

Poco despues, dícese que Cortés por consejo de Montezuma, dió libertad á su hermano Cuitlahua, señor de Iztapalapan, quien se recordará, habia sido preso por sospechas de haber cooperado á la revolucion meditada por el gefe de

(25) Al partir de Méjico, dejó de guarnicion 140 españoles, y cerca de 6500 tlascaltecas, incluso unos pocos guerreros de Cempoala. Suponiendo que de estos hubieran perecido en la batalla 500, que es bastante conceder, todavia quedaba un número que con el nuevo refuerzo podia llegar á la suma referida en el texto.

(26) „Y viendo que todo estaba muy al contrario de sus pensamientos, que aun de comer no nos daban, estaba muy airado, y soberbio con la mucha gente de españoles que traia, y muy triste, y mohino.“ Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 126.

(27) Esta escena está referida por Bernal Diaz que estuvo presente á ella. (Ibid. cap. 126.) Véase tambien la Crónica de Gomara, capellan de Cortés, (cap. 106,) y ademas está confirmada por D. Juan Cano testigo ocular, en su conversacion con

Oviedo. Véase el Apéndice parte 2^a núm. 11.

Tezcucó. Creyóse que podría servir para apaciguar la rebelión de que se habla y aplacar al pueblo; pero no volvió mas á la fortaleza (28). Era un valiente y ambicioso príncipe, y las injurias que habia recibido de los españoles habian hecho una impresion profunda en su corazón; era el heredero presunto de la corona, que por las leyes aztecas de sucesion pasaba mas frecuentemente á líneas colaterales que á la recta. Recibióle el pueblo como al representante de su soberano, y le eligió para ocupar el lugar de Montezuma durante su cautiverio. Cuítlahua aceptó gustoso el puesto de honor y de peligro. Siendo un experimentado guerrero, se dedicó á reorganizar las desordenadas tropas y á arreglar un plan de operaciones mas eficaz, cuyo efecto fué pronto visible.

Entre tanto, dudaba Cortés tan poco de su influjo para contener á los insurgentes que así lo escribió á la guarnición de Villa Rica en las mismas cartas en que les informaba de su feliz llegada á la capital; pero apenas habia estado ausente su mensajero media hora, cuando volvió sin aliento lleno de terror y cubierto de heridas. „La ciudad,” dijo, „está sobre las armas: se han levantado los puentes levadizos; y pronto estará sobre nosotros el enemigo.” Hablaba la verdad. No pasó mucho tiempo sin que se hiciera escuchar un sonido confuso y desagradable, semejante al bramido de aguas distantes. Creció mas y mas, hasta que desde el parapeto que rodeaba el atrio pudieron distinguirse las calles que conducian á él, cubiertas de multitud de guerreros que en desordenadas masas se dirigian á la fortaleza. Al mismo tiempo veíanse los terrados y azoteas inmediatas, llenas de combatientes blandiendo sus armas, y que parecia se habian levantado como por encanto (29). Era un espectáculo bastante para aterrar aun al mas arrojado; pero la horrible tempestad de que esto era preludio y que tronó con mas y mas fuerza sobre los españoles el resto del tiempo que permanecieron en la capital, debe ser objeto de un libro separado.

(28) Herrera, *Hist. general*, déc. 2, lib. 10, cap. 8.

(29) „El cual mensajero volvió dende á media hora todo descalabrado, y herido, dando voces, que todos los indios de la ciudad venian de guerra y que tenian todas las puentes alzadas; é junto tras él da sobre nosotros tanta multitud de gente por todas partes, que ni las calles ni azoteas se parecian con gente; la cual venia con los mayores alaridos, y grita mas espantable, que en el mundo se puede pensar.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 134.—Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 13.

Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdés, nació en 1478. Pertenecía á una antigua familia de Asturias, pues en este último retiro de los intrépidos Godos, cada familia española pretende ser ilustre. Desde su muy corta edad fué introducido á la corte y nombrado paje del príncipe Juan, único hijo de Fernando é Isabel, en quien

descansaban merecidamente sus esperanzas y las de la nacion. Oviedo se halló en las últimas campañas con los moros, y estuvo presente al memorable sitio de Granada. Por la temprana muerte de su real amo acaecida el año de 1496, pasó á Italia, y entró al servicio del rey Federico de Nápoles. Cuando murió este príncipe volvió á su país, y á principios del siglo XVI le encontramos otra vez establecido en Castilla ocupando el puesto de tesorero de las joyas de la corona. En 1513, nombróse Fernando el Católico veedor ó inspector de las fundiciones de oro en las colonias de América. Trasládose pues, al Nuevo-Mundo, donde pronto tuvo una comision bajo el mando de Pedrarias gobernador de Darien, y participó de la desastrosa fortuna de aquella colonia. Consiguió de la corona algunos valiosos privilegios: edificó una fortaleza en tierra firme; y entabló comercio con los nativos, en el cual puede presumirse que fué feliz, pues despues le vemos al fin establecido con muger y familia en la Hispaniola ó Fernandina como entonces se llamaba. Aunque su principal residencia era en el Nuevo-Mundo, hacia algunas visitas á España, y en 1526 publicó en Madrid su Sumario. Dedicólo al emperador Cárlos V, y contiene una relacion de las Indias occidentales, su geografía, clima, razas que las habitaban, así como sus animales, y producciones vegetales. El objeto era de sumo interes para los literatos de Europa, uno de los cuales, habia previamente recogido escasas noticias. El año de 1535 hizo Oviedo otra visita á España, y dió á luz el primer tomo de su grande obra en cuya compilacion habia empleado mucho tiempo; la „Historia de las Indias Occidentales.” En el mismo año le nombró Carlos V alcaide de la fortaleza de la Hispaniola: allí permaneció los diez años siguientes, ocupado con actividad en sus investigaciones históricas; y luego volvió por la última vez á su país natal. El antiguo literato fué recibido en la corte, y obtuvo el honroso nombramiento de cronista de las Indias, empleo que ocupó hasta la época de su muerte, acaecida en Valladolid el año de 1557 á los 79 años de su edad, precisamente cuando se empleaba en preparar el resto de su historia para la prensa.

Considerando la íntima familiaridad en que vivió Oviedo con las personas eminentes de su tiempo, es singular que se conserven tan pocas noticias sobre su historia personal y su carácter. Nicolás Antonio habla de él como de „un hombre de mucha experiencia, de finos modales, y gran probidad.” Su larga y activa vida, es un buen garante de su experiencia, y difícilmente podrá dudarse de su fina educacion, sabiendo la sociedad que frecuentó. Dejó un gran número de manuscritos sobre la historia civil y natural. El mas importante es su *Historia general de las Indias*, la cual está dividida en tres partes, y contiene cincuenta libros. Diez y nueve de estos forman la primera parte, y es la única que se sabe fué publicada durante su vida. Ella trae con mucha extension los pormenores de la historia geográfica y natural contenidos en su Sumario, agregando una relacion de los descubrimientos y conquista de las islas. El instruido Ramucio con quien Oviedo siguió correspondencia, hizo una traduccion de esta parte de la obra que está publicada en el tercer volumen de su inestimable coleccion. Las otras dos hacen relacion á la conquista de Méjico, del Perú y otros países de la América del Sur, y esa parte de la obra, es la que se ha consultado al escribir las anteriores páginas. Cuando murió Oviedo, fué depositado el manuscrito en la casa de contratacion de Sevilla, y despues pasó á poder del monasterio de Dominicos de Monserrate. Con el transcurso del tiempo, varias copias mutiladas enriquecieron algunas colecciones privadas, hasta que en 1775

Don Francisco Sorda y Rico, empleado en el ministerio de Indias, supo el lugar en

que se conservaba el original, y movido de su celo literario obtuvo orden del gobierno para su publicacion. Bajo su vigilancia, ordenóse la obra para la imprenta, y el biógrafo de Oviedo, Alvarez y Baena, aseguró que pronto se daría á luz una completa edicion de ella preparada con el mayor cuidado; (Hijos de Madrid, (Madrid 1790) tomo II, pp. 354 á la 361;) pero aun permanece manuscrita.

Ningun pais ha producido mas composiciones históricas que España. Sus romances, son historias escritas en verso que datan desde los siglos XII y XIII. Cada ciudad, cada poblacion pequeña, cada familia distinguida, y muchas que no lo son, tienen su cronista. Estos eran muchas ocasiones monges, que en la reclusion del claustro encontraban tiempo suficiente para las ocupaciones literarias, y no pocas veces hombres que habian tomado parte en los acontecimientos que describian, mas expertos en la espada que en la pluma. Las composiciones de esta última clase, tienen un carácter general de aquella indiferencia por el bello estilo, que muestra un entendimiento mucho mas interesado en los hechos de que se ocupa, que en el modo de pintarlos. Los historiadores monásticos por otra parte, hacen muchas veces una pedante ostentacion de cierta erudicion anticuada que contrasta muy singularmente con el estilo familiar de la narracion. Sin embargo, las crónicas de una y otra clase de escritores, pueden frecuentemente reclamar el mérito de contener detalles pintorescos y animados, que muestran que el objeto era de un vivo interes, y que el corazon del escritor se hallaba ocupado de él.

Muchas de las faltas características de que he hablado, se encontrarán en Oviedo. Su estilo no es clásico: sus pensamientos están expresados en sentencias fastidiosas é interminables que pueden llenar al lector de enfado; y el hilo de la narracion está interrumpido con episodios impertinentes, que á nada conducen. Decíase que su literatura era algo escasa, y difícilmente podria dudarse de ello por la ridícula manifestacion de citas latinas con que adorna sus páginas, como un pobre galan que hace la mayor ostentacion de sus adornos. Afectó tomar por modelo á Plinio el mayor, segun aparece del prefacio de su Sumario; pero su obra dista mucho del modelo de erudicion y elocuencia que aquel célebre escritor de la historia natural nos ha legado.

No obstante estos notorios defectos, muestra Oviedo un ingenio claro, y un espíritu ilustrado de observacion, que lo colocó en un lugar muy superior al rango ordinario de los cronistas. Puede tambien decirse que despliega un tono filosófico en sus reflexiones, aunque su filosofia debe considerarse fria y poco escrupulosa, cuando se cuestiona sobre los derechos de los aborígenes. Fué infatigable en reunir materiales para sus escritos, y con este objeto, mantuvo correspondencia con los hombres mas eminentes de su tiempo, y que habian tenido parte en los sucesos que referia. Condescendió tambien en recoger noticias de las fuentes mas humildes; de la tradicion popular, y de las relaciones de los mismos soldados rasos. De aquí es que su obra presenta frecuentemente una mezcla de pormenores incongruentes y contradictorios que pone en duda el juicio del lector, haciendo muy difícil á esta distancia de tiempo, aclarar la verdad. Tal vez por esta razon, Las Casas cumplimentó al autor declarando que „sus obras, eran un trabajo por mayor, lleno de tantas falsedades, cuantas eran sus páginas.” Sin embargo, otra explicacion de este severo juicio puede encontrarse en el diverso carácter de los dos escritores. Oviedo participaba de los sentimientos mundanos de los conquistadores españoles, y al mismo tiempo

geramente los derechos y sufrimientos de los infortunados aborígenes; era incapaz de apreciar la generosa filantropía de Las Casas, ó de alcanzar hasta sus elevadas miras, que indudablemente burlaba como las de un fanático, benévolo tal vez, pero visionario. Por otra parte, Las Casas, cuya voz habia constantemente tronado contra los abusos de los conquistadores, aborrecia los sentimientos mostrados por Oviedo, y era natural que su aversión á los principios, se hubiera extendido á la persona que los profesaba. Probablemente no podian encontrarse dos hombres menos á propósito para formar un juicio recto el uno del otro.

Oviedo manifestó la misma actividad en reunir materiales para la historia natural, que para la civil. Hizo en su jardin una coleccion de plantas indígenas de las islas, y domesticó muchos animales, ó los conservó en jaulas donde pudo estudiar sus hábitos particulares. De esta manera, si no se hizo rival de Plinio y Hernandez en saber, al menos pudo proporcionar al hombre científico hechos del mayor interes é importancia.

Ademas de estas obras históricas, dejó Oviedo otra en seis volúmenes con el extravagante título de *Quincuagenas*. Se compone de diálogos imaginarios entre los españoles mas eminentes de la época con respecto á su historia personal, sus familias y genealogía. Es una obra de inestimable valor para el historiador de los tiempos de Fernando é Isabel y de Carlos V; pero poca atencion llamó en España, donde aun permanece manuscrita. En los archivos de la real academia de la historia de Madrid, existe una copia completa de la historia de las Indias por Oviedo, y se cree que esta corporacion, tiene preparada ahora una edicion. Todos aquellos trozos, copiados literalmente de los escritos anteriores, como por ejemplo, las cartas de Cortés que Oviedo sin escrúpulo trasladó á sus páginas, enteras y sin variacion, aunque animadas algunas ocasiones con su crítica, pueden muy bien omitirse; pero el resto de la grande obra proporciona una masa de noticias diversas que serian muy útiles para la historia colonial de España.

Diego Muñoz Camargo, es una autoridad citada frecuentemente en estas páginas. Era un noble mestizo tlascalteca, y vivió en la última mitad del siglo XVI. Fué educado en la fe cristiana, y desde sus primeros años instruido en el castellano, en cuyo idioma compuso su *Historia de Tlascala*. En esta obra da á conocer al lector los diferentes miembros de la gran familia nahuatlaca que vinieron sucesivamente á la Mesa de Méjico. Nacido y criado entre los nativos del pais, cuando las prácticas del paganismo no habian desaparecido enteramente, pudo Camargo comprender perfectamente la condicion de los antiguos habitantes, y su obra contiene noticias muy curiosas y auténticas respecto á las instituciones sociales y religiosas del pais en el tiempo de la conquista. Su patriotismo se aviva, cuando refiere las envejecidas hostilidades de sus compatriotas con los aztecas, y es singular observar cómo el odio de las naciones rivales sobrevivió á la sujecion de ambas al yugo castellano.

Camargo trae en su historia una relacion de este grande acontecimiento, y del establecimiento subsiguiente del pais. Como perteneciente á la familia india, debe esperarse ver reflejadas en su obra las preocupaciones, ó al menos parcialidad del indio; pero el convertido cristiano dá sus simpatías, tanto á los conquistadores como á sus compatriotas. El deseo de ponderar las hazañas de estos y hacer al mismo tiempo completa justicia á las proezas de los hombres blancos, produce algunas veces el mas caprichoso contraste en sus páginas, dando á la historia un aire notable de incongruencia. En cuanto á ejecución literaria, la obra tiene poco mérito;

tanto sin embargo, cuanto era de esperar de un indio que debia el conocimiento del idioma á la imperfecta instruccion que pudieron darle los misioneros. Con todo, puede compararse en su estilo de una manera no desfavorable con los escritos de algunos de los mismos misioneros.

El manuscrito original, se conservó mucho tiempo en el convento de San Felipe Neri de Méjico, donde Torquemada, segun se deduce de algunas referencias que hace á él, pudo consultarlo. No ocupó la atencion de otros historiadores; pero Muñoz lo comprendió en su magnífica coleccion, y fué depositado en los archivos de la real academia de la historia de Madrid, de donde conseguí la copia que tengo en mi poder. Titúlase *Pedazo de historia verdadera*, y ni tiene el nombre del autor, ni está dividido en libros ó capítulos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN ESTE TOMO.

LIBRO I.

INTRODUCCION.—BOSQUEJO DE LA CIVILIZACION AZTECA.

CAPITULO I.

	Paginas.
Antigua Méjico.—Su clima y producciones.—Razas primitivas.—Imperio azteca.	1
Juicio crítico sobre „la historia antigua de Méjico,” escrita por Veytia....	12

CAPITULO II.

Sucesion á la corona.—Nobleza azteca.—Sistema judicial.—Leyes y rentas.—Instituciones militares.....	14
Juicio crítico sobre la historia escrita por Torquemada, y la que trabajó el abad Clavijero.....	31

CAPITULO III.

Mitología mejicana.—Orden sacerdotal.—Templos.—Sacrificios humanos.....	33
Noticia biográfica de Sahagun. Juicio crítico de la historia que escribió.....	51

CAPITULO IV.

Geroglíficos mejicanos.—Manuscritos.—Aritmética.—Cronología.—Astronomía.	54
Obra de Lord Kingsborough.—Noticia biográfica de Gama.....	76

CAPITULO V.

Agricultura azteca.—Artes mejicanas.—Comerciantes.—Costumbres domésticas.	79
Noticias sobre Boturini, y juicio crítico de su obra.....	95

CAPITULO VI.

Tezcucanos.—Su edad de oro.—Príncipes ilustres.—Decadencia de su monarquía.....	97
Juicio crítico sobre los escritos de Ixtlilxochitl.....	122

LIBRO II.

DESCUBRIMIENTO DE MEJICO.

CAPITULO I.

	Paginas.
España bajo el reinado de Carlos V.—Progresos del descubrimiento.—Política colonial.—Conquista de Cuba.—Expediciones á Yucatán.....	127

CAPITULO II.

Hernando Cortés.—Primeros años de su vida.—Visita el Nuevo Mundo.—Su residencia en Cuba.—Dificultades con Velazquez.—Armada que se confia á Cortés	137
--	-----

CAPITULO III.

Sospechas de Velazquez.—Embarco de Cortés.—Equipo de la flota.—Su persona y carácter.—Cita para la Habana.—Fuerza de su armada.....	149
Observaciones sobre el manuscrito de Estrella.....	156

CAPITULO IV.

Viaje á la isla de Cozumel.—Conversion de los nativos.—Gerónimo de Aguilar.—Llega el ejército á Tabasco.—Terrible combate con los indios.—Es introducida la cristiandad.....	157
--	-----

CAPITULO V.

Viaje á lo largo de la costa.—Doña Marina.—Desembarcan los españoles en Méjico.—Entrevista con los aztecas.....	171
---	-----

CAPITULO VI.

Noticias sobre Montezuma.—Estado de su imperio.—Extraordinarios pronósticos.—Embajada y presentes.—Campamento español.....	178
--	-----

CAPITULO VII.

Disturbios en el campo.—Plan de una colonia.—Manejo de Cortés.—Marcha á Cempoala.—Procedimientos con los naturales.—Fundacion de Veracruz....	190
---	-----

CAPITULO VIII.

Otra embajada azteca.—Destruccion de los ídolos.—Despachos enviados á España.—Conspiracion en el campo.—Se echa á pique la flota.....	204
Noticia biográfica del Sr. las Casas.—Su vida y carácter.—Juicio crítico de sus obras.....	216

LIBRO III.

MARCHA A MEJICO.

Páginas.

CAPITULO I.

Acontecimientos de Cempoala.—Suben los españoles á la mesa de las montañas.—Vista pintoresca.—Conducta observada con los nativos.—Embajada á Tlascalá.....	247
--	-----

CAPITULO II.

República de Tlascalá.—Sus instituciones.—Su historia primitiva.—Discusiones en el senado.—Combates desesperados.....	259
---	-----

CAPITULO III.

Victoria decisiva.—Consejo indio.—Ataque nocturno.—Negociaciones con el enemigo.—Héroe tlascalteca.....	272
---	-----

CAPITULO IV.

Descontentos en el ejército.—Espías tlascaltecas.—Paz con la república.—Embajada de Montezuma.....	283
--	-----

CAPITULO V.

Entran los españoles á Tlascalá.—Descripción de la capital.—Tentativas de conversión.—Embajada azteca.—Son invitados á pasar á Cholula.....	291
---	-----

CAPITULO VI.

Ciudad de Cholula.—Gran templo.—Marcha á aquella capital.—Recibimiento de los españoles.—Conspiración descubierta.....	301
--	-----

CAPITULO VII.

Horrible carnicería.—Restablécese la tranquilidad.—Reflexiones sobre la matanza.—Procedimientos ulteriores.—Enviados de Montezuma.....	311
--	-----

CAPITULO VIII.

Vuelve á emprenderse la marcha.—Subida al gran volcán.—Valle de Méjico.—Impresión que produce en los españoles.—Conducta de Montezuma.—Descienden aquellos al valle.....	323
--	-----

CAPITULO IX.

Alrededores de Méjico.—Entrevista con Montezuma.—Entrada á la capital.—Recibimiento amistoso.—Visita al emperador.....	337
Noticia biográfica sobre Herrera.—Juicio crítico de la historia que escribió.—Vida de Fray Toribio de Benavente.—Pedro Mártir de Anglería.—Sus obras...	352

LIBRO IV.

RESIDENCIA EN MEJICO.

CAPITULO I.

Paginas:

Lago de Tezcucó.—Descripción de la capital.—Palacios y Museos.—Familia y servidumbre real.—Modo de vivir de Montezuma.....	361
--	-----

CAPITULO II.

Mercado de Méjico.—Gran templo.—Santuarios interiores.—Cuarteles españoles.....	377
---	-----

CAPITULO III.

Ansiedad de Cortés.—Prisión de Montezuma.—Trato que recibió de los españoles.—Ejecución de sus oficiales.—Pónensele grillos.—Reflexiones.....	391
---	-----

CAPITULO IV.

Manejo de Montezuma.—Su vida en los cuarteles españoles.—Insurrección meditada.—Prisión del señor de Tezcucó.—Medidas ulteriores de Cortés.....	403
---	-----

CAPITULO V.

Jura Montezuma obediencia á España.—Tesoros reales.—Su distribución.—Culto cristiano en el <i>teocalli</i> .—Descontento de los aztecas.....	412
--	-----

CAPITULO VI.

Suerte de los enviados de Cortés.—Acontecimientos en la corte de Castilla.—Preparativos de Velazquez.—Desembarca Narvaez en Méjico.—Conducta política de Cortés.—Sale de la capital.....	424
--	-----

CAPITULO VII.

Baja Cortés á la costa.—Negocia con Narvaez.—Se prepara á atacarle.—Cuarteles de Narvaez.—Es asaltado por la noche.—Narvaez derrotado.....	437
--	-----

CAPITULO VIII.

Descontento de las tropas.—Insurrección en la capital.—Vuelta de Cortés.—Señales generales de hostilidad.—Matanza hecha por Alvarado.—Levantamiento de los aztecas.....	452
Noticia biográfica de Gonzalo Hernandez de Oviedo y Valdés.—Juicio crítico de su obra.—Juicio crítico de la historia de Tlascala, escrita por Diego Muñoz Camargo.....	464

COLOCACION

DE LAS

LAMINAS DEL TOMO PRIMERO.

Págs.

5. Plano del valle de Méjico, sus lagunas y rios.
9. Fundacion de Méjico. Copia de las tablas Mendocinas.
11. Las dos de los Reyes aztecas.
32. D. Francisco Javier Clavijero.
39. Urnas funerarias.
46. Instrumentos para los sacrificios.
51. Fray Bernardino de Sahagun.
55. Manuscrito azteca.
68. Tabla cronológica de los mejicanos.
76. Alejandro Baron de Humboldt.
85. Relieves en la piedra de los gladiadores.
132. D. Diego Velazquez de Cuellar.
134. Juan de Grijalva.
146. Diego Velazquez elige á Cortés general de la armada.
153. Hernando Cortés.
177. Pintan los indios el ejército de Cortés.
217. Fray Bartolomé de las Casas.
247. Gonzalo de Sandoval.
276. Soldado azteca.
301. Pirámide de Cholula.
324. Los volcanes de Méjico.
337. Mapa del pais por donde pasaron los españoles en su marcha á Méjico.
340. Montezuma.
367. Chapultepec.
377. Caballero azteca con todas sus insignias.
385. Mapa del valle de Méjico.
389. Busto de una sacerdotisa azteca.
421. Cristóbal de Olid.
459. Pedro de Alvarado.



HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DE MEJICO,

CON UN BOSQUEJO PRELIMINAR

DE LA CIVILIZACION DE LOS ANTIGUOS MEJICANOS,

Y LA VIDA DEL CONQUISTADOR

HERNANDO CORTES,

ESCRITA EN INGLES

POR GUILLERMO H. PRESCOTT,

AUTOR DE LA „HISTORIA DE FERNANDO E ISABEL,”

TRADUCIDA AL CASTELLANO

POR D. JOSE MARIA GONZALEZ DE LA VEGA,

Segundo fiscal del Tribunal superior del Departamento de Méjico,

Y ANOTADA

POR D. LUCAS ALAMAN.

Victrices aquilas alium laturus in orbem.

LUCAN, Pharsalia, lib. V. v. 238.

TOMO II.

MEJICO.

IMPRENTA DE V. G. TORRES, CALLE DEL ESPIRITU SANTO NUM 2.

1844.

Esta obra es propiedad del editor VICENTE G. TORRES.

**LIBRO QUINTO.
EXPULSION DE MÉJICO.**



R. 71.761

bores y atabales, y de los otros instrumentos de música marcial, arrojando en seguida una tempestad de piedras, dardos y flechas, que caían como lluvia sobre los sitiados, al paso que la misma multitud de proyectiles se disparaba de las azoteas inmediatas (1).

Aguardaron los españoles, á que hubiese llegado la primera columna á una distancia conveniente para hacer fuego con provecho; y entonces una descarga general de artillería arrasó las filas de los asaltantes, y los arrojó en tierra por centenares (2). Los mejicanos estaban familiarizados con el estruendo de estas formidables armas, pues habian sido descargadas sin que hicieran daño, en algunas festividades; pero hasta entonces habian presenciado su poder mortífero. Por un momento se detuvieron espantados, y con miradas salvajes vacilaron al ver los estragos del fuego (3); pero pronto se volvieron á unir estos intrépidos bárbaros, y dando un grito penetrante, avanzaron sobre los mutilados cuerpos de sus camaradas. Una segunda y tercera descarga contuvo su marcha y los puso en desórden; mas volvieron á atacar disparando nubes de flechas, entre tanto que sus compañeros desde las azoteas de las casas, podian dirigir mejor su puntería contra los combatientes que se hallaban en el atrio. Eran los mejicanos singularmente expertos en el uso de la honda (4), y las piedras que desde sus elevadas posiciones arrojaban sobre las cabezas de sus enemigos, hacian mayor estrago que las flechas. Librábanse de ellas los caballeros cuyo cuerpo estaba defendido con la cota de maya, y los que lo llevaban cubierto con la armadura de algodón ó *escapulil*; pero algunos de los soldados, especialmente los veteranos de Cortés y muchos de los indios aliados poca defensa tenian, y sufrían mucho de esta tempestad de piedras.

(1) „Eran tantas las piedras, que nos echaban con hondas dentro en la fortaleza, que no parecia sino que el cielo las llovía; é las flechas, y tiraderas eran tantas, que todas las paredes y patios estaban llenos, que casi no podíamos andar con ellas.” (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 134.) No deba admirar que encontraran alguna dificultad en andar sobre las flechas, si es cierta la asercion de Herrera, de que todos los días recogían y quemaban los sitiados una cantidad bastante para cargar cuarenta carros. Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 9.

(2) „Luego sin tardanza se juntaron los mexicanos, en gran copia, puestos á punto de guerra, que no parecia, sino que habian salido debajo de tierra todos juntos, y comenzaron luego á dar gritos y pelear, y los españoles les comenzaron á responder de dentro con toda la artillería que de nuevo habian traído, y con toda la gente que de nuevo habia venido, y los españoles hicieron gran destrozo en los indios, con la artillería, arcabuzes, y ballestas y todo el otro artificio de pelear.” (Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 22.) Muy elocuente es el buen eclesiástico en la descripción de la batalla.

(3) Presentaba el enemigo, dice Gomara, un flanco tan fácil, que los artilleros cargaban y hacían fuego sin el trabajo de apuntar. „Tan recio, que los artilleros sin asestar jugaban con los tiros.” Crónica, cap. 106.

(4) „Hondas, que eran la mas fuerte arma de pelea que los mejicanos tenían.”

Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

Entre tanto habian avanzado los aztecas hasta el pié de los muros del palacio, no obstante que sus filas eran rotas y desordenadas, y sus miembros mutilados por el no interrumpido fuego de los cristianos; pero ellos acometian de nuevo á la misma boca de los cañones. Procuraban escalar los parapetos, lo que no era muy dificultoso en razon de su moderada altura; mas luego que asomaban la cabeza sobre el terraplen, eran muertos por los certeros tiros de los españoles, ó tendidos en tierra por el *maguahuilt* tlascalteca. No los desanimaba esto: pronto aparecian otros á llenar el lugar de los heridos, y se esforzaban en salvar la muralla levantándose sobre los encorvados cuerpos de sus agonizantes camaradas, ó fijando sus lanzas en las hendeduras de la misma muralla; una y otra tentativas resultaron igualmente vanas.

Derrotados aquí, probaron abrir una brecha en los parapetos batiéndolos con pesadas piezas de madera. No estaban aquellos contruidos científicamente de manera que una parte dominara y protegiera á la otra, por lo que operaban los sitiadores á su placer, siendo muy poco molestados por la guarnicion, que no podia colocar sus cañones de manera que jugaran sobre ellos, ni subir á una parte de sus fortificaciones para defenderse, sin exponer sus personas á los tiros de todo el ejército enemigo. Con todo, vióse que eran las murallas demasiado fuertes para los esfuerzos de los asaltantes. En su desesperacion intentaron poner fuego á los cuarteles españoles arrojando mechas encendidas, y escalando lo bastante para lanzar sus incendiarias teas por entre las troneras. El edificio principal era de piedra; pero su parte exterior, y los otros levantados provisionalmente para los indios aliados eran de madera. Varios de estos se incendiaron, y rápidamente se comunicó el fuego á los ligeros y combustibles materiales; desastre para el que en manera alguna estaban prepados los sitiados. Teniendo poca agua, apenas la necesaria para su uso, procuraron en vano apagar el fuego con montones de tierra. Por fortuna, el edificio principal era, como se ha dicho, de materiales que desafiaban al destructor elemento; pero creció el fuego en algunas de las obras exteriores unidas al parapeto con tal furia, que solo pudo contenerse destruyendo una parte de la muralla, y abriendo así una formidable brecha, que inmediatamente mandó el general defender con una batería de calibre, y una fila de arcabuceros que por la abertura hacian un fuego incesante sobre los sitiadores (5).

Peleábase con furor por ambas partes: levantábase de los muros del palacio una nube constante de llamas y humo; y los gemidos de los heridos y moribundos, se perdian en los feroces gritos de los combatientes, en el estruendo de la artillería, en el estallido de la fusilería, y en el silbido de las armas in-

(5) „En la fortaleza daban tan recio combate, que por muchas partes nos pusieron fuego, y por la una se quemó mucha parte de ella, sin la poder remediar, hasta que la atajamos, cortando las paredes, y derrocando un pedazo que mató el fuego. E si no fuera por la mucha guarda, que allí puse de escopeteros, y ballesteros, y otros tiros de pólvora, nos entraran á escala vista, sin los poder resistir.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 134.

días. Era el conflicto del europeo con el americano, del hombre civilizado con el salvaje, de la ciencia del uno con las toscas armas y disciplina militar del otro; y sacudiéndose los antiguos muros de Tenochtitlan al trueno del cañon, anunciaban que el destructor hombre blanco habia fijado en ella su planta (6).

Al fin llegó la noche, y extendió su amistoso manto sobre los combatientes. Pocas veces peleaba el azteca de noche; pero poco reposo trajo esta á los españoles que á cada hora esperaban un nuevo ataque, y que hallaron bastantes ocupacion en cerrar las brechas abiertas en las fortificaciones y en reparar sus rotas armaduras. Tendiéronse sobre sus armas las huestes sitiadoras, dando señales de su presencia con arrojar de cuando en cuando una flecha ó piedra sobre los parapetos, ó con el solitario grito insultante, de algun guerrero mas determinado que el resto, hasta que todo otro sonido se perdió en los vagos y confusos ruidos que se escuchan en el aire cerca de una grande reunion de hombres.

Parece que Cortés estaba poco preparado para la ferocidad mostrada por los aztecas. Su pasada experiencia, y su no interrumpida carrera de victoria con una fuerza mucho mas inferior le habian hecho menospreciar la ciencia militar, si no el valor de los indios, al mismo tiempo que la aparente facilidad con que habian sufrido los ultrajes hechos á su soberano y á ellos mismos, le habian hecho tener en poco su intrepidez. No podia creer que el ataque que entonces se intentaba fuera mas que una exaltacion pasajera del populacho, que pronto se disiparia por su mismo furor; y el dia siguiente propuso hacer una salida con el objeto de castigar á sus enemigos de una manera que les hiciera entrar en reflexion, y saber quien era el Señor en la capital.

Con los primeros destellos de luz levantáronse los españoles y pusieron sobre las armas; pero no lo hicieron antes de que sus enemigos hubiesen dado muestras de hostilidad con una nube de flechas y otros proyectiles que de cuando en cuando dirigian al atrio del edificio. Al paso que se aumentaba la luz de la mañana, hacia ver que lejos de disminuirse el ejército sitiador, ocupaba la plaza principal y calles inmediatas en mayor número que la tarde anterior. No tenia ya la apariencia de un populacho desordenado, sino el de un ejército regular, distribuido en batallones bajo su respectiva bandera, cuyas insignias manifestaban que habian contribuido á formarlos las principales ciudades y distritos del valle. Sobresalia entre todos el antiguo estandarte de Méjico con su bien conocida divisa, de la águila sobre un nopal bordada en un rico manto de plumaje; y veíase á los sacerdotes mezclarse en las filas de los sitiadores, animándolos con frenéticos gestos á vengar á sus ultrajadas divinidades.

(6) Ibid., ubi supra.—Gomara Crónica, cap. 106.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 22.—Gonzalo de las Casas, defensa, MS., parte 1, cap. 26.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 126.

Poco vestido llevaba la mayor parte de los enemigos, excepto el *chacastell* que ceñía su cintura. Iban armados de diversa manera: unos con largas lanzas cuyas puntas eran de cobre ó de pedernal, y algunas aguzadas solamente y endurecidas al fuego: otros iban provistos de hondas; y algunos de dardos de dos ó tres puntas, sujetadas á ellos unas largas correas, con las cuales despues de haberlos arrojado, podian sacarlos del cuerpo de los heridos. Era esta una arma formidable, muy temida de los españoles. Los guerreros de la clase superior, empuñaban el terrible *maquahuítl* con sus afiladas y quebradizas puntas de obsidiana, distinguiéndose entre sus confusas filas, muchos cuyos brillantes vestidos y aire de autoridad, daban á conocer ser personas de una gran importancia militar. Unas láminas de metal defendian sus pechos, y sobre ellas caía el vistoso manto de plumaje. Llevaban cascos, cuya forma era parecida á la cabeza de algun animal feroz, cubiertos de erizado cabello ó sombreados por grandes y graciosas plumas de varios y brillantes colores. Algunos iban adornados con una cinta encarnada que ataba su cabello, del cual pendian unas borlas de algodón, cuyo número denotaba el de las victorias que habian ganado, y su elevado rango. Esta mezcla tan disímbola claramente manifestaba que el sacerdote, el guerrero y el ciudadano, se habian unido para contribuir á la insurreccion.

Antes de que el sol hiriera con sus rayos los cuarteles castellanos se puso el enemigo en movimiento, preparándose sin duda á renovar el ataque del dia anterior; pero el comandante español determinó anticipárseles haciendo una vigorosa salida, para la cual tenia hechos los preparativos necesarios. Una descarga general de artillería y fusilería llevó la muerte por las filas enemigas, y antes de que tuvieran tiempo para recobrase de su confusion abriéronse las puertas, y saliendo Cortés á la cabeza de la caballería sostenido por un cuerpo considerable de infantería y varios miles de tlascaltecas, se dirigió sobre aquellas á rienda suelta. Tomando así por sorpresa á los mejicanos, casi no les fué posible oponer mucha resistencia. Los que lo hacian eran atropellados por los caballos, heridos de muerte con las anchas espadas ó pasados de parte á parte con las lanzas de la caballería. Siguió la infanteria la carga, y por aquel momento fué general la derrota.

Pero solo huyeron los aztecas para refugiarse tras de una barricada ó fortificacion de madera y tierra que habian levantado en la gran calle por donde eran perseguidos. Reuniéndose al otro lado de ella, hicieron una valerosa resistencia, disparando á su vez una lluvia de sus armas arrojadizas sobre los españoles, que saludados al mismo tiempo de las azoteas de las casas con una tempestad de las mismas armas, interrumpieron su marcha y fueron puestos en algun desorden (7).

Entonces mandó Cortés acercar unas cuantas piezas de grueso calibre que pronto echaron por tierra las barricadas y abrieron paso al ejército; pero habian ya perdido la ventaja adquirida con el rápido avance. Tuvo tiempo el enemigo de reunirse y hacer frente á los españoles en términos mas iguales, y al

paso que avanzaban, eran tambien atacados de flanco por nuevas tropas que salian de las calles y callejuelas inmediatas. Los canales estaban cubiertos de botes llenos de guerreros, que con sus formidables dardos buscaban cualquiera abertura ó lugar débil en las armaduras, y hacian una gran matanza en los desnudos tlascaltecas. Despues de repetidas y vigorosas cargas lograron los españoles ahuyentar á los indios, aunque muchos con una desesperacion, que mostraba preferian la venganza á la vida, creian impedir los movimientos de los caballos abrazándose de sus piernas, ó con mejor suceso probaban sacar de la silla á los ginetes; y ¡ay! del caballero que era desmontado, ó se le inmolaba con el brutal *maquahuitl*, ó era conducido en una canoa al sangriento altar del sacrificio.

Pero el mayor estrago que sufrían los españoles, érales causado por los proyectiles que venían de las azoteas, de las cuales arrojaban tambien grandes piedras con tal fuerza, que tendían en la tierra al mas esforzado ginete. Hostilizados hasta el extremo por estas descargas contra las cuales aun los escudos no proporcionaban bastante proteccion, mandó Cortés poner fuego á los edificios, lo que no presentó mucha dificultad, pues aunque en lo general eran de piedra contenian porcion de esteras, cañas y otros materiales combustibles que pronto se convirtieron en llamas; pero estaban separadas las casas unas de otras por canales y puentes levadizos, de manera que las llamas no podían comunicarse á las contiguas. De aquí fué que se aumentó incalculablemente el trabajo de los españoles, y sus progresos en la obra de destruccion, por fortuna de la ciudad, fueron lentos comparativamente hablando (8). Sin embargo, no desmayaron en sus esfuerzos hasta que se hubieron consumido algunos centenares de casas; y los terribles efectos de una conflagracion, en la que perecieron tanto los infortunados habitantes de los edificios, como los que los defendían, se agregaron á los otros horrores de la guerra.

Estaba el día muy avanzado, y los españoles habían quedado victoriosos en todas partes; pero el enemigo, aunque rechazado en todos los puntos, conservaba todavia el campo. Cuando era desconcertado por las furiosas cargas de la caballería retirábase á los parapetos provisionales que en varias calles había levantado, y haciendo frente renovaba la lucha con el mismo valor, hasta que destruidos aquellos por el cañon español, quedaba libre el paso para los movimientos de la caballería. Era pues el combate una sucesion de ataques y retiradas en que ambas partes sufrían mucho, aunque la pérdida de los indios era probablemente diez veces mayor que la de los españoles; pero los aztecas po-

(8) „Están todas en el agua, y de casa á casa una puente levadiza, passalla á nado, era cosa muy peligrosa; porque desde las azuteas tiraban tanta piedra, y cantos, que era cosa perdida ponernos en ello. Y demas desto, en algunas casas que les poníamos fuego, tardaba una casa é se quemar un día entero, y no se podía pegar fuego de una casa á otra; lo uno, por estar apartadas la una de otra el agua en medio; y lo otro, por ser de azuteas.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 126.

dian resistir mejor la pérdida de cien vidas que sus antagonistas de la guerra; y mientras los españoles presentaban un orden de batalla interrumpido y patentemente disminuido, el número del ejército mejicano aumentado por los refuerzos que recibia de las calles inmediatas, sin embargo de sus pérdidas no daba señales de minorarse. Al fin, cansado de la carnicería y exhausto de hambre y de fatiga, reunió el comandante español á sus soldados y tocó retirada (9).

Al volver á sus cuarteles, vió en una de las calles inmediatas á su amigo Due-ro desmontado y empeñado en una terrible lucha con un cuerpo de mejicanos de quienes se defendia desesperadamente con su puñal. Luego que le distinguió hizo alto, lanzó su grito de guerra, y arrojándose en medio de los enemigos los dispersó como paja. Despues, recobrado el caballo de su amigo, dió-le tiempo para que montara, y picando los dos caballeros sus corceles se abrieron paso por entre el enemigo y se reunieron al resto del ejército (10). Tales rasgos de generoso valor no eran poco comunes en estos encuentros, que ofrecian mas aventuras personales que las batallas con antagonistas mejor instruidos en la ciencia de la guerra. La caballerosa conducta del general fué imitada por Sandoval, Velazquez de Leon, Olid, Alvarado, Ordaz y sus otros bravos compañeros, que á ejemplo de su caudillo ganaron la gloria que les preparó el camino para el mando independiente que despues obtuvieron y que puso á su disposicion provincias y reinos.

Cargaron los intrépidos aztecas sobre sus enemigos ya en retirada, molestándolos á cada paso con nuevas descargas de piedras y flechas; y cuando hubieron entrado los españoles á su fortaleza, acampó el ejército indio á su rededor, mostrando la misma terrible resolucion que la tarde anterior. Aunque fieles á su antigua costumbre de suspender en la noche las hostilidades, interrumpieron no obstante el silencio de ésta con gritos insultantes y amenazadores, que llegaban á oídos de los sitiados. „Por fin,” decian, „os han puesto los dioses en nuestras manos; mucho tiempo hace ha clamado Huitzilopotchli por sus víctimas. Pronto está la piedra del sacrificio y los cuchillos afilados: los animales feroces del palacio rugen por su presa; y las cárceles,” agregaban burlándose de la hambre que sufrían los tlascaltecas, „están esperando á los falsos hijos del Anáhuac que

(9) Peleaban los mejicanos con tal ferocidad, dice Diaz, que si hubiéramos tenido aquel dia la ayuda de diez mil Héctores ú otros tantos Orlandos, no hubiéramos hecho en ellos impresion alguna. Varios de nuestros soldados, agrega, habian servido en las guerras de Italia; pero ni allí, ni en los combates con el turco, habian visto cosa semejante á la desesperacion que mostraban los indios. Hist. de la conquista cap. 126.

Sobre el contenido de las últimas páginas, puede verse tambien á Cortés. Rel. seg. en Lorenzana, p. 135.—Ixtililxochitl, Relaciones, MS.,—Probanza á pedimento de Juan de Lexalde, MS.,—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13,—Gomara, Crónica, cap. 196.

(10) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 9.—Torquemada, Monarquía ind., lib. 4, cap. 69.

han de ser engordados para la festividad." Estas terribles amenazas que sonaban de una manera espantosa en los oídos de los sitiados, pues entendían demasiado bien su significado, iban mezcladas de lastimosas lamentaciones por el cautiverio de su soberano suplicando á los españoles que lo libertasen.

Mucho sufría Cortés de una grave herida que en la última acción había recibido en la mano; pero mayores eran las angustias de su alma cuando consideraba la triste perspectiva que se le presentaba. Habíase equivocado en cuanto al carácter de los mejicanos. Sus largos y sufridos padecimientos, habían sido una violencia hecha á su índole natural, que como prueba la historia era mas arrogante y feroz que el de casi todas las otras razas del Anáhuac. Removido una vez el freno que por deferencia á su monarca mas bien que por miedo, habían puesto á ese carácter, desatáronse sus pasiones con acumulada violencia. Habían encontrado los españoles en el tlascalteca un enemigo descubierto que no tenía ofensas de que quejarse ni ultrajes que vengar, que peleaba solamente por el vago temor de un mal que sobrevenía á su país; pero el azteca que hasta entonces había sido el orgulloso señor del país estaba exasperado con los insultos é injurias que había sufrido, hasta llegar al extremo que hace la vida despreciable en comparación de la venganza. Armado así el salvaje con la energía de la desesperación, es casi igual al hombre civilizado, y toda una nación movida por un sentimiento común y profundo, que acalla todas las consideraciones de interés y seguridad personal, llega á ser, sea cual fueren sus recursos, como el terremoto y el huracán, los mas formidables entre los agentes de la naturaleza.

Consideraciones de esta clase debieron ocupar la imaginación de Cortés cuando reflejara en su insuficiencia para contener el furor de los mejicanos, y resolvió, no obstante el altanero trato que había dado últimamente á Montezuma, emplear su autoridad para contener el tumulto; medio que tan ineficazmente se había intentado en favor de Alvarado al principio de la insurrección. Confirmóse mas en su propósito la mañana siguiente cuando los asaltantes redoblando sus esfuerzos lograron escalar por un punto los muros y entrar al atrio. Es verdad que fueron recibidos con tanto valor, que ni un solo hombre de los que entraron quedó vivo; pero en la impetuosidad del ataque, pareció por algunos momentos que el palacio iba á ser tomado por asalto (11).

Mandó pedir entonces Cortés al emperador azteca interpusiera su influjo con sus súbditos en favor de los españoles; pero Montezuma no estaba muy dispuesto á hacerlo. Desde la vuelta del general había permanecido pensativo en su habitación. Disgustado por el trato que había recibido, tenía mayor motivo de mortificación en ser aliado de aquellos que eran enemigos declarados de su nación. Desde esa su misma habitación había presenciado las trágicas escenas de la capital, y había visto al heredero presuntivo del trono toman-

(11) Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 126.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.—Gomara, Crónica, cap. 107.

do el lugar que él debía haber ocupado á la cabeza de sus guerreros, y peleando por su país (12). Afligido por su posición, é indignado con los que le habían reducido á ella, contestó con frialdad: „¿Qué tengo yo que hacer con Malinche? No quiero oír hablar de él, y solo deseo morir. ¡Ah! á qué estado me ha reducido mi buena disposición para servirle (13).” Cuando Olid y el padre Olmedo le instaron, añadió, „es inútil; no me creerán á mí, ni las falsas palabras de Malinche. No saldréis vivos de estos muros.” Sin embargo, asegurándole que los españoles se retirarían gustosos si sus enemigos les abrían camino, movido al fin mas bien por el deseo de economizar la sangre de sus súbditos que la de los cristianos, consintió en interceder con su pueblo (14).

A fin de que su presencia causara mayor efecto, púsose las vestiduras imperiales. Caía sobre sus espaldas el tilmatlí ó manto azul y blanco, y llevábalo atado con un rico broche del verde chálchihuitl. La misma piedra preciosa y esmeraldas de un tamaño extraordinario montadas en oro, adornaban con profusión otras partes de su vestido. Sandalias de oro cubrían sus pies, y ceñía su frente el copilli ó diadema mejicana, semejante en su forma á la tiara pontifical. Así adornado y rodeado de una guardia de españoles y de varios nobles aztecas, y precedido de la vara dorada, símbolo de la soberanía, subió el monarca indio á la torre central del palacio. Luego le reconoció el pueblo, y al marchar la real comitiva por las murallas cambió la escena como por encanto. Cesaron tanto el desapacible sonido de los instrumentos, como los feroces gritos de los asaltantes, y un silencio sepulcral reinó en toda la reunión, que pocos momentos antes se hallaba tan terriblemente agitada por el horrible tumulto de la guerra. Muchos se postraron en tierra, otros hincaron la rodilla, y todos dirigieron su vista con la mas vehemente atención hácia el soberano á quien estaban enseñados á reverenciar con un respeto servil, y de cuyo semblante estaban acostumbrados á separar la vista, como del esplendor deslumbrante de la divinidad. Conoció Montezuma el efecto que habia producido su presencia, y mientras permaneció frente á su reverente pueblo le pareció que recobraba su antigua autoridad y confianza, y que todavía era rey. Con pausada voz, fácilmente escuchada por la silenciosa multitud, dicen los escritores castellanos que habló de esta manera.

„¿Por qué veo aquí á mi pueblo armado contra el palacio de mis padres?

(12) Mandó preguntar Cortés á Montezuma con Marina, el nombre del valiente gefe, á quien desde las murallas se veía animar y dirigir á sus compatriotas. Informóle el emperador que era su hermano Cuitlahua, heredero presuntivo de la corona, y el mismo á quien el comandante español habia puesto en libertad pocos días antes. Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 10.

(13) „¿Qué quiere de mí ya Malinche, que yo no deseo vivir ni oírle? pues en tal estado por su causa mi ventura me ha traído.” Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 126.

Es porque pensais que vuestro soberano se halla preso y quereis libertarle? Si es así, habeis obrado bien; pero estais engañados. Yo no soy prisionero. Los extranjeros son mis huéspedes. Permanezco con ellos por mi voluntad, y puedo dejarlos cuando quiera. ¿Venís á arrojarlos de la ciudad? Pues no es necesario, porque ellos partirán de grado, si vos les abris camino. Volved pues á vuestros hogares y deponed las armas, mostraos obedientes hácia mí que tengo derecho á ello. Los hombres blancos regresarán á su pais, y todo volverá á estar bien dentro de los muros de Tenochtitlan."

Luego que Montezuma se anunció como amigo de los detestados extranjeros, levantóse un murmullo entre el pueblo; murmullo de desprecio hácia el príncipe pusilánime que habia podido mostrarse tan insensible á los insultos é injurias que habian obligado á la nacion á correr á las armas. Embravecido el flujo de sus pasiones salvó las barreras de la antigua reverencia, y tomando una nueva direccion descargó sobre la cabeza del infortunado monarca, que tanto habia degenerado de sus valientes predecesores. „Bajo azteca," exclamaron, „afeminado y coharde, los hombres blancos os han convertido en muger, y apto solo para hilar y tejer." Pronto fueron seguidos estos amargos insultos, de demostraciones mucho mas hostiles. Dícese que un gefe de alto rango dirigió un arco ó asestó una jabalina contra el emperador (15), y que al instante cayó una nube de piedras y flechas en el sitio que ocupaba la real comitiva. Los españoles nombrados para proteger la persona del emperador, que habian dejado de guardarlo por el porte respetuoso que observó el pueblo mientras les hablaba su señor, cubriéronle entonces con sus estudos; pero ya era demasiado tarde. Habia sido herido Montezuma por dos ó tres proyectiles, de los cuales una piedra dió con tal violencia sobre su cabeza cerca de la sien, que lo derribó sin sentido. Espantados los mejicanos de su acto sacrílego experimentaron un cambio repentino de sentimientos, y dando un grito horrendo y poseidos de terror, se dispersaron en diversas direcciones. Ni uno solo de aquella grande multitud quedó en la plaza que se extendia frente al palacio.

Entre tanto, fué conducido el desgraciado príncipe á su habitacion, y al volver en sí del desmayo que le habia causado el golpe, pesó sobre él toda la miseria de su situacion. Habia probado la última amargura, la de su degradacion: habia sido ultrajado y despreciado por su pueblo: el mas despreciable del populacho habia levantado contra él la mano; ya no tenia pues para que vivir. En vano procuraron Cortés y sus capitanes mitigar la angustia de su espíritu, y hacerle ocuparse de mejores pensamientos. No contestó una palabra. Su herida, aunque peligrosa, podia no haber sido mortal con una hábil asistencia; pero rehusó todos los remedios que se le ordenaron. Levantaba los vendajes cada vez que se le ponian, guardando el mas obstinado silencio. Sen-

(15) Acosta refiere una tradicion alusiva, á que Guatemozin, sobrino de Montezuma y que despues le sucedió en el trono, fué quien disparó la primera flecha. Lib. 7, cap. 26.

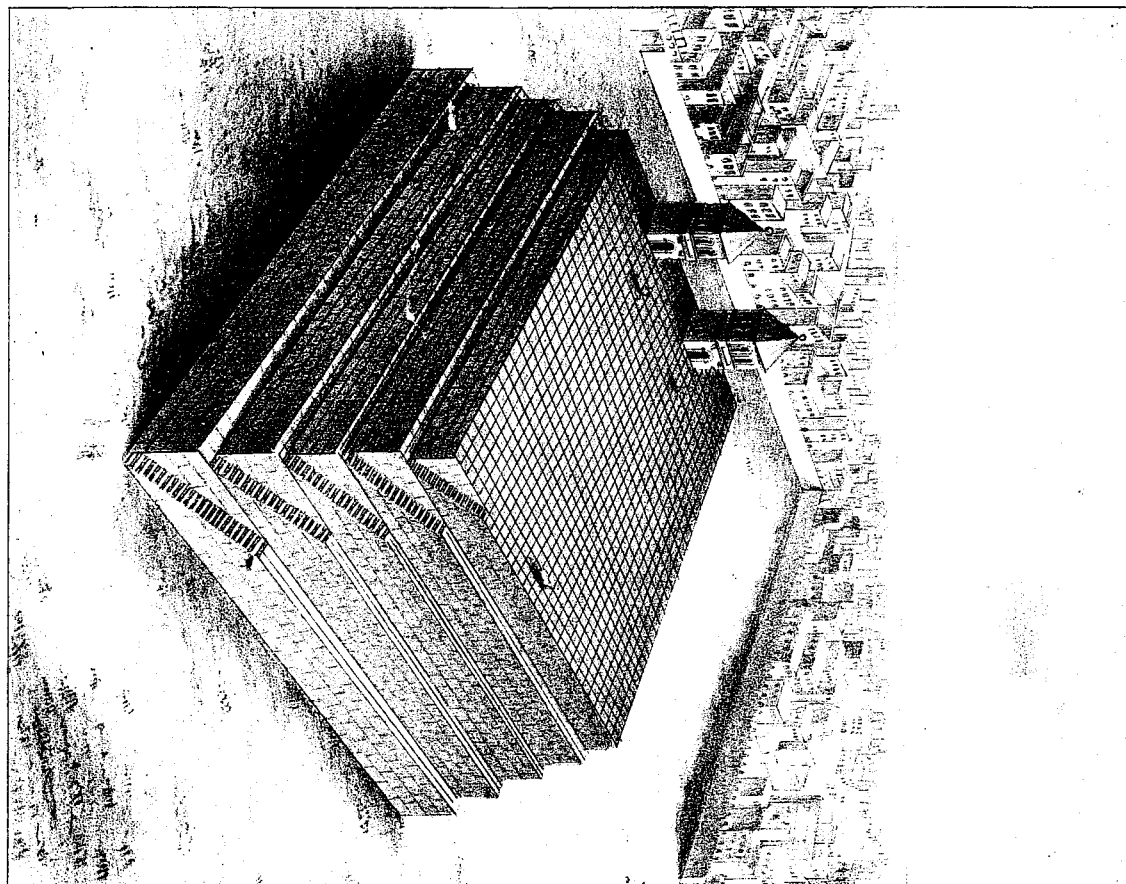
tábase con los ojos fijos en la tierra reflexionando sobre su decaída fortuna, sobre la imágen de su antigua magestad, y sobre su presente humillacion. Habia sobrevivido á su deshonra; pero parecia haberse encendido en su pecho una chispa de su antiguo espíritu, pues era claro que no queria sobrevivir á su desgracia. Pronto se vieron precisados el general español y los que le acompañaban á alejarse de esta dolorosa escena por los nuevos peligros que amenazaban á la guarnicion (16).

(16) He referido este trágico suceso y las circunstancias que le acompañaron, como lo traen mas ó menos detalladamente, pero lo mismo en substancia los mas acreditados escritores de aquel siglo y el siguiente, muchos de los que habian sido testigos presenciales. (Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 126.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, p. 136.—Carmargo, Hist. de Tlascala, MS.—Ixtililxochitl, Hist. chich., MS., cap. 88.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 10.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 70.—Acosta, ubi supra.—P. Mártir de Anglería, De Orbe Novo, déc. 5, cap. 5.) Está esto confirmado tambien por Cortés, en el instrumento en que por via de dote se concedieron ciertos estados á la hija favorita de Montezuma. (Véase el Apéndice part. 2, núm. 12.) D. Juan Cano que casó con esta princesa, aseguró á Oviedo que los mejicanos respetaron la persona del monarca todo el tiempo que le vieron, y que cuando arrojaron sus flechas y proyectiles ignoraban que estuviese presente, pues los escudos de los españoles lo ocultaban. (Véase el Apéndice part. 2. núm. 11.) Esta asercion improbable está repetida por el capellan Gomara; (Crónica cap. 107;) pero la desecha Oviedo, quien sin embargo, dice que Alvarado en una conversacion que tuvo despues con él, confirmó esplicitamente la relacion que se hace en el texto. (Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.) Los mejicanos refieren este hecho de muy diversa manera. Segun ellos, se dió garrote á Montezuma y á los señores de Tezcuco y Tlaltelolco detenidos entonces como prisioneros en la fortaleza, y se arrojaron sus cadáveres por sobre las mullas. Copio original lo que dice el padre Sahagun, quien supo este hecho de boca de los mismos aztecas.

„De esta manera se determinaron los españoles á morir ó vencer varonilmente; y así hablaron á todos los amigos indios, y todos ellos estuvieron firmes en esta determinacion: y lo primero que hicieron fué que dieron garrote á todos los señores que tenian presos, y los echaron muertos fuera del fuerte: y antes que esto hiciesen les dijeron muchas cosas, y les hicieron saber su determinacion, y que de ellos habia de comenzar esta obra, y luego todos los demas habian de ser muertos á sus manos; dijéronles, no es posible que vuestros ídolos os libren de nuestras manos. Y desde que les hubieron dado garrote, y vieron que estaban muertos, mandáronlos echar por las azoteas, fuera de la casa, en un lugar que se llama Tortuga de Piedra, porque allí estaba una piedra labrada á manera de tortuga. Y desde que supieron y vieron los de afuera, que aquellos señores tan principales habian sido muertos por las manos de los españoles, luego tomaron los cuerpos, y les hicieron sus exequias, al modo de su idolatría, y quemaron sus cuerpos, y tomaron sus cenizas, y las pusieron en lugares apropiados á sus dignidades y valor.” Hist. de Nueva España, MS., lib. 12,

Casi no es necesario hacer ningun comentario sobre lo absurdo de esta monstruosa imputacion, que sin embargo ha encontrado apoyo en algunos escritores modernos. Ademas de otras consideraciones, se hubieran detenido mucho los españoles en dar muerte á Montezuma, puesto que como el tezcucano Ixtlilxochitl justamente observa, era la mayor desgracia que podia sobrevenirles, porque rompía el último vínculo que los unia á los mejicanos. Hist. chich., MS., ubi supra.

TEMPLO MAYOR DE MEXICO.



CAPITULO II.

INCENDIO DEL TEMPLO MAYOR.—VALOR DE LOS AZTECAS.—DESGRACIAS DE LA GUARNICION.—TERRIBLES COMBATES EN LA CIUDAD.—MUERTE DE MONTEZUMA.

1520.

Frente del cuartel de los españoles, y solo á unas cuantas varas de distancia se levantaba el gran *teocalli* de Huitzilopotchli, cuyo edificio piramidal y los santuarios que lo coronaban, elevándose á una altura de cerca de ciento cincuenta piés, proporcionaba una ventajosa posicion que completamente dominaba el palacio de Axayacatl ocupado por los cristianos. Un cuerpo de quinientos ó seiscientos mejicanos, muchos de ellos nobles y guerreros del mas elevado rango, se apoderaron del *teocalli*, desde donde descargaban tal tempestad de flechas sobre la guarnicion, que nadie podia dejar los parapetos por un momento sin el mas inminente peligro, entre tanto que los mejicanos defendidos por los santuarios, estaban enteramente á cubierto del fuego de los sitiados. Era pues necesario desalojar al enemigo, si querian los españoles permanecer en sus cuarteles.

Confió Cortés esta empresa á su camarista Escobar, dándole al efecto cien hombres con órden de asaltar el *teocalli* é incendiar los santuarios; pero tres veces fué rechazado, y despues de desesperados esfuerzos, se vió obligado á retirarse con una pérdida considerable, sin lograr su objeto.

Cortés, que conocia la absoluta necesidad de tomar aquel punto, determinó acaudillar por sí mismo la tropa destinada á atacarlo. Sufria entonces mucho, á resultas de la herida que recibió en la mano izquierda, la cual le tenia inutilizado por entonces; pero pudo servirse del brazo atándose en él el escudo (1), y así manco salió á la cabeza de trescientos soldados escogidos, y algunos miles de auxiliares.

En el atrio del templo encontró un cuerpo numeroso de indios, preparado para disputarle el paso. Cargólos bizarramente; pero las tersas y planas losas del pavimento eran tan resbaladizas, que no podian tenerse en pié los caballos y muchos de ellos cayeron á tierra. Desmontando precipitadamente enviaron los animales á los cuarteles, y renovando el asalto, lograron con mucha difi-

(1) „Salí fuera de la fortaleza, aunque manco de la mano izquierda de una herida que el primer dia me habian dado: y liada la rodela en el brazo, fuí á la torre con algunos españoles, que me siguieron.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 138.

Historia de la conquista de Méjico traducción de José M^o González de Echeagaray y María del Mar Verdejo Segura
cultad dispersar á los guerreros indios, y dejarse el paso libre para el *teocalli*.
 Este edificio, como recordará el lector, era una enorme estructura piramidal, cuya base tenia cerca de trescientos piés cuadrados. Una escalera de piedra, abierta en la parte exterior de uno de los ángulos de la pirámide, conducia á una plataforma ó terrado que daba vuelta al edificio, hasta llegar á otra escalera que caia sobre la primera y conducia á otro terrado. Como que eran cinco los cuerpos ó divisiones del *teocalli*, era necesario andarlo todo alrededor cuatro veces ó cerca de una milla para llegar á la cumbre, que como se ha dicho era una plataforma coronada solo por dos santuarios, dedicados á las divinidades aztecas (2).

Habiéndose abierto Cortés camino por el atrio, subió la primera escalera seguido de Alvarado, Sandoval, Ordaz y otros valientes caballeros de su pequeña partida, dejando al pié del templo una fila de arcabuceros, y un cuerpo considerable de indios aliados para contener al enemigo. En el primer terrado así como en los otros tres y en la cumbre, habíanse situado los guerreros aztecas para disputar el paso, y desde esta elevada posicion arrojaban una lluvia de ligeros proyectiles, así como pesadas piedras, maderas y vigas encendidas, que arrojándolas por las escaleras volcaban á los españoles, y esparcian en sus filas el desórden. Los mas afortunados, evitando ó brincando sobre estos obstáculos, lograron ganar el primer terrado, y arrojándose sobre sus enemigos los obligaron á retirarse despues de una corta resistencia. Cargaron los asaltantes, eficazmente sostenidos por el fuego certero de los soldados colocados al pié del edificio, y que hacian tanto estrago en los mejicanos que estaban al descubierto, que se apresuraron á refugiarse en la ancha cumbre del *teocalli*.

Cortés y sus camaradas siguiéronlos, y pronto se encontraron los combatientes cara á cara en este aéreo campo de batalla, empeñados en un combate de muerte á presencia de toda la ciudad, así como de las tropas que se hallaban en el atrio, las que como por mútuo consentimiento, suspendieron sus hostilidades mirando con silenciosa admiracion el fin de las de arriba. La cúspide del *teocalli*, aunque algo mas pequeña que su base, era bastante grande para proporcionar lugar á mil combatientes. Estaba formado su pavimento de anchas y planas losas, y ningun obstáculo habia sobre su superficie, excepto la enorme piedra del sacrificio y los templos de piedra que en una de las extremidades se levantaban á la altura de cuarenta piés. Uno de estos santuarios habia sido consagrado á la cruz, y el otro aun estaba ocupado por el dios de la guerra mejicano. Peleaban el cristiano y el azteca por su religion, bajo la sombra de sus respectivos santuarios; mientras que los sacerdotes indios, corriendo de un lado á otro, ondeando su desordenado cabello so-

(2) Véanse las páginas 382 y 384 del tomo primero.

Me he aventurado á repetir aquí la descripcion del templo, por ser importante que el lector, quien tal vez no recordará las primeras páginas, tenga en su mente una idea clara de él antes de comenzar á leer la relacion del combate.

Historia de la conquista de Méjico, edición de José M.^a González Ferrás y María del Mar Verdejo Segura
 bre sus negros mantos, parecían estar suspensos en el aire como otros tantos demonios de las tinieblas que incitaban á la matanza.

Ambas tropas se batieron con la desesperada furia de hombres que no tienen mas esperanza que la victoria. Ni se pedia ni se daba cuartel, y huir era imposible. La orilla de la cúspide no estaba defendida por parapeto ó fortificacion alguna, por lo que el menor descuido podia ser fatal, y veíase algunas veces á los combatientes luchando en mortal agonía, rodar juntos por los descubiertos lados de la pirámide (3). Dicese que el mismo Cortés escapó con dificultad de este horrible destino. Dos guerreros de fuertes y musculares formas, se apoderaron de él y lo iban arrastrando con violencia hácia la orilla. Conociendo su intencion luchó con todas sus fuerzas, y antes de que pudieran conseguir su objeto, logró deshacerse de ellos y con sus mismos brazos arrojó á uno abajo de los muros. No es improbable este hecho, pues Cortés era hombre de una agilidad y fuerza extraordinaria. Mas aunque se ha referido con frecuencia, no ha sido por la historia contemporánea (4).

Tres horas duró la batalla con un furor no interrumpido. El número de los mejicanos era duplo del de los cristianos, y parecia ser una lucha que debia terminarse mas bien por el número y fuerza brutal que por la mayor ciencia. Pero no fué así. La armadura invulnerable del español, su espada de un temple sin igual, y su destreza en usarla, diéronle ventajas que sobrepujaban con mucho á la desigualdad en la fuerza física y en el número. Despues de hacer todo lo que el valor de la desesperacion puede sugerir al hombre, disminuyó por grados la resistencia de los aztecas. Uno despues de otro perecieron, y solo sobrevivieron dos ó tres sacerdotes, para ser conducidos en triunfo por los vencedores. Todos los demas combatientes, ó estaban tendidos en el ensangrentado pavimento, ó habian sido arrojados desde la elevada altura. No dejó de ser considerable la pérdida de los españoles, pues murieron cuarenta y cinco de sus

(3) Muchos de los aztecas, segun Sahagun, viendo el destino de aquellos de sus camaradas que habian caido en poder de los españoles en los estrechos terrados, se arrojaron voluntariamente desde la cúspide, y se hicieron pedazos en el pavimento. „Y los de arriba viendo á los de abajo muertos, y á los de arriba que los iban matando los que habian subido, comenzaron á arrojarlos del cú abajo, desde lo alto, los cuales todos morian despeñados, quebrados brazos y piernas, y hechos pedazos, porque el cú era muy alto; y otros los mismos españoles los arrojaban de lo alto del cú, y así todos cuantos allá habian subido de los mexicanos, murieron mala muerte.” Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 22.

(4) Entre otros véase á Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 9,—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 69.—Solís, muy circunstanciadamente como siempre. Conquista, lib. 4, cap. 16.

El primero de estos autores, pudo consultar algunas obras contemporáneas, como por ejemplo la Crónica de Ojeda que ahora no es fácil encontrar. Es extraño que un hecho tan extraordinario no hubiera sido referido por el mismo Cortés, á quien no puede acusarse de falta de puntualidad en la relacion de tales sucesos.

Historia de la conquista de México traducción de José M^o González de Echeverría de María del Mar Verdejo Segura
 mejores soldados, y casi todos los otros padecieron mas o menos en este deses-
 perado encuentro (5).

Dirigiéronse entonces los soldados victoriosos á los santuarios, cuyo primer piso era de piedra y los otros dos de madera. Entrando á ellos tuvieron la mortificación de encontrar, en el uno quitadas la imágen de la virgen y la cruz (6), mientras que en el otro, aun vieron la horrible figura de Huitzilopotchli con su ofrenda de corazones humanos humeando todavia, y manchados los muros con la sangre tal vez de sus compatriotas. Con gritos de triunfo los cristianos arrancaron de su nicho al espantable monstruo, y lo derribaron en tierra haciéndolo rodar por las escaleras del *teocalli* á presencia de los horrorizados aztecas, y poniendo despues fuego al detestable edificio, prontamente subieron las llamas á las delgadas torres, arrojando una fatal luz sobre la ciudad, lago y valle, hasta la mas remota choza de las montañas. Era la pira funeral del paganismo, y proclamaba la caída de aquella religion sanguinaria, que como una oscura nube habia estado suspensa sobre las hermosas regiones del Anáhuac (7).

Habiendo concluido esta buena obra, bajaron los españoles los tortuosos lados del *teocalli* con paso mas libre y seguro, como si conociesen que la bendición del cielo habia caído sobre sus armas. Pasaron por entre las espesas filas de los guerreros indios, que se hallaban en el atrio demasiado atemorizados por las terribes escenas que habian presenciado para oponer resistencia, y llegaron salvos á sus cuarteles. Aquella misma noche salieron de la fortaleza cuando la ciudad se hallaba sepultada en el sueño é incendiaron trescientas casas, siendo

(5) El capitan Diaz que algunas veces se muestra contrario á Cortés, es enfático en los elogios sobre el valor que mostró su gefe esta vez. „Aquí se mostró Cortés muy varon, como siempre lo fué. ¡O qué pelear, y fuerte batalla que aquí tuvimos! era cosa de notar vernos á todos corriendo sangre, y llenos de heridas, é mas de cuarenta soldados muertos.” (Hist. de la conquista, cap. 126). Las plumas de los antiguos historiadores guardan armonía con sus espadas, en la descripcion de esta brillante hazaña. Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, p. 138.—Gomara, Crónica, cap. 106.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 22.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 9.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4. cap. 69.

(6) El arzobispo Lorenzana es de opinion, que esta imágen de la virgen es la misma que se venera hoy en la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios. (Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 138, nota.) No dice el arzobispo de qué manera sobrevivió la virgen al saqueo de la ciudad, y cómo fué vuelta á sacar á luz, pero por lo mismo que es difícil de explicarlo, hay mas razon de considerarlo como un milagro.

(7) Ningun suceso de la guerra causó mas espanto á los mejicanos, que esta conflagracion del templo, en la cual parecia que los hombres blancos desafiaban al mismo tiempo el poder de los dioses y el del hombre. Frecuentemente se encontraban entre los nativos despues de la conquista, pinturas geroglíficas que recordaban minuciosamente este hecho. El capitan Diaz dice, que las que vió daban una idea tan completa de los heridos y muertos cristianos como los mismos hechos pudieran producir. (Ibid., ubi supra.) Era el único modo en que podian vengarse los vencidos.

Historia de la conquista de Méjico. Traducción de José M.^a González Echevarría. María del Mar Verdejo Segura

mas terribles los horrores de la conflagracion, por ser en una hora en que los aztecas segun su sistema de guerra estaban ménos preparados para ella (8).

Esperando Cortés encontrar el orgullo de los nativos algo humillado con estos reveses, determinó con su acostumbrada política proponerles bases ventajosas para una negociacion. Invitó pues al enemigo á un parlamento, y luego que se reunieron en la gran plaza los principales gefes con sus respectivas comitivas, subió á la torrecilla ocupada antes por Montezuma, é hizo señas de que queria hablarles. Marina se colocó como siempre, á su lado en clase de intérprete, y la multitud miraba con ansiosa curiosidad á la jóven india, cuyo influjo sobre los españoles, y particularmente sus relaciones con el general, hicieron que los aztecas le designaran con el nombre mejicano de Malinche (9). Hablando Cortés por la suave y armoniosa voz de su favorita, dijo á los mejicanos, que debian estar ya convencidos de que nada podian esperar de su oposicion á los españoles. Habian visto á sus dioses arrastrados por el polvo, destruidos sus altares, incendiados sus edificios y muertos sus guerreros. Todos estos males, continuó, os ha ocasionado vuestra rebelion. Y sin embargo, por el afecto que aun os profesa vuestro soberano, á quien habeis tratado indignamente, suspenderé gustoso las hostilidades si deponéis las armas y volveis á la obediencia. Pero si así no lo haceis," concluyó, „convertiré vuestra ciudad en un monton de cenizas, y no dejaré alma viviente que lllore sobre ellas."

Pero aun no conocia bien todavia el capitán español el carácter de los aztecas, si creyó intimidarlos con amenazas. Pacíficos en su exterior y tardos para obrar, era tanto mas difícil calmar su exaltacion cuando habian sido excitados una vez, y entonces, que habian sido conmovidos hasta lo mas íntimo, no habia voz humana que pudiera apaciguar la tempestad. Sin embargo, puede ser muy bien que no se hubiera equivocado Cortés tanto en cuanto al carácter del pueblo. Tal vez

(8) „Sequenti nocte, nostri erumpentes in una viarum arcis vicina, domos combussere tercentum: in altera plerasque e quibus arcis molestia fiebat. Ita nunc trucidando, nunc diruendo, et interdum vulnera recipiendo, in pontibus et in viis, diebus noctibusque multis laboratum est utrinque." (P. Mártir de Anglería, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 6.) Todos los escritores convienen en el número de acciones y en su resultado general, á saber, en las infructuosas victorias de los cristianos; pero ni aun están acordes en el tiempo, lugar, circunstancias y orden. ¿Cómo pues el historiador de nuestra época, podrá tejer una armoniosa tela de estos hilos diversos y de muchos colores?

(9) Este es el nombre con que aun es celebrada en las canciones populares de Méjico. ¿Llamóse á la famosa montaña Tlascalteca, sierra de Malinche, antiguamente „Mattalcueye," en honor de la jóven india? Este honor hubiera sido ciertamente bien merecido si se lo tributaron sus compatriotas adoptivos (a).

(a) Malinche es el nombre Malintzin que los mejicanos daban á Doña Marina, substituyendo á la r que no tenian en su alfabeto la l, cuya pronunciacion se le aproxima, y agregando la terminacion de honor *tzin*, de suerte que equivalia á Doña Marina ó la Señora Marina. Los españoles transformaron la terminacion *tzin* en *che*, pronunciándola mal, como hacian con otras palabras mejicanas.

conoció que un tono de autoridad era el único que podía tomar con alguna esperanza de cambiar su posición, en la que un lenguaje más moderado y conciliador, manifestando la convicción que tenía de la superioridad del enemigo, habría desconcertado indudablemente sus planes.

Era cierto, contestaron, que habían sido destruidos sus templos, abatidos sus dioses y muertos sus compatriotas. Muchos más sin duda habían de perecer bajo las terribles armas del español; pero ellos quedarían contentos entre tanto pudieran derramar la sangre de uno solo de los enemigos, por la de cada mil mejicanos (10). „Mirad,” continuaron diciendo, „nuestras azoteas y calles; vedlas pobladas aun de guerreros hasta donde puede alcanzar la vista. Apenas se minora nuestro número con las pérdidas sufridas, cuando el vuestro cada hora se disminuye. Vosotros pereceis de hambre y enfermedades. Están para acabarse vuestras provisiones y el agua, y pronto debeis caer en nuestras manos. Las puentes están levantadas y no podeis escapar (11). Pocos de vosotros dejarán de experimentar la venganza de nuestros dioses.” Cuando concluyeron, arrojaron sobre las murallas una lluvia de flechas, que obligó á los españoles á bajar y á refugiarse dentro de sus fortificaciones.

Este fiero é indomable espíritu de los aztecas llenó de temor á los sitiados. Todo lo que habían hecho y sufrido, los combates de día, las vigiliass de noche, los peligros que habían desafiado, y aun las victorias que habían ganado, de nada les servía. Era demasiado claro que no tenían ya el resorte de la antigua superstición que obraba en el corazón de los nativos, quienes como fieras que han roto las ligaduras que las aseguraban, parecían ensoberbecidos y triunfantes con el completo conocimiento de su fuerza. La noticia de la rotura de las puentes, sonó en el oído de los españoles como el toque de muerte; todo lo que habían oído era demasiado cierto, y mirábanse los unos á los otros con ansiedad y temor.

Siguieron las mismas consecuencias, que á veces tienen lugar en la tripulación de un buque que naufraga; perdióse la subordinación con la terrible perspectiva del peligro, y estalló el espíritu de rebelión, especialmente entre los soldados del ejército de Narvaez. Habían venido al país, no por motivo de ambición, sino atraídos simplemente por las brillantes descripciones de su opulencia, y habían esperado neciamente volver en pocos meses cargados con el oro del monarca azteca. ¡Cuán diferente había sido su suerte! Desde el momento que desembarcaron, solo habían encontrado trabajos y desastres, privaciones de todas clases, sufrimientos sin igual, y por fin, tenían á la vista un destino más terrible. Deploraban amargamente la hora en que habían dejado los ardientes campos de Cuba por estas regiones de caníbales; y maldecían de todo corazón su locura en

(10) Según Cortés, se vanagloriaron en estilo más altivo, de que podían morir veinticinco mil por uno, „á morir veinte y cinco mil de ellos, y uno de los nuestros.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 139.

(11) „Que todas las calzadas de las entradas de la ciudad eran deshechas, como de hecho pasaba.” Ibid. loc. cit.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.

prestarse al llamamiento de Velazquez, y aun mas, en seguir las banderas de Cortés (12).

Pidieron despues con exasperada vehemencia, ser puestos inmediatamente fuera de la ciudad, y rehusaron seguir defendiendo por mas tiempo un lugar donde estaban aprisionados como ovejas para ser arrastrados á la muerte. En todo esto contrastaban con el porte mas prudente y marcial de los veteranos de Cortés. Estos habian participado con su general de los dias de prosperidad, y no estaban dispuestos á abandonarle en la desgracia. Con una poca de reflexion, era muy obvio conocer que el único recurso en aquellas circunstancias, consistia en la subordinacion y union; y aun esta esperanza podia desaparecer bajo cualquiera otro gefe que no fuera el que entonces tenían.

Apretado pues por el enemigo fuera de la fortaleza, y por los sediciosos dentro de ella, no desmintió el general su carácter. Circunstancias tan alarmantes, que hubieran arredrado á un hombre comun, á él solo le estimularon á obrar con mas actividad y á poner en accion todos los arbitrios que le sugeria su genio. Reunia en sí lo que es muy raro, una singular serenidad y constancia en sus proyectos, con un espíritu de empresa que muy bien pudiera llamarse romanesco. No le abandonó entonces su presencia de ánimo. Meditó con calma sobre su situacion, y pesó las dificultades que le rodeaban ántes de tomar alguna resolucion. Ademas del peligro que ofrecia la retirada á vista de un enemigo vigilante y desesperado, era una terrible mortificacion evacuar una ciudad donde por tanto tiempo habia mandado como señor; abandonar los ricos tesoros que habia asegurado para sí y para los que le seguian; renunciar á los medios con que habia esperado conseguir el favor de sus soberanos y el perdon de su conducta irregular, que él conocia bien dependia del buen éxito. Huir entonces, era confesarse mas impotente que nunca para verificar la conquista. ¡Qué término tan triste para una carrera comenzada bajo tan buenos auspicios! ¡Qué contraste con sus doradas esperanzas! ¡Qué triunfo para sus enemigos! Quedaria completamente vengado el gobernador de Cuba.

Pero si tan tristes reflexiones ocupaban su mente, la idea de permanecer en aquella terrible posicion parecia aun mas desesperada (13). Disminuyéndose diariamente sus soldados en fuerzas y número; reducidas sus provisiones al extremo de que una pequeña racion de pan, era el sustento

(12) „Pues tambien quiero decir las maldiciones que los de Narvaez echaban á Cortés, y las palabras que decian, que renegaban de él, y de la tierra, y aun de Diego Velazquez, que acá los envió, que bien pacíficos estaban en sus casas en la Isla de Cuba, y estaban embelesados, y sin sentido.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, ubi supra.

(13) Sin embargo de esto, en la peticion ó carta de Veracruz dirigida por el ejército al emperador Carlos V despues de la conquista, expresamente se considera la importunidad de los soldados, como el principal motivo que indujo al general á abandonar la ciudad. Carta del ejército, MS.

Historia de la conquista de México Traducción de José M^o González de León y de María del Mar Verdejo Segura
concedido diariamente al soldado, para reponerse de sus extraordinarias fatigas (14), ampliándose cada día mas las brechas en sus débiles fortificaciones, y en fin, casi agotadas sus municiones, seria imposible defender ya la plaza, que solo hombrès de una constitucion de hierro y un ánimo como el de los españoles, podian haber defendido tan largo tiempo. El principal embarazo era el del tiempo y modo de evacuar la ciudad. El mejor camino parecia ser el de Tlacopan (Tacuba), pues la calzada que era la parte mas peligrosa, solo tenia por aquella parte dos millas de largo, y por lo mismo podian llegar los fugitivos á tierra firme mas pronto que por ninguna otra. Sin embargo, ántes de partir se propuso hacer una excursion por aquel rumbo á fin de reconocer el terreno, y distraer al mismo tiempo la atencion del enemigo, y ocultarle su verdadero plan con una apariencia de maniobras activas.

Por algunos días empleáronse sus operarios en construir unas máquinas de su propia invencion. Llamábanse mantas, y estaban en parte construidas bajo principios análogos á los de los parapetos portátiles, usados en la edad media, aunque eran mas complicadas, pues consistian en una torre de ligeras vigas y planchas de madera con dos pisos que habian de ocuparse por fusileros, y en ambos habia troneras por las cuales pudieran á cubierto hacer fuego al enemigo. La grande ventaja que se proponia sacar de estas máquinas, era la de proteger á los soldados contra las flechas y proyectiles que arrojaban de las azoteas. Eran tres estas máquinas; descansaban en rodillos, y con fuertes cordeles habian de arrastrarlas por las calles los auxiliares tlascaltecas (15).

Miraban con asombro los mejicanos estas fortalezas movibles, que avanzaban arrojando fuego y humo de sus entrañas, y viéndose incapaces de ofender á los que se ocultaban en ellas, retrocedieron despavoridos. Entre tanto, acercando las mantas á los muros de las casas, pudieron los españoles hacer un fuego certero á los indios que las flechaban de las azoteas, y cuando esto no era bastante para contenerlos, arrojando una escala ó un ligero puente

(14) „La hambre era tanta, que á los indios no se daba mas de una tortilla de racion, y á los castellanos cincuenta granos de maiz.” Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 9.

(15) Rel. seg. de Cortés en Lorenzana, p. 135.—Gomara, Crónica, cap. 106.

El Dr. Bird, en su pintoresco romance de „Calavar,” ha hecho muy buen uso de estas mantas, mejor ciertamente que el que puede permitirse al historiador. Reclama el privilegio del romancista, aunque no abusó de este privilegio, pues estudió con gran cuidado, las costumbres, maneras y usos militares de los nativos. Ha hecho por ellos lo que Cooper por las tribus salvajes del Norte; tocar sus ásperas facciones con los brillantes colores de una fantasía poética. Igualmente feliz ha sido en la descripcion del paisaje pintoresco del país. Si lo ha sido menos en intentar revivir el antiguo dialecto del caballero español, no nos debe sorprender. Nada es mas difícil que la diestra imitacion de un modelo antiguo; se requiere todo el ingenio y talento de Scott, para hacerlo de manera que el lector instruido no distinga la ficción.

levadizo que de la parte superior de la manta caía á la azotea, se proporcionaban paso para el terrado y podían combatir brazo á brazo con sus enemigos. Sin embargo no era tan fácil acercarse á los edificios altos, desde donde los guerreros indios arrojaban pesadas piedras y vigas, que destrababan los tablones de que se componían las máquinas, ó que chocando con fuerza contra sus lados, sacudían los frágiles edificios hasta sus fundamentos, amenazando con la muerte á todos los que estaban dentro. Además, eran ciertamente inútiles, cuando encontraban una acequia que impedía llevarlas adelante.

Entonces vieron los españoles demasiado confirmada la amenaza de sus enemigos. *Habían demolido el puente que atravesaba el camino; y aunque los canales que cortaban la ciudad, no eran en lo general de mucha anchura y profundidad, la falta de los puentes no solo impedía los movimientos de las pesadas máquinas, sino que enteramente desconcertaba los de la caballería.* Resolviendo Cortés abandonar las mantas, dió orden de cegar el primer canal que tenían que atravesar, con piedras, madera y otros escombros de los edificios arruinados, y abrir así un nuevo paso para el ejército. Mientras esto se hacía, los honderos y archeros aztecas colocados al lado opuesto hacían una fuerte descarga sobre los cristianos, que estaban indefensos por la clase de trabajo en que se ocupaban. Cuando concluyeron y hubo camino seguro, cargó bruscamente la caballería española sobre el enemigo, que incapaz de resistir el choque de aquella columna de acero, retrocedió con precipitación hasta donde otro canal les proporcionó una posición igualmente fuerte para defenderse (16).

No menos de siete canales cortaban la gran calle de Tlacopan (17), y en cada uno de ellos se repitió la misma escena, haciendo los mejicanos una valiente resistencia, y ocasionando algunas pérdidas á sus impávidos contrarios. Dos días consumiéronse en estas operaciones, al fin de los cuales, después de un increíble trabajo, tuvo el general español la satisfacción de ver completamente establecida una línea de comunicación en toda la extensión de la calle, y los principales puentes guardados por fuertes destacamentos de infantería. A esta sazón, y cuando había rechazado al enemigo hasta la extremidad de la calle donde ya seguía la calzada, se le avisó que los mejicanos, intimidados con los reveses que habían sufrido, deseaban entablar un parlamento para acordar los términos de una transacción, y que para este objeto le aguardaban los gefes en la fortaleza. Lleno de gozo con tales noticias, se

(16) Carta del ejército, MS.,—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 140.—Gomara, Crónica, cap. 109.

(17) Se equivoca Clavijero en llamar á esta la calle de Iztapalapan. (Stor. del Messico, tom. III, p. 129.) No era la calle por donde entraron los españoles, sino por la que dejaron la ciudad; y es exactamente denominada por Lorenzana, como la de Tlacopan ó mas bien de Tacuba, en cuyo nombre corrompieron aquel los españoles.

Véase la página 363 del primer tomo.

Historia de la conquista de Méjico traducción de José M^a González de Sotomayor y María del Mar Verdejo Segura
 dirigió inmediatamente allí acompañado de Alvarado, Sandoval y cerca de sesenta caballos.

Propusieronle los mejicanos que diera libertad á los dos sacerdotes hechos prisioneros en el templo, para que fueran conductores de los términos del convenio y sirvieran de agentes. Fueron pues enviados con las correspondientes instrucciones á sus compatriotas, pero ya no volvieron, pues todo habia sido un artificio del enemigo, ansioso de conseguir la libertad de los cabezas de su iglesia, uno de los que era su *teoteuctli* ó sumo sacerdote, cuya presencia era indispensable en el probable evento de una nueva coronacion.

Entre tanto, descansando Cortés en la esperanza de un pronto arreglo, estaba tomando con sus oficiales algun descanso de las fatigas del dia, cuando recibió la alarmante noticia de que estaba otra vez el enemigo sobre las armas con mas furia que nunca: que habia derrotado los destacamentos puestas al mando de Alvarado, en tres de los puentes, y se ocupaba empeñosamente en demoler estos. Avergonzado de la facilidad con que habia sido engañado por un enemigo astuto, ó mas bien por sus halagüeñas esperanzas, montó á caballo, y seguido de sus bravos compañeros, se dirigió con la mayor velocidad al lugar de la accion. Retrocedieron los mejicanos á consecuencia de la carga de los españoles: restauráronse los puentes, y á la cabeza de su caballería recorrió toda la gran calle, haciendo á punta de lanza, huir al enemigo como ciervos espantados; pero antes de que pudiera contramarchar, tuvo el disgusto de ver que el infatigable enemigo saliendo de las calles y encrucijadas, habia cargado otra vez sobre la infantería, que extenuada de fatiga, no podia mantener su posicion en uno de los principales puentes. Nuevas huestes acudían por todas partes, disparando sobre el pequeño destacamento de caballeros cristianos una tempestad de piedras, dardos y flechas, que sonaban como granizo en sus armaduras y en las de sus bien resguardados bridones. Muchos de los proyectiles se deslizaban sin hacer daño á las buenas armaduras de acero, ó á las acolchadas cotas de algodón, pero de cuando en cuando alguno mejor asestado penetraba las junturas de aquellas y arrojaba al caballero por tierra.

Fué mas grande la confusion cerca del puente roto. Algunos de los soldados cayeron en el canal, y sus caballos corrian espantados sin ginete que los dirigiera. En tal apuro hizo el mismo Cortés mas que otro ninguno, para proteger la retirada de los que le seguian. Mientras se reparaba el puente, se arrojó intrépidamente en medio de los bárbaros, derribando un enemigo á cada vuelta de su caballo, alentando á sus soldados y esparciendo el terror entre las filas de sus contrarios con su bien conocido grito de guerra. Nunca desplegó mayor valor, ó expuso mas su persona emulando, dice un antiguo escritor, las hazañas del romano Cocles (18). De esta manera contruvo el torrente impetuoso del enemigo, hasta que todos sus soldados atravesaron el

(18) Oviedo compara á su héroe con aquel guerrero romano, de quien dice Ma-caulay en su animado romance:

puede, y entonces habiéndose hundido algunos tablones, se vió obligado para salvarse, á saltar un canal de seis piés de ancho, en medio de una nube de flechas (19). Corrió entre el ejército la voz de que habia muerto el general. Luego se supo en la ciudad con gran gozo de los mejicanos y llegó á la fortaleza, donde los sitiados se llenaron de la mayor consternacion; afortunadamente para ellos era falso. Habia, es verdad, recibido dos contusiones en la rodilla, pero por lo demas estaba ileso. Sin embargo, nunca se habia visto en mayor peligro, y su salvacion, así como la de sus compañeros, se estimó en poco menos que un milagro. Más de un grave historiador atribuye la conservacion de los españoles al vigilante cuidado de su patron el apóstol Santiago, que en estos desesperados conflictos veíase pelear en su caballo blanco como la nieve, á la cabeza de los escuadrones cristianos, despidiendo relámpagos su espada, al mismo tiempo que se vió claramente á su lado una muger vestida de blanco, que se suponía ser la Virgen, arrojando polvo á los ojos de los infieles. Este hecho está atestiguado, así por los españoles, como por los mejicanos; por estos despues de su conversion al cristianismo, y ciertamente nunca hubo ocasion en que fuera mas necesaria la proteccion de su santo tutelar (20).

„Que cuidó tan bien al puente en los famosos tiempos de la antigüedad.”

„Muy digno es Cortés que se compare este fecho suyo desta jornada al de Oracio Cocles, que se tocó de suso, porque con su esfuerzo é lanza sola dió tanto lugar, que los caballos pudieran pasar, é hizo desembarazar la puente é pasó, á pesar de los enemigos, aunque con harto trabajo.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.

(19) Fué un salto extraordinario para un caballero montado y armado; pero la asercion del general mismo al emperador, (Rel. seg., en Lorenza, p. 142,) está completamente confirmada por Oviedo, quien nos dice que lo supo de varios de los que se hallaron presentes.

„Y segun lo que yo he entendido de algunos que presentes se hallaron, demas de la resistencia de aquellos, habia de la una parte á la otra casi un estado de saltar con el caballo, sin le faltar muchas pedradas de diversas partes é manos, é por ir él, é su caballo bien armados no los hirieron; pero no dejó de quedar atormentado de los golpes que le dieron.” Hist. de las Ind., MS., ubi supra.

(20) Verdaderamente, „dignus vindice nodus” la intervencion de la caballería celestial en estas ocasiones, está testificada de la manera mas positiva por muchas respetables autoridades. Es edificante observar el combate que tenia lugar en la mente de Oviedo, entre lo que le dictaba su buen sentido y suma instruccion, con lo que le influia la supersticion de la época. Era un desigual combate con penosas ventajas contra el primero en el siglo XVI. Cito el pasaje como característico de la época. „Afirman que se vido el apóstol Santiago á caballo peleando sobre un caballo blanco en favor de los cristianos; é decian los indios que el caballo con los piés y manos é con la boca mataba muchos dellos, de forma, que en poco discurso de tiempo no pareció indio, é reposaron los cristianos lo restante de aquel dia. Ya sé que los incrédulos ó poco devotos dirán, que mi ocupacion en esto destos milagros, pues no

La llegada de la noche dispersó los batallones indios, que desapareciendo del campo como aves de mal agüero, dejaron el bien disputado paso en posesión de los españoles. Volvieron, sin embargo, á la ciudadela, no con aire de vencedores, sino con lento y pausado paso, con las armas rotas, con las armaduras despedazadas, y desfallecidos por la pérdida de sangre, hambre y fatigas. En este estado tuvieron que recibir todavía noticias de una nueva desgracia con la muerte de Montezuma (21).

Habíase agravado mucho el monarca indio desde que habia sido herido, cediendo, tanto al peso de su angustiado espíritu, como al de la enfermedad. Continuó en el mismo desesperado estado de insensibilidad, de que ya se ha hablado, comunicándose poco con los que le rodeaban, sordo á los consuelos de sus súbditos, y rehusando obstinadamente las medicinas y alimentos. Conociendo algunos de los caballeros que se hallaban en la fortaleza, quienes por la bondad de su carácter le eran adictos, que se acercaba su fin, deseaban con ansia salvar el alma del moribundo príncipe del terrible destino de los que mueren en las tinieblas de la incredulidad. Con este objeto se dirigieron á su aposento, acompañados del padre Olmedo, y con el mayor encarecimiento le rogaron abjurara el error de su creencia y consintiera en ser bautizado; pero Montezuma, no obstante lo que se ha dicho en contrario, parece que nunca faltó á la fe de sus mayores ni puede considerársele como apóstata, pues ciertamente merece ese nombre en su mas odiosa acepción aquel, que cristiano ó pagano, renuncia su religion sin estar convencido de la falsedad de ella (22). Lejos de esto, una ciega confianza en sus oráculos le

creer; pues que los gentiles é sin fé, é idólatras escriben, que ovo grandes misterios é milagros en sus tiempos, é aquellos sabemos que eran causados é fechos por el Diablo, pues mas fácil cosa es á Dios é á la inmaculada Virgen Nuestra Señora é al glorioso apóstol Santiago, é á los santos é amigos de Jesucristo hacer esos milagros, que de suso están dichos, é otros mayores," Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

(21) „Multi restiterunt lapidibus et iaculis confossi, fuit et Cortesius graviter percussus, pauci evaserunt incolumes, et hi adeó languidi, ut neque lacertos erigere quirent. Postquam vero se in arcem receperunt, non commodè satis conditas dapes, quibus reficerentur, invenerunt, nec fortè asperi malicii panis bucellas, aut aquam potabilem, de vino aut carnibus sublata erat cura." (Mártir, De Orbe Novo, déc. 5, cap. 6.) Véase tambien acerca de esta terrible batalla á Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 13,—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 140—142,—Carta del ejército, MS.,—Gonzalo de las Casas, Defensa, MS., Part. 1, cap. 26,—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 9 y 10,—Gomara, Crónica, cap. 107.

(22) Este concepto ha sido expresado con una singular energía, en los siguientes versos de Voltaire.

„Mais renoncer aux dieux que l'on croit dans son cœur,
C'est le crime d'un lâche, et non pas une erreur;
C'est trahir à la fois, sous un masque hypocrite,
Et le dieu qu'on préfère, et le dieu que l'on quitte:
C'est mentir au Ciel même, à l'univers, à soi."

hizo entregarse incautamente en manos de los españoles. El trato que tuvo con ellos no había sin duda excitádole el deseo de abrazar su religion; y ademas podia considerar las calamidades de su pais como enviadas por los dioses en castigo de la hospitalidad concedida á aquellos que habian profanado y destruido sus santuarios (23).

Por lo mismo, cuando el padre Olmedo arrodillándose á su lado con el crucifijo en las manos le rogaba que abrazase el signo de la redencion, rechazándole friamente, exclamó: „pocos momentos me restan de vida, y no abandonaré en este trance la fe de mis padres” (24). Una cosa no obstante parecia pesar fuertemente en el ánimo de Montezuma; el destino de sus hijos, especialmente de tres hijas que habia tenido en sus dos mujeres, pues habia ciertos ritos matrimoniales que distinguian á la mujer legítima de la concubina. Llamando á Cortés á su lecho de muerte recomendó encarecidamente á su cuidado estas hijas, como las joyas mas preciosas que podia dejarle. Suplicóle so interesase en favor de ellas con su señor el emperador, y procurase que no se les dejara abandonadas, sino que se les concediera una parte de su herencia legítima. „Vuestro soberano hará esto,” concluyó, „aunque sea solo por los oficios amistosos que he prestado á los españoles, y por el amor que les he mostrado, no obstante que eso me ha reducido á tan triste situacion, aunque no por

(23) El convertido tlascalteca Camargo, supo de varios de los conquistadores, que por deseo de Montezuma fué bautizado en los últimos momentos de su vida, y que Cortés y Alvarado fueron sus padrinos. „Muchos afirman de los conquistadores que yo conocí, que estando en el artículo de la muerte, pidió agua de bautismo é que fué bautizado y murió cristiano, aunque en esto hay grandes dudas y diferentes pareceres; mas como digo que de personas fidedignas conquistadores de los primeros desta tierra de quien fuimos informados, supimos que murió bautizado y cristiano, é que fueron sus padrinos del bautismo Fernando Cortés y Don Pedro de Alvarado.” (Hist. de Tlascala, MS.) Segun Gomara, deseaba el monarca mejicano ser bautizado antes de la llegada de Narvaez, y se difirió la ceremonia hasta la pascua de Resurreccion, para que pudiera efectuarse con mayor pompa; pero olvidóse con la precipitacion y confusion de las escenas subsiguientes, y murió sin que se le hubiera borrado la negra mancha de la infidelidad. (Crónica, cap. 107.) Torquemada, que no puede acusarse de pirrónico en lo que concierne á la fe, desecha estos cuentos que no son combinables con el silencio de Cortés y Alvarado, quienes hubieran divulgado un acontecimiento que en vano habian deseado tanto tiempo. (Monarqu. ind., lib. 4, cap. 70.) La critica del padre está fuertemente apoyada con el hecho de que ninguna de las antecedentes relaciones se halla corroborada por escritores de autoridad, y si están contradichas por varios, por la tradicion popular, y puede tambien decirse la una por la otra.

(24) „Respondió, que por la media hora que le quedaba de vida, no se queria apartar de la religion de sus padres.” (Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 10.) “Ya he dicho,” dice Diaz, „la tristeza que todos nosotros hubimos por ello, y aun al frayle de la Merced, que siempre estaba con él, y no le pudo atraer á que se volviese cristiano.” Hist. de la conquista, cap. 127.

esto les proveyó mala voluntad (25). Tales fueron, según el mismo Cortés, las palabras del moribundo monarca. No mucho despues, el 30 de junio de 1520 (26), espiró en los brazos de algunos nobles que permanecieron fieles á su servicio. „Así,” exclama un historiador tlascalteca, enemigo suyo; „así murió el infortunado Montezuma, que habia empuñado el cetro con tan consumada política y sabiduría; que era mas reverenciado y temido que cualquiera otro príncipe de su linaje ó de los otros que habian sentádose en el trono de este mundo occidental. Con él puede decirse que terminó la línea de los reyes aztecas, y que se extinguió la gloria del imperio que bajo su gobierno habia llegado al apogeo de su prosperidad” (27). „Recibieron la noticia de su muerte,” dice el antiguo historiador castellano Diaz, „con verdadero sentimiento los caballeros y soldados que le habian tratado personalmente, pues todos le amaban como padre; lo que no debe admirar considerando que era tan bueno (28).” Este sencillo pero irrefragable testimonio dado en aquel tiempo, es la mejor refutacion de las sospechas alguna vez concebidas respecto á la fidelidad del monarca para con los cristianos (29).

(25) „Aunque no le pesaba de ello;” pero esto seria demasiado decir para un hombre, y es probable que el lenguaje del príncipe indio sufriera algun cambio al ser trasladado por la interpretacion de Marina. El lector español encontrará la conversacion original segun la refiere Cortés, en el célebre documento que se copia en el Apéndice, parte segunda, núm. 2. Añade el general, que cumplió fielmente con la peticion de Montezuma, recibiendo á sus hijas despues de la conquista en su familia, y que segun los deseos de su padre, fueron bautizadas é instruidas en la doctrina cristiana. Casáronse despues con hidalgos castellanos, y les señaló el gobierno muy regulares dotes. Véase la nota 36 de este capítulo.

(26) Adopto la cronología de Clavijero, que no puede distar mucho de la verdad. (Stor. del Messico, tom. III, p. 131.) Con todo, hay razones para suponer que debió morir un dia antes por lo menos.

(27) „De suerte que le tiraron una pedrada con una honda y le dieron en la cabeza, de que vino á morir el desdichado rey; habiendo gobernado este Nuevo Mundo con la mayor prudencia y gobierno que se puede imaginar, siendo el mas tenido y reverenciado y adorado Señor que en el mundo ha habido, y en su linaje, como es cosa pública y notoria en toda la máquina de este Nuevo Mundo, donde con la muerte de tan gran Señor se acabaron los reyes culhuaques mexicanos, y todo su poder y mando, estando en la mayor felicidad de su monarquía; y así no hay de que fiar en las cosas desta vida sino en solo Dios.” Hist. de Tlascala, MS.

(28) „Y Cortés lloró por él, y todos nuestros capitanes y soldados: é hombres hubo entre nosotros de los que le conociamos, y tratábamos, que tan llorado fué, como si fuera nuestro padre, y no nos hemos de maravillar dello, viendo que tan bueno era.” Hist. de la conquista, cap. 126.

(29) „Amaba á los cristianos,” dice Herrera, „segun puede juzgarse de las apariencias.” (Hist. general, déc. 2, lib. 10. cap. 10.) „Dícese,” observa el capellan del general, „que Montezuma, aunque instado muchas veces, nunca consintió en la muerte de un solo español, ni en injuriar á Cortés á quien amaba extraordinariamen-

No es fácil trazar el retrato de Montezuma con sus verdaderos colores, pues se nos ha trasmitido bajo dos aspectos los mas opuestos y contradictorios. En los informes que tomaron los españoles cuando llegaron al país era uniformemente representado como valiente y guerrero, poco escrupuloso en cuanto á los medios de satisfacer su ambicion, doble y pérfido, terror de sus enemigos, y de un altivo porte que lo hacia temible aun á su mismo pueblo. Los castellanos lo pintan por el contrario, no solo afable y bondadoso, sino dispuesto á ceder todas las ventajas de su posicion, y á colocarlos á ellos en un estado igual al suyo haciendo sus deseos ley; amable en su trato hasta el afeminamiento, y constante en su amistad cuando toda la nacion habia tomado las armas contra ellos; y estos rasgos tan contradictorios están dibujados con bastante verdad, y deben explicarse por las extraordinarias circunstancias de su posicion.

Cuando subió Montezuma al trono, apenas contaba veintitres años de edad. Joven y ambicioso, se ocupaba continuamente en la guerra, y dícese que se halló en nueve combates personales (30). Era muy famoso por sus hazañas, pues pertenecia al *Quachictin*, órden militar la mas distinguida de su nacion, y en la que aun pocos de los mismos soberanos habian sido admitidos (31). Mas entrado en edad, prefirió la intriga á la violencia, por ser mas conforme á su carácter y á su educacion sacerdotal. Era

te; pero hay algunos que disputan esto." (Gomara, Crónica, cap. 107.) D. Juan Cano aseguró á Oviedo, que durante todas las contiendas de los españoles con los mejicanos, así en la ausencia de Cortés, como despues de su vuelta, hizo el emperador todo lo posible para abastecer el campo de provisiones. (Véase el Apéndice, parte segunda, núm. 11.) Finalmente, el mismo Cortés en el instrumento á que se ha aludido, datado seis años despues de la muerte de Montezuma, da un testimonio claro de la buena disposicion que mostró hácia los españoles, y en particular le excusa de haber tenido parte en el último levantamiento, el cual dice el conquistador, habia confiado en sofocar con su ayuda. (Véase el Apéndice, parte segunda, núm. 12.)

Los historiadores españoles, en lo general, no obstante una que otra duda en cuanto á la buena fe de aquel monarca respecto de los cristianos, mencionan de una manera honrosa muchas de sus excelentes cualidades. Pero Solís, el mas eminente de todos, concluye la narracion de su muerte con las siguientes palabras: „empleó sus últimas horas en respirar venganza y proferir maldiciones contra su pueblo, hasta que entregó su alma á Satán con quien se habia comunicado frecuentemente en vida." (Conquista de Méjico, lib. 4, cap. 15.) Afortunadamente, el historiador de los indios podia saber tan poco respecto de la suerte de Montezuma en el otro mundo, como parece que supo de la que tuvo en este. ¿Fue preocupacion, ó el deseo de hacer brillar mas el carácter de su héroe, lo que le hizo obscurecer tan inmerecidamente el de su rival indio?

(30) „Dícen que venció nueve batallas, y otros nueve campos, en desafío uno á uno." Gomara Crónica, cap. 107.

(31) Las pinturas aztecas muestran, segun Clavijero, que uno solo de sus prede-

en esto tan grande y tan consumado como cualquier príncipe de su época, y por medios no muy honrosos, consiguió usurpar una gran parte del territorio de su real pariente el señor de Tezcuco. Severo en la administración de justicia, hizo reformas importantes en el arreglo de los tribunales. Introdujo algunas innovaciones en la servidumbre real, creando nuevos empleos, estableciendo una pródiga magnificencia, y una etiqueta cortesana desconocida á sus mas sencillos predecesores. Era, en una palabra, muy celoso de todo lo que concernia al brillo exterior y pompa de la magestad real (32). Cuidaba de hacer respetar su dignidad; y puede decirse que entre los bárbaros potentados del Nuevo Mundo, era tan afecto á ostentar la magestad, como Luis XIV entre los príncipes civilizados de Europa.

También estaba profundamente imbuido en aquel espíritu de preocupacion que obscureció los últimos dias del monarca frances. Recibió á los españoles como á seres anunciados por los oráculos, y el pánico temor con que habia evadido su ofrecida visita, se fundaba en la misma creencia que tan ciegamente le condujo á someterse á ellos despues de su llegada. Se conoció dominado por su genio superior. De un golpe concedióles todo lo que pedian; sus tesoros, su poder y aun su persona misma: en su obsequio abandonó sus ordinarias ocupaciones, sus placeres, sus hábitos mas familiares. Puede decirse que perdió su naturaleza, y como sus súbditos aseguraron cambió de sexo y se convirtió en mujer. Si no podemos menos de despreciar la pusilanimidad del monarca azteca, debemos tambien disculparle considerando que ella dimanaba de su supersticion, y que ésta en el salvaje es el sustituto de los principios religiosos del hombre civilizado.

No es fácil reflexionar sobre la suerte de Montezuma sin sentir una fuerte compasion hácia él. Verle nacer para presenciar el curso de acontecimientos que no podía evitar ni contrarestar: considerarle como un elevado árbol, gloria de sus nativas selvas, que descollando sobre los demas por la pompa y magestad de su follaje, era el blanco del rayo por su misma elevacion, y la primera víctima de la tempestad que iba á tronar sobre las montañas que le vieron nacer. Cuando el sabio rey de Tezcuco arengó á su real pariente en la ceremonia de la coronacion, dijo: „¡feliz imperio, que está ahora en la cumbre de su prosperidad, pues ha empuñado el cetro un príncipe á quien protege el Todopoderoso, y las naciones reverencian!” (33). ¡Ah! ¡el objeto de estas felices predicciones vivió para ver desbaratarse su imperio como la nieve del invierno.

cesores, Tizoc, perteneció á esta órden de caballería. Stor. del Messico, tom. II, p. 140.

(32) „Era mas cauteloso, y ardidoso, que valeroso. En las armas, y modo de su gobierno, fué muy justiciero; en las cosas tocantes á ser estimado y tenido en su dignidad y magestad real de condicion muy severo, aunque cuerdo y gracioso.” Ixtlil-xochitl, Hist. chich., MS., cap. 88.

(33) Torquemada trae todo el discurso. Monarqu. ind., lib. 4, cap. 68.

no: para ver en su patria una nacion extraña que parecia llovida del cielo; para verse prisionero en el palacio de sus padres y ser compañero de los enemigos de sus dioses y su pueblo: para ser insultado, despreciado y abatido hasta el polvo por el mas humilde de sus súbditos, por aquellos mismos que pocos meses antes habian temblado á su vista: para exhalar su último aliento en medio de extranjeros; para hallarse solo, expulso, y abandonado en el centro de su capital! ¡Era la triste víctima del destino; de un destino tan funesto é irresistible, como el que describen los fabulosos romances de la antigüedad! (34).

Tenia Montezuma á la época de su muerte cuarenta y un años, de los cuales habia reinado diez y ocho. Su persona y modales han sido ya descritos. Dejó de sus varias mujeres una numerosa descendencia, cuya mayor parte habiendo perdido su consideracion despues de la conquista, cayó en la oscuridad, y se confundió en la masa de la poblacion india (35). Sin embargo, dos de estos descendientes, un hijo y una hija que abrazaron el cristianismo, fueron los fundadores de nobles casas de España (36). El gobierno, queriendo mostrarles su gratitud por el dilatado imperio que habia obtenido de su progenitor, les concedió extensos dominios é importantes honores heredita-

- (34) Los esfuerzos de los hombres son mas débiles que el hado:
¿Quién es, pues, quién dirige al hado?
Las parcas de tres figuras y las furias que nunca olvidan;
Y, ¿acaso Jupiter es mas débil que estas?
Ciertamente no evitará los decretos del hado.

ÆSCHYL, Prometh., v. 514-518.

(35) El señor Calderon de la Barca, ministro español que fué en Méjico, me ha asegurado haber pasado mas de una vez por una habitacion india, donde los indígenas que le acompañaban hacian una reverencia, diciendo que era ocupada por un descendiente de Montezuma.

(36) Este hijo bautizado con el nombre de Pedro, descendia de una de sus concubinas. Tuvo Montezuma dos mujeres legítimas. De la primera de ellas llamada *Tezalco*, tuvo un hijo que pereció en la huida de Méjico, y una hija llamada *Teuichpo*, que abrazó el cristianismo y recibió el nombre de Isabel. Casó siendo muy jóven con su primo Guatemotzin, y le sobrevivió bastante tiempo para dar su mano á tres castellanos, todos de familias distinguidas. De dos de estos, D. Pedro Gallego y D. Juan Cano, descienden las ilustres familias de Andrade y Cano Montezuma.

De su segunda mujer la princesa Acatlan, dejó dos hijas llamadas despues de su conversion Maria y Leonor. La primera murió sin sucesion. Doña Leonor casó con un caballero español, Cristóbal de Valderrama, de quien desciende la familia de los Sotelos de Montezuma. Ignoro á cuál de estas ramas pertenecen los condes de Miravalle de quien habla Humboldt, (Essai Politique, tom. II, p. 73, nota.)

Una minuciosa relacion de la real genealogía, se encuentra en un memorial en que reclaman los nietos de Montezuma ciertas propiedades por herencia de sus respectivas madres. Este documento que no tiene fecha, se halla entre los MSS. de Muñoz.

rios; y los condes de Montezuma y Tula, enlazándose con la sangre mas distinguida de Castilla, dan á conocer con sus nombres y títulos su ilustre descendencia de la dinastía real de Méjico (37).

Fatal fué á los españoles la muerte de Montezuma. Mientras vivió, tenían en sus manos una prenda preciosa de que en los últimos extremos podian sacar provecho; muerto, quedó roto el último vínculo que los ligaba con los nativos. Fuera de estos graves motivos de propio interes, Cortés y sus oficiales sintieron la muerte del monarca por consideraciones personales, y cuando miraran los frios restos del infortunado príncipe, debian sentir un pesar al comparar su última halagüeña posicion, con aquella á que la amistad por ellos le habia reducido.

Mostró el comandante español todo el respeto debido á su memoria. Cubierto su cuerpo con las vestiduras reales, fué colocado decentemente en un féretro y llevado por los nobles á sus súbditos. Ignórase qué honores se le tributaron, si algunos se le hicieron. Unos gritos lastimosos que se oyeron claramente en la parte occidental de la capital, fueron interpretados por los españoles como gemidos de la procesion fúnebre que iba á colocar el cadáver entre los de sus antecesores, bajo las bóvedas régias de Chapultepec (38). Otros aseguran que fué llevado á un cementerio situado en la ciudad de Copalco, y que allí se le sepultó con las acostumbradas solemnidades y muestras de sentimiento de parte de los nobles; pero no sin algunos indignos insultos del populacho (39). Sea de esto lo que fuere, ocupados los mejicanos con las tristes escenas en que estaban comprometidos, probablemente borra-

(37) Es interesante saber, que un descendiente del emperador azteca, D. José Sarmiento Valladares, conde de Montezuma, gobernó como virey desde el año de 1697 al de 1701, los dominios de su bárbaro antecesor. (Humboldt, Essai Politique, tom. II, p. 93, nota.) Solís habla de esta noble casa, cuyos individuos son grandes de España, y han mezclado su sangre con la de los Guzmanes y los Mendozas. Clavijero ha formado el árbol genealógico desde Iohualicahua hijo del emperador, ó D. Pedro Montezuma, como fué llamado despues del bautismo, hasta fines del siglo diez y ocho. (Véase á Solís, conquista, lib. 4, cap. 15; y á Clavijero, Stor. del Messico, tom. 1, p. 302, y tom. III, p. 132.) El último de esta línea de quien he podido obtener algunas noticias, murió no hace mucho tiempo en este pais. (Los Estados-Unidos.) Era muy rico, pues tenia grandes posesiones en España; pero parece que no muy discreto. A los setenta años ó mas de edad, pasó á Méjico con la buena esperanza de que la nacion por respeto á su nacimiento le colocaria en el trono de sus antecesores, tan recientemente ocupado por el presuntuoso Iturbide; pero la moderna Méjico, con todo su odio á los antiguos españoles, no mostró respeto alguno á la sangre real de los aztecas. El desgraciado noble se retiró á Nueva Orleans, donde poco despues se suicidó, no por ambicion, si es cierto lo que se dice, sino por un amor no correspondido.

(38) Gomara, Crónica, cap. 107. — Herrera, Hist. General, déc. 2, lib. 10, cap. 10.

(39) Torquemada, Monarquía ind. lib. 4, cap. 7.

ron pronto de su memoria al monarca, que no habia tomado parte en sus últimos movimientos patrióticos, y no es extraño que aun el mismo recuerdo de su sepulcro se perdiera en la terrible catástrofe que despues envolvió en ruinas á la ciudad.

NOTA. El virey D. José Sarmiento de Valladares, no fué descendiente del emperador Montezuma como asienta el Sr. Prescott en la nota número 37 de este capítulo, sino que estuvo casado con la señora Doña María Gerónima Montezuma, tercera condesa de Montezuma y cuarta nieta del emperador de este nombre.

Doña Isabel Montezuma, aunque estuvo casada con el emperador Cuauhtemotzin, fué en tan corta edad que no cohabitó con él. Casóse despues con Alonso de Grado, uno de los mas distinguidos de los conquistadores, de quien no tuvo hijos. En seguida estuvo casada sucesivamente con Pedro Gallego, Juan Cano y Juan Andrade: los descendientes de este último vinieron á reunirse con la casa de los condes de Miravalle, y disfrutaban la pension de tres mil pesos anuales, que les fué concedida por el rey D. Felipe II por real cédula expedida á fines del siglo XVI, que se halla en los autos que se siguieron en la corte suprema de justicia sobre la herencia de dicha pension. A los descendientes de aquella princesa por su casamiento con Cano, tambien se les concedió una pension sobre el ramo de tributos, y una y otra se pagan en la tesorería general.

El general D. Miguel Barragan, que tomó el castillo de San Juan de Ulúa y fué presidente interino de la república, estuvo casado con una de las hijas del último conde de Miravalle, y por este enlace la sangre de Montezuma volvió á ocupar el primer puesto de la nacion, como habia sucedido antes por el casamiento con D. José Sarmiento Valladares, que tuvo el título de Duque de Atlixco.

CAPITULO III.

JUNTA DE GUERRA.—LOS ESPAÑOLES SALEN DE LA CIUDAD.—NOCHE TRISTE.—TERRIBLE MATANZA.—HACEN ALTO EN LA NOCHE.—PERDIDA QUE TUVIERON.

No habia ya que disputar sobre la necesidad de salir de la capital, y solo se dudaba del momento oportuno de hacerlo, y del camino por donde se habia de efectuar; por lo que convocó el general una junta de oficiales con el fin de deliberar sobre esta materia. Era su objeto retirarse á Tlascala, y arreglar en aquella capital, con presencia de las circunstancias, sus futuras operaciones. Despues de alguna discusion, acordaron los españoles dejar la ciudad por la calzada de Tlacopan, porque aunque ella ciertamente los llevaria por un camino mucho mas largo que cualquiera de los dos por donde habian entrado á la capital, por esa misma razon era probable que estuviera menos resguardada, y siendo por otra parte mas corta que las otras, pronto llegaria el ejército al continente y se pondria en salvo, comparativamente hablando.

Habia alguna diferencia de opiniones con respecto á la hora de la partida. Unos sostenian que era preferible emprenderla de dia, pues de esta manera podian conocer y precaver el peligro que les amenazara. Probablemente la oscuridad serviria para embarazar sus movimientos mucho mas que los del enemigo, quien conocia bien el terreno, y ademas mil obstáculos podian ocurrir en la noche que les impedirian obrar de acuerdo, ú obedecer y aun cerciorarse de las órdenes del general. Otros replicaban que la noche presentaba muchas ventajas notorias, combatiendo con un enemigo que pocas veces peleaba concluido el dia. Los últimos movimientos de los españoles habian adormecido la vigilancia de los mejicanos, y no era probable que esperaran la pronta partida de sus enemigos. Con actividad y precaucion, podian pues, lograr salir de la capital y pasar la calzada antes de que se advirtiera su retirada, y salvando aquel paso peligroso, poco temor debian tener por lo demas.

Dícese que este parecer tuvo el apoyo de un soldado llamado Botello, que profesaba la ciencia misteriosa de la astrología judiciaria. Habia ganado mucho crédito en el ejército por algunas predicciones que habian resultado ciertas; predicciones que casualmente se habian realizado, y que entre la crédula multitud pasaban por cálculos científicos (1). Este hombre recomendó

(1) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

Predijo el astrólogo que habia de sufrir Cortés las mayores penalidades y que despues disfrutaria grandes honores y fortuna. (Bernal Diaz, Hist. de la conquista,

que se evacuara la ciudad por la noche, como la hora mas propicia aunque para él seria aciaga. Los sucesos probaron que el astrólogo conocia mejor su horóscopo que el de los otros (2).

Es muy posible que la prediccion de Botello, acabase de decidir á Cortés, pues la supersticion era un rasgo característico de aquella época, y el general español tenia, como hemos visto, una gran dosis de ella. Ademas, las desgracias disponen el ánimo á creer lo maravilloso; y es tambien muy probable que hallando conforme la opinion del astrólogo con la suya, usara de ella para persuadir á sus soldados, é inspirarles confianza. En fin, determinóse dejar la ciudad aquella misma noche.

El primer cuidado del general, fué procurar el seguro transporte del tesoro. Muchos de los soldados habian, segun se ha dicho, convertido la porcion que les tocó del botin en cadenas de oro, collares y otras alhajas que fácilmente podian llevar consigo. Pero el real quinto, el de Cortés, y una gran parte del rico botin de los oficiales, se habia reducido á barras y tejos de oro macizo y depositado en uno de los salones mas seguros del palacio. Entregó Cortés la perteneciente á la corona á los empleados reales, dándoles uno de los mejores caballos, y una guardia de soldados castellanos para trasportarla (3). No obstante esto, gran parte del tesoro real y de la de los particulares fué necesariamente abandonada por falta de medios cómodos de conduccion; viéndose por lo mismo tendido el metal por el suelo en deslumbrantes montones que excitaban la avaricia de los soldados. „Tomad lo que querais,” díjoles Cortés: „mejor es que vos lo disfruteis, y no estos perros mejicanos (4); pero cuidad de no cargaros con mucho peso, pues en la oscuridad de la noche ca-

cap. 128.) Se mostró tan experto en su arte como la sibila de las Indias occidentales que auguró el destino de la desgraciada Josefina.

(2) „Pues al astrólogo Botello no le aprovechó su astrología, que tambien allí murió.” Ibid., ubi supra.

(3) Se ha escrito con variedad respecto del lugar en que iba el tesoro, aunque todos convienen en cuanto á su último destino. El general mismo no se escapó de la mas infundada imputacion por parte de sus enemigos, de negligencia y aun peculado. La relacion hecha en el texto está comprobada con la declaracion jurada de los hombres mas respetables de la expedicion, segun se ve en el documento á que tantas veces se ha hecho alusion. „Hizo sacar el oro é joyas de sus Altezas, é le dió é entregó á los otros oficiales Alcaldes é Regidores, é les dixo á la sazón que así se lo entregó, que todos viesen el mejor modo é manera que habia para lo poder salvar, que él allí estaba para por su parte hacer lo que fuese posible é poner su persona á qualquier trance é riesgo que sobre lo salvar le viniese. . . . El cual les dió para ello una muy buena yegua, é quatro ó cinco Españoles de mucha confianza, á quien se encargó la dicha yegua cargada con el otro oro.” Pobranza á pedimento de Juan de Lexalde.

(4) „Desde aquí se lo doi, como se ha de quedar aquí perdido entre estos perros.” Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 128.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib.

Historia de la conquista de Méjico de José M^o González de León y Velazquez de la Mar Verdejo Segura.
mina mas seguro el que va mas ligero. Los antiguos veteranos de Cortés, cautos y prevenidos siguieron su consejo, tomando algunas cosas de poco peso, aunque probablemente de mayor valor (5); pero las tropas de Narvaez anhelando riquezas de que tanto habian oido hablar, y de que tan poco habian visto hasta entonces, no mostraron tal discrecion. Parecíales que todas las minas de Méjico se les habian abierto, y echándose sobre el rico despojo, no solo tomaron lo que fácilmente podian llevar sobre su persona, sino todo lo que pudieron acomodar en sus mochilas, maletas ó cualquiera otro medio de transporte que pudieron proporcionarse (6).

Luego dispuso Cortés el órden de la marcha. Formaban la vanguardia doscientos infantes españoles, que puso al mando del valiente Gonzalo de Sandoval, sostenido por Diego de Ordaz, Francisco de Lujo y cerca de veinte caballos. La retaguardia que se componia del resto de la infantería, fué confiada á Pedro de Alvarado y á Velazquez de Leon. El general se encargó del centro, en el cual ibán los equipajes y algunos cañones de grueso calibre, aunque la mayor parte de ellos quedó en la retaguardia, el tesoro y los prisioneros. Eran estos un hijo y dos hijas de Montezuma, el depuesto señor de Tezcuco, Cacama, y otros varios nobles á quienes Cortés conservó como prendas importantes para sus futuras negociaciones con el enemigo. Distribuyóse á los tlascaltecas casi por partes iguales entre las tres divisiones; y se reservó para sí Cortés, cien de sus antiguos veteranos que le eran mas adictos, quienes con Cristóbal de Olid, Francisco de Morla, Alonso de Avila y otros dos ó tres caballeros formaban un escogido cuerpo para acudir adonde fuera necesario.

Habia dispuesto ya el general la construccion de un puente portátil para colocarlo sobre los canales abiertos en la calzada; y púsolo al cuidado de un oficial llamado Magarino, con cuarenta hombres á sus órdenes, todos comprometidos á defender el paso hasta el último extremo. Habia de levantarse el puente cuando el ejército hubiese acabado de pasar uno de los canales, y ponerse en el siguiente. Tres de estos habia en la calzada, y mas afortunada hubiera sido la expedicion, si la prevision del gefe se hubiera extendido á hacer construir otros tantos puentes; pero esto demandaba mucho trabajo, y el tiempo era corto (7).

A la media noche estaban las tropas sobre las armas, prontas para marchar. Celebró el padre Olmedo el sacrificio de la misa, é invocó la proteccion

(5) El capitan Diaz refiere, que él se contentó con cuatro chalchiuitl, la piedra verde tan apreciada por los nativos, que discretamente sacó de los cofres reales antes de que el mayordomo de Cortés hubiera tenido tiempo de asegurarlos. Fuele esta presa de grande utilidad, pues le proporcionó los medios de tener de la gente del pais alimentos y medicina cuando se vió en la desgracia. Ibid. loc. cit.

(6) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., ubi supra.

(7) Gomara, Crónica, cap. 109.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 143.—

Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13 y 47.

Historia de la conquista de Méjico traducción de José M^o González de Echeverría de María del Mar Verdejo Segura

del Todopoderoso para que las libertara de los terribles peligros de la noche. Abriéronse las puertas, y el primero de Julio de 1520, salieron los españoles por la última vez de los muros de la antigua fortaleza, teatro de tantos sufrimientos y de tan indómito valor (8). Era la noche nebulosa, y una menuda lluvia que caía sin intermision aumentaba la oscuridad. La gran plaza que se extendía ante el palacio se hallaba desierta, como lo habia estado desde la muerte de Montezuma. Con la mayor precaucion, y con todo el silencio posible emprendieron los españoles su marcha por la calle real de Tlacopan, donde tan recientemente habia resonado el ruido de los combates. Todo estaba entonces en silencio, y solo recordaba lo pasado algun solitario cadáver, ó un monton ensangrentado de restos humanos, que indicaban claramente cuál habia sido el teatro de la guerra. Al pasar las callejuelas y sendas pobladas de árboles que desembocaban en la calle principal, ó al mirar los canales, cuya tersa superficie brillaba con una especie de lustre negro como de ébano por la oscuridad de la noche, se figuraban distinguir las confusas formas del enemigo, oculto en acecho y pronto á echarse sobre ellos; pero era solo una vision, y la ciudad dormia sin ser turbado su sueño, ni aun por el prolongado eco de las pisadas de los caballos, y el ronco crugido de la artillería y trenes del equipaje. Al fin, un espacio iluminado que se extendia mas allá de la oscura línea de los edificios, mostró á la vanguardia que habian llegado á la entrada de la calzada. Congratulábanse ya de haberse libertado de los peligros de un ataque en la misma ciudad, y de que un breve espacio de tiempo los pondria á salvo en la ribera opuesta; pero no todos los mejicanos dormían.

Al llegar los españoles cerca del lugar donde la calle se ensanchaba, convirtiéndose en calzada, y cuando se preparaban á colocar el puente portátil en el descubierto canal que tenían á la vista, algunos centinelas indios que estaban colocados en este camino y en los otros que conducian á la ciudad, dieron la señal de alarma, y huyeron despertando á sus compatriotas con sus gritos. Luego supieron lo ocurrido los sacerdotes, que velaban en las cúspides de los *Teocallis*, é inmediatamente tañeron sus instrumentos, y el enorme tambor vibrando en el desierto templo del dios de la guerra, hizo escuchar aquellos solemnes tonos que oídos solo en ocasiones de gran calamidad, se hacian escuchar por todos los ángulos de la capital. Conocieron

(8) Hay alguna dificultad en señalar con precision la fecha de la partida, como sucede con la mayor parte de los acontecimientos de la conquista, pues los historiadores antiguos creyeron inútil cuidar de la cronologia. Ixtlilxochitl, Gomara y otros, fijan el 10 de julio; pero esto es enteramente contrario á lo que dice la carta de Cortés, donde se asegura que llegó el ejército á Tlascala el 8 y no el 10 de julio como con equivocacion dice Clavijero; (Stor del Messico, tom. 3, pp. 135 y 136 nota) y de la minuciosa relacion de las operaciones diarias del general, aparece que dejó la capital la última noche de junio, ó mas bien la mañana del 1^o de julio. Comp. Rel. seg., en Lorenzana, pp. 142-149.

los españoles que no habia tiempo que perder. Llevóse el puente con toda la prontitud posible. Sandoval fué el primero que probó su fuerza, y atravesándolo siguióse su caballería, su infantería y los aliados tlascaltecas que formaban la primera division del ejército. Vino despues Cortés con sus escuadrones, bagajes, carros de municiones y una parte de la artillería; pero antes de que tuvieran tiempo de desfilar por el estrecho puente, percibióse un sonido confuso, semeiante al de una espesa selva agitada por los vientos. Creció mas y mas, y al mismo tiempo oyóse en las aguas del lago un ruido igual al de muchos remos. Disparáronse despues algunas piedras y flechas que solian herir á las precipitadas tropas, y caian cada momento en mayor número y con mas furia, hasta que se convirtieron en una terrible tempestad; mientras que llegaban hasta los cielos los alaridos y gritos de millares de combatientes que parecia habian inundado de un golpe la tierra y el lago.

Siguieron caminando los españoles por en medio de esta lluvia de flechas, y los bárbaros, acercando sus canoas á las orillas de la calzada, saltaban á tierra y acometian á los cristianos; pero estos que solo deseaban escapar del peligro, rehusaban todó combate, excepto cuando era necesario para su propia conservacion. Picando los caballeros sus corceles, se desembarazaban de los enemigos y pasaban sobre sus cadáveres, entre tanto que la infantería con sus templados aceros ó con sus piezas de artillería, los precipitaba por los costados del dique.

Pero la marcha de un ejército de algunos miles de hombres, hecha probablemente en filas de no menos que quince ó veinte hombres de frente, demandaba mucho tiempo, y las primeras columnas habian llegado ya á la segunda cortadura de la calzada, cuando las últimas no habian acabado de atravesar la primera. Hicieron aquí alto, y como no podian pasarla, sufrían mientras la no interrumpida lluvia de flechas y otras armas arrojadizas de los enemigos que en gran multitud se hallaban reunidos sobre las aguas de este segundo foso. Apurada hasta el extremo la vanguardia, mandó pedir á la retaguardia el puente portátil. Al fin habia atravesado el canal el último de los soldados, y Magarino y sus esforzados compañeros, probaron levantar el pesado puente; pero estaba muy afirmado á los lados del dique, y en vano forcejearon con todo empeño para moverlo.

El peso de tantos hombres y caballos, y sobre todo de la artillería, habia enterrado tan fuertemente las vigas en las piedras y tierra, que no era posible arrancarlas. Sin embargo trabajaron por conseguirlo en medio de una lluvia de flechas, hasta que muertos muchos de ellos, y heridos todos se vieron obligados á abandonar su intento.

Pronto se comunicó la noticia de soldado á soldado, y luego que comprendieron su terrible situacion, se escuchó un grito de desesperacion, que por un momento ofuscó el ruido del combate. Habíaseles cortado completamente la retirada, y su única esperanza consistia en los esfuerzos desesperados que cada uno hiciera para salvarse. Dejó de haber orden y subordinacion: la gra-

vedad del peligro produjo el mas refinado egoismo; y cada uno cuidaba solo de su vida. Continuaron su marcha, derribando al débil y al herido, fuera amigo ó enemigo. Las primeras filas, impulsadas por las de la retaguardia, se agolparon en las márgenes del lago. Sandoval, Ordaz y otros caballeros se arrojaron al agua: algunos lograron pasar á caballo: otros sucumbieron; y varios llegaron á la orilla opuesta, donde siendo rechazados al subir, rodaron al lago con sus caballos. Marchaba en la mayor confusion y desórden la infantería, herida por las flechas, ó derribada por las clavas de los aztecas, entre tanto que mas de una desgraciada víctima medio moribunda, era llevada á bordo de las canoas con el fin de reservarla para mas dilatada pero tambien mas espantosa muerte (9).

Terrible fué la mortandad en toda la calzada. Su oscura masa presentaba un blanco demasiado seguro á los tiros del enemigo, que muchas veces ciego por el furor del combate heria á sus mismos compatriotas. Los mas cercanos á los bordes, arrimando sus canoas con tanta fuerza que se rompian en el choque, saltaban á tierra y luchaban brazo á brazo con los cristianos, hasta que ambos caian rodando por los costados de la calzada; pero el azteca era recibido por sus amigos, mientras que su antagonista era llevado en triunfo al sacrificio. Largo y terrible fué el combate. Reconociáse á los mejicanos por sus blancas túnicas de algodón, que débilmente se distinguian en la oscuridad, y levantábase del lugar de la lucha un discordante y sordo clamor, en el que iban mezclados el horrible acento de la venganza, los gemidos de la agonía, las invocaciones á los santos y á la Santísima Virgen, y los gritos de las mujeres (10), pues habia varias de ellas, tanto indias como españolas, que habian acompañado al ejército cristiano. Muy particularmente se hace mencion de una llamada María de Estrada, por el valor que desplegó batiéndose con espada y adarga, como el mas esforzado guerrero (11).

El foso se habia llenado con los restos de las cosas que habian sido arroja-

(9) Ibid., p. 143.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13 y 47.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 24.—P. Mártir de Anglería, de Orbe Novo, déc. 5, cap. 6.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 4.—Probanza en la Villa Segura, MS.

(10) „Pues la grita, y llores, y lástimas que decia demandando socorro: Ayudadme, que me ahogo, otros: Socorredme, que me matan, otros demandando ayuda á N. Señora Santa María, y á Señor Santiago.” Bernal Diaz, Ibid., cap. 128.

(11) „Y asimismo se mostró muy valerosa en este aprieto, y conflicto María de Estrada, la qual con una espada, y una rodela en las manos, hizo hechos maravillosos, y se entraba por los enemigos con tanto corage, y ánimo, como si fuera uno de los mas valientes hombres del mundo, olvidada de que era muger. Casó esta Señora con Pedro Sanchez Farfan, y diéronle en encomienda el pueblo de Tetela.” Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 72.

das á él; de carros de municiones, de pesados cañones de grueso calibre, de fardos de ricas telas, de cajas llenas de tejos de oro, de cadáveres y caballos muertos, en términos que sobre estos espantosos despojos se formó gradualmente un camino por el cual se podía pasar al otro lado (12). Dícese que Cortés encontró un lugar fácil de vadear, y que parándose allí, no obstante que la agua subía hasta las cinchas de su caballo, procuraba moderar la confusion y conducir á sus soldados por un paso seguro á la orilla opuesta; pero perdíase su voz en el bélico estruendo, y obligado al fin por la creciente de la agua, fué á unirse á la vanguardia con unos pocos fieles caballeros que permanecieron cerca de él, viendo antes tendido á sus piés á su paje favorito Juan de Salazar. Encontró á Sandoval y á sus compañeros detenidos en la tercera y última cortadura, procurando animar á sus soldados á que la salvaran; pero faltábales resolución para ello. Era ancha y profunda, aunque el paso no estaba tan defendido por el enemigo como los otros. Dieron otra vez ejemplo los gefes arrojándose al agua; y tanto la caballería como la infantería, los siguió segun pudo, unos nadando y otros asidos con moribunda mano de las crines y colas de los caballos. Como habia predicho el general, salieron mejor los que iban menos cargados, y fueron muchos los miserables que oprimidos con el peso del oro que amaban tanto, fueron sepultados con él en las saladas aguas del lago (13). Cortés, con sus valientes camaradas Olid, Morla, Sandoval y otros pocos, caminaban al frente, procurando sacar á sus desordenadas columnas de la fatal calzada. Minorábase con la distancia el estrépito del combate, cuando tuvieron noticia de que seria del todo derrotada la retaguardia si no se la socorria prontamente. Hacerlo casi parecia un acto de desesperacion; pero el generoso corazon de los caballeros españoles, no se detenía en calcular el peligro cuando se les pedia auxilio. Volviendo la brida á sus caballos regresaron á galope al teatro de la accion, y abriéndose camino por la multitud, atravesaron á nado el foso y se dirigieron al punto en que era mas comprometida la refriega (14).

(12) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.

“Por la gran priesa que daban de ambas partes de el camino, comenzaron á caer en aquel foso, y cayeron juntos, que de españoles, que de indios y de caballos, y de cargas, el foso se hinchó hasta arriba, cayendo los unos sobre los otros, y los otros sobre los otros, de manera que todos los del bagage quedaron allí ahogados, y los de la retaguardia pasaron sobre los muertos.” Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 24.

(13) “E los que habian ido con Narvaez arrojáronse en la sala, é cargáronse de aquel oro é plata quanto pudieron; pero los menos lo gozaron, porque la carga no los dejaba pelear, é los indios los tomaban vivos cargados; é á otros llevaban arrastrando, é á otros mataban allí. É así no se salvaron sino los desocupados é que iban en la delantera.” Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.

(14) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 11.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.

Los primeros fulgores de la mañana comenzaban entonces á reflejarse en las aguas, y alumbraban la espantosa escena que habia cubierto la oscuridad de la noche. Veíanse las gruesas masas de combatientes luchando con tal furor, que la misma calzada parecia que temblaba, y que se movia de un lado á otro como si fuera sacudida por un terremoto; mientras que el fondo del lago hasta donde podia alcanzar la vista, estaba cubierto de canoas llenas de guerreros, cuyas lanzas y espadas con filosas hojas de obsidiana, brillaban á la luz de la mañana.

Encontraron los caballeros á Alvarado, desmontado y rodeado de un pequeño número de soldados, en encarnizada lucha con una multitud de enemigos que le agobiaban. Su brioso caballo, que le habia conducido en tantos y tan sangrientos combates, habia caído á sus piés (15). El mismo estaba herido en varias partes, y en vano procuraba reunir sus desordenadas tropas, llevadas hasta la orilla del canal por el furioso enemigo, que se hallaba entonces en posesion del resto de la calzada, donde á cada momento era reforzado por nuevos combatientes que venian de la ciudad. No habia estado ociosa la artillería al principio del combate, pues atravesando las balas la calzada, habian dado muerte á centenares de enemigos; pero nada podia resistir á la impetuosidad de estos. Empujadas las primeras filas por las que venian atrás, se arrojaron sobre las piezas, y semejantes á un torrente arrebataron cuanto encontraron al paso, hombres y cañones. El impetuoso ataque de los caballeros españoles que llegaron entonces, produjo un cambio momentáneo y dió tiempo á sus compatriotas para hacer una débil resistencia; pero pronto fueron otra vez oprimidos por la nueva embestida del enemigo, viéndose obligados Cortés y sus compañeros á arrojarse otra vez al lago, aunque no todos escaparon. Detúvose Alvarado por un momento en el borde del canal, dudando de lo que haria. Desmontado como estaba, echarse tambien al agua cuando una multitud de canoas enemigas bogaban en el canal, no ofrecia sino una esperanza muy remota de salvacion. Solo tenia un instante para resolverse. Pero era hombre de robusta constitucion, y la grandeza del peligro le dió una fuerza sobrenatural. Apoyando fuertemente su larga lanza en los escombros que llenaban el canal, y haciendo todo el esfuerzo que pudo, lo salvó de un salto. Admirados los aztecas y tlascaltecas con esta hazaña increíble, exclamaron: „Este es verdaderamente el *tonatiuh*, el hijo del sol!” (16).

(15) „Luego encontraron con Pedro de Alvarado bien herido con una lanza en la mano á pie, que la yegua alazana ya se la habian muerto.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.

(16) „Y los amigos vista tan gran hazaña quedaron maravillados, y al instante que esto vieron se arrojaron por el suelo postrados por tierra en señal de hecho tan heroico, espantable y raro, que ellos no habian visto hacer á ningun hombre, y así adoraron al Sol, comiendo puñados de tierra, arrancando yerbas del campo, diciendo á grandes voces, verdaderamente que este hombre es *hijo del Sol*.” (Camargo, Hist. de

Tlasecala, MS.) Este escritor vió el proceso instruido por los herederos de Alvarado,

No se dice el ancho de la zanja; pero era tan grande, que el valiente capitán Díaz que se acordaba muy bien de ella, dice que era imposible salvarla (17); y otros escritores contemporáneos no niegan esta proeza (18). Era indudablemente una creencia popular en aquella época: ahora es sabida de todos los habitantes de la capital; y el nombre de Salto de Alvarado que lleva el lugar, recuerda un hecho que rivaliza con los de los semidioses de la fábula griega (19).

Entonces se pusieron Cortés y sus compañeros al frente de las tropas, que en confusa y desordenada marcha iban saliendo de la fatal calzada. Pocos de los enemigos les picaban la retaguardia, ó les dirigian algunas descargas de flechas desde el lago. Por fortuna de los españoles, distrajo la atención de los aztecas, el rico despojo que se hallaba sembrado en el campo de batalla, pues si hubieran continuado persiguiéndolos con el mismo encarnizamiento con que comenzaron, hubieran sin duda perecido todos los cristianos por la triste situación en que se encontraban; pero poco molestados, pudieron desfilar por la inmediata aldea, ó mas bien suburbios de Popotla (20).

Allí bajó el comandante español de su fatigado caballo, y sentándose en los escalones de un templo indio, dirigió tristemente la vista sobre las destrozadas

en el cual hacian valer los méritos de su antecesor, según estaban atestiguados por los mas valerosos capitanes de la nación tlascalteca que concurrieron á la conquista. Puede ser que el famoso salto se encontrara entre estos méritos de que habla el historiador. El Barón Humboldt, citando á Camargo, así lo asegura. (*Essai Politique*, tom. II, p. 75.) Esta autoridad probaria mas que cualquiera otra el hecho; pero no me parece que el lenguaje de Camargo autoriza tal consecuencia.

(17) „Se llama ahora la puente del Salto de Alvarado: y platicábamos muchos soldados sobre ello, y no hallábamos razón, ni soltura de un hombre que tal saltase.” *Hist. de la conquista*, cap. 128.

(18) Gomara, *Crónica*, cap. 109.—Camargo, *Ibid.*, ubi supra.—Oviedo, *Hist. de las Ind.*, MS., lib. 33, cap. 47.—Sin embargo, este último confiesa francamente, que muchos que habían visto el lugar declararon que les parecia imposible. „Fué tan extremado de grande el salto, que á muchos hombres que han visto aquello, he oido decir que parece cosa imposible haberlo podido saltar ninguno hombre humano. En fin él lo saltó é ganó por ello la vida, é perdiéronla muchos que atrás quedaban.”

(19) Todavía se enseña á los viajeros, y es donde se atraviesa una zanja no muy ancha, por un pequeño puente no lejos de la extremidad occidental de la Alameda. Como que el lugar recibió su nombre en tiempo de Alvarado, no es creible que esto le hubiera disgustado; pero puesto, que aunque parece muy extraño, no se expresa la extensión del salto, no puede juzgar el lector por sí mismo sobre la probabilidad de darlo.

(20) „Fué Dios servido de que los mejicanos se ocupasen en recojer los despojos de los muertos, y las riquezas de oro y piedras que llevaba el bagage, y de sacar los muertos de aquel acequia, y á los caballos y otros bestias. Y por esto no siguiéron el alcance, y los españoles pudieron ir poco á poco por su camino sin tener mucha molestia de enemigos.”

columnas que marchaban delante de él. ¡Qué espectáculo presentaban! La caballería en su mayor parte desmontada, iba mezclada con la infantería, que arrastraba con dificultad sus cansados miembros. Las despedazadas cotas y raidos vestidos chorreando agua salada, mostraban al traves de sus roturas muchas contusiones y profundas heridas. Sucias sus brillantes armas, rotas sus lucidas cimeras y pendones, perdidos para siempre los bagajes y la artillería, en una palabra, faltos de todo lo que constituye el orgullo y trofeos de una gloriosa guerra. Al mirar Cortés aquellas escasas y desordenadas filas, buscaba en vano muchos amigos, y echó de menos á mas de un valiente que le habia acompañado en todos los peligros de la conquista. Aunque acostumbrado á contener sus emociones, ó al menos á ocultarlas, aquel espectáculo era superior á sus fuerzas. Cubrióse el rostro con las manos, y las lágrimas que rodaban por sus mejillas daban á conocer claramente las angustias de su alma (21).

Encontró, sin embargo, algun consuelo en ver á varios de los hidalgos en quienes mas confiaba. Alvarado, Sandoval, Olid, Ordaz, Avila, se habian salvado. Tuvo tambien la inexplicable satisfaccion de saber habia sucedido lo mismo á la intérprete india Marina, que le era á él tan cara y tan importante al ejército. Ella y una hija de cierto gefe tlascalteca, habian sido confiadas al cuidado de varios guerreros de esta nacion. Por fortuna la habian colocado en la vanguardia, y su fiel escolta la habia libertado de todos los peligros de la noche. Tambien habia escapado el otro intérprete Aguilar; y no con menos satisfaccion supo Cortés que igual ventura habia tenido el hábil carpintero, Martin Lopez (22). El cuidado del general por la suerte de este hombre, que tan indispensable probó ser al buen suceso de las subsiguientes operaciones, da á conocer, que en medio de la afliccion su indomable espíritu preparaba ya la hora de la venganza.

Entre tanto, llegó el ejército á la vecina ciudad de Tlacopan, (*Tacuba*) en un tiempo capital de un señorío independiente. Hizo alto en la gran calle, como vacilante y enteramente incierto del camino que habia de seguir, semejante á un tímido ciervo que va huyendo de los cazadores, y que resonando todavía en sus oidos el ladrido de los perros de caza y el toque de la bocina, mira espantado en rededor suyo buscando algun valle ó bosque en que ocultarse. Cortés, que habia montado apresuradamente y puéstose otra vez á la cabeza del ejército, conoció el peligro de permanecer en una ciudad, donde con muy pequeño riesgo podian los habitantes atacar ventajosamente á las tropas desde las azoteas. Siguiendo pues adelante las condujo al campo, donde las reorganizó y medio ordenó (23).

(21) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Ixtlilxochitl, Hist. chich. MS., cap. 89.—Gomara, Crónica, cap. 109.

(22) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 12.

(23) "*Tacuba*" dice el instruido viajero, Latrobe, "está situada al pie de los cerros;

A no mucha distancia hacía la izquierda, levantábase una eminencia mirando á una cadena de montañas que cercaba el valle por la parte del oeste. Llamábase el cerro de Otoncalpolco, y algunas veces de Montezuma (24). Coronábalo un *teocalli*, cuyo atrio ocupaba un grande espacio, y por su posición que dominaba las llanuras inmediatas, ofrecia un seguro lugar de refugio á las fatigadas tropas; pero acobardadas estas con las últimas desgracias, parecian por entonces incapaces de emprender una nueva acción, y el punto estaba defendido por un cuerpo de guerreros indios. Conoció Cortés la necesidad de desalojarlos si queria salvar los restos de su ejército, y el resultado mostró que aun tenia sobre ellos una influencia mayor que la que ejercian las circunstancias. Ayudado de sus valientes capitanes, logró infundir á los mas tímidos una chispa de su intrépido brio, y puesto á su cabeza comenzó á subir al templo, sin arredrarle la presencia del enemigo, que opuso poca resistencia, y que despues de una débil descarga de flechas que hizo pocos estragos, dejó el campo á los españoles.

Era el edificio de un tamaño considerable, y proporcionaba lugar bastante para el disminuido ejército de los cristianos. Allí encontraron algunas provisiones, y aun dícese, que recibieron otras de algunas aldeas inmediatas de otomíes. Habia tambien en los patios gran cantidad de leña destinada á usos religiosos. Con ella encendieron luminarias para secar sus empapados vestidos, y despues se ocuparon en curarse recíprocamente sus heridas, que se habian agravado y vuelto sumamente dolorosas por la falta de abrigo y por las fatigas del viaje. Descansando así un poco, se tendieron en el atrio y pavimento del templo, y pronto consiguieron olvidar momentáneamente sus males, consuelo que pocas veces niega la naturaleza en medio de las mayores desgracias (25).

Habia uno sin embargo, que bien puede creerse no cerró tan pronto sus párpados. ¡Qué tristes pensamientos debieron ocupar la mente del general, al ver los míseros restos de su ejército reunidos en tan despreciable alojamiento. ¡Esto era todo lo que quedaba de las brillantes columnas con que pocas semanas antes habia entrado en la capital de México! ¿Qué se habian hecho sus dorados ensueños de conquista y poder? ¿Qué otra cosa era sino un miserable aventurero, á quien la mano del desprecio señalaria como á un

y hoy es notable por la grande y noble iglesia que erigió allí Cortés; y á poca distancia se advierten las señales de un campamento español. No aventuro la opinion; pero por la coincidencia puede creerse que esta fué la misma posición elegida por Cortés para fortificarse despues de la retirada de que se ha hablado, y antes de comenzar su penosa marcha para Otumba." (Rambler, in Mexico, letter 5.) De nuestro texto se infiere que no pudo levantar aquí fortificación ninguna, al menos cuando se retiró de la capital.

(24) Lorenzana, Viaje, p. xiii.

(25) Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 24.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Ixtililxochitl, Hist.

hombre sin juicio? Por cualquiera parte que dirigia la vista se le presentaba el horizonte igualmente triste, y apenas podia distinguir un punto luminoso que le ofreciera esperanza. Faltábale que hacer un penoso viaje por peligrosos é ignorados caminos, y con guias de cuya fidelidad no podia estar muy seguro. ¿Y cómo podia confiar en el acogimiento que se le haria en Tlascala, á cuyo lugar se encaminaba, siendo la tierra de sus antiguos enemigos, y cuando antes como conquistador, y ahora como amigo, habia llevado la desolacion y el luto á cada una de las familias que la habitaban?

Pero estas tristes y amargas reflexiones que habrian abatido á una alma vulgar, no tuvieron poder sobre la de Cortés, ó mejor dicho, solo sirvieron para excitar su energía y avivar sus percepciones, de la misma manera, que el combate de los elementos purifica y da elasticidad á la atmósfera. Miraba con ojos serenos los pasados reveses, y confiando en sus propias fuerzas, distinguia en la oscuridad una luz de esperanza que se ocultaba á los demas. Aun en los miserables restos que veia á su rededor, semejantes en su macilento aspecto y pobre atavío á una horda de famélicos proscritos, descubria los elementos con que debia volver á levantar su arruinada fortuna. En los mismos momentos de la derrota y universal temor, su alma heroica meditaba el plan de operaciones que despues siguió con tan imperturbable constancia.

Respecto de la pérdida que sufrieron los españoles en esta noche fatal así como sobre los demas sucesos de la conquista, hay gran diversidad de opiniones. Si damos crédito á la carta de Cortés, no pasó de ciento cincuenta españoles, y dos mil indios; mas los boletines del general, aunque hacian justicia á las dificultades que habia tenido que superar, no eran muy exactos en cuanto á los medios de que se habia valido, ó á las pérdidas que habia sufrido. Juan Cano, uno de los caballeros que componian el ejército, estima el número de muertos en mil ciento setenta españoles, y ocho mil aliados; pero este número es mayor que el del ejército entero. Acaso nos acercariamos mas á la verdad, adoptando la computacion de Gomara, capellan de Cortés, y que no solo pudo consultar los papeles de éste, sino otros documentos auténticos. Segun él, quedaron fuera de combate, cuatrocientos cincuenta cristianos y cuatro mil aliados. Esta pérdida, y la sufrida en los encuentros de la semana anterior, debió reducir á los castellanos á un poco mas de un tercio, y á los aliados á la cuarta, ó tal vez, quinta parte de la fuerza con que entraron á la capital (26). La retaguardia sufrió lo mas reñido de

(26) La tabla siguiente, dará una idea de la diversidad de los cálculos numéricos aun entre los testigos presenciales y los escritores, que habiendo tratado con los actores de aquellas escenas, merecen igual crédito.

Cortés, en Lorenzana, p. 145,	150	españoles,	2.000	indios muertos y dispersos,
Cano, en Oviedo, lib. 33, cap. 54,	1.170	"	8.000	" " "
Probanza, &c.	200	"	2.000	" " "
Oviedo, Hist. de las Ind., lib. 33,	150	"	2.000	" " "

la accion, y por lo mismo pocos de los que la componian escaparon. Formábanla principalmente los soldados de Narvaez, que en cierto modo fueron víctimas de su codicia (27). Murieron cuarenta y seis de caballería, que juntos con los que antes habian sucumbido, redujeron el número de esta arma á veintitres, y algunos de ellos en la mas triste situacion. La mayor parte del tesoro, los bagajes y los papeles del general, entre los cuales iba un diario minucioso de sus operaciones desde que dejó á Cuba, cuyos documentos hubieran sido, al menos para la posteridad, de mayor valor que el oro, quedaron sepultados en las aguas (28). Las municiones, el hermoso tren de artillería con que habian entrado á la ciudad, todo habia perecido. No tenían un solo mosquete, pues los habian arrojado los soldados, queriendo desembarazarse de todo lo que pudiera retardar su fuga en aquella desastrosa noche. En una palabra, nada quedó de su aparato militar, sino sus espadas, sus maltratados caballos, y unos pocos de descompuestos arcabuces y ballestas, bastantes para dar á conocer la superioridad del europeo sobre el rudo azteca.

Camargo,	450	"	4.000	"	"	"
Gomara, cap. 109,	450	"	4.000	"	"	"
Ixtlilxochitl, Hist. chich., cap. 88,	450	"	4.000	"	"	"
Sahagun, lib. 12, cap. 24,	300	"	2.000	"	"	"
Herrera, déc. 2, lib. 10, cap. 12,	150	"	4.000	"	"	"

Bernal Diaz, no se toma el trabajo de ser consecuente consigo mismo. Despues de decir que la retaguardia, la cual sufrió la mayor pérdida, se componia de ciento, veinte hombres, en el mismo párrafo agrega que de éstos murieron ciento cincuenta, cuyo número aumenta á doscientos unas pocas líneas mas adelante. Hist. de la conquista cap. 128.

Cano comprende, es verdad, en su cálculo aquellos, que aunque pocos en número comparativamente hablando, perecieron despues en la marcha. Este mismo autor afirma que doscientos setenta de la guarnicion, ignorantes de la partida de sus compatriotas, fueron abandonados pérfidamente en el palacio de Axayacatl, donde aunque se rindieron bajo ciertas garantías, fueron despues sacrificados por los aztecas. (Véase el Apéndice, parte segunda, número 11.) La inverosimilitud de esta monstruosa anécdota, segun la cual, el ejército con todos sus bagajes pudo evacuar la ciudadela sin conocimiento de sus camaradas, y esto debe añadirse, en circunstancias en que era tan importante la cooperacion de cada soldado, es demasiado manifiesta para que sea necesario refutarla. Herrera refiere lo que es mucho mas probable, á saber: que Cortés dió órden muy especial al capitan Ojeda, de que cuidase no se fuera á quedar olvidado en los cuarteles por la violencia de la marcha alguno de los que estaban durmiendo ó heridos. Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 11.

(27) "Pues de los de Narvaez, todos los mas en las puentes quedaron, cargados de oro." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.

(28) Segun Diaz, parte del oro confiado al convoy tlascalteca se salvó. (Hist. de la conquista cap. 136.) Del documento citado, Probanza de Villa Segura, MS., aparece que el tesoro iba confiado á una guardia de castellanos.

Todos los prisioneros, entre los cuales estaban los hijos de Montezuma y el cacique de Tezcuco, perecieron, segun se dice, á manos de sus ignorantes compatriotas en el ciego furor del ataque. Hubo tambien entre los españoles algunas personas de consideracion, cuyos nombres se inscribieron en este sangriento catálogo. Uno de ellos fué Francisco de Morla, que murió al lado de Cortés, cuando volvía al auxilio de sus camaradas. Pero la pérdida mas lamentable fué la de Juan Velazquez de Leon, que en union de Alvarado mandaba la retaguardia. Fué esta en aquella noche el puesto de mayor peligro, y aquel capitan murió defendiéndolo con valor al principio de la retirada. Era un excelente oficial, y poseia muy relevantes cualidades, aunque algo altivo por ser uno de los caballeros mejor relacionados en el ejército. Siendo pariente cercano del gobernador de Cuba, veia al principio con frialdad las empresas de Cortés; pero bien por conviccion de que este habia sido tratado injustamente, ó bien por la preferencia que le daba, fué despues celosamente adicto á su gefe. Recompensóle éste con una generosa confianza, confiéndole un mando separado é independiente, que mal desempeñado ó abusando de él, hubiera sido fatal á la expedicion. Velazquez se mostró digno de esa confianza; y no habia caballero en el ejército, con excepcion tal vez de Sandoval y Alvarado, cuya pérdida hubiera sido mas profundamente deplorada por el general. ¡Tales fueron las desastrosas consecuencias del terrible paso de la calzada, mas fatales que las ocasionadas por cuantos otros reveses habian empañado el brillo de las armas españolas en el Nuevo mundo, y que han señalado en los anales de la nacion la noche en que acontecieron, con el nombre de *noche triste* (29).

(29) Gomara, Crónica, cap. 109.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.—Probanza en la Villa Segura, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.

CAPITULO IV.

RETIRADA DE LOS ESPAÑOLES.—CALAMIDADES DEL EJERCITO.—PIRÁMIDES
DE TEOTIHUACAN.—GRAN BATALLA DE OTUMBA.

1520.

La mayor parte del dia siguiente al de la salida de los españoles, permanecieron los mejicanos en la capital, ocupados en limpiar las calles y calzadas de los cadáveres hacinados en ellas, cuya putrefaccion podia originar una peste. Tal vez se ocuparían tambien en tributar los últimos honores á los guerreros que habian muerto en aquella jornada, solemnizando los ritos funerales con el sacrificio de los desgraciados prisioneros, que al contemplar la suerte que les esperaba, seguramente envidiarían la de los que habian perdido la vida en el campo de batalla. Fué mucha fortuna para los españoles, que en el extremo en que se encontraban les hubieran dado ese tiempo para respirar; pero Cortés conoció que no podia contar con que duraría este estado de cosas, y conociendo tambien cuán importante era aprovecharse del terror de su astuto enemigo, previno á sus tropas estuviesen listas para continuar la marcha en la media noche. Dejaron encendidas las luminarias para engañar mejor á los indios, y á la hora señalada, el pequeño ejército, sin toques de tambor ó clarín, pero con nuevo brio salió de las puertas del *teocalli*, en cuyos hospitalarios muros habia hallado tan oportuno abrigo. En este lugar hay un templo dedicado á la Virgen en su advocacion de Nuestra Señora de los Remedios, cuya milagrosa imagen, la misma segun se dice que trajeron los soldados de Cortés (1), aun extiende su benéfica proteccion á la capital vecina; y el viajero, al detenerse en aquel recinto sagrado, tal vez recordará que pisa un sitio memorable, porque sirvió de refugio á los conquistadores en la hora mas aciaga (2).

Dispúsose que los enfermos y heridos llevados en literas ó en las espaldas

(1) Lorenzana, Viaje, p. xiii.

(2) Segun entiendo, el último ejemplo de la directa interposicion de la Virgen en favor de la metrópoli, tuvo lugar en 1833, época en que se llevó á la ciudad para aplacar el cólera. No quiso pasar la noche en Méjico, sino que se halló la mañana siguiente en su santuario de los Remedios, dando á conocer el lodo con que estaba salpicada, que habia andado á pié y por el cieno todo el camino, que es de algunas leguas. Latrobe, in Mexico, letter. 5. Rambler (a).

(a) Es muy de sentir que un viajero juicioso haya prestado crédito á semejante conseja, refiriéndola como cosa que se creia en Méjico; si hubiera preguntado á las personas de ilustracion y crítica, no hubiera cometido tal error.

de los *tamanes*, ocuparan el centro, mientras que los que tenían fuerza bastante para guardar sus asientos, montarían en la grupa de los caballos. Colocáronse los soldados útiles en el frente, en la retaguardia y en los flancos, ofreciendo así toda la seguridad posible á los inválidos.

Continuó el ejército su retirada sin ser molestado, pues le favorecía la oscuridad; pero luego que lució la mañana, vieron varias partidas de indios que desfilaban por las alturas, ó que á alguna distancia marchaban á su retaguardia como enjambres de langostas. No eran de la capital, sino de las provincias inmediatas, donde ya había llegado la noticia de su derrota. Ya pues, había desaparecido el mágico encanto que hasta entonces había rodeado á los hombres blancos; los temibles *teules*, no eran ya invencibles (3).

Conducidos los españoles por sus guías tlascaltecas, tomaron un camino tortuoso hácia el Norte, pasando por Quauhtitlan, y por las márgenes del lago Tzompanco, (Zumpango), alargando así su marcha por conservarse á alguna distancia de la capital. Cuando pasaban por el pié de los cerros, hacían rodar los indios sobre sus cabezas pesadas piedras, dardos y flechas, y aun algunos fueron bastante osados, para bajar á la llanura y atacar las extremidades de la columna; pero pronto se vieron rechazados por la caballería, y obligados á refugiarse en los cerros, donde el terreno era demasiado escabroso para que los pudieran perseguir los ginetes, además de que los españoles no se cuidaron de hacerlo, pues su objeto era mas bien huir que pelear.

De esta manera siguieron caminando poco á poco, haciendo á veces alto para desembarazarse de los indios que los atacaban, cuando eran demasiado importunos, y siendo en gran manera molestados por sus armas arrojadizas y sus irregulares ataques. En la noche encontraban comunmente abrigo en alguna ciudad ó aldea donde, los habitantes al saber que se acercaban, se salían llevándose todos los víveres, de manera que pronto se vieron reducidos los españoles á las mayores escaseces, en cuanto á los medios de subsistir. Eran su

(3) Este es el epíteto, que constantemente daban los nativos á los castellanos, segun Diaz, y que correcta ó incorrectamente él interpretó en dioses ó seres divinizados. Hist. de la conquista, cap. 48, et alibi. Una de las estrofas de Ercilla, prueba que igual creencia hubo entre los indios de la América del Sur, y que tuvieron el mismo desengaño.

“Por dioses, como dije, eran tenidos
 De los indios los nuestros; pero olieron
 Que de mujer y hombre eran nacidos,
 Y todas sus flaquezas entendieron:
 Viéndolos á miserias sometidos,
 El error ignorante conocieron,
 Ardiendo en viva rabia avergonzados
 Por verse de mortales conquistados.

LA ARAUCANA, parte 1, canto 2.

principal alimento las cerezas silvestres que crecían en los bosques ó á la orilla de los caminos, teniéndose por muy dichosos si encontraban algunos granos de maíz; pero mas frecuentemente solo hallaban los tallos de ésta planta, y con ellos y con otras comidas tan malsanas como ésta, se daban por contentos de poder satisfacer las exigencias del hambre. Cuando solía morir un caballo, proporcionaba un banquete extraordinario, y el mismo Cortés asegura, haber sido uno de los que tuvieron un suntuoso festín, devorando uno de estos animales, sin dejar ni aun la piel (4).

Veíase algunas veces á los miserables soldados extenuados de hambre y de cansancio desmayarse en el camino. Algunos no pudiendo andar al paso de sus compañeros se quedaban atrás, y caían en manos de los enemigos, que seguían las huellas del ejército como hambrientos buitres ansiosos de cebarse en los moribundos y muertos. Otros que se alejaban con el objeto de procurarse alimento, tenían igual suerte; tanto, que al fin el número de estos, y la certeza del cruel destino que les esperaba, obligó á Cortés á introducir una disciplina mas estricta, y á hacerla observar con castigos mas severos de los usados hasta entonces. Pero muchas veces eran ineficaces; tal era la indiferencia con que el opresivo peso de la calamidad que en aquel momento les agobiaba, les hacia ver el peligro venidero.

Sus prolongados sufrimientos, obligaron á los soldados á dejar de apreciar aquellas mismas cosas por las que antes habrían aventurado aun su propia existencia. Más de uno que habia salvado su tesoro de los peligros de la *noche triste*, lo abandonó entonces como una carga intolerable; y el rústico aldeano indio, recogía con inexplicable placer los valiosos restos de los despojos de la capital (5).

En estos angustiados dias desplegó Cortés su serenidad y fortaleza acostumbradas. Veíasele siempre en los puntos de mayor peligro, exponiéndose repetidamente en los encuentros con el enemigo, en uno de los cuales recibió

(4) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 147.

El hambre, dice Oviedo, les proporcionó una salsa que hizo la carne de caballo tan gustosa como las famosas salchichas de Nápoles, el delicado cabrito de Ávila, y la sabrosa ternera de Zaragoza. "Con la carne del caballo tuvieron buen pasto é se consolaron ó mitigaron en parte su hambre, é se lo comieron sin dexar cuero, ni otra cosa dél sino los huesos, é las uñas y el pelo; é aun las tripas no les pareció de menos buen gusto que los sobreesados de Nápoles, ó los gentiles cabritos de Ávila, ó las sabrosas Terneras de Zaragoza, segun la extrema necesidad que llevaban; porque despues que de la gran cibdad de Temixtitan habian salido, ninguna otra cosa comieron sino mahiz tostado, é cocido, é yerbas del campo, y desto no tanto quanto quisieran ó ovieran menester." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13.

(5) Herrera hace mencion de un soldado que consiguió reunir tres mil castellanos de oro y salvarlos de los peligros de la calzada, pero que despues los abandonó por consejo de Cortés. "Que el diablo se lleve vuestro oro, díjole, si os ha de costar la vida." Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 11.

una grave herida en la cabeza que despues le hizo padecer mucho (6). No era su alimento mejor que el del mas ínfimo soldado, y esforzábese en revivir el valor de los que iban flaqueando con sus consejos y halagüeño semblante, asegurándoles que pronto terminarian sus sufrimientos, pues estaban para llegar á la hospitalaria "tierra del pan." (7) Sus fieles oficiales le ayudaban en estos esfuerzos; y los soldados, especialmente los que habian venido con él, mostraron aquella constancia y paciencia tan características de su nacion, justificando la presuncion de un antiguo historiador, de que no hay pueblo que pueda soportar el hambre tanto como el español, y ninguno de esta nacion que la hubiera probado tan fuertemente como los soldados de Cortés (8). Igual fortaleza mostraron los tlascaltecas, aleccionados en una ruda escuela que los habia hecho familiarizarse con los trabajos y privaciones. Aunque algunas veces urgidos de las exigencias del hambre se arrojaban al suelo rogando á sus dioses no los abandonaran, hacian su servicio como buenos guerreros; y lejos de manifestar desafecto á los españoles por ser la causa de sus desgracias, solo parecian unidos á ellos mas firmemente con el vínculo de los padecimientos comunes.

La mañana del séptimo dia llegó el ejército á la cumbre de las montañas que dominan el valle de Otompan ú Otumba, como se llama comunmente, por la ciudad india, ahora aldea, que estaba situada en él. Apenas dista de la capital nueve leguas; pero habian andado los españoles mas que triplicada esta distancia, á causa del tortuoso camino que siguieron por las márgenes de los lagos. Habian caminado con tanta lentitud, que emplearon una semana, deteniéndose dos noches en un lugar por la absoluta necesidad de descanso. Fué por lo mismo hasta el 7 de julio, cuando llegaron á las alturas que dominan el extenso valle, que se dilata por una gran distancia hasta el territorio de Tlascala, teniendo siempre á la vista las venerables pirámides de Teotihuacan, dos de los mas célebres monumentos que hasta hoy se conservan de la antigua civilizacion americana al norte del itsmo. Todo el dia anterior habian estado viendo algunas partidas de enemigos, que como densas nubes recorrian las montañas, blandiendo sus armas y diciéndoles con acento amenazador: "apresuraos que pronto os encontraréis en un lugar, de donde no podréis escapar:" palabras misteriosas que pudieron comprender bien la mañana siguiente (9).

(6) Gomara, Crónica, cap. 110.

(7) Esto significa la palabra Tlascala, y se llamaba así por la abundancia con que se producía allí el maíz. Boturini, Idea, p. 78.

(8) "Empero la Nacion nuestra Española sufre mas hambre que otra ninguna, y estos de Cortés mas que todos." Gomara, Crónica, cap. 110.

(9) En lo concerniente á las páginas anteriores véase á Camargo, Hist. de Tlascala, MS.,—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128,—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 13,—Gomara, Crónica, ubi supra,—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 89,—P. Mártir de Anglería, De Orbe Novo, dec. 5, cap. 6,—Rel. seg. de Cor-

Las pirámides de San Juan Teotihuacan son, con excepcion probablemente del templo de Cholula, los restos mas antiguos que se conservan en el territorio mejicano. Segun la tradicion de los aztecas, ya las encontraron allí cuando vinieron al pais, en cuya época Teotihuacan, que significa "habitacion de los dioses," ahora despreciable aldea, era una ciudad floreciente, rival de Tula, gran capital Tolteca (10). Las dos pirámides principales estaban dedicadas á *Tonatiuh*, el sol, y á *Meztli*, la luna. La primera, que es mucho mayor que la otra, tiene segun las últimas medidas, seiscientos ochenta y dos piés de largo en su base, y ciento ochenta de altura, dimensiones no inferiores á las de algunos de los monumentos famosos de esta misma clase que hay en Egipto (11). Estaban divididas en cuatro pisos, de los cuales tres se distinguen todavía, estando casi del todo destruidas las gradas que separaban el uno del otro. La mano del tiempo ha pesado tan fuertemente sobre ellos, y hasta tal punto ha alterado los materiales la maléfica vegetacion de los trópicos, cubriendo con su manto de flores la ruina que causa, que no es fácil distinguir á primera vista su estructura piramidal (12). Estas enormes masas tienen tal semejanza con los montes de Norte-América, que algunos han creido ser eminencias naturales á las que la industria del hombre les ha dado una forma regular, adornándolas con templos y terrados cuyos restos aun cubren su falda; pero otros no encontrando ejemplo de una elevacion igual en los extensos llanos donde se levantan, creen con mas probabilidad, que son enteramente de construccion artificial (13).

tés, en Lorenzana, pp. 147, y 148,—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 25 y 26.

(10) "Su nombre, que quiere decir *habitacion de los Dioses*, y que ya por estos tiempos era ciudad tan famosa, que no solo competia, pero excedia con muchas ventajas á la corte de Tollan." Veytia, Hist. antig., tom. J, cap. 27.

(11) La pirámide de Mycerinos solo tiene doscientos ochenta piés de base, y ciento sesenta y dos de altura. La gran pirámide de Cheops tiene setecientos veintiocho de base, y cuatrocientos cuarenta y ocho de altura. Denon, Egipt illustrated, (London 1825,) p. 9.

(12) "Es necesario estar situado en una posicion particular, "dice Mr. Tudor," y tener una poca de fe para poder descubrir su construccion piramidal." (Tour in North America, vol. II. p. 277.) Pero Mr. Bullock dice: "la figura de la base es tan perfecta como la de la gran pirámide de Egipto." (Six Months in Mexico, vol. II. chap. 26.) Ambos son testigos de vista. El historiador debe muchas veces contentarse con repetir las palabras de una antigua copla francesa:

*"Si com je l'ai trové écrite,
Vos conterai la verité."*

(13) Esta es la opinion del Baron de Humboldt. (Essai Politique, tom. II. pp. 66-70.) Tambien habla de estos monumentos interesantes en sus "*Vues des Cordilleres*," p. 95 et seq.

Fórmase el interior de arcilla y guijarros, y el exterior de porosas piedras, llamadas *tetzontli*, que tanto abundan en las inmediaciones. Cubre á estas una espesa capa de estuco, semejante en su color rojizo á la que se encuentra en las ruinas del palenque. Segun la tradicion son huecas; pero las tentativas que hasta hoy se han hecho para descubrir la cavidad de la dedicada al sol han sido infructuosas. En la otra se ha encontrado una oquedad en el costado meridional á los dos tercios de su altura. Forma una galería estrecha, que penetra á la distancia de algunas varas y termina en dos hoyos ó pozos. El mayor de estos tiene quince piés de profundidad (14), y sus paredes están hechas de ladrillos crudos, ignorándose completamente el objeto á que estaba destinado; tal vez conservaria las cenizas de algun poderoso caudillo, como la solitaria bóveda descubierta en la gran pirámide de Egipto. No hay duda, que estos monumentos estaban consagrados á usos religiosos, y solo seria conforme á la antigua costumbre del continente oriental, el que sirvieran al mismo tiempo para tumbas y templos (15).

Dícese que algunas señales de ser dedicados á esto último, se notan en la cúspide de la menor; tales como las ruinas de unos muros de piedra que dan á conocer formaron en tiempos remotos un edificio de considerable solidez y extension (16). No se ven estos restos en la parte superior de la pirámide del sol; pero el viajero que quiera tomarse el trabajo de subir á su desnuda cumbre, quedará suficientemente recompensado con la sorprendente vista que desde allí se presenta. Hacia el sudeste verá las montañas de Tlascala, rodeadas de dorados campos y cultivados sembrados, en cuyo centro se levanta la pequeña ciudad, en un tiempo capital orgullosa de la república. Un poco mas al sur, recorre su vista las hermosas llanuras que circundan la ciudad de la Puebla de los Angeles fundada por los españoles, y que rivaliza en el esplendor de sus iglesias con las mas brillantes capitales de Europa; y por fin, distinguirá hacia el oeste el valle de Méjico, que se dibuja como un mapa con sus azulados lagos, su soberbia capital levantada con mayor gloria de sus propias ruinas, y las mismas escarpadas montañas que la rodeaban en los dias de Montezuma.

Asegúrase que en la cúspide de la gran pirámide estaba edificado un templo, en el que habia una estatua colosal de la divinidad á quien estaba consagrado, hecha de una sola piedra y mirando al oriente. Una bruñida lámina de oro y

(14) Latrobe, que en union de otros entró en esta cavidad, trae una descripcion de ella. Rambler in Mexico, let. 7.

(15) "Et tot templa Deum Romæ, quot in urbe sepulcra
Heroum numerare licet: quos fabula manes
Nobilitat, noster populus veneratus adorat."

PRUDENTIUS, Contra Sym., lib. 1.

(16) Bullock trae sus dimensiones; pero él vió lo que ha eludido las miradas de otros viajeros. (Six Months in Mexico, vol. II, chap. 26.)

Historia de la conquista de México. Introducción de José M.^a González de la Vega. María del Mar Verdejo Segura
 plata cubria su pecho, en la cual se reflejaban los primeros rayos, que al asomar por el oriente despedia el refulgente sol (17). Un anticuario habla de haber visto algunos fragmentos de esta estatua á principios del siglo pasado. Según se dice, aun se conservaba en la época que invadieron el pais los españoles, y fué destruida por el infatigable obispo Zumárraga, cuya mano de hierro, fué mas fatal que la del tiempo mismo para los monumentos aztecas (18).

Alrededor de las grandes pirámides hay muchas pequeñas que rara vez tienen mas de treinta piés de altura, y que según la tradicion estaban consagradas á las estrellas, y servian de sepulcros á los hombres célebres de la nacion. Están dispuestas en simétricas calles, y terminan en los costados de las grandes pirámides que miran á los puntos cardinales. La llanura en que se levantan, llámase *Micoatl*, "ó Paso del finado;" y al remover el labrador la tierra aun encuentra multitud de puntas de flechas y hojas de obsidiana, que atestiguan la belicosa índole de su primera poblacion (19).

¿Qué multitud de pensamientos deben agolparse á la mente del viajero al visitar estos monumentos venerables de lo pasado, y al pisar las cenizas de las generaciones que erigieron estas colosales fábricas, que nos llevan de lo presente á lo mas oscuro de los tiempos! ¿Pero quiénes las fabricaron? ¿Fué el misterioso olmeca, cuya historia semejante á la de los antiguos titanes se pierde en las tinieblas de la fábula? ¿O seria como mas comunmente se cree, el pacífico é industrioso tolteca, cuya historia descansa en tradiciones, base poco menos segura que aquella? ¿Qué se han hecho las naciones que las construyeron? ¿Quedaron en el pais, y se mezclaron con el feroz azteca que las sucedió, ó pasaron al sur, y allí encontraron campo mas vasto para desarrollar su civilizacion, como lo da á entender el mérito superior de las ruinas arquitectónicas que se encuentran en las distantes regiones de Centro América y Yucatan? Todo es un misterio, sobre el cual ha corrido el tiempo un velo impenetrable, que no es dado á la mano del hombre levantar. Ha desaparecido una nacion fuerte, numerosa y bastante adelantada en civilizacion, como lo atestiguan sus obras; pero pereció sin legar un nombre; murió sin dejar una señal de su existencia.

No debieron sin duda ocupar la mente de los conquistadores estos pensamientos, pues no dejaron escrita ni una sola linea acerca de estas fábricas veneradas por el tiempo, á pesar de que pasaron frente de ellas, y acaso descansaron bajo su sombra misma. Probablemente los sufrimientos presentes les dejaban

(17) Así lo dice el caballero Boturini. *Idea*, pp. 42 y 43.

(18) Tanto Ixtlilxochitl como Boturini, que visitaron estos monumentos, uno á principios del siglo décimoséptimo, y el otro al comenzar el decimooctavo, testifican haber visto los restos de esta estatua, que habian ya desaparecido cuando Veytia examinó la pirámide. *Hist. antig.*, tom. I, cap. 26.

(19) "Agricola, incurvo terram molitus aratro,
 Exesa inveniet scabra rubigine pila," &c.

poco tiempo para pensar en lo pasado, y la nueva y peligrosa posición en que se encontraban cuando estuvieron en este sitio, debió alejar de ellos cualquiera otro pensamiento que no fuera el de su propia conservación.

Cuando comenzaba á subir el ejército la montaña que rodea el valle de Otompan, trajeron los exploradores la noticia de que un poderoso ejército estaba acampado en el lado opuesto, esperando sin duda su llegada. Pronto vieron confirmada esta noticia por sus propios ojos, pues luego que doblaron la cumbre de la sierra, distinguieron al pié de ella un formidable ejército que llenaba todo el fondo del valle, el cual por la blanca cota de algodón que vestían los guerreros, parecía cubierto de nieve (20). Formábanlo las tropas de las provincias inmediatas, y especialmente las del populoso territorio de Tezcucuo, que habían tomado las armas á instancias de Cuiclahua, sucesor de Montezuma, y se habían reunido en aquel punto con el objeto de disputar el paso á los españoles. Cada gefe de importancia había salido al campo con todos sus súbditos, desplegando orgulosamente la pompa y esplendor de su equipo militar. Hasta donde podía alcanzar la vista, veíanse escudos y flamantes pendones, fantásticos cascos, bosques de relumbrantes lanzas, la blanca cota de algodón del gefe y la tosca armadura de lo mismo del soldado, todos mezclados en completa confusión, y moviéndose desordenadamente como las ondulantes olas de un mar embravecido (21). Espectáculo era aquel bastante para intimidar al más intrépido de los cristianos, aumentando más sus temores, el no ver realizada la lisonjera esperanza de llegar pronto á la tierra hospitalaria, donde terminaba su penoso viaje. Aun el mismo Cortés, al comparar el ejército que tenía á la vista con sus diminutos escuadrones, diezmados por la enfermedad y debilitados por el hambre y cansancio, no pudo menos de creer que había llegado su última hora (22).

Empero su alma noble no se abatía con la presencia de los peligros, y sacó provecho de la misma situación penosa en que se encontraba. No tenía tiempo para meditar, porque tampoco se le ofrecía alternativa en que elegir. Huir, era imposible, pues no podía volver á la capital de donde se le había expulsado. Debía pues seguir adelante, abriéndose paso por entre el enemigo ó perecer. Tomó por lo mismo sus disposiciones para el combate. Formó sus tropas, dándoles el mayor frente posible, y protegiendo sus flancos con su pequeño cuerpo de caballería, reducido ya á veinte hombres. Afortunadamente no había permitido en los dos últimos días que montaran los inválidos á la grupa de

(20) "Y como iban vestidos de blanco, parecía el campo nevado." Herrera, *Hist. general*, déc 2, lib. 10, cap. 13.

(21) "Vistosa confusión," dice Solís, "de armas y penachos, en que tenían su hermosura los horrores." (*Conquista*, lib. 4, cap. 20.) Esta pintura da á conocer la mano de un grande escritor, como él era, pero no debía haber puesto armas de fuego en manos de sus compatriotas, pues ciertamente carecían de ellas entonces.

(22) "Y cierto creímos ser aquel el último de nuestros días." *Rel. seg. de Cortés*, en *Lorenzana*, p. 148.

los caballos para que no se maltrataran, por lo que estaban en un mediano estado; y ciertamente se habia repuesto todo el ejército con el descanso de dos noches y media, que como hemos visto, tuvieron en aquel lugar, no obstante que eso dió tiempo al enemigo para reunirse en considerable número con el fin de impedirles el paso. Encargó Cortés á la caballería, no ofendiera con las lanzas por la mitad del cuerpo, sino que las dirigiera á la cara. La infantería debia herir con sus espadas de punta y no de filo, pasando de parte á parte de un solo golpe los desnudos cuerpos de los enemigos. Sobre todo, habian de asestar sus tiros con preferencia á los gefes, pues sabia el general cuánto interesa la vida del comandante en la guerra con los bárbaros, cuya falta de subordinacion los hace no sujetarse á las órdenes de otro, que no sea aquel á quien están acostumbrados á obedecer.

Dirigió entonces á sus tropas, como lo acostumbraba hacer antes de principiar un combate, unas cuantas palabras con el fin de animarlas. Recordóles las victorias que habian obtenido sobre fuerzas tan superiores en número como las que iban á presentarles accion, con lo que quedaba bien demostrada la ventaja de la ciencia y disciplina sobre la fuerza numérica. Díjoles, que nada importaba el número cuando el brazo del Todopoderoso los defendia; y exhortóles á tener una ciega confianza, en que el que habia conducido salvos por tantos peligros á los defensores de su causa, no los abandonaria para que perecieran á manos de los infieles. Fué breve su discurso, porque leia en el semblante de los soldados aquella resolucion firme que hace inútiles las palabras. La triste posicion que guardaban, hablaba á cada uno de ellos con mas fuerza de la que podia tener la persona mas elocuente, y producía en su alma aquel sentimiento de desesperacion, que hace fuerte al débil y héroe al cobarde. Encomendándose pues, devotamente á la proteccion de Dios, de la Virgen y del apóstol Santiago, marcharon valerosamente contra el enemigo (23).

Momento solemne fué aquel en que el pequeño y resuelto ejército, con paso firme y continente sereno, descendió al llano para ser envuelto, á lo que parecia, en el vasto océano de sus enemigos. Vinieron estos á encontrarlos con su acostumbrado brio, haciendo resonar las montañas con el ruido de sus discordantes instrumentos y feroces gritos de guerra, y disparando piedras y flechas en tal número, que oscurecieron por un momento la luz del sol; pero cuando se encontraron las primeras filas de los dos ejércitos, reconocióse la superiori-

(23) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 14.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 27.

Pudo haber dicho Cortés á sus tropas lo que Napoleon á las suyas en la famosa batalla con los Mamelucos. "Desde aquellas pirámides nos contemplan cuarenta siglos;" pero la situacion de los españoles era demasiado seria para pensar en rasgos teatrales.

dad de los cristianos, pues retrocedieron sus contrarios, y fueron puestos en desorden por la caballería, dañándoles su misma multitud, porque las últimas filas empujaban hacia delante á las primeras. Continuó el ataque la infantería española, y abrióse un ancho campo en las filas enemigas, que se apartaban por todos lados deseosos, al parecer, de proporcionar paso á sus adversarios; pero era para volver sobre ellos, pues reuniéndose los fugitivos, cargaban sobre los cristianos, rodeándolos por todas partes, y ellos tendiendo sus largas espadas y jabalinas, se mantenían firmes, semejantes, para usar de la frase de un escritor contemporáneo, á un islote contra el cual en vano emplean su furor los embates de las olas mugientes y agitadas (24). Fué la lucha desesperada, y de hombre á hombre. Parecía que el tlascalteca adquiría nueva fuerza, porque peleaba casi á la vista de las montañas de su país, y el español porque recordaba el horrible destino de los prisioneros. Llenó cumplidamente sus deberes aquel día la caballería, cargando cuatro ó cinco de frente á las filas enemigas, desbaratando sus desordenadas columnas, y dando con esta momentánea ventaja brio y valor á la infantería. No había una sola lanza que no estuviese teñida con la sangre del infiel; haciéndose memorable entre todos por su extraordinaria fuerza el capitán Sandoval. Manejando con destreza su fogoso corcel, se precipitaba el momento menos pensado en lo mas reñido de la refriega, venciendo á los mas esforzados guerreros, y regocijándose en el peligro, como si estuviera en su elemento natural (25).

Pero estas singulares pruebas de heroísmo solo servían para engolfar mas y mas á los españoles en aquel océano de enemigos, con casi tan poca esperanza de abrirse paso por sus gruesos é interminables batallones, como la de hacerse camino con solo sus espadas por entre las montañas. Muchos tlascaltecas y algunos españoles habían muerto, y casi no había uno que no estuviese herido. El mismo Cortés había recibido un nuevo golpe en la cabeza, y su ca-

(24) Esa es la comparacion de que usa Sahagun. "Estaban los españoles como una Isleta en el mar, combatida de las olas por todas partes." (Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 27.) Segun dice este venerable misionero, supo los pormenores de la accion de boca de varios soldados que asistieron á ella.

(25) El bello retrato del joven guerrero Tucapel, que traza el poeta épico Er-cilla, puede sin violencia aplicarse á Sandoval, segun lo pintan los historiadores castellanos.

"Cubierto Tucapel de fina malla
Saltó como un ligero y suelto pardo
En medio de la tímida canalla,
Haciendo plaza el bárbaro gallardo:
Con silbos grita en desigual batalla:
Con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
Le persigue la gente de manera
Como si fuera toro ó brava fiera."

ballo estaba en tan mal estado, que se vió obligado á bajar de él y montar otro de los destinados á conducir los bagajes, caballo fuerte que le condujo bien en toda aquella jornada (26). Habia durado ya la refriega algunas horas: tanto que el sol estaba ya en la mitad del cielo y herian sus rayos las llanuras con mucha fuerza. Los cristianos agobiados con sus anteriores sufrimientos, y extenuados con la pérdida de sangre, comenzaban á flaquear, mientras que el enemigo reforzado por tropas frescas, peleaba todavía con brio, y conociendo su ventajosa posición atacó á los españoles con redoblados esfuerzos. Retrocedió la caballería agolpándose sobre la infantería, y ésta buscando en vano un paso por entre las densas filas del enemigo que habia cerrado ya la retaguardia, fué puesta en algun desórden. El resultado de la batalla iba rápidamente declarándose contra los cristianos: pronto se decidiria la suerte del dia; y todo lo que al parecer les restaba, era vender sus vidas tan caras como pudieran.

En tan crítico momento Cortés, cuya penetrante vista habia estado recorriendo el campo en busca de un objeto que le ofreciera medios de contener la ruina que le amenazaba, levantándose sobre los estribos, descubrió á lo lejos un gefe que por su traje y cortejo militar conoció debia ser el caudillo del ejército enemigo. Iba cubierto con un rico manto de plumaje, y un penacho de hermosas plumas engastadas en oro y cubiertas de piedras preciosas ondeaba sobre su cabeza. Elevándose sobre ésta, precisamente á su espalda y entre sus dos hombros, veíase una pequeña asta que llevaba una red de oro por pendon; extraño pero comun distintivo de un general azteca. Venia el cacique cuyo nombre era Cihuaca, en una litera, y rodeábale un destacamento de jóvenes guerreros, cuyos vistosos y ricos vestidos daban á conocer eran la flor de la nobleza india, los cuales servian como de guardia de su persona y de la sagrada insignia.

No bien distinguió la vista de águila de Cortés á este personaje, cuando lució en su frente la expresion del triunfo. Volviéndose prontamente á los caballeros que le acompañaban, entre quienes se contaban Sandoval, Olid, Alvarado y Avila, señalóles al gefe, diciéndoles: "allí está nuestro blanco; seguidme y ayudadme." Luego prorumpiendo en su grito de guerra, y picando con su acerada planta los ijares de su caballo, se metió en lo mas reñido del combate. Sorprendidos y atemorizados sus enemigos con la impetuosidad del ataque retrocedieron; y los que no lo hicieron, ó fueron atravesados con su lanza, ó derribados por la fuerza de su caballo. Seguíanle muy cerca los caballeros, que recorrían las filas enemigas con el efecto del rayo, destrozándolas, sembrando el camino de moribundos y muertos, y salvando todos los obstáculos que se les presentaban. En pocos momentos estuvieron cerca del gefe indio, y adelantándose Cortés á su escolta, se dirigió á él con la fuer-

(26) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 13.

"Este caballo arriero," dice Camargo, "le sirvió en la conquista de Méjico, y en la última guerra que se dió se le mataron." Hist. de Tlascala, MS.

za de un leon, y atravesándole con su lanza le tendió en tierra. Un jóven caballero, llamado Juan de Salamanca, que habia peleado al lado de Cortés, desmontó precipitadamente y acabó de dar muerte al indio. Luego apoderándose de su estandarte lo presentó á Cortés, como un trofeo á que tenia mas derecho que ningun otro (27). Todo fué obra de un momento. Desconcertada la guardia por la violencia del ataque hizo poca resistencia, y huyendo comunicó su espanto á todos sus camaradas. Pronto se supo en todo el campo la fatal pérdida, y llenos los indios de consternacion solo pensaron ya en huir. Poseidos de un ciego terror, su mismo número aumentaba la confusion, y se atropellaban unos á los otros, imaginándose tener al enemigo á la espalda (28).

No dejaron de aprovecharse los españoles y tlascaltecas del maravilloso cambio de su situacion. Sus fatigas, sus heridas, su hambre y su sed, todo fué olvidado con el deseo de la venganza, y siguieron al fugitivo enemigo, esparciendo la muerte á cada golpe, y tomando una completa venganza de lo que habian sufrido en los sangrientos campos de Méjico (29). Continuaron persiguiendo á los indios, hasta que hubieron abandonado enteramente el campo. Entonces, satisfechos los españoles de la matanza, volvieron á recoger el botin que habian dejado, que no era corto, pues estaba cubierto el campo de los cadáveres de los gefes á quienes los españoles, obedeciendo las instrucciones del general, habian apuntado de preferencia, y sus vestidos desplegaban toda aquella profusion de adornos y barbárica pompa que tanto agrada al guerrero indio (30). Cuando los

(27) El emperador Carlos V permitió despues á este valiente caballero, que usara de ese trofeo en su escudo de armas en memoria de su hazaña. Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.

(28) Todos los historiadores elogian este heroico hecho de Cortés, quien con solo su brazo, dice Gomara, salvó á todo el ejército. Grónica, cap. 110.—Also, Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 27.—Camargo, Hist. de Tlascalala, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 13.—Ixtlixochitl, Hist. chich., MS., cap. 89.

La breve y sumamente modesta relacion que hace el general al emperador, forma un bello contraste con el estilo hinchado de otros. "É con este trabajo fuimos mucha parte del día, hasta que quiso Dios, que murió una persona de ellos, que debia ser tan principal, que con su muerte cesó toda aquella guerra." Rel. seg., en Lorenzana, p. 148.

(29) "Pues á nosotros," dice el intrépido capitan Diaz, "no nos dolian las heridas, ni teniamos hambre, ni sed, sino que parecia que no habiamos habido ni pasado ningun mal trabajo. Seguimos la victoria matando, é hiriendo. Pues nuestros amigos los de Tlascalala estaban hechos unos leones, y con sus espadas, y montantes, y otras armas que allí apañaron, hacianlo muy bien y esforzadamente." Hist. de la conquista, loc. cit.

(30) Ibid., ubi supra.

Historia de la conquista de México, edición de José M^o González de la Victoria y María del Mar Verdejo Segura

soldados habian ya quedado en cierto modo recompensados de los últimos reveses, llamólos Cortés alrededor de sus banderas, y despues de tributar el mas humilde reconocimiento al Señor de los Ejércitos por su milagrosa salvacion (31), continuaron su marcha por el ahora desierto valle. Declinaba ya el sol á su ocaso; pero antes de que se extendieran las sombras de la noche llegaron á un templo indio, levantado en una eminencia, que proporcionaba una fuerte y cómoda posicion para pasar la noche.

Tal fué la famosa batalla de Otompan, ú Otumba, como comunmente se llama por la corrupcion que hicieron los españoles del nombre. Tuvo lugar el 8 de julio de 1520, calculando los escritores castellanos, que el número total del ejército indio era el de doscientos mil, y el de los muertos el de veinte mil. Si es exacto lo primero, no hay dificultad en creer lo segundo (32). Es casi tan dificultoso formar un cálculo exacto de la fuerza numérica de la desordenada multitud salvaje, como contar las arenas de una playa ó las esparcidas hojas del otoño. Esta fué ciertamente una de las mas notables victorias ganadas en el Nuevo Mundo, no solo por la desigualdad de las fuerzas, sino por la diferencia de situacion, pues los indios estaban en todo su vigor, y los cristianos extenuados por las enfermedades, hambre, largos y penosos sufrimientos, sin cañones ni armas de fuego, sin todo el aparato militar que tantas veces habia causado espanto á su bárbaro enemigo, faltos aún del terror que inspira un nombre victorioso. Pero tenian de su parte la disciplina, una resolucion desesperada y una ciega confianza en su gefe. El que hubieran triunfado de fuerzas tan desiguales, cfrece pruebas de la misma clase, que las que se deducen de las victorias del europeo sobre las medio civilizadas tribus del Asia.

Sin embargo, no todo debe atribuirse en este caso á la superioridad de la disciplina y táctica, pues indudablemente se hubiera perdido la batalla, á no ser por la oportuna muerte del general indio; y aunque la eleccion de la víctima

(31) El guerrero apóstol Santiago montado, como de costumbre, en su caballo, blanco como la nieve, vino esta vez en ayuda de los españoles, cuyo hecho perpetuaron, erigiendo una capilla en las inmediaciones. (Camargo, Hist. de Tlascala.) Diaz, que en casos anteriores habia dudado del milagro, lo creyó en esta indudable. Ibid., ubi supra. Segun el historiador tezcucano, venia ayudado de la Santísima Virgen y el apóstol San Pedro. (Hist. chich., MS., cap. 89.) Voltaire observa juiciosamente, "Ceux qui ont fait les relations de ces étranges événemens, les ont voulu relever par des miracles, qui ne servent en effet qu'à les rabaisser. Le vrai miracle fut la conduite de Cortés." Los que han hecho la relacion de estos extraños sucesos, han querido ensalzarlos por medio de milagros, y no han hecho mas que abatirlos. El verdadero milagro fué la conducta de Cortés. Voltaire, Essai sur les Mœurs, chap. 147.

(32) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Herrera, Hist. general, lib. 2, lib. 10, cap. 13.—Gomara, Crónica, cap. 110.

puede considerarse como resultado del cálculo, fué una rara casualidad que se hubiera encontrado en el punto donde estaban los españoles. Este es entre muchos, otro ejemplo de la influencia que ejerce la fortuna en el buen éxito de las operaciones militares. La estrella de Cortés le era entonces propicia. De otra manera, no habría sobrevivido un solo español que refiriera la sangrienta historia de la batalla de Otumba.



CAPITULO V.

LLEGADA A TLASCALA.—AMISTOSO RECIBIMIENTO.—DESCONTENTO DEL EJERCITO.—CELOS DE LOS TLASCALTECAS.—EMBAJADA DE MEJICO.

1520.

El dia siguiente temprano, levantó el ejército el campo. Parece que el enemigo no hizo tentativa alguna para volver á emprender el ataque; pero sí se presentaron varias partidas durante la mañana, conservándose á una respetuosa distancia de los españoles, aunque de cuando en cuando se aventuraban á acercarse á ellos lo bastante para saludarlos con una lluvia de flechas.

En un terreno algo elevado, descubrieron los castellanos un manantial, cosa no muy fácil de encontrar en aquellas áridas regiones, el cual recordaban con placer á causa del refrigerio que les habian proporcionado sus frescas y cristalinas aguas (1). Un poco mas adelante descubrieron la tosca muralla, que servia de baluarte y límites al territorio tlascalteca. Luego que la vieron, prorrumpieron los aliados en estrepitosas aclamaciones de regocijo, en el cual tomaron cordialmente parte los españoles, como que veían que pronto pisarian una tierra hospitalaria y amiga.

Pero á este sentimiento siguióse otro de muy diversa clase. Mientras mas se acercaban á los confines de Tlascala, mas turbaba su mente el penoso temor del modo con que los recibiría un pueblo, al cual traían el luto y la desolacion, y que si queria podia fácilmente aprovecharse de su triste situacion para aniquilarlos. Estos y otros pensamientos semejantes, dice Cortés, pesaban tan fuertemente en mi espíritu, como cualquiera otro de los que experimenté al ir á combatir con los aztecas (2). Con todo, puso como siempre buen semblante á la dificultad, y alentó á los soldados á que confiaran en los aliados, cuya pasada conducta les daba bastante fundamento para descansar en su fidelidad futura. Acon-

(1) ¿Será esta por ventura la misma fuente de que hace Fr. Toribio mencion en su noticia tipográfica del pais? "Nace en Tlaxcala una fuente grande á la parte del Norte, cinco leguas de la principal ciudad; nace en un pueblo que se llama Azumba, que en su lengua quiere decir *cabeza*, y así es, porque esta fuente es cabeza y principio del mayor rio de los que entran en la mar del Sur, el cual entra en la mar por Zacatula." Hist. de los indios, MS., Parte 3, cap. 16.

(2) "El qual pensamiento, y sospecha nos puso en tanta afliccion, quanta trabajamos viniendo peleando con los de Culúa." Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 149.

sejoles, sin embargo, que como eran tan desiguales sus fuerzas, cuidasen mucho de no dar motivo alguno de queja ó celos á sus valientes aliados. "Estad siempre prevenidos," continuó el intrépido general, "que aun tenemos corazon fuerte y brazo vigoroso para abrirnos camino por en medio de ellos" (3). Con estos alarmantes temores, dijo adios el ejército á los dominios aztecas, y volvió á pisar el suelo de la república.

El primer lugar en que se detuvieron fué la ciudad de Huejotlipan, que tenia de poblacion cerca de doce ó quince mil habitantes (4). Recibiólos el pueblo bondadosamente, y salió á encontrarlos, invitándolos á que se alojaran en sus casas, y proporcionándoles todos los auxilios que les dictaba su sencilla hospitalidad; aunque no era ésta tan desinteresada, segun dicen algunos españoles, que no tuvieran que darles en recompensa parte del rico botin tomado en la última accion (5). Descansaron allí las fatigadas tropas dos ó tres dias, y al cabo de ellos habiendo llegado la noticia de su regreso á la capital, que solo distaba cuatro ó cinco leguas, salieron el anciano cacique Maxixca que tan buena acogida les dió en su primera visita, y Xicotencatl, el jóven guerrero que segun recordará el lector mandaba los ejércitos de su nacion en los encuentros sangrientos con los españoles, acompañados de un gran número de ciudadanos á dar la bienvenida á los que buscaban refugio en Tlascala. Abrazando cordialmente Maxixca al general español, le expresó el profundo sentimiento que le inspiraban sus desgracias, añadiendo que el haber resistido los hombres blancos tan largo tiempo al poder reunido de los aztecas, era la mejor prueba de las hazañas prodigiosas que habrian ejecutado. "Nosotros," dijo el noble tlascalteca, "hemos hecho causa comun con vosotros: unos y otros tenemos agravios comunes que vengar; y ya volvais triunfantes, ya vencidos, estad ciertos de que seremos hasta la muerte vuestros leales y sinceros amigos" (6).

Esta afectuosa protesta y amistosos ofrecimientos de parte de quien ejercia mas influjo en los negocios públicos que los demas gefes, disipó las dudas que agitaban el ánimo de Cortés. Aceptó gustoso la invitacion de continuar inmediatamente su marcha á la capital, donde encontraria mas comodidades para

(3) "Y mas dixo, que tenia esperanza en Dios que los hallariamos buenos, y leales; é que si otra cosa fuese, lo que Dios no permita, que nos han de tornar á andar los puños con corazones fuertes, y brazos vigorosos, y que para eso fuésemos muy apercebidos." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 128.

(4) Llamado Gualipán por Cortés. (Ibid., p. 149.) Un azteca hubiera encontrado mucha dificultad en trazar el camino de sus enemigos por los itinerarios de estos.

(5) Ibid., ubi supra.

Juan Cano, que era del ejército, niega esto, y asegura que los recibieron los nativos como á sus hijos, y sin querer recibir ninguna recompensa. (Véase el Apéndice, parte 2, número 11.)

(6) "Y que tuviese por cierto, que me serian muy ciertos, y verdaderos amigos,

el ejército que en aquella pequeña ciudad fronteriza. Colocados los enfermos y heridos en hamacas, fueron conducidos en hombros de los hospitalarios indios, y al llegar las tropas cerca de la ciudad, salieron á recibirlas multitud de los habitantes, que llenaban el aire con gritos de júbilo y con el desconcertado ruido de sus poco armoniosos instrumentos; pero en medio del gozo general, se escuchaba el acento lastimero de algun desgraciado pariente ó amigo, que buscaba en vano entre las menguadas columnas de sus compatriotas una persona que le era cara, y que no encontrándola, manifestaba su pesar con sentidos lamentos, que conmovian á todos los soldados. Con este mezclado acompañamiento del gozo y del dolor, disímbolo tejido de la vida humana, volvieron al fin á entrar en la capital republicana las fatigadas columnas de Cortés (7).

El general y su comitiva fueron alojados en el sencillo pero espacioso palacio de Maxixca, y el resto de las tropas en los límites del distrito que presidia este noble tlascalteca. Allí permanecieron algunas semanas, hasta que la esmerada atencion de los hospitalarios ciudadanos, y los remedios que sus escasos conocimientos quirúrgicos podian proporcionarles, curaron sus heridas, y se recobraron de la debilidad á que los habian reducido sus dilatados é inexplicables sufrimientos. Cortés fué uno de los que mas padecieron, en términos de perder el uso de dos dedos de la mano izquierda (8). Habia recibido tambien dos heridas en la cabeza, una de las cuales se agravó tanto por sus subsiguientes trabajos mentales y corporales, que tomó un aspecto alarmante, y fué necesario sacarle un pedazo de cráneo. Atacóle despues una fiebre, y por varios dias el héroe, que habia desafiado los peligros y la muerte en sus mas espantosas formas, se vió tendido en el lecho del dolor tan indefenso como un niño. Pero su robusta constitucion lo hizo triunfar del mal, y pudo al fin recuperar su acostumbrada actividad (9). Recompensaron los españoles con atenta

(7) Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, ubi supra.—“Sobrevinieron las mugeres tlascaltecas; y todas puestas de luto, y llorando á donde estaban los españoles, las unas preguntaban por sus maridos, las otras por sus hijos y hermanos, las otras por sus parientes que habian ido con los españoles, y quedaban todos allá muertos: no es menos, sino que de este llanto causó gran sentimiento en el corazon del capitán, y de todos los españoles, y él procuró lo mejor que pudo consolarlas por medio de sus intérpretes.” Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 28.

(8) “Yo asimismo quedé manco de dos dedos de la mano izquierda.”—Son las mismas palabras de que usa Cortés en su carta al emperador. (Rel. seg., en Lorenzana, p. 152.) Sin embargo D. Juan Cano, cuya alianza con una familia india le hacia tener tantas simpatías por los aztecas como por los españoles, aseguró á Oviedo cuando lamentaba la desgracia de Cortés, que podia excusar su sentimiento, pues tenia los mismos dedos que habia traído de Castilla. (Véase el Apéndice, parte 2, número 11.) ¿No podria suceder que al decir manco hubiera querido dar á entender liciado ó estropeado?

(9) “Fueron á Cortés con honra tan ma, que se le puso la cabeza, y por que

generosidad los servicios de sus amigos los tlascaltecas, dividiendo con ellos los despojos de la última victoria, y especialmente Cortés complació mucho á Maxixca, regalándole el trofeo militar que habia ganado al general indio (10).

Pero entre tanto iban restaurando los españoles su salud y sus fuerzas, merced al bondadoso trato de los aliados, y recobrando la confianza y tranquilidad de espíritu que les habian arrebatado sus últimas desgracias, recibian de cuando en cuando, noticias que mostraban que su último desastre no habia sido solo el que experimentaron en la capital de Méjico. Cuando vino Cortés á encontrar á Narvaez, habia traído consigo cierta cantidad de oro que dejó por seguridad en Tlascala, á cuya suma se añadió la no poco considerable que colectó el malogrado Velazquez de Leon en su expedicion á la costa, así como tambien las contribuciones de varias provincias. A causa del levantamiento de la capital, creyó el general conveniente cuando volvía á ella, dejar todavía el tesoro al cuidado de algunos soldados inválidos, que cuando estuvieran en estado de marchar habian de reunírsele en Méjico. Despues habia llegado una partida de Veracruz, compuesta de cinco caballos y cuarenta infantes, y encargádose de escoltar á los enfermos y tesoro hasta la capital. Supo entonces que habian sido atacados en el camino, y que derrotados enteramente habian perdido todo el tesoro. Otros doce soldados que marcharon en la misma direccion, habian sido asesinados en la provincia inmediata de Tepeaca; y continuamente se recibia noticia de algun desgraciado castellano, que confiado en el respeto que hasta entonces se habia mostrado á sus compatriotas, é ignorante de los desastres de la capital, habia sido víctima del furor del enemigo (11).

Estas funestas noticias inspiraron á Cortés tristes temores con respecto á la colonia de la Villa-Rica, último asilo de su esperanza. Despachó por lo mismo un mensajero de confianza, y tuvo la inexplicable satisfaccion de recibir en contestacion una carta del comandante de la plaza, participándole estaba salva la colonia, y en relaciones amistosas con sus vecinos los totonacas. Era la mejor garantía de la fidelidad de estos, que habian ofendido muy gravemente á los mejicanos para que pudieran esperar perdon.

Mientras la suerte de Cortés presentaba un aspecto tan triste en cuanto á

no le curaron bien, sacándole cascos, ó por el demasiado trabajo que pasó." Gomara, Crónica, cap. 110.

(10) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 13.—Bernal Diaz, Ibid., ubi supra.

(11) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 150.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15.

Herrera copia la siguiente inscripcion, que se encontró grabada en la corteza de un árbol sin duda por alguno de estos desdichados españoles. "Por este camino pasó Juan Juste y sus miserables compañeros que estaban tan acosados del hambre, que tuvieron que dar una barra de oro macizo con peso de ochocientos ducados por unas

las hostilidades del enemigo, tuvo que experimentar otra desgracia no menos seria en el descontento de sus soldados. Muchos de ellos habian creído que los últimos desastrosos reveses darian fin á la expedicion, ó al menos alejarian toda idea de insistir en ella por entonces; pero conocian poco á Cortés los que raciocinaban así. Aun tendido en el lecho de dolor, estaba revolviendo en su mente nuevos planes para recobrar su honor, y el imperio que se habia perdido por falta de otros mas bien que por la suya. Hízose esto manifiesto luego que convalació, por los nuevos reglamentos que formó para el ejército, como tambien por las órdenes que envió á Veracruz con el fin de que le proporcionaran nuevos refuerzos.

La noticia de todo esto causó mucha inquietud á los soldados descontentos, que casi todos eran de los que habian venido con Narvaez, y á quienes como hemos visto, les habia cabido la peor parte de la guerra. Muchos de ellos tenian propiedades en las islas, y habian tomado parte en la expedicion con la esperanza de aumentarlas; pero no habian encontrado en Méjico ni oro, ni gloria. El servicio que prestaban entonces los llenaba de disgusto, y los pocos, comparativamente hablando, que habian tenido la suerte de sobrevivir, deseaban con ansia volver á sus ricas minas y hermosas fincas de Cuba, maldiciendo amargamente el dia en que las habian dejado.

Viendo que el general hacia poco caso de sus quejas, dispusieron hacerlas por escrito, repitiendo su peticion mas formalmente. Representaron la temeridad de insistir en una empresa que se hallaba en tan mal estado, pues faltábanles, no solo armas y municiones, sino hasta hombres, y esto cuando tenian que luchar con un poderoso enemigo que podia proporcionarse muchos recursos. Era pues una locura pensar en ella, y aun era de temer que el intentar la los llevaria á la piedra del sacrificio. No les quedaba mas arbitrio que dirigirse á Veracruz, y cada hora de tardanza podia serles fatal. La guarnicion de esta plaza podia ser vencida por no tener la fuerza necesaria para defenderse por sí sola, y así perderian hasta su último asilo; pero una vez allí, podian esperar con alguna seguridad refuerzos de la madre patria, y en caso de una desgracia escaparse con mas facilidad. Concluia la representacion insistiendo en que se les permitiese volver al instante al puerto de la Villa-Rica. Esta peticion, ó mejor dicho protesta, iba firmada de todos los soldados desafectos, y despues de haber sido formalmente autorizada por el notario real se le presentó á Cortés (12).

Era un acontecimiento demasiado serio para este. Lo que mas le afectó, fué encontrar allí el nombre de su amigo el secretario Duero, á cuyos buenos oficios habia debido principalmente el mando del ejército. Sin embargo, no

(12) Esto trae á la memoria la representacion del mismo género que hicieron á Alejandro sus soldados cuando llegaron á Hystaspis; pero esta obtuvo mejor resultado como era regular, pues Alejandro seguia adelante por saciar su ambicion indefinida de conquista, mientras que Cortés solo trataba de llevar al cabo su ya principiada empresa. Lo que era locura en Alejandro era heroismo en Cortés.

por esto vaciló un momento en su propósito. Aunque al parecer carecia de todos los recursos exteriores, y sus amigos, ó le faltaban ó le abandonaban, no desmintió su carácter. Conocia que retirarse á Veracruz, seria abandonar la empresa. Llegando allá, pronto encontraría el ejército pretexto para sublevarse, y regresar á las islas, y entonces todos sus planes ambiciosos vendrian por tierra: perderíase para siempre la presa que ya tenia en sus manos; seria un hombre arruinado.

En su célebre carta al emperador Carlos V, dice, "que reflexionando sobre su posicion, conoció la verdad del antiguo proverbio español, de que la fortuna ayuda al audaz. Los españoles éramos soldados de la cruz, y confiando en la infinita bondad y misericordia de Dios, no podia creer permitiese que nosotros, y su santa causa pereciéramos á manos del infiel" (13). Resolvió por lo mismo no bajar á la costa, sino contramarchar á todo riesgo, y atacar de nuevo al enemigo en su propia capital.

En este mismo resuelto tono contestó á los soldados descontentos (14), y usó de todos los argumentos que podian mover su orgullo y honor como caballeros. Apelo á aquel antiguo valor castellano, que jamas se habia visto ceder á presencia del enemigo: rogóles no desmintieran los heroicos hechos que habian hecho resonar su nombre por la Europa entera; que no dejaran la empresa media concluida para que viniesen á consumarla otros mas osados ó mas felices. ¿De qué manera honrosa podian abandonar á los aliados tlascaltecas, á quienes habian envuelto en la guerra, ni cómo podrian dejarlos indefensos, expuestos á la venganza de los aztecas?

Retroceder un solo paso hácia la Villa-Rica, seria proclamar su debilidad, desanimar á los aliados, é infundir confianza al enemigo. Suplicóles por lo mismo confiaran en él, y reflejaran, que si habian encontrado reveses, él habia cumplido todo, y aun mas de lo que les habia ofrecido. Seria fácil reponer sus pérdidas si tenian paciencia, y permanecian en esta tierra hospitalaria hasta recibir refuerzos, que pronto vendrian si se pedian, y los pondrian en estado de hacer una guerra ofensiva. Si habia no obstante algunos incapaces de ser movidos por las razones que mueven el corazon de todo hombre valiente, de manera que prefirieran el descanso en sus hogares á lo gloria de esta extraordinaria conquista, no se opondria á sus deseos. Vayan en buena hora. Dejen á su general en tan duro conflicto, que él se encontrará

(13) "Acordándome, que siempre á los osados ayuda la fortuna, y que éramos christianos y confiando en la grandíssima Bondad, y Misericordia de Dios, que no permitiría, que del todo pereciésemos, y se perdiese tanta, y tan noble Tierra." Rel. seg., en Lorenzana, p. 152.

(14) Tal contestacion, dice Oviedo, manifiesta que era hombre de un espíritu indomable y de elevadas cualidades. "Pareceme que la respuesta que á esto les dió Hernando Cortés, é lo que hizo en ello, fué una cosa de ánimo invencible, é de varon de mucha suerte é valor." Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15.

mas seguro con los servicios de unos cuantos valientes, que rodeado de un ejército de falsos y cobardes guerreros (15).

Las tropas desafectas eran, como ya se ha dicho, en su mayor parte las que vinieron con Narvaez. Cuando los veteranos que habian seguido al general, oyeron sus palabras (16), hirvió su sangre de indignacion al solo pensar que hubiera quien quisiera abandonarle en tan crítico momento. Se comprometieron á acompañarle hasta el último trance, y acallados los descontentos, si no convencidos por la expresion de este sentimiento generoso de sus camaradas, consintieron en retardar por entonces su marcha, bajo la promesa de que no se les pondria otro obstáculo, luego que se presentara mas favorable ocasion (17).

Apenas habia vencido esta dificultad, cuando se vió Cortés amenazado de otra mas seria, en los celos que se suscitaron entre sus soldados y los indios aliados. Sin embargo de las muestras de consideracion que les dispensaban Maxixca y sus inmediatos súbditos, habia otros tlascaltecas que miraban con aversion á sus huéspedes, por las desgracias en que los habian envuelto, y preguntaban con insolencia, si ademas de esto habia de gravárseles con la presencia y manutencion de los extranjeros. Estas señales de descontento no fueron tan secretas que no llegaran á oídos de los españoles, en quienes produjeron no poca inquietud. Provenian, es verdad, de personas de poca importancia, pues los cuatro gefes principales de la república eran celosamente adictos á Cortés; pero les daba que sospechar la conducta del belicoso Xicotencatl, en cuyo pecho aun ardian las cenizas de aquel odio implacable que tan valerosamente habia desplegado en el campo de batalla; y algunas chispas de este fiero carácter se encendian á veces por el trato íntimo que contra su voluntad tenia con sus antiguos antagonistas.

Vió Cortés con alarma aquellas señales crecientes de enemistad, que podian minar los cimientos en que debia descansar la palanca de sus futuras operacio-

(15) "É no me hable ninguno en otra cosa; y el que desta opinion no estuviere, váyase en buen hora, que mas holgaré de quedar con los pocos y osados, que en compañía de muchos, ni de ninguno cobarde, ni desacordado de su propia honra." Hist. de las Ind., MS., loc. cit.

(16) Oviedo emplea varias páginas en copiar la arenga de Cortés, en la que el orador cita á Jenofonte y la historia antigua de los judíos, estilo mas propio del claustro que del campo; y ni Cortés era pedante ni sus soldados literatos.

(17) Sobre esta turbulenta desavenencia puede verse á Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 129,—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 152.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15,—Gomara, Crónica, cap. 112 y 113,—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 14.

Diaz se irrita mucho contra el capellan Gomara, por no distinguir á los antiguos veteranos de Cortés de los reclutas de Narvaez, y complicar á unos y á otros en la rebelion. Lo que dice el capitan parece mas cierto, y por eso lo he adoptado en el texto.

nes, y empleó todos los argumentos posibles para restablecer la confianza en sus soldados. Recordóles los buenos servicios que habian recibido constantemente de la masa de la nacion: hízoles ver la garantía suficiente de la fidelidad de los tlascaltecas que les daba su odio arraigado á los aztecas, odio que las últimas desgracias causadas por la misma mano debian haber avivado; y manifestóles con el mayor ahinco, que si los tlascaltecas abrigaran contra ellos designios hostiles, ciertamente se habrian aprovechado de su angustiada situacion, y no habrian esperado á que se hubiesen recobrado de sus fatigas y hubieran adquirido los medios de oponer resistencia (18).

Mientras Cortés procuraba aquietar de esta manera con éxito dudoso sus temores y los de sus compañeros, sobrevino un acontecimiento que felizmente terminó la cuestion, y afirmó de una manera estable las relaciones con la república. Este mismo acontecimiento, hace necesario dar noticia de lo acaecido en Méjico, despues de la salida de los españoles.

Muerto Montezuma, fué electo para substituirle en el trono, conforme á las reglas establecidas por el uso en la sucesion de la corona azteca, su hermano Cuitlahua, señor de Iztapalapan. Era un príncipe activo, muy experimentado, y de una energía de carácter propia para sostener la vacilante monarquía. Además, parece que era hombre liberal, y aun puede llamarse ilustrado, si ha de juzgarse por los hermosos jardines de su ciudad de Iztapalapan, que sembró de plantas exóticas, y que tanto llenaron de admiracion á los españoles. Muy contrario á su predecesor, detestaba á los hombres blancos, y tuvo probablemente el gusto de solemnizar el día de su coronacion con el sacrificio de muchos de ellos. Luego que salió libre del cuartel de los españoles, donde habia sido detenido por Cortés, tomó parte en los patrióticos movimientos de su pueblo. El habia dirigido los ataques de las calles de la ciudad y los de la noche triste, y á instancias suyas se reunió el poderoso ejército, que disputó el paso á los españoles, en el valle de Otumba (19).

Desde que estos evacuaron la capital, se habia ocupado activamente en reparar los daños que habia sufrido, en reedificar las casas y puentes, y ponerla en el mejor estado de defensa. Habia procurado tambien mejorar la disciplina y armamento de sus tropas: introdujo en ellas el uso de las largas lanzas; y colocando en largas picas las hojas de espada quitadas á los cristianos, formó una arma formidable contra la caballería. Excitó á todos sus vasallos de lejos y de cerca á que estuviesen prontos á marchar al auxilio de la capital, si era neces-

(18) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10. cap. 14.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 29.

(19) Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 47.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 166.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 27 y 29,

O por mejor decir, por instigaciones del gran demonio, capitan de los demas demonios, llamado Satanás, que dirigia todo en Nueva España á su voluntad y placer, antes de que llegaran los españoles. Con tan elocuente exordio comienza el P. Sa-

rio; y para ganar mejor su afecto, los exoneró de algunos de los impuestos que acostumbraban pagar. Pero iba á experimentar la inseguridad de un gobierno, que solo descansa en el miedo y no en el amor de sus súbditos. Los pueblos de las inmediaciones del valle le fueron fieles, pero otros permanecieron tranquilos, inciertos sobre qué camino tomar, al paso que algunos de las demas provincias distantes, rehusaron abiertamente obedecer, considerando este un momento favorable para sacudir el yugo que por tanto tiempo las habia oprimido (20).

En este conflicto mandó el gobierno una embajada á sus antiguos enemigos los tlascaltecas. Componíanla seis nobles aztecas, que llevaban un presente de telas de algodón, sal y otros efectos, que hacia algun tiempo eran muy escasos en la república. Los gefes de ésta admirados de tal acto de condescendencia por parte de sus inveterados enemigos hasta entonces sin ejemplo, convocaron el consejo ó senado, compuesto de todos los principales gefes.

Ante esta asamblea expusieron los aztecas el objeto de su misión. Invitaron á la república á olvidar todos los agravios pasados, y á celebrar con ellos un tratado. Manifestaron que todas las naciones del Anáhuac debían hacer causa común para defender su país de la invasión de los hombres blancos. Los tlascaltecas harían caer sobre su cabeza la ira de los dioses si continuaban dando hospitalidad á unos extranjeros, que habían violado y destruido sus templos. Dijéronles, que si confiaban en la protección y ayuda de estos aventureros, tomaran ejemplo de lo que había sucedido en Méjico, en cuyos muros habían sido recibidos amistosamente, y á la que en recompensa habían llenado de sangre y reducido á escombros. Conjuráronlos por respeto á su religion común á no sufrir que los hombres blancos, reducidos como estaban entonces al último extremo de miseria, escaparan de sus manos, é instáronles á sacrificarlos á todos á los dioses, cuyos templos habían profanado. En tal caso ofrecían la alianza de Méjico y restablecer el lucrativo comercio que proporcionaría á la república todos los artículos de comodidad y lujo, de que tanto tiempo habia estado privada.

Muy diverso efecto produjeron en el senado las propuestas de los embajadores. Xicotencatl fué de dictámen que se aceptasen al punto, pues era mejor unirse con los de su misma raza, que hablaban el mismo idioma, que profesaban la misma fe y tenían las mismas costumbres, que echarse en brazos de los orgullosos extranjeros, quienes aunque hablaban de religion, no adoraban mas dios que el oro. Siguió esta opinion toda la juventud guerrera, cuyo pecho se inflamó de entusiasmo al escuchar el discurso del intrépido caudillo; pero los gefes ancianos, especialmente el ciego Xicotencatl, uno de los cuatro gefes del estado que parece era muy adicto á los españoles, y Maxixca íntimo amigo de ellos, se expresaron fuertemente contra la propuesta alianza con los aztecas. Son siempre los mismos, dijo el último; lisonjeros en sus palabras, y falsos en

(20) Ixtlixochitl, Hist. chich., MS., cap. 88.—Sahagun, Hist. de Nueva España, lib. 12, cap. 29.—Herrera, Hist. general, lib. 10, cap. 19.

sus sentimientos. Es el miedo quien los obliga á solicitar nuestra amistad; pero luego que éste pase volverán á su antiguo rencor. ¿Quiénes sino estos suspicaces enemigos han por tanto tiempo privado á la república de los objetos mas precisos de la vida, que ahora ofrecen tan liberalmente? ¿No son los blancos á quienes se debe que la nacion posea ya esos bienes? ¡Y sin embargo, se nos excita á sacrificar en las aras de los dioses á guerreros, que despues de pelear en favor de la república se han entregado á nuestra hospitalidad! Los dioses aborrecen la perfidia; y por otra parte, ¿no son los hombres blancos, los mismos cuya venida está anunciada por los oráculos? Aprovechémonos pues de su llegada, y hagamos causa comun con ellos para humillar enteramente á nuestros orgullosos enemigos.

Este discurso provocó una viva réplica por parte de Xicotencatl, hasta que agotada la paciencia del anciano gefe, sustituyó la fuerza á las razones, y arrojó de la cámara á su jóven antagonista. Una conducta tan contraria al decoro acostumbrado en los debates parlamentarios de la nacion, llenó de asombro á la asamblea. Los mas exaltados partidarios de Xicotencatl, temieron sostener á un general que habia recibido tal señal de desprecio del gefe á quien mas veneraban. Su mismo padre le condenó públicamente, y el jóven y patriota guerrero, dotado de mas prevision que sus compatriotas, quedó aislado en el consejo, como antes lo habia estado en el campo de batalla. Fué, pues, rehusada unánimemente la ofrecida alianza de los mejicanos; y temiendo los enviados que aun el sagrado carácter de que iban revestidos no los librara de alguna violencia, se escaparon secretamente de la capital (21).

El resultado de la conferencia fué de la mayor importancia para los españoles, quienes en la triste situacion en que se encontraban, y especialmente si se les cogia desprevenidos, hubieran quedado probablemente á merced de los tlascaltecas. De todas maneras, la union de estos con los aztecas hubiera fijado la suerte de la expedicion, pues careciendo de recursos propios solo podia esperar Cortés su triunfo, valiéndose de una parte de la poblacion para combatir á la otra.

(21) La discusion del senado tlascalteca la refieren con mas ó menos pormenores, pero sustancialmente lo mismo los autores siguientes. Camargo, Hist. de Tlascala, MS.,—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap 29,—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 12, cap. 14. Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 129,—Gomara, Crónica, cap. 111.

CAPITULO VI.

GUERRA CON LOS PUEBLOS VECINOS.—TRIUNFO DE LOS ESPAÑOLES.—
MUERTE DE MAXINCA.—LLEGADA DE REFUERZOS.—VUELVEN LOS ES-
PAÑOLES TRIUNFANTES A TLASCALA.

1520.

Animado Cortés con el resultado de la discusion del senado, resolvió emprender algunas operaciones activas, considerando ser este el mejor medio de contener el espíritu de faccion y el descontento inevitablemente fomentado por una vida ociosa. Primero se propuso ejercitar sus tropas contra algunas de las tribus vecinas, por haber puesto mano violenta sobre algunos españoles, que fiándose en las muestras que tenian recibidas de amistad habian atravesado su territorio. Contábase entre estas tribus la de los tepanecas, pueblo que frecuentemente estaba empeñado en guerra con los tlascaltecas, y que, como se ha dicho en el capítulo anterior, habia recientemente asesinado á doce españoles que se dirigian á la capital. Una expedicion contra ella seria fácilmente apoyada por los aliados, y recobraria la dignidad del nombre castellano, muy menoscabada en la estimacion de los nativos á consecuencia de las últimas desgracias.

Era una tribu poderosa procedente del mismo tronco que los aztecas de quienes eran tributarios. Habian jurado vasallaje á los españoles cuando entraron en el pais, intimidados con las sangrientas derrotas de sus vecinos los tlascaltecas; pero despues del levantamiento de la capital habian vuelto á someterse al cetro mejicano. Su capital, que es hoy una pequeña aldea, era en la época de la conquista una ciudad floreciente, situada en las fértiles llanuras que se estienden al pié de Orizava (1). Contenia ademas la provincia, varias ciudades de considerable extension, ocupadas por una valiente y decidida poblacion.

Como que estos indios habian ya reconocido la autoridad de Castilla, miraron Cortés y sus oficiales su conducta presente como una rebelion, y se resolvió en junta de guerra, que todos los que hubieran tenido parte en el asesinato de los españoles, habian incurrido en la pena de esclavitud (2). Sin embargo,

(1) El nombre indio de la capital, lo mismo que el de la provincia, era *Tepejacac*, y fué corrompido por los españoles en *Tepeaca*; pero es necesario confesar que ganó en el cambio.

(2) "Y como aquello vió Cortés, comunicólo con todos nuestros capitanes, y soldados: y fué acordado, que se hiciese un auto por ante escribano, que diese fe de todo lo pasado, y que se diesen por esclavos." Bernal Diaz, Hist. de la conquista,

antes de proceder contra ellos, mandó intimarles el general se rindiesen, ofreciéndoles perdon por lo pasado, y amenazándolos con el mas severo castigo si rehusaban hacerlo. Los indios, que ya estaban sobre las armas, contestaron con insultos, desafiando á los españoles á presentarse en el campo de batalla, pues necesitaban víctimas para sus sacrificios.

Púsose Cortés sin tardanza á la cabeza de su reducida tropa de españoles y un gran número de guerreros tlascaltecas, acaudillados estos por el joven Xicotencatl, quien parecia entonces dispuesto á olvidar sus resentimientos y deseoso de aprender el arte de la guerra, militando bajo las órdenes de un gefe que tantas veces le habia vencido (3).

Esperaron los tepanecas al enemigo en las fronteras, donde se dió una sangrienta batalla en que no pudo operar cómodamente la caballería á causa de las altas cañas de maíz que cubrian parte de la llanura. Triunfaron al fin los españoles: abandonaron los indios el campo que habian sostenido como buenos guerreros; y fueron completamente derrotados sufriendo una gran pérdida. Pocos dias despues tuvo lugar otro encuentro, cuyo resultado fué igualmente decisivo, y los españoles y tlascaltecas victoriosos encaminándose directamente á la ciudad de Tepeaca hicieron su entrada triunfante (4). No opuso el enemigo mas resistencia; y toda la provincia, para evitar mayores calamidades, se apresuró á prestar obediencia. Cortés sin embargo impuso el meditado castigo á los lugares implicados en el asesinato. Sus habitantes fueron marcados como esclavos con un hierro hecho ascua, y despues de haberse reservado la quinta parte de ellos para la corona de Castilla, se distribuyeron los restantes entre los españoles y los aliados (5). Era muy comun entre los primeros el sistema de repartimientos establecido en las islas; pero este era el primer ejemplo de esclavitud en la Nueva España; y esta providencia la justificaba en opinion del general y sus casuistas militares la grave falta de los indios. La senténcia sin embargo no fué confirmada por la corona (6), que como la legislacion colonial muestra claramente, estaba siempre en pugna con la avidez y codicia de los conquistadores.

(3) Los historiadores calculan que se compondria el ejército de cincuenta mil hombres; mitad de la fuerza de que, segun Toribio, podia disponer la república. "De la cual, (Tlascala,) como ya tengo dicho, solian salir cien mil hombres de pelea." Hist. de los indios, MS., Parte 3, cap. 16.

(4) "Aquella noche," dice el crédulo Herrera, hablando de la orgia que siguió á una de las victorias, "tuvieron los indios aliados una gran cena de piernas y brazos; pues ademas de un número increíble de asados, hechos en asadores de madera, habia cincuenta mil platillos de carne humana preparada de diversas maneras." (Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 15.) Tal banquete no debió ser muy agradable al olfato de Cortés.

(5) "Y allí hizieron hazer el hierro con que se habian de herrar los que se tomaban por esclavos, que era una G., que quiere decir guerra." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 130.

Satisfecho Cortés con esta demostracion de venganza, fijó su cuartel general en Tepeaca, que situada en un pais cultivado, proporcionaba muchos recursos para la mantencion del ejército, mientras que su posicion en las fronteras mejicanas la hacian un buen punto de apoyo para las subsecuentes operaciones.

El gobierno azteca luego que supo el resultado de la embajada que mandó á Tlascala, se habia apresurado á fortificar por aquella parte la frontera. Se reforzó la guarnicion, y numerosos cuerpos de tropas marcharon en la misma direccion con órden de ocupar todas las posiciones fuertes de la propia frontera. La conducta de estas tropas fué como de costumbre, arrogante y vejatoria, lo que disgustó mucho á los habitantes.

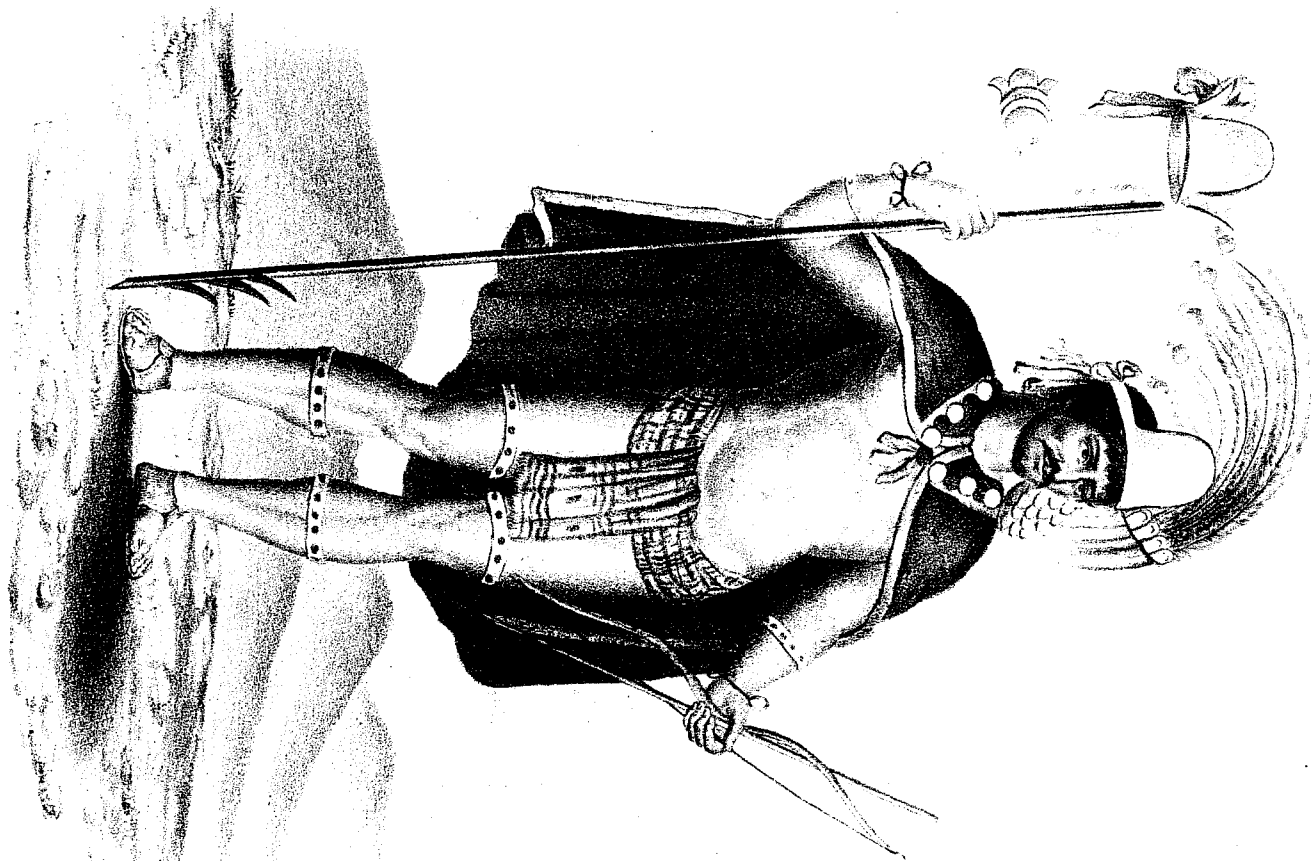
Uno de los lugares donde habia guarnicion de los aztecas era Quauhquechollan (7), ciudad que segun los historiadores, contenia treinta mil habitantes, y distaba de los cuarteles españoles doce leguas ó mas al S. O. Hallábase situada en la extremidad de un valle profundo, al pié de una cordillera de escarpados cerros, ó mas bien dicho de montañas, y flanqueada por dos rios cuyas riberas eran altas y llenas de precipicios. El único camino por donde se podia llegar fácilmente á ella, estaba protegido por una muralla de piedra de mas de veinte piés de altura, y de considerable espesor (8). En esta plaza tan fuertemente defendida por el arte y por la naturaleza, puso el emperador azteca una guarnicion compuesta de algunos miles de guerreros, y una fuerza mucho mas formidable ocupaba las alturas que dominaban la ciudad.

El señor de este lugar, impaciente por sacudir el yugo mejicano, llamó á Cortés en su auxilio, prometiéndole que los ciudadanos cooperarian al ataque contra las tropas aztecas. Gustoso aceptó el general la propuesta, y destacó á Cristóbal de Olid, con doscientos españoles y un respetable cuerpo de tlascaltecas en ayuda del cacique (9). En el camino se reunieron á Olid muchos voluntarios de la ciudad india y de la capital vecina de Cholula, pidiéndole unos y otros con instancia que los emplease. El número y el ahínco que mostraban estos auxiliares porque se les ocupara, excitó las sôspechas del comandante, y fueron apoyados por los temores de los soldados de Narvaez, cuya imaginacion, llena aún de los horrores de la *noche triste*, veian en el amistoso empeño de sus nuevos aliados pruebas de una pérvida inteligencia con los aztecas. Comunicándose á Olid esta desconfianza, contramarchó á Cholula, apre-

(7) Llamada por los españoles Huacachula, y escrita de diversas maneras por los autores antiguos, cuya diferencia puede explicarse por la gran confusion de consonantes.

(8) "Y toda la ciudad está cercada de muy fuerte muro de cal y canto, tan alto, como cuatro estados por de fuera de la ciudad: é por de dentro está casi igual con el suelo. Y por toda la muralla va su pretil, tan alto, como medio estado, para pelear, tiene quatro entradas, tan anchas, como uno puede entrar á caballo." Rel. seg., p. 162.

(9) El nombre de este caballero lo escriben de ordinario los historiadores, Olid;



TEZOMOC

Rey de Acapozalco,
de quien descienden los Reyes de Tlaltelotlo.

só á los gefes que le parecieron mas sospechosos por haberle ofrecido primero sus servicios, y los envió á Cortés bajo la vigilancia de una buena escolta.

Despues de un escrupuloso exámen quedó convencido el general de la inocencia de las personas que se habian creido sospechosas: manifestóles cuán profundamente sentia el trato que habian recibido, procurando indemnizarlos en cuanto pudo con liberales obsequios; y como habia visto el peligro de fiar una empresa de tal importancia á otras manos, se puso él mismo á la cabeza del resto de sus tropas, y marchó á unirse á su oficial en Cholula.

Habia arreglado con el cacique de la ciudad adonde se dirigia, que tan pronto como se avistasen los españoles se echarian los habitantes sobre la guarnicion. Todo se hizo como estaba concertado. Luego que los batallones cristianos desfilaron por las llanuras de frente á la ciudad, atacaron los habitantes á la guarnicion azteca con extremada furia. Los que la componian, abandonando las fortificaciones exteriores se replegaron al templo mayor, donde sostuvieron una reñida lucha con sus contrarios. En el calor de ella entró Cortés en la plaza á la cabeza de su caballería, y dirigió personalmente el ataque. Los aztecas hicieron una valerosa defensa; pero llegando constantemente nuevas tropas en auxilio de los asaltantes, al fin tomaron las fortificaciones, y todos los de la guarnicion fueron pasados á cuchillo (10).

Entre tanto las fuerzas mejicanas que ocupaban las alturas inmediatas, habian bajado á socorrer á la guarnicion, y formándose en órden de batalla en los suburbios de la ciudad, donde tuvieron un encuentro con las fuerzas tlascaltecas. „Debian ser,” dice Cortés hablando de los enemigos, “lo menos treinta mil hombres, y era un hermoso espectáculo aquel lucido ejército, cuyos guerreros ostentaban con profusion el oro, las joyas, y los variados plumajes” (11). La accion fué bien sostenida por los dos ejércitos indios. Púsose fuego á los suburbios, y en medio de las llamas, rompiendo Cortés y sus escuadrones por entre los enemigos, desordenaron sus filas y los obligaron á huir en desórden á la estrecha garganta de la montaña de donde habian venido. No obstante que el camino era escabroso y lleno de precipicios, tanto los españoles como los tlascaltecas persiguieron muy de cerca al enemigo, y escalando las tropas ligeras la encumbrada muralla que rodea el valle, atacaron al enemigo por sus flancos. Era el calor excesivo, y ambos combatientes estaban tan extenuados de fatiga, que con dificultad, dice el historiador, podian los unos

(10) „Porque yo quisiera,” dice Cortés, “tomar algunos á vida para me informar de las cosas de la gran ciudad, y de quien era señor despues de la muerte de Montezuma, y de otras cosas; y no pude tomar sino uno mas muerto que vivo.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 159.

(11) „Y á ver que cosa era aquella, los cuales eran mas de treinta mil hombres, y la mas lúcida gente que hemos visto, porque traian muchas joyas de oro, y plata, y plumajes.” Ibid., p. 160.

perseguir, y los otros huir (12); pero no estaban demasiado cansados para matar, pues los mejicanos sufrieron una espantosa carnicería. No encontraron conmiseración en sus enemigos indios que tenían muchos agravios que vengar, y solo algunos pocos buscaron asilo en lo mas profundo de la sierra; pero su infatigable enemigo los persiguió hasta llegar á la escarpada cresta de la cordillera, donde comenzaba ya el campamento mejicano, que ocupaba un ancho espacio. Varios utensilios, costosos vestidos y artículos de lujo, estaban esparcidos por todo el campo, y el gran número de esclavos que servían á los guerreros, mostraba la bárbara pompa con que los nobles mejicanos salían á campaña (13). Fué un rico botín para los vencedores, que se diseminaron por el desierto campo y recogieron los despojos, hasta que la obscuridad de la noche los obligó á bajar al valle (14).

Completó Cortés el golpe atacando la ciudad fortificada de Itzacan (a), defendida tambien por una guarnicion mejicana, y situada en la profundidad de un ameno valle que era regado por canales artificiales, y donde sonreía la rica abundancia de esta feraz region de la tierra templada (15). Esta plaza aunque valerosamente defendida fué asaltada y tomada. Los aztecas fueron rechazados hasta la orilla de un rio que corría al extremo de la ciudad; y sin

(12) „Alcanzando muchos por una cuesta arriba muy agra; y tal, que quando acabámos de encumbrar la sierra, ni los enemigos, ni nosotros podíamos ir atrás, ni adelante: é así caieron muchos de ellos muertos, y ahogados de la calor, sin herida ninguna.” Ibid., p. 160.

(13) „Porque demas de la gente de guerra, tenían mucho aparato de servidores y fornecimiento para su real.” Ibid. p. 160.

(14) El capitán Díaz refiere de muy diversa manera la toma de esta fuerte posición. Segun él, cuando retrocedió Olid á Cholula por resistirse sus soldados á seguir adelante, á consecuencia de las fuertes sospechas que alimentaban de una traición por parte de los aliados, recibió de Cortés una reprension tan severa, que obligó á sus tropas á volver á emprender la marcha, y atacando al enemigo „con la furia de un tigre” le derrotó completamente. (Hist. de la conq. cap. 132). Pero ningún otro historiador contemporáneo, al menos que yo sepa, está de acuerdo con esta narración. Cortés es tan compendioso, que muchas veces es necesario completar sus omisiones con noticias sacadas de otros escritores; pero cuando él afirma positivamente un hecho, excepto cuando hay alguna razón para sospecharle de parcial, su práctica de escribir luego que pasaban los sucesos, y la facilidad de adquirir datos que le proporcionaba su posición, hacen considerarle sin disputa, como la mejor autoridad.

(a) Despues Izúcar, y ahora conocida con el nombre de Matamoros.

(15) Cortés con menos disposición para apreciar la belleza del país, que su célebre predecesor en la carrera de los descubrimientos, el gran almirante, tenía la misma facilidad para conocer la calidad del terreno. „Tiene un valle redondo muy fértil de frutas, y algodón, que en ninguna parte de los puertos arriba se hace por la gran frialdad: y allí es Tierra caliente, y cáusalo, que está muy abrigada de sierras; todo este valle se riega por muy buenas acequias, que tienen muy bien sacadas, y concertadas.”

Ibid. pp. 164 y 165.

embargo de que ellos al huir destruyeron por casualidad ó de intento los puentes que lo atravesaban, ganaron los españoles la orilla opuesta, unos vadeando el rio y otros á nado, y acosaron al enemigo con la constancia que el sabueso persigue á su caza. Aquí tambien fué cuantioso el botin, de manera que los indios auxiliares corrian por millares á alistarse bajo las banderas de un gefe que tan felizmente los conducia á la victoria y al pillaje (16).

Poco despues regresó Cortés á su cuartel general de Tepeaca, desde donde destacó á sus capitanes á expediciones, que por lo comun eran felices. Sandoval en particular, marchó contra un ejército considerable de indios que estaba situado entre el campamento y Veracruz, lo derrotó en dos campañas decisivas, y restableció así la libre comunicacion con el puerto.

El resultado de estas operaciones fué la sumision de todo el populoso y cultivado territorio que se extiende entre el gran volcan hácia el Oeste, hasta las encumbradas faldas de Orizava al Este. Tambien muchos lugares de la provincia vecina de Mixtecapan, reconocieron la autoridad de los españoles, y otros de la distante region de Oajaca, solicitaron su proteccion. La conducta que observaba Cortés con sus aliados, le habia ganado un gran crédito de desinteresado y justo. Las ciudades indias del territorio inmediato apelaban á él como juez en sus desavenencias, y aun en algunas disputas de sucesion se sujetaban á su arbitraje. Con tan discreta y moderada política, adquirió insensiblemente sobre estos indios el influjo que habian negado al feroz azteca. Extendíase su autoridad mas y mas cada dia; y así se formó un nuevo imperio en el centro mismo del pais, que formaba contrapeso al colosal poder que por tanto tiempo habia pesado sobre él (17).

Cortés se reconoció ya bastante fuerte para poner en ejecucion los planes con que habia de recobrar la capital, y que habia estado proyectando desde el momento en que le expulsaron de ella. Hasta entonces se habia equivocado con respecto á los recursos con que contaba la monarquía azteca; pero ya entonces conocia por una larga experiencia, que para vencerla no le eran suficientes sus fuerzas y todas las que por sí solo pudiese reunir, sino que necesitaba

(16) „E iban,” dice Cortés, “en mi compañía tanta gente de los naturales de la tierra, vasallos de vuestra magestad, que casi cubrian los campos y las sierras que podiamos alcanzar á ver. E de verdad habia mas de 12.000 hombres.” (Ibid.p. 162.) Cuando los conquistadores intentan fijar un número preciso, es mas seguro sustituir las frases „una multitud, una gran fuerza, &c.” dejando á la imaginacion del lector que fije el número que le parezca.

(17) Sobre las guerras con las tribus vecinas de que se habla en las páginas anteriores, además de la carta de Cortés tantas veces citada, pueden verse los escritores siguientes. Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 15,—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 15 y 16,—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 90,—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 130, 132 y 134,—Gomara, Crónica, cap. 114 y 117,—P. Mártir de Anglería, De Orbe Novo, déc. 5, cap. 6,—Camargo, Hist. de Tlascal-

el auxilio eficaz de los indios. Un poderoso ejército demandaba grandes gastos para su manutencion, y esos gastos no podian erogarse durante un sitio prolongado sin la cooperacion de los naturales. Tales auxilios podria estar seguro de que los tendria ahora de Tlascalca, y de otros distritos indios, cuyos guerreros deseaban servir bajo sus banderas. El largo trato que habia tenido con los naturales le habia hecho adquirir un perfecto conocimiento de su carácter nacional, y de su sistema de guerra; y al mismo tiempo los que habian servido á sus órdenes, si habian aprendido poco de la táctica española, sabian ya obrar de concierto con los hombres blancos y obedecer implícitamente á Cortés, como á su gefe. Era este un adelanto importante para tropas tan bárbaras y desordenadas, y aumentaba considerablemente la fuerza que les daba su número.

La experiencia habia demostrado á Cortés que para dar un nuevo ataque á la capital no debia confiar en las calzadas, y que para vencer le era necesario hacerse dueño del lago. Propuso por lo mismo fabricar algunos buques semejantes á los construidos en tiempo de Montezuma, que despues fueron destruidos por los habitantes. Para esto contaba con los servicios del experimentado carpintero Martin Lopez, que como hemos visto, habia escapado felizmente de la matanza de la noche triste. Envióle Cortés á Tlascalca con orden de construir trece bergantines que pudieran desarmarse, y ser llevados en hombros de los indios para ser echados en las aguas de Tezcuco. El velámen, jacia y clavazon habian de traerse de Veracruz, donde se habian guardado cuando la destruccion de las naves. Era atrevido el pensamiento de construir una escuadra que habia de atravesar bosques y montañas antes de surcar las aguas del lago á que se la destinaba; pero propio del genio audaz de Cortés, quien con la cooperacion de sus fieles confederados los tlascaltecas, no dudó poder llevarlo á ejecucion.

Con no poco sentimiento supo por este tiempo la muerte de su buen amigo Maxixca, el anciano gefe de Tlascalca, que tan firmemente le habia sostenido en la hora de la adversidad. Habia muerto víctima de la terrible epidemia de la viruela, que devastaba entonces el pais, con la misma fuerza que el fuego se comunica en los campos, que no perdonaba al príncipe ni al vasallo, y que añadia otro eslabon á la larga cadena de males que habia seguido á la invasion de los hombres blancos. Dícese que un negro esclavo que vino en la escuadra de Narvaez, trajo esa epidemia, que primero estalló en Cempoala (18). Los pobres indios, ignorando el mejor modo de curar tan molesta enfermedad, acudieron á la práctica comun de los baños de agua fria, y en gran manera agravaban su mal. De Cempoala cundió rápidamente por las poblacio-

(18) „La primera fué de viruela, y comenzó de esta manera. Siendo capitan y gobernador Hernando Cortés al tiempo que el capitan Pánfilo de Narvaez desembarcó en esta tierra, en uno de sus navíos vino un negro herido de viruelas, la cual enfermedad nunca en esta tierra se habia visto, y á esta sazón estaba esta Nueva España en extremo muy llena de gente.” Toribio, *Historia de los Indios*, MS., Part. I, cap. 1004100721)

nes inmediatas, y pasando por Tlascal, llegó á la capital azteca, donde Cuiclahuá, sucesor de Montezuma, fué una de sus primeras víctimas. De allí se dirigió á las playas del Pacífico, dejando cubierta su carrera con los cadáveres de los naturales, que para usar de la frase expresiva de un contemporáneo, morian á montones, como ganado que se infesta (19). Parece que no fué fatal á los españoles, muchos de los cuales habian tenido ya tal vez la enfermedad, y todos ciertamente conocian el mejor método de curarla.

Muy sentida fué por los españoles la muerte de Maxixca, en quien perdieron su mas fiel y útil aliado. Al exhalar el último aliento los recomendó á su hijo y sucesor como los seres sobrenaturales, cuya venida al pais habian predicho los oráculos tanto tiempo antes (20). Mostró deseo de morir en la fe cristiana, lo que no bien supo Cortés, cuando mandó á Tlascal al padre Olmedo, y encontráse este religioso con que Maxixca habia mandado colocar delante de su lecho de muerte un crucifijo para tributarle adoracion. Despues de explicárle de la mejor manera que pudo las verdades reveladas, bautizó al moribundo gefe, y tuvieron los españoles la satisfaccion de creer que la alma de su benefactor se libertó de la sentencia de condenacion eterna, que pesaba sobre los desgraciados indios que morian en su falsa creencia (21).

Las últimas brillantes victorias parece que animaron á los soldados desahogados á continuar la guerra; pero aun habia entre ellos algunos pocos, el secretario Duero, el tesorero Bermudez y otros empleados de categoría, ó ricos hidalgos, que miraban con disgusto el que se abriera otra campaña, y reiteraron fuertemente su peticion de que se les permitiera pasar á Cuba. Satisfecho Cortés de los recursos con que ciertamente podia contar, no hizo objecion alguna. Dado una vez su consentimiento, hizo cuantos esfuerzos pudo para facilitar la partida, y proporcionarles las comodidades posibles. Mandó que en Veracruz se pusiera á su disposicion el mejor buque, bien provisto de víveres, y de todo lo necesario para el viaje, y envió á Alvarado á la costa para que dirigiera el embarque. Despidióse afablemente de ellos, protestándoles su constante consideracion; pero segun se aclaró despues, los que pudieron abandonarle en el peligro se interesaban poco en su suerte, pues no mucho despues vemos á Duero en España sosteniendo las pretensiones de Velazquez ante el emperador, contra las de su antiguo amigo y comandante.

La pérdida de estos pocos hombres fué suficientemente compensada con la llegada de otros, á quienes la fortuna, por no usar de otra expresion mas ele-

(19) „Morian como chinchas á montones.” (Ibid., ubi supra.)

„Eran tantos los difuntos que morian de aquella enfermedad, que no habia quien los enterrase, por lo cual en México los echaban en las azequias, porque entonces habia muy grande copia de aguas y era muy grande hedor el que salia de los cuerpos muertos.” Sahagun, Hist. de Nueva España, lib. 8, cap. 1.

(20) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 136.

(21) Ibid., ubi supra.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 19.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 39.

rada, habia enviado inesperadamente. Los primeros vinieron en un pequeño buque despachado por el gobernador Velazquez con provisiones para la colonia de Veracruz, ignorando los últimos acontecimientos del pais y la derrota de su comandante. El mismo buque trajo, segun se dice, despachos del obispo de Burgos Fonseca, previniendo á Narvaez mandara á España á Cortés, si no lo habia hecho ya para que se le juzgara (22). El alcalde de Veracruz, cumpliendo con las órdenes que tenia de Cortés, permitió saltar en tierra al capitan del buque, quien no dudaba de que el pais estaba en manos de Narvaez. Se desengañó de su error cuando se le aprisionó con toda su gente, tan pronto como puso el pié en la playa. Luego fué asegurado el buque; y el comandante y su tripulacion conociendo su error, se dejaron persuadir sin mucha dificultad á que marcharan á unirse con sus compatriotas en Tlascala. Otro buque enviado poco despues por Velazquez corrió la misma suerte, y los que estaban á bordo de él consintieron tambien en tomar parte en la expedicion de Cortés.

Casi al mismo tiempo Garay, gobernador de Jamaica, preparó tres barcos con una fuerza armada para plantar una colonia en el Pánuco, rio que desemboca en el golfo de Méjico, á algunos grados al Norte de la Villa Rica. Insistió Garay en fundar esta colonia, no obstante las reclamaciones de Cortés, que habia entablado ya comunicaciones amistosas con los habitantes de aquella region; pero al desembarcar las tripulaciones experimentaron tan dura acogida de los indios, y perdieron tantos hombres, que se tuvieron por felices en volver á sus naves. Una de estas se fué á pique en una tormenta, y las otras entraron al puerto de Veracruz, para que se restableciese la gente, que sufría mucho de hambre y enfermedades. Fueron allí recibidos con hospitalidad; se les abasteció de lo que necesitaban, y curados de sus heridas, los indujeron las liberales promesas de Cortés á alistarse bajo sus banderas, y separarse del servicio del gobernador. Estos tres refuerzos montaban á ciento cincuenta hombres, bien provistos de armas y municiones, fuera de veinte caballos. Por esta rara reunion de circunstancias, vióse Cortés en posesion de los recursos de que mas necesitaba, y que ademas le venian de manos de sus enemigos, cuyos costosos preparativos se habian así convertido en favor del mismo hombre á quien se habian propuesto arruinar.

No paró allí su buena fortuna: tocó en Cuba un buque que venia de las Canarias, cargado de armas y municiones para los aventureros del Nuevo Mundo, y el comandante, sabedor de los descubrimientos hechos últimamente en Méjico, creyendo que allí podria venderlas ventajosamente, se encaminó á Veracruz. No se engañó en sus cálculos, pues el alcalde por órden de Cortés compró el buque y su cargamento, y la tripulacion participando del espíritu de aventura de los conquistadores, siguió á sus compatriotas al interior. Parece que habia en el nombre de Cortés cierto mágico encanto, que hacia alistarse en sus banderas á todo el que le escuchaba (23).

(22) Bernal Diaz, *Ibid.*, cap. 131.

(23) *Ibid.*, cap. 131, 133 y 136. — Herrera, *Hist. general*, ubi supra. — *Rel. seg.*

Completados los preparativos para sus nuevas conquistas, parecia no haber ya motivo de dilatar su marcha á Tlascala. Solicitaron primero los habitantes de Tepeaca les dejase una guarnicion que los pusiera á cubierto de la venganza de los aztecas, á lo que accedió Cortés; y considerando que la posicion central de aquella ciudad era á propósito para conservar sus conquistas, determinó establecer allí una colonia. Con este objeto escogió sesenta soldados, en su mayor parte inutilizados por sus heridas y enfermedades: nombró los alcaldes, regidores y demas funcionarios municipales, y nombró la villa „Segura de la Frontera” (24). Algunos años despues recibió esta colonia el privilegio de ciudad del emperador Cárlos V (25), y fué de alguna importancia en la época de la conquista; pero pronto comenzó á decaer, y aun su nombre castellano, con el mismo capricho que ha decidido de la suerte de mas de un nombre en nuestro pais, (los Estados-Unidos) fué substituido gradualmente por el antiguo; de manera que el pequeño lugar de Tepeaca, es todo lo que ahora recuerda la ciudad india en un tiempo floreciente, y la segunda colonia española en Méjico.

Cuando se hallaba Cortés en Segura, escribió la famosa carta segunda al emperador, tantas veces citada en las páginas precedentes. Comienza su narracion con la salida de Veracruz, y hace una breve, pero exacta, relacion de los sucesos acaecidos hasta la época á que hemos llegado. En la última página, despues de referir los obstáculos que habia tenido que vencer, dice con el espíritu varonil que le caracterizaba, que apreciaba poco el peligro y las fatigas comparadas con la consecucion de su objeto, y que confiaba que dentro de poco tiempo volverian los españoles al estado en que antes se encontraban, y repararian todas sus pérdidas (26). Nota la semejanza que tenia Méjico en sus producciones y en otras varias cosas con la madre patria: pide que desde entonces se le llame Nueva España del mar Océano; (27) y finalmente, solicita se envíe una comision que averigüe su conducta y la veracidad de su relacion.

Esta carta que fué impresa en Sevilla un año despues de que se recibió, volvió á darse á luz posteriormente, y se ha traducido mas de una vez (28). Pro-

de Cortés, en Lorenzana, pp. 154 y 167.—Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 16.

(24) Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 156.

(25) Clavijero, Stor. del Messico, tom. 3, p. 153.

(26) „E creo, como ya á vuestra magestad he dicho, que en muy breve tornará al estado, en que antes yo la tenia, é se restaurarán las pérdidas pasadas.” Rel. seg., en Lorenzana, p. 167.

(27) „Me pareció, que el mas conveniente nombre para esta dicha tierra, era llamarse *la Nueva España del Mar Océano*: y así en nombre de vuestra magestad se le puso aqueste nombre; humildemente suplico á vuestra alteza lo tenga por bien, y mande, que se nombre así.” (Ibid., p. 169.)

(28) Esta carta está datada de la „Villa Segura de la Frontera de esta Nueva Es-

dujo gran sensacion en la corte y en los amigos de las ciencias. Los descubrimientos anteriores del Nuevo Mundo, habian engañado las esperanzas que se habian concebido despues de la solucion del gran problema de su existencia. Solo habian dado á conocer unas tribus salvajes, que aunque pacíficas y de maneras dulces, permanecian aun en el estado de barbarie. Teniase ahora noticia auténtica de una gran nacion, populosa y poderosa, gobernada por un régimen político complicado, bastante adelantada en las artes civilizadas, cuyo suelo encerraba ricos minerales, y cuya superficie presentaba una variedad infinita de productos vegetales, fuentes de riqueza, tanto natural como artificial, que parecia realizar los dorados sueños á que el gran descubridor del Nuevo Mundo se habia entregado con tanto ardor, aunque tan falazmente en su vida. Ya podia el literato de aquellos tiempos complacerse con poder comprender las maravillas que tantos otros por mucho tiempo, pero en vano, habian deseado examinar (29).

Con esta carta envió otra al emperador, firmada, segun parece, por todos los oficiales y soldados del ejército. En ella referian circunstanciadamente los obstáculos que Narvaez y Velazquez habian opuesto al logro de la expedicion, y el irreparable perjuicio que habia esto causado á los intereses de la corona. Despues enumeraban los servicios de Cortés, y suplicaban al monarca confirmara su autoridad, y no permitiera que nadie interviniese en las operaciones de un hombre, que por su carácter, conocimiento íntimo del pais y de sus habitantes, y afecto que le tenian sus soldados, era el mas á propósito para concluir la conquista de aquel grande imperio (30).

No poco aumentó la perplejidad de Cortés el que aun ignoraba el modo con que habria sido juzgada su conducta en España, ni sabia todavia si habian llegado allá los pliegos que dirigió el año anterior desde Veracruz: Méjico estaba tan lejos de todo trato con el mundo civilizado, como si estuviera

paña, á 30 de Octubre de 1520 años;" pero á consecuencia de la pérdida del buque que debió llevarla, se remitió hasta la primavera del año siguiente, dejando todo ese tiempo á la nacion ignorante de la suerte de los osados conquistadores de México, y de la importancia de sus descubrimientos.

(29) La sensacion que produjeron estos descubrimientos, puede verse en la correspondencia de Pedro Mártir de Anglería, que residía entonces en la corte de Castilla. Léase en particular su carta de Marzo de 1521, dirigida á su discípulo el marqués de Mondejar, en la que habla con suma satisfaccion de los ricos tesoros científicos que la expedicion de Cortés habia abierto al mundo entero. *Opus Epistolarum*, ep. 771.

(30) Este memorial se encuentra en la parte de mi coleccion hecha por el Sr. Vargas Ponce, antiguo presidente de la Academia española. Contiene 444 firmas, y es muy notable que estando allí los nombres de todas las personas conocidas del ejército, falte el de Bernal Diaz del Castillo. Solo puede atribuirse esto á su enfermedad, pues él mismo asegura que entonces estaba postrado en la cama de fiebre. *Hist. de la conquista*, cap. 134.

colocado en el lugar de los antípodas. Pocos buques habian arribado á sus puertos, y á ninguno se le habia permitido salir de ellos. El gobernador de Cuba, no obstante que esta isla distaba tan poco, que unos cuantos dias de navegacion eran bastantes para llegar á ella, ignoraba la suerte que habia corrido la escuadra de Narvaez. Cada vez que llegaba á estas playas un nuevo buque ó flota, podía dudar Cortés si venia á ayudar su empresa, ó con comision del rey para relevarle. Su atrevido espíritu confiaba en lo primero, aunque lo último era mucho mas probable, considerando la íntima amistad que su enemigo el gobernador tenia con el obispo Fonseca, hombre celoso de su autoridad, y quien por su elevado puesto en el consejo de Indias, ejercia un influjo decisivo en los negocios del Nuevo Mundo. Era, pues, la política de Cortés no perder tiempo, y activar sus preparativos, si no queria que otro viniera á recoger los laureles que él iba ya á cortar. Conocia que si lograba conquistar la capital azteca, no tenia que temer; y que cualquiera que fuese la manera con que se considerase su irregular conducta, los servicios que en aquel caso podía alegar, contrabalancearian aquella con mucho exceso, á los ojos de la corona y del reino entero.

Escribió tambien á la real audiencia de Santo Domingo, á fin de interesarla á su favor. Mandó cuatro buques á esta isla á suplirse de armas y municiones; y para excitar mas la codicia de los aventureros y hacerlos tomar parte en su expedicion, acompañó muestras de las hermosas manufacturas del pais, y de sus metales preciosos (31). Los fondos necesarios para procurarse tan importantes auxilios, los sacó probablemente del botin ganado en las últimas batallas, y del oro, que como ya se ha dicho, libertó el convoy castellano del naufragio universal.

A mediados de diciembre, habiendo concluido todos sus preparativos, emprendió Cortés su vuelta á Tlascala, que distaba diez ó doce leguas. Iba él mismo en la vanguardia, y tomó el camino de Cholula. ¡Pero cuán diferente era ahora su condicion de lo que habia sido menos de cinco meses antes, cuando dejó la capital republicana! Su marcha era entonces una procesion triunfal, en la que ostentaba muchas banderas é insignias militares tomadas al enemigo, largas filas de cautivos y todos los ricos despojos de la conquista, ganados en mas de una sangrienta batalla. Al pasar el ejército por las ciudades y aldeas, acudieron los habitantes á saludarle; y cuando estuvo cerca de Tlascala, la poblacion entera, hombres, mugeres y niños salieron á recibirle, celebrando su vuelta con cantos, danzas y músicas. Arcos de flores adornaban las calles por donde pasaba, y un orador tlascalteca luego que llegó el general á las puertas de la ciudad, pro-

(31) Relacion terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 179.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 18.

Alonso de Avila llevó los pliegos á Santo Domingo. Bernal Diaz que algunas veces censura á su comandante, dice que Cortés deseaba deshacerse de este valeroso caballero, porque era demasiado independiente y hablaba con franqueza. Hist. de la conquista, cap. 136.

nunció un panegírico de sus últimas proezas, llamándole „el vengador de la nación.” En medio de esta pompa y aparato triunfal, veíase á Cortés y á sus capitanes vestidos de riguroso luto en señal de sentimiento por la muerte de su amigo Maxixca; y este tributo de respeto, pagado á la memoria de su venerable gefe, interesó mas vivamente á los tlascaltecas que toda la orgullosa ostentacion de los trofeos militares (32).

Lo primero que hizo el general, fué confirmar al hijo del finado gefe en la sucesion del mando, que le habia disputado un hermano ilegítimo. Apenas tenia el heredero doce años de edad, y sin dificultad logró Cortés persuadirle á seguir el ejemplo de su padre, y á recibir las aguas del bautismo. Armóle despues él mismo caballero; siendo este probablemente el primer ejemplo de haberse conferido alguna orden de caballería á un indio (33). Logróse tambien que el anciano Xicotencatl abrazase el cristianismo; y el ejemplo de estos dos gefes dispuso favorablemente al pueblo para convertirse á la fe de Jesucristo. Cortés, bien fuese por consejos del padre Olmedo, ó por ocuparse de negocios que mas le interesaban, no insistió por entonces en llevar adelante la obra de la conversion, sino que dejó prudentemente que echada ya la buena semilla germinara en secreto, hasta que el tiempo le hiciera producir sazonados frutos.

Durante la residencia del general español en Tlascala, aceleró los preparativos para la campaña. Procuró disciplinar á los tlascaltecas, y darles alguna idea de la táctica europea. Mandó fabricar nuevas armas, y componer las ya usadas. Elaboróse pólvora con el azufre que algunos caballeros, amigos de aventuras, habian sacado de la humeante garganta del Popocatepetl (34). La construccion de los bergantines seguia felizmente bajo la direccion de Lopez, ayudado de los tlascaltecas (35). Cortóse madera de los bosques; y la brea, desconocida hasta entonces para los indios, sacóse de los pinos de la vecina sierra de la Malinche. La jarcia y demas aparejos fueron traídos de Villa Rica por los indios *tumanes*; y el dia de la Navidad estaba tan adelantada la obra, que ya no juzgó necesario Cortés demorar su viaje á Méjico.

(32) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 136.—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 19.

(33) Ibid., ubi supra.

„Hízolo,” dice Herrera, „y armóle caballero, al uso de Castilla: y porque lo fuese de Jesu-Christo, le hizo bautizar, y se llamó D. Lorenzo Maxiscatzin.”

(34) Véase la página 326 del tomo primero, sobre el modo con que Montañó y sus intrépidos compañeros se proporcionaron azufre.

(35) „Ansí se hicieron trece bergantines en el barrio de Atempa, junto á una ermita que se llama San Buenaventura, los quales hizo y otro Martin Lopez uno de los primeros conquistadores, y le ayudó Neguez Gomez.” Hist. de Tlascala, MS.

CAPITULO VII.

GUATEMOZIN, EMPERADOR DE LOS AZTECAS.—PREPARATIVOS PARA LA MARCHA.—ORDENANZA MILITAR.—ATRAVIESAN LOS ESPAÑOLES LA SIERRA.
—ENTRAN EN TEZCUCO.—EL PRÍNCIPE IXTLILXOCHITL.

1520.

Mientras se sucedían los acontecimientos referidos en el capítulo anterior, se verificó un cambio importante en la monarquía azteca. El hermano y sucesor de Montezuma Cuitlahua, había muerto improvisamente de la viruela, después de un breve reinado de cuatro meses; breve sí, pero glorioso, porque en él tuvo lugar la derrota de los españoles, y su expulsión de Méjico (1). A la muerte de este belicoso príncipe, se reunieron los electores, como era de costumbre, para cubrir la vacante del trono, que traía mucha responsabilidad en aquellos momentos en que la fortuna les era adversa. El *teoteuctli*, ó sumo sacerdote, imploró la bendición del cielo, cuya oración todavía se conserva; fué la última que se pronunció en el Anáhuac con motivo semejante; y un breve extracto de ella tendrá mucho interés para el lector, por ser una muestra de la elocuencia azteca.

„Señor nuestro! ya V. M. sabe como es muerto nuestro N.: ya lo habeis puesto debajo de vuestros piés: ya está en su recogimiento, y es ido por el camino que todos hemos de ir y á la casa donde hemos de morar, casa de perpetuas tinieblas, donde ni hay ventana, ni luz alguna: ya está en el reposo donde nadie le desasosegará. Todos estos señores y reyes rigieron, gobernaron, y gozaron del señorío y dignidad real, y del trono y sitio del imperio, los cuales ordenaron y concertaron las cosas de vuestro reino, que sois el universal señor y emperador, por cuyo albedrío y motivo se rige todo el universo, y que no teneis necesidad de consejo de ningun otro. Ya estos dichos dejaron la carga intole-

(1) Solís al hablar de este príncipe, concluye diciendo: „que reinó pocos días; pero bastantes para que su indolente apatía borrara su nombre de la memoria del pueblo.” (Conquista, lib. 4, cap. 16.) No puedo conjeturar de dónde tomó el historiador de las Indias los coloridos para este retrato; no ciertamente de los escritores antiguos que uniformemente pintan el carácter y conducta del soberano azteca, de la misma manera que se describe en el texto. Cortés que debía saberlo, le hace aparecer „como muy sabio y valiente.” Rel. seg., en Lorenzana, p. 166.—Véanse tambien las autoridades siguientes. Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 29,—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 19,—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 88,—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 16,—Gomara, Crónica, cap.

nable del gobierno que trajeron sobre sus hombros, y lo dejaron á su sucesor N., el cual por algunos pocos dias tuvo en pié su señorío y reino, y ahora ya se ha ido en pos de ellos al otro mundo, porque vos le mandásteis que fuese y le llamásteis, y por haberle descargado de tan gran carga, y quitado tan gran trabajo, y haberle puesto en paz y en reposo, está muy obligado á daros gracias. Algunos pocos dias le logramos, y ahora para siempre se ausentó de nosotros para nunca mas volver al mundo. ¿Quién ordenará y dispondrá las cosas necesarias al bien del pueblo, señorío y reino? ¿Quién elegirá á los jueces particulares, que tengan carga de la gente baja por los barrios? ¿Quién mandará tocar el atambor y pífano para juntar gente para la guerra? ¿Y quién reunirá y acaudillará á los soldados viejos, y hombres diestros en la pelea? ¿Señor nuestro y amparador nuestro! tenga por bien V. M. de elegir, y señalar alguna persona suficiente para que tenga vuestro trono, y lleve á costas la carga pesada del régimen de la república, regocije y regale á los populares, bien así como la madre regala á su hijo, poniéndole en su regazo. ¡O señor nuestro humanísimo! dad lumbré y resplandor de vuestra mano á este reino! ... Hágase como V. M. fuere servido en todo, y por todo" (2).

Recayó la eleccion en Quauhtemotzin ó Guatemozin, como eufónicamente lo corrompieron los españoles (3). Era sobrino de los dos últimos monarcas, y estaba casado con su prima la hermosa princesa Tecuichpo, hija de Montezuma. „Contaba solo veinte y cinco años, y tenia una figura elegante para ser indio," dice uno que le vió muchas veces; „era valiente, y tan terrible, que sus súbditos temblaban en su presencia" (4). No rehusó el peligroso puesto que se le ofrecia, y como vió prepararse la negra tempestad se dispuso salirle al encuentro varonilmente. Aunque jóven era muy experimentado en la guerra, y se habia distinguido sobre los demas en los combates sangrientos de la capital. Alimentaba una especie de odio religioso contra los españoles, semejante al que se dice que profesaba Annibal, y que ciertamente demostró profesar á los romanos.

Por sus espías sabia Guatemozin los movimientos de los españoles, y su pro-

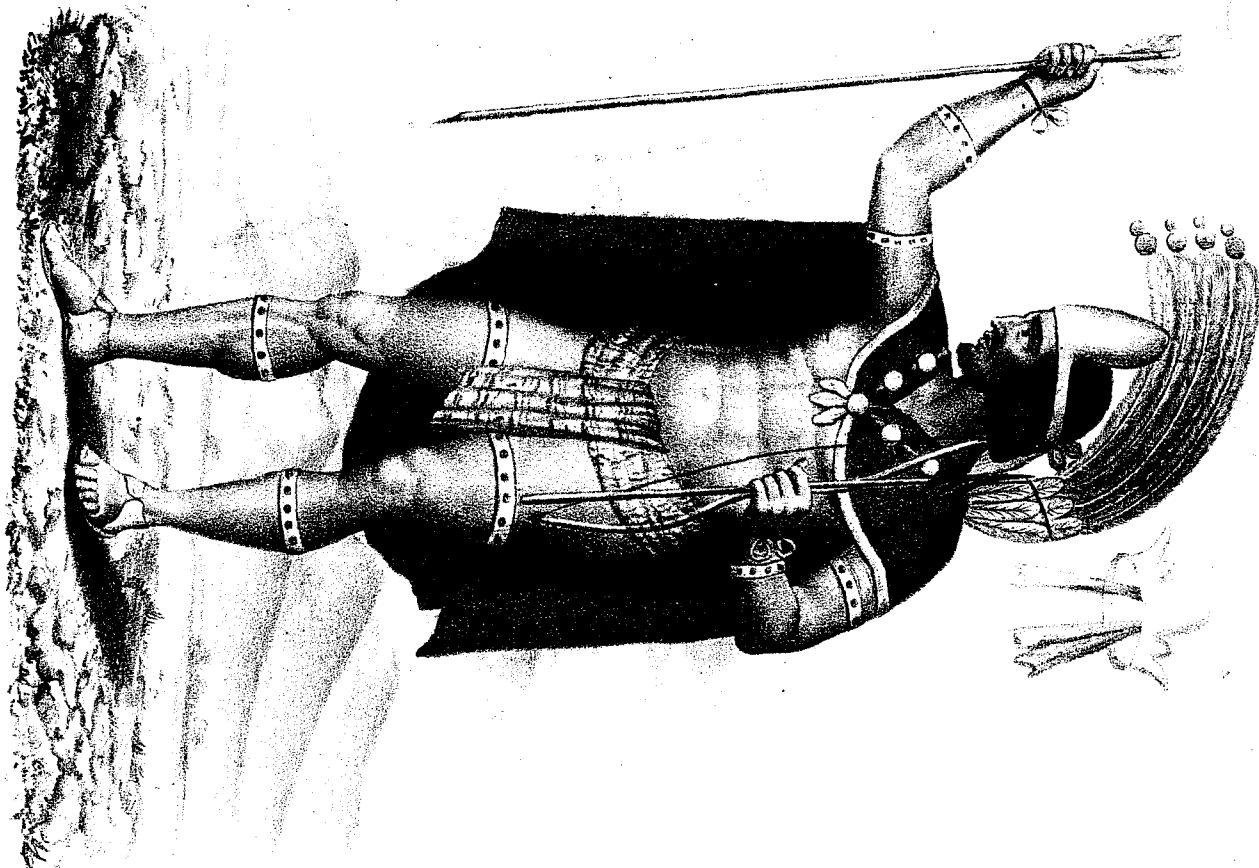
(2) Sahagun, Hist. de Nueva España, lib. 6, cap. 5. (a)

(3) Parece que los españoles cambiaban el *Qua* con que comenzaban los nombres aztecas en *Gua*, de la misma manera que en la madre patria se mudaba el *Wad* de los nombres arábigos en *Guad*. (Véase á Condé, El Nubiense, descripcion de España, notas, passim.) El *Tzin* azteca se añadía á los nombres de los soberanos y grandes señores como una señal de respeto. Así á Cuitlahua, se llamaba Cuitlahuatzin. Esta terminacion que ordinariamente suprimian los españoles se ha conservado por accidente, ó tal vez por razon de eufonia, en el nombre de Guatemozin.

(4) „Mancebo de hasta veinte y cinco años, bien gentil hombre para ser indio, y muy esforzado, y se hizo temer de tal manera, que todos los suyos temblaban dél; y estaba casado con una hija de Montezuma, bien hermosa muger para ser india." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 130.

(a) Este discurso está copiado aquí del original del P. Sahagun y no de la traduccion que hizo de él el Sr. Prescott.

QUAQUAHUITZAHUAC,
1.^{er} Rey de Tlalteotlan.



Historia de la conquista de Méjico de José M^o González Góngora, 1874, en la Biblioteca del Mar Verdejo, Segura

yecto de sitiar la capital. Preparóse para esto haciendo salir de ella la parte inútil de la población, y llamando en su auxilio á sus poderosos vasallos convecinos. Siguió el plan concebido por su predecesor para fortificar la ciudad. Revistó sus tropas: las estimuló á sobresalir en sus ejercicios militares, ofreciéndoles premios; y arengó á los soldados con el fin de excitar en ellos el deseo de oponer una resistencia desesperada. Invitó á todos sus súbditos á que hiciesen la guerra á los hombres blancos donde quiera que los encontrasen, poniendo precio á su cabeza, y tambien á las personas de los que le fuesen llevados vivos á Méjico (5). Muchas veces encontraron los españoles en los lugares conquistados, suspensos de los muros del templo, los miembros y armaduras de aquellos de sus desgraciados compañeros que habian caído prisioneros y que se habian enviado á la capital para ser sacrificados (6). Tal era el jóven monarca llamado á ocupar el trono de los aztecas, digno por su magnanimidad y valor de empuñar el cetro de México en la época mas floreciente de su gloria, puesto que en la de luto y de desgracia se determinó como un príncipe patriota á revivir su moribunda fortuna, ó á perecer valerosamente con él (7).

Pero es ya tiempo de volver á hablar de los españoles, á quienes dejamos en Tlascala preparándose para emprender su marcha á Méjico. Tuvo el general la satisfaccion de ver á sus tropas medianamente equipadas, aunque de diversas maneras, segun la condicion de los diferentes refuerzos que habian ido llegando; pero todo el ejército superior sí á aquel con que invadió el pais por la primera vez. Componíase su fuerza de poco menos de seiscientos hombres, de los cuales, cuarenta eran de caballería, y ochenta arcabuceros ó ballesteros. El resto estaba armado de espada y rodela, y con las picas de puntas de cobre hechas en Chinantla. Tenia ademas nueve cañones de mediano calibre, y suficiente cantidad de pólvora (8).

(5) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 19.

(6) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 134.

(7) Esto recuerda la hermosa invocacion que Racine pone en boca de Joad.

„Venez, cher rejeton d'une vaillante race,
Remplir vos défenseurs d'une nouvelle audace;
Venez du diadème à leurs yeux vous couvrir,
Et périssez du moins en roi, s'il faut périr.”

ATHALIE, acte 4, scène 5.

..... Ven amado
Renuevo de un linaje valeroso.
Llena á tus defensores de un esfuerzo
Extraordinario. Ven, ven á ceñirte
La sagrada diadema; y si forzoso
Que tu hayas de morir ahora fuere,
Como rey á lo menos, Joas, muere.

Traducción de D. Eugenio de Llano y Amírola.—(Madrid 1754.)

(8) Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 183.

Ya que estaban las tropas en orden de marcha, recorrió Cortés sus filas exhortando á los soldados, como lo hacia siempre en tales casos, á mostrarse dignos de sí mismos, y de la grandiosa empresa que habian ya principiado. Díjoles que iban á combatir con unos rebeldes que habian jurado obediencia al soberano español (9); con bárbaros, enemigos de su religion santa. Iban á pelear en defensa de la cruz y de la corona: para lavar la mancha que obscurecia sus armas; para vengar sus agravios, y la muerte de sus caros compatriotas, que habian espirado en los campos de batalla, y en los cruentos altares del sacrificio. Nunca se habia visto guerra que presentara mayores incentivos al caballero cristiano; guerra que le ofrecia riquezas y renombre en esta vida, y en la otra una gloria eterna (10).

Así tocó el hábil general en el corazon de su marcial auditorio los resortes secretos de la devocion, el honor y la ambicion, excitando el valor de los mas tímidos antes de conducirlos al peligro. Contestaron con ruidosas aclamaciones que estaban prontos á morir en defensa de la fe, y á conquistar el pais ó sepultarse con sus compañeros en las saladas aguas de Tezcucó.

Pasó tambien revista al ejército aliado, que con variedad lo regulan los escritores desde 110 hasta 150.000 hombres. La notoria exageracion de estos cálculos, así como la diversidad de ellos, dan á conocer la poca fe que merecen tales cómputos. Pero sí es cierto que era muy numeroso, pues lo componian no solo la flor de los guerreros aztecas, sino la de los de Cholula, Tepeaca y las provincias inmediatas, que habian sometidose á la corona de Castilla (11).

Iban armados segun la costumbre india, de arcos, flechas, del vidrioso *maguahuittl* y de largas picas, cuya formidable arma, segun se ha dicho, introdujo Cortés en sus mismos soldados. Estaban divididos en batallones, cada uno con su bandera, en la cual se ostentaba su escudo de armas ó emblema particular. Marchaban en la vanguardia los cuatro gefes principales de la república, tres de los cuales eran respetables por sus canas; y las insignias de que iban cubiertos, daban una prueba de sus muchos y gloriosos hechos de armas. Ondeaba sobre sus cascos un penacho de ricas plumas de diversos colores, adornado con esmeraldas y otras piedras preciosas. Llevaban cubierto el *escaupil* ó doble peto de algodón con una graciosa túnica de plumaje, y calzados sus piés con sandalias de

La mayor parte, si no todos los escritores, cosa rara, están acordes en este cálculo de las fuerzas españolas.

(9) „Y como sin causa ninguna todos los naturales de Colúa, que son los de la gran ciudad de Temixtitan, y los de todas las otras provincias á ellas sujetas, no solamente se habian *rebelado* contra vuestra magestad.” Ibid., ubi supra.

(10) Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 184.

„Porque demas del premio, que les daría en el cielo, se les seguirian en este mundo grandísima honra, riquezas inestimables.” Ixtlilxochitl. Hist. chich., MS., cap. 91.

(11) „Cosa muy de ver,” dice Sahagun, sin atreverse á fijar el número, „en la cantidad y en los aparejos que llevaban.” Hist. de Nueva España, lib 12, cap. 30.

MS.

oro. Seguíanles cuatro pajes que llevaban sus armas, y luego otros cuatro que portaban otros tantos estandartes en que iban blasonados los escudos de armas de las cuatro grandes divisiones de la república (12). Los tlascaltecas, aunque sóbrios en extremo, y sencillos en su modo de vivir, gustaban de la pompa militar tanto como cualquiera otra de las tribus que poblaban el Anáhuac. Al desfilar delante de Cortés, le saludaron agitando sus banderas y tocando sus discordantes instrumentos bélicos, á lo cual contestaba el general descubriéndose cortesmente la cabeza conforme iban pasando (13). Los guerreros tlascaltecas y especialmente su comandante el jóven Xicotencatl, afectaban imitar á sus maestros los europeos, no solo en su táctica, sino en las ceremonias menos importantes de la etiqueta militar.

Cortés por medio de la intérprete Marina, dirigió una corta alocucion á los aliados. Recordóles que iban á pelear contra sus inveterados enemigos, y exhortóles á que le ayudasen de un modo digno de su afamada república. A los que se quedaban, les encargó contribuyeran á la pronta conclusion de los bergantines, de lo que tanto dependia el feliz éxito de la empresa; y exigió no siguiese sus banderas, ninguno que no estuviera resuelto á acompañarle hasta la completa sujecion de la capital (14). Contestaron los indios con aclamaciones, ó mejor dicho, con gritos terribles, que probaban el placer que sentian al ver acercarse el momento de vengar sus multiplicados agravios, y de humillar á sus orgullosos enemigos.

Antes de que partiera la expedicion, publicó Cortés un código, que le llamó Ordenanzas del ejército, demasiado notable para pasarlo en silencio. En el preámbulo asienta, que en todas las instituciones divinas y humanas, y para que estas últimas sean útiles, es lo primero cuidar del orden. Decía, que los historiadores antiguos enseñan que los grandes capitanes de los tiempos pasados debieron sus victorias á la sabiduría de sus ordenanzas, tanto como á su valor y virtudes: que la situacion de los españoles exigia imperiosamente tal código, porque estaban reducidos á un corto número, y rodeados de innumerables enemigos, diestros en el manejo de las armas y expertos en el arte de la guerra. Recordaba despues al ejército, que la conversion de los infieles era la obra mas agradable á los ojos del Altísimo, y la que les ganaria su auxilio y proteccion. Advertia á cada soldado, que debia considerar la conversion como el primer objeto de la expedicion, sin el cual la guerra seria manifestamente injusta, y todo lo que en ella adquiriera un robo (15). Protestaba, en fin, solemnemente que el principal motivo que lo dirigia, era el deseo de sacar á los indios de las tinie-

(12) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 20.

(13) Ibid., ubi supra.

(14) Ibid., loc. cit.

(15) „Que su principal motivo é intencion sea apartar y desarraigar de las dichas idolatrías á todos los naturales destas partes y reducirlos ó á lo menos desear su salvacion y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su santa fe católica: porque si con otra intencion se hiciese la dicha guerra seria injusta, y todo lo que en ella se oviese Onoloxio é obligado á restitution.” Ordenanzas militares, MS.

blas de la idolatría, y hacerlos participar de la luz de una fe mas pura, y despues de esto recobrar para su rey los dominios que de derecho le pertenecian (16).

Prohíbian las ordenanzas blasfemar de Dios y de los santos, vicio mas frecuente entre los católicos que entre los protestantes, y que proviene acaso mas de la diversidad de temperamento que de la de religion, pues el clima ardiente donde prevalece el catolicismo, estimula á expresar las pasiones con mucha mas vehemencia (17).

Otro artículo vedaba el juego, al que los españoles de todas edades son singularmente adictos. Contemporizando Cortés con la irresistible propension nacional, lo autorizaba bajo ciertos límites; pero prohibia absolutamente el de dados (18). Despues seguian otros artículos contra las riñas y duelos, contra los insultos y sarcasmos, contra las rivalidades de una compañía con la otra; reglas todas muy convenientes para la mas perfecta disciplina de las tropas, tanto en campaña como en cuartel. Entre otros, habia un artículo que prohibia á los capitanes bajo pena de muerte, atacar al enemigo sin orden expresa; práctica que se habia advertido ser la mas perniciosa; pero muy frecuente, y que mostraba el

(16) „É desde ahora protesto en nombre de S. M. que mi principal intencion é motivo es facer esta guerra é las otras que ficiese por traer y reducir á los dichos naturales al dicho conocimiento de nuestra santa fé é creencia; y despues por los sojuzgar é supeditar debajo del yugo é dominio imperial é real de su sacra magestad, á quien jurídicamente el señorío de todas estas partes.” Ordenanzas militares, MS.

(17) „Ce n'est qu'en Espagne et en Italie,” dice el instruido historiador de las Repúblicas italianas, “qu'on rencontre cette habitude vicieuse, absolument inconnue aux peuples protestans, et qu'il ne faut point confondre avec les grossiers juremens que le peuple en tout pays mêle à ses discours. Dans tous les accès de colère des peuples du Midi, ils s'attaquent aux objets de leur culte, ils les menacent, et ils accablent de paroles outrageantes la Divinité elle-même, le Rédempteur ou ses saints.” Sismondi, Républiques Italiennes, cap. 126.

„Solo en España é Italia se encuentra esta viciosa costumbre, enteramente desconocida á los pueblos protestantes, y que es necesario no confundir con los groseros juramentos que el vulgo de todos los países mezcla en sus discursos. Los pueblos del Mediodía en todos los accesos de cólera atacan á los objetos de su culto, los amenazan y llenan de palabras injuriosas á la misma Divinidad, al Redentor ó á sus santos.”

(18) Lucio Marineo que presenci6 los funestos efectos de esta propension nacional de la corte de Castilla donde residia entonces, se desata contra ella en el duro apóstrofe que sigue. „El jugador es el que desea y procura la muerte de sus padres, el que jura falso por Dios y por la vida de su rey y señor, el que mata á su ánima, y la echa en el infierno: ¿y qué no hará el jugador que no avergüenza de perder sus dineros, de perder el tiempo, perder el sueño, perder la fama, perder la honra, y perder finalmente la vida? Por lo cual como ya gran parte de los hombres siempre y donde quiera continuamente juegan, paréceme verdadera la opinion de aquellos que dicen el infierno estar lleno de jugadores.” Cosas memorables de Espagna, (ed. Sevilla, 1539,) fol. 165.

espíritu impetuoso y falta de verdadera subordinación militar, de los esforzados caballeros que habían seguido las banderas de Cortés.

La última ordenanza prohibía á todo oficial ó soldado guardar para su propio uso ninguna parte del botín, ya fuera oro, plata ó piedras preciosas, ya plumajes, telas, esclavos ó cualquiera otra cosa, donde quiera y por quien quiera que fuese tomada, en el campo ó en la ciudad, y prevenía que se presentase al general, ó á la persona encargada de recibirla. La infracción de esta ley se castigaba con pena de muerte y confiscación de bienes. Tan severo edicto prueba que por mucho que influyeran en el conquistador los motivos espirituales, no era indiferente á los de la tierra (19).

No dejó que estas disposiciones quedasen solo escritas, pues á poco tiempo de promulgadas hizo un ejemplar con dos de sus esclavos, á quienes ahorcó por haber robado á los indios. Igual castigo sufrió un soldado por el mismo delito, aunque permitió que se le bajase de la horca antes de que estuviera enteramente ejecutada la sentencia. Bien conocía Cortés el carácter de sus compañeros, cuyo inquieto y turbulento espíritu era necesario reprimir con mano fuerte, bien que procuraba no descargarla por frívolos motivos. La intimidación en que los había puesto su situación particular, los peligros y sufrimientos en que todos tenían igual parte, y el interés común en la expedición, habían creado una familiaridad entre los oficiales y el soldado, muy desfavorable á la disciplina militar. Hasta los modales francos y liberales del general contribuían á alentar esta licencia, que él no contenía en circunstancias comunes, tal vez por considerarlo difícil ó impolítico, pues que ella era una especie de válvula de seguridad, por donde se evaporaba el espíritu de una licenciada soldadesca, que reprimida violentamente podía producir una sublevación; pero estaban claramente definidos los límites de su condescendencia, y toda tentativa de traspasarlos ó violar las leyes establecidas del campo, traía sobre el delincuente un seguro y pronto castigo. De esta manera templando la severidad con la indulgencia, encubría bajo los modales abiertos de un soldado, una voluntad inflexible, y logró adquirir sobre sus atrevidos y audaces aventureros, el influjo que jamás hubiera podido ganar uno de esos gefes pedantes, demasiado escrupulosos en velar por el cumplimiento de las más despreciables minuciosidades de la disciplina militar.

Las ordenanzas, aunque tienen la fecha de 22 de diciembre, se promulgaron el 26. Dos días después estaban en marcha las tropas, y puesto Cortés á su cabeza, con bandera desplegada y tambor batiente, atravesaron las puertas de la capital republicana que tan generosamente las recibió cuando los perseguía la desgracia, y que por la segunda vez les había proporcionado los medios de llevar al cabo su grandiosa empresa. Toda la población de la ciudad, hombres, mu-

(19) Herrera, Solís, Clavijero y otros hablan de estas ordenanzas; pero con una inexactitud tan palpable, que es claro que no vieron las originales. La copia que yo tengo está sacada de la colección de Muñoz; y como este documento, aunque curioso y sumamente interesante, jamás se ha publicado, lo inserto íntegro en el Apéndice, parte 2, número 13.

geres y niños, venia tras del ejército, dando el último adios á sus compatriotas, y rogando á los dicse coronaran de victoria sus armas. No obstante el gran número de tropas reunido por los indios aliados, solo permitió Cortés que una pequeña parte de ellas le acompañase. Determinó fijar su cuartel general en un punto inmediato al lago de Tezcuco, desde donde pudiera hostilizar á la capital azteca, subyugando los lugares vecinos, privándola de recursos, y poniéndola así en estado de sitio (20). Resolvió no atacar la misma ciudad, hasta que llegando los bergantines, pudiera hacerse con mayores ventajas. Entre tanto no quiso embarazarse con una multitud inútil de tropas que seria difícil mantener, y prefirió dejarlas en Tlascala para que llevaran los buques cuando estuviesen concluidos, y le ayudasen entonces en sus operaciones.

Tres caminos habia por donde podia penetrar Cortés al valle. Eligió el mas dificultoso, atravesando la elevada sierra que divide la mesa oriental de la occidental, tan escarpada y llena de precipicios, que casi no era posible que marchara el ejército. Juiciosamente creyó que menos le hostilizaria el enemigo por este camino, pues confiaria en la aspereza misma del terreno.

El primer dia caminaron las tropas cinco ó seis leguas, yendo Cortés en la vanguardia á la cabeza de su pequeño cuerpo de caballería. Hicieron alto en el pueblo de Tetzmellocan, situado en la base de la cadena de montañas que atraviesa el pais, y que toca por su extremidad meridional con el gigantesco Iztacihuatl ó „Muger blanca,” cubierta de perpetua nieve (21). Hallaron en esta aldea una acogida amistosa, y la mañana siguiente comenzaron á subir la sierra.

Era el camino pendiente y sumamente fragoso. Multitud de arbustos y malezas crecian en él, y los torrentes del invierno habian abierto zanjas tan profundas que impedian el paso á la artillería, mientras que los troncos de los árboles atravesados en el camino lo hacian igualmente impracticable para la caballería. Al paso que subian era el frio mas penetrante, y hacia mucha mas impresion á los españoles acostumbrados ya á un clima cálido, ó por lo menos templado; aunque la excesiva fatiga que les costaba la subida, les hacia resistirlo mas fácilmente. La única vegetacion que se veia en estas elevadas regiones era el pino, cuyos oscuros bosques revestian las faldas de la montaña, hasta que poco á poco iban desapareciendo. Era ya noche cuando los cansados españoles llegaron á la escarpada cumbre de la sierra, donde sin pérdida de

(20) Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 20.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 127. El primero dice que los aliados eran 80.000; el último, que 10.000. ¿Quién sabe?

(21) Esta montaña, que con su compañera Popocatepetl, forma la gran barrera que pudiera llamarse Columnas de Hércules del valle mejicano, ha sido ingeniosamente comparada por su larga cresta al lomo de un dromedario. (Tudor.) Se eleva sobre los límites que tienen las nieves perpetuas en los trópicos, y su enorme cresta y faldas cubiertas de una vestidura plateada, forman uno de los objetos mas hermosos del magnífico espectáculo que se ofrece á la vista de los habitantes de la capital.



tiempo encendieron luminarias; y andando alrededor de sus tiendas consiguieron calentar sus ateridos miembros y prepararse para la cena.

Al primer albor de la mañana estaban ya las tropas en movimiento. Díjose misa, y comenzaron la bajada, mucho mas difícil y penosa que la subida del día anterior, pues ademas de los obstáculos naturales del camino, encontraron en él enormes troncos de árbol puestos de intento por los nativos. Mandó Cortés á un destacamento de tropa ligera que lo desembarazase, y siguió el ejército su marcha, aunque temiendo siempre que tuviese el enemigo preparada una emboscada para sorprenderlo en lo mas intrincado del camino. Marchaban, pues, los españoles con precaucion, no apartando la vista de lo mas obscuro de los bosques donde podia estar oculto su feroz enemigo. Pero no veían á ningun ser viviente, excepto los animales selváticos que los habitaban, y las parvadas de sopilotes, (buitres de aquel pais,) que en espera del sangriento banquete volaban sobre el ejército como una legion de espíritus malignos. Al bajar experimentaron un sensible y muy agradable cambio de temperatura. La vegetacion mudó tambien de aspecto, y al fúnebre pino que habia sido su único compañero, sucedió la elevada encina, el sicómoro, y un poco mas abajo el pimiento, cuyos frutos de color rojo se mezclaban con el oscuro follaje de las selvas, mientras que en las barrancas se veía el vistoso solano trepador, cuyos ricos frutos ostentándose sobre las ramas, hacían conocer un clima mas suave y mas fértil.

Por fin salió el ejército á una llanura donde la vista libre de los bosques ó collados podia girar por toda la extension del valle de Méjico. Veíase este, bañado por los rayos del sol poniente extenderse como descansando en los brazos de los gigantescos montes, que como una falanxe de genios protectores lo rodeaban por todas partes. Aquel magnífico espectáculo, nuevo para muchos de los espectadores, los llenó de arrobamiento. Aun los mismos veteranos de Cortés no pudieron contener su admiracion, no obstante que fué seguido de un amargo pesar al recordar los padecimientos que habian sufrido en estos hermosos, pero traidores sitios. „Hízonos conocer,” dice el valiente conquistador en sus cartas, “que no teníamos que elegir sino entre la victoria ó la muerte, y una vez resueltos, marchamos con ligero paso, como si fuéramos á hacer un placentero viaje” (22).

Conforme avanzaban los españoles veían arder en la cumbre de los montes luminarias, que probaban que todo el pais estaba ya alarmado, y sus habitantes reunidos para oponérseles. Previno el general á sus soldados no se olvidasen de su alta fama, y encargóles marchasen juntos y en buen orden obedeciendo exactamente los mandatos de sus oficiales (23). Cada vez que daban vuelta á

(22) „Y prometimos todos de nunca de ella salir, sin victoria, ó dejar allí las vidas. Y con esta determinacion íbamos todos tan alegres, como si fuéramos á cosa de mucho placer.” Rel. terc. en Lorenzana, p. 188.

(23) „Y yo torné á rogar, y encomendar mucho á los españoles, que hiciesen, como siempre habian hecho, y como se esperaba de sus personas; y que nadie no se desmandase, y que fuesen con mucho concierto, y orden por su camino.” Ibid., ubi supra.

una montaña esperaban encontrar las fuerzas enemigas dispuestas á impedirles el paso; y al ver que sin ser molestados pudieron pasar los desfiladeros y acercarse á las llanuras, suponían hallar éstas ocupadas por un formidable ejército que los obligara á pelear tan encarnizadamente como en la batalla de Otumba; pero aunque de cuando en cuando se descubrían en las alturas partidas que parecia observaban sus movimientos, no se les obstruyó su marcha hasta que llegaron á una profunda barranca, por cuyo fondo corria un arroyo que se cruzaba por un puente ya medio destruido. En el lado opuesto estaba acampado un cuerpo considerable de indios, dispuesto al parecer á disputar el paso; pero sea porque desconfiaran de su número, ó porque los intimidara la marcha imperturbable de los españoles, no los atacaron y fueron fácilmente dispersos con pocas, pero resueltas cargas de caballería. Así pudo continuar el ejército sin ser hostilizado hasta una pequeña ciudad llamada Coatepec, donde pasaron la noche. Antes de retirarse Cortés á su tienda rondó el campo acompañado de unos cuantos caballeros escogidos para ver si no habia riesgo (24). Parece que sus ojos nunca se cerraban al sueño ni se fatigaba su cuerpo; el indomable espíritu que lo animaba era el que le daba fuerzas.

Tambien pudo haber contribuido á tenerlo en vela la ansiedad y la duda, pues solo distaba tres leguas de Tezcuco, famosa capital de los acolhuas. Determinó fijar, si era posible, su cuartel general en esta ciudad, cuyos numerosos edificios ofrecían comodidades para alojar á su ejército, y ademas su fácil comunicacion con Tlascala por un camino diverso del que habian seguido, le proporcionaria los medios de obtener pronto auxilios de aquel país amigo, y el seguro transporte de los bergantines cuando se concluyeran para echarlos en las aguas del lago; pero tenia bastantes motivos para desconfiar del recibimiento que se le haria en aquella capital, pues despues que salieron los españoles de México habian sobrevenido allí cambios importantes, de que es necesario hablar.

Recordará el lector que el cacique de aquel señorío, llamado Cacama, fué de puesto por Cortés cuando residia en la metrópoli azteca, á consecuencia de una conspiracion tramada contra los españoles, y que se colocó la corona en las sienes de su hermano menor Cuicuitzca. El destronado príncipe era uno de los prisioneros que llevó consigo Cortés, y que la noche triste pereció con los demas en el terrible paso de la calzada. Su hermano, temeroso probablemente de rei-

(24) „É como la gente de pie venia algo cansada, y se hacia tarde, dormimos en una poblacion, que se dice Coatepeque.... É yo con diez de caballo comencé la vela, y ronda de la prima, y hice, que toda la gente estoviese muy apercebida.” Ibid., pp. 188 y 189.

(25) En cuanto á la marcha de que se habla en las páginas precedentes, ademas de la carta de Cortés tantas veces citada, pueden consultarse los escritores siguientes: Gomara, Crónica, cap. 221,—Ovied. Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 18,—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 137,—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.,—Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 10, cap. 20,—Ixtlilxochitl, relacion de la venida de los españoles y principio de la ley evangélica, (México, 1829,) p. 9.

nar despues de la huida de los españoles, sobre vasallos que tenian tanta simpatía por los aztecas, acompañó á los españoles en su retirada, y tuvo la fortuna de llegar salvo á Tlascala. Entre tanto, un hijo segundo de Nezahualpilli, llamado Cuanaco, reclamó la corona que le pertenecia como herencia legítima por la muerte de su hermano mayor; y como que abrigaba contra los hombres blancos el mismo odio que sus compatriotas y los aztecas, fueron apoyados sus derechos por el emperador mejicano. Poco despues de su elevacion al trono, tuvo el señor de Tezcuco oportunidad de probar de una manera eficaz su lealtad á Méjico.

Una partida de cuarenta y cinco españoles, ignorando los sucesos de Méjico llevaban á allá una gran cantidad de oro á tiempo que sus compatriotas se retiraban á Tlascala. Cuando pasaron por el territorio tezcucano fueron atacados de órden de Cuanaco, muertos la mayor parte de ellos en el sitio, y enviado el resto á Méjico para inmolarlos en los altares del sacrificio. Las armas y vestidos de estos desgraciados fueron colgados como trofeos en los templos; y separada su piel de los cuerpos fué puesta sobre los sangrientos altares, como la ofrenda mas grata á las ofendidas divinidades (26).

Algunos meses despues el proscrito príncipe Cuicuitzca, cansado de residir en Tlascala, y deseando volver á reinar, regresó secretamente á Tezcuco con la esperanza, segun parece, de levantar allí un partido en su favor; pero si en efecto fueron tales sus esperanzas, quedaron cruelmente burladas, pues luego que puso el pié en la capital fué entregado á su hermano, quien por aviso de Guatemozin le condenó á muerte como traidor á su pais (27). Tal era el estado de las cosas en Tezcuco, cuando por segunda vez se acercó Cortés á sus puertas; de manera que no solo debia dudar del modo con que se le recibiria, sino de si se veria obligado á entrar por la fuerza.

Pero estos temores se disiparon el dia siguiente, cuando antes que estuvieran las tropas sobre las armas se anunció una embajada del señor de Tezcuco. Formábanla varios nobles, algunos de ellos conocidos de los soldados de Cortés, que traian una bandera dorada en señal de amistad, y un presente de corto valor para Cortés. Eran tambien portadores de un mensaje del cacique, en que pedia al general no hostilizara sus dominios, invitándole á alojarse en su capital, y prometiéndole que á su llegada juraria obediencia al soberano español.

Disimuló Cortés la satisfaccion con que escuchó estas proposiciones, y ásperamente pidió cuenta á los enviados de los españoles que habian asesinado, exigiendo la restitucion inmediata de lo que les habian quitado; pero los nobles in-

(26) Véase la página 63 de este tomo.

Era una ofrenda muy comun en los templos indios la piel de los prisioneros inmolados en la piedra del sacrificio; y los supersticiosos sacerdotes celebraban muchas de sus festividades bailando públicamente envueltos en estos horribles despojos de sus víctimas. Sahagun, Hist. de Nueva España, passim.

(27) Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 187.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS.,

dios se excusaron haciendo recaer toda la culpa sobre el emperador azteca, por cuya órden se había cometido tal crueldad, y en cuyo poder paraba el tesoro tomado á los castellanos. Instaron á Cortés á que no entrara en la ciudad aquel mismo dia, y á que pasara la noche en los suburbios para que su soberano tuviera tiempo de disponer los alojamientos precisos para el ejército; pero no escuchó el general español estas instancias: continuó su marcha; y al mediodía del 31 de diciembre de 1520, á la cabeza de sus legiones, entró por las venerables murallas de Tezcuco, ó „el lugar de descanso,” como no impropriamente se le llamaba (28).

Sorprendióle, lo mismo que la primera vez que visitó esta populosa ciudad, la soledad y silencio que reinaba en sus calles. Lleváronle al palacio de Nezahualpilli, que se le habia señalado para cuartel, y que era un conjunto irregular de edificios bajos que cubria un extenso terreno, semejante al palacio real que ocuparon las tropas en Méjico, y tan espacioso, dice Cortés, que no solo era bastante para todos los españoles, sino para doble número (29). Dió órden de que se respetaran la propiedad y personas de los habitantes, y prohibió á sus tropas salir de sus cuarteles bajo pena de muerte.

Pero estas órdenes no fueron bastantes para impedir algunos excesos por parte de los indios aliados, quienes, si es cierto lo que asegura el historiador tezcucano, poco despues de su llegada incendiaron uno de los palacios reales. Conservábanse allí los archivos de la nacion, por lo que, sea cual fuere el modo con que se verificase el incendio, es de deplorar por los anticuarios que habrian tal vez encontrado en sus anales geroglíficos alguna luz sobre las emigraciones de las misteriosas razas que se establecieron primitivamente en las montañas del Anáhuac (30.)

Alarmado Cortés, así por este manifesto abandono de la ciudad, como porque ninguno de sus principales habitantes salió á recibirle, mandó algunos soldados que subiesen al teocalli inmediato y observasen lo que pasaba en la ciudad. Pronto volvieron con la noticia de que estaba saliendo de ella gran número de hombres con sus familias y bienes muebles, unos en canoas que se internaban en el lago, y otros á pié que se dirigian á los montes. Comprendió entonces el general el objeto de las instancias del cacique para que los españoles pasaran la noche en los suburbios: conoció que solo queria ganar tiempo para evacuar la capital; y temiendo que el mismo cacique se le escapase, sin pérdida de tiempo des-

(28) Tezcuco, nombre chichimeca, significa segun Ixtlilxochitl „lugar de detencion ó de descanso,” porque allí hicieron alto las diferentes tribus del Norte cuando entraron al Anáhuac. Hist. chich., MS., cap. 10.

(29) „La qual es tan grande, que aunque fuéramos doblados los españoles, nos pudieramos aposentar bien á placer en ella.” Rel. terc., en Lorenzana, p. 191.

(30) „De tal manera que se quemaron todos los archivos reales de toda la Nueva España, que fué una de las mayores pérdidas que tuvo esta tierra, porque con esto toda la memoria de sus antiguallas y otras cosas que eran como escrituras y recuerdos perecieron desde este tiempo. La obra de las casas era la mejor y la mas artificiosa que hubo en esta tierra.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 91.

tacó por las calles principales algunas de sus tropas, con el fin de que hiciesen volver á los fugitivos y arrestasen al cacique si era de este número; pero era muy tarde, pues ya Cuanaco iba muy lejos atravesando el lago con direccion á Méjico.

Determinó entonces Cortés sacar partido de este acontecimiento, colocando en el trono á otro príncipe que le fuera mas adicto. Convocó una asamblea, compuesta de las pocas personas principales que aun permanecian en la ciudad, y por su dictámen, y ostensiblemente por su eleccion, elevó á un hermano del último soberano al solio que declaró vacante. Este príncipe que consintió en ser bautizado, fué un dócil instrumento de los españoles; pero sobrevivió pocos meses (31), y le sucedió otro miembro de la familia real llamado Ixtlilxochitl, quien como general de los ejércitos, puede decirse tuvo en sus manos las riendas del gobierno durante la vida de su hermano. Como aquel personaje estuvo íntimamente asociado con los españoles en todos los hechos posteriores de la conquista, á cuyo feliz éxito contribuyó eficazmente, convendrá dar una idea de la histotia de sus primeros años, que en verdad está tan llena de maravillas, como la de un héroe fabuloso de la antigüedad (32).

Era hijo en segundas nupcias del gran Nezahualpilli. Algunos prodigios extraordinarios que acaecieron en la época de su nacimiento, y el melancólico aspecto que presentaron los planetas, obligó á los astrólogos que consultaron el horóscopo del príncipe, á aconsejar al rey su padre le quitase la vida, pues si llegaba á crecer estaba destinado á unirse á los enemigos de su pais, y á destruir sus instituciones y religion; pero el anciano monarca replicó: "que habia llegado el tiempo en que debian venir del Oriente los descendientes de Quetzalcoatl á tomar posesion del pais; y que si la Providencia habia elegido á su hijo para cooperar á ello, se hiciera su voluntad" (33.)

(31) El historiador Ixtlilxochitl paga el siguiente homenaje á su real pariente, que se llamaba Tecocol; siendo muy extraño que este nombre solo se encuentre en la obra de Sahagun, y no en ninguna otra de las historias contemporáneas. „Fué el primero que lo fué en Tezcoco, con harta pena de los españoles, porque fué nobilísimo y los quiso mucho. Fué D. Fernando Tecocoltzin muy gentil hombre, alto de cuerpo y muy blanco, tanto quanto podia ser cualquier español por muy blanco que fuese, y que mostraba su persona y término descender, y ser del linage que era. Supo la lengua castellana, y así casi las mas noches despues de haber cenado, trataban él y Cortés de todo lo que se debia hacer acerca de las guerras." Ixtlilxochitl, Venid. de los esp., pp. 12 y 13.

(32) Algunos historiadores no mencionan la coronacion de Tecocol, y ni aun su existencia, y otros las refieren de una manera tan equívoca, por omitir su nombre indio, que es muy dudoso si han querido hablar de otro diverso de su hermano menor Ixtlilxochitl. Solo el historiador tezcucano que lleva este melodioso nombre, trae algunos particulares de su historia, y yo le he seguido porque á consecuencia de sus relaciones personales, tuvo los mejores medios de adquirir noticias, aunque debe confesarse que es demasiado crédulo para que siempre se le deba dar crédito.

(33) „Él respondió, que era por demas ir contra lo determinado por el Dios Cria-

Al paso que el niño se adelantaba en años, fué dando muestras precoces, no solo de su talento, sino de una actividad malévola, que hacía concebir fundados temores para lo futuro. Cuando apenas contaba doce años, organizó un pequeño cuerpo de niños, de su edad ó poco mas, con quienes practicaba los ejercicios militares de su nacion, dirigía fingidos combates, y alguna vez atacaba á los ciudadanos pacíficos, introduciendo el desórden y la confusion en el palacio y en toda la ciudad. Algunos de los antiguos consejeros del rey, enlazando estos hechos con las predicciones hechas en su nacimiento, hallaron síntomas tan alarmantes, que le repitieron el consejo de los astrólogos de quitar la vida al infante, si no queria ver algun dia envuelto su reino en la anarquía. Llegó á oídos del jóven príncipe este desagradable consejo, y ofendióle tanto, que se puso á la cabeza de su compañía de jóvenes atrevidos, y entrando á la casa de los consejeros los sacó de ellas arrastrando y les dió garrote; modo de ejecutar la pena capital en Tezcuco.

Arrestósele y fué llevado á la presencia de su padre. Cuando éste le preguntó los motivos de su escandalosa conducta, contestó friamente "que solo habia ejecutado lo que tenia derecho de hacer, y que los ministros culpables habian merecido su suerte por haber intentado enagenarle el amor paternal, sin mas motivo que su irresistible inclinacion á la profesion de las armas, la mas noble y mas digna de un príncipe; que si habian sufrido la muerte, no era esto mas de lo que ellos habian querido para él." El sabio Nezahualpilli, dice el historiador, encontró mucha fuerza en estas razones, y no viendo en aquella accion nada de bajo y sórdido, sino mas bien el impulso de un espíritu intrépido que con el tiempo podia obligarle á hacer grandes cosas, se contentó con echar una severa reprimenda al delincuente príncipe (34). Ignórase si esta amonestacion produjo algun cambio saludable en su conducta; pero sí se dice que cuando creció, tomó una parte activa en las guerras de su pais, y que apenas contaba diez y siete años. cuando ya habia ganado las insignias con que se distinguia á un capitán valiente y victorioso (35).

dor de todas las cosas, pues no sin misterio y secreto juicio suyo le daba tal hijo al tiempo y cuando se acercaban las profecías de sus antepasados, que habiase venir nuevas gentes á poseer la tierra, como eran los hijos de Quetzalcoatl que aguardaban su venida de la parte oriental." Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 69.

(34) „Con que el rey no supo con que ocasion poderle castigar, porque le parecieron sus razones tan vivas y fundadas, que su parte no habia hecho cosa indebida ni vileza para poder ser castigado, mas tan solo una ferocidad de ánimo, pronóstico de lo mucho que habia de venir á saber por las armas, y así el rey dijo, que se fuese á la mano." Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 69.

(35) Ibid., ubi supra.

Entre otras anécdotas que se refieren para probar la precocidad del jóven príncipe, es una de ellas que cuando solo tenia tres años echó á su nodriza en un pozo de donde estaba sacando agua, para castigarla de ciertas faltas que habia presenciado; pero no referiré al lector estas extrañas pruebas de temprano desarrollo, porque es probable

Cuando murió su padre disputó la corona á su hermano mayor Cacama. Vióse amenazado el país de una guerra civil; pero terminó aquel la contienda, cediéndole la parte del reino situada en las montañas. Cuando llegaron los españoles, el joven monarca que apenas contaba veinte años no cumplidos, hízoles, como hemos visto, muchas demostraciones de amistad, llevado indudablemente del odio que profesaba á Montezuma, por haber apoyado las pretensiones de Cacama; (36) pero cuando subió al trono de Tezcucó, mostró todo el afecto que les profesaba. Desde ese momento se convirtió en el mejor amigo de los cristianos, ayudándoles no solo con su personal autoridad, sino con todo su ejército y recursos, que aunque muy decaídos del esplendor que habían tenido en los días de su padre, eran todavía considerables y le constituían un aliado utilísimo. Los escritores castellanos recuerdan con gratitud sus importantes servicios, y la historia no le ha defraudado la gloria que adquirió con justicia; triste gloria, por cierto, de haber contribuido mas que ningun otro príncipe del Anáhuac, á remachar en el cuello de sus compatriotas la cadena del hombre blanco.

que no tengan el mismo apetito por los hechos maravillosos que el historiador tezcucano.

(36) Pag. 180 del tom. 1^o

Las dos bases en que principalmente descansa la historia de la Conquista, son las Crónicas de Gomara y de Bernal Diaz, dos escritores que se asemejan tan poco el uno al otro, como el eclesiástico culto y cortesano al rudo soldado.

El primero, Francisco Lopez de Gomara, era natural de Sevilla. Cuando volvió Cortés á España despues de la conquista, fué Gomara su capellan; y muerto el conquistador, continuó al servicio de su hijo el segundo marqués del Valle. Entonces escribió su Crónica; por lo que puede conjeturarse que su narracion no está conforme á los principios estrictos de la imparcialidad histórica; y en efecto, no carece de fundamento tal sospecha. La historia de la Conquista es necesariamente la del hombre que la ejecutó; pero Gomara ha hecho realzar tanto el carácter de su héroe, que ha obscurecido enteramente el de sus valientes compañeros de armas; y al paso que corre un velo sobre las debilidades de su favorito, pone mucho empeño en referir sus hazañas de la manera mas brillante. Su posicion puede en cierto modo disculpar esta parcialidad; mas no es bastante para vindicarlo á los ojos del honrado Las Casas, quien pocas veces concluye un capítulo de su obra sin censurarlo fuertemente, y algunas veces se extiende hasta acusarlo de falsedad manifiesta, y asegurar que no tenia ojos ni oídos mas que para ver y escuchar lo que su protector le queria dictar. Que esto no es enteramente cierto, lo prueba el hecho de que la obra fué escrita algunos años despues de la muerte de Cortés, y ciertamente Gomara tomó noticias de las mejores fuentes, no solo de la familia del conquistador, sino de los mas distinguidos actores de aquel gran drama, con quienes su posicion le hizo tener un trato íntimo.

Los materiales que de esta suerte pudo reunir, los ordenó con un método poco entendido por los escritores de aquel tiempo. En lugar de las vagas incoherencias de

estos, el estilo de Gomara es breve y elegante, claro y conciso. Si algunas veces aglomera demasiado los hechos, y ocupa tanto la mente del lector que no puede meditar sobre ellos, todos tienden á un punto determinado, y la narración en vez de arrastrarse lentamente hasta agotar la paciencia ó interés del lector, prosigue sin interrupción su marcha. En una palabra, la obra no solo es superior á la mayor parte de las de su tiempo, sino que hasta cierto punto puede aspirar al rango de clásica.

Debida á estas circunstancias fué la celebridad y rápida circulación que tuvo la historia de Gomara, tanto que mientras dormían manuscritas muchas cartas de Cortés, y las composiciones mas esmeradas de Oviedo y Las Casas, los escritos de Gomara fueron impresos, reimpresos, y traducidos en varias lenguas europeas cuando aun él vivía. La primera edición de la *Crónica de la Nueva España* apareció en Medina en 1553, y se volvió á publicar en Antuerpia el año siguiente. Despues fué incorporada en la colección de Barcia; y finalmente, en 1826 la dió á luz en este lado de los mares la prensa mejicana.

Son muy curiosas las circunstancias que acompañaron á esta última edición. El gobierno mejicano señaló una pequeña suma para los gastos de la traducción que se suponía ser una historia original de Chimalpain, escritor indio que floreció á fines del siglo diez y seis. Confióse aquel trabajo al laborioso Bustamante; pero este literato no habia adelantado mucho en él, cuando descubrió que el pretendido original era una versión en lengua azteca de la *Crónica de Gomara*. No obstante esto, continuó sus tareas hasta dar al público una edición americana de la obra del capellan, siendo un hecho notable que el editor en sus otros escritos se refiere constantemente á la misma obra, llamándola *Crónica de Chimalpain*.

La otra autoridad á que me he referido es Bernal Diaz del Castillo, oriundo de Medina del Campo, en Castilla la Vieja. Nació de una pobre y humilde familia, y en 1514 vino á buscar fortuna al Nuevo Mundo. Se embarcó de soldado raso en la primera expedición de Córdoba á Yucatan, acompañó el año siguiente á Grijalva á este mismo punto, y finalmente, se alistó bajo las banderas de Cortés, á cuyo victorioso gefe siguió en su primera subida á la gran mesa, le acompañó á atacar á Narvaez, participó de los desastres de la noche triste, y estuvo en el sitio y toma de la capital; en una palabra, casi no hubo en toda la campaña un acontecimiento ó acción de importancia en que no tuviese parte. Encontróse en ciento diez y nueve batallas y combates, en varios de los cuales salió herido, y mas de una vez escapó milagrosamente de caer en manos del enemigo. En todas estas ocasiones mostró Diaz el valer de un castellano viejo, y una lealtad á toda prueba, que le hizo oponerse constantemente á los motines que tantas veces turbaron la armonía del campo: siempre fué fiel á su gefe y á la causa que habia abrazado; y su fidelidad consta no solo por su propio dicho, sino por los muchos elogios que le prodiga el general, quien por tal motivo le colocó en puestos de confianza y de responsabilidad, que proporcionaron al futuro historiador los mejores medios de adquirir noticias sobre la conquista.

Cuando se consolidó el dominio español en Méjico, recibió Diaz sus repartimientos de tierras y operarios; pero no se hizo la división á su gusto, por lo que censura fuertemente el egoismo del general, que se ocupaba demasiado de la parte que le tocaba para pensar en la de sus soldados. La división de los despojos es siempre una tarea penosa. Por muchos años llevó Diaz una vida activa para que pudiera contentarse con morir en

una indolente tranquilidad. Así fué que tomó parte en varias expediciones mandadas por los capitanes de Cortés, y acompañó á este gefe en su terrible excursion por los bosques de Honduras.

Por fin, en 1568 vemos al veterano establecido de regidor en la ciudad de Guatemala, y pacíficamente empleado en referir las valerosas proezas de su juventud. Había transcurrido casi medio siglo de la conquista, y había sobrevivido al general y casi á todos sus compañeros de armas. Cinco solo habian quedado del puñado de valientes que acompañó á Cortés desde Cuba, y estos, para usar de las palabras del anciano historiador, "eran pobres, viejos y enfermos, cargados de hijos, y con muy pocos medios para mantenerlos, terminando sus dias como los habian comenzado, en los trabajos y la miseria." Tal fué la suerte de los conquistadores de la rica Méjico.

El motivo que indujo á Díaz á tomar la pluma en una edad tan avanzada, fué el deseo de reclamar para él y sus camaradas la parte de gloria que de derecho les pertenecia en la conquista, gloria de que habian sido defraudados, segun él creia, por la exagerada reputacion del general, debida en gran parte á los escritos de Gomara. Sin embargo, ya que habia escrito Díaz una gran parte de su obra, llegó á sus manos la del capellán. El contraste que presentaba su estilo familiar con el claro y pulido de su predecesor, le disgustó tanto, que arrojó la pluma con desesperacion; pero cuando hubo leído un poco mas, y vió las groseras inexactitudes de su rival, volvió á emprender sus trabajos, resuelto á dar á luz una narracion que al menos tuviera el mérito de la verdad. Este fué el origen de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*.

Debe confesarse que consiguió su objeto. Al leer sus páginas se echa de ver que sean cuales fueren los errores en que incurra, ya por olvido de hechos tan antiguos, ya por vanidad, de que tiene una buena dosis, ya por credulidad, ya por otra causa, no hay una maliciosa alteracion de la verdad. Si lo hubiera intentado, su misma sencillez le habria vendido. Aun con relacion á Cortés, al paso que procura equilibrar la balanza entre su mérito y el de sus veteranos, y al mismo tiempo que manifiesta libremente su codicia y algunas veces su crueldad, hace completa justicia á sus heroicas y sublimes cualidades. Con todos sus defectos, es bien claro que considera á su gefe superior á cualquiera otro de los capitanes, así de los tiempos antiguos como de los modernos. En el calor mismo de sus quejas, siempre está pronto á probar su lealtad y adhesion personal á Cortés; y cuando se le calumnia, se le insulta ó se le trata con desprecio ó de una manera indigna de él, toma al momento su defensa. En una palabra, aunque algunas veces lo censura agriamente, no permite que otro lo haga.

Bernal Díaz, el rudo hijo de la naturaleza, es el mas fiel y exacto copista de ella. Traslada, si me es lícito decirlo así, á las páginas de su historia las escenas reales de la vida, por una especie de procedimientos daguerrotípicos. Es entre los historiadores lo que De Foe entre los novelistas. Nos lleva en medio del campo, nos hace rondar el vivac con los soldados, acompañarles en sus penosas marchas, escuchar sus consejos, sus murmullos de descontento, sus planes de conquista, sus esperanzas, sus triunfos y sus desengaños. Todas las escenas pintorescas y los romanescos acontecimientos de la conquista, están reflejados en las páginas de Díaz, como en un espejo. El transcurso de cincuenta años no habia hecho impresion en las facultades mentales del veterano. El fuego de la juventud resalta en cada línea de su desaliñada historia; y al re-

ferir sucesos ya pasados, puede ser muy bien que el recuerdo de los bravos compañeros que habían perecido, dé á la pintura un colorido mas vivo que si la hubiera hecho en edad mas temprana. El tiempo, la reflexion y los temores por lo futuro que debían agitar el ocaso de la vida, no tuvieron poder sobre las opiniones que concibió en su juventud. No admitia dudas en cuanto al derecho de la conquista, ni en cuanto á lo justo de los castigos impuestos á los indios. Él era todavia el soldado de la cruz, y los que murieron á su lado mártires de la fe. „¿Dónde están mis compañeros?“ pregunta: „han caido en el campo de batalla, han sido devorados por los caníbales, ó han servido de pasto á las fieras conservadas en jaulas. ¿Qué se han hecho aquellos cuyos restos debían conservarse bajo mármoles, en que estuvieran escritas sus proezas, dignas de perpetuarse en letras de oro, porque murieron en el servicio de su Dios y de su rey, para dar luz á los que vivían en la obscuridad, y tambien para adquirir las riquezas que todo hombre codicia?“ Algunos han creido que este último motivo, del que habla pocas veces y por incidente, fué el que principalmente impulsó á los conquistadores. Tal confesion es ciertamente una muestra de sencillez que da un encanto irresistible al anciano historiador, y que sin pretenderlo descubre su pecho como es, y lo pone enteramente abierto á la vista del lector.

Parecerá extraordinario que despues de haber trascurrido tanto tiempo hubiera conservado tan fresco el recuerdo de los acontecimientos de sus campañas; pero debe considerarse que eran las mas extrañas y romanescas, muy á propósito para hacer una impresion profunda en una imaginacion jóven y ardiente. Probablemente las habria referido tantas veces el veterano á su familia y amigos, que cada pasaje de la conquista le seria tan familiar, como el sitio de Troya al rapsodista griego, ó como las interminables aventuras de Sir Lancelot ó Sir Gawain al menestral normando. Ordenar, pues, esta narracion en forma de crónica, no era sino repetirla una vez mas.

El mérito literario de la obra es muy escaso, como debe esperarse de la clase á que pertenecia el autor. No tiene ni aun el arte de disimular su vanidad vulgar, que manifiesta de una manera ridícula en cada página de su obra; y sin embargo, se le puede perdonar esta falta, cuando se advierte que la acompaña la virtud de apreciar el mérito de otros, y que aquella debe atribuirse en parte á su extraordinaria sencillez. Confiesa francamente sus defectos, aunque trata de excusarlos. „Cuando concluí mi historia,“ dice, „la sujeté á la revision de dos licenciados que deseaban leerla, y á quienes respetaba tanto, como un hombre ignorante respeta al literato. Supliquéles no cambiasen, ni corrigiesen el manuscrito, pues todo estaba referido con la mayor buena fe. Cuando lo hubieron leído alabaron mi maravillosa memoria. Dijéronme que estaba escrita en buen castellano antiguo, sin ninguna de las flores y adornos de que tanto hacen alarde nuestros mejores autores; pero que habria sido bueno que no me alabara tanto, ni á mis compañeros, sino que hubiera dejado ese cuidado á otros. A esto contesté que era comun entre vecinos y compañeros encomiarse unos á los otros, y que si no hablabamos bien de nosotros, ¿quién habia de hacerlo? Además, ¿quién habia presenciado nuestras proezas y nuestras batallas, sino las nubes del cielo y las aves que volaban sobre nuestras cabezas?“

No obstante los elogios de los licenciados sobre el estilo, es demasiado familiar, abunda en barbarismos, y está á veces sazonado con los picantes chistes de un cuartel; pero el mérito de expresar claramente los pensamientos del autor, es muy con-

forme á su carácter sencillo. Su narracion está ordenada con menos aliño del que es comun entre las producciones de su género, y abunda en aquellas digresiones y repeticiones que usan los hombres vulgares al contar su historia; pero es inútil criticar segun las reglas del arte, á un escritor que las ignoraba completamente, y cuya obra por mas digna que sea de censura, será leida y releida por los literatos y estudiosos, al paso que las de los historiadores mas clásicos duermen tranquilas en sus estantes.

¿En qué, pues, consiste el encanto de la obra de Bernal Diaz? En el espíritu de verdad que en ella se advierte; en que nos presenta los hechos como pasaron, y los sentimientos tales cuales existian en el corazon del escritor. Esto es lo que da á su historia un vivo interés, que mas frecuentemente se encuentra en las producciones de una mal cortada pluma, que solo cuida de referir los hechos, que en las de los consumados y fastidiosos literatos que solo se ocupan del modo de expresarlos.

Una verdadera casualidad hizo que esta inimitable historia saliese del olvido en que otras muchas obras de mayor mérito habian caido en la Península. Mas de setenta años estuvo sepultado el manuscrito en la obscuridad de una librería privada, hasta que llegó á manos de Fr. Alonso Remon, cronista general de la órden de la Merced, quien tuvo la sagacidad de descubrir bajo el rudo exterior de la obra, su inapreciable valor para ilustrar la historia de la Conquista. Obtuvo licencia para publicarla; y bajo sus auspicios se dió á luz en Madrid en 1632: esta edicion es la que he consultado al escribir mi obra.

LIBRO VI.

SITIO Y RENDICION DE MEJICO.

CAPITULO I.

DISPOSICIONES TOMADAS EN TEZCUCO.—SAQUEO DE IZTAPALAPAN.—VENTAJAS QUE CONSIGUEN LOS ESPAÑOLES.—PRUDENTE POLÍTICA DE CORTÉS.—
TRASLACION DE LOS BERGANTINES.

1521.

La ciudad de Tezcuco era probablemente la mejor posicion que podia elegir Cortés para fijar su cuartel general, pues tenia comodidad bastante para alojar un numeroso ejército, y todos los medios de subsistir que ofrece una grande y populosa ciudad (1). Proporcionaba ademas una multitud de artesanos y operarios de que podria necesitar el ejército, y lindando sus territorios con Tlascala, ofrecia medios fáciles de comunicacion con los aliados, al mismo tiempo que por su cercanía á Méjico, podia el general sin mucha dificultad saber lo que se hacia en la capital; en una palabra, su situacion central facilitaba la comunicacion con todo el valle, y le hacia servir de un excelente punto de apoyo para las futuras operaciones.

Lo primero de que cuidó Cortés fué de fortificar el palacio en que se alojó, y poner los demas edificios en que estaba el ejército en tal estado de defensa, que los pusiera á cubierto de una sorpresa, no solo de parte de los mejicanos, sino de los tezcucanos mismos. Desde la eleccion del nuevo rey habia vuelto á sus hogares gran parte de la poblacion, á la que se habian garantizado sus personas y propiedades; pero el general español no obstante sus señales de sumision, desconfiaba mucho de su sinceridad, pues conocia que muchos tezcucanos estaban íntimamente unidos á los aztecas por matrimonio y otros vínculos sociales,

(1) „Asimismo hizo juntar todos los bastimentos que fueron necesarios para sustentar el ejército y guarniciones de gente que andaban en favor de Cortés, y así hizo traer á la ciudad de Tezcuco el maiz que habia en las trojes y graneros de las provincias sujetas al reino de Tezcuco.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 91.

y que por lo mismo tenían grande simpatía hácia ellos (2). El jóven monarca parecia estar muy á su favor; pero Cortés para mas asegurarse puso á su lado algunos españoles, cuyo objeto ostensible era el instruirle en la lengua castellana y en la religion católica; pero que en realidad iban á vigilar su conducta, y evitar que se comunicara con los que pudieran oponerse á los intereses de los españoles (3).

Tezcuco distaba como media legua del lago, de manera que era necesario abrir una comunicacion entre éste y la ciudad, para que luego que llegaran los bergantines pudieran echarse al agua. Determinóse por lo mismo abrir un canal desde los jardines llamados de Nezahualcoyotl, por haberlos plantado este príncipe, hasta la orilla del lago. Un arroyo que corría en esa direccion se ahondó lo bastante, en cuya grande obra se emplearon ocho mil indios bajo la direccion del jóven Ixtlilxochitl (4).

Entre tanto recibía Cortés embajadas de varios lugares vecinos, manifestándole su deseo de ser vasallos del soberano español, y de que los tomase bajo su proteccion: el comandante español pedía en recompensa se le entregase todo mejicano que pisase su territorio; por lo que algunos nobles aztecas que habian sido enviados con diversas comisiones á dichas ciudades fueron puestos en sus manos, y de ellos se valió para que llevasen un mensaje á su amo el emperador. En él deploraba que llegara el caso de verse precisado á hacer la guerra: los que mas le habian ofendido habian dejado ya de existir: estaba por lo mismo dispuesto á olvidar lo pasado; é invitaba á los mejicanos á salvar su capital de los horrores de un sitio rindiéndose oportunamente (5). No esperaba Cortés obtener con esta intimacion un resultado pronto; pero creyó que podría causar impresion en los mejicanos, y que si algunos estaban dispuestos á negociar con él, los alentaría mas á ello el ver su buena disposicion para secundar sus miras; pero no habia entonces en la capital diversidad de opiniones: toda la poblacion parecia animada de un mismo espíritu de resistencia como si fuese un solo hombre.

Antes he dicho, que el plan de Cortés al entrar al valle era comenzar sus operaciones por reducir las ciudades tributarias de la capital antes de dirigirse á esta, para que semejante á un elevado árbol, cuyas raices se han destruido una á una, quedara así sin apoyo contra el furor de la tempestad. El primer punto de ata-

(2) „No era de espantar que tuviese este recelo, porque sus enemigos, y los de esta ciudad eran todos deudos y parientes mas cercanos, mas despues el tiempo lo desengañó, y vido la gran lealtad de Ixtlilxochitl, y de todos.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 92.

(3) Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 137.

(4) Ibid., ubi supra.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 91.

(5) „Los principales, que habian sido en hacerme la guerra pasada, eran ya muertos; y que lo pasado fuese pasado, y que no quisiesen dar causa á que destruyese sus tierras, y ciudades, porque me pesaba mucho de ello.” Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 193.

Historia de la conquista de Méjico Traducción de José M^o González de Echeverría y María del Mar Verdejo Segura

que eligió fué la antigua ciudad de Iztapalapan, que segun el mismo conquistador, contenia 50.000 habitantes, y estaba situada á distancia de seis leguas en la estrecha punta de tierra que dividia las salobres aguas del lago de las dulces. Era el señorío propio del último soberano de Méjico, donde como recordará el lector, hospedó á los españoles la víspera de entrar á la capital, y donde quedaron asombrados de sus soberbios jardines. No debian á este monarca ninguna consideracion, pues él habia dirigido el ataque de la noche triste. El es verdad ya no existia; pero los moradores de la ciudad abrigaban el mismo odio implacable contra los extranjeros, y eran entonces los mas fieles vasallos de la corona de Méjico.

Una semana despues de su llegada á los nuevos cuarteles, dejando Cortés la guarnicion al mando de Sandoval, marchó contra aquella capital á la cabeza de doscientos infantes, diez y ocho caballos y tres á cuatro mil tlascaltecas. El camino que siguió pasaba por la orilla oriental del lago, y estaba cubierto de florecientes ciudades y aldeas, ó á diferencia de hoy, vestido de espesos bosques de cipreses y cedros, y de cuando en cuando de llanuras que dejaban ver á la reina del valle, levantándose altiva del seno de las aguas, como engreida de su supremacía sobre las hermosas ciudades que la rodeaban. Un poco mas adelante se distinguia una obscura línea, formada por la calzada que unia á Méjico con el continente, y que despertaba en los españoles muchos y muy amargos recuerdos.

Aceleraron el paso, y habian avanzado ya hasta llegar á dos leguas del punto adonde se dirigian, cuando los encontró un cuerpo considerable de aztecas que salió á disputarles el paso. No vaciló Cortés en presentarles accion. Los indios mostraron su acostumbrado valor; pero despues de una sangrienta lucha se vieron obligados á ceder ante el invencible valor de la infantería española, ayudada de la desesperada furia de los tlascaltecas, á quienes la vista de un mejicano enfurecia hasta el frenesí. Retiróse el enemigo en desórden, seguido muy de cerca por los españoles. Cuando ya solo distaban media legua de Iztapalapan, observaron una multitud de canoas cargadas de ñndios que parecia trabajaban en el dique que contenia las aguas del salado lago; pero engolfados en perseguir al enemigo hicieron poco caso de aquellos, y siguiendo la carga entraron á la ciudad mezclados con los fugitivos.

Algunas de las casas descansaban en tierra seca, y otras sobre estacas que entraban en el agua. Aquellas estaban abandonadas por sus dueños, muchos de los cuales habian escapádose en canoas internándose en el lago, y dejando dentro de sus hogares por la precipitacion de la fuga, todos sus efectos. Entraron los tlascaltecas en las desiertas casas y las saquearon completamente, mientras el enemigo huyendo de esta parte de la ciudad, se refugiaba en los edificios construidos sobre la agua, ó entre los carrizales que nacen de su salobre fondo. En las casas habia tambien muchos naturales que aun permanecian con sus mujeres é hijos, por no haber tenido medios de abandonar el lugar del peligro.

Ayudado Cortés de sus soldados y de los aliados que pudo reunir, atacó al ene-

migo en este último atrincheramiento. Unos y otros pelearon con el agua hasta la cintura. Trábose una sangrienta lucha, pues combatía el azteca con el furor del tigre á quien el cazador arroja de su guarida; mas todo fué en vano porque fué vencido en todas partes. El ciudadano pacífico corrió la misma suerte que el soldado; todos fueron acuchillados sin piedad ni distincion de edad y sexo. Procuró Cortés contener la matanza; pero mas fácil hubiera sido arrancar de su presa al hambriento lobo, que al tlascalteca cuando una vez habia probado la sangre de un enemigo. Mas de seis mil personas, incluyendo las mujeres y niños, perecieron en este encuentro (6).

Entre tanto se habian extendido ya las tinieblas de la noche, aunque algo las disipaba la luz de las casas incendiadas por la tropa en diversos puntos de la ciudad. Su posicion insular impedia que se propagase el fuego de una casa á otra; pero cada una esparcia sobre las inmediatas un resplandor funesto, que aumentaba el horror de la escena. Como ya el enemigo no oponia resistencia, se entregaron los soldados al pillaje, y en poco tiempo tomaron de las casas todos los efectos portátiles de valor.

Cuando se ocupaban los españoles en esta obra de devastacion, se oyó un sor-do ruido, como el de un torrente de agua que se precipita, y dieron los indios el grito de que estaban rotos los diques. Entonces comprendió Cortés que en esto se ocupaban los hombres que habia visto en las canoas, trabajando en el dique que separaba el lago de Tezcuco (7). Habianle roto los enfurecidos indios, que prefiriendo inundar el pais, habian hecho que por la abertura se precipitasen las saladas aguas del lago sobre la parte mas baja. Sumamente alarmado el general, reunió á sus soldados, é hizo por evacuar la ciudad lo mas pronto posible. Si hubiera permanecido, dice el mismo conquistador, tres horas mas, no hubiera escapado una alma (8). Venian agobiados con el peso del botín, y pasaban con dificultad por la agua que iba subiendo prontamente. Por alguna distancia les alumbró el camino el fuego de los edificios incendiados; pero cuando les faltó la luz por haberse alejado demasiado, caminaban con incierto paso y con la mayor dificultad, algunas veces con la agua hasta las rodillas, y otras hasta la cintura. Cuando llegaron al foso que dividia la calzada, la agua corria mas profunda y re-bosaba por aquella una corriente tan impetuosa, que no podian tenerse en pié. Los españoles echando el pecho al agua lograron pasarlo; pero muchos de los

(6) „Murieron de ellos mas de seis mil ánimas, entre hombres, y mugeres, y niños; porque los indios nuestros amigos, vista la victoria que Dios nos daba, no enten-dian en otra cosa sino en matar á diestro y á siniestro.” Ibid., p. 195.

(7) „Estándolas quemando, pareció que Nuestro Señor me inspiró, y trujo á la memoria la calzada ó presa, que habia visto rota en el camino, y representóseme el gran daño que era.” Ibid. loc. cit.

(8) „Y certífico á Vuestra Magestad, que si aquella noche no pasáramos el agua, ó aguardáramos tres horas mas, que ninguno de nosotros escapara, porque quedábamox cercados de agua, sin tener paso por parte ninguna.” Ibid., ubi supra.

indios no pudiendo nadar fueron arrebatados por la violencia de las aguas. Perdióse todo el botín: inutilizóse la pólvora: las armas y vestidos de los soldados quedaron empapados en agua salada, y el viento helado de la noche entumeció sus fatigados miembros, en términos que apenas podían arrastrarse. Al amanecer vieron cubierto el lago de canoas cargadas de indios que habían previsto su triste posición, y que les saludaron con una lluvia de piedras, flechas y otras armas mortíferas. Varios cuerpos de tropa ligera que operaban á alguna distancia flanqueaban y hostilizaban al ejército español; pero éste no deseaba venir á las manos con el enemigo, sino ganar sus cómodos cuarteles, donde llegó el mismo día mas triste y fatigado, que si hubiera hecho largas marchas y sostenido sangrientos combates (9).

El resultado de esta expedición, tan diverso del que pronosticaba su brillante principio, fué un cruel engaño para Cortés. Es verdad que su pérdida numérica no era mucha; pero este suceso le mostraba cuánto debía temer de la resolución de un pueblo, que con un espíritu digno de los antiguos holandeses, estaba dispuesto á sepultar su país bajo las aguas, mas bien que dejarlo conquistar. Sin embargo, poco motivo tenía el enemigo para alegrarse, pues además de la mortandad que había sufrido, había visto saqueada y arruinada en parte, una de sus mas florecientes ciudades, y que por sus monumentos públicos parecía acercarse mas á la civilización. ¡Tales son los triunfos de la guerra!

La expedición de Cortés no obstante los reveses que había sufrido fué favorable á los españoles; porque la suerte de Iztapalapan llenó de terror á todo el valle, y pronto se vieron sus buenos resultados en las embajadas que enviaron algunos lugares ofreciendo sumisión. Su influjo se hizo sentir hasta el otro lado de las montañas, pues entre otras, la ciudad de Otumba, cerca de la que ganaron los españoles su famosa batalla, prometió obediencia, y pidió la protección de los poderosos extranjeros. Se excusaba de haber tomado parte en las últimas hostilidades, echando la culpa á los aztecas.

Pero la ciudad mas importante de las que solicitaron la protección de los españoles fué Chalco, situada en el extremo oriental del lago del mismo nombre. Era una antigua capital poblada por una tribu de la misma familia que los aztecas, y en un tiempo su formidable rival. El emperador mejicano desconfiando de la lealtad de sus habitantes había puesto allí una guarnición que los tuviese sujetos; mas sus gefes enviaron á Cortés una embajada secreta, proponiéndole ponerse bajo su protección si les ayudaba á expulsar las tropas de México.

No vaciló un momento el comandante español, sino que destacó con tal objeto una fuerza considerable á las órdenes de Sandoval. En el camino, la retaguar-

(9) La carta del general al emperador es tan completa y precisa que es la mejor autoridad acerca de este suceso. Puede tambien verse á los autores siguientes. Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 138,—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 18,—Ixtilixochitl, Hist. chich., MS., cap. 92,—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 2, et auct. aliis.

dia, que se componía de tlascaltecas, tuvo un reñido encuentro con algunas tropas ligeras de los aztecas, por quienes quedó la ventaja; mas pronto se vengaron aquellos en una sangrienta batalla que se trabó con el grueso del ejército enemigo, á no mucha distancia de Chalco. Atravesaban un terreno llano cubierto de ricos sembrados de maíz y plantíos de magueyes, por donde pasaba el camino que hoy conduce desde aquella ciudad á Tezcuco (10). Sandoval, á la cabeza de su caballería atacó y puso en desórden al enemigo; pero éste en pocos momentos se reunió, se volvió á formar y renovó el ataque con mayor brio. Entonces fué aquel mas afortunado, pues rompiendo por entre las filas de los indios con inaudito furor, logró el bravo capitán, despues de una esforzada pero ineficaz resistencia, derrotarlos completamente y arrojarlos del campo. Continuó el ejército vencedor su marcha á Chalco, que ya habia abandonado la guarnición mejicana, y fué recibido en triunfo por todos sus habitantes, que parecían ansiosos de mostrarle su gratitud por haberlos libertado del yugo azteca. Despues de tomar Sandoval las medidas que pudo para la mayor seguridad de la ciudad, volvió á Tezcuco acompañado de dos jóvenes señores, hijos del último cacique.

Recibiéndolos afablemente Cortés, y ellos le informaron de que su padre acababa de morir cargado de años, y que al exhalar el último suspiro habia mostrado sentimiento de no vivir mas para conocer á Malinche. Que él creia que los hombres blancos eran los seres que habian anunciado los oráculos que vendrían algun dia del Oriente á tomar posesion del país (11); y habiales encargado que si volvian á entrar al valle los extranjerios, les juraran obediencia y rindieran vasallaje. Manifestaron los jóvenes caciques estar prontos á obsequiar la voluntad de su padre; pero como esto les debia traer la venganza de los aztecas, pidieron al general les diera una parte de sus tropas para que los protegiese (12).

Igual invitacion recibió de otras varias ciudades, que siempre que pudieran hacerlo sin peligro, estaban dispuestas á sacudir el yugo de Méjico; pero no estaba Cortés en estado de poder satisfacer sus deseos. Entonces mas que nunca conocia cuán desproporcionados eran sus recursos para la empresa que habia acometido. „Aseguro á V. M.,” dice en su carta al emperador, “que el mayor disgusto que sentia sobre todos mis trabajos y fatigas, provenia de no poder auxiliar ni socorrer á nuestros indios aliados, leales vasallos de V. M.” (13). Lejos

(10) Lorenzana, p. 199, nota.

(11) „Porque ciertamente sus antepasados les habian dicho, que habian de señorear aquellas tierras hombres que vernian con barbas de hácia donde sale el sol, y que por las cosas que han visto, éramos nosotros.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 139.

(12) Ibid., ubi supra.—Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 200.—Gomara, Crónica, cap. 122.—Venida de los esp., p. 15.

(13) „Y certifico á Vuestra Magestad, allende de nuestro trabajo y necesidad, la mayor fatiga que tenia, era no poder ayudar, y socorrer á los indios nuestros amigos,

de tener fuerzas suficientes para ello, apenas contaba las muy precisas para defenderse á sí mismo. Su vigilante enemigo acechaba todos sus movimientos; y si debilitaba su ejército mandando muchos destacamentos, ó empleándolos á una gran distancia, no tardaria aquel en aprovechar esta oportunidad. Hasta entonces todas sus excursiones habian sido en puntos cercanos, desde donde las tropas despues de dar un golpe imprevisto y decisivo, podian regresar prontamente á sus cuarteles, en los cuales habia la mayor vigilancia, viviéndo los españoles constantemente preparados para un asalto, como si estuvieran acampados bajo las murallas de la misma Méjico.

Dos salidas habia hecho el general, y en ambas se habia batido con los aztecas en las inmediaciones de Tezcuco. Tuvo lugar la primera una vez que cruzaban el lago varias canoas ocupadas por mejicanos, que llevaban el objeto de transportar en ellas una gran cantidad de maiz; y creyendo Cortés que seria muy importante tomarlo para sí, salió á encontrarlos, se trabó una batalla, los derrotó y llevó la rica cosecha á los graneros de Tezcuco. Se verificó la segunda á consecuencia de que un cuerpo considerable de guerreros se habia establecido en algunas ciudades inmediatas que habian permanecido fieles al emperador azteca. Volvió á salir Cortés, los desalojó, los derrotó en varios encuentros, y sometió las ciudades; pero para estas empresas necesitaba tener reunidas todas sus fuerzas, y ninguna le quedaba para auxiliar á sus aliados. En este conflicto su fecundo ingenio le sugirió un arbitrio con que suplir la falta de fuerza.

Algunas de las ciudades aliadas de fuera del valle, observando que ardian en las montañas muchas luminarias, creyeron que los mejicanos estaban reuniendo un grande ejército, y que los españoles debian estar muy hostilizados en sus cuarteles. Enviaron por lo mismo mensajeros á Tezcuco manifestando sus temores, y ofreciendo los refuerzos que habia rehusado el general cuando emprendió su marcha. Dióles muchas gracias por sus ofertas; y al mismo tiempo que las rehusó para él como innecesarias, les indicó que podian serle útiles defendiendo á Chalco y otras ciudades que se habian acogido á su proteccion; pero sus aliados indios odiaban de muerte á los habitantes de aquellos lugares, que peleando bajo las banderas aztecas, habian hecho la guerra repetidas veces á los pueblos del otro lado de la sierra.

Apresuróse Cortés á terminar estas diferencias. Dijo á unos y otros que debian olvidar sus mútuas ofensas, puesto que habían entrado ya en nuevas relaciones: que eran ya vasallos de un mismo soberano, y estaban comprometidos en una lucha comun contra el formidable enemigo que por tanto tiempo los habia tenido abatidos hasta el polvo. Separados harian muy poco; pero unidos podrian sostener su mútua debilidad, y tener á raya al enemigo hasta que vinieran los españoles en su auxilio. Estas razones produjeron al fin su efecto; y el hábil general tuvo la satisfaccion de ver que aquellas orgullosas y enemigas tribus, olvi-

que por ser vasallos de vuestra magestad, eran molestados y trabajados de los de Cuíua." Rel. terc., en Lorenzana, p. 204.

dasen su inveterada rivalidad, y que prescindiendo del placer de la venganza tan grato para un bárbaro, se abrazaran como amigos y compañeros en una misma empresa. A esta sabia política debió el comandante español, tanto como á sus armas, las victorias que subsiguientemente obtuvo (14).

De esta suerte iban á cada hora minándose los cimientos del imperio mejicano, pues los grandes vasallos que residian inmediatos á la capital, y en quienes mas confiaba, se separaban de su obediencia uno tras otro. Los llamados propiamente aztecas, solo formaban una pequeña parte de la poblacion del valle, que en lo general se componia de tribus consanguíneas, miembros de la misma gran familia de los nahuatlacos que habian venido á la mesa central casi al mismo tiempo que aquellos. Todas eran rivales, y habian sido sojuzgadas sucesivamente por la mas belicosa de los mejicanos, que las mantenía sujetas, muchas veces por la fuerza, y siempre por el miedo. El terror era el gran vínculo que unia á los miembros heterogéneos de la monarquía, que iba entonces disolviéndose bajo la influencia de un poder mas fuerte que el de los aztecas. No era esta en verdad la primera vez que las razas vencidas trataban de recobrar su libertad; pero hasta entonces todas sus tentativas se habian frustrado por falta de union. Estaba reservado al genio extraordinario de Cortés extinguir sus antiguos odios, combinar sus esparcidos elementos de fuerza, y animarlas con un principio comun de accion (15).

Alentado con tan prósperos sucesos, creyó el general español que aquel era el momento favorable para entablar negociaciones con la capital. Aprovechó la presencia de algunos nobles mejicanos hechos prisioneros en la última accion con Sandoval, para enviar al emperador otro mensaje que en sustancia era una repetición del primero, asegurando de nuevo que si se sometía la capital á la coro-

(14) Ibid., pp. 204 y 205.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 19.

(15) Oviedo lleno de admiracion por su héroe, hace el siguiente elogio de su política, prudencia y ciencia militar, que como con justicia predijo, inmortalizarían su nombre. Es una bella muestra del estilo del antiguo é instruido historiador.

„Sin dubda alguna la habilidad y esfuerzo, é prudencia de Hernando Cortés muy dignas son que entre los cavalleros, é gente militar en nuestros tiempos se tengan en mucha estimacion, y en los venideros nunca se desacuerden. Por causa suya me acuerdo muchas veces de aquellas cosas que se escriben del capitán Viriato nuestro español y extremeño; y por Hernando Cortés me ocurren al sentido las muchas fatigas de aquel espejo de caballería Julio César, dictador, como parece por sus comentarios, é por Suetonio é Plutarco é otros autores que en conformidad escribieron los grandes hechos suyos. Pero los de Hernando Cortés en un Mundo nuevo, é tan apartadas provincias de Europa, é con tantos trabajos é necesidades é pocas fuerzas, é con gente tan innumerable, é tan bárbara é belicosa, é apacentada en carne humana, é aun habida por excelente é sabroso manjar entre sus adversarios; é faltándole á él ó á sus milites el pan é vino é los otros mantenimientos todos de España, y en tan diferenciadas regiones é aires é tan desviado é lejos de socorro é de su príncipe, cosas son de admiracion.” Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 20.

na de España, se confirmaría la autoridad de Guatemozin, y se respetarían las personas y propiedades de sus súbditos. Ninguna contestación se recibió á esta proposición, porque el joven emperador tenía un espíritu tan indómito como el del mismo Cortés. Sobre su cabeza recayeron todos los efectos del vicioso sistema de gobierno que le habían legado sus antecesores: y aunque veía vacilar el imperio bajo sus plantas, creía poderle sostener con su energía y recursos personales. Previno la defección de algunos de sus vasallos poniendo fuertes guarniciones en las ciudades que habitaban, y á otros los ganó eximiéndolos de pagar tributo, disminuyéndoles los gravámenes que reportaban, ó elevándolos á puestos de honor y autoridad en el estado. Mostró al mismo tiempo su implacable odio á los españoles, mandando que todo el que se encontrase en sus dominios se mandara inmediatamente á la capital, donde era sacrificado con todas las bárbaras ceremonias prescritas por el ritual azteca (16).

Mientras esto sucedía, recibió Cortés la linsonjera noticia de estar concluidos los bergantines y listos para ser llevados á Tezcucó. Destacó con este objeto una partida de 200 infantes y 15 caballos á las órdenes de Sandoval, gefe que

(16) Uno de los gefes á quienes Guatemozin ocurrió para que le auxiliasen en su crítica situación, fué Tangapan, señor de Michuacan, poderoso é independiente reino situado al Este, que nunca había sido sojuzgado por el ejército mejicano. Las noticias que le mandó el emperador por medio de sus embajadores fueron tan alarmantes, según cuenta Ixtlilxochitl, que la hermana del rey se entregó voluntariamente á la muerte, temerosa de la venida de los terribles extranjeros. Depositóse su cuerpo, como era de costumbre, en el sepulcro destinado á la familia real mientras se hacían los preparativos necesarios para quemarlo; mas el cuarto día los encargados de velar el cadáver quedaron admirados al ver que daba señales de volver á la vida. La resucitada princesa recobró el habla y pidió ver á su hermano. Cuando éste llegó, le rogó no pensara en tocar un solo cabello de la cabeza á los misteriosos extranjeros. Díjole que se le había permitido ver la suerte de los que habían pasado al otro mundo, y que las almas de todos sus antecesores ardían en fuego inextinguible, mientras que las de los que habían abrazado la fe de los blancos estaban en la gloria. En prueba de ser cierto lo que decía, añadió, que en una gran festividad que estaba próxima, vería su hermano á un joven guerrero con una antorcha mas brillante que el sol en una mano, "y en la otra una espada de fuego, semejante á la que usaban los hombres blancos, que pasaría sobre la ciudad de Oriente á Poniente." No dice el historiador si esperó el monarca la visión, ó si por fin se realizó; pero confiando acaso en el milagro de la resurrección, como prueba bastante de lo que había dicho su hermana, licenció al poderoso ejército que había reunido en las llanuras de Avalos, con el objeto de auxiliar al emperador de Méjico:

Este milagro, con otros muchos incidentes que no es necesario repetir, quedó consignado en las pinturas geroglíficas de Michuacan, y los refirió al mismo historiador de Tezcucó el nieto de Tangapan. (Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 91.) Sea quien fuere el que se lo contó, no es difícil descubrir en él la misma mano piadosa que en el antiguo continente escribió tantas fábulas edificantes en pro de la Iglesia, y que en la credulidad del nuevo encontró en aquella época tan rica cosecha para la misma buena obra.

de día en día había ido captándose el aprecio tanto del general como del ejército. Aunque era uno de los oficiales más jóvenes, tenía una sangre fría y un juicio tan recto, que le hacían á propósito para las más delicadas y difíciles empresas. Había, es verdad, otros como Alvarado y Olid, cuya intrepidez los hacía igualmente aptos para dar un brillante golpe de mano; pero el primero llevaba algunas veces su valor hasta la temeridad, ó lo desvirtuaba con la violencia, y el segundo de carácter reservado y suspicaz, no era digno de una entera confianza. Había nacido Sandoval en Medellín, patria de Cortés, era muy adicto á éste y siempre se había mostrado digno de su confianza; era hombre muy callado, y que daba á conocer su mérito más con obras que con palabras. Su conducta franca y honrada le habían hecho el favorito de los soldados, y tenía influjo aun en sus mismos enemigos. Desgraciadamente murió en la flor de su edad; pero descubrió talentos y prendas militares, que si hubiera vivido largo tiempo, le habrían colocado en el catálogo de los primeros capitanes de su nación.

Debía pasar Sandoval por Zoltepec, pequeña ciudad donde habían sido asesinados los 45 españoles de que se ha hablado, y recibió órdenes de descubrir si podía á los culpables y castigarlos debidamente. Cuando llegaron allá los castellanos encontraron que los habitantes sabedores de su venida, habían huido todos. En los abandonados templos encontraron muchos vestigios del fatal destino de sus compatriotas, pues vieron suspensos de los muros como trofeos de victoria, no solo sus armas, vestidos y arneses de sus caballos, sino las cabezas de varios soldados perfectamente conservadas. En un edificio inmediato vieron en las paredes escrita con carbon, la siguiente inscripcion en lengua castellana: „en este lugar estuvo preso Juan Juste, con otros muchos que le acompañaban” (17). Este hidalgo era uno de los que habían venido con Narvaez en busca de oro; pero en vez de esto halló una obscura y poco gloriosa muerte. Llenáronse de lágrimas los ojos de los soldados al ver aquel melancólico recuerdo, y latió de indignacion su pecho al considerar el horrible destino de sus compañeros. Afortunadamente para los habitantes no estaban presentes; pero algunos pocos que despues cayeron prisioneros fueron marcados como esclavos. La mayor parte de la poblacion, que de la manera mas abyecta se puso á merced de los conquistadores, imputando toda la culpa del asesinato á los aztecas, fué perdonada por el gefe español, ya por piedad, ya por desprecio (18).

Seguió Sandoval su marcha para Tlascala; pero apenas había pisado los confines de la república, cuando vió flamear las banderas del convoy que escoltaba los bergantines, y que venia ya atravesando los desfiladeros de las montañas. Grande fué su satisfaccion por aquel encuentro, pues había temido tener que demorarse algunos días en Tlascala para concluir los preparativos de la marcha.

(17) „Aquí estuvo preso el sin ventura de Juan Iuste con otros muchos que traía en mi compañía.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 140.

(18) Ibid., ubi supra.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 19.—Rel. terc.

de Cortés, en Lorenzana, p. 206.

Eran por todos trece buques de diversos tamaños, contruidos bajo la direccion del experimentado carpintero Martin Lopez, ayudado de otros tres ó cuatro artesanos españoles y de los indios aliados, algunos de los cuales mostraban mucha habilidad para imitar. Cuando se concluyeron se probaron con buen suceso en las aguas del Zahuapan, y despues se desarmaron; y como Lopez estaba impaciente de la tardanza, puso en hombros de cargadores las diversas piezas de que se componian, la madera, anclas, clavazon, velámen y jarcia, y confiándolos al cuidado de una buena escolta, los mandó á Tezcucu (19).

Entónces despidió Sandoval á una parte de las tropas indias por parecerle superflua, quedándose con 20.000 guerreros, que dividió en dos cuerpos para proteger á los tamanes, á quienes colocó en el centro (20). De la misma manera distribuyó su pequeño cuerpo de españoles, marchando en la vanguardia los tlascaltecas, bajo las órdenes de un gefe que se preciaba de llevar el nombre de Chichimecatl. Por algun motivo cambió despues el órden de la marcha, y puso á esta última division en la retaguardia, lo que disgustó mucho al gefe y reclamó ir en la vanguardia, puesto que él y sus mayores habian ocupado siempre como el de mayor peligro. Algo le calinó Sandoval, asegurándole que por esta misma razon lo habia puesto en la retaguardia, pues por allí probablemente los atacaria el enemigo; pero aun con todo esto quedó muy disgustado de ver que el comandante español marchaba á su lado; parece que no queria dividir con otro el laurel de la victoria.

Tarda y penosamente atravesaron las tropas con su pesada carga las escarpadas eminencias y fragosos pasos, presentando, como debe suponerse, al enemigo una dilatada fila vulnerable en muchos puntos; pero aunque se veían de cuando en cuando pequeñas partidas de guerreros que los hostilizaban por sus flancos y retaguardia, siempre se conservaban á una respetuosa distancia, temiendo medir sus armas con tan formidable enemigo. El cuarto dia llegó la marcial caravana con toda seguridad á la vista de Tezcucu. Vieron su llegada con regocijo Cortés y sus soldados, porque la consideraban como una señal de la pronta terminacion de la guerra. Acompañado el general de sus oficiales, y vestidos todos con sus mas ricas galas, salieron á recibir al convoy, que ocupaba un espacio de dos leguas, y caminaba tan lentamente que transcurrieron seis horas para que las últimas filas entraran en la ciudad (21). Los gefes tlascalte-

(19) „Y despues de hechos por órden de Cortés, y probados en el rio que llaman de Tlaxcalla Zahuapan, que se atajó para probar los bergantines, y los tornaron á desbaratar para llevarlos á cuestras sobre hombros de los de Tlaxcalla á la ciudad de Tetzcuco, donde se echaron en la laguna, y se armaron de artillería y municion.” Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

(20) Rel. terc. de Cortes, en Lorenzana, p. 207.

Bernal Diaz dice que eran 16.000 (Ibid. ubi supra.) Hay un acuerdo admirable entre los escritores castellanos en cuanto al número de tropas, órden de la marcha, y sucesos que ocurrieron en ella.

(21) “Estendiase tanto la gente, que dende que los primeros comenzaron á entrar,

cas desplegaron todo el lujo de que hacían alarde en su equipo militar; y todo el ejército compuesto de la flor de sus guerreros tenía un aparato brillante. Marchaban á son de trompetas y atabales, y al atravesar la capital en medio de las aclamaciones de la soldadesca, hicieron resonar en sus calles los gritos de „viva Castilla y Tlascalá; viva nuestro soberano el emperador” (22).

„Era cosa maravillosa,” dice el general en su carta, „que pocos habrán visto ú oído contar, que se transportasen trece buques de guerra en hombros de cargadores por las montañas, cerca de veinte leguas” (23). Es en efecto un hecho extraordinario, de que no se encontrará ejemplo en la historia antigua ó moderna; que solo un genio como el de Cortés pudo concebir, y solo un espíritu emprendedor como el suyo pudo llevar al cabo. Pocos preverían cuando ordenó la destruccion de la flota en que había venido, y mandó guardar la clavazón y el velámen, el uso á que los destinaba; uso tan importante, que puede decirse que de esa prevision dependió el feliz éxito de su grande empresa (24).

Recibió á los indios aliados con la mayor cordialidad, y les manifestó su agradecimiento por el servicio que acababan de prestarle, dispensándoles aquellos honores y atenciones que él sabía bien halagaban mas su espíritu ambicioso. „Venimos,” le contestaron los bravos guerreros, „á pelear bajo vuestra bandera, y vengar nuestro comun agravio, ó á morir á vuestro lado:” é instando al general para que los condujera al combate, „esperad,” les dijo, „á que descanséis y entonces serán satisfechos vuestros deseos” (25).

hasta que los postreros hobieron acabado, se pasaron mas de seis horas; sin quebrar el hilo de la gente. „Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 208.

(22) „Dando voces y silvos y diciendo: Viva, viva el emperador, nuestro señor, y Castilla, Castilla, y Tlascalá, Tlascalá.” (Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 140.) Sobre los particulares de la expedicion de Sandoval, pueden consultarse los escritores siguientes: Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 19,—Gomara, Crónica, cap. 124,—Torquemada, Monarquía Ind., lib. 4, cap. 84,—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 92, Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 2.

(23) „Que era cosa maravillosa de ver, y assí me parece que es de oír, llevar trece fustas diez y ocho leguas por tierra.” (Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 207.) „En rem Romano populo,” dice P. Martir de Angleria, „quando illustrius res illorum vigeant, non faciliem!” De Orbe Novo, déc. 5, cap. 8.

(24) Dos ejemplos memorables se recuerdan de un transporte de buques por tierra: uno en la historia antigua, el otro en la moderna, y ambos, ¡cosa rara! en el mismo lugar, Tarento en Italia. El primero ocurrió en el sitio que puso Annibal á aquella ciudad (Polibio, lib. 8. º;) el segundo acaeció diez y siete siglos despues en tiempo del gran capitán Gonzalo de Córdoba; pero la distancia de donde se los trajo era corta. Otro ejemplo mas análogo es el de Balboa, audaz descubridor del Pacifico. Dispuso que se llevarán cuatro bergantines á la distancia de veinte y dos leguas, atravesando el istmo de Darien; trabajo estupendo y no del todo útil, pues solo dos buques llegaron á su destino. Herrera, Hist. general, déc. 2, lib. 2, cap. 11.) Aconteció esto el año de 1516, poco tiempo antes de lo de Cortés, y él tal vez sugeriría á su genio emprendedor la primera idea de su mas feliz y mas grandiosa empresa.

(25) „Y ellos me dijeron, que trahian deseo de se ver con los de Culúa, y que viesse lo que mandaba, que ellos, y aquella gente venian con deseos, y voluntad de se vengar, ó morir con nosotros; y yo les dí las gracias, y les dije, que reposasen, y que presto les daría las manos llenas.” Rel. terc. en Lorenzana, p. 208.

CAPITULO II.

**RECONOCIMIENTO DE LA CAPITAL POR CORTES.—OCUPACION DE TACUBA.—
ESCARAMUZAS CON EL ENEMIGO.—EXPEDICION DE SANDOVAL.—LLEGADA
DE REFUERZOS.**

1521.

Pasados tres ó cuatro días, proporcionó el general español la oportunidad que tanto deseaban los tlascaltecas, y dió activa ocupacion á su belicoso ardor. Habia algun tiempo que meditaba organizar una expedición con el objeto de hacer un reconocimiento de la capital y sus inmediaciones, y castigar de paso á ciertos lugares que le habian enviado mensajes insultantes, y eran sumamente activos en hostilizarle. Solo descubrió su proyecto á unos pocos de sus primeros capitanes por temor de los tezcucanos, de quienes sospechaba estuviesen en correspondencia con el enemigo; y al principio de la primavera dejó á Tezcucó á la cabeza de 350 españoles y todo el ejército aliado. Llevó consigo á Alvarado y á Olid, dejando encargado el mando de la guarnicion á Sandoval; pues la experiencia le habia enseñado cuán poco apto era el primero para tan delicado puesto, en el breve, pero desastroso mando que desempeñó en Méjico.

Todas sus precauciones no fueron bastantes para ocultar sus planes al vigilante enemigo, que acechaba todos sus movimientos, que parecia adivinaba sus pensamientos, y que estaba siempre dispuesto á impedir que los pusiera en ejecucion. Pocas leguas habia andado, cuando le salió al encuentro un cuerpo considerable de mejicanos, con el objeto de impedirle el paso. Trabóse una reñida pelea, en la que abandonaron el campo los indios y quedó libre el paso á los cristianos. Siguieron el camino rodeando hácia la parte del Norte, y su primer punto de ataque fué la ciudad de Xaltocan, situada en una isla al extremo septentrional del lago del mismo nombre, llamado ahora de San Cristóbal. Toda la ciudad estaba rodeada de agua, y se comunicaba con el continente por medio de calzadas, lo mismo que la capital de Méjico. Poniéndose Cortés á la cabeza de su caballería, avanzó por la calzada principal hasta que le obligó á detenerse un ancho foso, por donde corrian las aguas con tal fuerza, que era intransitable no solo para la caballería, sino para la infantería. En el lago vagaban muchas canoas llenas de guerreros aztecas, que previendo los movimientos de los españoles habian venido á auxiliar la ciudad, y que comenzaron á hacer entonces una furiosa descarga de piedras y flechas sobre los cristianos, mientras que ellos estaban bastantemente protegidos de la mosquetería de estos, por los parapetos provisionales que al efecto habian levantado en sus canoas.

Las fuertes descargas de los mejicanos hicieron algun daño á los españoles y á sus aliados, y comenzaron á ponerse en algun desórden por estar apiñados en la estrecha calzada sin poder ir adelante. Dispuso Cortés la retirada, que fué seguida de una nueva descarga por parte de los indios, acompañada de sus feroces y amenazadores gritos. El de guerra del azteca, parecido al aullido del indio norte-americano, sonaba espantosamente, segun confiesa el mismo Cortés, en los oídos de los españoles (1); pero en este momento supo afortunadamente por un desertor de los aliados de Méjico, que habia un lugar por donde podia atravesar el ejército el somero lago y penetrar en la ciudad. Inmediatamente mandó que pasase la mayor parte de la infantería, colocándose él con el resto de la caballería en la entrada del paso para cubrir el ataque, é impedir que se hostilizara la retaguardia.

Los soldados, guiados por el desertor indio, vadearon el lago sin gran trabajo, aunque en algunos lugares les subia el agua hasta la cintura. Mientras pasaban, fueron sumamente molestados por el enemigo; pero luego que ganaron la tierra tomaron completa venganza de él, y pasaron á cuchillo á todos los que les hacian resistencia. La mayor parte del ejército y los moradores de la ciudad se escaparon en botes, y quedó ésta entregada al pillaje. Encontraron las tropas muchas mujeres á quienes se habia abandonado á su suerte, y éstas con una cantidad considerable de telas de algodón, oro y víveres, cayeron en manos de los vencedores, quienes despues de poner fuego á la ciudad volvieron triunfantes á reunirse con sus camaradas (2). Continuando Cortés su tortuoso camino se presentó delante de otras ciudades, que fueron abandonadas por sus habitantes antes de que él llegase (3). Era la principal de estas Azcapozalco, en otro tiempo capital de un estado independiente, y entonces el gran mercado de esclavos de los aztecas, donde llevaban á sus infortunados prisioneros para venderlos públicamente. Era tambien el lugar donde residian los joyeros, y donde se proporcionaron los españoles los plateros que fundieron los ricos tesoros que les dió Montezuma; pero solo encontraron allí corta cantidad de metales preciosos y objetos de poco valor, pues los habitantes habian tenido cuidado de llevarse consigo todo lo que pudieron. Respetaron los españoles los edificios de esta ciudad porque no encontraron resistencia.

(1) „De lejos comenzaron á gritar, como lo suelen hacer en la guerra, que cierto es cosa espantosa oídos.” Rel. terc. en Lorenzana, p. 209.

(2) Ibid., loc. cit.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 141.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 20.—Ixtilxochitl, Venida de los esp. pp. 13 y 14.—Idem Hist. chich., MS., cap. 92.—Gomara, Crónica, cap. 125.

(3) Estas ciudades tenian los melodiosos nombres de Tenayoccan, Quauhtitlan y Azcapozalco. He procurado constantemente en el texto evitar la repetición innecesaria de los nombres mejicanos, que como ya habrá conocido el lector, no tienen ni aun la cualidad de ser cortos a.

a Estos nombres parecen á un escritor inglés que no sabe pronunciarlos tan poco melodiosos, como á un mejicano los nombres ingleses por el mismo motivo.

En la noche dormían las tropas al raso, guardando la mayor vigilancia por que todo el país estaba insurreccionado: ardían luminarias en todas las cumbres de los cerros; y de cuando en cuando se descubrían á alguna distancia gruesos pelotones de indios. Recorrian entonces los españoles la parte mas opulenta del Anáhuac. En los valles y en los montes estaban diseminadas ciudades y aldeas rodeadas de campos bien cultivados, que daban indicios de una considerable é industriosa poblacion. En el centro de este brillante círculo descollaba la metrópoli india con su vistosa diadema de pirámides y templos, llamando la atencion del soldado todo el tiempo que tardó en dar vuelta á las márgenes del lago. Cada palmo de tierra que pisaba el ejército le era tan conocido como las escenas de su infancia, aunque les despertaba recuerdos muy diversos, escritos en su memoria con caracteres de sangre. Levantábase á la derecha el cerro de Montezuma [a], en cuya cima estaba edificado el Teocalli, bajo cuyo techo encontraron abrigo los restos dispersos del ejército el dia siguiente al en que salieron de la capital: al frente estaba la ciudad hospitalaria de Tacuba, cuyas calles habian atravesado llenos de miedo y consternacion; y un poco mas adelante hacia al oriente se dilataba la funesta calzada.

Proponiase el general marchar directamente á Tacuba, y fijar allí por entonces sus cuarteles. Encontró una fuerza respetable acampada fuera de sus murallas y preparada á disputarle la entrada; pero sin esperar que avanzara cargó sobre ella con su pequeño cuerpo de caballería á galope tendido. Los arcabuces y ballestas abrian una ancha brecha en las extendidas filas del ejército mejicano, y la infantería armada de espadas y lanzas, y sostenida por los batallones aliados, siguió el ataque de la caballería con tal ímpetu que pronto dispersó al enemigo. Los españoles acostumbraban comenzar los combates con una carga de caballería; pero si la ciencia militar de los aztecas hubiera sido igual á su valor, podrian haber cambiado en favor suyo á lo menos algunas veces, el éxito de las batallas por medio de sus largas lanzas, porque con esta arma formidable, los montañeses suizos pocos años antes del periodo de esta historia derrotaron y vencieron completamente la famosa caballería de Carlos el Temerario, la mejor de su tiempo. Pero los bárbaros ignoraban la utilidad de esta arma para resistir á la caballería; y ademas la imponente vista del caballo y el jinete ejercia sobre su imaginacion un poder misterioso, que acaso contribuia á desconcertarlos, tanto como la misma fuerza fisica de aquella arma. Hizo Cortés entrar á sus tropas sin otra resistencia á los suburbios de Tlacopan (ó Tacuba), donde él mismo pasó la noche; mas la mañana siguiente halló á los infatigables aztecas otra vez sobre las armas, ocupando las llanuras que están á la salida de la ciudad, y preparados á presentarle accion. Marchó á su encuentro, y despues de una lucha refiida, aunque no de mucha duracion, volvió á derrotarlos. Se refugiaron en la ciudad; pero fueron perseguidos por las calles á punta de lanza, y obligados á evacuar la plaza en union de los habitantes. Entregóse enton-

a El cerro de los Remedios.

ces la ciudad al saqueo, y los indios aliados no contentos con haber robado en las casas, cuanto podian llevar consigo, les pusieron fuego, y en breve tiempo un barrio, probablemente el mas pobre, y cuyos edificios estaban compuestos de materiales combustibles se convirtió en llamas. Cortés y sus tropas hicieron cuanto les fué posible para contener el incendio; pero los tlascaltecas eran hombres feroces, difíciles de gobernar, y cuando se exaltaban sus pasiones aun al mismo general le era imposible hacerse obedecer. Eran auxiliares terribles, y á causa de su insubordinacion lo eran tanto como amigos que como enemigos (4).

Dispuso Cortés permanecer allí algunos dias, en los cuales ocupó el antiguo palacio de los señores de Tlacopan, que era una larga fila de edificios de un solo piso, semejante á las mas de las residencias reales del pais, y que ofrecia bastantes comodidades para el ejército español. En todo el tiempo que éste estuvo allí, no hubo un solo dia en que no tuviera uno ó mas encuentros con el enemigo, que casi siempre terminaban en su favor aunque con mas ó menos pérdida suya y de los aliados: uno de estos encuentros pudo haber tenido las mas fatales consecuencias.

En el calor del alcance se internó el general español en la gran calzada, la misma que otra vez habia sido tan aciaga á su ejército, y persiguió al fugitivo enemigo hasta llegar al otro lado del puente inmediato que habia sido reparado despues de la noche triste. Cuando ya habia avanzado hasta allí, volvieron los aztecas sobre él con la velocidad del relámpago, y entonces descubrió que á su espalda habia un gran número de tropas que habian venido nuevamente al campo, y que estaban preparadas de antemano para auxiliar á sus compatriotas. Al mismo tiempo surcaron las aguas como por encanto millares de canoas que en el calor de la refriega no habian visto los españoles. Halláronse, pues, espuestos á una verdadera granizada de armas arrojadizas que dispararon de la calzada y del lago; pero ellos permanecian inmóviles en medio de la tempestad, hasta que Cortés, conociendo demasiado tarde su error, dió orden de emprender la retirada. Paso á paso, y con admirable serenidad retrocedieron sus tropas, haciendo frente al enemigo con extraordinario valor (5). Atacáronles los mejicanos dando sus acostumbrados gritos, cuyo eco resonaba en las riberas, é hiriendo á los españoles con sus largas picas y estacas en que estaban colocadas las espadas tomadas á los cristianos. Un caballero llamado Volante, que lle-

(4) Segun Cortés, incendiaron esta plaza en represalia de los daños que causaron sus habitantes á los españoles en su retirada. „Y en amaneciendo, los indios nuestros amigos comenzaron á saquear, y quemar toda la ciudad, salvo el aposento donde estábamos, y pusieron tanta diligencia, que aun de él se quemó un cuarto; y esto se hizo, porque cuando salimos la otra vez desbaratados de Temixtitán, pasando por esta ciudad, los naturales de ella juntamente con los de Temixtitán nos hicieron muy cruel guerra, y nos mataron muchos españoles.” Rel. terc., en Lorenzana, p. 210.

(5) „Luego mandó, que todos se retraxessen; y con el mejor concierto que pudo, y no bueltas las espaldas, sino los rostros á los contrarios, pie contra pie, como quien haze represas.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 141.

vaba el estandarte de Cortés, fué herido por una de esas armas, y cayendo dentro del lago fué acometido por los de las canoas; pero era hombre de mucha fuerza muscular, y cuando el enemigo trataba de apoderarse de él, logró librarse de sus garras, y empuñando su estandarte y haciendo un esfuerzo desesperado llegó á la calzada. Al fin, despues de una reñida lucha en que varios de los españoles fueron heridos, y muchos de los aliados muertos, llegó la tropa á tierra firme, donde Cortés dió al cielo las mas sinceras gracias, por la que él consideraba como una milagrosa salvacion (6). Fué una leccion saludable, bien que casi no la necesitaba tan pronto despues de lo ocurrido en Iztapalapan para conocer la astuta táctica de su enemigo.

Habia sido uno de los objetos principales de Cortés en esta expedicion, lograr si era posible una entrevista con el emperador azteca, ó con alguno de los grandes señores de su corte, y probar si se encontraba algun medio conciliatorio para impedir el ocurrir á las armas. Presentósele ocasion de satisfacer su deseo un dia que se encontraron sus fuerzas con las del enemigo, mediando solo entre ambas un puente. Adelantándose Cortés á sus tropas, hizo entender por señas sus pacíficas intenciones, y que deseaba tener una conferencia con los aztecas. Respetaron estos la señal, y por medio de intérprete les preguntó si tenian algun gefe que quisiera venir á negociar con él. Respondiéronle los mejicanos con burla que cada uno de ellos era gefe, y que si tenia que hablar podia hacerlo públicamente delante de todos. Como el general no contestaba, le preguntaron por qué no hacia otra visita á la capital, y añadieron con orgullo: „tal vez Malinche no espera encontrar otro Montezuma tan obediente á sus mandatos como el último (7).” Algunos de ellos cumplieron á los tlascaltecas con el epíteto de cobardes, que nunca se habian atrevido á acercarse á la capital sino bajo la proteccion de los blancos. La animosidad de los dos pueblos no se limitaba á estas inyectivas amargas, aunque inútiles, sino que la manifestaban en verdaderos carteles de desafio que dia por dia se enviaban los principales gefes, y que eran seguidos de combates en que uno ó mas campeones peleaban de cada parte, para vindicar el honor de sus respectivas naciones. Dábase un ancho campo á los guerreros que se conducian en estos combates con todo el pundo-nor con que lo hacia un europeo en los torneos, desplegando un valor digno de las dos razas mas valientes del Anáhuac, y una destreza en el manejo de las armas, que excitaba la admiracion de los españoles (8).

Habia permanecido Cortés seis dias en Tacuba, y nada tenia ya que le detuviese, pues estaba ya conseguido el objeto principal de la expedicion. Quedaban subyugadas varias de las ciudades que mas parte habian tomado en hostili-

(6) „Desta manera se escapó Cortés aquella vez del poder de México, y cuando se vió en tierra firme, dió muchas gracias á Dios.” Ibid., ubi supra.

(7) „Pensais, que hay agora otro Mutezuma, para que haga todo, lo que quisiere-des?” Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 211.

(8) „Y peleaban los unos con los otros muy hermosamente.” Ibid., ubi supra.—

Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 20.

zarle; y revivido el nombre de las armas castellanas que tanto se habia menoscabado por los reveses sufridos en esta parte del valle. Habia tambien adquirido noticias sobre el estado que guardaba la capital, la que encontró mejor defendida de lo que se habia imaginado. Todos los estragos del año anterior estaban al parecer reparados, y no habia señales que dieran á conocer aun á la vista mas experimentada, que la destructora mano de la guerra habia asolado el pais. Las tropas aztecas que á millares ocupaban el valle parecian estar bien disciplinadas, mostraban un valor invencible, y se preparaban á resistir hasta lo último. Es verdad que habian sido derrotadas en todos los encuentros, y que en campo raso no podian contrarrestar á los españoles, cuyos movimientos de caballería jamás pudieron comprender, y cuyas armas de fuego fácilmente penetraban las cotas de algodón, principal defensa del guerrero indio; pero estando los mejicanos apoderados de las largas calles y angostas callejuelas de la capital, donde cada casa era una ciudadela, perdian los españoles como lo habia mostrado la experiencia, gran parte de su superioridad. Conoció el general que no era probable llevar al cabo un acomodamiento con el emperador mejicano, quien confiaba mucho en la suficiencia de sus preparativos; y se convenció tambien de la necesidad de hacer por su parte los suyos, y de apurar todos sus recursos para poder aventurarse á atacar con buenas esperanzas al leon en su guarida.

Volvieron los españoles por el mismo camino por donde habian venido, é interpretando los nativos su retirada como una fuga, los persiguieron diciéndole bravatas y disparando sobre ellos gran número de flechas, que les hizo no poco daño. Ocurrió Cortés á una de sus estratagemas para librarse de este embarazo. Dividió su caballería en dos ó tres trozos pequeños, y la emboscó en los espesos matorrales que crecian en ambos lados del camino. Continuó el resto del ejército su marcha, y los indios, que no sospechaban la emboscada, lo siguieron, cuando improvisamente salió la caballería del lugar en que se ocultaba, puso en confusion las filas enemigas, y retrocediendo entónces la infantería comenzó un vivo ataque que completó la derrota de aquellos. Era una llanura extensa y completamente plana, en la que los mejicanos poseidos de un terror pánico se pusieron en fuga sin procurar hacer nueva resistencia, y entre tanto los persiguió la caballería por varias millas atropellando y lanceando á los fugitivos, á lo cual llama Cortés hermoso espectáculo (9). No sufrió ya el ejército ningun otro ataque.

Cuando entró á Tezcuco lo recibieron sus camaradas llenos de gozo, pues en los quince dias que duró su ausencia no habian tenido noticia de él. Luego que los tlascaltecas llegaron, solicitaron el permiso de volver á su patria á llevar el rico botín que habian ganado en la campaña: solicitud que no pudo rehusar Cortés, aunque no fuese muy de su gusto (10).

(9) „Y comenzamos á lancear en ellos, y duró el alcance cerca de dos leguas todas llanas, como la palma, que fué muy hermosa cosa.” Rel. terc., en Lorenzana, p. 221.,

(10) Sobre los pormenores de esta expedicion, puede consultarse ademas de las cartas de Cortés, tantas veces citadas, á los autores siguientes: Ovidio Hist. de las Ind.

Apenas llevaban las tropas de estar en Tezcuco dos ó tres días, cuando vino una embajada de Chalco solicitando de nuevo la protección de los españoles contra los mejicanos que los amenazaban por varios puntos; pero las tropas estaban tan fatigadas por las no interrumpidas vigiliás, marchas forzadas, combates y heridas, que quería Cortés darles un breve tiempo para descansar antes de volver á emprender otra nueva campaña. Contestó á los de Chalco mandando sus misivas á las ciudades aliadas, y pidiéndoles marcharan á auxiliar á la confederada. Ya se supondrá que los indios no podían comprender el contenido de los despachos; pero ellos con sus misteriosos caracteres servían de credencial al oficial que los llevaba, á fin de que se le considerase como intérprete de las órdenes del general.

Aunque estas fueron implícitamente obedecidas, creyéronse los chalqueños en peligro tan eminente, que pronto renovaron su petición de que vinieran en su auxilio los españoles. Ya no vaciló Cortés en acceder á ello, pues conocía bien la importancia de Chalco, no solo por lo que valía en sí, sino por su posición que dominaba uno de los caminos reales de Tlascala y Veracruz, con cuyos puntos estaría ya siempre espedita la comunicación. Sin perder, pues, mas tiempo, destacó una partida de trescientos infantes españoles y veinte ginetes á las órdenes de Sandoval, para que fuera en auxilio de aquella ciudad.

Este activo oficial, pronto se presentó en Chalco, y aumentado su ejército con los refuerzos de esta ciudad y los de las aliadas, dirigió sus primeras operaciones sobre Huastepéc, lugar de alguna importancia situado en las montañas unas cinco leguas ó mas al sur de Chalco, y al cual defendía una fuerte guarnición azteca, que espiaba el momento de bajar sobre Chalco. No muy lejos de la ciudad, encontraron los españoles al enemigo formado en batalla y preparado para recibirlos. El terreno era fragoso y lleno de malezas que estorbaban los movimientos de la caballería, la que por consiguiente luego se puso en desórden: por lo que viendo Sandoval que solo servía para embarazar sus operaciones, la mandó retirar despues de haber tenido alguna pérdida. En su lugar colocó á los arcabuceros y ballesteros que hicieron un fuego mortífero sobre las gruesas columnas indias; y el resto de la infantería armada de espada y lanza, atacó los flancos del enemigo que atemorizado con el choque, retrocedió desordenadamente sufriendo una gran mortandad, y dejó el campo á los españoles.

Determinaron los vencedores pasar allí la noche; pero mientras se ocupaban en preparar su cena, los levantó el grito de „¿las armas, el enemigo está sobre nosotros;” y en un instante el jinete estuvo sobre su caballo, el infante con su mosquete ó su buena espada toledana, y se trabó el combate con mayor furor que antes. Habían recibido los mejicanos un refuerzo de la ciudad; mas su

MS., lib. 33, cap. 20,—Torquemada, Monarquía ind., lib. 4, cap. 85,—Gomara, Crónica, cap. 125,—Ixtlilxochitl, Venida de los esp., pp. 13 y 14,—Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 141.

segunda tentativa no fué mas feliz que la primera; y los españoles victoriosos y persiguiendo á sus contrarios entraron y tomaron posesion de la ciudad que ya los habitantes habian abandonado (11).

Se alojó Sandoval en la casa del señor del lugar, la cual estaba rodeada de jardines que rivalizaban en magnificencia y aventajaban en extension á los de Iztapalapan. Dicese que tenian dos leguas de circunferencia: que habia en ellos casas de recreo, y numerosos estanques donde se conservaban diversas clases de peces; y que estaban adornados de árboles, arbustos y plantas indígenas y exóticas, notables unas por su hermosura y fragancia, y otras por sus propiedades medicinales. Estaban dispuestas científicamente, y en todos los jardines se notaba una inteligencia en la agricultura, y un buen gusto que no seria fácil encontrar por aquella época en las naciones mas civilizadas de Europa (12). Tal es el testimonio no solo de los rudos conquistadores, sino de los hombres científicos que visitaron esos magníficos jardines en sus hermosos dias de gloria (13).

Despues de permitir Sandoval á sus tropas que descansaran dos dias, marchó sobre Yecapistla, que distaba cosa de cuatro leguas al Oriente. Era una ciudad, ó mas bien fortaleza, erigida sobre una roca escarpada casi inaccesible, y defendiala una guarnicion azteca, la cual al intentar subir los españoles, hacia rodar sobre ellos grandes peñascos, que cayendo por los lados del precipicio esparcian la devastacion y la muerte. Los indios aliados retrocedieron llenos de espanto; pero Sandoval, indignado de que hubiese una empresa demasiado dificultosa para los españoles, mandó desmontar á la caballería, y jurando „que tomaria la plaza ó moriria en el asalto,” marchó con sus soldados dando el mágico grito de „Santiago.” (14) Con redoblado brio siguieron las tropas á su valero-

(11) Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, pp. 214 y 215.—Gomara Crónica, cap. 146.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 142.—Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 21.

(12) “La cual huerta,” “dice Cortés que despues pasó un dia en ella,” es la mayor y mas hermosa y fresca, que nunca se vió, porque tiene dos leguas de circuito, y por medio de ella va una muy gentil rivera de agua, y de trecho á trecho, cantidad de dos tiros de ballesta, hay aposentamientos, y jardines muy frescos, y infinitos árboles de diversas frutas, y muchas yerbas, y flores olorosas, que cierto es cosa de admiracion ver la gentileza, y grandeza de toda esta huerta.” (Rel. terc., en Lorenzana, pp. 221 y 222.) Bernal Diaz hace iguales elogios de esta huerta. Hist. de la conquista, cap. 142.

(13) El célebre naturalista Hernandez habla mucho de este jardin, de donde sacó muchas de las plantas que describe en su grande obra. Tuvo la buena fortuna de que se conservara despues de la conquista, en cuyo tiempo se cuidaron particularmente sus plantas medicinales que servian para un grande hospital establecido en las inmediaciones. Clavijero. Historia del Messico, tom. II, pag. 153.

(14) “E como esto vió el dicho alguacil mayor y los españoles, determinaron de morir ó subilles por fuerza á lo alto del pueblo, y con el apellido de *Señor Santiago*, comenzaron á subir.” Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 214.—Oviedo, Hist. de las Ind. MS., lib. 33, cap. 21.

so gefe, no arredrándoles la lluvia de proyectiles y de enormes piedras, que al despeñarse derribaban á los soldados, y causaban en sus filas horrendo estrago. Sandoval, que el dia anterior habia quedado herido, recibió una fuerte contusion, y no pocos de sus bravos camaradas cayeron á su lado.

A pesar de todo, continuaron subiendo los españoles, asiéndose de los arbutos y peñas salientes, impulsados tanto por la energía de su espíritu, como por la robustez de sus miembros. Despues de increíbles trabajos llegaron á la cumbre, y se encontraron frente á frente de la asombrada guarnicion. Por un momento se detuvieron para cobrar aliento, y despues embistieron furiosamente al enemigo. Fué breve el combate, pero desesperado. La mayor parte de los aztecas fueron pasados á cuchillo: algunos fueron arrojados desde las murallas; y otros dejándose ir espontáneamente al precipicio, caian muertos á orillas de un riachuelo que corria en su base, y cuyas aguas quedaron tan teñidas de sangre, que por una hora no pudieron los vencedores saciar en ellas su sed (15).

Habiendo logrado Sandoval el objeto de su expedicion, con la toma de las plazas fuertes que tanto inquietaban á los chalqueños, volvió triunfante á Tezcucu. Entre tanto, el emperador azteca, cuya vigilante vista habia estado fija sobre todo lo que pasaba, creyó que la ausencia de tantos de los guerreros de Chalco, proporcionaba una ocasion favorable para recobrar esta plaza, y al efecto mandó un gran número de botes á cuyo bordo iba una fuerza considerable, á las órdenes de algunos de sus primeros generales (16). Por fortuna, los chalqueños ausentes llegaron á la ciudad antes que el enemigo; pero aunque auxiliados por los indios aliados, se alarmaron tanto con la magnitud del bélico aparato de los aztecas, que volvieron á implorar la ayuda de los españoles.

Llegaron los mensajeros á Tezcucu al mismo tiempo que Sandoval y su ejército; de manera que no sabia Cortés qué pensar de tan contradictorias noticias. Sospechó que su teniente hubiera sido algo negligente, y disgustado de que hubiese vuelto tan pronto dejando las cosas en un estado tan precario, le ordenó que contramarchara con las tropas que estuvieran en estado de batirse. Sandoval se resintió profundamente de este proceder; pero no trató de disculparse, y obedeciendo sin replicar á su comandante, se puso á la cabeza de sus tropas y contramarchó violentamente para la ciudad india (17).

(15) Así lo dice el conquistador. (Rel. terc., en Lorenzana, p. 215.) Diaz que á nadie permite que exagere sino á él mismo, dice: "Tanto tiempo cuanto se necesita para rezar una Ave María." (Hist. de la conquista, cap. 142.) Ninguno de los dos estuvo presente.

(16) El valiente capitan Diaz, que afecta una sobriedad en sus cálculos que muchas veces le hace apocar los del capellan Gomara, dice que las fuerzas aztecas se componian de veinte mil indios que iban en dos mil canoas. Ibid., loc. cit.

(17) "El Cortés no le quiso escuchar á Sandoual de enojo, creyendo que por su culpa ó descuido, recibian mala obra nuestros amigos los de Chalco; y luego sin mas dilacion, ni le oir, le mandó volver." Ibid. ubi supra.

Antes de que llegase á ella, se trabó una batalla entre los mejicanos y los aliados, en la que, alentados estos con sus recientes triunfos, quedaron victoriosos é hicieron prisioneros á muchos nobles aztecas, que fueron entregados á Sandoval para que los llevara á Tezcuco. Cuando llegó el hidalgo á esta capital, ofendido del indigno trato que habia recibido, se retiró á su alojamiento sin presentarse al general.

Mientras estuvo ausente, se convenció Cortés de la ligereza é injusticia con que habia procedido contra su teniente. No habia en el ejército persona cuyos servicios apreciara mas, como lo probaba el haberle conferido las comisiones mas delicadas y de mayor responsabilidad, y no hubo uno á quien guardase mayores consideraciones. Por lo mismo, luego que llegó le mandó llamar, y con la franqueza propia de un soldado le hizo una explicacion que satisfizo al resentido oficial, lo que no fué muy difícil de conseguir, pues era generoso, muy adicto á su capitan, y estaba muy empeñado en la empresa, para que guardara el mas leve resentimiento (18).

Mientras esto sucedia, la obra del canal se llevaba adelante con increíble actividad, y solo faltaban quince dias para que estuviesen concluidos los bergantines. Necesitábase de la mayor vigilancia para impedir que los destruyera el enemigo, quien habia hecho tres tentativas ineficaces para quemarlos cuando aun estaban en el astillero. Las precauciones que Cortés creyó necesario tomar contra los tezcucanos mismos, no dejaban de aumentar las dificultades de su situacion.

Por este tiempo recibió embajadas de varias provincias, situadas algunas de ellas en las lejanas costas del seno mejicano, que le prometian someterse y le pedian proteccion. En parte era deudor de esto á los buenos oficios de Ixtlixochitl, quien por muerte de su hermano habia reunido toda la soberanía de Tezcuco, cuya importante posicion aumentó su influjo y autoridad en el pais, de lo que se aprovechó para someter á los indios al dominio español (19).

Tambien tuvo el general la placentera noticia de que habian arribado tres buques á la Villa Rica, que traian á bordo doscientos hombres, bien provistos de armas y municiones, y setenta ú ochenta caballos. Era un oportuno refuerzo que no se sabe de qué punto vino, aunque probablemente seria de la Española. Recordará el lector que Cortés mandó pedir auxilio á esta isla, cuyas autoridades que tenian á su cargo el gobierno de las colonias, se habian manifestado

(18) Ademas de las autoridades ya citadas, véase en cuanto á la expedicion de Sandoval, á Gomara, Crónica, cap. 126,—Ixtlixochitl, Hist. chich., MS., cap. 92,—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 86.

(19) "Ixtlixochitl procuraba siempre traer á la devocion y amistad de los cristianos, no tan solamente á los del reyno de Tezcuco, sino aun los de las provincias remotas, rogándoles, que todos se procurasen dar de paz al capitan Cortés, y que aunque de las guerras pasadas algunos tuviesen culpa, era tan afable y deseaba tanto la paz que luego al punto los recibiria en su amistad." Ixtlixochitl, Hist. chich., MS., cap. 92.

mas de una vez á su favor, probablemente porque le consideraban bajo todos aspectos mas á propósito que ningun otro para llevar al cabo la conquista del pais (20). Las nuevas tropas pronto se pusieron en camino para Tezcucó, pues la comunicacion con el puerto estaba ya libre y expedita. Entre ellas venian algunas personas de distincion, y una de ellas era Julian de Alderete, tesorero real que trajo el encargo de cuidar de los intereses de la corona.

Venia tambien un religioso dominico que traia gran número de bulas pontificias, en las que se ofrecian indulgencias á los que tomasen parte en la guerra contra los infieles. No fueron omisos los soldados en proveerse de las gracias de la Iglesia, y el digno religioso despues de hacer un tráfico lucrativo con sus mercaderías espirituales, tuvo la satisfaccion de volver á su patria al cabo de algunos meses, cargado con los tesoros de las Indias mas positivos que aquellas (21). *a*

(20) Cortés dice que estos buques vinieron á un mismo tiempo; pero no expresa de qué parte. (Rel. terc., en Lorenzana, p. 216.) Bernal Diaz que solo habla de una nave, asegura haber venido de Castilla. (Hist. de la conquista, cap. 143.) Pero el soldado viejo escribió mucho tiempo despues de haber tenido lugar los acontecimientos que refiere, y puede haber confundido el verdadero orden de ellos. No parece probable que tan importante refuerzo hubiera venido de Castilla, cuando Cortés no habia recibido del rey ninguna proteccion, ni aun la aprobacion de lo que habia hecho, para que en vista de ello hubiesen tenido los aventureros de la madre patria algun aliciente para alistarse bajo las banderas del conquistador.

(21) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 143.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 21.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 6.

a Recuerde el lector que el autor pertenece, á la religion protestante, segun cuyo espiritu habla aquí de las indulgencias.

CAPITULO III.

SEGUNDO RECONOCIMIENTO.—COMBATES EN LA SIERRA.—TOMA DE CUERNAVACA.—BATALLAS DE XOCHIMILCO.—SALVASE CORTES CON GRAN DIFICULTAD.—ENTRA EN TACUBA.

1521.

La tranquilidad que disfrutaba la ciudad de Chalco era tan precaria, que envió á Tezcuco nuevos mensajeros con mapas geroglíficos, en que estaban pintadas varias plazas fuertes inmediatas ocupadas por los Aztecas, de las cuales temian ser hostilizados. Resolvió entonces Cortés encargarse él mismo de la empresa, y hacer una excursion tal, que si era posible, dejara á Chalco en completa seguridad. No solo se proponia este objeto, sino el de rodear enteramente los lagos antes de volver, y reconocer el pais situado en su parte meridional, así como lo habia hecho ántes con el de la occidental; en el tránsito queria tambien atacar algunas de las plazas fuertes que podian auxiliar á México cuando la sitiase. Dos ó tres semanas faltarian para que estuviesen concluidos los bergantines, y si no resultaba otro bien de la expedicion, daria al menos ocupacion activa á las tropas, cuyo turbulento espíritu podia disgustarse con la monótona vida de un campamento.

Escogió para la expedicion treinta caballos y trescientos infantes españoles con un número considerable de guerreros tlascaltecas y tezcucanos: el resto de la guarnicion quedó al mando del intrépido Sandoval, quien con el señor de Tezcuco habia de cuidar de la construccion de los bergantines, y defenderlos de los ataques de los aztecas.

El cinco de abril emprendió su marcha, y el dia siguiente llegó á Chalco, donde se le unieron varios gefes aliados. Por medio de sus dos fieles intérpretes, Doña Marina y Aguilar, les explicó el objeto de aquella expedicion: les manifestó su proyecto de estrechar el sitio de Méjico, y les pidió cooperasen á ello con todas las fuerzas de que pudieran disponer. Fácilmente accedieron á esto; y pronto recibió Cortés pruebas suficientes de su benévola disposicion, por los refuerzos que se le unieron en su marcha, y que segun uno del ejército, eran mas numerosos que cuantos habia tenido hasta entónces (1).

Dirigiéndose las tropas hácia el Sur despues de dejar á Chalco, se encontraron en la sierra que rodea el valle, y que con sus escarpados picos le sirve como de muralla, al mismo tiempo que ciñe entre sus diversos brazos, fértiles y bien

(1) "Vinieron tantos, que en todas las entradas que yo habia ido, despues que en la Nueva España entré, nunca ví tanta gente de guerra de nuestros amigos, como ahora fueron en nuestra compañía." Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 144.

cultivadas campiñas. Varias veces al atravesar los españoles profundas gargantas, tenían que rodear la base de alguna enorme peña ó elevada roca, donde los habitantes habían construido sus ciudades, de la misma manera que lo hacían los europeos en los siglos feudales; posición que aunque pintoresca, manifiesta el estado de inseguridad del país: esta reflexión debe consolarnos de la falta de estos rasgos notables de belleza en el paisaje de nuestra mas afortunada patria (*).

Los habitantes de estos aéreos pináculos, se aprovechaban de su elevación para arrojar sobre los españoles piedras y flechas, cuando pasaban por las estrechas gargantas de la sierra. Aunque mucho molestaban á Cortés estas incesantes hostilidades, continuó su camino, hasta que llegando al pié de una roca fortificada, defendida por una guarnición india, le causaron tanto daño, que creyó que el dejar sin castigo á los agresores, se imputaría á falta de valor, lo cual disminuiría mucho su prestigio sobre los aliados. Por lo mismo, haciendo alto en el valle, destacó una pequeña partida de tropas ligeras con orden de asaltar la fortaleza, mientras que él con el resto del ejército, permanecía al pié de ella para evitar toda sorpresa.

La parte inferior de la peña era tan escarpada, que para subir tuvieron que ayudarse los soldados con las manos y las rodillas; y luego que llegaron á un punto desde donde mas los dominaban los indios, dejaron caer estos enormes peñascos que rodando por la falda y haciéndose pedazos, derribaban á los primeros asaltantes y mutilaban sus miembros de una manera horrorosa. No obstante esto, continuaron subiendo, guareciéndose en las barrancas abiertas por los torrentes del invierno, tras de los picos salientes de las peñas, ó de algun árbol que nacía de las grietas de la montaña. Todo era en vano, pues apenas volvían á ponerse á descubierto, cuando la lluvia de piedras se precipitaba sobre sus cabezas con una furia contra la cual el yelmo y la acerada cota eran tan débil defensa como el ligero *escaupil*.

Todos los que componían la partida quedaron mas ó ménos heridos: ocho fueron muertos en el sitio, pérdida considerable para tan pequeña fuerza; y el valiente abanderado Corral que iba adelante, vió hecha pedazos la bandera en sus manos (2). Convencido al fin Cortés de la dificultad de la empresa, al ménos sin tener mayor pérdida de la que se había propuesto sufrir, mandó la retirada; pero ya fué tarde, pues un gran cuerpo de indios atravesaba entónces el valle, y venía á atacarle.

No aguardó que llegaran, sino que reuniendo sus dispersas filas, se puso á la cabeza de la caballería y cargó valerosamente sobre el enemigo. En campo raso peleaban los españoles con notoria ventaja, y así fué, que incapaces los indios de resistir el impetuoso ataque de aquellos, se desordenaron y retrocedieron. A la derrota siguió la fuga, y los intrépidos ginetes persiguiendo á los indios á

(*) Los Estados-Unidos, patria del autor.

(2) "Todos descalabrados y corriendo sangre, y las banderas rotas, y ocho muertos." Ibid, ubi supra.

todo el galope de sus corceles, los atravesaban con sus lanzas, vengando así la perdida que acababan de sufrir. Siguieron el alcance por algunas leguas, hasta que el fugitivo enemigo se internó en los laberintos de la sierra, donde ya no quisieron perseguirle los españoles. Era la estacion calorosa, y como el pais siempre estaba falto de agua, sufrieron mucho, así los hombres como los caballos. Antes de que cerrara la noche, llegaron á un sitio sombreado por un bosque de morales silvestres, en el que encontraron algunas escasas fuentes que ofrecieron corta provision de agua para el ejército.

Cerca de este lugar se elevaba otra áspera cumbre de la sierra, ocupada por una guarnicion mas fuerte que la que habian encontrado en la mañana; y á no mucha distancia habia otra fortaleza mucho mas elevada, aunque mas pequeña que la anterior. Defendiala tambien un cuerpo de guerreros, quienes al mismo tiempo que los de la otra, rompieron las hostilidades arrojando sobre las tropas, toda clase de proyectiles de que se servian en la guerra. Deseoso Cortés de reparar la afrenta de la mañana, mandó asaltar la fortaleza principal, que le pareció tambien la mas accesible; pero aunque dos veces intentaron los españoles atacarla denodadamente, en ambas fueron rechazados con bastante pérdida. Habíase cortado la falda del cerro, y defendídose artificialmente con el objeto de aumentar la dificultad natural de la subida. Ya entónces habian acercándose las tinieblas de la noche; por lo que mandó Cortés á sus tropas que se replegaran al bosque de morales donde pernoctó, sumamente mortificado de haber sido vencido dos veces en un mismo dia.

Durante la noche, las tropas indias que ocupaban la altura que no habia sido atacada, pasaron á la otra para defenderla del asalto que preveían se intentaria dar la mañana siguiente. No bien percibió el general español á la luz del dia este movimiento, cuando con su acostumbrada viveza se aprovechó de él. Mandó una partida de mosqueteros y ballesteros á apoderarse de la eminencia abandonada, proponiéndose luego que lo hubieran conseguido, dirigir él mismo el ataque contra la otra. No tardó mucho en ondear el pendon de Castilla en la eminencia, é inmediatamente se puso el general á la cabeza de sus tropas y emprendió el asalto. Mientras que la guarnicion salia á su encuentro, las tropas situadas en la altura dirigieron un fuego tan certero sobre la fortaleza, que el enemigo no tardó en dar muestras de querer capitular (3).

Cuando entraron los españoles á la plaza, encontraron en la cumbre de la sierra una meseta de alguna extension, donde se habian refugiado muchos hombres con sus mujeres y familias y todos sus bienes muebles. Ninguna violencia cometieron los vencedores en las propiedades ó personas de los vencidos, cuya

(3) En cuanto al ataque de estas dos eminencias, cuya situacion es imposible conocer por las descripciones de los conquistadores, vease á Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 144.—Rel. terc. de Cortés en Lorenzana, pp. 218-221.—Gomara, Crónica, cap. 127.—Ixtlilxochitl, Venida de los españoles, pp. 16 y 17.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS.

lenidad hizo que la guarnición india, que la mañana del día anterior habia hecho tan tenaz resistencia, se rindiera gustosa (4).

Después de detenerse dos días en esta apartada region, continuó el ejército su marcha hacia el S. O. para Huaxtepec, la misma ciudad que habia sojuzgado Sandoval. Recibióle el cacique amistosamente, y le convidó á visitar sus magníficos jardines, que tanto Cortés como sus oficiales que no los habian visto ántes, los comparan á los mejores de Castilla (5). Siguiendo la áspera cadena de montañas, pasó el ejército por Yautepec y otros lugares que abandonaron sus habitantes al saber que se acercaban los españoles; pero como aquellos reunidos en grandes cuerpos atacaban los flancos y retaguardia de los castellanos, haciéndoles algun daño, vengábanse estos incendiando las ciudades abandonadas.

Dejando así marcado su terrible tránsito, bajaron la escarpada falda de la cordillera mucho mas pendiente por el lado del Sur que por el del Atlántico. Un solo día de camino basta para que el viajero se encuentre en una llanura, algunos miles de piés mas baja que la que ha ocupado en la mañana, recorriendo así en pocas horas los climas de muchas latitudes.

El camino que seguia el ejército estaba abierto entre lavas y ennegrecidas escorias que probaban el carácter volcánico de aquellas regiones, aunque frecuentemente era contrastado por verdes llanuras y fértiles campiñas, como si la naturaleza hubiera querido compensar con estos extraordinarios esfuerzos, la devastacion que en otro tiempo habia sufrido el suelo. Al noveno día de su marcha se encontró el ejército frente á la fuerte ciudad de Quauhnahuac ó Cuernavaca, como la llamaron después los españoles (6). Era la antigua capital de los Tlahuicas, el lugar mas considerable de esta parte del país por su riqueza y poblacion, tributaria de los aztecas, y defendida por una guarnicion mejicana. Estaba situada de un modo raro, en un pedazo de tierra saliente, rodeada de profundas

(4) Según Bernal Diaz, mandó Cortés á las tropas que se aposesionaran de la segunda fortaleza, y no tomaran ni un grano de maiz de la pertenencia de los sitiados. Diaz dando á esta orden una interpretacion muy amplia, cargó á sus tamanes de cuanto encontró excepto de maiz; pero le impidió continuarlo haciendo el comandante del destacamento, quien dió á las prevenciones del general una inteligencia mas estricta, que si hemos de dar crédito al valiente historiador, no agradó mucho á los soldados. Ibid., ubi supra.

(5) "Adonde estaba la huerta que he dicho, que es la mejor que habia visto en toda mi vida, y así lo torno á decir, que Cortés y el tesorero Alderete, desde entonces la vieron, y pasaron algo de ella, se admiraron, y dijeron, que mejor cosa de huerta no habian visto en Castilla." Ibid., loc. cit.

(6) Este bárbaro nombre indio ha sido alterado por los escritores antiguos de todos los modos posibles. Luego dieron los españoles á la ciudad el nombre que ahora tiene de Cuernavaca, y con él se designa en los mapas modernos. "Prevalse poi quello di Cuernavaca, col quale è presentemente conosciuta dagli Spagnuoli." Clavijero, Stor. de

Messico, tom. III, p. 185, nota.

barrancas, excepto por un lado que daba á un llano fértil y bien cultivado; y aunque se hallaba á la altura de cinco ó seis mil piés sobre el nivel del mar, estaba tan abrigada de los vientos nortes, que gozaba de un clima suave, propio de las regiones bajas.

Cuando al mediodía llegaron los españoles á la vista de esta ciudad, que era el término de su viaje, se encontraron separados de ella por uno de los grandes barrancos de que ántes se ha hablado, y que parecia ser una de aquellas espantosas quiebras no poco comunes en los Andes mejicanos, hechas indudablemente por alguna terrible convulsion de los tiempos pasados. Los lados colgaban perpendicularmente, y eran tan áridos, que ni aun vestigios habia del nopal ó de alguna de las otras plantas, con que la naturaleza cubre sus deformidades en aquellas fértiles regiones. El fondo hacia un verdadero contraste con los lados, pues estaba cubierto de una rica vegetacion, producida naturalmente á causa de que las enormes paredes de roca que forman el precipicio, al mismo tiempo que lo resguardan de los vientos frios de las cordilleras, reflectan los rayos de un sol vertical, lo que hace sentir allí un calor sofocante, y comunica al terreno la extraordinaria fertilidad de la tierra caliente. Bajo la accion de este aparato estimulante, por decirlo así, los habitantes de las ciudades inmediatas pueden fácilmente recoger los productos vegetales que se encuentran en el caluroso clima de las tierras bajas [a].

Veíase en el mismo fondo un riachuelo que naciendo de las pedregosas entrañas de la sierra, corria por un estrecho cauce y contribuía con su perpetua humedad á la abundante fertilidad del valle. Este riachuelo que en ciertas estaciones del año crecía hasta convertirse en torrente, se atravesaba á alguna distancia de la ciudad por un punto en el que los pendientes lados de la barranca ofrecían mas fácil tránsito, por dos toscos puentes que destruyeron los naturales con el fin de impedir la marcha de los españoles. Habían llegado ya éstos á la orilla del precipicio que los separaba de la ciudad, y que como se ha dicho, no era muy ancho. El ejército, pues, formado en sus bordes se veía expuesto á los tiros de la guarnicion, sobre la cual poco estrago hacia el fuego de los castellanos, porque la defendían sus fortificaciones.

Inquieto el general por la posicion que guardaba, envió un destacamento que buscara mas abajo del rio un punto por el que pudieran pasar las tropas; pero aunque los bordes de la barranca iban siendo menos pendientes conforme bajaban, no encontraban medio de vadear el rio, hasta que inesperadamente se presentó un camino que probablemente ninguno se habia atrevido á seguir. En ambas orillas crecían dos árboles de una enorme altura, que inclinándose el uno hácia el otro entrelazaban sus ramas de manera que formaban un puen-

[a] Toda esta descripcion conviene perfectamente con el aspecto actual de Cuernavaca y de las barrancas que la circundan. Las despedazadas rocas de Tepostlan que se ven á corta distancia, presentan mil picachos inaccesibles, que pueden ser de los que habla el autor.

te natural. Un tlascalteca, concibiendo que no seria difícil pasar por este puente suspenso en el aire, logró atravesarlo: pronto le siguieron varios de sus compatriotas, que estaban acostumbrados á ejercicios de fuerza y agilidad en sus montañas nativas, y los españoles imitaron su ejemplo. Era un esfuerzo peligroso para un hombre armado atravesar este camino aéreo mecido por el viento, donde un vértigo, un solo paso, ú otro movimiento en falso, podia precipitarle al abismo que se abria á sus piés. Tres soldados resbalaron y cayeron; pero los demás que eran veinte ó treinta españoles, y un número considerable de tlascaltecas, llegaron salvos á la orilla opuesta (7). Allí se formaron apresuradamente y marcharon sobre la ciudad. Empeñados los mexicanos en la lucha con los castellanos, recibieron una sorpresa tan grande, que ciertamente habria sido poco menor si los hubieran visto llover de las nubes.

Hicieron una valerosa resistencia; pero afortunadamente lograron los españoles reponer uno de los puentes destruidos, de suerte, que aunque con dilacion, tanto la caballería como la infantería atravesó el rio. La primera, á las órdenes de Olid y de Andres de Tapia, voló al socorro de sus compatriotas, y perseguido el enemigo de un punto á otro, se vió obligado á evacuar la plaza y á refugiarse en las montañas. Incendióse uno de los barrios de la ciudad: se entregó toda ella al pillaje; y como era una de las mas opulentas del pais, compensó suficientemente los trabajos y peligros de los vencedores. Los atemorizados caciques regresando bien pronto se presentaron á Cortés, y culpando, como siempre á los mejicanos, se acogieron á su clemencia. Satisfecho el general con estas muestras de sumision, hizo que cesaran las violencias ejercidas con los habitantes (8).

Conseguido ya el grande objeto de la expedicion á las montañas, volvió el comandante español hácia el Norte, y comenzó á pasar por segunda vez la formidable barrera que le separaba del valle. La subida, naturalmente encumbreada y trabajosa, lo era aun mas por los fragmentos de rocas y piedras sueltas que la obstruian. Las faldas y cima de la montaña estaban pobladas de espesos bosques de pinos y gruesos encinos que esparcian una sombra melancólica sobre aquellos sitios, mucho mas terribles hoy, por ser la guarida favorita de los bandidos. Era la estacion del calor, y como el rocalloso suelo estaba casi faltar de agua, sufrieron mucha sed las tropas. Varios de los españoles quedaron des-

(7) El denodado Diaz fué uno de los que consumaron esta peligrosa hazaña, aunque segun dice, se desvaneció tanto, que casi no supo cómo pasó. "Porque de mí digo, que verdaderamente cuando pasaba, que lo ví mui peligroso, é malo de pasar, y se me desvanecia la cabeza, y todavía pasé yo, y otros veinte, ó treinta soldados, y muchos tlascaltecas." Ibid., ubi supra.

(8) Sobre la toma de Cuernavaca, puede verse á los autores siguientes. Bernal Diaz, ubi supra,—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 21,—Ixtilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 93,—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 8.—Torquemada, Monarqu. ind., lib. 4, cap. 87.—Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, pp. 223 y 224.

mayados en el camino, y algunos de los indios aliados murieron de fatiga (9). El derrotero que siguió el ejército, pasaba por la falda oriental de la montaña llamada "la Cruz del marqués," en razón de una enorme cruz de piedra levantada allí para señalar el límite de los terrenos que la corona de Castilla concedió á Cortés con el título de Marqués del Valle. Gran parte del camino atravesado entonces por las tropas, pasaba por los ricos y extensos dominios que despues se asignaron al conquistador (10).

Desde aquellas alturas disfrutaron los españoles una vista del valle de Méjico distinta de todas las que antes se les habian presentado; mucho mas atractiva á sus ojos por el contraste que formaba con el agreste paisaje que acababan de recorrer. Era aquel el mas hermoso y poblado lugar del valle, pues en ninguna otra parte estaban tan inmediatas las ciudades y pueblos como al derredor de la laguna de agua dulce; no obstante que por cualquiera punto que se viese éste pais encantador, presentaba el mismo aspecto de belleza natural y de esmerado cultivo, las mismas florecientes quintas, y en el centro el hermoso lago cuya obscura y tersa superficie relucia como un espejo engastado en el inmenso cuadro de pórvido de que la naturaleza lo habia circuido.

El lugar de ataque que eligió el general, fué Xochimilco, ó "Campo de flores," llamado así por los jardines flotantes que parecia estaban anclados en las aguas que los bañaban (11). Era una de las mas ricas y mas poderosas ciudades del valle, y una de las mas fieles á la corona azteca. Una parte estaba construida lo mismo que Méjico, sobre el agua, y se llegaba á ella por calzadas no de mucha extension. Se formaba de casas semejantes á las de las otras ciudades de alguna consideracion, las mas chozas ó cabañas de barro y juncos, sobre las que descollaban los templos y las casas de piedra ocupadas por la clase opulenta.

Cuando hubieron avanzado un poco los españoles, les salieron al encuentro partidas de guerrillas del enemigo, que despues de descargar sus flechas se retiraron precipitadamente, y como tomaron la direccion de Xochimilco, infirió Cortés que estaba preparado un ejército considerable para atacarle; pero todavia lo fué mas de lo que esperaba. Al atravesar la calzada principal, encontró ocupada la extremidad opuesta por un numeroso cuerpó de guerreros, que colocados del otro lado de un puente roto, se preparaban á disputarle el paso. Aunque habian

(9) "Una tierra de pinales, despoblada y sin ninguna agua, la qual y un puerto pasamos con grandísimo trabajo, y sin beber: tanto, que muchos de los indios que iban con nosotros perecieron de sed." Rel. terc. de Cortés en Lorenzana, p. 224.

(10) La ciudad de Cuernavaca formó parte de las propiedades de los duques de Monteleone, descendientes y herederos del conquistador. Probablemente los españoles en su derrotero hácia el Norte, no se desviaron mucho del camino real que ahora va de Méjico á Acapulco, y que en sus puntos mas altos presenta los mismos rasgos característicos que en la época de la conquista.

(11) Clavijero, Stor. del Messico, tom. III, p. 187, nota.

Este fué el mayor peligro en que se encontró personalmente Cortés. Estuvo su vida en manos de los bárbaros, y á no ser por el interes que tenian en hacerle prisionero, la hubiera perdido indudablemente. A la misma causa debe atribuirse la salvacion de los españoles en tan frecuentes encuentros. Dícese que el dia siguiente buscó al tlascalteca que tan valientemente habia acudido á su defensa, y como no pudo descubrirlo, atribuyó su salvacion á su patron San Pedro (13). Puede perdonársele que creyera en la interposicion de su ángel

Así refiere el general este hecho. Sin embargo, Díaz dice que aquél debió su salvación á un castellano llamado Olea, á quien auxiliaron algunos tlascaltecas, y que su libertador recibió tres graves heridas. (Hist. de la Conquista cap. 145). Este era un hecho de que nadie debía estar mejor informado que Cortés, y que por otra parte no era fácil que se borrara de su memoria. Probablemente el veterano confundió este suceso con otro semejante que ocurriría al general.

Proyecto de investigación "Archivo digitalizado y edición traductológica de textos literarios y ensayísticos traducidos al español" (HUM2004-00721)

de guarda para libertarle del horroroso destino de los cautivos, que ciertamente no debía concebir esperanza de que se le mitigara á él. Demasiado intrépido debía ser el hombre que voluntariamente desafiaba tal peligro; pero sus compañeros hicieron otro tanto por menor recompensa.

La época de que hablamos, era todavía la de la caballería; esa sorprendente y novelesca edad, de la cual apenas puede tenerse una corta idea en los tiempos presentes de práctica y positiva realidad. El español con su delicado pundonor, con sus romances heroicos y sus altivas y vanagloriosas pretensiones, era el mejor representante de aquellos siglos. Los europeos en general no se habían acostumbrado todavía al ócio de la vida literaria, ni á la actividad del comercio, ni al pacífico trabajo de la agricultura. Dejaban esto al recluso habitante de los claustros, al humilde aldeano, y al miserable esclavo. La profesion de las armas era la única digna de los hombres de noble sangre; la única carrera en que el bien nacido y esforzado caballero podía adquirir gloria. El Nuevo Mundo ofrecia en sus extraordinarios y misteriosos peligros, un vasto campo para el ejercicio de esta profesion, y el español se presentó en él con todo el entusiasmo de un paladin de romance.

Otras naciones entraron tambien en ese campo, pero por diferentes motivos. El francés mandaba allá sus misioneros á que vivieran entre los gentiles; y ellos, limitándose á la obra piadosa de ganar almas para el Paraíso, se contentaban con encontrar la corona del martirio, que muchas veces buscaban. El holandés tenia tambien su mision, la del lucro terrestre, y hallaba la recompensa de sus fatigas y peligros en el productivo tráfico que hacia con los nativos. Mientras que nuestros antepasados los puritanos, llevados del verdadero espíritu anglo-sajon, abandonaban sus pacíficos hogares, se lanzaban al Océano, y levantaban sus tiendas en la soledad del desierto para gozar las dulzuras de la libertad civil y religiosa, el español iba al Nuevo Mundo llevado del verdadero espíritu de caballero errante en busca de aventuras peligrosas, como si ese fuera su único objeto. Siempre estaba pronto á esgrimir el puñal, la espada ó la lanza en defensa de la fe, y al oír su grito de guerra de "Santiago", se imaginaba estar militando bajo la bandera del apóstol, y sentia que su brazo era mas fuerte que el de cien infieles. Era la hora en que espiraba la edad de la caballería; y la España, la romántica España, fué la tierra donde alumbró su luz por mas tiempo sobre el horizonte.

Todavía no obscurecia cuando Cortés y sus soldados volvieron á entrar en la ciudad. Lo primero que hizo el general fué subir á un *teocalli* inmediato y reconocer el pais. Desde allí se ofreció á su vista un espectáculo, que habria aterrado á un corazon menos esforzado que el suyo. La superficie del salobre lago estaba cubierta de canoas, y la calzada ocupada en muchas millas, por escuadrones indios que parecian encaminarse al campo cristiano. En efecto, luego que Guatemotzin supo la llegada de los españoles á Xochimilco, envió un gran número de tropas para defender la ciudad. Como estas fuerzas estaban

ya en marcha, y Méjico solo distaba de Xochimilco cuatro leguas, bien podían llegar antes de entrada la noche (14).

Grandes preparativos hizo Cortés para la defensa de sus cuarteles. Situó destacamentos de soldados escogidos en todos los lugares donde probablemente podían desembarcar los aztecas, dobló las centinelas, y acompañado de sus principales gefes rondó varias veces el campo en el curso de la noche. A los muchos motivos que había para estar en vela, se añadía el de que los dardos de los ballesteros casi se habían acabado. Para suplir esta falta, se ocupaban activamente los archeros en acomodar á las saetas, puntas de cobre de que tenía el ejército grande acopio; de manera que aquella noche poco se durmió en el campamento (15).

Pasó sin que fueran molestados por el enemigo. Aunque no era tempestuosa, sí muy oscura; y aunque los españoles que se hallaban de servicio nada podían ver, oyeron distintamente el ruido de muchos remos movidos en el agua á no mucha distancia de la ribera. Los indios que venían en las canoas no intentaron desembarcar, recelosos ó tal vez avisados de los preparativos hechos para recibirlos; pero al primer albor de la mañana se pusieron sobre las armas, y sin aguardar el movimiento de los españoles, invadieron la ciudad y los atacaron en sus mismos cuarteles.

Los castellanos reunidos en el atrio de uno de los templos, peleaban con desventaja porque se hallaban en una ciudad, donde las estrechas calles y callejuelas, muchas de ellas cubiertas de un lodo resbaladizo, presentaban grandes embarazos á las maniobras de la caballería; pero Cortés con la mayor prontitud formó á todos sus ballesteros y arcabuceros, y rompió un fuego tan vivo y certero sobre las filas enemigas, que las desconcertó y las obligó á retirarse. La infantería con sus largas picas completó la derrota, y la caballería, cargando á galope tendido sobre los aztecas cuando abandonaban la ciudad, los persiguió por muchas millas. A alguna distancia encontraron los fugitivos un considerable refuerzo que venía á socorrerlos: se unieron á él, y haciendo frente á sus contrarios, cambió el aspecto de la batalla, tanto que los castellanos hostilizados por los indios picaron sus corceles, y volvieron á la ciudad á todo escape. Todavía no habían andado mucho, cuando encontraron el grueso del ejército que venía á toda prisa á su auxilio. Reforzados de esta suerte, volvieron otra vez á la carga; pero las huestes enemigas los encontraron con el

(14) "Por el agua á una muy grande flota de canoas, que creo que pasaban de dos mil; y en ellas venían mas de doce mil hombres de guerra; é por la tierra llegó tanta multitud de gente, que todos los campos cubrían." Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 227.

(15) "Y acordóse que hubiese muy buena vela en todo nuestro Real, repartida á los puertos, é azequias por donde habían de venir á desembarcar, y los de á caballo muy á punto toda la noche ensillados y enfrenados, aguardando en la calzada, y tierra firme, y todos los capitanes, y Cortés con ellos, haciendo vela y ronda toda la noche." Bernal Díaz, Hist. de la conquista, cap. 145.

ímpetu de un torrente. Por algun tiempo pareció estar indecisa la victoria, pues la inmensa multitud de indios atacaba por todos lados, y subía al cielo un confuso rumor en que iban mezclados los aullidos del salvaje con el grito de guerra del cristiano; grito que todavía era mas extraño en aquellas apartadas regiones. Al fin el valor, ó mejor dicho, las armas y la disciplina de los castellanos quedaron triunfantes. Destrozado el enemigo, retrocedió, y alejándose paso á paso, pronto se convirtió su retirada en una derrota, y persiguiéndolos los españoles los arrojaron del campo, haciendo en ellos tan espantosa carnicería, que no intentaron ya renovar el ataque.

Encontráronse, pues, los vencedores dueños absolutos de la rica ciudad, bien provista de producciones indias, de algodón, de oro, de plumajes y de otros artículos de comodidad y lujo, que presentaron un cuantioso botín á los soldados. Mientras se ocupaban del pillaje, parte de los indios desembarcando de sus canoas, cayó sobre algunos de los españoles dispersos que iban cargados de despojos, é hizo prisioneros á cuatro de ellos. Esto causó á las tropas mayor sentimiento que si hubiera perecido en el campo de batalla número décuplo. Era ciertamente muy raro que un español se dejara coger vivo; pero en aquella vez los desgraciados soldados habian sido tomados por sorpresa. Lleváronlos á la capital, y poco despues fueron sacrificados. Cortáronseles de órden del feroz y jóven monarca azteca los brazos y las piernas, y se enviaron á las ciudades circunvecinas, asegurándoles que aquel seria el destino de todos los enemigos de Méjico (16).

Los prisioneros cogidos en la última batalla instruyeron á Cortés, que las tropas enviadas hasta entónces por Guatemotzin, solo eran parte de las que habia reclutado: que su plan era mandar destacamento tras de destacamento hasta que los españoles, aun cuando quedaran victoriosos en los encuentros que tuvieran con cada uno de aquellos, sucumbieran al fin consumiéndose, y quedaran vencidos, por decirlo así, con sus propias victorias.

Concluido el saqueo de la ciudad, no creyó Cortés conveniente aguardar allí nuevos ataques del enemigo. La mañana del cuarto dia despues de su llegada, reunió sus fuerzas en una llanura inmediata donde vió á muchos de sus soldados agobiados con el peso del botín, lo que le causó gran inquietud. Díjoles que iban á emprender su marcha por un país muy poblado, y que estaba todo sobre las

(16) Diaz, que era bastante crédulo, asegura como cierto que antes de sacrificar á estos desgraciados, les cortaron los brazos y las piernas. "Manda cortar piés y brazos á los tristes nuestros compañeros, y los envia por muchos pueblos nuestros amigos de los que nos habian venido de paz, y les envia á decir, que antes que volvamos á Tezcuco, piensa no quedará ninguno de nosotros á vida, y con los corazones y sangre hizo sacrificio á sus ídolos." (Hist. de la conquista, cap. 145.)—No es esto muy creible, pues los aztecas no eran como nuestros indios norte-americanos, que atormentan á sus enemigos por mera crueldad, sino que los inmolaban con las solemnidades prescritas por su ritual; el prisionero era para ellos una víctima religiosa.

vinieron de la verdadera ó imaginaria region de Aztlan, situada hácia el nordeste. Reunidas estas pequeñas asociaciones en las playas de su mar Alpino [a], continuaron despues de su incorporacion á la monarquía azteca, conservando un espíritu de rivalidad unas con otras, que como en las ciudades del Mediterráneo en la edad del feudalismo, avivó sus facultades intelectuales, é hizo que el valle de Méjico ocupara en la escala de la civilizacion, un lugar mas elevado que las otras regiones del Anáhuac.

La ciudad adonde habian llegado los españoles habia sido abandonada por sus habitantes; y Cortés se detuvo allí dos dias para dar descanso á las tropas y la asistencia necesaria á los heridos (19). Aprovechó este tiempo en reconocer el terreno inmediato, con cuyo objeto bajó acompañado de un fuerte destacamento, á la calzada que conducia de Cojohuacan á la calle principal de Ixtapalapan (20). En el punto de intercepcion llamado Xoloc, encontró una regular fortificacion, tras de la cual se habia atrincherado una division mejicana. Sus flechas causaron algun daño á los españoles luego que se pusieron á tiro; pero ellos marcharon intrépidamente, no obstante las continuas descargas del enemigo, asaltaron la fortificacion, y despues de una obstinada lucha lo desalojaron de ella (21). Entónces avanzó Cortés un poco por la gran calzada de Iztapalapa; mas viendo el otro extremo de ella ocupado por multitud de guerreros,

[a] Esto es, mar interior, pero los lagos de Méjico no podian merecer ni aun poéticamente el nombre de mar, aun con toda la extension que tenian en tiempo de la conquista.

(19) Este lugar, célebre por la belleza de su posicion, fué despues de la conquista la residencia favorita de Cortés, quien fundó allí un convento de monjas [b], y mandó en su testamento, que allí fuesen enterradas sus cenizas, fuera cual fuese el lugar donde muriera. "Que mis huesos los lleven á la mi villa de Coyoacan, y allí les den tierra en el Monasterio de monjas que mando hacer y edificar en dicha mi villa." Testamento de Hernan Cortés, MS.

(20) Esta, dice el arzobispo Lorenzana, era la moderna calzada de la Piedad. (Rel. terc. de Cortés, p. 229, nota.) Pero no es fácil combinar este aserto con el bien trabajado mapa que el baron de Humboldt hizo del valle. Un pequeño brazo que salia de la ciudad en tiempo de los aztecas, tocaba oblicuamente con la gran calzada meridional por donde hicieron los españoles su primera entrada. Como las aguas que en un tiempo circundaron á Méjico se han retirado mucho, ha sufrido un notable cambio el aspecto del terreno; y aunque se conservan los cimientos de las calzadas principales, no siempre pueden distinguirse los vestigios de las mas pequeñas [c].

(21) "Y llegamos á una albarrada, que tenian hecha en la calzada, y los peones comenzaronla á combatir; y aunque fué muy recia, y hubo mucha resistencia, y hirieron diez españoles, al fin se la ganaron, y mataron muchos de los enemigos, aunque los ballesteros y escopeteros, quedaron sin pólvora y sin saetas." Ibid., ubi supra.

[b] Este convento no llegó á fundarse.

[c] El Sr. Lorenzana padeció en esto equivocacion. La calzada de Iztapalapan es la de San Antonio Abad que conduce á San Agustin de las Cuevas ó Tlalpam.

y no queriendo trabar encuentros inútiles cuando casi se habían agotado sus municiones, retrocedió y se retiró á sus cuarteles.

El siguiente dia continuó el ejército su marcha tomando la direccion de Tacuba que distaba de allí pocas leguas. En el camino fué bastante molestado por las partidas dispersas de indios, que furiosos al ver el rico botin que llevaban los invasores, atacaban frecuentemente sus flancos y retaguardia. Cortés se vengó como en su otra expedicion, valiéndose de una de las extratajemas de que usaban los aztecas, aunque con menos suceso que antes, pues persiguiendo con mucho ardor al fugitivo enemigo, él y su caballería cayeron en una emboscada que á su vez les habian preparado los indios. Todavía no les igualaba Cortés en las astucias de su táctica. En un momento fué envuelta la caballería española por su sagaz enemigo y quedó separada del resto del ejército; pero picando sus briosos corceles y cargando en columna cerrada, logró abrirse paso por los batallones aztecas, y escaparse, excepto dos soldados que cayeron en manos de los indios. Ambos eran asistentes del general y le habian servido fielmente en toda la campaña; por lo que le afectó profundamente su pérdida, aumentando mas su sentimiento la idea del trágico destino que les esperaba. Cuando se reunió el pequeño cuerpo de caballería con el grueso del ejército, que inquieto por su tardanza habia hecho alto bajo los muros de Tacuba, se asombraron los soldados al ver el semblante abatido del capitan, que bien claramente daba á conocer su emocion (22).

Todavía estaba alto el sol cuando entraron en la antigua capital de los Tepanecas. El primer cuidado de Cortés fué subir al *teocalli* principal y reconocer desde allí los alrededores; era aquel un magnífico punto de vista, pues dominaba la capital, distante poco mas de una legua, y sus inmediaciones. Acompañábanle el tesorero Alderete, y otros caballeros que últimamente se habian incorporado en sus banderas, por cuyo motivo aquel espectáculo era enteramente nuevo para ellos. Al ver la soberbia ciudad rodeada de un anchuroso lago cubierto de canoas y barcas que lo cruzaban en todas direcciones, cargadas unas con efectos ó frutas y vegetales para los mercados de Tenochtitlan, y otras ocupadas por guerreros, no pudieron contener su admiracion por tanta actividad y movimiento, confesando que solo la mano de la Providencia habia podido sacar salvos á sus compatriotas del centro de tan poderoso imperio (23).

En medio de aquella asombrada reunion, solo la frente de Cortés se advertia abatida, y un suspiro que de cuando en cuando se escapaba de su pecho, reve-

(22) "Y estando en esto viene Cortés, con el cual nos alegramos, puesto que él venia muy triste y como lloroso." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 145.

(23) "Pues cuando vieron la gran ciudad de México, y la laguna, y tanta multitud de canoas, que unas iban cargadas con bastimentos, y otras iban á pescar, y otras baldías, mucho mas se espantaron, porque no las habian visto, hasta en aquella sazon: y dijeron que nuestra venida en esta Nueva España, que no eran cosas de hombres humanos, sino que la gran misericordia de Dios era quien nos sostenia." Ibid., ubi supra.

laba sus tristes pensamientos (24). „Alentaos,” díjole uno de los caballeros acercándose á él y deseando consolarle en su tosco modo por la reciente pérdida; “no tomeis tan á pechos estas cosas, pues despues de todo, esta es la suerte „de la guerra.” La respuesta del general da á conocer las reflexiones que hacia en aquel momento. “Sois testigos de cuántas veces he procurado persuadir „á la capital de Méjico que se someta pacíficamente. Me entristezco al considerar las fatigas y peligros que han de sufrir mis bravos soldados antes de que „podamos llamarla nuestra; pero es ya tiempo de poner manos á la obra” (25). No puede dudarse que Cortés, así como todos los soldados de su ejército, creía que estaba militando en una santa cruzada, y que prescindiendo de toda consideración personal, no podia servir mejor á Dios que plantando la cruz en las elevadas torres de la metrópoli gentil; pero era natural que sintiese algun pesar al ver aquel brillante cuadro, y pensar en la tempestad que se preparaba; al considerar cuán pronto los primeros destellos de la civilizacion que tenia á la vista iban á caer marchitos por el violento soplo de la guerra. ¡Grandioso espectáculo el del gran conquistador, deplorando en silencio la desolacion que iba á esparcir sobre el país!

Parece que esto hizo una profunda impresion en sus soldados, poco acostumbrados á tales muestras de sensibilidad, tanto que prestó asunto á algunos romances ó cantos nacionales, con que los poetas castellanos de los tiempos antiguos acostumbraban inmortalizar á los héroes favoritos de su país, y que siendo un medio entre las tradiciones orales y las escritas, han sido tan duraderos como la historia misma (26).

Tacuba era el punto adonde habia llegado Cortés en su primera expedicion por el Norte del valle. Por lo mismo habia ya completado la vuelta al derredor del gran lago; habia reconocido los diferentes caminos que conducian á la capital, y visto con sus propios ojos los preparativos de defensa que hacia el enemigo. No tenia, pues, motivo para prolongar su permanencia en Tacuba, cuya proximidad á Méjico podia levantar en contra suya toda su belicosa po-

(24) “En este instante suspiró Cortés con una muy gran tristeza, muy mayor que la que de antes traía.” Ibid., loc. cit.

(25) “Y Cortés le dijo, que ya veía cuántas veces habia enviado á México á rogales con la paz, y que la tristeza no la tenia por sola una cosa, sino en pensar en los grandes trabajos en que nos habiamos de ver, hasta tornar á señorear; y que con la ayuda de Dios, presto lo porniamos por la obra.” Ibid., ubi supra.

(26) Diaz trae las primeras redondillas del romance, que no he podido encontrar en ninguna de las colecciones impresas.

“En Tacuba está Cortés,
con su escuadron esforzado,
triste estaba, y muy penoso,
triste, y con gran cuidado,
la una mano en la mejilla,
y la otra en el costado.” &c.

blacion. El dia siguiente muy de mañana volvió á emprender la marcha, tomando el camino que siguió en su primera expedicion al Norte de los lagos pequeños. Hostilizóle el enemigo menos que los dias anteriores, lo que en parte se debió al tiempo, que era sumamente tempestuoso. Los soldados, cuyos vestidos pesaban á consecuencia de la humedad, atravesaron con dificultad las cenagosas sendas inundadas por los torrentes. Una vez, segun nos refiere el militar cronista, descuidaron los oficiales rondar el campo en la noche y los centinelas montar la guardia, librando su seguridad á la furia de la tempestad, no obstante que la suerte de Narvaez debió haberlos enseñado á no confiar en los elementos.

En Acolman, ciudad perteneciente al territorio Acolhua, encontrólos Sandoval, el cacique de Tezcuco y otros varios oficiales, entre los cuales habia algunos recién llegados de las islas. Recibieron cordialmente á sus compatriotas, y les dieron la noticia de que ya estaba concluido el canal, y que los bergantines completamente equipados, estaban listos para ser botados al agua. Parecia por tanto que no habia ya motivo para demorar el sitio de Méjico. Con tan satisfactorias nuevas, entraron Cortés y sus victoriosas legiones por la última vez en la capital Acolhua, despues de haber empleado tres semanas en dar vuelta á todo el valle.

CAPITULO IV.

CONSPIRACION DEL EJERCITO.—ECHANSE AL AGUA LOS BERGANTINES.—

REVISTA DE LAS FUERZAS ESPAÑOLAS.—EJECUCION DE XICOTENCATL.

—MARCHA DEL EJERCITO.—PRINCIPIO DEL SITIO.

1521.

Al tiempo mismo que se ocupaba Cortés en reconocer el valle, y en prepararse para sitiar la capital, trabajaba activamente en Castilla una faccion por desvirtuar su autoridad y desbaratar completamente sus planes de conquista. La fama de sus heróicos hechos se había dilatado no solo por las islas, sino por España toda, y por otras muchas partes de Europa, donde excitó una admiracion general el indómito valor de un hombre, que con solo su brazo, luchó tanto tiempo con el poderoso imperio mejicano. La ausencia del monarca español y los disturbios del reino, pueden únicamente explicar la supina indiferencia que mostró el gobierno respecto de esta grandiosa empresa. A las mismas causas debe atribuirse el que no se atendieran los reclamos de Velazquez y Narvaez, no obstante que estaban sostenidos por un protector tan poderoso como el obispo Fonseca, presidente del consejo de Indias. Dirigia las riendas del gobierno Adriano de Utrecht, antiguo preceptor de Cárlos, hombre de instruccion y de alguna sagacidad; pero omiso y tímido en política, y enteramente incapaz de aquella accion decisiva que hizo célebre á su predecesor el cardenal Jimenez.

En la primavera de 1521, expidió el consejo de Indias algunas providencias que produjeron un cambio importante en los negocios de Nueva-España. Mandóse que la real audiencia de la Española sobreseyese en el proceso instruido contra Narvaez, por el trato que habia dado al comisionado Ayllon: que aquel desgraciado jefe fuera sacado de la prision que sufría en Veracruz; y que se enviase á Méjico un visitador investido de autoridad bastante para averiguar los procedimientos y conducta de Cortés, y hacer amplia y cumplida justicia al gobernador de Cuba. No faltaron en la corte personas que vieran con desagrado estas disposiciones, juzgándolas como una indigna recompensa de los servicios de Cortés, y que pensaban que bajo todos aspectos no eran á propósito aquellas circunstancias para tomar providencias que podian desanimar al general, ó tal vez hundirle en la desesperacion. Pero el altivo carácter del obispo de Burgos despreció estas observaciones, y aprobadas por la regencia las determinaciones del consejo, fueron firmadas por los que formaban este cuerpo, el dia 11 de Abril de 1521. Tapia, uno de los miembros de la audiencia de Santo Domingo, fué comisionado para marchar á Veracruz; pero

estos planes, y dejaron á Cortés proseguir sin obstáculo su gloriosa carrera de Conquista (1).

Al paso que se le permitió, á lo menos por entónces, continuar ejerciendo su autoridad, le amagó otro mayor peligro intestino, que no solo amenazaba su autoridad, sino su vida. Se habia tramado en el ejército una conspiracion mas seria y peligrosa de las que hasta entónces se habian concebido, promovida por un soldado raso llamado Antonio Villafañá, natural de Castilla la vieja, y de quien lo único que se sabe es, que tomó parte en esta conjuracion. Pertenecia á las tropas de Narvaez, á ese semillero de descontentos que habian permanecido en el ejército mostrando disgusto por el mas ligero motivo, y que siempre estaban prontos á sublevarse. Voluntariamente habian continuado en el servicio desde que sus compañeros se separaron en Tlascala; pero esto lo habian hecho movidos de las mismas codiciosas miras que los impulsaron á embarcarse en la expedicion, y que aun no era tiempo de que vieran realizadas. Participaban poco del espíritu verdaderamente romanesco de los primeros compañeros de Cortés, y consideraban como triste y estéril recompensa de tantas fatigas y trabajos, los laureles de la victoria.

A ellos se unian otros que tenian motivos personales de disgusto con el general, y algunos que desconfiaban del resultado de la campaña. El horrible destino de los españoles que habian caido en manos de los aztecas, los llenaba de espanto. Ya se imaginaban víctimas del espíritu quimérico del general, que con recursos tan escasos, se atrevia á provocar hasta el último extremo á un enemigo feroz y formidable; temblaban de ir á perseguir á los aztecas á sus mismos hogares, donde la desesperacion los obligaria á sacar décuplas fuerzas.

Estos soldados de buena voluntad habrian abandonado la empresa y regresado á Cuba. ¿Pero cómo hacerlo? Cortés era dueño de todo el camino, desde la capital á la costa, y sin orden suya ningun buque podia zarpar del puerto. Aun deshaciéndose de él, quedaban sus principales capitanes que estarian prontos á ocupar su lugar, y vengar su muerte. Era, pues, necesario incluir tambien á estos en el plan de destruccion, y por lo mismo se propusieron asesinar al general, á Sandoval, á Olid, á Alvarado y á otros dos ó tres de los mas adictos á Cortés. Entónces darian los conspiradores el grito de libertad, y no dudaban que los seguiria la mayor parte del ejército, ó por lo menos, el número bastante para conseguir su objeto. Determinaron ofrecer el mando despues de la muerte de Cortés á Francisco Verdugo, cuñado de Velazquez, hidalgo honrado que, aunque no era cómplice en su crimen, seguramente aceptaria el mando que como por fuerza se le conferia, y así aseguraban la proteccion del gobernador de Cuba, quien odiando tanto á Cortés, disculparia su conducta.

Llegaron los conspiradores hasta á nombrar los oficiales subalternos, un algu-

(1) Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 15.—Relacion de Alonso de Verzara, escribano público de Veracruz, MS., déc. 21.

el mayor en lugar de Sandoval, un cuartel maestre general que sucediera á Olid, y algunos otros empleados (2). El tiempo señalado para la ejecucion del plan era poco despues de que regresara Cortés de su expedicion. Habia de presentársele cuando estuviera sentado en la mesá un paquete de cartas que se supondria acababan de llegar de Castilla, y mientras que rompia los sellos, habian de arrojarse los conspiradores sobre él y sus capitânes, y asesinarlos á puñaladas. Tal era la inicua trama para acabar con Cortés y su gloriosa empresa; pero para que se logre una conspiracion, principalmente cuando están comprendidas en ella muchas personas, es necesario que medie muy poco tiempo entre su concepcion y la ejecucion.

El dia anterior al fijado para perpetrar el delito, uno de los conspiradores, sintiendo una repugnancia invencible á cometer tal crimen, se dirigió á la habitacion del general y solicitó de él una éntrevista reservada. Arrojóse á sus piés y le reveló todos los pormenores de la conjuracion, añadiendo, que en poder de Villafaña encontraria un papel, en el que estaban escritos los nombres de los cómplices. Herido Cortés como por un rayo, no perdió momento en aprovecharse de este descubrimiento. Mandó por Alvarado, por Sandoval y por uno ó dos de los otros oficiales destinados á ser víctimas de la conspiracion, les manifestó el peligro en que estaban, y con ellos y cuatro alguaciles se dirigió á la tienda de Villafaña.

Encontráronle conversando con tres ó cuatro de sus amigos, á quienes inmediatamente se hizo salir y se les redujo á prision. Confundido Villafaña con la repentina aparicion del general, solo tuvo tiempo para sacar del seno el papel que contenia las firmas de los conspiradores é intentar tragárselo; pero Cortés le detuvo el brazo y le quitó el escrito. Al pasar rápidamente la vista por la fatal lista, quedó asombrado de encontrar en ella los nombres de algunas personas que gozaban de consideracion en el ejército. Hízola pedazos, y mandó prender á Villafaña, quien fué juzgado inmediatamente por un consejo de guerra reunido á la mayor violencia, y presidido por Cortés. Parece que no quedó duda de la culpabilidad del acusado, y fué condenado á muerte, cuya pena se ejecutó despues de haberle dado el tiempo necesario para prepararse cristianamente, colgándole de las ventanas de su alojamiento (3).

Los que ignoraban la conjuracion, quedaron admirados de aquel espectáculo; y el resto de los conspiradores, llenos de consternacion por ver descubierta su trama, esperaban tener igual destino; pero se engañaron, pues Cortés hizo cesar allí el castigo. Una ligera reflexion le convenció de que lo contrario le envolveria en dificultades muy desagradables y peligrosas; pues aunque muchos

(2) "Hacian alguacil mayor é alférez, y alcaldes, y regidores, y contador, y tesore-ro, y veedor, y otras cosas deste arte, y aun repartido entre ellos nuestros bienes, y caballos." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 146.

(3) Ibid., loc. cit.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 48.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 1.

de los cómplices de tan loco atentado, merecian la muerte, le perjudicaria la pérdida de esos mismos delincuentes, por lo disminuido que estaba el ejército. Se contentó por lo mismo con castigar al cabecilla.

Reunió despues á sus tropas y brevemente les explicó el crimen por que habia sido juzgado Villafañá. Díjoles que nada habia confesado, y que habian perecido con él los secretos de la conspiracion. Manifestóles el sentimiento que le causaba el que en sus filas se hubiera encontrado un hombre capaz de accion tan páfida, y aseguróles estar cierto de no haber ofendido á ninguno de los que le escuchaban; pero que si lo habia hecho lo dijeran francamente, pues deseaba darles cumplida satisfaccion (4). No hubo uno que aunque se sintiese agraviado creyera conveniente quejarse en aquel momento, y mucho menos los conspiradores, que se creian bastante venturosos con haber escapado, á su entender, de que se les descubriera, para que pensaran en unirse entónces á las filas de los descontentos. Aquí terminó, pues, la conspiracion sin mas resultados.

La conducta de Cortés en esta ocasion tan delicada, prueba una extraordinaria sangre fria, y un profundo conocimiento del corazon humano. Si hubiera dado á entender que sabia ó por lo ménos sospechaba quiénes eran los cómplices, se hubiera visto precisado á tenerlos por enemigos todo el resto de su vida. A un descubrimiento de esta clase, hecho por Luis XI al principio de su reinado, se atribuyen los disturbios que despues lo agitaron (5). Arrancada una vez la máscara, es ya inútil cubrir las apariencias: parece que se cierra la puerta al arrepentimiento; y el desafecto que tal vez podria vencerse por las circunstancias ó por la benevolencia, se convierte en un odio profundo é implacable: se habria visto Cortés rodeado en su campo mismo de enemigos; mucho mas temibles que los aztecas.

Con el ejemplar hecho, quedaron los culpables bastante atemorizados, y no pensaron ya en exponer imprudentemente su vida en semejantes tramas. Por el contrario, procuraron con demostraciones de lealtad y exactitud en el servicio, alejar de sí toda sospecha, y Cortés por su parte, cuidó mucho de guardar su porte habitual, igualmente distante de la confianza, y de lo que es tal vez mas difícil, de la estudiada afabilidad que revela casi con la misma claridad que aquella, las sospechas que se conciben de la persona á quien se dispensa. Para obrar de esta suerte se necesitaba no poca habilidad; él, sin embargo, no olvidó lo pasado.

(4) Ibid., ubi supra.

(5) Así lo dice M. de Barante en su pintoresca imitacion de las antiguas crónicas. "Les procès du connétable et de monsieur de Némours, bien d'autres révélations, avaient fait éclater leur mauvais vouloir, ou du moins leur peu de fidélité pour le roi; ils ne pouvaient donc douter qu'il désirât ou complotât leur ruine."—"Los procesos del condestable y del Sr. de Nemours, ademas de otras revelaciones, habian dado á conocer su mala voluntad, ó por lo menos su poca fidelidad hácia el rey; no podian pues dudar que él deseaba ó maquinaba su ruina.—Histoire des Ducs de Bourgogne, (Paris, 1838,) tom. XI, p. 169.

Habia, es verdad, roto el pergamino que contenia la lista de los conjurados; pero el hombre que ha sabido una vez los nombres de los que han conspirado contra su vida, no necesita de tenerlos escritos para conservarlos siempre en la memoria. Cortés vigilaba todos sus movimientos, y cuidaba de colocarlos siempre de modo que no pudieran dañarle. (6).

Esta tentativa contra la vida del general produjo en el ejército una sensacion profunda, pues sus relevantes prendas y extraordinarios talentos militares, le habian captado el amor de los soldados. Deseaban darle pruebas del desagrado con que habian visto tan infame traicion nacida de entre ellos mismos, y conocieron la necesidad de tomar medidas eficaces para velar por la seguridad de aquel, de quien dependia la suya, así como el éxito de la conquista. Determinóse desde entónces que Cortés tuviera siempre una guardia, mandada por un oficial digno de toda confianza, llamado Antonio de Quiñones. Estos soldados formaron durante el resto de la campaña, una guardia de corps del general, que lo cuidaba dia y noche, y lo defendia de la traicion doméstica, no ménos que del acero enemigo.

Como se dijo al fin del capítulo anterior, cuando volvieron los españoles á sus cuarteles, encontraron los bergantines ya acabados, completamente aparejados y equipados, y en disposicion de servirse de ellos. Tambien el canal se habia ya concluido, merced á ocho mil indios que habian empleado en abrirlo cerca de dos meses. Era obra de mucho trabajo, pues tenia media legua de largo, doce piés de ancho, y otros tantos de profundidad. Las orillas estaban reforzadas con palizadas ó paredes de mampostería: de trecho en trecho se habian hecho represas y diques, y una parte estaba abierto en la viva roca: por él podian ser llevados los bergantines hasta el lago con toda seguridad (7).

Resolvió Cortés que tan feliz acontecimiento se celebrara con la solemnidad debida. Formáronse, pues, todas las tropas el 28 de Abril, y la poblacion entera de Tezcuco se reunió para presenciar la ceremonia. Celebróse el sacrificio de la misa, y todo el ejército, incluso el general, se confesó y recibió la Eucaristía. Rezáronse por el padre Olmedo las oraciones adecuadas, y se invocó la bendicion del cielo sobre la pequeña escuadra, primera digna de este nombre que cruzaba las aguas americanas (8). Dióse la señal con el estallido del

(6) "Y desde allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuracion, siempre se recelaba dellos." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 146.

(7) Ixtlilxochitl, Venida de los esp., p. 19.—Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 234.

"Obra grandísima," dice el conquistador, "y mucho para ver."—"Fueron en guarda de estos bergantines," añade Camargo, "mas de diez mil hombres de guerra con los maestros de ellos, hasta que los armaron y echaron en el agua y laguna de Méjico, que fué obra de mucho efecto para tomarse Méjico." Hist. de Tlascala, MS.

(8) Los bergantines se conservaron mucho tiempo despues de la conquista en los astilleros de Méjico, como monumentos preciosos. Toribio, Hist de los indios, MS. Parte 1, cap. 1.

cañon, y entónces bajando los bergantines el canal, uno despues de otro, llegaron al lago; y luego que surcaron su ancha superficie, al sonido de una música marcial, y flameando orgullosamente en sus mástiles el pendon de Castilla, prorumpió la inmensa multitud en un grito de admiracion, que se confundia con el estrépito de la artillería y de la fusilería de los mismos buques y de la ribera (9). Era aquel un espectáculo enteramente nuevo para los sencillos indios, que miraban con asombro los bien contruidos buques, bogando cual aves marinas sobre sus alas blancas como la nieve, y deslizándose suavemente por las aguas, como si se gozasen en su elemento. Conmovióse tambien hasta el extremo el rudo corazon de los conquistadores, en términos, que creyendo que el cielo protegia su empresa, entonaron á una voz el sublime himno del *Te-Deum*; pero para ninguno era mas interesante aquella escena que para el general, porque en cierta manera la miraba como la obra de sus manos, y latia su corazon de orgullo al verse ya dueño de los medios necesarios para enseñorearse del lago, y abatir las altivas torres de Tenochtitlan (10).

Despues de esto, revistó Cortés su ejército en la plaza mayor de Tezcuco, y encontró que se componia de ochenta y siete caballos, y ochocientos diez y ocho infantes, de los cuales, ciento diez y ocho eran arcabuceros y ballesteros. Tenia tres cañones de hierro de grueso calibre, y quince falconetes de bronce (11), traídos los primeros poco tiempo antes de Veracruz por los fieles tlascaltecas. Estaba bien provisto de balas y municiones, y contaba con cerca de mil libras de pólvora y cincuenta mil flechas con puntas de cobre, hechas por los nativos (12) con arreglo á la muestra que se les habia dado; de manera que así el número como el equipo del ejército, excedia con mucho á lo que habia tenido desde la salida de Méjico, y probada la utilidad de los últimos refuerzos llegados de las islas. Ciertamente, tomando en consideracion la flota, nunca se habia visto Cortés en mejor estado para continuar sus operaciones. Designáronse trescientos hombres para tripular los buques que eran trece, ó mas bien doce, pues uno

(9) "Dada la señal, soltó la presa, fueron saliendo los bergantines sin tocar uno á otro, y apartándose por la laguna, desplegaron las banderas, tocó la música, dispararon su artillería, respondió la del ejército, así de castellanos como de indios." Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 6.

(10) Ibid, ubi supra.—Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 234.—Ixtlilxochitl, Venida de los esp., p. 19.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 48.

El último historiador encomia sobremanera la proeza de su héroe, que en su opinion, ofusca las famosas hazañas del gran Sesostris. "Otras muchas é notables cosas cuenta este actor que he dicho de aqueste rey Sesori, en que no me quiero detener, ni las tengo en tanto como esta tranchea, ó zanja que es dicho, y los bergantines de que tratamos; los cuales dieron ocasion á que se oviesen mayores tesoros é provincias, é reinos, que no tuvo Sesori, para la corona real de Castilla por la industria de Hernando Cortés." Ibid., lib. 33, cap. 22.

(11) Rel. terc., de Cortés, en Lorenzana, p. 234.

(12) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 147.

de los mas pequeños resultó pesado para el servicio. La mitad de la tripulación se destinó á manejar las naves, encontrándose dificultad en que hubiera quienes las sirviesen, porque todos los soldados rehusaban hacerlo: pero Cortés eligió á los nativos de Palos, Moguer y otras ciudades marítimas, y no obstante que frecuentemente alegaban su calidad de hidalgos, que los eximia de aquellos trabajos mecánicos, los obligó á prestarlos (13). Cada buque montaba una pieza de artillería, y estaba á las órdenes de un oficial respetable, á quien Cortés dió una ordenanza general para el gobierno de la pequeña armada que él se proponía mandar en persona.

Ya habia avisado á los aliados su resolucion de sitiar inmediatamente á Méjico, y les pidió le enviaran los auxilios que le habian prometido dentro de diez dias á mas tardar. Previno á los tlascaltecas se le unieran en Tezcuco, y á los otros aliados en Chalco, punto que le pareció mas conveniente para comenzar sus operaciones en la parte meridional del valle. Los tlascaltecas acaudillados por el jóven Xicotencatl, y auxiliados por Chichimecatl, el bravo guerrero que habia escoltado los bergantines hasta Tezcuco, llegaron en el tiempo prefijado (14). Eran cincuenta mil, segun Cortés, y presentaban una brillante vista por su aparato marcial, marchando orgullosamente bajo el gran estandarte nacional, en que lucia una águila con las alas extendidas, que era el escudo de armas de la república (15). Con el paso firme y resuelto del soldado que se dirige al campo de batalla, desfilaron por las puertas de la capital, haciendo resonar sus muros con los gritos de "Castilla y Tlascala."

Las observaciones que habia hecho Cortés en su último reconocimiento de la ciudad, le obligaron á resolverse á comenzar el sitio, distribuyendo sus fuerzas en tres campamentos separados, que colocó en las extremidades de las cal-

(13) Ibid., ubi supra.

La hidalguía, ademas de los privilegios legales, daba al poseedor otros puramente imaginarios; tal por ejemplo, el de estar exento de los trabajos humildes, aunque honestos, que podian proporcionar subsistencia á un hombre pobre. (Véase una divertida noticia sobre esto, en Doblado, carta sobre España, carta 2^a.) En ningun pais ofrece el caballero pobre un blanco mas amplio á la sátira, como lo prueban las de Le Sage, Cervantes y Lope de Vega.

(14) "Y los capitanes de Tlascaltecal con toda su gente, muy lucida y bien armada.... y segun la cuenta que los capitanes nos dieron, pasaban de cincuenta mil hombres de guerra." (Rel. terc. de Cortés en Lorenzana, p. 236.) "Y toda la gente," dice Herrera, "tardó tres dias en entrar, segun en sus Memoriales dice Alonso de Ojeda, ni con ser Tezcuco tan gran ciudad, cabian en ella." Hist. general, déc. 3, lib 1, cap. 13.

(15) "Y sus banderas tendidas, y el ave blanca que tienen por armas, que parece águila, con sus alas tendidas." (Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 149.) Segun Clavijero, las armas de la república eran una águila de oro con alas estendidas; pero como Bernal Diaz habla de águila blanca, tal vez puede haber sido la garza blanca que era el distintivo de la casa de Xicotencatl.

zadas principales. Divididas así sus tropas, podia obrar de concierto sobre la capital; y conseguir la posicion mejor para interceptar los recursos que la enviaran los lugares vecinos. El primero de esos puntos era Tacuba, que dominaba la fatal calzada de la noche triste. Confiólo á Pedro de Alvarado, á cuyas órdenes puso, segun él mismo dice, treinta caballos, ciento sesenta y ocho infantes españoles, y veinticinco mil tlascaltecas. Cristóbal de Olid obtuvo el mando de la segunda division, compuesta del mismo número de hombres, y que debia situarse en Coyoacan, ciudad que como recordará el lector, dominaba la pequeña calzada que se unia con la de Iztapalapan. Gonzalo de Sandoval se encargó de la tercera, igual en número á las dos anteriores, con la diferencia de que los tropas auxiliares eran de las reclutadas en Chalco. Esta division debia marchar sobre Iztapalapan, y completar la destruccion de la ciudad comenzada por Cortés poco despues de que entró al valle. Tal paso era indispensable, pues Iztapalapan era una plaza demasiado formidable para dejarla á retaguardia del ejército. Se proponia el general coadyuvar al ataque con los bergantines, y que las operaciones ulteriores de Sandoval fueran las que exigieran las circunstancias (16).

Despues de comunicar sus disposiciones á los principales capitanes, reunió sus tropas y dirigióles una de aquellas breves y entusiastas proclamas de que usaba en casos comprometidos, para inflamar el pecho de sus soldados. "He dado," díjoles, "el último paso; os he traído al punto que tanto anhelabais. Dentro de pocos dias os hallaréis á las puertas de Méjico; de esa capital de donde fuísteis arrojados tan ignominiosamente. Ahora nos acompañan las bendiciones del cielo. ¿Quién puede dudarlo? Comparad nuestra situacion presente con la que guardábamos hace un año, cuando abatidos y derrotados buscábamos un asilo en los muros de Tlascala; con la de hace pocos meses cuando sentamos nuestro campo en Tezcucó (17). Desde entonces casi se han doblado nuestras fuerzas. Peleamos por la fe, por nuestro honor, por conseguir riquezas y obtener venganza. Os he puesto frente á frente del enemigo; vos otros haréis lo demas" (18). La arenga del denodado general fué contestada con

(16) La fuerza de cada division, segun el mismo Cortés, era la siguiente. La de Alvarado, 30 caballos, 168 infantes castellanos y 25.000 tlascaltecas. La de Olid, 33 caballos, 178 infantes y 20.000 tlascaltecas. La de Sandoval, 24 caballos, 167 infantes y 30.000 indios. (Rel. terc. en Lorenzana, p. 236.) Diaz reduce á la tercera parte el número de las tropas aliadas. Hist. de la conquista, cap. 150.

(17) "Que se alegrassen, y esforzassen mucho, pues que veian que nuestro Señor nos encaminaba para haber victoria de nuestros enemigos: porque bien sabian, que quando habiamos entrado en Tesaico, no habiamos traído mas que cuarenta de caballo, y que Dios nos habia socorrido mejor que lo habiamos pensado." Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 235.

(18) Oviedo amplifica lo que él llama "breve y sustancial oracion de Cortés," hasta hacerla tres veces mas larga que su original; en lo que lo han imitado la mayor parte de los historiadores. Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 22.

estrepitosas aclamaciones de los soldados, protestando que cada uno de ellos cumpliría exactamente con sus deberes, peleando á las órdenes de semejante gefe, y pidieron ser conducidos al combate (19). Entonces mandó Cortés se volvieran á leer las ordenanzas publicadas en Tlascala, asegurando que las haría cumplir á la letra.

Determinóse que los indios se adelantaran á los españoles un dia, y los espéraran en los confines del territorio tezcucano, mas poco despues de su partida sobrevino una circunstancia que pareció ser de mal agüero para lo futuro. Suscitada en Tezcuco una riña entre un soldado español y un gefe tlascalteca, en la que quedó este gravemente herido, se le envió á Tlascala, y se ocultó el hecho de manera que no llegase á oídos del general, quien se sabia que no podía considerarlo como de poca importancia. Xicotencatl era pariente muy cercano del herido, y el primer dia que hicieron alto, aprovechó esta oportunidad para separarse del ejército con parte de sus soldados y volverse á Tlascala, aunque algunos atribuyen su desercion á otros motivos (20). Ciertamente es que desde el principio habia visto de mal ojo la expedicion y predicho que ningun bien produciría, tomando parte en ella con repugnancia, porque odiaba de corazon á los españoles. Su compañero en el mando, inmediatamente dió aviso á Cortés, que aun permanecia en Tezcuco, y conociendo este las consecuencias que en aquellas circunstancias podria traer tal desercion, mandó una partida de tlascaltecas y tezcucanos en persecucion del fugitivo, ordenándoles que hicieran lo posible para persuadirle á volver á sus deberes. Alcanzéronle en el camino, y reprendiéronle su conducta, que contrastaba con la que en general habian observado sus compatriotas, y muy en particular su padre el amigo íntimo de los españoles. "Tanto peor," contestó el gefe indio, "si hubieran seguido mis consejos, no habrian sido la burla de los pérfidos extranjeros" (21). Viendo los enviados que sus exhortaciones solo eran recibidas con desprécio, regresaron sin cumplir su mision.

(19) "Y con estas últimas palabras cesó; y todos respondieron sin discrepancia, é á una voce dicentes: Sírvanse Dios y el Emperador nuestro Señor de tan buen capitán, y de nosotros que así lo haremos todos como quien somos, y como se debe esperar de buenos españoles, y con tanta voluntad y deseo; dicho que parecia que cada hora les era perder un año de tiempo por estar ya á las manos con los enemigos." Oviedo, Hist. de las Ind., MS., ubi supra.

(20) Segun Diaz, el deseo de apoderarse de los bienes de su compañero Chichimecatl que quedó con el ejército: (Hist. de la conquista, cap. 150:) segun Herrera unos amores lo llevaron á su patria. (Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 17.) Pero así estos dos escritores como los demas, convienen en la aversion que tenia á los españoles y á aquella guerra.

(21) "Y la respuesta que le embió á decir fué, que si el viejo de su padre, y Masse Escaci le huvieran creído, que no se huvieran señoreado tanto dellos, que les hace hacer todo lo que quiere: *y por no gastar mas palabras, dijo, que no queria venir.*"

No vaciló Cortés en la conducta que debía observar. "Xicotencatl," dijo, "ha sido siempre contrario á los españoles, primero en el campo y despues en el senado. Pública ó secretamente ha sido siempre nuestro mas implacable enemigo. No hay, pues, que gastar muchas palabras con este indio traidor." Inmediatamente despachó una pequeña partida de caballería y un alguacil con órden de arrestarle donde quiera que lo encontrasen, aun cuando fuera en las mismas calles de Tlascala, y conducirlo á Tezcuco. Al mismo tiempo informó al senado tlascalteca de la conducta de Xicotencatl, añadiéndole que entre los españoles la desercion se castigaba con pena de muerte.

Los enviados de Cortés cumplieron puntualmente sus órdenes. Arrestaron al gefe fugitivo, ignórase si en Tlascala ó en sus alrededores, y le condujeron prisionero á Tezcuco, en cuya plaza principal estaba preparada una elevada horca para recibirle. Llevósele al momento al lugar de la ejecucion: leyóse públicamente el proceso y la sentencia, y el desventurado gefe expió su falta en el vil suplicio del malhechor, confiscándole sus cuantiosos bienes, que consistian en tierras, esclavos y algun oro (22).

Así pereció en la flor de su edad el guérrero mas intrépido que habia conducido al combate á los ejércitos indios. Fué el primer gefe que resistió con buen suceso á las armas de los invasores; y si todos los habitantes del Anáhuac hubieran estado animados del mismo espíritu, probablemente jamas habria pisado Cortés la capital de Montezuma. Tenia mas prevision que sus compatriotas, pues conoció que el europeo era enemigo mucho mas temible que el azteca. No obstante esto, despues de haber consentido en pelear bajo las banderas de los españoles, no tenia derecho para desertarse, é incurrió en la pena con que tanto las naciones salvajes como las civilizadas castigan este delito. Dícese que el senado tlascalteca cooperó á su aprehension y que habia contestado previamente á Cortés, que tambien sus leyes castigaban la-desercion con la muerte (23). Pero ejecutarle en medio de los suyos, fué un acto atrevido, pues era un gefe distinguido, heredero de uno de los cuatro señoríos de la república, y sus cualida-

(22) Así lo dice Herrera, que tuvo á la vista el memorial de Ojeda, uno de los que ejecutaron la prision del caudillo indio. (Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 17, y Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 90.) Bernal Díaz dice que el gefe tlascalteca fué preso y ejecutado en el camino, (Hist. de la conquista, cap. 150,) aunque este historiador probablemente estaba entonces ausente con la division de Alvarado en que servia. Sin embargo, Solís prefiere su testimonio, fundándose en que no se habia de haber atrevido Cortés á ejecutarle en presencia de su ejército. (Conquista, lib. 5, cap. 19.) Pero ya los tlascaltecas estaban en camino para Tacuba, solo quedaban unos pocos en Tezcuco, que estaba ocupada por los habitantes de esta ciudad y por los españoles, y ni estos ni aquellos habian de hacer nada en favor de Xicotencatl. Así pues, su suplicio en este último punto, seria mas fácil que en el territorio de Tlascala, adonde probablemente llegó antes de que lo prendieran.

(23) Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 17.—Torquemada, Monarq. ind., lib. 4, cap. 90.

des caballerescas le habian ganado popularidad, especialmente entre los jóvenes, quienes despues de su muerte hicieron tiras sus vestidos y se los repartieron como reliquias. Sin embargo, ninguna resistencia opusieron á la ejecucion de la sentencia, ni hubo amago alguno de conmocion. El fué el único tlascalteca que faltó á la fidelidad prometida á los españoles.

Segun el plan de operaciones trazado por Cortés, Sandoval y su division debian marchar por la parte meridional de las lagunas, mientras que Alvarado y Olid seguian la septentrional. Estos dos capitanes, despues de tomar á Tacuba, habian de avanzar hasta Chapultepec, y destruir el gran acueducto que abastecia á Méjico de agua. El 10 de Mayo emprendieron su marcha; pero en Acolman, donde descansaron la primera noche, se trabó una disputa entre los soldados de las dos divisiones, sobre el cuartel que cada una de ellas debia ocupar. De las palabras pasaron á los hechos, y aun los mismos gefes se desafiaron tomando parte en las disputas de sus soldados (24). Pronto tuvo noticia Cortés de este suceso, y se dirigió inmediatamente á los irritados gefes, rogándoles que en obsequio suyo y de la causa comun prescindieran de desavenencias, cuyo resultado seria su ruina y la de la expedicion. Consiguió con estas razones reconciliar, por lo menos al parecer, á los gefes; pero Olid no era hombre que perdonaba fácilmente, y Alvarado aunque franco y generoso, tenia un carácter poco sufrido, y mas dispuesto á irritarse que á prudenciar. Desde entonces jamas volvieron á ser amigos (25).

Ningun obstáculo encontraron los españoles en su marcha, porque todas las ciudades principales habian sido abandonadas por sus habitantes, que, ó habian ido á reforzar la guarnicion de México, ó á refugiarse en las montañas. Tambien Tacuba habia quedado desierta, y las tropas volvieron á situarse en los mismos cuarteles que habian ocupado en la capital de los tepanecas (26).

Lo primero que hicieron fué cortar los tubos que conducian el agua de los venenos de Chapultepec á los numerosos estanques y fuentes que adornaban los patios, las calles y las plazas de la capital. El acueducto construido en parte de

(24) "Y sobre ello ya habiamos echado mano á las armas los de nuestra capitania contra los de Christóbal de Oli, y aun los capitanes desafiados." Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 150.

(25) Ibid., loc. cit.—Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 237.—Gomara, Crónica, cap. 130.—Oviedo, Hist de las Ind., MS., lib. 33, cap. 22.

(26) La capital tepaneca, decaida de su antiguo esplendor, solo es hoy interesante por sus recuerdos históricos. "Estas llanuras de Tacuba," dice la ingeniosa autora de la vida en Méjico, la señora Calderon de la Barca, "que en un tiempo fueron el teatro de crudas y sangrientas batallas, y donde durante el sitio de Méjico fijó su campo Alvarado el del Salto, presentan hoy un espectáculo muy tranquilo. Tacuba mismo, es ahora una pequeña aldea de chozas de adobe, con algunos hermosos y antiguos árboles, unas cuantas casas viejas arruinadas, una iglesia deteriorada y algunos restos de un edificio, que unos aseguran haber sido el palacio del último monarca, y otros el sitio donde acamparon los españoles." Vol. I, let. 13.

ladrillo, y en parte de piedra y mezcla, pasaba sobre un fuerte, aunque estrecho dique, que atravesaba uno de los brazos de la laguna, y todo él era uno de los mas bellos monumentos de la civilización mejicana. Los indios, persuadidos de su importancia, habían colocado numerosas tropas que lo defendiesen. Tratóse, pues, una batalla en que ambos ejércitos sufrieron considerables pérdidas, quedando la victoria por los españoles: destruyóse parte del acueducto; y durante el sitio, no volvió á entrar agua por aquel punto.

El día siguiente, reunidas las fuerzas combinadas bajaron á la fatal calzada, con objeto de apoderarse del puente inmediato. Encontráronlo ocupado por innumerables guerreros, tantos como la noche del funesto desastre, y el lago cubierto de multitud de canoas. Los intrépidos cristianos intentaron avanzar por entre una verdadera tempestad de flechas y otras armas arrojadas que les dirigian, así de la laguna como de la calzada; pero poco pudieron adelantar. Algunos atrinchamientos levantados en diversos puntos de la calzada, embarazaban los movimientos de la caballería y la hacian casi inútil. Los costados de las canoas estaban guarecidos de parapetos que defendian á los que iban en ellas de los arcabuces y ballestas, y cuando los que peleaban en la calzada se veían muy urgidos por las picas de los españoles, se arrojaban al agua como si fuera su elemento, y volviendo á aparecer en otro punto de la calzada, disparaban sus flechas y dardos con certera dirección. Después de una larga y obstinada refriega, tuvieron los cristianos que retirarse, sufriendo una pérdida, inclusa la de los aliados, igual á la de los enemigos. Disgustado Olid del éxito del encuentro, culpó á su compañero de haberle comprometido por su imprudente temeridad, y la mañana siguiente se retiró con sus tropas á sus cuarteles de Coyohuacan.

Los campamentos distaban uno de otro solo dos leguas, y se comunicaban fácilmente. Bastante ocupacion encontraron los españoles en recorrer los campos inmediatos buscando provisiones, y en repeler las salidas del enemigo, de quien se vengaban privándole de víveres; pero su posición era precaria, y aguardaban con impaciencia que llegara Cortés con los bergantines. A fines de mayo acampó Olid en Coyohuacan, y desde entonces data el principio del sitio de Méjico (27).

(27) Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, pp. 237-239.—Ixtililxochitl, Hist. chich., MS., cap. 94.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 22.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 50.—Gomara, Crónica, cap. 130.

Clavijero fija esta fecha en el día de Corpus, 30 de Mayo; (Stor. del Messico, tom. III, p. 196;) pero segun Cortés, salieron los españoles de Tezcuco el 10 de Mayo, y no podian haber corrido tres semanas entre su partida y la ocupacion de Coyohuacan. Es verdad que Clavijero salva esta dificultad, datando la salida el día 28 en lugar del 10 de Mayo, siguiendo la cronología de Herrera, y no la de Cortés; pero ciertamente el general es mejor autoridad que aquel.

CAPITULO V.

DERROTA DE LA FLOTILLA INDIA.—OCUPACION DE LAS CALZADAS.—FURIOSOS ATAQUES.—INCENDIO DE LOS PALACIOS.—VALOR DE LOS SITIA-
DOS.—CUARTELES PARA LAS TROPAS.

1521.

No bien supo Cortés que sus dos oficiales se habían colocado en sus respectivos puestos, cuando mandó á Sandoval que marchase sobre Iztapalapan. Hizo éste su travesía por un pais casi todo amigo, y en Chalco se reforzó su pequeño ejército, con el gran número de aliados que le esperaban allí. Continuó, pues, su marcha sin encontrar obstáculo alguno, hasta que descubrió la ciudad enemiga, bajo cuyas murallas encontró un fuerte ejército dispuesto á recibirle. Dióse una sangrienta batalla, en la que los indios, despues de defenderse valerosamente por algun tiempo, se vieron obligados á huir y á refugiarse en el lago, ó en la parte de la ciudad que estaba situada sobre él; la otra fué prontamente ocupada por los españoles.

Entre tanto, se había hecho á la vela Cortés con la flotilla, con el objeto de apoyar el ataque de su teniente. Al cruzar cerca de la ribera meridional del lago, pasó bajo la sombra de un pico aislado llamado despues “el Peñón del Marqués,” ocupado por un cuerpo de indios, que al pasar la flotilla, la saludaron con repetidas descargas de piedras y flechas. Queriendo Cortés castigar su audacia y limpiar el lago de tan molesto enemigo, desembarcó con ciento cincuenta hombres, se puso á su cabeza, emprendió la difícil subida, no obstante la lluvia de proyectiles que le arrojaban, y llegando á la cima pasó á cuchillo á la guarnicion. Allí encontró tambien muchas mujeres y niños á quienes perdonó la vida (1).

En la punta de la roca ardia una hoguera, que sirvió para advertir á los habitantes de la capital, del momento en que levó sus anclas la flota española. Antes de que Cortés hubiera vuelto á su bergantin, las canoas y piraguas del enemigo habían dejado los surgideros de Méjico, y cubrian una gran parte del lago. Veíanse algunos centenares de ellas, todas cargadas de guerreros, y que á remo surcaban rápidamente la tranquila superficie de las aguas (2).

(1) Fué una hermosa victoria, dice el conquistador. “E entrámoslos de tal manera, que ninguno de ellos se nos escapó, excepto las mugeres y niños; y en este combate me hiriéron veinte y cinco españoles, pero fué muy hermosa victoria.” Rel. terc. en Lorenzana, p. 241.

(2) Cerca de quinientas canoas, segun el cómputo del general (Ibid. loc. cit.); pero segun Bernal Diaz, eran mas de cuatro mil (Hist. de la conquista, cap. 150); aunque es de advertir, que este no se halló presente.

Cortés que, para usar de sus mismas expresiones, consideraba la flota "como la llave de la guerra," conoció la importancia de dar un golpe decisivo en el primer encuentro (3). Vió pues con disgusto que le eran inútiles las velas por falta de viento, y tranquilamente aguardó que se acercase la escuadra india, que permanecía inmóvil á una distancia algo mayor que el tiro de mosquete, como temerosa de atacar aquellos gigantes del agua. En este momento, una ligera briza de tierra rizó blandamente las olas del lago, y fué gradualmente soplando con mas fuerza. Aprovechándose Cortés de este oportuno socorro, que ciertamente tuvo razon para creer que le habia enviado el cielo, extendió su línea de batalla, y á toda vela embistió al enemigo (4).

No pudo este resistir el choque de su formidable adversario. Unas canoas fueron volcadas y se hundieron con el golpe, y otras quedaron tan averiadas, que pronto comenzaron á hacer agua y se fueron á pique. Veíase el lago cubierto con los restos de las despedazadas piraguas, y de hombres que luchaban con las ondas, implorando en vano á sus compañeros para que los tomasen á bordo de sus ya llenas embarcaciones. La flota española, penetrando entre aquella multitud de barcas, rompió un fuego mortífero á diestro y siniestro, y completó la derrota de los aztecas. Ya no hicieron estos mayor resistencia, sino que dando una sola descarga de flechas, dirigieron todos sus esfuerzos á ganar el puerto de donde poco antes habian salido. No fueron mas felices en la huida que en el combate, pues sus terribles antagonistas llevados en las alas del viento, se movian á su placer, esparciendo la muerte por todas partes, y hacian resonar las riberas con el estruendo de la artillería. Solo una pequeña parte de la flotilla india logró llegar al puerto, y entrando por los canales, encontró abrigo en el interior de la ciudad, donde no fué posible que los persiguieran los bergantines por su mayor porte. Esta victoria, mas completa de lo que el mismo Cortés habia esperado, probó decisivamente la superioridad de los españoles, y los dejó desde entonces dueños absolutos del lago (5).

Era casi de noche cuando la escuadra, costeano la gran calzada meridional, ancló en el punto llamado Xoloc, donde se juntan la calzada principal y la que va á Coyohuacan. Tenia el camino en aquel punto amplitud bastante para dos torres ó edificios en forma de templos, hechos de piedra y defendidos por murallas de lo mismo, que formaban una posicion bastante fuerte, sostenida entonces por una guarnicion azteca. No era esta muy numerosa, y desembarcan-

(3) "Y como yo deseaba mucho, que el primer reencuentro que con ellos obiessemos, fuese de mucha victoria, y se hiciesse de manera, que ellos cobrasen mucho temor de los bergantines, porque la llave de toda la guerra estaba en ellos." Rel. terc. en Lorenzana, pp. 241 y 242.

(4) "Plugo á nuestro Señor, que estándonos mirando los unos á los otros, vino un viento de la tierra muy favorable para embestir con ellos." Ibid., p. 242.

(5) Ibid., loc. cit.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 48.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 32.

do Cortés con sus soldados, logró sin mucha dificultad desalojarla y apoderarse de las fortificaciones.

Parece que el primer designio del general fué, acampar con Olid en Coyohuacan; pero si tal fué, mudó entonces de propósito, y muy prudentemente eligió aquel sitio que era el mas á propósito. Solo distaba media legua de la capital, y al mismo tiempo que dominaba la gran calzada meridional, se comunicaba directamente con Coyohuacan, por donde podia recibir auxilios de los lugares inmediatos. Allí, pues, determinó fijar su cuartel general: mandó sacar de los bergantines los cañones de hierro y ponerlos en la calzada: previno á Olid que se le uniera con la mitad de sus fuerzas, y á Sandoval, que dejando los cuarteles que entonces ocupaba, se dirigiera á Coyohuacan, y desde allí le enviara cincuenta infantes escogidos. Tomadas estas disposiciones, se ocupó con empeño en reforzar las fortificaciones de Xoloc, y ponerlas en el mejor estado de defensa.

En los cinco ó seis primeros dias, los molestaron mucho los indios, que demasiado tarde procuraban impedirles se apesonasen de un punto tan cercano á la capital, y que habrian cuidado mejor si hubieran tenido mayores conocimientos en el arte de la guerra. Contra su práctica general, dirigieron varios ataques de dia y de noche. Los canales estaban cubiertos de canoas, que aunque se colocaban á alguna distancia por temor de los bergantines, se acercaban lo bastante, especialmente cuando las protegia la oscuridad, para arrojar sobre el campo cristiano tal multitud de flechas, que el suelo se cubria completamente de ellas, y estorbaban los movimientos de los soldados. Otras veces costeaban la orilla occidental de la calzada que no estaba defendida por la flota española, y dirigian sus flechas sobre los cristianos con tan buen éxito, que se vieron estos precisados á abrir en el dique una cortadura provisional, bastante ancha para dos bergantines pequeños, que pasando por ella, pronto dominaron el interior de la laguna como antes enseñoreaban el exterior. Con todo, los intrépidos indios avanzaron por la calzada, hasta ponerse á tiro de arco de las murallas cristianas, dando talés aullidos y tan discordantes gritos de guerra, que parecia, dice Cortés, "que se hundían el cielo y la tierra." Pero fué escarmentada severamente su temeridad, pues las baterías que cubrian las avenidas del campo, rompieron sobre ellos un fuego mortífero, que los dispersó y los obligó á huir desordenadamente (6).

Las dos principales calzadas que conducian á Méjico, esto es, la del Sur y la del Oeste, estaban ocupadas por los cristianos; pero aun quedaba la del Norte ó Tepeyacac, que era una continuacion de la calle real que pasaba por el centro de la ciudad, y que por lo mismo era parte de la de Iztapalapan. Esta calzada

(6) "Y era tanta la multitud," dice Cortés, "que por el agua y por la tierra no vamos sino gente, y daban tantas gritas, y alaridos, que parecia que se hundia el mundo." Ibid., p. 245.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 23.—Ixtililxochitl, Hist. chich. MS., cap. 95.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 32.

ofrecia á los sitiados un conducto seguro para escaparse, y en aquella sazón les servia para comunicarse con los lugares vecinos, y proveerse de víveres. Alvarado, que observó esto desde Tacuba, lo avisó al comandante, quien mandó á Sandoval situarse en aquel punto. Este oficial, no obstante que padecía mucho de una lanzada que habia recibido en una de las últimas escaramuzas, se apresuró á obedecer, y cortando así la única comunicacion que quedaba á la capital con el resto del pais, completó el sitio (7).

Pero no se contentaba Cortés con esperar pasivamente los resultados de un sitio dilatado, que podia agotar sus recursos y la paciencia de los aliados. Determinó, pues, apresurarlo, dirigiendo á la ciudad vigorosos ataques, á fin de hacer mas angustiada su posicion y acelerar su ruina. Con este objeto, mandó dar un asalto simultáneo á los dos oficiales que ocupaban las otras calzadas, sobre los barrios inmediatos á sus respectivos campamentos. Al primer albor de la mañana del dia señalado, estuvieron las tropas sobre las armas: dióse misa como de costumbre; y los indios aliados asistieron con grande atencion á la augusta é imponente ceremonia, contemplando con notable admiracion la reverente devocion de los cristianos, á quienes miraban poco menos que como á divinidades (8). Marchó la infantería española á la vanguardia, mandada por Cortés que iba á pié y acompañado de varios caballeros tambien desmontados, mas no habian alejádose mucho, cuando se encontraron detenidos por una de las cortaduras que antes habian atravesado por un puente. Tras esta cortadura habiase levantado una sólida muralla de mampostería, y detrás de ella estaba apostado un cuerpo de aztecas, que luego que se acercaron los españoles les arrojó una descarga de saetas. En vano intentaron estos desalojarlos haciendo uso de sus arcabuces y ballestas; estaban bien guarecidos tras de sus atrincheramientos.

Viendo esto Cortés, mandó que dos de los bergantines que habian quedado de reserva, uno de cada lado de la calzada, á fin de auxiliar al ejército, se colocaran de manera que enfilasen la posicion ocupada por el enemigo, y puestos así los indios entre dos fuegos bien dirigidos, se vieron obligados á retirarse. Los soldados que venian á bordo, saltaron á la orilla de la calzada: luego los siguieron sus compañeros acaudillados por Cortés, y arrojándose al lago, atravesaron á nado el indefenso foso, y se unieron á sus camaradas. Entonces los mejicanos se replegaron en algun orden hasta llegar á otra cortadura semejante á la ante-

(7) Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, pp. 246 y 247.—Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 150.—Herrera, Hist. de las Ind., déc. 3, lib. 1, cap. 17.—Defensa, MS., cap. 28.

(8) "Así como fué de dia se dixo vna misa de Espíritu Santo, que todos los christianos oyeron con mucha devocion; é aun los indios, como simples, é no entendientes de tan alto misterio, con admiracion estaban atentos notando el silencio de los cathólicos y el acatamiento que al altar, y al sacerdote los christianos tuvieron hasta recibir la benediction. Ordoño, Hist. de las Ind., MS. lib. 38, cap. 24.

Historia de la conquista de Méjico

Traducción de José M^a González de la Vega

Edición de María del Mar Verdejo Segura

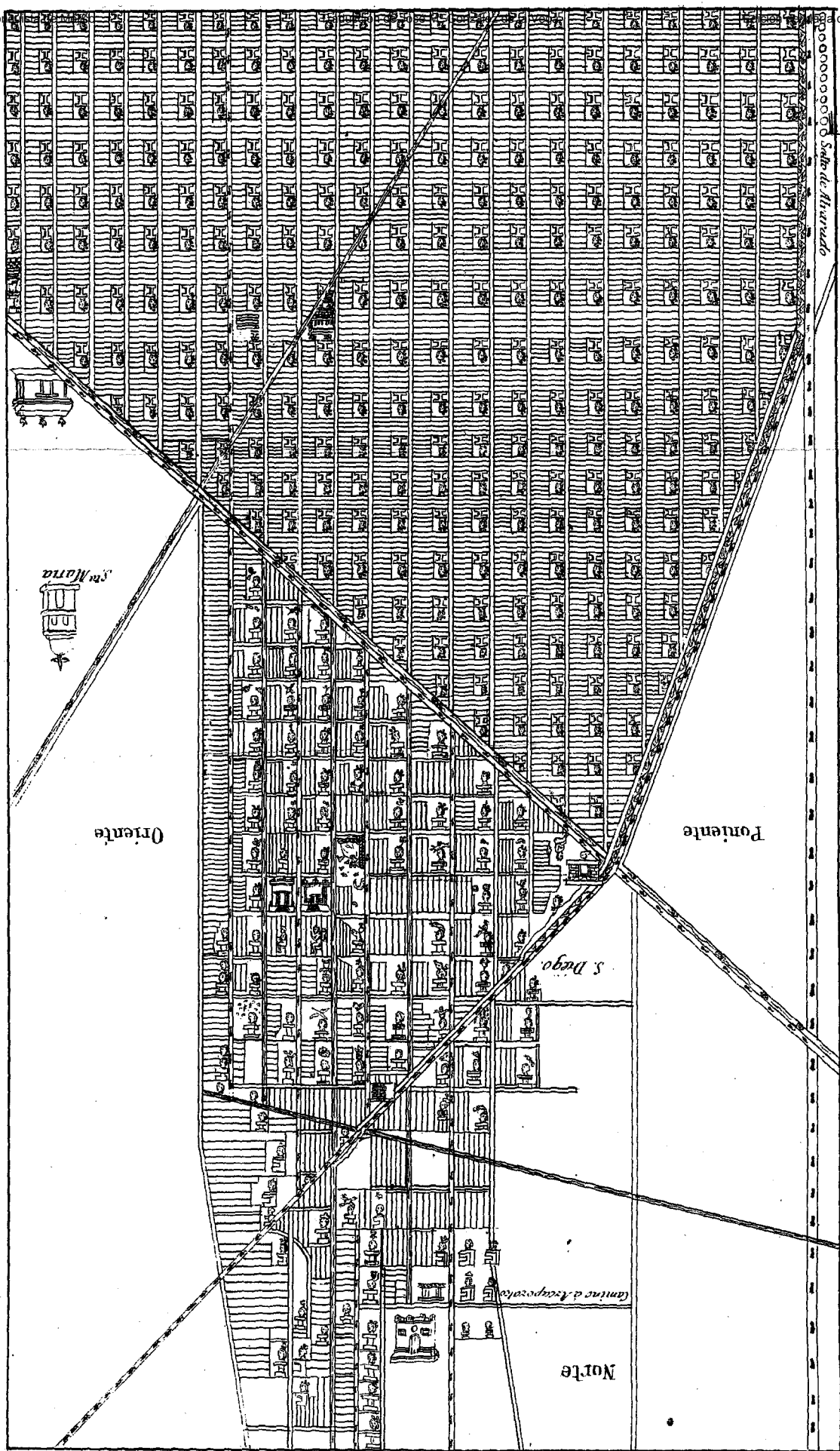
Historia de la conquista de Méjico

Traducción de José M^a González de la Vega

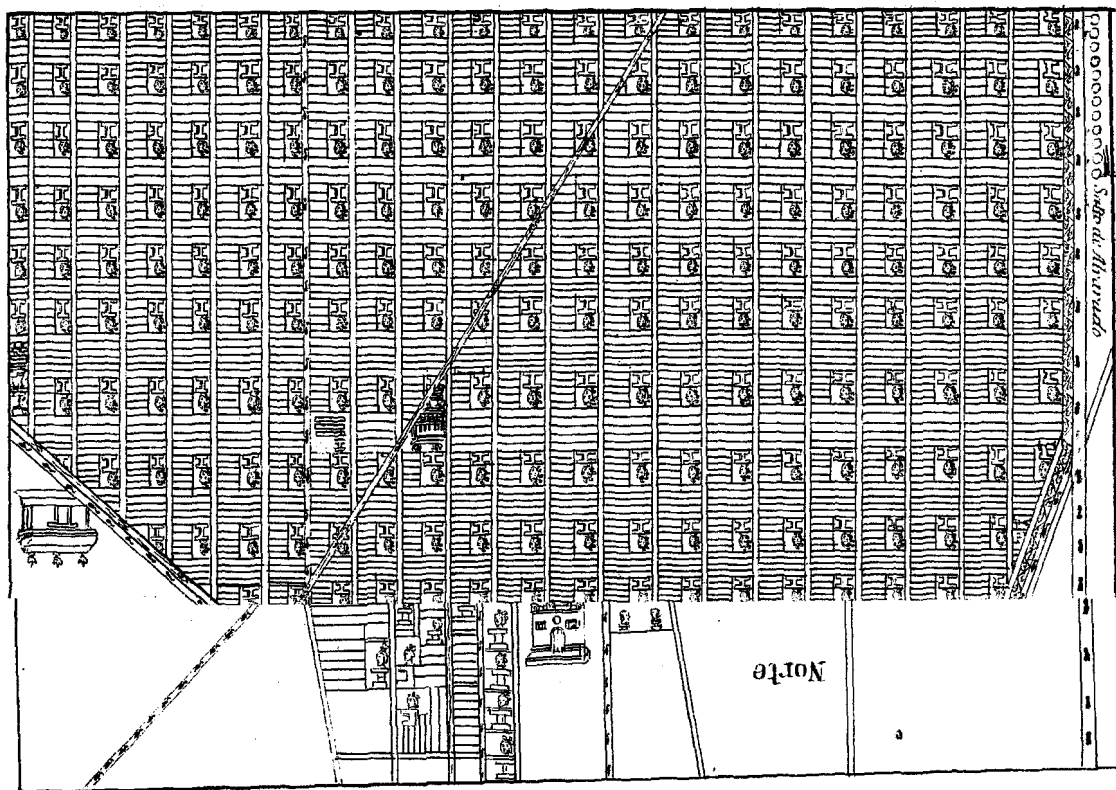
Edición de María del Mar Verdejo Segura

que se dice regalado por Moctezuma a Cortés.

Proyecto de investigación "Archivo digitalizado y edición traductológica de textos literarios y ensayísticos traducidos al español" (HUM2004-00721)



Plano de la Ciudad de Mexico,
que se dice regalado por Moctezuma a Cortes.



rior, cuyo puente estaba levantado y que se hallaba tambien defendida por una trinchera de piedra, tras de la cual los fugitivos aztecas, atravesando el foso á nado y reforzados por nuevas tropas mejicanas, volvieron á guarecerse, sosteniéndose allí con valor, hasta que vueltos á hostilizar por la artillería de los bergantines, se vieron en la necesidad de huir. De esta manera fueron perdiendo uno á uno sus atrincheramientos, y á cada nuevo triunfo se oía resonar por todo el valle un grito de triunfo que salía de las tripulaciones de las naves, y era contestado por las dilatadas filas de los españoles y de los indios confederados que ocupaban la calzada.

Habia llegado ya Cortés al fin de la gran calzada donde comenzaban los suburbios de la ciudad. Allí se detuvo con el objeto de dar tiempo á que llegara la retaguardia, la cual se habia demorado en cegar las cortaduras, para que pudieran pasar la caballería y la artillería, y que todo el ejército tuviese expedita la retirada. Este importante servicio se confió á los aliados, y lo desempeñaron demoliendo las tapias y arrojando los escombros al agua: cuando esto no bastaba, porque el lago en la parte meridional era profundo, arrancaban grandes piedras y terraplen de la misma calzada que era bastante ancha, y amontonaban todo en el foso hasta que quedaba á nivel mas alto que el del agua.

La calle en que se hallaban entonces los españoles era la principal, atravesaba la ciudad de Norte á Sur, y fué la misma por donde entraron la primera vez [a]. Era ancha y perfectamente recta, y á lo lejos se distinguían numerosas partidas de guerreros que venían á auxiliar á los indios apostados allí para disputar el paso á los cristianos. En ambos lados de la calle se levantaban dos hileras de edificios, cuyas azoteas estaban tambien llenas de combatientes, los cuales á medida que el ejército avanzaba, arrojaban sobre él terribles descargas de proyectiles, que aunque rebotaban sin causar daño en la acerada cota del soldado, penetraban el tosco *escapul* desgarrado ya en varias partes. Para evitar esto, mandó Cortés á los indios que conforme fueran avanzando derribaran las casas, en cuya destruccion prestaron servicios no menos importantes que el de llenar los fosos (9). Entre tanto avanzaban los españoles con paso firme pero pausado, porque el enemigo, aunque retrocedía ante el mortífero fuego de la mosquetería, volvía de cuando en cuando á la carga, y arrojaba multitud de flechas y jabelinas sobre sus perseguidores. De esta manera recorrieron la calle principal, hasta que los detuvo un ancho foso ó canal atravesado en otro tiempo por un puente, del que

[a] Esta calle que se llama ahora del Rastro y atraviesa de Sur á Norte toda la ciudad, siguiendo por la del Relox hasta la calzada de Guadalupe ó de Tepeyacac, se llamó en los tiempos inmediatos á la conquista, "Calle de Iztapalapa," cuyo nombre tenia en toda su extension. En tiempo de los antiguos mejicanos estaba interrumpida por el templo mayor, cuya principal puerta estaba frente á ella: despues, derribado aquel edificio, quedó abierta de extremo á extremo.

(9) Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 32.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 95.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 23.—Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, pp. 247 y 248.

ya solo quedaban algunas vigas. Los indios las rompieron luego que hubieron acabado de pasar, y al momento multitud de lanzas se vieron brillar, sobre la parte superior de una fuerte trinchera de mampostería, que defendía el lado opuesto del foso. No pudo Cortés ser aquí auxiliado por sus bergantines, porque la poca profundidad de los canales impedía que aquellos pudieran penetrar hasta los suburbios. Hizo pues, adelantar á los arcabuceros, que protegidos por las adargas de sus compañeros, rompieron el fuego sobre los mejicanos; pero la muralla de piedra rechazaba las balas, al paso que el pecho descubierto de los españoles, presentaba un blanco seguro á los tiros enemigos.

Mandó entonces traer los cañones de grueso calibre, y con ellos pronto se abrió una brecha por la cual penetraban las continuas descargas de los arcabuceros y ballesteros. Retiráronse los indios en desórden despues de haber sostenido el punto dos horas (10); y los españoles, arrojándose á la acequia poco profunda, ganaron sin dificultad la orilla opuesta, é hicieron huir al enemigo hasta refugiarse en la plaza, donde la colosal cúspide de la sagrada pirámide descollaba sobre los otros edificios de la ciudad. Era este un lugar muy conocido de los españoles: de un lado estaba el palacio de Axayacatl, antiguo alojamiento de los cristianos, y donde muchos de ellos habian sufrido crueles padecimientos [a]: en el opuesto se levantaba el conjunto irregular de edificios bajos, residencia en un tiempo del infortunado Montezuma [b]; el tercero lo cerraba el Coatepantli ó "pared de las serpientes" que circundaba el gran templo y su pequeña ciudad de edificios destinados al culto [c]. Detuviéronse los españoles á la entrada de la plaza oprimidos por los tristes recuerdos que en aquel instante se agolparon á su imaginacion; pero su intrépido caudillo, impaciente por el temor que mostraban,

(10) Ibid., ubi supra.—Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 95.—Aquí termina la obra citada del historiador tezcucano, quien nos ha acompañado desde el primer periodo hasta este punto del asedio de la capital. Es imposible saber si se han perdido las últimas páginas del manuscrito, ó si fué este interrumpido por la muerte del autor. Pero esa falta la suplió con un breve bosquejo de los principales acontecimientos del sitio, que nos dejó en otro de sus escritos. Tenia, indudablemente, elementos no muy comunes para instruirse de los sucesos en el conocimiento que poseia de los idiomas indios, y de la escrito-pintura, y en el testimonio oral de los actores en las escenas que describía. Todas estas ventajas, están frecuentemente desvirtuadas por una incapacidad singular para distinguir, no diré las verdades históricas de las falsedades, porque ¿cuáles son aquellas? sino lo probable, ó mas bien, lo posible de lo imposible. Siendo uno de los primeros convertidos á la fe católica, vivió en un crepúsculo de civilización; cuando si no podían hacerse milagros, era fácil creer en ellos.

[a] En la calle de Santa Teresa.

[b] Lo que forma lo que ahora se llama "El Empedradillo."

[c] Esta pared, adornada de serpientes y coronada con las cabezas de las víctimas humanas sacrificadas en el templo, ensartadas por las sienes en estacas, hacia el frente de la plaza por el lado del Sur, desde la esquina de la calle de Plateros al Oriente, ó hacia donde está ahora el cerco de cadenas del cementerio de la catedral.

les mandó avanzar antes de que los aztecas tuvieran tiempo de reunirse; y llevando en una mano la adarga y blandiendo con la otra la espada, dió el grito de guerra de "Santiago," y cargó sobre el enemigo (11).

Intimidados los mejicanos con la presencia de sus detestados contrarios, á quienes á pesar de todos sus esfuerzos volvian á ver en el centro de la ciudad, no hicieron ya mayor resistencia, y se retiraron, ó mas bien, se refugiaron en el sagrado recinto del *teocalli*, cuyos innumerables edificios podian servir de fuertes puntos de defensa. Veíase á algunos sacerdotes con sus terribles túnicas salpicadas de sangre recorrer los terrados que circuián la pirámide, cantando himnos en honor de sus dioses y exhortando á los soldados á combatir en defensa de sus altares (12).

Los españoles penetraron en el recinto por las abiertas puertas, y unos pocos subieron hasta la cumbre del templo. Ningun vestigio encontraron de la Cruz ó de alguno otro de los símbolos de la fe católica que habian allí colocado. Una nueva efigie del dios de la guerra reemplazaba la que habian destruido, y dejaba ver sus caprichosas y horribles formas en el mismo santuario que habia ocupado su predecesor. Despojáronle de la máscara de oro y de las ricas joyas con que estaba adornada: precipitaron á los sacerdotes de lo alto del templo, y vinieron á auxiliar á sus compatriotas que luchaban en el atrio (13), y que tenian gran necesidad de este socorro.

Indignados los aztecas por el sacrílego ultraje que habian visto perpetrar, y cobrando todo el valor que les inspiraba la santidad del lugar, prorrumpieron en un grito de horror y de furiosa venganza, y poniéndose en algun órden, movidos de un comun impulso, se arrojaron sobre los españoles. Estos, que habian hecho alto cerca de la entrada, aunque fueron cojidos de sorpresa, se esforzaron para mantenerse dueños de ella; pero todo fué en vano, porque la multitud de los enemigos los arrolló hasta la plaza, donde se vieron atacados por otras partidas de indios que salian de las calles inmediatas. Desordenadas y perdiendo su presencia de ánimo las tropas españolas, no hicieron esfuerzos para rehacerse, sino que atravesando la plaza, y abandonando el cañon que habian colocado en ella, se retiraron precipitadamente á la gran calle de Iztapalapan. Allí se reunieron con los aliados, quienes participando del pánico terror de los

(11) "Y con todo eso no se determinaban los christianos de entrar en la plaza; por lo cual diciendo Hernando Cortés, que no era tiempo de mostrar cansancio ni cobardía, con una rodela en la mano, apellidando Santiago, arremetió el primero." Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 18.

(12) Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 32.

(13) Ixtlilxochitl en su 13.^a relacion, que entre otras cosas, comprende una breve relacion de la toma de México, dada á luz por el laborioso Bustamante, atribuye á Cortés el mérito de esta hazaña. "En la capilla mayor donde estaba Huitzilopochtli que llegaron Cortés é Ixtlilxuchitl á un tiempo, y ambos embistieron con el ídolo. Cortés cogió la máscara de oro que tenia puesta este ídolo con ciertas piedras preciosas que estaban engastadas en ella." Venida de los esp., p. 29.

cristianos, aumentaron la confusion, al paso que cegados sus ojos por la multitud de flechas y saetas que les arrojaban de las azoteas, casi no podían distinguir al amigo del enemigo. En vano procuraba Cortés contener á los fugitivos y restablecer el órden; perdiase su voz entre el sordo rumor de los soldados que eran empujados como árboles que arrebatara en su furia la corriente. Todo parecia haberse perdido, cuando repentinamente se oyó en una calle inmediata un ruido como el de lejanas pisadas de caballos que galopaban apresuradamente. Escuchábanse cada vez mas cerca, hasta que entró en la gran plaza una partida de caballería, que aunque muy corta, habia penetrado valerosamente por entre las fuerzas enemigas. Varias veces hemos hablado del terror supersticioso que infundia en los indios la vista de los caballos y los ginetes, y aunque la larga permanencia de los españoles en la ciudad los habia familiarizado con ellos, habia trascurrido tanto tiempo sin que volvieran á verlos, que revivieron en toda su fuerza aquellos misteriosos temores; de manera, que cuando de improviso se vieron atacados de flanco por la caballería, se apoderó de ellos un pánico terror y se introdujo en sus filas un completo desórden. Viendo esto Cortés volvió con la rapidez del relámpago, y ayudado de sus compañeros, logró replegar al enemigo con alguna pérdida hasta el recinto del templo.

Era ya la hora del crepúsculo, y como en breve iba á envolverlos la noche, no hizo nuevas tentativas para proseguir sus triunfos. Mandó pues tocar retirada, la que se verificó en buen órden, rescatándose la artillería que habia sido abandonada en la plaza. Marchaban primero los aliados seguidos de la infantería española, y luego la caballería, de manera que quedó invertido el órden en que habian venido. Perseguian los aztecas las filas españolas, y no obstante que eran rechazados por la caballería, las seguian á lo lejos arrojando inútilmente dardos y flechas, y llenando el aire con sus horribles gritos y aullidos como una manada de rabiosos lobos que han perdido su presa. Hízose tarde antes que el ejército pudiera llegar á sus cuarteles en Xolotl (14). [a]

Habia sido Cortés bizarramente auxiliado por Alvarado y Sandoval en el asalto de la ciudad, aunque ninguno de estos dos gefes habia penetrado hasta los suburbios, acaso por la dificultad de hacerlo, mucho mayor para Alvarado que la que habia tenido que vencer Cortés, en razon del mayor número de fosos que cortaban la calzada por el rumbo en que venia [b]. Tambien aumentaba los obstáculos

(14) "Los de caballo revolvan sobre ellos, que siempre alanceaban, ó mataban algunos; é como la calle era muy larga, hubo lugar de hacerse esto cuatro ó cinco veces. E aunque los enemigos vian que recibian daño, venian los perros tan rabiosos, que en ninguna manera los podiamos detener, ni que nos dejasen de seguir." Rel. terc. de Cortés en Lorenzana, p. 250.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 18.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 32.—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 23.

[a] La garita de San Antonio Abad.

[b] Era por la calzada de Tacuba.

los la falta de bergantines, hasta que la suplió Cortés mandando la mitad de la flotilla en auxilio de sus capitanes; ciertamente sin la cooperacion de estos, no se habria internado tanto el general, y tal vez no habria logrado pisar las calles de la ciudad. El éxito de este asalto no solo llenó de terror á los mejicanos, sino á todos sus aliados, porque vieron que tan formidables preparativos de defensa poco habian servido contra los españoles, quienes superándolos, habian penetrado fácilmente hasta el corazon de la ciudad. Varias provincias inmediatas mostraron por lo mismo su buena disposicion para romper su alianza con los mejicanos, y se acogieron á la proteccion de los españoles. Entre estas provincias se contaba la de Xochimilco, á quien tan cruelmente habian tratado los invasores y algunas tribus de otomis; raza inculta, pero valiente, que habitaba los confines occidentales del valle (15). Era importante su alianza, no tanto por los refuerzos que podian proporcionar al ejército, cuanto por la seguridad que le ofrecian, porque los puestos avanzados estaban constantemente amenazados por estos belicosos bárbaros [a].

El socorro mas importante que recibieron entonces los españoles vino de Tezcuco, cuyo príncipe Ixtlilxochitl reunió, segun dice Cortés, un ejército de cincuenta mil hombres, y él mismo lo condujo al campo cristiano. De órden del general se distribuyeron estas fuerzas entre las tres divisiones sitiadoras (16). Reforzado así Cortés, dispuso dar otro ataque á la capital ántes de que tuviera tiempo de recobrase del primero. Dióse órden á los gefes de las otras divisiones, de que marcharan al mismo tiempo que él y le ayudaran en el asalto del modo que lo habian hecho ántes. Dispúsose la marcha en el mismo órden que la anterior: la infantería á vanguardia seguida de los aliados y de la caballería; pero los españoles con gran disgusto encontraron que dos tercios de los fosos estaban abiertos de nuevo, y que su infatigable enemigo habia sacado las

(15) La gran masa de los otomies, era una raza salvaje, que habitaba las anchas llanuras de la mesa, muy al Norte. Pero muchos de ellos que habian penetrado al valle, habian hecho alianza con los tezcucanos y aun con los tlascaltecas, y eran los mejores soldados de sus respectivos ejércitos.

[a] Habitaban todo el pais de Tula al Poniente, en donde todavia se conserva su lengua.

(16) "Istrisuchil, (Ixtlilxochitl), que es de edad de veinte y tres, ó veinte y cuatro años, muy esforzado, amado y temido de todos." (Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 251.) Adviértese entre los historiadores la mayor obscuridad con respecto á este príncipe, á quien parece confunden muy á menudo con su hermano y predecesor en el trono de Tezcuco. Es muy singular que á ninguno de los dos se mencione, sino con el nombre de bautismo de Hernando; y si es cierto lo que dice Herrera, que ambos tenian ese nombre, esto explica hasta cierto punto la dicha confusion. (Hist. general, déc. 3, lib. 1, cap. 18.) En el texto me he conformado con la autoridad del antiguo cronista, quien habia obtenido sus noticias acerca de su real pariente, segun él mismo cuenta, de las historias escritas de su nacion, y de la narracion oral de los contemporáneos del príncipe. Venida de los españoles, pp. 30 y 31.

piedras y demas materiales que los llenaban. Viéndose pues obligados á traer otra vez los cañones, acercáronse los bergantines y fué desalojado el enemigo de un punto á otro, de la misma manera que en el ataque anterior. En una palabra, tuvo que hacerse todo de nuevo; pero no era todavía la una de la tarde cuando el ejército ocupaba otra vez los suburbios de la ciudad.

Allí no embarazaron ya su marcha las dificultades que en la primera vez, porque los edificios, desde cuyas azoteas les habian causado tanto daño, habian sido arrasados. Con todo, tuvieron que disputar el terreno palmo á palmo á los mejicanos que peleaban con el mismo brio que antes. Cortés habria gustosamente perdonado á los moradores si se hubieran sometido: pero viólos como él dice, resueltos á hacer una guerra de exterminio, y creyó que no habia mejor medio de aterrarlos que el de destruir algunos de los edificios que ellos respetaban mas, porque formaban el orgullo y mayor ornato de la ciudad (17). Dirigiéndose á la plaza mayor, escogió para ser destruido el antiguo palacio de Axayacatl, donde se habian alojado cuando residieron en la capital. La larga fila de edificios bajos de que se componia, era de piedra; pero el interior, las fortificaciones, los torreones y techos eran de madera. Los españoles á quienes este palacio traia funestos recuerdos, volaron á destruirlo con la misma satisfaccion que el pueblo frances se apresuró á demoler la bastilla. En todas direcciones se arrojaban antorchas encendidas: la parte inferior del edificio se incendió prontamente, y comunicándose las llamas á los inflamables adornos de madera del interior, llegó rápidamente al segundo piso. Cebóse allí el feroz elemento, de suerte que antes que pudiera distinguirse desde afuera, salia por las hendeduras una densa nube de humo, que semejante á un paño mortuario cubria la ciudad. Disipóla despues una brillante llama que envolvió todas las habitaciones altas del palacio, hasta que faltando apoyo á los almenados salones, vinieron á tierra entre nubes de polvo y ceniza, con un horrendo estrépito que por un momento contuvo á los españoles en su obra de devastacion [a].

Pero solo fué esto por un momento. En el lado opuesto de la plaza y contiguo al palacio de Montezuma, habia como se ha dicho otros edificios destinados á los animales. Uno de estos, la pajarera, llena de todas las pintorescas variedades de aves que pueblan los bosques de México, fué señalada para la destruccion. Era un elevado y elegante edificio construido al estilo indio, y

(17) "Daban ocasion, y nos forzaban á que totalmente los destruyésemos. E de esta postrera tenia mas sentimiento, y me pesaba en el alma, y pensaba que forma tenia para los atemorizar, de manera, que viniessen en conocimiento de su yerro, y de el daño, que podian recibir de nosotros, y no hacia sino quemalles y derrocalles las torres de sus ídolos, y sus casas" Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 254.

[a] Las ruinas de este edificio se han reconocido al abrir los cimientos de las casas nuevas construidas en la acera que mira al Sur de la calle de Santa Teresa, pertenecientes al convento de la Concepcion.

que atendido su objeto, ofrecia una prueba evidente del refinamiento y gusto esquisito de un monarca bárbaro. Sus ligeros y combustibles materiales, que eran madera y carrizos, formaban un notable contraste con los sólidos edificios de piedra que lo rodeaban, y lo hacian á propósito para el plan de los conquistadores. Arrojáronse á él teas encendidas, y el caprichoso edificio fué en un momento envuelto en las llamas que esparcian su lúgubre fulgor sobre la ciudad y el lago. Sus alados habitantes, ó perecieron en el fuego, ó los mas fuertes rompiendo el enrejado de sus jaulas, se elevaron por los aires, y volando algun tiempo sobre la ciudad, huyeron á las selvas dando horribles gritos [a].

Con inexplicable horror contemplaban los aztecas la destruccion del venerable alcazar de sus monarcas, y de los monumentos de su pompa y esplendor. Llegó su rabia hasta el último extremo cuando vieron á sus odiados enemigos, los tlascaltecas, ocupados en esta obra de destruccion, y ayudados por los tezcucanos, aliados y aun parientes de los mejicanos. Desataronse en amargas execraciones, especialmente contra el jóven príncipe Ixtlilxochitl, que marchaba al lado de Cortés, participando de todos los peligros de la jornada. Cuando pasaba por las calles, le dirigian los guerreros desde las azoteas de las casas los mas oprobiosos epítetos, llamándole falso, traidor á su patria y á su sangre; reproches que como confiesa el mismo historiador pariente suyo, no eran del todo gratuitos (18). Poco caso hacia él de estos denuestos, y prosiguiendo su camino con la firme resolucion de aquel que no quiere ser infiel á la causa que ha abrazado, cuando entró en la gran plaza atacó al general azteca, quitóle una lanza que habia ganado á los cristianos, y le descargó un golpe con su maza ó *maquahuítl*, que le dejó sin vida (19).

Concluida la obra de destruccion, mandó el comandante español tocar retirada enviando por delante á los indios aliados. Los mejicanos enfurecidos con sus pérdidas, se arrojaron ciegos de cólera sobre la retaguardia, y aunque eran rechazados por la caballería, volvian otra vez á acometerla arrojándose desesperadamente debajo de los caballos, procurando arrancar de la silla á los ginetes, y contentándose con perder la vida si podian dar á sus contrarios un solo golpe. Afortunadamente la mayor parte de las tropas estaba ocupada en contener el asalto en otros puntos de la ciudad; pero no obstante estar así divididos, atacaron á los españoles tan denodadamente, que pocos llegaron al campamento sin llevar en su cuerpo alguna memoria de aquel desesperado

[a] Este episodio de la fuga de las aves, es un adorno enteramente romántico de la invencion del Sr. Prescott.

(18) "Y desde las azoteas deshonrarle llamándole de traidor contra su patria y deudos, y otras razones pesadas, que á la verdad á ellos les sobraba la razon; mas Ixtlilxochitl callaba y peleaba, que mas estimaba la amistad y salud de los cristianos, que todo esto." Venida de los esp., p. 32.

(19) Ibid., p. 29.

combate (20). Al otro día, y aun puede decirse varios de los siguientes, repitió Cortés sus ataques sin procurarse descanso, como si él y sus soldados fueran de hierro. Una vez se internó en la calle de Tacuba en la cual tomó tres puentes, deseoso de ponerse en libre comunicacion, si posible era, con Alvarado que estaba apostado en la calzada contigua. Pero los españoles no habian podido penetrar por aquel punto mas allá de los suburbios, detenidos por las dificultades del terreno, y tal vez por falta de aquel intrépido valor que siente el soldado cuando pelea á la vista de su gefe.

En cada uno de estos asaltos encontraban los fosos mas ó menos reparado; por los pertinaces mejicanos, y removidos los materiales de que se les habia llenado con tanto trabajo. Parecerá extraño que no tomase Cortés providencias para impedir se repitiese esta operacion que ocasionaba tanta demora, y ponía tantos embarazos á sus movimientos. Habla de esto en su carta al emperador, y dice que para hacerlo habria tenido necesidad ó de fijar sus cuarteles en la ciudad misma, donde se habria visto rodeado de enemigos y sin poder comunicarse con el resto del pais; ó de haber situado allí partidas españolas, pues los nativos no eran para este servicio, con el objeto de que defendieran los puentes durante la noche, trabajo superior á la fuerza de hombres que en el día tienen que prestar un servicio duro y activo (21).

Tal fué, sin embargo, el arbitrio que adoptó Alvarado, quien destacaba por la noche una guardia de cuarenta hombres para que defendiera el foso mas próximo al enemigo. Este destacamento era relevado al cabo de unas cuantas horas por otro de refresco, y éste por otro tercero, permaneciendo los dos primeros en el puesto; de manera, que en el caso de una alarma estaban prontos á repeler el ataque ciento veinte hombres. Algunas veces pernoctaba toda la division cerca del puente, descansando sobre las armas y dispuesta al combate (22).

Pero esta vida de incesante trabajo y vigilancia, era demasiado fuerte aun para las vigorosas constituciones de los españoles. "Durante la larga noche," dice Diaz que sirvió en la division de Alvarado, "velábamos sin cuidarnos del viento, de la lluvia ni del frio. Allí permaneciamos sufriendo los dolores que

(20) Por lo tocante á las páginas anteriores, sobre el segundo asalto, véanse: Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, pp. 254 y 256,—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 33,—Oviedo, Hist. de las Ind., MS., lib. 33, cap. 24,—Defensa, MS., cap. 28.

(21) Rel. terc., en Lorenzana, p. 259.

(22) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 151.

Segun Herrera, estuvieron Alvarado y Sandoval acordes en desaprobare la conducta de Cortés, respecto de los fosos. Y Alvarado, y Sandoval, por su parte, tambien lo hicieron muy bien, culpando á Hernando Cortés por estas retiradas, queriendo muchos que se quedara en lo ganado, por no volver tantas veces á ello." Hist. general, déc. 3, lib 1, cap. 19.

nos causaban las heridas recibidas en el combate el dia anterior" (23). Era la estacion de las aguas, que dura en aquel pais desde Agosto hasta Setiembre [a], y el piso de las calzadas anegado por las lluvias y removido por el constante tránsito de tantos guerreros, estaba convertido en un fango, ó mejor dicho, pantano que aumentaba extraordinariamente los padecimientos del ejército.

Los soldados que mandaba Cortés, casi no podia decirse que estuvieran en mejor situacion; pero al menos algunos de ellos encontraban abrigo en los torreones que defendian el fuerte de Xoloc, aunque la mayor parte tenian que pernoctar á campo raso espuestos á las inclemencias del tiempo. Todos los soldados, menos los heridos, dormian con sus armas, y frecuentemente los sacaba del mas profundo sueño el grito de alarma dado á la media noche, porque Guatimotzin contra la costumbre general de sus compatriotas, elegia la oscuridad de la noche para atacar á los españoles. "En una palabra," dice el historiador arriba citado, "tan continuos eran los combates, de dia y de noche en los tres meses que sitiamos la capital, que referirlos, seria agotar la paciencia del lector, y hacerle creer que estaba leyendo las inverosímiles hazañas de un caballero errante" (24).

Seguia el emperador azteca en sus operaciones, un plan sistemado que se parecia algo á la ciencia militar. No pocas veces atacaba simultáneamente las tres divisiones españolas situadas en las calzadas y las guarniciones destacadas en los extremos de estas. Para lograr su objeto, hacia entrar en combate no solo á las tropas de la capital, sino á las de las grandes ciudades vecinas moviéndose á la señal convenida de una hoguera encendida, ó del enorme tambor que tañian los sacerdotes desde la cumbre del templo. Obsérvese que uno de estos ataques generales fué, no se sabe si de casualidad ó de intento, la víspera de San Juan Bautista, aniversario del dia en que hicieron los españoles su segunda entrada á la capital de Méjico (25).

No obstante la severa fatiga que causaba á las tropas este constante servicio procuraba el jóven monarca aliviarlas en cuanto le era posible, relevándola frecuentemente. Se conocia esto por el diferente uniforme y divisas de los ba-

(23) "Porque como era de noche, no aguardaban mucho, y desta manera que he dicho velabamos, que ni porque lloviese, ni vientos, ni frios, y aunque estabamos metidos en medio de grandes lodos, y heridos, allí habiamos de estar." Hist. de la conquista, cap. 151.

[a] Quiere decir, la parte mas fuerte de la estacion de aguas pues esta dura desde Mayo ó Junio hasta Octubre.

(24) "Porque noventa y tres dias estuvimos sobre esta tan fuerte ciudad, cada dia é de noche teniamos guerras, y combates; é no lo pongo aqui por capítulos lo que cada dia haciamos, porque me parece que seria gran proligidad, é seria cosa para nunca acabar, y pareceria á los libros de Amadis, é de otros corros de caballeros." Ibid., ubi supra.

(25) Ibid., ubi supra.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 23.

tallones indios que sucesivamente venían y desaparecían del campo. En la noche, se guardaba en el campamento azteca la mas estricta vigilancia, cosa no muy comun entre las naciones del Anáhuac. Los puestos avanzados de ambos ejércitos estaban tan inmediatos, que desde el uno podia verse lo que pasaba en el otro. Los de los mejicanos estaban por lo regular cerca de algun ancho foso, é indicaba su posicion una gran luminaria. La hora en que debían relevarse las guardias, era anunciada por el penetrante grito de los aztecas, y de cuando en cuando veían mover tras de las hogueras algunas partidas de soldados, cuya cobriza piel parecia mas macilenta por el livido color de las llamas. Mostrándose Guatimotzin tan activo en tierra, no lo era menos por agua. Tenia demasiada prudencia para trabar con la armada española un combate formal; pero recurria á estratajemas propias de la táctica india. Puso emboscadas, un gran número de canoas entre las altas cañas que abundan en las riberas meridionales del lago, y mandó clavar estacas en los pantanos inmediatos. Varias piraguas ó grandes botes salieron entonces y se acercaron al sitio donde estaban anclados los bergantines. Al instante dos de los mas pequeños, suponiendo que las canoas indias conducian provisiones para los sitiados, les atacaron: como habian previsto los indios, los botes aztecas huyeron á refugiarse á los espesos carrizales donde estaban emboscados sus compañeros, y siguiéndolos los bergantines, quedaron varados entre los pantanos, y viéronse rodeados instantáneamente de una multitud de canoas. La mayor parte de los soldados fueron heridos: varios, incluso los dos comandantes, fueron muertos, y uno de los bergantines fué presa inútil de los vencedores. Entre los nuestros contábase á Pedro Barba, capitan de los ballesteros, y valiente oficial que se habia distinguido mucho en la conquista. Este desastre, aunque causó á Cortés mucha pena, le sirvió de leccion saludable para ser mas cauto en el resto de la campaña (26).

Así pues se combatia por agua y tierra; en la calzada, en la ciudad y en la alaguna; y aun cuando sucumbiese la capital del imperio Azteca, no desmentia su nombre, oponiendo una valerosa resistencia á los enemigos. Era semejante á un cuerpo en el cual, si han muerto las estremidades, le queda aun vida en el corazon y parece que por algun tiempo late con mas fuerza que antes.

Parecerá estraordinario que pudiera Guatimotzin proporcionar el mantenimiento de la numerosa poblacion que se hallaba entonces reunida en la metrópoli, cuando el ejército sitiador estaba aposeionado de todas las avenidas (27). Pero ademas del acopio de víveres hecho de antemano con este fin, y el horrible alimento que diariamente proporcionaban las víctimas del sacrificio, se re-

(26) Ibid., loc. cit.—Sabagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12, cap. 34.

(27) No recuerdo haber encontrado en ningun conquistador el censo de la poblacion; sin embargo de que tampoco seria muy digno de se aunque se encontrase. Sin embargo, debe aquella haber sido muy numerosa, puesto que donde quiera que se presentasen los sitiadores, eran resistidos pronta y cumplidamente.

cogian provisiones en los pueblos que rodeaban el lago. Hízose esto de tal manera, que por algun tiempo se escapó á la observacion de los Españoles, pues aunque los bergantines tenían orden de surcar dia y noche aquellas aguas y apoderarse de todas las canoas empleadas en traer víveres, estas á favor de la obscuridad de la noche burlaban la vigilancia de los cruceros, é introducian á los puertos sus mercancías. Así fué que hasta que las grandes ciudades vecinas se unieron á los españoles, no empezó la capital azteca á experimentar la falta de víveres. Esta defeccion era cada dia mas frecuente, porque convencidos los pueblos de que el gobierno de Méjico no se podia defender, así mismo conocian que tampoco podia protegerlos á ellos; de manera que vió la metrópoli azteca desertar á sus poderosos vasallos uno despues de otro, como el anciano árbol que pierde sus hojas, al primer soplo de la tempestad (28).

Las ciudades que nuevamente imploraban la proteccion del general español, le proporcionaban multitud de guerreros, que si hubiéramos de atenernos á lo que asegura Cortés, de que eran ciento cincuenta mil, pudiera asegurarse que solo habrian servido para embarazar sus operaciones en las dilatadas calzadas (29). Pero si es cierto que el valle, poblado de ciudades y aldeas tenia mucho mas número de habitantes que ahora, con la circunstancia de que cada hombre era un guerrero. Estas nuevas tropas, fueron distribuidas entre las tres divisiones, situadas en los extremos de las calzadas; y muchas de ellas, se ocuparon en recorrer el pais en busca de provisiones, y aun mas en hostilizar á las poblaciones que aun permanecian en guerra con los españoles.

Mas adelante ocupólos Cortés en construir cuarteles para sus soldados que sufrían mucho por hallarse espuestos á las lluvias incesantes propias de la estacion, que se habia observado eran mas fuertes por las noches. Mucha de la piedra y madera que se necesitaba, se sacaba de los edificios demolidos en la ciudad: lleváronse estos materiales en los bergantines á las calzadas, y allí se fabricó una hilera de chozas ó tiendas que se estendia por uno y otro lado de las fortificaciones de Xoloc. Puede darse alguna idea del ancho que tenia la calzada en aquel punto, que era uno de los mas profundos del lago, con decir que aunque las tiendas estaban levantadas en líneas paralelas por ambas orillas, quedaba un espacio suficiente para que pudiera el ejército moverse fácilmente (30).

(28) Defensa, MS., cap. 28.—Sahagun, Hist. de Nueva España, MS., lib. 12^o cap. 34.

Las principales ciudades eran Mexicaltzingo, Cuilahuac, Iztapalapan, Mizquiz, Huizilopochco, Colhuacan.

(29) "Y como aquel dia llevábamos mas de ciento y cincunnta mil hombres de guerra." Rel. terc. en Lorenzana, p. 280.

(30) "Y vea V. M.," dice Cortés al emperador, "que tan ancha puede ser la calzada, que va por lo mas hondo de la laguna, que de la una parte, y de la otra iban estas casas, y quedaba en medio hecha calle, que muy á placer á pié y á caballo, íbámos y venisamopor ella." Ibid., p. 230.

Por este medio se consiguió cómodo alojamiento para los soldados españoles, y sus sirvientes indios, que entre todos subían á dos mil hombres. El cuerpo principal de los aliados con un pequeño destacamento de caballería é infantería fueron acuartelados en el puerto inmediato á Coyohuacan con el objeto de que protegiera la retaguardia del campamento, y que tuviera espedita la comunicacion con el resto del país. Iguales disposiciones se tomaron en las otras divisiones del ejército que mandaban Alvarado y Sandoval; aunque las tiendas de las tropas que estaban en las calzadas, no eran tan sólidas como las que se hicieron para la division de Cortés.

Era provisto el campo español de víveres por las ciudades vecinas, que les habian jurado alianza, y especialmente por la de Tezcucó (31). Consistían tales provisiones, en pescado, frutas del país, y principalmente tuna (cactus opuntia), y una especie de cereza muy abundante en aquella estacion. Pero el principal alimento era la tortilla, usada todavia en Méjico, y de las que habia panaderías, dirigidas por los nativos, en los puntos militares que dominaban las calzadas (32). Parece probable que los aliados, agregaban algunas veces á su frugal banquete, carne humana, de la que por desgracia podían abastecerse abundantemente en los campos de batalla; y aunque esto era muy repugnante á Cortés, no se consideraba por entonces en estado de impedirlo (33).

(31) La mayor escasez que padecieron los españoles, segun Bernal Diaz, fué la de medicinas para las heridas; pero esto era remediado en parte por un soldado catalan que por medio de oraciones y ruegos, logró hacer varias curas maravillosas, tanto en los españoles como en los aliados. Estos últimos, como los mas ignorantes, acudían en tropel á la tienda de su Esculapio, cuya eficacia estaba indudablemente en razon directa de la fe del paciente. Hist. de la conquista, ubi supra.

(32) Diaz pasó esta ingrata dieta. (Ibid., loc. cit.) Sin embargo, la tuna es una fruta agradable y nutritiva, y la *tortilla*, aunque no sea lo que puede llamarse un bocado regalado, para un campamento es regular alimento. Segun la autora de la "Vida en Méjico," se hacen hoy las tortillas como antes se las hacia, es decir, con harina de maiz y una ligera agua de cal. Si en efecto, es lo que allí dice, las recetas de cocina serán lo único que no ha cambiado en ese país de revoluciones.

(33) "Quo starges," dice Mártir, "erat crudelius eo magis copiosé ac opipare coenabant Guazuzinqui et Tlaxcaltecani, caeterique provinciales auxiliarii qui soliti sunt hostes in proelio cadentes intra suos ventres sepelire; nec vetare ausus fuisset Cortesius." (De Orbe Novo, dec. 5, cap. 8.) "Y los otros les mostraban los de su ciudad hocos pedazos, diciéndoles que los habian de cenar aquella noche y elmorzar otro día, como de hecho lo hacian." (Rel. terc. de Cortés, en Lorenzana, p. 256.) Pero aun mas horroriza lo que dice Oviedo, que: "Ni podían ver los ojos de los christianos é católicos, más espantable é aborrecida cosa, que ver en el real de los amigos confederados el continuo ejercicio de comer carne asada ó cocida de los indios enemigos, é aun de los que mataban en las canoas, ó se ahogaban, é despues el agua los echaba en la superficie de la laguna, ó en la costa, no los dejaban de pescar, é aposentar en sus vientres." Hist. de las Ind., MS. lib. 33, cap. 24.

Así pues, la tempestad que hacia tanto tiempo amenazaba á la capital azteca, se desató con toda su furia, viéronse sus desgraciados moradores rodeados de legiones enemigas, cuyas relumbrantes filas se estendian hasta donde podia alcanzar la vista, halláronse abandonados por sus aliados y vasallos en los momentos de mayor afliccion: vieron penetrar á los feroces extranjeros á sus mas escondidos retiros, violar sus templos, saquear sus palacios, desbaratar la hermosa ciudad en el dia, incendiarla en la noche, y guarecerse en sólidos edificios situados en el recinto de la ciudad, como si estuvieran determinados á no alejarse de ella, mientras quedara una piedra sobre otra. Todo esto vieron, y sin embargo, su valor se mostraba indómito: aunque la hambre y la peste empezaba á devorarlos, hacian frente á sus enemigos. Cortés que gustosamente hubiera libertado á la capital y á sus moradores de tantos horrores, vió con asombro tan valerosa resolucion. Más de una vez manifestó, por medio de prisioneros á quienes ponía en libertad, su buena disposicion para concederles una capitulacion honrosa: dia por dia esperaba que aceptaran sus propuestas; y dia por dia, quedaba burlada su esperanza (34). No sabia aun cuan tenáz era el carácter de los aztecas y que fueran cual fuesen los horrores de la situacion en que se hallaban, y sus temores para lo futuro, todo se los hacia olvidar su odio á los hombres blancos.

(34) "Y sin duda el dia pasado, y aqueste yo tenia por cierto, que vinieran de paz de la cual yo siempre con victoria, y sin ella hacia todas las muestras que podia. Y nunca por eso en ellos hallábamos alguna señal de paz." Rel. terc. de Cortés, en Loenzana, p. 261.

CAPITULO VI.

ASALTO GENERAL DE LA CIUDAD.—DERROTA DE LOS ESPAÑOLES.—SU ANGUSTIADA SITUACION.—SACRIFICIOS DE LOS PRISIONEROS.—DEFECCION DE LOS ALIADOS.—CONSTANCIA DE LAS TROPAS.

Poco á poco iba la hambre abriéndose paso hasta el centro de la ciudad sitiada: parece cierto que con tan riguroso sitio, la hacinada poblacion necesariamente seria impelida á capitular al fin, aun cuando ningun ejército la asediara. Mas esto exigia tiempo; y los españoles, si bien constantes y sufridos por naturaleza, comenzaban á impacientarse á causa de las penalidades que experimentaban y que casi no eran menores que las de los sitiados. Aun era peor bajo ciertos respectos su posicion: espuestos como se hallaban al frio, empapados con las lluvias que caian con cortos intervalos, su situacion se hacia estremadamente triste é infausta.

En tales circunstancias no faltaban algunos que de buena gana quisieran, para poner término á sus sufrimientos, arriesgar el lance de apoderarse de la plaza por un golpe de mano. Otros pensaban que seria muy bueno posesionarse del gran mercado de Tlaltelolco, que por estar situado al norueste de la ciudad, pudiera producir los medios de abrir la comunicacion con los campamentos, así de Alvarado como de Sandoval. Esta plaza rodeada de espaciosos pórticos, proporcionaba alojamiento para una numerosa hueste, y una vez establecidos en la capital los españoles, se hallarian en posicion de dar un golpe con mayor probabilidad, que desde la distancia que guardaban.

Con estas razones urgian varios oficiales, entre ellos el tesorero real Alderete, que era muy considerado, no solamente por su rango, sino tambien por el talento y el celo que habia mostrado en el servicio. Defriendo Cortés á sus deseos, reunió un consejo de guerra, ante el cual espuso el asunto. Los proyectos del tesorero fueron acogidos por el mayor número de los caballeros mas esforzados y valientes que con ansia anhelaban un cambio en la enojosa y desesperada vida que llevaban; y Cortés pensando quizá que aconsejaba la prudencia adherirse mas bien á este partido, aunque creyéndolo menos espeditivo, que exigir para su propia opinion una obediencia fria y forzada, se dejó arrastrar hácia él (1).

(1) Tal es la relacion esplicita que hace Cortés al emperador (Relac. terc. apud. Lorenzana pag. 264). Bernal Díaz al contrario habla del asalto, como de pensamiento

Se fijó día para el asalto, que debería emprenderse simultáneamente por las dos divisiones, al mando de Alvarado y del general en jefe. Se dieron instrucciones á Sandoval, para que de sus fuerzas que ocupaban la calzada al N., sacase la mayor parte y fuera á unirse con Alvarado, debiendo destacarse setenta soldados escogidos en apoyo de Cortés.

El día señalado despues de la acostumbrada celebracion de la misa (2), las dos divisiones avanzaron por sus respectivas calzadas contra la ciudad. Venian sostenidas, á mas de los bergantines, por una numerosa flota de canoas de indios destinadas á forzar el paso de las acequias, y por una innumerable multitud de aliados, cuyo escesivo número sirvió al fin para embarrazar sus operaciones. Pasados los suburbios, se presentaban tres avenidas que todas iban á parar á la plaza de Tlaltelolco. La principal mas ancha que las otras dos, y que merecia mas bien el nombre de calzada que el de calle, estaba entonces defendida por sus costados por una profunda acequia que tenia á cada lado. Cortés dividió sus tropas en tres cuerpos: uno de ellos á las órdenes de Alderete, debia ocupar la calle principal. Encargó el mando del segundo á Andrés de Tapia, caballero de valor y discrecion, y á Jorge de Alvarado hermano de D. Pedro, jóven animado de la intrepidez, propia de esta noble familia. Este trozo debia penetrar por una de las calles paralelas, mientras el general mismo á la cabeza de la tercera seccion ocupase la otra. Un pequeño cuerpo de caballería con dos ó tres piezas de campaña, se situó de reserva frente de la gran calle de Tacuba, que se designó como punto de reunion para todas las divisiones (3).

Cortés dió las instrucciones mas positivas á sus capitanes de no avanzar un paso sin tener medios seguros para la retirada, y de nivelar cuidadosamente los fozos y las cortaduras de la calzada. Por haber descuidado esta precaucion Alvarado en un asalto que pocos dias antes dió á la ciudad, so-

que ocurrió primero al mismo general. (Hist. de la Conquista cap. 151). Pero Diaz no tenia los mejores medios de saberlo, y Cortés no se habria atrevido á dirigir á la corte una palpable falsedad, que fácilmente pudiera haberse aclarado.

(2) Esta puntual observancia de oír misa el ejército en "medio" de la lluvia, al calor del sol, de día y de noche, entre amigos y enemigos, arranca un ardiente elogio al Ilmo. editor de Cortés. "En el campo, en una calzada, entre enemigos, trabajando día y noche, nunca se omitía la misa, para que toda la obra se atribuyese á Dios, y mas en unos meses en que incomodan las aguas del cielo; y encima del agua las habitaciones ó malas tiendas."--Lorenzana pag. 266, nota.

(3) En la division del tesorero segun la carta del general, habia 70 infantes españoles, 7 ó 8 caballos, y 15.000 ó 20.000 indios. En la de Tapia 80 infantes y 10 000 aliados; y en la suya 8 caballos, 100 infantes, y un número infinito de aliados. (Ibid ubi supra). Esta manera de espresarse, sin cuidarse de la exactitud, muestra que no parecia cosa de mucha importancia, tratándose de las fuerzas de los indios, unos cuantos miles mas ó menos.

brevinieron tan serias consecuencias para su ejército, que Cortés determinó ir en persona á los cuarteles de sus oficiales con intencion de reprenderles públicamente por esta desobediencia á sus órdenes; bien que la merecida reprehension se convirtió en indulgente advertencia, cuando al llegar al campo, Cortés halló que su capitan delincuente se habia portado en el lance con estremada bizarría (4).

Completados los preparativos, las tres divisiones se pusieron en marcha á un tiempo por sus respectivas calles. Cortés pié á tierra á la cabeza de su infantería, se colocó á la vanguardia de su cuerpo de ejército. Conforme avanzaba, los mexicanos retrocedian, oponiendo menos resistencia que de ordinario. Los españoles les embestian, arrancándoles una tras otra sus trincheras, cuyas brechas llenaban cuidadosamente con escombros para asegurarse á sí mismos el paso. Las canoas apoyaban el ataque por un movimiento á lo largo de las acequias, donde abordaban á las del enemigo, mientras una porcion de ágiles tlascaltecas pasaban de una casa á la otra, escalando las azoteas, donde se juntaban y arrojaban de ellas á los defensores, hechándolos abajo hasta la calle. El enemigo cogido en apariencia por sorpresa, parecia incapaz de hacer frente ni por un momento á la furia del asalto, y los cristianos victoriosos estimulados por las aclamaciones de triunfo en que prorrumpian sus compañeros, desde las calles vecinas, se apresuraban queriendo ser cada uno el primero en llegar al término de su destino.

Esta misma facilidad con que salia bien su empresa, indujo al general á sospechar que acaso se habia adelantado demasiado, pudiendo ser aquel fácil éxito una estratagema del enemigo para atraerle hasta el centro de la ciudad y rodearle luego, ó atacarle por su retaguardia. Recelaba ademas que sus oficiales, dejándose llevar de un ardor escensivo en el calor del ataque, hubieran descuidado, no obstante sus órdenes, la necesaria precaucion de nivelar las brechas. En consecuencia, mandó hacer alto á su division, preparándose para desbaratar cualquier movimiento insidioso de su adversario. Entre tanto recibió varios partes de Alderete, por los que le informaba de que casi tenia ganada la plaza del mercado. Esto solo bastó á aumentar las sospechas del general, de que en su rápida carga no habria cuidado de asegurar el terreno, y determinado á verificarlas por sus propios ojos, tomó una escolta y marchó á reconocer á la vez el camino que habia seguido el tesorero.

Y no bien habia entrado en la gran calle ó calzada, cuando se halló detenido por una cortadura de diez ó doce pasos de ancho, llena de agua, y de dos brazas lo menos de profundidad, por medio de la cual se habia dañado co-

(4) "Otro día de mañana, acordé de ir á su real para le reprender lo pasado. . . .
"Y visto, no les imputé tanta culpa, como antes parecia tener; y platicado cerca de lo
que habia de hacer, yo me volví á nuestro Real aquel día." Ibid págs. 263 y 264.

municacion á las acequias que estaban á los dos lados del camino. Un débil esfuerzo se habia hecho para cubrirla con los escombros de la calzada; pero con tan estremada incuria, que este trabajo casi de nada podia servir, y se conocia por algunas piedras y troncos de madera que se veian esparcidos, que apenas empezaban la obra, cuando la abandonaron (5). Para mayor afliccion, el general observó que cerca de allí á los lados de la calzada se habian hecho asimismo cortaduras, que se conocia estaban frescas. Todo esto manifestaba el artificio del enemigo astuto, y poca duda podia ya quedarle de que su oficial inconsiderado, se habia precipitado en el lazo que á propósito se le habia tendido. Profundamente alarmado, no pensó mas que en reparar el daño cuanto posible fuera, y ordenó á su gente llenar la abierta hendidura.

No bien comenzaron á trabajar en ello, cuando al sordo rumor de un distante conflicto, sucedió el espantoso clamor de aullidos y gritos de guerra que parecian llegar hasta los cielos, seguido de un sorprendente estruendo como de amontonadas turbas atropelladamente pisoteadas, señal de que como impelida por un reflujo la corriente de la batalla, volvía sobre su primitivo cauce, revolviendo sobre el sitio donde Cortés y su pequeña escolta habian hecho alto.

Esta sospecha resultó demasiado cierta. Alderete habia perseguido la retirada de los aztecas con una celeridad, que crecia mas y mas á cada paso que avanzaba. Habia tomado los parapetos que defendian las cortaduras, sin gran dificultad; y como pasó tan violentamente, dió orden de que estas se tapasen. Pero la sangre de los elevados caballeros hervia en sus venas con el calor de la carga, y ninguno quiso detenerse para emprender la innoble ocupacion de llenar los fosos, mientras tan fácilmente podian recoger en la lid tantos laureles; y todos se estimulaban exhortándose mutuamente, queriendo tener cada uno el arrojo de ser el primero que penetrara en la plaza de Tlaltelolco. Fijo su pensamiento en esta idea, se dejaron atraer hácia el centro de la Ciudad, cuando repentinamente la trompa de Guatemotzin, símbolo sagrado que solo se oia en caso de extraordinario peligro, resonó con prolongado y penetrante acento desde la cima de un vecino *Teocalli*. En el instante los fugitivos Aztecas, como si se hubieran enfurecido por la influencia de un astro maligno, rodeando á sus perseguidores, volvieron sobre ellos. Al mismo tiempo incontables enjambres de guerreros fluían de las calles y callejuelas inmediatas, sobre los flancos de los que ha-

(5) Y hallé, que habian pasado una quebrada de la calle que era de diez ó doce pasos de ancho; y el agua que por ella pasaba, era de hondura de mas de dos estados, y al tiempo que la pasaron habian hechado en ella madera y cañas de carriso, y como pasaban pocos á pocos y con tiento, no se habian hundido la madera y cañas. Ibid pag. 268. Véase tambien Oviedo Hist. de las Ind. M. S. lib. 33, cap. 48.

bían asaltado, llenando el aire con los fieros y sobre-humanos gritos que llegaron á oídos de Cortéz, y que sofocaron por un momento el salvaje desconcierto que reinaba en los demas cuarteles de la Capital (6).

Sorprendido el ejército y fatigado de la furia con que ejecutó el asalto, era violentamente rechazado en el mayor desorden. Amigos y enemigos, blancos é indios, entremezclados, formaban una masa promiscua, blandiendo en los aires, lanzas, espadas y mazas, dándose golpes sin concierto. Con la precipitación para huir, se empujaban unos á otros; y ciegos con la lluvia de proyectiles que arrojaban sobre ellos de las azoteas, buscaban vacilantes una salida sin direccion fija, ó caían derribados por una mano que no acertaban á ver. Veiase venir sobre ellos como un torrente impetuoso, que precipitado de una elevada cima destruye cuanto encuentra en la pendiente que atraviesa, cuyo confuso reflujo corría hácia atrás para venir á sumergirse en los fosos abiertos, á cuyo opuesto lado se hallaban Cortés y sus compañeros horrorizados al ver su cercana perdicion. Las primeras filas en breve fueron sumergidas en la agua, pisoteándose unos á otros allá debajo. Se esforzaban en vano algunos á nadar; otros con mejor éxito trepaban por sobre los montones de sus camaradas ahogados. Algunos al escalar la orilla opuesta del resbaladizo borde, caían á la agua ó eran precipitados á ella por los guerreros de las canoas, que añadian á los horrores de la derrota, un nuevo diluvio de flechas y jabalinas que arrojaban sobre los fugitivos.

Entre tanto Cortés con los valientes de su séquito se mantenía sereno al otro lado del foso. "Vale mas perecer, dijo, que abandonar en tal conflicto á mis pobres compañeros" (7). Con los brazos estendidos se empeñaba en rescatar cuantos podia de lo profundo de la agua y del muy mas terrible evento de caer prisioneros. Mas en vano ensayó restaurar un tanto la presencia de ánimo y la disciplina entre los perturbados fugitivos. Su persona era demasiado conocida de los aztecas y la posicion que guardaba era tal, que servia de blanco á sus tiros. Una espesa granizada de dardos, de piedras y de flechas cayó á su derredor; pero sin causarle daño rebotaban en el acera-do yelmo y en la bien templada armadura. Al fin el grito de "Malinche,"

(6) Gomara, crónica, cap. 138.—Ixtililxochitl, Venida de los españoles pag. 37.—Oviedo, Hist. de las Indias MS. lib. 33, cap. 26.—La trompa de Guatemotzin resonaba en los oídos de Bernal Diaz mucho tiempo despues de la batalla. "Guatemuz, y mandá tocar su corneta que era una señal que quando aquella se tocase, era que habian de pelear sus capitanes de manera que hiciesen presa ó morir sobre ello; y retumbaba el sonido que se metia en los oídos, y de que lo oyeron aquellos sus escuadrones, y capitanes; saber yo aquí, decir aora con que rabia, y esfuerzo se metian entre nosotros á nos hechar mano, es cosa de espanto."—Hist. de la Cong. cap. 152.

(7) "E como el negocio fué tan de supito y ví que mataban la gente, determiné de me quedar allí, y morir peleando." Rel. Tere. apud, Lorenzana pag. 268.

“Malinche,” se alzó entre el enemigo, y seis fuertes y atléticos guerreros de sus filas, cayendo á un tiempo sobre él, hicieron un violento esfuerzo para arrastrarle á bordo de su canoa. En esta lucha recibió una herida grave en la pierna que lo inutilizó por algun tiempo. Parecia no quedarle ya esperanza, cuando uno de los leales que le seguian, llamado Cristobal de Olea, á vista del extremo peligro de su general, se precipitó sobre los aztecas y de un golpe le hechó abajo el brazo á un salvaje y luego pasó á otro con su espada, viniendo con presteza á sostenerle un camarada suyo llamado Lerma y un gefe tlascalteca, quienes combatiendo sobre el postrado cuerpo de Cortés, quitaron la vida á otros tres de los que le asaltaron. Mas el heroico Olea pagó cara su lealtad, pues cayó mortalmente herido al lado de su general (8).

Pronto se difundió entre los soldados la noticia de que el comandante habia sido hecho prisionero; y Quiñones, capitan de su guardia, con otros va-

[8] Ixtlilxochitl, que de buena gana quisiera que su real pariente fuera heredero universal de cuantos actos de heroismo carecen de dueño conocido, ó se duda quien sea éste, reclama fuertemente para él en la presente ocasion, y dice que una inscripcion que existia en una puerta del convento de Tlaltelolco, recuerda largamente el hecho de haber sido aquel, el gefe Tescucano que salvó la vida á Cortés, (Venida de los españoles pag. 38). Pero Camargo atribuye toda la gloria á Olea bajo la fé de un *famoso guerrero Tlascalteca* que se halló presente y se lo refirió. [Hist. de Tlaxcala MS.]. Lo mismo sostiene resueltamente Bernal Diaz, quien pagó á la memoria de su paisano Olea un cordial tributo, llamándole un excelente hombre y el soldado mas valiente del ejército. [Hist. de la Conq. cap. 152.—204]. Saavedra el poeta cronista, mas cronista que poeta á veces, que visitó el Teatro de la guerra cuando se hallaban aun allí todos los conquistadores, dá tambien á Olea el lauro de esta accion, recordando el hecho en unos versos que tienen á lo menos el mérito de la veracidad histórica.

“Túvole con las manos abrazado,
Y Francisco de Olea el valeroso,
Un valiente español, y su creado
Le tiró un tajo bravo y riguroso:
Las dos manos á cércen le ha cortado,
Y él le libró del trance trabajoso,
Hubo muy gran rumor porque decian
Que ya en prision amarga le tenian.”

“Llegaron otros indios arriscados,
Y á Olea mataron en un punto,
Cercaron á Cortés por todos lados,
Y al miserable cuerpo ya difunto:
Y viendo sus sentidos recobrados,
Puso mano á la espada y daga junto,
Antonio de Quiñones llegó luego
Capitan de la guardia ardiendo en fuego.

El peregrino indiano. Canto 20.

rios acometieron violentamente para libertarle, lo que lograron desasiendo á Cortés de las garras de sus enemigos, que luchaban con él en la agua, y levantándole en sus brazos le colocaron de nuevo en la calzada. Entre tanto, uno de sus pages habia logrado penetrar un poco en el gentío, trayendo un caballo para que montase su amo; mas el jóven fué herido de una jabalina en la garganta, lo que le impidió efectuar su intento. Otro de los de su séquito, su camarista Guzman, fué mas afortunado; pero mientras acomodaban en la silla á Cortés, y él tenia las riendas, fué arrebatado por los aztecas y con la celeridad del pensamiento se vió arrastrado á gran distancia por sus canoas. El general si bien adolorido, permanecia silencioso é inmóvil, no queriendo abandonar aquel sitio, mientras su presencia pudiera ser allí de alguna utilidad. Mas el fiel Quiñones, tomando por la brida el caballo le hizo volver grupa, exclamando al mismo tiempo, "que la vida de su amo era demasiado importante al ejército, para esponerla aquí" (9).

Mas no era fácil abrirse paso al través de la muchedumbre. La superficie de la calzada estaba enteramente destruida por los piés de hombres y caballos atascados en el lodo, y en algunas partes tan hendida, que se inundaba con la agua de las acequias. La multitud apiñada en los esfuerzos que cada uno hacia para desenredarse de su peligrosa posicion, se agitaba moviéndose á todos lados á semejanza de un ebrio. Los que se hallaban en las orillas, forzados por la presión lateral de los demas, caian resbalando por los bordes á la agua, donde eran recogidos por las canoas del enemigo, cuya algazara manifestaba la alegría bárbara con que amontonaban nuevas víctimas para el sacrificio. Dos caballeros que cabalgaban al lado del general, resbalaron por la pendiente y cayeron al agua. Uno fué cogido y su caballo fué muerto. El otro tuvo la dicha de escapar. El valiente abanderado Corral, tuvo igual fortuna, pues habiendo resbalado á la acequia cuando el enemigo ya tocaba su presa, logró de nuevo recobrar la calzada con la bandera de Castilla hecha tiras, pero ondeando sobre su cabeza. Los indios exhalaban un grito de rabia, mirando burlada su esperanza de apoderarse de un trofeo, al que como hemos visto, el pueblo de Anáhuac daba la mayor importancia: y tanto, que apenas la tendria mayor á sus ojos, la prision del mismo general en jefe (10).

[9] "Eaquel capitan que estaba con el general que se decia Antonio Quiñones, dijole vamos, señor, de aquí, y salvemos vuestra persona, pues ya esto está de manera, que es morir desesperado atender; é sin vos, ninguno de nosotros puede escapar, que no es esfuerzo, sino poquedad, porfiar aquí otra cosa"—Oviedo. Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 26.

[10] Acaso será esta misma la Bandera de que dá noticia Mr. Bullok estar guardada en el Hospital de Jesus, "donde, dice, nosotros vimos el mismo estandarte bordado, bajo el cual, el gran capitan arrancó este inmenso imperio al desgraciado Moctezuma"

Seis meses en Méjico Vol I. cap. 10.

Al fin logró Cortés ganar la tierra firme, y alcanzar la plaza abierta delante de la gran calle de Tacuba. Allí, bajo un vivo fuego de artillería, reunió sus dispersas tropas, y cargando á la cabeza de el pequeño cuerpo de caballería, que por no haber entrado en acción, estaba de refresco, obligó á retirarse completamente al enemigo. Entonces mandó la retirada de las otras dos divisiones. Se unieron, pues, de nuevo las fuerzas esparcidas; y el general, enviando á la vanguardia á los indios sus aliados, tomó la retaguardia con un escogido cuerpo de caballería para cubrir la retirada del ejército, que no sin nueva, aunque pequeña pérdida, vino á efectuarse (11).

Andrés de Tapia fué enviado á la calzada del Oeste para informar del mal logro de la empresa á Alvarado y á Sandoval, que se habian internado bien adentro de la ciudad, y estimulados por las aclamaciones de triunfo de sus paisanos, que se oían en las calles inmediatas, hicieron un empuje extraordinariamente vigoroso para que no les fuera por ellos arrebatada su parte en la gloria de aquella lucha. Estaban ya casi en la plaza del mercado, mas cercana á su campo que al del general, cuando percibieron el pavoroso toque de la trompeta de Guatemotzin (12), seguido de los sobrehumanos gritos de los bárbaros que tanto sobrecogieron lo oídos de Cortés, y oyeron como iba apartándose el ruido del combate, hasta que por fin se perdió á lo lejos. Entonces conocieron los dos capitanes que era llegado el día infausto para sus compatriotas. Presto tuvieron mayores pruebas de ello, cuando los aztecas vencedores, al volver del alcance dado á Cortés, juntaron sus fuerzas á las que luchaban contra Sandoval y Alvarado, y cayeron sobre ellos con redoblada furia. Al mismo tiempo hicieron rodar al suelo dos ó tres cabezas ensangrentadas de españoles, prorrumpiendo en el grito de "Malinche." Los capitanes horrorizados á su vista, aunque daban poca fé á las señales del enemigo, dieron al instante orden de retirada. No estaba á la verdad en su poder conservar la posición contra los furiosos asaltos de los sitiados, que arremetían con ellos un peloton tras otro con desesperacion tal, que "aunque

(11) Para esta desastrosa función de armas además de la carta de Cortés y la crónica de Díaz tantas veces citadas, véase Sahagún Hist. de N. España. M. S. lib. 12, cap. 33.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Gómara, crónica cap. 138.—Torquemada, *Mojahua-Indiana*, lib. 4, cap. 94.—Oviedo Hist. de las Ind. M. S. lib. 33, cap. 26.—48

(12) "El resonido de la corneta de Guatemuz." La trompeta mágica de Astolfo no era mas terrible.

"Dico che'l corno é di si orribil suono,
Ch'ovunque s'oda, fa fuggir la gente.
Non può trovarsi al mondo un cor si buono,
Che possa non fuggir come lo sente.
Rumor di vento e di tremuoto, e'l tuono,
A par del suon di questo, era niente."

Orlando furioso, Cant. 15, est. 15.

„ahora, dice un testigo presencial, me parece tener la accion delante de los „ojos, no podré dar sino una débil idea de ella al lector. Solo Dios pudo „sacarnos á salvo de los peligros de aquel dia” (13). Los furiosos bárbaros siguieron á los españoles hasta sus atrincheramientos, donde se detuvieron primero por los fuegos cruzados de los bergantines, que por sobre las empalizadas que se colocaron para bararlos, enfilaban completamente la calzada, y luego por los fuegos de una pequeña batería situada frente del campo, la cual bajo la direccion de un hábil ingeniero llamado Medrano, barria toda la longitud del mismo desfiladero. Así batidas por el frente y por los flancos las quebrantadas columnas de los aztecas, fueron compelidas á abrir paso y á refugiarse bajo las defensas de la ciudad.

Grandísima era la ansiedad que reinaba en el campo acerca de la suerte de Cortés, porque Tapia habia sido detenido en el camino por algunas partidas del enemigo, apostadas allí por Guatemotzin, para cortar la comunicacion entre los dos campamentos; y aunque sin embargo de esto, llegó al fin moribundo de varias heridas, su cabeza no estaba capaz de allanar las dificultades que se presentaban á los españoles, si bien pudo tranquilizarlos respecto de la persona de Cortés, refiriéndoles que estaba en salvo.

Especialmente Sandoval deseaba con ansia informarse del estado actual de cosas y de los ulteriores planes de Cortés; y aunque tenia tres heridas que recibió en la refriega aquel mismo dia, resolvió visitar personalmente los cuarteles del general en gefe. Era el medio dia, porque las afanosas escenas de la mañana habian durado pocas horas, cuando Sandoval volvió á montar su excelente caballo de regalo, en cuyo vigor y ligereza se podia confiar. Este noble animal era famoso en el ejército y digno de su valiente ginete, á quien habia sacado á salvo de todas las prolongadas marchas y sangrientas batallas de la conquista (14). En el tránsito tropezó con los exploradores de Guatemotzin, que le dieron caza y arrojaron á su alrededor una rociada de proyectiles, que por fortuna no encontraron ningun punto vulnerable en su propia armadura ni en la de su corcel, que iba bien bardado.

(13) “Por que yo no lo sé aquí escribir que aora que me pongo á pensar en ello, es como si visiblemente lo viese, mas buelvo á decir, y así es verdad, que si Dios no nos diera esfuerzo, segun estabamos todos heridos: él nos salvó, que de otra manera no nos podiamos llegar á nuestros ranchos.”

Bernal Díaz, Hist. de la Conq. cap. 152.

[14] Este famoso caballo, émulo del Babieca del Cid, tenia por nombre *Motilla*; y cuando se queria elojiar un caballo, se decia: “Es tan bueno como *Motilla*.” Así lo refiere el príncipe de los cronistas, Díaz, que puso especial cuidado en que no se defraudase ni á los hombres ni aun á los animales, su justa recompensa en estas campañas contra los infieles. El caballo era de color castaño, con una mancha en la frente, y para que fuera mas estimado tenia un pie solamente blanco. Véase la Hist. de la Conq. cap. 152, 205.

Al llegar al campamento, encontró las tropas muy decaídas y desalentadas por el desastre de aquella mañana, y á la verdad con sobrada razón, pues además de los muertos y gran porción de heridos, sesenta y dos españoles y una multitud de aliados habían caído vivos en manos del enemigo; de un enemigo que jamás perdonaba á los prisioneros. La pérdida de dos piezas de artillería y de siete caballos, coronaba su propia desgracia y los triunfos de los aztecas. Esta pérdida tan insignificante en una guerra en Europa, era muy grande aquí, donde los caballos y los cañones, que eran las armas mas poderosas contra los bárbaros, no podían reponerse sino á grandísimo costo y con suma dificultad (15).

Se observó que Cortés se condujo por todas partes en este día de prueba, con su acostumbrada intrepidez y serenidad. La única vez que pareció vacilar, fué cuando los mexicanos arrojaron delante de él las cabezas de algunos españoles, gritando al mismo tiempo: „Sandoval,” „Tonatihu,” que era el epíteto bien conocido de Alvarado. Al ver estos sangrientos trofeos se puso mortalmente pálido; mas recobrando en un momento su ordinaria confianza, se esforzó en alentar los desmayados ánimos de sus compañeros. Con semblante sereno recibió, pues, á su teniente; mas al través de su exterior compostura, se observaba una sombra de tristeza, que mostraba el grave peso con que oprimía su corazón, la catástrofe de la *puente cuidada*, que fué el nombre que tristemente le dieron.

A las ansiosas preguntas del caballero acerca de la causa del desastre, Cortés contestó: „Por mis pecados me ha sucedido esto, hijo Sandoval:” por que este era el epíteto afectuoso con que distinguía Cortés á su muy querido y leal teniente. Le explicó luego la causa inmediata, que fué la negligencia del tesorero. Siguióse una larga conversacion en la que el general le declaró su intencion de suspender por algunos días la actividad de las hostilidades. „Tomareis el mando, continuó, por que yó me hallo demasiado estropeado „para cumplir con mis obligaciones. Vigilad por la seguridad de los campamentos y con especial atencion el de Alvarado. El és un soldado valiente: „lo sé muy bien; pero temo que los perros mexicanos no le espíen el momento en que se halle desprevenido” (16). Estas pocas palabras manifiestan

(15) Son disculpables los caballeros que no querían esponer demasiado sus caballos así, como asegura Díaz, solo podían reponerse al exesivo precio de 800 ó 1000 ps. cada uno. „Porque costaba en aquella sazón un caballo ochocientos pesos y aun algunos costaban á mas de mil.” Hist. de la Conq. cap. 151.—Véase tambien lib. 2.º cap. 3 nota 14, de esta obra.

(16) „Mira pues veis que yo no puedo ir á todas partes, á vos os encomiendo estos trabajos, pues veis que estoy herido y cojo; ruego os pongais cobro en estos tres Reales bien sé que Pedro de Alvarado, y sus capitanes y soldados avrán batallado, y hecho como cavalleros, mas temo el gran poder de estos perros, no los ayan desbaratado. Ibid. ap. 152.

el concepto que el general tenia formado de sus dos tenientes. Igualmente caballeros y valientes ambos; pero el uno añadía á estas cualidades la circunspeccion tan esencial para el logro de las peligrosas empresas, que faltaba notablemente al otro. El futuro conquistador de Guatemala tenia de cosechar la prudencia, como á veces sucede, de los amargos frutos de sus propios errores; y bajo la disciplina de Cortés aprendió á ser soldado. Habiéndolo terminado sus instrucciones, el general despidió para sus cuarteles á su teniente, dándole un afectuoso abrazo.

Iba bien avanzada la tarde cuando Sandoval llegó á su campamento, aunque el sol todavía daba sobre las colinas del Poniente, derramando sus rayos á los mas lejanos puntos del valle, é iluminando las antiguas torres y los templos de Tenochtitlan con una suave claridad, que no estaba en armonía con las tétricas escenas de la lucha, de que tan recientemente acababa de ser teatro aquella ciudad. Con todo, la tranquilidad de la hora fué inesperadamente turbada por los écos estraños del gran tambor del templo del Dios de la guerra, cuyo toque traía á la memoria de los españoles *la noche triste*, con todas sus terribles imágenes, pues era la única ocasion en que lo habian oído (17). Anunciábase así algun acto solemne de religion, dentro del impio recinto del *teocalli*; y los soldados sobrecojidos con aquel lúgubre sonido, que retumbaba en todo el valle á muchas leguas en contorno, dirigian la vista ácia el sitio de donde se escuchaba. Y vieron una larga procesion que circundaba la vasta plaza de la pirámide, porque el real de Alvarado, distaba apenas una milla de la ciudad, y en la atmosfera trasparente de aquella llanura, aun á gran distancia se distinguen perfectamente los objetos.

Así que la larga fila de sacerdotes y guerreros llegó á la cúspide plana del *teocalli*, los españoles vieron algunos que iban desnudos de la cintura arriba, de los cuales á varios, por lo blanco del cutis, conocieron ser sus compatriotas, que iban á ser las víctimas del sacrificio. Llevaban las cabezas ostentosamente adornadas con guirnaldas de plumas y abanicos en las manos, y les daban frecuentes golpes compeliéndolos así á tomar parte en las danzas que iban bailando en honor del dios azteca de la guerra. Los desdichados prisioneros fueron allí despojados de sus adornos, y uno tras otro, los fueron tendiendo sobre la gran piedra de los sacrificios, en cuya superficie convexa les acomodaban á cierta altura el pecho, de una manera conveniente para el diabólico oficio del verdugo sacerdotal, quien con un agudo y filoso cuchillo de *itzli*, les sajava al impulso de una sola puñalada el intersticio de las costillas; y metiendo su mano por la herida, estraía el corazon que caliente y humeante, se depositaba en el perfumador de oro que habia delante del

(17) Un atambor de muy triste sonido, en fin, como instrumento de demonios, y retumbaba tanto, que se oía dos, ó tres leguas. Ibid. loc. cit.

ídolo. El cuerpo de la martirizada víctima se echaba luego á rodar por los escabrosos escalones de la pirámide, que se tendrá presente estaban contruidos contra el mismo ángulo del edificio, un tramo bajo el otro; y los restos mutilados eran recojidos con ansia por los salvajes de abajo, que se preparaban con ellos prontamente el banquete de canibales que completaba la obra de abominacion (18).

Imaginémonos qué sensaciones produciria en los españoles asombrados, el ver este horrible espectáculo tan de cerca, que casi podian reconocer las personas de sus desdichados amigos: mirar sus esfuerzos y sus contorsiones: oir, ó imaginarse que oian, sus alaridos de agonía, aunque sin embargo bastante lejos para no poder prestarles ningun auxilio. Temblábanles las carnes al considerar que un día acaso ellos sufririan la propia suerte: y aun los mas valientes que hasta allí se habian presentado al combate tan serenos y alegres como á un festin ó á un sarao, no pudieron en lo de adelante encontrarse con sus feroces enemigos, sin sentirse preocupados de una debilidad muy próxima al miedo (19).

Diverso fué el efecto que este espectáculo produjo en las fuerzas mexicanas reunidas al extremo de la calzada. Como buitres furiosos al olor de un cadáver lejano, arrojaron un grito penetrante; y esclamando: „tal sea el destino de todos nuestros enemigos,” se precipitaron por la calzada, como un

[18] Ibid. ubi supra.—Oviedo Hist. de las Indias M. S. lib. 33, cap. 48.

“Sacándoles los corazones, sobre una piedra que era como un pilar cortado, tan grueso como un hombre y algo mas y tan alto como medio estadio; allí á cada uno hechado de espaldas sobre aquella piedra, que se llama Techcatl, uno le tiraba por un brazo y otro por el otro y tambien por las piernas otros dos, y venia uno de aquellos satrapas, con un pedernal, como un hierro de lanza enbastado, en un palo de dos palmos de largo, le daba un golpe con ambas manos en el pecho; y sacando aquel pedernal, por lo misma llaga metia la mano y arrancabale el corazon, y luego fregaba con él la boca del Idólo; y hechaba á rodar el cuerpo por las gradas abajo, que serian como cincuenta ó sesenta gradas, por allí abajo iba quebrando las piernas y los brazos, y dando cabezazos con la cabeza, hasta que llegaba abajo aun vivo.—Sahagun, Hist. de N. España.—M. S. lib. 12, cap. 25.

(19) A lo menos tal es la sincera confesion que hace el capitan Diaz, que era un soldado tan intrépido como el que mas del ejército. Sin embargo, se consuela reflexionando que el temblor de sus carnes, mas bien seria provenido de exceso, que no de falta de valor, pues nacia de la conciencia de su propio vigor contra los grandes riesgos á que su ánimo osado estaba á punto de precipitarle. El pasaje original es una buena muestra del inimitable *candor* del antiguo cronista. “Digan agora todos aquellos caballeros que desto del militar entienden y se han hallado en trances peligrosos de muerte, á que fin hecharán mi temor, si es á mucha flaqueza de ánimo, ó á mucho esfuerzo, por que como he dicho, sentia yo en mi pensamiento, que avia de poner por mi persona, batallando en parte que por fuerza avia de temer la muerte mas que otras vezes, y por esta me temblava el corazon, y temia la muerte.” Hist. de la Conq. cap. 156.

torrente impetuoso sobre el foso. Mas los españoles estaban prevenidos; y antes de que aquella horda de bárbaros penetrase en sus líneas, rompieron un fuego tan mortífero con su artillería gruesa, sostenido por los mosquetes y ballestas, que los enemigos fueron obligados á retirarse á su anterior posición poco á poco; pero sumamente destrozados.

Los cinco dias siguientes pasaron sin otra accion notable, mas que las necesarias para repeler las salidas, que de cuando en cuando hacian los sitiados. Ensoberbecidos con su triunfo los mexicanos, se entregaban durante esos dias al regocijo, bailando, cantando y comiendo los mutilados restos de sus miserables víctimas. Guatemotzin envió algunas cabezas de los españoles y de sus caballos á toda la comarca, invitando á todos sus antiguos vasallos á desertar de las banderas de los blancos, á menos que no quisiesen ser partícipes de el destino que estaba preparado á los enemigos de México. Los sacerdotes excitaron la alegría del jóven monarca y del pueblo, declarando: que su ofendida deidad, el tremendo Huitzilopochtli, aplacada por los sacrificios que se habian ofrecido en sus altares, se dignaba tomar de nuevo bajo su amparo á los aztecas, y haria caer en sus manos á los enemigos antes de ocho dias (20).

Esta alhagüena predicción en que confiadamente creyeron los mexicanos, se anunció al ejército sitiador por los acentos de triunfo y de desafío, que con el estrépito del trueno llegaban á sus oídos. Sin embargo, los españoles la menospreciaban, aunque no puede decirse otro tanto de los aliados, quienes estaban ya disgustados de un servicio tan lleno de peligros y sufrimientos, y que se prolongaba mas allá de la duración ordinaria de las hostilidades entre los indios. Su confianza en los españoles habia menguado mas que ántes, mostrándoles la experiencia que no eran estos ni invencibles, ni inmortales; y sus recientes reveses les hacian desconfiar del poder de los cristianos, para hacer rendir la metrópoli azteca. Veníanles á la imaginación las terribles palabras de Xicotencatl que habia dicho: „tan sacrílega „guerra ningun bien puede traer al pueblo de Anáhuac,” y no podian dejar de conocer, que ellos habian vuelto sus armas contra los dioses de su patria. Pesaba sobre sus corazones la predicción del oráculo; y no dudando de su cumplimiento, ansiaban solo por desviar de sus propias cabezas el rayo, separándose á tiempo de la causa que ora defendian.

Se aprovecharon, pues, de el favorable manto de la noche, para escaparse de el campo sin ser vistos; y una compañía tras otra desertaron así, tomando el camino de sus casas; y los de las grandes poblaciones del valle, cuya alianza era mas reciente, fueron los primeros en descartarse de ella. Su

(20) Herrera Hist. guer. dec. 3, lib. 2, cap. 20.—Ixtlilxochitl, venida de los Esp pp. 41, 42. “Y nos decian que de ahí á ocho dias no avia de quedar ninguno de nosotros. á vida, por que así se lo avian prometido la noche antes sus dioses.”—Bernál Díaz Hist de la Conquista, cap. 153.

ejemplo fué seguido por los aliados mas antiguos, como las milicias de Cholula, Tepeaca, Tescuco y aun de la fiel Tlascala. Hubo á la verdad algunas excepciones, y entre ellas Ixtlilxochitl, jóven señor de Tescuco, y Chichimecatl, caudillo valeroso de Tlaxcala, quienes con algunos pocos de su inmediato séquito, permanecieron leales á la bandera bajo la cual se habian alistado; pero su número era insignificante. Desalentaba á los españoles el ver como se disipaba al soplo de la supersticion, aquella numerosa cohorte en cuyo apoyo habian confiado. Solo Cortés mostraba un semblante alegre, manifestando el mayor desprecio hácia la predicción, que miraba como una invencion de los sacerdotes; y envió sus mensajeros á los fugitivos, suplicándoles difiriesen su marcha, ó se detuviesen en el camino, hasta que el vencimiento del plazo que estaba ya bien cercano, mostrase la falsedad de la profecía.

Es preciso confesar que la posicion de los españoles en esta crisis, tomaba un aspecto bien lúgubre. Abandonados de sus aliados: próximas á consumirse todas sus provisiones: interceptados los ordinarios abastos de los pueblos vecinos: abrumados de fatigas y desvelos interminables: padeciendo vivamente de las heridas que casi todos habian recibido, con un pais hostil á su retaguardia, y un mortal enemigo al frente; ¿quién pudiera acusarlos, si hubiesen abandonado su empresa? De dia, harto hacian con forragear en la comarca, y en mantener su posicion en las calzadas contra el enemigo: doblemente osado por sus triunfos y por las promesas de los sacerdotes; mientras que en la noche, no les dejaba un instante de reposo el melancólico tambor, cuyos golpes resonando á gran distancia sobre las aguas, ofuscaba los clamores de sus compañeros que eran asesinados. Noche con noche se inmolvaban nuevas víctimas ante el gran altar del sacrificio; y mientras la ciudad resplandecía con la iluminacion de millares de fuegos de regocijo, que ardian en las azoteas de todos los edificios y en los atrios de los Templos, el horroroso espectáculo que entre tanta deslumbradora claridad se mostraba, como la obra de los ministros del infierno, se distinguia perfectamente desde el campamento de los españoles. Una de las últimas víctimas fué Guzman, el desgraciado camarero de Cortés, cuyo cautiverio se prolongó por diez y ocho dias, al cabo de los cuales vino á sufrir su destino (21).

(21) Sahagun Hist. de la N. España M. S. lib. 12, cap. 36. Ixtlilxochitl, venida de los Esp. pp. 41 y 42.

Los literatos españoles verán que no es mi propia imaginacion la que me ha sugerido la pintura de estos horrores. "Digamos ahora lo que los mejicanos hacian de noche en „sus grandes y altas cues, y es que tañian su maldito atambor, que dije otra vez, que era „el de mas maldito sonido y mas triste que se podia inventar, y sonaba muy lejos; y ta- „ñian otros peores instrumentos. En fin, cosas diabólicas y tenian grandes lumbres, y „daban grandísimos gritos, y silvos, y en aquel instante estaban sacrificando de nuestros „compañeros, de los que tomaron á Cortés, que supimos que sacrificaron diez dias arreo,

Mas en esta hora de prueba no decayó el ánimo de los españoles; ¿ni como hubieran desmayado, teniendo muy inmediatos ejemplos de fortaleza en algunas de sus propias mugeres, que no se separaron de su lado en el campo ni un solo momento, y que en esta ocasion desarrollaron un heroismo del que nos ha conservado la historia algunos recuerdos? Una de ellas, cubriéndose con la armadura de su marido, le remplazaba frecuentemente, montando la guardia en su lugar, cuando estaba causado. Otra, poniéndose á toda prisa el escaupil de un soldado, y arrebatando una espada y una lanza, se arrojó en otra ocasion á contener la retirada de sus compatriotas, á los que hizo revolver, y condujo contra el enemigo. Cortés pretendió persuadir á estas amazonas á que se quedasen en Tlaxcala; mas ellas con arrogancia le replicaron „que el deber de las mugeres de Castilla, era no abandonar á sus maridos en el peligro, sino participar de él, muriendo á su lado si fuese necesario.” Y en efecto cumplieron con este deber (22).

En medio de tan apurada situacion, y de los multiplicados embarazos que la acompañaban, los españoles no aflojaron un punto de su intento, ni relajaron en lo mas mínimo lo riguroso del sitio. Todos los caminos que conducian á la ciudad, estaban ocupados por sus campamentos, y sus baterías, barriendo los prolongados desfiladeros, cada vez que los aztecas intentaban nueva salida, hacian caer centenares de estos. Sus bergantines dominando las lagunas, cortaban absolutamente la comunicacion con la ribera; y aunque la falta de las canoas auxiliares dejaba abierto un paso á alguna casual introduccion de víveres á la capital (23), el acopio era pequeño y mientras la poblacion amontonada se gozaba en sus pasajeros triunfos y en los que las engañosas promesas de los sacerdotes les hacian creer, la garra mortífera de un enemigo interior, mas terrible que el que se hallaba á las puertas de la ciudad, la iba hundiendo en la mas espantosa sima.

„hasta que los acabaron, y el postrero dejaron á Cristóval de Guzman, que viro lo tavieron diez y ocho dias, segun dijeron tres capitanes mejicanos que prendimos.” Bernal Díaz, Hist. de la Conq. cap. 153.

[22] “Que no era bien que mugeres castellanas dejásen á sus maridos, iendo á la guerra, y que donde ellos muriesen morirían ellas.”

Herrera Hist. Gen. dec. 3, lib. 1, cap. 22.—El historiador ha conservado los nombres de algunas de estas heroínas que indudablemente merecen participar de los honores de la conquista, y son: Beatriz de Palacios, María de Estrada, Juana Martin, Isabel Rodriguez y Beatriz Bermudez.

(23) Ibid. ubi supra.

CAPITULO VII.

TRIUNFO DE LOS ESPAÑOLES.—OPRECIMIENTOS INFRUCTUOSOS A GUATEMOTZIN.—EDIFICIOS DEMOLIDOS.—HAMBRE TERRIBLE.—LAS TROPAS GANAN LA PLAZA DEL MERCADO.—CATAPULTA.

1521.

Los ocho días prescritos por el oráculo habian espirado; y el sol del día nono alumbraba la hermosa ciudad, circunvalada por el enemigo inexorable. Sin duda fué grande indiscrecion de los sacerdotes aztecas asignar un término tan breve al cumplimiento de su prediccion: bien que no es raro que los falsos profetas incurran en tales desacuerdos, por su mismo deseo de causar una impresion profunda y sorprendente en sus secuaces (1).

Los gefes de Tescuco y de Tlascala, enviaron á informar á sus tropas no haberse verificado la profecía, y convocándolas á venir al campo cristiano. Los tlascaltecas que habian hecho alto en el camino, retrocedieron corridos de su credulidad, y mas que nunca exaltada su antigua animosidad por el artificio con que habian sido chasqueados. Su ejemplo fué seguido de muchos de los aliados, con la versatilidad propia de un pueblo, cuyas convicciones no son el resultado del raciocinio, sino de la supersticion. En breves dias el general español se encontró á la cabeza de una fuerza auxiliar, si no tan numerosa como ántes, mas adecuada ciertamente á todos su proyectos. Los recibió con benignidad y atencion; y aunque les vituperó como un gran crimen el que habian cometido de abandonar á su gefe, díjoles que queria disimularlo en consideracion á sus servicios anteriores, pues aunque ya veian que estos servicios no hacian falta á los españoles, quienes sin su ayuda habian proseguido en su ausencia el sitio, con igual vigor que cuando se hallaban presentes, no queria que, ya que habian participado en su compañía de los azares de guerra, dejasen de ser asimismo partícipes de sus triunfos, hallándose presentes á la caida de su enemigo, la cual prometia con una confianza mejor fundada que la prediccion de los sacerdotes mexicanos, que ya no tardaria largo tiempo.

Pero las amenazas é intrigas de Guatemotzin no dejaban de surtir su

[1] Y aun no son tan vituperables los sacerdotes, si es cierto, como nos lo asegura Solís, que "andaba muy solícito aquellos días el demonio, esforzando en los oídos, lo que no podía en los corazones." Conq. lib. 5, cap. 22.

efecto en las provincias distantes. Antes del regreso de todos los aliados. Cortés recibió una embajada de Cuernavaca, que dista diez y ocho leguas de la capital, y otra de algunas poblaciones amigas de otomís, mas lejanas, implorando su proteccion contra sus formidables vecinos que los hostilizaban, considerándolos aliados de los españoles. La situacion que estos guardaban era mucho mas propia para recibir, que para prestar socorros á otros (2). En consecuencia, muchos oficiales se oponian á que se accediese á aquella demanda, que á ser obsequiada, disminuiría notablemente sus fuerzas, ya bastante menguadas. Mas Cortés conoció cuanto le importaba sobre todo, no dar á conocer que era impotente para protegerlos. „Nuestra debilidad y nuestras necesidades, decia, cubrámoslas, haciendo ostentacion de fuerza” (3).

Destacó, pues, inmediatamente á Tapia con un cuerpo de cosa de cien hombres, en cierta direccion, y á Sandoval en otra, con alguna mas fuerza, previniendo á ambos que no retardasen por mas de diez dias en ningun evento su regreso (4). Ambos capitanes ejecutaron su comision pronta y fructuosamente. Encontraron y batieron á su respectivo contrario en batalla campal; y dejando arruinados los lugares hostiles, regresaron al tiempo prescrito. Tras ellos llegaron embajadores de los lugares conquistados, solicitando la alianza de los españoles; y terminó este asunto con un aumento de nuevos aliados, y lo que es aun mas importante, con el convencimiento de los mas antiguos confederados, de que los españoles tenian voluntad y poder para protegerlos.

La fortuna que siempre prodiga sus reveses y sus favores á manos llenas, se mostró ahora propicia á los españoles, enviándoles un buque á Veracruz, cargado de municiones de boca y de guerra, cuyo buque formaba parte de la flota destinada á la costa de la Florida, por el anciano y novelesco caballero Ponce de Leon. El cargamento fué inmediatamente tomado por las autoridades del puerto y enviado sin dilacion al campo, donde llegó á muy buen tiempo, pues la falta, especialmente de pólvora, comenzaba á sentirse (5). Con es-

(2) “Y teniamos necesidad antes de ser socorridos, que de dar socorros.” Rel. Terc. de Cortés ap. Lorenzana, pag. 272.

(3) “Dios, dijo el general, sabe el peligro en que todos estamos; pero como nos convenia mostrar mas fuerza y ánimo que nunca, y morir peleando, disimulábamos nuestra flaqueza así con los amigos, como con los enemigos.” Ibid. pag. 275.

(4) La fuerza de Tapia consistia en diez caballos y ochenta infantes; y la del alguacil mayor, como se titulaba Sandoval, en diez y ocho caballos y cien infantes. Ibid. loc. cit.—Tambien Oviedo, Hist. de las Indias MS. lib. 33, cap. 26.

(5) “Pólvora y ballestas, de que teniamos muy extrema necesidad.” (Rel. Terc. de Cortés ap. Lorenzana pag. 278). Esta fué probablemente la expedicion en que Ponce de Leon perdió la vida: expedicion dirigida á la Tierra Firme que visitó él primero en busca de la fuente de salud. La anécdota está referida con gracia por Irving, como se acordará el lector, en sus *Compañeros de Colon*.

tos refuerzos, Cortés determinó activar las operaciones, pero bajo un plan muy diverso del que antes habia seguido.

En las primeras deliberaciones acerca de esto, se propusieron como hemos visto, dos proyectos al general. El uno era atrincherarse en el centro mismo de la capital y desde allí proseguir las hostilidades. El otro fué el procedimiento que hasta aquí se habia ejecutado. Ambos estaban espuestos á serios inconvenientes, que se deseaban evitar con la adopcion de un plan nuevo. Este fué: no avanzar un solo paso sin asegurar ántes, no solo para el caso de una inmediata retirada, sino para las diversas correrias que pudieran ofrecerse en lo de adelante, la completa salvacion del ejército. Todos los fosos de las calzadas y las acequias de las calles deberian nivelarse sólidamente, de modo que no pudieran volver de nuevo á estorbarles. Los materiales para esta obra se tomarian de los edificios, que conforme fuera avanzando el ejército, debian irse demoliendo todos, sin distincion ninguna, ya fuesen públicos ó particulares, chozas, templos ó palacios, sin que uno solo de los que se hallasen en su tránsito pudiera escaparse. Todos indistintamente serian arrasados, hasta que „la agua, como decia el mismo conquistador, se convirtiera en tierra firme,” y el terreno quedase amplio y llano para las maniobras de la caballería y de la artillería (6).

No sin gran dificultad llegó á tomar Cortés esta determinacion, porque sinceramente deseaba conservar la ciudad, á la cual con el mayor entusiasmo califica de ser „la cosa mas bella del mundo” (7), y que formaria el mas glorioso trofeo de su conquista. Pero en una plaza, donde cada casa era una fortaleza, y donde cada calle estaba enteramente cortada por canales que impedian sus movimientos, la esperiencia habia probado que en vano se pensaba adelantar, ni llegar á dominarla, si no era obrando así. Poca esperanza habia de arreglar un acomodamiento de paz con los aztecas, que lejos de dividirse por los sufrimientos pasados, ni por la calamitosa perspectiva que se ofrecia á su vista, mostraban un ánimo tan altivo y tan implacable como siempre (8).

Los indios aliados supieron con ilimitada satisfaccion los designios de Cortés, á los que correspondieron, viniendo á su llamado millares de peones ar-

(6) El modo tan sencillo y calando, como de ordinario, con que el conquistador refiere esto en sus comentarios, tiene en su misma sencillez algo de espantoso. “Acordé de tomar un medio para nuestra seguridad y para poder mas estrechar á los enemigos; y fué, que como fuémos ganando por las calles de la ciudad, que fuesen derrocando todas las casas de ellos, del un lado y del otro, por manera que no fuésemos un paso adelante, sin lo dejar todo asolado, y lo que era agua, hacerlo tierra firme, aunque oviese toda la dilacion que se pudiese seguir.” Relac. terc. ap. Lorenzana pag. 279.

(7) “Porque era la mas hermosa cosa del mundo.” Ibid. pag. 278.

(8) “Mas ántes en el pelear y en todos sus ardidés, los hallabamos con mas ánimo que nunca.” Ibid. pag. 279.

mados con sus *coas* ó azadas del país, manifestando todos la mayor alegría por el auxilio que iban á prestar á la obra de destruccion (9). En breve tiempo las cortaduras de las calzadas fueron tan bien cubiertas, que nunca volvieron á molestarles. El mismo Cortés dió el ejemplo, cargando con sus propias manos las piedras y vigas necesarias para la obra (10). Los suburbios fueron luego arrasados, y con los escombros se nivelaron los canales, y al rededor de la ciudad se espeditó un amplio terreno para las maniobras de la caballería, que libremente y sin resistencia lo recorria. No fueron indiferentes á estos preparativos los mejicanos, viendo que devastaban su ciudad y los dejaban enteramente descubiertos y sin defensa contra el enemigo, é hicieron incesantes esfuerzos para impedir los trabajos de los sitiadores; mas estos bajo el alcance de sus cañones, que sin intermision hacian fuego, adelantaban su obra de desolacion (11).

El brillo de la fortuna que recientemente habia lucido para los mexicanos, desapareció como un relámpago; y una oscura nube vino á posarse mas fatigosa que ántes, sobre la ciudad proscrita. La hambre con todo su asqueroso séquito de calamidades, avanzaba rápidamente á pasos agigantados entre la hacinada poblacion. Los acopios hechos para el sitio estaban exhaustos. La provision que casualmente conseguian, ya de víctimas humanas, ya de otro género por medio de tal cual piragua que vagaba por las riberas vecinas, era tan poco considerable, que presto se consumia (12). Algunos se violentaban á tomar por escaso sustento una sustancia mucilaginosa que recogian en cortas porciones de la superficie de la laguna, (a) y de

(9) Sin embargo, apenas es creible el aserto del historiador Tescucano, de que cien mil indios se reunieron en el campo con este fin. "Vinieron todos los labradores con sus *coas* para este efecto, con toda brevedad... llegaron mas de cien mil de ellos." *Iztlixochitl*, ven. de los esp. pag. 42.

(10) Bernal Diaz Hist. de la conq. cap. 153.

(11) Sahagun que recojió lo que refiere de los mismos aztecas y que vió el lugar de la escena, antes de que la devastacion fuese enteramente reparada, escribió con la energia de un testigo de vista. "La guerra por agua y por tierra fué tan porfiada y tan sangrienta, que era espanto de verla, y no hay posibilidad para decir las particularidades que pasaban: eran tan espesas las saetas, y dardos, y piedras, y palos que se arrojaban los unos á los otros, que quitaban la claridad del sol: era tan grande la voceria y gritos de hombres, y mugeres y niños que vocaban y lloraban, que era cosa de grima; era tan grande la polvareda y ruido en derrocar y quemar casas, y robar lo que en ellas habia, y cantar niños y mugeres, que parecia un juicio." Hist. de N. Esp. MS. lib. 12 cap. 38.

(12) La carne de los cristianos hubiera servido para proporcionarles su ordinario alimento, sino hubiera sido porque, segun decian los mejicanos, era estremadamente amarga: lo cual considera Bernal Diaz como un milagro obrado á propósito en esta ocasion. Ibid. cap. 153.

(a) Esta substancia son los huevos de mosquitos, que depositados sobre los tules ó espadañas de la laguna, son todavia usados como alimento y se conocen con el nombre mejicano de "Ahuautle."

las acequias (13). Otros aplacaban la furia del apetito devorando ratones, lagartijas y otros reptiles igualmente asquerosos, que aun no habian abandonado la estenuada ciudad. Sus dias estaban contados. Pero las páginas de la historia nos ministran mas de un ejemplo que muestra que el sufrimiento humano no tiene límites, cuando el ódio y la desesperacion lo sostienen.

Deseoso el gefe español de hacer un gran esfuerzo á fin de salvar la capital, sobre la cual estaba suspendida la espada, persuadió á tres nobles aztecas que habian sido hechos prisioneros en una de las últimas acciones, á que se encargasen de llevar un mensaje de su parte á Guatemotzin, á pesar de la repugnancia que mostraban, temiendo las consecuencias que pudiera traerles. Cortés enviaba á decir al emperador: „que todos habian cumplido ya como valientes, haciendo cuanto era de hacerse para la defensa de su país: que no restaba á los mejicanos esperanza ni medios de escaparse: que sus provisiones estaban exhaustas y sus comunicaciones interceptadas: que sus vasallos habian desertado sus banderas y hasta sus dioses les traicionaban: que se encontraba solo contra todas las naciones de Anáhuac coligadas: que no le quedaba, pues, mas esperanza que una pronta rendicion: que se compadeciera de sus valientes súbditos que diariamente perecian á su vista, y de la hermosa ciudad, cuyos magestuosos edificios en breve no serian mas que un monton de ruinas. „Volved, concluye, al homenaje que habeis ofrecido „una vez al soberano de Castilla. Se olvidará lo pasado. Se respetarán las „personas, las propiedades, en una palabra, todos los derechos de los aztecas. Sereis confirmado en vuestra autoridad, y vuestra ciudad, habrá sido „protegida, aun otra vez, por la España” (14).

Al escuchar Guatemotzin proposiciones tan humillantes, sus ojos centellearon y sus oscuras mejillas se enrojecieron con la súbita ira. Pero, si bien ardía en su pecho la fiera del indio, tenia tambien las cualidades de un noble caballero, como dice uno de sus enemigos, que le conoció muy bien (15). No hizo ningun mal á los emisarios, y pasado el primer momento de calor, tomó en consideracion sosegadamente el asunto y convocó un consejo de sus sábios y guerreros para deliberar acerca de él. Algunos opinaban por aceptar las proposiciones, como que ofrecian el único camino de salvacion; pero los sacerdotes las consideraban bajo un aspecto diferente. Conocian que la ruina de su propio orden, seria la inevitable consecuencia del triunfo del cristianismo. „Buena es la paz, decian, pero no con los espa-

(13) Ibid. ubi supra.—Cuando se seca el sol este depósito de esa substancia viscosa tiene un sabor semejante al del queso, y servia de alimento en todo tiempo á las clases mas pobres, segun Clavijero. Stor. del Messico, tom. 2, pag. 222.

(14) Bernal Díaz. Ibid. cap. 154.

(15) “Mas como el Guatemuz era mancebo, y *muy gentil hombre* y de buena disposicion. Ibid. loc. cit.

noles." Recordaron á Guatemotzin la suerte de su tio Montezuma y la recompensa que obtuvo por toda su hospitalidad: la captura y prision de Camama el cacique de Tezcoco: la matanza de los nobles ejecutada por Alvarado: la insaciable codicia de los invasores, que habia despojado el pais de sus tesoros: la profanacion de sus templos: las injurias é insultos que habian acumulado contra el pueblo y contra su religion. „Mejor es, decian, confiar en las promesas de nuestros propios dioses, que por tanto tiempo han vigilado por la nacion. Mejor es, si fuere preciso, dar la vida de una vez por nuestra patria, que arrastrar la existencia esclavos y oprimidos entre los pérfidos estrangeros" (16).

La elocuencia de los sacerdotes que artificiosamente habia excitado todos los resentimientos de su pueblo, hizo hervir la sangre ardiente de Cuatemotzin. „Ya que así es, exclamó de repente, pensemos solo en ocurrir á las necesidades del pueblo. De aquí adelante ninguno que estime su vida habible de rendirse. Al fin muramos como guerreros" (17).

Dos dias aguardaron los españoles la respuesta de su embajada. Al cabo se verificó una salida general de los mejicanos, que á semejanza de un rio que hubiera reventado sus diques y se precipitase amontonando sus olas unas sobre otras, se derramaron por todas las garitas de la capital y llegaron hasta los atrincheramientos de los sitiadores, amenazando abrumarlos con su número. Afortunadamente la posicion de estos sobre las calzadas aseguraba sus flancos, y la estrechez de aquellos desfiladeros daba á su pequeña batería las mismas ventajas, que si hubiera sido mas grande. El fuego de cañones y mosquetes ardia sin cesar á lo largo de todas las calzadas, vomitando enormes nubes de humo azufroso, que estendiéndose pausadamente por sobre las aguas, formaban un denso velo al derredor de la ciudad indiana y la ocultaban de la vecina comarca. Al mismo tiempo, los bergantines hacian sus descargas sobre los flancos de las columnas, las cuales despues de vanos esfuerzos para sostenerse, retrocedieron en confuso desorden, hasta que ya dentro de la ciudad, exhalaban ásperos gritos en desahogo de su furia impotente.

Cortés proseguia con firmeza el plan que se habia propuesto para la de-

(16) "Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido: toma buen consejo sobre ello y no te fies de Malinche, ni de sus palabras, que mas vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quien nos harán esclavos y nos atormentarán." Ibid. ubi supra.

(17) "Y entonces el Guatemuz medio enojado les dijo: Pues así quereis que sea, guardad mucho el maiz y bastimentos que tenemos y muramos todos peleando: y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demandar paces, si no yo le mataré; y allí todos prometieron de pelear noches y dias y morir en la defensa de su ciudad." Ibid. ubi supra.

vastacion de la ciudad. Todos los dias se posesionaban las tropas de sus respectivos cuarteles, dirigiendo probablemente Sandoval sus operaciones contra la parte del N. E. de la ciudad. Los edificios construidos de poroso telzontli, aunque bajos en lo general, eran tan macizos y estensos y las acequias tan numerosas, que sus adelantos eran forzosamente tardíos. Sin embargo, los españoles acrecentaban su fuerza cada dia mas, con multitud de auxiliares que acudian de aquellos contornos y se unian para aquella obra de destruccion con una cordial complacencia, que mostraba su impaciencia por romper el yugo detestado de los aztecas. Estos miraban con rabiosa, aunque impotente ira, sus palacios y sus templos y cuanto estaban acostumbrados á venerar, inhumanamente arrasados: sus canales construidos con tanto trabajo é inteligencia (á lo menos en su opinion) colmados de escombros: en una palabra, su ciudad tan floreciente, convertida en un desierto sobre el cual caminaba ya triunfante el insolente enemigo. Sobre los indios aliados, acumulaban sus sarcasmos. „Proseguid, proseguid, les decian con amarga ironía, mientras mas destruyais mas tendreis que reedificar en lo venidero. Si triunfamos, edificareis para nosotros, y si triunfan vuestros amigos los españoles, os obligarán á que reedifiqueis para ellos” (18). Y el suceso vino á justificar la prediccion.

Ciegos de rabia se arrojaron sobre las guardias destinadas á proteger á los zapadores indios; pero frecuentemente los obligaba á retroceder con sus impetuosas cargas la caballería; ó bien se encontraban con las largas picas de Chinantla que prestaron buenos servicios á los sitiadores en sus operaciones. Mas al caer la tarde, cuando los españoles retiraban del campo sus fuerzas, cuidando de llevar por delante la innumerable hueste de los aliados, los mejicanos generalmente redoblaban con mayor esfuerzo sus formidables ataques. De cada callejuela, de cada vereda brotaban, como las corrientes en una montaña, barriendo la ancha llanura que el enemigo acababa de despejar; y cayendo impetuosamente sobre sus flancos y su retaguardia. No dejaban de sufrir en estos encuentros pérdidas muy considerables, hasta que una emboscada que les preparó Cortés entre los edificios inmediatos al templo principal, les causó tan grave daño, que se vieron obligados á obrar con mas cautela en lo de adelante.

A veces, durante esta guerra, relució el carácter caballeresco en encuentros personales de los beligerantes. Hubo entre ellos varios combates singulares, particularmente entre los guerreros del pais. Estos combates generalmente eran en las azoteas, cuya superficie ancha y plana ofrecia un buen

(18) “Los de la ciudad, como veian tanto estrago, por esforzarse decian á nuestros amigos, que no fizesen sino quemar y destruir, que ellos se las barian tornar á hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabian que habia de ser así, y si no, que las habian de hacer para nosotros.” Rel. Terc. apud. Lorenzana, pag 286.

campo para la lid. Cierta ocasion un mejicano de vigoroso aspecto, blandiendo una espada y armado de un escudo que habia ganado á los cristianos, los desafió á que viniesen á singular combate con él. Un jóven, page de Cortés, llamado Nuñez, obtuvo licencia de su amo para admitir el jactancioso reto del azteca; y trepando á la azotea, logró despues de un vigoroso combate vencer á su antagonista que tenia la desventaja de pelear con armas en cuyo uso no se habia adiestrado; y atravesándole de parte á parte el cuerpo, le arrancó sus despojos que llevó en triunfo y los depuso á los piés del general (19).

La division de Cortés tenia avanzados sus trabajos por el lado del Norte hasta la gran calle de Tacuba, por la cual se abrió la comunicacion con el campo de Alvarado, y junto á la cual se elevaba el palacio de Guatemotzin, que era una vasta mole de piedra y merecia mas bien el nombre de fortaleza. Aunque abandonado de su regio dueño, estaba guarnecido por un cuerpo de fuerzas aztecas, las que por algun tiempo resistieron, bien que con poca ventaja, contra las baterías de los sitiadores. Pronto fué entregado á las llamas y sus desmoronadas paredes reducidas á polvo, lo mismo que los otros edificios de la capital, que eran el orgullo y la admiracion de los aztecas, y los mas hermosos frutos de su civilizacion. „Triste cosa es, decia Cortés, ser testigo de su destruccion; pero tal era nuestro plan de operaciones y no podíamos hacer otra cosa” (20).

En estas operaciones se consumieron algunas semanas y el fin de Julio se acercaba. Durante este tiempo, el cerco se habia mantenido con el mayor vigor, y los infelices habitantes estaban sufriendo todas las extremas penalidades de la hambre. Algunos fueron cogidos en las inmediaciones del campo cristiano, vagando en busca de alimento, y se les trató amistosamente por órden de Cortés, que esperaba inducir así á otros á seguir su ejemplo y procurarse, conciliándose el afecto de los habitantes, los medios que le abriesen el camino para someterlos. Pero fueron muy pocos los que quisieron dejar el asilo de su capital, y prefirieron sufrir su suerte á la par de sus afligidos compatriotas, mas bien que entregarse á discreccion á los sitiadores.

Por estos prisioneros supieron los españoles el deplorable estado á que se hallaba reducida la numerosa poblacion en lo interior de la ciudad. Largo tiempo hacia que se habian agotado todos los medios ordinarios de subsis-

(19) Ibid. pag. 282, 284.—Herrera, Hist. gen. tec. 3, lib. 1, cap. 22, lib. 2, cap. 2.—Gomara, crónica capt. 140.—Oviedo, Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 28, Ixtlilt-xochiltl, Ven. de los Esp. pag. 43.

(20) “No se entendió sino en quemar y allanar casas, que era lástima cierto de lo ver; pero como no nos convenia hacer otra cosa, éramos forzados seguir aquella órden.” Ibid. pag. 286.

tencia, y los sitiados conservaban apenas la vida, ya comiendo raíces que escavaban de la tierra; ya royendo cortezas de árboles; ya devorando las yerbas, y en una palabra, cualquiera cosa por detestable que fuese que pudiera calmar el apetito. Su única bebida era la agna salobre que manaba de un terreno impregnado con la sal del lago (21). Con tan malos alimentos y con las enfermedades causadas por ellos, la población iba gradualmente acabando. Los hombres se enfermaban y morían diariamente en medio de los mas horrorosos tormentos producidos por la hambre; y los que sobrevivían, pálidos y estenuados, parecía que solamente esperaban que les llegase su vez.

Los españoles tuvieron una palpable confirmación de todas estas noticias, conforme penetraron mas adentro en la ciudad, y se aproximaron al distrito de Tlatelolco que ocupaban los sitiados; pues iban encontrando que habían escarbado la tierra en busca de raíces y yerbas, y despojado los árboles de sus tallos, de sus hojas y de su corteza. Enjambres de indios hambrientos huían á distancia con paso tan veloz y á la vez tan suave, que parecían espíritus entre las ruinas de su residencia anterior. Cadáveres insepultos yacían en las calles y en los patios, y muchos de los canales se hallaban completamente llenos de ellos; lo cual era señal segura de la estremidad á que habían llegado los aztecas, porque consideraban como un imperioso y solemne deber enterrar los muertos y habían cumplido con él religiosamente, cuando comenzaba el sitio. Posteriormente cuidaban de ocultar los muertos de la espectación pública, trayendo sus restos dentro de las casas. Pero el número de estos y las penalidades de los que sobrevivían se aumentaron tan considerablemente, que vino á serles indiferente la vista de los muertos, en términos que llegaron á tolerar que sus amigos y parientes permaneciesen tirados y se pulverizasen en el mismo sitio donde arrojaban su último suspiro (22).

Un espectáculo verdaderamente aterrador se presentaba á los invasores,

(21) "No tenían agua dulce para beber, ni para de ninguna manera de comer; bebían de la agua salada y hedionda, comían ratones y lagartijas, y cortezas de árboles y otras cosas no comestibles; y de esta causa enfermaron muchos y murieron muchos." Sahagun, Hist. de N. España, MS. lib. 12, cap. 39.—También Relac. Terc. de Cortés, apud Lorenzana, pag. 289.

(22) "Y es verdad, y juro amen que toda la laguna y casas, y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de que manera lo escriba." Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 156.—Clavijero considera que de propósito dejaban los mejicanos los cadáveres insepultos para que el hedor incomodase á los españoles y los hiciera alzar el sitio. [Stor. del Messico tomo III, pag. 231, nota.] Pero semejante designio hubiera hecho mas daño á los sitiados que á los sitiadores, cuya presencia, en la capital era muy transitoria, y así es mas natural atribuirlo á las mismas causas, por lo que se ha hecho lo mismo en otras partes en circunstancias semejantes, ocasionadas por pestes ó hambres.

conforme iban entrando en las habitaciones. Los espectros de sus inquilinos cubrían el piso, los unos estaban moribundos, los otros ya corrompidos: hombres, mugeres y niños respiraban aquella atmósfera envenenada y se hallaban indistintamente mezclados: madres con sus criaturas muertas de hambre en los brazos, sin tener que darles, ni aun el natural alimento: hombres acribillados de heridas con sus cuerpos horriblemente mutilados, que en vano intentaban huir arrastándose á la entrada del enemigo. Pero aunque en estado tan deplorable, desdeñaban pedir gracias y aun lanzaban una mirada sobre los invasores con la terrible ferocidad del tigre herido, rastreado por el cazador en su guarida. El gefe español dió las mas estrechas órdenes para que se diese cuartel á estas víctimas infelices y sin fuerzas; más los indios aliados sin distincion ninguna miraban en cada azteca, cualesquiera que fuesen sus circunstancias, un enemigo; y en medio de los mas espantosos gritos de triunfo, demolian los medio quemados edificios sobre sus cabezas, consumiéndolos á todos vivos y muertos, que iban á confundirse en una pira común.

Pero tan terribles como eran estos sufrimientos, no lograron inclinarlos á someterse. Todavía habia muchos que, ó bien por ser mas vigorosos, ó por haber sido mas favorables sus particulares circunstancias, mostraban su acostumbrada energía de cuerpo y de ánimo, y el mismo porte arrojado y resuelto que antes. Estos rechazaron con orgullo todas las insinuaciones de Cortés, declarando que preferian la muerte á la rendicion, y añadieron con el tono mas amargo de satisfaccion: que los invasores verian al fin chasqueadas sus esperanzas de apoderarse del tesoro, porque este habia sido enterrado en parte donde jamas pudieran encontrarlo (23).

Las mugeres se dice que participaban de este ánimo desesperado, ó mas bien heroico, mostrándose infatigables en la asistencia de los enfermos y curacion de los heridos, y tambien ayudando á los guerreros en las batallas, porque ya les llevaban piedras, flechas y toda clase de armas, ya preparaban las hondas y ponian cuerdas á los arcos. En suma, desplegaron toda la constancia y el valor que en nuestros dias mostraron las nobles doncellas de Zaragoza, y las de Cartago en la antigüedad (24).

(23) Gonzalo de las Casas, defensa MS. cap. 28, Martyn de Orbe Novo, dec. 5, cap. 8.—Ixtlilxochitl, Venida de los Esp. pag. 45. Rel. Terc. de Cortés apud. Lorenzana pag. 289. Oviedo Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 29.

(24) Muchas cosas acaecieron en este cerco, que entre otras generaciones estobieran discantadas, é tenidas en mucho, en especial de las mugeres de Temixtitán, de quien ninguna mención se ha hecho. Y soy certificado, que fué cosa maravillosa y para espantar, ver la prontitud y constancia que tobieron en servir á sus maridos, y en curar los heridos, é en el labrar de las piedras para los que tiraban con hondas, é en otros oficios para mas que mugeres." Oviedo, Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 48.

Cortés habia llegado á una de las grandes entradas que conducen á la plaza del mercado de Tlaltelolco, que era tambien el objeto de los movimientos de Alvarado. Un solo canal habia al paso; pero muy ancho y vigorosamente defendido por los flecheros mejicanos. Una noche estando el ejército en sus atrincheramientos de la calzada, vieron los españoles con sorpresa una luz extraordinaria que parecia salir de el gran *teocalli*, situado en la parte de la ciudad que mira al Norte, y que por consiguiente era la mas distante de la posicion que guardaban. Este templo dedicado al terrible dios de la guerra, á ningun otro cedia, á escepcion de la pirámide de la plaza mayor; y los españoles mas de una vez habian visto conducir á él á sus desgraciados compatriotas para sacrificarlos. Supusieron, pues, en esta ocasion que seria alguna de las diabólicas ceremonias del enemigo la causa de aquella claridad; pero fué elevándose mas y mas la flama, hasta que se percibió distintamente que el mismo Santuario era el que estaba entregado á las llamas. A una voz prorrumpieron los soldados en un grito de júbilo, porque juzgaban seguro que esto era indicio de que sus compatriotas de la division de Alvarado, habrian tomado posesion de aquel importante edificio.

Y así era la verdad. El valiente oficial cuya posicion en la calzada del Oeste, le colocaba á la inmediacion del distrito de Tlaltelolco, obedeció al pié de la letra las instrucciones de su gefe, arrasando completamente cuantos edificios encontraba al paso y llenando con los escombros los fosos, hasta llegar delante del gran *teocalli* que estaba inmediato al mercado. Envió una compañía al mando de un caballero llamado Gutierrez de Badajóz, á asaltar ese punto, que estaba defendido por un cuerpo compuesto de guerreros, juntamente con los sacerdotes que eran mucho mas bravos y feroces que los soldados. La guarnicion, bajando por entre las revueltas de las azoteas, se arrojó sobre los que iban á asaltar, con tal furia, que los obligó á retirarse con desórden y con alguna pérdida. Alvarado mandó en su auxilio otro destacamento, que al instante comprometió accion con un cuerpo de aztecas, que se descolgaron sobre su retaguardia al llegar esta á las galerías del *teocalli*. Cercados así, en medio de dos enemigos, que se hallaban el uno arriba de ellos y el otro abajo, era sumamente crítica la posicion de los españoles. Cubiertos con sus escudos cayeron espada en mano desesperadamente sobre los mejicanos que iban subiendo, y los arrojaron hasta dentro del patio interior, donde Alvarado les disparó tan fuertes descargas de mosquetería, que en breve se desordenaron y se vieron obligados á abandonar el campo. Seguros ya de no ser molestados por retaguardia, volvieron á la carga los españoles, empujando al enemigo hácia la parte alta de la pirámide, en cuya ancha cima se empeñó en aquella altura una encarnizada lucha, como sucede siempre que una muerte inevitable es la consecuencia inmediata de la derrota. Sufrióronla al fin los aztecas, pereciendo los unos en aquel mismo sitio que aun estaba húmedo de la sangre de sus propias

víctimas; y siendo los otros arrojados de cabeza desde lo alto de la pirámide abajo.

Toda la area estaba cubierta de los diversos símbolos del culto bárbaro del pais, elevándose dos grandes santuarios, ante cuyos ídolos que todos mostraban los dientes, estaban colocadas las cabezas de todos los cautivos cristianos que habian sido inmolados en sus altares. Los españoles pudieron reconocer en aquellos lívidos semblantes, aunque cubiertos de pelo y de espesas barbas, á sus camaradas que habian caído en manos del enemigo; y al ver tan melancólico espectáculo, se les saltaron las lágrimas considerando el horrible género de muerte que sus compatriotas habian sufrido. Estos tristes restos fueron recojidos con cuidadosa decencia, y despues de la Conquista se depositaron en un Campo Santo, sobre cuyo sitio se elevó despues la Iglesia de los mártires (25) (a).

Y para que aquel sitio no volviese á mancharse con tan abominables ritos, completaron su obra incendiando los santuarios. El fuego abrazó lentamente los elevados pináculos compuestos de piedras y maderas, hasta que abriéndose paso con violencia, salió una resplandeciente llama, formando voluminosa espiral hasta una altura tan considerable, que pudiera ser vista desde los mas distantes cuarteles del valle. Ella fué la que habia sido saludada por la division de Cortés, y la que servia como de faro, tanto á los sitiados, como á los sitiadores, para darles á conocer el avance de las armas cristianas.

Animados con este espectáculo, el general en jefe y su division, hicieron los mayores esfuerzos al dia siguiente, para tomar posicion al costado de sus compatriotas, los de la division de Alvarado. Para lograrlo, el único obstáculo que se oponia á su marcha, era el ancho canal, al otro lado del cual se divisaban los escuálidos semblantes de innumerable multitud de aztecas, allí reunidos para disputar el paso, á semejanza de las tétricas sombras que segun los poetas, andan errantes á las orillas del rio infernal. Sin embargo, arrojaron una lluvia de proyectiles, que no eran sombras, sino reales y verdaderos, sobre las cabezas de los indios trabajadores, ocupados en nivelar el ancho foso con los escombros de los edificios inmediatos. Mas la tarea siguió á pesar de aquella lluvia de flechas, remplazando á los operarios que caian, otros que venian de refresco; y cuando la obra terminó al fin, la caballería avanzó sobre el recién cubierto foso, dando una fuerte carga contra el enemigo, seguida de un numeroso y compacto cuerpo de lanceros, abatiendo cuanto se le oponia con su invencible falange.

Así se reunieron en un mismo campo esta division y la que mandaba Alvarado, quien se presentó luego en las filas, acompañado de varios de sus oficiales y abrazó cordialmente á sus compatriotas y compañeros de armas, á

(25) Ovi-do. Hist. de las Ind. 155. Rel. Terc. de Cortés ap. MS. lib. 33, cap. 29. Bernal Lorenzana, pp. 287, 289. Díaz, Hist. de la Conquista, cap.

(a) Esta iglesia ó capilla estaba en donde está ahora San Hipólito.

quienes veía por la primera vez desde que había comenzado el sitio. El campo se hallaba muy inmediato al mercado, y Cortés llevando consigo algunos de sus caballeros, se entró á él á galope. Era el mercado un vasto cercado, como el lector recordará, que comprendía mas de un acre de tierra [26]. Cubriáse completamente de un inmenso gentío que acudía de todos los lugares del valle en los tiempos florecientes de la monarquía azteca. Estaba rodeado de pórticos y pabellones para comodidad de los artesanos y mercaderes que allí estendían sus artefactos y sus mercancías. Los techos planos sostenidos por las columnas de los pórticos, al entrar Cortés, estaban cubiertos de una gran multitud de hombres y de mugeres que contemplaban con silenciosa flaqueza los ginetes cubiertos de acero, profanando con su presencia este recinto, por la primera vez, desde su espulsion de la capital. Aquella muchedumbre compuesta probablemente en su mayor parte de ciudadanos sin armas, parecia sobrecojida de sorpresa: á lo menos no mostró la menor sombra de resistencia; y el general despues de haber reconocido muy despacio el terreno, sin ser molestado se volvió atras á reunirse con el ejército.

Luego que regresó, subió al *teocalli*, donde flameaba triunfante el estandarte de Castilla, en lugar de los signos de la supersticion azteca. El conquistador subió á largos pasos hasta las cenizas que aun humeaban en la elevada cima, y contempló atentamente la escena de desolacion que tenia delante. Los palacios, los templos, aquel emporio de la industria y del comercio, aquellos brillantes canales cubiertos en otros dias con los mas ricos cargamentos de los paises circunvecinos, aquella rica pompa de alamedas y jardines, todo el espléndido conjunto de esta imperial ciudad, capital del mundo occidental, habia desaparecido; y en su lugar no habia ahora mas que un árido desierto. ¡Cuán diferente era el espectáculo que un año antes se habia ofrecido á su vista, cuando iba á gozar de estas mismas escenas, visitando los altos *teocallis* vecinos, llevando á Montezuma á su lado! Las siete octavas partes de la ciudad eran solamente ruinas, á escepcion tal vez de algun templo colosal, para cuya demolicion se hubiera necesitado demasiado tiempo (27). La otra octava parte, en la que se comprendía el distri-

(26) Los *tianguis* continuaron, aunque muy decaidos de su antigua magnificencia como nos lo refiere el P. Sahagun. "Entraron en la plaza ó Tianguis de este Tlaltelolco [lugar muy espacioso, mucho mas de lo que ahora es], el cual se podia llamar emporio de toda esta N. España: al cual venian á tratar gentes de toda esta N. España, y aun de los reinos á ella contiguos, y donde se vendian y compraban todas cuantas cosas hay en toda esta tierra, y en los reinos de Quahlimalla, y Xalisco, (cosa cierto mucho de ver), yo lo ví por muchos años, morando en esta casa del S. Santiago, aunque ya no era tanto como antes de la Conquista." Hist. de N. España, MS. lib. 12, cap. 37.

(27) "E yo miré dende aquella torre lo que teníamos ganado de la ciudad, que sin

to de Tlaltelolco, era todo lo que quedaba á los aztecas, cuya poblacion, á pesar de todas sus pérdidas, se hallaba apiñada en un circuito que escasamente hubiera prestado comodidad para la tercera parte de los que aun la componian. Este cuartel se hallaba entre las dos grandes calzadas del Norte y del Oeste, y es conocido hoy en la capital moderna con el nombre de barrio de Santiago y sus cercanias. El fué la residencia de los indios despues de la conquista (28), aunque al presente unas cuantas humildes y esparcidas chozas son las que forman el barrio que sirve, como antes, de suburbio á la metrópoli. Pero aun presenta tal cual vestigio de lo que fué en sus preciados dias, y el curioso anticuario y el labrador al remover aquel suelo, encuentran algunos esparcidos restos de obsidiana, ya un hierro de lanza enmohecido, ya una flecha ó algunos otros fragmentos guerreros, que atestiguan que en este lugar hicieron, al retirarse los aztecas, su postrimera defensa por la independendencia de su patria (29).

Al siguiente dia Cortés á la cabeza de sus batallones, se dirigió segunda vez al gran tianguis; pero en esta ocasion los mejicanos estaban mejor preparados para recibirle. Habiánse reunido número considerable de guerreros en la espaciosa plaza, con los que se trabó un combate muy sangriento, aunque de corta duracion, porque las fuerzas de los aztecas no correspondian ya á su esforzado ánimo; y acosados por el mortífero fuego de la mosqueteria, se dispersaron al fin, dejando á los españoles dueños de aquel recinto.

Lo primero que hicieron fué incendiar algunos pequeños templos que habia dentro de la plaza del mercado, ó mas probablemente á sus inmediaciones. Al subir las llamas, los aztecas horrorizados prorrumpian en sentidos lamentos por la destruccion de las deidades en cuya proteccion tenian gran confianza (30).

duda de ocho partes, teniamos ganadas las siete." Rel. Terc. de Cortés, apud. Lorenzana pag. 289.

(28) Toribio, Hist. de las Ind. MS. Part. 3, cap. 7.

Los restos de las antiguas fábricas aun se pueden distinguir en este cuartel, mientras que en los demas *etiam periere ruinae*.

(29) Bustamante, el editor mejicano de Sahagun, refiere que posee muchos de estos restos. "Toda la llanura del santuario de nuestra Sra. de los Angeles, y de Santiago Tlaltelolco, se vé sembrada de fragmentos de lanzas cortantes, de macanas y flechas de piedra obsidiana de que usaban los mejicanos, ó sea chinapos, y yo he recojido no pocos que conservo en mi poder." Hist. de N. Esp lib. 12, not. 21.

(30) Y como comenzó á arder, levántose una llama tan alta que parecia llegar al cielo, al espectáculo de esta quema todos los hombres y mugeres que se habian acogido á las tiendas que cercaban todo el Tianguetz, comenzaron á llorar á voz en grito, que fué cosa de espanto oirlos; porque quemado aquel delubro satánico, luego entendieron que habian de ser del todo destruidos y robados. Sahagun, Hist. de N. España, MS. lib. 12, cap. 37.

En seguida, un soldado llamado Sotelo, que habia servido á las órdenes del gran capitán en las guerras de Italia, donde aseguraba haber adquirido conocimientos en la ciencia del ingeniero, tal como entonces se practicaba, sugirió á Cortés la idea de construir una especie de catapulta, ó máquina para arrojar piedras de gran tamaño, para servirse de ella en la demolición de los edificios, en vez de piezas de batir, y el Sotelo se ofreció á construirla. Como las municiones comenzaban á faltar, á pesar de los acopios abundantes que de tiempo en tiempo habian llegado al campo de Cortés, acogió con ansia una proposición que tan bien le venia á propósito de sus exigencias. Se ministraron, pues, piedras y maderas y se emplearon numerosos brazos, bajo la dirección del que se llamaba así mismo ingeniero, en construir un aparato pesado que se erigió sobre una plataforma de sólida cantería de treinta pasos en cuadro y de siete ú ocho pies de alto, que se elevaba en el centro de la plaza del mercado. Esta plataforma era obra de los príncipes aztecas, destinada, á manera de tablado, á servir para que los saltimbanquis y juglares divirtiesen con sus suertes y juegos de manos al populacho, que era grandemente aficionado á estos espectáculos (31).

Algunos días duró la construcción de la máquina y en todo ese tiempo las hostilidades estaban suspensas y los trabajadores eran protegidos por fuertes cuerpos de infantería, contra cualesquiera interrupción. Por fin vino á concluirse la obra; y los sitiados que con silencioso temor habian estado observando desde las azoteas vecinas los adelantos de la máquina misteriosa que debia acabar de arruinar lo que aun quedaba en pie de su capital, miraban aterrorizados que iba á empezar á obrar. Colocaron un enorme peñasco sobre el madero. Comenzó la máquina á ponerse en movimiento; y aquella inmensa roca fué despedida por la catapulta con un empuje tremendo. Pero fué el caso que en lugar de dispararse en dirección de los edificios aztecas, se levantó en alto y perpendicularmente en el aire, y descendiendo al mismo sitio del cual habia sido arrojada, hizo pedazos la máquina de mal agüero, que quedó completamente inutilizada. Los aztecas se vieron libres del temor que les habia inspirado, y la soldadesca volvió divirtiéndose juguete la catástrofe, un algo á espensas del comandante, quien manifestó no poca mortificación por el chasco, y todavía mayor por su propia credulidad (32).

(31) Aun hay vestigios de esta obra segun Humboldt, dentro del pórtico de la iglesia de Santiago. Ensayo polit. tom. 2, pag. 44.

(32) Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 155. Rel. Terc. de Cortés, ap. Lorenzan-pag. 290.

Sahagun. Hist. de N. Esp. MS. libro 12, cap. 37.

CAPITULO VIII.

ESPANTOSOS SUFRIMIENTOS DE LOS SITIADOS.—ÁNIMO DE GUATEMOTZIN.

—ASALTOS SANGRIENTOS.—PRISION DE GUATEMOTZIN.—EVACUACION DE LA CIUDAD.—FIN DEL SITIO.—REFLEXIONES.

Para apresurar la ruina de los aztecas, no era necesario ocurrir á medios artificiales: á cada hora se aceleraba por causas mucho mas poderosas que las que se deriban nada mas del esfuerzo humano. Estas eran el hallarse encerrados en sus estrechos y mal ventilados cuarteles, nobles, plebeyos, y esclavos; hombres, mugeres y niños: algunos dentro de las casas pero mas frecuentemente bajo cobertizos, por no ser la mejor esta parte de la Ciudad, y otros enteramente al raso en las canoas ó en las calles, tiritando de frio en medio de las heladas lluvias por la noche, ó quemados por los abrasadores rayos del sol durante el dia (1). Un antiguo cronista menciona el hecho de dos señoras nobles que estuvieron tres dias metidas hasta el cuello en la agua, entre las cañas, con un puñado de maiz por todo alimento (2). Los medios comunes para sostener la vida se habian estinguido desde mucho tiempo antes; y los mejicanos buscaban por todas partes cualquiera cosa por dañosa y repugnante que fuese, para mitigar la horrorosa hambre que los devoraba. Algunos andaban á caza de los gusanos y otros insectos de las riveras de la laguna, ó juntaban las yerbas saladas y el musgo que se criaba en el fondo de la misma laguna, arrojando tristes miradas á las verdes colinas que mas allá de la laguna se distinguian y que muchos de los defensores de la ciudad habian abandonado por seguir la suerte de sus hermanos de la capital.

Sin embargo de hallarse reducidos á tal estremidad, los escritores españoles aseguran que jamas llegaron á violar las leyes de la naturaleza, comiéndose unos á otros (3); mas desgraciadamente esto está contradicho por autoridades indias, las cuales afirman que muchas madres en medio de su

(1) "Estaban los tristes mejicanos, hombres y mugeres, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos, en un lugar bien estrechos y bien apretados los unos con los otros y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del sol y al frio de la noche, y cada hora esperando la muerte." Sahagun, Hist. de N. España, MS. lib. 12, cap. 39.

(2) Torquemada supo esta anécdota por un sobrino de estas matronas indias, que era ya muy anciano á la sazón. Monarq. Ind. lib. 4.º cap. 102.

(3) Ibid ubi supra. Bernál Diaz, Hist. de la Conq. cap. 156.

agonía devoraron á sus hijos, á quienes no tenían ya modo ninguno de mantener. La historia presenta ejemplares semejantes en mas de un sitio, y es mas probable que haya así sucedido en Méjico, donde la sensibilibidad es preciso que estuviera embotada con las brutales prácticas de la supersticion nacional, que eran tan familiares á sus habitantes (4).

Mas esto aun no era bastante; y bajo el peso de tantos sufrimientos, succumbian dia con dia centenares de infelices víctimas del hambre. Arrastrándose llegaban algunos á las habitaciones, y allí solos y en silencio exhalaban el último aliento; otros caian en las calles; y donde les cogia la muerte, allí permanecian sin que hubiera quien los enterrase, ó siquiera los hiciese á un lado. La misma familiaridad con tales espetáculos, los llegó á volver indiferentes respecto de ellos, y los consideraban con muda desesperacion, esperando cada uno que le fuera llegado su turno. Ninguna queja, ningún lamento se oia en medio de aquel profundo infortunio, que la pluma no puede describir.

Si en los otros cuarteles de la capital se veian esparcidos algunos cadáveres, en éste se hallaban reunidos en montones. "Tantos eran, dice Bernal Diaz, que no era posible andar sino entre cadáveres (5)." "No se podia asentar el pié, dice Cortés, con mas fuerza, sino sobre el cadáver de un indio (6)." Estaban amontonados unos sobre otros; y los vivos entremezclados con los muertos, se tendian sobre los cuerpos de sus amigos y allí dormian. La muerte se encontraba por todas partes. La ciudad era un vasto cementerio, y todo cuanto en ella habia se precipitaba hácia la muerte y hácia la corrupcion. De esta masa de podredumbre, bajo la accion alternativa de la lluvia y del calor, se exhalaba un vapor mortífero de que estaba impregnada toda la atmósfera, de manera, que los españoles, incluso el general, en sus breves visitas á este cuartel salieron enfermos; de donde se ori-

(4) "De los niños, no quedó nadie, que las mismas madres y padres los comian (que era gran lástima de ver, y mayormente de sufrir.)" (Sahagun Hist. de N. Esp. MS. lib. 12, cap. 39). El historiador tuvo esta relacion de los mejicanos, poco despues de los sucesos: No se puede menos de recordar las terribles maldiciones de Moisés. "La muger delicada acostumbrada á una vida blanda, que no podia ni andar y que apenas asentaba el pié sobre la tierra por su demasiada molicie y delicadeza, rehusará dar á su marido, que duerme á su lado de la carne de su hijo y de su hija... porque se comerán en secreto á sus propios hijos, por no tener otra cosa de que alimentarse en la hambre cruel, á que durante el sitio te reducirán por la fuerza los enemigos, en el recinto de las ciudades." Deuteronomio, cap. 28, vs. 56, 57.

(5) "No podíamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos." Hist. de la Conquista, cap. 156.

(6) "No tenían donde estar sino sobre los cuerpos muertos de los suyos." Rel. Terc. ap. Lorenzana, pág. 291.

ginó una peste de la que pereció mayor número de personas todavía que de la hambre (7).

Inquietos con tan estraños y multiplicados horrores los ánimos de los sitiados, ocurrían á todos los ritos supersticiosos que prescribía su religion para contener los estragos de la peste. A sus instancias invocaron sus sacerdotes el amparo de sus dioses; pero los oráculos habian enmudecido ó daban solamente respuestas oscuras. Sus dioses los habian abandonado, y en lugar de favores mostrábanse señales de la ira celeste, que predecian infortunios todavía mayores para en adelante. Muchos, concluido el sitio, declararon, que entre otros prodigios habian visto una corriente de luz de un color rojo sanguíneo, que partía del Norte en la direccion del Tepeyacac y con sorprendente ruido, como de un torbellino, recorrió toda la circunferencia del distrito de Tlatelolco, arrojando centellas y láminas de fuego, hasta que se lanzó á lo lejos en el centro de la laguna (8). En el desórden de sus nervios, sus sentidos todos estaban bajo el dominio de un misterioso terror, de manera, que aun los acontecimientos mas comunes, les parecían otros tantos prodigios, y los fenómenos mas frecuentes de la naturaleza, eran tenidos por milagros (9). Aturdidos con tanta calamidad, su razon se estraviaba, y vinieron á ser juguete de los mas absurdos y supersticiosos caprichos.

En medio de estas tremendas escenas, el jóven emperador de los aztecas, según de comun acuerdo aseguran todas las relaciones, se mantenía impávido y valiente. Aunque tenia á su vista su hermosa capital convertida en un monton de ruinas, á sus nobles y leales súbditos espirando á su lado, su territorio palmo á palmo desmembrado hasta el extremo de no quedarle ya apenas mas que el terreno que pisaba, rechazó siempre las invitaciones que se le dirigieron á fin de que capitulase, mostrando la misma fortaleza indómita que al principio del sitio. Cortés con la esperanza de que las calamidades que sufrían los sitiados, los inclinarían á escuchar algunas proposiciones de acomodamiento, persuadió á un noble prisionero á que llevase á Gua-

(7) Bernal Diaz, *Ibid ubi supra*. Herrera, *Hist. cen. déc.* 3, lib. 2, cap. 8. Sahagun, *Hist. de N. Esp.* MS. lib. 12, cap. 41. Gonzalo de las Casas, *defensa* MS. cap. 28.

(8) "Un torbellino de fuego como sangre envuelto en brasas y en centellas, que partía de hácia Tepeacac (que es donde está ahora Sta. María de Guadalupe), y fué haciendo gran ruido, hácia donde estaban acorralados los mejicanos y Tlaltulcanos; y dió una vuelta por en rededor de ellos, y no dicen si los empeció algo, sino que habiendo dado aquella vuelta, se entró por la laguna y allí desapareció." Sahagun, *Hist. de N. Esp.* MS. lib. 12, cap. 40.

[9] *Inclinatis ad credendum animis, dice el filosofo historiador romano, loco omnium etiam fortuita.* Tácito, *Histor.* lib. 2, Sec. 1.

timotzin ciertas proposiciones al efecto; mas el jóven monarca, segun refiere el mismo general, ordenó al instante que fuese sacrificado (10). Es preciso no olvidar que es un español el que refiere esto.

Cortés que habia suspendido las hostilidades con la vana esperanza de que la penosa situacion que guardaban los mejicanos llegaria á inclinarlos á someterse, determinó arrastrarlos á este resultado por medio de un asalto general, para cuyo intento le favorecia la circunstancia de tener á los mejicanos encerrados en un estrechísimo cuartel de la ciudad. Mandó, pues, á Alvarado alistarse y previno á Sandoval que tenia el mando de la calzada, y ademas el de la escuadrilla, anclada á corta distancia del distrito de Tlaltelolco, sostuviese el ataque, dirigiendo su artillería sobre las casas inmediatas. En seguida con sus fuerzas entró á la ciudad, ó mas bien al espantoso desierto que la rodeaba.

Al entrar en el recinto ocupado por los indios salieron al encuentro algunos de los principales, que alargándole sus enflaquecidos brazos, esclamaron: "Sois los hijos del sol. El sol es veloz en su carrera; ¿por qué, pues, sois vosotros tan tardíos? ¿por qué tardais tanto en poner fin á nuestras miserias? Matadnos de una vez para subir al seno de nuestro dios Huitzilopochtli, que nos aguarda en el cielo, para darnos el descanso que merecen nuestros sufrimientos (11)."

Cortés, conmovido con tan lastimera demanda, contestó, que no deseaba su muerte, sino solamente su sumision: "¿Por qué se niega vuestro señor á tratar conmigo, les dijo, cuando una hora solamente me basta para sojuzgarlo á él y á toda su gente?" Y en seguida procuró empeñarlos en que obligasen á Guatemotzin á abrir pláticas con él, con la seguridad de que podria hacerlo á salvo, sin que fuese molestada su persona.

Despues de algunas instancias, los nobles aceptaron esta mision, que fué recibida por el jóven monarca de una manera que, si hemos de creer la anécdota que antes va referida, prueba que al fin el infortunio habia logrado doblegar un tanto aquel ánimo tan elevado. Consintió en la entrevista, aunque no debia ser aquel mismo dia sino al siguiente, en la gran plaza de Tlaltelolco. Cortés muy satisfecho, regresó de la ciudad y ocupó de nuevo su posicion en la calzada.

(10) Y como lo llevaron delante de Guatemotzin su señor, y él le comenzó á hablar sobre la paz, disqué luego lo mandó matar y sacrificar." Relac. Terc. apud Lorenzana, pág. 293.

(11) "Que pues ellos me tenían por hijo del sol, y el sol en tanta brevedad como era en un dia y una noche, daba vuelta á todo el mundo, que por qué yo así brevemente no los acababa de matar, y los quitaba de penar tanto, porque ya ellos tenían deseos de morir y irse al cielo para su Ochilobus. (Huitzilopochtli), que los estaba esperando para descansar." Ibid. pág. 292.

A la mañana siguiente se presentó en el lugar señalado, apostando en él antes á Alvarado con un fuerte trozo de infantería, para prevenir una traición. La plataforma de piedra del centro de la plaza se cubrió con esteras y tapetes, y se preparó un banquete para que refrescasen el necesitado monarca y sus nobles. Hechos estos preparatorios, Cortés esperaba la hora de la entrevista.

Pero Guatemotzin, en vez de presentarse en persona, envió á los mismos nobles que le habían llevado la invitación del general, con quien excusaron la ausencia del monarca, alegando que se hallaba enfermo. Cortés, aunque disgustado por la falta del emperador, recibió cortesmente á sus embajadores, considerando que así podría grangearse los medios de entrar en comunicaciones con su señor. Los persuadió sin mucha dificultad á participar del banquete que se les presentó, en el que devoraban los platos con tal voracidad, que mostraba cuán severa había sido su abstinencia; y cuando los despidió, les dió una regular cantidad de provisiones para su amo, empeñándole en que consintiera en tener una entrevista, sin la cual era imposible ajustar sus diferencias.

A poco rato volvieron los embajadores indios conduciendo un presente de finas telas de algodón de poco valor, de parte de Guatemotzin, quien de nuevo se excusaba de venir á ver al general. Cortés, aunque profundamente disgustado, no quiso abandonar su intento. "Seguramente vendrá, dijo á los embajadores, cuando vea que os permito ir y venir desarmados, siendo como habeis sido enemigos míos tan resueltos como él durante la guerra. Nada tiene que temer vuestro amo (12)." Hízolos, pues, partir nuevamente prometiéndose tener su respuesta al día siguiente.

A la mañana próxima volvieron los gefes aztecas á los cuarteles cristianos, y anunciaron á Cortés que Guatemotzin tendría una entrevista con él al mediodía, en la plaza del mercado. El general fué puntual á la cita; pero en vano, porque ni el monarca ni sus ministros se presentaron. Era, pues, claro, que el príncipe indio no creía verdaderas las promesas del enemigo, tal vez porque el recuerdo de Montezuma le pasó por la imaginación. El general esperó tres horas, al cabo de las cuales, agotado su sufrimiento y sabiendo que los mejicanos estaban afanados haciendo preparativos de defensa, dió inmediatamente sus disposiciones para el asalto (13).

(12) "Y yo les torné á repetir, que no sabía la causa porque él se recelaba venir ante mí, pues veía que á ellos, que yo sabía que habían sido los causadores principales de la guerra, y que la habían sustentado, les hacía buen tratamiento, que los dejaba ir y venir seguramente, sin recibir enojo alguno; que les rogaba que le tornasen á hablar, y mirasen mucho en esto de su venida, pues á él le convenía y yo lo hacía por su provecho." Ibid. pág. 294, 295.

(13) Son inequívocos los testimonios de estos repetidos esfuerzos por parte de Cortés, para atraer á los aztecas á condiciones de paz. Además de su propia carta al emperador, para atraer á los aztecas á condiciones de paz. Además de su propia carta al emperador, para atraer á los aztecas á condiciones de paz.

Los aliados habian sido dejados fuera de murallas, no queriendo Cortés ponerlos á la vista de la presa, antes de estar listos para soltar la tralla. Mas entonces dió orden para que se le reunieran; y apoyado por la division de Alvarado, marchó sobre los cuarteles del enemigo. Encontróle preparado para recibirle. Sus mas robustos guerreros ocupaban la vanguardia, cubriendo á sus camaradas que se hallaban ya estropeados. Habia entre las filas varias mugeres y aun niños amontonados en las azoteas, desde donde, aunque sus semblantes y sus miradas estraviadas mostraban la estenuacion de la hambre, maldecian y desafiaban con su ceño á los invasores.

Al adelantarse los españoles, arrojaron los mejicanos un espantoso grito de guerra y dispararon con su acostumbrado vigor nubes de flechas, mientras que las mugeres y los muchachos hacian llover desde su elevada posicion abajo, dardos y piedras; pero con mano tan débil, que apenas hacian daño, y cuando se cerraron unos contra otros los combatientes, se hizo aun mas patente la falta de fuerzas de los aztecas. Sus golpes eran débiles y con incierta puntería, aunque algunos á la verdad, sea porque gozaban un físico mas vigoroso, ó porque la desesperacion concentraba sus fuerzas, conservaron hasta el fin un ardor desesperado.

Los arcabuceros cargaron haciendo un fuego horroroso. Los bergantines contestaban con descargas no interrumpidas sobre el cuartel del otro lado, y los aztecas cercados por todas partes, como el ciervo rodeado por los cazadores, caian abatidos por todos lados. La matanza fué horrible. La tierra estaba completamente cubierta de montones de muertos; y los combatientes furiosos, se veian obligados á trepar sobre un terraplen de cadáveres, y allí continuaban la lid. El piso cenagoso se cubrió de sangre, la cual corria como agua, y tiñó de carmesí la agua de las acequias (14). Todo era desorden y confusion. Los espantosos aullidos de los bárbaros; los juramentos y excecaciones de los españoles; los gritos de los heridos; los lamentos de mugeres y niños; los pesados golpes de los conquistadores; los últimos esfuerzos de sus víctimas; el estallido rápido y repetido de la mosquetería; el silbido de tantos proyectiles; el estruendo de los edificios que se desplomaban incendiados, sepultando bajo sus ruinas centenares de víctimas; y en fin, las densas nubes de polvo y de azufroso humo que lo cubrian todo con un espeso velo, formaban una escena capaz de aterrorizar aun á los soldados de Cortés, tan endurecidos por tantos crueleslances de guerra y por su larga familiaridad con

rador, véanse Bernal Diaz, cap. 155, Herrera, Hist. gen. lib. 2.º cap. 6 y 7, Torquemada, Monarqu. Indiana, lib. 4, cap. 100. Ixtlilxochitl, Ven. de los Esp. pág. 44 y 48. Oviedo, Hist. de las indias MS. lib. 33, cap. 29 y 30.

(14) "Corrian arroyos de sangre por las calles como pueden correr de agua cuando llueve, y con ímpetu y fuerza." Torquemada, Monarqu. Indiana lib. 4, cap. 103.

escenas de sangre y de violencia. "Los lamentables gritos de las mugeres y de los niños, dice el general, eran bastantes para despedazarse el corazón (15)." El mandó que se respetasen y que se diese cuartel á todos los que lo pidiesen, cuya orden dió especialmente á los aliados, entre quienes tuvo que poner algunos hombres para refrenar su violencia (16); pero ellos formaban una máquina en movimiento, demasiado terrible para poderla sujetar. Mas fácil sería detener la furia de un huracán, que las iras de una horda de salvajes enfurecidos. "Jamás he visto, exclama, una raza tan cruel, ni nada que tenga forma humana tan destituido de humanidad (17)." Los aliados no hacían distinción de sexo ni de edad; y en esta hora de venganza, parecían querer tomarla por las injurias que habían ido acumulándose durante una centuria. Al fin, harto de tanta sangre, el general español mandó la retirada. Ya era tiempo, si fuere cierto lo que él mismo refiere, aunque parece exagerado, que perecieron cuarenta mil personas (18). Su suerte era envidiable, sin embargo, comparada con la de aquellos que sobrevivieron.

En la noche que siguió á este día, no se percibió ningún movimiento en el cuartel azteca. Ni se veía ninguna luz, ni se escuchaba ningún ruido, á excepcion del hondo lamento que arrancaba la agonía á algún herido ó infeliz moribundo. Todo estaba obscuro y en silencio, como un sepulcro. El último golpe parecía haberlos azorado completamente. Habían perdido toda esperanza y descansaban en medio de la mas dura desesperacion, como el sentenciado que aguarda en silencio el golpe del verdugo; mas á pesar de todo, ninguna disposicion mostraban á rendirse, y cada reves causaba impresion mas profunda en los ánimos, llenándolos de un odio concentradísimo al enemigo. Todo estaba perdido: fortuna, amigos, familia, hogar; y contentos iban á sacrificar la vida, porque no tenían ya otra cosa que perder.

(15) "Era tanta la grita, y lloros de los niños y mugeres, que no había persona á quien no quebrantase el corazón. [Rel. Terc. ap. Lorenzana, pág. 296]. Era una raza temeraria y de dura cerviz, esclama su reverendo editor el Arzobispo, en un caritativo comentario. "*Gens dura cervicis, gens absque concilio.*" Nota.

(16) "Como la gente de la ciudad se salía á los nuestros, había el general proveído que por todas las calles estuviesen españoles para estorbar á los amigos que no matasen aquellos tristes, que eran sin número. E también dijo á todos los amigos capitanes, que no consintiesen á su gente que matasen á ninguno de los que salían." Oviedo, Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 30.

(17) "La cual crueldad nunca en generacion tan recia se vió, ni tan fuera de todo orden de naturaleza como en los naturales de estas partes." Rel. Terc. ap. Lorenzana, pag. 296.

(18) Ibid ubi supra. Ixtlilxochitl dice: que hubo 50.000 entre muertos y prisioneros en este mortífero combate, Ven. de los Esp. pág. 48.

Muy diferente era la escena que presentaba el enemigo cristiano, donde ensoberbecidos con sus recientes triunfos, todo era vida, bullicio y preparativos para la mañana siguiente. Fuegos artificiales alumbraban todas las calzadas: en todas las tiendas y barracas se veían brillar luces, y los ecos de la música y del regocijo sobre las aguas, proclamaban el júbilo de los soldados al ver tan cercano el término de la fatigosa campaña.

A la mañana siguiente el gefe español reunió nuevamente sus fuerzas, decidido á llevar al cabo el golpe del día anterior, antes que el enemigo tuviese tiempo para rehacerse, y á poner término á la guerra. Arregló con Alvarado la noche anterior que ocupase la plaza del mercado de Tlaltelolco, debiendo ser una descarga de arcabuces la señal para dar simultáneamente el asalto. Sandoval debía sostener la calzada del Norte y vigilar con la escuadrilla los movimientos del emperador azteca é impedirle su retirada hácia la tierra firme, como sabia Cortés que la tenía premeditada. Dejarle que la efectuara, hubiera sido dejar á sus inmediaciones un enemigo formidable que en cualquier tiempo podría encender la llama de la insurrección en todo el país. Cortés ordenó, sin embargo á Sandoval, que respetase su real persona y que no hiciera fuego sobre ningún enemigo, excepto en propia defensa (19).

Amaneció el memorable 13 de Agosto de 1521, en que se celebra San Hipólito, escogido por esta circunstancia por santo patrono de la moderna Méjico. En ese día por la última vez condujo Cortés sus belicosas huestes, para atravesar los incendiados y destruidos barrios que circundaban la capital azteca. Al entrar en los recintos enemigos, Cortés hizo alto, queriendo proporcionar á los infelices habitantes otra ocasión de escapar, ántes de descargar el golpe fatal. Logró obtener una entrevista con algunos de los principales caudillos y departió con ellos sobre la conducta de su soberano. "Seguramente, les dijo, no querría veros perecer á todos, cuando tan fácilmente puede salvaros." Y los comprometió á que influyesen en el ánimo de Guatemotzin, persuadiéndole á tener con él una entrevista, y repitió las seguridades de dar garantía para su persona.

Marcharon los mensajeros á desempeñar su comision, y en breve volvieron trayendo á su cabeza al *cihuacoatl*, que era un magistado de elevada autoridad entre los mejicanos, el cual dijo con acento melancólico que mostraba su propia esperanza burlada, que, "Guatemotzin estaba dispuesto á morir en su puesto; pero que no tendría ninguna entrevista con el gefe español," añadiendo con tono de resignación: "podeis obrar como os parezca."

(19) "A donde estaban retirados el Guatemuz con toda la flor de sus capitanes, y personas mas notables que en Méjico había, y le mandó que no matase ni hiriese á ningunos indios, salvo si no le diesen guerra, ó que aunque se la diesen que solamente se defendiese." Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 156.

"Id, pues, replicó con severidad el conquistador, y preparad á vuestros compatriotas para morir, porque es llegada su hora (20)."

Todavía difirió Cortés el asalto por algunas horas; pero la impaciencia de las tropas por causa de esta dilacion se aumentó extraordinariamente, por el rumor de que Guatemotzin y sus nobles se preparaban á huir con sus riquezas en piraguas y canoas, que se hallaban surtas á la extremidad de la laguna. Convencido de que mayor dilacion era sobre impolítica, inútil, Cortés dió sus últimas órdenes para el ataque, y se situó en una azotea que dominaba el teatro de las operaciones.

Cuando los asaltantes vinieron á las manos con los enemigos, los hallaron mezclados unos con otros de todos sexos y edades, en la mayor confusion y formando masas tan compactas que se empujaban unos á otros por sobre las orillas de la calzada y caian abajo al agua. Algunos se habian subido á las azoteas; otros que apenas se podian tener en pié, necesitaban apoyarse contra las paredes de los edificios. Sus asquerosos y escasos harapos, dábanles un aspecto de la mayor rudeza selvática, la cual realzaban mas y mas la ferocidad de su expresion y las encendidas miradas que dirigian al enemigo, en las que se mezclaban el odio y la desesperacion. Luego que estuvieron los españoles á tiro de arco, los aztecas les dejaron caer una nube de impotentes proyectiles, mostrando así hasta el fin el ánimo mas resuelto, aunque habian perdido la fuerza que en mejores dias gozaban. Dióse la terrible señal por la descarga de un arcabuz, seguido prontamente por el estruendo de la artillería gruesa, el estallido de las otras armas de fuego, y los infernales gritos que daban los aliados al arrojarase sobre sus víctimas. Es inútil manchar una página con la repeticion de los horrores del dia anterior. Algunos de los destrozados aztecas se arrojaron al agua, de donde los recogian las canoas. Otros se echaban en las acequias y allí se ahogaban. El número de estos fué tan grande, que se formó con los cadáveres un puente sobre el cual pasaban los españoles á la orilla opuesta. Otros tambien, especialmente las mugeres, pedian cuartel, el cual, segun aseguran los historiadores, fué otorgado siempre por los españoles; y contra las instrucciones y aun súplicas de Cortés, negado por los aliados (21).

Durante esta terrible matanza, se observó que muchos huian en las barcas que cubrian la ribera, las cuales hacian la mayor diligencia por atrave-

(20) "Y al fin me dijo, que en ninguna manera el Señor vernia ante mí, y antes que-
ria por allá morir, y que á él pesaba mucho de esto, que liciere yo lo que quisiese; y
como ví en esto su determinacion, yo le dije; que se volviese á los suyos, y que él y
ellos se aparejasen porque los queria combatir y acabarlos de matar, y asi se fué." Rel.
Terc. ap. Lorenzana, pág. 298.

(21) Oviedo, Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 30. Ixtlilxochitl, Venid. de los
Esp. pág. 48.—Herrera historia, general déc. 3, lib. 2, cap. 7. Rel. terc. de Cortés, ap.
Lorenzana, pág. 297 y 298.—Somara, crónica, cap. 242.

sar la laguna; pero constantemente fueron interceptadas por los bergantines que rompieron la débil línea de botes y dirigieron sus descargas á derecha é izquierda, cuando una multitud de ellos los asaltaron empeñosamente. La batalla se trabó con igual encarnizamiento en la laguna como en tierra. Muchas canoas fueron hechas pedazos ó echadas á pique. Sin embargo, algunas, cubiertas con el humo que era muy espeso sobre las aguas, lograron penetrar por entre aquella confusion y acercarse luego á la orilla opuesta.

Sandoval habia encargado especialmente á sus capitanes, observasen los movimientos de las canoas, en alguna de las cuales era muy probable se hallase oculto Guatemotzin; y vieron que tres ó cuatro de las piraguas mas grandes, ligeramente surcaban el agua y á todo su andar procuraban atravesarla rápidamente. Un capitán, llamado García de Holguin, que mandaba uno de los mejores veleros de la flota, les dió caza al instante. El viento era favorable, y á cada momento se acercaba mas á los fugitivos, que bogaban con un vigor que solo la desesperacion podia darles; pero en vano, porque despues de seguirlos un corto tiempo, Holguin atracó al costado de una de las piraguas, la cual, ya sea por su aspecto, ya porqué le hubiesen informado de ello, conjeturó llevaria á su bordo al emperador azteca, y á la que mandó á su gente dirigir la puntería de sus arcabuces. Pero antes de dispararlos, se oyó un grito que salia de la piragua, diciendo que allí iba su señor. Al instante se mostró en pié, y armado con escudo y *maquahuitl* un jóven guerrero, como en actitud de abrirse paso por entre los españoles; mas luego que el capitán Holguin mandó á estos que no tirasen, soltó aquel sus armas, exclamando: "Yo soy Guatemotzin, llevadme ante Malinche: soy su prisionero; pero no se toque á mi esposa ni á los que me acompañan (22)."

Holguin le aseguró que sus deseos serian obsequiados y le ayudó á trasbordarse al bergantin, en union de su muger y de su séquito, que se componia de veinte personas, entre las cuales se hallaban Coanaco el señor destituido de Tezcucó, el señor de Tlacopan y algunos otros caciques y principales, cuyo rango probablemente los eximió de las calamidades generales del sitio. Cuando los prisioneros estuvieron sentados sobre la cubierta del bergantin,

(22) *Itzlixochitl*, venida de los Esp. pág. 49.

"No me tiren que yo soy el rey de Méjico, y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues á mi esposa ni á mis hijos, ni á ninguna muger, ni á ninguna cosa de lo que aquí traigo, sino que me tomes á mí y me lleves á Malinche." Bernal Diaz, *Hist. de la Conq.* cap. 156.

M. de Humbolt tomó empeño en identificar el sitio donde fue hecho prisionero Guatemotzin, que hoy es tierra en seco, y considera haber sido en algun punto entre la garita de Peralvilla, la plaza de Santiago Tlatelolco y el puente de Amazac, *Ens. Polit.* tomo 2.º pág. 76. (a)

(a) Una antigua tradicion dá por cierto que la prision de Guatemotzin se verificó en el puente que se llama del Clérigo, entre los límites designados por Humboldt.

Holguin suplicó al príncipe azteca hiciese poner fin al combate, mandando á su gente que se hallaba en las otras canoas, se rindiese; pero con aire abatido replicó: "No es necesario: no pelearán ya mas, cuando vean que su príncipe ha sido apresado." Así fué: las noticias de la aprehension de Guatemotzin se difundieron rápidamente entre la flota y en la ribera, donde todavía los mejicanos sostenian el conflicto con sus enemigos. Sin embargo, cesó la lucha: los mejicanos ya no hicieron mas resistencia, y los que se hallaban en la laguna, pronto siguieron á los bergantines que convoyaban á tierra á su monarca. Parece que si la lucha se sostuvo tan largo tiempo, fué mas bien para divertir la atención del enemigo y cubrir la retirada del emperador (23).

Al recibir Sandoval las noticias de su aprehension, atracó su propio bergantin al costado del de Holguin, exigiendo que el real prisionero le fuera entregado; á lo que aquel se negó, reclamándole como presa suya, sobre lo cual se trabó entre ellos una disputa, ambicionando ambos la gloria de la hazaña, y acaso tambien el privilegio de traerla á la memoria de la posteridad en sus escudos de armas. Tan porfiada fué la cuestion, que llegó á oídos de Cortés, quien desde su puesto en la azotea habia sabido, con no poca satisfaccion, la aprehension de su enemigo. Envió al momento sus órdenes á sus oficiales pendencieros, para que le presentasen á Guatemotzin, ofreciéndoles ajustar las diferencias que entre sí tenían (24), y encargándoles al mismo tiempo tratasen con respeto al prisionero. El tambien se preparó á recibirle: mandó entapizar la azotea con esteras y con paño carmesí, y preparar una mesa con provisiones, de que tanto necesitaban los infortunados aztecas (25).

(23) Por lo que toca á la relacion de la aprehension de Guatemotzin, referida con poca diferencia, aunque con mas ó menos pormenores, lo mismo por varios escritores; véase á Bernal Diaz, *Ibid.* ubi supra. Rel. Terc. de Cortés, pág. 299. Gonzalo de las Casas, defensa MS. Oviedo, Hist. de las indias. MS. lib. 33, cap. 30. Torquemada Monarch. Ind. lib. 4.º cap. 101.

(24) El general, segun Diaz, reprendió á sus oficiales su inoportuna disputa, recordándoles los perniciosos resultados de una disputa semejante, entre Mario y Sila, con respecto á Jugartha. (Hist. de la Conq. cap. 156). Este trozo de pedantería huele mas al mismo cronista que á su comandante. El resultado de todo, bastante comun en tales cosas, fué que el emperador concedió, no á los que lo disputaban, sino á Cortés el derecho esclusivo de tener un recuerdo de la aprehension de Guatemotzin, colocando su cabeza y las de otros siete príncipes prisioneros en la orla de su escudo (a).

(25) Sahagun, Hist. de N. Esp. lib. 12, cap. 40, MS.

(a) Es un error del autor: lo que se concedió á Cortés fué, que en el cuartel de arriba de la izquierda de sus armas, pusiese tres coronas de oro en campo negro, la una sobre las otras dos, por recuerdo de haber vencido á los tres señores de Méjico, Montezuma, su hermano Cuiclahua, y Guatemotzin. Véase la cédula de la concesion de las almas á Cortés en el apéndice al 2.º tomo de las Disertaciones históricas de D. Lucas Alaman, tom. 2.º, fol. 3. Las siete cabezas no dice la cédula á quién hacen relacion, aunque Bernal Diaz, Cap. CCIV, dice ser á estos mismos, y otros príncipes, aunque no se asegura en su aserto.

Su amable india Doña Marina estaba presente al acto, como intérprete. Habiéndose hallado al lado de Cortés durante todas las terribles escenas de la conquista, presencié ahora también su gloriosa terminación.

Guatemotzin al llegar á tierra, fué escoltado por una compañía de infantería hasta la presencia del general español. Subió á la azotea con paso grave y reposado, y era fácil distinguirlo de los demás nobles de su séquito, aunque sus grandes ojos negros no centellaban ya con sus acostumbrados fuegos, y en sus facciones se pintaba una resignación pasiva, que ocultaba la fiera y esfuerzo de ánimo que dentro de él ardía. Su cabeza era grande, sus miembros bien proporcionados, su color mas claro que el del comun de sus bronceados compatriotas, y toda su apostura singularmente blanda y atractiva (26).

Cortés se adelantó á recibirle con estudiada y magestuosa cortesía. Probablemente el monarca azteca conocia la persona del conquistador. (a) Por lo que rompió el silencio primero, diciendo: "He hecho cuanto podia para mi defensa y la de mi pueblo. Estoy ahora en este estado; tratadme, Malinche, como os plazca." Poniendo luego la mano sobre el puño de un puñal que tenia ceñido á su cintura el general, añadió con vehemencia: "Dadme mas bien con esta arma y libradme de la vida de una vez (27)." Cortés estaba lleno de admiración hacia el altivo porte del jóven bárbaro, que así mostraba en sus reveses un ánimo digno de los antiguos romanos. "No temais, le replicó, seréis tratado con toda honra. Habeis defendido vuestra capital como valiente guerrero; y los españoles saben respetar el valor aun en sus enemigos (28)." Le preguntó en seguida dónde habia

(26) Para el retrato de Guatemotzin, vuelvo á valerme del exacto pincel de Díaz, que conoció bien al menos la persona del emperador. "Guatemotz era de muy gentil disposicion, así de cuerpo como de facciones y la cara algo larga y alegre, y los ojos mas parecian que cuando miraba que era con gravedad y halagüenos, y no habia falta en ellos, y era de edad de veintitres ó veinticuatro años, él y el color tiraba mas á blanco que al color y matiz de esos otros indios morenos." Hist. de la Conq. cap. 156.

(27) "Llegose á mi, y díjome en su lengua: que ya él habia hecho todo lo que de su parte era obligado para defenderse á si y á los suyos, hasta venir en aquel estado; que ahora ficiese de él lo que yo quisiese, y puso la mano en un puñal que yo tenia, diciéndome, que le diese de puñaladas y le matase." (Rel. Terc. de Cortés apud Lorenzana, pág. 300). Esta notable relacion del conquistador se confirma por Bernal Díaz, quien no parece que hubiera visto la carta de su comandante, Hist. de la Conq. cap. 156.

(28) Ibid. cap. 156. También Oriedo, Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 48, y Martyr (De Orbe Novo Decad. 5, cap. 89); quien con el epíteto de *magnánimo regi*, atestigua la admiración que el elevado ánimo de Guatemotzin excitó en la corte de Castilla.

(a) No podia menos de conocer bien Guatemotzin á Cortés á quien habia visto muchas veces en la corte de Moctezuma.

Holguin suplicó
gente que se le
replicó: "No
sido apr...
se dif...
me...
los

como intérprete.
les escenas de

211

osa, y habiéndole asegurado que estaba bajo la pro-
tección todavía á bordo del bergantín, mandó el ge-
neral á su presencia. Las hijas de Montezuma; y apenas habia llegado á la
ciudad. Al subir al trono su primo Guatemotzin se des-
pospos legítima (29), y es celebrada de sus con-
personas, notando los españoles que de esta hier-
sus segundas nupcias, descenden algunas fa-
miliares (30). Cortés la recibió amistosamente,
las respetuosas atenciones consiguientes á su rango. Dábale
su origen un doble interés á sus ojos; y al dirigir sus miradas á una hija del
desgraciado Montezuma, quizá sintiera algun remordimiento. Invitó á sus
reales prisioneros á tomar algunos refrescos, que tan oportunos eran para
tan necesitadas personas, extenuadas por la hambre. Entre tanto, el jefe es-
pañol dió sus disposiciones para la noche, mandando que Sandoval escoltase
á los prisioneros hasta Coyohuacan, adonde se proponía él mismo seguirlos.
Los otros capitanes, Olid y Alvarado, debían replegar sus fuerzas á sus res-
pectivos cuarteles. Era imposible para ellos continuar en la capital, donde
los venenosos miasmas de tantos cadáveres insepultos, formaban una atmós-
fera de infección. En los arruinados suburbios se estableció solo una pequeña
guardia para conservar el orden. Era la hora de vísperas cuando fué he-
cho prisionero Guatemotzin, y entonces fué cuando pudo considerarse el
sitio como terminado (31). La tarde se puso obscura y amaneció

(29) La ceremonia del matrimonio que distinguía la mujer legítima de la concu-
bina, la describe D. Thon Cano en su conversacion con Oviedo. Segun este, aparece
que la única prole legítima que á su muerte dejó Montezuma, consistia en un hijo y una
hija que era esta misma princesa. Véase el apéndice, part. 2.ª núm. 11.

(30) Para mas amplias noticias de la hija de Montezuma, véase el lib. VII, cap. III
de esta historia.

(31) Este suceso anualmente se recuerda, ó mas bien, se recordaba en tiempo del
gobierno español, por medio de una solemne procesion, alrededor de las murallas de la
ciudad, que se hacia el 13 de Agosto, y se componia de los principales caballeros y ciu-
dadanos á caballo, presididos por el virey, conduciendo el venerable estandarte del con-
quistador (a).

(a) El pendon, que no era el estandarte del conquistador, sino la bandera real, con
que se hacian las juras, y que se conservaba en la sala del ayuntamiento, se llevaba por
el alférez real, acompañándolo el virey, audiencia y demas autoridades, todos á caba-
llo, á las vísperas de la Iglesia de San Hipolito, y al dia siguiente, despues de la misa
se volvia al ayuntamiento con la misma solemnidad. En los últimos años iba la comi-
tiva en coche, lo que hacia la fiesta menos solemne, hasta que se suprimió por decreto
de las cortes de Cádiz el año de 1812.

á llover ántes de que todas las divisiones hubiesen evacuado la ciudad (32).

Durante la noche estalló sobre el valle de Méjico una tempestad tan tremenda, que los españoles rara vez habian sido testigos de otra igual, y que solo en los trópicos las hay tan terribles. El trueno retumbaba por todo el anfiteatro de rocas de las colinas, bramaba sobre la extension de las aguas, conmovia los *teocallis*, y los pocos y desmoronados edificios que aun quedaban en pié en Tenochtitlan, hasta sus cimientos. El relámpago parecía abrir hondas grietas en las bóvedas de los cielos; y su vívida llama envolvía toda la escena por un momento en una deslumbradora claridad, para sumergirla de nuevo en una obscuridad mas espantosa. La guerra de los elementos estaba en consonancia con la suerte de la ciudad arruinada, como si las deidades de Anahuac, huyendo espantadas de su antigua mansion, gritando y aullando formaran el tremendo sonido que se oía en los aires, al abandonar á su destino la capital rendida (33).

Al dia siguiente, Guatemotzin pidió al comandante español que permitiese á los mejicanos salir de la ciudad y pasar sin ser molestados al campo abierto, lo que consintió Cortés prontamente, como que sin esto no se hubiera podido proceder á la purificacion de la capital. En consecuencia, dió sus órdenes para la evacuacion de la plaza, mandando que ninguno, ya fuese de los españoles ó de los aliados, infriese violencia á los aztecas, ni de ninguna manera les impidiesen su marcha. El número total de estos es cal-

(32) Toribio, Hist. de las Ind. MS. part. 2, capítulo 7. Sahagún Hist. de la N. España, MS. lib. 12, cap. 42. Bernal Diaz, Historia de la Conq. cap. 158.

"Habiéndose rendido el señor de Méjico, dice Cortés en su carta al emperador, la guerra por el favor del cielo ha sido terminada el miércoles 13 de Agosto de 1521, y desde el dia que comenzó el sitio, que fué el 30 de Mayo, hasta su final ocupacion, han corrido 75 dias." [Rel. Terc. ap. Lorenzana pág. 300]. No es fácil decir qué suceso ocurrió el 30 de Mayo, que se designa como principio del sitio. Clavijero cree que fué la ocupacion de Coyohuacan por Olid. [Stor. del Méssico tom. III, pág. 196]; pero yo no sé en qué se funda. Ni Bernal Diaz, ni Herrera, ni Cortés fijan así esa fecha. A la verdad, dice Clavijero, que Alvarado y Olid salieron de Tezcuco el 20 de Mayo, mientras Cortés dice que el dia 10. Acaso Cortés cuenta desde que Sandoval ocupó la calzada del Norte, y se completó el cerco de la ciudad. Bernal Diaz, mas de una vez dice que el sitio duró tres meses, computando probablemente desde que su propia division al mando de Alvarado tomó su posicion en Tacuba ó por hablar en términos generales.

(33) Esto al parecer no perturbó el descanso de las tropas, que estaban tan ensordecidas con los diversos ruidos del sitio, que ahora que habia cesado "nos sentimos dice Diaz, con su acostumbrado estilo, como repentinamente escapados de un campamento donde hubiéramos estado encerrados por algunos meses, con un clamoreo de campanas sonando en nuestros oídos." Ibid. ubi supra.

culado con variedad desde treinta hasta setenta mil, sin incluir mugeres y niños, que habian sobrevivido á la espada, á la peste y á la hambre (34). Lo cierto es, que estuvieron tres dias desfilando por todas las calzadas, lo que formaba un triste espectáculo (35), maridos y mugeres, padres é hijos enfermos y heridos, apoyándose unos sobre otros para no caer, al caminar con pié vacilante, extenuados y medio cubiertos apenas de tales harapos, que á cada paso descubrían horribles heridas, frescas las unas, otras pudriéndose por la falta de cuidado en tan largo tiempo, y todos arrastrando consigo una atmósfera pestilente. Sus cuerpos consumidos y sus semblantes en que se veía estampada la hambre, eran la mejor relacion de toda la historia del sitio; y al acercarse aquella multitud errante á la orilla opuesta, hacían de cuando en cuando una pausa para dirigir sus últimas miradas al lugar que poco há coronaba la imperial ciudad, que era su caro hogar, y que ahora mas que nunca realzaba á sus ojos el recuerdo de tantas glorias pasadas.

Luego que salieron los habitantes, se tomaron diversas providencias para purificar la ciudad. Dia y noche se encendían muchas hogueras, especialmente en el cuartel de Tlatelolco, y se recogió multitud de cadáveres que yacían enmoheciéndose en las calles y se enterraron. Es imposible formar un cómputo probable de todos los que perecieron durante todo el sitio. Las relaciones varían desde ciento veinte mil, que es el cálculo mas bajo, hasta doscientos cuarenta mil (36). El número de los que perdieron los españoles

(34) Herrera, [Hist. general, déc. 3, lib. 2, cap. 7], y Torquemada, [Monarqu. Indiana, lib. 4.º cap. 101], los estiman en 30.000. Ixtlilxochitl dice que 60.000 hombres de armas las rindieron (Venid. de los Esp. pág. 49); y Oviedo hace subir el número á 70.000 (Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 48). Despues de las pérdidas del sitio este número es excesivo.

(35) "Digo que en tres dias con sus noches iban todas las calzadas llenas de indios é indias y muchachos, llenas de bote en bote, que nunca dejaban de salir, y tan flacos y sucios, é amarillos é hediondos que era lástima de los ver." Bernal Diaz, Hist. de la Conquista, cap. 156.

(36) Cortés estima las pérdidas del enemigo en los tres diferentes asaltos, en sesenta y siete mil hombres, que con 50.000 que dice perecieron de hambre y de enfermedades, hacen 117.000. (Rel. Terc. apud Lorenzana, pág. 298, y en otros lugares). Pero este cálculo es relativo al tiempo que precedió al principio del vigoroso plan de operaciones para la demolición de la ciudad. Ixtlilxochitl, que rara vez deja que alguno le exceda en ponderaciones, pone los muertos en números redondos en 240.000, incluyendo la flor de la nobleza azteca. [Ven. de los Esp. pág. 51]. Bernal Diaz observa con mas generalidad. "Yo he leído la historia de la destrucción de Jerusalem, y dudo si en ella hubo tantos muertos como en este sitio, porque se reunió en Méjico un inmenso número de guerreros indios de todas las provincias y ciudades sujetas á Méjico, cuyo mayor número pereció." Hist. de la Conquista cap. 156. "Yo he conversado, dice

fué comparativamente corto; pero el de los aliados debe haber sido considerable, si fuere cierto lo que asienta el historiador tezcucano, á saber, que solo paisanos suyos perecieron treinta mil (37). No puede dudarse de que el número de los que perecieron dentro de la ciudad fué inmenso, si se considera que además de su numerosa poblacion propia, se habia amontonado en ella la de las ciudades circunvecinas, que no confiando en sus propias fuerzas para resistir al enemigo, buscaron un asilo dentro de sus murallas.

El botin que se encontró, esto es, los tesoros de oro y joyas, único botin de valor á los ojos de los españoles, fué muy inferior á lo que esperaban. Según la relacion del general, no excedió de ciento treinta mil castellanos de oro, inclusa la parte del soberano, la cual, á la verdad, tomando en cuenta muchos artefactos curiosos y de costo, voluntariamente cedidos por el ejército, pasó considerablemente de su legítimo quinto (38). Los aztecas poseian todavía un tesoro mucho mas valioso, aun cuando solo fueran reliquias del que recobraron los españoles en la noche de su memorable huida de Méjico. Alguna parte de este botin debieron sacarla fuera de la capital, otra parte se gastaria en los preparativos para la defensa, y la mayor parte la enterraron ó la arrojaron al agua en la laguna, realizando así las amenazas que habian hecho á los españoles, cuya avaricia tuvieron al fin la satisfaccion de ver burlada.

La presencia de los indios aliados ya no era necesaria á Cortés. Reunió á los gefes de los diferentes cuerpos, les dió las gracias por sus servicios, habló de su valor en términos honoríficos, y despues de distribuir entre ellos varios presentes, dándoles la seguridad de que el emperador su amo recompensaria su lealtad con mayor largueza, los envió á su casa. Ellos se llevaron una considerable parte de los despojos de lo que habian pillado en las casas, que no era de lo que excitaba la codicia de los españoles y se volvieron triunfantes, triunfo bien efímero por el éxito de su expedición y por la caida de la dinastía azteca!

Oviedo, con muchos hidalgos y con otras personas, y les he oido decir que el número de muertos fué incalculable, mayor que el que hubo en Jerusalem, según la descripción de Josephó. (Hist. de las Ind. MS. lib. 30, cap. 30). El historiador Judío hace subir su cálculo á 1.100.000 muertos, (Antig. de los Judíos, Trad. Ingl. lib. VII, cap. XVII), por lo que la comparacion no dejará de asustar aun á los mas crédulos. Se debe excusar entrar en cuentas, cuando los datos son tan faltos é inseguros para asentar lo cierto con toda exactitud.

(37) Ibid. ubi supra.

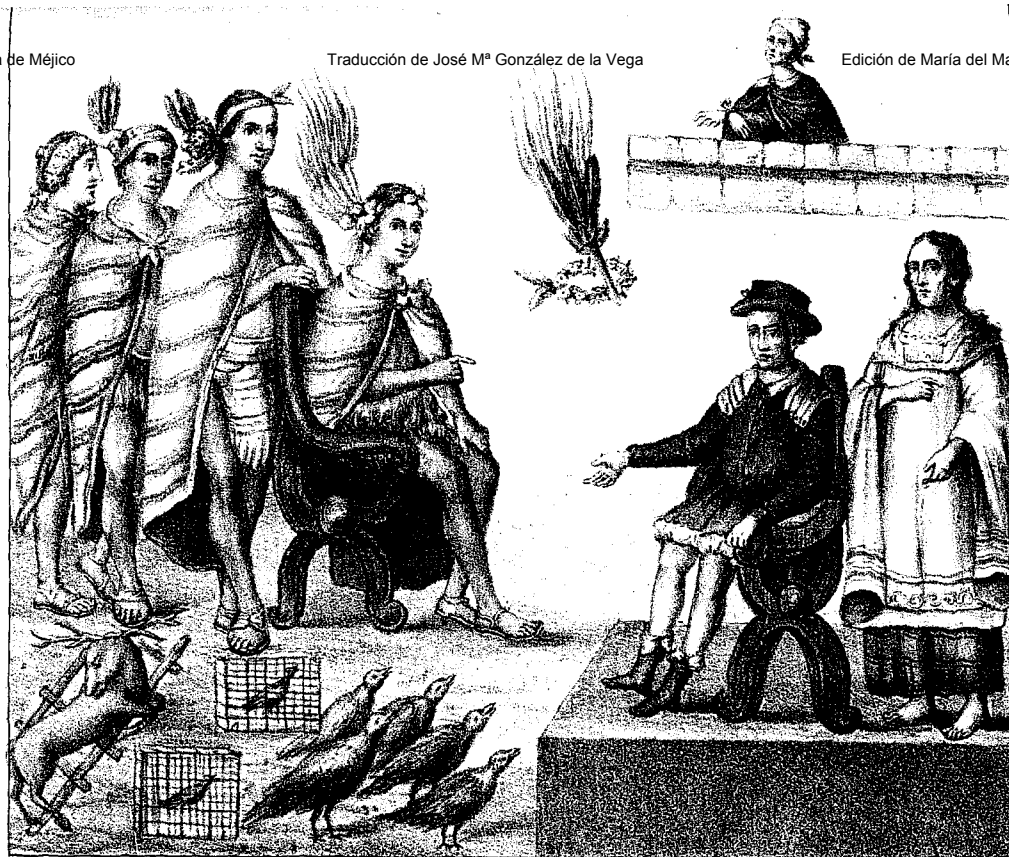
(38) Rel. Terc. apud Lorenzana, pág. 301. Oviedo entra en algunos pormenores respecto del monto del tesoro, y especialmente del quinto imperial, sobre cuya materia haremos algunas observaciones en otro lugar. Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 31.

Grande fué tambien la satisfaccion de los españoles por el brillante fin de su larga y trabajosa campaña. Es cierto que se vieron burlados á causa del poco valor del tesoro encontrado en la ciudad conquistada; pero el soldado está por lo general tan pagado de lo presente, que apenas se cuida del porvenir, y aunque su descontento se mostró despues de una manera mas ruidosa, por lo pronto solo pensaban en su triunfo y se abandonaron al júbilo. Cortés celebró el suceso con un banquete tan suntuoso, como lo permitian las circunstancias, al cual fueron convidados todos los caballeros y oficiales. Tan larga, tan tumultuosa y tan llena de excesos fué la orgía, que provocó las reprensiones del padre Olmedo, quien les declaró que no era este el medio conveniente de manifestarse agradecidos á los favores de que les habia colmado el Todopoderoso. Cortés, si bien reconoció la justicia del reproche, imploró alguna indulgencia para la licencia de sus soldados en esta hora del triunfo. El siguiente dia fué señalado para hacer una conmemoracion de sus victorias, de una manera mas conveniente.

Todo el ejército se formó en procesion, presidida por el padre Olmedo. Las banderas sucias y andrajosas de Castilla, que habian ondeado sobre muchos campos de batalla, daban sombra á aquella fila de soldados pacíficos que iban caminando lentamente rezando la letanía, ostentando la imagen de la Virgen y el símbolo sagrado de la redencion del género humano. El reverendo padre pronunció un sermón en el que brevemente recordó á las tropas los grandes motivos que tenian para dar gracias á la Providencia, de haberlos sacado á salvo de su larga y arriesgada peregrinacion; y deteniéndose acerca de la responsabilidad que por su posición actual tenian, les rogó no abusasen de su derecho de conquista, sino que tratasen con humildad á los infelices indios. En seguida dió la comunión al general en jefe y á los principales caballeros, concluyendo la funcion con una solemne accion de gracias al Dios de las batallas, por haberles concedido plantar triunfante la bandera de la Cruz sobre el bárbaro imperio de los aztecas (39).

Así despues de un sitio que duró cerca de tres meses, sin igual en la historia por la constancia y valor de los sitiados, que jamas sucumbieron bajo el peso de sus sufrimientos, cayó la afamada capital de los aztecas, y puede con verdad llamarse este sitio sin igual, por la constancia y el valor, si recordamos que todo el tiempo que duró el cerco, tuvieron los sitiados abierta la puerta para una capitulacion honrosa, y que rechazando con severidad todas las proposiciones del enemigo, prefirieron como valientes la muerte á la rendicion. Mas de tres centurias habian transcurrido desde

(39) Herrera, Hist. gen. déc. 3, lib. 2, cap. 8. Bernal Díaz, Hist. de la Conq. cap. 156. Sahagún, Hist. de N. Esp. MS. lib. 12, cap. 42. Oviedo, Hist. de las Ind. MS. lib. 33, cap. 30. Ixtlilxochitl, Ven. de los Esp. pag. 51 y 52.



Cortés toma posesion de la ciudad de México.

que la tribu errante y pobre de los aztecas habia venido desde el remoto confin del Noroeste hasta la mesa central de la cordillera. Aquí edificaron sus miserables chozas en el lugar que, segun la tradicion, estaba señalado por el oráculo. Sus conquistas, limitadas al principio á los inmediatos contornos, gradualmente se extendieron por el valle, salvaron las montañas, se esparcieron por la ancha extension de las llanuras, bajaron sus pendientes colinas y se precipitaron hasta el golfo mejicano, y hasta los distantes confines de la América central. Su miserable capital, á proporcion que ensanchaban su territorio, crecia, trasformándose en una ciudad floreciente, cubierta de edificios, monumentos de las artes, y llena de una numerosa poblacion; todo lo cual le dió el primer rango entre las capitales del mundo occidental. Entónces, de las regiones mas distantes al Este, vino otra raza de extranjeros como ellos, cuya venida tambien habia sido anunciada por un oráculo, y apareciendo en su centro, los asaltó, cuando se hallaban en el zenit de su prosperidad, y los borró del mapa de las naciones para siempre. Todos estos hechos, ¿no parecen mas bien pertenecer á la fábula que á la historia? ¿no parecen mas bien una leyenda novelesca, un cuento de las mil y una noches?

Sin embargo, no podemos sentir la caida de un imperio que tan poco hizo en favor de la felicidad de sus súbditos, y de los verdaderos intereses de la humanidad. A pesar del esplendor que sus últimos dias adquirieron por la gloriosa defensa de su capital, por la magnificencia y templanza de Montezuma, por el heroismo intrépido de Guatemotzin, los aztecas eran una raza fiera y brutal, poco á propósito, bajo cualquiera punto de vista que se les considere, para excitar nuestra simpatía y consideracion. Su civilizacion, tal como era, no les era propia sino copiada, acaso imperfectamente, de otra raza, á la cual sucedieron en la posesion del territorio, y como un generoso vástago injerto en un tronco vicioso, no pudo llegar á perfeccionar sus frutos. Los aztecas dominaron sus vastos estados con una espada en lugar de cetro, y sus vasallos eran siervos destinados solamente á servir á su antojo, contenidos por el temor á las guarniciones militares y aniquilados con los impuestos en tiempo de paz, y con las reclutas en tiempo de guerra. Semejantes á los romanos en la naturaleza de sus conquistas, no los imitaron extendiendo como ellos los derechos de ciudadanos á los vencidos, ni los amalgamaron para formar una gran nacion, por medio de derechos y de intereses comunes. Al contrario, los trataron como extranjeros, aun á aquellos mismos que estaban agrupados en el valle, al derredor de las murallas mismas de la capital. La metrópoli azteca, siendo el centro de la monarquía, no tenia nada de comun con las simpatías ni con los sentimientos del resto del cuerpo político: era extranjera en su propio pais.

Pero no solo no mejoraron los aztecas la condicion de sus vasallos, sino

que, moralmente hablando, hicieron mucho para empeorarla. ¿Cómo puede una nacion, donde se ofrecen sacrificios humanos y donde se combinan estos mismos sacrificios con los usos de caníbales, progresar en el camino de la civilizacion? ¿Cómo pueden consultarse los intereses de la humanidad en un pais donde el hombre y el bruto que vuelve á la nada, se consideran de la misma especie? La influencia de los aztecas introdujo supersticiones en paises que, ó no las conocian, ó no las observaban, por lo menos en toda su fuerza. El ejemplo de la capital fué contagioso; y así como en Roma los espectáculos de los gladiadores llegaron á celebrarse cada vez con mas pompa, conforme iba en aumento el esplendor de la capital, así tambien conforme crecia la opulencia de Méjico, las festividades religiosas iban adquiriendo una magnificencia mas terrible. Hombres, mugeres, niños, la nacion entera llegó á familiarizarse con estas horrorosas escenas, con estas repugnantes abominaciones, y asistian á ellas. Así se endureció su corazon y sus costumbres se volvieron feroces, la débil luz de la civilizacion que les habia trasmitido una raza mas suave iba debilitándose mas y mas, y millares de millares de víctimas por toda la extension del imperio, eran engordadas anualmente en sus jaulas, sacrificadas en sus altares, condimentadas y servidas en sus banquetes. El pais era un vasto matadero de hombres. El imperio de los aztecas no cayó ántes de tiempo.

Es inútil discutir si estas atrocidades sin ejemplo dan suficiente disculpa á la invasion de los españoles; ya sea que, como opinan los protestantes, la creamos justificada por el derecho natural y por las exigencias de la civilizacion; ó como los católicos romanos, por la voluntad del papa; porque bajo estos dos aspectos han sido defendidas las conquistas de las mas de las naciones cristianas en el Oriente y en el Occidente, pues que ya ha sido considerado todo esto en uno de los capítulos anteriores.

Mas importante es examinar si dando por supuesto el derecho, la conquista de Méjico fué ejecutada de una manera conforme á lo que exigia la humanidad. Sobre este punto es preciso convenir en que, aun teniendo en consideracion la ferocidad de aquel siglo y la relajacion de sus principios, hay ciertos pasajes que todo español, celoso del honor de sus compatriotas, se alegraria de ver borrados de su historia, porque no pueden cohonestarse con la razon de la propia defensa ó de la necesidad de ninguna clase, y que dejarán para siempre una negra mancha sobre los anales de la conquista. Pero en general, la invasion hasta la toma de la capital, fué ejecutada bajo principios menos ofensivos á la humanidad, que los que se observaron en la mayor parte, y tal vez en todas las otras conquistas de la corona de Castilla en el Nuevo Mundo.

No es gran elogio decir, que los soldados de Cortés no usaron perros de presa para cazar á los infelices indios, como en algunas otras partes del continen-

les que necesariamente dimanaban de la naturaleza misma de la guerra (40). Yo no he echado un velo sobre estos males, porque el historiador no debe retraerse de pintar con sus verdaderos colores un carácter atroz que, despedazando los lazos de toda sociedad humana, se empeña en triunfar armando el brazo de un hermano contra su hermano, convierte un hombre civilizado en un bárbaro, y enciende el fuego del infierno en el corazón del salvaje, aunque la fortuna haya coronado estos hechos con el éxito, el cual bien puede rodearse de una aureola falsa de gloria.

Sea cual fuere la opinión que de la conquista se forme bajo el aspecto moral, considerada como un hecho de armas, no puede dejar de llenarnos de asombro. Que un puñado de aventureros mal armados y equipados abordase á las playas de un poderoso imperio, habitado por una raza valiente y guerrera, y despreciando las prohibiciones reiteradas de su soberano, se abriesen paso hasta el centro del país: que esto lo hiciesen sin conocimientos ni del idioma ni del terreno, sin un plano, sin instrumentos que les sirviesen de

(40) Nadie ha sido tan severo con los antiguos conquistadores, como sus propios descendientes los modernos mejicanos. Bustamante, el editor de *Ixtlilxochitl*, concluye una invectiva animada contra los invasores, recomendando la erección de un monumento en el sitio, que hoy está en seco, donde fué hecho prisionero Guatemotzin, el cual como lo expresa la misma inscripción que se propone, "entregue á la eterna execración, la detestada memoria de estos bandidos." [Venid. de los Esp. pág. 52, nota]. Cualquiera supondría que la pura sangre azteca, sin mezcla de una gota de la castellana, corre por las venas del indignado editor y de sus compatriotas, ó á lo menos que sus simpatías por la raza conquistada, les habrán hecho que sea reintegrada en sus antiguos derechos. Sin embargo de estos rasgos de generosa indignación de que están llenos los escritos de los mejicanos de nuestros días, ni la revolución, ni ninguno de esa numerosa serie de pronunciamientos, ha dado por resultado restaurarles un solo acre de su antiguo territorio (a).

(a) Es cosa muy singular que un escritor extranjero haya conocido mejor que los descendientes de los españoles en México, cuál es la posición de estos en el país, y que haya tenido que echarles en cara lo absurdo é inconsecuente de sus declamaciones contra sus mayores. En esta parte, aunque D. Carlos Bustamante haya sido el mas extravagante de todos los escritores, casi no hay uno que no incida en este defecto, y no se necesita mas que ver los periódicos aun los mas acreditados, casi todos los discursos encomiásticos del 16 de Septiembre y hasta la acta de independencia, para convencerse de cuán arraigada está la preocupación extraña de que los hijos de los españoles han heredado los derechos de Moctezuma, y que la independencia no ha hecho mas que reponer las cosas como estaban antes de la conquista. Los indios de Yucatan y de Si-chú han sacado con mejor lógica las consecuencias que dimanaban naturalmente de tan absurdos principios, y Dios quiera que no vayan tan adelante las cosas que lleguen á no tener remedio.

guía, sin la menor idea de las dificultades con que pudieran tropezar, ignorando si el primer paso que diesen los conduciría á una nacion enemiga ó á un desierto, y buscando á ciegas con el tacto un camino en medio de la obscuridad: que aunque casi oprimidos en su primer encuentro con los habitantes, se dirigiesen apresuradamente á la capital, y llegando se arrojasen sin vacilar en medio de sus enemigos: que lejos de acobardarse por el extraordinario espectáculo de su poder y de su civilizacion, se confirmasen mas y mas en su primer designio: que se apoderasen del monarca, ejecutasen á sus ministros á la vista de sus súbditos, y cuando fuern arrojaos fuera de las puertas de la ciudad y se vieron arruinados, juntasen sus dispersos restos, y siguiendo un plan de operaciones, llevado al cabo con tan consumada política como osadía, lograsen tomar la ciudad y establecer su dominacion sobre el pais: todo esto, ejecutado por un puñado de aventureros, faltos de todo, es un suceso casi milagroso que se desvia aun de las probabilidades que requiere la fábula, y que no admite paralelo en las páginas de la historia.

Sin embargo, no debe entenderse esto al pié de la letra, porque seria injusto para los mismos aztecas, ó al menos para sus proezas militares, considerar ejecutada la conquista directa y únicamente por los españoles. Esto seria armar á estos con el escudo encantado de Rugiero y con la lanza mágica de Astolfo, que vencia al tocarlos solamente centenares de enemigos. El imperio indio fué en cierto modo conquistado por los mismos indios. El primer encuentro terrible de los españoles con los tlascaltecas, que estuvo cerca de aniquilar á aquellos, fué el que de hecho les aseguró la victoria, dándoles un fuerte apoyo en el pais mismo, donde poder retirarse á la hora de una desgracia, y al derredor del cual pudieron reunir las razas amigas de la tierra, para un gran asalto capaz de abrumar al enemigo. La monarquía azteca fué derribada por las manos de sus propios súbditos, bajo la direccion de la sagacidad y del saber europeo. Unidos hubieran desafiado á los invasores; pero la capital estaba separada del resto del pais; y el rayo que habria pasado á distancia, casi sin ofenderle, si el imperio hubiera estado compacto con el vínculo de la lealtad y del patriotismo, se abrió paso por entre las grietas y hendeduras del edificio mal enlazado, y sepultó al imperio bajo sus propias ruinas. Sirva su suerte como una palpable prueba de que un gobierno que no está asentado sobre la base de las simpatías de sus súbditos, no puede existir largo tiempo: de que las instituciones humanas, no estando enlazadas con la prosperidad y el progreso, inevitablemente caen, si no ante la luz creciente de la civilizacion, bajo la mano de la violencia interior ó exterior: ¿y quién lamenta su caída?

Con los sucesos de este libro termina la Historia de la Conquista de México por Solís, que bajo muchos respectos es la mas notable en el idioma castellano. D. Antonio de Solís nació de una familia respetable en Octubre de 1610 en Alcalá de Henares, plantel de ciencias, cuyo nombre en España va unido á los mas brillantes ornamentos, tanto de la iglesia como del estado. Siendo aun muy jóven, dió ya indicios de su futuro genio, especialmente por la viveza de su imaginacion y por su inclinacion á las bellas letras. Mostró una decidida aficion á las composiciones dramáticas, y á la edad de diez y siete años compuso una comedia que le hubiera dado nombre aun en edad mas madura. Se entregó luego con empeño al estudio de la Ethica, siendo visibles los frutos de este estudio en las reflexiones morales que dan un carácter didáctico aun á sus mas ligeras composiciones.

A la edad conveniente entró en la Universidad de Salamanca, donde hizo los cursos regulares de derecho canónico y civil. Pero los talentos de Solís se complacian mas con las suaves inspiraciones de las musas, que en la disciplina severa de la escuela; y compuso una porcion de piezas para el teatro, muy estimadas por la riqueza de su diction, y por la ingeniosa y delicada trama de su intriga. Contribuyó sin duda á alimentar en él este gusto por la poesía dramática, su intimidad con el gran Calderon, para cuyas comedias compuso algunas loas ó prólogos. Los delicados modales y los brillantes conocimientos de Solís, le valieron el favor del conde de Oropesa, virey de Navarra, que le nombró su secretario. Las cartas escritas por él, mientras estuvo en servicio de este noble caballero y otras, han sido en su mayor parte publicadas, siendo muy recomendables por la elegancia y dulzura de expresion, característica de todos los escritos de su autor.

La creciente reputacion de Solís, le atrajo la atencion de la corte; y en 1661 fué nombrado secretario de la reina madre, cuyo oficio no habia querido admitir en tiempo de Felipe IV, y obtuvo la preferencia para el encargo mucho mas importante de historiógrafo de las Indias: nombramiento que estimuló su ambicion llevándole á una carrera mas elevada, diferente de todo lo que hasta allí habia emprendido. Cinco años despues de este suceso, teniendo cincuenta y seis de edad, hubo un cambio muy importante en su vida, pues habiendo abrazado la profesion religiosa, fué admitido á los sagrados órdenes en 1666. Desde entonces cesó todo su trato con la musa cómica, y si hemos de dar crédito á sus biógrafos, se resistió por escrúpulos de conciencia á componer hasta los dramas religiosos llamados *Autos Sacramentales*, aunque la muerte del poeta Calderon le abria ancho campo á este género de literatura; pero parece difícil conciliar tanta delicadeza de conciencia con la publicacion de varias de sus comedias que se verificó en 1681. Sin embargo, no cabe duda en que se dedicó empeñosamente á su nueva profesion, y á los estudios históricos á que le obligaba su empleo de cronista. Al fin, los frutos de estos estudios



D. Antonio de Solís.

fueron dados á luz en su *Conquista de Méjico*, que se publicó en Madrid en 1684. Se dice, que pensaba continuar su obra hasta los tiempos posteriores á la conquista; pero si así fué, desgraciadamente se lo impidió la muerte que le sobrevino cerca de dos años despues de la publicacion de su Historia, el dia 13 de Abril de 1686. Murió de edad de 76 años, muy considerado por sus virtudes y muy admirado por su ingenio; pero en aquel estado de pobreza que es frecuentemente la recompensa del talento y de la virtud.

Se hizo una coleccion de las diversas poesías de Solis y se publicó algunos años despues de su muerte, en un volúmen en cuarto, que despues ha sido reimpresa, pero su grande obra, sobre la que está fundada sólidamente su fama, es su *Conquista de Méjico*. A pesar de que el campo de la historia ha sido recorrido por tantos eminentes ingenios españoles, supo Solis abrirse en él una nueva carrera. Sus predecesores, con todo su mérito, habian mostrado una ignorancia rara de los principios del arte, considerando los escritos históricos, no como un trabajo artístico, sino como una ciencia, tratándola por este lado solamente y separando la historia de su legítimo enlace con las bellas letras. Pensando en la utilidad y no en la belleza, dirigieron sus obras á instruir, mas no á agradar, haciéndolas propias tan solo de los hombres de letras, ansiosos de encerrar, como las abejas, sus conocimientos dentro de una colmena; pero no de la gente desocupada que toma un libro por solaz y por recreo. Tales escritos nunca están en las manos de los mas ni aun de muchos ilustrados, y se relegan al gabinete de los sabios, que penosamente se afanan en buscar la verdad, sin curarse de la grosera cubierta bajo la cual pueda encontrarse. Algunos de los mas distinguidos entre los historiógrafos nacionales, como por ejemplo Herrera y Zurita, á pesar de ser los dos mas notables en Castilla y en Aragon, merecen esta censura. Es cierto que despliegan suma agudeza, gran fuerza de lógica, crítica juiciosa, una paciencia y una industria admirables en la reunion de pormenores de sus voluminosas y variadas compilaciones; pero son lamentablemente defectuosas en todo lo que mira á las gracias de la composicion, á la elegancia del estilo, á la diestra disposicion de la historia y á la eleccion de sus incidentes. Con todos sus altos méritos, intelectualmente considerados, son tan defectuosos por el lado del arte, que ni podrán ser jamas populares, ni serán reverenciados como los grandes clásicos de la nacion.

Solis tuvo la destreza de aprovecharse de aquel campo que sus predecesores habian dejado sin cultivo. En vez de elevarse á una altura, donde necesitaria emplear grandes esfuerzos en generalidades frias y estériles, fijó su atencion en un gran tema que por sus pintorescos accidentes, por los novelescos episodios de la historia, por el caballeresco carácter de los actores y de sus hazañas, que corresponden á los altivos y patrióticos sentimientos de todos los pechos españoles, y que por el brillante contraste que proporciona entre la ci-

vilización europea y los esplendores salvajes de una dinastía india, fuese notablemente acomodado á la ardiente imaginación del poeta. Bajo este punto de vista poético, consideró Solís su obra, distribuyendo las materias con una habilidad admirable, haciendo que los incidentes subalternos conservasen una posición inferior, presentando los sucesos más importantes en un relieve colosal por medio de un estudio cuidadoso de sus proporciones, que dió al conjunto una admirable simetría. En vez de distraer la atención hácia diversos objetos, le presentó una idea grande y predominante que derrama su luz, por decirlo así, sobre la obra entera. En vez de numerosos episodios que á semejanza de ciertas oscuras galerías no conducen á nada, él lleva al lector por el camino real, conduciéndole derechamente al objeto: cada paso que damos en la narración, sentimos que es un adelanto, y la historia nunca falta, nunca se detiene, manteniéndose constantemente la admirable unidad de las partes por medio de la cual, la una arrastra á la otra, y cada acontecimiento precedente prepara el camino para el que sigue. Aun las casuales interrupciones que son la gran piedra de toque del historiador, que no pueden evitarse por la importancia que los sucesos que las causan producen en la historia, son manejadas con tal discreción, que si bien el interés se suspende, jamás se rompe. Tales pausas están á la verdad tan bien colocadas, que sirven de agradable reposo después de las animadas escenas en que el lector ha sido envuelto por largo tiempo, como el viajero abrumado por la fatiga de un viaje, toma aliento en ciertos sitios que por sí mismos serian poco recomendables.

Semeja el interés de esta obra al que produce un gran espectáculo ó un drama bien ordenado, en que una escena sucede á otra escena, un acto á otro acto, aclarando el uno al otro, y preparando el camino el precedente para el que le sigue, hasta que todo se termina por un desenlace grande y decisivo. Solís cierra su historia con la toma de Méjico, que es su desenlace, prefiriendo dejar completa sin interrupción la impresión de ánimo del lector, sin debilitarla con una narración prolongada hasta la muerte del conquistador. Ciertamente Solís ha querido producir este efecto.

El mismo cuidado tuvo con respecto al estilo, que el que mostró en la trama de su historia. Tanta finura y tan variada hermosura y brillantez nos recuerdan aquellas preciosas maderas matizadas, que á virtud de un bruñido extremo presentan á la vista los mil variados tintes de su superficie. Sin embargo, este estilo ha encontrado acogida poco favorable entre los críticos extranjeros, que lo condenan como ampuloso, artificial é hinchado. Guárdense los críticos extranjeros de ingerirse en esta materia, porque la impalpable esencia que rodea el pensamiento, es como una atmósfera que dá á aquel un movimiento y un colorido particular, diversos en cada nación, como las atmósferas que rodean los diferentes planetas de nuestro sistema, y que

requiere ser comprendida para poder interpretar el carácter de los objetos que vemos al traves de ella. Solo un nacional puede decidir con alguna confianza sobre el estilo, porque conoce las alusiones casuales y locales que determinan su propiedad y su elegancia, y en opinión de eminentes críticos españoles, el estilo de Solís reclama el mérito de claridad, fluidez, y elegancia clásicas. Aun los extranjeros no pueden ser insensibles á este poder de transmitir una pintura viviente á la vista. Las palabras son los colores del escritor y Solís las usa con el tino de un consumado artista, ya explicando el obscuro tumulto de una batalla, ya refrescando el ánimo por medio de escenas de una magnificencia tranquila ó de una suave y reposada fruicion.

Solís se formó hasta cierto punto por los modelos históricos de la antigüedad, é introdujo en boca de sus personajes, discursos de su propia composicion, cuya práctica está bien fundada en la autoridad, tanto de los modernos como de los antiguos, especialmente entre los principales historiadores italianos, y tiene las ventajas de poner al escritor en aptitud de transmitir los sentimientos de sus personajes, dándoles una forma dramática y de mantener así el encanto de la ilusion histórica, sin introducirse nunca la propia persona del historiador. Tiene ademas otra ventaja, y es, la de poder manifestarse los sentimientos propios del autor bajo la máscara de su héroe, produciendo así mas efecto, que si los introdujese dándolos como suyos. Pero para el que esté acostumbrado á la escuela de los mejores historiadores ingleses, esta práctica parece poco satisfactoria y desagradable, porque hay en ella una especie de decepcion, no pudiendo el lector determinar cuáles son los sentimientos característicos de los personajes históricos, y cuáles los del autor. La historia parece novela, y el lector descarriado anda errante á una luz incierta, dudando si sigue las huellas de la realidad ó de la ficcion.

Hay todavia otra objecion, cuando esa práctica viola la exactitud de las costumbres. Nada es mas difícil que conservar la propiedad de la época, cuando se coloca lo nuevo sobre lo antiguo, la imitacion de la antigüedad sobre la antigüedad misma. Las declamaciones de Solís son inapreciables como modelos de elocuencia; pero frecuentemente están mal colocadas, y los groseros personajes cuyas bocas las producen, son demasiado pequeños, y les sientan tan mal como á los héroes romanos la peluca á la moda y la espada con que se pavoneaban en el teatro francés en el tiempo de Luis XIV.

No es fácil hablar sobre el mérito de las investigaciones hechas por Solís para la composicion de su obra, porque careciendo absolutamente de notas y de citas, es imposible seguir la huella del moderno autor, hasta la fuente de donde bebió sus materiales, porque no era esa la costumbre de aquella época. Las gentes de aquellos tiempos y aun de los precedentes, se con-

tentaban con los hechos, que creían bajo la palabra del autor, sin que pretendieran investigar por qué afirmaba una cosa y por qué ponía en duda otra, ni saber si su historia descansaba en la autoridad de un amigo ó de un enemigo, si el escritor estaba bien ó mal informado; en una palabra, creían sin pedir la razón, contentándose con tenerlo todo por cierto. Esto era muy cómodo para el historiador; así se libertaba de un inmenso trabajo, y era imposible descubrir sus errores, ó á lo menos su negligencia, para todo el que no fuese caminando cuidadosamente por el mismo sendero que él. Los que hayan tenido ocasion de hacerlo con Solís, no formarán una idea muy favorable de la extension de sus investigaciones, y se convencerán, de que aunque su empleo le hacia accesibles los mas preciosos archivos del reino, rara vez ocurre á los documentos originales, contentándose con los mas fáciles y que tenia mas á la mano; rara vez distingue el testimonio de un contemporáneo, de otro mas moderno; en una palabra, en todo lo que constituye el mérito científico de la historia, es muy inferior á su sabio predecesor Herrera, á pesar de haber sido tan rápida la composicion de este último.

Las preocupaciones, ó mas bien el fanatismo de Solís, prestan mérito para otra objecion. El estaba poseído, aunque á la verdad, en union de muchos de sus compatriotas, de aquel defecto tan contrario al espíritu filosófico, que debe presidir las tareas del historiador. Solís lo llevó hasta un grado muy alto, teniendo la desgracia de que el asunto, que era una lucha entre cristianos é infieles, naturalmente lo arrastró á desarrollar completamente este defecto. En vez de mirar á los engañados gentiles con aquel grado de aversion que generalmente se les tenia en la Península despues de la toma de Granada, él los considera como parte de la gran liga de Satanás, y que obraban, no solo por la inspiracion y bajo la invisible influencia del príncipe de las tinieblas, sino llevando personal comunicacion con él: en una palabra, como su milicia regular y organizada. Bajo tal concepto, cada acto de los desgraciados enemigos era un crimen; sus buenas acciones son representadas con inexactitud ó como derivadas de causas viciosas: porque ¿cómo podia nacer ningun género de bondad del espíritu del mal? No puede darse mejor demostracion de los resultados de este modo de pensar, que el desacertado retrato que el historiador nos ha dejado de Montezuma, aun ya moribundo. La guerra de la conquista fué en opinion del historiador un conflicto entre la luz y las tinieblas, entre el bueno y el mal principio, entre los soldados de Satanás y los caballeros de la Cruz: fué una guerra sagrada, en la cual, la santidad de la causa borró los pecados de los conquistadores y hasta el mas obscuro de los soldados que allí perecieron, todos merecian la corona del martirio. Con preocupaciones tan apasionadas, ¿qué lugar quedaba para una crítica imparcial, que es la alma de la historia?

La presuntuosa parcialidad del historiador hácia los conquistadores, es lle-

vada muy lejos por aquellos sentimientos de patriotismo bastardo, que identificando la gloria del escritor con la de sus compatriotas, le ciegan respecto de sus errores. Esta parcialidad se muestra especialmente respecto de Cortés, que es el héroe. Las luces y las sombras de la pintura están todas dispuestas con relacion á este principal personaje: sus buenas acciones ocupan ostentosamente el primer término del cuadro, y las malas apenas se distinguen en lontananza. Solís no paró aquí, sino que glosando artificiosamente, lo peor lo hace aparecer lo mejor, excitándonos á la admiracion hácia su héroe, hasta por sus mismos crímenes. Ninguno, ni aun el mismo Gomara, es tan entusiasta admirador de cuanto pertenece al gran general; y cuando sus miras se encuentran contradichas por los asertos del sincero Diaz, es seguro que Solís ha de hallar algun motivo para atribuir la diferencia á alguna siniestra intencion del veterano, porque Solís conoce mas á Cortés y sabe mas de sus acciones y de las causas de ellas, que su compañero de armas y que su capellan y admirador.

Así ha presentado Solís una hermosísima imagen de su héroe; pero como héroe de novela, es un personaje sin tacha. Un eminente crítico castellano recomienda á Solís por haber escrito su historia con tal arte, que es un panegírico. Esto puede ser cierto; pero si la historia es un panegírico, un panegírico no es la historia.

Sin embargo, con todos estos defectos, cuya existencia no puede negar ningun crítico, la historia de Solís ha sido tan favorecida por sus propios compatriotas, que ha sido impresa y reimpresa con todo el refinamiento del lujo tipográfico. Ha sido traducida en los principales idiomas de Europa, y tan encantadora es su composicion, y tan bien acabada como obra artística, que indudablemente durará mientras existan el idioma en que está escrito, y el recuerdo de los hechos á cuya memoria está dedicada.

Tambien aquí debemos despedirnos del padre Sahagun, que nos ha acompañado en toda nuestra narracion. Como sus noticias se fundan en las tradiciones de las gentes del pais contemporáneas de la conquista, son de grande importancia para corroborar ó para contradecir los asertos de los conquistadores; pero su mérito á este respecto está debilitado por el extravagante y desatinado carácter de muchas de las tradiciones aztecas, tan absurdas ciertamente, que llevan en sí mismas su refutacion. Donde las pasiones obran, no hay absurdo que no se crea.

El libro 12.º ó sea originalmente el 9.º, como se dice en el prefacio de su historia de la Nueva España, es el destinado para la relacion de la conquista. En 1585, treinta años despues de la primera edicion, enmendó esta parte de su grande obra, moviéndole á ello, como él mismo dice, el deseo "de corregir los defectos de la primera relacion, en la cual se encuentran cosas que hubiera sido mejor omitir, y se omitieron otras que debie-

“ron recordarse (*).” Era de suponerse que la censura que el misionero habia atraído sobre su cabeza por su sincera relacion de las tradiciones aztecas, le haria mas circunspecto el revisar su primera narracion; pero no fué así, ni aun hizo el menor esfuerzo para mitigar los cargos mas fuertes contra sus compatriotas. Como esta copia manuscrita ha sido la que el mismo autor juzgaba mas correcta despues de su última revision, y como es mas copiosa que la relacion impresa, me he guiado generalmente por aquella.

El Sr. Bustamante se equivoca suponiendo que la edicion de su libro XII que publicó en México en 1829, está sacada de la copia corregida por Sahagun. El manuscrito citado en esta obra, es ciertamente sacado de esa copia, porque en el prefacio mismo, como hemos visto, el autor lo declara así; pero en cuanto al intrínseco valor de ambos, hay muy corta diferencia.

(*) “En el libro nono, donde se trata esta Conquista, se hicieron ciertos defectos y fué que algunas cosas se pusieron en la narracion de esta Conquista que fueron mal puestas; y otras se callaron, que fueron mal calladas. Por esta causa este año de mil quinientos ochenta y cinco enmendé este libro.” MS.

LIBRO VII.
CONCLUSION.—CARRERA POSTERIOR DE CORTES.

LIBRO VII. CONCLUSION.

CARRERA POSTERIOR DE CORTES.

CAPITULO I.

TORMENTO DADO A GUATEMOTZIN.—SUMISION DEL PAIS.—REEDIFICACION DE LA CIUDAD.—EMBAJADA A CASTILLA.—QUEJAS CONTRA CORTES.—

ES CONFIRMADO EN SU AUTORIDAD.

1521—1522.

La historia de la conquista de Méjico termina con la rendicion de la capital; pero está tan íntimamente enlazada con la del hombre extraordinario que la consumó, que pareceria trunca la narracion, si no se continuase hasta el término de su carrera. Esta parte del asunto ha sido tratada muy imperfectamente por los escritores precedentes, y por esto yo, aprovechándome de los materiales auténticos que poseo, me propongo trazar un breve bosquejo de la brillante, aunque contrariada fortuna con que anduvo Cortés en su subsecuente carrera.

Diversos fueron los pensamientos que sucedieron en el ejército al primer entusiasmo del triunfo, viendo los soldados la pequeñez del botin recogido de la ciudad conquistada, y considerando que no bastaba para compensar todos sus trabajos y sufrimientos. Algunos soldados de Narvaez, disgustados por el amargo desengaño, se negaron absolutamente á aceptar su parte. Unos murmuraban contra el general, y otros contra Guatemotzin, quien, decian, podia revelar en queriendo el lugar donde estaban los tesoros. Las blancas paredes de los cuarteles se veian cubiertas de epigramas y pasquines, en los que se acusaba á Cortés de que se aplicaba "un quinto del botin como general en gefe, y otro como soberano". Como Guatemotzin se negó á toda revelacion respecto del tesoro, ó mas bien declaró, que no habia que revelar, los soldados insistieron reciamente en que se le aplicase al tormento. Pero Cortés no estaba dispuesto á este acto de violencia tan contrario á la protección recientemente prometida al príncipe, y se negó á tal demanda, hasta que los soldados, instigados al parecer por el Tesorero Real Alderete, acusaron al general de secretas inteligencias con Guatemotzin, y de que tenia el designio de defraudar, tanto al Soberano, como á ellos mismos. Estas no merecidas sospechas picaron á lo vivo á Cortés y en hora menguada entregó al príncipe en manos de sus enemigos, para que dispusieran de él á su antojo.

Pero el héroe que había desafiado la muerte en sus mas tremendas formas, no había de intimidarse con un sufrimiento físico; cuando su compañero el cacique de Tacuba, que fué puesto á la cuestion juntamente con él, manifestó sus dolores con sus gemidos, Guatemotzin le reprendió friamente exclamando: "¿pensais que estoy yo en algun deleite ó baño?" (1) Al fin Cortés, avergonzado del papel tan bajo que se le había hecho representar, libró al príncipe azteca de las manos de sus verdugos, ántes de que fuese demasiado tarde que ya lo era para que su propio honor no sufriese una mancha indeleble, por este trato dado á su real prisionero.

Todo lo que pudo arrancar á Guatemotzin el dolor de sus sufrimientos en la tortura, fué la confesion de que se había arrojado al agua gran cantidad de oro; pero aunque se hicieron los mayores esfuerzos á la vista de Cortés mismo, para registrar el cenagoso fondo de la laguna, solo se consiguió sacar unos pocos efectos de muy insignificante valor. Más afortunadas fueron sus pesquisas en un estanque de los jardines de Guatemotzin, donde hallaron un sol, como le llamaron, el cual probablemente no era otra cosa mas que una de las ruedas del Calendario azteca, de gran tamaño y espesor, hecho de oro puro. El cacique de Tacuba había confesado, que en las tierras de una de sus propias quintas había sido enterrado un valioso tesoro; pero cuando los españoles le condujeron al sitio señalado, alegó que "el único motivo que tuvo para decirlo, fué la esperanza de morir en el camino." Chasqueadas así las esperanzas de los soldados, con la caprichosa inestabilidad de una multitud licenciosa, cambiaron de tono y acusaron abiertamente á su comandante de crueldad para con su prisionero: acusacion bien merecida; pero que no eran ellos los que tenían derecho de hacerla. (2)

Las noticias de la rendicion de Méjico se difundieron en alas del viento por todo el vallé y corrieron por las anchas faldas de la Cordillera. Más de un embajador se presentó de las tribus indias mas remotas, deseoso de saber la verdad del pasmoso suceso y de ver con sus propios ojos las ruinas de la ciudad detestada. Entre estos embajadores vinieron los del reino de Michoacán; estado poderoso é independiente, situado entre el valle de Méjico y el Pacífico, cuyos habitantes son de una raza enlazada con la Nahuatlaca. Pronto siguió á esta embajada el mismo rey en persona, que vino con gran pompa á los reales castellanos. Cortés le recibió con igual aparato: le hizo admirar las brillantes evoluciones de su caballería y el estruendo de su artillería, y le acompañó en

(1) "Son las mismas palabras que refiere Gomara, Crónic. cap. 145. Estas expresiones no son tan poéticas, como el *lecho de flores* que es como generalmente se refiere esta exclamacion de Guatemotzin.

(2) Bernal Diaz es quien ha escrito la relacion mas pormenorizada de este desgraciado suceso, y el historiador fué de los escogidos para acompañar al Sr. de Tacuba á su quinta. (Hist. de la Conq. cap. 157.) Habla del suceso con justa indignacion; pero excusa á Cortés de haber tenido parte en él, voluntariamente,

uno de los bergantines á dar una vuelta al derredor de la ciudad rendida, donde montones de ruinas que aun humeaban de sus palacios y de sus templos, era todo lo que quedaba de la poderosa y temida capital de Anáhuac. Con silencioso temor observó el monarca indio aquella escena de desolacion, y demandó con ansia la proteccion de los seres invencibles que la habian causado(3). Su ejemplo fué seguido por los embajadores de las regiones mas distantes que aun no habian tenido relacion ninguna con los españoles. Cortés, que observaba cuán rápidamente se ensanchaban los límites de su imperio, se aprovechó de las disposiciones favorables de los naturales, para informarse con exactitud de las producciones y recursos de sus respectivos paises.

Dos pequeños destacamentos se enviaron al estado amigo de Michoacán, por donde atravesaron hasta las costas del gran Océano del Sur. Ningun europeo habia subido tan adelante en estas costas al Norte del Ecuador. Los españoles se apresuraron á avanzar en sus aguas: erigieron una cruz en la arenosa playa y tomaron posesion de ella con las formalidades acostumbradas, en nombre de Su Magestad Católica. A su regreso visitaron algunos de los ricos distritos hácia el Norte, célebres desde entónces por sus tesoros minerales, y trajeron muestras de oro y de perlas de la California, con una relacion de su descubrimiento del Océano. Al considerar la espléndida perspectiva que sus descubrimientos desarrollaban, la imaginacion de Cortés se inflamó y su alma se llenó de noble orgullo. "Mas que nada, escribió al emperador, me alegran las noticias que me han traído del gran Océano, porque segun nos informan los cosmógrafos y todas las personas instruidas acerca de las Indias, se encuentran esparcidas en él las ricas islas que producen oro, especias y piedras preciosas (4). Buscó entónces en aquellas riberas un sitio favorable para establecer una colonia sobre las costas del Pacífico, y contrató la construccion de cuatro buques para explorar los misterios de estos desconocidos mares. Tal fué el principio de sus nobles empresas de descubierta en el golfo de la California.

(3) Rel. Terc. de Cortés, apud Lorenzana, pág. 308. La sencilla relacion del conquistador, forma un fuerte contraste con la pomposa narracion de Herrera (Hist. general, Déc. 3, lib. 3, cap. 3) y con la del padre Cavo, que no deja de pintar algo de su propia imaginacion." Cortés, en una canoa ricamente entapizada, llevó al rey Vehichilze y á los nobles de Michoacán á Méjico. Este es uno de los palacios de Moctheuzoma (les decia); allí está el gran templo de Huizilopuctli; estas ruinas son del grande edificio de Quaubtemoc; aquellos de la gran plaza del mercado. Conmovido Vehichilze de este espectáculo, se le saltaron las lágrimas. Los tres siglos de Méjico (Méjico 1836.)

Tomo 1.º pag. 130.

(4) Que todos los que tienen alguna ciencia y experiencia en la navegacion de las Indias, han tenido por muy cierto, que descubriendo por estas partes la mar del Sur, se habian de hallar muchas Islas de oro y perlas, piedras preciosas y especería y se habian de descubrir y hallar otros muchos secretos y cosas admirables."—Rel. Terc. apud Lorenzana, pp. 302 y 303.

Aunque la mayor parte de las naciones de Anáhuac, sojuzgadas por los triunfos de los españoles, se habian sometido á su poder, habia algunas, especialmente al Sur de la cordillera, que mostraban disposiciones ménos amistosas, y Cortés envió sin dilacion fuertes destacamentos al mando de Sandoval y de Alvarado, para reducir los países enemigos y establecer colonias en las provincias conquistadas. Las relaciones exageradas de Alvarado, que tenia buen olfato para descubrir el oro, respecto de la riqueza mineral de Oaxaca, influyeron indudablemente en la determinacion de Cortés, al escoger esta provincia para su dominio particular.

El general en jefe con su pequeño cuerpo de españoles, diariamente aumentado con los refuerzos de las islas, ocupaban aun los cuarteles de Cojohuacán, donde se fijaron al terminar el sitio. Cortés no decidió desde luego en qué parte del valle estableceria la nueva capital, que reemplazara la antigua Tenochtitlan. Rodeada esta de agua y espuesta á frecuentes inundaciones, su situacion tenia desventajas notorias; pero era indudable que debia construirse en alguna parte de la elevada mesa central del valle la nueva metrópoli, que tanto los europeos como los indios considerasen como cabeza del Imperio colonial de España. Al fin se decidió por conservar la situacion de la antigua ciudad, moviéndole á ello, como él mismo mismo dice, "su pasado renombre y la memoria (que seguramente no era envidiable) que de ella habia entre las naciones," é hizo sus preperativos para la reedificacion de la capital en una magnífica escala, que segun su propio lenguaje "la alzara hasta el rango de reina de las provincias comarcanas, del mismo modo que lo habia sido antiguamente (5).

Los trabajos debian ser ejecutados por la poblacion india sacada de las diferentes comarcas del valle, incluso los mismos mejicanos, gran número de los cuales se mantenian en los alrededores de su antigua residencia. Cuando fueron llamados á esta obra humillante por sus conquistadores, mostraron al pronto repugnancia y aun se notaron síntomas de hostilidad; pero Cortés tuvo la política de hacer tomar parte en sus intereses á algunos de los principales caudillos, y bajo su autoridad y direccion emprendieron sus compatriotas la obra. Las espesas arboledas del valle y los montes de las inmediatas colinas, abastecieron de cedro, ciprés y otras maderas de duracion para lo interior de las casas y las canteras de tetzontli, juntamente con las ruinas de los antiguos edificios dieron abundante provision de piedras. Como los aztecas no usaban bestias de carga, se necesitó un inmenso número de brazos para la obra. Todo se aprestaba para el servicio, bajo la inspeccion de Cortés, y una multitud de tribus indias y algunos europeos poblaban ya el sitio poco ha desierto, dirigiendo

(5) Y crea Vuestra Magestad que cada dia se irá ennobleciendo en tal manera, que como antes fué principal y señora de todas estas provincias, que lo será tambien de aquí en adelante." Ibid. pág. 307.

estos últimos y ejecutando los otros el trabajo. La profecía de los aztecas estaba cumplida [6] y la obra de la reedificación caminaba con tanta rapidez, como las de aquellos reyes de la Asia, que concentraban la población de todo un imperio, para la erección de una capital favorita (7).

No obstante los triunfos de sus armas, había algunas circunstancias que daban á Cortés bastante cuidado. Ni una sola palabra que le sirviese de estímulo había recibido de la corte, si bien tampoco había recibido una reprobación. Bajo qué punto de vista considerarían su irregular conducta el gobierno y la nación, era para él cosa penosamente incierta. Preparó, pues, otra carta para el emperador, que es la tercera de la colección publicada, escrita en el mismo estilo sencillo y enérgico que caracteriza sus comentarios, como pudieran llamarse por comparación con los de César. Estaba fechada en Cojohuacán en 15 de Mayo de 1522 y en ella recapituló los sucesos del último sitio de la capital y subsecuentes operaciones, con muchas reflexiones oportunas como acostumbraba, sobre el carácter y los recursos del país. Con esta carta se propuso enviar el quinto real del botín de Méjico, y una rica colección de artefactos, especialmente de oro y de piedras preciosas, trabajado todo en las formas mas raras y caprichosas. Una de las joyas era una esmeralda, cortada en forma de pirámide, de tan extraordinario tamaño, que la base era del ancho de la palma de la mano. (8) La colección fué muy aumentada con muestras de muchos productos naturales, incluso animales indígenas del país.

El ejército escribió asimismo otra carta que debía acompañar á la de Cortés, en la que se difundían acerca de sus grandes servicios, y suplicaban al emperador ratificase sus determinaciones, y le confirmase en su presente autoridad. Fué confiada esta importante embajada á dos oficiales de la mayor confianza de Cortés, que fueron Quíñones y Avila; pero se desgració. Los agentes tocaron

(6) Ante. p.

(7) Herrera, Hist. General, déc. 3, lib. 4, cap. 8.—Oviedo, Hist. de las Ind. Ms. lib. 33, cap. 32.—Camargo, Hist. de Tlascala, Ms.—Gomara, Crónica cap. 162.

“En la cual (la edificación de la ciudad) los primeros años andaba mas gente que en la edificación del templo de Jerusalem, porque era tanta la gente que andaba en las obras,” que jamás podia hombre romper por algunas calles y calzadas, aunque son muy anchas. (Toribio, Hist. de los indios Ms., parte 1, cap. 1.) Ixtlilxochitl cubre cualquier hueco que pudiera quedar en la imaginación, llenando con el número de 400.000, que dice haber sido el de los naturales empleados por Cortés en esta obra. Venida de los Esp. pág. 60.

(8) Sirvieron al emperador con muchas piedras, y entre ellas con una esmeralda fina, como la palma, pero cuadrada, y que se remataba en punta como pirámide.” (Gomara, Crónica, cap. 146.) Martyr confirma la especie de esta admirable esmeralda que dice, “fué llevada al rey y al consejo, y era casi tan ancha como la palma de la mano, y los que la vieron creen que por ningún dinero se podría conseguir una igual.” De Orbe Novo déc., 8, cap. 4.

en las Azores, donde Quiñones perdió la vida en una quimera. Avila fué capturado por un corsario frances, y los ricos despojos de los aztecas, pasaron al tesoro de su Magestad Cristianísima. Francisco I, quien vió con envidia (bien disimulable en verdad) los tesoros que su rival imperial sacaba de sus dominios coloniales, y manifestó su descontento con el impertinente deseo que dijo tener de que "se le mostrase la cláusula del testamento de Adán, que fundaba el derecho de sus hermanos de Castilla y de Portugal, para partirse entre sí el Nuevo-Mundo." Avila encontró medio por un conducto privado, de remitir las cartas, que era la parte mas importante de su encargo, á España, adonde llegaron á salvo y se recibieron en la corte (9).

Mientras esto sucedia, los negocios tomaban en España un carácter desfavorable, respecto de Cortés. Parece extraño que las brillantes hazañas del conquistador de Méjico, se hiciesen tan poco públicas por el gobierno en la península; pero el pais se hallaba empeñado en las deplorables contiendas de las *comunidades*: el soberano estaba en Alemania, harto ocupado con los cuidados del imperio, para dar oídos á los asuntos de su propio reino, y las riendas del gobierno estaban en manos de Adriano, el ayo de Carlos, cuyas costumbres ascéticas y estudiosas, le hacian mas á propósito para mandar un convento de monges, que para ocupar, como sucesivamente ocupó, los cargos mas importantes en toda la cristiandad: primero de regente de Castilla y luego de cabeza de la Iglesia. Sin embargo, el tardío é irresoluto Adriano no hubiera pasado en silencio los importantes servicios de Cortés, á no ser por la intervencion hostil del gobernador de Cuba, Velazquez, soñtenido por el obispo de Burgos, Fonseca, que era el primer personáje en España en el consejo de Indias. Este prelado, por su elevada posicion, disfrutaba una autoridad suprema en todo lo relativo á los asuntos de Indias, y ya hemos visto en otro lugar, que la ejercia de la manera mas perjudicial á los intereses de Cortés. Ahora habia conseguido del regente una cédula, que debia causar la ruina de Cortés, en los momentos mismos en que el éxito coronaba su grande empresa. La cédula, despues de recapitular las ofensas de Cortés contra Velazquez, nombraba un comisionado con plenos poderes para visitar aquel pais; para examinar la conducta del general; para suspenderle de sus funciones y aun para arrestar su persona y confiscar sus bienes, hasta que la corte de Castilla tuviera á bien determinar otra cosa. La cédula está firmada por Adriano en Burgos, en 11 de Abril de 1521 y autorizada por Fonseca (10).

(9) Ibid. ubi supra.—Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 169.

(10) La cédula tambien confiere iguales poderes para examinar la conducta de Narváez, respecto del Lic. Ayllon. Todo el documento se cita en un testimonio autorizado por el escribano Atonso de Vergara, de los autos de Tapia y la municipalidad de Villarrica, fecha en Cempoalla en 2 de Diciembre de 1521. El manuscrito forma parte de la coleccion de Vargas y Ponce en el archivo de la Academia de la Historia de Madrid

La persona nombrada para el delicado encargo de aprehender á Cortés y sujetarle á un juicio, en el mismo teatro de sus descubrimientos y en el centro de su propio campo, fué Cristóbal de Tapia, veedor ó inspector de las fundiciones de oro de Santo Domingo. Era Tapia un hombre débil é irresoluto; contrario tan pequeño para competir con Cortés en lo político, como Narvaez mostró serlo en lo militar.

El comisionado, revestido de su estrecha autoridad, arribó en Diciembre á Villa-Rica, cuyos magistrados le hicieron un recibimiento frio. Disputóse sobre la legitimidad de sus credenciales, por causa de falta de formalidades, en cuanto á las fórmulas, y ademas se le opuso que su comision estaba fundada en representaciones falsas hechas al gobierno; y aunque recibió una carta muy atenta y expresiva de Cortés, dándole la enhorabuena como antiguo amigo suyo por su llegada, el veedor pronto conoció que ni se le permitiría avanzar al interior del pais, ni ejercer ninguna autoridad en él. No le disgustaba el dinero, y conociendo Cortés el lado flaco de su *antiguo amigo*, le propuso comprarle sus caballos, sus esclavos y equipaje en un precio capaz de tentarle. A los sueños de su ambicion chasqueada, sucedieron gradualmente los de la avaricia; y el comisionado vencido, consintió en reembarcarse para Cuba, bien cargado de oro, ya que no de gloria y provisto de recientes motivos de acusacion contra las providencias de Cortés (11).

El gefe español quedó, pues, en pacífica posesion de su autoridad, y prosiguió vigorosamente su plan para la seguridad de su conquista. La poblacion altiva de las riberas del Pánuco en la Costa del Atlántico, habia alzado las armas contra los españoles: Cortés marchó á la cabeza de fuerzas considerables á aquella provincia, derrotó á los enemigos en dos batallas campales, y despues de una laboriosa campaña, redujo á la obediencia aquella tribu belicosa.

Con mayor severidad fué castigada otra insurreccion que sobrevino despues. Habiéndose levantado contra los españoles, los sublevados mataron quinientos de sus opresores y amenazaban destruir la colonia vecina de S. Estevan. Cortés envió á Sandoval á castigar á los insurgentes; y este oficial, despues de una campaña penosísima, derrotó completamente á los bárbaros, hizo prisioneros cuatrocientos de los principales, y despues de simuladas fórmulas de un proceso, fueron todos sentenciados á la horca. "Por cuyos medios, dice Cortés, gracias á Dios se aseguró la salvacion de los españoles y se restableció la tranquili-

(11) Relacion de Vergara. MS. Rel. Terc. de Cortés, apud Lorenzana, pág. 309 y 314.—Bernal Díaz, Hist. de la Conq. cap. 158.

Los regidores de Méjico y de otros lugares, representaron contra la salida de Cortés fuera, para ir á encontrar á Tapia, porque su presencia era necesaria para imponer á los naturales. (MS. Coyoacan. Déc. 12. 1521.) El general cedió en fuerza de esta representación, que probablemente se hizo por sugerencias suyas.

dad y la paz en la provincia" (12). Cortés omitió mencionar en su carta, su tratamiento poco generoso respecto de Guatemotzin; pero el ningún disfraz, el modo candoroso, por decirlo así, con que refiere detalladamente al emperador las circunstancias de este otro hecho, manifiestan que no los juzgaba deshonorosos, sino como la justa recompensa de la *rebelion*: palabra con que se ha hecho la apología de mayores atrocidades, que con ninguna otra, *salvo la religion*.

En este intervalo se terminó decisivamente la gran cuestión respecto de Cortés y de la colonia. El general hubiera sucumbido bajo los ataques insidiosos é implacables de sus enemigos, á no haber sido por la briosa oposición de unos cuantos amigos poderosos y que defendieron con celo sus intereses. Deben mencionarse entre ellos su propio padre D. Martín Cortés (13), persona muy discreta y activa, y el duque de Béjar, poderoso caballero, que desde bien temprano abrazó con calor la causa de Cortés. En fuerza de sus representaciones, el tímido regente se convenció al fin de que las providencias de Fonseca eran perjudiciales á los intereses de la corona, y se expidió una orden prohibiéndole toda intervención ulterior en cuanto tuviera relación con Cortés.

Mientras duraba todavía al exasperado obispo el acaloramiento por esta afrenta, los dos comisionados, Tapia y Narvaez llegaron á Castilla. Este último había sido llamado á Cojohuacán después de la rendición de la capital, donde sus adulaciones formaban un fuerte contraste con las baladronadas que había proferido á su llegada al país. Al llegar á la presencia de Cortés se arrodilló é intentó besarle la mano; pero éste le alzó del suelo, y durante su residencia en su cuartel, lo trató con las mayores señales de respeto. Poco después el general permitió á su desdichado rival regresar á España, donde éste le manifestó como anticipadamente debía creerse, una amarga é implacable enemistad (14).

Estos dos personajes apoyados por el prelado descontento, produjeron cada uno multitud de cargos contra Cortés, con toda la acrimonia que inspiran la vanidad ajada y la sed de venganza. Adriano, electo para ocupar la cátedra de San Pedro, no permaneció largo tiempo en España; pero Carlos V, tras una larga ausencia, regresó á sus dominios en Julio de 1522. Asaltaron al instante sus reales oídos por un lado, acusaciones contra Cortés y su vindicación por el otro, hasta que el joven monarca, perplejo é incapaz de decidir sobre los méritos de la causa, sometió todo el negocio á la decisión de un tribunal especialmente comisionado al efecto, que se componía en parte de algunos miembros de

(12) "Como ya (loado nuestro Señor) estaba toda la provincia muy pacífica y segura." Rel. cuarta de Cortés, apud Lorenzana, pág. 367.

(13) La colección de manuscritos de Muñoz contiene un poder otorgado por Cortés á favor de su padre, autorizándolo para todo género de negociaciones con el emperador ó con los particulares, para entablar toda clase de litigios á su favor, para pagar y recibir &c.

(14) Bernal Díaz, Hist. de la Conq., pág. 158.

su consejo privado, y en parte de magistrados del consejo de Indias, presidido por el gran canciller de Nápoles, lo cual le constituía altamente respetable de todo punto, así por integridad, como por saber (15).

Estensamente y con templanza oyó este sabio cuerpo á las partes. Los enemigos de Cortés le acusaban de haber tomado y al fin destruido la escuadra que Velazquez le encomendó, la que habia sido armada y equipada enteramente á expensas del gobernador: de haber usurpado luego facultades, con menosprecio de las prerogativas reales: del trato injustificable dado por Cortés á Narvaez y á Tapia que habian sido legítimamente comisionados para residenciarle: de crueldad contra los naturales y especialmente contra Guatemotzin: de haberse apropiado los reales tesoros, enviando solamente una pequeña parte de los derechos pertenecientes á la corona: de haber dilapidado las rentas de los países conquistados, malgastándolas en obras inútiles y costosas, y especialmente en la reedificación de la capital, bajo un plan de una extravagancia sin igual; y en suma, de haber adoptado un sistema de violencias y extorsiones sin consideracion al interes del público, ni á los de nadie, mas que á los de su propio engrandecimiento.

En contestacion á estas graves acusaciones, los amigos de Cortés probaron hasta la evidencia, que habia contribuido con su propio caudal á los dos tercios del costo de la expedicion: que los poderes de Velazquez se ceñian solamente al tráfico, y no á hacer descubrimientos ni á colonizar, siendo esto último lo que convenia á los intereses de la corona: que por tanto el ejército habia tomado para sí mismo esta facultad, pero no sin dar cuenta de este paso al emperador solicitando la confirmacion de él: que el rompimiento con Narvaez fué por culpa de éste, siendo seguro que Cortés lo hubiera ido á encontrar amistosamente, si las medidas violentas de su rival, arruinando la expedicion, no hubieran compelido á Cortés á obrar de otra manera. Los alegatos de la municipalidad de Cempoalla sirvieron para vindicar el paso relativo á Tapia. De la violencia contra Guatemotzin se culpó á Alderete, tesorero real, que instigó á los soldados para que la exigiesen. Estaba perfectamente probado que las remesas hechas á la corona, léjos de ser ménos del legítimo quinto, excedian de él considerablemente. Si el general habia gastado las rentas del país conquistado en costosas empresas y en obras públicas, lo habia hecho por el interes del mismo país y habia contraído para esto grandes deudas, y empeñado extremadamente su crédito propio para aquellos grandiosos objetos. Tampoco negaron que con el mismo fin estaba reedificando actualmente á Méjico, en una escala cual convenia á la metrópoli de un vasto y opulento imperio.

(15) Sayas, Annales de Aragon, (Zaragoza 1666.) cap. 63 y 78.

Es suficiente testimonio de la respetabilidad de esta corte, el que se halle entre los que la compusieron el nombre del Doctor Galindez de Carbajal, eminente jurista castellano, encanecido al servicio de Fernando é Isabel, de cuya confianza gozó en el mas alto grado.

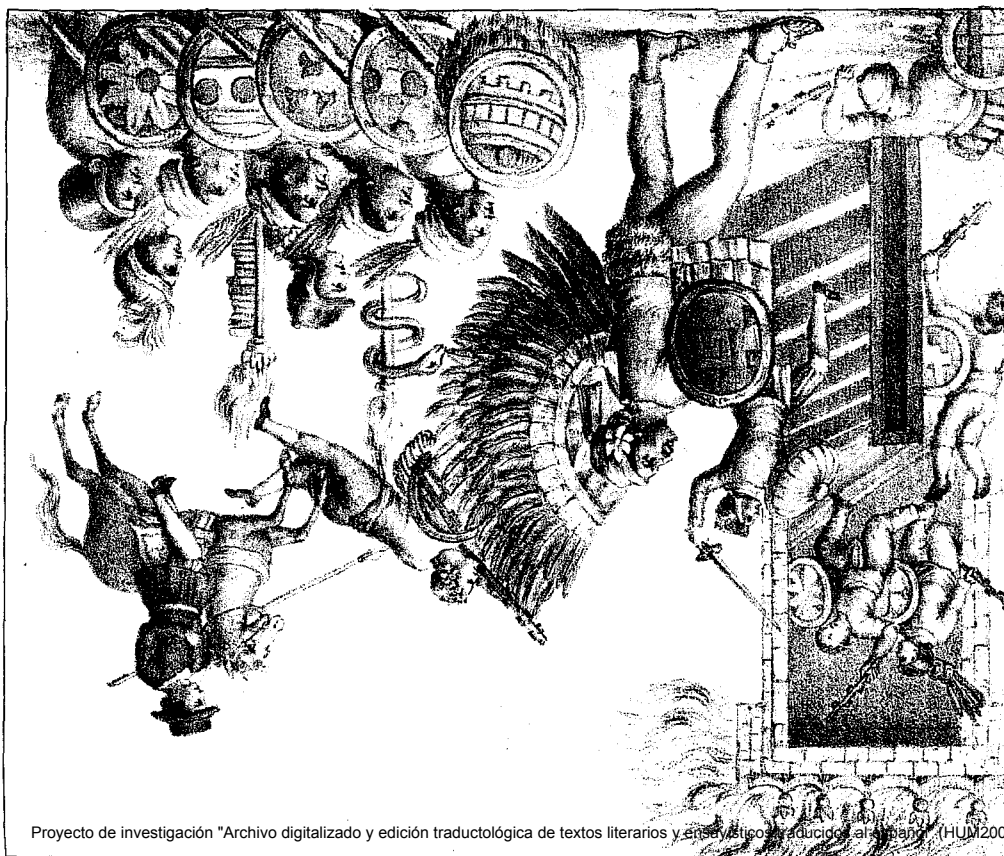
Se extendieron largamente acerca de la oposicion que habia experimentado durante toda su carrera por parte del gobernador de Cuba, y mucho mas por la del obispo de Burgos, cuyo funcionario, en vez de proporcionarle los auxilios que eran de esperar, habia desanimado reclutas, detenido sus provisiones, secuestrado las propiedades que de cuando en cuando habia enviado Cortés á España, haciendo aparecer falsamente sus remesas dirigidas á la corona, como enviadas por el gobernador de Cuba. En suma: tales y tan innumerables fueron los obstáculos que se le opusieron en su empresa, que Cortés mismo habia llegado á decir: "que habian sido mayores las dificultades que habia tenido que vencer de parte de su propio pais, que de parte de los mismos aztecas," y concluyeron explayando el brillante resultado de la expedicion y preguntando si el consejo se encontraba en disposicion de infamar á un hombre que, á pesar de tantos obstáculos, y casi sin otros recursos mas que los que él mismo supo proporcionar, habia ganado en favor de Castilla un imperio, cual ninguna potencia de Europa poseia otro semejante (16).

Esta última interpelacion fué irresistible. Reconociendo todos la irregularidad de los medios, ninguno se atrevia á negar la magnitud de los resultados. Ningun español podia ser insensible á tales servicios, ni hubiera habido uno que no hubiera alzado la voz indignado, si la recompensa hubiera sido la ingratitud. Habia tres flamencos en el consejo, pero parece que la decision fué unánime. Se falló que ni Velazquez ni Fonseca intervendrian en lo sucesivo en lo concerniente á Nueva-España. Se declaró que las diferencias del primero con Cortés, eran puramente privadas y que deberia recurrirse para conocer de ellas, á los medios legales ordinarios. Los actos de Cortés fueron completamente confirmados, y se le nombró gobernador, capitán general y justicia mayor de Nueva-España, con facultades de nombrar todos los oficiales civiles y militares, y de hacer salir del pais á cualquiera persona cuya residencia fuese á su juicio perjudicial á los intereses de la corona. Esta decision del consejo fué confirmada por Carlos V; y la cédula que investia á Cortés con estos amplios poderes, fué firmada por el emperador en Valladolid en 15 de Octubre de 1522. Para sostener dignamente el empleo, se asignó al gobernador de Nueva-España un sueldo liberal. Los principales oficiales fueron tambien recompensados con honores y emolumentos, y los soldados, junto con algunos privilegios que halagan siempre la vanidad del soldado, recibieron la promesa de amplias concesiones de tierras. El emperador los cumplimentó por medio de una carta autógrafa dirigida al ejército, en la que se manifestaba reconocido á sus servicios de la manera mas satisfactoria [17].

(16) Sayas, Annales de Aragon, cap. 78.—Herrera, Hist. Gen., déc. 3, lib. 4, cap. 3.—Probanza en la Villa. Segura, MS.—Declaraciones de Puertocarrero y de Montejó MSS.

(17) Nombramiento de gobernador y capitán general y justicia mayor de Nueva-España, MS.—Tambien Bernal Diaz, Hist. de la Conq., cap. 168.

Ataque al templo mayor



Desde este instante acabó la influencia de Fonseca en el consejo de Indias y al siguiente año murió, no pudiendo sobrevivir á tamaña pesadumbre. Ningun hombre se halló en mejor posicion para hacer la prosperidad de su patria, que el obispo de Burgos. Por mas de treinta años, desde el primer origen del descubrimiento de Colon, tuvo siempre una autoridad suprema en los negocios coloniales, la cual le colocaba en una situacion particular para acalorar la empresa y dar alas á la naciente fortuna de las colonias; mas solo se colocó como un cáncer sobre ellas. Miraba de mal ojo á los mas ilustres descubridores españoles, y solamente procuró suscitar obstáculos á su carrera. Así obró con Colon y del mismo modo obró con Cortés. Una política sábia y generosa, hubiera colocado su nombre entre los grandes hombres de su siglo. Realzaronse estos por la que observó, dándoles mayor lustre el contraste que formaban con el obscuro y malévolo carácter de Fonseca. Su carrera muestra el presuntuoso ascendiente que el clero poseia en Castilla en el siglo XVI, pues tuvo influencia para elevar á semejante hombre á un puesto tan importante, para el cual era totalmente inepto, y para conservarle en él, despues de haber manifestado su ineptitud (18).

Los mensajeros que conducian á México el nombramiento de Cortés, tocaron en Cuba, donde la noticia fué pregonada á son de trompeta. Este fué un golpe mortal para las esperanzas de Velazquez. Exasperado por el mal éxito de sus planes y empobrecido con los gastos de las expediciones cuyos frutos otros habian cosechado, habia confiado en que mas adelante obtendria la satisfaccion de sus agravios y nutria una dulce esperanza de vengarlos, tanto tiempo diferida. Mas esta esperanza desapareció; y la posibilidad de una satisfaccion de sus agravios, bien conocia cuán remota era por los pesados y lentos procedimientos de los tribunales castellanos. Arruinada su fortuna y deshonorado ante la nacion, el altivo carácter del gobernador se vió humillado hasta el polvo. Nada le consolaba: se apoderó de él una profunda melancolía y á pocos meses murió, si es cierto lo que se refiere, por el exceso del pesar (19).

El retrato que generalmente se hace de Velazquez no le es favorable. Sin embargo, Las Casas habla bien de él y no puede haber mejor autoridad, cuando no se deja llevar de sus preocupaciones; mas Las Casas le conoció en su juventud, cuando como misionero vino á Cuba por primera vez. El gobernador le

(18) El retrato de Fonseca ha sido trazado por la misma mano que hizo el de Colon (vida y viajes de Colon, de Irving, Apéndice, núm. 32.) Ambos pasarán el uno al lado del otro á la posteridad, en esa hermosa página del historiador, aunque los caracteres de esos dos personajes hayan sido escritos con plumas tan distintas una de otra, como la pluma de oro y la de hierro que Paolo Giovio nos refiere que usaba en sus composiciones.

(19) Bernal Diaz, Hist. de la Conq. cap. 158.

trató con cortesía y aun con confianza; y era natural que el buen trato de un hombre de buena familia y de elevado empleo, hiciese favorable impresion en el ánimo del pobre eclesiástico. En la mayor parte de las historias se representa como persona altiva é irascible, celoso de su autoridad y avaro de riquezas. Se enemistó con Grijalva, le predecesor de Cortés, sin causa ninguna al parecer; y por motivos de poca monta se disgustó con el mismo Cortés, ántes de que este saliera del puerto. Se proponia objetos incompatibles por su naturaleza consigo mismos, pues queria que otros peleasen por él y llevarse él el laureo; que otros hicieran descubrimientos, y cosechar él los frutos. Solo un imbécil podia sujetarse á tales condiciones, y un imbécil no hubiera realizado sus empresas. El nombramiento de Cortés le colocó en una falsa posicion para toda su vida, y sus esfuerzos para recobrar la que ántes guardaba, solo producía el efecto de poner las cosas en peor estado. Con todo, el nombramiento de Cortés fué un error que apenas puede llamarse mayor que el de Narvaez y el de Tapia. La vida de Velazquez fué una cadena de errores.

La noticia del despacho del emperador que confirmó á Cortés en la suprema autoridad en la Nueva-España, fué recibida en ella con general aclamacion. El ejército vió con placer aseguradas al fin, no solo una amnistía respecto de su irregular conducta, sino tambien un auténtico reconocimiento de sus servicios. El nombramiento de Cortés para el mando supremo, tranquilizó su espíritu respecto de lo pasado, y le abrió un teatro muy noble para otras empresas en lo venidero. Los soldados se congratulaban consigo mismos por los amplios poderes conferidos á su comandante, y como veían apreciadas altamente sus cicatrices y sus servicios, se entregaban á los mas dorados ensueños y á las mas vagas y lisonjeras esperanzas. No es, pues, extraño que estas esperanzas hayan sido burladas.

CAPITULO II.

MEXICO MODERNO.—PACIFICACION DEL PAIS.—SITUACION DE LOS NATURA-
LES.—MISIONEROS CRISTIANOS.—AGRICULTURA.—VIAJES Y ESPEDICIONES.
1522—1524.

No habian corrido todavia cuatro años desde la destruccion de Méjico, y ya se levantaba de entre sus ruinas una nueva ciudad, si bien inferior en extension á la antigua capital, mucho mas excelente en magnificencia y en poder. Ocupaba el mismo idéntico lugar que su antecesora, tanto que la plaza mayor era el sitio sobre el cual se elevaban el vasto *teocalli* y el palacio de Montezuma, partiendo de este punto central, las principales calles, lo mismo que antes, las cuales atravesando toda la longitud de la ciudad, iban á terminar en las principales calzadas. Pero en cuanto al género de arquitectura, se ejecutaron grandes alteraciones. Ensancháronse las calles; se cerraron varias acequias y se construyeron los edificios bajo un plan mas acomodado al gusto europeo y á las necesidades de la poblacion de Europa.

Una suntuosa catedral dedicada á San Francisco se levantó en el mismo lugar que ocupaba el templo del Dios azteca de la guerra; y como para que fuese mas cumplido el triunfo de la Cruz, las imágenes despedazadas de los dioses aztecas, fueron las que sirvieron de cimiento (1). En el ángulo de la plaza, en el terreno que antes cubria el palacio de los pájaros, se alzó un convento de franciscanos, magnífico edificio, erigido pocos años despues de la conquista por un lego, Pedro de Gante; hijo natural, segun decian, de Carlos V (2). Enfrente de la misma plaza, Cortés mandó construir su propio palacio, que fué edificado de piedra labrada, y se dice que en lo interior de él se colocaron siete mil vigas de cedro (3). El gobierno compró despues este palacio para residencia de los vireyes; y los duques de Monteleone, descendientes del conquistador, erigieron uno nuevo en otra parte de la plaza y por una fatal coincidencia, en el mismo lugar donde estaba el palacio de Montezuma (4). (a).

Las casas construidas por los españoles eran de piedra, y reunian á la elegancia, la solidez y la fuerza que las hacia capaces de defensa, como si fuesen otras

(1) Herrera, Hist. gral. dec. 3, lib 4, cap. 8.

(2) Clavijero, Stor. del Messico, tom. I, pág. 271.—Humboldt, Essai Polit., tom. II, p. 58.

(3) Herrera, Hist. gral. ubi supra.

(4) Humboldt, Essai Polit. tom. II., pág. 72.

(a) Todo este párrafo y el siguiente, están llenos de equivocaciones: véase la nota al fin de lcapítulo.

tantas fortalezas (5). Las habitaciones indias eran en su mayor parte de inferior calidad. Fundáronse estas en el antiguo distrito de Tlaltelolco, donde la nacion hizo su última resistencia por la libertad, y se erigió asimismo en este barrio una espaciosa catedral. Otras treinta iglesias inferiores, atestiguan el cuidado de los españoles por la felicidad espiritual de los naturales (6). El buen padre Olmedo gastó la tarde de su vida velando sobre su rebaño indio y cuidando de los hospitales, conque la nueva capital en breve se vió dotada (7).

Para mayor seguridad de los españoles, Cortés mandó levantar una fuerte ciudadela en un lugar conocido desde entónces por el *Matadero* (8). En ella habia un dique; y los bergantines que sirvieron para el sitio de Méjico se conservaron allí por largo tiempo, como memoria de la conquista. Al concluirse la fortaleza, merced á los malos oficios de Fonseca, se encontró sin artillería y sin municiones para su defensa. Suplióse aquella falta fundiéndose los cañones en la fundicion que formó de cobre, que era muy comun en el pais y de estaño que sin gran dificultad se sacó de las minas de Tasco. Por estos medios, sacando tambien artillería de los barcos, consiguió artillar las murallas con setenta piezas. Balas podian hacerse fácilmente de piedra, que eran muy usadas en aquella época; pero para la elaboracion de la pólvora, aunque habia nitro en abundancia, se vió obligado á buscar el azufre por medio de una peligrosa expedicion en el interior del gran volcan (9). Tales fueron los recursos de que se valió Cortés, los cuales proveyeron á todas sus necesidades y le hicieron triunfar de todos los obstáculos que la malicia de sus enemigos habia levantado para impedir sus progresos.

El general cuidó inmediatamente de procurar que fuese poblada la capital. Excitó al efecto á los españoles con el aliciente de tierras y casas que les concedió, y á los indios con el de permitirles con liberal política vivir como ántes, bajo sus propios gefes, gozando varias inmunidades. Con tal estímulo, la parte española de la ciudad cercana á la plaza mayor, en pocos años se glorificaba de contener dos mil familias, mientras que en el distrito indio de Tlaltelolco, habia mas de treinta mil (10). Volvieron á ocuparse todos de sus oficios y negocios y á verse las acequias cubiertas nuevamente de canoas. Dos amplios mercados en los respectivos cuarteles de la capital, ostentaban todos los variados productos y artefactos de la comarca; y la ciudad presentaba un numeroso

(5) Rel. d' un gent. ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

(6) Ibid. ubi supra.

(7) Bernal Diaz Hist. de la Conq. cap. 177.

(8) Rel. cuarta de Cortés, apud Lorenzana, pág. 376, nota.

(9) Véase para la relacion de esta singular empresa antes Vol II pág. 48.

(10) Cortés, enumerando solamente la poblacion india, dice *treinta mil vecinos!* (Rel. cuarta, apud Lorenzana, pág. 375.) Gomara, hablando de Méjico pocos años despues, estima el número de españoles cabezas de casa, como en el texto, Crónica. cap. 162.

enjambre de gentes industriosas y ocupadas, mezclándose indistintamente en pacífica y pintoresca confusion, blancos é indios, conquistadores y conquistados. Veinte años despues de la conquista, un misionero que visitó el pais, tuvo el arrojo ó la credulidad de asegurar que "Europa no podría ostentar una sola ciudad tan hermosa y tan opulenta como Méjico" (11).

La situacion de esta capital hoy dia, parece diferente de la que levantaron los conquistadores, porque ya las aguas no corren por entre sus calles, ni circundan la ancha circunferencia de sus murallas. Las aguas se han retirado al reducido lago de Tezcuco, y las calzadas que antiguamente atravesaban por sobre la honda laguna, no se distinguen ya de las demas entradas de la capital; pero la ciudad, si bien sucesivamente hermoseada por los trabajos de los vireyes, substancialmente permanece como en los dias de los conquistadores; y la sólida grandeza de los pocos edificios que aun existen de aquella época primitiva, la magnificencia y la simetría de su plan, dan testimonio de la policia previsor de su fundador, que dirigió sus miras mas allá de su época á las necesidades de las generaciones venideras.

Ni se ciñó á la capital el cuidado de Cortés, que establecia con especial solicitud poblaciones, en cualquiera otra parte del pais que presentaba posicion favorable al efecto. Fundó á Zacatula en las riberas del llamado falsamente Pacífico; á Colima en el territorio de Michoacán; á San Esteban en la costa del Atlántico, probablemente no léjos del lugar que hoy ocupa Tampico; á Medellín (llamado así por el lugar de su nacimiento) en las inmediaciones de Veracruz, y un puerto cerca del rio de la Antigua, del cual deriva su nombre. Estaba indicado para servir en lugar del de Villa-Rica, que por su situacion es puesta, no presta proteccion á los buques contra los vientos del golfo mexicano, como lo ha demostrado la experiencia, mientras que el de la Antigua, resguardado dentro de lo mas retirado de una bahía, presenta una posicion mucho mas ventajosa. Cortés estableció en él un tribunal de comercio, y por medio de un camino real unió el puerto con la capital, prediciendo con afectuoso interes, que aquel llegaria á ser el gran emporio del pais (12); mas en esto se equivocó, porque por motivos no muy obvios, fué trasladado al puerto á fines

(11) Toribio, Hist. de los Indios, MS. Part. 3, cap. 7. Sus expresiones apenas son mas fuertes que las del conquistador anónimo: "Cosi ben ordinato e di si belle piazze e strade, quanto d' altre citta che siano al mondo." Rel d' un gent. apud Ramusio, tom. III, fol. 309.

(12) "Y tengo por cierto, que aquel pueblo ha de ser despues de la Ciudad el mejor que hubiere en esta Nueva-España." (Rel. cuarta, apud Lorenzana, pág. 382). El arzobispo confunde esta Ciudad con la moderna Veracruz; pero su descripcion, hecha por el general, refuta esta suposicion y confirma nuestra confianza en el aserto de Clavijero, de que la actual Ciudad de Veracruz fué fundada por el Conde de Monterey en la época mencionada en el texto. Véase el Tomo I, pág. 353, nota.

del siglo XVI á la moderna Veracruz, que sin tener probablemente ninguna superioridad de situacion topográfica, ni aun de salubridad de clima, ha sido siempre desde entónces el gran emporio mercantil de Nueva-España.

Cortés estimulaba el establecimiento de estas diversas colonias por medio de concesiones liberales de tierras y de privilegios municipales. La gran dificultad era inducir á las mugeres á residir en ellas; y como árbol sin raíces, las colonias sin mugeres no era posible que se sostuviesen. Por una providencia especial exigió que los colonos que fuesen casados, llevasen á sus mugeres á la colonia dentro de diez y ocho meses, so pena de perder sus encomiendas, debiendo auxiliar para ello el gobierno á los excesivamente pobres. La misma pena se imponia por otra ley á todos los solteros que dentro del mismo término no se casasen. Parece que el general consideraba el celibato como demasiado lujo para un pais naciente (13).

Su propia esposa, Doña Catalina Juarez, se hallaba entre las que fueron de las Islas á la Nueva-España. Segun Bernal Díaz, su llegada no le fué muy satisfactoria (14), lo cual es posible, por que su casamiento parece haber sido

(13) Ordenanzas Municipales. Tenochtitlan, Marzo, 1524, MS.

Todavía se conservan en Méjico las Ordenanzas hechas por Cortés para el gobierno del pais durante su vireynato, y tengo una copia que me fué remitida de aquella Capital. Ellas muestran hasta la evidencia la sabiduría y previsor talento que abrazan todos los objetos dignos de la atencion de un gobernante ilustrado, y voy á trasladar originales las prevenciones mencionadas en el texto.

"Item. Por que mas se manifieste la voluntad que los pobladores de estas partes tienen de residir y permanecer en ellas, mando que todas las personas que tuvieren indios que fueren casados en Castilla ó en otras partes, que traigan sus mugeres dentro de un año y medio primero siguientes de como estas ordenanzas fueren pregonadas, so pena de perder los indios y todo lo con ellos adquirido é granjeado; y por que muchas personas podian poner por achaque, aunque tuviesen aparejo, decir que no tienen dineros para enviar por ellas, por ende las tales personas que tuvieren esta necesidad, parezcan ante el R. P. Fray Juan de Tecto y ante Alonso de Estrada, tesorero de Su Magestad, áles informar de su necesidad, para que ellos lo comuniquen á mí, y su necesidad se remedie; y si algunas personas hay casadas y no tienen sus mugeres en esta tierra, y quisieran traerlas, sepan que trayéndolas serán ayudadas asimismo para las traer dando fianzas.

"Item. Por quanto en esta tierra hay muchas personas que tienen indios de encomienda y no son casados, por ende, por que conviene así para la salud de sus conciencias de los tales por estar en buen estado, como por la poblacion é noblecimiento de sus tierras, mando que las tales personas se casen, traigan y tengan sus mugeres en esta tierra dentro de un año y medio, despues que fueren pregonadas estas dichas ordenanzas, é que no haciéndolo, por el mismo caso sean privados y pierdan los tales indios que así tienen."

(14) Bernal Díaz, Hist. de la Conq., cap. 160.

con repugnancia por su parte; y su humilde condicion é inferiores conexiones eran una rémora para sus futuros adelantos; pero vivieron en armonía juntos algunos años, segun el testimonio de Las Casas (15), y cualquiera que fuesen sus sentimientos, tuvo la generosidad ó la prudencia de no publicarlos. Al llegar Doña Catalina fué escoltada por Sandoval hasta la capital, donde fué recibida por su marido amistosamente y se le rindieron todos los respetos debidos á su elevado rango. Pero el clima de la mesa central no era acomodado á su físico, y murió tres meses despues de su llegada (16). Un acontecimiento tan feliz para sus intenciones mundanas no dejó de provocar, como verémos en otra parte, escandalosísimos rumores sobre sospechas las mas maliciosas; pero que apenas parece necesario decir, que eran á la vez las mas infundadas.

En la distribucion de tierras entre los conquistadores, Cortés adoptó el sistema vicioso de *repartimientos* universalmente practicado por sus compatriotas. En una carta al emperador asegura, que la superior inteligencia de los indios de Nueva-España, le hizo mirar como una atrocidad condenarlos á la esclavitud, como se habia hecho en las Islas; pero con mas ulterior experiencia encontró á los españoles tan miserables y empobrecidos, que no podian esperar mantenerse en la tierra sin exigir los servicios de los naturales, y por esta razon desechó al fin sus propios escrúpulos y obsequió sus repetidas representaciones (17). Tal fué el miserable pretexto de que se valieren sus paisanos en semejantes ocasiones, para paliar este acto escandaloso de injusticia. La Corona, sin embargo, en sus instrucciones al general, desaprobó el acto y anuló los repartimientos (18); pero todo fué en vano: las necesidades, ó mas bien, la codicia de los colonizadores eludió fácilmente las reales órdenes. La legislacion colonial de España por la misma repeticion de las disposiciones contra la esclavitud, muestra la pugna perpétua que existia entre la Corona y los encomenderos, y la impotencia de aquella para hacer llevar al cabo sus medidas, contrarias á los intereses y aun mas á la avaricia de estos. La Nueva-España no es una excepcion de la generalidad del hecho.

Los tlascaltecas, en agradecimiento á sus señalados servicios, fueron exentos de la servidumbre. Es preciso añadir, que al hacer los *repartimientos*, el general dictó muchas disposiciones muy humanas para limitar el poder de los amos, y para asegurar tantos privilegios á los naturales como fuera posible, supuesta

(15) Ante Vol. I., pág. 243.

(16) De asma, segun Bernal Diaz (Hist. de la Conq. ubi supra); pero su muerte parece haber sido demasiado súbita para atribuirla á esa enfermedad. En otro lugar nos volverémos á ocupar de este asunto.

(17) Rel. Terc., apud. Lorenzana, pág. 319 y 320.

(18) Herrera, Hist. gral., déc. 3, lib. 5, cap. 1. °

cualquiera clase de servicio forzado (19). Estas limitaciones á la verdad, con demasiada frecuencia, se observaban mal, y en los distritos de minas particularmente, la situacion de los pobres indios frecuentemente era deplorable. Pero la poblacion india reunida en sus propias aldeas, viviendo bajo sus propios magistrados, por su número, si bien muy inferior al que ántes habia sido, ha dado una prueba de cuán superior era su condicion á la de los demas, en las otras colonias del vasto imperio español (20). Esta condicion ha sido gradualmente mejorada, bajo la influencia de un gobierno de miras altamente morales y de ideas grandiosas, hasta que los esclavizados descendientes de los antiguos señores de la tierra, han sido elevados en México republicano (nominalmente á lo ménos) al nivel de los hijos de los conquistadores.

Aunque no se atendia á los derechos políticos de los naturales, Cortés manifestó una recomendable solicitud por su felicidad espiritual. Pidió al emperador que enviase al pais sacerdotes, no obispos ni prelados disolutos, que frecuentemente disipan la sustancia de la Iglesia en su desenfrenada vida; sino personas devotas, piadosas, miembros de comunidades religiosas cuya vida fuese de acuerdo exactamente con su doctrina. Solamente así, añade, (y la observacion es digna de notarse) podrán ejercer alguna influencia sobre los naturales, que han estado acostumbrados á ver la menor inmoralidad de sus propios sacerdotes, castigada con el mas severo rigor de la ley (21). A consecuencia de estas sugerencias, doce frailes franciscanos se embarcaron para Nueva-España, adonde llegaron á principios de 1524. Eran hombres de immaculada pureza de costumbres, nutridos con la ciencia del claustro, y semejantes á otros muchos que la Iglesia romana ha enviado á iguales misiones apostólicas, estimaban en poco todos los sacrificios personales, hechos por la sagrada causa que habian abrazado (22).

(19) Ibid., déc. 4. lib. 6, cap. 5.—Ordenanzas—MS.

Las ordenanzas prescriben el servicio de los indios, las horas que pueden ser empleados, su alimento, compensacion y otras cosas semejantes. Exigen que el encomendero les provea de los medios convenientes para su instruccion religiosa y dé lugares para el culto; pero ¿de qué sirven las buenas leyes que en su misma naturaleza envuelven la tolerancia de un grande abuso?

(20) Toda la poblacion de Nueva-España en 1810 está calculada por D. Francisco Navarro y Noriega (a) en cerca de 6.000.000, mas de la mitad de puros indios. El autor tenia los mejores medios de obtener un resultado correcto. Véase Humboldt, Essai politique, tom I, pág. 318—319.

(a) (El nombre de Navarro debe ser D. Fernando).

(21) Relacion cuarta, apud Lorenzana, pág. 391—394.—El gobierno accedió á la peticion de los conquistadores, prohibiendo además que “ningun procurador ni abogado pusiese los piés en el pais, por haber mostrado la experiencia que con sus malas prácticas turban la paz de la comunidad.” (Herrera, Hist. gral., déc. 3, lib. 5, cap 2.) Estas prohibiciones no hacen el elogio de ambas profesiones en Castilla.

(22) Toribio, Hist. de los Ind. MS., part. 1, cap. 1.—Camargo, Hist. de Tlascala, MS.

Con general regocijo se saludó la presencia de los reverendos padres en el país. Los habitantes de las ciudades por donde pasaban, salían en masa á darles la bienvenida: los naturales formaban procesiones, llevando velas de cera en las manos, y las campanas de las iglesias redoblaban su festivo estruendo en honor de su llegada. Se les dispusieron posadas en todo el camino hasta la capital; y cuando llegaron á ésta, salió á encontrarlos una brillante cabalgada compuesta de los principales caballeros y ciudadanos, al frente de la cual iba Cortés. El general echó pié á tierra y doblando una rodilla, besó el hábito de Fray Martín de Valencia, que era el prelado. Pasmados los habitantes al ver este acto de humillacion del virey ante aquellos hombres descalzos y cuyos maltratados vestidos les daban el aspecto de mendigos, los miraron desde entónces como seres de una naturaleza superior. El cronista indio de Tlascala no puede disimular su admiracion por esta edificante condescendencia de Cortés, la cual califica de uno de los "actos mas heróicos de su vida (23)."

No perdieron tiempo los misioneros en la buena obra de la conversion. Comenzaron á predicar por medio de intérpretes, hasta que hubieron adquirido el perfecto conocimiento del idioma. Abrieron escuelas y fundaron colegios donde los naturales eran instruidos en las ciencias sagradas y profanas. El ardor de los neófitos indios igualaba al de sus catequistas. En pocos años desaparecieron de la tierra hasta los vestigios de los antiguos *teocallis*, participando de la misma suerte los monstruosos ídolos del país y por desgracia tambien los manuscritos geroglíficos. Pero los misioneros y los convertidos, se empeñaron en reparar esta pérdida, reuniendo copiosas relaciones acerca de las instituciones aztecas, sacadas de las fuentes mas auténticas (24).

(23) "Cuyo hecho del devotísimo y humilde recibimiento fué uno de los heróicos hechos que este capitán hizo, porque fué documento para que con mayor fervor los naturales de esta tierra viniesen á la conversion de nuestra fé." (Camargo, Hist. de Tlascala, MS.—Véase tambien Bernal Diaz. Hist. de la Conq. Cap. 171.) No se queda atras del historiador de Tlascala, el arzobispo Lorenzana en cuanto á su admiracion del celo religioso del gran *Conquistador*, quien se "dejó dominar enteramente de ese sentimiento, despidiendo el olor de misionero apostólico mas bien que de soldado." Lorenzana, pág. 393, nota.

(24) Toribio, Hist. de los Ind., MS., part. 3, cap. 1.

El padre Sahagun, que ha prestado en este ramo mejores servicios que otro ninguno, describe con sencilla brevedad la manera rápida con que se practicaba la demolicion. "Traíamos, dice, á los hijos de los caciques á nuestras escuelas, donde les enseñábamos á leer, escribir y el canto. Los hijos de los naturales mas pobres, se juntaban en los atrios y allí eran instruidos en la fé cristiana. Acabada la enseñanza, uno ó dos hermanos llevaban á los discípulos á algun *teocalli* inmediato y con pocos dias de faena, lo destruían enteramente hasta los cimientos. Así demolieron en poco tiempo todos los templos aztecas grandes y pequeños, de modo que no quedaron ni vestigios de ellos." (Hist. de Nueva-España, tom. III, pág. 77). Este pasaje explica por qué han quedado en Méjico tan cortas reliquias de la arquitectura india.

Felizmente adelantaba el trabajo de la conversion entre las diversas tribus de la gran familia nahuatlaca. En menos de veinte años, desde la llegada de los misioneros, uno de ellos se vanagloriaba piadosamente, de que habian sido admitidos al redil cristiano nueve millones de convertidos: número que probablemente excedia de la poblacion total del pais (25). El culto azteca era notable por su ceremonial sobrecargado; pero él preparó á sus secuaces para la pompa y los esplendores del ritual romano. No fué difícil pasar de los ayunos y festividades de una religion, á los ayunos y festividades de la otra, y trasferir sus homenajes, de los ídolos fantásticos creados por ellos mismos, á las hermosas formas de pintura y de escultura que adornaban la catedral cristiana. Poco comprenderian sin duda de los dogmas de su nueva fé, y acaso menos de su espíritu esencial; pero si un filósofo puede sonreirse al pensar que bajo tales circunstancias la conversion era mas bien en las formas que no en la substancia; el hombre filantrópico se consolará considerando cuánto han ganado la causa de la humanidad y de la buena moral, con que estos inmaculados ritos hayan substituido á las brutales abominaciones de los aztecas.

Los conquistadores, conforme á sus diversas inclinaciones, se establecieron en varias partes del pais, segun les convenia. Muchos ocuparon los declives de las cordilleras al sudeste hácia el rico valle de Oajaca; pero el mayor número se extendió sobre la ancha superficie de la mesa central, que por su elevada posicion les traia á la memoria la de sus Castillas y donde existian tambien las inagotables minas, que desde entónces eran las fuentes del Océano de plata que inundó la Europa. No se conocian, á la verdad, ni se comprendieron hasta un periodo muy posterior, todos los recursos minerales del pais; pero algunas minas como las de Zacatecas, Guanajuato y Tasco (estas últimas ya conocidas desde el tiempo de Montezuma) se comenzaron á trabajar desde la generacion próxima, posterior á la conquista (26).

Pero la mayor riqueza de los primeros pobladores consistia en los productos vegetales de la tierra, tanto indígenas como de fuera, introducidos estos por la sábia economia de Cortés, quien desde bien temprano recomendó al gobierno previniese que todos los buques que vinieran á Nueva-España, trajesen cierta cantidad de semillas y de plantas (27); y esta fué tambien una condicion que exigia para las concesiones de tierra en la mesa central, que el propietario de ca-

(25) "De manera que á mi juicio y verdaderamente, serán bautizados en este tiempo que digo, que serán quince años, mas de nueve millones de ánimas de indios." Toribio, *Hist. de los Indios*, Ms., par. 2, cap. 3.

(26) Clavigero, *Storia del Messico*, tom. I, pág. 43.—Humboldt, *Essai politique* tom. III, pag. 115 y 145. Exposicion de D. Lucas Alaman (México 1828), pág. 59.

(27) "Para que cada navío traiga cierta cantidad de plantas, y que no pueda salir sin ellas, porque será mucha causa para la poblacion, y perpetuacion de ella." Rel. cuarta de Cortés, apud Lorenzana, pág. 397.

da establecimiento plantaria en él cierto número fijo de viñas (28), estipulando además que ninguno pudiera alegar un título pleno á dichos establecimientos, sino despues de haberlos ocupado por el término de ocho años (29). Cortés conocia que solo la residencia permanente puede crear aquel interes en la tierra que conduce á su empeñoso cultivo, y que el sistema opuesto ha sido la causa del empobrecimiento de las mejores plantaciones en las islas. Sus diversas disposiciones, algunas de las cuales causaron no poco disgusto á los encomenderos, aumentaron los recursos agrícolas del país con los productos de los granos mas importantes y otros vegetales de Europa, para los cuales era admirablemente adaptado el variado clima de Nueva-España. La caña de azúcar fué trasplantada de las islas vecinas á la costa, y junto con el índigo, el algodón y la cochinilla, formaban un producto de la colonia, mas envidiable que sus mismos metales preciosos. Bajo el Sol de los trópicos, el melocoton, el almendro, el naranjo, la viña y el olivo, desconocidos hasta entónces, florecieron en los jardines de la mesa central, á una elevacion doble de la que tienen las nubes suspendidas en el estío sobre nuestras cabezas. La importacion de los frutos y vegetales europeos era saludada por los sencillos colonos con deleite: los primeros productos de una planta exótica daban origen á una fiesta: los vecinos se los regalaban unos á otros en prueba de antigua amistad de familia, que traia á su memoria la época pasada y las tiernas reuniones de su país natal.

Mientras se ocupaba así de la economía interior del país, Cortés pensaba en sus grandes proyectos de descubrimientos y de conquistas. Ya hemos visto en el capítulo anterior cómo armó una flotilla en Zacatula para explorar las costas del Pacífico, la cual, cuando ya estaba lista, se quemó en el mismo astillero. Fué mas deplorable esta calamidad, por que la mayor parte de los materiales habian tenido que trasportarse cruzando todo el país desde Villa-Rica. Sin embargo, Cortés con su habitual actividad dictó las medidas convenientes para reparar la pérdida. Escribió al emperador que se alistaria otra escuadra prontamente en el mismo puerto y que "no dudaba que pondria á Su Magestad en posesion de mayor número de tierras y de reinos, que los que hasta allí habian llegado á noticia de la nacion (30)." Esta magnífica jactancia muestra la opinion general de los españoles en esa época, que consideraban el Pacífico como el famoso Océano Indio, tachonado de islas de oro y cuyo seno ocupaban los ricos tesoros del Oriente.

(23) "Item, que cualesquiera vecino que tuviese indios de repartimiento, sea obligado á poner en ellos en cada un año con cada cien indios de los que tuvieren de repartimiento, mil sarmientos, escogiendo la mejor (clase de viña) que pudiese hallar." Ordenanzas Municipales, año de 1524, MS.

(29) Ordenanzas Municipales, año de 1524, MS.

(30) "Tengo de ser causa, que Vuestra Cesarea Magestad sea en estas partes Señor de mas reinos y señoríos, que los que hasta hoy en nuestra nacion se tiene noticia." Rel. cuarta de Cortés, apud Lorenzana, pág. 374.

El principal objeto de esta escuadra era el descubrimiento de un estrecho, que debía unir el Atlántico con el Pacífico. Otra escuadra de cinco buques fué armada para el golfo de Méjico, en direccion á la Florida, y con el mismo objeto de descubrir el estrecho, el cual confiaba Cortés en que habia de hallarse en esta direccion (aunque ahora nos cause risa esta ilusion) y debía conducir á los navegantes á aquellas aguas, que habian atravesado las quillas de Magallanes (31).

El descubrimiento del estrecho era el gran fin á que se dirigian las empresas náuticas de aquella época, y lo habia sido siempre, desde en tiempo de Colon. Era en el siglo XVI lo mismo que el paso del noroeste ha sido en el nuestro el gran *ignis fatuus* de los navegantes. La vasta extension del continente americano se supo con certeza, por medio de los viajes de Cabot en el Norte, y de Magallanes muy recientemente en el Sur. La proximidad que en ciertos puntos tienen los dos grandes Océanos que bañan las costas orientales y occidentales, se fijó por medio de los descubrimientos tanto de Balboa como de Cortés. Los literatos españoles no podian persuadirse de que la naturaleza hubiese obrado bajo un plan tan contrario, al parecer, á los intereses de la humanidad, interponiendo en toda la extension del gran continente una barrera tal que impidiese la comunicacion entre las aguas adyacentes. La correspondencia de los sabios (32), las instrucciones de la corte y las cartas de Cortés, así como las de Colon, tocan frecuentemente esta materia favorita. "Esté V. M. cierto," escribia, "de que como yo sé que dá V. M. suma importancia al descubrimiento del gran secreto del estrecho, pospondré todos mis propios intereses y proyectos, de los cuales hay algunos de gran momento, para cumplir con aquel gran negocio (33)."

Con este mismo objeto en alguna manera, el general previno se hiciese un gran armamento naval que puso á las órdenes de Cristóbal de Olid, aquel valiente oficial que recordará el lector tuvo á su cargo una de las principales divisiones del ejército sitiador. Debía Olid hacer rumbo á Honduras y establecer una colonia en la costa del Norte. Un destacamento de esta misma escuadra de Olid, debía luego cruzar sobre la costa del Sur hácia el Darien, en busca del estrecho misterioso. Se decia que el país estaba lleno de oro, tanto que "los pescadores usaban de ese metal precioso los pesos de sus redes." La vida de los descubridores españoles fué un soñar despiertos, prolongado. Ilusion tras ilusion se sucedian las unas á las otras, tan brillantes, tan hermosas y tan

(31) "Tanto como tengo á Hernando Cortés, esclama Oviedo," por el mayor capitán y mas entendido en asuntos militares de cuantos yo tengo noticia, creo que semejante opinion muestra que no es un gran cosmógrafo." (Hist. de los Ind., MS., lib. 33, cap.

41) Oviedo vivió bastante para ver su error.

(32) Martyr, Opus Epist., cap. 811.

(33) Rel. cuarta, apud Lorenzana, pág. 385.

vacías, como los globos de jabon que arrojan de un canuto los muchachos. Vieron en un mundo encantado (34).

Cortés envió una poderosa expedición por tierra, juntamente con estas expediciones marítimas. Confió el mando de aquella á Alvarado, quien con una gran fuerza de españoles y de indios, bajó por las pendientes de la cordillera al Sur y penetró en el país situado mas allá del rico valle de Oajaca. Las campañas de este gefe atrevido y rapaz terminaron con la importante conquista de Guatemala. El general mandó á sus capitanes que le enviasen relaciones pormenorizadas de los países que visitaban, de los productos del terreno y de sus recursos en general. El resultado fueron muchas comunicaciones estimables é interesantes (35). En sus instrucciones para el manejo de estas expediciones previno fuesen considerados los naturales en el trato que se les diese, é inculcaba una política que pudiera llamarse humana, en cuanto la humanidad es compatible con un sistema de subyugación (36). Desgraciadamente el carácter de sus oficiales, hizo vanas frecuentemente estas instrucciones.

Cortés, prosiguiendo sus grandes empresas, ántes de cumplir tres años de consumada la conquista, tenía sujeta al dominio de Castilla una extensión en el país de mas de cuatrocientas leguas, como él mismo afirma, sobre la costa del Atlántico, y de mas de quinientas sobre el Pacífico; y á excepcion de una ú otra provincia en el interior, de poca importancia, logró tenerlas en la mas completa tranquilidad (37). Para llegar á este resultado, Cortés gastó liberalmente las rentas de la Corona que se sacaban de los tributos establecidos, á semejanza de los que antiguamente pagaban los naturales á sus señores feudales; contrajo él mismo, además, por su propia cuenta, considerables deudas de las que pidió una remuneración al gobierno. La celebridad de su nombre y las relaciones

(34) La admiración producida por la ostentación del oro y de las joyas remitidas de cuando en cuando, trabajadas en formas caprichosas y fantásticas, mantuvo la ilusión en la corte en cierto modo. Una de las cosas enviadas allá por Cortés fué una pieza de artillería de oro y plata, de esquisito trabajo, habiendo costado solamente el metal 25.500 pesos de oro. Oviedo que la vió en palacio, habla con admiración de esta magnífica chuchería. Historia de las Indias Ms., lib. 33, cap. 41.

(35) Entre estas deben mencionarse especialmente las cartas de Alvarado y Diego de Godoy, copiadas por Oviedo en su Historia de las Indias Ms. (lib. 33, cap. 42 y 44) y traducidas por Ramucio para su rica colección. Viaggi, tomo III.

(36) Véanse entre otras, sus órdenes á su pariente Francisco Cortés que tienen por título "Instrucción Civil y Militar para la expedición de la costa de Colima." Este papel tiene fecha de 1524 y forma parte de la colección de Mss. de Muñoz.

(37) Rel. cuarta, apud Lorenzana, pág. 371. "Bien podemos admirarnos, exclama el arzobispo, de que Cortés y sus soldados hayan dominado y subyugado en tan breve tiempo tantas tierras, de las cuales muchas son de tan difícil acceso, que aun al presente no se puede penetrar en ellas." Ibid, nota.

maravillosas de los países conquistados, atraieron enjambres de aventureros á Nueva-España, que proporcionaron al general, reclutas para sus diversas empresas.

Para formarse una idea exacta de un varon tan notable, es preciso no ceñirse á la Historia de la Conquista. Su carrera militar le colocó en verdad, al nivel de los mayores capitanes de su siglo; pero el periodo siguiente á la conquista suministra diferentes puntos de vista, más nobles bajo algunos respectos, para el estudio de su carácter. Vémosle trazando un sistema de gobierno para razas heterogéneas y antagonistas, por decirlo así, que por primera vez estaban reducidas bajo una dominacion comun: reparando las calamidades de la guerra y empleando sus fuerzas para descubrir los ocultos recursos del país y para hacerlos llegar al mas alto grado de produccion; pero despues de la exposicion de hazañas tan atrevidas y novelescas, como las del héroe de un romance, la narracion podria parecer fria. Sin embargo, solamente su lectura puede hacernos formar una idea adecuada del genio sutil y vasto de Cortés.

NOTA AL CAPITULO II. DEL LIBRO VII.

Son muy graves las equivocaciones en que el autor ha caído, hablando de la reedificacion de la ciudad de Méjico, y harémos una rectificacion de ellas en los puntos mas esenciales, refiriéndonos á las disertaciones octava y novena que el autor de esta nota ha publicado, en que se trata con extension de la materia.

Nunca la catedral de Méjico estuvo dedicada á San Francisco (fol. 243), pues desde su creacion fué consagrada á la Asuncion de Nuestra Señora. Lo que ha dado sin duda motivo á este error es, que la primera iglesia de San Francisco estuvo cerca de donde ahora está la catedral, y no en la catedral misma como creyó Torquemada, y de allí se trasladó al sitio que hoy ocupa la iglesia y el convento, el cual no fué fundado por Fray Pedro de Gante, que vino despues, sino por Fray Martin de Valencia y los primeros misioneros de aquella órden. El padre Gante tampoco fué, ni pudo ser, hijo natural de Carlos V, atendida la época de su nacimiento.

Hay tambien error en lo que dice el Sr. Prescott en el mismo lugar, sobre los palacios de Cortés y su familia. Los dos palacios de Moctezuma, que eran el uno el actual palacio del gobierno, con inclusion de todas sus oficinas y de la Universidad y Plaza del Volador, y el otro, la casa que ahora es Monte pio con todas las cuadras cuya frente es el Empedradillo que por mucho tiempo se llamó plazuela del marques del Valle, le fueron dados á Cortés en una sola cédula del emperador Carlos V; pero la primera audiencia y ántes los gobernadores que hubo, se alojaron en la casa del Monte pio, hasta que el hijo y sucesor de Cortés, D. Martin, vendió al gobierno español el palacio que ahora es la residencia del presidente y congreso, á condicion de que se le dejase desocupado el otro, que ha sido propiedad de los marqueses del Valle hasta los últimos años.

En Tlaltelolco no hubo catedral alguna, sino un convento de franciscanos, con el nombre de Santiago, que aun existe, cuya iglesia se reedificó bajo la direccion del padre Torquemada, el gran historiador de Méjico. A aquel convento se unió el colegio establecido por el obispo Fuenleal, presidente de la segunda audiencia, y aumentado por el virey Mendoza para la educacion de los indios nobles.

El Sr. Prescott hace de los misioneros el justo aprecio que sus virtudes merecieron, y sus elogios son tanto mas recomendables, cuanto que sus opiniones religiosas parece deberian hacerle contrario á ellos. En efecto, solo la iglesia católica ha producido misioneros inflamados de un verdadero celo religioso, que los ha hecho sacrificar su vida por la propagacion de la religion y en beneficio de la humanidad. En la séptima de las disertaciones citadas, puede verse todo lo que hicieron los primeros misioneros que vinieron á Méjico. Es tambien una equivocacion, aunque muy poco importante, el decir (fol. 249) que fueron recibidos con repiques de campanas en las iglesias: no habia estas, sino una parroquia de poca importancia en Méjico, y los misioneros fueron los que las establecieron.

Estas equivocaciones son por otra parte muy disculpables en el autor, que no pudo consultar los documentos necesarios para rectificar todos estos hechos; pero es muy digna de aprecio su imparcialidad en los elogios que tributa á aquellos ejemplares ministros del evangelio, y á las grandiosas miras del gobierno español, haciendo á los unos y al otro mas justicia que la que le han hecho algunos escritores nacionales, que aunque mejor instruidos en los hechos, han sido extraviados por el espíritu de partido.

CAPITULO III.

REBELION DE OLID.—TERRIBLE MARCHA A HONDURAS.—SUPPLICIO DE GUATEMOTZIN.—DOÑA MARINA.—LLEGADA A HONDURAS.

En el capítulo anterior hemos visto que Cristóbal de Olid habia sido mandado por Cortés para establecer una colonia en Honduras, cuya expedicion tuvo tales consecuencias que no pudieron preverse. Olid, infatuado por el ejercicio del poder que se le habia confiado, cuando llegó al lugar de su destino resolvió asumir una jurisdiccion independiente, lisonjeándose que la distancia que lo separaba de Méjico, lo aseguraba de poderlo hacer con impunidad; mas juzgó muy mal del carácter de Cortés, suponiendo que habria ninguna distancia, por grande que fuese, bastante para escudar á un rebelde de su venganza.

Mucho tiempo se pasó ántes que el general recibiera la noticia de la rebelion de Olid; pero tan pronto como se aseguró del hecho, destacó para Honduras á un capitan pariente suyo, de toda su confianza, llamado Francisco de las Casas, con instrucciones de arrestar al desobediente oficial. Casas naufragó sobre la costa y cayó en las manos de Olid, pero afortunadamente logró insurreccionar la colonia, se apoderó de la persona de Olid, y decapitó á este desgraciado delincuente, en la plaza del mercado de Naco (1).

De estos acontecimientos Cortés supo solamente el naufragio de su enviado: y desde luego previó las trascendentales consecuencias que debia producir el ejemplo dado por Olid, mucho mas si quedaba impune su rebelion, así que en el acto determinó tomar por su cuenta este negocio, y trasladarse él mismo con una expedicion á Honduras. Llevaba al mismo tiempo la mira de reconocer personalmente cuáles eran los recursos del país, que se tenian por cuantiosos en riqueza mineral, y quizá descubrir tambien el punto de comunicacion entre los dos Océanos, empresa en que habian sido hasta entónces chasqueados los esfuerzos de los conquistadores españoles. Para dar este paso se hallaba urgido tambien, por la embarazosa posicion en que se encontraba últimamente en la capital. Varios funcionarios habian sido enviados de la madre patria con el ostensible objeto de administrar las rentas de la colonia; pero eran en realidad unas espías de la conducta del general, causándole muchas pequeñas incomodidades, que mandaban á la corte los mas maliciosos informes sobre sus intenciones y procedimientos. De hecho Cortés tenia ménos poder ahora que habia sido nombrado legalmente gobernador general del país, que ántes que carecia de toda autorizacion legal.

(1) Carta quinta de Cortés, Ms.

Las fuerzas españolas que llevó consigo, probablemente no excedían de cien hombres de caballería y cuarenta ó quizá cincuenta infantes, á los cuales se agregaban tres mil indios auxiliares (2). Entre ellos se encontraba Guatemotzin y el cacique de Tacuba con otros pocos de alto rango, cuya consideracion con sus compatriotas los hacia formar un núcleo al derredor del cual podrian reunirse los descontentos. La comitiva personal del general consistia en varios pajes jóvenes de buenas familias, y entre ellos Montejo, el futuro conquistador de Yucatán; un repostero, un mayordomo y varios músicos, bailarines, suertistas, juglares y bufones; séquito mas propio de un afeminado sátrapa de Oriente que no de un duro y valeroso caballero español (3). Sin embargo, la imputacion de afeminacion queda suficientemente refutada por la subsecuente terrible expedicion que hicieron. Cortés emprendió su marcha el 12 de Octubre de 1524 (a). Al descender por los declives de la cordillera, varios de sus antiguos compañeros de armas salieron á encontrar á su gefe para darle una cordial bienvenida, y algunos dejaron sus posesiones para unirse á la expedicion (4). En la provincia de Coatzacoalco, (Huazacoalco) hizo alto con objeto de recibir informes de los nativos de Tabasco acerca de su ruta. Estos le facilitaron un mapa que señalaba los principales lugares adonde los traficantes indígenas, que vagaban en estas silvestres regiones, tenian costumbre de tocar. Con la ayuda de este mapa, de una brújula y las guías que tomaba de cuando en cuando, se propuso atravesar el extenso y plano territorio que forma la base de Yucatán, y que se extiende desde el rio de Coatzacoalco, hasta el cabo del golfo de Honduras. "Daré á Vuestra Magestad," así comienza su celebrada carta al emperador describiéndole esta expedicion, "una relacion completa, como es mi costumbre hacerlo, de los acontecimientos mas notables de mi viaje, cada uno de los cuales podria ser objeto de una separada comunicacion." Cortés no exageraba en esto (5).

(2) Carta de Albornoz, Ms. Méjico, Diciembre 15 de 1525. Carta quinta de Cortés Ms. Los autores no convienen precisamente en cuanto al número, que probablemente variaba á cada paso de su marcha, al atravesar la mesa central del pais.

(3) Bernal Diaz, Historia de la Conquista, cap. 174.

(a) No pudo ser la salida de Cortés de Méjico, hasta fin del mes de Octubre ó principios del siguiente. Vide Alaman, disertaciones, tom. I, fol. 197.

(4) Entre ellos fué el capitán Diaz, que no obstante lo agradable de su quinta que habitaba en la provincia de Coatzacoalco, tuvo que dejarla á su pesar para incorporarse á la expedicion. "Cortés la mandaba y no nos atreviamos á decir que nó" dice este veterano. Idem, cap. 175.

(5) Esta célebre carta, que nunca ha sido publicada, es generalmente conocida por la carta quinta de Cortés. Es tan larga como las mas de las cartas impresas del conquistador, y está escrita con la misma claridad y sencillez, en aquel estilo como de negocios ordinarios y tan llena de interes como cualesquiera de las anteriores. Da una noticia detallada de la expedicion á Honduras, juntamente con todos los acontecimientos que acaecieron en el siguiente año. No tiehe fecha, pero fué escrita probablemente desde Méjico en aquel año. El manuscrito original existe en la libreria imperial de Viena, la cual, como el cetro alemán se hallaba en la misma mano que empuñaba el de Castilla, contiene muchos documentos preciosos para ilustrar la Historia de España.

Su marcha comenzó atrevesando un terreno bajo y pantanoso, interrumpido por numerosos arroyos que se reúnen para formar el río de Tabasco y otros que desembocan hacia el Norte en el golfo de Méjico. Los pequeños los pasaron vadeándolos ó en canoas, haciendo que los caballos tirados por la brida los siguieran á nado, y los mas caudalosos los atravesaron por medio de puentes flotantes. Para dar una idea de las dificultades que los españoles tuvieron que sufrir en este viaje, basta decir que tuvieron que construir mas de cincuenta de estos puentes en una distancia de ménos de cien millas, y que uno de ellos era de mas de novecientos pasos de largo (6). Sus trabajos eran mayores por la dificultad de encontrar víveres, porque los nativos frecuentemente á la aproximacion de los españoles quemaban sus chozas, dejando solamente á los exhaustos aventureros, un monton de humeantes escombros.

Inútil seria llenar ahora una página con los nombres de las ciudades de los indios que existian entónces en el camino que hizo el ejército, los que á mas de olvidados, no se encuentran ahora en ningun mapa del país (7). El primer lugar de consideracion adonde llegaron fué Iztapan, situado agradablemente en medio de una region feraz, á orillas de uno de los rios tributarios del de Tabasco. Era tal la extremidad á que estaban reducidos los españoles en el trascurso de unas cuantas semanas, por el hambre y la fatiga, que al ver una poblacion en estas tristes soledades era saludada "por mis compañeros," dice Cortés, "con tales gritos de alegría, que sus ecos resonaban en los bosques vecinos." El ejército se hallaba cerca de la antigua ciudad del Palenque, objeto de tantas conjeturas en nuestros tiempos. En el pueblo de Las Tres Cruces, situado cosa de veinte ó treinta millas del Palenque, se dice que aun existen allí tres cruces puestas por los conquistadores, como un recuerdo de su paso por aquel lugar. Sin embargo de haber pasado á tan corta distancia, ninguna alusion hacen los españoles de la antigua capital. ¿Seria entónces la residencia de una nacion floreciente y populosa, tal como la que alguna vez habrá habitado aquella ciudad, juzgando por la extension y magnificencia de sus ruinas? ¿O seria ya un hacinamiento de antiguas ruinas, enterradas y ocultas por una vegetacion selvática al conocimiento de las poblaciones vecinas? Si lo primero, el silencio de Cortés no es fácil de explicarse.

(6) Es tierra muy baja y de muchas ciénegas, tanto que en tiempo de invierno no se puede andar ni se sube sino en canoas, y con pasarla yo en tiempo de seca, desde la entrada hasta la salida de ella, que puede haber veinte leguas, se hicieron mas de cincuenta puentes, que sin se facer, fuera imposible pasar." Carta quinta de Cortés, Ms.

(7) He examinado algunos mapas de los mas antiguos del país, por cosmógrafos españoles, franceses y holandeses, con el objeto de fijar la ruta de Cortés. La inestimable coleccion de estos mapas formada por el sabio alemán Ebeling, existe en la librería de la Universidad de Harward. Apénas pude encontrar en ellos cuatro ó cinco lugares de los indicados por el general. Son los lugares mencionados en el texto, y aunque pocos, pueden servir para manifestar la direccion en general que siguió el ejército.

Al dejar los españoles á Iztapan atravesaron un país que ofrecia el mismo carácter bajo y cenagoso, interrumpido á veces por algunos pedazos cultivados, y lo demas cubierto de bosques de cedros y palo del Brasil que parecían interminables. La vegetacion era tan exuberante, que el follaje que colgaba de los árboles daba una sombra tan oscura, que, como dice Cortés, los soldados no veían donde ponían los piés (8). Y para mayores penas los guías se les desertaban frecuentemente; y si para rectificar su derrotero subían á la punta mas alta de los árboles, no veían otra cosa que la misma línea desconsoladora é interminable de ondulantes bosques. La brújula y el mapa eran los únicos recursos para salir de tan intrincado laberinto, por lo que Cortés con sus oficiales, entre quienes se contaba el constante Sandoval, extendía su carta en el suelo estudiando con ansiedad la direccion probable de su ruta. Entre tanto sus escasas provisiones se agotaban, teniendo los soldados que cabar la tierra para alimentarse con raices, ó buscar en los bosques bayas ó bellotas silvestres para mitigar su devorante apetito. Muchos de ellos se enfermaron, y gran número de los indios se quedaron en el camino, víctimas de la fatiga y de la hambre.

Cuando lograron al fin salir de estas malhadadas selvas, se encontraron con un rio de gran profundidad y mucho mas ancho que los que hasta entónces habían atravesado. Los soldados desalentados comenzaron á murmurar contra su gefe, de que cada dia los metía mas y mas en unos inmensos desiertos donde no podrian menos que dejar los huesos.

En vano los alentaba Cortés á construir un puente flotante para pasar al lado opuesto; les parecia que era obra de imponderable magnitud, á la cual no eran ya suficientes sus extenuadas fuerzas. Más afortunado en sus persuasiones con los indios, éstos se prestaron al trabajo con sumision y obediencia, y avergonzados los españoles pusieron tambien manos á la obra con empeñosa decision, aunque muy extenuados por la fatiga, concluyéndola al fin del cuarto dia. Era en verdad el único medio para librarse de tan peligrosa situacion. El puente lo formaban mil piezas de madera, cada una del grueso del cuerpo de un hombre y de sesenta piés de largo (9). Cuando consideramos que la madera, al comen-zarse la obra, se hallaba aun formando parte de la selva, debemos confesar que este es un hecho digno de los españoles. Lo bien trabado de las vigas hacia que la obra tuviera tanta solidez, que nada, dice Cortés, solo el fuego podria destruirla. Esta obra fué la admiracion de los nativos, que venían de grandes distancias á verla, y "el puente de Cortés" permaneció por muchos años, como un monumento de la energia y perseverancia de aquel gefe.

(8) Donde se ponían los piés en el suelo, hacía arriba la claridad del cielo no se veía, tanta era la altura y espesura de los árboles, que aunque se subían en algunos, no podían descubrir un tiro de piedra. Carta quinta de Cortés, Ms.

• (9) "Porque lleva mas que mil vigas, que la menor es casi tan gorda como un cuerpo de hombre, y de nueve y diez varas de largo." Carta quinta de Cortés, Ms.



La llegada del ejército al lado opuesto del río les presentó nuevas dificultades; el terreno era tan flojo y saturado de agua, que los caballos se atascaban hasta el cincho, y algunas veces metiéndose en los tremedales quedaban casi enterados en el fango. Con mucha dificultad salían de estos atolladeros, y para lograrlo fué necesario cubrirlos con follaje y ramas de árboles: apareció afortunadamente un riachuelo en medio de este pantano que proporcionó á los fatigados animales el poder salir á nado (10).

Al salir de estas atascosas ciénegas se encontraron los españoles en un terreno elevado y que por su cultivo y campos cubiertos de maíz, *aji*, ó el pimiento del país y la *yuca*, indicaban la proximidad á la capital de la fértil provincia de Aculan. Esto fué al principio de la cuaresma de 1525, periodo memorable por un suceso cuyos particulares daré, tomándolos de la narracion de Cortés.

En este lugar descubrió al general un indio de los que lo acompañaban que se tramaba una conspiracion por Guatemotzin, el cacique de Tacuba y algunos de los principales indios nobles, para matar á los españoles: que para lograrlo se aprovecharian del momento en que el ejército se hallase embarazado pasando algun desfiladero ó pantano, como los que acababan de atravesar con tanta dificultad, donde atacándolos en posicion tan desventajosa, seria fácil hacerlos sucumbir bajo el mayor número de mejicanos: que despues de la destruccion de las tropas, los indios continuarían su marcha á Honduras con objeto de destruir allí las posesiones españolas. Calculaban que este suceso ocasionaria una sublevacion en la capital y á continuacion en todo el país, hasta que hubieran concluido con el último de los españoles, y echándose entónces sobre los buques en la costa, se asegurarian de que estas noticias no llegarían del otro lado del mar.

Tan pronto como supo Cortés los detalles de esta formidable trama, mandó arrestar á Guatemotzin y á los principales señores aztecas que lo acompañaban. Estos confesaron el hecho de la conspiracion, pero alegaron que habia sido proyectada por Guatemotzin, y que ellos habian rehusado entrar en ella. Guatemotzin y el cacique de Tacuba, ni confesaban ni negaban la verdad de la acusacion manteniendo un obstinado silencio. Tal es el informe que da Cor.

(10) "Pasada toda la gente y caballos del otro lado del ancon, dimos luego en una gran ciénega que duraba bien tres tiros de ballesta, la cosa mas espantosa que jamas las gentes vieron, donde todos los caballos desensillados se sumieron hasta las orejas sin parecerse otra cosa, y querer forcejear á salir, sumianse mas, de manera que allí perdimos toda la esperanza de poder escapar caballos ningunos; pero todavia comenzamos á trabajar y á componerles haces de yerbas y ramas grandes debajo, sobre que se sostuviesen y no se sumiesen, remediábanse algo, y andando trabajando yendo y viniendo de la una parte á la otra, abrióse por medio de un callejon de agua y cieno, que los caballos comenzaron algo á nadar, y con esto plugó á nuestro Señor que salieron todos sin peligro ninguno." Carta quinta de Cortés, Ms.

tés (11). Bernal Diaz, sin embargo, que fué de esta expedicion, asegura que tanto Guatemotzin como el cacique de Tacuba sostuvieron que eran inocentes, reconociendo no obstante que algunas veces habian lamentado los padecimientos que sufrían, diciendo que era preferible la muerte á ver perecer diariamente á su lado tantos de los suyos. Confesaron igualmente que los aztecas habian discutido un proyecto de sublevacion contra los españoles; pero que desde el principio Guatemotzin lo habia desaprobado, asegurando que ningun plan habria tenido efecto sin su conocimiento y aprobacion (12). De nada sirvieron estas protestas á los desgraciados príncipes; porque satisfecho Cortés ó aparentando estarlo de la existencia del delito, inmediatamente mandó ejecutarlos.

Al llegar Guatemotzin al árbol fatal del suplicio, manifestó aquella intrépida resolucion digna de sus mejores dias. "Yo sabia, dijo, lo que era fiarme de tus falsas promesas, Malinche; conocia que este era el fin que me reservabas, ya que no sucumbí por mis propias manos cuando entraste en mi capital de Tenochtitlan. ¿Por qué se me da muerte tan injustamente? Quiera Dios tomarte cuenta de ello! (13). El cacique de Tacuba protestaba tambien su inocencia, manifestando sin embargo que no deseaba otra suerte que aquella de morir al lado de su señor. Los desgraciados príncipes en compañía de uno ó mas de los nobles (pues el número es incierto), fueron ahorcados de las ramas de una ceiba á la orilla del camino (14).

Tal fué el triste fin de Guatemotziu, último emperador de los aztecas, y aun mas propiamente podriamos llamarle, "el último de los aztecas," pues desde aquel momento el resto de la nacion se encontró sin cabeza y desmayó en valor, sometiéndose casi sin esfuerzo alguno al duro yugo de sus opresores. Entre todos los nombres de los príncipes bárbaros, no hay uno que merezca ser colocado en el catálogo de la fama ántes del de Guatemotzin. Era aun joven, y aunque su carrera pública no fué larga, sí fué muy gloriosa. Subió al trono en los últimos y tumultuosos momentos de la monarquía, y cuando las coligadas naciones de Anáhuac y los feroces europeos amenazaban ya las puertas de la

(11) Carta quinta de Cortés, Ms.

(12) Historia de la Conquista, cap. 177.

(13) Ibid, ubi supra.

(14) Segun Diaz, tanto Guatemotzin como el príncipe de Tacuba, se habian convertido á la religion de sus conquistadores, y ántes de su ejecucion se confesaron con un religioso franciscano. La misma autoridad nos asegura tambien "que para indios eran muy buenos cristianos y creían bien y sinceramente." (Ibid. loc. cit.) No puede uno menos que recordar los últimos momentos de Caupolican, convertido al cristianismo por los mismos hombres que lo ataron al madero del suplicio. Véase esta escena pintada con los terribles colores de una mano maestra en la Araucana, canto 34.

capital. El puesto era de tremenda responsabilidad; pero la conducta de Guatemotzin justificó muy cumplidamente la eleccion que hicieron de él para desempeñarlo. Nadie rehusará su admiracion á la intrépida resolucion con que defendió la ciudad, hasta que no quedó piedra sobre piedra; en esta ocasion nuestras simpatías están inevitablemente en favor del salvaje gefe luchando por la libertad de su patria, que no por el de su civilizado y afortunado antagonista (15). Al analizar las circunstancias de la muerte de Guatemotzin, no se puede dar mucho peso al cargo alegado contra él de conspirador. Que los indios meditando sobre sus agravios y presentes sufrimientos, hubiesen hablado algunas veces de vengarlos, no debe sorprendernos; pero que se hubiera tramado un proyecto tan quimérico como el que hemos mencionado, para hacer una sublevacion y que hubiera sido sancionada por Guatemotzin, parece muy improbable.

La explicacion dada por el príncipe, tal como la refiere Diaz, es por lo menos tan digna de crédito como la acusacion del indio que hizo la denuncia (16). Por la falta de pruebas, como por el transcurso del tiempo en que aquello acaeció, es muy difícil decidir la cuestion, pero nuestro criterio debe descansar en el testimonio de los que fueron testigos presenciales de aquel acontecimiento. Véamos las palabras del viejo cronista, tantas veces ya citado. "La ejecucion de Guatemotzin," dice Diaz, "fué muy injusta y pareció mal á todos (17)." La explicacion mas favorable de este negocio parece ser que Guatemotzin era para Cortés un embarazoso cautivo, y muy terrible á la verdad; así lo indica el mismo Cortés en su carta al emperador (18).

(15) La hermosa muger de Guatemotzin, la princesa Tecuichpo, hija de Moctezuma, le sobrevivió bastante tiempo para casarse sucesivamente con tres caballeros castellanos de noble extraccion. (Véase Ante, vol. II, pág. 351, nota 36). La describen tan instruida en la fé católica, como cualquiera muger de Castilla y como muy graciosa de un aspecto seductor, y que contribuyó grandemente con su ejemplo, y por el respeto que infundia á los aztecas, á la tranquilidad del pais conquistado. Este halagüeño retrato sirve muy conducente indicar, que es hecho por su marido D. Juan Cano. Véase el apéndice, part. II, núm. 11.

(16) Los historiadores indígenas consideran que la pretendida conspiracion de Guatemotzin fué una invencion de Cortés. El mismo denunciante, puesto en la tortura posteriormente por el cacique de Tezcuco, declaró, que él no había hecho ninguna revelacion al comandante español. Ixtlilxochitl, sale garante de la verdad de esta historia. (Venida de los españoles, pp. 83, 93). Pero ¿quién sale garante por Ixtlilxochitl?

(17) "Y fué esta muerte que le dieron muy injustamente dada, y pareció mal á todos los que íbamos á aquella jornada." Historia de la Conquista, cap. 177.

(18) Gutemotzin, Señor que fué de esta ciudad de Temiztitan, á quien yo despues que la gané he tenido siempre preso, teniéndole por hombre bullicioso y le llevé conmigo." Carta quinta, Ms.

El destronado soberano de Méjico conservaba aún, tanto por el ascendiente de su carácter como por sus particulares prendas, una desmedida influencia sobre su nación, y le habria sido fácil, con el solo soplo de su aliento, reanimar la solapada pero no extinguida animosidad, y convertirla en una insurrección. Los españoles en los primeros años de la conquista siempre vivieron en constante alarma, temerosos de una sublevación de los aztecas: así lo prueban los numerosos pasajes de los escritos de aquel tiempo. Dominado Cortés por las mismas sospechas, prefirió llevar consigo tan peligroso compañero en esta penosa expedición. Era tal su desconfianza, dice Gomara, que aun en Méjico nunca salía á alguna distancia, ya fuese á pié ó á caballo, que no se hiciese acompañar de Guatemotzin (19). Dos personas en tal situación no pueden menos de vivir sino con mútua desconfianza y aversión. El triste estado de los españoles en esta jornada los exponía muy particularmente á un inesperado asalto de los indios sus vasallos; esto alarmó mas á Cortés y lo confirmó en sus sospechas. Pre-dispuesto así á juzgar siempre mal de Guatemotzin, dió fácil oído á las acusaciones contra él. Estas se convirtieron en pruebas, y la sentencia siguió luego á los cargos. De un solo golpe se propuso librarse y librar al estado de un enemigo siempre peligroso, tan peligroso cuanto que lo era solapado. Si Cortés hubiera consultado á su propio honor y buen nombre, la cabeza de Guatemotzin hubiera sido la última á que habria permitido se le hubiese hecho mal alguno. "Debiera haberlo guardado," repitiendo el símil familiar de Gomara, "como oro en paño, como el mejor trofeo de sus victorias (20)."

Cualquiera que haya sido el motivo verdadero de la conducta de Cortés, parece que esta ejecución le ocasionó muchos remordimientos. Por largo tiempo estuvo taciturno é irritable, y las noches las pasaba en vela. Una ocasión paseándose en una recámara alta ó *teocalli* donde estaba alojado, habiendo dado en la oscuridad un paso falso, cayó de la altura de unos doce piés, lo que le ocasionó una grave contusión en la cabeza, cosa demasiado visible para no ser notada, aunque procuró ocultarla á sus soldados, segun lo relata Diaz (21).

Después de la triste ejecución de Guatemotzin, no tardaron mucho en entrar sus fatigadas tropas á la capital de la gran provincia de Aculan; población con-puesta de traficantes, que prosperaban por el lucrativo comercio que hacían con las mas lejanas poblaciones de Centro América. Cortés menciona en términos generales la magnificencia y hermosura de los edificios, y la recepción hospitalaria que experimentó de sus habitantes.

(19) "Y le hacían aquella mesma reverencia y ceremonia que á Moctezuma, y creo que por eso le llevaba siempre consigo por la ciudad, á caballo si cabalgaba, y si no á pié como él iba." Crónica, cap. 170.

(20) "Cortés debiera guardarlo vivo, como oro en paño, que era el triunfo y gloria de sus victorias." Crónica, cap. 170.

(21) Historia de la Conquista, ubi supra.

Habiendo recobrado los españoles su vigor por el descanso en estos seguros y abundantes lugares, salieron de la capital de Aculan, cuyo nombre no se encuentra en ningún mapa, y siguieron su penoso camino con dirección á lo que hoy se llama la Laguna del Peten. Este era entonces la propiedad de una tribu errante de la familia de los robustos Mayas, y su capital estaba situada en medio de una isla en el lago, "con sus casas y elevados *teocallis* brillantes como el Sol," dice Bernal Díaz, "que podrian verse á dos leguas de distancia (22)." Estos edificios contruidos por una de las razas de Yucatán, demostraban sin duda las mismas particularidades de construcción que aun se ven en las ruinas que existen en aquella notable provincia. Pero cualquiera que haya sido su mérito arquitectónico, los conquistadores se limitaron á describirlos con palabras muy concisas.

Los habitantes de la isla, manifestaron un espíritu amistoso y dócil, muy diferente del temperamento guerrero de sus compatriotas los yucatecos. Voluntariamente escuchaban á los misioneros españoles que iban en la expedición, cuando por medio de Marina explicaban la doctrina cristiana. La intérprete india estuvo siempre presente en todo este largo viaje, el último en que permaneció al lado de Cortés. Como esta será tambien la última ocasión que ella aparecerá en estas páginas, mencionaré ántes de dejarla una circunstancia interesante que aconteció cuando atravesaba el ejército la provincia de Coatzacoahuaco. Recordará el lector que este era el país nativo de Marina, donde la vendió su infame madre siendo niña á unos traficantes extranjeros con objeto de asegurar á su hermano menor la parte de herencia que á ella tocaba. Cortés se demoró algunos días en este lugar para tener una conferencia con los caciques de los alrededores, y tratar con ellos sobre algunos puntos de gobierno y religion. Entre los llamados, lo fué la madre de Marina, quien asistió en compañía de su hijo. Apenas se reunieron, cuando todos notaron la gran semejanza de la cacique con su hija. Ambas partes se reconocieron, aunque desde su separación no se habian vuelto á ver. La madre se alarmó extraordinariamente, creyendo que todo era una extratajema con objeto de castigar su inhumana conducta; pero Marina inmediatamente corrió hacia ella y procuró desvanecer sus temores, asegurándole que no se le haría mal alguno, y volviéndose á los que estaban presentes, les dijo: "que estaba segura de que su madre no supo lo que hizo cuando la vendió á los traficantes, y que por esto la perdonaba." Después la abrazó tiernamente y la adornó con las joyas y demas galas que tenia puestas, como si quisiese recobrar el perdido cariño. Marina añadió que, "se encontraba mas feliz que ántes, pues habia sido instruida en la fé cristiana, y abjurado la sangrienta religion de los aztecas (23)."

(22) Ibid, cap. 178.

(23) "Díaz, que estuvo presente, atestigua la verdad de este suceso con los mas solemnes juramentos." Ibid, cap. 37.

Y todo esto que digo, se lo oía muy certificadamente y sí lo juro, amén.

En el curso de la expedicion á Honduras, Cortés casó á Marina con un caballero español D. Juan Jaramillo, quien la tomó por su legítima muger. En dote le dió algunas tierras en su provincia natal, donde probablemente vivió el resto de sus dias. Desde esta época, el nombre de Marina ya no aparece mas en las páginas de la historia; pero siempre será recordado con gratitud, tanto por los españoles, por los importantes servicios que les hizo ayudándoles en la conquista, como por los mejicanos tambien por su benevolencia, y la simpatía que les mostró, mitigándoles sus infortunios. Varias canciones indias recuerdas las virtudes de la Malinche, (el nombre azteca de Doña Marina). Aun ahora, si lo que se dice es cierto, su alma vela sobre la capital que ella ayudó á ganar, y los aldeanos se alarman á la aparicion de una princesa india, confusamente vista entre las sombras de la noche, vagando por los bosques y grutas de la colina real de Chapultepec (24) (a).

El conquistador tuvo de Marina un hijo, llamado D. Martín Cortés, quien gozó de mucha consideracion y fué hecho comendador de la Orden de Santiago. Posteriormente fué sospechado de tramar algunos proyectos de traicion contra el gobierno, y ni los extraordinarios servicios del padre, ni su propio mérito, lo protegieron contra una cruel persecucion: en 1568 el hijo de Hernán Cortés fué condenado vergonzosamente á sufrir el tormento, en la misma capital que su padre habia ganado para la corona de Castilla!

Los habitantes de la isla del Peten (volviendo á nuestro asunto) escucharon con satisfaccion los sermones de los religiosos franciscanos, y consintieron en la inmediata destruccion de sus ídolos, y en la instalacion de la cruz sobre sus ruinas (25). Un singular incidente da idea del valor que tenian estas precipitadas conversiones. Al irse Cortés de aquel pueblo hospitalario, dejó uno de sus caballos que se habia inutilizado por una contusion en un pié. Los indios tenian al animal en mucha veneracion, identificándolo en parte, con el misterioso poder de los hombres blancos. Cuando se hubieron ido sus huéspedes, le ofrecian flores y le preparaban viandas de aves muy sabrosas, como lo hubieran hecho con sus propios enfermos; el pobre caballo, sujeto á tan extraordinaria dieta se fué enflaqueciendo y al fin murió; los indios aterrorizados labraron en piedra su efigie, y colocándola en uno de sus *teocallis* le ofrecian homenajes como á una deidad. En 1618 que fueron dos religiosos franciscanos

(24) Vida en Méjico, carta octava. La bella autora no pretende, sin embargo, haber sido favorecida con una aparicion.

(a) Véase la nota al fin del capítulo.

(25) Villagutierre dice: que los iztacas, nombre por el cual eran conocidos los habitantes de aquellas islas, no destruyeron sus ídolos estando allí los españoles. (Historia de la Conquista de la provincia del Itza (Madrid 1701) pp. 49, 50). El historiador se equivoca, pues Cortés asegura terminantemente que las imágenes fueron hechas pedazos y quemadas en su presencia. Carta quinta, Ms., 26.

á predicar el evangelio por aquellas regiones, apenas mejor conocidas entonces por los españoles que lo que lo eran en tiempo de Cortés, uno de los objetos mas notables que encontraron, fué la estatua del caballo, á la que los indios idólatras le tributaban sus adoraciones, como al Dios del trueno y del relámpago (26).

Muy cansado seria referir todos los trabajos y peligros que sufrieron los españoles en el resto de su viaje, pues seria repetir los incidentes de la anterior narracion; los mismos obstáculos en su ruta y las mismas escaseces, hambres y fatigas; trabajos mas fastidiosos para el espíritu, que si hubieran tenido encuentros con sus enemigos, los que si bien son mas peligrosos, son tambien mas llevaderos, porque al hombre le es mas fácil luchar con el hombre que con la naturaleza. Sin embargo, no debo omitir el hablar de su travesía por la sierra de los Pederuales, que aunque solo tenia veinticuatro millas de largo, se estuvieron nada menos que doce dias en atravesarla! Las agudas y filosas piedras hacian pedazos los cascos de los caballos, mientras otros se derrumbaban por los precipicios y barrancas; tanto que, cuando acabaron de pasar este trecho, habian perdido sesenta y ocho de estos utilísimos animales, y el resto, en su mayor parte, quedó inservible (27).

La estacion de lluvias estaba en su fuerza y caia en torrentes el agua noche y dia, empapando á los soldados hasta la piel, aumentando así considerablemente sus aficciones. Los rios crecian mas arriba de su acostumbrado cauce, y no habia puente ni construccion alguna que resistiera sus impetuosas y rápidas corrientes; así que, para atravesarlos tenian la mayor dificultad, colocando troncos de árboles sobre las rocas, que por fortuna habia muchas en estos rios, para poder pasar á la otra orilla aunque con mucho peligro (28). Por fin, el desmayado convoy se acercó al Golfo Dulce, á la embocadura de la bahía de Honduras. El camino no debia estar léjos del lugar de la celebrada ciudad de Copan, cuyas arquitectónicas ruinas han suministrado tantas y tan nobles ilustraciones al pincel de Catherwood: mas los españoles la pasaron en silencio. No debe asombrarnos que en aquel momento de su empresa, hubieran pasado por la vecindad de una ciudad sepultada en las selvas, sin hacer mencion de ella,

(26) Este hecho lo refiere Villagutierre, Conquista del Itza, pp. 100, 102, y Cogolludo, Hist. de Yucatán, lib. 1, cap. 16.

(27) "Y querer decir la aspereza y fragosidad de este puerto y sierra, ni quien lo dijera lo sabria significar, ni quien lo oyese lo podría entender, sino que sepa Vuestra Magestad que en ocho leguas que duró hasta este puerto, estuvimos en las andar doce dias, digo los postreros en llegar al cabo de él, en que murieron sesenta y ocho caballos despeñados y desjarretados, y todos los demas vivieron heridos y tan lastimados, que no pensamos aprovecharnos de ninguno." Carta quinta, Ms.

(28) "Si algun desgraciado perdia la cabeza al pasar," dice Cortés, "caia en el abismo y perecia. Habia mas de veinte de estos pasos llenos de peligros." Carta quinta de Cortés, Ms.

aunque fuera tan gloriosa como la capital de Zenobia, porque se acercaban ya á los establecimientos de los españoles, objeto principal de su larga y penosa peregrinación.

El lugar adonde se encaminaban era á Naco, ó San Gil de Buena-Vista, establecimiento español situado en el Golfo Dulce. Cortés se acercó á él muy cautelosamente, con la intencion de tomarlo por sorpresa. Habia seguido su marcha sin desviarse un paso de su objeto, semejante al indio norte-americano, que guiado solamente por el instinto de la venganza, atraviesa pantanos y montañas y los bosques mas intrincados, y sin que nada lo distraiga, al llegar á su término, se lanza furioso de un golpe sobre su descuidada víctima. Afortunadamente ántes de dar Cortés el asalto, se encontraron sus exploradores con algunos de los habitantes del lugar, por quien supieron la muerte de Olid y el restablecimiento de la antigua autoridad. Cortés, en consecuencia, entró en la ciudad como un amigo, y fué recibido cordialmente por sus compatriotas, muy asombrados, dice Diaz, "por la presencia en aquellos lugares de un general tan renombrado (29)."

La colonia sufría entónces horriblemente á causa del hambre, á tal punto, que probablemente las tropas habrian encontrado bien pronto su sepulcro, en el mismo lugar en que fundaban sus esperanzas para descansar y aliviar sus penidades, si no hubiera llegado tan oportunamente un buque de Cuba con provisiones. Con una perseverancia que nada podia abatir, hizo Cortés una correría para examinar el pais vecino, y ocupó un mes mas en explorar campos desiertos y pantanosos, infestados de exhalaciones mortíferas, apestados de fiebres biliosas y plagados de enjambres de insectos venenosos, que no los dejaban descansar ni de día ni de noche. Al fin se embarcó con parte de sus fuerzas en dos bergantines, y despues de tocar en uno ó dos puertos de la bahía, ancló al frente de Truxillo, el principal de los establecimientos españoles en aquella costa. La marea estaba un poco alta para poder verificar desde luego un desembarque; pero los habitantes, llenos de alegría por su llegada, se arrojaron al agua que no estaba muy profunda, y ansiosamente se trajeron á su general en los brazos (30).

Despues de haber restablecido las fuerzas y el ánimo de sus soldados, el infatigable comandante preparaba una expedicion, cuyo objeto era explorar y sojuzgar la vasta provincia de Nicaragua. Es á la verdad asombroso ver el genio emprendedor y aventurero del hombre, que sin abatirse por los terribles padecimientos de su reciente marcha, apenas concluida, se prepara á emprender

(29) "Espantáronse en gran manera, y como supieron que era Cortés que tan nombrado era en todas estas partes de las Indias y en Castilla, no sabian que hacer de placer." Hist. de la Conq., cap. 179.

(30) Ibid, cap. 179, et seq.—Herrera, Hist. general, déc. 3, lib. 8, cap. 3, 4.—Carta quinta de Cortés, Ms.

otra igualmente terrible. Es muy difícil en este siglo mas especulador y de positivismo, concebir el carácter de un caballero castellano del siglo diez y seis: otro igual no hubiera sido fácil hallarlo en ninguna otra nacion, aun en aquel tiempo y en verdad en ninguna parte, excepto en aquellos cuentos de la caballería, que por desatinados y extravagantes que parezcan, representan sin embargo con exactitud, si no los hechos, sí el carácter de la época.

El solo estímulo de explorar tierras desconocidas, era una compensacion mas que bastante á un aventurero español por sus empresas y fatigas. Parece que la Providencia dispuso que la raza de tales hombres fuera contemporánea con el descubrimiento del Nuevo-Mundo, para que hubieran sido dadas á conocer aquellas regiones, circundadas de peligros y dificultades tan aterradoras, que habrian contenido y desalentado el valor de un aventurero comun. Sin embargo, Cortés, aunque animado de este espíritu, se proponia en su empresa fines mas nobles que los de un hombre vulgar. En la expedicion á Nicaragua trataba, así como en la de Honduras, de conocer los recursos del pais en general, y sobre todo, ver si existian algunos medios de comunicacion entre los dos grandes océanos; y si éstos no existian, establecer este hecho cuyo conocimiento, usando su propio lenguaje, apenas era menos importante.

Ademas, el general intentaba extender el imperio colonial de Castilla, pues que la conquista de Méjico no era sino el principio de una série de otras muchas. Al guerrero que habia conseguido esto, nada le parecia impracticable; y de hecho nada lo hubiera sido, á haber estado siempre bien sostenido. La imaginacion se pasma contemplando al conquistador de Méjico, avanzando á lo largo de las provincias del extenso Istmo, por Nicaragua, Costa-Rica y Darien hasta haber plantado su triunfante bandera en las orillas del golfo de Panamá; y que mientras esta flameaba agitada por las brisas del Sur, la dorada tierra de los Incas, él se ocupaba de adquirir noticias de aquellas regiones, las cuales lo estimulaban á llevar sus armas aun mas léjos, y quizá el haber anticipado la espléndida carrera de Pizarro.

Mas de tan encantadores ensueños de ambicion, vinieron á despertar á Cortés inesperadamente las alarmantes noticias de Méjico, por las cuales conoció que su ausencia se habia prolongado demasiado, y que era indispensable su regreso sin demora alguna, si no queria ver perdida la capital y todo el pais.

NOTA AL CAPITULO III.

El autor hablando de Doña Marina por última vez en este capítulo, asienta que su nombre no vuelve á ofrecerse en las páginas de la historia desde la expedicion á Honduras; pero del exámen que el autor de esta nota ha hecho de los libros de cabildo del Ayuntamiento de Méjico y de otros documentos antiguos resulta, que Juan de Jaramillo su marido, que habia sido comandante de uno de los bergantines en el sitio de Méjico, fué despues muchas veces in-

dividuo del Ayuntamiento, apoderado de éste para representar á la ciudad de Méjico en las juntas á que concurrían los procuradores de las demas ciudades de Nueva-España y su primer alférez real. Doña Marina vivió honrada y considerada al lado de su marido en la casa que tuvieron en la calle que ahora se llama de Medinas y que entónces llevaba el nombre de *Jaramillo*: tuvo otras casas en la primera calle de la Monterilla que se llamaban las casas de Doña Marina. Ademas se le dió terreno para casa de placer, junto á Chapultepec, hácia donde ahora está el rancho de Anzures y solar para otra casa en San Cosme, y tambien se le dió en Cuyoacan una huerta que era de Moctezuma, y tanto Doña Marina como el mismo Jaramillo tenían repartimientos de indios (1). Doña Marina vivia todavia el año de 1550 y habia visto hasta su tercera generacion, como se deduce del documento siguiente que se halla en el libro de gobierno del virey D. Antonio de Mendoza, que dice así:

Yo Don Antonio de Mendoza Visorrey &c. hago saber á vos Juan de Arriaga, corregidor del pueblo de Taposcolula, que por parte de Doña Marina, así como tutora y curadora de Don Alonso de Estrada su nieto, hijo de Don Luis de Saavedra difunto, me fué hecha relacion que bien sabia como el dicho su nieto tiene en encomienda el pueblo de Tilantongo, y que los indios del dicho pueblo no quieren cumplir ni dar los tributos y servicios en que están tasados y son obligados, de lo qual recibe agravio y daño, y me pidió que los compeliere y apremiase á que los diesen, y por mí visto lo susodicho, confiando de vos que bien y fielmente hareis lo que por mí os fuere cometido, por la presente os mando.....que proveais y deis orden como los indios del dicho pueblo lo cumplan &c.—Fecho en Coyoacan á doce de Abril de 1550 años.—Don Antonio de Mendoza.—Por mandado de su señoría.—Joan Muñoz Rico.

(Copiado del libro de gobierno de dicho virey, fojas 330).

El nombre Malinche viene de Malintzin, que es como los mejicanos pronunciaban el de Marina, substituyendo *l* á la *r* que no trae en su dioma, y agregando la terminacion *tzin* que indica veneracion ó respeto, la que los españoles "para quienes su pronunciacion suave era difícil, cambiaban en *che*.

D. Martín Cortés, hijo natural del conquistador, habido de Doña Marina durante la conquista, estuvo casado en Méjico con Doña Bernardina de Porras; y aunque á consecuencia del proceso que se le formó por la conspiracion de que fué acusado el marques su hermano, fué condenado á pagar una multa y ser enviado á España, parece que esta sentencia no se ejecutó, y que permaneció en Méjico hasta su muerte (2).

(1) Alaman, Disertaciones. Disert. 9.ª, tom. II, fol. 293.

(2) El mismo, ib. dis. 6.ª, tom. II, fol. 119, en donde puede verse toda la relacion del tormento que se le dió.

CAPITULO IV.

DISTURBIOS EN MEJICO.—REGRESO DE CORTES.—DESCONFIANZAS DE LA CORTE.—VUELVE CORTES A ESPAÑA.—MUERTE DE SANDOVAL.—BRILLANTE RECEPCION DE CORTES.—HONORES QUE SE LE CONFIEREN.

1526—1530.

Las noticias recibidas á que aludimos en el capítulo anterior, fueron mandadas á Cortés en una carta que le dirigió el Lic. Zuazo, uno de los funcionarios á quien el general habia confiado la administracion del pais durante su ausencia. Dicha carta contenia detalles completos de los procedimientos tumultuosos de la capital. Apenas la habia dejado Cortés, cuando aparecieron síntomas de desunion entre los diferentes miembros del gobierno provisional, y el desórden aumentaba segun se prolongaba su ausencia. Llegó á creerse el vago rumor de que Cortés con todo su ejército habia perecido en los pantanos de Chiapas, y aun los miembros del gobierno no manifestaron repugnancia en dar crédito á dicha fábula. Inmediatamente empezaron á hacer alarde de su autoridad: proclamaron la muerte del general y mandaron celebrar honras fúnebres en honor suyo; tomaron posesion de sus bienes donde quiera que los encontraron, dedicando devotamente una pequeña parte de ellos para misas por su alma, confiscando el resto para pagar lo que ellos llamaron deuda que tenia Cortés con el Estado. Del mismo modo se echaron sobre la propiedad de otros individuos que iban en la expedicion. De estos ultrajes pasaron á otros mayores con los españoles residentes en la ciudad, á tal punto que los misioneros franciscanos se alejaron disgustados de la capital. La poblacion indígena se hallaba tan duramente oprimida, que se temia, y con razon, una sublevacion general. Zuazo, al comunicar estos acontecimientos á Cortés, le rogaba que apresurara su regreso. Era un hombre moderado, pero la firme oposicion que habia hecho á las medidas tiránicas de sus colegas, le granjearon que se le recompensara con el destierro (1). Justamente alarmado el general por este informe, conoció que no le quedaba otro recurso que abandonar toda esperanza de nuevas conquistas, y que debia regresar en el acto, si queria asegurar la conservacion del imperio que habia ganado. En consecuencia, hizo los arreglos que consideró necesarios para fijar la administracion de las colonias de Honduras, y se embarcó para Méjico con un pequeño número de sus adictos.

(1) Carta quinta de Cortés, Ms.—Bernal Diaz, Historia de la Conquista, cap. 185.—Relacion del tesorero Estrada, Ms. Méjico 1526.

Apenas se habia hecho á la vela cuando sobrevino una terrible tempestad, que maltratando mucho el buque en que iba, lo obligó á retroceder al puerto para reparar sus averías. Emprendió un segundo viaje, y habiendo sido igualmente desgraciado, Cortés se impresionó de la idea que su estrella empezaba á eclipsarse, viendo en este repetido desastre un aviso del cielo de que no debia volver (2). Se contentó, pues, con mandar un fiel mensajero á sus amigos, con la noticia de que se encontraba con seguridad en Honduras. Después dispuso que se hiciesen procesiones y rogaciones públicas, para impetrar la voluntad del cielo y aplacar su ira. Su salud empezó á reseñir los efectos de sus recientes fatigas y á debilitarse por una fiebre devoradora, al mismo tiempo que su energía decaía sumergiéndolo en un estado de profundo abatimiento. Bernal Diaz, hablando de él en esta ocasion, dice: que nada habia mas pálido y consumido, y que estaba tan poseído de la idea de que se aproximaba su fin, que llegó á pedir una mortaja de San Francisco (pues entónces era muy comun que los cadáveres se enterraran vestidos con el hábito de alguna religion monástica) (3). Mas Cortés despertó de esta deplorable apatía por las nuevas comunicaciones que recibió de Méjico, urgiéndole porque se volviera cuanto antes, como tambien por los oportunos esfuerzos de su buen amigo Sandoval, quien habia regresado últimamente de una excursion del interior, y lo persuadió de la necesidad de partir. En el acto se dispuso á probar otra vez su fortuna en la mar, embarcándose á bordo de un bergantin, acompañado de unos cuantos de su comitiva, despidiéndose de las desastrosas costas de Honduras el 25 de Abril de 1526. Tocaba ya las costas de Nueva-España cuando un fuerte huracán lo arrojó á la costa de la Isla de Cuba, donde arribó y permaneció algun tiempo para restablecer sus desmayadas fuerzas, y emprendiendo de nuevo su navegacion el 16 de Mayo, logró desembarcar ocho dias después cerca de San Juan de Ulúa de donde se fué á pié, cosa de cinco leguas, á Medellin. Cortés estaba tan demudado por su última enfermedad, que no era fácil reconocerlo; pero apenas corrió la voz de su arribo, que de todos los alrededores venian los españoles y los nativos á darle la bienvenida. La noticia voló en las alas del viento en todas direcciones, y su viaje á la capital fué una marcha triunfal. Los habitantes andaban hasta ochenta leguas por venir á verlo, y se congratulaban mutuamente de su regreso, considerándolo el único que podría librar al pais de la anarquía. Era la resurreccion de uno que habia sido creído muerto por todos generalmente (4).

(2) Carta quinta de Cortés, Ms.

(3) Historia de la Conquista, cap. 184, et seq.

(4) Carta quinta de Cortés, Ms.—Bernal Diaz, Historia de la Conquista, cap. 189, 190.—Carta de Cortés al emperador, Ms. Méjico, Setiembre 11 de 1526.

En todas las ciudades en que hizo alto, fué obsequiado suntuosamente, y los caminos por donde pasó estaban adornados de arcos y regado el suelo de flores. Después de haber descansado una noche en Tezcuco, hizo al día siguiente su entrada en la capital con toda ceremonia. La municipalidad salió á su encuentro, y una brillante cabalgada formó su escolta, mientras el lago se veía cubierto de canoas é indios caprichosamente vestidos con sus adornos de gala, lo mismo que en el día de su primer arribo entre ellos. Los aires resonaban con músicas y cantos de alegría por las calles por donde pasó la comitiva, la cual se encaminó al convento de San Francisco; allí se cantó un *Te Deum* en acción de gracias por el regreso del general, quien luego fué á alojarse á su antigua residencia régia que era un palacio de su propiedad (5). Era el mes de Junio de 1526 cuando Cortés hizo esta entrada en Méjico, casi dos años después de haber emprendido su difícil expedición á Honduras; expedición que no produjo ningun resultado de importancia, y en la que consumió mas tiempo, y fué rodeado de padecimientos iguales á los de la conquista del mismo Méjico (6).

Cortés no abusó de lo favorable de su posicion: es cierto que mandó formar procesos á sus enemigos; pero los continuó con tanta lentitud, que incurrió en la imputacion de obrar con debilidad. Es la sola vez que haya sido acusado de débil, y ya que lo fué en la prosecucion de castigar injurias personales, no redunda en descrédito de su propio carácter (7).

(5) Carta de Ocaña, Ms., Agosto 31 de 1526. Carta quinta de Cortés, Ms.

(6) Lo que sufrió Cortés, "dice el Dr. Robertson," en esta expedición, que segun Gomara fué de 3000 millas, (cuya distancia parece muy exagerada), ya sea por el hambre, por la hostilidad de los nativos, por el clima y por las penalidades de toda especie, fué tanto, que no se encuentra un paralelo en la historia, si no es en lo ocurrido á otros aventureros en el descubrimiento y conquista de las otras partes del Nuevo-Mundo. Cortés empleó en este penoso viaje cosa de dos años; y aunque no está señalado con ningun evento memorable, manifestó durante ellos mucho valor personal, mas fortaleza de ánimo y mas perseverancia y paciencia que en ningun otro periodo ó escena de su vida. (Hist. de América, nota 96). Las observaciones del historiador son exactas, como lo corroboran los pasajes que he tomado de las extraordinarias relaciones del mismo conquistador. Aquellos que deseen ver algo de esta relacion en su propio estilo, encontrarán algunas páginas de ella, en el Apéndice, parte 2, nota 14 (a).

(7) Y esto yo lo oy decir á los del Real Consejo de Indias, estando presente el señor obispo Fr. Bartolomé de Las Casas, que se descuidó mucho Cortés en ello, y se lo tuvieron á flojedad. Bernal Díaz, cap. 190.

(a) Esta carta de Cortés con la relacion de la expedición de Honduras, que habia permanecido inédita, ha sido publicada por Navarrete en su Colección de Documentos, tom. IV, f. 8.

Muy poco gozó de las dulzuras de su triunfo. En el mes de Julio recibió noticia de la llegada á la costa de un *juez de residencia*, mandado por la corte de Madrid para sustituirlo temporalmente en el gobierno. La corona de Castilla, segun extendia su imperio colonial, se hacia menos apta para vigilar su administracion. Tenia precision de depositar inmensas facultades en manos de los vireyes; y como la desconfianza naturalmente acompaña á la debilidad, siempre estaba pronta para escuchar cualquiera acusacion hecha contra estos poderosos vasallos. En tales casos, el gobierno adoptaba el expediente de mandar un comisionado ó juez de residencia, con autoridades de investigar la conducta del acusado, suspenderlo en el entre tanto de su autoridad, y despues de un exámen jurídico, reinstalarlo en él ó separarlo enteramente, segun el resultado del juicio. Los enemigos de Cortés hacia tiempo que se ocupaban en minar su influencia en la corte y en infundir sospechas en el ánimo del emperador acerca de su lealtad, y desde su elevacion al gobierno del pais, habian redobladado su perjudicial actividad, atacando su carácter con las mas bajas imputaciones. Lo acusaban de haber apropiado para su uso el oro que pertenecia á la corona, y especialmente de que habia ocultado los tesoros de Moctezuma. Se decia que habia dado falsos informes acerca de las provincias conquistadas, con la mira de defraudar al erario de sus entradas legales. Que habia distribuido los principales destinos entre sus favoritos, y que habia adquirido una ilimitada influencia, no solamente sobre los españoles, sino tambien sobre los indios que estaban dispuestos siempre á obedecer su voluntad. Que habia gastado inmensas sumas en fortificar la ciudad y su palacio, y que era evidente, por la magnitud de sus empresas y preparativos, que intentaba sacudir la obediencia y establecer una soberanía independiente en Nueva-España (8).

El gobierno, muy alarmado por estos formidables cargos cuya probabilidad no podia calificar, nombró un comisionado con amplios poderes para investigarlos. La persona escogida para esta delicada comision fué Luis Ponce de Leon, hombre de familia distinguida, muy jóven para tal puesto, pero de un juicio maduro, y notable por su equidad y moderacion. El nombramiento de tal ministro era una seguridad de que la corona deseaba hacer justicia á Cortés.

El emperador al mismo tiempo escribió, de su propio puño, una carta al general, anticipándole esta medida y asegurándole que se habia adoptado, no por que se dudara de su integridad, sino mas bien para darle una oportunidad de ponerla á toda luz ante el mundo entero (9).

Ponce de Leon llegó á Méjico en Julio de 1526, y fué recibido por Cortés y la municipalidad de la capital con el debido respeto: ambas partes se trataron

(8) Memorial de Luis Cárdenas, Ms.—Carta de Diego de Ocaña, Ms.—Herrera, Historia general, déc. 3, lib. 8, cap. 14, 15.

(9) Carta del emperador, Ms. Toledo, Noviembre 4 de 1525.

con tan mútua cortesía, que hacia augurar que los futuros procedimientos serian conducidos con mucha armonía. Desgraciadamente tan feliz principio fué destruido por la muerte del comisionado, pocas semanas despues de su arribo, cuya circunstancia no dejó de dar ocasion para aumentar el cúmulo de acusaciones hacinadas contra Cortés por sus enemigos. El comisionado fué víctima de una fiebre maligna, que se llevó á muchos de los que vinieron en el mismo buque con él (10).

Ponce de Leon al morir, delegó su autoridad á un anciano achacoso que le sobrevivió pocos meses, transmitiendo las riendas del gobierno á una persona llamada Estrada, que era el tesorero general, uno de los empleados mandados de España para encargarse de los negocios de hacienda, y que era personalmente hostil á Cortés. Los españoles residentes quisieron persuadir á Cortés á que reclamara, al menos, dividir con él una autoridad, á la que no consideraban que tenia bastante derecho Estrada; pero el general con una singular moderacion, rehusó establecer una competencia sobre esto, y determinó sufrir y esperar una mas decidida declaracion de la voluntad de su soberano. Para mayor mortificacion, el nombramiento de Estrada volvió confirmado, y este empleado bien pronto trató de causar á su rival aquellas mortificaciones que una alma pequeña, en medio del inesperado poder, hace sentir para demostrar su superioridad á quien la tiene realmente. Las recomendaciones de Cortés fueron desatendidas; sus amigos vejados é insultados, y los de su comitiva ultrajados é infamados. Uno de los criados de su amigo Sandoval por un leve delito fué sentenciado á perder una mano, y cuando el general representó contra estos actos de violencia, se le mandó perentoriamente que saliera de la capital. Los españoles, indignados de este ultraje, hubieran tomado las armas para resistirlo; pero Cortés no lo permitió, observando únicamente "que era gracioso que á aquellos que con el precio de su sangre habian ganado la capital, no se les permitiera poner los piés en ella," y se retiró á su favorita quinta de Coyoacan, á pocas millas de distancia, á esperar allí el resultado de estos extravagantes procedimientos (11).

Entre tanto las sospechas de la corte de Madrid, sopladadas por el aliento de la calumnia, habian llegado al mas alto grado. Se hacia creer que el general se ocupaba de organizar una revolucion en toda la colonia, y que meditaba nada menos que una invasion á la madre patria. Habiéndose recibido noti-

(10) Bernal Diaz, Historia de la Conquista, cap. 192. Carta de Cortés al emperador, Ms. Méjico, Setiembre 11 de 1526.

(11) Bernal Diaz, Historia de la Conquista, cap. 194. Carta de Cortés al emperador, Ms., Setiembre 11 de 1526.

cias de que muy pronto llegaría un buque procedente de Nueva-España, se expidieron órdenes á diferentes puertos del reino, y aun á Portugal, para secuestrar su cargamento, bajo el pretesto que traía remesas para la familia del general, que pertenecían á la corona; se prohibió tambien la publicacion de sus cartas, que contenian la relacion mas luminosa de su conducta y descubrimientos. Afortunadamente ya se habian publicado algunos años ántes, por la infatigable prensa de Sevilla, tres de sus principales cartas que contenian lo mas interesante de ellas.

La corte conociendo ademas la insuficiencia del tesorero Estrada en las presentes delicadas circunstancias, encomendó el juicio de investigacion á una comision, condecorada con el título de Real Audiencia de Nueva-España. Este cuerpo estaba revestido con plenos poderes para investigar los cargos hechos contra Cortés, y con instrucciones de mandarlo á España como una medida preliminar, por bien, si era posible, y si no por la fuerza. Temeroso aun el gobierno de que su belicoso vasallo desconociera la autoridad de este tribunal, recurrió al artificio para asegurar su regreso. Se mandó al presidente del Consejo de Indias que le escribiera una carta, manifestándole la necesidad de venir á España á vindicarse de los cargos que le hacian sus enemigos, ofreciéndole para ello su personal cooperacion en su defensa. El emperador escribió tambien una carta á la Audiencia, al darle sus órdenes para el regreso de Cortés, indicando que el gobierno deseaba consultarlo sobre los negocios referentes á las Indias, y premiar dignamente sus servicios. Esta carta fué destinada para que la viese Cortés (12).

Muy inútil era poner en movimiento toda esta complicada máquina, para hacer que Cortés adoptara una resolución que ya tenia tomada. Seguro y orgulloso de su inflexible lealtad, y de los servicios que habia hecho á su país, no podia menos que sentir profundamente el premio que se le daba por ellos, especialmente en el mismo teatro de sus proezas; por esto determinó no permanecer mas tiempo donde estaba expuesto á tales ultrajes, sino ir de una vez á España, presentarse á su soberano, sostener resueltamente su inocencia, reclamar reparaciones de las injurias hechas y pedir el justo premio de sus servicios. Al concluir su carta al emperador, haciéndole una relacion detallada de su penosa expedicion á Honduras, despues de difundirse en la magnificencia de las empresas que él premeditaba para el descubrimiento del mar del Sur, y vindicarse del cargo que se le hacia de haber hecho muchos gastos en ella, concluye con la altiva pero dolorosa declaracion, "que confiaba que con el tiempo su magestad haria justicia á sus méritos; pero que si desgraciadamente no sucedía así, el mundo al menos estaria satisfecho de su lealtad, como él

(12) Herrera, Historia general, déc. 4, lib. 2, cap. 1: y lib. 3, cap. 8.

mismo estaba convencido de haber cumplido con su deber, que era la única herencia que deseaba legar á sus hijos (13).”

Apenas se supo la intencion de Cortés, que produjo una sensacion general en todo el pais. El mismo Estrada afojó, porque conocia que habia ido demasiado léjos, y que no entraba en su política hacer que se refugiara su noble enemigo en su propio pais. Entabló algunas negociaciones por medio del obispo de Tlaxcala, con objeto de efectuar una reconciliacion. Cortés recibió sus propuestas de un modo atento, pero su resolucion fué inalterable. Habiendo hecho todos los preparativos que consideró necesarios en Méjico, se alejó del valle encaminándose á la costa. Si él hubiera tenido la criminal ambicion que le imputaban sus enemigos, lo habrian tentado las repetidas ofertas que le hicieron de buena ó mala fé en su viaje, de sostenerlo si reasumia el gobierno, y se declaraba independencia de Castilla. Pero tan desleales ofertas fueron rehusadas con el desprecio y la indignacion que merecian (14).

Al llegar á Villa-Rica recibió la infausta noticia de la muerte de su padre D. Martin Cortés, á quien muy pronto esperaba abrazar despues de tan larga como borrascosa ausencia. Tan pronto como hubo celebrado sus exequias, con todo el respeto de un buen hijo, dispuso inmediatamente su partida, á cuyo efecto mandó alistar dos de los mejores buques en el puerto, proveyéndose de lo necesario para un largo viaje.

Con él iban sus fieles amigos Sandoval y Tapia, y algunos otros caballeros adictos á su persona. Tambien lo acompañaban varios gefes aztecas y tlaxcaltecas, y entre ellos un hijo de Moctezuma y otro de Maxixca, señor de Tlaxcala, antiguo amigo suyo, habiendo manifestado ambos deseos de acompañar al general á Castilla. Llevó consigo grandes colecciones de plantas y minerales, como muestras de las fuentes de la riqueza del pais; algunos animales y pájaros silvestres de vistosas plumas; varios objetos fabricados muy delicadamente, y con especialidad los primorosos mosaicos tejidos de pluma, y un número considerable de juglares, bailarines y bufones, quienes asombraron mucho á los europeos por su maravillosa destreza en sus juegos, tanto que se creyó digno

(13) “Todas estas entradas están ahora para partir casi á una; plega á Dios de las guiar como él se sirva, que yo, aunque V. M. mas me mande desfavorecer, no tengo de dejar de servir, que no es posible que por tiempo V. M. no conozca mis servicios, y ya que esto no sea, yo me satisfago con hacer lo que debo, y saber que á todo el mundo tengo satisfecho, y les son notorios mis servicios y lealtad con que los hago, y no quiero otro mayorazgo, sino este.” Carta quinta, Ms.

(14) Bernal Diaz, Historia de la Conquista, cap. 194. Carta de Ocaña, Ms., Agosto 31 de 1526.

de hacer con ellos un presente á Su Santidad el Papa (15). Finalmente, Cortés desplegó su magnificencia con la ostentacion de un rico tesoro de joyas, entre las cuales habia esmeraldas de tamaño y agua extraordinarias, oro en cantidad de doscientos mil pesos y mil quinientos marcos de plata. "En fin," dice Herrera, "venia con el tren de un gran señor (16)."

Despues de un pronto y feliz viaje, llegó Cortés á la vista de las costas de su tierra natal, y pasando la barra de Saltes entró en el pequeño puerto de Palos, en Mayo de 1528, que es el mismo lugar donde Colon habia desembarcado treinta y cinco años ántes á su vuelta del descubrimiento del Nuevo-Mundo. Cortés no fué recibido con aquel entusiasmo y alegría pública con que le dieron la bienvenida al célebre navegante; es cierto que los habitantes nada sabian de su regreso. De Palos procedió luego al convento de la Rabida, el mismo lugar bajo cuyo techo hospitalario halló Colon tambien abrigo.

Una circunstancia bien interesante se refiere por los historiadores, y que tiene relacion con su corta permanencia en Palos. Francisco Pizarro, el conquistador del Perú habia llegado allí, viniendo á España con objeto de solicitar proteccion para su grande empresa (17). Comenzaba entónces su brillante carrera, cuando podia decirse que Cortés se hallaba al fin de la suya. Eran antiguos conocidos, y aun parientes, pues se asegura que la madre del general era Pizarro (18). El encuentro de estos dos hombres extraordinarios, el conquistador del Norte y el del Sur del Nuevo-Mundo, al momento de desembarcar en su tierra natal, despues de una ausencia llena de tantos acontecimientos, y en el mismo lugar ya célebre por la presencia de Colon, tiene para la imaginacion no sé qué de admirable y sublime. Tal incidente llamó la atencion de uno de nuestros mas ilustres poetas, quien en una breve pero hermosa descripcion, ha pintado la escena con el colorido propio del siglo (19).

Mientras descansaba Cortés en Rabida de las fatigas de su viaje, aconteció una desgracia que lo afligió sobremanera é hizo funesto su regreso: ésta

(15) El Papa Clemente VII, que pertenecia á la alegre familia de los Médicis, y los cardenales, se divertieron mucho con los indios juglares, segun Diaz; y Su Santidad, que debemos añadir recibió al mismo tiempo de Cortés regalos mas valiosos en oro y joyas, dió testimonios públicos por medio de rogativas y procesiones, de cuánto estimaba los servicios hechos á la cristiandad por Cortés en la conquista de Méjico, y procuró retribuirse los entónces generosamente, expidiendo bulas, concediéndole indulgencias y la absolucion de sus pecados. Historia de la Conquista, cap. 195.

(16) Y en fin, venia como gran señor. Historia general, déc. 4, lib. 3, cap. 8.

(17) Herrera, Historia general, déc. 4, lib. 4, cap. 1. Cavo, Los tres Siglos de Méjico, tom. 1, pág. 78.

(18) Pizarro y Orellana, varones ilustres, pág. 121.

(19) Véase la conclusion del viaje de Colon, por Roger.

fué la muerte de Gonzalo de Sandoval, su fiel amigo, y el compañero por tanto tiempo de su fortuna. A pocos dias de su desembarque cayó enfermo en un miserable meson de Palos, tomando tal incremento su mal, que parecia evidente que sucumbiria á él probablemente, porque su constitucion se hallaba extenuada por las fatigas que habia sufrido en los últimos años. Inmediatamente mandaron por Cortés, quien llegó á tiempo para administrar los últimos consuelos de la amistad al agonizante caballero Sandoval, el que vió acercarse su fin con mucha tranquilidad, y habiendo puesto todo su cuidado en aprovechar el corto tiempo que le quedaba en arreglar sus negocios, tanto temporales como espirituales, dió su último aliento en los brazos de su comandante.

Sandoval murió á la prematura edad de treinta y un años (20). Bajo muchos respetos, era el mas grande de los capitanes formados á la vista de Cortés. Pertenecia á una buena familia y era natural de Medellin, lugar tambien del nacimiento del general, á quien tenia la mas ardiente adhesion personal. Cortés muy pronto conoció sus raras calidades, y lo manifestó escogiendo casi siempre á este jóven oficial para las comisiones mas difíciles: su conducta en tales ocasiones justificó ampliamente la preferencia. Era muy apreciado de los soldados, porque aunque era severo en materia de disciplina, los cuidaba mucho en sus necesidades, ocupándose muy poco de las suyas propias. Nada tenia de esa avaricia tan comun entre los conquistadores castellanos, y parecia que toda su ambicion se cifraba en cumplir fielmente las obligaciones de su profesion. Era hombre muy sencillo, sin afectar en sus maneras la ostentacion ni en su trájelo las galas marciales que tanto distinguian á Alvarado, el azteca Tonatiuh. La expresion de su semblante era franca y varonil; sus cabellos acastañados se enrizaban formando anillos sobre su cabeza y su cuerpo era fuerte y nervioso; ceceaba al hablar, lo que hacia que su voz no fuera muy clara. De facto él no era orador; pero sí era lento al hablar, era muy pronto y enérgico al obrar. Tenia precisamente las calidades que lo hacian apto para las peligrosas empresas en que se hallaba comprometido. Concluida su obra y respetado por la muerte, que arrostraba á cada paso en su árdua carrera, parece que solamente regresó á su patria para encontrarla en ella.

Sus exequias se celebraron con gran solemnidad por los religiosos franciscanos de la Rabida, y sus restos mortales fueron acompañados al sepulcro por sus camaradas, que tantas veces habian peleado á su lado en las batallas. Fué enterrado en el cementerio del convento, que cubierto de un bosque de pinos estaba, y aun estará, en la elevada eminencia que domina el vasto Océano, que el aventurero soldado acababa de atravesar (21).

(20) Bernal Diaz dice, que Sandoval tenia veintidos años cuando vino á Nueva-España en 1519. Historia de la Conquista, cap. 205.

(21) Ibid, cap. 195.

Tan luego como terminó este melancólico acoutecimiento, Cortés con su comitiva emprendió su viaje al interior. Al pasar por el castillo del duque de Medina Sidonia, el señor mas poderoso de la Andalucía, se detuvo algunos dias, donde fué obsequiado por el duque con mucha hospitalidad, y á su partida le hizo un regalo de caballos árabes. Cortés primero se dirigió á Guadalupe, donde se detuvo nueve dias, haciendo plegarias y mandando decir misas á la Virgen, por el alma de su difunto amigo.

Antes de salir de la Rabida, escribió á la corte participándole su arribo. La sensacion que causó esta noticia fué grande, tanto mas cuanto que era inesperada, por los informes recibidos acusándolo de conatos de rebelion; así que su venida no pudo menos que producir un cambio favorable en las disposiciones hácia él. Con ella todo motivo de celos quedó desvanecido, y á la vez se dissiparon las nubes y las sospechas que tiempo hacia dominaban el ánimo del emperador, quien ahora parecia solo ocupado en manifestar al vasallo á quien habia temido, en cuanto estimaba sus distinguidos servicios. En el acto se mandaron órdenes á los diferentes lugares de su tránsito para que le dispusieran cómodos alojamientos, y se empezaron los preparativos para su brillante recepcion en la capital.

Entre tanto Cortés habia hecho en Guadalupe conocimiento con varias personas de distincion, y entre ellas con la familia del comendador de Leon, un noble de grande influencia en la corte. La conversacion del general, enriquecida con la experiencia de una vida llena de peligros y contingencias, y sus modales, en los cuales se notaba que la autoridad que dá la costumbre del mando se hallaba templada por la franqueza y descuidada libertad del soldado, causó una impresion muy favorable en sus nuevas amistades, y sus cartas á la corte, de la que no era aun conocido, aumentaban el interes producido ya por este hombre extraordinario. La fama de su arribo se habia extendido en el pais en todas direcciones; así que cuando emprendió su viaje, los caminos presentaban un espectáculo que no se habia visto desde el regreso de Colon. Cortés no afectaba generalmente ninguna ostentacion en su traje, pero sí gustaba tener la pompa de un gran señor en el número y magnificencia de su comitiva. Esta se habia aumentado por los gefes indios, quienes por el esplendor de sus rústicas galas, daban un realce adicional y novelesco al espectáculo. Sin embargo, su persona era el único objeto de la curiosidad general. Los balcones de las casas y las calles de los lugares por donde pasaba, se hallaban llenos de espectadores ansiosos de ver al héroe, que con su potente brazo habia ganado un imperio para Castilla, y quien, usando del lenguaje de un historiador antiguo, "vino no con la pompa y gloria de un gran vasallo, sino con la de un monarca independiente (22)."

(22) "Vino de las Indias despues de la conquista de Méjico con tanto acompañamiento y magestad, que mas parecia de príncipe ó señor poderosísimo, que de capitán ó vasallo de algun rey ó emperador." Lanuza, *Historias eclesiásticas y seculares de Aragón*. Zaragoza, 1622, lib. 3, cap. 14.

Al aproximarse á Toledo, entónces la rival de Madrid, la muchedumbre del pueblo era inmensa: allí lo encontraron el duque de Béjar, el conde de Aguilar y otros de sus mas constantes amigos, que salieron á recibirlo á la cabeza de un cuerpo numeroso de los principales nobles y caballeros de la ciudad, y lo acompañaron hasta el alojamiento que se le tenia preparado.

Este momento debe haber sido de los mas lisonjeros para Cortés; pues por mas que se desconfiara de él, la recepcion que le hicieron sus conciudadanos, le hacia disfrutar una satisfaccion mayor que la que pocos años ántes habia gozado, al hacer su entrada triunfante en la capital de Méjico.

Al dia siguiente fué recibido en audiencia por el emperador: Cortés graciosamente al hincar la rodilla para besar la mano de su soberano, le presentó un memorial con una sucinta relacion de sus servicios y la recompensa que por ellos habia recibido. El emperador lo levantó bondadosamente y le hizo muchas preguntas relativamente á los paises que habia conquistado. Cárlos quedó muy complacido con las respuestas del general, y como inteligente tuvo gran satisfaccion en inspeccionar las curiosas muestras de la habilidad de los indios, que su vasallo habia traído consigo de Nueva-España. En sus subsecuentes conversaciones con Cortés, frecuentemente le consultaba sobre el mejor modo de administrar las colonias; y por sus consejos introdujo en ellas importantes reformas, especialmente para mejorar la condicion de los nativos y para proteger la industria interior del pais. El monarca aprovechaba con frecuencia las oportunidades que se presentaban para manifestar á Cortés la confianza que tenia de él. Cuando aparecia en público siempre lo llevaba á su lado; y una vez que el general se enfermó de fiebre, Cárlos le hizo una visita en persona y permaneció algun tiempo con él en su alcoba. Esta era una extraordinaria muestra de consideracion en la altiva corte de Castilla, y se menciona con énfasis por los historiadores de aquel tiempo, que parece la consideraron como una amplia compensacion por todos los padecimientos y servicios de Cortés (23). Este habia triunfado completamente de sus enemigos. Los cortesanos, con aquel instinto que les es natural, imitaban el ejemplo de su amo; y aun la envidia tuvo que callar en medio del homenaje que se tributaba al hombre que poco ántes habia sido el objeto de la calumnia atroz. Cortés, sin ningun título de nobleza, sin otro nombre que aquel que él mismo se habia creado, se veía de un golpe elevado al nivel del noble mas orgulloso de la tierra. Lo fué mas positiva y sustancialmente por los honores que le concedió el soberano en el curso del siguiente año; pues por un decreto datado el 6 de Julio de 1529, el emperador lo elevó á la dignidad de marqués del Valle de Oajaca (24). En las colonias cuando se decia simplemente el marqués sin apli-

(23) Gomara, *Crónica*, cap. 183. Herrera, *Historia general*, déc. 4, lib. 4, cap. 1. Bernal Diaz, *Historia de la Conquista*, cap. 195.

(24) Título de marqués, Ms. Barcelona 6 de Julio de 1529.

carlo á persona determinada, ya se sabia que se hablaba de Cortés; lo mismo que sucedió con el título de "*almirante*" respecto de Colon (25). Otras dos cédulas fechadas en el mismo mes, concedian á Cortés una considerable porcion de tierras en la rica provincia de Oajaca, y ademas posesiones en la ciudad de Méjico y otros lugares del valle (26). Todos los dominios que se le habian concedido comprendian mas de veinte ciudades y pueblos de consideracion, y veintitres mil vasallos, y lo que mas realzaba su importancia era los términos en que estaban concebidas las reales cédulas. En el preámbulo de ellas, despues de elogiar debidamente los servicios de Cortés en la conquista y los grandes beneficios que de ellos habian resultado tanto en favor de la religion, como en acrecimiento de los dominios de Castilla, se reconocen en seguida los trabajos que habia pasado en la prosecucion de tan gloriosa empresa, y la fidelidad y obediencia con que tan buen vasallo habia servido siempre á la corona (27), y finalmente se declara que las concesiones que se le hacian, eran la justa recompensa de sus servicios, por que era un deber del príncipe honrar y premiar á quienes lo servian bien y con lealtad, y con el objeto de que la memoria de tan grandes proezas fuese perpetuada y su ejemplo sirviera de estímulo para imitar tan ilustres hazañas.

Este inequívoco y solemne testimonio del soberano que reconocia su no desmentida lealtad, fué para Cortés muy satisfactorio, como debia serlo para toda alma generosa que hubiera sido víctima como él de denigrantes sospechas. El lenguaje del general posteriormente, demuestra cuán profundamente quedó agradecido por tales demostraciones (28).

(25) Humboldt, *Essai Politique*, tom. II, part. 30, note.

Segun Lanuza, el emperador le ofreció la cruz de la Orden de Santiago; mas él la rehusó porque no tenia anexa *encomienda* (Historia de Aragon, tom. 1, lib. 3, cap. 14). Pero Caro de Torres en su historia de las órdenes militares de Castilla, enumera á Cortés, entre los caballeros dela Orden de Compostela. Historia de las órdenes militares, (Madrid, 1529) fol. 103, et. seq.

(26) Merced de tierras inmediatas á Méjico, Ms. Barcelona, 23 de Julio de 1529. Merced de los vasallos, Ms. Barcelona, 6 de Julio de 1529.

(27) "E nos habemos recibido y tenemos de vos por bien servido en ello, acatando los grandes provechos que de vuestros servicios han redundado, ansí para el servicio de nuestro Señor y aumento de su santa fé católica, y en las dichas tierras que estaban sin conocimiento ni fé se han plantado, como el acrecimiento que de ello ha redundado á nuestra corona real de estos reinos, y los trabajos que en ella habeis pasado, y la fidelidad y obediencia con que siempre nos habeis servido, como bueno y fiel servidor y vasallo nuestro, de que somos ciertos y confiados. Merced de los vasallos, Ms.

(28) "El benigno recibimiento que á mi regreso me hizo Vuestra Magestad," dice Cortés, "vuestras cariñosas espresiones y generoso trato, me hicieron, no solo olvidar mis trabajos y penalidades, sino aun sentir que no hubiesen sido mayores en servicio vuestro," (Carta de Cortés al Lic. Nuñez, Ms., 1535). Este memorial era dirigido á su agente en Castilla para que lo presentase al emperador.

No obstante, en la escala de los premios habia un grado al cual se le rehusó llegar: ni las instancias de Cortés, ni las del duque de Béjar y las de sus demas amigos, pudieron jamas conseguir que lo reinstalase el emperador en el gobierno de Méjico. El pais enteramente pacífico, no tenia necesidad entónces del dominante genio de Cortés para mantenerse en orden; y Cárlos se guardó bien de colocar segunda vez á su formidable vasallo, en una situacion que pudiera encender las apagadas chispas de los celos y la desconfianza. La política adoptada por la corona, era emplear una clase de individuos para hacer sus conquistas y otra para gobernarlas. Para lo segundo escogia siempre hombres, en quienes el fuego de la ambicion estuviera naturalmente templado por un juicio reflexivo ó por la madura calma de la edad. Ni aun á Colon, no obstante los términos de su singular "capitulacion" con la corona, se le permitió el gobierno de las colonias; y mucho menos se hubiera concedido este poder á un hombre que era tan ambicioso como Cortés.

Sin embargo, aunque el emperador rehusó depositar en sus manos el mando político de la colonia, lo reinstaló en el mando militar. Por una real orden de fecha tambien de Julio de 1529, el marqués del Valle fué nombrado capitan general de la Nueva-España y de las costas del mar del Sur y se le autorizaba para hacer descubrimientos en el Océano Pacífico, y para que gobernara los paises que colonizase (29); y por otra concesion se le daba la duodécima parte de sus descubrimientos (30). El gobierno no queria privarse de los servicios de tan hábil capitan; pero procuró alejarlo de la escena de sus primeros triunfos, abriendo una nueva carrera á su ambicion, que pudiera estimularlo á aumentar aun los dominios de la corona.

Distinguido así con todo el favor del monarca, "rivalizando" como familiarmente lo compara un antiguo cronista, "con Alejandro y con Creso en las riquezas (31)," adornado de elegantes modales, y con un personal que aunque se resentia de los efectos de las fatigas de la guerra, no habia perdido aun la lozanía y atractivos de la juventud, podia considerarse su alianza como una de las mas codiciables para las mejores familias de Castilla. No pasó mucho tiempo sin que él hiciera la corte, y con buen éxito, á una noble dama de la casa que en la hora aciaga de su desgracia lo habia sostenido con tanta firmeza, llamada Doña Juana de Zúñiga, hija del segundo conde de Aguilar, y sobrina del duque

(29) Título de capitan general de Nueva-España y costa del Sur, Ms. Barcelona, 6 de Julio de 1529.

(30) Asiento y capitulacion que hizo con el emperador D. H. Cortés, Ms. Madrid, 27 de Octubre de 1529.

(31) "Que segun se decia excedia en las hazañas á Alejandro Magno, y en las riquezas á Creso," (Lanuza, Historia de Aragon, lib. 3, cap. 14). Las rentas del marqués del Valle eran, segun L. Marineo Sículo, que por aquel tiempo vivia en la corte, de cerca de 60.000 ducados al año. Cosas memorables de España, (Alcalá de Henares, 1539, fol. 24).

de Béjar (32). Era bella, mucho mas jóven que él, y no carecia de talento como lo demuestran los sucesos posteriores. Uno de los regalos que hizo Cortés á su jóven novia, excitó la admiracion y envidia de las damas de la corte. Consistia en cinco esmeraldas de prodigioso tamaño y brillantez. Estas joyas habian sido labradas por los aztecas, en figuras de peces, flores y otras formas caprichosas, cuyo trabajo material era tan exquisito y primoroso, que aumentaba sobremanera el valor intrínseco de ellas (33). No es extraño que hubiesen formado parte del tesoro de Moctezuma, y que siendo muy fácil de llevarse consigo, hubieran escapado en la catástrofe general de la *noche triste*. Se dice que la emperatriz esposa de Cárlos V. manifestó deseos de poseer algunas de aquellas magníficas alhajas (aunque esto pudo ser alguna hablilla de los cortesanos), y que Cortés habiendo preferido darlas á su novia, ocasionó esto algun resentimiento en el ánimo real, lo que influyó despues muy desfavorablemente en la fortuna futura del marqués.

Al fin del verano de 1529, Cárlos V. dejó sus dominios de España y partió para Italia. Cortés lo acompañó en el viaje, probablemente hasta el lugar de su embarque, pues lo encontramos en la capital de Aragon, segun el historiador nacional, causando el mismo interes y admiracion en aquel pueblo que el que habia excitado en Castilla. A su regreso, no habiendo motivos para retardar por mas tiempo su permanencia en España, y cansado por otra parte de la vida ociosa y regalada que habia tenido por un año, tan contraria á sus hábitos y á las azarosas escenas á que habia estado acostumbrado, resolvió por fin regresar á Méjico, adonde su presencia era ya necesaria para cuidar de sus extensas posesiones, y donde se le abria un nuevo campo para otras empresas gloriosas.

(32) Doña Juana era de la casa de Arellano y de la descendencia real de Navarra. Su padre no era de los nobles mas ricos. L. Marineo Sículo, Cosas Mem., fol. 24, 25.

(33) Una de estas piedras preciosas, era tan valiosa como la turquesa de Shylock. Segun cuenta Gomara, unos comerciantes genoveses ofrecieron á Cortés en Sevilla, 40.000 ducados por ella. El mismo autor da sobre estas alhajas, noticias muy curiosas que pueden ser de interes para algunos lectores. Ellas prueban la habilidad del artista, que sin la ayuda del acero pudo trabajar y tallar primorosamente una materia tan dura. Una de las esmeraldas tenia la forma de una rosa; la segunda de una corneta; la tercera de un pez con ojos de oro; la cuarta era en forma de una campanita, con una perla por badajo, en cuyo bordo se leia esta inscripcion española: *¡Bendito sea el que te crió!*; la quinta que era la mas valiosa, era una pequeña copa con su pié de oro y con cuatro cadenas del mismo metal que pendian de una perla grande, como de un boton. El bordo de la copa era de oro, en el cual se leia grabada esta inscripcion latina: *Inter natos mulierum non surrexit major*. Gomara, Crónica, cap. 184.

CAPITULO V.

CORTES REGRESA A MEJICO.—SE RETIRA A SUS PROPIEDADES.—SUS VIAJES DE DESCUBRIMIENTO.—SU VUELTA FINAL A CASTILLA.—ES RECIBIDO CON FRIALDAD.—MUERTE DE CORTES.—SU CARACTER.

1530—1547.

A principios de la primavera de 1530, se embarcó Cortés para Nueva-España. Lo acompañaba la marquesa su esposa, su anciana madre que habia tenido la fortuna de vivir hasta ver la elevacion de su hijo, y una magnífica comitiva de pajes y criados, que formaban una servidumbre digna de un gran señor. ¡Cuán distinta condicion era esta, de aquella en que hacia 26 años salió al mar como un aventurero en busca de fortuna!

El primer destino de su viaje fué la Española, donde debia permanecer hasta recibir noticias de haberse establecido el nuevo gobierno, que debia hacerse cargo de Méjico (1). En el anterior capítulo se dijo ya, que la administracion del pais se habia encomendado á una junta llamada la Real Audiencia, y que uno de sus primeros deberes era el de investigar las acusaciones que se habian hecho contra Cortés. Nuño de Guzman, su declarado enemigo, se hallaba á la cabeza de este cuerpo, y habia seguido el proceso con todo el rencor de una enemistad personal. Aun existe un documento muy notable, intitulado la *Pesquisa Secreta*, que contiene la secuela de los procedimientos contra Cortés; está redactado por el secretario da la Audiencia, y firmado por varios de sus individuos, cuyo documento es bastante largo, pues contiene cerca de cien páginas de á folio. En él constan los nombres y las declaraciones de varios testigos, y el todo forma un conjunto indigesto de detalles, mas propios de un pleito de una pequeña municipalidad, que del proceso de uno de los grandes empleados del reino.

Los cargos eran ocho, comprendiéndose entre ellos el crimen de haber querido hacerse independiente de Castilla; el de haber dado muerte á dos de los comisionados nombrados para sucederle en el mando; el de haber asesinado á su mu-

(1) Carta de Cortés al emperador, Ms. Tezcuco, 10 de Octubre de 1530.

ger Doña Catalina Juarez (2); de extorsiones, y faltas licenciosas; y de delitos en fin que por su naturaleza de privados, parece que nada tenían que hacer con su conducta como hombre público. Las declaraciones son vagas y aun contradictorias; los testigos, en su mayor parte, son personas desconocidas, y los muy pocos que entre ellos aparecen de alguna consideracion, fueron escogidos expresamente entre las filas de sus mas decididos enemigos. Cuando consideramos que la investigacion judicial se hizo estando Cortés ausente; por un tribunal compuesto de individuos que eran sus enemigos personales; que de los cargos no se le pasó á él ningun traslado y por consecuencia no pudo desvanecerlos ó refutarlos, es imposible despues del transcurso de tanto tiempo, dar ninguna importancia á este papel como un documento legal. Si á esto se agrega que el gobierno á quien se remitió no tomó providencia alguna, debemos considerar dicha investigacion como un testimonio solamente de la malicia de sus enemigos. Este documento ha sido desenterrado de los archivos de Indias en Sevilla, donde yacia en la obscuridad, por un curioso anticuario, pero para el historiador no es de alguno provecho, si no es para manifestar que en el siglo XVI, un

(2) La muerte de Doña Catalina aconteció en época tan favorable para los adelantos de la fortuna de Cortés, que la imputacion de haberla asesinado, ha gozado de mayor crédito entre el vulgo, que las demas acusaciones hechas contra él. Cortés, no se sabe por qué razon, acaso por el convencimiento de que la imputacion era demasiado monstruosa para obtener crédito, nunca quiso refutarla. Pero ademas de los argumentos aducidos en el texto para no dar fé á la acusacion en lo general, debe tenerse presente que ella llamó tan poco la atencion en Castilla, que á pesar de los muchos enemigos que tenia allí Cortés, no tuvo ninguna dificultad cuando regresó á España siete años despues, para enlazarse con una de las familias mas nobles del reino: que ningun escritor de aquellos dias (excepto Bernal Díaz, que trata la acusacion como una infame calumnia), ni aun el mismo Las Casas, el severo acusador de los conquistadores, indica sospecha del crimen; y finalmente, en el proceso que algunos años despues de su muerte entablaron los deudos de Doña Catalina, reclamando gananciales de los bienes adquiridos por Cortés en tiempo de su matrimonio con ella, ninguna alusion se hace de tal acusacion, no obstante que el pleito fué seguido con acrimonia, y duró muchos años. Yo no he visto los documentos relativos á este pleito, que se conservan en los archivos de la casa de Cortés, pero me ha referido el contenido de ellos un distinguido mejicano que los ha examinado muy cuidadosamente, y no puedo menos de considerar este hecho como tan decisivo en favor de Cortés, de que ni aun la familia de Doña Catalina haya dado crédito á tal acusacion. No obstante, en Méjico, donde la memoria de los antiguos españoles no es muy grata aun hoy día, se le ha dado tanto que se ha sostenido sobre esta acusacion una polémica periodística en aquella ciudad.

nombre ilustre exponía al que lo poseía, á ser víctima de las calumnias mas atroces, como acontece siempre (3).

Los desmanes de la Audiencia y la conducta tiránica de Guzman especialmente respecto á los indios, ocasionó en la colonia un general descontento é indignacion, hasta el grado de temerse una insurreccion. Se hizo pues necesario cambiar una administracion tan injusta y sin principios. Los lentos movimientos de la corte, hicieron que Cortés permaneciera dos meses en la isla Española, esperando la noticia del nombramiento de la nueva Audiencia que debía encargarse del gobierno del pais. La persona escogida para presidirla, fué el obispo de Santo Domingo, prelado cuya sabiburía y virtud eran un favorable anuncio de su administracion. En consecuencia, Cortés siguió su viaje y desembarcó en Villa-Rica el 15 de Julio de 1530.

Despues de permanecer algun tiempo en sus inmediaciones, donde la Audiencia no dejó de molestarlo, se dirigió á Tlaxcala, donde hizo saber públicamente la autoridad con que venia revestido de capitan general de Nueva-España y del mar del Sur. Un decreto de la emperatriz, dado durante la ausencia de su esposo, prohibia á Cortés acercarse á diez leguas de la capital, mientras estuvieran allí las autoridades actuales (4). Parece que la emperatriz temia que hubiera un choque entre éstas y Cortés. Este en consecuencia, estableció su residencia en Tezcuco, al lado opuesto del lago.

Apenas se supo en la capital su llegada, cuando multitud de españoles é indios atravesaron aquel, para ir á tributar á su antiguo general sus respetos, ofrecerle sus servicios y quejarse de los innumerables agravios que habian resentido. Parece que toda la poblacion de la capital se agolpaba á la ciudad vecina, donde el marqués mantenía un tren de un independiente potentado. Los miembros de la Audiencia, indignados por el humillante contraste que presentaba su desierta corte, impusieron graves penas á los naturales que se encontrasen en Tezcuco, y afectando que corrian peligro, hicieron preparativos para la defensa de la

(3) Este notable documento, que forma parte de la preciosa coleccion del Sr. Vargas Ponce, carece de fecha. Sin duda fué escrito en 1529 mientras Cortés visitó á Castilla: el título que tiene es el siguiente: "*Pesquisa Secreta.*" Relacion de los cargos que resultan de la pesquisa secreta contra D. Hernando Cortés, de los cuales no se le dió copia ni traslado á la parte del dicho D. Hernando, así por ser los dichos cargos de la calidad que son, como por estar la persona del dicho D. Hernando ausente como está. —Los cuales yo, Gregorio de Saldaña, escribano de Su Magestad y escribano de la dicha residencia, saqué de la dicha pesquisa secreta, por mandado de los señores presidente y oidores de la audiencia y chancillería real, que por mandado de Su Magestad en esta Nueva-España residen. Los cuales dichos, señores presidente y oidores, envían á Su Magestad para que los mande ver, y vistos mande proveer lo que á su servicio convenga. Ms.

(4) Ms. Tordelaguna, 22 de Marzo de 1530.

capital. Por fortuna estas belicosas disposiciones terminaron por la llegada de la nueva Audiencia; pero Guzman tuvo el talento de conservar para sí el mando de una provincia del Norte, donde adquirió una sin rival reputacion, aun en los anales del Nuevo-Mundo, por su crueldad y avaricia.

Todo parecia entónces asegurar á Cortés una vida tranquila: los nuevos magistrados lo trataban con la mayor deferencia y consideracion, y le consultaban en los negocios mas graves del gobierno. Desgraciadamente poco duró este estado de cosas, por que se suscitó una desavenencia entre ambas partes con motivo la número de vasallos señalados por la corona á Cortés, creyendo éste que se obraba con perjuicio de sus intereses y en contravencion á los términos de la concesion que se le habia hecho (5). Disgustóse aun mas al saber que la Audiencia habia sido facultada expresamente para tomar parte en los negocios militares encomendados á su cuidado (6). Esta intervencion le ocasionó naturalmente disgustos que mal podia sufrir su carácter orgulloso, acostumbrado por tanto tiempo á mandar sin sujecion alguna. Despues de haber tolerado esto por algun tiempo, se fué de la capital disgustado, para no volver mas á ella y fijó su residencia en la ciudad de Cuernavaca, lugar ganado con su espada de los aztecas, préviamente al sitio y toma de Méjico. Está situado en la falda meridional de la cordillera y domina un extenso valle; era la porcion mas bella y florida de sus posesiones. Allí habia edificado un suntuoso palacio y de la ciudad hizo su residencia favorita (7). Quedaba muy bien situado para vigilar desde allí sus vastos dominios, al cultivo de los cuales se dedicó entónces exclusivamente. Hizo traer de Cuba la caña de azúcar que se dió muy bien en los fértiles terrenos en la parte baja de aquellos contornos. Trajo tambien gran número de carneros merinos y otros ganados, que hallaron abundantes pastos en las cercanías de Tehuantepec. Sus tierras estaban cubiertas en muchos lu-

(5) La queja principal que alegaba era, que los esclavos, muchos de los cuales lo eran temporalmente, segun la costumbre azteca, estaban comprendidos en el censo. Esta queja forma parte de otras que recopiló Cortés en un memorial que presentó al emperador. Es un documento sencillo como lo son los de esta clase de negocios. Carta de Cortés á Nuñez, Ms.

(6) Ibid, Ms.

(7) El palacio está reducido á ruinas, el lugar ahora es solo notable por su belleza natural y sus recuerdos históricos. "Era la capital," dice Madama de Calderon, "de la nacion Tlahuica, y despues de la conquista, Cortés edificó allí un magnífico palacio, una iglesia y un convento de franciscanos; creyendo que así ponía los fundamentos para una gran ciudad. . . . Sin embargo, es un lugar de poca importancia, aunque favorecido por la naturaleza; y el palacio del conquistador es un cuartel casi arruinado, aunque un objeto muy pintoresco, situado en una colina, tras de la cual se levanta el volcan nevado. Hay algunas buenas casas y se conservan aun las ruinas de la iglesia construida por Cortés, célebre por su atrevido arco." Vida en Méjico, vol. II, let. 31.

gares de bosques de moreras que daban sustento á los gusanos de seda. Fomentó el cultivo del cáñamo y del lino, y sus especulaciones agrícolas dirigidas con juicio y esmero, probaron que el suelo era propio para el cultivo de muchas producciones valiosas, desconocidas hasta entónces, de cuyos productos sacó mucho provecho estableciendo trapiches de azúcar y otras fábricas para la manufactura de las primeras materias. De esta manera echó los cimientos de una futura opulencia, mas positiva para su familia, si no mas rápida que la que ofrecían las minas; sin embargo que tampoco este ramo de riqueza fué visto por él con indiferencia, pues extrajo oro de la region de Tchuantepec y plata de la de Zacatecas. Los productos de estas minas no eran entónces tan abundantes como lo han sido posteriormente; aunque por otra parte los costos de su elaboracion eran menores, por que se encontraban los metales al pelo de la tierra (8).

Esta vida tranquila no duró mucho tiempo, porque no se lo permitía su genio inquieto y emprendedor; aprovechándose del título que lo autorizaba para hacer nuevos descubrimientos, emprendió explorar los misterios del Océano Pacífico. En 1527, dos años ántes de su regreso á España, habia mandado una pequeña escuadra á las Molucas: las consecuencias de esta expedicion fueron de alguna importancia; pero como no pertenecen á Cortés, la relacion de ellas tendrá un lugar mas adecuado, en los anales marítimos de España, donde ya ha sido publicada por la pluma maestra de un ilustre autor, que ha hecho tanto por su país en este respecto (9).

Se ocupaba Cortés de mandar otra expedicion compuesta de cuatro buques hácia el mismo rumbo, cuando sus planes fueron interrumpidos por su viaje á España, y su incompleta escuadrilla se arruinó en el astillero por la malicia de la Real Audiencia, que retiró á todos los operarios que trabajaban en acabarla. Por los años de 1532 y 1533, hizo alistar Cortés otras dos flotillas y las mandó en busca de nuevos descubrimientos en la direccion Norueste (10), las cuales caminaron con desgracia, no obstante que la segunda tocó en la península de Californias é hizo un desembarco en su extremidad meridional, en Santa Cruz, que es probablemente el actual puerto de la Paz. Uno de los buques que fué arrojado por los vientos sobre la costa de la Nueva Galicia, fué apresado por orden de Guzman, antiguo enemigo de Cortés, que mandaba en aquel territorio, quien saqueó á la tripulacion y declaró el buque buena presa. Cortés indig-

(8) Estas noticias sobre la industria agrícola de Cortés, las he tomado en parte, de la muy hábil defensa que presentó en Enero de 1828, D. Lucas Alaman á la cámara de diputados del congreso mejicano, sosteniendo los derechos territoriales que posee hasta el dia, el duque de Monteleone como descendiente del conquistador.

(9) Navarrete, coleccion de los viajes y descubrimientos. (Madrid, 1837), tom. V, viajes al Maluco.

(10) Instruccion que dió el marques del Valle á Juan de Avellaneda, &c., Ms.

nado por tal ultraje, pidió justicia á la Real Audiencia, y como quiera que esta autoridad era demasiado débil para hacer efectivas sus providencias en favor de Cortés, éste tomó sobre sí la reparacion del agravio (11).

Hizo una rápida, aunque difícil marcha á Chiámetla, el lugar de las depredaciones de Guzman; y como éste evitó encontrarse con su irritado antagonista, Cortés recobró su buque aunque no el cargamento. Allí se le reunió la pequeña flotilla que habia alistado y hecho venir de Tehuantepec, puerto de su pertenencia que en el siglo XVI prometia ocupar el rango que ahora tiene Acapulco (12). La flotilla estaba provista de cuanto era necesario para establecer una colonia en la region nuevamente descubierta: conducia cuatrocientos españoles y *trescientos negros esclavos* que Cortés habia reunido con este objeto. Con tal designio atravesó el golfo, ó como lo llama un antiguo escritor, el Adriático del Nuevo-Mundo.

El limitado plan de nuestra historia no nos permite entrar en los detalles de esta desastrosa expedicion, cuyos resultados fueron de ninguna importancia ni para su autor ni para las ciencias. Baste decir que en la prosecucion de ella, Cortés y los que lo acompañaban, se vieron reducidos á la última extremidad á causa del hambre; que al volver á pasar el golfo, los cogió un terrible huracán sin un piloto que los guiase, por lo que fueron arrojados contra las rocas y poco faltó para que su maltratado buque se hiciera pedazos; que despues de una secuela de peligros y desgracias tan formidables como nunca las habia experimentado por tierra, logró, gracias á su indomable energía, entrar con su estropeado buque al puerto de Santa Cruz de donde habia salido.

Mientras pasaban estos sucesos, la nueva Real Audiencia, despues de haber desempeñado cumplidamente su encargo, fué reemplazada por un virey que habia llegado y era el primero mandado á Nueva-España, pues Cortés aunque investido con las mismas facultades, tenia solo el título de gobernador. Este fué el principio del sistema adoptado y seguido despues por la corona, de encomendar la administracion colonial á algun individuo, cuyo rango y consideraciones personales lo hicieran digno de representar la magestad del rey de Castilla. La desconfianza de la corona no permitia que la persona investida de tan amplia autoridad, permaneciera mucho tiempo en el mismo puesto, para evitar los efectos de la ambicion; sino que al término de pocos años, se le llamaba ó trasferia á algun otro mando del vasto imperio colonial.

La persona que ahora se mandó á Méjico fué D. Antonio de Mendoza, hombre experimentado, muy juicioso y recto, descendiente de la ilustre familia que

(11) Provision sobre los descubrimientos del Sur, Ms., Septiembre de 1534.

(12) El rio de Huasacualco presenta grandes facilidades para trasportar de Veracruz, por medio del Istmo, materiales para construir buques en el Pacífico. Humboldt, Ensayo político, tom. IV, pág. 50.

en el reinado anterior, habia dado tan distinguidos hombres á la iglesia como á la milicia y á las letras.

La prolongada ausencia de Cortés tenia en la mas grande ansiedad á su esposa la marquesa del Valle, quien escribió al virey luego que supo su arribo, suplicándole que si era posible averiguase la suerte de su marido, y que si se le encontraba, le instase para que regresara. El virey despachó en consecuencia dos buques en busca de Cortés; mas se duda mucho que hubieran llegado al puerto de Santa Cruz, ántes que él saliera de él. Lo cierto es que volvió sano y salvo á Acapulco despues de tan larga ausencia, y que á poco llegaron tambien los restos de su desgraciada colonia.

Sin desanimarse Cortés por tan repetidos reveses, y deseoso de hacer algun descubrimiento digno de su reputacion, alistó otros tres buques que encomendó al mando de un oficial llamado Ulloa. Esta expedicion que se hizo á la vela en Julio de 1539, tuvo mejores y mas importantes resultados. Ulloa penetró hasta el término del golfo, y á su regreso recorrió toda la costa de la península, dobló su cabo meridional y subió por la costa occidental hasta los veintiocho á veintinueve grados de latitud Norte. Despues de esto, el atrevido navegante hizo regresar uno de sus buques, y él siguió su curso hácia el Norte, pero nunca se volvió á saber mas de él (13).

Así concluyeron las empresas marítimas de Cortés, bastante desastrosas para él, consideradas bajo el aspecto pecuniario, pues le tuvieron de costo trescientos mil *castellanos* de oro, sin haberle producido un solo ducado (14). Aun tuvo que pedir dinero prestado y empeñar las joyas de su muger, para proporcionarse los fondos nesarios para su última expedicion (15), y así por estas, como por los costos de su espléndido modo de vivir, tuvo que contraer una considerable deuda, que no pudo cubrir en el resto de su vida. Aunque esto haya sido para él muy ruinoso bajo el punto de vista económico, sus generosos esfuerzos fueron de gran provecho para las ciencias. En el transcurso de estas expediciones y en las hechas por Cortés ántes de su vuelta á España, la costa del Pacífico fué recorrida desde la bahía de Panamá hasta el Rio Colorado. La penín-

(13) Instruccion del marques del Valle, Ms. Las noticias mas particulares y auténticas del viaje de Ulloa, se encuentran en Ramusio, (tom. III, pág. 340, 354) y son dadas por un oficial que perteneció á su flotilla. Los límites de esta obra no me permiten dar todos los pormenores de los viajes de Cortés, que aunque no carecen de interes, no produjeron ningun resultado permanente. Navarrete en su introduccion á la relacion del viaje hecho por las goletas Sutil y Mejicana, (Madrid, 1802, pág. VI, XXVI), da un sumario de sus expediciones en el golfo. El lector puede ver una sucinta relacion de ellas, en el interesante memorial de Greenhow sobre la costa Norueste de la América del Norte, (Washington, 1840), pp. 22, 27.

(14) Memorial al rey del marqués del Valle, Ms., 25 de Junio de 1540.

(15) Provision sobre los descubrimientos del Sur, Ms.

sula de Californias fué reconocida en todo su rededor hasta la Isla de Cedros, ó Cerros, nombre con que ahora es conocida. Esta vasta porcion que se suponía ser un archipiélago de islas, se descubrió entónces que era una parte del Continente, no obstante que su figura general se conocía ya como hoy dia (16). Finalmente, el navegante exploró los confines del golfo de Californias, ó *mar de Cortés*, como le llaman los españoles con mas propiedad en honor de su gran descubridor, y se ratificó que no existía la salida que se suponía habia en él hácia el Norte, sino que este desconocido Océano, estaba encerrado entre los gigantes brazos del Continente. Estos resultados, cuya gloria habria satisfecho la ambicion de un hombre vulgar, respecto á Cortés se perdian en el brillante renombre de sus primeras proezas.

No obstante los compromisos pecuniarios del marqués del Valle, hizo aun nuevos esfuerzos para extender los límites de sus descubrimientos, preparando y armando otra escuadrilla de cinco buques, que se proponía poner bajo el mando de su hijo natural, D. Luis: mas el virey Mendoza, cuya imaginacion se habia preocupado con las relaciones del itinerario de un religioso sobre *El Dorado* hácia el Norte, se apropió el derecho del descubrimiento de aquellas regiones. Cortés protestó contra semejantes pretensiones, como incuestionablemente atentatorias de sus propios derechos. Subsecuentemente ocurrieron otros motivos de choque entre ellos, hasta que el marqués disgustado con la constante intervencion en su autoridad y empresas, ocurrió á Castilla pidiendo la reparacion de sus agravios (17), y al fin determinó ir él mismo en persona á la corte, para obtener si era posible el reembolso de los grandes gastos que le habian costado sus expediciones marítimas, como tambien que se le indemnizara de los perjuicios y despojo que ordenó la Audiencia durante su ausencia del pais; y finalmente ver si lograba que se le hiciera la asignacion de vasallos, bajo principios mas conformes con el espíritu primitivo de su concesion. Con tales miras se despidió de su familia, y llevando consigo á su hijo mayor y heredero, D. Martin, que entónces tenia ocho años de edad, se embarcó en 1540, y habiendo tenido un feliz viaje, volvió á pisar las playas de su pais natal.

El emperador se hallaba ausente del reino; pero no obstante Cortés fué bien recibido en la capital, donde se le habia preparado un amplio alojamiento para él y su comitiva. Cuando se presentó al real Consejo de Indias, con objeto de urgir por la conclusion del pleito que tenia pendiente, se le recibió con muy distinguidas muestras de consideracion. El presidente salió á recibirlo hasta la

(16) Véase el mapa dispuesto por el piloto Domingo del Castillo en 1541, apud Lorenzana, pág. 328.

(17) En la coleccion de Vargas Ponce hay un memorial de Cortés en que hace presentes los agravios que se le habian hecho, y pide una investigacion de la conducta del virey. No tiene fecha y se titula: "Petición contra D. Antonio de Mendoza, virey, pidiendo residencia contra él. Ms.

puerta del salon, y se le habia preparado un asiento entre los de los individuos del Consejo (18). Mas todo esto no pasó de estériles demostraciones de cortesanía. La justicia, que proverbialmente es lenta en España, no lo fué menos respecto de Cortés; y despues del transcurso de un año, habia adelantado tanto en sus negocios, como la primera semana despues de su llegada á la corte.

En el siguiente año de 1541, encontramos al marqués del Valle embarcado como voluntario en la memorable expedicion contra Argel. Cárlos V de vuelta á sus dominios, puso sitio á aquella fortaleza de los corsarios del mediterráneo. Cortés acompañó á las fuerzas destinadas á encontrar al emperador, y al efecto se embarcó en el buque del almirante de Castilla; pero un furioso huracán dispersó la escuadra y el buque del almirante naufragó sobre la costa. Cortés y su hijo escaparon á nado, pero el primero en la confusion de la escena, perdió la inestimable coleccion de joyas, de que se ha hablado en el capítulo anterior; "pérdida," dice un antiguo escritor, "que hizo que la expedicion fuera mas perjudicial al marqués del Valle que á ninguna otra persona del reino, excepto el emperador (19)."

Es inútil referir los particulares de este desastroso sitio, en que el valor musulman, ayudado de los elementos, burló los esfuerzos combinados de los cristianos. Convocóse un consejo de guerra y en él se decidió abandonar la empresa y retirarse á Castilla. Esta determinacion fué oída por Cortés con indignacion, quien ofreció con el apoyo del ejército, tomar la plaza, sintiendo solamente no tener á su lado un puñado de aquellos valientes veteranos, que le habian acompañado en la conquista de Méjico. Sus ofertas fueron desechadas como las de un entusiasta romancesco. No se le invitó para que asistiera al consejo de guerra, haciéndole en esto una notoria injuria; pero los cortesanos, cansados de la campaña, estaban muy inclinados á regresar inmediatamente á España, y no quisieron exponerse á contender con un hombre que sabian que una vez que ponía el pié en tierra, no la abandonaba hasta haber dado cima á su empresa (20).

De vuelta á Castilla, Cortés no perdió tiempo en hacer su demanda al emperador. Este, aunque la recibió con afable civilidad, esto no implicaba la conviccion de su sinceridad. La posicion actual de Cortés habia cambiado materialmente de la que disfrutó en su primera visita; ademas habian transcurrido mas de diez años, y su edad era ya muy avanzada para emprender alguna empresa útil para lo futuro. Por otra parte, sus últimas expediciones habian sido singularmente desgraciadas, y aun sus primeros triunfos se menospreciaban ya, porque eran los de un hombre cuya fortuna iba declinando. Estaban ya casi eclip-

(18) Bernal Diaz, Historia de la Conquista, cap. 200.

(19) Gomara, Crónica, cap. 237.

(20) Sandoval, Historia de Cárlos V, lib. 12, cap. 25. Ferreras (trad. d' Hermilly), Hist. d' Espagne, tom. IX, p. 231.

sados por los heroicos acontecimientos del Perú, que habian hecho correr un raudal de oro á España, lo que formaba un notable contraste con la riqueza que escasamente continuaba entrando de las minas de plata de Méjico. Cortés tuvo que aprender por propia experiencia, que la gratitud de una corte es mas en proporcion á lo que se promete de lo futuro que á lo que ha recibido de lo pasado; así que su posicion era la de un litigante importuno, cuyas reclamaciones, aunque justas, eran demasiado grandes para ser atendidas desde luego. Halló como Colon, que era posible merecer demasiado (21).

En el mes de Febrero de 1554, escribió una carta al emperador, y fué la última que le dirigió, en que le suplicaba prestase su atencion á sus reclamaciones. Comezaba haciendo una orgullosa mencion de sus pasados servicios hechos á la corona. Que habia esperado que las penalidades de su juventud le habrian asegurado el reposo en su vejez: que cuarenta años de su vida los habia pasado durmiendo poco, comiendo mal y con las armas siempre en la mano; que no habia economizado jamas su persona en los peligros y habia gastado su hacienda para descubrir remotas é ignoradas regiones, para hacer célebre el nombre de su rey y poner bajo su cetro muchas y poderosas naciones: que todo esto no solo lo habia hecho sin que se le hubiera auxiliado de la metrópoli, sino venciendo los obstáculos que le ponian á cada paso sus rivales y enemigos sedientos de su sangre: que se hallaba ya viejo, enfermo y cargado de deudas: que le hubiera estado mejor el haber ignorado las intenciones generosas de su soberano manifestadas en sus concesiones, porque así se habria dedicado exclusivamente al cuidado de sus señoríos y no se veria obligado, como lo estaba, á litigar con los oficiales de la corona, de quienes le era mas difícil defenderse que conquistar terrenos del enemigo. "Concluia suplicando á su soberano," que se dignara mandar al Consejo de Indias y á los demas tribunales que conocian en sus reclamaciones que las decidieran, pues estaba ya muy viejo para andar vagando en torno de ellas, deseando vivir el resto de sus dias retirado en su casa y dedicado en arreglar sus cuentas con Dios, ocupado solamente de los negocios del alma y no de sus intereses (22). Esta apelacion á su soberano no podia menos de interesar mucho, viniendo de un hombre tan orgulloso como Cortés, pero no produjo ningun efecto, ni apresuró la decision de sus reclamos. Permaneció aun

(21) Voltaire cuenta que un dia Cortés no pudiendo tener audiencia del emperador, se abrió camino por entre la multitud que rodeaba la carroza del monarca, y subió al estribo; y que preguntando Carlos, "quién era aquel hombre," Cortés replicó, "uno que os ha dado mas reinos que ciudades teniais ántes." (Essai sur les Mœurs, cap. 147). No he encontrado ninguna otra autoridad que confirme esta inverosímil anécdota; sirve sin embargo para dar una leccion moral, que era el objeto principal del filósofo de Ferney.

(22) Esta carta, fecha en Valladolid, es á 5 de Febrero de 1544, y se encontrará íntegra en el apéndice, part. II, n. 15.

en la corte emplazado de semana en semana y de mes en mes, lisonjeándose con las falaces esperanzas del litigante, y sufriendo secretamente toda la amargura de una esperanza diferida. Despues de tres años de aquella estéril y humillante ocupacion, resolvió abandonar á su ingrata patria y regresarse á Méjico.

Apenas habia caminado hasta Sevilla, acompañado de su hijo, cuando se enfermó de una indigestion, causada probablemente por la irritacion y la inquietud de espíritu; aquella enfermedad declinó en disenteria, y sus fuerzas desaparecian tan rápidamente, que era evidente se acercaba el fin de su carrera mortal. Para él se preparó haciendo todas las disposiciones necesarias, que exigia el arreglo de sus negocios. Habia extendido hacia tiempo su testamento, y ahora lo ejecutó. Es documento muy largo y notable, bajo muchos aspectos.

La parte principal de sus bienes la deja á su hijo D. Martin, que entónces tenia quince años de edad: despues fija la época de su mayoría al cumplir los veinticinco años, pero á los veinte debian darle sus tutores todas sus rentas, para vivir con el decoro correspondiente á su rango. En un documento que acompaña al testamento, especifica Cortés los nombres de los agentes que están encargados del manejo de sus vastas posesiones, situadas en diferenres provincias de Nueva España, y recomienda á sus albaceas que los conserven en sus destinos, para los cuales los habia escogido, por el conocimiento que tenia de sus capacidades. Esta es la mejor prueba de que en medio de las ocupaciones del servicio público, no descuidaba el atender á sus extensas propiedades.

Deja una liberal herencia á sus otros hijos, y generosos legados para varios de los antiguos criados y dependientes que permanecian aún en su servicio. En otra cláusula instituye otros legados de consideracion para objetos de caridad, y deja las rentas de sus propiedades en la ciudad de Méjico, para el establecimiento y dotacion perpétua de tres establecimientos públicos; un hospital en la capital, dedicado á la Virgen de la Concepcion; un colegio en Coyohuacan, para la educacion de los misioneros dedicados á predicar el evangelio á los indios; y un convento para monjas en el mismo lugar. Encarga que á la iglesia de este convento, situada en su ciudad favorita, sean trasportados y sepultados en ella sus huesos, de donde quiera que muera.

Despues de declarar que ha procurado con el mayor cuidado posible, rectificar la exacta suma de los tributos que pagaban anteriormente sus vasallos indios á sus antiguos soberanos, encarga á su heredero, que si lo que han pagado excediese á lo que debia ser, se les restituya el exceso equitativamente. En otra cláusula manifiesta sus dudas acerca de la justicia para exigir á los indios el trabajo personal; y manda que se haga una estricta investigacion sobre la naturaleza y valor de los servicios que le han hecho, y que en todo caso se les dé una regular compensacion. Finalmente hace esta notable declaracion: "Por mucho tiempo se ha cuestionado sobre si se puede en conciencia tener propiedad en indios esclavos; y como esta cuestion no haya sido resuelta aún, reco-

miendo á mi hijo D. Martin y á sus herederos, que no perdonen medio alguno para averiguar la exacta verdad, por ser cosa que concierne íntimamente á la conciencia de todos ellos, tanto como á la mia (23)."

Tales escrúpulos de conciencia no eran de esperarse en Cortés, y era mucho menos probable encontrarlos en la generacion siguiente. El estado de la opinion respecto á la gran cuestion de esclavitud en el siglo XVI, es decir, al principio de su establecimiento, guarda mucha semejanza con el que tiene hoy dia, cuando debemos lisonjearnos que se acerca ya á su fin. Las Casas y los religiosos dominicos de aquella época, que eran los *abolicionistas* de ella, lanzaban sin compromiso alguno, sus invectivas contra el sistema, fundados en la equidad y en los derechos naturales del hombre. La gran masa de los propietarios, poco se ocupaban acerca de esta cuestion de derecho, muy satisfechos con que existiera la institucion. Otros mas considerados y concienzudos, aunque admitian lo malo de ella, encontraban un argumento para su tolerancia, alegando la necesidad ocasionada porque la constitucion del hombre blanco no era tan fuerte en un clima cálido como la del indio, para soportar las fatigas del cultivo del campo (24).

En el siglo XVI la cuestion de la esclavitud diferia, bajo un aspecto muy importante, de la del siglo XIX. En el primero, las semillas del mal que despues se han desarrollado, podian arrancarse comparativamente con mucha facilidad; pero en nuestros tiempos han penetrado profundamente en el sistema social, y no podrian arrancarse de un golpe sin sacudir los cimientos de la fabrica politica. Es muy fácil concebir que uno que conviene en lo pésimo de la institucion, y lo perjudicial que es al género humano, vacile sin embargo en adoptar un remedio, hasta que no esté satisfecho de que éste no es peor que el mismo mal. Mas ¿quién puede dudar que tal remedio llegará con el tiempo, teniendo confianza en que lo bueno prevalecerá, como la civilizacion progresiva de su especie?

Cortés nombró por sus albaceas y tutores de sus hijos, al duque de Medina Sidonia, al marqués de Astorga y al conde de Aguilar. Para albaceas en Mé-

(23) "Item. Porque acerca de los esclavos naturales de la misma Nueva-España, así de guerra como de rescate, ha habido y hay muchas dudas y opiniones, sobre si se han podido tener con buena conciencia ó no, y hasta ahora no está determinado: Mando, que todo aquello que generalmente se averigüe, que en este caso se debe hacer para descargo de las conciencias, en lo que toca á otros esclavos de Nueva-España, que se haga y cumpla en todos los que yo tengo, é encargo y mando á D. Martin mi hijo sucesor, y á los que despues le succedieren en mi estado, que para averiguar esto, haga todas las diligencias que convengan al descargo de mi conciencia y suya." Testamento de Cortés, Ms.

(24) Este es el punto que defiende Las Casas, en su memorial dirigido al gobierno en 1542, sobre los medios mas eficaces de contener la destruccion de los aborígenas.

jico, dejó á su esposa la marquesa, al arzobispo de Méjico, y á otros dos preladados mas; el testamento fué extendido en Sevilla el 11 de Octubre de 1547 (25).

Hallándose á causa de su debilidad, muy molestado con las visitas que naturalmente tenia en Sevilla, se retiró al pueblo inmediato de Castilleja de la Cuesta, acompañado de su hijo, que cuidó á su moribundo padre con esmero filial. Parece que Cortés vió acercarse su fin con una serenidad que no siempre es comun en aquellos que han arrostrado la muerte con indiferencia en el campo de batalla. Al fin, despues de confesarse y recibir devotamente el sagrado viático, espiró el dia 2 de Diciembre de 1547, á la edad de 63 años (26).

Los habitantes de aquella comarca manifestaron sus deseos de rendir toda especie de respeto á la memoria de Cortés. Sus honras fúnebres se celebraron con toda solemnidad, y su cuerpo, acompañado de la nobleza y ciudadanos de Sevilla, fué conducido á la iglesia del monasterio de San Isidro, y depositado en el sepulcro de la familia del duque de Medina Sidonia (27).

En el año de 1562 fué trasladado, por disposicion de su hijo D. Martin, á la Nueva-España; no como él lo encargó en su testamento, á Coyohuacan, sino al convento de San Francisco de Texcoco, donde fué sepultado al lado de su hija y su madre Doña Catalina Pizarro. En 1629 los restos mortales de Cortés fueron removidos otra vez; y á la muerte de D. Pedro, cuarto marqués del Valle, las autoridades de Méjico decidieron trasferir los de ambos á la iglesia de San Francisco de la capital. La ceremonia se hizo con toda la pompa propia de tales ocasiones: se formó una procesion militar y religiosa, á cuya cabeza se hallaba el arzobispo, acompañado en toda forma por las principales dignidades eclesiásticas y civiles, las diferentes cofradías con sus respectivas banderas, las órdenes religiosas y los individuos de la Audiencia. La caja que contenia los restos de Cortés, estaba cubierta de terciopelo negro, y la llevaban los jueces de los tribunales reales. A los lados iban dos hidalgos en completa armadura, que llevaban el de la derecha un estandarte blanco, con las armas de Castilla bordadas de oro, y el del lado izquierdo una bandera negra de terciopelo, con el escudo de armas de la casa de Cortés, bordado de lo mismo; tras el féretro seguian el virey y una escolta numerosa de alabarderos; la retaguardia la cu-

(25) Este interesante documento existe en los archivos reales de Sevilla, y una copia de él forma parte de la preciosa coleccion del Sr. Vargas Ponce.

(26) Zúñiga, Anales de Sevilla, pág. 504. Gomara Crónica, cap. 237.

En su última carta al emperador, fechada en Febrero de 1544, indica que tenia "sesenta años de edad," pero probablemente su intencion no fué expresarla con exactitud respecto al año. Gomara afirma que nació el año de 1485 (Crónica, cap. 1), y lo confirma tambien Bernal Diaz, quien dice que Cortés solia decir, que cuando vino por primera vez á Méjico en 1519, tenia treinta y cuatro años de edad (Historia de la Conquista, cap. 205), lo cual concuerda con lo que dice el texto.

(27) Noticias del archivo de la santa iglesia de Sevilla, Ms.

D. CRISTOBAL COLON.



bria un batallon de infantería, armado con arcabuces y picas, cuyas banderolas arrastraban por el suelo. Con esta pompa fúnebre, al son de una música tétrica y al lento toque de una caja á la sordina, caminaba la procesion con paso mesurado, hasta que llegó á la capital donde se abrieron sus puertas para recibir los restos mortales del héroe, que un siglo ántes habia hecho allí prodigios de valor (a).

Mas ni aun allí se dejaron reposar en quietud sus huesos, porque en 1794 fueron trasladados otra vez al hospital de Jesus Nazareno, lugar mas adecuado, pues que dicha institucion de beneficencia, "bajo el nombre de Nuestra Señora de la Concepcion," habia sido fundada y dotada por él; la cual hasta el dia, contra lo que acontece comunmente con esta clase de establecimientos, ha sido administrada bajo los nobles principios de su fundacion. Las cenizas del guerero fueron depositadas en una urna de cristal, asegurada por medio de fajas y láminas de plata, y colocada en la capilla, bajo un sencillo monumento levantado al efecto, en que estaban esculpidas las armas del conquistador y coronado el todo con su busto, ejecutado en bronce por Tolsa, escultor digno de la mejor época de las artes (28).

Desgraciadamente para Méjico, no concluye aquí esta relacion; pues en 1823 el celo patriótico del populacho de la capital, para celebrar el aniversario de la independencian nacional y manifestar su odio á los "primitivos españoles," intentó invadir la tumba de Cortés y arrojar al viento sus cenizas! Las autoridades se rehusaron á evitarlo; pero los amigos de la familia de Cortés, segun se asegura generalmente, extrajeron del sepulcro por la noche la urna, evitando así que se cometiera un sacrilegio, que habria dejado una indeleble mancha en el escudo de la hermosa capital de Méjico. El baron de Humboldt cuarenta años ántes decia: "se puede atravesar en la América Española, desde Buenos Ayres hasta Monterey, y no se encontrará en parte alguna, ningun monumento nacional erigido por la gratitud pública á la memoria de Cristóbal Colon ó Hernando Cortés (29)." Reservado estaba á nuestra época concebir el designio de violar el reposo de los muertos é insultar sus cenizas! Sin embargo, los que meditaron este ultraje, no fueron los descendientes de Moctezuma, vengando los que se habian hecho á sus antepasados y vindicando los derechos de su legítima herencia, sino los descendientes y paisanos de los mismos conquistadores, cuyos únicos títulos al pais no pueden ser otros que los de la conquista.

Cortés no tuvo hijos en su primer matrimonio. Del segundo dejó cuatro:

(28) Todos los pormenores de la ceremonia, dados en el texto, se encuentran en el apéndice, part. II, núm. 16, tomados de una copia del documento original que existe en los archivos del hospital de Jesus en Méjico.

(29) Essai Politique, tom. II, p. 60.

(a) Los varios errores en que el autor ha incurrido en la relacion de este funeral, y otros puntos de este capítulo, se rectificarán en una nota final.

D. Martín el heredero de sus honores y persecuciones aun mas crueles que las del padre (30), y tres hijas que casaron muy ventajosa y brillantemente. Dejó tambien varios hijos naturales, de los cuales hace particular mencion en su testamento, y á quienes hizo muy decentes legados. Dos de estos, D. Martín el hijo de Doña Marina, y D. Luis, llegaron á obtener grandes distinciones y á ser nombrados comendadores de la real Orden de Santiago.

La línea masculina de los marqueses del Valle quedó extinguida á la cuarta generacion. El título y las posesiones pasaron entónces á una hembra, y por su casamiento, se enlazaron con los de la casa de Terranova, descendientes del "gran capitán" Gonzalo de Córdoba. Por un segundo matrimonio, pasaron á la familia del duque de Monteleone, noble napolitano y actual propietario de estos honores de príncipe y de los vastos dominios, tanto en el viejo como en el nuevo mundo. Reside en Sicilia y puede vanagloriarse, de lo que pocos príncipes pueden decir, de descender de los dos capitanes mas ilustres del siglo XVI. "El gran capitán" y el conquistador de Méjico.

La historia personal de Cortés ha sido tan minuciosamente detallada en la precedente narracion, que no nos queda mas que decir, sino hacer alusion á los rasgos mas prominentes de su carácter. Verdaderamente la Historia de la Conquista, es, como lo hemos observado ya, necesariamente la de Cortés, quien se puede asegurar que fué no solo el alma, sino el cuerpo de la empresa: presente siempre en todas partes, en lo mas empeñado de la batalla, dirigiendo y ayudando á la construccion de las trincheras de defensa, y guiando á sus tropas con la espada en la mano ó el fusil al hombro, y algunas veces dirigiendo su pequeña escuadrilla naval.

Las negociaciones, las intrigas y la correspondencia, todo era dirigido por él; y semejante á César, escribió sus propios comentarios en el calor de los difíciles acontecimientos, que eran el argumento de ellos. Su carácter es noble por algunos rasgos diametralmente opuestos y que abrazan cualidades aparentemente incompatibles. Era avaro y sin embargo liberal; atrevido hasta el arrojo y no obstante precavido y calculador en sus planes; magnánimo y astuto y

(30) D. Martín Cortés, segundo marqués del Valle, fué acusado como su padre de querer establecer en Nueva-España un gobierno independiente. Sus dos hermanos naturales, D. Martín y D. Luis fueron complicados en la misma acusacion, y el primero (como se dijo ya en otra parte) sufrió en consecuencia el tormento. Otros varios de sus amigos, por el cargo de ayudarle en sus designios, sufrieron la muerte. El marqués se vió precisado á trasladarse á España con su familia, adonde se siguió el juicio, y sus inmensas propiedades en Méjico fueron secuestradas hasta la terminacion del proceso: por un intervalo de siete años, desde 1567 hasta 1574 que fué declarado inocente. Su propiedad sufrió considerables perjuicios por la pésima administracion de los oficiales reales, en el tiempo del secuestro.

á la vez caballero y afable en el trato, como tambien inexorable y severo; laxo en sus ideas de moralidad y (aunque no siempre) muy fanático. El rasgo mas prominente de su carácter era la constancia en sus empresas; pero una constancia que no se arredraba en el peligro, ni flaqueaba por falta del éxito, ni se causaba jamas por los reveses y las demoras.

Era un caballero andante en toda la extension de la palabra. De la multitud de caballeros aventureros que la España produjo en el siglo XVI, y que se lanzaron en busca de nuevos descubrimientos y conquistas, ninguno estaba tan profundamente poseído del espíritu de romanticismo en las empresas como Hernando Cortés. Los peligros y las dificultades en vez de desalentarlo, parece que tenían cierto atractivo á sus ojos, ó que eran necesarios para excitarlo y persuadirlo de su propia capacidad. Desde que comenzó la lucha, si me es permitido expresarme así, parece que prefirió emprenderla por la parte mas difícil. En el momento de poner los pies en el suelo mejicano, concibió la idea de conquistarlo, y aunque despues observó la fuerza y estado de civilizacion del pais, no por esto desistió de su empresa. Cuando se vió atacado por las muy superiores fuerzas de Narvaez, insistió mas en combatirlas, y aun arruinado y arrojado de la capital, jamas abandonó su favorita idea, que ya hemos visto con cuanto éxito llevó al cabo. Despues de los años de descanso que sucedieron á la conquista, su espíritu emprendedor lo condujo á hacer el peligroso viaje de atravesar los pantanos de Chiapa, y en otro intervalo fué á buscar nuevas fortunas en el proceloso golfo de Californias. Viendo que ya no habia otro continente que conquistar, hizo formal proposicion al emperador de equipar una escuadrilla de su peculio para ir á las Molucas, y sujetar aquellas islas á la corona de Castilla (31). Este espíritu de caballería errante, nos podria conducir á menospreciar sus talentos como general, y verlo solamente bajo el aspecto de un aventurero afortunado; pero esto seria muy injusto, porque Cortés realmente era un gran general, si por tal debe tenerse á un hombre que hizo grandes proezas, con solo los recursos que su genio habia creado. Probablemente no hay ejemplo en la historia de una empresa tan vasta, que haya sido llevada al cabo con medios en apariencia tan insuficientes, que puede decirse con verdad que Cortés hizo la conquista con los suyos propios. Si para el éxito de su empresa cooperaron las tribus indias, se debió á la fuerza de su genio el poder disponer de tales materiales; porque supo contener el brazo que deberia aniquilarlo convirtiéndolo en su ayuda. Venció á los tlaxcaltecas y los hizo sus decididos

(31) “Yo me ofrezco á descubrir por aquí toda la especería, y otras islas si hubiere cerca de Moluca ó Melaca y la China, y aun dar tal órden que V. M. no aiga la especería por via de rescate, como la ha el rey de Portugal, sino que la tenga por una cosa propia, y los naturales deaquellas islas le reconozcan y sirvan como á su rey y señor natural, porque yo me ofrezco con el dicho aditamento de enviar á ellas tal armada, ó ir yo con mi persona, por manera que la sojuzgue y pueble.” Carta quinta, Ms.

aliados: venció á los soldados de Narvaez y con ellos duplicó sus fuerzas. Si los suyos le abandonaban, él nunca se abandonó á sí mismo, atrayéndo los poco á poco y compeliéndolos á obrar segun su voluntad, como si hubieran sido un solo individuo. Cortés tuvo bajo sus órdenes la reunion mas heterogénea de mercenarios que jamas se haya visto, pelear bajo un mismo estandarte, compuesta de aventureros de Cuba, y las otras islas, sedientos de oro y plata; de hidalgos que dejaban su patria en busca de fama y laureles; de caballeros arruinados que contaban reparar sus fortunas en el Nuevo-Mundo; de vagamundos que huian de la justicia; de los restos de las tropas de Narvaez, y de sus desprovistos veteranos; todos hombres entre quienes apenas habia algun punto de union, que ardian en celos y estaban animados del espíritu de sedicion; tribus de indios salvajes, de todas partes, enemigos entre sí, y sin otra idea desde la cuna que la de hacerse la guerra, y que si se reunian era solo en las batallas, para conquistar víctimas para sus sacrificios; hombres en fin, diferentes en raza, en idioma é intereses y que nada tenian de comun entre sí. Y sin embargo, esta mezcla de hombres tan distintos, estaba reunida en un solo campamento, sujeta á obedecer la voluntad de un solo hombre, á obrar con armonía, y se puede decir, á respirar un mismo espíritu y á moverse por un principio comun de accion. En este maravilloso poder sobre las mas divergentes masas reunidas bajo su bandera, es donde se reconoce el genio del gran capitan, no menos que en la habilidad de dirigir expediciones militares.

Su influjo sobre sus soldados era una consecuencia natural de la confianza que tenia de su propio talento; pero debe atribuirse tambien, á sus maneras populares y á esa feliz union de autoridad y familiaridad, que lo hacia á propósito para dirigir una turba desenfrenada de aventureros, y para con quienes no le hubiera convenido revestirse del imponente aparato de un gefe de fuerzas regularizadas. El se habia metido con sus soldados en una áventura comun á todos y casi bajo el pié de igualdad, ya que su autoridad no nacia de ningun título legal. Mas al mismo tiempo que usaba de esta libertad y familiaridad con sus soldados, jamas les permitia faltar á la obediencia, y observaba con ellos la mas estricta disciplina. Cuando elevado á mas altas dignidades, aunque afectaba mas aparato, admitia sin embargo á sus veteranos con la misma intimidad. "El preferia," dice Bernal Diaz, "ser llamado por nosotros Cortés, mas que por su título, y con razon," continúa el entusiasta caballero, "porque el nombre de Cortés es tan famoso en nuestros dias, como el de César entre los romanos, ó el de Annibal entre los cartagineses (32). Hasta en el último acto de

(32) La comparacion con Annibal es mas exacta de lo que probablemente se imaginó el veterano. La descripcion que hace Livio del guerrero cartagines, es admirablemente aplicable á Cortés, quizá mejor que aquella del personaje imaginario citado pocas lineas mas abajo en el texto. "Plurimum audaciae ad pericula capessenda, plurimum concili inter ipsa pericula erat; nullo labore aut corpus fatigari, aut animus vinci poterat. Ca-

su vida mostró la misma consideración por sus antiguos camaradas, dejando en su testamento un legado para que se dijera dos mil misas, por las almas de los que habían militado con él en las campañas de Méjico (33). Su carácter lo ha descrito sin quererlo, la mano de un hábil maestro:

And oft the chieftain deigned to aid
And mingle in the mirth they made;
For, though, with men of high degree,
The proudest of the proud was he,
Yet, trained in camps, he knew the art
To win the soldiers, hardy heart.
They love á captain to obey,
Boisterous as March, yet fresh as May;
With open hand, and brow as free,
Lover of wine, and minstrelsy;
Ever the first to scale á tower,
As venturous in á lady's bower;
Such buxom chief shall lead his host
From India's fires to Zembla's frost (b).

loris ac frigoris patientia par: cibi potionisque desiderio naturali, non voluptate, modus finitus: vigiliarum somnique nec die, nec nocte discriminata tempora. Id, quod gerendis rebus superesset, quieti datum: ea neque molli strato, neque silentio arcessita. Multi sæpe militari sagulo opertum, humi jacentem, inter custodias nationesque militum, conspexerunt. Vestibus nihil inter æquales excellens; arma atque equi conspiciebantur. Equitumpeditumque idem longe prius erat; princeps in prælium ibat: ultimus conserto prælio excedebat. (Historia, libr. XXI, sec. 5). El lector, que recordará la suerte que tuvo Guatemotzin, debía esperar que la cita anterior se extendiera á la “perfidia, plus quam Punica,” de que se habla en la sentencia subsecuente.

(33) Testamento de H. Cortés, Ms.

(b) Tambien á veces el altivo gefe
Se dignaba asistir á los festines
Del humilde soldado; que aunque era
El mas altivo de la altiva gente,
Con blando trato subyugar sabia
El rudo corazon del veterano.

Con gozo era seguida la bandera
Del caudillo feliz, en cuya gloria,
La lisura marcial se retrataba;
Cuya mano era siempre generosa.

Del vino amigo y á las trovas dado;
El primero en subir á una muralla
Y en acudir á la amorosa cita;
Guerrero tal sus vencedoras huestes,
Podía llevar desde la ardiente arena
Del Arabia abrasada, hasta los hielos
En que está envuelto el aterido Polo.

Trad. del Sr. D. Joaquin Navarro.

Sin mucha violencia puede aplicarse á Cortés esta descripción de Marion.

Cortés no era un aventurero vulgar. Sus conquistas no se limitaban á la sola ambición del triunfo; si destruyó la antigua capital de los aztecas, fué para edificar sobre sus ruinas otra mas magnífica; si devastó el país y extinguió sus instituciones, tambien empleó el corto periodo de su administracion en redactar planes para establecer un sistema mas adecuado de agricultura y civilización. En todas sus expediciones procuraba estudiar cuáles eran los recursos de cada provincia, su organizacion social y sus capacidades físicas, y á sus tenientes siempre les encargaba el no desatender estos objetos. Si amaba el oro, como casi todos los españoles en el Nuevo-Mundo, no era para atesorarlo inútilmente ó para gastarlo solo en sostener un boato de príncipe, sino para reunir fondos con la mira de proseguir la gloriosa carrera de sus descubrimientos, como lo prueban sus costosas expediciones al golfo de Californias. Sus empresas no tenían por objeto la avaricia, y lo manifiestan las varias expediciones que dispuso, para el descubrimiento de una comunicacion entre el Atlántico y el Pacífico. En sus planes de ambición se observa siempre cierto interés por las ciencias, el cual era debido en parte á la superioridad natural de su entendimiento, y parte sin duda á su primera educacion. En efecto, parece increíble que una persona de carácter inquieto y caprichoso como el suyo, hubiera podido hacer grandes adelantos en el colegio; mas de allí salió con cierta tintura escolástica, que rara vez se encuentra en los caballeros de aquella época, lo que influyó en dar mas extension á sus propias concepciones. Sus celebradas cartas están escritas con una sencilla elegancia, que como he tenido ya ocasion de observar, pueden compararse á las narraciones militares de César. No sería fácil encontrar en las crónicas de aquel periodo, un escrito mas conciso y sin embargo mas completo, no solamente sobre los acontecimientos de sus campañas, sino tambien sobre todas las circunstancias mas dignas de noticiarse acerca del carácter del país conquistado.

Cortés no era cruel; al menos comparado con los mas de los que emprendieron tan dura carrera como la suya. El camino de los conquistadores está siempre regado con sangre. Es cierto que él arrollaba cuantos obstáculos se le presentaban, y que por ello su fama quedó empañada por la ejecucion de mas de un acto de crueldad, de que sus mas decididos apologistas nunca podrán vindicarlo; mas no era cruel por capricho; jamas permitía que se ultrajara á un enemigo vencido, y aunque esto parezca muy pequeño elogio, el hecho es, que fué una excepcion de la conducta general observada por sus paisanos en sus conquistas, lo que siempre fué un adelanto en aquel tiempo. Era severo para hacerse obedecer y que se cumplieran sus órdenes, respecto á la proteccion de las personas y la propiedad de los conquistados; cuya conducta lo comprometia mucho, teniendo que habérselas con una turba licenciosa y desenfrenada. Despues de la conquista estableció el sistema de los repartimientos, lo mismo que

habia hecho Colon. Procuró regularizarlos por medio de leyes muy humanas, y sugirió tambien varias alteraciones muy favorables para mejorar la condicion de los indígenas. El mejor comentario de su conducta sobre este particular, es la deferencia con que lo veian los indios, y la confianza con que apelaban á él en busca de proteccion en sus posteriores desgracias.

En la vida privada parece que poseia el don de convertir en ardientes adictos á cuantos lo trataban de cerca. La influencia de este afecto se ve en cada página de la historia de Bernal Diaz, no obstante haberse escrito esta obra para vindicar los derechos de los soldados, en oposicion á los de su general. Parece tambien que con su primera muger, pasó una vida muy feliz en su humilde retiro de Cuba, y que á la segunda, juzgando por el tenor de su testamento, la trató siempre con amor y confianza. Sin embargo de esto, no está exento del cargo de haber participado de aquella licenciosa galantería, que formaba una parte muy considerable del carácter de los militares aventureros de la época. Parece tambien por los litigios y pleitos que tuvo, que su carácter era irascible y pendenciero, aunque debia disimularse lo primero en un hombre acostumbrado por mucho tiempo á hacer su voluntad, lo que no hacia fácil que sufriera con paciencia la oposicion ó se sujetara á almas pequeñas, incapaces de comprender la nobleza de sus grandes empresas. "El creyó," dice un eminente escritor, "acallar á sus enemigos por el brillo de la nueva carrera que habia emprendido, sin reflexionar que lo que le habia granjeado esos enemigos, habia sido precisamente la misma grandeza y rapidez de sus triunfos (34)."

Por recompensa de sus esfuerzos recibió, el ver que se tergiversaban los motivos de ellos, calumniándolo de derrochar las rentas públicas y de ambicionar establecer una independiente soberanía. No obstante esto, considerando el tono pendenciero de su correspondencia, y lo frecuente de sus litigios, aun concediendo que fuesen fundadas la mayor parte de las quejas de Cortés, se infiere naturalmente que eran efecto de un espíritu orgulloso, y por lo mismo muy sensible á las mas pequeñas ofensas, y muy celoso por imaginarios agravios.

Falta aun que decir algo sobre otro rasgo notable del carácter de este hombre singular; y es su fanatismo, defecto de la época; porque en realidad no se le puede llamar de otra manera (35). Cuando vemos que una mano enrojecida con la sangre de los infelices indígenas, se eleva al cielo implorando sus bendi-

(34) Humbolt, Essai politique, tom. II, pág. 267.

(35) Se refiere por Cavo una anecdota muy extraordinaria de este fanatismo (que no pudiéramos llamarle política?) de Cortés. "En Méjico," dice el historiador, "se cuenta generalmente, que despues de la conquista mandó que todos los domingos y fiestas de guarda se asistiese á la explicacion de las Escrituras, so pena de ser azotados. Un dia se olvidó el general de cumplir con esta órden, y despues de escuchar con humildad la reprension del sacerdote, se sujetó á ser castigado por él con indecible asombro de los indios." Historia de los Tres Siglos, tom. 1, pág. 151.

ciones sobre la causa que defiende, no solo sentimos por este acto cierto disgusto, sino que dudamos mucho de su sinceridad. Pero esto es injusto: retrocedamos á aquellos tiempos; á la época de las cruzadas, y observaremos que por sórdidos y egoistas que fuesen los motivos privados de los caballeros españoles de entónces, se creían sin embargo los soldados de la cruz. Muchos habian muerto por tal causa. Cualesquiera que haya leído la correspondencia de Cortés, ó que haya observado detenidamente las circunstancias de su carrera, no podrá dudar que habria sido uno de los primeros en dar su vida en defensa de la fé. Más de una vez puso en peligro su vida y su fortuna y aun el éxito de sus empresas, por la manera impolítica y prematura con que queria lograr la conversion de los indios (36).

Con civilizacion hoy dia mas adelantada é ilustrada por el verdadero cristianismo, nos pareceria difícil conciliar tan groseros ultrajes á la moral, y tanta devocion á la religion; pero la religion que se enseñaba en aquella época, consistia solamente en formas y estudiadas ceremonias, y se dejaba evaporar en esta minuciosa atencion á la disciplina, el verdadero espíritu del cristianismo. Todo aquel que se ocupa mucho de las formas, piensa muy poco en lo esencial. Cuando el culto se dirige casi exclusivamente á los sentidos, sucede con frecuencia que la moralidad queda separada de la religion, y que se juzga de la rectitud mas bien por las creencias que por el modo de obrar.

En la primera parte de esta historia he dado una descripcion del personal de Cortés (37). No estará por demas terminar esta reseña de su carácter, por la que acerca de sus maneras y hábitos personales nos dejó Bernal Diaz, el antiguo cronista que nos ha acompañado en todo el curso de la narracion, y que nos dá ahora adecuado material para concluirla. Nadie mejor que él conoció á su gefe, y si bien el objeto de su obra debió ser adverso á Cortés, esta desventaja está contrapesada por el decidido afecto personal que le tenia, y por el *espíritu de cuerpo* que le hace enorgullecerse con el renombre de su general.

"Fué de buena estatura y cuerpo, y bien proporcionado, y membrudo, y la color de la cara tiraba algo á cenicienta é no muy alegre: y si tuviere el rostro mas largo, mejor le pareciera; los ojos en el mirar amorosos, y por otra graves; las barbas tenia algo prietas y ralas, y el cabello que en aquel tiempo se usaba, era de la misma manera que las barbas, y el pecho alto y la espalda de buena manera, y era cenceño y de poca barriga y algo estenuado, y las piernas y muslos bien sacados, y era buen ginete y diestro de todas armas, así á pié como á caballo, y sabia muy bien menearlas, y sobre todo corazon y ánimo que

(36) "Al rey infinitas tierras,
Y á Dios infinitas almas."

Dice Lope de Vega, elogiando en esta coplilla la doble gloria de Cortés. Bajo este aspecto se veia la conquista por todo español devoto del siglo XVI.

(37) Ante, vol. 1, p. 258.

es lo que hace al caso. Oí decir que cuando mancebo en la isla Española, fué algo travieso sobre mugeres, é que se acuchillaba algunas veces con hombres esforzados y diestros, y siempre salió con victoria, y tenia una señal de cuchillada cerca de un bezo debajo, que si miraban bien en ello, se le parecia, mas cubriánselo las barbas, la cual señal le dieron cuando andaba en aquellas cuestiones. En todo lo que mostraba, así en su presencia y meneo, como en pláticas y conversaciones y en comer y en vestir, en todo daba señales de gran señor (38). Los vestidos que se ponía, eran segun el tiempo y usanza, y no se le daba nada de no traer muchas sedas, ni damascos, ni rasos, sino llanamente y muy pulido: ni tampoco traía cadenas grandes de oro, salvo una cadenita de oro de prima hechura, con un joyel con la imágen de Nuestra Señora la Virgen Santa María con su Hijo precioso en los brazos, y con un letrero en latin en lo que era de Nuestra Señora, y de la otra parte del joyel el Señor San Juan Bautista con otro letrero, y tambien tenia en el dedo un anillo muy rico con un diamante, y en la gorra, que entónces se usaban de terciopelo, traía una medalla, y no me acuerdo el rostro que en la medalla traía figurado la letra dél, mas despues el tiempo andando, siempre traía gorra de paño sin medalla. Serviase ricamente como gran señor, con dos maestresalas y mayordomos y muchos pajes, y todo el servicio de su casa muy cumplido, é grandes vajillas de plata y de oro. Comia á medio día bien, y bebía una buena taza de vino aguada, que cabría un cuartillo, y tambien cenaba y no era nada regalado, ni se le daba nada por comer manjares delicados ni costosos, salvo cuando veía que habia necesidad que se gastase ó los hubiese menester (39). Era muy afable con todos nuestros capitanes y compañeros, especial con los que pasamos con él de la isla de Cuba la primera vez: y era latino, y oí decir que era bachiller en leyes, y cuando hablaba con letrados y hombres latinos, respondía á lo que le decían en latin. Era algo poeta, hacia coplas en metros y en prosa; y en lo que platicaba, lo decía muy apacible y con muy buena retórica, y rezaba por las mañanas en unas horas y oía misa con devocion: tenia por su muy abogada á la Virgen MARIA Nuestra Señora, la cual todo fiel cristiano la debemos tener por nuestra intercesora y abogada (40): y tambien tenia á Señor San Pedro, Santiago, y al Señor San Juan Bautista, y era limosnero. Cuando juraba, decía: En mi conciencia; y cuando se enojaba con algun soldado de los nuestros sus amigos, le decía: O mal pese á vos; y cuando estaba muy enojado, se le hinchaba una vena de la garganta y otra de la frente, y en algunas veces de muy enojado, ar-

(33) Lo mismo dice Gomara: "vestía mas pulido que rico. Era hombre limpísimo." Crónica, cap. 230.

(39) "Fué muy gran comedor y templado en el beber, teniendo abundancia. Sufría mucho la hambre con necesidad." Ibidem, ubi supra.

(40) "Grandísimo limosnero: daba cada un año mil ducados de limosna ordinaria." Ibid., ubi supra.

rojaba una manta, y no decia palabra fea ni injuriosa á ningun capitan ni soldado y era muy sufrido, porque soldados hubo muy desconsiderados, que decian palabras muy descomedidas, y no les respondia cosa muy sobrada ni mala, y aunque habia materia para ello, lo mas que decia era: callad ó idos con Díos, y de aquí adelante tened mas miramiento en lo que os dijeredes, porque os costará caro por ello, é os haré castigar. Era muy porfiado, en especial en cosas de la guerra, que por mas consejo y palabras que le deciamos sobre cosas desconsideradas, de combates que nos mandaba dar cuando rodeamos los pueblos grandes de la laguna, y en los peñoles que ahora llaman del marqués, le dijimos que no subiésemos arriba en unas fuerzas y peñoles, sino que les tuviésemos cercados, por causa de las muchas galgas que dende lo alto de la fortaleza venian derriscando, que nos echaban, porque era imposible defendernos del golpe é ímpetu con que venian, y era aventurarnos todos á morir, porque no bastaria esfuerzo, ni consejo ni cordura; y todavía porfió contra todos nosotros, y hubimos de comenzar á subir, y corrimos harto peligro, y murieron diez ó doce soldados, y todos los mas salimos descalabrados y heridos, sin hacer cosa que de contar sea, hasta que mudamos otro consejo. Y demas de esto, en el camino que fuimos á las Higueras, ó á lo de Cristóbal de Olí, cuando se alzó con la armada, yo le dije muchas veces, que fuésemos por las sierras, y porfió que mejor era por la costa, y tampoco acertó; porque si fuéramos por donde yo decia, era toda la tierra poblada. Y para que bien lo entienda quien lo ha andado, es de Guacacualco, camino derecho de Chiapa, y de Chiapa á Guatimala, y de Guatimala á Naco, que es adonde en aquella sazón estaba el Cristóbal de Olí. Dejemos esta plática y diré, que cuando luego venimos con nuestra armada á la Villa-Rica, y comenzamos á hacer la fortaleza, el primero que cavó y sacó tierra en los cimientos fué Cortés; y siempre en las batallas le ví que entraba en ellas juntamente con nosotros. Comenzaré á decir en las batallas de Tabasco, que él fué por capitan de los de á caballo y peleó muy bien. Vamos á la Villa-Rica, ya he dicho acerca de lo de la fortaleza. Pues en dar, como dimos con trece navíos al traves, por consejo de nuestros valerosos capitanes y fuertes soldados, y no como lo dice Gomara. Pues en las guerras de Tlaxcala, en tres batallas se mostró muy esforzado capitan. Y en la entrada de Méjico con cuatrocientos soldados, cosa es de pensar en ello, y mas tener atrevimiento de prender al gran Moctezuma dentro de sus palacios, teniendo tan grandes números de guerreros; y tambien digo, que lo prendimos por consejo de nuestros capitanes y de todos los mas soldados. Y otra cosa que no es de olvidar de la memoria, el que-mar delante de sus palacios á capitanes del Moctezuma, porque fueron en la muerte de un nuestro capitan, que se decia Iuan de Escalante y de otros siete soldados, de los cuales capitanes indios no me acuerdo sus nombres, poco va en ello que no hace á nuestro caso. Y tambien, qué atrevimiento y osadía fué, que con dádivas y joyas de oro, y por buenas mañas y ardidés de guerra que se

dió contra Pámphilo de Narvaez, capitan de Diego Velazquez, que traia sobre mil y trescientos soldados, contados en ellos hombres de la mar, y traia noventa de á caballo y otros tantos ballesteros, y ochenta espingarderos, que así se llamaban; y nosotros con doscientos y sesenta y seis compañeros sin caballos, ni escopetas, ni ballestas, sino solamente nuestras picas, espadas, puñales y rodela, los desbaratamos y prendimos á Narvaez. Pasemos adelante, y quiero decir, que cuando entramos otra vez á Méjico al socorro de Pedro de Alvarado, y ántes que saliésemos huyendo, cuando subimos en el alto Cu de Huichilobos, ví que se mostró muy varon, puesto que no nos aprovecharon nada sus valentías ni las nuestras. Pues en la derrota y muy nombrada guerra de Otumba, cuando nos estaban esperando toda la flor y valientes gurreros mejicanos, y todos sus sugetos para nos matar allí. Tambien se mostró muy esforzado, cuando dió un encuentro al capitan y alférez de Guatemuz, que le hizo abatir sus banderas, y perder el gran brio de su valeroso pelear de todos sus escuadrones, con tanto esfuerzo como peleaban, y despues de Dios, nuestros esforzados capitanes que le ayudaban, que fué Pedro de Alvarado é Gonzalo de Sandoval, y Cristóbal de Olí y Diego de Ordaz é Gonzalo Dominguez y un Lares é Andres de Tapia, y otros esforzados soldados que aquí no nombro, de los que teniamos caballos, y de los de Narvaez tambien ayudaron muy bien; y quien luego mató al capitan del estandarte, fué Juan de Salamanca, natural de Ontiveros, y le quitó un rico penacho y se le dió á Cortés. Pasemos adelante y diré: que tambien se halló Cortés juntamente con nosotros, en una batalla bien peligrosa, en lo de Iztapalapa, y lo hizo como buen capitan. Y en lo de Suchimilco, cuando le derribaron los escuadrones mejicanos del caballo, y le ayudaron ciertos tlaxcaltecas nuestros amigos, y sobre todos un nuestro esforzado soldado, que se decia Cristóbal de Olea, natural de Castilla la Vieja, (tengan atencion á esto que diré) que uno era Cristóbal Olí, que fué maese de campo, y otro es Cristóbal de Olea; y esto declaro aquí, porque no arguyan sobre ello y no digan que voy errado. Tambien se mostró Cortés muy esforzado, cuando sobre Méjico estábamos, y en una calzadilla le desbarataron los mejicanos, y le llevaron á sacrificar sesenta y dos soldados, y á Cortés le tenían engarrado para le llevar á sacrificar, y le habian herido en una pierua, y quiso Dios que por su buen esfuerzo y pelear, y porque le socorrió el mismo Cristóbal de Olea, que fué el que la otra vez en Suchimilco le libró de los mejicanos y le ayudó á cabalgar, y salvó á Cortés la vida, y el esforzado Olea quedó allí muerto con los demas que dicho tengo: y ahora que lo estoy escribiendo, se me representa la manera y proporcion de la persona del Cristóbal de Olea y de su gran esfuerzo, y aun se me pone tristeza por ser de mi tierra y deudo de mis deudos. No quiero decir otras muchas proezas y valentías que hizo nuestro marqués del Valle, porque son tantas y de tal manera, que no acabaré tan presto de los relatar, y volveré á decir de su condicion, que era muy

aficionado á juegos de naipes é dados, y cuando jugaba era muy afable en el juego, y decia ciertos remoquetes que suelen decir los que juegan á los dados. Era muy cuidadoso en todas las conquistas que hicimos, y muchas noches rondaba y andaba requiriendo las velas; y entraba en los ranchos y aposentos de nuestros soldados, y al que hallaba sin armas ó estaba descalzo los alpargates, le reprendia y le decia que, á la oveja ruin le pesaba la lana, y le reprendia con palabras agrias. Cuando fuimos á las Higueras, ví que habia tomado una maña é condicion que no solia tener en las guerras pasadas, que cuando comia si no dormia un sueño, se le revolvía el estómago y revesaba y estaba malo, y por escusar este mal, cuando íbamos camino, le ponian debajo de un árbol ó otra sombra una alfombra que llevaban á mano para aquel efecto, ó una capa, y aunque mas sol hiciese ó lloviese, no dejaba de dormir un poco y luego caminar. Y tambien ví que cuando estábamos en las guerras de la Nueva-España, era cenceño y de poca barriga, y despues que volvimos de las Higueras engordó mucho y de gran barriga. Y tambien ví que se paraba la barba prieta, siendo de ántes que blanqueaba. Tambien quiero decir, que solia ser muy franco cuando estaba en la Nueva-España y la primera vez que fué á Castilla; y cuando volvió la segunda vez en el año de 1540, le tenian por escaso, y le puso pleito un su criado que se decia Ulloa, hermano de otro que mataron, que no le pagaba su servicio: y tambien, si bien se quiere considerar y miramos en ello, despues que ganamos la Nueva-España, siempre tuvo trabajos, y gastó muchos pesos de oro en las armadas que hizo: en la California ni ida á las Higueras tuvo ventura, ni en otras cosas desde que acabó de conquistar la tierra, quizás para que la tuviere en el cielo, é yo lo creo así, que era buen caballero y muy devoto de la Virgen y del apóstol San Pedro y de otros Santos. Dios le perdone sus pecados y á mí tambien, y me dé buen acabamiento, que importa mas que las conquistas y victorias que hubimos de los indios (41).

Tal es el retrato que la mano fiel y mas capaz de pintarlo, nos ha dejado trazado de Hernando Cortés, el conquistador de Méjico.

NOTA.

Habiendo incurrido el autor en algunas equivocaciones en el capítulo que precede, hemos reservado para el fin de él, hacer las rectificaciones necesarias. Una de las mas importantes es relativa al entroncamiento que supone de la familia de Cortés con la del Gran Capitan, haciendo descender á los actuales duques de Terranova del uno y del otro, equivocacion que procede del título que llevan; pero basta observar que la ciudad de Terranova que se dió al Gran Capitan por los reyes de Nápoles de la familia de Aragon, en premio de su primera campaña en aquel reino, está en Calabria y es diversa de la que dá el título á la fa-



W. H. PRESCOTT.

milia que actualmente lo lleva, la que está en Sicilia. La casa del Gran Capitan que llevaba el título de duques de Sessa, se incorporó en la de los condes de Oñate: la casa actual de Terranova, obtuvo el título de duque del rey Felipe II, en 1565, siendo el primero que fué agraciado con él, D. Carlos de Aragon, segundo marqués de Terranova, y la familia procede de los príncipes de Aragon que fueron reyes de Sicilia, que es de donde deriva su nombre.

En la relacion del entierro de D. Fernando Cortés en San Francisco, en 1629, el autor habla como si la comitiva hubiera venido de Tezcuco hasta llegar á la capital, "cuyas puertas, dice, se abrieron, para recibir los restos mortales del héroe, que cien años ántes habia ejecutado en ella tantos prodigios de valor:" pero esto no fué así. La caja que contenia los huesos de D. Fernando, que habia permanecido depositada en la iglesia de San Francisco de Tezcuco desde que vino de Sevilla, fué conducida secretamente á Méjico y expuesta durante nueve dias, con el cadáver de D. Pedro nieto de D. Fernando, que murió por aquellos dias, en la sala de su casa que es ahora el Monte pio, en la calle del Empedradillo, que se conocia entónces con el nombre de plazuela del marqués del Valle, y hace parte de la plaza mayor. Desde allí salió el acompañamiento, en la forma que el autor describe, hasta San Francisco en donde se hizo el solemne funeral. Ambos cadáveres se depositaron en la capilla mayor de dicha iglesia, porque esta es perteneciente á la casa de Cortés, que tenia el patronato de ella. Todo esto se halla referido con mucha especificacion, en las Disertaciones que el autor de esta nota ha publicado, sacando todo lo relativo á este entierro, á la traslacion que después se hizo de los huesos de D. Fernando á la iglesia del hospital de Jesus, posterior ocultacion de ellos y fundaciones del conquistador, de las constancias originales del archivo del antiguo marquesado del Valle de Oajaca. En la misma obra se encuentra la narracion de los sucesos de Méjico, desde la salida de Cortés para las Higueras, tomado todo de los libros de cabildo del ayuntamiento.

El autor lamenta con razon, el intento que algunos pocos, fascinados por el espíritu de partido, concibieron en el año de 1823, de profanar el sepulcro del grande hombre, esparciendo sus cenizas; intento que hubiera sido sin duda llevado á efecto, pues el populacho ignorante se presta fácilmente á todo género de excesos, si no se hubiera precavido prudentemente, quitando de la vista el sepulcro y ocultando los huesos que en él estaban depositados. La raza española en Méjico, desconociendo completamente su origen, es como dice el autor, la que iba á cometer este atentado, y por desgracia no es ese solo el mal que se ha causado, por la extravagante idea de considerarse los descendientes de la nacion conquistadora, como herederos de los derechos de los conquistados y encargados de vengar sus agravios: este ridículo extravio de razon, ha de causar todavia muchas y muy lamentables desgracias. Por otra parte, este exceso no ha sido peculiar de los mejicanos, ni debe acusárseles de él como

si no hubiera otros ejemplos de la misma especie en otras naciones. En la culta Francia, en la época de la revolucion de 1789, los sepulcros de los reyes fueron violados, y sus cenizas arrojadas confusamente en un hoyo que para ello se abrió; y esto no por un acto tumultuario de una muchedumbre ignorante y desenfrenada, sino por disposicion de las autoridades existentes, y no fueron ultrajados solo los sepulcros de los reyes, sino los de todos los grandes hombres y de las personas distinguidas que eran el lustre y ornato de los templos. En tiempos mas recientes en España, en la última guerra de la sucesion de aquel reino, en 1835, la paz de los muertos ha sido tambien turbada, y las cenizas del Gran Capitan han debido su conservacion al cuidado de un particular, cuando tantos recuerdos gloriosos se unian á la memoria de aquel héroe. Sin pretender, pues, disculpar el atentado que en Méjico se intentó contra la memoria y cadáver de Cortés, debemos dar su buena parte en crímenes semejantes á otras naciones mas ilustradas, y atribuirlo todo á la efervescencia de las pasiones, de que no se eximen ni aun los pueblos mas cultos, en aquellos momentos de delirio, que pueden caracterizarse como epidemias morales, á que está periódicamente sujeto el género humano. La gloria de Cortés ha sido sin embargo, suficientemente vindicada, y el Sr. Prescott ha contribuido mas que nadie á hacer conocer su mérito y á hacerlo apreciar en todo el mundo en lo que justamente merece.

El mismo autor en la Historia del Perú, que ha publicado posteriormente, hace todavia mas amplia justicia á los conquistadores españoles, en cuanto á los motivos que los impulsaron y á los efectos que las conquistas produjeron, á diferencia de las de otras naciones. No puede negarse que un fuerte estímulo de codicia dirigia todas estas empresas; pero en los españoles habia un impulso religioso, que aunque obscurecido por los intereses temporales, producía definitivamente un resultado benéfico; en vez que en los establecimientos ultramarinos de las otras naciones, nada compensaba los males de la conquista, y despues de hecha ésta, como ántes de ejecutarla, el espíritu dominante era solo aprovecharse de las riquezas del pais conquistado, sin pensar para nada en el beneficio espiritual ni temporal de los habitantes. No podemos terminar mejor esta nota, que copiando lo que sobre este particular dice el Sr. Prescott en la obra citada, y el elogio que hace de los misioneros españoles parecerá tanto mas imparcial y fundado, cuanto que viene de una pluma protestante; pero es menester confesar que los escritores ilustrados de aquella profesion de fé, han sido los que han hecho á los misioneros católicos mas justicia, y justicia que en nuestra época, no han merecido á algunos que se dicen pertenecer á la misma comunión religiosa de los misioneros.

“Las conquistas de los españoles, dice el Sr. Prescott, se distinguen muy honrosamente de las de otras naciones, por sus esfuerzos para convertir á los infieles. Los puritanos, con igual zelo religioso, trabajaron comparativamente

poco en la conversion del indio, dándose á lo que parece por contentos, con haber conseguido para sí propios, el inapreciable privilegio de adorar á Dios á su modo. Otros aventureros que entraron en el Nuevo-Mundo, hacian tan poco caso de la religion, que no debia aguardarse de ellos que se esforzasen mucho por propagarla entre los salvajes. Pero los misioneros españoles han mostrado en todos tiempos el mas vivo interés por el bien espiritual de los indígenas. Merced á sus esfuerzos se levantaron iglesias magníficas, se fundaron escuelas de primeras letras, y no perdonaron medio alguno para difundir por todas partes el conocimiento de las verdades religiosas. Penetraron solos en las regiones mas remotas é inaccesibles, ó como el benéfico Las Casas en Cumaná y los jesuitas en el Paraguay y las Californias, reunieron á sus discípulos indios en poblaciones, reduciéndolos á vida civil. En todos tiempos han estado prontos estos valerosos sacerdotes, á alzar su voz contra las crueldades de los conquistadores, ó contra la avaricia no menos destructora de los colonos; y cuando sus reclamos, como sucedia con frecuencia, nada podian conseguir, no por eso dejaban de consolar al affigido, enseñando al pobre indio á conformarse con su suerte, é ilustrando su extraviada inteligencia, con la revelacion de una vida futura, mas justificada y mas feliz. Al recorrer los sangrientos anales de las colonias españoles, se alivia el corazon al reflexionar, como es justo, que la misma nacion que producía aquellos crueles conquistadores, enviaba tambien sus benéficos misioneros y difundia la luz de la civilizacion cristiana hasta las regiones mas distantes del Nuevo-Mundo.” “La mayor parte eran, dice ántes en el mismo lugar, hombres de singular humildad, que seguian las huellas de los conquistadores para ir sembrando las semillas de la verdad, y con el celo mas desinteresado, se consagraban exclusivamente á la propagacion del Evangelio. Con sus trabajos apostólicos dieron á conocer que eran verdaderos soldados de la Cruz, y que no era un vano alarde el empeño tan decantado de plantar sus estandartes en el corazon de las naciones paganas.” Hasta aquí el Sr. Prescott.

APENDICE.

PARTE I.

ORIGEN DE LA CIVILIZACION MEJICANA.

NOTICIAS PRELIMINARES.

El siguiente ensayo estaba destinado para completar la introducción á que mas propiamente pertenece, y fué escrito tres años há, lo mismo que aquella parte de la obra.

Ignoro si desde entónces á la fecha se ha publicado algun escrito de importancia que tenga referencia en general, con el asunto en cuestion, si no es el apreciable tratado de Mr. Brandford sobre las "Antigüedades Americanas." Respecto á los que se refieren á la Arquitectura Americana, mucho han contribuido para ilustrarnos las obras de Mr. Stephen, que contienen la relacion de su viaje á Centro América y Yucatán, muy especialmente la última de ellas. De suerte que este punto tan imperfectamente conocido ántes, está ahora investigado tan detalladamente que da la luz necesaria, y que se podia razonablemente esperar, para guiarnos y poder fijar nuestra opinion acerca del origen de los misteriosos monumentos de Yucatán. Falta solamente que los esquisitos dibujos de Mr. Catherwood sean publicados en un tamaño mayor, como lo han sido los de obras semejantes de este género en Francia é Inglaterra, que ofrecen á la vista una idea mas adecuada de esas magníficas ruinas que la que nos dan de ellas en el limitado compas de una página en octavo.

Mas no obstante la importancia de las investigaciones de Mr. Stephen, no por esto me he aprovechado de ellas para alterar el plan original de este ensayo, ni menos fundado ninguna de mis conclusiones en su autoridad, pues las tenia ya formadas despues de un esmerado estudio de las relaciones de Dupaix y Waldeek, y de los magníficos dibujos que representan las ruinas del Palenque y Uxmal, dos de los principales lugares explorados por Mr. Stephen. Los hechos adicionales y reunidos por él en el vasto campo que ha reconocido, léjos de hacerme vacilar en mis primeras inducciones

han servido para confirmarme mas en ellas. El único objeto de mis investigaciones acerca de estas mismas ruinas ha sido hallar su probable origen, ó mas bien ver qué luz podrian darme sobre el origen de la civilizacion de los aztecas. El lector al comparar mis reflexiones con las de Mr. Stephen verá al fin de los últimos capítulos de sus dos obras, que ambos hemos sacado las mismas inferencias sobre el origen y probable antigüedad de estos monumentos. Estas conclusiones formadas en diferentes circunstancias, sirven para corroborarse mutuamente. Aunque el lector encontrará algunas cosas en mi ensayo que habrian sido alteradas en vista de las nuevas informaciones sobre el particular, he preferido dejarlas como están para no debilitar el fundamento de este argumento y disminuir su valor, si tiene alguno, como un atestado diverso ó autoridad distinta é independiente del otro.

Cuando los europeos pisaron las playas de la América, les parecía que estaban en otro planeta, porque todo era muy diverso de cuanto hasta entónces habian visto. Multitud de plantas y razas desconocidas y de animales se presentaron á su vista; lo mismo que el hombre, el señor de todos ellos, era tambien diferente en fisonomía, idioma é instituciones (1). En fin, la América fué para ellos, lo que enfáticamente llamaron entónces, un Nuevo-Mundo. Enseñados por la fé que profesaban á derivar á todos los seres creados de un mismo tronco, se encontraban naturalmente embarazados para explicar el modo de cómo habrian sido pobladas estas distantes y aisladas regiones. Igual duda tenian sus paisanos del otro lado de los mares, y los literatos europeos se devanaban los sesos para encontrar el mejor modo de resolver tan interesante problema.

Para dar una razon de que hubiese animales, algunos se imaginaban que los dos hemisferios habrian estado alguna vez unidos en la extremidad del Norte, lo que facilitaria las comunicaciones (2). Otros embarazados por la dificultad de trasportar á los habitantes de los trópicos por las regiones polares, hicieron revivir la antigua historia del Atlante de Platon, de aquel monton de islas sumergidas ahora, que se extendian desde las costas de Africa hasta las orientales del nuevo continente; ellos veian vestigios de una convulsion semejante de la naturaleza en las Islas Verdes, que se encuentran esparcidas en el Pacífico, y que consideraban que en otra vez habian sido las cimas de elevadas montañas de

(1) Los nombres de muchos de los animales del Nuevo-Mundo han sido formados de los del Antiguo; aunque las especies son muy diferentes. "Cuando los españoles desembarcaron en América," dice un eminente naturalista, "no encontraron un solo animal que conociesen, ni ninguno de los cuadrúpedos de Europa, Asia ó Africa." Lawrence, leccion sobre la fisiología, zoología é Historia Natural del hombre. (Lóndres, 1819), p. 250.

(2) Acosta, lib. 1, cap. 16.

un vasto continente que yace ahora sumergido en el Océano (3). Algunos dudando la existencia de tales convicciones geológicas, de las que no existe ninguna noticia, suponen que los animales habrían encontrado modo de atravesar el Océano por diversos medios; las aves de alto vuelo atravesando los aires por la parte mas angosta; los cuadrúpedos ya domesticados, porque habrían sido transportados en botes, y aun los mas feroces como los tigres, osos, y otros semejantes, traídos de la misma manera cuando pequeños "para la diversion y placeres de la caza (4)." Otros sostenian la opinion igualmente probable de que los ángeles, quienes sin duda tuvieron el cuidado de preservarlos en el Arca, lo tendrían tambien de distribuirlos despues por todas las diferentes partes del globo (5). Tales eran los extremos á que se veían reducidos aun los hombres pensadores, para poner en concordancia la interpretacion de las escrituras con los fenómenos de la naturaleza. La filosofia moderna conviene, que seguir las sugeriones de la ciencia no es separarse de la autoridad sagrada, atribuyendo el origen de las nuevas tribus de animales á una creacion, despues del diluvio en aquellos lugares para los cuales ellos claramente estaban destinados por sus hábitos y constituciones (6).

En esta discusion no se presentan las mismas dificultades respecto del hombre, porque dotado por la naturaleza para toda clase de clima, lo mismo habita bajo el ardiente Sol de los trópicos, como en la helada atmósfera del Norte; é indistintamente vaga sobre las arenas del desierto, como por los campos cubiertos de nieve de los polos, ó surcando las aguas del Océano. Ni las montañas ni los mares le intimidan, pues ayudado por las invenciones de la mecánica emprende viajes, en los cuales perecerían las aves de mas alto vuelo. Sin ir hasta las latitudes altas del Norte, donde los continentes de Asia y América se aproximan uno de otro mas de una cincuenta millas, habría sido fácil á los habitantes de la Tartaria oriental ó el Japon, conducir sus canoas de islote en islote y atravesar á la costa de América, sin estar mas de dos dias á la

(3) El conde Carli, demuestra mucha sagacidad é instruccion al comprobar la famosa tradicion Egipcia, traducida por Platon en su *Timæses*, de cuya buena fé no duda el filósofo italiano. (Cartas americanas, tom. II, carta 36, 39).

(4) García, origen de los indios del Nuevo-Mundo. (Madrid, 1729), cap. 4.

(5) Torquemada, Monarqu. Ind., lib. I, cap. 8.

(6) Prichard, Investigaciones sobre la Historia Física del género humano. (Londres, 1826), vol. I, p. 81 y siguientes.

Para tal hipótesis podia encontrar una autoridad ortodoxa de respetable antigüedad en San Agustin, quien expresamente manifiesta su creencia de que, "como Dios al tiempo de la creacion ordenó que la tierra produjese todos los animales segun sus clases, igual cosa debió haberse verificado despues del diluvio, en las islas demasiado remotas para que hubieran ido á ellas animales del Continente." De Civitate Dei, ap. ópera, (Parisiis, 1636), tom. V, p. 987.

vez en el mar (7). Por el lado del Atlántico las comunicaciones eran mas difíciles. Pero aun allí, la Zelandia estuvo habitada por europeos algunos centenares de años ántes del descubrimiento de Colon; y el tránsito entre la Zelandia y la América es comparativamente mas fácil (8). Independientemente de estos caminos habia otros en el hemisferio del Sud, por medio de los innumerables islotes exparsidos en el Pacífico. Resolver el problema del origen de la poblacion de América, es aun mas fácil que el poder explicar la existencia de estos lugares aislados; por que la experiencia de nuestra cuna demuestra cuan practicable, pudo haber sido la comunicacion aún por medio de estos mismos (9). Ya se ha dado el caso de haberse recogido en alta mar una piragua, conducida por salvajes, alejada de la costa cientos de leguas, y quienes habian vivido solo con la lluvia del cielo y los peces que habian podido coger (10). Los ejemplos de esta clase no son tan raros y sí lo seria, y mucho, el que estas piraguas errantes no hubieran llegado alguna vez al inmenso continente que se estiende sin interrupcion atravesando el globo casi de polo á polo. Sin duda alguna la historia nos revela mas de un caso de haber sido arrojada una embarcacion sobre las costas de América, cuyos náufragos han mezclado su sangre con la de las razas primitivas de estas regiones.

(7) Beechey, viaje al Pacífico y estrecho de Bering. (Lóndres, 1831), part. 2, Apéndice. Humboldt, exámen critique de l' Histoire de la geographie du Nouveau Continent, (Paris, 1837), tom. II, p. 58.

(8) Cualquiera que haya sido el escepticismo sobre que los hombres del Norte hayan visitado en el siglo undécimo las costas del gran Continente, es de presumirse que los literatos se hayan tranquilizado con la publicacion de los documentos originales de la real sociedad de Copenhague. Véase con particularidad (Antiquitates American Hæfuie, 1837, pp. 79, 200). Hasta donde penetraron, no es fácil decirlo.

(9) No hay ejemplo mas notable de una comunicacion, probablemente mas directa entre dos lugares remotos, que el que trae el capitan Cook, que observó que los habitantes de la Nueva-Zelandia tenian no solo la misma religion, sino que hablaban tambien el mismo idioma que los de Otaheite distantes mas de dos mil millas. La comparacion de los dos vocabularios establece este hecho. Viajes del capitan Cook, (Dublin, 1784), vol. I, lib. 1.

(10) El elocuente Leyell, despues de mencionar algunos ejemplos extraordinarios y bien probados de esta clase, termina con la siguiente observacion. "Si destruidos todos los seres vivientes, á excepcion de una familia, ya que ésta habitase en el viejo ó nuevo continente, la Australasia ó un islote de coral de los del Pacífico, tendríamos por seguro que sus descendientes, aunque no fueran mas ilustrados que los habitantes de las islas del mar del Sur ó los esquimales, se extenderian con el curso del tiempo sobre toda la superficie de la tierra, tanto por la natural tendencia de la poblacion á reproducirse mas allá de los medios para subsistir en un limitado lugar, como porque circunstancias accidentales como las mareas y las corrientes, hubieran llevado sus canoas á playas distantes." Principios de Geología, (Lóndres, 1832), vol. II, p. 121.

La dificultad principal no es la misma respecto de los animales que respecto del hombre, para explicar cómo vino éste á América, sino de dónde vino realmente. Al reconocer la vasta extension del Nuevo-Mundo, se halló que contenia dos grandes familias; una en el estado mas abyecto de civilizacion, compuesta de cazadores, y la otra tan adelantada en el refinamiento, como las medio civilizadas de los imperios del Asia. Probablemente las razas mas adelantadas ignoraban la existencia una de otra en los diferentes continentes de América, y tenian muy pocas relaciones con las tribus salvajes de que estaban rodeadas. No obstante algo tienen aquellas de comun con estas últimas, y ambas entre sí, que las distingue notablemente de los habitantes del antiguo mundo. Tienen el mismo aspecto y organizacion física, ó al menos conservan un carácter mas uniforme que el que se nota entre las naciones de cualquiera otra parte del globo; sus costumbres é instituciones les son comunes y hablan lenguas de una misma construccion, curiosamente distintas de las que se hablan en el hemisferio de Oriente. ¿De dónde proviene, pues, el refinamiento de esas razas mas civilizadas? ¿Es únicamente el mayor desarrollo del mismo carácter indio, que en las latitudes mas al Norte vemos que resiste á toda clase de esfuerzos para introducir una civilizacion mas estable? ¿Será ingertada en una raza de mas elevada gerarquía en su escala primitiva, instruida por sí misma y caminando hácia adelante por sus propios esfuerzos, ó en resumen, es una civilizacion indígena, ó ha sido tomada en parte de las naciones del Oriente? Si lo primero, ¿cómo se explicará la singular coincidencia con las opiniones é instituciones del Oriente? Si lo segundo, ¿cómo explicaremos la gran disimilitud del idioma, y la ignorancia de algunas de las artes mas útiles y simples, que una vez aprendidas, parece imposible que se hubieran olvidado? Este es el enigma de la esfinge, que ni el mismo Edipo tendria bastante habilidad para resolver. Sin embargo, esta cuestion es del mas grande interes para todo observador curioso é inteligente de su propia especie; y por esto ha ocupado la mente de los hombres desde el primer descubrimiento del pais hasta la presente, que han salido á luz los extraordinarios monumentos encontrados en Centro América, y que han dado un nuevo impulso á las investigaciones, sugiriendo la probabilidad (ó mas bien la posibilidad) con evidencias mas seguras, de las que se tenian, para establecer el hecho de una positiva comunicacion con el otro hemisferio.

No es mi ánimo añadir nuevas páginas á los volúmenes ya escritos sobre tan inagotable tópico. Un escritor de un temple filosófico, y que ha trabajado mas que ninguno otro para revelar este misterio, ha observado que él es por su naturaleza demasiado especulativo para pertenecer á la historia y quizá ni aun á la filosofía (11). Mas esta obra quedaria incompleta, si no presentara

(11) "La question générale de la premiere origine des habitants d'un Continent est au-delà des limites prescrites á l'histoire; peut-être même n'est elle pas une question philosophique," Humboldt, Essai Politique, tom. I, p. 349.

al lector los medios para juzgar por sí mismo de las verdaderas fuentes de la civilización peculiar que hemos descrito, manifestándole los puntos que hay de semejanza con el antiguo continente. Al hacerlo así me limitaré á mi propio asunto, los mejicanos, ó á aquello que de un modo ú otro tenga relacion con ellos; proponiéndome fijar solamente los verdaderos puntos que haya de semejanza segun estén corroborados por la evidencia, y desnudos, tanto cuanto sea posible, de las ilusiones de que han sido por una parte adornados por la piadosa credulidad, ó por el visionario sistema de inventar de la otra.

Una de las analogías que se encuentran es, en *las tradiciones cosmogóricas* y en los *usos religiosos*. Ya el lector está impuesto del sistema de los cuatro grandes ciclos de los aztecas, y su creencia, de que al fin de cada uno de ellos el mundo debía acabarse para ser regenerado de nuevo (12). La creencia de estas convulsiones periódicas de la naturaleza, por medio de la agencia de alguno de los elementos, era familiar á muchos pueblos del hemisferio oriental, y aunque variaban en los detalles, la semejanza en lo general suministra un argumento en favor de la comunidad de origen (13).

Ninguna tradicion ha sido mas general entre las naciones que la del diluvio. Independientemente de la tradicion es muy natural suponerlo por la estructura interior de la tierra, como por la existencia de algunas sustancias marinas que se han encontrado depositadas en lugares muy elevados. De él tenían idea, bajo de una ú otra forma, los pueblos mas civilizados del antiguo mundo como los mas rudos del nuevo (14). Los aztecas combinaban con esta idea algunas circunstancias particulares de un carácter mas arbitrario, que lo hacian parecer mas á las relaciones del Oriente. Creían que habian sobrevivido al diluvio dos personas: un hombre llamado Coxox, y su muger, cuyas cabezas se represen-

(12) Véase, vol 1, p. 37.

(13) La caprichosa division del tiempo en cuatro ó cinco ciclos, ó edades, se encontró entre los hindoo, (*Investigacion Asiática*, vol. II, mem. 7), en los del Tibete (*Humboldt*, vistas de las cordilleras, p. 210), en los persas, (*Bailly*, tratado de astronomía, Paris 1787; tom. I, discurso preliminar), en los griegos, (*Hesiodo*, vol. 108 y sig. y sin duda en otros pueblos. Las cinco edades de la *Cosmogonia Griega* se refieren á fenómenos morales mas bien que á los físicos; prueba de una civilización mas adelantada).

(14) Las noticias caldeas y hebreas acerca del diluvio, son casi las mismas. Este paralelo ha sido ingeniosamente investigado por Palfren, en sus lecciones sobre las antigüedades y escrituras judaicas. (Boston, 1840. Vol. II, lect. 12, 22). Entre los escritores paganos, ninguno se acerca mas al texto de la Escritura que Luciano, quien en su narracion sobre las tradiciones griegas, habla del arca, y de pares de animales diversos (*De Dea Syria*, sec. 12). Lo mismo se encuentra en la *Bhagawatn Purana*, poema Hindoo, de una remota antigüedad. (*Investigaciones Asiáticas*, vol. II, mem. 7. La simple tradicion de una inundacion universal, se conserva probablemente entre los mas de los aborígenas del Mundo occidental. Véase *Mc. Cullok*, *Investigaciones*, p. 147.

taban en las pinturas antiguas, juntas en una barquilla flotando en el agua al pié de una montaña. También estaba pintada una paloma con un geroglífico en el pico, emblema de las lenguas, que estaba distribuyendo entre los hijos de Coxox que habian nacido mudos (15). La vecina poblacion de Michoacan, que habita las mismas llanuras elevadas de los Andes, tenia una tradicion mas aventajada, pues el bote en que Tezpi, su Noe, escapó, está lleno con varias clases de animales y pájaros. Despues de algun tiempo se echó á volar un buitre, mas éste se quedó devorando los cadáveres de los gigantes que aparecian exparcidos sobre la tierra segun se iban retirando las aguas. Se envió entonces al pequeño colibrí *huitzitzilin*, el cual volvió con un ramito en el pico. La relacion hebrea y caldea coincide expresamente con ésta. Seria de desear que la autoridad de la version de la de Michoacan fuera mas satisfactoria (16),

Cerca del camino de Veracruz á la capital, y no muy distante de la moderna ciudad de Puebla, existe la venerable reliquia de la pirámide de Cholula, con la que el lector se habrá familiarizado ya en el curso de mi narracion. Consiste en un monton piramidal, construido ó mas bien encasado, de ladrillo sin cocer, que se eleva á la altura de cosa de ochenta piés. La tradicion popular de los nativos era, que habia sido construida por una familia de gigantes, que habiendo escapado de la grande inundacion, habian intentado levantarla hasta las nubes; pero que ofendidos los Dioses de tal presuncion los hicieron abandonar su empre-

(15) Esta tradicion de los aztecas consta en un mapa geroglífico antiguo, publicado por primera vez en la "Vuelta del Mundo por Gamelli Carreri" (Véase tom. VI, p. 38, ed. Napoli 1700). Sobre la autenticidad del mapa como sobre la integridad del mismo Carreri, ha suscitado sus dudas y sospechas la obra de Robertson sobre América, (véase vol. III, not. 26, ed. Lóndres. 1796) las cuales han sido disipadas suficientemente por Baturini, Clavigero y Humboldt, todos los cuales siguieron los pasos del viajero italiano, (Baturini, Idea, p. 54. Humboldt, vistas de las cordilleras, 223, 224; Clavigero, Hist. de Méjico, tom. 1, p. 24). El mapa en cuestion es copia de uno de la curiosa coleccion de Sigmüenza. Tiene todo el carácter de una genuina pintura azteca, aunque se nota haber sido retocado, especialmente en los trajes, por algun artista moderno. La pintura de las cuatro edades, del Código Vaticano núm. 3730, representa tambien las dos figuras en el bote, huyendo de la gran catástrofe. Ant. de Méjico, vol. I, lám. 7.

(16) Clavigero es la única autoridad responsable que hay de esta tradicion, (Stor. del Messico, dissert. 1), que aunque muy buena no es la mejor, cuando no da las razones para creérsele. No obstante, Mr. Humboldt no desconfia de la tradicion. Véase (Vaux des Cordilleres, p. 226). No es tan escéptico como Vater, quien al hacer mencion de la Historia de los Food observa: He omitido expresamente noticiar la semejanza de las nociones religiosas por que no concibo cómo sea posible separar de ellas toda clase de influencia de las ideas cristianas, aunque sea para causar cuando menos alguna ligera confusion en la mente del narrador. (Mithridates oder allgemeine Sprachenkunde, Berlin 1812, theil III, abtheil 3, p. 82, note).

sa arrojando fuego del cielo sobre la pirámide (17). No puede negarse la parcial coincidencia de esta leyenda, con la relacion de los hebreos sobre la torre de Babel que ha sido admitida por otras naciones del Oriente (18). Aun el que no haya examinado el asunto apenas dará crédito á cuanto la atrevida hipótesis ha fabricado sobre tan débil base.

Otro punto de coincidencia se encuentra con la Diosa *Cioacoatl* "nuestra madre y señora; la primera Diosa de la creacion; y por quien el pecado vino al mundo." Tal era el lenguaje de los aztecas con esta venerada deidad. La representaban generalmente con una serpiente á su lado, y el nombre significa tambien "la muger de la serpiente." En todo esto hay mucho para recordarnos á la madre de la familia humana, á la Eva de las naciones Siria y Hebrea (19). Pero ninguna de las deidades del pais, sugiere analogías mas sorprendentes.

(17) Esta historia no está conforme con la tradicion azteca, en que solamente se advierte que sobrevivieron dos personas al diluvio, la cual se repetia á la época de la visita allí de Mr. Humboldt. (*Veux des Cordilleres*, pp. 31, 32). Esto conviene tambien con la relacion dada por el intérprete del colegio vaticano; (*Antig. de Méjico*, vol. VI, p. 192 et seq), que probablemente seria algun monge del siglo XVI, para quien la ignorancia y el dogma eran los mejores maestros. Una muestra de esto puede verse en la relacion que hace de la cronología azteca á que nos referimos en las páginas anteriores.

(18) Entre los hebreos y los hindos existia una tradicion semejante, (*Asiatic Researches*, vol. III, mem. 16). Segun el obispo Nuñez de la Vega, los nativos de Chiapas tenian tambien una historia semejante, que Humboldt cita como genuina, (*Veux des Cordilleres*, p. 148) la cual no solo coincide con la relacion de la Escritura sobre el modo con que se construyó la Torre de Babel, sino tambien con la dispersion subsecuente de las lenguas. ¡Coincidencia maravillosa! Pero ¿quién responde de la autenticidad de su tradicion? El Rev. Obispo floreció al fin del siglo XVII y sus noticias las tomó de mapas geroglíficos y de un Ms. Indio que Boturini á pesar de sus esfuerzos no pudo recobrar. Para inspeccionarlo necesitó de la ayuda de los nativos; los que como dice Boturini, inducian frecuentemente al buen hombre á cometer los mayores errores y absurdos, de los cuales relata vários ejemplos. (*Idea*, p. 116, et seq). El mismo Boturini incurrió en un error muy grande respecto de un mapa, relativo á la pirámide de Cholula en cuestion, y que Clavigero prueba que tan léjos de haber sido un mapa genuino, habia sido inventado muy recientemente. (*Stor. del Messico*, tom. 1, p. 130, nota). En la deléznable arena de la tradicion no es posible sentar el pié con firmeza. Cuanto mas se aleja de nosotros la época de la conquista, mas difícil es el poder decidir sobre lo que perteneció á los primitivos aztecas, ó á los convertidos despues al cristianismo.

(19) Sahagun, *Hist. de Nueva-España*, lib. I, cap. 6, lib. 6 cap. 28, 33.

Torquemada no satisfecho aún con la cándida relacion de sus predecesores, cuyos Mss. tuvo á la vista, nos cuenta que la Eva mejicana tuvo dos hijos, Cain y Abel. (*Monarch. Ind.* lib. 6 cap. 31). Y los antiguos intérpretes del Vaticano y de los Códigos Telexianos aun van mas léjos en la tradicion, asegurando que el pecado y los males vinieron al mundo por haberse arrancado la rosa prohibida. (*Antig. of Mexico*, vol. VI,

dia esculpida en bajo relieve en una de las paredes de los edificios del Palenque, mientras una figura en apariencia de un niño, se ve en la actitud de adorarla (24). Su sorpresa fué mayor cuando vieron un rito religioso, que les recordaba la comunión cristiana. En tal ocasión, se hacía una figura de harina de maiz representando la deidad tutelar de los aztecas, mezclada con sangre, y despues de estar consagrada por sus sacerdotes, se distribuía al pueblo, quien al comerla "daba muestras de humildad y arrepentimiento, declarando que era la carne de la deidad! (25)." ¿Cómo había de dejar un católico romano de reconocer en esto la tremenda ceremonia de la Eucaristía?

Con los mismos sentimientos presenciaron otra ceremonia y fué la del bautismo de los aztecas; el cual, despues de una solemne invocación, tocaban con agua la cabeza y los labios de la criatura, y se le ponía un nombre, mientras se invocaba á la Diosa *Cioacoatl*, que era la que presidía sobre los nacidos para que "el pecado que se les había dado ántes del principio del mundo, no visitara á la criatura, sino que purificado por estas aguas pudiera vivir y volviera á nacer! (26). Verdad es que los mas de estos ritos tenían muchas particula-

(24) Antigüedades mejicanas, exped. 3, Pl. 36. Las figuras están rodeadas de geoglíficos de un carácter el mas arbitrario, quizá fonético. (Véase igualmente Herrera Hist. Gen., déc. 2, lib. 3, cap. 1. Gomara, Crónica de la Nueva España, cap. 15. ap., Barcia, tom. II). Mr. Stephen cree que la célebre "Cruz de Cozumel," conservada en Mérida, que pasa por ser la misma que adoraban los nativos de Cozumel, no es otra cosa sino una cruz levantada por los españoles en uno de sus propios templos en dicha isla despues de la conquista. Este hecho "nulificó completamente la mas fuerte prueba de que los indios tenían la cruz como un símbolo de adoración." (Viajes de Yucatán, vol. II, cap. 20). Aun admitiendo la verdad de esta relación, de que la cruz de Cozumel es únicamente una reliquia cristiana del tiempo de la conquista, y que el ingenioso viajero ha hecho muy probable, su inferencia de ningún modo es admisible. Nada hay mas natural que los religiosos de Mérida hayan procurado dar celebridad á su convento haciéndolo poseedor de monumento tan notable, como el de tener la reliquia que probaba á sus ojos, que el cristianismo había sido predicado á los nativos en época mas antigua. Mas la prueba de la existencia de la cruz, como un objeto de adoración en el Nuevo-Mundo, no estriba en tan espurio monumento como ese, sino en el testimonio nada equívoco de los mismos españoles que fueron los descubridores de él.

(25) "Lo recibían con gran reverencia, humillación y lágrimas, diciendo que comían la carne de su Dios." Veytia, Hist. Antig., lib. I, cap. 18. Igualmente Acosta, lib. 5, cap. 24.

(26) Véase, vol. I, p. 39. Sahagun, Hist. de Nueva España, lib. 6, cap. 37.

Para que el lector pueda juzgar por si mismo de la semejanza del rito cristiano con el azteca y vea sin embargo cuán diferente era, copiaré toda la relación que Sahagun hace de él

"Despues de haber aparejado todo lo necesario para el bautismo, luego se juntaban todos los parientes y parientas del niño, viejos y viejas, y llamaban á la partera que era la que bautizaba á la criatura que había parteado, y juntábanse todos muy de ma-

ridades que en nada se parecían á las usadas en las iglesias católicas; mas los

ñana ántes que saliera el Sol, y en saliendo éste astro ya que estaba algo altillo, la partera demandaba un apazcle ó lebrillo nuevo lleno de agua y luego tomaba el niño entre ambas manos, y los circunstantes tomaban todas las alhajuelas que estaban aparejadas para el bautismo y poníanlas en medio del patio de la casa. Para bautizar al niño poníase la partera con la cara hácia el occidente, y luego comenzaba á hacer sus ceremonias y á decir: “¡oh águila! ¡oh tigre! ¡oh valiente hombre nieto mio! has llegado á este mundo, y te ha enviado tu padra y madre, el gran señor y la gran señora: tu fuiste criado y engendrado en tu casa, que es el lugar de los Dioses supremos, que están sobre los nueve cielos: hízote merced nuestro hijo *Quetzalcoatl* que está en todo lugar; ahora júntate con tu madre la Diosa del agua que se llama *Chalchiviltlycue*.” Dicho esto, luego le daba á gustar del agua, llegándole los dedos mojados á la boca y decia de esta manera. “*Toma, recibe, ves aquí con lo que has de vivir sobre la tierra, para que crezcas y reverdezcas: ésta es por quien tenemos y nos mereció las cosas necesarias para que podamos vivir sobre la tierra: recíbela:*” despues de esto, tocábala los pechos con los dedos mojados en el agua, y deciale: “Cata aquí el agua celestial: cata aquí el agua muy pura, y lava y limpia vuestro corazón, que quita toda suciedad, recíbela: tenga ella por bien de purificar y limpiar tu corazón.” Despues de esto echábale el agua sobre la cabeza, diciendo: “*Omictomx! ¡oh hijo mio! recibe y toma el agua del señor del mundo que es nuestra vida, y es para que nuestro cuerpo crezca y reverdezca: es para lavar y para limpiar: ruego que éntre en tu cuerpo, y allí viva esta agua celestial azul, y azul clara. Ruego que ella destruya y aparte de tí todo lo malo y contrario que te fué dado ántes del principio del mundo, porque todos nosotros los hombres somos dejados en su mano, porque es nuestra madre Chalchiviltlycue.*” Despues de esto lavaba la criatura con el agua por todo el cuerpo, y decia de esta manera: “*Adonde quiera que estés, tú que eres cosa empecible (¿ cosa que puede dañar) (?) déjale, que eres cosa empecible al niño, déjule y vete, apártate de él, porque ahora vive el nuevo, y nuevamente nace este niño: ahora otra vez se purifica y se limpia, y otra vez le forma (b) y engendra nuestra madre Chalchiviltlycue.*” Despues de hechas las cosas arriba dichas, tomaba la partera al niño con ambas manos, y levantábalo hácia el cielo y decia: “*Señor, veis aquí vuestra criatura, que habeis enviado á este lugar de dolores, de aflicciones y de penitencia, que es este mundo; dadle, señor, vuestros dones y vuestras inspiraciones, pues vos sois el gran Dios, y tambien con vos la gran Diosa.*” Cuando esto decia estaba mirando hácia el cielo, tornaba un poco á poner el niño en el suelo, y volvía la segunda vez á levantarle hácia el cielo y decia de esta manera: “*Señora, que sois madre de los cielos y os llamais Citlaltatonac, á vos se enderezan mis palabras y mis voces y os ruego imprimais vuestra virtud: cualquiera que ella sea, dadla, é inspiradla á esta criatura,*” y luego la tornaba á poner; y despues por tercera vez tornábala á levantar hácia el cielo, y decia: “*Oh señores Dioses celestiales que estais en los cielos! aquí está esta criatura, tened por bien de infundirle*

(a) Quod noscere potest dice el Diccionario de la lengua española.

(b) Nótese estas palabras, y cótéjense con las del Evangelio que hablan de la regeneracion del bautismo.... Nisi quis renatus fuerit ex aqua et Spíritu Sancto.

misioneros fijaban solamente su atención en los puntos que había de semejanza. Ignoraban que la cruz fué símbolo de adoración desde la más remota antigüedad.

*vuestra merced y vuestro soplo, para que viva sobre la tierra," y luego la tornaba á poner, y de ahí á un poquito la volvía á levantar hácia el cielo la cuarta vez, y hablaba al Sol y decía: "¡Señor Sol y Tlaltecútlí, que sois nuestra madre y nuestro padre! ved aquí esta criatura, que es como una ave de pluma rica, que se llama Zaquan ó Queschohl: vuestra es, y he determinado de os la ofrecer á vos, señor Sol, que también os llamais Totonamétl, y piniado como tigre de pardo y negro, que sois valiente en la guerra: mirad que es vuestra criatura, y es vuestra hacienda y patrimonio, que para os servir, para os dar comida y bebida: es de la familia de los soldados y peleadores, que pelean en el campo de las batallas:" y luego tomaba la rodela, el arco y el dardo que estaban allí aparejados, y decía de esta manera: "Aquí están los instrumentos de la milicia con que sois servido, con que os halagáis y deleitáis. Dadle el don que sois dar á vuestros soldados, para que pueda ir á vuestra casa llena de deleites, donde descansan y se gozan los valientes soldados que mueren en la guerra, que están ya con vos alabándoos. ¿Será por ventura este pobrecito macehuatl uno de ellos? ¡Oh señor piadoso! haced misericordia con él, Y todo el tiempo que estas ceremonias se están haciendo, está ardiendo un hachón de teas grandes grueso. Acabadas todas estas ceremonias, ponen nombre al niño de alguno de sus antepasados, para que levante la fortuna y suerte de aquel, cuyo nombre le dan. Este nombre le pone la partera ó sacerdotiza que le bautizó: pongo por caso que le ponen por nombre *Fautl*, comienza á dar voces y habla como varón con el niño, y dícele de esta manera: *Fautl* (que quiere decir) ¡oh hombre valiente! recibe, toma tu rodela, toma el dardo, que estas son tus recreaciones, y regocijos del Sol:" y luego le ponía la mantilla atada sobre el hombro y le ceñían un *maxile*. En este tiempo que estas cosas se hacían, juntábanse los mozueros de todo aquel barrio, y acabadas todas estas ceremonias entran en la casa de él, y toman la comida que allí les tenían aparejada, y á esta llaman *el ombligo del niño* (c), y salían huyendo con ella, é iban comiendo la comida que habían arrebatado, y luego comenzaban á voces á decir el nombre del niño, y si era su nombre *Fautl* iban diciendo ¡oh *Fautl*, oh *Fautl*! vete hácia el campo de las batallas, ponte en el medio donde se hacen las guerras, ¡oh *Fautl*, oh *Fautl*! tu oficio es regocijar al Sol y á la tierra, y darlos de comer y de beber: ya eres de la suerte de los soldados que son águilas y tigres, los cuales murieron en la guerra, y ahora están regocijando y cantando delante del Sol: é iban también diciendo: "¡oh soldados! ¡oh gente de guerra, venid acá, venid á comer el ombligo de *Fautl*!" Estos muchachos representaban á los hombres de guerra, porque robaban y arrebataban la comida, que se llamaba *el ombligo del niño*. Después que la partera ó sacerdotiza había acabado todas las ceremonias del bautismo, metían al niño en casa, é iba delante de él el hachón de teas ardiendo, y así se acababa el bautismo."*

(c) En Méjico se acostumbra dar por los padrinos, medios reales nuevos que llaman *dar el volo* del bautismo.

dad en Egipto y en Siria (27), y que ritos muy parecidos á los de la comunión (28) y el bautismo se habian acostumbrado por naciones paganas, donde jamas habia alumbrado la luz del Evangelio (29). Llenos de asombro no solo exageraban cuanto veian, sino que constantemente se engañaban con las ilusiones que les presentaba su exaltada imaginacion. En todo esto eran admisiblemente ayudados por los indios convertidos, empeñados en establecer (medio convencidos de ello), una correspondencia entre su propia fé y la de los conquistadores (30).

La sagacidad del cronista, consistia en encontrar analogías entre la religion azteca y el Antiguo y Nuevo Testamento. La emigracion de Aztlan á Anáhuac, se veia como emblema de Exodo de los judios (31). Los lugares adonde hicieron alto los mexicanos en su emigracion eran idénticos á los de los israelitas (32);

(27) Entre los símbolos egipcios se encuentran muchos semejantes á la cruz. Uno de ellos significaba segun Justus Lipsius, "vida futura," (*Tractatus de Cruce Lutetiae Parisionum* 1598, lib. 3, cap. 8). En el catálogo de Champollion encontramos otro que él lo interpreta "protector ó salvador." (*Précis*, tom. II, *Tableau Gén.* números 277, 348). Mc. Cullok ha reunido otros ejemplos curiosos del culto que los antiguos tributaban á la cruz. (*Researches*, p. 330, et seq), y Humboldt en su última obra. (*Géographie du Nouveau Continent*, tom. II, p. 354, et seq).

(28) "Ante Deos homini quod conciliare valeret, Far erat," Ovidio. (*Fastorum*, lib. I, v. 337). El conde de Carli ha indicado que un uso semejante de consagrar el pan, el vino ó el agua, existia en los dogmas griegos y egipcios. (*Cartas Améric.* tomo I, cart. 27). Véase tambien á Mc. Culloh, (*Researches*, p. 240, et seq).

(29) El uso del agua para purificarse y otros ritos religiosos, es cosa de que hablan con frecuencia los escritores clásicos.

Véase Euripides; *Iphig.* in *Taur*, vv. á 1192, 1194."

Las notas de este pasaje se encuentran en la admirable edicion. (*Variorum de Glasgow* 1821), y hacen referencia á otros pasajes interesantes de otros autores.

(30) La dificultad de obtener de los indios algunas noticias exactas, ha sido la queja de varios escritores, y esto explica por qué Sahagun tomó tanto empeño en comparar unas con otras las noticias que le daban. *Hist. de la Nueva-España*, prólogo. Boturini, *Idea*, p. 116.

(31) El paralelo que hizo Torquemada era tan idéntico, que se vió precisado, cuando publicó su obra, á suprimir el capítulo que lo contenia. Véase el Proemio á la edicion de 1723, sección 2.

(32) "El Diablo," dice Herrera, "quiso imitar en todo, la emigracion de los israelitas de Egipto y sus subsecuentes emigraciones." (*Hist. Gen.*, déc. 3, lib. 3, cap. 10). Pero todo lo que se habia hecho por los monges cronistas para establecer el paralelo entre los aztecas y los hijos de Israel, es nada en comparacion de los trabajos que ha tomado Lord Kingsborough, y se encuentran detallados en 200 páginas de á folio. (Véase *Antig. de Méjico*, tom. VI, pp. 282, 410). Quantum Inane!

y aun la palabra Méjico se creia idéntica con el nombre hebreo del Mesiah (33).

Los geroglíficos mejicanos daban campo ilimitado para ejercer esta agudeza crítica. En aquellos misteriosos caracteres se creian leer los pasajes mas notables del Antiguo y Nuevo Testamento; y el ojo de la fé trazaba en ellos, la historia completa de la pasion, viendo al Señor suspendido de la cruz y á la Virgen María rodeada de ángeles (34).

Los dogmas cristiano y judaico se mezclaban de un modo extraño, y la mente de los buenos misioneros se extraviaba mas con la mezcla de las abominaciones idólatras y las creencias ortodoxas. En tanta perplejidad supusieron, para explicarla, que el diablo falsificaba los ritos del cristianismo y reproducia las tradiciones del pueblo escogido, para poder alucinar á las infelices víctimas y conducir las á su destruccion (35).

Aunque no sea necesario recurrir á estas extravagantes suposiciones ni invocar á ningun apóstol de entre los muertos, ú ocurrir á algun misionero de tiempos posteriores, para explicar las coincidencias con el cristianismo, sí debemos reconocer que ellas nos dan un argumento bueno en favor de la idea de que hubo una comunicacion en otro tiempo con la gran familia de los pueblos del antiguo continente, entre quienes reinaban generalmente creencias muy semejantes. La probabilidad de tal comunicacion, especialmente con el Asia oriental, se fortificó mas por la semejanza de algunos ritos religiosos, tales como los del matrimonio (36), la sepultura de los muertos (37), la práctica de los sa-

(33) La palabra hebrea de la que se deriva Christo "el ungido," es mas parecida, aunque no idéntica, como dice Lord Kingsborough, con aquella de Mexi ó Mesi, nombre del gefe que se cree condujo á los aztecas hasta el valle de Anáhuac.

(34) Interp. del cód. Teleriano y Vaticano, Antig. de Mex., vol. VI. Sahagun, Hist. de Nueva-España, lib. 3, suplemento. Veytia, Hist. Ant., lib. I, cap. 16.

(35) Esta opinion ha encontrado favor entre los escritores tanto españoles como mejicanos, desde la conquista á la fecha. Solís no encuentra el hecho improbable "de que la influencia maligna, de que hay tantos ejemplos en la Historia Sagrada, se encuentre tambien en la profana." Hist. de la Conq., lib. 2, cap. 4.

(36) Las ceremonias del matrimonio entre los hindoos, tienen particularmente puntos curiosos de analogía con las de los mejicanos. (Asiatic, Researches, vol. VII, mem. 9.) La institucion de un sacerdocio numeroso, la práctica de la confesion y la penitencia, eran familiares á los pueblos tártaros. (Maundeville Voyage, cap. 23). Desde los primeros tiempos ha habido establecimientos monásticos en el Thibet y en el Japon, (Humboldt, vñeus de Cordillères, p. 179).

(37) "Indudablemente," dice el ingenioso Carli, "la costumbre de quemar los cadáveres, recoger las cenizas en vasos y enterrarlos bajo tumbas piramidales, inmolando al tiempo del funeral á las mugeres y criados, nos recuerda los usos del Egipto y el Indostan." (Cartas sobre América, tom. II.)

crificios humanos y aun el canibalismo de que se encuentran perceptibles rastros aun en las razas del Mogol; y finalmente por una tal conformidad de usos y costumbres sociales, que la descripción de la corte de Moctezuma (38) podría pasar por la del Gran Kan, que describe Maundeville y Marco Polo (39).

Mucho tiempo se necesita para entrar en los detalles sobre este asunto; sin embargo, sin ellos no puede establecerse plenamente ni sentirse la fuerza de los argumentos en su favor; mas otros lo han hecho y alguna coincidencia accidental se ha indicado en los capítulos anteriores.

Verdad es que uno debe ser muy cauto al fijar identidad, y aun correspondencia, entre las naciones, solamente por la semejanza de sus costumbres é instituciones.

Cuando ella hace relacion á las costumbres, y está fundada en el capricho, no por ello es mas concluyente que si dimanara de la sugestion espontánea de la naturaleza, comun á todos. La semejanza en un caso se atribuiria á accidente; en el otro á la constitucion del hombre. Pero hay ciertas arbitrariedades peculiares, las cuales, si se encuentran en diferentes naciones, sugieren con razon la idea de alguna comunicacion prévia entre ellas. Quién puede dudar la existencia de una afinidad, ó al menos comunicaciones entre tribus que tienen la extraña habitud de enterrar sus muertos sentados, como se practica con generalidad, por los mas, si no por todos los aborígenas desde el Canadá hasta Patagonia (40). La costumbre de quemar los cadáveres, tan familiar á los del Mogol como á los aztecas es, en sí misma, una prueba muy débil de que tuviesen un origen comun. De alguna manera se habia de disponer de los muertos, y ésta es tan natural como cualquiera otra; mas cuando á esto se agrega la circunstancia de recoger las cenizas en un vaso y no depositar con ellas

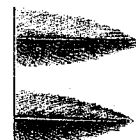
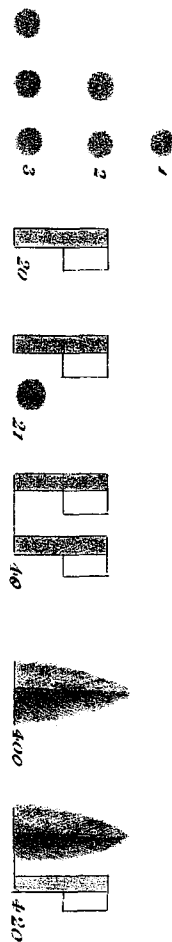
(38) Marco Polo menciona que en el Sudeste de China hay pueblos civilizados, y en el Japon tambien, que bebian la sangre y comian la carne de sus cautivos, como la mas sabrosa comida del Mundo, "la piú saporita et migliore, che si possa tronvar al mondo." (Viaggi, lib. 2, cap. 75; lib. 3, 13, 14). Los del Mogol, segun Sir Jhon Maundeville, consideraban "las orejas, en salsa de vinagre," como el platillo mas exquisito. (Voyage, chap. 23).

(39) Marco Polo, Viaggi, lib. 2, cap. 10. Maundeville Voyage, cap. 20, et alibi.

Véase tambien un notable paralelo entre los orientales asiáticos y los americanos en el suplemento "Investigaciones Históricas," de Raking; obra que en apoyo de una extravagante teoría contiene varios detalles muy curiosos sobre la historia y costumbres del Oriente.

(40) Morton, Crania Americana, (Philadelphia, 1839), pp. 224, 226.

El empeñoso autor comprueba este hecho singular con ejemplos sacados de un gran número de naciones de ambas Américas.



800



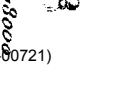
8000



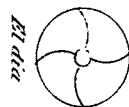
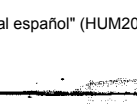
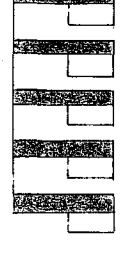
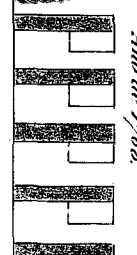
8400



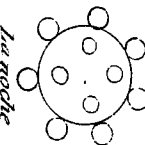
8400



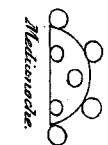
8400



El día



la noche



Medianoche



Al año.



El cielo



El aire



La Tierra



El agua

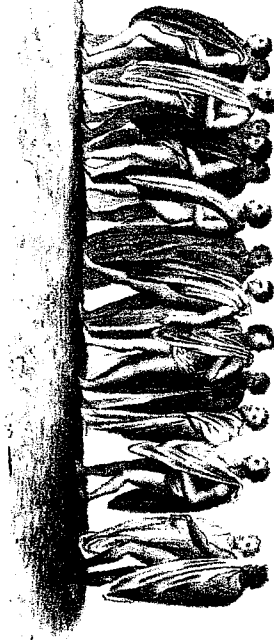


El edificio



Al siglo

la confesion de las lenguas.



Caracteres numéricos y figuras simbólicas.

otra cosa que una piedra preciosa, la coincidencia es muy notable (41). Tan minuciosas coincidencias no son frecuentes, mas la acumulacion de aquellas de un carácter mas general, aunque sean en sí de poca monta, reunidas corroboran mucho la probabilidad de que haya habido una comunicacion con el Oriente.

En las analogías de *ciencia* hallamos pruebas de una clase mas superior.

Hemos visto cuál era el sistema cronológico peculiar de los aztecas, su método de distribuir los años en ciclos y de contar por medio de series periódicas, en vez de números. Un proceder semejante se usaba por varias de las naciones Asiáticas de la familia mongólica, desde la India al Japon. Sus ciclos, es verdad, que constaban de 60 años, en vez de 52, y que para señalar sus series periódicas emplean los nombres de los elementos, y de los signos del Zodiaco, del que probablemente no tenían conocimiento los mejicanos; mas el principio era precisamente el mismo (42).

Una correspondencia igualmente extraordinaria se encuentra entre los gero-glíficos usados por los aztecas, para señalar los días con aquellos signos del Zodiaco que los asiáticos del Oriente emplean como términos de sus series periódicas.

Los símbolos del calendario de los del Mogol están tomados de los animales, y de los doce cuatro son idénticos á los de los aztecas; tres son tan parecidos como lo permite la diferencia entre las especies de unos mismos animales en los dos hemisferios; y los cinco restantes no corresponden á ninguno de los animales que entónces habia en Anáhuac (43). La semejanza era tanta cuan-

(41) Gomara, Crónica de la Nueva-España, cap. 202, ap. Barcia, tom. II. Clavigero, (Stor del Messico, tom. I, pp. 94, 95). Mc. Culloch, (Researches, p. 198), quien cita las Investigaciones Asiáticas.

El Dr. Mc. Culloch, ha compilado en un solo volúmen, probablemente el mayor acopio de materiales para ilustrar la historia de los aborígenas cual ningun otro escritor. En la eleccion de los hechos ha manifestado tanta sagacidad como empeño; y aunque el carácter formal y algo repulsivo de su estilo, ha sido desfavorable al interes popular de su obra, sin embargo ella tendrá siempre interes para aquellos que se ocupen del estudio de las antigüedades de los indios. Sus ingeniosas conjeturas sobre la mitología mejicana divertirán al menos mucho á los que no queden convencidos.

(42) Véase, vol. I, p. 66 y sig.

(43) Esto se demostrará mejor enumerando los signos del Zodiaco usados por los asiáticos orientales para los nombres del año. Los de los del Mogol eran estos: primero, raton; segundo, buey; tercero, leopardo; cuarto, liebre; quinto, cocodrilo; sexto, serpiente; sétimo, caballo; octavo, carnero; noveno, mono; décimo, gallina; undécimo, perro; duodécimo, puerco. Los tártaros manchús, los japoneses y los tibetinos tienen casi los mismos signos, sustituyendo sin embargo, en el número tres, el tigre; cinco, el dragon; ocho, la cabra. En los signos usados por los mejicanos para señalar los días, ha-

ta es posible (44). La correspondencia de estos signos convencionales entre varias naciones del Oriente, no puede menos de llevar consigo la convicción de un origen común del sistema en que se funda. Por qué no se ha de aplicar una conclusion semejante al calendario azteca, el cual aunque se refiere á los dias, en vez de los años, era lo mismo que el de los asiáticos, acomodado igualmente á usos cronológicos, lo mismo que á los de la astrología (45). Omitiré hacer mencion de la semejanza con los persas, que consiste en el modo de ajustar el tiempo por medio del mismo sistema de intercalacion (46); y á los egipcios en la celebracion de una gran fiesta en el solsticio de invierno (47); pues aunque en sí es muy curiosa la coincidencia puede ser accidental y por

llamos tambien la *liebre*, la *serpiente*, el *mono* y el *perro*; en vez del "leopardo," del "cocodrilo" y de la "gallina," que eran animales desconocidos en Méjico al tiempo de la conquista. Hallamos el *ocelotl*, el *escorpion* y el *águila*. El calendario lunar de los hindooos ofrece una analogía igualmente extraordinaria. Siete de los signos convienen con los de los aztecas, á saber: *serpiente*, *perro*, *navaja*, *camino del Sol*, *cola de perro*, *casa*. (Humboldt, *veus des cordilleres*, p. 152). Es de observar que estos signos son escogidos mas arbitrariamente, no limitándose á que sean de animales; porque los gero-glíficos del calendario de los aztecas, representan indiferentemente, como los signos del Zodíaco, animales ú otros objetos.

Estas analogías científicas se han fijado en su verdadero punto de vista por Mr. Humboldt, y ocupan para el filósofo observador, la mas grande y mas interesante parte de su obra. (*Veus des cordilleres*, pp. 125, 134). Sin embargo, él no ha comprendido en sus tablas el calendario mogol, el cual tiene mas que ningun otro de las razas tártaras, la semejanza mas aproximada con el mejicano. (Comp. *Ranking Researches*, pp. 370, 371, note).

(44) Hay alguna inexactitud en la definicion que hace Humboldt del *ocelotl*, "tigre ú onza," (Ibid. p. 159). Es mas pequeño que la onza aunque igualmente feroz, y tan gracioso y hermoso como el leopardo al que mas se parece; es nativo de la Nueva-España adonde no se conoce el tigre, (véase Buffon, *Hist. naturelle*. Paris, an. 8, tom. II, *vox ocelotl*). La adopcion de este último nombre en el calendario azteca, nos induce á una inferencia algo exagerada.

(45) Tanto los tártaros como los aztecas designaban el año por su signo, como el "año de la liebre ó conejo," &c. Mas los signos asiáticos usados de la misma manera, no solo se limitan á los meses y años, sino que se extendian igualmente á los dias y las horas. (Humboldt, *veus des cordilleres*, p. 165). Los mejicanos tenian tambien símbolos astro-lógicos apropiados á las horas. Gama, *Descripcion*, parte 2, p. 117.

(46) Véase, vol. 1, p. 66, nota.

(47) Aquiles Tácito nos refiere una costumbre de los egipcios, y es que conforme bajaba el Sol hácia capricornio, se vestian de luto; pero que conforme los dias iban alargando, sus temores se desvanecian, se vestian de blanco, se coronaban de flores y se entregaban al contento, lo mismo que los aztecas. Esta relacion que nos transcribe el traductor frances de Carli, y de Mr. de Humboldt, la critica mucho Mr. Jomard en las *veus de cordilleres*, p. 309, et seq.

lo mismo de poco peso, respectivamente al conjunto de combinaciones de un carácter tan complicado y artificial como las que tenemos ya indicadas.

En medio de estas analogías intelectuales, debería uno anticiparse el encontrar las del *lenguaje*, este medio de la comunicacion de las ideas, el cual generalmente dá indicios de su origen, aun cuando difiera mucho la ciencia y la literatura en que él esté empleado. Sin embargo, ninguna otra investigacion ha dado resultados menos satisfactorios que esta. Los idiomas usados en el continente occidental, exceden en número á aquellos encontrados en una poblacion igual del Oriente (48). En ellos se encuentra la anomalía mas notable y es, que siendo tan diferentes en etimología se semejan mucho en su estructura; y por otra parte, aunque en lo primero tienen alguna ligera afinidad á los idiomas del antiguo mundo, en lo segundo no tienen semejanza alguna (49).

El idioma mejicano se hablaba en una extension de trescientas leguas; mas dentro de los límites de la Nueva-España, se encontraban mas de veinte idiomas; no simples dialectos, sino muchos de ellos radicalmente diferentes (50). Sin embargo, todos estos idiomas, con una sola excepcion, tienen algo de aquella peculiar estructura sintética á la cual parece que han sido amoldados todos los dialectos indios usados desde el pais de los esquimales hasta los habitantes de la Tierra del Fuego (51), sistema que encierra dentro de un pequeño compas el número mas grande de ideas, expresa sentencias completas en una sola

(48) Jefferson, notas sobre Virginia, (London, 1787, p. 164,) confirmado por Humboldt, *Essai Politique*, tom. 1, p. 353,) Mr. Gallatin, saca una diferente conclusion. (*Transacciones de la sociedad de antigüedades*, (Cambridge, 1836.) vol. II, p. 161). El gran número de dialectos y lenguas americanas, se explica muy bien, por la vida antisocial de los cazadores, que hace que el pais esté dividido en territorios pequeños y separados á causa de la falta de los medios de subsistir.

(49) Los filólogos sin embargo, han encontrado dos curiosas excepciones en el Congo y primitivo Vascuense; pero las lenguas de los indios, difiere de ambas en muchos puntos esenciales. Véase (Du Ponceau's, Report, ap. *Transactions, of the Lit and. Hist. Committee of the. Am Phil Society*, vol. I.

(50) Vater (Mitridates, theil III abtheil 3, p. 70) fija los límites del rio Gila al Istmo de Darien dentro del cual se habla el idioma mejicano. Clavigero estima el número de los dialectos en treinta y cinco. Yo he adoptado el prudente parecer de Mr. Humboldt, quien dice que de éstos se han formado catorce diccionarios ó gramáticas. (*Essai Politique*, tom. 1, p. 352).

(51) Ninguno ha trabajado tanto para fijar este importante hecho, como el estimable literato Mr. Du Ponceau. Y la franqueza con que ha admitido una excepcion que contradice abiertamente su hipótesis favorito, manifiesta que es mas amigo de la ciencia que de los sistemas. Véase sobre esto una noticia interesante en su ensayo presentado, y premiado por el Instituto. (*Memoire sur le systeme grammaticale des langues de quelques Nations Indiennes de l' Amérique*. Paris, 1838).

palabra (52), desarrollando un curioso mecanismo, en el cual, unos creen descubrir la mano del filósofo y otros únicamente los espontáneos esfuerzos del salvaje (53).

Las afinidades etimológicas que se han notado con las lenguas del antiguo continente no son muy numerosas, y se han tomado indistintamente de todas las tribus desparramadas en América. En resumen, se ha encontrado mas analogía con los idiomas del Asia, que con los de ninguna otra parte. Pero su número es de muy poca consideracion si tomamos en cuenta las conclusiones que hay en contrario de una total diversidad de estructura (54). La lengua *otomita*, que con excepcion de la mejicana, es la que mas se habla en Nueva-España (55), presenta una excepcion muy notable que tanto en su composicion monosilábica (tan diferente de las otras sus vecinas), como en su vocabulario, ofrece una singular afinidad con la lengua chinesca (56). La existencia de este idioma aislado en el corazon de un vasto continente, ofrece un tema muy curioso á la investigacion, pero muy ageno de la de la historia.

Las lenguas americanas, tan numerosas como distintas, presentan un inmen-

(52) La lengua mejicana en particular, es mas flexible, y admite combinaciones tan fácilmente, que las ideas mas simples están confundidas con sus accesorias. El estilo de las expresiones, aunque pintorescas, son por lo mismo excesivamente confusas. Un "sacerdote," porejemplo, se llamaba *notlazomahuizteopixcatatzin*, que significa "venerable ministro de Dios, á quien amo como á mi padre. "Otra palabra aun mas significativa es *amatla cullolit quit catlaxtlahuilli*, que quiere decir, "la recompensa dada á un mensajero que trae un mapa geroglífico que contiene noticias."

(53) Véanse en particular sobre este asunto los argumentos de Mr. Gallatin en su ensayo escrito con agudeza y maestría sobre las tribus indias; disertacion que ha arrojado mas luz sobre el intricado tópic de que trata que todos los volúmenes que le han precedido. Transacciones de la Sociedad Americana de antigüedades, vol. II, Introduc. sec. 6.

(54) Esta anatomia comparativa de los idiomas de los dos hemisferios ha sido comenzada por Barton, "Origen de las tribus y naciones de América" (Philadelphia, 1797), fué continuada por Vater, (Mithridates, theil III, abtheil I, p. 348, et seq). Igualmente en Malte Brum, lib. 75, tabla, se encontrará una coleccion de las analogías mas notables.

(55) *Othomi*, de *otho*, "estacionario" y *mi* "nada," (Nágera, Disert, *ut infra*.) La etimologia da á conocer la condicion de esta ruda nacion de guerreros, que imperfectamente subyugados por las armas de los aztecas, vagaban por las elevadas colinas del valle de Méjico.

(56) Véase Nágera, "Disertatio de lingua *otomilorum*, ap." Transacciones de la Sociedad filosófica americana, vol. V, nueva série.

El autor de esta disertacion, un sabio mejicano, ha escrito un análisis muy satisfactorio de esta notable lengua, que existe aislada y sola en medio de los idiomas del Nuevo Mundo, como el vascuence en el Antiguo Mundo, acaso el único resto de una edad primitiva.

so campo á la investigacion, la que á pesar de los trabajos de varios distinguidos filólogos aun no han sido bastante exploradas. Solamente despues de muchas comparaciones podrá haber confianza en las conclusiones fundadas en la analogía. Mas la dificultad de hacer tales comparaciones se aumenta con el tiempo, por la facilidad que ofrece la estructura peculiar de los idiomas indios para formar nuevas combinaciones, mientras la insensible influencia del contacto con el hombre civilizado aumentándola, nos hace desconfiar de nuestras conclusiones.

La teoría de que la civilizacion azteca reconoce un origen asiático, toma mayor fuerza por la luz que dá la *tradicion*, la cual brillando fijamente allá en el Nordeste, penetra las densas tinieblas con que la historia y la mitología han envuelto á las antigüedades de América. Entre las tribus mas salvajes se han hallado tradiciones de haber tenido su origen del Occidente ó del Nordeste (57), y los mejicanos las conservan, tanto orales como en sus mapas geroglíficos, en los que están anotados cuidadosamente los diferentes lugares de su emigracion. Pero en el dia, ¿quién los podrá interpretar? Sin embargo, todos están conformes en que ellos convienen en designar al populoso Norte (58) como el productivo manantial de las razas americanas (59). En esta region estaba situa-

(57) Barton, p. 92. Heckewelder, cap. 1, ap. Transacciones de Hist. y Lit., comision de la Soc. Fil. Am., vol. I.

Estas diferentes tradiciones han sido compiladas por Mr. Warden, en las antigüedades mejicanas, p. 2, p. 185, et seq.

(58) La obra reciente de Mr. Delafield, "Investigaciones sobre el origen de las Antigüedades de América (Cincinnati, 1839), trae un grabado de uno de estos mapas, que dice consiguió Mr. Bulloch de los de la coleccion de Boturini. Dos de estos se mencionan en la página 10 del catálogo de este anticuario. Dicho mapa tiene toda la apariencia de una pintura genuina azteca, del carácter mas rudo. Se pueden descifrar los signos de algunas fechas y lugares, y otros que denotan el aspecto del pais, si era fértil ó estéril, si estaba en paz ó en guerra, &c. Pero es demasiado vago, y nosotros entendemos muy poco sus alusiones, para descubrir el curso que siguió la imaginacion azteca.

El celebrado mapa de Gemelli Carreri, contiene los nombres de muchos lugares del camino, interpretados quizá por el mismo Sigüenza á quien pertenecian (Giro del Mundo, tom. IV, p. 56). Clavigero ha procurado determinar con alguna precision varios de esos lugares. (Stor del Messico, tom. I, p. 160 y sig). Pero como todos ellos están dentro del limite de la Nueva-España, y al Sur del rio Gila, por consecuencia dan muy poca luz sobre la difícil cuestion de la primitiva procedencia de los aztecas.

(59) Esto se puede muy bien inferir de la concordancia de las interpretaciones *tradicionales* de los mapas de los varios pueblos de Anáhuac segun Veytia; quien sin embargo admite que "casi toca al imposible determinar exactamente con los datos de nuestros dias, el camino que trajeron los mejicanos." (Hist., Ant., tom. I, cap. 2.) Lorenzana no es tan modesto, los mejicanos dice, "por tradicion vinieron por el Norte, y se saben ciertamente sus mansiones." (Hist. de Nueva-España, p. 81, nota.) Hay algunos anticuarios que ven mejor en la oscuridad.

do su Aztlan, y su Huehuetapallan; morada brillante de sus antepasados cuyas bélicas hazañas podían rivalizar con las que las naciones Teutónicas mencionan de su Odin y los místicos héroes Escandinavos. De este rumbo vinieron sucesivamente los toltecas, chichimecas y las varias razas de los nahuatlacas, subiendo hasta la gran mesa de los Andes, de donde se desparrramaron por colinas y valles hasta el golfo de Méjico (60).

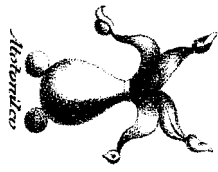
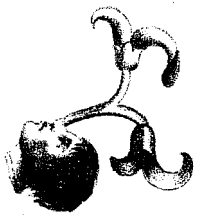
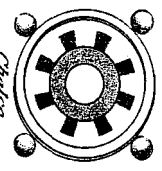
Los anticuarios han buscado con empeño algunos rastros de estas emigraciones. En los distritos situados al Nordeste de la Nueva-España, á mil millas de distancia de la capital, se han descubierto algunos dialectos que tienen íntima afinidad con el mejicano (61). En las márgenes del rio Gila se encuentran restos de algunas ciudades populosas, muy dignas de los aztecas por el estilo de su arquitectura (62). El pais que se halla al Norte del rio Colorado ha sido explorado muy imperfectamente; pero en las latitudes mas altas, es decir, cerca del Noota, aun existen tribus, cuyos dialectos tienen una considerable semejanza con el mejicano, tanto en sus terminaciones como en el sonido general de las palabras (63). Tales son los vestigios que existen; y aunque pocos y débiles, sirven sin embargo para atestiguar la verdad de las tradiciones que se han anotado, á pesar del transcurso de muchas centurias y la subsecuente emigracion de otras razas.

(60) Ixtlilxochitl, Hist. Chich., Ms., cap. 2 y sig. Idem, Relaciones, Ms. Veytia, Hist. Antig., ubi supra. Torquemada, Monarqu. Ind., tom. I, lib. 1.

(61) En la provincia de Sonora, especialmente á lo largo del golfo de Californias. Sobre todo la lengua cora que se habla en la Nueva Vizcaya á 30° de lat. Norte, se asemeja tanto al mejicano, que Vaters las hace á ambas de un origen comun. Mitridates, theil III, abtheil 3, p. 143. Se ha publicado una regular gramática de dicha lengua.

(62) En la orilla meridional de dicho rio hay ruinas de grandes dimensiones, descritas por el misionero Pedro Font, en su visita allí en 1775, (Antig. de Méjico, vol. VI, p. 538). En un lugar del mismo nombre "Casas Grandes" á los 33° Norte, lugar que como el anterior, se supone una de las mansiones de los aztecas, se han encontrado aun mayores ruinas, tanto que segun un reciente viajero, el sub-teniente Hardy, podían contener una poblacion de veinte á treinta mil habitantes. El pais está cubierto en la extension de muchas leguas, de estas ruinas y de utensilios y vasos de barro y obsidiana como de otras reliquias. Un dibujo que trae el autor citado, de un vaso ó jarra, nos recuerda por su semejanza, los vasos etruscos. "Había tambien buenos modelos de imágenes de barro por el estilo egipcio, los cuales tenían *para mí al menos, tan poco valor*, que no me tomé el trabajo de conseguirlos." Viajes en el interior de Méjico, (Lóndres, 1829, pp. 464, 466). El sub-teniente no era un Boturini ni un Belzoni.

(63) Vater ha examinado las lenguas de tres de estas naciones situadas entre los 50 y 60° Norte, y comparado sus vocabularios con el mejicano, manifiesta la probabilidad del comun origen de muchas palabras en cada una de ellas. Mitridates, theil III, abtheil 3, p. 212.

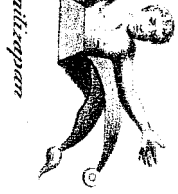


Hucayacac

Atlatenico

Talantzinco

Edición de José M. del Mar Verdejo Segura

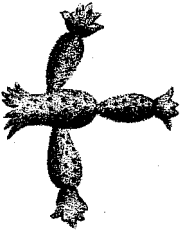


Toluca

Guatimachin

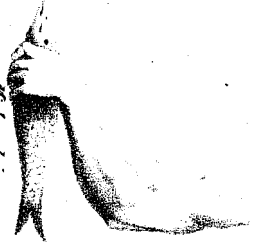
Mexico

Mexitlapan

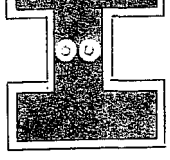
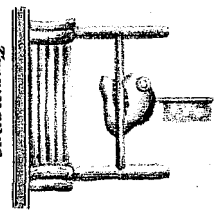


Guatimachin

Xicomotco



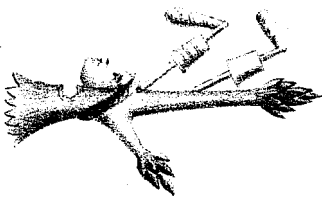
Mexitlapan



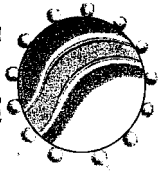
Tlacaco



Tlacaco



Guatimachin



Tezcuapanco



Mexitlapan

Historia de la conquista de México

Figuras de Ciudades.

Las conclusiones sugeridas por las analogías morales é intelectuales con el Asia oriental se hallan considerablemente corroboradas por las tomadas de la *naturaleza física*. Los aborígenas del Occidente se distinguen por ciertas peculiaridades en su organizacion, que han ocasionado que los fisiologistas los tengan por una raza distinta. Estas peculiaridades consisten en el color abronzadísimo su complexion que se aproxima al de la canela; en el cabello negro y lustrado y excesivamente lustroso, en la barba escasa y generalmente corta (64); en el saliente de los pomelos; en lo oblicuado de los ojos hácia las sienas; en lo prominente de la nariz y en lo estrecho de la frente, disminuyéndose hácia atras, con mayor inclinacion que la de ninguna otra raza excepto la africana (65). De esta regla general hay, sin embargo, desviaciones, como sucede aunque no en tanto grado, en otras partes del globo; pero parece que en ellos no han influido las mismas leyes de la posicion local (66).

Los anatómicos han encontrado tambien en los cráneos desenterrados de las tumbas, y en los de los habitantes de las elevadas llanuras de las Cordilleras, una notable diferencia con los de las tribus mas salvajes. Esta consiste en una frente mas espaciosa, indicio claro de una superioridad intelectual (67). En esto hay tambien gran semejanza con los pueblos de la familia mongoliana, y especialmente con el pueblo de la Tartaria oriental (68); de suerte que no obstante las

(64) Segun Mr. Humboldt, los mejicanos se distinguen de los otros aborígenas que él ha visto, por la mayor cantidad tanto de barba como de bigote. (*Essai Politique*, tom. I, p. 361.) Pero los modernos mejicanos abatidos en el espíritu por su situacion actual poco se asemejan, tanto en lo físico como en su carácter moral, á sus antepasados los belicócos é independientes aztecas.

(65) Prichard, *Historia física*, vol. I, pp. 167, 169, 182 y sig. Morton, *Crania Americana*, p. 66. Mc Culloch *Researches*, p. 18. Lawrence, *Lectures*, pp. 317, 565.

(66) Entre el color abronzado ó de canela se encuentran casi todos los tintes, desde el blanco del europeo, hasta el negro casi como el del africano; diferenciando éste caprichosamente en diferentes tribus aun vecinas unas de otras. Véanse los ejemplos citados por Humboldt, (*Essai Politique*, tom. I, pp. 358, 359. Prichard *Physical History*, vol. II, pp. 452, 522, et alibi). Escritor que por sus sábias observaciones como por la imparcialidad de su juicio, ha merecido que su obra sea citada como un libro de texto en este ramo de ciencia.

(67) Tal es la conclusion del Dr. Waren, cuya excelente coleccion le ha proporcionado suficientes datos para entablar un paralelo. Véanse sus observaciones á la "Sociedad Británica, para el progreso de las ciencias," Ateneo Londinense, Octubre, 1837. Sin embargo, entre las excepciones que ha colectado el Dr. Morton, se nota que las tribus bárbaras tienen el ángulo facial mas abierto, y que la masa cerebral es mas considerable que en las tribus semi-civilizadas. (*Crania Americana*, pág. 259.)

(68) No se puede dejar de confesar que la especie humana no nos presenta razas mas parecidas que las americanas, mongoles, machúis y malayos. (Humboldt, ubi supra.) Prichard, op. cit., tom. I, pp. 184, 186; tom. II, pp. 365 367. Lawrence, *Lectures*, p. 365.

diferencias notadas por los fisiologistas, á un bservador común no le seria fácil distinguir un cráneo de otro, de las dos razas. Sin embargo, ninguna inferencia se puede sacar sin hacer muchas comparaciones. Lo hecho hasta ahora se ha fundado principalmente en cráneos tomados de las tribus salvajes (69); quizá un exámen comparativo con los de las tribus mas civilizadas darian algunas pruebas mas positivas de afinidad entre las dos razas (70).

Cuando se buscan analogías con el antiguo mundo no se deben omitir aquellas que tengan relacion con la *arquitectura de las ruinas* del pais, la cual por su semejanza á la estructura piramidal de Oriente, ha sugerido á algunos anticuarios la idea de tener ambos un comun origen (71). Es cierto que los invasores

(69) El Dr. Morton en su magnífica obra sobre la Craneología Americana, ha trabajado bastante para darnos la instruccion necesaria en el particular. De los ciento y cincuenta cráneos que ha medido, cuyas dimensiones ha fijado con admirable precision, una tercera parte pertenece á razas medio cultas, y trece de ellos son mejicanos. Estos últimos son tan cortos en su número que no son suficientes para sacar ninguna conclusion considerando la gran diversidad que se encuentra entre individuos de una misma nacion, aun de la misma casta. Las observaciones de Blumenbach sobre los cráneos americanos fueron hechas principalmente, en cráneos tomados de las tribus caribes, los menos á propósito de cuantos hay en el continente. Prichard, Physical Hist., vol. 1, pp. 183, 184.

(70) Y aun estas muestras no es tan fácil obtenerlas. Con oportunidades no comunes para procurármelas en Méjico, no pude conseguir un cráneo verdaderamente azteca. Esta dificultad se comprende fácilmente considerando el tiempo que ha transcurrido desde la conquista y que los cementerios que usaban los mejicanos de entónces han seguido sirviendo para el mismo uso á sus descendientes. El Dr. Morton, mas de una vez hace alusion á los cráneos que posee como "genuinos toltecas, sacados de cementerios de Méjico, anteriores á la conquista." (Crania Americana, pp. 152, 155, 231, et alibi.)

¿Mas cómo sabe que las cabezas á que pertenecian eran toltecas? Aquella nacion se calcula que salió del pais hácia mediados del Siglo XI, hace cerca de ochocientos años, y segun Ixtlixochitl, un siglo antes, así es de presumir que los cráneos encontrados en estos cementerios pertenecian á las razas que despues han ocupado aquellos lugares, y no á los que desaparecieron tanto tiempo antes. La presuncion es evidentemente muy débil para autorizar ninguna inferencia como positiva.

(71) La torre de Belus, con sus pisos interiores descrita por Herodoto, (clio sec. 181) se ha escogido por el modelo del *teocalli*; lo que ha hecho que Vater con bastante agudeza observe, que es muy extraño que no se encuentre señal alguna de esto en los edificios que los aztecas construyeron en todo el curso de su viaje á Anáhuac (Mitridates, theil III, abtheil 3, pp. 74, 75.) El sabio Niebur encuentra el modelo de los templos mejicanos en la tumba misteriosa de Porcena. (Historia romana trad ingl.; Lóndres 1827, vol. I, p. 48.) La semejanza con las pirámides acumuladas una sobre otra que forman este monumento, no es muy exacta. Comp. Plinio Hist. Nat. lib. 36, sec. 19. A la verdad que puede decirse que el anticuario ha invadido el dominio del poeta, cuando encuentra el origen de la ciencia azteca en la fábula Etrusca que Plinio califica diciendo: "eúm omnia excedat fabulositas."

españoles, asaltaron los edificios indios, especialmente aquellos que tenían un carácter religioso, con indecible furia á causa de su fanatismo, y que con el mismo espíritu contencioso hicieron otro tanto las generaciones subsecuentes. La guerra contra los monumentos del país nunca cesó; y los pocos que el fanatismo ha perdonado han sido casi demolidos para varios objetos de utilidad. De todos los edificios grandiosos, tan elogiados por los primeros españoles que visitaron el país, apenas se encuentran hoy vestigios, como sucede en aquellas regiones de Europa y Asia, que una vez estuvieron cubiertas de ciudades populosas, emporio del lujo y del comercio (72).

Sin embargo, algunas de estas ruinas, como por ejemplo el templo de Xochicalco (73), los palacios de Tezcozincó (74), el calendario colosal de piedra;

(72) Véase la enérgica descripción de Lucano, *Pharsalia*, lib 9, ver. 966.

El bardo latino, ha sido aventajado por el italiano, en su hermosísima estrofa que empieza "Giace l' alta Cartago," (*Giernsalemme Liberata*, c. 15, s. 20) la cual puede decirse que ha sido amplificada por Lord Byron en todo un canto; el 4.º de *Childe Harold*.

(73) Las ruinas mas notables propiamente del suelo mejicano, son el templo y fortaleza de Xochicalco, distante pocas millas de la capital. Se hallan en un cerro de rocas, que tiene casi una legua de circunferencia, cortado en terrazas cubiertas de piedra. En su cúspide, tiene setenta y cinco piés de largo y sesenta y seis de ancho. Es de masas de granito, colocadas unas sobre otras y unidas con argamasa con mucha precision. Está construida en la forma piramidal dividida en terrazas, elevándose por una sucesion de pisos siendo cada uno mas pequeño que el de abajo. El número de estos es ahora incierto, pues solo el último de la base existe entero; sin embargo, él solo basta para dar idea de su buena ejecucion; desde las agudas y salientes cornisas hasta los emblemas geoglíficos que la cubren todo está tallado en piedra dura. Como algunos trozos que se han encontrado entre las ruinas están esculpidos con la misma clase de bajos relieves, es probable que todo el edificio estuviera cubierto de ellos; y siendo el dibujo el mismo labrado en diferentes piedras, es tambien probable que la obra fuese ejecutada despues de construidas las paredes.

En la colina que forma su base, hay galerías subterráneas, de seis piés de ancho y otros tantos de alto, en una extension de ciento ochenta piés de largo, terminando con dos salas cuyos techos abovedados se comunican con el edificio superior por medio de pasajes excavados. Estas obras subterráneas estaban tambien cubiertas de piedras talladas. El tamaño de las piedras y la dureza del granito han hecho de las ruinas de Xochicalco una cantera de donde se abastecen de material los propietarios de una fábrica de refinar azúcar que hay en las inmediaciones, quienes han destruido los pisos altos del templo ó fortaleza para tan innobles usos. ¡Al menos los Barberinis edificaron palacios, hermosos en sí como obras del arte, con los escombros del Coliseum!

Véase la completa descripción que hace de este notable edificio, tanto Dupaix como Alzate. (*Antiquités Mexicaines*, tom. 1, Exp. 1, pp. 15, 20; tom. III, Exp. 1, pl. 33.) Recientemente se ha hecho un reconocimiento por orden del gobierno mejicano cuyo informe difiere de los anteriores en cuanto algunos de los detalles. *Revista de Méjico*, tom. 1, pp. 132, 135, núm. 5.

(74) Véase el tom. 1, pp., 80 y 81.

son de gran magnitud, y trabajados con suficiente maestría para atestiguar que los aztecas tenían conocimientos en la mecánica que no los hacían indignos de compararse con los antiguos egipcios.

Pero si las ruinas son escasas en el valle de Méjico, estas se multiplican según se va descendiendo la falda del Sudeste de las Cordilleras, atravesando el rico valle de Oajaca, y penetrando las selvas de Chiapa y Yucatán. En medio de estas solitarias regiones se encuentran las ruinas recientemente descubiertas de las ciudades antiguas de Mitla, Palenque é Itzalana ó Uxmal (75), que tanto corroboran la idea de un adelanto en la civilización, mas que ningunas otras de las encontradas en el continente americano; y aunque estas ciudades no hayan sido construidas por los mejicanos, sin embargo, lo fueron probablemente por pueblos de la misma familia, y este ensayo quedaria incompleto si en él no se procurara investigar la luz que estas ruinas puedan darnos sobre el origen de los indios y consecuentemente de la civilización azteca (76).

En las inmediaciones de ellas, muy pocas obras del arte se han encontrado. Entre ellas algunos vasos de tierra ó mármol, fragmentos de estatuas, ó cosa parecida, muy fantásticas y aun horrorosas, y otros objetos graciosos y bellos en sus formas, y en apariencia bien trabajados (77). Parece muy extraordinario que no se haya encontrado fierro en estos edificios, ni instrumento alguno de aquel metal, siendo así que el material de que están contruidos principalmente, es de granito, piedra sumamente dura y que no obstante está cortada y pulida con primor. En las canteras cerca de Mitla, se han

(75) Al ver los acabados dibujos de dichos edificios por Waldeck, es imposible dejar de percibir la mano del artista que los ha *retocado*, notando que en ellos no parece que el tiempo ha dejado estampada su huella en aquellas piedras pulidamente cinceladas, y donde los colores casi no se han deteriorado por el trascurso del tiempo; será si se quiere una representación de aquellos edificios quizá como estaban en tiempo de su esplendor; mas no en el de su decadencia. Cogolludo que los vió á mediados del siglo XVII habla de ellos con admiración y los considera obra de *arquitectos consumados* de quienes la historia no ha conservado tradición alguna. Historia de Yucatán, Madrid 1688, lib 4, cap. 2.

(76) En el texto original hay una descripción de algunas de estas ruinas principalmente de las de Mitla y el Palenque.

Entonces esto tenía cierta novedad, porque las únicas noticias que habia acerca de estos edificios, eran las contenidas en las colosales obras de Lord Kingsborough, y en las Antigüedades Mejicanas: obras poco accesibles á todos. Mas ahora es ya inútil repetir descripciones, que son familiares á todos y hechas mejor que lo que yo podria darlas en las interesantes páginas de las obras de Mr. Stephens.

(77) Véase en particular dos bustos con yelmos de barro cocido, encontrados en Oajaca, que podrian pasar por griegos, tanto por el estilo de la escultura como por los cascos que las adornan. Ant. de Méjico, vol. III, cap. 2, lám. 36.

encontrado entre enormes masas de piedra de granito imperfectamente cortadas, fragmentos de pilares y arquitrabes y algunos cinceles y hachas de cobre (78). En las canteras de las cercanías de Tebas, se han hallado también instrumentos del mismo metal. La dificultad ó casi imposibilidad de cortar tales masas de la viva roca, con instrumentos de otro metal de los conocidos que no sea el hierro, ha sugerido á un ingenioso escritor la suposición de que este metal fué usado por los egipcios, y que por su tendencia á la descomposición, especialmente en un suelo salitroso, ha hecho que no se hayan encontrado restos de él (79). Sin embargo, en algunas ruinas de la antigüedad se ha encontrado hierro, después del transcurso de algunos miles de años, y no cabe duda que los mejicanos hasta el tiempo de la conquista solo se sirvieron para cortar las piedras mas duras y de enormes dimensiones, de instrumentos de cobre ligado con estaño y polvos de cuarzo (80). Este hecho y la circunstancia de no haberse encontrado en Centro América mas herramientas que de esta clase, corrobora la suposición de que ni aquí ni en el antiguo Egipto era conocido el hierro.

Y entre las naciones del viejo continente cuáles son aquellas cuyo estilo de arquitectura se parece mas á los notables monumentos de Chiapas y Yucatán? Los puntos de semejanza no serán probablemente ni muy numerosos ni muy decisivos. Es cierto que hay alguna analogía entre el estilo de arquitectura tanto egipcia como asiática, de construir en forma piramidal y con descansos en las bases sobre que edificaban, semejante á las en que están los *teocalli* de los toltecas y mejicanos. Igual cuidado se nota en los pueblos de ambos hemisferios para colocar sus edificios de conformidad con los puntos cardinales. Las paredes de los templos de ambos, están cubiertas de figuras y geroglíficos, que probablemente así entre los mejicanos como los egipcios, serán acaso para registrar las leyes y los anales de la nación. Estas figuras como los mismos edificios estaban pintados de varios colores particularmente de bermellón (81), color favorito entre los egipcios que también pintaban sus templos y estatuas colosales de granito (82). No obstante estos puntos de semejanza, la arquitectu-

(78) Dupaix dice que estos instrumentos eran de cobre puro; pero sin duda tenían alguna liga, como la acostumbraban los aztecas y egipcios, porque á no ser así, se habrían embotado los filos fácilmente al labrar con ellos sustancias tan duras.

(79) Wilkinson, *Antient Egyptians*, vol. III, pp. 246, 254.

(80) Véase vol. I, p. 83.

(81) Waldeck, *Atlas Pintoresque*, p. 73.

La fortaleza de Xochicalco estaba también pintada de colorado (*Antiquities mexicanæ*, tom. 1, p. 20); y con una capa del mismo color estaba cubierta la pirámide Totelca de Teotihuacan según Mr. Bullock: véase seis meses en Méjico, vol. II, p. 143.

(82) *Description de l' Egypte Antig.*, tom. II, cap. 9, sec. 4. La enorme imagen del Esfinge estaba originalmente pintada de colorado (*Clark's Travels*, vol. V, p. 202.) Además muchas estatuas y edificios de los antiguos griegos tienen trazas de haber estado pintados.

ra de las ruinas del Palenque poco tienen que nos recuerden las de los Egipcios orientales; se acerca mas á la Europa en la elevacion perpendicular de las paredes, en el tamaño moderado de las piedras, y en el arreglo en general de todas las partes; no obstante, es preciso confesar que tienen un carácter de originalidad peculiarmente suyo.

Pruebas mas positivas de que hubo una comunicacion con el Oriente, pueden encontrarse en su escultura, y en la forma convencional de sus geroglíficos. Mas la escultura de los edificios del Palenque está en relieve muy diferente de la de los egipcios que generalmente están en *intaglio*. Los egipcios no eran muy felices en sus figuras para representar la humana, que invariablemente ponian como vaciada en un mismo modelo de perfil, porque habia mas facilidad en la ejecucion que en una figura de frente; tienen el ojo de lleno colocado en un lado de la cara; y la fisonomía es igual en todas y enteramente destituida de expresion (83). Los artistas del Palenque eran igualmente torpes para representar las varias actitudes del cuerpo, que tambien delineaban siempre de perfil; pero las partes están ejecutadas con correccion y algunas veces con gracia; los vestidos son ricos y variados, y los simbólicos adornos de la cabeza, quizá representativos, como los de los aztecas, del nombre y condicion del individuo, y respecto al gusto y magnificencia, muy semejantes á los del Oriente. La fisonomía es variada y las mas veces expresiva. El contorno de la cabeza es muy extraordinario, pues describe casi un semicírculo desde la frente á la punta de la nariz, y está deprimido hácia la coronilla; ya sea por la presion artificial, practicada por muchos de los aborígenas, ó ya por algunas nociones extravagantes de la hermosura ideal (84). Pero aunque los artistas del Palenque eran muy superiores á los egipcios en la ejecucion de los pormenores, eran muy

(83) El duque de Serradifalco ha explicado con mucha claridad las varias causas que por tantos años han tenido estacionario el estado de las artes en Egipto, en su obra (*Antichità della Sicilia*, Palermo 1834, tom. II, pp. 33, 34.) El autor tratando de ilustrar las antigüedades de una pequeña isla, ha desparramado un torrente de luz sobre las artes y la cultura literaria de la antigua Grecia.

(84) "Lo ideal no es siempre lo bello," como dice Winckelman muy correctamente hablando de las figuras egipcias. (*Histoire de l'Art chez les Angiens*, lib. 4, cap. trad. Fr.) Sin embargo no es del todo imposible que los retratos mencionados en el texto sean copiados del natural. Algunas de las tribus salvajes de la América dislocan la cabeza de sus hijos en formas caprichosas y Garcilazo de la Vega habla de una nacion descubierta por los españoles en la Florida, en que las cabezas tenian una conformacion aparentemente muy semejante á las del Palenque: "*tienen cabezas increíblemente largas y aguzadas para arriba*, que las ponen así con el artificio atándoselas desde el punto que nacen las criaturas hasta que son de nueve á diez años." La Florida. (Madrid, 1723, p. 190.)

inferiores á estos en el número y variedad de los objetos representados, los cuales en el templo de Tebas, comprendían tanto animales como hombres y casi todos los objetos imaginables del uso comun ó del arte.

Los geroglíficos en los templos americanos son muy pocos para formar una opinion decisiva. Sin embargo, comparándolos con los del Códice de Dresde, que probablemente son del mismo país, con aquellos del monumento de Xochicalco y con las toscas pinturas, ó escritura de los aztecas, no es fácil encontrar algo que indique que el sistema es del mismo origen. Aun hay menos semejanza con los caracteres egipcios cuyas delicadas abreviaturas se aproximan tanto á la sencillez de un alfabeto. Sin embargo, los escritores del Palenque demuestran un estado mas avanzado en el arte; y aunque algo confusos, indican por las formas convencionales y arbitrarias de los geroglíficos, que son de un carácter simbólico y quizá fonético (85). Que alguna vez pudiera llegarse á descifrar su misterioso significado, no debe esperarse racionalmente cuando no solo no es desconocido el lenguaje de la raza que lo usó, sino aun la misma raza; y no es muy probable que se encuentre otra piedra Roseta con sus inscripciones trilingüe que dé los medios de comparacion y guie en el camino de los descubrimientos al Champollion americano.

No pueden contemplarse estos misteriosos monumentos de una civilizacion perdida, sin sentir un irresistible sentimiento de curiosidad, sobre quiénes fueron los arquitectos que los edificaron y cuál sea la edad probable de ellos. Los datos en que pudieran apoyarse nuestras conjeturas no son muy sólidos aunque algunos encuentran en ellos una garantía para dar á estos monumentos una antigüedad de millares de años, coetáneos con la arquitectura del Egipto y la del Hindostan (86). Pero la interpretacion de los geroglíficos y la aparente duracion de los árboles (87), son datos vagos y poco satisfacto-

(85) La noticia de este notable código se encontrará en el vol. I de esta obra, p. 62.

Hay ciertamente una semejanza en el uso de las líneas rectas y puntos, entre los escritos del Palenque y los del Ms. de Dresden. Es muy posible que estos puntos denoten los años, como los *haces* del sistema mejicano.

(86) Los geroglíficos están colocados en líneas perpendiculares y las cabezas uniformemente están volteadas hácia el lado derecho como en el Ms. de Dresden.

(87) Las ruinas sin nombres, dice el entusiasta caballero Le Noir, á que han dado el nombre de *Palenque*, puede que tengan como las mas antiguas del mundo tres mil años; y esta no es solo opinion mia, sino la de *todos* los viajeros que han visitado el país, y la de *todos* los arqueólogos que han examinado los dibujos ó descripciones de dichas ruinas, y en fin, la de los historiadores que en los anales del mundo no han podido encontrar ningun dato que haga sospechar la época de la fundacion de tales monumentos, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. (*Antiquités Mexicaines*, tom. II, Examen, p. 73.) "El coronel Galindo, preocupado por la contemplacion de las ruinas americanas, afirma que este país fué la cuna de la civilizacion, de donde pasó á la China, y

rios (88). ¿Ni cómo se podría formar argumento por la alteracion del calor y el estado de dilapidacion de las ruinas, cuando vemos monumentos de la edad media, renegridos y destruidos por la decadencia, mientras que los mármoles del Acrópolis y las parduseas piedras de Pestum, brillan aún con su primitivo esplendor? Sin embargo, hay pruebas indudables de que tienen mucha edad. Se han encontrado árboles que han brotado en medio de estas ruinas, que miden mas de nueve piés de diámetro (89). Un hecho aun mas fuerte es, que en uno de los patios se encontró una acumulacion de materias vegetales, de nueve piés de altura (90). Esto en nuestras latitudes habria sido una prueba decisiva de una grande antigüedad; pero en el rico suelo de Yucatán y bajo el ardiente Sol de los trópicos, la vegetacion se reproduce con extraordinaria exuberancia, y las generaciones de las plantas se suceden sin intermision, dejando una acumulacion de escombros que habrian desaparecido bajo un invierno del Norte. Otra de las pruebas de antigüedad es, que uno de los patios de las ruinas de Uxmal, cuyo pavimento es de granito, adornado con relieves representando tortugas, está casi liso por el uso de las pisadas de los que anduvieron sobre él (91); hecho curioso que sugiere algunas inferencias respecto á su antigüedad, como á lo polido del lugar. Finalmente, bien podemos fijar á estas ruinas una época bien remota, supuesto que los primeros españoles que visitaron el país las encontraron ya desiertas y probablemente en estado de ruinas. Es cierto que las noticias que ellos nos dejaron son concisas y casuales, porque los conquistadores de entónces tenian muy poco respeto á las obras del arte (92); y gracias á que estos edificios habian cesado de ser los templos vivos de los dioses, porque ninguna consideracion, ni el mérito de la arquitectura, los hubiera librado de correr la misma suerte que los monumentos de Méjico.

finalmente á la Europa, la cual "sean las que fueren las pretensiones de su necia vanidad" apenas ha entrado en la marcha de los adelantos. Véase su carta sobre Copan (ap. Trans. of Am. Ant. soc., vol. II.)

(88) Por estos datos y especialmente por el número de anillos concéntricos de algunos árboles viejos, y por las incrustaciones de estalactitas que se han encontrado en el Palenque, Mr. Waldeck computa de dos á tres mil años la antigüedad de esas ruinas. (Voyage en Yucatán, p. 78.) En cuanto á los árboles no se puede conocer la edad de ellos cuando son muy viejos, y en la formacion de las estalactitas influyen tantas circunstancias accidentales, que no es posible se apoye ningun cálculo con precision en semejantes bases.

(89) Waldeck, Voyage en Yucatán, ubi supra.

(90) Antiquités Mexicaines, Exámen, p. 76.

(91) Waldeck, Voyage en Yucatán, p. 97.

(92) El capellan de Chrijalba habla con admiracion de las "altas torres de cal y canto, algunas de ellas muy antiguas" encontradas en Yucatán. (Itinerario Ms. 1518.) Bernal Diaz con iguales demostraciones de admiracion atribuye á los judíos las curiosas reli-

Si es tan difícil fijar la época en que se construyeron estos edificios, ¿cómo no lo será la de saber quiénes fueron sus arquitectos? Pocas noticias se pueden adquirir del pueblo ignorante de que están rodeadas. El antiguo Crónico Tezcucano, varias veces citado por mí, y que es la mejor autoridad en lo tocante á las tradiciones de su país, dice: que á la destrucción del Imperio tolteca (que él supone acaecido á mediados del siglo X, época mas reciente que la que fijan otras autoridades), estos emigraron de Anáhuac, y se diseminaron por Tehuantepec, Guatemala, Campeche y las costas é islas vecinas de ambos lados del Istmo (93). Esta opinion importante para su origen, está corroborada por los hechos de que varias naciones de ese rumbo adoptaron el mismo sistema astronómico y cronológico de los aztecas, como tambien sus instituciones sacerdotales (94); quienes como se ha visto, las tomaron de los mismos toltecas, sus mas civilizados predecesores en el país.

quias encontradas allí. (Hist. de la Conq., cap. 2, 6.) Alvarado, en una carta escrita á Cortés, se difunde en los "maravillosos y grandes edificios" que habia visto en Guatemala. (Oviedo, Hist. de las Indias, Ms., lib. 33, cap. 42.) Segun Cogolludo, dice que los españoles no encontrando en las tradiciones su origen, lo suponían fenicio y cartaginés. (Hist. de Yucatán. lib. 4, cap. 2.) Cita ademas la enfática noticia que dá Las Casas de estas ruinas, en las siguientes líneas: "Ciertamente la tierra de Yucatán da á entender cosas muy especiales, y de mayor antigüedad, por las grandes, admirables y excesivas maneras de edificios y letreros de ciertos caracteres que en otra ninguna parte se hallan." (Loc. cit.) Ní aun el curioso Martyr pudo reunir ningunas de ellas, contentándose con hablar de los edificios de esta region en términos generales de admiración. (De Insulis nuper Inventis, pp. 334, 340.) Lo que es aun mas sorprendente es el silencio de Cortés, que en su famosa expedición á Honduras atravesó toda esta region cuya base es Yucatán, dándonos muchos detalles sobre su expedición que con gusto cambiaríamos por una sola palabra respecto á estos interesantes recuerdos. Carta quinta de Cortés, Ms.

Debo añadir, que habria omitido algunas de las observaciones del último párrafo del texto, si cuando escribí mi obra originalmente, hubiera tenido el placer de haber visto las investigaciones de Mr. Stephen. Esto se contrae especialmente á las reflexiones que hago sobre la condicion probable que guardaban aquellas ruinas al tiempo de la conquista, cuando parece que algunas de ellas estaban destinadas al uso de su objeto primitivo.

(93) Asimismo los toltecas que escaparon, se fueron por las costas del mar del Sur y Norte, como son Guatemala, Tecuantepec, Cuahuzacualco, Campechy, Tecolotlan, y los de las islas y costas de uno y otro mar, que despues se vinieron á multiplicar. Ixtlilxochitile, Relaciones Ms., núm. 5.

(94) Herrera, Hist. general, déc. 4, lib. 10, cap. 1, 4; Cogolludo, Hist. de Yucatán, lib. 4, cap. 5; Pet. Martyr, De Insulis, ubi supra.

Mr. Waldeck es precisamente de la opinion contraria, es decir, que los habitantes de Yucatán fueron la verdadera fuente de la civilización tolteca y azteca. (Voyage en Yucatán, p. 72.) "El honrado capitán Dupaix exclama: en todo debemos dudar, excepto en las cosas de la verdadera fé." (Antiquités Mexicaines, tom. 1, p. 21.)

Si se cree incompatible la época en que se supone fueron construidos los edificios americanos con la ignorancia de su origen, debe tenerse presente lo engañosa que es la tradicion y cuán fácilmente se rompen los eslabones de su cadena. Mucho tiempo ántes que florecieran los primeros historiadores griegos, habian sido ya olvidados los que construyeron las pirámides (95). Los anticuarios disputan aún, sobre si la espantosa inclinacion de la Torre de Pisa, milagro arquitectónico, que está en el centro de una populosa ciudad, es obra de algun accidente ó del arte. Ya se ha visto cuán pronto olvidaron los tezcucanos, que vivían entre las ruinas de los palacios reales edificados poco antes de la conquista, la historia de esas ruinas que un viajero de los mas investigadores atribuye á una época remota, anterior á los aztecas (96).

El lector tiene á la vista los puntos indicados de coincidencia para establecer la semejanza que hay entre la civilizacion del antiguo Méjico y el hemisferio oriental. Al presentárselos he procurado que sean aquellos que tienen un seguro apoyo en la historia, y no tanto por emitir mi opinion, como para ponerlo en estado de que forme la suya propia. Para lograrlo, hay sin embargo algunas dificultades materiales, que no debo dejar en silencio. Estas no consisten en explicar por qué aunque el sistema teogónico de los aztecas, ofrece puntos de analogía con el de los asiáticos, difieren en otras muchas cosas, porque otro tanto acontece con las naciones del Antiguo-Mundo que solo han tomado una que otra aquellas ideas mas análogas á su índole y peculiares instituciones. No consiste tanto la dificultad en explicar la diferencia de las lenguas de uno y otro continente, porque esa falta de semejanza no es mayor que la que existe entre ellos, y ninguno pretenderá por esto, suponer á cada tribu de los aborígenas un origen especial (97). Pero lo que no es posible conciliar es, el conocimiento de la ciencia oriental con la total ignorancia de algunas de las artes mas necesarias y usuales, como son el uso de la leche y el hierro, cosas tan sencillas y sin embargo tan importantes para las comodidades domésticas, que una vez aprendidas es casi imposible que se olviden.

Los aztecas no domesticaban los animales útiles, y como hemos visto empleaban el bronce en sustitucion del hierro, para usos mecánicos. El bisonte ó vaca-salvaje de América, que habia en abundantísimas manadas, en las magníficas praderas del Oeste, dan leche como el manso animal de la misma

(95) Inter omnes eos non constat á quibus factæ sint justissimo casu, obliteratis tantæ vanitatis auctoribus. Pliny. Hist. Nat., lib. 36, cap. 17.

(96) Véase antes el tomo I, p. 111.

(97) Esto es cierto, al menos por lo que concierne á la etimología de las lenguas, y así lo infiere Mr. Edward Everet en sus lecciones sobre la primitiva civilizacion de América, que forma parte de un curso que hace algunos años dió este sagaz y docto literato.

especie de Asia y Europa (98); y el hierro se encontró en grandes masas sobre las tierras planas de la cordillera. Sin embargo, en el Asia oriental ha habido pueblos bastante civilizados que nunca han conocido el uso de la leche (99).

Es cierto que el búfalo no es tan abundante en la costa occidental como en los declives orientales de las montañas Pedregosas (100); y los emigrados aztecas pudieron muy bien dudar, que los feroces y salvajes monstruos que veían ocasionalmente en las distantes llanuras, fuesen capaces de domesticarse, lo mismo que los dóciles animales que habían dejado paciendo en las verdes praderas del Asia. El hierro, aunque se encontraba en la superficie de la tierra, era mas duro y difícil de trabajar que el cobre, del cual hallaron tambien mayor cantidad en su camino. Es ademas muy posible, que su emigración haya verificado ántes de que su nación conociese el uso del hierro; porqué se ha visto á mas de un pueblo en el Antiguo-Mundo, emplear el bronce y el cobre con entera ignorancia aparente del uso de otro metal (101). Tal es la ex-

(98) La casta mezclada de búfalo, americano y europeo, donde primero se conoció fué en los condados occidentales de Virginia, dice Mr. Galatin (Sinopsis, secc. 5.) pero se engaña, no obstante, en afirmar que "no se sabe que el bisonte haya sido domesticado por los indios." (ubi supra.) Gomara habla de una nación que residia á los 40° lat. Norte, en los confines de N. O. de Nueva-España, cuya principal riqueza consistia en manadas de este ganado, (*bueyes con una giba sobre la cruz*) de los cuales sacaban sus vestidos, alimentos y bebida, la que parece consistia en la sangre de los animales. Hist. de las Indias, cap. 214, ap. Barcia, tom. II.

(99) Los pueblos de algunas partes de la China y particularmente los de Cochin China, jamas ordeñaban las vacas, segun Macartney, citado por Humboldt, Essay Politique, tom. III, p. 68, nota. Véase tambien la p. 118.

(100) Las regiones nativas de los búfalos eran las vastas praderas del Missouri y vagaban á lo largo del país situado al Este de las montañas pedregosas, desde los 55° Norte, hasta el nacimiento de los arroyos entre el Misisipi y el rio del Norte. Las llanuras de Columbia, dice Gallatin, estaban tan desprovistas de animales como de árboles. (Loc. cit.) Que el bisonte se haya encontrado tambien del otro lado de las montañas, es muy claro por la relacion que hace Gomara. (Hist. de las Indias, loc. cit.) Véase tambien Lact, el cual describe las correrías que hacía al Sur hasta el rio Vaquini (?) en la provincia de Sinaloa, sobre el golfo de Californias. (Novus Orbis Lug. Bat., 1633, p. 286.)

(101) Véase antes el tomo I, p. 83 y á Lucrecio.
"Et prior æris erat, quam ferri cognitus usus. Quo facilis magis est natura, et copia maior.

Ære solum terræ tractabant, æreque belli Miscebant fluctus."

De Rerum Natura, lib. 5.

Segun Carli los chinos conocian el hierro tres mil años antes de Cristo (Lettres Americ, tomo II, p. 63.) Sir F. G. Wilkinson en una investigación muy laboriosa acerca de la época en que se introdujo en Europa y al Sur occidental de la Asia el uso del hierro, dice que no encuentra indicios de que haya sido ántes del siglo XVI, ántes de la era cristia-

plicacion, por poco satisfactoria que parezca, pero la única que ocurre naturalmente de esta curiosa anomalía.

La consideracion de esta y otras dificultades semejantes, han inducido á varios escritores para suponer indígena puramente la civilizacion americana. Por cualquiera parte á que uno se vuelva, encontrará que la solucion de esto está llena de dificultades. Si se fija la atencion en un solo punto es fácil llegar á conclusiones definitivas. De esta manera es como algunos no han vacilado para decidir que la civilizacion americana es original; mientras otros con la misma confianza le atribuyen un origen hebreo ó egipcio, chino ó tártaro segun contraen sus analogías exclusivamente respecto de esta ó la otra nacion. El número de datos contradictorios por sí mismos hacen vacilar la mente y que se pueda llegar á formar ninguna conclusion precisa y positiva. El pretenderlo en materia tan dudosa, arguye un espíritu antifilosófico; no obstante que acontece frecuentemente que donde hay mas duda se encuentra mas dogmatismo.

El lector de las páginas que anteceden, convendrá quizá en las siguientes conclusiones, sin sorprenderse de su novedad.

Primera: Que las coincidencias son bastante fuertes para autorizar la creencia de que la civilizacion americana fué en parte comunicada del Asia oriental.

Segunda: Que la discrepancia es tal, que aleja á una época muy remota la comunicacion que haya habido; tan remota, que la influencia extraña transmitida por su medio, ha sido muy débil para intervenir materialmente en el desarrollo de las partes mas esenciales de una civilizacion peculiar é indígena.

na. Véase, vol. II, pp. 235, 238. El origen de las artes mas útiles se pierde en la obscuridad de los tiempos, y precisamente lo que ocasiona esto es, su misma utilidad que hace que se difundan rápidamente entre todas las naciones. Otra de las causas es, que los hombres se ocupan solamente en el momento de un descubrimiento, en aprovecharse de él y no en recordar su historia, la cual con el transcurso del tiempo se convierte en fábula. Esto lo saben hasta los niños de las escuelas.

APENDICE.

PARTE SEGUNDA.

DOCUMENTOS ORIGINALES.

NUM. I.

Véase el vol. I, p. 91.

CONSEJOS DE UNA MADRE AZTECA A SU HIJA, COPIADOS DE LA OBRA DE
SAHAGUN, HISTORIA DE NUEVA-ESPAÑA, LIB. VI, CAP. XIX.

(El siguiente fragmento dará al lector una idea exacta de la extraña mezcla de sencillez casi infantil, y de sublimidad moral, que contiene el original azteca. Es el resultado de una civilizacion que apenas vislumbra.)

“Hija mia muy amada, muy querida *palomita*: ya has oído y notado las palabras que tu señor padre te ha dicho: ellas son palabras preciosas, y que raramente se dicen y se oyen, las cuales han procedido de las entrañas y corazon en que estaban atesoradas, y tu muy amado padre bien sabe que eres su hija engendrada de él; eres su sangre y su carne, y sabe Dios Nuestro Señor que es así: aunque eres muger é *imagen de tu padre*, ¿qué mas te puedo decir, hija mia, de lo que ya está dicho? ¿Qué mas puedes oír de lo que has oído de tu señor y padre, el cual te ha hablado copiosamente, lo que te cumple hacer y guardar, ni ninguna cosa ha quedado de lo que te conviene que no la haya tocado? Pero por hacer lo que soy obligada para contigo, quíérote decir algunas pocas palabras. Lo primero que te encargo mucho es, que guardes, y que no olvides lo que tu señor padre ya dijo, porque son todas cosas muy preciosas; y las personas de su suerte, raramente publican tales cosas, y que son palabras de señores, y sábias, apreciables como piedras ricas, y muy labradas: mira, pues, que las tomes y guardes en tu corazon, y las escribas en tus entrañas. Si Dios te diere vida, con aquellas mismas palabras has de doctrinar á tus hijos é hijas, si Dios te los diere. Lo segundo que te quiero decir es, que mires que *te amo mucho*,

que eres mi querida hija: acuérdate que te truje en mi vientre nueve meses, y de que naciste, y te criaste en mis brazos: yo te ponía en la cuna, y de allí en mi regazo, y con mi leche te crié. Esto te digo, porque sepas que yo y tu padre **somos** los que te engendramos, y ahora te hablamos doctrinándote. Mira que **tome** nuestras palabras, y las guardes en tu pecho. Cuida que tus vestidos sean honestos y como conviene: mira que no te atavies con cosas curiosas y muy labradas, porque esto significa fantasía, poco seso y locura. Tampoco conviene que tus atavíos sean muy viles, sucios ó rotos, como son los de la gente baja, porque estos andrajos son señal de gente vil, y de quien se hace burla. Tus vestidos sean honestos y limpios, de manera que ni parezcas fantástica: ni vil. Cuando hablares no te apresurarás en hablar con dasasosiego, sino poco á poco, y sosegadamente: cuando hablares, no alzarás la voz, ni hablarás muy bajo sino con mediano sonido, ni adelgazarás mucho cuando hables, ni cuando saludes, ni hablarás por las narices, sino haz que tus palabras sean honestas, y de buen sonido y la voz mediana. No seas curiosa en tus palabras. Mira, hija, que en el andar has de ser honesta; no andes con apresuramiento ni con demasiado espacio, porque es señal de pompa andar despacio, y el andar aprisa tiene resabio de dasasosiego y poco asiento. Andando, llevarás un medio, que ni andes muy de prisa ni muy despacio; y cuando fuere necesario andar de prisa, hacedlo así, por eso tienes discrecion. Para cuando fuere menester saltar algun charco, saltarás honestamente, de manera que ni parezcas pesada, torpe, ni liviana. Cuando fueres por la calle ó por el camino, no lles inclinata mucho la cabeza, ó encorvado el cuerpo, ni tampoco vayas muy levantada la cabeza porque es señal de mala crianza: irás derecha y la cabeza poco inclinada. No lles la boca cubierta, ó la cara con vergüenza: no vayas mirando á manera de cegatona, ni hagas con los piés meneos de fantasía por el camino: anda con sosiego y con honestidad por la calle. Lo otro que debes notar, hija mia, es, que cuando fueres por la calle no vayas mirando acá, ni acullá, ni volviendo la cabeza á mirar á una parte y á otra, ni irás mirando al cielo, ni tampoco irás mirando la tierra. A los que encontrases, no los mires con ojos de persona enojada, ni hagas semblante de persona incómoda, sino que mira á todos con cara serena: haciendo esto no darás á nadie ocasion de enojarse contra tí. Muestra tu aspecto y disposicion como conviene, de manera que ni lles el semblante como enojada, ni tampoco como risueña. Mira tambien, hija, que no se te dé nada por las palabras que oyeres yendo por el camino, ni hagas cuenta de ellas, digan lo que dijeren los que van ó vienen. No cures de responder ni de hablar; mas haz como que no los oyes ni los entiendes; porque haciendo de esta manera, nadie podrá decir con verdad que dijiste tal cosa. Mira tambien, hija, que nunca te acontezca afeitar la cara, ó poner colores en ella ó en la boca por parecer bien, porque esto es señal de mugeres mundanas y carnales. Los afeites y colores son cosas que las malas mugeres usan, las desvergonzadas que ya han perdido el pudor y aun el seso, que andan como locas y borrachas: estas es llaman *ra-*

meras, y para que tu marido no te aborrezca, ataviáte, lávate, lava tus ropas, y esto sea con regla y con discrecion, porque si cada dia te lavas y tambien tus ropas, decirse ha de tí que eres *relimpia* y que eres demasiado regalada; llamarte han *tapepetzon tinemaoch*. Hija mia, este es el camino que has de llevar, porque de esta manera nos criaron tus señores antepasados de donde vienes. Las señoras nobles, ancianas, canas y abuelas, &c., no nos dijeron tantas cosas como yo te he dicho; no nos decian sino algunas pocas palabras y nos hablaban de esta manera: "Oid, hijas mias: en este mundo es menester vivir con mucho aviso y recato: oye esta comparacion que ahora te diré y guárdala, y de ella toma ejemplo y dechado para bien vivir. Acá en este mundo vamos por un camino muy angosto, muy alto y muy peligroso, el cual es como una loma altísima, y que por lo empinado de ella va un camino muy estrecho: á la una mano está gran profundidad y hondura sin suelo, y si te desviares del camino á una ú otra mano, caerás en aquel profundo; por tanto, conviene con mucho tiento seguir el camino. Hija muy tiernamente amada y palomita mia, guarda este ejemplo en tu corazon, y mira que no te olvides, que este será como candela y como lumbre por todo el tiempo que vivieres en este mundo. Solo una cosa, hija mia, me resta por decirte para acabar mi plática: si Dios te diere vida, si vivieres algunos años sobre la tierra, mira que no des tu cuerpo á algun hombre: mira que te guardes mucho que nadie llegue á tí ni tome tu cuerpo: si perdieres tu virginidad, y despues de esto te demandare por muger alguno, y te casares con él, nunca se habrá bien contigo ni te tendrá verdadero amor; siempre se acordará de que no te halló vírgen; y esto será causa de grande afliccion y trabajo: nunca estarás en paz, siempre estará tu marido sospechoso de tí. ¡Oh, hija mia, mi muy amada palomita! si vivieres sobre la tierra, mira que en ninguna manera te conozca mas que un varon; y esto que ahora te quiero decir, guárdalo como mandamiento estrecho. Cuando fuere Dios servido de que tomes marido, estando en su poder no te altivezcas; mira que no le menosprecies ni des licencia á tu corazon para que se incline á otra parte: no te atrevas á él: mira que en ningun tiempo ni en ningun lugar le hagas traicion que se llame *adulterio*: mira que no des tu cuerpo á otro, porque esto; hija mia muy querida y muy amada, es una caida en una sima sin suelo, que no tiene remedio ni jamas se puede sanar. Segun es el estilo del mundo, si fuere sabido, y si fueres vista, por este delito matarte han, echarte han en una calle para ejemplo de toda la gente, donde serás por justicia machucada la cabeza y arrastrada; de éstas dice un refran.... *Probarás la piedra, serás arrastrada, y tomarán ejemplo de tu muerte*: de aquí sucederá infamia y deshonra á nuestros antepasados, señores y senadores de donde venimos y de donde naciste: ensuciarás su ilustre fama y su gloria, con la inmundicia y polvo de tu pecado. Asimismo perderás tu fama, tu nobleza y tu generosidad: tu nombre será olvidado y aborrecido: de tí se dirá el refran, *que fuiste enterrada en el polvo de tus pecados*; y mira bien, hija mia, que aunque nadie te vea, ni tu marido

sepa lo que pasa, te ve Dios que está en todo lugar; enojarse ha contra tí, y tambien despertará la indignacion del pueblo contra tí y se vengará como él quisiere, ó te tullirás por su mandado, ó cegarás, ó se te podrirá el cuerpo, ó vendrás á la última pobreza, porque te atreviste y arrojaste á obrar contra tu marido, que por ventura te dará la muerte, ó te pondrá debajo de sus piés enviándote al infierno. Nuestro Señor misericordioso es; pero si hicieres traicion á tu marido, aunque no se sepa, aunque no se publique, Dios que está en todo lugar tomará venganza de tu pecado, y permitirá que nunca tengas contento ni reposo, ni vida sosegada, y él provocará á tu marido, que siempre estará enojado contra tí, y que siempre te hablará con enojo. Mira, hija mia muy amada, á quien amo tiernamente; mira que vivas en el mundo con paz, reposo y contento los dias que vivieres; mira que no te infames, que no amancilles tu honra, que no ensucies el lustre y fama de nuestros señores antepasados, de los cuales vienes: mira que á mí y á tus padres nos honres, y nos des fama con tu buena vida. Hágate Dios muy bienaventurada, hija mia primogénita, y llégate á Dios, el cual está en todo lugar."

NUM. II:

Véase el vol. I, p. 104.

POEMA SOBRE LA INSTABILIDAD DE LA VIDA HUMANA, POR NEZA- HUALCOYOTL, SEÑOR DE TEZCUCO.

(Este poema fué librado afortunadamente, de la suerte comun de muchos de los Mss. Indios, por el caballero Boturini, y forma parte de su apreciable *Museo*. Subsecuentemente se agregó á la extensa coleccion del padre D. Manuel de la Vega, Méjico 1792. Esta magnífica coleccion se formó en cumplimiento de una sábia disposicion del gobierno español, que mandó que "todos los manuscritos capaces de dar alguna luz acerca de las antigüedades, geografía, historia civil, eclesiástica y natural de América, que se encontrasen en Nueva-España, fuesen copiados y enviados á Madrid." El cumplimiento de esta órden, produjo un acopio de treinta y dos volúmenes en folio, y aunque en lo colectado haya muchos documentos triviales y de poca importancia, se encuentran otros originales y de inestimable precio para la historia de Méjico, y de las naciones que poblaron la Nueva-España.)

Un rato cantar quiero,
Pues la ocasion y el tiempo se ofrece;
Ser admitido espero, .
Si intento lo merece;
Y comienzo mi canto,
Aunque fuera mejor llamarle llanto.

Y tú, querido amigo,
Goza la amenidad de aquestas flores,
Alégrate conmigo;
Desechemos de pena los temores,
Que el gusto trae medida,
Por ser al fin con fin la mala vida:

Yo tocaré cantando
El músico instrumento sonoro,
Tú de flores gozando
Danza, y festeja á Dios que es poderoso;
Gocemos de esta gloria,
Porque la humana vida es transitoria.

De Ocblehacan pusiste
En esta noble corte, y siendo tuyo,
Tus sillas, y quisiste
Vestirlas: donde arguyo,
Que con grandeza tanta
El imperio se aumenta y se levanta.

Oyoyotzin prudente,
Famoso rey y singular monarca,
Goza del bien presente,
Que lo presente lo florido abarca;
Porque vendrá algun día
Que busques este gusto y alegría.

Entónces tu fortuna
Te ha de quitar el cetro de la mano,
Ha de menguar tu luna,
No te verás tan fuerte y tan ufano;
Entónces tus criados
De todo bien serán desamparados.

Y en tan triste suceso
Los nobles descendientes de tu nido,
De príncipes el peso,
Los que de nobles padres han sido,
Faltando tu cabeza,
Gustarán la amargura de pobreza.

Y traerán á la memoria
Quien fuiste en pompa de todos envidiada
Tus triunfos y victoria;
Y con la gloria y magestad pasada
Cotejando pesares,
De lágrimas harán crecidas mares.

Y estos tus descendientes,
Que te sirven de pluma y de corona,
De tí viéndose ausentes,
De Culhuacan extrañarán la cuna,
Y tenidos por tales
Con sus desdichas crecerán sus males.

Y de esta grandeza rara,
Digna de mil coronas y blasones,
Será la fama avara;

Solo se acordarán en las naciones,
Lo bien que gobernaron,
Las tres cabezas que el imperio honraron.

En Méjico famosa
Moctezuma, valor de pecho indiano;
A Culhuacan dichosa
De Neçahualcoyotl rigió la mano;
Acatlapan la fuerte
Totoquihuastli le salió por suerte.

Y ningun olvido temo
De lo bien que tu reino dispusiste,
Estando en el supremo
Lugar, que de la mano recibiste
De aquel Señor del mundo,
Factor de aquestas cosas sin segundo.

Y goza, pues, muy gustoso,
O Neçahualcoyotl, lo que ahora tienes;
Con flores de este hermoso
Jardin, corona tus ilustres sienes;
Oye mi canto y lira
Que á darte gustos y placeres tira.

Y los gustos de esta vida,
Sus riquezas, y mando son prestados,
Son sustancia fingida,
Con apariencias solo matizados;
Y es tan gran verdad esta
Que á una pregunta me has de dar respuesta.

¿Y qué es de Cihuapan,
Y Quantzintecomtzin el valiente,
Y Conahuatzin;
Qué es de toda esa gente?
Sus voces; ¡agora acaso!
Ya están en la otra vida, este es el caso.

¡Ojalá los que agora
Juntos los tiene del amor el hilo,
Que amistad atesora,
Viéramos de la muerte el duro filo!
Porque no hay bien seguro,
Que siempre trae mudanza á lo futuro.

NUM. III.

Véase el vol. I, p. 109.

DESCRIPCION DE LA RESIDENCIA DE NEZAHUALCOYOTL EN TEZCOTZINCO, TOMADA DE LA "HISTORIA CHICHIMECA" DE IXTLILXOCHITL, Ms., CAP. XLII.

De los jardines el mas ameno y de curiosidades fué el bosque de Texcotzinco; porque demas de la cerca tan grande que tenia, para subir á la cumbre de él, y andarlo todo, tenia sus gradas, parte de ellas de argamasa, parte labrada en la misma peña; y el agua que se trahia para las fuentes, pilas y baños, y los caños que se repartian para el riego de las flores y arboledas de este bosque, para poderla traer desde su nacimiento, fué menester hacer fuertes y altísimas murallas de argamasa, desde unas sierras á otras, de increíble grandeza; sobre la cual hizo una fargea hasta venir á dar á la mas alta del bosque, y á las espaldas de la cumbre de él. En el primer estanque de agua estaba una peña, esculpida en ella en circunferencia los años desde que habia nacido el rey Nezahualcoyotzin hasta la edad de aquel tiempo; y por la parte de afuera los años en fin de cada uno de ellos, asimismo esculpidas las cosas mas memorables que hizo; y por dentro de la rueda esculpidas sus armas, que eran, una casa que estaba ardiendo en llamas y deshaciéndose; otra que estaba muy ennoblecida de edificios; y en medio de las dos un pié de venado, atado en él una piedra preciosa, y salian del pié unos penachos de plumas preciosas, y asimismo una cierva y en ella un brazo asido de un arco con unas flechas, y como un hombre armado con su morrion y orejeras, coselete y dos tigres á los lados, de cuyas bocas salian agua y fuego, y por orla, doce cabezas de reyes y señores, y otras cosas que el primer arzobispo de Méjico, D. Fray Juan de Zumárraga, mandó hacer pedazos, entendiendo ser algunos ídolos; y todo lo referido era la etimología de sus armas. Y de allí se partia esta agua en dos partes, que la una iba cercando y rodeando el bosque por la parte del Norte, y la otra por la parte del Sur. En la cumbre de este bosque estaban edificadas unas casas á manera de torre, y por remate y chapitel estaba hecha de cantería una como á manera de maceta, y dentro de ella salian unos penachos y plumeros, que era la etimología del nombre del bosque; y luego mas abajo, hecho de una peña, un leon de mas de dos brazas de largo con sus alas y plumas; estaba echado y mirando á la parte del Oriente, en cuya boca asomaba un rostro, que era el mismo retrato del rey, el cual leon estaba de ordinario debajo de un palio hecho de oro y plumería. Un poquito mas abajo estaban tres albercas de agua.

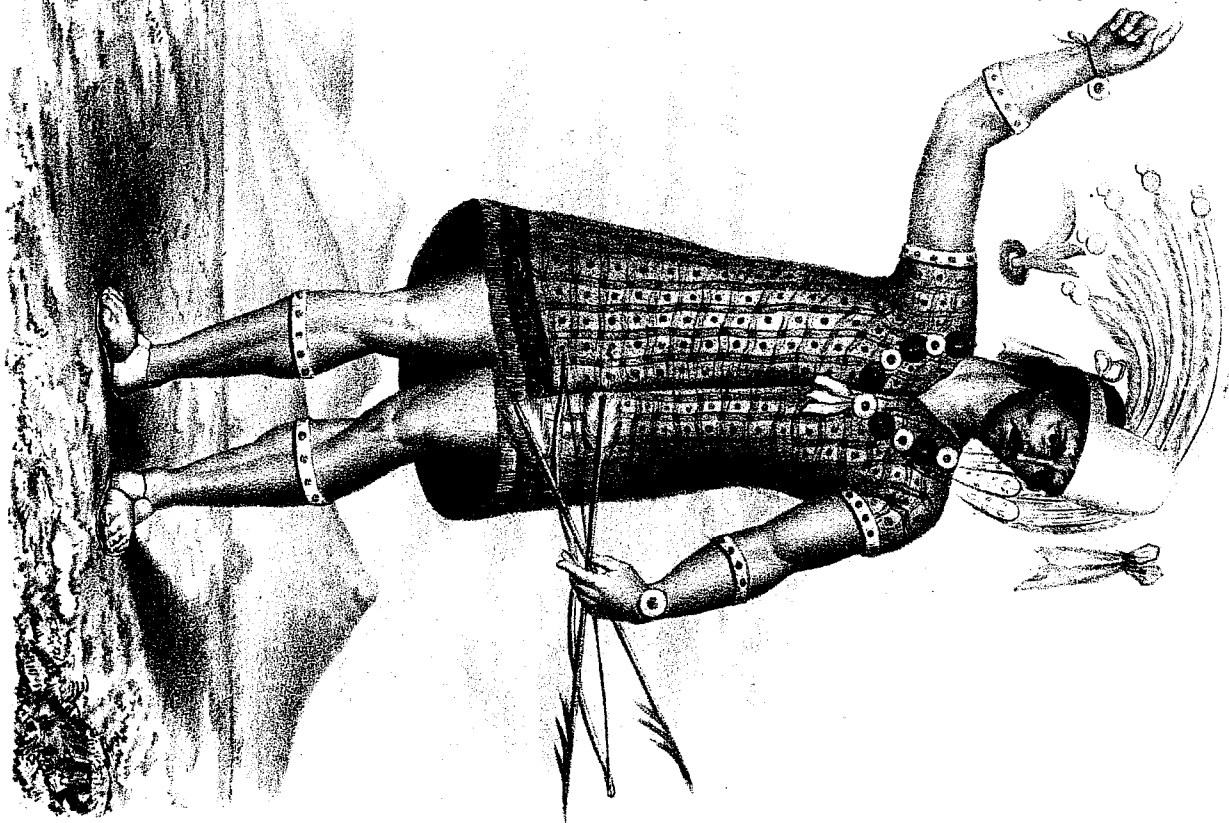
y en la de en medio estaban en sus bordos tres damas esculpidas y labradas en la misma peña, que significaban la gran laguna de las ramas las cabezas del imperio; y por un lado (que era hácia la parte del Norte) otra alberca, y en una peña esculpido el nombre y escudo de armas de la ciudad de Tolan, que fué cabecera de los tultecas; y por el lado izquierdo, que caía hácia la parte del Sur, estaba la otra alberca, y en la peña esculpido el escudo de armas y nombre de la ciudad de Tenaiocan, que fué la cabecera del imperio de los chichimecas; y de esta alberca salía un caño de agua, que saltando sobre unas peñas salpicaba el agua, que iba á caer á un jardin de todas flores olorosas de Tier-racaliente, que parecia que llovía con la precipitacion y golpe que daba el agua sobre la peña. Tras este jardin se seguian los baños hechos y labrados de peña viva, que con dividirse en dos baños eran de una pieza; y por aquí se bajaba por una peña grandísima de unas gradas hechas de la misma peña, tan bien grabadas y lizas, que parecían espejos; y por el pretil de estas gradas estaba esculpido el día, mes, y año, y hora, en que se le dió aviso al rey Nezahualcoiotzin de la muerte de un señor de Huexotzinco, á quien quiso y amó notablemente, y le cogió esta nueva cuando se estaban haciendo estas gradas. Luego consecutivamente estaba el alcázar y palacio que el rey tenía en el bosque, en los cuales había, entre otras muchas salas, aposentos y retretes, una muy grandísima, y delante de ella un patio, en la cual recibía á los reyes de Méjico y Tlacopan, y á otros grandes señores, cuando se iban á holgar con él, y en el patio se hacían las damas, y algunas representaciones de gusto y entretenimiento. Estaban estos alcázares con tan admirable y maravillosa hechura, y con tanta diversidad de piedras, que no parecían ser hechos de industria humana. El aposento donde el rey dormía era redondo; todo lo demás de este bosque, como dicho tengo, estaba plantado de diversidad de árboles, y flores odoríferas, y en ellos diversidad de aves, sin las que el rey tenía en jaulas, traídas de diversas partes, que hacían una armonía, y canto, que no se oían las gentes. Fuera de las florestas, que las dividía, una pared entraba la montaña, en que había muchos venados, conejos y liebres, que si de cada cosa muy particular se describiese, y de los demás bosques de este reino, era menester hacer historia muy particular.

NUM. IV.

Véase el vol. I, p. 120.

DE LA EXTRAORDINARIA SEVERIDAD CON QUE EL REY NETZAHUALPILLI, CASTIGÓ A LA REYNA MEJICANA POR SU ADULTERIO Y TRAICION, TOMADO DE LA HISTORIA CHICHIMECA DE IXTLILXOCHITL, MS., CAP. XLIV.

“Cuando Axayacatzin, rey de Méjico, y otros señores, enviaron á sus hijas al rey Netzahualpilli, para que de entre ellas escogiera una muger legítima, de donde hubiese de salir el heredero del trono, mereció la preferencia por la nobleza de su sangre y por su distinguida calidad, la hija del rey de Méjico. Mas como era todavía muy niña, la puso el monarca en un palacio aparte, donde fué criada y educada con toda la pompa, grandeza y esmero que convenia á la futura esposa de un gran rey. Los criados de su servidumbre pasaban de dos mil. Con todo y ser tan tierna, era sumamente astuta y viciosa; de suerte que viéndose sola, y tan temida por su rango é importancia, comenzó á entregarse desenfrenadamente á la liviandad. Cuando veia algun mancebo que contentaba su gusto, daba órdenes secretas para que se lo trajesen, y despues de satisfacer sus deseos, le mandaba dar muerte. Mandaba en seguida hacer una estatua ó efigie de la persona del mancebo, y ricamente vestida y adornada con oro y joyas, la hacia poner en el aposento donde ella habitaba. El número de estas estatuas llegó á ser tan crecido, que llenaban todo el aposento. Una vez que vino el rey á visitarla y le preguntó qué significaban, le respondió ella, que eran las efigies de sus dioses, y como los mejicanos eran tan dados al culto de sus deidades, el rey creyó la respuesta. Mas como ninguna iniquidad puede quedar perpetuamente oculta, descubrióse al fin esta. Tres mancebos lograron quedar vivos, quién sabe de qué manera: llamábanse Chicuhcoatl, Huitzilimitzin y Maxtla; el primero, señor de Tesoyucan y uno de los grandes del reino, y los otros dos, tambien nobles de calidad. Sucedió un dia que el rey reconoció en uno de ellos una alhaja que él habia regalado á la reyna, y aunque no sospechaba la traicion de ésta, algo le dió aquello en que pensar. Habiendo ido á visitarla aquella noche, respondiéronle los criados que estaba durmiendo la reyna, con lo que suponian que él se iria y volveria despues como lo habia hecho otras veces; mas acordándose de lo de la alhaja, insistió en entrar en el aposento, y acercándose al lecho para despertarla, encontró en él, en vez de la reyna, una estatua adornada con su cabellera y muy parecida á su dueño. Visto esto por el rey, é igualmente la turbacion y sobresalto de los criados, llamó



NEZAHUALCOYOTL,

1.^o Rey de Texcoco.

á sus guardías y á toda la gente de palacio y se puso en busca de la reyna, que á poco fué encontrada en pláticas con los tres mancebos, y fueron arrestados todos cuatro. El rey presentó su acusacion ante los jueces de su corte, para que se hiciese una averiguacion y se viese quiénes eran los cómplices. Descubrióse que estos eran muchos: los unos habian fabricado ó adornado las estatuas; otros habian introducido en palacio á los mancebos; y otros, por último, les habian dado muerte y escondido sus cadáveres. Suficientemente aclarado todo, mandó embajadores á los reyes de Méjico y Tlacopan, informándoles de lo ocurrido y avisándoles el dia de la ejecucion de la reyna y de sus cómplices. Al mismo tiempo previno á todos los señores de su reino que trajesen á sus mugeres é hijas por jóvenes que fuesen, á presenciar aquella ejecucion destinada á servir de grande escarmiento. Celebró tambien treguas con todos los enemigos del imperio, para que pudiesen venir libremente á presenciar el castigo. Tan grande fué el concurso, que con ser tan vasta la ciudad de Tezcoco, no bastaba para aposentar á los forasteros. La ejecucion se verificó públicamente, de modo que se viese de toda la ciudad. La reyna fué condenada á la pena del *garrote*, y lo mismo sus tres amantes; y como eran personas nobles, fueron quemados sus cuerpos, y lo mismo las estatuas mencionadas. Los demas cómplices, que eran mas de dos mil, tambien recibieron *garrote*, y sus cuerpos fueron quemados en una hoguera dispuesta al intento en una barranca cerca del templo del ídolo de los adúlteros. Todos aprobaron tan ejemplar castigo, excepto los señores de Méjico, parientes de la reyna, que aunque por lo pronto ocultaron su resentimiento, meditaban la futura venganza. ¡No sin razon tuvo el rey tamaña desgracia en su familia, que su padre se habia valido de medios indignos, para lograr á la muger de quien nació Netzahualpilli!"

NUM. V.

Véase el vol. I, p. 147.

INSTRUCCIONES DADAS A CORTES POR VELAZQUEZ EL GOBERNADOR DE CUBA, AL TOMAR AQUEL EL MANDO DE LA EXPEDICION. FECHADAS EN LA FERNANDINA, A 23 DE OCTUBRE DE 1518.

(Este documento forma parte de la coleccion de Muñoz.)

Por quanto yo Diego Velasquez, alcalde, capitan general, é repartidor de los caciques é yndios de esta ysla Fernandina por sus Altezas, &c., embié, los dias pasados, en nombre é servicio de sus Altezas, á ver é bojar la ysla de Yucatan

Santa María de los Remedios, que nuevamente habia descubierto; é á descubrir lo demas que Dios Nuestro Señor fuese servido, y en nombre de sus Altezas tomar la posesion de todo, una armada con la gente necesaria, en que fué é nombré por capitan della á Juan de Grijalva, vecino de la villa de la Trinidad de esta isla, el cual me embió una carabela de las que llevaba, porque le facia mucha agua, é en ella cierta gente, que los yndios en la dicha Santa María de los Remedios le habian herido, é otros adolecido, y con la razon de todo lo que le habia ocurrido hasta otras yslas é tierras que de nuebo descubrió; que la una es una ysla que se dice Cozumel, é le puso por nombre Santa Cruz; y la otra es una tierra grande, que parte de ella se llama Ulua, que puso por nombre Santa María de las Niebes; desde donde me embió la dicha carabela é gente, é me escribió como iba siguiendo su demanda principalmente á saber si aquella tierra era ysla, ó tierra firme; é ha muchos dias que de razon habia de haber sabido nueva dél, de que se presume pues tal nueva dél fasta oy no se sabe, que debe de tener ó estar en alguna ó extrema necesidad de socorro: é así mesmo porque una carabela, que yo embié al dicho Juan de Grijalva desdel puerto desta cibdad de Santiago, para que con él é la armada que lleva se juntase en el puerto de San Cristóbal de la Havana, porque muy mas proveido de todo é como al servicio de sus Altezas convenia fuesen, quando llegó donde pensó fallarle, el dicho Juan de Grijalva se habia fecho á la bela é hera ido con toda la dicha armada, puesto que dejó aviso del viage que la dicha carabela habia de llebar; é como la dicha carabela, en que iban ochenta ó noventa hombres, no falló la dicha armada, tomó el dicho aviso, y fué en seguimiento del dicho Juan de Grijalva; y segun pareze é se ha sabido por informacion de las personas feridas é dolientes, que el dicho Juan de Grijalva me embió, no se habia juntado con él, ni della habia habido ninguna nueba, ni los dichos dolientes ni feridos la supieron á la buelta, puesto que vinieron mucha parte del viage costa á costa de la ysla de Santa María de los Remedios por donde habian ido; de que se presume que con tiempo forzoso podria de caer acia tierra firme, ó llegar á alguna parte donde los dichos ochenta ó noventa hombres españoles corran detrimento por el navío, ó por ser pocos, ó por andar perdidos en busca del dicho Juan de Grijalva puesto que iban muy bien pertrechados de todo lo necesario: ademas de esto porque despues que con el dicho Juan de Grijalva embié la dicha armada, he sido informado de muy cierto por un yndio de los de la dicha ysla de Yucatan Santa María de los Remedios, como en poder de ciertos cacique principales della están seis cristianos cautibos, y los tienen por esclavos, é se sirven dellos en sus haciendas, que los tomaron muchos dias ha de una carabela que con tiempo por allí diz que aportó perdida, que se cree que alguno dellos debe ser Nicuesa capitan, que el católico rey D. Fernando de gloriosa memoria, mandó ir á tierra firme, é redimirlos seria grandísimo servicio de Dios Nuestro Señor é de sus Altezas; por todo lo cual pareciéndome que al servicio de Dios Nuestro Señor é de sus Altezas

convenia embiar así en seguimiento é socorro de la dicha armada quel dicho Juan de Grijalva llebó, y busca de la carabela que tras él en su seguimiento fué, como á redimir si posible fuese los dichos cristianos que en poder de los dichos yndios están captibos; acordé habiendo muchas veces pensado, é pesado, é platicádolo con personas cuerdas, de embiar como embié otra armada tal é tambien bastecida é aparejada ansí de navíos é mantenimientos como de gente é todo lo demas para semejante negocio necesario; que si por acaso á la gente de la otra primera armada, ó de la dicha carabela que fué en su seguimiento hallase en alguna parte cerca de infieles, sea bastante para los socorrer ó descercar; é si ansí no los hallare, por sí sola pueda seguramente andar é calar en su busca todas aquellas yslas tierras, é saber el secreto dellas, y facer todo lo demas que al servicio é de Dios Nuestro Señor cumpla é al de sus Altezas combenga: é para ello he acordado de la encomendar á vos Fernando Cortés, é os imbiar por capitan della, por la experiencia que de vos tengo del tiempo que ha que en esta ysla en mi compañía habeis servido á sus Altezas, confiando que soys persona cuerda, y que con toda pëndencia é zelo de su real servicio daréis buena razon é quenta de todo lo que por mí en nombre de sus Altezas os fuere mandado acerca de la dicha negociacion, y la guiaréis ó encaminaréis como mas al servicio de Dios Nuestro Señor é de sus Altezas combenga; y porque mejor guiada la negociacion de todo vaya, lo que habeis de fazer, y mirar, é con mucha vigilancia y deligencia ynquirir é saber, es lo siguiente:

1. Hágase el servicio de Dios en todo, y quien saltare castiga con rigor.
2. Castigaréis en particular la fornicacion.
3. Proibiréis dados y naipes, ocasion de discordias y otros excesos.
4. Ya salido la armada del puerto desta ciudad de Santiago en los otros, dotaréis desta esta cuidado nõ se haga agravio á españoles ni yndios.
5. Tomados los bastimentos necesarios en dichos puertos, partiréis á vuestro destino, haciendo antes alarde de gente ó armas.
6. No consentiréis vaya ningun yndio ni yndia.
7. Salido al mar y metidas las barcas, en la de vuestro navío visitaréis los otros, y reconoceréis otra vez la gente con las copias (las listas) de cada uno.
8. Apercibiréis á los capitanes y maestros de los otros navíos que jamas se aparten de vuestra conserva, y haréis cuanto convenga para llegar todos juntos á la ysla de Cozumel Santa Cruz, donde será vuestra derecha derrota.
9. Si por algun caso llegaren antes que vos, les mandaréis que nadie sea osado á tratar mal á los yndios, ni les diga la causa porque vais, ni les demande ó interroque por los cristianos captibos en la ysla de Santa María de los Remedios: digan solo que vos hablaréis en llegando.
10. Llegado á dicha ysla de Santa Cruz veréis y sondearéis los puertos, entradas, y aguadas, así della como de Santa María de los Remedios, y la punta de Santa María de las Niebes, para dar cumplida relacion de todo.

11. Diréis á los yndios de Cozumel, Santa Cruz, y demas partes, que vais por mandado del rey á visitarles: hablaréis de su poder y conquistas, individuando las hechas en estas yslas y tierra firme, de sus mercedes á quantos les sirven; que ellos se vengan á su ovediencia y den muestras dello, regalándole como los otros han hecho, con oro, perlas, &c., para que eche de ver su buena voluntad y les favorezca y defienda: que yo les aseguro de todo en su nombre: que me pesó mucho de la batalla que con ellos ovo Francisco Hernandez, y os embió para darles á entender como Su Alteza quiere que sean bien tratados, &c.

12. Tomaréis entera informacion de las cruces que diz se hallan en dicha ysla Santa Cruz, adoradas por los yndios, del origen y causas de semejante costumbre.

13. En general sabréis quanto concierne á la religion de la tierra.

14. Y cuidad mucho de doctrinarlos en la verdadera fee, pues esta es la causa principal porque sus Altezas permiten estos descubrimientos.

15. Inquirir de la armada de Juan de Grijalva, y de la carabela que llebó en su seguimiento Cristóv. de Olid.

16. Caso de juntaros con la armada, búsquese la carabela, y concertad donde podréis juntaros otra vez todos.

17. Lo mismo haréis si primero se halla la carabela.

18. Iréis por la costa de la ysla de Yucatan Santa María de los Remedios; do están seis cristianos en poder de unos caciques á quienes dice conocer Melchor yndio de allí, que con vos llevais. Tratadlo con mucho amor, para que os le tenga y sirva fielmente. No sea que os suceda algun daño, por que los yndios de aquella tierra en caso de guerra son mañosos.

19. Donde quiera, trataréis muy bien á los yndios.

20. Quantos rescates hicierdes meteréis en arca de tres llaves, de que tendréis vos una, las otras el veedor y el tesorero que nombraredes.

21. Quando se necesite hacer agua, leña, &c., embiaréis personas cuerdas al mando dél de mayor confianza, que ni causen escándalo ni se pongan en peligro.

22. Si adentro la tierra viereis alguna poblacion de yndios que ofrecieren amistad, podréis ir á ella con la gente mas pacífica y bien armada, mirando mucho en que ningun agravio se les haga en sus bienes y mugeres.

23. En tal caso dejaréis á mui buen recabdo los navíos; estaréis mui sobre aviso que no os engañen ni se entrometan muchos yndios entre los españoles, &c.

24. Aviso que placiendo á Dios Nuestro Señor ayais los Xnos. que en la dicha ysla de Santa María de los Remedios están captivos, y buscado que por ella ayais la dicha armada é la dicha carabela, seguiréis vuestro viage á la punta llana ques el principio de la tierra grande que agora nuevamente el dicho Juan

De Grijalva descubrió, y correréis en su busca por la costa della adelante buscando todos los rios é puertos della fasta llegar á la baia de San Juan, y Santa María de las Niebes, que es desde donde el dicho Juan de Grijalva me embió los heridos é dolientes, é me escribió lo que hasta allí le habia ocurrido; é si allí hallaredes, juntaros é ir con el J.; porque entre los españoles que llevais ó allá están no haya diferencias,.... cada uno tenga cargo de la gente que consigo lleva,.... y entramos mui conformes, consultaréis lo que mas convenga conforme á esta instruccion, y á la que Grijalva llevó de sus Paternidades y mias: en tal caso los rescates todos se harán en presencia de Francisco de Peñalosa, veedor nombrado por sus Paternidades.

25. Inquiriréis las cosas de las tierras á do llegareis, así morales como físicas, si hai perlas, especiería, oro, &c., particularmente en Santa María de las Niebes, de Donde Grijalva me embió ciertos granos de oro por fundir é fundidos.

26. Quando salteis en tierra sea ante vuestro Sno. y muchos testigos, y tomaréis posesion della con las solemnidades usadas: inquirid la calidad de las gentes: porque diz que hay gentes de orejas grandes y anchas, y otras que tienen las caras como perros,.... á qué parte están las Amazonas, que dicen estos yndios que con vos llevais, que están cerca de allí.

27. Las demas cosas deixo á vuestra prudencia, confiando de vos que en todo tomeis el cuidadoso cuidado de hacer lo que mas cumpla al servicio de Dios y de SS. AA.

28. En todos los puertos de esta ysla do hallareis españoles que quieran ir con vos, no lleveis á quien tuviere deudas, si antes no las paga ó da fianzas suficientes.

29. Luego en llegando á Santa María de las Niebes, me embiaréis en el navío que menos falta hiciere, quanto hubieredes rescatado y hallado de oro, perlas, especiería, animales, aves, &c., con relacion de lo hecho y lo que pensais hacer, para que yo lo mande y diga al rey.

30. Conoceréis conforme á derecho en las causas civiles y criminales que ocurran, como capitan desta armada con todos los poderes, &., &c. Fechada en esta cibdad de Santiago puerto desta ysla Fernandina, á 23 de Oct., 1518.

NUM. VI.

Véase el vol I, p. 160.

TOMADO DE LA HISTORIA GENERAL DE LOS INDIOS POR LAS CASAS, MS., LIB. III, CAP. CXVI.

(Pocos literatos españoles han podido leer los escritos de Las Casas; y por eso he tomado este extracto del original, como una muestra del estilo vago, pero vigoroso, de una obra cuya celebridad se ha aumentado tanto por la escrupulosa reserva con que se le ha tenido oculta.)

Esto es uno de los errores y disparates que muchos han tenido y hecho en estas partes; porque simprimero por mucho tiempo aver á los yndios y á qualquiera nacion ydolatria doctrinado es gran desvario quitarles los ydolos; lo qual nunca se hace por voluntad sino contra de los ydólatras; porque ninguno puede dexar por su voluntad é de buena gana aquello que tiene de muchos años por Dios y en la leche mamado y autorizado por sus mayores, sin que primero tenga entendido que aquello que les dan ó en que les comutan su Dios, sea verdadero Dios. Mirad qué doctrina les podrian dar en dos ó en tres ó en quatro ó en diez dias, que allí estuvieron, y que mas estuvieran, del verdadero Dios, y tampoco les supieran dar para desarraygalles la opinion erronea de sus dioses, que en yéndose, que se fuéron, no tornáron á ydolar. Primero se han de rraer de los corazones los ydolos, conviene á saber el concepto y estima que tienen de ser aquellos Dios los ydólatras por diuturna y deligente é continua doctrina, y pintalles en ellos el concepto y verdad del verdadero Dios, y despues ellos mismos viendo su engaño y error an de derrocar y destruir, con sus mismas manos y de toda su voluntad, los ydolos que veneraban por Dios ó por dioses. Y así lo enseña San Agustin en el sermon, *De puero centurionis, de verbis Domini*. Pero no fué aqueste el postrero disparate que en estas yndias cerca desta materia se á hecho poner cruces, yuduciendo á los yndios á la rreverencia dellas. Si ay tiempo para ello con sinificacion alguna del fruto que pueden sacar dello, si se lo pueden dar á entender para hacerse y bien hacerse, pero no aviendo tiempo ni lengua ni sazon, cosa superflua é ynútil parece. Porque pueden pensar los yndios que les dan algun ydolo de aquella figura que tienen por Dios los christianos, y así lo arán ydólatra adorando por Dios aquel palo. La mas cierta é conveniente regla é doctrina que por estas tierras y otras de ynfieles semejantes á estos los christianos deben dar é tener, quando van de pasada como estos yvan, é quando tambien quisieren morar entre ellas, es da-

Moteco



lles muy buen exemplo de hobras virtuosas y christianas, para que, como dice nuestro Redemptor, viéndolas alaben y den gloria al Dios é padre de los christianos, é por ellas juzguen que quien tales cultores tiene no puede ser sino bueno é verdadero Dios.

NUM. VII.

Véase el vol. I, p. 192.

DECLARACION DE ALONSO HERNANDEZ DE PUERTO-CARRERO.

(Puerto-Carrero y Montejo fueron dos oficiales que envió Cortés desde Villa-Rica, con pliegos para el gobierno. Los emisarios fueron examinados bajo de juramento por el venerable Dr. Carvajal, del Consejo de Indias, sobre todo lo concerniente á la conducta de Velazquez y de Cortés; y la siguiente declaracion es la de Puerto-Carrero, hombre de buena familia y bajo este respecto superior á muchos de los que entraron en la expedicion. El original existe en el archivo de Simancas.)

En la cibdad de Coruña, á 30 dias del mes de Abril, de 1520 años, se tomó el dicho é deposicion de Alonso Hernandez de Puerto-Carrero por mí, Joan de Sámano, del qual haviendo jurado en forma, so cargo del juramento dijo lo siguiente:

Primeramente dijo, que en ell armada que hizo Francisco Hernandez de Córdova é Caycedo é su compañero él no fué en ella; de la qual armada fué el dicho Francisco Hernandez de Córdova por capitan general é principal armador; é que ha oido decir como estos descubrieron la ysla que se llama de Yucatan.

Item: dijo que en ell armada de que fué capitan general Joan de Grijalva este testigo no fué; pero que vido un capitan, que se dice Pedro de Alvarado, que embió Joan de Grijalva en una carabela con cierto oro é joyas á Diego Velasquez; é que oyó decir, que des que Diego Velasquez vido que traian tan poco oro, é el capitan Joan de Grijalva se queria luego bolver é no hacer mas rescate, acordó de hablar á Hernandez Cortés para que hiciesen esta armada, por que al presente en Santiago no havia persona que mejor aparejo tuviese, i que mas bien quisto en la ysla fuese, por que al presente tenía tres navíos: fuéle preguntado, como sabia lo susodicho; respondió, que porque lo avia oido decir á muchas personas de la ysla.

Dice mas que se pregonó en el pueblo don este testigo vivia, que todas las personas que quisiesen ir en ell armada, de todo lo que se oviese ó rescatase habria la una tercera parte, é las otras dos partes eran para los armadores i navíos.

Fuéle preguntado, quien hizo dar el dicho pregon, é en cuyo nombre se hacia, é quien se decia entonces que hacia la dicha armada; respondió, que oyó decir, que Hernando Cortés havia escrito una carta á un alcalde de aquel pueblo para que hiciese á pregonarlo; é que oyó decir, que Diego Velasquez habló con Hernado Cortés para que juntamente con él hiciesen la dicha armada, porque al presente no habia otra persona que mejor aparejo en la dicha ysla para ello tuviese, porque al presente tenia tres navíos, é era bien quisto en la ysla; é que oyó decir, que si él no fuera por capitan, que no fuera la tercera parte de la gente que con él fué; é que no sabe el concierto que entre sí tienen, mas de que oyó decir, que ambos hacian aquella armada, é que ponía Hernando Cortés mas de las dos partes della, é que la otra parte cree este testigo que la puso Diego Velasquez; porque lo oyó decir, é despues que fué en la dicha armada vido ciertos navíos que puso Hernando Cortés, en lo que gastaba con la gente, que le pareció que ponía las dos partes ó mas, é que de diez navíos que fueron en ell armada los tres puso Diego Velasquez, é los siete Cortés suyos é de sus amigos.

Dijo que le dijeron muchas personas que ivan en ell armada como Hernando Cortés hizo pregonar, que todos los que quisiesen ir en su compañía, si tuviesen necesida de dineros así para comprar vestidos como provisiones ó armas para ellos, que fuesen á él, é que él les socorreria é les daria lo que hoviesen menester, é que á todos los que á él acodian que lo dava, é que esto sabe, porque muchas personas á quien él socorria con dineros que lo dijeron; é que estando en la villa de la Trenidad, vió que él é sus amigos davan á toda la gente que allí estaba todo lo que havian menester; que así mesmo estando en la villa de Sant Cristóbal en la Havana, vió hacer lo mismo, é comprar muchos puercos é pan, que podian ser tres ó cuatro meses.

Fuéle preguntado, á quien tenian por principal armador desta armada, é quien era público que la hacia; dijo que lo que oyó decir é vido, que Hernando Cortés gastava las dos partes, é que los dichos Diego Velasquez é Hernando Cortés la hicieron como dicho tiene, é que no sabe mas en esto de este artículo.

Fuéle preguntado, si sabia quel dicho Diego Velasquez fuese el principal por respecto de ser governador por su Al. en las tierras é yslas que por su industria se descubriesen; que no lo sabe, por que no le eran entonces llegados Gonzalo de Guzman é Narvaez.

Fuéle preguntado, si sabe el dicho Diego Velasquez sea lugar teniente de governador é capitan de la ysla de Cuba; dijo que ha oido decir, ques teniente de Almirante.

Fuële preguntado, si sabia dellasiento é capitulacion que el dicho Diego Velasquez tomó con los frailes Gerónimos en nombre de S. M., é de la instruccion que ellos para el descubrimiento le dieron; dijo que oyó decir, que les havia fecho relacion que havia descubierto una tierra que era mui rica, é les embió á pedir le diesen licencia para vojallá é para rescatar en ella, é los padres Gerónimos que la dieron, é que esto sabe porque lo oyó decir: fuële preguntado, si vió este asiento ó poderes algunos de los dichos padres ó la dicha instruccion; dijo que bien los puede haver visto, mas lo que en ellos iba, no se acuerda mas que lo arriva dicho.

Fuële preguntado, si vió ó oyó decir, que los dichos poderes é capitulacion de los dichos padres Gerónimos fuese nombrado Diego Velasquez ó el dicho Cortés; dijo que en los poderes que los padres Gerónimos embiaron á Diego Velasquez que á él seria, é no á Hernando Cortés, por que el dicho Diego Velasquez lo embió á pedir.

Fuële preguntado, como é porque causa obedecia á Hernando Cortés por capitan general de aquella armada; dijo que porque Diego Velasquez le dió su poder en nombre de su Al. para ir hacer aquel rescate; é que lo sabe, porque vió el poder é lo oyó decir á todos ellos.

Fuële preguntado, que fué la causa por que no usaron con el dicho Hernando Cortés de los poderes que llevaba del dicho Diego Velasquez; dijo que esta armada iba en achaque de buscar á Juan de Grijalva; que oyó decir, que no tenia poder Diego Velasquez de los padres Gerónimos para hacer esta armada; é con este achaque que arriva dice hicieron esta armada, é que él usó del poder que Diego Velasquez le dió, é allí rescató.

Fuële preguntado, que fué la causa porque, quando quisieron poblar, le nombraron ellos por capitan general é justicia mayor de nuevo; dijo que Hernando Cortés, desque havia rescatado é vido que tenia pocos vastimentos, que no havia mas de para bolver tasadamente á la ysla de Cuba, dijo que se queria bolver; entonces toda la gente se juntaron é le requirieron que poblase, pues los yndios les tenian buena voluntad á mostravan que holgaban con ellos, é la tierra era tan aparejada para ello, é S. M. seria dello mui servido; é respondió, que el no traia poder para poblar, que él responderia; é respondió, que pues era servicio de S. M. poblar, otejava que poblasen; é hicieron alcaides é rexidores, é se juntaron en su cabildo, é le proveyeron de Xusticia mayor é capitan general en nombre de S. M.

Fuële preguntado, que se hicieron los navíos que llebaron; dijo que desque poblaron venian los maestres de los navíos, á decir al capitan que todos los navíos se ivan á fondo, que no los podian tener encima dell agua; y el dicho capitan mandó á ciertos maestres é pilotos que entrasen en los navíos é vieses los que estavan para poder navegar, é ver si se podiesen remediar; é los dichos maestres é pilotos digeron, que no havia mas de tres navíos que pudiesen na-

vegar é remediarse, é que havia de ser con mucha costa; é que los demas que no havia medio ninguno en ellos, é que alguno dellos se undió en la mar, estando echada el ancla; é que con los demas que no estavan para poder navegar é remediarse, los dejaron ir al traves; é que esta es la verdad, é firmólo de su nombre.

Dijo que se acuerda que oyó decir, que Hernando Cortés havia gastado en esta armada cinco mill ducados ó castellanos; é que Diego Velasquez oyó decir, que havia gastado mill é setecientos, poco mas ó menos; é que esto que gastó fué en vinos é aceites é vinagre é ropas de vestir, las que les envió un factor que allá está de Diego Velasquez, en que les vendia el arroba de vino á cuatro castellanos que salia al respecto por una pipa cent. castellanos, el arroba del aceite á seis castellanos, é alomesmo la arrova del vinagre, é las camisas á dos pesos, i el par de los alpargates á castellano, é un mazo de cuentas de valoría á dos castellanos costándole á él á dos reales, é á este respecto fueron todas las otras cosas; é que esto que gastó Diego Velasquez lo sabe, porque lo vido vender, é este testigo se le vendió hasta parte dello.—Alonso Hernandez Porto-Carrero declaró ante mí, Joan de Sámano.

NÚM. VIII.

Véase el vol. I, p. 194.

EXTRACTO DE LA CARTA DE VERACRUZ, Ms.

(El siguiente extracto de la célebre carta dirigida al emperador, por el ayuntamiento de la Villa-Rica de la Veracruz, dá una sucinta idea de la fundacion de la primera colonia en Méjico y del nombramiento hecho en Hernan Cortés para justicia mayor y capitan general. El original se conserva en la Biblioteca Imperial de Viena.)

Despues de se aver despedido de nosotros el dicho cacique, y buuelto á su casa, en mucha conformidad; como en esta armada venimos, personas nobles, cavalleros, hijos dalgo, zelosos del servicio de Nuestro Señor y de Vuestras Reales Altezas, y deseosos de ensalzar su Corona Real, de acrecentar sus señoríos, y de aumentar sus rentas, nos juntamos y platicamos con el dicho capitan Fernando Cortés, diciendo que esta tierra era buena, y que segun la muestra de oro que aquel cacique havia traído, se creia que debia de ser mui rica, y que

segun las muestras que el dicho cacique havia dado, era de creer que él y todos sus yndios nos tenían muy buena voluntad; por tanto que nos parecia que nos convenia al servicio de Vuestras Magestades, y que en tal tierra se hiziese lo que Diego Velasquez havia mandado hacer al dicho capitan Fernando Cortés, que era rescatar todo el oro que pudiese, y rescatado bolverse con todo ello á la ysla Fernandina, para gozar solamente de ello el dicho Diego Velasquez y el dicho capitan; y que lo mejor que á todos nos parecia era, que en nombre de Vuestras Reales Altezas se poblase y fundase allí un pueblo en que huviese justicia, para que en esta tierra tuviesen señorío, como en sus reinos y señoríos lo tienen; porque siendo esta tierra poblada de españoles, de mas de acrecentar los reinos y señoríos de Vuestras Magestades, y sus rentas, nos podrian hacer mercedes á nosotros y á los pobladores que de mas allá viniesen adelante; y acordado esto, nos juntamos todos en concord de un ánimo y voluntad, y hizimos un requerimiento al dicho capitan, en el qual diximos, que pues él veia quanto al servicio de Dios Nuestro Señor y al de Vuestra Magestad convenia, que esta tierra estuviese poblada, dándole las causas de que arriba á Vuestras Altezas se ha hecho relacion, que le requerimos que luego cesase de hacer rescates de la manera que los venia á hacer, porque seria destruir la tierra en mucha manera, y Vuestras Magestades serian en ellos muy desservidos; y que así mismo le pedimos y requerimos que luego nombrase para aquella villa, que se avia por nosotros de hacer y fundar, alcaldes y regidores, en nombre de Vuestras Reales Altezas, con ciertas protestaciones, en forma que contra él protestamos si así no lo hiziesen; y hecho este requerimiento al dicho capitan, dixo que daria su respuesta el dia siguiente; y viendo pues el dicho capitan como convenia al servicio de Vuestras Reales Altezas lo que le pediamos, luego otro dia nos respondió diciendo, que su voluntad estaba mas inclinada al servicio de Vuestras Magestades que á otra cosa alguna, y que no mirando al interese que á él se le siguiese, si prosiguiera en el rescate que traia propuesto de rehacer los grandes gastos que de su hacienda avia hecho en aquella armada juntamente con el dicho Diego Velasquez, antes poniéndolo todo le placia y era contento de hacer lo que por nosotros le era pedido, pues que tanto convenia al servicio de Vuestras Reales Altezas; y luego comenzó con gran diligencia á poblar y á fundar una villa, la cual puso por nombre la rica Villa de Vera Cruz, y nombrónos á los que lá delantes suscribimos, por alcaldes y regidores de la dicha villa, y en nombre de Vuestras Reales Altezas recibió de nosotros el juramento y solemnidad que en tal caso se acostumbra y suele hacer; despues de lo qual otro dia siguiente entramos en nuestro cabildo y ajuntamiento, y estando así juntos embiamos á llevar al dicho capitan Fernando Cortés, y le pedimos en nombre de Vuestras Reales Altezas que nos mostrase los poderes y instrucciones que el dicho Diego Velasquez le avia dado para venir á estas partes, el qual embió luego por ellos y nos los mostró; y vistos y leídos por nosotros, bien examinados segun lo que pudimos mejor entender,

hallamos á nuestro parecer que por los dichos poderes y instrucciones no tenia mas poder el dicho capitan Fernando Cortés, y que por aver ya espirado no podia usar de justicia ni de capitan de allí adelante; pareciéndonos pues, mui Excellentissimos Príncipes! que para la pacificacion y concordia de entre nosotros, y para nos gobernar bien, convenia poner una persona para su Real servicio, que estoviese en nombre de Vuestras Magestades en la dicha villa y en estas partes por justicia mayor y capitan y cabeza, á quien todos acatasemos hasta hacer relacion de ello á Vuestras Reales Altezas para que en ello proveyesen lo que mas servidos fuesen, y visto que á ninguna persona se podria dar mejor el dicho cargo que al dicho Fernando Cortés, porque demas de ser persona tal qual para ello conviene, tiene muy gran zelo y deseo del servicio de Vuestras Magestades, y así mismo por la mucha experiencia que de estas partes y yslas tiene, de causa de los quales ha siempre dado buena cuenta, y por haver gastado todo quanto tenia por venir como vino con esta armada en servicio de Vuestras Magestades, y por aver tenido en poco, como hemos hecho relacion, todo lo que podia ganar y interese que se le podia seguir si rescatara como traia concertado, y le proveimos en nombre de Vuestras Reales Altezas de justicia y alcalde mayor, del qual recibimos el juramento que en tal caso se requiere, y hecho como convenia al Real servicio de Vuestras Magestades, lo recibimos en su Real nombre en nuestro ajuntamiento y cabildo por justicia mayor y capitan de Vuestras Reales armas, y así está y estará hasta tanto que Vuestras Magestades provean lo que mas á su servicio convenga: hemos querido hacer de todo esto relacion á Vuestras Reales Altezas, porque sepan el que acá se ha hecho, y el estado y manera en que quedamos.

NUM. IX.

Véase el vol. I, p. 261.

TOMADO DE LA HISTORIA DE TLAXCALA, POR CAMARGO, Ms.

(Este pasaje del cronista indio, se refiere á la ceremonia de la inauguracion de un tecuhtle ó caballero mercader, en Tlaxcala. Parece que está uno leyendo las páginas de San Pelayo ó de algun otro historiador de la caballería de Europa.)

Esta ceremonia de armarse caballeros los naturales de Méjico y Tlaxcalla y otras provincias de la Laguna Mejicana es cosa muy notoria; y así no nos detendremos en ella, mas de pasar secuntamente. Es de saber, que cualquiera señor, ó hijos de señores, que por sus personas habian ganado alguna cosa en la guerra, ó que hubiesen hecho ó emprendido cosas señaladas y aventajadas, como tuviese indicios de mucho valor, y que fuese de buen consejo y aviso en la república, le armaban caballero; que como fuesen tan ricos que por sus riquezas se ennoblecian y hacian negocios de hijos y dalgo y caballero, los armaban caballeros por dos, diferentemente que los caballeros de línea recta, porque los llamaban Tepilhuan: al mercader que era armado caballero, y á los finos que por descendencia lo eran, llamaban Tecuhtles. Estos Tecuhtles se armaban caballeros con muchas ceremonias. Ante todas cosas, estaban encerrados cuarenta ó sesenta dias en un templo de sus ídolos, y ayunaban todo este tiempo, y no trataban con gente mas que con aquellos que le servían; y al cabo de los cuales eran llevados al templo mayor, y allí se les daban grandes doctrinas de la vida que habian de tener y guardar; y antes de todas estas cosas les daban grandes bejamenes con muchas palabras afrentosas y satíricas, y les daban de puñadas con grandes reprensiones, y aun en su propio rostro segun atras dejamos tratado, y les oradaban las narices y lábios y orejas; y la sangre que de ellos salia la ofrecian á sus ídolos. Allí les daban públicamente sus arcos y flechas y macanas y todo género de armas usadas en su arte militar. Del templo era llevado por las calles y plazas acostumbradas, con gran pompa y regocijo y solemnidad: poníanles en las orejas orejeras de oro, y bezotes de lo mismo, llevando adelante muchos truhanes y chocarrereros que decian grandes donaires, con que hacian reir las gentes; pero como vamos tratando, se ponian en las narices piedras ricas, oradábanse las orejas y narices y bezos, no con yerrores ni cosa de oro ni plata, sino con huesos de tigres y leones y águilas agudos. Este armado caballero hacia muy solemnnes fiestas y costosas, y daban muy grandes presentes á los antiguos señores caballeros así de ropas como de esclavos, oro y piedras preciosas y plumerías ricas, y divisas, escudos, rodela y arcos y flechas, á manera de propinas cuando se doctoran nuestros letrados. Andan de casa en casa de estos Tecuhtles dándoles estos presentes y dádivas, y lo propio hacen con estos armados caballeros despues que lo eran, y se tenia cuenta con todos ellos. Y era república; y así no se armaban muchos caballeros hidalgos pobres, por su poca posibilidad, si no eran aquellos que por sus nobles y loables hechos lo habian merecido, que en tal caso los caciques cabeceros y los mas supremos señores reyes, pues tenian mero mixto imperio con sus tierras, y orca y cuchillo para ejecutar los casos de justicia, como en efecto era así. Finalmente, que los que oradaban las orejas, bezos, y narices de estos, que así se armaban caballeros, eran caballeros ancianos y muy antiguos, los cuales estaban dedicados para esto; y así como para en los casos de justicia y consejos de guerra. Servian estos caballeros veteranos en la república,

los cuales eran temidos, obedecidos, y reverenciados en muy gran veneracion y estima. Y como atras dejamos dicho, que al cabo de los cuarenta ó sesenta dias de ayuno de los caballeros nobles los sacaban de allí para llevarlos al templo mayor donde tenian sus simulacros; no les oradaban entonces las orejas, narices ni labios, que son los labios de la parte de abajo, sino que cuando se ponian en el ayuno, entonces; y ante todas cosas les hacian estos bestiales espectáculos; y en todo el tiempo de ayuno estaba en cura, para que el dia de la mayor ceremonia fuese sano de las heridas, que pudiesen ponerle las orejeras y bezotes sin ningun detrimento ni dolor; y en todo este tiempo no se lavaban, antes estaban todo tiznados y embiajados de negro, y con muestras de gran humildad para conseguir y alcanzar tan gran merced y premio, velando las armas todo el tiempo del ayuno segun sus ordenanzas, constituciones, y uso, y costumbres entre ellos tan celebrados. Tambien usaban tener las puertas donde estaban ayunando cerradas con ramos de laurel, cuyo árbol entre los naturales era muy estimado.

NUM. X.

Véase el vol. I, p. 371.

TOMADO DE LA "HISTORIA DE LAS INDIAS, POR OVIEDO," Ms.,

LIBRO XXXIII, CAP. XLVI.

(Este capítulo que tanto me ha servido para mi narracion, contiene noticias muy minuciosas del interior de la casa de Moctezuma y modo de vivir, formada por el testimonio de diferentes personas de crédito, y que estaban bien informadas de todo. Es una buena muestra del estilo del historiador, y debe por lo mismo ser de interes para los literatos españoles; pues que el original nunca se ha publicado, y juzgando por las apariencias no se publicará jamas.)

"Quando este gran príncipe Montezuma comia, estaba en una gran sala encajada y mui pintada de pinturas diversas; allí tenia enanos é chocarreros que le decian gracias é donaires, é otros que jugaban con vn palo puesto sobre los pies grande, é le traian é meneaban con tanta facilidad y ligereza, que parecia cosa imposible; é otros hacian otros juegos é cosas de mucho para se admirar

D. Fernando el católico.



los hombres. A la puerta de la sala estaba vn patio mui grande, en que habia cien aposentos de veinticinco ó treinta pies de largo, cada uno sobre sí, en torno de dicho patio, é allí estaban los señores principales aposentados como guardas del palacio ordinarias, y estos tales aposentos se llaman galpones, los quales á la continua ocupan mas de seiscientos hombres, que jamas se quitaban de allí, é cada vno de aquellos tenian mas de treinta servidores, de manera que á lo menos nunca faltaban 3000 hombres de guerra en esta guarda cotidiana del palacio. Quando queria comer aquel príncipe grande, dabanle agua á manos sus mugeres, é salian allí hasta veinte dellas las mas queridas é mas hermosas é estaban en pie en tanto que él comia; é traiale vn mayordomo ó maestre-sala 3000 platos ó mas de diversos manjares de gallinas, codornices, palomas, tórtolas é otras aves, é algunos platos de muchachos tiernos guisados á su modo, é todo muy lleno de axi, é él comia de lo que las mugeres le trahian ó queria. Despues que habia acabado de comer se tortuaba á labar las manos, é las mugeres se iban á su aposento dellas, donde eran mui bien servidas; é luego ante el señor allegábanse á sus burlas é gracias aquellos chocarreros é donosos, é mandaba les dar de comer sentados á vn cabo de la sala; é todo lo restante de la comida mandaba dar á la otra gente que se ha dicho que estaban en aquel gran patio; y luego venian 3000 Xícalos i cántaros ó ánforas de breuage, é despues que el señor habia comido ó bebido, é labándose las manos, íbanse las mugeres, é acabadas de salir de la sala, entraban los negociantes de muchas partes, así de la misma cibdad como de sus señoríos; é los que le habian de hablar incábanse de rodillas quatro varas de medir ó mas, apartados dél é descalzos, é sin manta de algodón que algo valieses; é sin mirarle á la cara decian su razonamiento; é él proveia lo que le parecia; é aquellos se levantaban é tornaban atras retraiéndose sin volver las espaldas vn buen tiro de piedra, como lo acostumbran hacer los moros de Granada delante de sus señores é príncipes. Allí habia muchos jugadores de diversos juegos, en especial con vnos fesoles á manera de habas, é apuntadas como dados, que es cosa de ver; é juegan quanto tienen los que son tahures entrellos. Ivan los españoles á ver á Montezuma, é mandábales dar duchos, que son vnos banquillos ó escabelos, en que se sentasen, mui lindamente labrados, é de gentil madera, é decíanles que querian, que lo pidiesen é dárseles han. Su persona era de pocas carnes, pero de buena gracia é afabil, é tenia cinco ó seis pelos en la barba tan luengos como un gеме. Si le parecia buena alguna ropa que el español tubiese, pedíasela, é si se la dada liberalmente sin le pedir nada por ella, luego se la cobria é la miraba mui particularmente, é con placer la loaba; mas si le pedian precio por ella hacía lo dar luego, é tomaba la ropa é tornábasela á dar á los chistianos sin se la cobrir, é como descontento de la mala crianza dél que pedia el precio, decia: Para mí no ha de haber precio alguno, porque yo soy señor, é no me han de pedir nada deso; que yo lo daré sin que me den alguna cosa; que es mui gran afrenta poner precio de ninguna cosa á los que son seño-

res, ni ser ellos mercaderes. Con esto concuerdan las palabras que de Scipion Africano, que de sí decian aquella contienda de prestancia, que escribe Luciano, entre los tres capitanes mas excelentes de los antiguos, que son Alejandro Magno, é Anibal, é Scipion: Desde que nació, ni vendí ni compré cosa ninguna. Así que decia Montezuma quando así le ponian precio: Otro dia no te pediré cosa alguna, porque me has hecho mercader; vete con Dios á tu casa, é lo que obieses menester pídelo, y dársete ha: é no tornes acá, que no soy amigo desos tratos, ni de los que en ellos entienden, para mas de dexárselos vsar con otros hombres en mi señorío. Tenia Montezuma mas de 3000 señores que le eran subgetos, é aquellos tenian muchos vasallos cada uno dellos; é cada qual tenia casa principal en Temixtitan, é habia de residir en ella ciertos meses del año é quando se habian de ir á su tierra con licencia de Montezuma, habia de quedar en la casa su hijo ó hermano hasta quel señor della tornase. Esto hacia Montezuma por tener su tierra segura, é que ninguno se le alzase sin ser sentido. Tenia vna seña, que trahian sus Almozarifes é Mensageros quando recogian los tributos, é el que erraba lo mataban á él é á quantos dél venian. Dábanle sus vasallos en tributo ordinario de tres hijos uno, é el que no tenia hijos habia de dar un yndio ó yndia para sacrificar á sus dioses, é si no lo daban, habian de sacrificarle á él. Dábanle tres hanegas de mahiz vna, é todo lo que grangeaban, ó comian, ó bebian. En fin, de todo se le daba el tercio; é el que desto faltaba pagaba con la cabeza. En cada pueblo tenia mayordomo con sus libros del número de la gente é de todo lo demas asentado por tales figuras é caracteres quellos se entendian sin discrepancia, como entre nosotros con nuestras letras se entenderia vna cuenta mui bien ordenada. E aquellos particulares mayordomos daban quenta á aquellos que residian en Temixtitan, é tenian sus alholies, é magazenes é depósitos donde se recogian los tributos, é oficiales para ello, é ponian en cárceles los que á su tiempo no pagaban, é dábanles término para la paga, é aquel pasado é no pagado, justiciaban al tal deudor, ó le hacian esclavo.

Dexemos esta materia, y volvamos á este gran príncipe Montezuma, el qual en una gran sala de 150 pies de largo, é de 50 de ancho, de grandes vigas é postes de madera que lo sostenian, encima de la qual, era todo vn terrado de azutea, é tenia dentro desta sala muchos géneros de aves é de animales. Habia 50 águilas caudales en jaolas, tigres, lobos, culebras, tan gruesas como la pierna, de mucho espanto, é en sus jaolas asimismo, é allí se les llevaba la sangre de los hombres é mugeres é niños que sacrificaban, é cebaban con ella aquellas béstias; é habia vn suelo hecho de la mesma sangre humana en toda la dicha sala, é si se metia vn palo ó vara temblaba el suelo. En entrando por la sala, el hedor era mucho é aborrecible é asqueroso; las culebras daban grandes é horribles silvos, é los gemidos é tonos de los otros animales allí presos era una melodía infernal, é para poner espanto; tenian 500 gallinas de racion cada dia para la sustentacion desos animales. En medio de aquella sala

habia vna capilla á manera de vn horno grande, é por encima chapada de las minas de oro é plata é piedras de muchas maneras, como ágatas é cornesinas, nides, topacios, planas desmeraldas, é de otras suertes, muchas é mui bien engastadas. Allí entraba Montezuma é se retrahia á hablar con el Diablo, al qual nombraban Atezcatopocan, que aquella gente tienen por Dios de la guerra, y él les daba á entender, que era señor y criador de todo, y que en su mano era el vencer; é los yndios en sus arreitos y cantares é hablas le dan gracias y lo invocan en sus necesidades. En aquel patio é sala habia continuamente 5000 hombres pintados de cierto betun ó tinta, los quales no llegan á mugeres é son castos; llámanlos papas, é aquestos son religiosos.

Tenia Montezuma vna casa mui grande en que estaban sus mugeres, que eran mas de 4000 hijas de señores, que se las daban para ser sus mugeres, é él lo mandaba hacer así; é las tenia mui guardadas y servidas; y algunas veces él daba algunas dellas á quien queria favorecer y honrar de sus principales. Ellos las recibian como vn don grandísimo. Habia en su casa muchos jardines é 100 vañños, ó mas, como los que vsan los moros, que siempre estaban calientes, en que se vañaban aquellas sus mugeres, las quales tenian sus guardas, é otras mugeres como prioras que las governaban é á estas mayores, que eran ancianas, acataban como á madres, y ellas las trataban como á hijas. Tuvo su padre de Montezuma 150 hijos é hijas, de los quales los mas mató Montezuma, y las hermanas casó muchas dellas con quien le pareció; y él tuvo 50 hijos y hijas, ó mas; y acaeció algunas veces tener 50 mugeres preñadas, y las mas dellas mataban las criaturas en el cuerpo, porque así dicen que se lo mandaba el Diablo, que hablaba con ellas y decíales que se sacrificasen ellas las orejas y las lenguas y sus naturas, é se sacasen mucha sangre é se la ofreciesen, é así lo hacian en efeto. Parecia la casa de Montezuma vna cibdad mui poblada. Tenia sus porteros en cada puerta. Tenia 20 puertas de servicio; entravan muchas calles de agua á ellas, por las quales entraban é salian las canoas con mahiz, é otros bastimentos, é leña. Entraba en esta casa vn caño de agua dulce, que venia de dos leguas de allí, por encima de vna calzada de piedra, que venia de vna fuente que se dice chapictepeque, que nace en vn peñon, que está en la laguna salada, de mui excelente agua."

NUM. XI.

Véase el vol. I, p. 460.

DIALOGO DE OVIEDO CON D. THOAN CANO, TOMADO DE LA HISTORIA
DE LAS INDIAS, Ms., LIB. XXXIII, CAP. XLIV.

(La obra mas notable, bajo algunos aspectos, entre las composiciones de Oviedo es, sus "Quinquagésimas," coleccion de diálogos imaginarios con los personajes mas eminentes de su tiempo, formados indudablemente, algunas veces, de las mismas conversaciones que tuvo con ellos. En su "Historia de las Indias" trae uno que asegura tuvo realmente con D. Thoan Cano, un hidalgo castellano, casado con la viuda de Guatemotzin, la hermosa hija de Moctezuma. Vino al pais con Narvaez, y segun Oviedo, era un hombre de inteligencia, y como por otra parte desde ántes de la conquista y despues de ella, estuvo muy bien relacionado, su testimonio es de gran peso. Como tal he hecho frecuentemente uso de él en las páginas anteriores, y ahora lo transcribo aquí íntegro del original, como un documento interesante á la Historia de la Conquista.)

DIALOGO DEL ALCAYDE DE LA FORTALEZA DE LA CIBDAD E PUERTO DE
SANTO DOMINGO DE LA ISLA ESPAÑOLA, AUTOR Y CHRONISTA DESTAS HISTORIAS, DE LA VNA PARTE, E DE LA OTRA, VN CABALLERO VECINO DE LA
GRAND CIBDAD DE MEXICO, LLAMADO THOAN CANO.

ALC. Señor, ayer supe que Vm. vive en la grand cibdad de Méjico, y que os llamaiis Thoan Cano; y porque yo tube amistad con vn caballero llamado Diego Cano, que fué criado del serenissimo Príncipe D. Thoan, mi señor, de gloriosa memoria, deseo saber si es vivo, é donde sois señor natural, é como quedastes avecindado en estas partes, é rescibiré merced, que no recibais pesadumbre de mis preguntas; porque tengo necesidad de saber algunas cosas de la Nueva España, y es razon, que para mi satisfaccion yo procure entender lo que deseo de tales personas é hábito que merezcan crédito; y ansí, Señor, recibiré mucha merced de la vuestra en lo que digo.

THOAN CANO. Señor Alcayde, yo soy él que ganó mucho en conoceros; y tiempo ha que deseaba ver vuestra persona, porque os soi aficionado, y querria que mui de veras me tubiesedes por tan amigo é servidor como yo os lo seré. E satisfaciendo á lo que Vm. quiere saber de mí, digo, que Diego Cano, Escribano de Cámara del Príncipe D. Thoan, y camarero de la Tapicería de su Alteza,

fué mi tio, é liá poco tiempo que murió en la cibdad de Caceres, donde vivia é yo soy natural. Y quanto á lo demas, yo, Señor, pasé desde la Isla de Cuba á la Nueva España con el capitan Pámphilo de Narváez, é aunque mozo é de poca edad, yo me hallé cerca dél quando fué preso por Hernando Cortés é sus mañas; é en ese trance le quebraron vn ojo, peleando él como mui valiente hombre; pero como no le acudió su gente, é con él se hallaron mui pocos, quedó preso é herido, é se hizo Cortés señor del campo, é truxo á su devocion la gente que con Pámphilo habia ido, é en rencuentros é en batallas de manos en México; y todo lo que ha sucedido despues yo me he hallado en ello. Mandais que diga como quedé avecindado en estas partes, y que no reciba pesadumbre de vuestras preguntas; satisfaciendo á mi asiento, digo, Señor, que yo me casé con una señora hija legitima de Montezuma, llamada doña Isabel, tal persona, que aunque se hobiera criado en nuestra España, no estobiera mas enseñada é bien doctrinada é Católica, é de tal conversacion é arte, que os satisfaria su manera é buena gracia; y no es poco útil y provechosa al sosiego é contentamiento de los naturales de la tierra; porque, como es señora en todas sus cosas é amiga de los christianos, por su respeto é exeemplo mas quietud é reposo se imprime en los ánimos de los Mexicanos. En lo demas que se me preguntare, é de que yo tenga memoria, yo, Señor, diré lo que supiere conforme á la verdad.

ALC. Io acepto la merced que en eso recibiré; y quiero comenzar á decir lo que me ocurre, porque me acuerdo, que fuí informado que su padre de Montezuma tubo 150 hijos é hijas, ó mas, é que le acaeció tener 50 mugeres preñadas; é así escribí esto, é otras cosas á este propósito en el capítulo 46; lo qual si así fué, queria saber cómo podeis vos tener por legitima hija de Montezuma á la señora Doña Isabel vuestra muger, é que forma tenia vuestro suegro para que se conociesen los hijos bastardos entre los legitimos ó espurios, é quales eran mugeres legítimas é concubinas?

CA. Fué costumbre usada y guardada entre los Mexicanos, que las mugeres legítimas que tomaban, era de la manera que agora se dirá. Concertados el hombre é muger que habian de contraer matrimonio, para le efectuar se juntaban los parientes de ambas partes é hacian vn areito despues que habian comido ó cenado; é al tiempo que los novios se habian de acostar é dormir en vno, tomaban la halda delantera de la camisa de la novia é atábanla á la manta de algodón que tenia cubierto el novio. E así ligados tomábanlos de las manos los principales parientes de ambos, é metian los en una cámara, donde los dejaban solos é oscuros por tres dias contiguos sin que de allí saliesen él ni ella, ni allá entraba mas de vna india á los proveer de comer é lo que habían menester; en el qual tiempo deste encerramiento siempre habia bailes ó areitos, que ellos llaman mitote; é en fin de los tres dias no hai mas fiesta. E los que sin esta ceremonia se casan no son habidos por matrimonios, ni los hijos que proceden por legitimos, ni heredan. Así como murió Montezuma, quedáronle

solamente por hijos legítimos mi muger é un hermano suyo, é muchachos ambos; á causa de lo qual fué elegido por Señor vn hermano de Montezuma, que se decia Cuitcavaci, Señor de Iztapalapa, el qual vivió despues de su eleccion solos 60 dias, y murió de viruelas; á causa de lo qual vn sobrino de Montezuma, que era Papa ó sacerdote maior entre los indios, que se llamaba Guatimuci, mató al primo hijo legítimo de Montezuma, que se decia Asupacaci, hermano de padre é madre de Doña Isabel, é hizose señor, é fué mui valeroso. Este fué el que perdió á México, é fué preso, é despues injustamente muerto con otros principales señores é indios; pues como Cortés é los christianos fueron enseñoreados de México, ningun hijo quedó legítimo sino bastardos de Montezuma, ecepto mi muger, que quedaba viuda, porque Guatimuci señor de México, su primo, por fixar mejor su estado, siendo ella mui muchacha, la tubo por muger con la ceremonia ya dicha del atar la camisa con la manta; é no obieron hijos, ni tiempo para procreallos; é ella se convirtió á nuestra santa fee católica, é casose con un hombre de bien de los conquistadores primeros, que se llamaba Pedro Gallego; é ovo un hijo en ella, que se llama Thoan Gallego Montezuma; é murió el dicho Pedro Gallego, é yo casé con la dicha Doña Isabel, en la qual me ha dado Dios tres hijos é dos hijas, que se llaman Pedro Cano, Gonzalo cano de Saavedra, Thoan Cano, Doña Isabel, é Doña Catalina.

ALC. Señor Thoan Cano, suplicoos que me digais por que mató Hernando Cortés á Guatimuci: revelóse despues, ó que hizo para que muriese?

CA. Habeis de saber, que así á Guatimuci, como al Rey de Tacuba, que se decia Tetepanquezal, é al Señor de Tezcucó, el capitan Hernando Cortés les hizo dar muchos tormentos é crudos, quemándoles los pies, é untándoles las plantas con aceite, é poniéndoselas cerca de las brasas, é en otras diversas maneras, porque les diesen sus tesoros, é teniéndolos en contiguas fatigas, supo como el capitan Cristóval de Olit se le habia alzado en puerto de Caballos é Honduras, la qual provincia de los indios llaman Guaimuras, é determinó de ir á buscar é castigar al dicho Cristóval de Olit, é partió de México por tierra con mucha gente de españoles, é de los naturales de la tierra; é llavóse consigo aquellos tres principales ya dichos, y despues los ahorcó en el camino; é así enviudó Doña Isabel, é despues ella se casó de la manera que he dicho con Pedro Gallego, é despues conmigo.

ALC. Pues en cierta informacion, que se envió al Emperador Nuestro Señor, dice Hernando Cortés, que habia sucedido Guatimuci en el señorío de México tras Montezuma, porque en las puentes murió el hijo é heredero de Montezuma, é que otros dos hijos que quedaron vivos, el vno era loco ó mentecapto, é el otro paralítico, é ináviles por sus enfermedades: é yo lo he escripto así en el capítulo 16, pensando quello seria así.

CA. Pues escriba Vm. lo que mandare, y el Marques Hernando Cortés lo que quisiere, que yo digo en Dios y en mi conciencia la verdad, y esto es mui notorio.

ALC. Señor Thean Cano, dígame Vm. ¿de que procedió el alzamiento de los indios de México en tanto que Hernando Cortés salió de aquella cibdad é fué á buscar á Pamphilo de Narvaez, é dejó preso á Montezuma en poder de Pedro de Alvarado? Porque he oido sobre esto muchas cosas, é mui diferentes las vnas de las otras; é yo querria escribir verdad, así Dios salve mi ánima.

CA. Señor Alcayde, eso que preguntais es vn paso en que pocos de los que ahí en la tierra sabrán dar razon, aunque ello fué mui notorio, é mui manifesta la sinrazon que á los indios se les hizo, y de allí tomaron tanto odio con los christianos que no fiaron mas dellos, y se siguieron quantos males ovo despues, é la revelion de México, y pienso desta manera: Esos Mexicanos tenian entre las otras sus idolatrías ciertas fiestas del año en que se juntaban á sus ritos é ceremonias; y llegando el tiempo de vna de aquellas, estaba Alvarado en guarda de Montezuma, é Cortés era ido donde habeis dicho, é muchos indios principales juntáronse é pidieron licencia al capitan Alvarado, para ir á celebrar sus fiestas en los patios de sus mezquitas ó qq. maiores junto al aposento de los españoles, porque no pensasen que aquel ajuntamiento se hacia á otro fin; é el dicho capitan les dio la licencia. E así los indios, todos Señores, mas de 600, desnudos, é con muchas joyas de oro, é hermosos penachos, é muchas piedras preciosas, é como mas aderezados é gentiles hombres se pudieron é supieron aderezar, é sin arina alguna defensiva ni ofensiva, bailaban é cantaban é hacian su areito é fiesta segund su costumbre; é al mejor tiempo que ellos estaban embebécidos en su regocijo, movido de cobdicia el Alvarado hizo poner en cinco puertas del patio cada 15 hombres, é en él entró con la gente restante de los españoles, é comenzaron á acuchillar é matar los indios sin perdonar á vno ni á ninguno, hasta que á todos los acabaron en poco espacio de hora. I esta fué la causa porque los de México, viendo muertos é robados aquellos sobre seguro, é sin haber merecido que tal crueldad en ellos hobiese fecho, se alzaron é hicieron la guerra al dicho Alvarado, é á los christianos que con él estaban en guarda de Montezuma, é con mucha razon que tenian para ello.

ALC. ¿Montezuma, como murió? porque diversamente lo he entendido, y así lo he yo escripto diferenciadamente.

CA. Montezuma murió de vna pedrada que los de fuera tiraron, lo qual no se hiciera, si delante dél no se pusiera un rodlero, porque como le vieran ninguno tirara; y así por le cubrir con la rodela, é no creer que allí estaba Montezuma, le dieron una pedrada de que murió. Pero quiero que sepais, Señor Alcayde, que desde la primera revelion de los indios hasta que el Marques volvió á la cibdad despues de preso Narvaez, non obstante la pelea ordinaria que con los christianos tenian, siempre Montezuma les hacia dar de comer; é despues que el Marques tornó se le hizo grand recehimiento, é le dieron á todos los españoles mucha comida. Mas habeis de saber, que el capitan Alvarado, como le acusaba la conciencia, é no arrepentido de su culpa, mas queriéndole

dar color, por aplacar el ánimo de Montezuma, dixo á Hernando Cortés, que fingiese que le queria prender é castigar, porque Montezuma le rogase por él, é que se fuesen muertos por muertos; lo qual Hernando Cortés no quiso hacer, antes mui enojado dixo, que eran unos perros, é que no habia necesidad de aquel cumplimiento; é envió á vn principal á que hiciesen el Franquez ó Mercado; el qual principal enojado de ver la ira de Cortés y la poca estimacion que hacia de los indios vivos, y lo poco que se le daba de los muertos, desdenado el principal é determinado en la venganza, fué el primero que ronovó la guerra contra los españoles dentro de vna hora.

ALC. Siempre oí decir que es buena la templanza, é sancta la piedad, é abominable la soberbia. Dicen que fué grandísimo el tesoro que Hernando Cortés repartió entre sus milites todos, quando determinó de dexar la cibdad é irse fuera della por consejo de vn Botello, que se preciaba de pronosticar lo que estaba por venir.

CA. Bien sé quien era ese, y en verdad que él fué de parecer que Cortés y los christianos se saliesen; y al tiempo del efectuarlo no lo hizo saber á todos, antes no lo supieron, sino los que con él se hallaron á esa plática; é los demas que estaban en sus aposentos é quarteles se quedaron, que eran 270 hombres; los cuales se defendieron ciertos dias peleando hasta que de hambre se dieron á los indios, é guardáronles la palabra de la manera que Alvarado la guardó á los que es dicho; é así los 270 christianos, é los que dellos no habian sido muertos peleando todos, quando se rindieron, fueron cruelmente sacrificados: pero habeis, Señor, de saber, que desa liberalidad que Hernando Cortés vsó, como decis, entre sus milites, los que mas parte alcanzaron della, é mas se cargaron de oro é joyas, mas presto los mataron; porque por salvar el albarda murió el asno que mas pesado la tomó; é los que no la quisieron, sino sus espaldas é armas, pasaron con menos ocupacion, haciéndose el camino con el espada.

ALC. Grand lástima fué perderse tanto tesoro y 154 españoles, é 45 yeguas, é mas de 2000 indios, é entrellos al hijo é hijas de Montezuma, é á todos los otros Señores que trahian presos. Io así lo tengo escripto en el capítulo 14 de esta Historia.

CA. Señor Alcayde, en verdad quien tal os dixo, ó no lo vido, ni supo ó quiso callar la verdad. Io os certifico, que fueron los españoles muertos en eso, con los que como dixé de suso que quedaron en la cibdad y en los que se perdieron en el camino siguiendo á Cortés, y continuándose nuestra fuga, mas de 1170; é así pareció por alarde; é de los indios nuestros amigos de Tascaltecle, que decis 2000, sin duda fueron mas de 8000.

ALC. Maravíllome como despues que Cortés se acogió, é los que escaparon á la tierra de Tascaltecle, como no acabaron á él é á los christianos dexando allá muertos á los amigos; y aun así diz, que no les daban de comer sino por rescate los de Guaulip, que es ya término de Tascaltecle, é el rescate no le querian sino era oro.

CA. Tenedlo, Señor, por falso todo eso; porque en casa de sus padres no pudieron hallar mas buen acogimiento los christianos, é todo quanto quisieron, é aun sin pedirlo, se les dió gracioso é de mui buena voluntad.

ALC. Para mucho ha sido el Marques é digno es de quanto tiene, é de mucho mas. E tengo lástima de ver lisiado vn caballero tan valeroso é manco de dos dedos de la mano izquierda, como lo escribí é saqué de su relacion, é puse en el capítulo 15. Pero las cosas de la guerra así son, é los honores, é la palma de la victoria no se adquieren durmiendo.

CA. Sin dubda, Señor, Cortés ha sido venturoso é sagaz capitan, é los principales suelen hacer mercedes á quien los sirve, y es bien las hagan á todos los que en su servicio real trabajan; pero algunos he visto yo que trabajan é sirven é nunca medran, é otros que no hacen tanto como aquellos son gratificados é aprovechados; pero así fuesen todos remunerados como el Marques lo ha sido en lo de sus dedos de lo que le habeis lástima. Tubo Dios poco que hacer en sanarle; y salid, Señor, de ese cuidado, que así como los sacó de Castilla, quando pasó la primera vez á estas partes, así se los tiene agora en España; porque nunca fué manco dellos, ni le faltan; y así, ni hubo menester cirujano ni milagro para guarecer de ese trabajo.

ALC. Señor Thoan Cano, ¿es verdad aquella crueldad que dicen que el Marques vsó con Chulula, que es una cibdad por donde pasó la primera vez que fué á México?

CA. Mui grand verdad es, pero eso yo no lo ví, porque aun no era yo ido á la tierra; pero supe lo despues de muchos que los vieron é se hallaron en esa cruel hazafia.

ALC. ¿Como oíste decir que pasó?

CA. Lo que oí por cosa mui notoria es, que en aquella cibdad pidió Hernando Cortés 3000 indios para que llevasen el fardage, é se los dieron, é los hizo todos poner á cuchillo sin que escapase ninguno.

ALC. Razon tiene el Emperador Nuestro Señor de mandar quitar los indios á todos los christianos.

CA. Hágase lo que S. M. mandare é fuese servido, que eso es lo que es mejor; pero yo no querria que padeciesen justos por pecadores: ¿quien hace crueldades páguelas, mas el que no comete delito porqué le han de castigar? Esto es materia para mas espacio; y yo me tengo de envarcar esta noche, é es ya quasi hora del Ave María. Mirad, Señor Alcayde, si hay en México en que pueda yo emplearme en vuestro servicio, que yo lo haré con entera voluntad é obra. Y en lo que toca á la libertad de los indios, sin dubda á vnos se les habia de rogar con ellos á que los tuviesen é governasen, é los industrasen en las cosas de nuestra sancta fee Católica, é á otras se debian quitar. Pero pues aquí está el Obispo de Chiapa, Fray Bartolomé de Las Casas, que ha sido el moyedor é inventor destas mudanzas, é va cargado de frailes mancebos de su

orden, con él podeis, Señor Alcayde, desenvolver esta materia de indios. E yo no me quiero mas entremeter ni hablar en ella, aunque sabria decir mi parte.

ALC. Sin duda, Señor Thoan Cano, Vm. habla como prudente, y estas cosas deben ser así ordenadas de Dios, y es de pensar, que este reverendo Obispo de Cibdad Real en la provincia de Chiapa, como celoso del servicio de Dios é de S. M., se ha movido á estas peregrinaciones en que nada, y plega á Dios que él y sus frailes acierten á servirles; pero él no está tan bien conmigo como pensais, antes se ha quejado de mí por lo que escribí cerca de aquellos Labradores é nuevos caballeros que quiso hacer, y con sendas cruces, que querian parecer á las de Calatrava, seiendo labradores é de otras mezclas é género de gente baja, quando fué á Cubagua é á Cumaná, é lo dixo al Señor Obispo de San Joan, D. Rodrigo de Bastidas, para que me lo dixese, y así me lo dixo, y lo que yo respondí á su queja no lo hice por satisfacer al Obispo de San Joan, é su sancta intencion; fué que le supliqué que le dixese, que en verdad yo no tube cuenta ni respecto, quando aquello escribí, á le hacer pesar ni placer, sino á decir lo que pasó; y que viese un Libro, que es la primera parte destas Historias de Indias, que se imprimió el año de 1535, y allí estaba lo que escribí; é que holgaba porque estábamos en parte que todo lo que dixe y lo que dexé de decir se provaria fácilmente; y que supiese que aquel libro estaba ya en lengua toscana y francesa é alemana é latina é griega é turca é aráviga, aunque yo la escribí en castellana; y que pues él continuaba nuevas empresas, y yo no habia de cesar de escribir las materias de Indias en tanto que S. S. M. M. desto fuesen servidos, que yo tengo esperanza en Dios que le dexará mejor acertar en lo porvenir que en lo pasado, y así adelante le pareceria mejor mi pluma. Y como el Señor Obispo de San Joan es tan noble é le consta la verdad, y quan sin pasion yo escribo, el Obispo de Chiapa quedó satisfecho, aun yo no ando por satisfacer á su paladar ni otro, sino por cumplir con lo que debo, hablando con vos, Señor, lo cierto; y por tanto quanto á la carga de los muchos Frailes me parece en verdad que estas tierras manan, ó que llueven Frailes, pero pues son sin canas todos y de 30 años abajo, plega á Dios que todos acierten á servirle. Ya los ví entrar en esta cibdad de dos en dos hasta 30 dellos, con sendos bordones, é sus sayas é escapularios é sombreros é sin capas, é el Obispo detras dellos. E no parecia vna devota farsa, é agora la comienzan no sabemos en que parará; el tiempo lo dirá, y esto haga Nuestro Señor al propósito de su sancto servicio. Pero pues van hacia aquellos nuevos vulcanes, decidme, Señor, ¿que cosa son, si los habeis visto, y que cosa es otro que teneis allá en la Nueva España, que se dice Guaxocingo?

CA. El Vulcan de Chalco ó Guaxocingo todo es vna cosa, é alumbraba de noche 3 ó 4 leguas ó mas, é de dia salia continuo humo é á veces llamas de fuego, lo qual está en vn escollo de la sierra nevada, en la qual nunca falta perpetua nieve, é está á 9 leguas de México; pero este fuego é humo que he dicho

turó hasta 7 años, poco mas ó menos, despues que Hernando Cortés pasó á aquellas partes, é ya no sale fuego alguno de allí; pero ha quedado mucho azufre é mui bueno, que se ha sacado para hacer pólvora, é ahí quanto quisiéron sacar dello: pero en Guatimala hai dos volcanes é montes fogosos, é echan piedras mui grandísimas fuera de sí quemadas, é lanzan aquellas bocas mucho humo, é es cosa de mui horrible aspecto, en especial como le vieron quando murió la pecadora de Doña Beatriz de la Cueva, muger del adelantado D. Pedro de Alvarado. Plega á Nuestro Señor de quedar con V., Señor Alcayde, é dadme licencia que atiende la Barca para irme á la Nao.

ALC. Señor Thoan Cano, el Espíritu Sancto vaya con Vm., y os dé tan próspero viage é navegacion, que en pocos dias y en salvamento llegueis á Vuestra Casa, y halleis á la Señora Doña Isabel y los hijos é hijas con la salud que Vm. y ellos os deseais.

NUM. XII.

Véase el vol. II, p. 26.

CONCESION HECHA POR CORTES A DOÑA ISABEL MOCTEZUMA, HIJA DEL EMPERADOR MOCTEZUMA, FECHADA EN MEJICO A 27 DE JUNIO DE 1526.

(Moctezuma, como se ve en la Historia, encomendó al morir tres de sus hijas favoritas, á la proteccion de Cortés. Despues de la muerte del padre fueron bautizadas, y despues de la conquista, casadas con españoles de honradas familias, de cuyos enlaces han salido varias casas nobles de España. Cortés concedió en calidad de dote á la mayor de ellas Doña Isabel, la ciudad de Tacuba y otros varios lugares, de consirable extension y poblacion. He copiado íntegro este documento porque me parece sumamente interesante por las noticias que contiene de los últimos momentos de Moctezuma, y del claro testimonio que ofrece de su constante amistad que tuvo á los españoles. Debe sin embargo tener presente el lector, el empeño que Cortés tendria en presentar la conducta de Moctezuma bajo el aspecto mas favorable, al gobierno de Castilla, para justificar la valiosa concesion hecha á su hija.

Este documento de la coleccion de Muñoz, fué tomado de una copia antigua que existe en la librería de D. Rafael Floránes, de Valladolid.)

PRIVILEGIO DE DOÑA ISABEL MOTEZUMA, HIJA DEL GRAN MOTEZUMA, ULTIMO REY INDIO DEL GRAN REYNO Y CIBDAD DE MEXICO, QUE BAUTIZADA Y SIENDO CHRISTIANA CASÓ CON ALONSO GRADO, NATURAL DE LA VILLA DE ALCANTARA, HIDALGO, Y CRIADO DE SU Magestad, QUE HABIA SERVIDO Y SERVIA EN MUCHOS OFFICIOS EN AQUEL REYNO.

OTORGADO POR DON HERNANDO CORTES, CONQUISTADOR DEL DICHO REYNO, EN NOMBRE DE SU Magestad, COMO SU CAPITAN GENERAL Y GOVERNADOR DE LA NUEVA ESPANA.

Por quanto al tiempo que yo, Don Hernando Cortés, capitan general é Governador desta nueva España é sus provincias por S. Magestad, pasé á estas partes con ciertos Navios é gente para las pacificar é poblar y traher las gentes della al dominio y servidumbre de la Corona Imperial de S. M. como al presente está, y despues de á ellos benido tuve noticia de un gran Señor, que en esta gran cibdad de Temixtitan residió, y hera Señor della, y de todas las demas provincias y tierras á ella comarcanas, que se llamaba Moteguma, al qual hice saber mi venida, y como lo supo por los Mensageros que le envié para que me ovedeciese en nombre de S. M. y se ofreciese por su vasallo. Tuvo por bien la dicha mi venida, é por mejor mostrar su buen celo y voluntad de servir á S. M., y obedecer lo que por mí en su Real nombre le fuese mandado, me mostró mucho amor, é mandó, que por todas las partes que pasasen los Españoles hasta llegar á esta cibdad se nos hiciese mui buen acogimiento, y se nos diese todo lo que hubiesemos menester, como siempre se hizo, y mui mejor despues que á esta cibdad llegamos, donde fuimos mui bien recevidos, yo y todos los que en mi compañía benimos; y aun mostró haberle pesado mucho de algunos recuentros y batallas que en el camino se me ofrecieron antes de la llegada á esta dicha cibdad, queriéndose él desculpar dello; y que de lo demas dicho para efectuar y mostrar mejor su buen deseo, hubo por bien el dicho Moteguma de estar debajo de la obediencia de S. M., y en mi poder á manera de preso asta que yo hiciese relacion á S. M., y del estado y cosas destas partes y de la voluntad del dicho Moteguma; y que estando en esta paz y sosiego, y teniendo yo pacificada esta dicha tierra docientas leguas y mas hacia una parte y otra con el sello y seguridad del dicho señor Moteguma, por la voluntad y amor que siempre mostró al servicio de S. M., y complacerme á mí en su Real nombre, hasta mas de un año, que se ofreció la venida de Pánfilo de Narvaez, que los alborotó y escandalizó con sus dañadas palabras y temores que les puso; por cuyo respeto se levantó contra el dicho señor Moteguma un hermano suyo, llamado Auit Lavaci, Señor de Iztapalapa, y con mucha gente que traxo así hizo

mui cruda guerra al dicho Moteguma y á mí y á los Españolas que en mi compañía estaban, poniéndonos mui recio cerco en los aposentos y casas donde estávamos; y para quel dicho su hermano y los principales que con él venian cesasen la dicha guerra y alzasen el cerco, se puso de una ventana el dicho Moteguma, y estándoles mandando y amonestando que no lo hiciesen, y que fuesen vasallos de S. M. y obedeciesen los mandamientos que yo en su Real nombre le mandaba, le tiraron con muchas hondas, y le dieron con una piedra en la cabeza, que le hicieron mui gran herida; y temiendo de morir della, me hizo ciertos razonamientos, trayéndome á la memoria que por el entrañable amor que tenia al servicio de S. M. y á mí en su Real nombre y á todos los Españoles, padecia tantas heridas y afrentas, lo qual daba por bien empleado; y que si él de aquella herida fallecia, que me rogava y encargaba muy afetuosamente, que aviendo respeto á lo mucho que me queria y deseava complacer, tuviese por bien de tomar á cargo tres hijas suyas que tenia, y que las hiciese bautizar y mostrar nuestra doctrina, porque conocia que era mui buena; á las quales, despues que yo gané esta dicha cibdad, hize luego bautizar, y poner por nombres á la una que es la mayor, su legítima heredera, Doña Isabel, y á las otras dos, Doña María y Doña Marina; y estando en finamiento de la dicha herida me tornó á llamar y rogar mui ahincadamente, que si él muriese, que quirase por aquellas hijas, que eran las mejores joyas que él me daba, y que partiese con ellas de lo que tenia, por que no quedasen perdidas, especilmemente á la mayor, que esta queria él mucho; y que si por ventura Dios le escapaba de aquella enfermedad, y le daba Victoria en aquel cerco, que él mostraria mas largamente el deseo que tenia de servir á S. M. y pagarme con obras la voluntad y amor que me tenia; y que demas desto yo hiciese relacion á S. M. de como me dejaba estas sus hijas, y le suplicase en su nombre se sirviese de mandarme que yo mirase por ellas y las tuviese so mi amparo y administracion, pues él hera tan servidor y vasallo de S. M. y siempre tuvo mui buena voluntad á los Españoles, como yo havia visto y via, y por el amor que les tenia le havian dado el pago que tenia, aunque no le pesaba dello. Y aun en su lengua me dixo, y entre estos razonamientos que encargaba la conciencia sobre ello.—Por ende acatando los muchos servicios que el dicho Señor Moteguma hizo á S. M. en las buenas obras que siempre en su vida me hizo, y buenos tratamientos de los Españoles que en mi compañía yo tenia en su Real nombre, y la voluntad que me mostró en su real servicio; y que sin duda él no fué parte en el levantamiento desta dicha cibdad, sino el dicho su hermano; antes se esperaba, como yo tenia por cierto, que su vida fuera mucha ayuda para que la tierra estuviera siempre mui pacífica, y vinieran los naturales della en verdadero conocimiento, y se sirviera S. M. con mucha suma de pesos de oro y joyas y otras cosas, y por causa de la venida del dicho Narvaez y de la guerra que el dicho su hermano Auit Lavaci levantó, se perdieron; y considerando asimismo que Dios Nuestro Señor y S. M. son mui servidos que en estas partes planté nuestra

santissima Religion, como de cada dia la en crecimiento: Y que las dichas hijas de Moteguma y los demas Señores y principales y otras personas de los naturales desta Nueva España se les dé y muestre toda la mas y mejor dotrina que fuere posible, para quitarlos de las idolatrías en que hasta aquí han estado, y traerlos al verdadero conocimiento de nuestra sancta fee cothólica, especialmente los hijos de los mas principales, como lo era este Señor Moteguma, y que en esto se descargava la conciencia de S. M. y la mia; en su Real nombre tuve por bien de azetar su ruego, y tener en mi casa á las dichas tres sus hijas, y hacer, como he hecho, que se les haga todo el mejor tratamiento y acogimiento que ha podido, haciéndoles administrar y enseñar los mandamientos de nuestra sancta fee cathólica y las otras buenas costumbres de christianos, para que con mejor voluntad y amor sirvan á Dios Nuestro Señor y conozcan y los Artículos della, y que los demas naturales tomen exemplo. Me pareció que segun la calidad de la persona de la dicha Doña Isabel, que es la mayor y legítima heredera del dicho Señor Moteguma, y que mas encargada me dejó, y que su edad requeria tener compañía, le he dado por marido y esposo á una persona de honra, Hijo-Dalgo, y que ha servido á S. M. en mi compañía dende el principio que á estas partes pasó, teniendo por mí en nombre de S. M. cargos y oficios mui honrosos, así de Contador y mi lugarteniente de Capitan Governador como de otras muchas, y dado dellas mui buena cuenta, y al presente está á su administracion el cargo y oficio de visitador general de todos los Indios desta dicha Nueva España, el qual se dice y nombra Alonso Grado, natural de la villa de Alcántara. Con la qual dicha Doña Isabel le prometo y doi en dote y arras á la dicha Doña Isabel y sus descendientes, en nombre de S. M., como su Governador y Capitan General destas partes, y porque de derecho le pertenece de su patrimonio y legítima, el Señorío y naturales del Pueblo de Tacuba, que tiene ciento é veinte casas; y Yeteve, que es estancia que tienia quarenta casas; y Izqui Luca, otra estancia, que tiene otras ciento y veinte casas; y Chimalpan, otra estancia, que tiene quarenta casas; y Chapulma Loyan, que tiene otras quarenta casas; y Escapucaltango, que tiene veinte casas; é Xiloango, que tiene quarenta casass; y otra estancia que se dice Ocoiacaque, y otra que se dice Castepeque, y otra que se dice Talanco, y otra estancia que se dice Goatrizco, y otra estancia que se dice Duotepeque, y otra que se dice Tacala, que podrá haver en todo mil y docientas y quarenta casas; las quales dichas estancias y pueblos son sujetos al Pueblo de Tacuba y al Señor della. Lo qual, como dicho es, doy en nombre de S. M. en dote y arras á la dicha Doña Isabel para que lo haya y tenga y goce por juro de heredad, para agora y para siempre jamas, con título de Señora de dicho Pueblo y de lo demas aquí contenido. Lo qual le doy en nombre de S. M. por descargar su Real conciencia y la mia en su nombre.—Por esta digo; que no le será quitado ni removido por cosa alguna, en ningun tiempo, ni por alguna manera; y para mas seneamiento prometo y doy mi fe en nombre de S. M., que si se lo escrivie-

se, le haré relacion de todo, para que S. M. se sirva de confirmar esta Merced de la dicha Doña Isabel y á los dichos sus herederos y subcesores del dicho Pueblo de Tacuba y lo demas aquí contenido, y de otras estancias á él sujetas, que están en poder de algunos Españoles, para que S. M. asimismo se sirva demandárselas dar y confirmar juntamente con las que al presente le doy; que por es tar, como dicho es, en poder de Españoles, no se las dí hasta ver si S. M. es dello servido; y doy por ninguna y de ningun valor y efeto qualquier cédula de encomienda y depósito que del dicho Pueblo de Tacuba y de las otras estancias aquí contenidas y declaradas yo aya dado á qualquiera persona; por quan to yo en nombre de S. M. las revoco y lo restituyo y doi á la dicha Doña Isabel, para que lo tenga como cosa suya propia y que de derecho le pertenece. Y mando á todas y qualesquier personas, vecinos y moradores desta dicha Nueva España, estantes y habitantes en ella, que hayan y tengan á la dicha Doña Isabel por Señora del dicho Pueblo de Tacuba con las dichas estancias, y que no le impidan ni estorven cosa alguna della, so pena de quinientos pesos de oro para la cámara y fino de S. Magestad.—Fecho á veinte y siete dias del mes de Junio de mil y quinientos y veinte y seis años.—Don Hernando Cortés.—Por mandado del Governador mi señor.—Alonso Baliente.

NUM. XIII.

Véase el vol II, p. 89.

CÓDIGO MILITAR DE CORTES, FECHADO EN TLAXCALA A 29 DE DICIEMBRE DE 1520.

(Estas Ordenanzas, mandadas publicar por Cortés, la víspera de su final marcha sobre Méjico, muestran la estricta disciplina que habia introducido en su ejército, y dan idea hasta cierto punto, de su política militar. Este documento pertenece á la coleccion de Muñoz.)

ORDENANZAS MILITARES.

Eete dia á voz de pregonero publicó sus Ordenanzas, cuyo proemio es este.

Porque por muchas escrituras y corónicas auténticas nos es notorio é manifesto quanto los antiguos que siguieron el exercicio de la guerra procuraron é trabaxaron de introducir tales y tan buenas costumbres y ordenaciones, con las cuales y con su propia virtud y fortaleza pudiesen alcanzar y conseguir victoria y próspero fin en las conquistas y guerra, que hobiesen de hacer é seguir; é por el contrario vemos haber sucedido grandes infortunios, desastres, é muertes á los que no siguieron la buena costumbre y órden que en la guerra se debe tener; é les haber sucedido semejantes casos con poca pujanza de los enemigos, segun parece claro por muchos exemplos antiguos é modernos, que aquí se podrian espresar; é porque la órden es tan loable, que no tan solamente en las cosas humanas mas aun en las divinas se ama y sigue, y sin ella ninguna cosa puede haber cumplido efecto, como que ello sea un principio, medio, y fin para el buen reximiento de todas las cosas: Por ende yo, H. C., Capitan general é Justicia mayor en esta Nueva España del mar occéano por el mui alto, mui poderoso, é mui católico D. Cárlos nuestro Señor, electo Rey de Romanos, futuro Emperador semper Augusto, Rey de España é de otros muchos grandes reynos é Señoríos, considerando todo lo suso dicho, y que si los pasados fallaron ser necesario hacer Ordenanzas é costumbres por donde se rigiese é gobernasen aquellos que hubiesen de seguir y exercer el uso de la guerra, á los Españoles que en mi compañía agora están é estubiesen é á mí nos es mucho mas necesario é conveniente seguir y observar toda la mejor costumbre y órden que nos sea posible, así por lo que toca al servicio de Dios nuestro Señor y de la sacra Católica Magestad, como por tener por enemigos y contrarios á la mas belicosa y astuta gente en la guerra é de mas géneros de armas que ninguna otra generacion, especialmente por ser tanta que no tiene número, é nosotros tan pocos y tan apartados y destituidos de todo humano socorro; viendo ser mui necesario y cumplidero al servicio de su Cesarea Magestad é utilidad nuestra, mandé hacer é hice las Ordenanzas que de yuso serán contenidas é irán firmadas de mi nombre é del infrascrito en la manera siguiente.

PRIMERAMENTE, por quanto por la experiencia que habemos visto é cada dia vemos quanta sollicitud y vigilancia los naturales de estas partes tienen en la cultura y veneracion de sus idolos, de que á Dios nuestro Señor se hace gran deservicio, y el demonio por la ceguedad y engaño en que los trae es de ellos muy venerado; y en los apartar de tanto error é idolatría y en los reducir al conocimiento de nuestra Santa Fe cotólica nuestro Señor será muy servido, y demas de adquirir gloria para nuestras ánimas con ser causa que de aquí adelante no se pierdan ni condenen tantos, acá en lo temporal seria Dios siempre en nuestra ayuda y socorro: por ende, con toda la justicia que puedo y debo, ex-

horto y ruego á todos los Españoles que en mi compañía fuesen á esta guerra que al presente vamos, y á todas las otras guerras y conquistas que en nombre de S. M. por mi mandado hubiesen de ir, que su principal motivo é intencion sea apartar y desarraigar de las dichas idolatrías á todos los naturales destas partes, y reducirlos, ó á lo menos desear su salvacion, y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su Santa Fe católica; porque si con otra intencion se hiciese la dicha guerra, sería injusta, y todo lo que en ella se oviese Onoloxio é obligado á restitution, é S. M. no ternia razon de mandar gratificar á los que en ella sirviesen. E sobre ello encargo la conciencia á los dichos Españoles, é desde ahora protesto en nombre de S. M. que mi principal intencion é motivo en facer esta guerra é las otras que ficiere por traer y reducir á los dichos naturales al dicho conocimiento de nuestra Santa Fe é creencia; y despues por los sozjugar é supeditar debajo del yugo é dominio imperial é real de su Sacra Magestad, á quien juridicamente el Señorío de todas estas partes.

Yt. En por quanto de los reniegos é blasfemias Dios nuestro Señor es mucho deservido, y es la mayor ofensa que á su Santísimo nombre se puede hacer, y por eso permite en las gentes recios y duros castigos; y no basta que seamos tan malos que por los inmensos beneficios que de cada dia dél recibimos no le demos gracias, mas decimos mal é blasfemamos de su santo nombre; y por evitar tan aborrecible uso y pecado, mando que ninguna persona, de qualquiera condicion que sea, no sea osado decir: No creo en Dios, ni Pese, ni Reniego, ni Del cielo, ni no ha poder en Dios; y que lo mismo se entienda de Nuestra Señora y de todos los otros Santos: sopena que demas de ser executadas las penas establecidas por las leyes del reyno contra los blasfemos, la persona que en lo susodicho incurriese pague 15 castellanos de oro, la tercera parte para la primera Cofradía de Nuestra Señora que en estas partes se hiciese, y la otra tercera parte para el fisco de S. M., y la otra tercera parte para el juez que lo sentenciase.

Yt. Porque de los juegos muchas y las mas veces resultan reniegos y blasfemias, é nacen otros inconvenientes, é es justo que del todo se prohiban y defiendan; por ende mando que de aquí adelante ninguna persona sea osada de jugar á naypes ni á otros juegos vedados, dineros ni preseas ni otra cosa alguna; sopena de perdimiento de todo lo que jugase é de 20 pesos de oro, la mitad de todo ello para la Cámara, é la otra mitad para el juez que lo sentenciase. Pero por quanto en las guerras es bien que tenga la gente algun exercicio, y se acostumbra y permítase que jueguen por que se eviten otros mayores inconvenientes; permítase que en el aposento donde estubiese se juegue naypes é otros juegos moderadamente, con tanto que no sea á los dados, porque allí es curarse han de no de decir mal, é á lo menos si lo dixesen serán castigados.

Yt. Que ninguno sea osado de echar mano á la espada ó puñal ó otra arma alguna para ofender á ningun Español; sopena que él que lo contrario hiciese, si fuese hidalgo, pague 100 pesos de oro, la mitad para el fisco de S. M., y la

otra mitad para los gastos de la Xusticia; y al que no fuese hidalgo se le han de dar 100 azotes públicamente.

Yt. Por quanto acaece que algunos Españoles por no valar é hacer otras cosas se dexan de aputar en las copias de los Capitanes que tienen gente: por ende mando que todos se alistén en las Capitanías que yo tengo hechas é hiciere, excepto los que yo señalaré que queden fuera dellas, con apercibimiento que dende agora se les face, que él que así no lo hiciere, no se le dará parte ni partes algunas.

Otrosí, por quanto algunas veces suele acaecer, que en burlas é por pasar tiempo algunas personas que están en una capitanía burlan é porfían de algunos de las otras Capitanías, y los unos dicen de los otros, y los otros de los otros, de que se suelen recrecer quistiones é escándalos; por ende mando que de aquí adelante ninguno sea osado de burlar ni decir mal de ninguna capitanía ni la perjudicar; sopena de 20 pesos de oro, la mitad para la Cámara, y la otra mitad para los gastos de Xusticia.

Otrosí, que ninguno de los dichos Españoles no se aposente ni pose en ninguna parte, exepto en el lugar é parte donde estubiese aposentado su capitan; sopena de 12 pesos de oro, aplicados en la forma contenida en el capítulo antecedente.

Yt. Que ningun capitan se aposente en ninguna poblacion ó villa ó ciudad, sino en el pueblo que le fuese señalado por el Maestro de Campo; sopena de 10 pesos de oro, aplicados en la forma suso dicha.

Yt. Por quanto cada Capitan tenga mejor acaudillada su gente, mando que cada uno de los dichos Capitanes tenga sus cuadrillas de 20 en 20 Españoles, y con cada una cuadrilla un cuadrillero ó cabo de escuadra, que sea persona hábil y de quien se deba confiar; so la dicha pena.

Otrosí, que cada uno de los dichos cuadrilleros ó cabos desquadra rondén sobre las velas todos los quartos que les cupiese de velar, so la dicha pena; é que la vela que hallasen durmiendo, ó ausente del lugar donde debiese velar, pague cuatro castellanos, aplicados en la forma suso dicha, y demas que esté atado medio dia.

Otrosí, que los dichos cuadrilleros tengan cuidado de avisar y avisen á las velas que hubiesen de poner, que puesto que recaudo en el Real no desamparen ni dexen los portillos ó calles ó pasos donde les fuese mandado velar y se vallan de allí á otra parte por ninguna necesidad que digan que les constriñó hasta que sean mandado; sopena de 50 castellanos, aplicados en la forma suso dicha al que fuese hijo dalgo; y si no lo fuese, que le sean dados 100 azotes públicamente.

Otrosí, que cada Capitan que por mí fuese nombrado tenga y traiga consigo su tambor é bandera para que rija y acuadille mejor la gente que tenga á su cargo; sopena de 10 pesos de oro, aplicados en la forma suso dicha.

Otrosí, que cada Español que oyese tocar el atambor de su compañía sea obligado á salir é salga á acompañar su bandera con todas sus armas en forma y á punto de guerra; sopena de 20 castellanos, aplicados en la forma arriba declarada.

Otrosí, que todas las veces que yo mandase mover el Real para alguna parte, cada Capitan sea obligado de llevar por el camino toda su gente junta y apartada de las otras Capitanías, sinque se entrometa en ella ningun Español de otra Capitanía ninguna; y para ello constriñan é apremien á los que así llevasen debaxo de su bandera segun uso de guerra; sopena de 10 pesos de oro, aplicados en la forma suso declarada.

Yt. Por quanto acaece que antes ó al tiempo de romper en los enemigos algunos Españoles se meten entre el fardage, demas de ser pusilanimidad, es cosa fea el mal exemplo para los yndios nuestros amigos que nos acompañan en la guerra: por ende mando que ningun Español se entremeta ni vaya con el fardage, salvo aquellos que para ello fuesen dados é señalados: sopena de 20 pesos de oro, aplicados segun que de suso contiene.

Otrosí, por quanto acaece algunas veces que algunos Españoles fuera de órden y sin les ser mandado arremeten ó rompen en algun esquadron de los enemigos, é por se desmandar así se desbaratan y salen fuera de ordenanza, de que suele recrecerse peligro á los mas: por ende mando que ningun Capitan se desmande á romper por los enemigos sin que primeramente por mí le sea mandado; sopena de muerte. En otra persona se desmanda, si fuese hijo dalgo, pena de 100 pesos, aplicados en la forma suso dicha; y si no fuese hidalgo, le sean dados 100 azotes públicamente.

Yt. Por quanto podria ser que al tiempo que entran á tomar por fuerza alguna poblacion ó villa ó ciudad á los enemigos, antes de ser del todo echados fuera, con codicia de robar, algun Español se entrase en alguna casa de los enemigos, de que se podria seguir daño: por ende mando que ningun Español ni Españoles entren á robar ni otra cosa alguna en las tales casas de los enemigos, hasta ser del todo echados fuera, y haber conseguido el fin de la victoria; sopena de 20 pesos de oro, aplicados en la manera que dicha es.

Yt. Si por escusar y evitar los hurtos encubiertos y fraudes que se hacen en las cosas habidas en la guerra ó fuera de ella, así por lo que toca al quinto que dellas pertenece á su católica Magestad, como porque han de ser repartidas conforme á lo que cada uno sirve é merece: por ende mando que todo el oro, plata, perlas, piedras, plumage, ropa, esclavos y otras cosas qualesquier que se adquieran, hubiesen ó tomasen en qualquier manera, así en las dichas poblaciones, villas, ó ciudades, como en el campo, que la persona ó personas á cuyo poder viniese ó la hallasen ó tomasen, en qualquier forma que sea, lo traigan luego incontinentemente é manifiesten ante mí ó ante otra persona que fuese sin lo meter ni llevar á su posada ni á otra parte alguna; sopena de muerte é perdimiento de todos sus bienes para la Cámara é fisco de S. M.

E por quanto lo suso dicho é cada una cosa é parte dello se guarde é cumpla segun é de la manera que aquí de suso se contiene, y de ninguna cosa de lo aquí contenida pretendan ignorancia, mando que sea apregonado públicamente, para que venga á noticia de todos: Que fuéron hechas las dichas Ordenanzas en la ciudad y provincia de Taxclateque selado 22 dias del mes de Diciembre, año del nascimiento de nuestro Salvador Jesu Chisto de 1520 años.

Pregonáronse las dichas Ordenanzas desuso contenidas en la ciudad é provincia de Taxclateque, miércoles dia de San Estéban, que fuesen 26 dias del mes de Diciembre, año del nascimiento de nuestro Salvador Jesu Christo de 1520 años; estando presente el magnífico Señor Fernando Cortés, capitán general é Justicia mayor de esta Nueva España del mar Occéano por el Emperador nuestro Señor, por ante mí, Juan de Rivera, escribano é Notario público en todos los Reinos é Señoríos de España por las Autoridades apostólica y Real. Lo qual pregonó en voz alta Anton Garcia pregonero, en el Alarde que la gente de á caballo é de á pié que su merced mandó facer é se fiso el dicho dia. A lo qual fueron testigos que estaban presentes, Gonzalo de Sandoval, Alguacil mayor, é Alonso de Prado, contador, é Rodrigo Alvarez Chico, veedor por S. M., é otras muchas personas.—Fecho ut supra.—Juan de Rivera.

NUM. XIV.

Véase el vol. II. pág. 272.

TRADUCCION DE LOS PASAGES DE LA CARTA DE CORTES, RELATIVOS A SU EXPEDICION A HONDURAS.

(He hablado tantas veces en este obra de la "carta quinta" de Cortés, que poco me queda que decir á cerca de ella. He trascrito estas páginas para dar al lector una idea del estilo extremadamente pintoresco y descriptivo del general. La mitad última de esta carta trata de los sucesos acaecidos en Méjico durante la ausencia de Cortés y despues de su regreso. Por lo mismo debe considerársele como parte de la serie de la correspondencia histórica que empezó á pu-

blicar el arzobispo Lorenzana. Si se dice á luz otra edicion de las cartas de Cortés, no hay duda de que esta debería inclinarse indudablemente en la coleccion.

Un lago de considerable anchura y de profundidad proporcionada, era el obstáculo que teníamos que vencer: en vano buscábamos por todas partes el modo mas fácil de pasarlo, porque por todas era igualmente ancho. Los guías me dijeron que era inútil buscar por allí cerca un vado, pues el mas próximo estaba junto á las montañas, para llegar á las cuales se necesitaban cinco ó seis dias de camino. Volvernos era recibir una muerte segura, pues independientemente de la falta de víveres, los caminos estaban intransitables á causa de las fuertes lluvias que acababan de caer. Nuestra situacion era angustiada en extremo: la desesperacion nos acometia por todas partes, ni un solo rayo de esperanza alumbraba nuestro sendero. Mis compañeros, agobiados de la fatiga, se habian enfermado antes de lograr el fruto de sus trabajos; por consiguiente, era inútil pedirles consejo en aquella situacion verdaderamente crítica. Fuera de nosotros y de nuestros caballos, nos acompañaban mas de tres mil quinientos indios. Habia una sola canoa, la cual era sin duda, la en que habian pasado el lago los primnros soldados que envié. Tanto al entrar como al salir de la laguna habia pantános que hacian el tránsito muy dificultoso. Uno de mis compañeros entró en la canoa, y encontró que la profundidad del lago era de veinticinco piés; además con lanzas amarradas unas con otras, me cercioré de que el barro y el fango ocupaban cosa de doce piés; por manera que la profundidad total era de cuarenta piés. En tal conflicto, resolví hacer un puente que construimos yo y los otros españoles, mientras los indios cortaban la madera. La empresa era de tal magnitud, que nadie creia que estaria concluida antes de que se hubiesen ya agotado nuestros víveres. Los indios se pusieron á trabajar con un celo digno de elogio; mas no así los españoles, que comenzaban á murmurar del trabajo que emprendian, sin esperanza de ver su término. El disgusto empezó á propagarse de uno en otro, hasta llegar á tal punto, que algunos tuvieron la osadía de hablar mal de mis disposiciones en mi misma presencia. Herido vivamente con estas muestras de rebelion dadas en los momentos en que menos eran de esperarse, les dije que para nada necesitaba de su ayuda, y volviéndome á los indios que iban con nosotros, les manifesté la absoluta precision en que estábamos de redoblar nuestros esfuerzos para pasar al lado opuesto, si no queriamos perecer todos de hambre. Les apunté con la mano al lado opuesto, donde estaba la provincia de Acalan, y los alenté con la pintura de la abundancia de víveres que allí encontraríamos, sin contar con los que nos proporcionasen las carabelas: prometíles tambien, en nombre de V. M., que serian copiosamente remunerados, y que ni uno de los que ayudasen quedaria sin recompensa. Mi breve discurso prdujo los mejores efectos en los indios, que á una voz prometieron que su trabajo solo cesaria cuando cesa-

se su vida. Los españoles avergonzados de su anterior conducta se rodearon de mí suplicándome que les perdonase la falta pasada y alegando para disculparse, el miserable estado á que se hallaban reducidos, obligados á mantenerse con las insípidas raíces que desenterraban, las cuales apenas bastaban para alimentar la vida. Inmediatamente se pusieron á trabajar, y aunque muchas veces estuvieron á punto de desfallecer de cansancio, no volvieron á dar otra sola queja. Despues de cuatro dias de incesante trabajo, el puente estaba concluido, y pudieron pasar por él hombres y caballos, sin tener el mas pequeño accidente. El puente estaba tan sólidamente construido, que habria sido imposible destruirlo, si no era incendiándolo. Formábanlo mas de mil vigas, unidas entre sí, y cada una de las cuales era mas gruesa que el cuerpo de un hombre, y de sesenta piés de largo.....

A dos leguas de distancia de este lugar, comenzaban las montañas. V. M. no puede saber de mi boca ni de la de ningun hombre que no sea privilegiado, la aspereza y fragosidad de los lugares que subimos. Solamente aquel que haya pasado los trabajos del camino, ó que los haya presenciado, puede formarse de ellos idea completa. Me bastaria decir á V. M. para que se forme idea de las dificultades que vencimos, que tardamos doce dias en andar ocho leguas. En el tránsito pererecieron sesenta y ocho caballos que calleron en los precipicios que habia de uno y otro lado del camino: los que escaparon quedaron tan estropeados, que no pensábamos que fuesen sensibles. Mas de tres noches se pasaron antes de que se recobrasen del cansancio del viaje. Jamas dejó de llover de dia y de noche, desde que empezamos la expedicion, hasta que la concluimos; y las peñas eran de tal naturaleza, que el agua corria sin que pudiésemos recoger en ninguna parte la cantidad bastante para apagar la sed. Así, este era un nuevo tormento, que se añadía á los otros que padeciamas.

Algunos caballos perecieron por falta de un artículo tan esencial para vivir, como el agua, y á no ser porque en los vasos que servian para la cocina y otros recogiamos la agua de las lluvias, todos habríamos muerto de sed. Un sobrino mio cayó en una peña viva y se rompió una pierna en tres ó cuatro partes, de suerte que para llevarlo fué preciso que de trecho en trecho se fueran remudando los cargadores. Solo nos faltaba andar una legua para llegar á Tenes, el lugar que he dicho que pertenecia al cacique de Jaico, mas allí se nos presentó un obstáculo formidable, un rio anchísimo y cuya corriente habia crecido con las continuas lluvias. Despues de buscar por algun tiempo un vado, encontramos uno de los mas sorprendentes de que se haya oido. Algunos enormes peñascos sobresalientes obstruian el curso del rio; por cuya causa el agua se desparramaba en rededor; mas entre los peñascos que formaban estrechos canales, corria con un ímpetu superior á toda ponderacion. De uno á otro de esos peñascos pusimos troncos de árboles, derribados con mncho trabajo: á

ellos atamos sogas de esparto, y de esta suerte, aunque con gran peligro de nuestras vidas, logramos atravesar el rio. Si álguien hubiere caído, habria perecido indefectiblemente. Habia mas de veinte pasos de estos, y en atravesarlos empleamos dos dias enteros.

Seria en verdad cosa difisil pintar á V. M. la alegría que se pintava en todos los semblantes, quando recibimos esta nueva consoladora. Llegar al término de un viaje tan lleno de peligros y fatigas, como el nuestro habia sido, no podía menos de arrebatár de gozo. Los cuatro últimos dias de nuestra marcha habian sido muy angustiados, porque ademas de que no sabiamos si estábamos en buen camino, nos hallábamos en el corazon de unas montañas que por todos lados presentaban precipicios. Muchos caballos murieron en el camino; y un primo mio llamado Juan Dávila, se cayó en un precipicio y se rompió un brazo, y á no haber sido por la armadura de que iba cubierto, se habria hecho pedazos; con todo, no solo se le rompió el brazo, sino que quedó muy estropeado: el caballo en que iba, como no tenia que lo guareciese, quedó tan maltratado, que tuvimos que dejarlo dentro del precipicio, y en cuanto á mi primo, nos costó gran trabajo sacarlo de aquella peligrosa situacion. Seria cosa interminable referir á V. M. los muchos trabajos que hemos pasado; de los que el principal fué el hambre, pues aunque teniamos algun pan del que habíamos traído de México, se pasaron ocho dias sin que probasemos bocado.

El fruto del palmero, hervido con carne de cerdo y sin sal, porque nos la habiamos acabado algunos dias antes, era nuestro único sustento. El lugar á donde llegamos estaba igualmente exhausto de provisiones, porque los que alli vivian, temian que los atacasen los españoles de un establecimiento vecino; temor infundado, pues segun la situacion en que encontré á los españoles, no estaban en situacion de causar el mas leve daño. Tanto nos alegramos de estar tan inmediatos á Nico, que olvidamos todos nuestros pasados trabajos; á la manera que el náufrago que cuando llega al puerto, no se acuerda de los peligros que ha pasado. Sin embargo, seguimos padeciendo el hambre, pues aun las insípidas raices nos costaba gran trabajo conseguirlas; y despues de emplear largas horas en sacarlas, eran deboradas en el menor tiempo imaginable.

NUM. XV.

Véase el vol. II, pág. 293.

ULTIMA CARTA DE CORTES AL EMPERADOR.

(Pongo esta carta llamada por Vargas Ponce *última y sentidísima carta*, quien la incluye en su importante colección sacada de los archivos de Sevilla. Justamente se puede clasificar de sentidísima, si se considera el tono triste en que está concebida y que tanto contrasta con las anteriores, como por las circunstancias en que fué escrita. Sin embargo, cuando Cortés se queja de su pobreza, no puede entenderse esto literalmente, pues á su muerte tres años después, dejó inmensos estados, bien que estaban considerablemente gravados por los costos que tuvo que erogar en sus expediciones al mar del Sud; de modo que sus rentas apenas le alcanzaban, en los últimos dias de su vida, para cubrir los gastos mas precisos. Los últimos dias de Cortés perdidos en infructuosas solitudes dirigidas á la corona, pidiendo la recompensa de sus distinguidos servicios, nos recuerdan que Colon tuvo igual suerte. La vida de estos dos hombres nos enseña que la carrera mas brillante muchas veces viene á terminar por el desengaño y el pesar, á la manera que el Sol rodeado de densas nubes cuando baja á su ocaso.)

Pensé que haber trabajado en la juventud me aprovechara para que en la vejez tubiera descanso, y así á quarenta años que me he ocupado en no dormir, mal comer, y á las veces ni bien ni mal, traer las armas á cuestas, poner la persona en peligro, gastar mi hacienda y edad todo en servicio de Dios, trayendo obejas á su corral muy remotas de nuestro imperio, ignotas y no escriptas en nuestras Escrituras, y acrecentando y dilatando el nombre y patrimonio de mi Rey, ganándole y trayéndole á su yugo y Real cetro muchos y muy grandes reynos y señoríos de muchas bárbaras naciones y gentes, ganado por mi propia persona y espensas, sin ser ayudado de cosa alguna, hantes muy estorbado por nuestros muchos émulos y invidiosos, que como sanguijuelas han revantado de artos de mi sangre. De la parte que á Dios cupo de mis trabajos y vigiliass asad estoy pagado, porque.... la obra suya quiso tomarme por medio, y que las gentes me atribuyesen alguna parte; aunque quien conociere de mí lo que yo beré claro, que no sin causa la divina providencia quiso que una obra tan grande se acabase por el mas flaco é inútil medio que se pudo haber, porque seyendo Dios fuese el atributo. De lo que á mi rey quedó, la remuneracion siempre estuve satisfecho que ceteris paribus no fuera menor, por ser

su tiempo de V. M., que nunca estos reynos despues donde yo soy natural y á quien cupo este beneficio fueron poseydos de tan grande Católico príncipe magnánimo y poderose Rey; y así V. M., la primera vez que vesé las manos y entregué los frutos de mis servicios, mostró reconocimiento de ellos, comenzó á mostrar voluntad de me hacer gratificacion, honrrando mi persona con palabras y obras, que pareciéndome á mí que no se equiparaban á mis méritos, V. M. sabe que yo rehusé de recibir. V. M. me dijo y mandó que las aceptase, porque pareciese que me comenzaba ha hacer alguna merced, y que no las recibiese por pago de mis servicios; por que V. M. se queria haber con migo, como sean los que se muestran á tiron de ballesta, que los primeros tiros dan fuera del terrero, y enmendando dan en él y en el blanco y fiel; que la merced que V. M. me hacia era dar fuera del terrero, y que iria enmendando hasta dar en el fiel de lo que yo merecia; y pues que no se me quitaba nada, de lo que tenia, ni se me habia de quitar que recibiese lo que me dava; y ansí vesé las manos á V. M. por ello, y en bolviendo las espaldas quitóseme lo que tenia todo, y no se me cumplió la merced que V. M. me hizo. Y demas destas palabras que V. M. me dijo, y otras que me prometió, que, pues tiene tan buena memoria, no se le habrán olvidado, por cartas de V. M. firmadas de su real nombre tengo que muy mayores. Y pues mis servicios hechos hasta aquí son beneméritos de las obras y promesas que V. M. me hizo, y despues acá no lo han desmerecido, antes nunca ecesedo de servir y acrecentar el Patrimonio de estos reynos, con mil estorvos, que si no obiera tenido no fuera menos lo acrecentado, despues que la merced se me hizo: lo hecho porque las merece, no sé porque no se me cumple las promesas de las mercedes ofrecidas, y se me quitan las hechas. Y si quieren decir que no se me quitan, pues poseo algo; cierto es que nada inútil será, una mesma cosa y lo que tengo, están sin fruto, que me fuera arto mejor no tenerlo, porque obiera entendido en mis grangerías, y no gastado el s... de ellas por defenderme del fiscal de V. M., que á sido y es mas dificultoso que ganar la tierra de los enemigos; así que mi trabajo aprovechó para mi contentamiento de haber hecho el deber, y nó para conseguir el efecto dél, pues no solo... me siguió reposo á la vejez, mas trabajo hasta la muerte; y plugiese á Dios que no pasase adelante, sino que con la corporal se acabase, y no se estendiese á perpetua, porque quien tanto trabajo tiene en defender cuerpo no pueda dejar de ofender al ánima. Suplico á V. M. no permita que á tan notorios servicios haya tan poco miramiento, y pues es de creer que no es á culpa de V. M. que las gentes lo sepan; porque como esta obra que Dios hizo por mi medio es tan grande y maravillosa, y se ha estendido la fama de ella por todos los reynos de V. M. y de los otros reyes cristianos y aun por algunos infieles, en estos donde hay noticias del pleito de entre el fiscal y mí no se trata de cosa mas; y unos atribuyen la culpa al fiscal, otros á culpas mias; y estas no las hayan tan grandes, que si bastase para por ellas negarme el servicio, no bastasen tambien para quitarme la vida, honra y hacienda; y que puesto no se hace que no debe

ser mia, la culpa, á V. M. ninguna se atribuye; porque si V. M. quisiese quitarme lo que me dió, poder tiene para ejecutarlo, pues al que quisiere y puede nada hay imposible; decir que se vuscan formas para colocar la obra, y que no se siente, el intento, ni caben ni pueden caber en los reyes nngidos por Dios tales medios porque para con él no hay color que no sea transparente, para con el mundo no hay para que colorarlo, por que así lo quiero, así lo mando, es el descargo de lo que los reyes hacen. Yo supliqué á V. M. en Madrid fuese servido de aclarar la boluntad que tuvo de hacerme merced en pago de mis servicios, y le traje á la memoria algunos de ellos; díjome V. M. que mandaria á los de su consejo que me despachasen, pues que se les dejaba mandado lo que habian de hacer; porque V. M. me dijo que no queria que trajese pleyto con el fiscal, quando quise saberlo dijéronme, que me defendiese de la demanda fiscal; porque habia de ir por tela de justicia, y por ella se habia de sentenciar, sentílo por grave, escribí á V. M. á Barcelona, suplicándole que pues era servido de entrar en juicio con sus siervos, lo fuese sin que obiese Juezes sin sospecha, y V. M. mandóme que con los del Consejo de las Indias se juntasen algunos de los otros, pues todos son criados de V. M., y que juntos lo determinasen, no fué V. M. servido que no puedo alcanzar la causa, pues quantos mas los viesen mejor alcanzarían lo que se debía hacer. Véome viejo y pobre y empeñado en este reyno en mas de veinte mil ducados, sin mas de ciento otros, que he gastado de los que traje; é me han enviado que algunos de ellos devo, tambien que los an tomado prestados para enviarme y . . . Correcambios; y en cinco años poco menos que ha que salí de mi casa no es mucho lo que he gastado, pues nunca ha salido de la Corte, con tres hijos que traygo en ella, con letrados, procuradores y solisitadores; que todo fuera mejor empleado que V. M. se sirviera de ello y de lo que yo mas hoviera adquirido en este tiempo; ha ayudado tambien la ida de Argel. Paréceme que al cojer del fruto de mis trabajos no debia echarse en basijas rotas, y dejarlo en juicio de pocos, sino tornar á suplicar á V. M. sea servido que todos cuantos jueces V. M. tiene en sus Consejos conozcan de esta causa, y conforme á justicia la sentencia sea.—Yo he sentido del obispo de Cuenca quedasen, que obiese para esto otros jueces demas de los que hay; porque él y el licenciado Salmeron, nuevo Oidor en este Consejo de Indias, son los que me despojaron sin hoyrme de hecho, siendo jueces en la Nueva España, como lo tengo provado, y con quien yo tengo pleito sobre el dicho despojo, y les pido cantidad de dineros de los intereses y renta de lo que me despojaron; y está claro que no han de sentenciar contra sí. No les he querido recusar en este caso, porque siempre crey que V. M. fuera servido que no llegara á estos términos; y no seyendo V. M. servido que hayan mas jueces que determinen esta causa, se me ha forjado recusar al obispo de Cuenca y á Salmeron, y pesarme ya en el ánimo porque no podrá ser sin alguna dilacion; que para mí no puede ser cosa mas dañosa, porque he sesenta años, y anda en cinco que salí de mi casa, y no tengo mas de un hijo Varon que me suceda; y aunque tengo la

muger moza para poder tener mas, mi edad no sufre esperar mucho; y si no tubiera otro, y Dios dispusiera de este sin dejar sucesion, ¿qué me habria aprovechado lo adquirido? pues subcediendo hijas se pierde la memoria; otra y otra vez tornar á suplicar á V. M. sea servido que con los Jueces del Consejo de Indias se junten otros jueces de estos otros Consejos; pues todos son criados de V. M., y le fia la governacion de sus reynos y su real conciencia, no es inconveniente fiarles que determinen sobre una escriptura de merced, que V. M. hizo á un vasallo de una partecica de un gran todo con que se sirvió á V. M., sin costar trabajo ni peligro de real persona, ni cuidado de espíritu de proveer como se hiciese, ni costa de dineros para pagar la gente que lo hizo, y que tan limpia y lealmente sirvió, no solo en la tierra que ganó, pero con mucha cantidad de oro y plata y piedra de los despojos que en ella ubo; y que V. M. mande á los jueces que fuere servido que entiendan en ello, que en cierto tiempo; que V. M. les señale, lo determinen y sentencien, sin que haya esta dilacion; y esta será para mí muy gran merced; porque adilatarse, dejarlo é perder y volverme á mi casa; porque no tengo ya edad para andar por mesones, sino para recojerme á aclarar mi cuenta con Dios, pues la tengo larga, y poca vida para dar los descargos, y será mejor dejar perder la hacienda que el ánima. Dios Nuestro Señor guarde la muy Real persona de V. M. con el acrecentamiento de Reynos y estados que V. M. desea. De Valladolid, á tres de Febrero de quinientos quarenta y quatro años. De V. S. M. muy humilde siervo y vasallo, que sus muy reales piés y manos besa.—Marques de Valle.

Cuvierta á la S. C. C. M., El Emperador y Rey de las Españas.

Tiene este decreto:—A su Mag. del Marques del Valle, á 3 de Febrero de 44:—*Nay que responder:* parece letra de Covos.

Original. Archivo de Indias.

NUM. XVI.

Véase el vol. II, pág. 297.

FUNERALES DE CORTES.

(El original de este documento ecsiste en los archivos del hospital de Jesus de Méjico.)

DOCUMENTO RELATIVO A LOS ENTIERROS DEL SR. D. FERNANDO CORTES.

ENTIERRO DEL AÑO DE 1629.

Entierro del Marques del Valle de Oajaca, Hernan Cortés, y de su nieto D. Pedro Cortés, que se hizo en esta ciudad de México en 24 de Febrero del año de 1629.

Se trajeron los huesos de D. Hernando Cortés, primer Marqués del Valle de Oajaca, que estaban en el monasterio de San Francisco de Tezcuco mas habia de cincuenta años, que los habian traído de Castilleja de la Cuesta; y sucedió, que habiendo muerto en esta corte de México D. Pedro Cortés, Marqués del Valle, en 30 de Enero de dicho año, acordó el Sr. Arzobispo de México, D. Francisco Manzo de Zúñiga y el Sr. Virey de México, Marqués de Cerralvo, que se hiciesen estos dos entierros juntos en uno, honrándolos principalmente á los huesos de Cortés: fué el entierro en San Francisco de México; salió de las casas del Marqués del Valle; fueron adelante todos los estandartes de las cofradías; fueron todas las órdenes de frailes; fueron todos los tribunales de México; fué la audiencia de los oidores; iba el dicho Arzobispo y cabildo de la Catedral de México, y en este lugar iba el cuerpo del Marqués D. Pedro Cortés en un ataúd descubierto, y detras los huesos de D. Hernando Cortés en un ataúd de terciopelo negro, cerrado: llevaba á un lado un guion de raso blanco con un crucifijo, y Nuestra Señora, y San Juan Evangelista, bordado de oro, y del otro lado las armas del Rey de España, bordadas de oro: este guion del lado derecho de los huesos, llevaba otro guion á la mano izquierda de terciopelo negro, con las armas del Marqués del Valle, bordado de oro; y los que llevaban los guiones iban armados; y detras el Sr. Arzobispo con todos los prebendados, y detras los enlutados, y un caballo despalmado todo enlutado; todo lo dicho con mucho orden: luego proseguian todos los tribunos y la universidad, y tras estos iba la audiencia y el Virey, con mucho acompañamiento

de caballeros; y tras de estos iban cuatro capitanes armados, con sus plumeros-picas en los hombros; y tras estos iban cuatro compañías de soldados con sus arcabuces, y otras picas, y detras banderas arrastrando, y los tambores cubiertos de luto: llevaban los huesos oidores, y el cuerpo del Marqués D. Pedro Cortés caballeros del hábito de Santiago: la concurrencia era inmensa, y hubo seis posas donde ponian los ataúdes, y todas las órdenes de frailes en cada posa decian un responso.

FIN.

ÍNDICE.

DE LAS

MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE SEGUNDO TOMO.



LIBRO V.

ESPULSION DE MEXICO.

CAPITULO I.

	Fojas.
Valeroso ataque de los cuarteles españoles.—Furor de los mejicanos.	
—Salida de los españoles.....	1
Habla Moctezuma al pueblo.—Es herido mortalmente.....	8

CAPITULO II.

Incendio del templo mayor.—Valor de los aztecas.—Desgracias de la guarnicion.....	13
Terribles combates en la ciudad.—Muerte de Moctezuma.....	20

CAPITULO III.

Junta de guerra.—Los españoles salen de la ciudad.—Noche triste.	32
Terrible matanza.—Hacen alto en la noche.—Pérdida que tuvieron.....	37

CAPITULO IV.

Retirada de los españoles.—Calamidades del ejército.....	47
Pirámides de Teotihuacán.—Gran batalla de Otumba.....	49

CAPITULO V.

Llegada á Tlaxcala.—Amistoso recibimiento.—Descontento del ejército.....	61
--	----

Celos de los tlaxcaltecos.—Embajada de Méjico	66
---	----

CAPITULO VI.

Guerra con los pueblos vecinos.—Triunfo de los españoles.—Muer- te de Maxixca.....	70
Llegada de refuerzos.—Vuelven los españoles triunfantes á Tlax- cala.....	77

CAPITULO VII.

Guatemotzin, emperador de los aztecas.—Preparativos para la mar- cha.—Ordenanzas militares.....	83
Atraviesan los españoles la Sierra.—Entran en Tezcucó.—El prin- cipe Ixtlilxochitl	91

LIBRO VIII.

SITIO Y RENDICION DE MEXICO.

CAPITULO I.

Disposiciones tomadas en Tezcucó.—Saqueo de Iztapalapan.—Ven- tajas que consiguen los españoles	102
Prudente política de Cortés.—Traslacion de los bergantines	108

CAPITULO II.

Reconocimiento de la capital por Cortés.—Ocupacion de Tacuba..	114
Escaramuzas con el enemigo.—Expedicion de Sandoval.—Llgada de refuerzos.....	117

CAPITULO III.

Segundo reconocimiento.—Combates en la Sierra.—Toma de Cue- mahaca.....	125
Batalla de Xochimilco.—Sálvase Cortés con gran dificultad.—En- tra en Tacuba.....	134

CAPITULO IV.

Conspiracion del ejército.—Echanse al agua los bergantines.—Re-	
---	--

bista de las fuerzas españolas.....	141
Ejecucion de Xicotencal.—Marcha del ejército.—Principio del sitio.....	150

CAPITULO V.

Derrota de la flotilla india.—Ocupacion de las calzadas.—Famosos ataques.....	153
Incendio de los palacios.—Valor de los sitiados.—Cuarteles para las tropas	162

CAPITULO VI.

Asalto general de la ciudad.—Derrota de los españoles.—Su angustiada situacion.....	170
Sacrificios de los prisioneros.—Defecion de los aliados.—Constancia de las tropas.....	180

CAPITULO VII.

Triunfo de los españoles.—Ofrecimientos infructuosos á Guatemotzin.—Edificios demolidos.....	185
Hambre terrible.—Las tropas ganan la plaza del mercado.—Cata-pulta.....	192

CAPITULO VIII.

Espantosos sufrimientos de los sitiados.—Animo de Guatemotzin.—Asaltos sangrientos.....	200
Prision de Guatemotzin.—Evacuacion de la ciudad.—Fin del sitio.—Reflecciones.....	209

LIBRO VII.

CONCLUSION.

CARRERA POSTERIOR DE CORTES.

CAPITULO I.

Tormento dado á Guatemotzin.—Sumision del pais.—Redificacion de la ciudad.....	231
Embajada á Castilla.—Quejas contra Cortés.—Es confirmado en su autoridad	235

CAPITULO II.

Méjico moderno.—Pacificacion del pais.—Situacion de los naturales.....	243
Misioneros cristianos.—Agricultura.—Viajes y expediciones.....	249

CAPITULO III.

Rebelion de Olid.—Terrible marcha á Honduras.—Suplicio de Guatemotzin.....	256
Doña Marina.—Llegada á Honduras.....	264

CAPITULO IV.

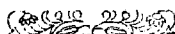
Disturbios en Méjico.—Regreso de Cortés.—Desconfianzas de la corte.....	270
Vuelve Cortés á España.—Muerte de Sandoval.—Brillante recepcion de Cortés.—Honores que se le confieren.....	276

CAPITULO V.

Cortés regresa á Méjico.—Se retira á sus propiedades.—Sus viajes de descubrimiento.....	284
Su vuelta final á Castilla.—Es recibido con frialdad.—Muerte de Cortés.—Su carácter.....	291

APÉNDICE.

PARTE PRIMERA.



Fojas.

Orígen de la civilizacion mejicana.—Su analogía con la del Antigun Mundo	317
---	-----



PARTE SEGUNDA.



DOCUMENTOS ORIGINALES.

Consejos de una madre azteca á su hija.....	349
Poema de Nezahualcoyotl	353
Palac'o de Tezcotzinco.....	356
Castigo de la criminal reina de Tezcucan	358
Instrucciones de Velazquez á Cortés.....	359
Estracto de la Historia de Las Casas.....	364
Deposicion de Puerto-Carrero.....	365
Estracto de una carta de Veracruz.....	368
Extracto tomado de la Historia de Tlaxcala, por Camargo.....	370
Estracto tomado de la Historia de Oviedo.....	372
Diálogo entre Oviedo y Cano	376
Privilegio concedido por Cortés á Doña Isabel de Moctezuma.....	383
Ordenanzas militares de Cortés.....	387
Carta quinta de Cortés.....	392
Ultima carta de Cortés.....	396
Noticias de sus funerales.....	400



COLOCACION

DE

LAS ESTAMPAS DEL TOMO SEGUNDO.



PAGS.

- 1 Cofre de Perote.
- 13 Templo Mayor de México.
- 72 Tezozomoc.
- 84 Quaqualopitzahuac.
- 90 Mapa de Anáhuac.
- 157 Plan de la ciudad de México.
- 216 Cortés toma posesion de la ciudad de México.
- 222 D. Antonio Solis.
- 241 Ataque al Templo Mayor.
- 297 D. Cristóbal Colon.
- 308 Prescott.
- 331 Caracteres geroglíficos y figuras simbólicas.
- 336 Figuras de ciudades.
- 358 Netzahualcoyotl.
- 365 Montejo.
- 368 Cárlos V. el católico.
- 372 D. Fernando el católico.
- 377 D^a Isabel la católica.

NOTA.

De la página 188 sigue 289: esta equivocacion consiste en que el primer número es 2 en lugar de 1, pero el testo sigue bien hasta el fin de este tomo.

